















OBRAS  
DE  
LOPE DE VEGA

---

XII



2

OBRAS  
DE  
LOPE DE VEGA

PUBLICADAS  
POR  
LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO XII

CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

SEXTA SECCIÓN



52888  
20/3/02

MADRID  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCCESORES DE RIVADENEYRA»  
IMPRESORES DE LA REAL CASA  
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20

1901

EJEMPLAR NÚM. 165

DE

MR. H. WELTER

PQ  
6433  
A1  
1342  
C 12



CRÓNICAS Y LEYENDAS DRAMÁTICAS DE ESPAÑA

---

SEXTA SECCION



## OBSERVACIONES PRELIMINARES



# OBSERVACIONES PRELIMINARES.

---

## I.—LA SERRANA DE LA VERA.

Comedia citada en la primera lista de *El Peregrino*, y, por consiguiente, anterior á 1603; fecha que conviene tener presente por lo que advertiremos luego. Impresa en la *Parte séptima* del Teatro de Lope. (Madrid, 1617: reimpressa el mismo año en Barcelona.)

Fúndase esta pieza en una célebre tradición extremeña, cantada en romances, de que todavía queda alguna reliquia en la tradición oral, y cuyo texto completo fué recogido en un precioso librito de fines del siglo xvii, lleno de curiosidades históricas y de lozanas descripciones, aunque no enteramente original en sus mejores páginas (1). Titúlase *Amenidades, florestas y recreos de la provincia de la Vera Alta y Baja en la Extremadura* (2), y fué su autor D. Gabriel Azedo de la Be-

---

(1) La galana descripción de los arbolados y frutas de la Vera, que es uno de los mejores trozos de esta obrita, está tomada casi al pie de la letra de otra de Fr. Gabriel de Talavera en su *Historia de Guadalupe* (Toledo, 1587), según hizo notar D. Vicente Barrantes en su *Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura* (iii, 130). Es posible que iguales plagios haya en otras partes del libro, que está mejor escrito de lo que era costumbre en tiempo de Azedo.

(2) *Amenidades, florestas y recreos de la Provincia de la Vera Alta y Baja, en la Extremadura. Con un tratado de la retirada que muchos Santos Pontífices y otros Prelados y Santos Diáconos del Andalucía y de otras partes, hicieron á las sierras de la Vera, huyendo de la persecucion de los Moros; y otro tratado de cómo los Griegos entraron en España; y de muchos hechos heroicos y de valor que algunos hijos desta Provincia han obrado en servicio de sus Reyes, y de otros Varones ilustres, así en armas como en letras, que ha procreado, y salen cada día desta dilatada Provincia de la Extremadura. Compuesto por D. Gabriel Azedo de la Borneza, natural de la villa de Jarandilla. Al muy noble y esclarecido caballero D. Diego de Azedo y Albizu, Señor del Palacio y Torre de Azedo en Navarra. Con Privilegio. En Madrid. Por Andrés García de la Iglesia. Año de 1667.*

Siendo rarísima esta primera edición, se ha publicado una segunda y muy elegante en Sevilla (Imp. de E. Rasco, 1891), á expensas del Duque de T'Serclaes Tilly, á quien, lo mismo que á su hermano, el Marqués de Jerez de los Caballeros, y á otros bibliófilos de aquella insigne ciudad, se debe el haber hecho accesibles muchas curiosidades de nuestra antigua literatura.

rrueza, natural del lugar de Jarandilla. Trata por entero el capítulo xx «del valeroso y determinado ánimo de la Serrana de la Vera», y conviene transcribirle, por ser pieza capital en este proceso:

«No paran solamente en los hombres los esforzados ánimos de los extremeños, sino que tambien pasan y se ven en los arroyos de las varoniles mujeres, de quienes podía contar muchos y muy grandes sucesos; mas por ahora me contentaré el hacer una breve mencion de aquella, más que varonil, mujer de la fama, nombrada por todo el mundo la Serrana de la Vera, *pues apenas hay persona que no cante el antiguo romance de su historia*. Fué, pues, esta determinada Serrana, natural de Garganta la Olla, lugar bien conocido en la Vera de Plasencia, y hija de muy honrados padres, que no los nombro por no ser al caso; querianla mucho y la estimaban, porque además de ser hija era muy hermosa, y tenia muchas partes naturales para ser querida y estimada de todos; y todos los que la miraban quedaban rendidos á su mucha hermosura, gentileza y gallardía. Puso los ojos esta bella serrana en un alentado joven, natural de su mismo lugar, con quien ella en sus niñeces se habia criado, y conociendo los padres el empeño en que su hija estaba, trataron divertirla por otro camino, proponiéndola un casamiento, al parecer, conforme á su calidad y estado, y que estaba bien á todos. Mas como ya ella tenia puesta la voluntad y rendido el corazon al otro, y sus pasiones no la daban sosiego, determinóse y dijo á sus padres que no habia de ser otro su esposo sino aquel á quien ella ya tenia más que rendida su voluntad; y viendo la repugnancia que los padres hacian en darla gusto, porque les parecía no convenir, determinóse y como desesperada se salió de casa de sus padres y se fué, como perdida, á habitar entre las fieras que esconde la grande fragosidad de aquellas altas y empinadas sierras. ¿Qué no hará una mujer picada del apetito de su gusto, y qué arroyos no emprenderá, aunque sea con desdoro de su misma reputacion? Viase sola en los montes; turbábanla confusiones; y aunque estuvo mucho tiempo entre aquellas asperezas, ya el pundonor, ó por mejor decir la vergüenza, la detenía para no volver á casa de sus padres (que cuando una determinacion no es buena, ella misma se pone en peligros de desesperacion); confundíanla pensamientos, y el demonio, que en tales ocasiones nunca duerme, la atizaba, y más en la soledad, que es adonde el enemigo procura siempre hacer la mayor batería y más cruda guerra. Era, además de ser hermosa por extremo, de alentado ánimo, briosa, esforzada y valiente más que los valientes. Dió esta hermosísima serrana, habitadora de los montes, en salirse á los caminos con una flecha al hombro y una honda en la mano, que eran las armas de que ella usaba y con que mataba caza para comer y sustentarse. Salteaba, como digo, en los caminos á todos los pasajeros y caminantes que encontraba, y si no querian ir de grado y de su voluntad, los llevaba por fuerza á su cueva, que habia hecho al pie de un alto y eminente escollo para su descanso y abrigo, y allí les quitaba lo que llevaban. Entreteníalos el tiempo que le parecia, haciéndoles perder el miedo, y regalándolos lo mejor que podía con perdices y conejos que cazaba. Era grande tiradora de barra, y á los que veía que eran alentados hacia que tirasen con ella, y ninguno la ganó; y hoy se está arrojada en

aquel suelo la piedra con que tiraba, que apenas los que la ven se pueden persuadir á que hubiese mujer que tirase con ella por lo grande y pesado que tiene; y hoy aquel puesto, en memoria del caso, se llama el Tiro de la Serrana. Despues de estos y otros muchos entrenimientos que con los pasajeros tenia, hacia que tuviesen sus gustos y deleites con ella; y despues, por no ser conocida ni descubierta, les quitaba las vidas; de que tenia entre aquellos cóncavos de aquellos encumbrados y eminentes montes y espesuras muchas hacinas de hombres muertos, que las aves destrozan con sus picos y los brutos saciaban y satisfacían su hambriento apetito. Esta es, en suma, la historia de la Serrana de la Vera, con este *antiguo romance*, que lo declara mejor:

Allá en Garganta la Olla, — en la Vera de Plasencia,  
 Salteóme una serrana — blanca, rubia, ojimorena.  
 Trae el cabello trenzado — debajo de una montera,  
 Y porque no la estorbara, — muy corta la faldamenta.  
 Entre los montes andaba — de una en otra ribera,  
 Con una honda en sus manos, — y en sus hombros una flecha.  
 Tomárame por la mano — y me llevara á su cueva;  
 Por el camino que iba, — tantas de las cruces viera.  
 Atrévime y preguntéle — qué cruces eran aquéllas,  
 Y me responde diciendo — que de hombres que muerto hubiera.  
 Esto me responde, y dice — como entre medio risueña:  
 «Y así haré de ti, cuitado, — cuando mi voluntad sea.»  
 Díome yesca y pedernal — para que lumbré encendiera,  
 Y mientras que la encendí, — aliña una grande cena.  
 De perdices y conejos — su pretina saca llena,  
 Y despues de haber cenado — me dice: «Cierre la puerta.»  
 Hago como que la cierro, — y la dejé entreabierta;  
 Desnudóse y desnúdeme, — y me hace acostar con ella.  
 Cansada de sus deleites, — muy bien dormida se queda,  
 Y en sintiéndola dormida, — sálgome la puerta afuera.  
 Los zapatos en la mano — llevo porque no me sienta,  
 Y poco á poco me salgo, — y camino á la ligera.  
 Más de una legua habia andado — sin revolver la cabeza,  
 Y cuando mal me pensé, — yo la cabeza volviera,  
 Y en esto la vi venir — bramando como una fiera,  
 Saltando de canto en canto, — brincando de peña en peña.  
 «Aguarda, me dice, aguarda; — espera, mancebo, espera;  
 Me llevarás una carta — escrita para mi tierra;  
 Toma, llévala á mi padre; — dirásle que quedo buena.»  
 «Enviadla vos con otro, — ó sed vos la mensajera.»

Trae, además, Azedo esta otra variante, mucho menos popular y de peor estilo, con algunos rasgos amanerados y conceptuosos que indican ser ya de muy entrado el siglo xvii: imitación del romance anterior hecha por algún poeta culto que pretendió mejorarle. Acaso será del mismo Azedo, porque en algunas frases coincide

con su prosa, y él también versificaba, como aparece por otros romances insertos en su libro:

Allá en Garganta la Olla, — en la Vera de Plasencia,  
 Salteóme una serrana — blanca, rubia, ojimorena.  
 Rebozada caperuza — lleva, porque así cubierta,  
 Su rostro nadie la viese — ni della tuviese señas.  
 Á lo galante el vestido, — con tanta gala y destreza,  
 Las basquiñas enfaldadas, — montes sube y montes trepa.  
 Sus cabellos destrenzados, — con los arcos de sus cejas  
 Flechas arrojan al aire, — y el aire las flechas vuela.  
 Sus hermosos ojos negros — saltan como ella misma,  
 Pues si ella quita las vidas, — ellos matan y dan penas.  
 Con una flecha en sus hombros, — saltando de breña en breña,  
 Salteaba en los caminos — los pasajeros que encuentra.  
 Á su cueva los llevaba, — y despues de estar en ella  
 Hacia que la gozasen, — si no de grado, por fuerza;  
 Y despues de todo aquesto, — usando de su fiera,  
 Á cuchillo los pasaba — porque no la descubrieran.  
 Muchas hacinas de muertos — se hallaban por allí cerca,  
 Ya de brutos destrozados, — y ya comidos de fieras.  
 Nunca las fieras temió; — antes, como si lo fuera,  
 Por reina entre ellas mismas — la levantan y respetan.  
 Con una piedra á la barra — tiraba con tal destreza,  
 Que ninguno la ganó, — por muy tirador que fuera.  
 Era muy grande y pesada, — que sólo para moverla  
 Aun parecía imposible, — cuando á ella muy ligera.  
 De su casa se salió — y habitó en aquellas sierras,  
 Sólo por no la dar gusto — en un empeño que intenta:  
 Quiso casarse con quien — sus padres se lo reprobaban,  
 Y como desesperada — se fué á vivir con las fieras.

El primitivo romance de *La Serrana* puede considerarse como de transición entre los populares y los vulgares, y tiene la curiosidad de ser una de las más antiguas canciones de bandidos y facinerosos, género que abundó luego lastimosamente en la poesía vulgar, así de Castilla como de Cataluña. Hay trozos de esta canción en todas las obras dramáticas que tratan de la Serrana y que mencionaremos después; pero su forma primitiva no parece haber sido la de romance, sino la de villanesca ó serranilla, al modo de las del Arcipreste de Hita y del Marqués de Santillana; y quizá no tuvo al principio la leyenda el carácter feroz y vindicativo que adquirió después, sino más bien otro puramente picaresco y amatorio. El tipo que tenemos por más antiguo y genuino es éste que nos ha conservado Lope en una de las escenas del acto tercero de su comedia:

Salteóme la Serrana  
 Junto al pie de la cabaña.  
 La Serrana de la Vera,



Ojigarza, rubia y branca,  
 Que un robre á brazos arranca,  
 Tan hermosa como fiera,  
 Viniendo de Talavera  
 Me saltó en la montaña,  
 Junto al pie de la cabaña.  
 Yendo desapercibido  
 Me dijo desde un otero:  
 «Dios os guarde, caballero.»  
 Yo dije: «Bien seáis venido.»  
 Luchando á brazo partido,  
 Rendíme á su fuerza extraña  
 Junto al pie de la cabaña.

De la popularidad y difusión de los romances no puede dudarse. Nos consta que en la Extremadura Alta se cantan todavía, aunque muy degenerados. «Aun hoy (dice el Sr. Barrantes) en las noches de invierno, al amor de la lumbre, donde salta la castaña y chirría en el asador la carne de jabalí, los cantan á sus nietos algunos ancianos de la Vera» (1). En la misma ciudad de Plasencia se ha recogido una variante (2). Y lo más singular es que se los encuentra también en la montaña de Cataluña, donde se cantan, como otros muchos, en una jerga mixta de catalán y castellano. El Dr. Milá y Fontanals recogió hasta cinco versiones, de las cuales sólo pondremos la más completa, tomándola de su *Romancerillo catalán*, donde tiene el núm. 259:

Á la montaña de Oro, — allí dentro de una cueva,  
*N' hi* había una serrana — blanca y *rossa*, y no es morena.  
 Trae el cabello crespado — y con una rica trenza.  
 Cuando quiere hallar un hombre, — ya se va por la ribera.  
*Veu vení* un gallardo mozo: — «Gallardo mozo, detente.»  
*S'en prenen* mano *per* mano — y *s' en* van *dalt* de la cueva;  
 La cueva *n' era voltada* — de cabezas de hombres muertos:  
 «Son los hombres que yo he muerto — allí *baix* á la ribera;  
 Lo mismo será de ti — cuando mi voluntad fuera.....»  
 De *tants* besos y *abrassadas* — la serrana *s' en* aduerme;  
 Yo me *vuy* á poco á poco, — yo me *vuy* apartar de ella.  
 Siete leguas caminaba — *sense girarme enderrera*.  
 Ya *veig vení* la serrana; — venia tota correnta,  
 Ab un perro al costado — que *feya mes pó* que ella.  
 «Detente, gallardo mozo; — gallardo mozo, detente,  
 Que *t' en vuy doná* una carta — *per* la *gent* de la ribera;

(1) *Narraciones extremeñas*, por D. V. Barrantes. Madrid, 1872; t. 1, pág. 14.

(2) La inserta D. Alejandro Matías Gil en su libro *Las siete centurias de la ciudad de Alfonso VIII. Recuerdos históricos de la M. N. y M. L. ciudad de Plasencia en Extremadura desde los tiempos de su fundación hasta el presente siglo*. (Plasencia, 1877.)

Si no l' *escrich* de mi sangre, — ya l' *escriuré* de la teva.»  
 «No *pet* ser, linda serrana, — que yo ya seré á mi tierra.»  
 «¡Ay *trista* de mí, *mes trista*; — ahora seré descubierta!»  
 De tanta rabia y malicia, — la serrana se *reventa*.

En otras variantes, en vez de la montaña de *Oro* se dice la de *Orís* y la de *Urp*; en algunas se menciona la ciudad de Valencia, y en dos la de Clemencia, por corrupción del nombre de Plasencia, que debe de ser poco familiar al vulgo catalán. El traje de la Serrana ha ido también modernizándose y cada vez resulta más prosaico:

Lleva chaqueta encarnada — y *hermilla* de seda buena;  
 Los pantalones de paño, — voltados de anticueñas;  
 Los calzones con torcidos, — chavalga (?) con chivallero (?).

Lope la presentaba en el teatro con «capote de faldas, faldon de pellejo de tigre y montera de lo mismo, zapato y polaina, espada en tahalí y arcabuz». Luis Vélez de Guevara, «vestida á lo serrano, de mujer, con sayuelo y muchas patenas, el cabello tendido, y una montera con plumas, y un cuchillo de monte al lado; botín argentado y puesta una escopeta debajo del caparazon del caballo».

¿Tiene algún fundamento histórico esta leyenda? Todo induce á creer que sí. Por historia verdadera la dió el autor de las *Amenidades*, aunque sin determinar la fecha. En esto difieren también los poetas dramáticos, puesto que Luis Vélez de Guevara coloca la acción en tiempo de los Reyes Católicos, poco después de la muerte del príncipe D. Juan, y Lope la trae al reinado de Carlos V. Tampoco en la calidad de la Serrana ni en su patria concuerdan. Lope la hace noble, y de Plasencia, Vélez de Guevara villana, y de Garganta la Olla, que dista de Plasencia ocho leguas, distancia que en otra parte sería de consideración, pero que no lo parece tanto en la inmensa y despoblada Extremadura. Así el cronista, como los poetas, ocultan por buenos respetos el nombre de la heroína, que al parecer feneció su mala vida en la horca, pero ambos dramaturgos indican más ó menos descubiertamente el apellido del novio ó amante de la Serrana, que dió ocasión á su fuga á los montes, llamándole Vélez el capitán D. Lucas de *Carvajal*, y declarando Lope que era *sobrino de un obispo ya difunto*, que, según buena inducción del Sr. Barrantes, pudo ser el obispo de Plasencia D. Gutierre de Vargas y *Carvajal*, tan digno de memoria por su piadosa esplendidez y grandes fundaciones, de que guarda Madrid en la iglesia de San Andrés insigne muestra. Un erudito investigador placentino, D. Vicente Paredes, que actualmente trabaja sobre esta materia, y nos ha favorecido con muy curiosas noticias, cree haber descubierto el verdadero nombre de la Serrana, que, en su concepto, fué D.<sup>a</sup> María de Zúñiga, hija natural del duque de Béjar D. Alvaro, segundo de este nombre.

La tradición de *La Serrana* ha dado tema, por lo menos, á cuatro obras dramáticas, que son por este orden: la presente comedia de Lope de Vega; otra con el mismo título de Luis Vélez de Guevara; *La Serrana de Plasencia*, auto sacramental del maestro José de Valdivielso; y *La Serrana Bandolera*, comedia anónima

é inédita, cuyo autor, á juzgar por su estilo, debió de florecer en los últimos años del siglo XVII. Comenzaremos por la de Lope que es la más antigua de todas y la que más particularmente nos incumbe.

El asunto de la Serrana tenía todas las condiciones necesarias para fructificar en manos de Lope: una base popular, un carácter de mujer original y extraño hasta lo sumo. De esta manera la describe en la primera jornada:

Es un poco robusta de persona,  
 Pero hermosa y gentil, que más bizarra  
 No la hay desde París á Barcelona,  
 Ni desde Transilvania hasta Navarra.  
 Es una nueva Hipólita amazona;  
 Juega las armas, tira bien la barra,  
 Y con el arcabuz, sin verse cómo,  
 Pasa desde la vista al blanco el plomo.

Sube á caballo, y con las fuertes piernas  
 De tal manera los talones bate,  
 Que menos tú le riges y gobiernas  
 Con el duro bocado y acicate.  
 Tiene obras graves y palabras tiernas  
 Con que apenas hay vida que no mate;  
 Para nieve, en efecto, era extremada,  
 Porque es muy blanca y en extremo helada.

Los hombres estimó toda su vida  
 Por cosa de vil precio y accesorio;  
 Pero esta nieve y piedra, enternecida  
 Hoy ha dado al amor rica victoria.

El drama está muy cargado de acción, como todos los de la primera manera de Lope, y abunda en escenas episódicas que embrollan sin fruto la fábula principal: amorios, celos y competencias de personajes subalternos, recursos teatrales tan toscos como el de sacar un león á la escena; artificio que ya había empleado el bachiller Sebastián Fernández para desenlazar su *Tragedia Políciana*. Pero tan graves defectos, nacidos de cándida inexperiencia ó de culpable desaliño, no empañan el mérito esencial de esta obra, que consiste, como siempre, en la viva y gráfica representación, tal que se confunde con la realidad misma, en la psicología espontánea y adivinatoria, en el vigoroso instinto de las situaciones dramáticas, en la expresión, precisa y justa casi siempre, en la compenetración de la poesía tradicional con la inventada, en el ambiente local, que aquí es el de las sierras de la alta Extremadura, tan bien sentidas por Lope como la llanura manchega ó los verjeles de Valencia ó las tibias noches á orillas del Guadalquivir. Fijese la atención en el lindísimo cuadro de la feria de Plasencia (1) con que se abre el primer acto; en el diálogo, tan

(1) «Hácense en ella dos ferias cada año (dice D. Gabriel Azedo): la primera, día de San Andrés, á los 30 de Noviembre, donde se junta innumerable cantidad de ganado vacuno,

lento de bizzarria y despejo, de las tres rebozadas serranas (1); en las rivalidades, bandos y pendencias de los hidalgos de lugar, y sobre todo en las escenas en que interviene la fiera doncella, que es una de las excelentes creaciones femeninas de Lope. Con un gran sentido de delicadeza artística, el poeta modifica la brutal leyenda; prescinde del curioso misterio fisiológico que entraña; deja intacta la honra de Leonarda, y la presenta casta y enamorada, pero bravia, montaraz, iracunda, vengativa y celosa, hasta que toca los límites de la desesperación y del delirio. ¡Con qué brío, franqueza y resolución está escrita la escena de su despedida de la casa, de su partida para el monte! No hay palabra que huelgue:

LEONARDA.

¡Hola!

AVENDAÑO.

Señora....

LEONARDA.

¿Está ya

Ensillado el *Andaluz*?

AVENDAÑO.

Sentido está de la cruz.

LEONARDA.

¿Puede salir?

AVENDAÑO.

No podrá.

LEONARDA.

¿Y el *Rosillo*?

AVENDAÑO.

Está clavado.

LEONARDA.

Pues ¿qué ensillan?

AVENDAÑO.

El *Tordillo*.

LEONARDA.

¿Con qué aderezo?

AVENDAÑO.

Amarillo

Sobre cuero de venado.

LEONARDA.

Dame, Avendaño, la espada.

---

merino y de cerda, sin las muchas tiendas de platería, sedas y paños, con otras muchas cosas diferentes, que hermoſean las plazas y calles de la ciudad.» Esta es la que describe Lope.

(1) También aquí el libro de las *Amenidades* puede servir de muy lindo comentario á los versos de Lope: «Son, pues, hermosas por extremo las veratas, de mucha gallardía, donaire y gentileza; son entendidas, briosas y dispuestas, buenos talles, cabos negros, y blancas todas como la blanca nieve, y sobre todo honestas y recatadas, que es el realce de la mayor hermosura; y sus claveles y rosas son del campo, y no de tienda.»

AVENDAÑO.

Cuchillo de monte había.

LEONARDA.

No es, Avendaño, este día  
Para guarnición dorada....

AVENDAÑO.

Toma estribo.

LEONARDA.

¿Qué es tomar?

¿Será nueva maravilla  
Subir sin él?

AVENDAÑO.

¡Gran blasón!

LEONARDA.

Basta que toque el arzón  
Para ponerme en la silla.

D. Luis, el hermano de la Serrana.

DON LUIS.

Espera.

LEONARDA.

No puedo más.

DON LUIS.

Óyeme.

AVENDAÑO.

¡Cólera fiera!

DON LUIS.

Veréte partir siquiera

LEONARDA.

¡Adiós, casa!

DON LUIS.

¡Al fin te vas!

Su naturaleza selvática y feroz se va acentuando con las caricias del viento de la sierra, y cuando se cree definitivamente abandonada por su prometido esposo, rompe en estas feroces imprecaciones:

Claro cielo, sol hermoso,  
Agua, viento, fuego y tierra,  
Verdes enebros armados,  
Pardos riscos, blancas peñas,  
Murmuradores arroyos,  
De mis lastimosas quejas  
Ecos, que las vais doblando  
Con las sílabas postreras:  
A todos, como testigos  
De mi voluntad sin fuerzas,

Hago juramento y voto  
 De no volver á Plasencia;  
 De vivir entre estos montes  
 En las más cóncavas cuevas,  
 Entre los silvestres gamos  
 Y entre las cabras montesas;  
 De aborrecer á los hombres  
 Y de tratar con las fieras;  
 De salir á los caminos  
 Y hacerles notable ofensa;  
 De matar y de herir tantos,  
 Que haya por aquestas cuevas  
 Tantas cruces como matas,  
 Tanta sangre como adelfas;  
 De vestir de sus despojos,  
 Y de ser en esta sierra  
 Una esfinge más cruel  
 Que la que escriben de Tebas.

El arrepentido galán se entrega también á la vida salvaje, y, cual otro Cardenio, vaga errante y medio loco por los montes, pretendiendo amansar la crueldad de la terrible salteadora, pero ya sin fruto. Leonarda ha perdido la razón y apenas le escucha, aunque por un resto de amor no ensangrienta en él las manos.

Ya es tarde, por vida tuya;  
 Que mujer desengañada,  
 Es grande furia la suya;  
 No hay ave del nido echada  
 Que así de los hombres huya.  
 No es bien que tu pecho ame,  
 Para juntar con su nombre  
 El que tan limpio se llame,  
 Una mujer que es medio hombre  
 Y un hombre que es medio infame.

Los devaneos de su celosa pasión están pintados con mucha fuerza, y son por extremo animadas y pintorescas las escenas de su vida bandolera. Por fin es pregonada su cabeza en 2.000 ducados; pero Lope no quiere llevar las cosas hasta el extremo, y hace que muy á tiempo llegue la cédula de perdón, traída de Toledo por un caballero pariente del novio D. Carlos, con quien al fin se reconcilia la Serrana en haz y en paz de la Iglesia, terminando en boda la comedia. La relación final tiene muchas reminiscencias del primer romance de los que trae Azedo:

Allá en Garganta la Olla,  
 Desta Vera de Plasencia,  
 Salteóme una serrana  
 Blanca y rubia, zarca y bella.

A casarme por conciertos  
Con una dama extremeña,  
De Talavera venía,  
Cuando al bajar de una cuesta,  
Desta saltadora miro  
El talle, con que pudiera  
Robar más almas mirando,  
Que con el plomo y las flechas.  
El cabello en crespos rizos  
Debajo de una montera,  
Un arcabuz en el hombro  
Y una espada en la correa.  
Por ser tu sangre, don Carlos,  
Díome la vida, y juréla  
Traerla el perdón del Rey  
Para que viva en su tierra  
Sin que justicia ninguna  
A su persona se atreva.  
Es doña Juana, mi tía,  
Camarera de la Reina:  
Fuí á Toledo y alcancé  
Perdón de Carlos para ella.  
Esta provisión lo dice,  
Así lo firma y lo sella;  
Y al que no la obedeciere  
Haré yo que la obedezca.

El argumento de *La Serrana* era tan *sugestivo* y dramático, que no es maravilla que inmediatamente se apoderase de él otro ingenio esclarecido, Luis Vélez de Guevara, cuya comedia, inédita todavía (1), está fechada en Valladolid, 1603, y hubo de ser puesta en escena por la famosa comedianta Jusepa Vaca. Posterior á la de Lope es, sin duda, no sólo porque el título de ésta aparece ya en un catálogo impreso aquel mismo año, y que comprende las más antiguas producciones del Fénix de los Ingenios, sino por el especial estudio que Vélez hace de no encontrarse con él y por las innegables ventajas que le lleva en corrección y gusto, ya que no en fuerza poética. Este deseo de evitar el plagio se muestra hasta en el hecho de haber trasladado la acción á época distinta y de haber cambiado la condición social de los personajes, los motivos de sus resoluciones y hasta el desenlace mismo, que aquí es ejemplar y trágico, y no placentero como en Lope. Luis Vélez, como su predecesor, se inspiró en los romances populares relativos á la Serrana, y aun puede decirse que los glosa con más fidelidad literal, como lo muestra este trozo:

---

(1) El manuscrito autógrafo existe en la Biblioteca Nacional, y procede de la de Osuna. Publicó un amplio extracto D. Vicente Barrantes en el tomo 1 de sus *Narraciones extremeñas*, páginas 67-98.

Allá en Garganta la Olla,  
 En la Vera de Plasencia,  
 Salteóme una serrana  
 Blanca, rubia, ojimorena.  
 Botín argentado calza,  
 Media pajiza de seda,  
 Alta basquiña de grana  
 Que descubre media pierna.  
 Sobre cuerpos de palmilla,  
 Suelto airosamente lleva  
 Un capote de dos haldas  
 Hecho de la misma mezcla.  
 El cabello sobre el hombro  
 Lleva, partido en dos crenchas,  
 Y una montera redonda  
 De plumas blancas y negras.  
 De una pretina dorada,  
 Dorados frascos le cuelgan;  
 Al lado izquierdo un cuchillo,  
 Y en el hombro una escopeta.  
 Si saltea con las armas,  
 También con ojos saltea.....

El mismo Vélez da testimonio de la popularidad de estos romances

Agora,  
 No solamente en la Vera,  
 Sino en Castilla, no cantan  
 Otra cosa.....

Pero puede decirse que á esto se reduce la semejanza. La Serrana de Luis Vélez no es una dama de noble alcurnia, como la de Lope, sino una garrida labradora, hija de padres humildes, aunque ricos, y celebrada en todo el país por sus alardes varoniles y fuerzas hercúleas, pues no hay zagal en la Vera á quien no desafíe y venza en los ejercicios de correr, saltar, luchar y tirar la barra:

Es su ardimiento bizarro;  
 De bueyes detiene un carro,  
 De un molino la violencia;  
 Corre un caballo mejor  
 Que si en él cosida fuera,  
 Y en medio de la carrera  
 Y de la furia mayor,  
 Que parece que al través  
 Á dar con un monte viene,  
 Suelta el freno, y le detiene  
 Con las piernas y los pies.



La fábula que imaginó Vélez de Guevara recuerda, en parte, la de *El Alcalde de Zalamea*, otra comedia del mismo Lope, que luego Calderón hizo suya, mejorándola de un modo sublime. El capitán D. Lucas de Carvajal, alojado en Garganta la Olla, en casa de Giraldo Gil, padre de la Serrana, la seduce bajo palabra de matrimonio, la abandona y se burla de ella. De aquí nace la desesperada resolución de arrojarle á la vida bandolera, hasta dar con el salteador de su honra y tomar cruenta venganza de él:

Y hasta matarle, no pienso  
Dejar hombre con la vida;  
Y hago al cielo juramento  
De no volver á poblado,  
De no peinarme el cabello,  
De no dormir desarmada,  
De comer siempre en el suelo,  
Sin manteles, y de andar  
Siempre al agua, al sol y al viento,  
Sin que me acobarde el día  
Y sin que me venza el sueño,  
Y de no alzar, finalmente,  
Los ojos á ver el cielo,  
Hasta morir ó vengarme.

Los feroces impulsos que mueven á la venganza á la Serrana están mejor razonados en Vélez que en Lope, pero entran más en la convención dramática. El carácter de la heroína es mucho menos original y excéntrico; pierde la aureola de bárbara castidad que ennoblece á Leonarda en medio de todos sus desafueros, y tampoco llega, porque en el teatro era imposible presentarlo con decoro, á la aberración erótico-sanguinaria que el romance supone, y que no carecía tampoco de cierto género de poesía brutal é insana, que hubiera hecho las delicias del romanticismo degenerado. Queda, pues, reducida la venganza de Gila á una de tantas catástrofes de amor y honor; pero la escena en que se consuma es de un efecto trágico extraordinario, y bastaría por sí sola para probar la injusticia del olvido que pesa sobre el Teatro de Luis Vélez de Guevara, uno de los mejores poetas de segundo orden, que en momentos felices llega á hombrarse con los de primero.

Caminando de noche el capitán, perdido por las fragosidades de la sierra, llega á la choza de la Serrana, donde ve lumbre. Ella le reconoce en seguida, y se entabla entre ellos terrible coloquio al borde de un despeñadero, entre el mugir de los torrentes y la luz de los relámpagos:

GILA.

Á buen puerto habéis llegado.  
¡Noche, piedad has tenido, (Aparte.)  
Pues que me has restituido  
La ocasión que me debías!

.....

Vos parecéis hombre honrado,  
Y daros posada quiero.

CAPITÁN.

Yo agradezco ese favor;  
Quedaos adiós.

GILA.

No, señor;  
Mi huésped habéis de ser.

CAPITÁN.

Estáis sola y sois mujer,  
Y yo estimo vuestro honor.

GILA.

*¿De cuándo acá lo estimáis?*

CAPITÁN.

Desde el día en que nací.

GILA.

¡Mentís, que hay testigo aquí  
De que verdades no habláis!  
Yo soy Gila.

El capitán se ve perdido y quiere reparar su ofensa, pero Gila le escarnece y le arroja por el precipicio:

Gila, palabra te dí  
De ser tu esposo. Aquí estoy;  
Tu esposo y tu esclavo soy.

GILA.

Ya es tarde, ingrato. De aquí  
Has de volar, pues por ti  
Al cielo he sido traidora  
Con tantas culpas.

CAPITÁN.

Señora.....

GILA.

No hay ruego que mi honra estrague.  
¡Quien tal hizo, que tal pague;  
Y cáigase el cielo ahora!

Es claro que tal combinación dramática exigía un desenlace contrario al de Lope de Vega. Gila cae en poder de los cuadrilleros de la Santa Hermandad, que la llevan á la ciudad para asaetearla ó ahorcarla, aunque esto no llega á verse en la obra.

Parece mentira que de tan profana leyenda haya podido sacarse una alegoría eucarística; pero nuestros poetas de autos sacramentales se atrevían á todo, y la buena fe los escudaba. No tuvo inconveniente, pues, el maestro José de Valdivielso

en tratar á *lo divino* el caso de *La Serrana de Plasencia* (1) en un auto del Corpus, muy lozanamente versificado, como todos los suyos, pero en el cual no puede menos de ofender y escandalizar á los oídos de ahora la extraña é irreverente mezcla de los misterios más augustos con las pecaminosas aventuras del marimacho de la Vera. Pasan los límites del candor y llegan á los confines del absurdo las escenas en que el celestial Esposo ronda la cabaña de la Serrana (que es simbolo del alma perdida en los vicios), la salva de manos de los cuadrilleros, y acaba perdonándola y dándola á comer y beber su Cuerpo y su Sangre. Intervienen en tan desatinada obra varias figuras alegóricas, tales como la Razón, el Engaño, el Desengaño, la Juventud, la Hermosura, el Honor, el Placer. Se vislumbra, en medio de este caos, que Valdivielso tenía presente la comedia de Vélez de Guevara más bien que la de Lope, y parece también haber conocido el romance en distinta versión de las que tenemos, como puede juzgarse por los versos que intercala:

Allá, en Garganta la Olla,  
En la Vera de Plasencia,  
Salteóme una serrana  
Pelirrubia, ojimorena.  
Recogidos los cabellos  
Debajo de una montera,  
Una ballesta en el hombro  
Y su espada en la correa,  
A saltar caminantes  
Se sale por la ladera.  
Quiso Dios y mi ventura  
Que me encontrase con ella....

Auto es también, pero no sacramental, sino de Navidad, aunque se intitule *comedia*, *La Serrana Bandolera*, cuyo manuscrito descubrió D. Vicente Paredes en el arca que servía de archivo á la cofradía del Niño Jesús de Plasencia, juntamente con otros papeles impresos y manuscritos, mezclados con antiguas castañuelas de los cofrades, máscaras, trajes y otros trebejos necesarios para la celebración de la fiesta. La obra, á juzgar por su estilo, no se remonta más allá de la segunda mitad del siglo xvii, pero acaso será refundición de otra más antigua. El manuscrito no puede ser más infeliz: algunos pasajes aparecen grandemente alterados, hasta el punto de carecer de sentido, y hay, además, evidentes intercalaciones, de tono muy grosero, hechas sin duda para lisonjear el gusto de los cofrades y del público, gente rústica por lo común. Debemos á la generosidad literaria del Sr. Paredes un amplio extracto de esta desconocida pieza, del cual sólo tomaremos lo que sea

---

(1) *Doze Actos* (sic) *Sacramentales y dos comedias divinas*. Por *El Maestro Joseph de Valdivielso*. Toledo, Juan Ruyz, 1622. El de *La Serrana de Plasencia* es uno de los que reimprimió González Pedroso en el tomo de *Autos sacramentales* de la Biblioteca de Rivadeneyra.

suficiente para mostrar su híbrido carácter de profana y sagrada, y pueda servir para ilustración de la leyenda.

Ya hemos dicho que esta comedia es, en rigor, un auto del Nacimiento, y se desenlaza en el portal de Belén, siendo, por consiguiente, personajes obligados la Santísima Virgen, San José, un ángel y los pastores. Con ellos aparecen confundidos del modo más extraño los siguientes personajes novelescos, cuya identificación histórica propone el Sr. Paredes:

*Belisa*.—Doña María de Zúñiga, hija natural de D. Alvaro, Duque de Béjar, segundo de este nombre, que la hubo en D.<sup>a</sup> Isabel Marquina, hija de Leonor Suárez de Alfaro y de D. Francisco Marquina, regidor perpetuo de la ciudad de Plasencia y antiguo camarero del primer D. Alvaro, Duque de Béjar, de cuyo testamento, otorgado en Béjar en 1487, aparece como testigo.

*Doristo*.—Don Fadrique de Zúñiga, hermano de D.<sup>a</sup> María de Zúñiga, menor de edad en 1508, é igualmente hijo de D. Alvaro segundo de Zúñiga y de D.<sup>a</sup> Isabel Marquina.

*Dorindo*.—Un nieto de D. Gutierre de Carvajal.

*Libio*.—Un tal Salazar, administrador y habitante de las propiedades que tenían D. Francisco Marquina y su mujer en las Ventas de Caparra.

*Flora*.—Elvira de Salazar, hija natural de Salazar, habida en D.<sup>a</sup> Isabel Marquina.

Los nombres de los pueblos están desfigurados: por *Belén*, debe entenderse Plasencia; por *Ebrón*, Torrejón, y por *Tolemaida*, Talavera.

Comienza la primera jornada con un diálogo entre Doristo y el gracioso, que lleva el prosaico nombre de Morcilla y hace y dice mil impertinencias y groserías en toda la pieza. Dorindo retrata á su amada Belisa en estos fáciles, pero amanerados versos, que pueden dar idea del gusto dominante en la pieza, que no es otro que el de los imitadores subalternos de Calderón:

Aquella zagala bella  
Que de aquestas alquerías  
Es la Palas luminosa,  
La Venus esclarecida,  
La Ceres de las deidades,  
Del amor la Proserpina,  
La que roba el corazón  
Que atentamente la mira  
De hito en hito lo pulido  
De sus facciones divinas.  
Y si no, ¿quién hasta ahora  
Vió la flor de sus mejillas  
Que no diga que la grana  
Está cual rosa escogida?  
¿Y aquellos hermosos ojos,  
Cuyas relucientes niñas  
Alumbran á cuantos ven,

Si desde cerca la miran?  
 . . . . .  
 ¿Quién pudo considerar  
 Aquella nariz pulida,  
 Ni pintarla, sino un rasgo  
 De la pericia divina?  
 ¿Quién desde cerca miró  
 Aquella boca de risa,  
 Que al punto no considera  
 Ser concha de perlas ricas?  
 . . . . .  
 En fin, amigo, yo estoy  
 Arriesgado hoy á servirla,  
 Galantemente rondarla,  
 Con amor, con cortesía,  
 Con halagos y con ruegos,  
 Con dádivas y delicias,  
 Hasta poner á sus plantas  
 Cuanto en diamantes se cría,  
 Cuanto la tierra en sí tiene,  
 Cuanto el aire en sí avecina,  
 Cuanto el mar esconde y guarda  
 En sus ondas cristalinas.  
 Porque peces, animales,  
 Piedras, perlas, cornerinas,  
 Aves, flores, minerales,  
 Yervas, plantas, sedas ricas,  
 Todo es poco, y más merece,  
 Todo es nada, y no hay estima,  
 Porque merece ser reina  
 De las reinas mi Belisa.

Asómase Belisa á la ventana, y del coloquio de los dos amantes resulta que ya hay prendas de amor entre ellos, y que Belisa está en cinta. Dorindo la promete acelerar la boda y volver antes de siete días.

Lo restante del acto nada tiene que ver con la Serrana. De repente, y sin transición alguna, entra en escena San José, y sólo se trata de sus mal llamados celos y del sueño que los disipa, terminando la jornada con un soliloquio de Luzbel, que manifiesta sus temores ante la próxima venida del Mesías y la redención del linaje humano.

En el acto segundo vuelve á anudarse la comedia profana. Diálogo entre Belisa y su hermano Doristo:

DORISTO.

Por esta carta he sabido,  
 Hermana, una mala nueva,  
 Y es que el mayoral ha muerto,

Y el ir allá ha de ser fuerza.  
 El ganado se halla bueno,  
 Muy apacible la tierra,  
 Pues como si fuera en Mayo,  
 Brota en pimpollos la yerba.  
 De aquí á las montañas hay,  
 Hermana mía, seis leguas;  
 Irme yo y quedar tú en casa,  
 No es cosa que nos convenga,  
 Porque tu mucha hermosura  
 Es envidia, y la desean,  
 Como ves, en la ciudad.

BELISA.

Doristo, mucho me pesa  
 Que, sabiendo tú mi gusto,  
 Hoy de nada me prevengas.  
 Yo soy mujer tan de bien  
 Como es razón que lo sea,  
 Y aunque yo en casa quedara,  
 Yo bastaba á mi defensa  
 Si alguno me hiciera agravio:  
 Además, que es cosa necia  
 Decir que ninguno puede,  
 Como una mujer no quiera,  
 Ser dueño de su albedrío.

. . . . .  
 Mujer soy; mas ¡vive Dios!  
 Que si á mí me sucediera  
 Que algún villano atreviera,  
 Contra mi honor se atreviera,  
 Cuando me faltaran manos,  
 ¡Vive Dios! me defendiera  
 Con los dientes, con los ojos,  
 Con los brazos, con la lengua;  
 Diera voces como loca,  
 Moviera al cielo con quejas,  
 Que el hombre pierde el valor  
 Si ve que por mal lo llevan.  
 Pero porque no me digas  
 Que es alguna estratagema,  
 Y por quedarme yo en casa  
 Muestro aquí tanta braveza,  
 Digo que vamos los dos  
 Con gusto á nuestras dehesas,  
 Á gobernar la alquería  
 Y celebrar las exequias  
 Del mayoral, pues es muerto.

Cerremos, pues, esas puertas;  
Que antes yo me alegraré  
De andar por aquesas sierras,  
Donde tal vez me entretenga  
Tirando con la escopeta  
Al tímido gazapillo,  
Á la perdiz volandera.....

DORISTO.

Tu entendimiento, Belisa,  
Tan fuera de mí me deja,  
Que no acierto á hablar palabra.

BELISA.

Pues, Doristo, yo quisiera,  
Ya que es buena la ocasión,  
Darte de mi vida cuenta.  
De aquesa ciudad de Ebrón  
Un zagal de ricas prendas,  
Ha dado en galantearme,  
Y es cierto que yo quisiera,  
Ya que tan pronto me sirve,  
Pagarle tan grande deuda.

DORISTO.

Hermana, mira primero  
Si es cosa que nos convenga.....

BELISA.

Hermano, sé que conviene  
Á mi gusto, y me contenta;  
Él ha de ser mi marido.

DORISTO.

Ya veo que eres discreta;  
Mas no quisiera, Belisa,  
Que mal empleada fueras.

BELISA.

Ya lo he mirado despacio,  
Y es cierto que me contenta;  
Que es un alentado mozo  
Y tiene sobrada hacienda.

DORISTO.

Eso es lo que es menester;  
Que juntando con la nuestra  
Otra parte, hermana mía,  
Serás de estos valles reina.

BELISA.

Pues, hermano, vamos luego;  
Que ya sabes que está cerca  
Ebrón de nuestra alquería.

La escena siguiente nos transporta á la sierra. Aparece la zagala Flora tocando el rabel (*arrabel* le llama la pieza) y cantando unos versos pastoriles, á cuyo són se va adormeciendo.

Aquí, entre estas soledades,  
Al són de mi arrabalejo,  
El rato que no me quejo  
Aumento mi mocedad.  
Pobre pastora nací,  
Mas me dió naturaleza  
Un dón que no merecí.  
Hermosa me llaman todos,  
Pero tan mal lo apetezco,  
Que á mí misma me aborrezco.  
Yo aquí con mis ovejillas  
Vivo con tanto contento,  
Que haber nacido no siento.  
Que aquí entre flores süaves  
Y arroyuelos cristalinos,  
Me suelen cantar las aves  
Con cánticos muy divinos.  
Al pie de esta hermosa fuente  
Quiero divertir mis penas,  
Contemplando en sus arenas  
Lo terso y lo transparente.

Salen Dorindo y su criado, y se acercan á la pastora dormida. El infiel galán de la Serrana queda prendado de la hermosura de Flora, la despierta, y de buenas á primeras la ofrece su mano, á lo cual ella replica:

Garzón, yo soy tan humilde  
Y tan poco melindrosa,  
Que para ser vuestra esposa  
Me falta el merecimiento.  
Haz con otra el casamiento,  
Porque yo, si he de hablar claro,  
Es fuerza que haga reparo,  
Y no muy poco, en aquesto.  
Mi padre es un labrador  
De hacienda muy moderada;  
Si vos la tenéis sobrada,  
Nunca igualamos los dos.  
Y si yo caso con vos,  
En pasándose la boda,  
Diréis que la hacienda toda  
Es vuestra, y que mía no.  
Y para mandar en paz,



Más vale que lo dejemos,  
Y con eso no tendremos  
Mañana desigualdad.

Dorindo contesta que él tiene bastante hacienda para los dos. En esto sobreviene el labrador Libio, buscando á su hija Flora, y entra en recelos al verla tan acompañada. El caballero procura disiparlos diciendo que ha perdido el camino de Nazaret. Libio le ofrece hospitalidad en su casa, y ordena á Flora que se adelante á prevenir la cena. Llegados á la casa, Libio, para entretener á su huésped, le da cuenta de su vida en una relación interminable y pedestre como todas las de esta comedia, pero que no carece de interés novelesco, y acaso tiene algún fondo tridicional.

## LIBIO.

Veinte años ha, poco menos,  
Que entre aquestos montes vivo  
Desterrado de Belén,  
Que es mi patria, hijo querido.  
Vivía yo en un mesón,  
Que, en fin, aunque es bajo oficio,  
Suele ser muy provechoso  
Si se acredita de limpio.  
Murió mi amada consorte,  
Dejando al alivio mío,  
Después de dos sucesiones,  
Sólo esta hija que has visto.

Una noche que el invierno  
Suele dar con mucho frío,  
Estaba yo descansando  
En mi lecho ya dormido,  
Cuando llamando á la puerta  
Con golpes y con ruidos,  
Me obligó á salir del lecho,  
Pienso que medio vestido,  
Á abrir la puerta de casa  
Porque entrasen dos prodigios:  
Una señora tapada  
Con un velo terso y limpio,  
Y en el regazo cubierto  
Un hermoso y bello niño.  
Pidióme una sala aparte  
De toda bulla y ruido,  
Y dos pajes la llevaron  
Con silencio á tal retiro,  
Y en una cama la dejan,  
Dando vuelta de camino  
Al coche que la sacaron,

Y dando dos estallidos  
 Con un azote en las mulas,  
 Se fueron luego al proviso,  
 Desempedrando las calles.  
 Pero apenas fueron idos,  
 Volví, cerrando mis puertas;  
 Y una criada me dijo  
 (Que era una negra y quedó  
 Sola á atender al servicio  
 De su ama): «Señor huésped,  
 Mi señora me ha pedido  
 Que os lleguéis hacia su cuarto,  
 Que tiene que hablar contigo.»  
 Fuíme á ver luego con ella,  
 Y apenas su rostro miro,  
 Cuando quedé mudo y yerto,  
 Y abrasado en un hechizo,  
 Que robado de sus ojos,  
 Al punto se fué á los míos.  
 Como era mancebo yo,  
 Me rindió el traidor Cupido,  
 Y disparando una flecha,  
 Á entrambos hirió de un tiro.  
 Díjome que un caballero  
 Se la quitó á su marido,  
 Y habiendo parido dél,  
 Nunca faltó quien lo dijo,  
 Y quitándole la vida,  
 Ella salió del peligro;  
 Y así guardada en mi casa  
 Se ha de estar hasta que el niño  
 Pueda defender brioso  
 Su vida de un precipicio.  
 Mas no llegó á defenderla;  
 Que Dios, por sus altos juicios,  
 En aquella misma noche  
 Le quitó la vida al niño.  
 El sentimiento fué grande,  
 Y el duelo fué tan cumplido,  
 Que en dos meses no cesaron  
 Sus ojos de dar indicios.  
 Consolábala yo mucho;  
 Dió en festejarse conmigo,  
 Y de nuestras amistades  
 Tuvimos otros dos niños.  
 . . . . .  
 Belisa llamé á la niña,

Y al niño llamé Doristo;  
Ya ha veinte años y más  
Que á los dos no los he visto;  
La ocasión diré después,  
Que es también esto preciso.  
Después que aquesta amistad,  
Hijo, entre los dos tuvimos,  
Ella me entregó sus joyas,  
Dineros y cofres ricos,  
Con que, dejando el mesón,  
Compré estos montes que has visto,  
Compré rebaños de ovejas,  
Tierras, viñas y cortijos,  
Y en fin, fabriqué en Belén  
Un palacio, sí, hartó rico.  
Todos mi dicha envidiaron;  
Mas la mujer que te he dicho  
Que quedó por compañera,  
Por un arrojito que hizo  
Se ausentó, y buscando á su amo,  
Cuanto pasaba le dijo.  
Juntó á todos sus pastores,  
Y hecho un león vengativo,  
Á tomar de mí venganza,  
Sin más detenerse, vino.  
No faltó entre tanto riesgo  
Quien de todo me dió aviso,  
Y para ponerme en cobro  
Saqué algunos dobloncillos.  
Saqué á mi hija en los brazos,  
Y una noche nos salimos,  
Dejándonos en la cama  
Los otros niños dormidos.  
Al saltar por una tapia  
Tan poca suerte tuvimos,  
Que se cayó, y mi querida  
Quedó muerta entre ladrillos.  
Volver por mis hijos quise,  
Y al saltar por el portillo,  
Vi que mi casa cercaron,  
Armados, mis enemigos.  
Salí al campo, entré en el monte,  
Llegué cansado al cortijo,  
Ciegos mis ojos de llanto,  
Despeado del camino,  
Y aquí oculto en esta aldea  
Me libré de este peligro.

No sé si mis hijos viven  
 Ni en qué parase aquel ruido;  
 Yo no he vuelto hacia *Belén*,  
 Porque si soy conocido  
 He de morir sin remedio,  
 Y así, el ir no determino.  
 Aquí con un par de bueyes  
 Rompo, alrededor de estos riscos,  
 Las entrañas de la tierra,  
 Donde cojo rubio trigo.  
 Sólo trescientas ovejas  
 Con unos cien corderillos,  
 Pastan la yerba á estos prados  
 Y beben de aqueste río,  
 Que le llaman el Cedrón.  
 Aquí yo soy asistido  
 De todos cuantos zagales  
 Moran por estos ejidos,  
 Pues al són de sus campanas  
 Pasan los ratos perdidos.  
 Esto soy, y pues ya sabes  
 Quién soy y cómo aquí vivo,  
 Entra á cenar, porque Flora  
 Ya lo tendrá prevenido.

Semejante relato deja absorto á Dorindo, porque empieza á sospechar que también Belisa es hija del viejo; pero determina atropellar por todo y casarse con Flora. En la escena siguiente, por revelación del demonio en traje de ermitaño, se enteran Belisa y su hermano de que ya está desposado. Ambos hermanos juran venganza, y el encubierto Lucifer promete ayudarles en ella. Y aqui volvemos á encontrar á la Serrana del romance, con los mismos furores que en Lope ó en Vélez de Guevara:

BELISA.

Yo soy más interesada,  
 Y á mí me toca el castigo.  
 ¡Ah, falso y traidor amante!  
 ¿Este pago he merecido?  
 Y ¿así agradeces, infame,  
 Favores que has recibido?  
 ¡Fuego de Dios en los hombres!  
 Reniego de sus cariños.  
 Malditas sean sus palabras,  
 Sus fingimientos malditos....  
 ¡Oh traidor de mi deshonor,  
 Burlador de mis designios,  
 Plegue al cielo que te encuentre,

Amante desvanecido,  
 Que como á mis manos caigas,  
 Tú pagarás lo debido!  
 ¡Pastores, acudid todos!  
 Tío del alma, Doristo,  
 Ergasto, Riselo, Lauro,  
 Fileno, Sancho y Tamiro,  
 Acudid á tanto riesgo,  
 Todos me ayudad, amigos,  
 Que para lograr el tiro  
 Vuestro valor necesito.....  
 El mundo ha de ser testigo  
 De la más justa venganza  
 Que en sus anales se ha escrito.  
 Cómprense luego, al instante,  
 Charpas, armas, capotillos,  
 Y me verán en la sierra  
 Sujeta al calor y al frío,  
 Hasta que tome venganza  
 De un amante tan fingido.  
 Aquí juramento hago,  
 Siendo vosotros testigos,  
 De matarle ó de matarme  
 Si este trance no consigo.  
 El que me quiera seguir,  
 Parta á la sierra conmigo;  
 Que bandolera he de ser,  
 Y al punto he de poner sitio  
 Desde el parque donde estamos  
 Hasta el más soberbio Olimpo,  
 Hasta que caiga en mis manos  
 Ese burlador Tarquino.....

Las escenas de la vida bandolera ofrecen poca novedad, salvo la continua intervención del Diablo, que, fingiéndose tío de Belisa, se mete en todo, la ayuda en sus fechorías, y trae á su presencia, entre otros pasajeros, á la Virgen y á San José, á quienes la Serrana respeta y deja libres, movida por cierto impulso de misteriosa veneración.

Al principio de la jornada tercera aprendemos que se ha librado ya de tan funesto consejero, á pesar de lo cual continúa en sus fierezas y desgarrs, amenazando á los vecinos de un pueblo con ir allá y hacerles amasar el pan y cocerlo en hornos caldeados con los huesos y la vara del alcalde. Aquella misma noche asalta con un escuadrón de foragidos la casa de Libio, donde se estaban celebrando las bodas, y manda sacar los ojos al novio y cortar á la novia la lengua:

Los ojos porque miraron,  
 Y porque dió el sí, la lengua.

Esta situación se prolonga demasiado con pormenores que de puro atroces rayan en grotescos. Pero acaba de un modo muy original y muy fantástico. Belisa, impaciente de que su hermano quiera contener el frenesí sanguinario que la ciega, invoca al Demonio, y éste aparece reclamando su alma y recibéndola en precio de su venganza:

BELISA.

¿No hay alguno que obedezca  
Las órdenes de mi agravio?  
Pues venga el Demonio, venga,  
Y efectúe lo que mando,  
Ya que aquí todos me dejan.

LUZBEL.

Á tu lado está el Demonio,  
Y haré sin tener clemencia  
Todo lo que tú ordenares.

BELISA.

¿Qué has dicho?

LUZBEL.

Demonio soy;  
Di, Belisa, ¿por qué tiemblas?  
¿Tú misma no me llamaste?  
Á ti la culpa te echa;  
El alma sabes que es mía.

BELISA.

Ya lo he dicho, no hay remedio,  
Tuya soy.

LUZBEL.

De Dios reniega.

BELISA.

Quitad la vida á Dorindo,  
Llevalde, llevalde apriesa,  
Sacalde al punto los ojos,  
Porque miró á Flora bella.

DORISTO.

Belisa, ¿te has olvidado  
De aquella amistad primera  
Que con tu hermano Doristo  
Tuviste siempre tan buena?  
¿Tú con tan poco juicio  
Hoy al Demonio te entregas  
Sólo por una venganza?

LIBIO.

Mujer altiva y resuelta,  
¿Cómo, olvidada de Dios,  
Permites cosa tan ciega,

Pues esclava del Demonio,  
 Á su poder te sujetas?  
 Mujer, pide á Dios perdón,  
 Y mira que está muy cerca  
 De nacer ya nuestro bien,  
 Según dicen los profetas.

BELISA.

Pues si Dios ha de nacer  
 Y está de nacer muy cerca,  
 Entonces sabré buscarle  
 Y pediré su clemenciá;  
 Pero hasta tanto que nazca,  
 Mi palabra ha de ser cierta.

En esto se oye á lo lejos el cántico de los ángeles:

Gloria á Dios en las alturas,  
 Y paz al hombre en la tierra.

Todos los circunstantes se quedan absortos y mudos: sobreviene Dorindo, mostrando vacías las sangrientas cuencas de sus ojos, pero no pidiendo venganza, sino explicando los prodigios que se observan en la naturaleza, confesando sus culpas y exhortando á Belisa al arrepentimiento.

Ella se cree irremisiblemente condenada, pero una voz celestial la fortalece y consuela:

BELISA.

¡Ay, Dorindo, que ese aviso  
 Ya para mí tarde llega!  
 Esclava soy del Demonio.

VOZ.

•Ya está Dios en la tierra,  
 Sólo á restaurar al hombre  
 De la culpa.»

BELISA.

Voz que alegras,  
 ¿Habrá perdón para mí?

VOZ.

•Si tú quieres remediar  
 Fácilmente tu pecado.»

BELISA.

Pues ¿qué he de hacer?

VOZ.

•Penitencia.»

BELISA.

Pues si así place á los cielos,  
 Dos mares mis ojos scan.....

Por lo poético de la concepción, y aun por la manera familiar y grandiosa á un tiempo con que están escritas estas escenas, recuerdan otras de *El Esclavo del Demonio*, de Mira de Mescua; de *La Fianza satisfecha*, de Lope; de los mejores dramas religiosos de nuestro Teatro. ¡Lástima que no estén mejor preparadas, y lástima también que no sean las últimas, ó que, por lo menos, el incógnito poeta, que en esta ocasión demostró serlo de veras, no haya abreviado un poco la solución del embrollo novelesco que había planteado con tan poco arte y que de nada sirve sino de entorpecer el limpio cauce por donde corre esta vez su inspiración popular y creyente!

Sale Luzbel furioso, y quiere llevarse al abismo á Belisa, á pesar de su arrepentimiento; pero aparece un ángel con la espada desnuda para defenderla, é íntima al Demonio esta orden:

En pago de que engañaste  
 Á esa mujer con cautela,  
 Te manda Dios que descubras  
 La prodigiosa tragedia  
 De Dorindo y de Belisa;  
 Que es mucha razón que sepan  
 Lo que ellos no imaginaron,  
 Pues que Dios así lo ordena.

No entraremos en las explicaciones del Demonio, porque nada nuevo nos dirían, salvo que la quebradiza dama que posó en casa de Libio era una *Duquesa*. Además, los versos son tan rastreros, que no merecen transcribirse por no destruir el efecto de los últimos que dejamos copiados, y que realmente parecen de mano distinta, acaso de una comedia más antigua.

Tres desenlaces cabían en esta fábula, y los tres han sido ensayados. La serrana amnistiada, restituida á la vida social y convertida en esposa honrada: fué el desenlace de Lope. La serrana ajusticiada por los cuadrilleros de la Santa Hermandad: este desenlace, que probablemente era el histórico, fué el que prefirió Luis Vélez. La serrana trocada de bandolera en penitente ofrecía una tercera solución, que es sin duda la más poética: fué la que adoptó el incógnito dramaturgo de Plasencia.

BELISA.

Vayan afuera las armas,  
 Fuera capote y montera,  
 Fuera vestidos y galas,  
 Que ya no son para mí.  
 Venga una túnica blanca  
 De púrpura, rota y vieja,  
 Que cubra impureza tanta;  
 . . . . .  
 Venga una soga nudosa  
 Que ciña aquesta garganta,  
 Y venga un velo que cubra



Los borrones de esta cara;  
 Venga un azote cruel  
 Que rompa aquestas espaldas.  
 Voyme, haciendo penitencia,  
 Á esa áspera montaña,  
 Por si encuentro alguna gruta  
 Adonde las fieras braman.  
 Adiós, padre; adiós, hermano;  
 Id y buscad á mi hermana,  
 Y decidla que perdone  
 La bandolera serrana.

Descúbrese el Portal de Belén y en él José y María; el Niño en el pesebre, y el Ángel al lado. Sale Belisa con un pliego en la mano, y, después de una devota supplica, le pone en manos del Niño. La Virgen devuelve el pliego en blanco y la dice que ya está perdonada. Llegan los pastores con sus ofrendas, recitando cada uno de ellos su correspondiente loa. Dorindo, al hacer la suya, recobra la vista. Cúbrese el Portal. Belisa perdona á Dorindo. Doristo se dirige al público anunciando el fin de la *primera parte* de la comedia, escrita por un *autor aficionado*, y prometiendo la segunda para la Natividad del año siguiente. No consta que tal promesa se cumpliera.

Tal es el peregrino drama que ha conservado hasta tiempos muy próximos á los nuestros la tradición de la Serrana de la Vera en el teatro popular de la Extremadura Alta. Informe parece, sin duda, y en muchas partes estragado; pero á veces muestra intenciones altamente poéticas. Y además, le hace curioso la extrañeza de su contextura, la mezcla de elementos devotos y profanos y el giro enteramente nuevo que se da á la leyenda, sin que se adviertan reminiscencias de los romances, ni de la comedia de Lope de Vega, ni de la de Luis Vélez de Guevara, ni del auto del maestro Valdivielso, lo cual puede ser indicio de que existían otras versiones orales, quizá más próximas á la verdad del hecho. Esto es lo que se propone dilucidar, y lo hará sin duda con su sagacidad acostumbrada, el Sr. D. Vicente Paredes, á quien de nuevo damos gracias por habernos comunicado tan interesante hallazgo.

## II.—LA PÉRDIDA HONROSA Y CABALLEROS DE SAN JUAN.

Esta comedia, inédita hasta ahora, se imprime aquí por un manuscrito de la Biblioteca Nacional, copia moderna mandada sacar por D. Agustín Durán de un manuscrito antiguo que perteneció al librero de Madrid Quiroga, y cuyo actual paradero no consta.

El argumento de este poema dramático no pertenece, en rigor, á la historia de España, aunque algunos españoles hubiese entre los heroicos y desventurados defensores de Rodas. Pero no he querido separarla de las demás que tratan asuntos

del reinado de Carlos V, que fué, entre todos los Príncipes cristianos, el único que trató de socorrer á los caballeros de San Juan, aunque el socorro no llegó á tiempo para salvar la isla, consumándose así aquella catástrofe que hizo á los turcos dueños absolutos del mar de Grecia. La historia de este memorable cerco, que duró desde el 28 de Julio de 1522 hasta el 1.º de Enero de 1523, ha sido escrita muchas veces, y de ella hay libro especial, *De bello Rhodio*, compuesto por el italiano Jácome Fontano, y traducido del latín á nuestra lengua por el bachiller Cristóbal de Arcos, clérigo de Sevilla, en 1526, con el título de *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rodas* (1). Para nuestro objeto basta con otra relación más breve, y también de autor contemporáneo. La trae Vasco Díaz Tanco de Frexenal, en su *Palinodia*, que viene á ser un compendio de la historia de los turcos, tomado principalmente de Paulo Jovio (2):

---

(1) *Con privilegio de sus Sacras Cesareas Catolicas Magestades. La muy lamentable Conquista y cruenta batalla de Rodas, nuevamēte sacada de la lengua latina en nuestro vulgar castellano, y puesta por mejor modo q̄ en el latín estaba por el bachiller Christoual de arcos, clerigo, cura de la Santa iglesia de Sevilla. Dirigida al illustrissimo y reveridissimo señor don Alonso Manrique, por la divina miseracion arzobispo de Seuilla, inquisidor mayor en los reinos todos de España, consiliario de sus Magestades, &, &. (Al fin:) Acabosse de trasuntar a doze dias del mes de Octubre de M. d. XXVj años. Y de imprimir a XV dias de Nouiembre del dicho año en casa de Juan carela de Salamāca, vezino de la dicha cibdad d' Seuilla.—Folio. Letra gótica. A dos columnas.*

Fué reimpresso este raro libro en Valladolid por Juan de Villaquirán, 1549, y en Medina del Campo por Francisco del Canto, 1571.

(2) *Libro intitulado Palinodia, de la nephanda y fiera nacion de los Turcos, y de su engañosa arte y cruel modo de guerrear, y de los imperios, reynos y provincias que han subjectado y poseen cō inquieta ferocidad. Recopilado por Vasco Díaz Tanco, natural de Frexenal de la Sierra. Dirigido al muy alto y muy poderoso príncipe dō Phelippe, nuestro señor &. Año M. D. XLVIj (1547). (Al fin:) Este libro llamado Palinodia, fue ympresso en la ciudad de Orense, que es en Galizia. En la ympression del propio actor q̄ lo hizo y recopiló y onde al p̄sente haze su residēcia. Acabose de impimir a quinze dias de setiembre del año de nuestra redēcion m. q. xxxxviij.—Folio. Letra gótica. Folios xxxm y xxxiv. Sobre las fuentes de este libro se explica así Vasco Díaz en el prólogo:*

«Estando en Bolonia vi vn librezillo en lengua toscana, llamado comentario de las guerras de los turcos, recopilado por el Obispo de Nozera y dirigido al César Carlo vuestro padre. El qual libro por mi leydo me pareció obra de mucha estima, y su autor digno de loor por su buen estilo y modo de escrevir, y en especial por su buen zelo y sancta intencion, y esto segun mi poco entender: onde (sic) oi dezir á algunos mas prácticos en Turquía, que aquel libro no carecia de defectos é ymperfecciones é ynmoderaciones....

»Pues, serenissimo señor, hallándome yo en estos reynos de España, despues de haber andado tantas tierras extrañas, y sintiendo de aquella turquesca nacion y de sus modos y condiciones algunas cosas, como no sea de condicion dado á la ociosidad, me determiné de recopilar este libro sobre aquel comentario del dicho Obispo, el cual iba dirigido al César vuestro padre, y en partes traducirlo, y en otras verificarlo.

»E así con baxo estilo traduxe, recopilé, fulminé y acabé lo que aquel reverēdissimo obispo

«Cap. 54. *De cómo el grā turco Solimano hizo la empresa de Roaas, do dió terribles baterías y combates contra la religion de S. Juan, do los turcos rescibieron grandissimo daño.*

»Belgrado, siendo poseído de aqueste maldito príncipe Solimano por espacio de un año, luego determinó este can rabioso de hacer la empresa de Rodas, contra el parescer de Pirro Bassá (Bajá) y de otros muchos *Sanjacos*, que se acordaban con cuánta dificultad y daño su abuelo Mahometo había tentado aquella empresa, y sobre todo le dixeron que no les parecia cosa segura que él pusiese su persona á tanto riesgo sobre una isleta tan sin provecho. Porque si acaso la armada de mar rescibiese algun daño señalado ó de la suerte de la tempestad, ó de la fuerza de las armadas cristianas, seriale forzado retirarse *onde* no podria haber buen sucesso, ni se podria ganar mucha honra, y esto decian ellos porque les parecia que Rodas de razon habia de ser socorrida de poniente. Do los sobredichos bassás al fin concluyeron en que su señoría mandase gran armada de mar fornida de mucha artillería, y su señoría en ninguna manera pasase, porque estaban los inconvenientes muy ciertos, y que su señoría lo mirase y notase y examinase con más maduro consejo y que no arriscase así su persona tan accidentalmente, porque no le estaba bien.

»Mas Solimano que habia oído decir á su padre que las empresas no han buen effecto por la mayor parte si el señor con determinado propósito no se mueve á ellas, y gana las victorias de su mano, se determinó de venir en persona sobre la dicha isla de Rodas.

»Pasó el gran turco Solimano en fin de Junio del año de nuestra redencion de M. D. xxij (1522) con cuatrocientas velas quadradas y latinas y con dozientos mil combatientes, y con artillería infinita, con la qual tiraron las defensas á la ciudad, porque la plantaron sobre dos muy altos caballeros hechos de dos montañas de tierra. Cosa increíble á quien las vee, porque de dos millas atrás comenzaron con azadas y palas á echar la tierra hazia los fosos de la ciudad, *onde* era tanta la multitud de los turcos que trabajaban cavando, que en breve tiempo entraron en los fosos y comenzaron á hacer minas y cortar con picos los muros de la ciudad.

»Allí Filipo Villadan, frances, gran Maestre de aquella religion, con muchos caballeros religiosos que allí se hallaron, hicieron todas las provisiones posibles para defenderse, do hicieron con artillería y con otros ingenios de guerra gran daño á los turcos, y en las batallas se defendieron tan animosamente, que los fosos eran llenos de cuerpos de turcos muertos, y ni por aquesto el fiero Solimano afloxó su terrible propósito ni se cesó de su ferocísimo combate, aunque en este tiempo le morieron de flujo de sangre y cámaras más de treinta mil hombres. Y al fin cavando gran número de turcos por baxo de tierra, fueron cortadas las torres y de-

---

nos dexó á mi parescer tábile ordenado, para lo qual fue necesario bien examinar y cotejar las historias antiguas y modernas que desto tractan, que son diversas y en algunas cosas diferentes, que me ponian en confusion.»

Sigue una larga lista de autores y libros consultados.

rocados los muros con todos los géneros de artillería, y con minas ocupadas las extremas cintas de la ciudad, de manera que con cavar palmo á palmo y con dar batallas de hora en hora, ganaban siempre más espacio, do era necesario que los christianos se retirasen, reparando de mano en mano lo mejor que podían. Entonces las casas de la ciudad (como estaban atormentadas con los grandísimos trabucos y morteretes y pelotas de un brazo de diámetro que aterraban los tejados y solares y hundían el *terreno*, con gran espanto de los que de dentro estaban), sin más tocarles se caían por todas partes. E pasando cinco meses que trabajaban en su defensa aquellos nobles religiosos, sin tener algun socorro de la christiandad ni esperanza de ninguna parte, llegó al fiero Solimano gran socorro de Natholia, enviado por Farath Bassá, con que se refrescó el campo Turquesco y cobró gran ánimo, porque vino mucha gente, y armas, y tiros de artillería, y pólvora en gran cantidad, y muchas provisiones para sustentacion de la gente, y tambien llegaron de Alexandria cuarenta velas con cosas muy necesarias para aquella guerra, las cuales velas le envió Caierbeio, que no le fué poco favor, y el Maestre con los de su compañía, ningun remedio ni esperanza tenían.»

«Cap. 55. *De cómo el gran Maestre de Rodas, con la religion de San Juan, no teniendo otro remedio, se rendió al gran turco Solimano, el cual entró en Rodas con gran orden. Do el triste Maestre salió con gran afrenta de la christiandad.*

»En aquel tiempo llegó el papa Adriano de España en Roma con algunas naos y galeras y buena infantería, do el cardenal de Médicis, que despues fué papa Clemente Séptimo, y el cardenal Farnesio, que ahora es papa Paulo tercio, y otros algunos príncipes elesiásticos dixeron á Su Santidad que quisiese mandar las naos é infantería la via de Rodas, porque con los vientos prósperos del otoño sin duda entrarian en el puerto, á despecho de toda la armada turquesca, especialmente estando en la isla de Candía, como estaban, cincuenta galeas venecianas, que les habian de hacer algunas espaldas ó favor, al menos de muestra, mas Su Santidad, por ser venido nuevamente en el pontificado, no se osó determinar á tomar el súbito consejo, ni Dios le dió gracia para resolverse en tan glorioso remedio. E así, siendo las cosas de Rodas muy atribuladas con continua guerra y los caballeros de aquella religion desesperados de remedio, al cabo de seis meses de tan gran resistencia, el gran maestre Filipo Villadan hizo pacto con el gran turco Solimano, y se rendió con salvar las vidas y ropa y todos los muebles que llevar se pudiesen, excepto la artillería, y así Solimano le cumplió la promesa, y no tocó las cosas sagradas de los templos.

»Notable cosa es que la primera vez que entró el gran turco Solimano en la ciudad de Rodas llevó consigo xxx mil turcos, entre los cuales jamás se sintió una palabra, que en esto parecian frailes de la observancia.

»Y quando el reverendísimo Maestre fué la segunda vez á tomar licencia, fué rescibido del gran turco Solimano con manso semblante y amigable cara, el cual se volvió á Hebrain Bassá, su muy favorito, que estaba solo con él, y le dixo: «Cierta-

»mente me desplace que este pobre viejo sea echado de su casa y se vaya ansi mal contento.»

»Ansi salió de su antigua ciudad é isla el triste Maestre, do el gran turco Solimano, con gran gloria suya y vituperio de la christiandad, se sacó aquella mota del ojo. Esto fué en el sexto mes del combate.

»En el propio dia que en Rodas se concluyó el pacto de rendirse el Maestre aconteció un gran prodigio al papa Adriano, que en la Silla Romana residia, que queriendo entrar en la capilla de Palacio á las solemnes ceremonias del Natal, cayó el arco trabado de mármor de la puerta poco despues que Su Santidad habia pasado por debaxo, el cual arco mató ciertos alabarderos de su guardia, *onde* Su Santidad hobo gran miedo de morir.

»En aquel tiempo reinaba en España Don Carlos, emperador, en Portugal Juan III, y en Francia Francisco Primero.»

Sin gran malicia puede sospecharse que terminando su narración con este recuerdo cronológico, quiso dar á entender el historiógrafo extremeño que Rodas sucumbió, no tanto por las minas y las bombardas y morteros de Solimán *el Magnífico* y por el enjambre de bárbaros que sobre ella cayó, cuanto por el abandono en que la dejaron todos los Monarcas y Repúblicas de Occidente, comenzando por aquellos á quienes más interesaba la conservación de aquel baluarte contra el Islam, puesto en el camino de Constantinopla á Egipto y á los puertos del Asia Menor. «Sólo el Emperador (dice Fr. Prudencio de Sandoval), con estar tan ocupado en tantas guerras, envió á socorrerla, si bien el socorro llegó tarde y cuando la isla estaba sin remedio» (1). En realidad no llegó ni tarde ni temprano, aunque no fuese del Emperador toda la culpa. Las cosas pasaron así, según el mismo Sandoval refiere: «El Gran Maestre Felipe Villiers envió con tiempo por socorro á todos los Reyes cristianos y al Padre Santo, á quien más tocaba sostener y socorrer aquella caballeria cristiana. El papa Adriano VI tenia tres mil españoles que poder enviar á Rodas, que los habia llevado de guerra. Mas por no tener dineros, como él decia, lo dexó, y porque el Duque de Sessa, que á la sazón era Embaxador en Roma, y otros capitanes y grandes Señores le dixerón ser mejores aquellos soldados españoles para Lombardia contra franceses, que para Rodas, pues tenia quien la defendiese y estaba fuerte. Venecianos no ayudaron, aunque tenian cincuenta galeras en Candia, por tener paz entonces con el Gran Turco. De Francia no le fué socorro alguno. De España fué el Prior de San Juan Don Diego de Toledo, con otros caballeros de su Orden. Pero ni ellos pudieron pasar de Sicilia por el invierno, ni ciertas naos que iban de aquesta isla y de Nápoles á costa del Emperador. Y como los que vinieron á demandar ayuda no la hallaron en quien pensaban, vendieron la renta que la Orden tenia en el monte de San Jorge de Génova y enviaron dos naos; mas tampoco llegaron allá, porque la una se hundió cerca del Monaco,

(1) *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V.* (Amberes, Verdussen, 1681.) *Parte primera*, pág. 413.

y la otra se abrió no lexos de Cerdeña; *de suerte que no hubo quien socorriese á Rodas.*»

Así es la verdad, y el mismo Carlos V parece que quiso reparar tan culpable negligencia dando á los Caballeros Hospitalarios de San Juan la isla de Malta, para que en ella renovasen sus prodigios de valor y constancia contra los musulmanes. De todos modos, bien hizo Lope en calificar de *honrosa* aquella defensa de seis meses, sostenida por menos de 6.000 hombres contra 200.000, amparados por 400 embarcaciones de mayor ó menor porte y por una artillería para aquellos tiempos formidable. Las *ocho lenguas* de la Orden, franceses, alemanes, ingleses, españoles, portugueses, italianos, auvernios y provenzales, hicieron prodigios en la defensa de aquellas endeble fortificaciones. De 600 comendadores de la Orden, apenas 100 salvaron la vida, junto con el Maestre. Corrieron, como siempre, rumores de traición, que no eran necesarios para explicar el desastre. «Dicen que un Judío y un Comendador la vendieron, y que por eso se ganó: no esde creer.» Nadie la vendió sino la desunión y el egoísmo de los Príncipes de Occidente, que mientras ensangrentaban los campos de Lombardía, dejaban impasibles al enemigo común de la cristiandad cerrarla, Dios sabe hasta cuándo, el camino del Asia.

Aquella inmensa ruina, tan presente por sus efectos, aunque tan lejana, tuvo eco en nuestra poesía semipopular, como lo prueba el siguiente romance, inserto en la *Silva* de Zaragoza (1550), y reproducido por Durán con el núm. 1.147:

Llorando está el gran Maestre — sin poderse conhortar,  
 La mano en la su mejilla, — en San Juan cabe el altar,  
 Lágrimas tintas en sangre, — que es lástima de mirar.  
 Todos los comendadores — lloran con él á la par  
 La gran pérdida de Rodas, — que á todos hace llorar.  
 Lloran la grande traicion — de aquel traidor singular,  
 Que por ser Comendador — no lo quiero aquí nombrar,  
 Peor que Vellido Dolfos — y que el conde don Julián.  
 Lloran por la artillería — que el turco les fué á ganar;  
 Lloran la profanacion — de la iglesia de San Juan;  
 Lloran los muchos cautivos — que ven allí cautivar;  
 Lloran los muchos pecados — de toda la Cristiandad;  
 Lloran tambien el partido — hecho por necesidad.  
 La Cruz, cubierta de luto, — comienza de caminar,  
 Cantando aquel triste salmo — que acá solemos cantar:  
*In exitu Israel de Egipto*, — ya que se van á embarcar  
 Para la isla de Malta, — que les dió Su Majestad,  
 Do una grande fortaleza — comienzan á edificar,  
 De do pueden á los turcos — de continuo guerrear,  
 Hasta que Dios su gran ira — quiera de todos quitar.

Asunto antidramático de suyo el de la pérdida de Rodas, como todos los que se fundan en batallas campales, asaltos y conquistas de ciudades, poco juego podía dar al poeta, y realmente esta comedia es una de las más endeble de Lope. Lo cual

no quiere decir que deje de tener de vez en cuando cosas propias de su grande ingenio. La parte histórica está tratada con bastante sujeción al texto de Fontano, y á veces con cierta gravedad épica. El tipo del Maestre y el de Solimán *el Magnífico* no desdicen de la grandeza que uno y otro tienen en la historia, siendo muy loable en el poeta cristiano la imparcialidad generosa con que presenta la figura del grande enemigo de la Cristiandad, haciendo resaltar su proceder magnánimo después de la victoria. No hay en la obra rastro alguno del fanatismo que gratuitamente se atribuye á los poetas españoles: la gloria está partida equitativamente entre los dos adversarios, y los conceptos honrados y nobles puestos por igual en boca de uno y otro, como en bizarra competencia de generosidad:

SOLIMÁN.

Porque á no tener la luz  
Que me dió Alá soberano,  
Pienso que fuera cristiano  
Sólo por traer tu cruz.

Y eres tan noble enemigo,  
Donde tal valor se encierra,  
Que al mismo Alá hiciera guerra  
Como tú fueras mi amigo.

.....  
Ya el provecho es inferior  
Que vuestra ciudad encierra;  
No peleo por la tierra,  
Peleo por el honor.

MAESTRE.

Los cequíes que me ofreces,  
El cristal, joyas y espada,  
Y aquesta merced sobrada  
Con que mi ser engrandeces,  
Claro está que ha de obligarme  
Á servirte; mas, señor,  
Para comprar mi honor,  
¿Tienes tesoro que darme?

Bien pudieron decir los espectadores de esta escena:

—Tratándose como amigos,  
Muestran su esfuerzo y poder.  
—Es honrado proceder.  
—Son honrados enemigos.

En la jornada segunda cae herido y prisionero un valeroso soldado español, llamado D. Diego Tello; y el Maestre, de pie sobre la muralla, propone á Solimán su rescate con estas sentidas palabras:

Danos á Tello, señor,  
 Porque su cura se haga.....  
 Y si por desdicha es muerto,  
 Volvernos su cuerpo manda;  
 Que el sepultar los difuntos  
 También el Moro lo alaba.....  
 Y si está ya en ese punto,  
 Antes que su alma parta.....  
 Dánosle, gran Solimán,  
 Que vivas edades largas:  
 Muera entre las blancas cruces  
 El que fué de la Cruz blanca;  
 Que muriendo ese español  
 Entre las flores de España,  
 Tendrá quien Jesús le diga  
 Cuando se le arranque el alma.  
 Véanle morir los míos,  
 Y aprendan á ganar fama  
 De aquel que le sobró pecho  
 Cuando faltó una muralla.  
 Considera, gran señor,  
 Que en la muerte no hay venganza,  
 Y el que muere se consuela  
 Conociendo el que le falta.....

## GRAN TURCO.

¡Por Mahoma, que me espanto  
 De ver en tus ojos agua!  
 ¡Si eran de fuego no ha un punto,  
 Que amedrentaban las almas,  
 Tus lágrimas, Gran Maestre!  
 ¡Por Alá y sus luces santas,  
 Que ser cruel y valiente  
 Repugna á natura humana!  
 Tu comendador te diera  
 Si creyera que en tu casa  
 Hubiera tan buena cura  
 Como donde le regalan.....  
 Allá faltan medicinas,  
 Y aquí las tendrá sobradas;  
 Y no me espanto que os falten,  
 Que son tantas las batallas,  
 Que no sé quién os da lienzo  
 Para apretaros las llagas.  
 Enviad á un español  
 Que seguro al campo salga,  
 Para que con Tello esté,  
 Si por dicha vivo escapa,



Y no para que le cure;  
 Porque os doy mi Real palabra,  
 Que será como la mía  
 Su persona regalada.

No carece de ternura y efecto poético la despedida del Maestre, cuando abandona á Rodas con las reliquias de su gente, llevándose el estandarte de la Orden y las reliquias de San Juan:

¡Adiós, murallas rompidas,  
 Cuanto fuertes desdichadas,  
 Sembradas de sangre y vidas;  
 Adiós campañas, compradas  
 Á mortal precio de heridas.

Adiós, famosos jardines;  
 Adiós, palacios cercados  
 De laureles y jazmines;  
 Adiós, fuertes levantados  
 Por los infieles Techines.

Adiós, templo de San Juan,  
 Aunque con nosotros van  
 Las reliquias veneradas,  
 Por las culpas desterradas  
 Del maestre Lisladán (1).

Adiós, sepulcros famosos  
 De aquellos antepasados  
 Maestres, más venturosos  
 Que no el que por sus pecados  
 Ve estos fines dolorosos!.....

.....

¡Adiós, calvarios y enseñas  
 Puestas por la cristiandad  
 En los caminos y en peñas,  
 Que de mi culpa y maldad  
 Me reprenderéis por señas!

Adiós, los que en las alturas,  
 Dejando este mundo á oscuras,  
 Estrellas pisáis sin miedo;  
 Que aun detenerme no puedo  
 Para daros sepulturas!

Como la materia histórica no bastaba para llenar la comedia, el poeta la ha dilatado con varios episodios más ó menos felices, siendo el principal un embrollo amoroso en que figuran dos damas sevillanas, D.<sup>a</sup> Isabel de Toledo y D.<sup>a</sup> Ana de Aguilar, que vienen persiguiendo á sus infieles galanes, disfrazadas la una de turco

---

(1) En esta forma transcribe Lope el apellido de Villiers-de-l'Isle-Adam.

y la otra de soldado español. A pesar de lo inverosímil del dato y de haberle repetido Lope en otras muchas obras, da lugar esta combinación á algunas escenas agradables y bien versificadas, siendo de notar un romance y unas endechas que hay en la jornada segunda.

### III.—EL CERCO DE VIENA POR CARLOS V.

En la primera lista de *El Peregrino* (1604) se cita una comedia titulada *El Turco en Viena*. No afirmaremos que sea esta misma publicada á nombre de Lope de Vega en ejemplares sueltos del siglo XVIII, estragadísimos como todos los de su clase. El primer desatino está en el título, puesto que no fué Carlos V, sino Solimán *el Grande* el que cercó á Viena, y Carlos V el que la socorrió é hizo á los turcos levantar el cerco. El título verdadero y primitivo de la comedia debió de ser el que se indica en los últimos versos:

Y ésta es la feliz *vitoria*  
Que alcanzó España en Viena.

En su estado actual es imposible que esta comedia sea de Lope. Está indudablemente refundida y estropeada por un versificador vulgar, pero en algunos pasajes todavía se reconoce la huella de su estilo, por ejemplo, en esta rápida y brillante descripción del campo turco (jornada segunda):

¡Qué de lanzas, qué de picas,  
Qué de arneses, qué de cotas,  
Qué de costosas marlotas,  
Qué de sobrevistas ricas!.....  
.....  
¡Qué número de escopetas,  
Qué grandeza de jinetes,  
Qué cantidad de mosquetes,  
Qué nublado de saetas!  
¡Qué limpieza de cuchillas,  
Qué inmensidad de vasallos,  
Qué hermosura de caballos,  
Qué curiosidad de sillas!  
¡Qué de banderas tremolan,  
Qué de atambores atruenan,  
Qué de clarines que suenan,  
Qué de lunas se enarbolan!

Por lo demás, la comedia vale poquísimo, y no era de esperar otra cosa de su asunto, grandioso y magnífico en la historia, pero de todo punto inadecuado para el teatro. Moratín tiene razón en esta parte: una comedia sobre el cerco de una

ciudad tiene que ser mala siempre, aunque sea un gran poeta quien la escriba, y no D. Eleuterio Crispín de Andorra. No hay quizá entre todas las hazañas de Carlos V otra más memorable que la de haber detenido y rechazado de las orillas del Danubio, por el sólo prestigio de sus armas y la habilidad y presteza de sus operaciones, sin llegar á trance de batalla, un ejército de 300.000 hombres con Solimán á la cabeza, conjurando así la más formidable invasión otomana que hubiese amagado á la cristiandad europea (A. 1532). No hubo entre los dos ejércitos más que parciales encuentros, que bien pueden llamarse escaramuzas, pero la retirada forzosa del Turco después de tan inmenso aparato, equivalió á muchas victorias, y valió más por haber sido comprada con tan poca sangre. La grandeza del hecho y de sus consecuencias mucho mejor se comprende leyéndole en el libro xxx de las *Historiis*, de Paulo Jovio (1), ó en Fr. Prudencio de Sandoval, ó en la sencilla y verídica relación del arcabucero Cereceda (2), que en la presente comedia de Lope, donde casi todo es descosido y pueril, árido y enfadoso. El Solimán de esta pieza ha perdido la nativa magnanimidad que muestra en la anterior, y se ha convertido en un energúmeno furibundo que ordena por capricho atroces crueldades, y dice de sí mismo:

(1) *Libro de las historiis, y cosas acontecidas en Alemania, España, Francia, Italia, Flandres, Inglaterra, Reyno de Artois, Dacia, Grecia, Sclavonia, Egipto, Polonia, Turquía, India, y mundo nuevo, y en otros reynos y señoríos: comenzando del tiempo del Papa Leon, y de la venida de la Magestad del Emperador y rey nuestro Señor Carlos quinto en España, hasta su muerte. Compuesto por Paulo Iouio Obispo de Nuchera en Latin, y traducido en romance Castellano por Antonio Ioan Villafranca medico Valenciano: y por el mismo añadido lo que faltaba en Iouio hasta la muerte del inuictissimo Emperador Carlos quinto nuestro rey y señor. Valencia en casa de Ioan Mey, 1562.*—Folio. Gótico.

—*Historia general de todas las cosas succedidas en el mundo en estos cinquenta años de nuestro tiempo: en la qual se eseriuén particularmente todas las victorias y successos que el inuictissimo Emperador Don Carlos hubo, deude que comenzó á reinar en España hasta que prendió al Duque de Saxonia. Escrita en lengua latina por el doctissimo Paulo Iovio, traducida de latin en castellano por el Licenciado Gaspar de Baeza.....* Salamanca, por Andrea de Portonariis, 1563 Segunda parte, 1564.

Esta traducción, hecha en elegante estilo castellano, es muy superior á la primera.

(2) *Tratado de las campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del Emperador Carlos V en Italia, Francia, Austria, Berberia y Grecia, desde 1521 hasta 1545, por Martin García Cereceda Cordobés..... Publícalo la Sociedad de Bibliófilos Españoles.* Madrid, 1873. Tomo 1, páginas 292-312.

Cereceda hace conmemoración de los españoles que asistieron á aquella famosa jornada: «De la nacion de España habia estos señores: el Duque de Alba, el Duque de Béjar, el Conde de Cifuentes, el Conde de Castañeda, el Conde de Santistéban, el Conde de Altamira, el Conde de Palma, y se esperaban al Marqués de Cogolludo y el Conde de Monte-Rey. Estaba el Comendador mayor de Castilla, el Comendador mayor de Leon, el Comendador mayor de Alcántara y el Comendador mayor de Calatrava; prelados, el Obispo de Bari, el Obispo de Palencia, el Obispo de Orense. Y de otras dignidades, caballeros, comendadores y cortesanos, no los podría escribir.»

Una lista mucho más completa trae Sandoval (II, 120).

Sólo el dios que reverencio  
Es mi rabia y mi lujuria (1).

Los lances de cautivos y renegados son vulgarísimos, y la parte sobrenatural está presentada con muy poco arte y con una familiaridad peligrosa.

Versa sobre el mismo argumento que esta comedia otra anónima, y todavía peor, escrita, al parecer, en el siglo XVIII, con el título de *Desagraviar el valor, reino, hermano y opinión, ó Carlos I en Viena*.

Ninguna de estas obras dramáticas tiene relación con los dos romances harto infelices, compuestos en el siglo XVI sobre el sitio de Viena, que llevan en la colección de Durán los números 1.151 y 1.152. El más antiguo de ellos, inserto en la *Rosa Real* de Timoneda (1575), es una especie de gaceta rimada, curiosa sólo por contener la lista de los nombres de los caballeros españoles que asistieron como voluntarios á aquella jornada, «sin ser llamados ni compelidos de nadie (como dice Sandoval), vendiendo y empeñando sus haciendas, y echándolas en armas y caballos, dexando la dulce patria, mujeres y hijos». El segundo es una pedantesca composición de Gabriel Lobo y Laso de la Vega, impresa en su *Romancero y tragedias* (1587), que comienza de esta guisa:

Al soñoliento escorpion  
El nuevo sol se avicina,  
Sus tardos miembros tocando  
Ya por las australes vías....

---

(1) Pudiera creerse que Lope ha aplicado á esta fantástica pintura de Solimán los rasgos que á Mahometo II, el conquistador de Constantinopla, aplica con más razón Mateo Bandello, en una de sus novelas (la 13.<sup>a</sup> de la parte segunda), en cuya lectura estaba tan versado Lope, hasta el punto de ser uno de sus libros predilectos, del cual sacó muchos asuntos dramáticos.

Dice Bandello de Mahometo:

*«Egli si persuase non esser Dio alcuno: si beffava della Fede dei Cristiani, sprezzava la legge giudaica, e nulla o ben poco stimava la religione Maomettana..... di modo che non ci era setta alcuna, che da lui non fosse sprezzata.»*

(*Novelle di Matteo Bandello. Parte seconda. Volume quarto. Milano, per Giovanni Silvestri, 1813. Página 275.*)

Y dice Solimán en *El Cerco de Viena*, jornada segunda:

*Ninguna ley obedezco  
Ni guardo razón ninguna.  
La fe del moro blasfemo,  
De la del turco hago burla,  
Escupo la del judío,  
La del alarbe me ofusca;  
Pero la que estimo menos  
Y la que más me estimula  
Á un grande aborrecimiento,  
Es la que Cristo promulga.*

## IV.—CARLOS V EN FRANCIA.

El original de esta comedia, fechada en Toledo á 20 de Noviembre de 1604, y acompañada de numerosas licencias y aprobaciones, que nos informan de haberse representado en Valladolid, 1607; en Madrid y Zaragoza, 1608; en Jaén y en Málaga, 1610; en Murcia, 1611; en Granada, 1615; en Lisboa, 1617, y en Madrid nuevamente en 1621 (1), existía á fines del siglo pasado, con otros muchos autógrafos

---

(1) Véanse estos curiosos documentos que van en las últimas hojas del manuscrito:

«LICENCIAS DE LOS INQUISIDORES Y JUECES ORDINARIOS.

« Por mandado de los señores Inquisidores de Valladolid, Jueces Apostólicos, vi esta comedia de *Carlos quinto en Francia*, y toda es historial, y no hay en ella cosa contra nuestra santa fe católica, ni contra buenas costumbres; y así me parece que puede representarse. Fecha en San Francisco de Valladolid, á 9 de Marzo de 1607.—*Fr. Gregorio Ruiz.* »

---

« Visto por los señores Inquisidores de Valladolid el parecer de arriba de fray Gregorio Ruiz, lector de teología de San Francisco de esta ciudad, dieron licencia para que se pueda representar esta comedia de atrás, intitulada de *Carlos quinto en Francia*. Fecha en Valladolid, á 9 de Mayo de 1607.—*Juan Martínez de la Vega.* »

---

« Examine esta comedia, cantares y entremeses el Secretario Tomás Gracian Dantisco y dé su censura. En Madrid, á 15 de Junio de 1608. »

---

« Por mandamiento del Arzobispo, mi señor, he visto esta comedia de *Carlos quinto en Francia*, y digo que se puede representar; y así lo firmo en Zaragoza, á 16 de Octubre de 1608.—*El Doctor Domingo Villalba.* »

---

« Vean esta comedia de *Carlos quinto en Francia* los padres Prior y Predicadores de Santo Domingo, y so pena de excomunion mayor *latae sententiae*, que no se recite nada de lo enmendado. Fecha en 25 de Julio de 1609.—*El Doctor de la Parra.* »

---

« Vi esta comedia así enmendada; como ya está, no tiene cosa por donde no se pueda representar. »

---

« Por mandado del Señor Gonzalo Guerrero, Canónigo de la doctoral y Provisor general de este Obispado, vi esta comedia de *Carlos quinto en Francia*; y, á mi parecer no tiene cosa contra la fé, y así puede representarse, salvo, &c. Á 11 de Julio de 1610.—*Dr. Antonio de Godoy Chico.* »

---

« En la ciudad de Jaen, á 12 de Julio de 1610 años, su merced, el señor licenciado Gonzalo Guerrero, Provisor de este Obispado, habiendo visto el testimonio y vista de esta comedia, que se intitulaba *Carlos quinto en Francia*, por mandado de su merced, dado por el doctor Antonio

de Lope, en el archivo de la Casa ducal de Sessa, miserablemente malbaratado en nuestros días. Una copia sacada en 1781 por D. Miguel Sanz de Pliegos, archivero de aquella casa, se guarda hoy en la Biblioteca Nacional, formando parte del tomo II de la colección de comedias inéditas de Lope, que formó dicho Sanz de Pliegos, de la cual sólo se conoce este tomo II, que fué adquirido por D. Tomás Rodríguez Rubi en la feria de Atocha de 1860, y donado por él al Sr. Hartzenbusch, Director de la Biblioteca en aquella sazón. Consta en el *Catálogo* de La Barrera que D. Salustiano de Olózaga poseyó el manuscrito original, pero ignoramos su actual paradero.

Esta comedia fué publicada por Lope en la *Parte* 19 de las suyas (Madrid, 1623), de la cual hay otras tres ediciones: Madrid, 1624 y 1626; Valladolid, 1627. Es curiosa, por sus conceptos estéticos acerca de la música, la carta dedicatoria á Gabriel Díaz, maestro insigne de Capilla en el Real monasterio de la Encarnación, y que antes lo había sido en la iglesia colegial de Lerma. Tal testimonio debe añadirse á los muchos que tenemos de las aficiones musicales de Lope de Vega, que tanto influyeron en la parte lírica de sus obras.

Comprende el presente poema dramático tres diversas acciones históricas, correspondientes á los años 1538, 1539 y 1540. No tienen más enlace entre sí que el re-

de Godoy y Chica, Prior de la iglesia de esta ciudad, dijo que daba y dió licencia y facultad á Antonio Granados, autor de comedias, para que la pueda representar en esta ciudad y Obispado; y lo firmó de su nombre. — *El licenciado Gonzalo Guerrero*. — Ante mí, *Juan de Mata*, notario.»

«Doy licencia para que se represente esta comedia. En Málaga, 29 de Noviembre de 1610. *El Doctor Francisco del Pozo*.»

«Por mandado del señor licenciado Alonso Rodríguez, Canónigo de la Santa Iglesia de Cartagena, Provisor y Vicario general de su Obispado, he visto y leído esta comedia de *Carlos quinto en Francia*, y no hallo cosa ninguna contra la Religión cristiana ni buenas costumbres por que no se deba representar. Y lo firmé en Murcia, 30 de Mayo de 1611. Y así se podrá representar con su licencia. — *Doctor don Juan Andres de la Calle*.»

«Esta comedia se puede representar. En Granada, 3 de Diciembre de 1615. — *El Doctor Francisco Martínez Rueda*.»

«Podráse representar esta comedia intitulada *Carlos quinto en Francia*, con bailes y entremeses. En Lisboa, á 2 de Octubre de 1617.»

«Vi esta comedia, y puede representarse; que no tiene cosa en qué repararse. En Madrid, á 24 de Agosto de 1621. — *Pedro de Vargas Machuca*.»

«Dase licencia para que se pueda representar esta comedia de *Carlos quinto en Francia*. En Madrid, á 13 de Diciembre de 1620. (Rúbrica.)

ferirse todas á la persona del Emperador, y aun puede decirse que sólo los actos primero y segundo justifican el título de *Carlos V en Francia*.

Dan materia al primero las vistas concertadas en Villafranca de Niza entre el Emperador y el Rey de Francia para tratar de la paz por mediación del Sumo Pontífice Paulo III. Lope sigue la historia con bastante fidelidad, como puede juzgarse cotejando estas escenas de su comedia con cualquiera de las relaciones contemporáneas de aquel suceso, especialmente con la muy verídica y detallada de Pedro de Gante, secretario del Duque de Nájera. Bastará copiar algunas líneas de la relación, que corresponden con mucha puntualidad á la última escena de este acto (1):

«A 4 de Julio (de 1538), el Emperador se embarcó en Génova para España. Detúvose seis dias hasta llegar á Niza, porque hizo muy contrario tiempo..... Cerca de las islas de San Honorato llegó una galera de Francia en que venia un embaxador del Rey: hecha su salva y derribado el estandarte y banderas, ido ante el Emperador, le dixo que el Rey de Francia decia que si deseaba la paz de la Christianidad, que se viesen en Aguas Muertas, do le esperaba, y que no serian menester terceros. El Emperador le dixo que dicesse al Rey que no pasaria sin verle. Luego se volvió el embaxador.

»Otro dia llegó su Magestad á Islas d'Eras (de Hières); el Gobernador dellas le envió un presente de muchas frutas, y le vino á offercer de parte del Rey las fuerzas y castillos de toda aquella tierra. El Emperador se lo agradeció, y le dixo que yba á verse con el Rey y le diria los servicios que le habia hecho.

»A 13 de Julio, sábado de mañana, llegó el Emperador acerca de Marsella. Salieron á recibille 21 galeras del Rey de Francia. Quando llegaron cerca de la capitana, do su Magestad iba, todas las banderas y estandartes derribaron, salvo el estandarte de su capitana. La salva que las unas á las otras se hizieron fué tal, y la escuridad del humo que á todos cubrió, que los unos no podian ver á los otros. El Conde de Tenda salió de la galera capitana del Rey con otros caballeros y entró á la del Emperador á ofrecelle á Marsella con toda aquella tierra. Todas las galeras en compañía se fueron hacia la ciudad. Cerca de media legua della está un castillo harto fuerte, dentro en la mar, en una pequeña isla para la guarda del puerto; desde aquél y de otro castillo que está al lado de la ciudad, dispararon mucha artillería, y de Marsella no menos. Las salvas de una parte y de otra fueron muy bravosas. El armada estuvo hasta la tarde entre el castillo que primero dixe, y una isla que está vezina. Muchos caballeros y criados de señores fueron en barcos á ver la ciudad y hallaron en los franceses todo buen trato y acogimiento.

---

(1) Véase además la *Relacion muy verdadera sobre las paces y concordia que entre Su Magestad y el Christianísimo rey de Francia pasaron. E las fiestas e recebimiento que se le hizo á su Magestad en la villa de Aguas-muertas á Xiiiij y XV de Julio, año M. D. XX.VIIj.*—Sin año ni lugar. 4.º gótico. Reimpresa en el curioso librito *Cosas de España*, por Espinosa y Quesada (seudónimos de Zarco del Valle y el Conde de las Navas). Sevilla, 1892. Páginas 20-31.

»Cerca era de la noche quando el armada comenzó á navegar para Aguas Muertas, donde el Rey esperaba al Emperador. Aquella noche hizo viento favorable, aunque pasó algun trabajo. El Emperador se halló en la mayor necesidad que nunca en la mar tuvo. La causa fué porque aquella noche y más de quatro ó cinco horas del otro dia hizo niebla tan oscura, que de una galera no se via otra, si muy cerca no estaba. y assi se apartaron las unas de las otras con mucha distancia....

»Otro dia, domingo al alba, como la niebla duraba, y por aquella parte hay en la costa poca hondura, la galera del Emperador encalló en la arena, sin poder yr adelante ni volver atrás: iba otra tras ella, en que yba el Conde de Módicta; y no teniendo tiempo para detenerse ni desviarse por el impetu y rigor que yendo á vela con viento llevaba, embistió con la del Emperador, y desbaratado el gobernalle, lo derribó y rompió uno de los bancos de popa. Fué tan grande el golpe que la galera capitana recibió, y de tanto sonido, que los que lo vimos y oymos pensamos que era abierta y perdida. De creer es que el Emperador, en aquel paso contemplara la flaqueza de la humanidad y la poca jurisdiccion que en aquel lugar tenia. Su galera soltó en vezes tres piezas de artilleria, pidiendo socorro á las otras; mas con la niebla andaban tan esparzidas, que de treynta que yban nuestras.... no se hallaron vezinas más de cinco, y éstas no muy cerca.... La galera que la socorrió fué la del Duque de Nájera....

»Aquel dia, domingo 14 de Julio, llegó el armada á Aguas Muertas. Echaron áncoras cerca de una legua del lugar. Luego vino el Gran Condestable de parte del Rey al Emperador; hecha su visitacion, se volvió. Dende á una hora vino el Rey en un barco con el delfin y el duque Dorliens (de Orleans) sus hijos, con algunos caballeros, en diez ó doce barcos, sin tener hasta aquella hora hecho ningun concierto de cómo ni adónde tenían las vistas. La armada le hizo muy cumplida salva. El Rey llegó á la galera del Emperador, y ayudándole su Magestad á subir, entró en ella. Los dos Príncipes se abrazaron muchas veces, y hablaron con muestras de grande amor. El principe Andrea Doria llegó á besar las manos al Rey, el qual le abrazó y se le ofreció por amigo. Despues de haber estado en mucho plazer hasta la tarde, el Rey se volvió al lugar, y el Emperador se quedó en su galera» (1).

No menos ajustado á la historia procede el acto segundo, que empieza con las famosas Cortes de Toledo de 1538, si bien Lope, como era natural en un poeta de su tiempo, prescinde del aspecto politico y se fija más bien en la parte anecdótica y pintoresca. A juzgar por la fecha de su comedia, no es imposible que pudiera aprovechar la célebre *Historia del Emperador*, compuesta por Fr. Prudencio de Sandoval, cuya primera edición es de Valladolid, 1604; pero ya fuese tomándola de él, ya directamente de Alfonso de Ulloa y de otros autores á quienes Sandoval copia, es cierto que hizo mucho caudal de una anécdota que el Obispo de Pamplona refiere en estos términos:

---

(1) *Relacion de la jornada que el Emperador y Rey nuestro señor hizo á la ciudad de Niça este presente año de 1538, sobre las vistas entre su Magestad y el Rey de Francia. Scribióla*



«Sucedió con esto otro caso que diera principio y ocasion á grandes pesadumbres, si la prudencia y espera del Emperador no lo remediara. Fué, pues, que los Caballeros cortesanos ordenaron unas fiestas en Toledo, en las cuales se hallaron el Emperador y la Emperatriz. Hiziéronse estas fiestas ó justas reales fuera de la ciudad, en la Vega, porque dentro della, por ser poco llana, casi no hay lugar cómodo. Salieron los Reyes, acompañándolos todos los grandes y Caballeros de la Corte. Iban los alguaciles en sus caballos apartando la gente y dando indiscretamente (como suelen) con gruesas varas. Uno dellos se metió entre los grandes, apretándolos con el caballo al galope, diciendo que caminasen y diesen lugar al Emperador. Acertó (por su desgracia) el Alguacil á dar con la vara en las ancas del caballo del Duque del Infantado, que á su persona no tocó. Sentido el Duque de la descortesía del Alguazil, volvió á él y preguntóle: *¿ Vos conoceis-me?*  Respondió que sí y que caminase, que venia allí el Emperador. Entonces echó el Duque mano á la espada, y dió una cuchillada al Alguazil en la cabeza. Los demás caballeros quisieron tambien herirle, y sin duda los lacayos le mataran, si el Duque del Infantado no los detuviera. El Alguazil, herido y sangriento, se fué á quejar al Emperador. Sintió mucho el Emperador que en su presencia se atreviesen á herir á los ministros de su justicia. Luego acudió el Alcalde Ronquillo á querer prender al Duque, diciendo que el Emperador lo mandaba, y se puso á su lado, como que lo queria llevar consigo. El Condestable dixo al Alcalde que no tenia que ver en aquello, que él era Justicia mayor, y el que habia de prender al Duque, y no otro. El Duque del Infantado y todos los grandes se agraviaron mucho de que un Alcalde quisiese atreverse á prender un grande; y queriendo Ronquillo porfiar en ponerse al lado del Duque, el Condestable le echó de allí. Temiendo Ronquillo no le sucediese lo que al Alguazil, cuerdamente se apartó, y el Duque se fué con el Condestable, acompañándole casi todos los grandes y caballeros, que dexaron al Emperador con solos los de su casa ó poco menos que solo. El Emperador disimuló prudentemente, y mandó en via ordinaria proceder contra el Duque conforme á las leyes. Curóse el Alguazil á costa del Duque, y dióle más quinientos ducados, y con esto no se habló más en ello. Y aun dizen que el Emperador envió á dezir al Duque si queria que se procediese contra el Alguazil, que él lo mandaria castigar: tanta era la clemencia deste Principe, y lo que estimaba á sus caballeros. El Duque lo estimó como merced muy grande que el Emperador le hazia, y aun le valió al Alguazil para que el Duque, con ánimo generoso, le favoreciese y hiciese merced, mostrando en esto el Duque, como en todo, su grandeza.

---

*Pedro de Gante, Secretario del Duque de Nájera, que se halló presente á lo que en la dicha jornada sucedió.* Páginas 15-49 del libro titulado

*Relaciones de Pedro de Gante, Secretario del Duque de Nájera (1520-1544).* Dadas á luz la Sociedad de Bibliófilos Españoles. Madrid, imprenta de Rivadeneyra, 1873.

Halló estas curiosas relaciones en el Museo Británico, y cuidó de su impresión, D. Pascual de Gayangos.

• Cuenta así esto Ulloa en la historia que escribió en Toscano, y Ponte Heutero en latin. Otro autor lo escribe algo diferente, y dice por relacion de quien lo vió en esta forma: que don Inigo Lopez de Mendoza, quarto Duque del Infantado, salió de su posada, que era á S. Andres en las casas de Francisco Rojas y Ribera, señor de la villa de Larjos, y acompañado de muchos señores y caballeros, llegó á la Vega, donde se hazia la fiesta en aquel gran llano entre el convento de San Bartholomé y las huertas, que estaba cercado de tablados muy altos: fué esta llegada á tiempo que entraban los del torneo de á caballo. Venia adelante al galope Francisco Sanchez, alguazil de Corte, con un palo, haziendo lugar á los torneadores. No pudo subir el Duque á su tablado, y púsose en frente del Emperador á la parte de Toledo. Estando alli, el Alguazil acertó á dar un golpe en las camas del freno del caballo del Duque, con que le hizo empinar; dixo entonces el Duque: *¡Ah traïdor, ¿qué has hecho? ¿conócesme?* Respondió el Alguazil: *Sí, señor; bien sé que Vuestra Señoría es el Duque del Infantado.* Metió entonces el Duque mano á la espada, y el Alguazil echó á huir; mas alcanzóle el Duque, y dióle una cuchillada en la cabeza. Volvió el Alguazil con la espada desnuda y dió al caballo del Duque en la cabeza, y empinóse y volvió las ancas. El Duque daba voces para que no hiziesen daño al Alguazil. Acudió luego el Alcalde Rodrigo Ronquillo y púsose al lado del Duque para llevarle por eso á su posada (que ya dixe la que era). Salió de través el Condestable de Castilla y dixo al Aicalde que se fuese, que á él le tocaba hacer aquella prision, y llevó al Duque, acompañándole todos los grandes y señores que alli se hallaron: de manera que sólo el Cardenal de Toledo quedó con el Emperador, harto sentido de que así le hubiesen dexado. Y otro dia el Duque fué á ver al Emperador, y recibióle diziendo que no estaba ofendido de lo que en su presencia habia pasado. *Y ¿es posible*, dixo, *Duque, que se os atrevió aquel bellaco? Merecia que luego alli le ahorcaran.*» (Libro xxiv, párrafo ix.)

Fray Prudencio de Sandoval, que, á pesar de sus hábitos, se picaba de linajudo, cuenta esta significativa anécdota en sentido más favorable al ofendido prócer que á los ministros de la justicia ordinaria, la cual quedó bastante malparada en aquel lance, aunque sin grave riesgo para lo futuro, gracias al *disimulo prudente* de Carlos V, que poco aventuraba transigiendo en las cosas pequeñas cuando tenía vencidas las principales, y á quien no debió de quitar el sueño el pueril alarde de los Grandes, pocos dias después de haber ellos mismos oído y acatado sin réplica esta blanda intimación del cardenal Tavera, que les cerró para siempre la puerta de las Cortes del reino: «No hay para qué detener á Vuestras Señorías, sino que cada uno se vaya á su casa ó á donde por bien tuviere.» Mezquino desagravio de esto era descalabrar á un alguacil y entablar competencia con un alcalde. No puede darse símbolo más expresivo de la decadencia de una clase, cuyos grandes días habian pasado, aunque muchos de sus hijos hiciesen todavía reverdecen con propia y ajena sangre los antiguos laureles.

El acto tercero de esta comedia nos transporta á París, donde asistimos al solemne y cordial recibimiento que hizo Francisco I á Carlos V, en el mes de

Enero de 1540, cuando pasó por Francia para sosegar el tumulto de los ganteses. También aquí el poeta se muestra fidelísimo á las relaciones contemporáneas, entre las cuales merece especial recuerdo el rarísimo pliego gótico que lleva por título *El grãde y muy sumptuoso recibimiento que hizieron en la gran cibdad de Paris al Inuictissimo Emperador y rey nuestro señor*. Compendio de cualquiera de ellas, ó de Sandoval, que las recopila, parece el romance que se pone en boca del soldado Pacheco en esta jornada, la cual termina con una especie de apoteosis de España y Francia abrazándose coronadas de laurel y bendecidas por el Papa:

Dure esta paz y esta unión,  
Santa liga, inmortal junta,  
Por bien de la cristiandad.

Final, ciertamente, más patriótico que histórico, puesto que las guerras entre franceses y españoles continuaron, con muy pequeña intermisión, durante todo aquel siglo; pero acomodado á los tiempos en que Lope escribía (1604), cuando estaban frescas las paces con Francia, y parecía que iba estrechándose cada vez más la buena inteligencia entre ambos pueblos, rota luego desdichadamente en el reinado de Felipe IV por las opuestas ambiciones de Richelieu y Olivares.

Esta pieza, como se ve, carece de toda unidad dramática, y no es más que una crónica dialogada, con muy poca trabazón entre sus escenas, pero está bien escrita, tiene interés por los nobles ejemplos de valor y cortesía que evoca, y no dejan de amenizarla las escenas episódicas en que abunda, y de que son principales actores el soldado aventurero Pacheco, valiente, pero arrufiado; Leonor, italiana loca que desde Niza viene persiguiendo al Emperador, de quien está ridículamente enamorada; y otra dama andariega, disfrazada de paje, que se hace llamar Fernandillo. El encuentro de tales personajes da lugar á divertidas escenas, más picantes que honestas, de las cuales puede servir como muestra el siguiente trozo, en que la desvergüenza se perdona por lo lindo de la expresión:

Tres partes la harina tiene:  
Flor, media harina y salvado;  
Y una mujer de tu estado,  
Á tener las mismas viene.  
Goza la flor el señor,  
Y paga el primer bocado,  
Porque come regalado  
En los deleites de amor.  
La media harina, tras él,  
Come el mayordomo acaso;  
Que es escritura en traspaso,  
Y se sustituye en él.  
El salvado, que ya es  
Lo vil destos tres linajes,  
Viene á oficiales y á pajes,

Y aun á lacayos después.  
Y desta suerte vendrás,  
Leonor, á parar en mí.....

## V.—LA MAYOR DESGRACIA DE CARLOS V

Y HECHICERÍAS DE ARGEL.

Esta comedia se ha impreso dos veces: primero, en una *Parte 24* (apócrifa y extravagante) de *Comedias de Lope de Vega*, estampada en Zaragoza, por Diego Dormer, en 1633; y después, en una *Parte cuarenta y tres de comedias de diferentes autores*, publicada en Valencia, 1660, donde se halla á nombre de D. Diego Ximénez Enciso. No hemos logrado ver este tomo que cita en su *Índice* D. Juan Isidoro Faxardo, pero la comedia, tal como se imprimió en Zaragoza, tiene todos los caracteres del estilo de Lope, á pesar de lo incorrectísimo de este género de ediciones. Hemos procurado enmendar los yerros más evidentes, pero de seguro quedan muchos todavía. Por lo que toca á la fecha de esta pieza, podemos afirmar que es posterior á 1625, puesto que se habla en ella del fatídico tañido de la campana de Velilla en dicho año, y se extracta el discurso que sobre esta materia publicó entonces el Dr. Juan de Quiñones.

Pocas comedias habrá tan estrictamente históricas como ésta, puesto que el autor apenas se aparta en ninguna cosa esencial de las más autorizadas relaciones de aquella desastrosa jornada, entre las que sobresale el comentario latino del caballero de Malta Durand de Villegaignon (*Caroli quinti expeditio in Africam ad Algeriam*, 1542), que sirvió principalmente á Sandoval para lo que escribe en el libro xxv de su voluminosa y útil compilación (1), y ha servido también para el elegante cuadro que el vicealmirante Jurien de la Gravière, benemérito de nuestra historia marítima del siglo xvi, traza en su libro sobre *Los corsarios berberiscos y la marina de Solimán el Grande* (2).

Que Lope acudió en primer término á la crónica de Sandoval, impresa ya en 1604, es cosa que no admite duda, y esto, no sólo por la identidad de las noticias, sino también de algunas expresiones. Dice Sandoval que Carlos V, á pesar del grave cuidado que le daban los negocios de Alemania, se animó á aquella expedición «por el amor grande que tenía á los reinos de España, y doliéndose de los males que los dichos reinos padecían por los continuos asaltos y robos de los corsarios», y que se despidió del Papa en Luca, partiendo «cargado de bendiciones y no de dineros». Las mismas palabras puntualmente pone Lope en boca de Carlos V:

(1) *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V.....*, tomo II, páginas 299-308 de la edición de Amberes, 1681.

(2) *Les Corsaires Barbaresques et la Marine de Soliman le Grand, par le Vice-Amiral Jurien de la Gravière.....* París, 1887. Cap. III, páginas 27-87.

Traigo del Papa, contra el Turco fiero,  
Muchas más bendiciones que dinero.

.....

Importante en Italia hubiera sido,  
Pero el amor de España me ha traído.

Luego veremos otras coincidencias todavía más significativas. Pero Lope, que era hombre de gran lectura histórica, no se atuvo á este único texto, sino que puso á contribución otros varios, y de un modo especial la *Topographia é historia general de Argel*, del Maestro Fr. Diego de Haedo (Valladolid, 1612), libro famoso en nuestra literatura por las noticias que contiene del cautiverio de Miguel de Cervantes (1). El largo romance del acto primero, en que se describe minuciosamente Argel, no es más que una versificación del texto de Haedo, sin suprimir ni aun los más prosaicos detalles topográficos y estadísticos. Daremos alguna muestra de este procedimiento:

Lope:

Argel, ciudad á quien besa  
El muro Mediterráneo,  
En elevación del polo  
Tiene treinta y siete grados.  
Está en la provincia antigua  
Que Mauritania llamaron  
Cesariense, y llamóse  
Ior Cesárea, tiempos largos.  
Reedificóla el rey Juba,  
Bisnieto del desdichado  
Masinisa, que se halló  
Con Cipión sobre Cartago.  
Colonia romana fué,  
Ilustrando los romanos  
Su grandeza: Ptolomeo  
Lo afirma, el Itinerario  
De Antonino y Estrabón,  
Aunque otros autores varios  
Dicen que Misgrana fué  
Su apellido, pero es falso.....

Haedo (cap. 1):

«La ciudad que comunmente llamamos Argel..... está puesta en la provincia de África (que antiguamente se dezia Mauritania Cesariense), á la orilla del mar Mediterraneo, en ele-

(1) *Topographia é Historia general de Argel, repartida en cinco tratados, do se verán casos extraños, muertes espantosas y tormentos exquisitos, que conuiene se entiendan en la Christianidad: con mucha doctrina, y elegancia curiosa..... Por el Maestro Fray Diego de Haedo, Abad de Fromesta, de la Orden del Patriarca San Benito, natural del Valle de Carrança..... En Valladolid, por Diego Fernandez de Cordoua y Quiedo, impressor de libros. Año de M. DC. XII. Folio.*

vacacion de Polo, 37 grados poco más. Quién haya sido el que primero fundó esta ciudad y en qué tiempos, no se sabe tan puntualmente, ni muy de cierto: bien es verdad que Juan Lecn, docto y curioso autor, de nacion moro, en su descripcion de Africa, dize que fué antiguamente edificada de un pueblo Africano que se dezia Mesgrana, y que, por tanto, tambien la mesma ciudad fuera llamada Mesgrana. Pero no dize en qué tiempo esto fué, ni para confirmacion de lo que afirma alega algun otro autor..... Porque ni en Estrabon, ni en Plinio, ni en Polibio, ni en las Tablas de Ptolomeo, ni en el Itinerario del emperador Antonino..... se halla nacion alguna, ó pueblo ó ciudad, que así se llame Mesgrana. Lo que más de cierto y de más antiguos tiempos se sabe, es lo que Estrabon..... escribe..... que en esta marina habia ciudad que se dezia Iol, la cual, habiendo reedificado Iuba, le mudó el nombre en Cesarea.»

Lope:

. . . . . En el tiempo  
De Leoncio conquistaron  
Los árabes estos reinos,  
Y con ruínas del cabo  
De Metafuz, doce millas  
De Argel, la reedificaron,  
Y llamáronla Algecier,  
Que en su lengua suena tanto  
Como ciudad de la isla,  
Y de aquí Argel la llamarou.  
Es su natural figura  
Una ballesta ó un arco  
Con cuerda, con cuya frente  
Elevada está mirando  
Al Levante y Tramontana.....  
Este cerco rematado,  
De punta á punta se extiende,  
Como se va figurando  
La cuerda, que es la muralla,  
Á quien besa el mar ufano.  
Hace esta cuerda una punta  
Que se extiende largo espacio  
Por el mar, hasta una isla  
Que da puerto á los corsarios.....  
La vuelta del arco es  
De mil y ochocientos pasos,  
Y mil y seiscientos tiene  
La cuerda que ata sus brazos.

Haedo (capitulos II y V):

«En tiempo del emperador Leoncio, los alarbes conquistaron y arruinaron toda Africa. ....esta venida de los Alarbes, dexando esta ciudad su antiguo nombre..... la llamaron siempre, y llaman hoy dia los Alarbes Algezir, qne suena y quiere decir tanto como la isla..... La forma de todo el cuerpo y la figura de todo el circuito y muralla que hoy dia tiene esta ciudad, es del modo y manera de un arco de ballesta con su cuerda: la frente della responde para entre

Levante y Tramontana, para donde responde el puerto..... La vuelta del arco que rodea la ciudad en torno tiene 1.800 pasos, y la de la cuerda que se extiende por la marina es de 1.600 pasos.»

Con la misma fidelidad está calcado todo lo que se refiere á la descripción de las puertas y fortificaciones de Argel, de sus casas y calles, á las costumbres de sus habitantes y vecinos, turcos, judíos y renegados, y á los grados de la milicia entre los genizaros: de tal modo, que muchas veces el texto de la *Topographia* puede servir para enmendar las erratas de la comedia (1).

Lo sobrenatural, ora cristiano, ora diabólico, tiene gran parte en esta comedia, como ya lo indica su segundo título *Hechicerías de Argel*. La imaginación popular no concebía que tan formidable aparato de guerra como aquél, conducido por el gran Emperador en persona, hubiese podido fracasar por causas meramente naturales, sin intervención directa y eficaz del príncipe de las tinieblas. Cuenta Fr. Prudencio de Sandoval que el renegado Azán Agá, defensor de Argel, «por entretener los suyos, ó por desanimar los nuestros, si á sus oídos llegase, hablaba mucho con una vieja hechicera, que habiendo adivinado la perdición de Diego de Vera y de D. Hugo de Moncada, agora también la del Emperador, y en ella no la engañó el demonio, si bien padre de mentiras, la fama de lo cual anduvo entre los españoles y campo imperial, mayormente cuando comenzó y anduvo la tormenta».

Y tanto mostraba confiar en estas supersticiones, que cuando Carlos V le intimó la rendición, respondió muy osadamente que «esperaba en Mahoma, que Argel que tan esclarecido era con las pérdidas de Diego de Vera y de D. Hugo de Moncada, famosos capitanes españoles, sería mucho más famoso con la nueva tormenta y desventura del emperador Carlos V. Tal respuesta dicen que dió aquel renegado capón, ó creyendo las adivinanzas de la hechicera, ó sabiendo que aquel mar suele embravecerse mucho por este tiempo».

Y en efecto, la tormenta fué espantosa. «Comenzó á llover reciamente de cierzo el martes (25 de Octubre de 1541) en la tarde, con un granizo y frío que traspasaba los hombres como tenían poca ropa, y con tan furioso aire, que derrocó las más tiendas del Real, y como duró toda la noche pasáronla todos con trabajo. Amaneció el miércoles con más rigor, y así los soldados apenas podían estar en pie, que los grandes lodos del pisar y la humedad no los sufrían echados..... comenzaron á correr grandes ondas de mar como mensajeras de la tempestad..... sobrevino un valiente cierzo, que propiamente llaman Nordeste, con tanta revuelta, fuerza, y frío y aguaceros, que puso toda la flota en términos de perderse, porque se arran-

---

(1) Algunas enmiendas son evidentes, como *puerta de Bavazón*, en vez de *puerta de Cavazón*, que escribe la edición antigua. Otras no me he atrevido á hacerlas, porque quizá Lope alteró las palabras de propósito, por eufonía ó por capricho. Así, tratando de los genizaros, dice la comedia *Adaxi* en vez de *Oldaxi*, *Toque* en lugar de *Otraque*, *Budaxi* por *Badixa*, *Balurebaxi* por *Baluco Baxi*, *Almurbabico Baxi* por *Murbaluco Baxi*, *Baxibabio Baxi* por *Baxi Balucobaxi*, y *Cayá* por *Chayá*, que son las formas que trae Haedo.

caban las áncoras, y se quebraban los cables, y así embestían las naves unas con otras, bamboleábanse tanto que parecían tomar agua con las gabias, y se abrían del mucho ludir, despidiendo las estopas calafateadas: por lo cual estaban los hombres desvanecidos y desatinados..... Llegaba en tan fuerte tiempo la flota de España, y así se hundió casi toda, sino los navíos grandes y recios. En conclusion se perdieron brevemente obra de ciento y cincuenta navíos menores y mayores, con cuanto iba dentro, salvo algunos caballos y los hombres, aunque algunos se ahogaron, y otros alancearon los Alárbes..... La misma fortuna pasaron las galeras, porque contrastaron con el viento, sosteniéndose al remo, desde media noche hasta muy alto el día, con gran diligencia de los capitanes y cómitres, y maestría de los pilotos. En fin, no pudiendo más, y por no perecer ahogados si se volcasen tanto dentro en mar, hicieron vela y embistieron en tierra algunas galeras. Fué gran lástima, que los llantos no se oían con el ruido de las olas, que bramando quebraban en la costa y navíos trastumbados, ver cómo los Alárbes alanceaban los Christianos, que salían hechos agua, sin armas, y las manos juntas pidiendo misericordia, sin que les aprovechase cosa. Encomendábanse unos á los esclavos de galera, que con ageno mal se rescataban, otros se tornaban á la furiosa mar por miedo de las lanzas ginetas, y otros no sabiendo nadar se ahogaban.....»

La idea de haber intervenido magia en este desastre fué tan persistente en el ánimo del vulgo, que todavía la encontramos en el ingenioso satirico de fines del siglo xvii, Francisco Santos: «Y volviendo los ojos á Carlos V, con su armada sobre Argel, que la ganara, á no ser por aquel difunto mágico hechicero que ordenó unos polvos que, echados al mar, tierra y agua la inficionaron y alborotaron los elementos para que se perdiese con toda su gente: eso fué que lo quiso Dios, que así debia de convenir (1).»

Uno de los náufragos, que escribió en verso una relación de aquella jornada, obra más curiosa y fidedigna que poética, describe de este modo la tormenta:

La mar, con terrible esfuerzo,  
Se tornó tan cruda y brava,  
Que como montes se alzaba;  
Vino un agua con un cierzo  
Que las naus nos arrancaba:  
Viérades cómo mostraban  
Todos con lástima y duelo  
De su muerte gran recelo;  
Oyérades cómo alzaban  
Los clamores hasta el cielo.  
Allí, sin otras rancillas,  
Los más duros y obstinados,

(1) *El Arca de Noé y campana de Belilla*, primera división (*Obras en prosa y verso de Francisco Santos*, tomo iv. Madrid, por Francisco Martínez Abad, 1723. Página 150).



Los corazones quebrados,  
Se ponían de rodillas  
Confesando sus pecados.

Todos estaban devotos,  
Jurando enmendar su vida;  
Todos, con voz dolorida,  
Hacían mandas y votos  
Si Dios les daba guarida.

Nunca vieron los nacidos  
En un punto y un momento  
Tres contrarios por un cuento  
Tan bravos y enfurecidos:  
La mar, la lluvia y el viento.

Pues viendo con qué porfía  
Se iban todos á anegar,  
Para poderse aliviar,  
Todo cuanto bueno había  
Lo lanzaban á la mar.

.....  
La mar no daba bonanza,  
El viento no se rendía,  
Y así, ninguno tenía  
De su remedio confianza,  
Ni esperaba mejoría.

Entonces, con artes sabias,  
Con voluntades muy buenas,  
Rompían á fuerzas llenas,  
Unos, mástiles y gavias,  
Otros, trinquetes y entenas.

Unos estaban de lado  
Que nada cuasi sentían;  
Otros, de espanto morían,  
Otros se echaban á nado  
Por ver si se salvarían.

.....  
¡Oh, qué gritos y alaridos,  
Qué lágrimas sin consuelo!  
¡Oh, qué llantos y qué duelo!  
¡Oh, qué voces y gemidos,  
Qué clamores hasta el cielo!

Así iban deste talle,  
Como lo hablo y semejo,  
Sin jarcias, sin aparejo,  
Sin velas, sin gobernalle,  
Sin aviso, sin consejo.

Iban en estos bajcles  
Las gentes desacordadas;

No eran á tierra llegadas,  
 Cuando los moros crueles  
 Los mataban á lanzadas..... (1).

Lope prepara la catástrofe rodeando á la hechicera de todo el prestigio de la *ne-cromancia* antigua, con ritos, á la verdad, más clásicos que musulmanes, y manifiestamente inspirados en el célebre episodio de la maga de Tesalia, que puso Lucano en el libro vi de la *Farsalia*, é imitó con tanta valentía Juan de Mena en su *Labe-rinto*.

Entre las sombras de la noche desciende al cementerio la Pitonisa de Argel y evoca á un muerto para preguntarle los secretos del destino. Esta escena no carece de solemnidad fúnebre y tétrica:

De Babazón la puerta  
 Hemos dejado atrás, y aquí enterrados,  
 Con paz segura y cierta,  
 Están los morabitos celebrados  
 Que el Alcorán guardaron  
 Y sus ritos divinos observaron.

.....  
 Mira cómo se enciende  
 Por sí misma la lámpara sagrada.....  
 Levanta el cuerpo frío,  
 Dime, ¿qué fin tendrá la dura guerra?  
 .....  
 La piedra se levanta.....  
 Ya del sepulcro asoma  
 El cadáver helado, estatua seca.....

MUERTO.

Vosotros, que vinisteis  
 Á impedir mi reposo en noche fría,  
 No temáis ni estéis tristes;  
 Que el gran Profeta á declarar me envía

---

(1) *Obra nuevamente compuesta sobre el gran naufragio que á la armada del invictísimo y católico señor el Emperador, Rey y Señor nuestro, le sucedió en la conquista de Argel en el mes de Septiembre de MDXXXI.* (Manuscrito de la Biblioteca Nacional. T. 44.)

Esta relación ha sido impresa tres veces en estos últimos años: primero en los apéndices de la *Historia de las posesiones hispano-africanas*, de D. León Galindo y de Vera (tomo xi de las *Memorias de la Academia de la Historia*, 1884), obra menos conocida de lo que merece (páginas 382-388); después en el *Cancionero de Príncipes y Señores*, de D. Juan Pérez de Guzmán (Madrid, 1892; páginas 28-47), y por último, en el libro de D. Cesáreo Fernández Duro, *Viajes regios por mar en el transcurso de quinientos años* (Madrid, 1893; páginas 135-159).

El manuscrito de la Biblioteca Nacional donde se halla esta composición, contiene otras del almirante de Castilla D. Hernando Enríquez, primer Duque de Medina de Rioseco; pero es claro que ésta no puede ser suya, puesto que él no asistió á la expedición.

Los caminos más llanos  
 Contra la altiva armada de cristianos.....  
 Degüella en limpias aras  
 Cuatro becerros negros, seis ovejas,  
 .....  
 Cuyas entrañas luego,  
 Al dar rayos el sol, echa en el fuego.  
 De la sangre vertida  
 Un baño te has de dar; y así bañada,  
 De la lumbre encendida,  
 Con los conjuros á que estás usada,  
 Las entrañas divide,  
 Y con líquido aceite el fuego impide.  
 Y cuando esté la guerra  
 Trabada, de los polvos parte envía  
 Al agua, y á la tierra,  
 Y al aire, de quien más favor confía;  
 Que así será bastante  
 A que no tome Argel Carlos de Gante.  
 .....

## ANÁ.

Oye, visión sagrada,  
 No te apartes de mí de esa manera.  
 .....  
 Aun no recobro apenas  
 La helada sangre que faltó á las venas.

Otro elemento de terror sobrenatural ha aprovechado Lope, no en contraposición, sino en corroboración del efecto de esta magia negra: el ambiguo oráculo de la campana de Velilla de Ebro, no menos famoso en nuestra tradición popular que el oráculo de la estatua de Memnon entre los antiguos. Fué creencia arraigada en Aragón y en toda España que aquella campana se tañía espontáneamente para anunciar graves y por lo común luctuosos sucesos, trances de armas, muertes de personas reales. Excitada la fantasía adivinatoria con estos toques, entre los cuales mediaba por lo común gran serie de años, se buscaba profético sentido al número de sonos de la campana y á la dirección del badajo, y todo ello se interpretaba conforme á los acontecimientos subsiguientes, interpretación fácil, después de todo, pues rara vez han faltado calamidades públicas, y en la monarquía española menos que en otras partes. El fenómeno en sí mismo permanece inexplicable hasta ahora: si fué superchería, es inverosímil que durara dos siglos, sin provecho de nadie, pues no consta que atrajera gran concurso de devotos al humilde templo de Velilla, que estaba casi en ruinas mientras las campanas repicaban á más y mejor; y además parece cosa fuerte poner tacha de falsedad en tantos testimonios notariales y aseveraciones y juramentos de hombres de bien que dan fe del hecho en ocasiones muy diversas: más racional parece explicarlo por causas físicas, aunque las meteorológi-

cas y sísmicas que apuntó el P. Feijóo no satisfacen del todo; y en suma, lo menos arriesgado es decir con el prudentísimo Zurita: «Cosa es ésta á que cada cual podrá dar el crédito que bien le pareciere, pues de mí puedo afirmar que si lo viese como hay muchas personas de crédito que lo han visto, pensaría ser ilusion.»

Por lo demás, el escepticismo en cuanto al famoso portento, era ya común en tiempo de Lope. El renombrado é ingenioso predicador Fr. Hortensio Félix Paravicino se burlaba de él á boca llena en uno de los sonetos que compuso sobre el asunto, y lo tenía todo por trápala y embuste del sacristán:

Tocóse la campana de Velilla  
Como en Madrid la de San Blas pudiera,  
Que en campanario que sufrió escalera,  
Ni ilusiones padece fe sencilla....  
.....  
¡Gustoso sacristán, que su quimera  
Nos pudo revestir de maravilla!

Y con más gravedad en estos otros versos, dirigidos á Felipe III con ocasión del tañido de 1601, que algo tuvo que ver con la expulsión de los moriscos:

Vayan fuera, señor, los soñadores;  
Que no habla Dios por lengua de campana.....

En la monografía muy sensata y erudita que sobre este curioso tema de *folk-lore* peninsular ha publicado el joven académico de la Historia D. Jerónimo López de Ayala, Conde de Cedillo (1), y de la cual bien puede decirse que deja agotada la materia, no encuentro que la campana tocase para anunciar el funesto desenlace de la expedición de Argel. No constan más tañidos del tiempo de Carlos V que el de 1527, que se tuvo por presagio del Saco de Roma; el de 1539, que antecedió poco á la muerte de la emperatriz D.<sup>a</sup> Isabel, y el de 1558, que anunció, al decir de las gentes, el fallecimiento del mismo Emperador, ya retraído en Yuste. Parece, pues, que Lope inventó, por licencia poética, el de 1541, sin que necesite esto más explicación que haberse escrito la comedia en 1625, cuando los ánimos estaban preocupados por el toque de aquel año, que fué de los más célebres, y dictó graves inspiraciones á algunos poetas nuestros. Entonces fué cuando D. Francisco de Quevedo compuso este solemne y melancólico soneto, cuya antítesis final toca en lo grandioso:

Ó el viento, sabidor de lo futuro,  
Clamó por el difunto hado,  
Ó en doctos caracteres añudado,  
Le repitió parlero gran conjuro.  
Y puede ser que espíritu más puro,

---

(1) *Las campanas de Velilla. Disquisición acerca de esta tradición aragonesa*, por D. Jerónimo López de Ayala y del Hierro, Vizconde de Palazuelos, Madrid, Fe, 1886. 8.º

A la advertencia humana destinado,  
 Pronunció penitencias al pecado  
 En lenguaje tan breve y tan obscuro.  
 Profético metal, los ciudadanos  
 Que de agüero y cometa son exentos,  
 A tu son bailarán por estos llanos;  
 En tanto que tu voz y tus acentos  
 Oyen descoloridos los tiranos,  
 Y te atienden los reyes macilentos.

Con igual nobleza y majestad de dicción y no menos austero sentido escribía al mismo tiempo Bartolomé Leonardo de Argensola este otro soneto á la campana fatídica:

Sacro metal en Julia Celsa suena,  
 Émulo de proféticos alientos,  
 Que nos previene á insignes movimientos  
 Con proprio impulso y sin industria ajena.  
 Ofusca el sol su faz limpia y serena,  
 Arrojando esplendores macilentos,  
 Y sacudiendo el orbe de portentos,  
 Se aflige y brama en su fatal cadena.  
 Y mientras que el horror de lo futuro  
 Los ánimos oprime ó los admira,  
 Tú, Cremes, obstinado en tus amores,  
 Remites á los cetros la gran ira,  
 Y adulas á tu Pánfila con flores,  
 Dishonesto, decrépito y seguro.

No podía faltar en este concierto poético la voz de Lope, y así es que no sólo añadió de propia autoridad un toque á los de la campana, lo cual demuestra la escasa fe que debía de tener en el prodigio, sino que puso en boca del Duque de Alba una larguísima historia del famoso címbalo, compendiando en forma de romance uno de los principales escritos en prosa que aquel año aparecieron sobre el suceso, es á saber, el *Discurso* del Dr. D. Juan de Quiñones (1), á quien sigue paso á paso en noticias y en juicios, comenzando por la descripción de la campana:

Tiene de circunferencia  
 Diez palmos de metal terso;  
 Hendida está por un lado,  
 Que le da ronco el acento.....  
 En la fundición gloriosa  
 Dicen, por divino acuerdo,  
 Que asiste un dinero santo

(1) *Discurso de la campana de Vililla. Por el Doctor D. Juan de Quiñones..... Madrid, Juan González, 1625. 4.º Cuatro hojas preliminares y 32 foliadas.*

De los que por Cristo dieron.  
 Fuertemente se estremece  
 Antes de tañer, queriendo  
 Que la gravedad del caso  
 Espante en su movimiento.  
 Tócase en forma de cruz  
 Cuando, sin impulso ajeno,  
 Futuros casos avisa,  
 Da saludables consejos.  
 Circulos la lengua hace,  
 La campana discurriendo,  
 Y siempre su golpe aplica  
 Adonde avisa el remedio.  
 Otras veces tiembla y calla  
 Con mortífero silencio,  
 Ostentando admiraciones  
 Y atemorizando ingenios.  
 Como ministra de Dios,  
 Se hace tener tal respeto,  
 Que á uno que la fué á tocar  
 Le derribó casi muerto.  
 Es diferente el sonido  
 Cuando el alto ministerio  
 De profecía le aplica,  
 Que aquel con que junta al pueblo....

Los tañidos que Lope menciona son exactamente los mismos que trae Quiñones: el de la pérdida de España en tiempo de D. Rodrigo, el de la batalla naval de Ponza (1435), el del asesinato de San Pedro Arbués, el del Saco de Roma, el de la muerte de Carlos V, el de la traición de los moriscos en 1601, y, finalmente, el de 1625, que, al revés de los anteriores, se tuvo por agüero de sucesos faustos, como lo fué el de haber sido rechazada de Cádiz la armada inglesa. Claro es que de estos tres últimos no podía hablar el Duque sino á manera de profecía; pero se refiere á cierta inscripción hallada en una cueva del Pirineo:

Una lisa piedra escrita  
 Con el gótico alfabeto.

La jornada de Argel, en sí misma, poco campo ofreció al poeta dramático, y no es maravilla que la dilatase con larguísimos episodios. Pero aun en ellos camina muy ceñido á la historia, y son históricos la mayor parte de los personajes que introduce. Uno de ellos es el valeroso soldado Martín Alonso Tamayo, á quien honra el propio Emperador refiriendo el memorable desafío que tuvo cerca de Ratisbona con un bizarro tudesco. Sólo hay aquí una leve perturbación del orden cronológico, puesto que la hazaña de Tamayo corresponde al año 1546, primero de la guerra de Alemania que hizo el Emperador contra los fautores de la Liga de

Sinacalda; pero, en lo restante, los versos de Lope no son más que un extracto de la narración de Sandoval, mucho más copiosa y detallada que la que trae D. Luis Zapata en su *Carlo famoso*. Pláceme transcribir aquí esta página del Obispo de Pamplona, porque siempre es grato renovar la memoria de estas proezas de antiguos soldados españoles, que parecerían fábulas de libros de caballerías si no estuviesen documentadas con todo rigor histórico:

«Siempre hubo escaramuzas en estos días, y algunas particulares de valientes soldados: una tengo obligacion de decir por haberla hecho un montañés honrado..... Martin Alonso de Tamayo, hidalgo de la montaña de Oña y del lugar de Tamayo, cerca de aquel gran Monasterio de San Benito, se hallaba en esta guerra, y era arcabucero del tercio de D. Alvaro de Sandi, con el cual se había hallado tres años en Hungría, y en la toma de Dura, y otras jornadas. Este día, último de Agosto, como el enemigo estaba tan pujante, mandó el Emperador echar bando, que nadie, so pena de la vida, saliese de las trincheas á fuera á escaramuzar, ni á otra cosa, por el peligro que podía haber, que suelen por una escaramuza revolverse los campos, y sin querer darse y perderse las batallas. Fuera de las trincheas había un foso hecho de la tierra que habían sacado, y en él mandó el Emperador estar ciertas compañías de españoles arcabuceros para que ojeasen los caballos enemigos, que se arrimaban á las trincheas. Un Tudesco alemán enemigo, que parecia un gigante Philisteo, con mucha bizarria y soberbia había llegado estos días (como se cuenta lo del Gigante Goliat) á desafiar cualquiera del campo imperial que quisiese salir á pelear con él, diciendo contra los Imperiales palabras afrentosas, y que su nacion era la mejor y más valiente del mundo, y los españoles unos cobardes, y que lo haría conocer peleando con uno y aun con dos en aquel campo, y llegaba tan cerca de las trincheas imperiales, que se oía dellas las palabras y blasfemias que el soberbio Tudesco decia, de manera que de muchos era oido y entendido: mas ninguno salia, ó por el bando que se había echado, ó porque no parecia cordura salir á pelear con una bestia tan disforme, y que como desesperado venia á jugar la vida. Él se volvía dando la vaya, y aun haciendo otras descortesias que no se pueden decir aquí. El Martin Alonso dixo á sus camaradas, que aunque le costase la vida, él no había de dexar de salir y dar el pago que aquella bestia merecia. Tiraban al Tudesco con los arcabuces, mas era tan suelto que huía antes que llegasen las balas, y luego revolvía haciendo los visajes y mofas que las veces pasadas y blandiendo la pica, desafiando con ella. El Martin Alonso estaba fuera de la trinchea del foso; que se había salido para hacer la dicha trinchea, y oyendo las palabras soberbias del Alemán tan en afrenta de los Españoles, no lo pudo sufrir, y dexando el arcabuz tomó una pica, que no era suya, y á gatas por el suelo se fué más de cuarenta pasos, por no ser sentido de los Españoles, y al cabo se levantó en pie, y le vieron los centinelas de su Campo, que lo dixerón al Emperador, cómo aquel soldado se iba hacia el campo de los enemigos, desarmado, con sola una pica, arrastrando. El Emperador mandó que le llamasen, y le dieron voces, diciéndole: «Soldado, volved acá.» Martin Alonso se hizo del sordo, y caminó adelante; y cuando se acercó al contra-

rio hincó las rodillas en tierra, y rezó encomendándose á Sancta Maria, que él tenía por su abogada con particular devocion: esto hizo tres veces. El enemigo entendió que de miedo se arrodillaba, y comenzó á burlarse del Martin Alonso: mas costóle caro la burla, porque hecha su oracion, el Español se levantó, y con muy buen semblante se puso con la pica en orden para acometer al Tudesco, el cual hizo lo mesmo. Diéronse dos recios golpes, sin hacer presa: al tercero, que parece correspondió á las tres Ave Maria que Martin Alonso habia rezado, su pica hizo presa por baxo de la barbada, ó en la gola de la celada, ó morrion del Tudesco, tan reciamente que embistiendo Martin Alonso con él, le hizo caer en tierra sin sentido, y como él era tan grande y estaba todo armado, dió tan gran golpe en tierra que quedó atormentado, y sin perder tiempo saltó sobre él Martin Alonso, y con la propia espada que el Tudesco traia le cortó la cabeza con grita y regocijo de los imperiales que estaban á la mira. Allí mismo le cortó las cintas de las armas, y le sacó del pecho una bolsa larga de un palmo en que habia tres vasos que valen real y medio y una Mandrágora (1), y tomó la bolsa y la cabeza y espada, volviéndose con ella para su campo. Luego cargó mucha caballería de los enemigos, por donde Martin Alonso no pudo llevar la cabeza del enemigo, por correr mejor. La arcabuceria del campo del Emperador, que estaba en el foso de fuera de las trincheas, dispararon contra la caballería enemiga, y los hicieron retirar, y como Martin Alonso se vió libre dellos volvió por la cabeza del Tudesco, que por defenderse de los caballos habia dexado, y le traxo con la espada y la bolsa que le habia quitado, y llegó con todo á la trinchera, saliéndole á recibir y abrazar muchos soldados y capitanes que le daban el parabien de la vitoria. Martin Alonso se presentó ante el Emperador, pidiéndole merced de la vida que por haber quebrado el bando y salido del foso sin orden á pelear tenia perdida. El Emperador en enojo le mandó confesar, y que le cortasen la cabeza. Suplicaron por él los Maestres de Campo y muchos caballeros y capitanes, diciendo que semejante hazaña era digna no sólo de perdon, sino de grandes mercedes.... Con todo esto el Emperador estaba duro, y los nueve mil españoles casi en propósito de no consentir que le quitasen la vida. Sintió el Emperador la indignacion de su gente, y como Príncipe cuerdo disimuló y dixo que perdonaba á Martin Alonso, mas fué este perdon de manera que Martin Alfonso se tuviese por seguro. Y por esto, agraviado de no se ver premiado conforme á sus servicios, que los tenia hechos bien señalados, acabada esta jornada se retiró á su casa mal contento, como sucede por muchos buenos, y acabó en ella con la pobreza ordinaria de la Montaña (2).»

No escapasteis mal, Tamayo;  
Que á fe de quien soy, que tuve  
Mucha gana de ahorcaros,

(1) Sin duda la llevaba á guisa de amuleto.

(2) Sandoval, *Historia de Carlos V*, lib. xxviii, cap. xxiv. (edición de Amberes, 1681), tomo II, páginas 419-420.



dice Carlos V en la comedia de Lope, donde el valeroso é ingenuo Martín Alonso aparece como personificación de la soldadesca española: tipo análogo, aunque más en pequeño, á los de Céspedes y Diego García de Paredes.

En el cuadro trágico de Argel no podía dejar olvidada Lope la figura de Hernán Cortés, que estuvo allí con sus dos hijos, en una galera armada á sus expensas, desplegando el fausto y magnificencia que cuadraban á quien volvía de conquistar un imperio, á pesar de lo cual se vió postergado y desatendido, y ni siquiera pudo hacer oír su voz en el Consejo cuando, oponiéndose á la triste retirada, ofrecía él solo llevar á término la empresa. «Y señaladamente (dice Sandoval) Hernando Cortés, Marqués del Valle, que sabía de semejantes trabajos y hambres y últimos aprietos, y fué el que más perdió despues del Emperador, porque se le cayeron en un cenagal tres esmeraldas riquísimas, que se apreciaban en cien mil ducados, y nunca se pudieron hallar, era tal su ánimo, que no sintió tanto esta pérdida como el poco caso que dél se hizo en esta jornada, porque con haber sido tan valeroso como era y es notorio, no le metieron en Consejo de guerra ni le dieron parte en cosa que en ella se hiciese, y aun despues de pasada la tormenta, porque decia él que se viniese el Emperador y le dexase con la gente que allí tenía, que se obligaba de ganar con ella Argel: no le quisieron oír, y aun dicen que hubo algunos que hicieron burla dél. Ningun discreto habrá que no entienda la causa desto, y más si conoce y sabe la soberbia del Español, como si la virtud y nobleza propia no valiese tanto, y *segun algunos*, más que la heredada.» (Libro xxv, cap. xii.)

El capellán y cronista de Cortés, Francisco López de Gómara, que al parecer le acompañaba entonces (y decimos *al parecer*, porque las palabras con que lo dice en la primera edición de su libro de la *Conquista de México*, hecha en 1552, fueron suprimidas en las restantes), da á entender que el Emperador ni siquiera llegó á enterarse de la proposición del conquistador de Méjico:

«Mucho sintió Cortés la pérdida de sus joyas; empero más sintió que no le llamasen á consejo de guerra, metiendo en él otros de menos edad y saber; que dió que murmurar en el ejército. Como se determinó en consejo de guerra de levantar el cerco é irse, pesó mucho á muchos; é yo, que me hallé allí, me maravillé. Cortés entonces se ofrecía de tomar á Argel con los soldados españoles que había, y con los medios tudescos é italianos, siendo dello servido el Emperador. *Los hombres de guerra amaban aquello, é loábanlo mucho. Los hombres de mar y otros no lo escuchaban; y así pienso que no lo supo su Magestad, y se vino* (1)».

Lope desfigura un tanto las cosas para que resalte todavía más el arrojo de Hernán Cortés, sin agravio de la magnanimidad de Carlos V. El Emperador le colma de alabanzas, fia de él el éxito de la jornada, le llama á su Consejo de guerra, y allí se

(1) *Historiadores primitivos de Indias* (en la Biblioteca de Rivadeneyra), I, pág. 454.

En su *Crónica de los Barbarrojas* (publicada en el tomo vi del *Memorial Histórico Español*, (Madrid, 1853, pág. 433) da por seguro Gómara que «si le dexaran (á Cortés) con los soldados, como deseaba, no tiene dubda sino que la tomara (á Argel)».

encuentra con el Duque de Alba, único antagonista digno de él. La discordia de pareceres entre ambos llega á encrespase tanto, que degenera en desafío, quedando el Emperador agriado con Cortés desde entonces. Es hábil é ingeniosa la contraposición entre dos soldados tan excelentes, cada cual á su manera: sublime aventurero el uno é hijo de sus maravillosas obras, vástago el otro de una estirpe heroica y gran capitán de ejércitos regulares.

DUQUE.

Señor, como Hernán Cortés,  
Aunque son tantos sus hechos,  
Tuvo con gente desnuda  
Sus batallas y reencuentros,  
Gente, al fin, que se espantaba  
De un caballo y de los ecos  
De un arcabuz, imagina  
Que ha de ser aquí lo mismo.  
Esto es guerra diferente;  
Los contrarios son tan diestros  
Como nosotros; no saben  
Tener á las balas miedo.

FERNÁN.

¿Cómo puedo yo negar  
Lo que se sabe tan cierto?  
Tropas de desnudos hombres,  
Á mi espada, señor, dieron;  
Pero no añade el vestido  
Bizarro, valor al pecho,  
Ni el acero de las armas  
Dará al corazón aliento.  
No fué gente tan cobarde  
Los desnudos, que no hicieron  
Cosas, que dieron asombro  
En un tan prolijo cerco.  
Y para que Vuecelencia  
No haga dellos desprecio,  
Yo le aguardo en la campaña  
Tan desnudo como ellos.  
Salga Vuecelencia armado  
De todas piezas; veremos  
Si como vencí desnudos,  
Esta vez armados venzo.

DUQUE.

No soy yo, Fernán Cortés,  
De los hombres que acometo  
Con ventaja á mi contrario;  
Vuestra confianza entiendo.  
Si soy yo el desafiado

Y las armas nombrar puedo,  
Una espada solamente  
Nombro, como caballero:  
Con ella aguardo en el campo.

FERNÁN.

Así quede.

CARLOS.

¿Qué es aquesto?

¡Hola! Ninguno se vaya  
Ni se aparte de su puesto.  
Alcanzad, Antón de Oria,  
Ese guante. Mucho debo  
A mi paciencia, Marqués;  
Vos alteraréis mi consejo.

Mucho enojo me habéis dado,  
Poco amor, poco respeto.  
Sígase el voto del Duque.

DUQUE.

Mil veces los pies os beso.

Otra alteración histórica más grave y sustancial se nota al fin de esta comedia. Sin duda, por buscar apacible desenlace, y para que no quedasen los espectadores bajo la triste impresión de la derrota de Argel, plugo al poeta terminar su obra con la conquista de Túnez, que es suceso anterior en seis años (1535). El verdadero desquite ó desagravio de Argel, pequeño en sus resultados, pero grande por el heroísmo que en él se desplegó, fué el asalto de la ciudad de Africa (ó Mehedia) entre Tripoli y Túnez, en 10 de Septiembre de 1550, magnífico hecho de armas que cubrió de gloria á D. García de Toledo y al virrey de Sicilia Juan de Vera, y del cual ha dicho el almirante Jurien de la Gravière que «no se vió hazaña mayor en los más hermosos días de las Cruzadas» (1).

## VI.—EL VALIENTE CÉSPEDES.

Esta comedia, muy bien escrita, es posterior, sin duda, á 1618, puesto que no aparece en la segunda lista de *El Peregrino*. Fué publicada en la *Parte 20* de Lope de Vega (1625), que tuvo tres reimpresiones en los años 1627, 1629 y 1630. Lope la dedicó á D. Antonio de Alvarado, Conde de Villamor, y puso al frente esta advertencia, muy digna de tenerse presente, como muestra del loable escrúpulo con que trataba la historia, especialmente la más próxima á su tiempo, guardándose de atribuir á sus personajes acciones y afectos imaginarios: «Adviértase que en esta comedia los amores de D. Diego son fabulosos y sólo para adornarla, como se ve el

(1) *Les Corsaires Barbaresques*, 185.

ejemplo en tantos poetas de la antigüedad: porque la Sra. D.<sup>a</sup> Maria de Céspedes fué tan insigne por su virtud como por su sangre y valentía, y celebrada entre las mujeres ilustres de aquel tiempo, sin reconocer ventaja á las más valerosas del pasado, é igual á Camila, Zenobia, Lesbia é Isicratea. Con este advertimiento se pueden leer sus amores como fábula, y las hazañas de Céspedes como verdadera historia de un caballero que ponderó tanto su nación cuanto admiró las extrañas.»

Fué el capitán Alonso de Céspedes uno de los más bravos soldados españoles del siglo XVI, y se le llamó por antonomasia *el fuerte ó el de las grandes fuerzas*, por haber sido tan extraordinarias las suyas que casi eclipsó la celebridad de Diego García de Paredes, ó á lo menos compitió honrosamente con él, pues si al uno dieron el mote de *Sansón de Extremadura*, el otro mereció los de *Alcides castellano* y *Hércules de Ocaña*. Su vida se encuentra largamente escrita en libro especial que compuso el portugués Rodrigo Méndez Silva (1), acompañado de una especie de corona poética, que tejieron muchos vates, más ó menos conocidos, de la segunda mitad del siglo XVII. Claro es que Lope no pudo utilizar este libro, impreso en 1647, pero muchas de las noticias que en él constan se hallan también en otros anteriores, ó proceden de la tradición, que con Céspedes fué muy pródiga, pues no contenta con sus verdaderas y pasmosas hazañas en los campos de batalla de Italia y Francia, y con su trágica muerte en las fragosidades de la Alpujarra, lidiando contra los moriscos rebeldes, le atribuyó increíbles valentías y alardes de fuerza hercúlea, gran número de encuentros y combates singulares, y hasta lances fantásticos en que luchó cuerpo á cuerpo con los muertos y con el poder de las tinieblas.

Y comenzando por el tema de las fuerzas de Céspedes, oigamos á su contemporáneo, el caballero extremeño D. Luis Zapata, en su curiosísima *Miscelánea*, terminada, al parecer, antes de 1592, cuando todavía estaba fresca la memoria del invicto soldado á quien llamó Juan Rufo «despreciador altivo de la muerte».

«Pienso (dice Zapata) que Céspedes fué el que tuvo en nuestros tiempos mayor fuerza, bien que Diego García de Paredes tuvo mucha, y Don Hernando de Pare-

---

(1) *Compendio de las más señaladas hazañas que obró el capitán Alonso de Céspedes Alcides Castellano. Su Ascendencia, y Descendencia, con varios Ramos Genealógicos que desta Casa han salido. Publicalo Rodrigo Mendez Silva, Coronista General destes Reynos de su Magestad. Debaxo de la esclarecida proteccion del Excelentísimo señor don Luis Mendez de Haro Sotomayor y Guzman, Conde-Duque de Olivares, &c. Con Privilegio, en Madrid por Diego Diaz. Año 1647.* 8.º (Con el retrato de Céspedes, grabado por Juan de Noort.)

Contiene este libro, además de la biografía y genealogía de Céspedes, gran número de poesías, compuestas en loor suyo por D. José Pellicer de Tovar, Francisco López de Zárate, Antonio López de Vega, Manuel de Faria y Sosa, D. Antonio Sigler de Huerta, D. Pedro Rosete Niño, D. Juan de Zabaleta, D. Antonio Coello, D. Rodrigo de Herrera, D. Antonio Martínez, el licenciado D. Sebastián de Villaviciosa, D. Agustín Moreto, D. Juan de Matos Frago, don Francisco Ramírez de la Trapería, D. Juan de la Portilla Duque, D. Jerónimo de Camargo y Zárate, D. Francisco de Avellaneda, D. Gabriel Fernández de Rozas, y otros muchos autores menos conocidos, entre ellos varias poetisas.

des, su nieto, infinita. Y entre otras grandes pruebas que hizo Céspedes, dicen meneaba doce hombres con una mano, puestos contra él al cabo de un gran madero; y preguntóle un pasajero una vez por el camino, y alzó un timon de una carreta y «*por allí va*» dijo, señalando con él. Tenia (detenia) tambien una rueda de una aceña para que no moliese, echándole cuanta agua en el caz podia caer. Y acesció en Granada, asido con las manos de una reja, levantar un caballo en que iba á la gineta» (1).

Cosas todavía más estupendas refiere el biógrafo Méndez Silva, y aun sobre éstas da más pormenores. Lo de la rueda de molino fué en Aranjuez delante de Felipe II. «Hizo parar la primer rueda de una hazeña con toda la corriente, que le ocasionó á brotar sangre por los oídos y coyunturas de las manos; siendo la causa deste desusado accidente la malicia de un molinero, que sobornado de algunos émulo del Capitan, soltó toda el agua que servia para las demás ruedas. Pero sabido el engaño cauteloso, buscó los agresores, y cogiendo algunos, los arrojó en la mitad del río. (Folio 27.) (2).

»En la villa de Ocaña, hallándose en casa de Don Bernardino de Cárdenas, deudo suyo, en compañía de otros caballeros, una noche de invierno, tiempo en que la conversacion ocasiona varios entretenimientos, le pidieron hiciese alguna demostracion de fuerzas en prueba de lo que su fama publicaba. Á lo que no se negó el Capitan, pues tomando un bufete grande de nogal con algunos vasos llenos de agua, le levantó por una esquina con la mano derecha sin que se derramasen.

»El dia siguiente, teniendo Don Bernardino de Cárdenas un caballo á quien llamaban el mulo por la disformidad de su grandeza, subió Céspedes en él, y llegando á un portal de la plazuela que nombran del Duque, lo levantó en el aire con lo robusto de sus piernas, asido de una rexa.

»Un napolitano, gran ginete, caballerizo del referido Cárdenas, queriendo correr

(1) *Memorial Histórico Español.... que publica la Real Academia de la Historia*, tomo XI (Madrid, 1859), pág. 259.

(2) «Lo menos que vió España deste ilustre portento fué tener con sus brazos en su mayor concurso una furiosa rueda de molino; testigo es Guadiana desta verdad, pues hoy vive en su margen aquel prodigio; mis ojos mismos han mirado la piedra, y leído en ella que por memoria suya tiene en su reverso escrito «Don Lope (?) no pudo, y Céspedes la detuvo.» Por cierto, hecho increíble, que ni del bravo Alceo ni de Milon Cretense se escribe semejante. Su tirar á la barra era con un grande peñasco, y más de una vez le sucedió yendo camino, sacar á fuerza de sus hombros un carro muy cargado que estaba empantanado, haciendo él solo lo que dificultaban cuatro mulas. Reventaba un caballo apretando las piernas, arrancaba una reja de sus quicios, y desencuadraba con un brazo tan solo los huesos y costillas del manchego más doble; hacia pedazos cinco herraduras juntas, y para no cansaros, lo más que hay que admirar es que en diversas facciones él solo con su espada y rodela embistió con escuadras, atropelló rompió y quitó mil vidas de hombres, y puso en confusion los contrarios ejércitos.»

(Don Gonzalo de Céspedes y Meneses, *El soldado Pindaro*, en el tomo I de *Novelistas posteriores á Cervantes*, de la colección Rivadencyrá, pág. 310, columna 2.)

el mismo caballo, al tiempo de partir se puso el Capitan delante, y con la mano derecha detuvo la ferocidad de su veloz carrera.

»Hacia una singularísima fuerza, que era tomar una pica de veinte y cinco palmos con la mano derecha por remate, y se asían della algunos hombres, forcejando para mover al Capitan del lugar en que estaba, y no solo no lo conseguían, mas él, por asombro, los mudaba de la otra parte con facilidad.

»Estando aun en Ocaña, á tiempo que se recogía del campo, subiendo una cuesta que baxa á las puertas, venia despeñado un carro con dos mulas, cargado, y el dueño pidiendo al cielo socorro: púsose delante el Capitan y le detuvo con increíble esfuerzo.

»Hallándose en Madrid pretendiente, y en negocios de importancia delante del Príncipe Don Carlos, le preguntó si tendría ánimo para esperar un tigre: remitió la respuesta á que se le soltasen, y al punto le embistió el feroz bruto; pero sacando el acero bizarro, le dió tan gran cuchillada al acometerle con el primer brinco, que no le dexó aliento para que repitiese el segundo. Dixole el Príncipe *en qué se habia fiado si errara el golpe*. Respondió que *en los brazos*. Habiéndolo sabido el Rey Don Felipe Segundo, advirtió á su hijo no aventurase otra vez en cosa de tan poca importancia á un caballero de tanta. (Folios 29-31.)

»Celebrándose en Ciudad Real unas fiestas de toros, en quince de Agosto, festividad de la Assumpcion de la Virgen, al dar una lanzada, con la gran fuerza cayeron él y el caballo; pero levantándose con su acostumbrado valor, cogió con la mano izquierda una punta del feroz animal, y con la derecha le dió tan extraño golpe en el pescuezo, que le dividió el cuerpo.

»Hallándose en Barcelona aguardando embarcacion para pasar á Italia..... estando oyendo Misa, por ser mucho el concurso de la gente en la celebridad de una fiesta, no pudo cierta dama llegar á tomar el agua bendita. Céspedes, en quien lució siempre la cortesía, con sus acostumbradas fuerzas arrancó fácilmente la pila de la pared, sirvió á la dama con ella, y volviéndola á su lugar, dexó admirados los catalanes. (Folio 32.)

»Antes que el capitan Alonso de Céspedes se partiese á la jornada de Alemania, le fué forzoso dar vista á la imperial Toledo, donde llegando una noche con su cuñado Don Diego de Artieda Chirino, á tiempo que las puertas de aquella ciudad estaban cerradas, y aunque llamaron, no quisieron abrir las guardas; entonces el capitan con sus fuerzas, apeándose del caballo, arrimó el hombro á ellas, cual otro Sanson á las de Gaza, con que facilitó la entrada. (Folio 32.)

»La siguiente noche, frigidísima, por ser el invierno de aquel año riguroso, siéndole necesario salir á deshora, encontró con un Alguacil que rondaba la ciudad, el cual con palabras descomedidas, ignorando quién fuese, le pidió la espada, mas el Capitan escusándose cortesmente, con el respeto y decoro que se debe á la justicia, no siendo posible reducir aquel soberbio Ministro, ocasionado de su porfiada desatencion, le arrojó en un texado, donde estuvo, hasta que al romper del alba le baxaron con una escalera.

»Hallándose en la misma ciudad el Marqués de Villena con otros señores, teniendo noticia que estaba allí el capitán Céspedes, de quien se contaban tantas hazañas, le fueron á ver, y le pidieron probase las fuerzas con las increíbles de un Turco cautivo, feroz en el semblante y portentoso en lo robusto: concediéndolo, y saliendo entrambos al campo delante de mucha gente que curiosa había concurrido á la contienda, concertaron fuese la lucha el hacer un hoyo en tierra que llegase hasta los hombros, donde metido el uno, el otro le sacase con una mano ó dos manos, sin llegar al cuerpo. Metióse primero nuestro Céspedes, y el Turco con entrambos brazos le sacó á costa de mucha fatiga. Entró el Turco, y el Capitán con un brazo no sólo le sacó, mas con gran facilidad le arrojó por encima de la cabeza, quedando del golpe casi muerto; facción que los circunstantes alabaron, diciendo lo que la Reyna Sabá cuando vió á Salomón: *Mucho más es de lo que pregona la Fama.*

»Últimamente, pasando en su caballo por cierta calle de Toledo, donde en una ventana le detuvieron unas damas con chistes cortesanos (costumbre natural de aquellas rémoras de todo baxel forastero), y por no dexar de pedir, le pidieron hiciesse una demostración de sus fuerzas. A lo qual obedeció con asirse de la rexa, levantando el caballo del suelo con las piernas; y aunque á ellas les pareció grande la acción, se la disminuyeron, por empeñarle en que hiciesse otra mayor. El Capitán entonces asiéndose de la misma rexa, la arrancó con una mano y dexó caer en tierra. Admiradas, pues, de tan prodigioso hecho, quedaron todas inclinadas á su heroica bizarría; y llamándole, él con retiros cortes prosiguió su camino sin hazer caso de sus aplausos, por ser más hijo de Marte que de Venus.» (Folios 36-40.) Y como si todo esto le pareciera poco, añade el bueno de Méndez Silva: «Otras muchas fuerzas obró Céspedes que el tiempo ha usurpado á la noticia de la posteridad.»

Tal es la leyenda de las grandes fuerzas de Céspedes, monstruosamente abultada por la fantasía popular, que le convirtió en un mito análogo al de García de Paredes, hasta el punto de ser á veces idénticos los casos, no ya apócrifos, sino punto menos que imposibles, que de uno y otro se relataban. Así, lo de abrir la puerta de una plaza «asiendo del cerrojo y arrancando las armellas», se escribe de Paredes en el apócrifo *Sumario* de su vida, y Cervantes le atribuye lo de «detener con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia» (1). Y aun entraron á la parte en esta puja otros forzudos, como el caballero navarro D. Jerónimo de Ayanza, de quien cuenta Zapata que «con las dos manos quitó de un monasterio de monjas con dos

---

(1) Se atribuye también á Paredes en un manuscrito de la Biblioteca de la Academia de la Historia (copia de fines del siglo XVIII), que lleva por título *Libro de las cosas notables que han sucedido en la ciudad de Cordoba, y á sus hijos en diversos tiempos*. (Folio 116.) «Diego García de Paredes, por dar gusto á Felipe II en Córdoba, estando viendo las haceñas y batanes, detiene con la mano una piedra, y de la fuerza que hizo, le saltó la sangre por los ojos, oídos, boca y narices.» (Gallardo, *Ensayo*, I, núm. 580.)

ú tres enviones las rejas del locutorio», hazaña análoga, como se ve, á una de las de Céspedes. Pero aun rebajando de estas anécdotas toda la parte increíble y todas las valentías ajenas que por atracción se ha llevado Céspedes, siempre habrá que dar fe al testimonio de D. Diego Hurtado de Mendoza, que al contar su muerte en la *Guerra de Granada* (lib. III, cap. VII), dice que «sus fuerzas fueron excesivas y nombradas por toda España: acompañólas hasta la fin con ánimo, estatura, voz y armas descomunales».

Si Céspedes no hubiera sido más que un jayán membrudo y un espadachín temerario, no ocuparía ni en la historia ni en la poesía el puesto que realmente ocupa y merece. Una tradición antigua y constante, y á la cual sería temerario negar crédito, aunque falte documento positivo con que confirmarla, le atribuye una intervención verdaderamente heroica en la batalla de Mühlberg, que decidió el triunfo en la gloriosa campaña de Carlos V contra la Liga de Smalcalda y los protestantes alemanes (1546-1547). Narra así el hecho Méndez Silva:

«El año siguiente de 1547 en el mes de Abril volvieron á juntarse los dos ejércitos en las espaciosas márgenes del Albis, que á los dos dividía, ocupando el de Saxonia el sitio más fortificado y superior, con buena Artillería. Se comenzó de una y otra parte la pelea: los enemigos cubiertos, los católicos sin reparo, y aunque los arcabuceros españoles despejaban la ribera, para dar lugar á que los caballos buscasen el vado, no lo pudieron conseguir enteramente, porque la obscuridad de la noche, lo profundo de las aguas y lo proceloso de las olas estorbaban la valerosa diligencia de nuestros soldados. En esta confusion se hallaba el César, cuando el capitán Alonso de Céspedes, rompiendo por la gente hasta arrodillarse delante de su inclita persona, le dixo:

«Sacra, Augusta y Católica Magestad, hoy os representa mi afecto la lealtad, y obligación con que nací español y vasallo vuestro; ahora sí que es el tiempo en que los riesgos de^n ser suaves, los imposibles fáciles, los peligros gustosos, y las resoluciones apetezidas de aquellos soldados que han logrado la dicha de haberse alistado en vuestras invencibles banderas: yo, que soy el menor que merecí tan feliz nombre, pido licencia para que con nueve españoles, que he elegido, busquemos modo con que nuestro ejército se conduzca á la otra parte del Albis. Barcas tiene el enemigo de que poder fabricar puente para esta faccion; y aunque parezca el arroxó difícil, por los evidentes estorbos que se ofrecen á mi empresa, la osadía siempre fué madre de la buena fortuna, y cuando la suerte me niegue el celoso efecto desta resolucion, por lo menos no me podrá quitar la gloria de haberlo intentado, pues en la escuela marcial de vuestras gloriosas hazañas, aun los más pequeños aspiramos á que no nos ultraje la negligencia de tan justo servicio. Poco se pierde, señor, en diez vidas donde sobran tantas y tan valientes. Y pues que en la guerra, cuando menos se piensa se suele encontrar la muerte, pretendo este día hacer gala della por honra de nuestra Sagrada Religion, por blason de nuestra patria, y por el crédito de V. Magestad Cesárea.»

«Oyóle el Emperador con gran gusto, y con mayor le concedió lo que pedía. Y



partiéndose contento, á sus nueve elegidos les habló de esta suerte. (Sigue otro discurso todavía más retórico que el anterior, y más impropio de Céspedes, á quien nos imaginamos *corto en palabras cuanto largo en obras.*)

»Animaba Céspedes con la voz, y cuando era tiempo de obrar, con el exemplo. Y así los nueve españoles, vencidos de la elocuente persuasiva de nuestro capitán, desnudándose todos con gran osadía, se arrojaron á la corriente rápida del Albis, cuyas frigidísimas ondas parece se templaban con el fuego que exhalaban sus heroicos pechos, llevando en las bocas las espadas desnudas, á imitación de Horacio Cocles, de los soldados romanos y de Marco Casio Ceva, que cuenta Valerio Máximo....

»Surcadas, pues, aquellas impetuosas aguas, al llegar de la otra parte del río, donde tenía el enemigo unas barcas para dellas fabricar puente, á pesar suyo y de infinita resistencia las traxeron, en las cuales se condujo nuestro ejército, que fué la principal causa de ganarse tan memorable y célebre victoria, en 24 de Abril, víspera del Sagrado Evangelista San Marcos, año 1547, y comenzando á las once horas de la mañana, se acabó á las siete de la tarde, con gloria de nuestra nación y asombro del orbe, donde fué preso el Duque de Saxonia, y entregado á la clemencia del César.... Hallándose también el capitán Alonso de Céspedes en la expugnación de Mansflet (Mansfeld), plaza fortísima por naturaleza y arte de la Baja Saxonia, siendo el primero que colocó en sus almenas los victoriosos estandartes de España» (1).

Si acudimos á los primitivos cronistas de aquella gloriosísima campaña, en todos encontraremos mencionada la hazaña de los infantes españoles, en ninguno el nombre de Céspedes (2). No se halla ni en el elegante y clásico *Comentario* de D. Luis de Avila y Zúñiga (3), que emuló dignamente la noble sencillez de Julio César; ni en

(1) *Compendio de las hazañas de Alonso de Céspedes*, folios 23-27 vto.

(2) La hazaña de los infantes españoles está atestiguada por Sleidan, historiador contemporáneo y protestante:

«*Ibi pedites aliquot Hispani, nudi et gladios transversos ore deferentes, in flumen sese conjiciunt, et quum natando pervenissent in ulteriorem ripam, navigia illa, quæ secundo flumine devecta, Saxones à reliqua parte pontis avulserant sistunt, et licet multis peterentur telis, abducunt. Ex iis navigiis et illis quæ Cæsar plaustris adduxerat, effecto ponte, fluvius deinde fuit constratus, ut pedites et impedimenta transirent.*»

(Joan. Sleidani, *De statu religionis et reipublicæ, Carolo Quinto Cæsare, commentarii*.... M. D. L. V., fol. 321.)

(3) *Comentario del Illustre Señor Don Luis de Avila y Çuniga, Comendador mayor de Alcantara: de la Guerra de Alcaña hecha de Carlo V, Maximo Emperador Romano, Rey de España. En el año de M. D. XLVI y M. D. XLVII. En Venetia, en el M. D. XLVIII.* (Hay otras ediciones: de Salamanca, 1549; Amberes, 1550; Zaragoza, 1551; Venecia, 1552; Madrid, 1767, etcétera.) Fué traducido al latín por Guillermo Van Male de Brujas:

*Clarissimi viri D. Lodovici ab Avila et Zunniga, Militiæ Alcantarensis præfecti, Commentariorum de bello Germanico, à Carolo V. Cæsare Maximo gesto, libri duo à Gulielmo Malinaeo*

los amenos *Diálogos de la vida del soldado*, de Diego Núñez de Alba (1); ni en la copiosa, aunque menos atildada narración del capitán Pedro de Salazar (2), historiador muy digno de aprecio á pesar de las bromas de D. Diego de Mendoza, ó quienquiera que sea el autor de la *Carta del bachiller de Arcadia*. Avila cuenta de este modo el paso del Elba:

---

*Brugensi latine redditi, et iconibus ad historiam accommodis illustrati. Antuerpiæ, in ædibus Ioan. Steelsii, M. D. L.*

Esta traducción es importante, porque fué hecha sobre el manuscrito original del autor, que se conservaba en la cámara de Carlos V, y en muchas cosas difiere del texto castellano, impreso en 1548. Van Male da razón de estas alteraciones en su epístola nuncupatoria: «Scio enim non defuturos, qui velut novam quandam et nimis liberam vertendi rationem suggillent, facta collatione ad vulgata exemplaria, a quibus multis locis discesserim, pleraque etiam addiderim, nonnulla dempserim. At nihil temere a me factum est, aut sine consilio. Archetypum ipsum in cubiculo Caesaris asservatum sequutus sum, nec id quidem tam anxie quin aliquot locis digressus sim, ubique tamen, si non arcta verborum et ordinis observatione, sensu tamen eodem fere et integro.»

De intento he copiado estas palabras de Van Male, porque sirven de argumento contra una afirmación algo ligera de Fr. Prudencio de Sandoval, en el libro xxxix de su *Vida del Emperador*. Dice, pues, el Obispo de Pamplona que el segundo libro del *Comentario*, que lleva el nombre de D. Luis de Ávila y Zúñiga, no es suyo, sino de un soldado que calló su nombre y envió su escrito al Marqués de Mondéjar.

Prescindiendo de la inverosimilitud de que un personaje tan principal en el séquito del Emperador y tan insigne en letras y armas como D. Luis de Ávila, fuera á apropiarse la relación de un soldado anónimo; y prescindiendo de que el estilo del segundo libro es enteramente igual al del primero, y uno y otro de superior calidad y sello personalísimo, es imposible negar crédito á Van Male, ayuda de cámara de Carlos V, que tradujo al latín *los dos libros* sobre el manuscrito original archivado en la cámara del Emperador. La relación enviada al Marqués de Mondéjar pudo ser una de las muchas copias que circularon de estos *Comentarios* antes de imprimirse.

(1) *Diálogos de Diego Nuñez Alua de la vida del Soldado, en que se cuenta la conjuración y pacificación de Alemaña, con todas las batallas, recuentros y escaramuzas que en ello acontecieron en los años de mil y quinientos y quarenta y seys y siete, y juntamente se describe la vida del Soldado..... Con Preuilegio. En Salamanca, por Andrea de Portonariis, 1552.*—Reimpreso en Cuenca, por Juan Alonso de Tapia, 1589, y en la colección de *Libros de antaño*. Madrid, 1890, con un prólogo de D. Antonio María Fabié.

(2) *Historia y primera parte : de la Guerra : que don Carlos : Quinto : Emperador de los Romanos : Rey de España : y Alemaña : movió contra los Príncipes : y ciudades rebeldes del Reyno de Alemaña : y successos que tuuo. Con preuilegio de su Santidad : y del Ecelentissimo visio Rey de Nápoles : para en Español : y Italiano.*

Colofón: *Aquí fenece la primera parte..... Impressa en la muy noble y muy leal ciudad de Nápoles : en la emprenta d' Juan Fablo Saganappo : Año del Señor de mil y quinientos y quarenta y ocho años. A cinco dias del mes de Setiembre.* Este libro no puede ser el que criticó don Diego de Mendoza, porque se refiere sólo á la primera campaña, y no le conviene ninguna de las señas que el crítico da.

—*Crónica del Emperador Carlos V, en la qual se trata la justisima guerra que su Magestad*

«Ya en este tiempo los enemigos comenzaban á desamparar la ribera, no pudiendo sufrir la fuerza de los nuestros, mas no tanto que no hubiese muchos á la defensa. Pues viendo el Emperador que era necesario ganalles su puente, mandó que el arcabucería usase toda diligencia, y así súbitamente se desnudaron *diez arcabuceros españoles*, y éstos, nadando con las espadas atravesadas en las bocas, llegaron á los dos tercios del puente, que los enemigos llevaban el río abaxo, porque el otro tercio quedaba el río arriba muy desamparado dellos. Estos arcabuceros llegaron á las barcas, tirándoles los enemigos muchos arcabuzazos de la ribera, y las ganaron, matando á los que habian quedado dentro, y así las truxeron. También entraron tres soldados españoles á caballo, armados, de los cuales uno se ahogó. Ganadas estas barcas, y estando ya toda nuestra arcabucería tendida por la ribera y señora della, los enemigos comenzaron del todo á perder el ánimo» (1).

Según Diego Núñez de Alba, que también se hallaba allí presente, fueron nueve, y no diez, los arcabuceros españoles que pasaron el río y asaltaron las barcas: «Se desnudó muy presto un soldado y se metió por el río nadando, para acometerlas con solo su ánimo, y siguiéndole otros dos y á los dos siete, tirándoles los enemigos de arcabuzazos desde la otra parte del río, llegaron á los dos tercios de la puente, donde hallaron vencidos de su propio temor algunos tudescos escondidos debaxo de las tablas. Los unos estaban desnudos, y solamente hacian la guerra con la buena fortuna del Emperador, y los otros con sus armas tenian tan quebrantados los corazones con las ajenas heridas y vistas muertes, y ver que habia ya comenzado á retirarse el Duque su señor, que sin resistencia alguna los desnudos traxeron presos á los armados, juntamente con las barcas, de que habia más necesidad» (2).

Finalmente, Sandoval, que dice haber tenido presentes *algunas relaciones escritas de mano por soldados curiosos*, calla también el nombre de Céspedes. Cuando los actos de heroísmo abundan tanto como en aquella centuria abundaron, no es maravilla que los historiadores se olviden á veces de consignar los nombres de los héroes.

Fácil es deslindar en la comedia de Lope de Vega la parte historial de la anecdótica. Pertenecen al curso de historia nacional que en tan prodigioso número de obras iba dando el poeta, los relatos episódicos de la coronación del Emperador en

---

*movió contra los Luteranos y rebeldes del Imperio y otros sucessos que tuvo. Sevilla, por Dominico de Robertis, 1552. Tampoco cuadra á este libro la crítica del Bachiller de Arcadia, puesto que la relación de la campaña de 1547, que en ella añadió el librero sevillano, no es más que el segundo libro del Comentario de Ávila y Zúñiga. Hay que suponer, por consiguiente, que Salazar escribió é imprimió una segunda parte de su Crónica, que no ha sido descubierta hasta ahora, acaso porque el autor destruyera la edición, ofendido con la mordaz censura del encubierto Bachiller.*

(1) Páginas 262-263 de la edición de 1767.

(2) Página 192 de la reimpresión de *Libros de antaño*.

Bolonia (1530), en la primera jornada; de los preparativos de la guerra de Alemania, en la segunda; y las escenas de la batalla de Mühlberg y rendición del duque de Sajonia Juan Federico, en la tercera, sin omitir el episodio del villano que indicó al ejército imperial el vado del Albis. Todo lo restante es de pura invención, pero tan interesante y bizarra, que puede tomarse como prototipo de la comedia *soldadesca* ó de costumbres militares del siglo xvi. Tiene esta pieza la unidad orgánica que falta á otras muchas: la acción particular y novelesca no aparece como desligada de la acción general histórica, sino que la refuerza. Hay dos caracteres de gran mérito: el de Céspedes y el de su hermana.

Tuvo dos el capitán D. Alonso, llamadas, la una D.<sup>a</sup> María, y la otra D.<sup>a</sup> Catalina. Esta última fué *la celebrada en fuerzas*, según Méndez Silva, y no D.<sup>a</sup> María, como aparece en el poema dramático de Lope. De ella refiere aquel genealogista esta curiosa anécdota, que, como veremos más adelante, no es la única de carácter fantástico que se encuentra en la rica leyenda de Céspedes:

«Volviendo á Ciudad Real (el capitán Alonso), y saliendo una noche de cierta conversacion disgustado, al pasar por los oscuros portales de la Alcaná, en la plaza, le salió al encuentro un bulto grande, y viendo que se le ponía delante, embistió con él, dándose los dos tan furiosos golpes, que en breve espacio se le hizo astillas la rodela, y se le quebró la espada, hasta que anduvieron á brazo partido grande rato. Llegó á su casa sin herida alguna, pero molido de tal suerte, que muchos días le duró la fatiga, por donde se conjetura ser algún espíritu diabólico. Entre estas confusiones anduvo vacilante algún tiempo en ver cómo era posible que hombre humano se le hubiese atrevido. Divirtióle D.<sup>a</sup> Catalina de Céspedes, su hermana, no de menor valor y fuerzas, diciéndole *ser ella con quien había batallado aquella noche*, con lo cual se sosegó, sabiendo que sólo su brazo le podía hacer competencia.»

Gran triunfo de Lope fué presentar en el teatro á esta forzuda hembra sin que su calidad de dama principal y honrada sufra el menor quebranto, ni cuando apuesta á tirar á la barra con los carreteros de la Roda y San Clemente, ni cuando lucha á poder de brazos con su amante D. Diego, que se disfraza de ganapán para llegar á los suyos, ni cuando rechaza á estocadas al Corregidor de Ciudad Real y ase por los cabezones al alguacil, ni cuando en traje de soldado sigue á su novio por los campamentos de Alemania. Extraña mezcla de valor y ternura, de ferocidad y candidez infantil, de pasión ardiente y rudeza indómita, D.<sup>a</sup> María de Céspedes, que tiene algo de la serrana de la Vera sin sus crímenes, es una de las afortunadas creaciones femeninas de Lope. Nótese en la escena de la lucha con el disfrazado D. Diego, de qué modo tan gentil se insinúa el elemento poético en un cuadro de vivo realismo, y cómo va prendiendo el amor en el corazón de la desprevenida y selvática doncella. Gracia, malicia villanesca, emoción lírica, fino conocimiento del corazón humano, todo se encuentra reunido en tan pequeño espacio y en versos que seguramente no costaron á su autor la menor fatiga, porque se diría que en ellos el arte se confunde con la misma naturaleza:

MARÍA.

¿Queréis tirar

Ó luchar?

DIEGO.

Sólo luchar,

Que todos tenemos nombre

¿No habéis oído decir

Á Sancho de Valdepeñas?

MARÍA.

Bastan, Sancho, vuestras señas,

Porque podéis competir

Con cualquier hidalgo en talle.

¿Qué queréis luchar agora?

DIEGO.

Cuatro doblones, señora,

Que es lo que más pude hurtalle

Á un viejo rico avariento.

MARÍA.

Despojaos.

DIEGO.

¿Á cuántas va?

MARÍA.

Á la primera será.

Depositad.

DIEGO.

Soy contento.

Tened esta bolsa vos.

MARÍA.

Tended los brazos, á ver.

DIEGO.

Luego ¿ésta no ha de valer?

MARÍA.

No, que es probarnos los dos.

DIEGO.

¿Hay gloria como llegar

Á vuestros brazos, señora?

¿Qué príncipe puede agora

Tener más alto lugar?

Cuentan que un hombre subió

Con unas alas de cera,

Del sol á la roja esfera,

Mas no que con él luchó.

Y si de sólo subir,

En el mar se hizo pedazos,

Quien al sol tiene en los brazos,

¿Cómo pretende salir?

MARÍA.

¿Vos sois villano?

DIEGO.

No sé.

MARÍA.

El lenguaje y el olor  
Del ámbar me dan temor.

DIEGO.

El lenguaje en vos le hallé,  
Que luz al alma habéis dado;  
El olor es de unas flores,  
Que con cierto mal de amores  
Dormí esta noche en un prado:  
Junquillos, salvia y verbená  
Se me habrán pegado al sayo,  
Hasta que del sol el rayo  
Dió luz al alba serena.

MARÍA.

Dejad los brazos.

DIEGO.

No puedo.

MARÍA.

Sospechosa estoy.

DIEGO.

¿De qué?

MARÍA.

Yo lo sé.

DIEGO.

Yo no lo sé.

MARÍA.

¿De qué tembláis?

DIEGO.

Tengo miedo.

MARÍA.

¿Por qué razón?

DIEGO.

Quien está

En alto, ¿no ha de temer  
El peligro de caer?

MARÍA.

Yo os voy entendiendo ya.

DIEGO.

¿Paréceos á vos que es poco  
El caer del cielo al suelo?

MARÍA.

Confirmasteis mi recelo:  
Yo os dejo.

DIEGO.

¿Por qué?

MARÍA.

Por loco.

Una fatal casualidad viene á interrumpir este idilio amoroso, precisamente cuando el galán acaba de declarar su nombre y calidad.

DIEGO.

En Almagro, bellísima enemiga  
Os vi una fiesta con belleza tanta,  
Que á tal atrevimiento el alma obliga.

.....

Informaros podéis de Pero Trillo;  
Sobrino suyo soy; hacienda tengo.

MARÍA.

Yo nunca del amor me maravillo.

DIEGO.

Para pedir á vuestro hermano vengo  
Que me admita por hijo y por esclavo.

MARÍA.

¡Con qué piedad mi cólera detengo!  
¿Es éste mi rigor, que por lo bravo  
Despreció mil hidalgos desta tierra?

.....

¿Es esto inclinación, ó estoy mudada  
De aquella condición áspera y dura,  
Desde mi tierna edad ejercitada?  
Dudosa estoy: señal de amor segura.....

Cabalmente, Céspedes, por una de sus acostumbradas valentías, acaba de matar á Pero Trillo, y tiene que ponerse en precipitada fuga para Andalucía, mientras el Corregidor asalta su casa y D.<sup>a</sup> María la defiende bizarramente con ayuda de don Diego, ignorante todavía de la muerte de su tío; acabando por tomar asilo en la iglesia. Las últimas escenas de este acto, que pasan en el Arrenal de Sevilla, entre rufianes, valentones, mozas del partido, jugadores y soldados aventureros, tienen una entonación tan cálida y vigorosa, un brio y un desgarro, que traen á la memoria las páginas inmortales de *Rinconete y Cortadillo*.

Hasta ahora no conocemos más que al Céspedes mätasiete y pendenciero, al hidalgo de lugar, preciado de fuerzas hercúleas. El Céspedes heroico aparece en el acto segundo, pero no por transición brusca, sino por natural desarrollo del germen belicoso que en él había, y conservando siempre rastros de su fiera primitiva, especialmente cuando algún literano se le pone por delante:

Y ¡vive Dios, don Hugo, que en hallando  
Hereje donde pueda sacudille,  
Déstos que no se quitan el sombrero

Al Pan á quien los ángeles se humillan,  
Que le pongo las piernas como á toro,  
Para que siempre de rodillas quedel

Continúan los lances, cuchilladas y pendencias: la vida del campamento está pintada con viveza pasmosa, como nadie la presentó en las tablas antes de Schiller. Todo es episódico, si se quiere; pero de aquel tropel y algazara resulta la ilusión de la vida. Y ni un momento se pierde de vista á Céspedes: cuando no está en escena, sabemos de él por relación de amigos ó enemigos; su valentía, algo bárbara y fanfarrona, eclipsa mayores hazañas, provocando en unos la admiración, en otros el odio y el recelo:

¡Que se venga un manchego forcejado  
Que fué de ganapán su estrella y trato,  
Y porque diez barajas romper pudo,  
Y hacer una alabarda garabato,  
Y á un labrador de una puñada mudo,  
Lechuguillas las márgenes de un plato,  
Y tener en la palma un hombre, el de Alba  
Le haga más honra que á un señor de salval

Así se lamenta el capitán Reinoso, á quien D.<sup>a</sup> María, que andaba también en el campo del César, encubierta en hábito de soldado, llama al orden con un cintarazo digno de los que repartía su hermano. Pero en el corazón de esta fiera doncella, capaz de romper los hierros que la aprisionan y arrancar las rejas de la cárcel, arde inextinguible la llama de amores que encendió en ella el gallardo luchador de Almagro, y se sobrepone al estímulo de la venganza, ya que no al cuidado de la honra, como lo declara este precioso monólogo:

¿Dónde vas, cobarde, huyendo  
De amor que supo obligar  
Noblemente tus bajezas,  
Que tal galardón me dan?  
.....  
¡Mal hayan mis pensamientos,  
Aunque arrepentidos ya  
De haber empleado en ti  
Del alma el mayor caudal!  
.....  
¡Quién pensara que me dieras  
Por tanto bien tanto mal!  
Pero no quiero reñirte,  
Falso, traidor, desleal,  
Porque al fin, quien dice injurias,  
Cerca está de perdonar.  
.....  
Fuerte soy; pero ¡ay de mí,



Que es la fuerza corporal;  
 Que el alma no tira al canto,  
 Y pierde siempre al luchar!  
 . . . . .  
 Salga el infame don Diego  
 Del alma....., pero no más.....  
 Porque al fin, quien dice injurias,  
 Cerca está de perdonar.

Don Diego interesa poco, ó más bien es un personaje aborrecible. Cuando llega á averiguar que Céspedes era el matador de Pero Trillo, aunque le hubiese matado en buena lid y provocado por él, intenta asesinarle á traición, y comete la villanía de abandonar á su hermana, á la cual, por otra parte, había tratado honestamente, menos sin duda por virtud propia que por el saludable espanto que debía infundirle doncella tan bien resguardada.

Todo lo restante de la comedia son bazarrias de Céspedes, terminando con la más famosa de todas, el paso del Albis, que ejecuta á nado y con la espada en la boca, seguido de nueve compañeros. Y Lope, aun no contento con esto, le atribuye la prisión del duque Juan Federico, y, por consiguiente, la mayor preza de aquella inmortal jornada, suponiendo que por ello le honró Carlos V con el hábito de Santiago; de todo lo cual no dice palabra la historia.

El ginebrino Sismondi, que escribió con todo género de preocupaciones protestantes y de vulgar liberalismo su ya olvidada *Historia de las literaturas del Mediodía de Europa*, habla largamente de esta comedia (que fué una de las poquísimas de Lope que leyó), y se indigna mucho con el poeta y con Céspedes por la poca mansedumbre con que uno y otro tratan á los herejes y á los enemigos de su Rey y de su nación. ¡Graciosa extravagancia exigir de un poeta castellano del siglo xvii ideas de tolerancia que entonces no tenían ni los protestantes ni los católicos! (1) Lo que sí debe decirse en honra de Lope, es que hace justicia al valor de los vencidos, y presenta noblemente en escena al Duque de Sajonia, oyendo sin interrumpirse ni interrumpir su partida de ajedrez, su sentencia de muerte, no confirmada luego.

Termina esta comedia prometiendo una segunda parte:

Senado, si ver queréis  
 De Céspedes las hazañas  
 Hasta su famosa muerte  
 En la guerra de Granada,  
 Para la segunda parte

---

(1) *De la Littérature du Midi de l'Europe*, par J. C. L. Sismonde de Sismondi. Tome second. Bruxelles, 1837. Páginas 336-342.

*Historia de la Literatura española*, escrita en francés por Mr. Sismonde de Sismondi (Traducción de Amador de los Ríos). Sevilla, imp. de Alvarez, 1842. Tomo II, páginas 52-59.

Os convido; que aquí acaba  
La primera, y no el valor  
De Céspedes, flor de España.

Esta promesa, como tantas otras, hubo de quedarse sin cumplimiento; pero no es difícil adivinar cuál habría podido ser el contenido de esta parte segunda. Consistía, sin duda, la catástrofe en la honrosa muerte del capitán Céspedes á manos de los moriscos rebelados, en una entrada que hizo en el valle de Lecrín D. Antonio de Luna; suceso que refieren todos los historiadores de aquella guerra: rápidamente D. Diego de Mendoza, que caracteriza á Céspedes con dos palabras enérgicas; más extensamente Luis del Mármol Carvajal (lib. vi, cap. xxxiii), y con más puntualidad y libertad que nadie, como testigo casi de vista, Ginés Pérez de Hita, en la segunda parte de sus *Guerras civiles* (cap. xiv):

«El valeroso capitan Céspedes, por orden del señor don Juan de Austria, estaba puesto de presidio en la puente de Tablate, para que los moros de la sierra no pudiesen bajar á los lugares que estaban sobre el camino; y habiendo tenido noticia de la derrota de los cristianos del puerto de la Ragua, deseoso de vengar la injuria, subió con su compañía á lo alto de la sierra buscando al enemigo. Ciertamente, la salida fué desordenada y así correspondió el éxito. Los moros, reconociendo al instante la poca gente que traía, le acometieron con valor, y á poco tiempo toda la compañía, con su capitan, fué desbaratada, quedando éste muerto en el campo y su cuerpo despues hecho pedazos, pues por la fama de su valor no hubo moro que no le hiciese herida; cogieron la bandera y llevaron por gran reliquia el alfange ensangrentado de Céspedes al reyecillo. Sin embargo, Céspedes vendió bien cara á los moros su vida, peleando antes como varon fortísimo, porque se hallaron más de cien moros partidos por su mano desde los hombros hasta la cintura con la fuerza de su poderoso brazo, manejando una espada valenciana que era la mejor del mundo, ancha de tres dedos, y tan fornida, que pesaba catorce libras. Doy fe de que la vi en Vera, la tuve en mi mano y presencié el acto de pesarla. Fué tanto más dolorosa la pérdida deste valiente capitan y los suyos, cuanto que don Antonio de Luna, que venia del real de Orjiva, pudo muy bien socorrerle habiendo llegado muy cerca de allí, de modo que vió la batalla por sus propios ojos. Quiso luego disculparse alegando que no estaba tan cerca y que no podía salir del cumplimiento del orden que llevaba; pero este descargo es despreciable, porque ¿quién ve a sangre fría una batalla entre moros y cristianos que no presta ayuda á los de su partido, y los deja perecer por no salir un punto de los límites de la orden que lleva? En mi opinion, á lo menos, don Antonio de Luna no quedó acreditado en esta ocasion de valiente ni de buen soldado.»

Acaeció este funesto encuentro el 25 de Julio de 1569. Llevaron á enterrar á Céspedes á la iglesia del lugar de Restaval, en el camino de Granada á Motril; y en el sitio donde le mataron, que fué en la montaña llamada las Guáxaras Altas, se le puso una cruz grande con este rótulo: «Aquí murió el Capitan Alonso de Céspedes el Bravo.» La poesía honró su nombre de varias maneras. Uno de los episodios me-

nos infelices de la *Austriada*, de Juan Rufo (canto x), es el que describe la final y desesperada resistencia de Céspedes y la caída de su cuerpo gigantesco,

Cual suele á la segur rendirse dura  
El pino en la montaña de Segura.

Y Luis Barahona de Soto, excelente ingenio andaluz que también militó en la guerra de la Alpujarra, tributó en una de sus églogas este recuerdo al valeroso capitán manchego:

Allí el nervoso Céspedes tendido,  
De roble coronado sin provecho,  
Del alma ilustre vieras despedido,  
En dura peña cual en blando lecho:  
.....  
Y contra cuya poderosa mano  
Luchó la piedra del molino en vano (1).

La muerte del capitán Céspedes, que ya en vida era un personaje de *folk-lore* por sus monstruosas y peregrinas fuerzas y raras aventuras, no podía menos de irse rodeando de circunstancias extraordinarias en la imaginación del vulgo. Notable es, y en extremo fantástica, la historia que á este propósito refiere D. Gonzalo de Céspedes y Meneses (acaso deudo del capitán D. Alonso en algún grado) en su interesantísima novela de *El soldado Pindaro*, publicada en 1626. No procede transcribirla aquí porque es muy extensa, y el libro donde se halla muy conocido; pero importa dar alguna idea de ella, por la relación que tiene con otra comedia de que hablaré después.

Refiere, pues, el ingenioso novelista madrileño que cuando fué el Duque de Alba á París para la confirmación del tratado de paz entre nuestro D. Felipe y el rey de Francia Enrique II, llevó en su compañía al capitán Céspedes, el cual tuvo allí un famoso desafío con un noble francés llamado el Barón de Ampurde. «Y estando batallando, y el francés mal herido y cerca de rendirse, acudiendo en su ayuda otros deudos y amigos que vergonzosamente estaban en celada, pusieron en condición el vencimiento, y á no ser la de Céspedes, en muy grande peligro la persona del adversario. Sintió terriblemente don Alonso tan vil supercheria, y apretando los puños con su coraje acostumbrado, no sólo se libró, mas los puso en huida, matando crudamente al Barón de Ampurde, y digo crudamente, porque aunque se le rindió y pidió de merced la vida ó tiempo para se confesar, no se lo concedió su indignación y cólera; antes, á puñaladas dando salida al alma, puso su salvación en contingencia, y en opinión su buen crédito y fama.»

Tornó á su patria D. Alonso de Céspedes; pasaron años que para él fueron de

---

(1) *Segunda parte de las Flores de Poetas ilustres de España, ordenada por D. Juan Antonio Calderón. Anotada por D. Juan Quiros de los Ríos y D. Francisco Rodríguez Marín.....* Sevilla, imprenta de E. Rasco, 1896, pág. 35.

increíbles hazañas y acrecentamiento de fama, y cuando se hallaba en Granada dispuesto á servir al Rey con una lucida compañía de 150 hombres levantados á su costa, le aconteció el portentoso caso siguiente.

Volvió una tarde con sus criados de jugar á la pelota, cuando se le acercó una tapada que, llamándole aparte, le dió una cita en nombre de dos damas á quienes servía, y que, según dijo, le estaban aguardando, pagadas de su mucha bizarría y de la fama de sus hechos. Pareció bien al capitán la imprevista aventura, y siguiendo á la encubierta mujer, se internó en el Albaicín, cuando ya era noche cerrada, dejando á sus criados junto á las gradas de la parroquia de San Cristóbal. Llegó á una casilla que estaba cerca del cementerio de la iglesia, y se asomaron á la ventana dos hermosas damas, que después de un galante diálogo acabaron por arrojarle una escala de cuerda. Trepó Céspedes por ella y entró por la ventana, «mas no lo hubo bien hecho, cuando con un grande y funesto estampido se juntó la pared, y sin quedar señal de puertas ni ventanas, mujeres ni otra cosa, se halló metido en una larga y anchurosa cuadra. Estaba ésta vestida de presagios funestos, paños y bayetas obscuras, lo mismo todo el suelo, y en la mitad un túmulo, basa de un ataúd, á quien también cubría un tapete negro; á la cabeza y pies tenía dos hachas encendidas.....»

Quedóse pasmado y atónito Céspedes, pero no por eso flaqueó su invencible valor, sino que, paso tras paso, se fué acercando al ataúd y comenzó á levantar los negros paños que le cubrían. Sonaron dentro tristes gemidos, y poco á poco fué levantándose del túmulo «un espantoso hombre, y doyle tales títulos, no porque su persona fuese monstruosa ó desigual á las demás comunes, sino por el prodigio lastimoso que representaban en su cuerpo infinitas heridas, de las cuales venía acribillado y roto, desde el pálido rostro á la punta del pie. Suspenso quedó el animoso Céspedes viendo tan impensado y sangriento espectáculo; pero sin querer impedirselo, esperó á que se levantase y el fin de su salida. No estuvo mucho tiempo en semejante duda, porque el horrendo huésped, en poniéndose en forma, con ronca y triste voz le dijo desta suerte: «¿Qué miras, arrogante español? Abre mejor los ojos y cónceme, que aún tienes causa y obligación de hacerlo: obras son de tus manos las que tienes delante, golpesson mis heridas de tu inhumanidad y rigor bárbaro; yo soy, yo soy aquel francés Barón de Ampurde á quien impío y cruel diste en París la muerte. Allí te pedí entonces la vida de merced y no quisiste dármele; confesión te pedí y no me concediste término para hacerla; grandemente irritaste la justicia divina; tales hechos y acciones la están clamando siempre por venganza; mas mientras ésta llega librada en las moriscas lanzas de las vecinas Alpujarras, no estemos así los dos ociosos; vengamos tú y yo otra vez á los brazos; quizá podrán los míos, despedazados y sangrientos, ejecutar ahora lo que sanos y enteros no pudieron entonces.» Con esto, dando un terrible salto, le llevó de voleo, al mismo punto que, apagándose las hachas, dejaron en lóbregas tinieblas el aposento y el corazón magnánimo de don Alonso, no sin algún horror de tan extraña y temerosa empresa. Flacos y débiles estaban los quebrantados miembros del herido, mas no así le parecieron á Céspedes sus espantosas fuerzas, pues con ser las suyas las ma-

yores del mundo, así le postraron y envolvieron como si verdaderamente las ministrara un niño de dos años; mas ¿qué mucho, si el poder humano es tan limitado y corto, y el sobrenatural tan disconforme?»

Más de tres horas duró esta desigual contienda, «pero no pudo ser tal el tesón de Céspedes, que al fin, como mortal, no se rindiese entre los brazos de aquel furioso espíritu, el cual, dando con él un espantoso golpe, tendiéndole en el suelo, se desapareció, dejándole sin ningún sentido».

Prosigue refiriendo el novelista cómo los criados del capitán, inquietos por su tardanza, sintieron de repente un espantoso estruendo como si un gran edificio se viniera abajo, y vieron caer sobre las gradas un bulto, en quien reconocieron con terror á su dueño. «Creyeron al principio que estaba muerto, porque ni bullia pie ni mano ni tenía pulsos, con que dando principio á un doloroso llanto, tomándolo en los hombros, dieron con él en su posada. Aborotóse la ciudad y extendióse el suceso, y como nadie supiese el origen, todos le atribuyeron á la maldad y alevosía de los moriscos.... Entre esta variedad de pareceres llegó el siguiente día, en quien, ayudado de medicinas y remedios, con general gusto de los presentes, abrió los ojos don Alonso, y sintiéndose bueno, como si de un profundo sueño despertara, se levantó del lecho, y hallándose en su casa rodeado de amigos y fuera del peligro en que se reputaba, dió gracias á Dios, y á todos los circunstantes juntamente cuenta particular de sus acaecimientos; pero no pasaron éstos muy adelante: llegó la flecha cuanto podía alcanzar el arco de la Parca, y dentro de seis días vió en sí cumplido aquel fatal anuncio....» (1).

Esta lucha de D. Alonso de Céspedes con un difunto recuerda desde luego escenas muy análogas de otras comedias de Lope (de las cuales citamos algunas al tratar de *El Infanzón de Illescas*), y no es menos patente su semejanza con la parte fantástica de *El Burlador de Sevilla*, con el cual tiene mas relación, sin embargo, otra novela del mismo Céspedes, *La constante Cordobesa*.

De este episodio novelesco se aprovecharon, pero alterando sus circunstancias y sin sacar de él todo el partido que podieran, los autores de otras dos comedias relativas á Céspedes, que llevan el título común de *El Hércules de Ocaña*. Fué autor de la primera Luis Vélez de Guevara (*Laura*). Era obra rarísima ó más bien enteramente desconocida, hasta que el muy erudito historiador de nuestro drama nacional, Adolfo Schaeffer, tuvo la fortuna de encontrarla, con otras piezas no menos peregrinas, en un desconocido tomo de *Comedias de diferentes autores*, faltar de portada y preliminares (2). Creemos que esta comedia es posterior á la de Lope, no sólo por la natural presunción de que él fuera, como en la mayor parte de los

(1) *El soldado Fúnduro*. (En los *Novelistas posteriores á Cervantes*, 1, 310-312.)

(2) *Ocho comedias desconocidas, de D. Guillén de Castro, del licenciado Damián Salustio del Foyo, de Luis Vélez de Guevara, etc., tomadas de un libro antiguo de comedias nuevamente hallado, y dadas á luz por Adolfo Schaeffer. Leipzig, F. A. Brockhaus, 1887. Tomo II, páginas 218-293.*

casos, el imitado y no el imitador, sino por ser su obra mucho más fiel á la verdadera biografía de Céspedes, al paso que en la de Luis Vélez se alteran caprichosamente muchas de sus circunstancias, sin duda por buscar nuevos efectos dramáticos y no encontrarse con la fábula que ya había trazado Lope, y que debía de ser tan popular como todas las suyas. En lo que se ve perfecta identidad es en los caracteres de Céspedes y de su hermana (llamada aquí también D.<sup>a</sup> María) y en las valentías y alardes de fuerza que se les atribuyen:

Hombre que se alza con diez  
En la espalda y en los brazos,  
Y para hacellos pedazos  
Es racional almirez:

.....

Hombre que, si está mohino,  
Sin rendirse á humanas leyes,  
Detiene un carro de bueyes  
Y una rueda de molino.

.....

Éste es Céspedes; y advierte  
Que, desmintiendo su ser,  
Es su hermana una mujer  
Tan varonil y tan fuerte,

Que viniendo un carretero  
De la Mancha á este lugar  
Con Céspedes á tirar  
La barra, muy forastero,  
Sin el valor de los dos,  
Y muy en lo presumido,  
Sansón manchego, curtido,  
De aquellos de «Cristo es Dios»,

Estando su hermano ausente,  
Tiró á la barra con él,  
Y le ganó al moscatel  
Carreterazo valiente,

(Venciendo al gigante griego  
En el ademán bizarro),  
Cuanto llevaba en el carro,  
Y el carro y las mulas luego:  
Ésta es ella y éste es él.

Cito estos versos porque en ellos hay evidentes reminiscencias, y aun puede decirse que una especie de resumen, de las primeras escenas de la comedia de Lope. Y no pára en esto la semejanza, pues también la hay en la pendencia de Céspedes, que aquí es con el pretendiente de su hermana, y en la resistencia de D.<sup>a</sup> María á la entrada del Corregidor (que aquí es Gobernador) en su casa, y, finalmente, á las andanzas de la valerosa doncella disfrazada de soldado.

Pero el teatro de las hazañas de Céspedes no es aquí Alemania, sino los Países Bajos, y aun caprichosamente se altera la cronología de ellas, poniéndolas, no en tiempo del Emperador, al cual las más famosas pertenecen, sino en el de Felipe II. Por lo demás, la comedia es interesante, amena y bien parlada, como lo son en general las de su autor, que fué quizá el más excelente de los dramáticos de segundo orden, llegando á imitar con tal perfección el estilo de Lope de Vega, que muchas veces se confunde con él.

Lo más curioso que esta pieza contiene es la pelea que Céspedes tuvo en una venta de la Mancha con un muerto; escena menos terrorífica que la de *El soldado Pindaro*, pero de buen efecto cómico-fantástico. Se notará, además, que el humorístico monólogo de Céspedes tiene cierto parentesco ó aire de familia con el de D. César de Bazán en el *Ruy Blas*, de Víctor Hugo.

La comedia de Luis Vélez termina, como la de Lope, anunciando una segunda parte, que probablemente no llegó á escribirse. Tampoco alcanza hasta la muerte del héroe otro *Hércules de Ocaña*, compuesto por D. Juan Bautista Diamante é inserto en el segundo tomo de sus *Comedias* (Madrid, 1670). Diamante, que en la mayor parte de sus obras no fué más que un remendón literario, zurció ésta con retazos de Lope y de Vélez de Guevara, puestos en su ampuloso y gongorino estilo, del cual es buena muestra el tremendo romanzón en que el héroe narra su vida:

Yo, invictísimo Monarca,  
Cuyo dilatado imperio....

De Guevara tomó el incidente del muerto, echándole á perder con la ridícula intervención del gracioso. Pero en lo principal de la comedia sigue á Lope con bastante servilismo, y termina, como él, con la batalla del Albis y la prisión del Elector de Sajonia.

Sobre este asunto histórico hay en el mismo tomo descubierto por Schaeffer una rara comedia, *La victoria del Albis por Carlos V*, atribuida allí á Juan de Villegas, con nota de que *la representó él mismo*; pero en un manuscrito de la Biblioteca Nacional, procedente de la de Durán, consta como de tres ingenios, cuyos nombres no se expresan. Es pieza de corto mérito y que no convida á más indagación.

## VII.—EL ALDEGÜELA.

El manuscrito de la Biblioteca Nacional que nos ha servido de texto, dice al fin: «Acabóse en 6 de Mayo de 1623 años. Trasládola Martin Navarro, en Toledo, el mismo dia, mes y año.» Imprimióse mutilada é incorrecta en la Parte 42 de *Comedias nuevas* (1676), con el título de *El Hijo de la molinera*, atribuida á D. Francisco de Villegas. Corre también en ediciones sueltas con el nombre de Lope, su autor verdadero, y este otro título: *Más mal hay en la Aldegüela de lo que se suena*.

Esta comedia es histórica por referirse al gran Duque de Alba y á su hijo natural el Gran Prior de Castilla, D. Fernando de Toledo, y terminar con el episodio del sitio y toma de Mons en 1572; pero la historia está tratada con caprichosa libertad, cambiando hasta el nombre del Duque y llamándole D. Fadrique, sin duda por evitar la repetición del nombre de Fernando.

¿Es de pura invención el fondo de esta comedia? Los biógrafos del Duque, á lo menos los que conozco, no dicen el nombre de la madre de D. Fernando. Tómese, por ejemplo, al P. Antonio Osorio, cuya historia, mucho menos conocida de lo que merece, se distingue no sólo por la elegancia de su latinidad, sino por el buen juicio, nada vulgar, y por lo fidedigno de la mayor parte de sus noticias. Cuando llega á hablar por primera vez del D. Fernando, como jefe de la caballería española, italiana y albanesa, que su padre llevó á Flandes, se limita á decir que era hijo del Duque de Alba y de una querida suya (*à Duce ex amasia genitus*) (1). No es más explícito cuando traza una especie de paralelo entre el Prior y su hermano D. Fadrique, diciendo de ellos que, aunque la suerte los hizo desiguales en el nacimiento, el Duque de Alba, como severo artifice, enmendó los defectos de la naturaleza y los hizo iguales en el valor (2). Infíere, pues, que este biógrafo, bastante tardío, pero muy bien informado, como pariente y familiar que era de la casa de Alba, ó no supo el nombre de la madre de D. Fernando, ó no quiso por buenas razones revelarle. La luz que no nos da Osorio, menos hay que buscarla en los contemporáneos del Duque. Don Bernardino de Mendoza, en sus excelentes *Comentarios de las guerras de los Países Bajos* (1592), ni siquiera alude á la ilegitimidad del Prior. «Con la batalla iba D. Hernando Alvarez de Toledo, prior de San Juan, hijo del Duque, general de la caballería.» (Libro II, cap. II.)

El sospechoso silencio de historiadores y genealogistas deja inferir, dadas las ideas de aquellos tiempos, que la madre de D. Fernando sería de humilde origen, como en esta comedia de Lope de Vega aparece. Por grandes que fuesen los

(1) *Equites Hispani, et Itali, cum Epirotis ibant mille ducenti. His præerat Ferdinandus Toletanus à Duce ex amasia genitus.*

(2) *Ferdinandi Toletani Albæ Ducis vita, et res gestæ. Authore P. Antonio Ossorio, Astorgiensi, Societatis Iesv. Salmanticæ: apud Melchiorum Estuæz. Anno 1669. Tomo II, pág. 236.)*

Es libro raro á pesar de su fecha relativamente moderna. El P. Osorio, que era hijo de los Marqueses de Astorga, tuvo acceso franco á los archivos de la casa de Alba antes que este tesoro hubiese sido mermado por los varios incendios y sustracciones de que se da razón en la muy discreta advertencia con que la actual Duquesa, insigne cultivadora de los estudios históricos, encabezó en 1891 la primera de sus espléndidas publicaciones de *Documentos escogidos* de aquel Archivo.

(2) *Equitibus Ferdinandus Toletanus; peditibus Cauriæ Marchio Federicus Calatrava magnus Commendator, Albani filius natu maximus præsidebat.... Ambo insignes animis, obsequii laudibus unum intuebantur, per labores suos, sanguinem et dispendia vitæ, magni patris gloriam et sanctitatem augere. Eos sors nascendi inæquales in lucem protulit: sed Albanus nature errorem, sævus artifex corrigens, pares virtute formavit.* Tomo II, pág. 319.



ensanches de la licencia poética en nuestros dramaturgos, no suelen llegar hasta el extremo de falsear la historia por completo, y mucho menos la historia contemporánea. Recuérdese que el Gran Prior de Castilla vivió hasta 1593, y es muy verisímil que Lope, doméstico de la casa de Alba, le tratase y conociese. Bastante atrevimiento fué sacarle á las tablas, y en una comedia de esta especie: pero ¿cabe en lo posible que, sin fundamento alguno, veinte años no más después de la muerte de tan alto personaje, se representase en los teatros la historia de los amores de su madre, desfigurada de tan extraña manera? Adviértase que hay en la comedia circunstancias muy precisas: que la acción se localiza entre la Aldeguela (1), Santiago del Collado y Piedrahita; que no faltan en esta obra rastros de poesía popular, y que toda ella está fundada sobre un proverbio, «*más mal hay en el Aldeguela de lo que se sueña*», que continuamente repiten los personajes á guisa de estribillo, y que puede tener un valor histórico y haber sido inventado con ocasión de este suceso.

El primer acto de la comedia es de todo punto excelente. Pertenecen al género villanesco, en que Lope trinnaba siempre. Los personajes hablan y obran con la inmoralidad más candorosa, como si vivieran en pleno naturalismo antiguo; pero cierta ingenuidad de sentimiento, unida al ambiente campesino de la obra, hace tolerables las escenas más libres. La serrana cede demasiado pronto para lo que el teatro moderno exigiría, pero téngase en cuenta la calidad del galán, la humildísima suya, el tiempo y lugar de la escena, la moral harto laxa del poeta, de los espectadores y de su siglo (2). Así y todo, cede por amor, no por interés; rechaza al principio los presentes del Duque, aunque los acepte después de su falta; está verdadera y profundamente enamorada del hombre á quien se entrega, no tanto por su alcurnia como por su juventud, por su gallardía, por sus bizarras condiciones personales:

No imagine, señor Duque,  
Que soy yo de las doncellas  
Que (vergonzoso es decirlo)  
Se rinden á las promesas;  
Yo soy honrada, y estimo  
Más mi honor que las riquezas.  
Confieso que me agradáis,  
Que melindres son de necias;  
Pero cuando considero  
Mi humildad y mi bajeza.

---

(1) Hay muchos lugares de este nombre en España, pero la Aldehuela donde pasa la acción de la comedia es la que pertenece al partido judicial de Barco de Ávila, situada entre el puerto de Santiago del Collado y la Sierra de Gredos.

(2) Alguna salvedad hay, sin embargo, pero muy de pasada. Nótese ésta del primer acto

Que aunque son villanos éstos,  
Los señores deshonestos  
Hacen traidores vasallos.

Conozco que es imposible  
Que nuestro amor largo sea.  
Vos os iréis á la corte,  
Donde al punto se divierta  
La memoria, y yo me quede  
Para burla de mi tierra.....

DUQUE.

El mucho amor que te tengo  
Anima tu resistencia;  
Que amor, dueño de imposibles,  
Fáciles cosas desprecia.  
¡Por la cruz de aquesta espada  
Y por la vida del César  
Carlos quinto, por quien soy,  
Que hasta la muerte te quiera!

MARÍA.

Palabras de enamorado  
Andan por el aire en pena.

.....

DUQUE.

Esta cadena y diamantes  
Toma.

MARÍA.

¡Qué gentil afrenta!  
¿No fío en vuestras palabras  
Y he de fiar en las prendas?  
De una cosa os aseguro  
Por esa cruz: que os quisiera  
Por vos, no por interés.

DUQUE.

Más me obligáis.

MARÍA.

Esto crea.  
Guardad las joyas, y adiós;  
Que para la vez primera  
No está malo.

DUQUE.

En sólo un día  
Que tardes, mi muerte llega;  
Fía de mí.

MARÍA.

¿Todavía?  
Mire que es cruel la siesta;  
Quítese del sol.

DUQUE.

El tuyo  
Me abrasa más y más quema;

Pero entremos á la sombra.

MARÍA.

¿Dónde?

DUQUE.

Al molino me lleva.

MARÍA.

¿Seréis cortesano?

DUQUE.

Sí;

Que mi amor no admite fuerza.

MARÍA.

Pues entrad; medrosa voy.

DUQUE.

¿Quiéresme bien?

MARÍA.

¡Tan apriesa!

DUQUE.

En amor no hay dilación.

MARÍA.

¿No es forzoso que le quiera

Por mi señor?

DUQUE.

¿Y no más?

MARÍA.

El callar doy por respuesta

Quien el fuego mete en casa,

Mucho hará si no se quema.....

La resbaladiza situación que aquí presenta Lope es la misma que sirvió de fondo principal á las antiguas serranillas provenzales, francesas, gallegas y castellanas, cuyo último y más delicado tipo son las del Marqués de Santillana y Juan del Encina. Lope, que tantas veces se inspiró en ellas, remeda aquí no solamente el color general, sino el movimiento lírico, esmaltando estas escenas con gran número de cantarcillos:

Molinera hermosa y bella,  
Ya ha salido el sol sin vos;  
Pero no me ayude Dios  
Si no me parece estrella.....

. . . . .

Linda molinera,  
Moler os vi yo,  
Y era la harina  
Carbón junto á vos.....

. . . . .

Parecéis molinero, amor,  
Y sois moledor.....

Salteáronme los ojos  
De la mozuela:  
Díles más que pedían.  
¿De qué se quejan?  
.....  
Serranas del Aldeguila,  
Las mañanicas de Abril  
Al valle salen alegres,  
Porque se empieza á reir.  
Cuál hace verdes guirnaldas  
De trébol y toronjil,  
Y cuál coge maravillas,  
Cárdeno lirio y jazmín.  
Los zagales que las siguen  
Por el natural jardín,  
Dulces canciones le cantan,  
Y dicen, bailando, así:  
Flores cogen las zagalejas, mas ¿para qué?  
Que ni lucen ni huelen ni tienen color,  
Con mejillas y boca de grana y clavel.....

Como tan lindo como el primer acto es el segundo, que comprende las mocedades de D. Fernando, criado rústicamente, como quien pasa por hijo de un labrador, pero dando continnos indicios de sus inclinaciones caballerescas, de su arrogante brio y de su condición altanera y mal sufrida. Lope gustaba mucho de estas heroicas infancias, y las ha descrito en el *Ciro* de *Contra valor no hay desdicha*, en *El Hijo de Reduán*, en *Los Benavides*, en *Los Prados de León* y en otras muchas comedias (1). Sobre el valeroso mancebo vela la protección de su glorioso padre, que, al verle postrar un toro de una cuchillada en las fiestas del Barco de Avila, le entre-

---

(1) De las mocedades de D. Juan de Austria se contaban anécdotas muy parecidas á las que en esta comedia se aplican á D. Fernando de Toledo. Algunas de estas tradiciones consigna Baltasar Porreño en su *Historia*, recientemente publicada por el Sr. Rodríguez Villa:

Viendo Luis Quijada el valor de D. Juan, y lo mucho que se esperaba de su persona, le dió licencia que se cubriese delante de él y que ciñese espada, más por galantería que por pedirlo su edad, que era tierna. *La primera vez que echó mano á ella, fué en una fiesta de toros*, en que embistió con el andamio en que él estaba un toro bravo y feroz, tan porfiado en hacer presa por aquella parte, que toda la gente del andamio desamparó el puesto, quedando solo D. Juan, con su espada en la mano, haciendo resistencia al feroz animal, que pretendía derramar sangre real y austriaca. Don Juan se le opuso con tanto valor y destreza, que el animal tuvo por bien enfrenar el paso y escarbar con los pies. Escarbando y levantando mucho polvo entre los dos competidores, y bajando y levantando la cabeza apriesa, puso treguas á la contienda, quedando D. Juan vencedor y volviendo el animal atrás á quien le hiciese menor resistencia. Las damas del ventanaje le cantaron la gala, y todo el concurso alabó el ánimo y osadía de este mancebo, que, sin pelo de barba, se las había tenido tiesas á una fiera bestia, deseosa

ga su anillo y le hace entrar en la servidumbre de la Duquesa, aunque el arriscado mozo más bien quisiera seguir al Duque en la expedición de Flandes. El oficio de camarero era el que menos podía cuadrar á su feroz osadía y temerario arrojo, de que bien pronto da muestras atropellando á un alcalde, poniendo en dispersión á una turba de ministriles y escalando la cárcel para sacar de ella á un amigo suyo que padece persecución por la justicia. Oféndese mucho la Duquesa de tan insolentes desmanes, y se entabla entre los dos este primoroso diálogo:

Labrador del Aldegüela,  
Según vuestra condición,  
Vos nacisteis para duque,  
Que no para labrador.  
¿Aprendisteis en el campo  
Donde os abrasaba el sol,  
Gravedades semejantes,  
Arrogancia y presunción?  
¿Quién os ha dado las alas?  
Si acaso el Duque os las dió,  
Yo os las cortaré, Fernando,  
Sin que os valga su favor.  
De vuestro linaje humilde  
Muy bien informada estoy:  
Hijo de la molinera,  
Que en un arroyo nació,  
Y de un grosero villano,  
Del Aldegüela pastor,  
¿Es esto atar los novillos  
Á la coyunda feroz?  
¿Los ministros de justicia,

de verter sangre humana, y daban el parabien á Luis Quijada del valor que, en traje humilde, descubría éste su encomendado, juzgando que debajo de aquel sayal hay al.»

(*Historia del Serenísimo Señor D. Juan de Austria..... por el Licenciado Baltasar Porreño..... Publicala la Sociedad de Bibliófilos Españoles.* Madrid, 1899; págs. 17-18.)

El P. Famiano Strada recoge tradiciones análogas, y hace notar su semejanza con las que Herodoto refiere de la infancia de Ciro:

«Juntábase con los otros niños de su edad, pero siempre le distinguía entre ellos no sé qué carácter de excelencia que le hacía parecer el primero de todos. Diríase que era como un Ciro entre los zagales. Entraba con ellos en la lucha, en la carrera, en tirar la barra, y cualquiera otro de sus juegos, pero no más que en cuanto le parecía estar seguro de la victoria; y por eso se daba con más gusto al estudio de andar á caballo, porque en él sin competencia se aventajaba á todos. Su primer cuidado por las mañanas era montar á caballo, guiar una tropa de muchachos, quebrar lanzas hasta hacerles piezas, ó correr la sortija.»

(*Primera Década de las Guerras de Flandes..... escrita en latín por el R. P. Famiano Estrada, de la Compañía de Jesús, y traducida en romance por el R. P. Melchor de Novar.....* Amberes, Verdussen, 1701; pág. 549.)

Por tan liviana ocasión,  
 Maltratáis de esa manera,  
 Sin respeto ni temor?  
 Agradézcaselo al Duque,  
 Que más castigo no os doy  
 Por ser la postrera cosa  
 Que al partirse me pidió.

FERNANDO.

Bien puede Vuestra Excelencia,  
 Con licencia de señor  
 Y de mujer, ofenderme,  
 Mas otro ninguno, no.  
 No recibo por afrenta  
 Que me hayáis dicho quién soy;  
 Yo he de empezar mi linaje  
 Como alguno le acabó.  
 De una cosa os certifico:  
 Que siento en mi corazón  
 Un no sé qué que me dice  
 Que no es nadie más que yo.  
 El cuchillo de una sierra,  
 Entre aspereza y rigor,  
 Cría tal vez el laurel  
 Que algún César coronó.  
 El campo estéril produce  
 Acaso una hermosa flor;  
 Y así, de un pobre molino  
 Tan noble ramo salió.  
 Para servirle en la guerra  
 Le pedí al Duque favor,  
 No para ser de tapices  
 Hambriento camaleón (1).  
 Si os ofendo en el palacio,  
 Cerca de mi casa estoy;  
 Que ya no es bueno servir  
 Sino solamente á Dios.  
 Amigo mío es el preso,  
 Y es injusta su prisión,  
 Pues tienen tanta disculpa  
 Los yerros que causa amor (2);  
 Y pues que juzga su causa  
 La mentira ó la pasión,  
 Armas habrá que le libren  
 Cuando justicia faltó.

---

(1) ¡Lástima de rasgo de mal gusto en tan bello trozo!

(2) Alusión al viejo romance de *El conde Claros*.

Fugitivo de España por el allanamiento de la cárcel, llega Fernando, en la jornada tercera, al campamento de su padre, delante de Mons, en Hainault. Claro es que la historia está aquí infantilmente desfigurada en cuanto á las relaciones de padre é hijo; pero en los pormenores del memorable cerco hay la exactitud habitual en Lope, como puede verse leyendo el clásico relato de D. Bernardino de Mendoza (1). Por lo demás, esta parte de la comedia vale muy poco, y está escrita con notable desaliño. La figura del Duque no aparece con la conveniente grandeza, ni en la escena en que vela el sueño de su hijo, ni siquiera en el acto solemne del reconocimiento, situaciones una y otra muy bien imaginadas, pero echadas á perder por lo atropellado de la ejecución.

Con el nombre del Dr. Remón (Fr. Alonso Ramón, de la Orden de la Merced) anda en ediciones sueltas una comedia titulada *El sitio de Mons por el Duque de Alba*.

### VIII.—EL VALOR DE MALTA.

Comedia inédita hasta ahora, de la cual se hallan dos manuscritos en la Biblioteca Nacional, uno de letra del siglo xvii, procedente de la colección de D. Agustín Durán, y otro de letra moderna. Lord Holland poseía otra copia, según consta en el catálogo de Chorley.

Sólo por respeto, quizá excesivo, al testimonio de estos manuscritos, he publicado á nombre de Lope de Vega esta comedia, que me parece enteramente indigna de él por su falta de todo valor poético. Si primitivamente fué suya, debió de ser refundida y estropeada por algún ignorante, pues tiene hasta vulgarismos y groseras incorrecciones gramaticales, en que Lope no incurrió jamás. No me detendré á examinarla, porque no lo merece. Sólo algún trozo descriptivo, como el romance (de la jornada segunda) en que se narra el asalto de Santelmo, puede leerse sin enfado. Lo restante es un fárrago confuso de gritos y cintarazos, revistas militares y descargas de artillería; un bautizo en escena, martirios y apariciones milagrosas: todo el aparato, en suma, de este género de comedias de moros y cristianos, pero aquí presentado con más tosquedad que en muchas otras.

Pocos hechos tan heroicos registra la historia militar como la defensa que los caballeros de San Juan hicieron de su isla de Malta en 1565, á las órdenes del Gran Maestre Juan de la Valette, resistiendo cuatro meses de trinchera abierta, en que

---

(1) Con arreglo á él deben corregirse algunos nombres estropeados, que no pueden atribuirse á Lope, sino al poco esmerado copista de su comedia. Así, *Janepe* por *Jemape*, *Espinlic* por *Espinlieu*, *Beta* y *Mont* por *Bertaymont*, y algún otro.

(Vid. *Comentarios de D. Bernardino de Mendoza, de lo sucedido en las Guerras de los Paysses Baxos desde el año de 1567 hasta el de 1577*. Madrid, por Pedro Madrigal, 1592. Libros vi y vii, passim.)

el ejército turco, sitiador, perdió 30.000 hombres, y 9.000 los cristianos defensores. Empresa de eterna memoria para toda la Cristiandad, pero muy particularmente para España, no sólo porque entre los 242 caballeros de la Orden que sucumbieron en defensa de aquel baluarte sagrado había 61 españoles, número escasamente inferior al de italianos y al de franceses (aun contando las tres *lenguas* de Provenza, Francia y Auvernia), sino por el esfuerzo decisivo con que el Virrey de Sicilia don García de Toledo socorrió y salvó la isla, derrotando á los turcos y haciéndoles levantar el cerco; primer quebranto del poder naval otomano y presagio feliz del gran día de Lepanto.

Á la grandeza del acontecimiento corresponde la literatura histórica dedicada á él, que es muy numerosa, tanto en España como en Italia y Francia, y ha recibido modernamente muy valiosos aumentos, sobre todo después de publicada en los *Documentos inéditos para la historia de España* (tomos xxix y xxx) la correspondencia de Felipe II con D. García de Toledo sobre sus empresas navales. Fueron entre nosotros primitivos historiadores del cerco de Malta, Francisco Balbi de Correggio, que asistió como soldado á todo el sitio é hizo *Verdadera relación* de cuanto en él aconteció (1567) (1), y el capitán Pedro de Salazar, que en su *Hispania Victrix*, donde tejó la historia de todas las guerras marítimas de su tiempo, desde 1546 á 1565, concede el espacio mayor á la jornada de Malta, como su importancia exigía (2). No cumple á mi propósito enumerar las relaciones extranje-  
ras, entre las cuales ha merecido preferencia siempre la del italiano Jacobo Bosio (*Istoria della sacra religione di San Giovanni Gierosolimitano*, 1594), fuente capital del ameno relato del abate Vertot en su *Historia de los Caballeros de Malta*, tan leída en el siglo pasado, y del elegante compendio de nuestro D. José Calderón de la Barca (*Gloriosa defensa de Malta*), publicado en 1796. W. Prescott, en su *Historia de Felipe II* (1856), no terminada, por desgracia, pero que en la parte que comprende continúa siendo la mejor que se ha escrito de aquel reinado, tomó por guía principal, en los cuatro extensos capítulos que á esta materia

(1) *La verdadera relacion de todo lo que este año de M. D. LXV ha sucedido en la Isla de Malta, donde antes que la armada del gran turco Soliman llegase sobre ella, hasta la llegada del socorro postrero del poderossísimo y catholico Rey de España don Phelipe nuestro señor, segundo deste nombre. Recogida por Francisco Balbi de Correggio, en todo el sitio soldado..... Alcalá de Henares, en casa de Juan de Villanueva, Impressor de libros..... Año de 1567.—La verdadera relacion &..... en esta segunda impresiou, por el mismo autor revista, emendada y ampliada..... Barcelona, en casa de Pedro Reigner, 1568.*

(2) *Hispania Victrix. Historia en la qual se cuenta muchas guerras succedidas entre Christianos y infieles assi en mar como en tierra desde el año de mil y quinientos y quarenta y seys hasta el de sessenta y cinco. Con las guerras acontecidas en la Berberia entre los reyes de Marruecos, Fez y Velez. Compuesta por Pedro de Salazar..... vezino de la muy noble villa de Madrid..... Impressa con licencia en Medina del Campo por Vicente de Millis. Año de M. D. LXX (1570).—Folio.*

Los 15 últimos capítulos de este raro volumen se refieren á Malta.



consagra, el libro de Balbi de Correggio, sin dar muestras de conocer el de Salazar (1), al paso que éste ha servido de base al agradable y pintoresco relato del vice-almirante Jurien de la Gravière, benemérito vulgarizador de las antiguas crónicas navales (2).

Ora en las ingenuas páginas de los narradores antiguos, ora en las artísticas exposiciones de los modernos, se siente mejor la impresión épica de aquella sublime y desesperada defensa, que en los versos rastreros y prosaicos con que ingenios de mejor voluntad que numen aspiraron á eternizarlos. Ya el capitán Pedro de Salazar, que en dotes literarias no rayó tan alto como su donosísimo hijo, puso al fin de la *Hispania Vixtrix* ciertas diabólicas estancias «en loor de los famosos caballeros de la Religión, y soldados que murieron peleando contra los turcos y defendiendo la fe de Iesuchristo en el fuerte de Malta Sant Elmo el año de 1565.» No vale mucho más un pedestre *Romance de la venida del Turco sobre Malta*, que incluyó Juan de Timoneda en su *Rosa Real* (1573) y fué reproducido luego en otras colecciones (número 1.184 de Durán), el cual es, como casi todos los romances históricos de decadencia, una pura gaceta rimada sin rastro ni vislumbre de inspiración.

Son obras de mayor entidad, á lo menos por el bulto, los dos largos poemas de Hipólito Sans y de D. Diego de Santisteban Osorio, publicados, respectivamente, en 1582 y 1599, obras una y otra de muy fastidiosa lectura, aunque buscadas de los bibliófilos por su rareza. *La Maltea*, de Hipólito Sans (3), tiene además el mé-

---

(1) *History of the reign of Philip the Second king of Spain*, by William H. Prescott. London, Routledge, 1856. Tomo II, págs. 200-261.

(2) *Les Chevaliers de Malte et la Marine de Philippe II par le vice-amiral Jurien de la Gravière*. París, Plon, 1887. Dos volúmenes.

(3) *La Maltea. En que se trata la famosa defensa de la Religión de Sant Joan, en la isla de Malta. Compuesta en octava rima por Hippolyto Sans, Cavallero natural de la Ciudad de Xatíua. Dirigida a la S. C. R. M. del inuictissimo y poderossísimo Rey Don Philippe nuestro señor. Impressa con licencia en Valencia. Se imprimio en casa de Ioan Nauarro. Año 1582.*—8.º Cuatro hojas preliminares y 172 foliadas, repitiéndose al reverso de la última las señas de la impresión.—Encabezaron este libro con sonetos laudatorios D. Hieronymo Sans, probablemente deudo del autor, y Miguel Hieronymo de Armingol.

Por ser tan raro el libro y de alguna curiosidad histórica, no creo inútil dar á conocer los argumentos de cada uno de los cantos:

«Canto primero, como determinado el Turco de emprender la guerra, salió la armada de Constantinopla: y de la muestra de los Turcos: y como se aparejó el gran Maestre para esperarle.

»Canto segundo, del numero de los Soldados que entonces estauan en Malta, y de la venida de los Turcos sobre ella, y de algunas escaramuzas que hubo.

»Canto tercero, como se ivntaron los Turcos en consejo sobre cuál batirian primero: y como por la discordia de Píaly se començó á batir sant Elmo: y de la pérdida del rebellino.

»Canto quarto, el qual contiene cómo se acabó la puente: y cierta carta que los de sant Elmo enviaron al Gran Maestre y sobre la ida allá de unos caballeros: y prosiguen los asaltos.

rito de ser una relación escrita por quien fué, no sólo testigo, sino actor, en las hazañas que narra, puesto que su autor, caballero natural de Játiba, militó honrosamente en la defensa de la isla. Si hubiera escrito en prosa su diario, como Balbi de Correggio, le hubiera igualado en la puntualidad y vencido en la pureza del lenguaje, que Balbi, como italiano que era, escribía con mucha incorrección. Pero falto Sans de toda condición poética, y sumamente inhábil en el manejo de la octava real, no acierta á dar animación á su desmayado cuento, y á no ser por el interés histórico, nadie podría llegar hasta el término de aquellos doce tan áridos y prolivos cantos.

Todavía infunden más hastio, aunque prueban más ingenio en su autor, la *Primera y segunda parte de las guerras de Malta y toma de Rodas* (1), poema de do-

Canto quinto, en que se prosiguen los asaltos, y Dargut cerró el paso de socorro, y en eso fue herido de cierta piedra: y una escaramuza que tuvieron los caballos, y otros agradables successos.

»Canto sexto, en que prosiguiendo el cerco, se cuenta como en Sicilia se embarcó Melchior de Robles para socorrerlos: y la fundacion desta Religion, y el modo de elegir gran Maestre, y como fue ganado sant Elmo de los Turcos.

»Canto septimo, como Mostafan puso el sitio al Burgo: y la llegada de Robles: y del assalto primero que se les dió, que fue por mar y por tierra.

»Canto octavo, que contiene el mucho aprieto en que Mostafan puso al Burgo y a sant Miguel: y ciertas invenciones de guerra que hizo para ganarlos, y algunos asaltos que dió.

»Canto nono: del cruel asalto que al Burgo y a sant Miguel se dió: y de una emboscada que á los de caballo se hizo: y dos asaltos que en un día dieron a sant Miguel: y de la muerte de Robles.

»Canto decimo: como por haberse detenido Mostafan con los Jannizaros, el mismo arremetio en otro asalto, y el successo deste: y de otros que intentó: y como los Turcos vinieron a rendirse, por no haber entre ellos quien pelease.

»Canto undecimo, que trata como viendo Mostafan que no podia ya animar sus Turcos, determinó volverse. Y cómo don Garcia de Toledo vino con su armada a dar el socorro, y desembarco en Malta.

»Canto duodecimo, como supo Mostafan que los Christianos estaban en tierra: y viniendo a batalla, fue rompido, y mucha de su gente muerta, y él a penas escapó; y como don Garcia se vió con el Gran Maestre: y el fin de la jornada.»

(1) *Primera y segunda parte de las guerras de Malta y toma de Rodas. Por Don Diego de Santisteban Osorio. Dirigida a Don Antonio de Toledo, Gentilhombre del Rey nuestro señor, y su Çaçador mayor &c. Con Privilegio. En Madrid. En la imprenta del Lic. Varez de Castro. Año MDXCIX (1599).—8.º Ocho hojas sin foliar, 297 foliadas, y tres más de tabla.—En el privilegio consta que el autor era hijo de Damián de Santisteban Villegas, vecino de León. Hay versos laudatorios de D. Antonio de la Peña, del Dr. Agustín de Texeda (sic, por Texada) Páez, de D. Cristóbal de Bilbao y Vedia, y de D.ª Victoria Osorio.*

»Parte primera:

»Canto Primero. Donde se pone el assiento y descripcion de la Isla de Malta, y las causas que movieron al Turco Soliman a passar con su gente contra los caballeros de S. Joan, y el razonamiento que les hizo.

ble volumen que el anterior, compuesto á los veintidós años de su edad por el leonés D. Diego de Santisteban Osorio, que, con ser tan jovencito, no hacía entonces

»Canto Segundo. Habla el turco Briacán en Consejo de guerra, y pone entre los Baxanes algunas diferencias. Cuéntanse las palabras que tuvo con el Agá sobre el caso. Haze muestra general de su gente.

»Canto Tercero. Saben en Malta cómo viene el Turco á cercarla. Haze el Maestre fortalecerla. Manda juntar á Consejo de guerra, parece la armada, y toma tierra en la Isla.

»Canto Cuarto. Ponen los Turcos cerco sobre Malta, entran en consejo de guerra para determinar en él algunas cosas, tienen los Generales ciertas palabras y diferencias, combaten el fuerte de Santelmo.

»Canto Quinto. Sale Ambroz con una escolta a correr la tierra, halla á Zorayda, la qual en breves palabras le cuenta el processo de sus amores. Dase otro asalto al fuerte de San Elmo. Dízese el socorro que para Malta apercibe en Sicilia D. Garcia de Toledo.

»Canto Sexto. Prosiguese el assalto: señalase el Capitan Miranda valerosamente. Muere Zulman en la primera arremetida, y con él otros turcos sus amigos. Entran en San Elmo los bárbaros: muere el capitan Miranda.

»Canto Sétimo. Cuenta Ambroz en el cuerpo de guardia á Isen la historia de sus amores y enemistad con Mustafá: descúbrelle al General: dízele el buen aviso y discrecion que hubo el Turco sobre el caso. Manda Mustafá degollar los cautivos christianos: tiene ciertas palabras con él sobre ello Pialy Baxan: ponense quatro cabeças señaladas, sobre la muralla de San Elmo.

»Canto Octavo. Haze el gran Maestre de S. Ioan un razonamiento á su gente sobre la venganza de los amigos muertos: ofrézense los Caballeros Comendadores de tomarla en los bárbaros. Halla Zulema á Tarifa sobre un concierto que hazen: arremete la dama á la muralla; dale libertad á su marido Tarfe.

»Canto Nono. Celebran los Turcos la fiesta de San Ioan Bautista. Hay entre ellos muchas pruebas y diferencias. Señálanse algunos en ellos valerosamente.

»Canto Décimo. Dan un rebato de noche á los Turcos los Caballeros de la Religion. Entra en Malta el socorro de Sicilia, por medio de una niebla que sobrevino milagrosamente. Dan otro asalto á Malta los enemigos. Cuéntanse las palabras que pasaron antes Don Diego de Quiñones y Doña Juana de Luna.

»Canto Undécimo. Arrójase don Diego de Quiñones de la muralla con Zelin y Briazan, que querian entrar en la ciudad. Haze gallarda muestra de su persona. Préndele el General. Acábase el assalto. Llevan los de Malta la vitoria. Habla Paulo de Aula con un turco desde las trincheas.

»Canto Duodécimo. Cogen los Turcos un Maltés que iba á Sicilia de parte del Gran Maestre: danle tormento porque declare y muestre los despachos que lleva: cuéntase su obstinacion y pertinacia, y la honrada muerte que tuvo.

»*Segunda parte:*

»Canto Primero. El turco Reduan yendo una noche á Santelmo, da en una emboscada de españoles, donde despues de haber peleado valerosamente, le prende Melchor de Robles, á quien cuenta el processo de sus amores.

»Canto Segundo. Entra el Turco en Santelmo: cácase con Guazala: vuelve al campo: paga la libertad que le dió Melchor de Robles: sale Ochali con una escuadra de Genizaros á correr la tierra: halla al capitan Romegas con cincuenta amigos: danse la batalla y piérdese Ochali.

sus primeras armas, pues ya se había estrenado dos años antes (1597), añadiendo una *cuarta y quinta parte* á *La Araucana*, de Ercilla, con el éxito que era de esperar de la temeridad de la empresa. Considerado como versificador, Santisteban Osorio lleva gran ventaja á Hipólito Sans, y aun puede decirse que el exceso de facilidad le daña; pero en cambio su libro no tiene ninguna utilidad como fuente histórica. Está lleno de episodios de pura fantasía, de fábulas caballerescas, servilmente calcadas de otros poemas, y especialmente del *Orlando* de Ariosto, á quien también imita en las introducciones sentenciosas que pone á cada uno de los cantos. No falta el indispensable mágico con la descripción de su gruta, que da pie al autor para introducir episódicamente la historia del cerco de Rodas en la de Malta. Es visible en Osorio el empeño de enaltecer ciertos apellidos leoneses, haciéndoles intervenir en todo. Así, uno de los principales héroes del cerco es un

---

»Canto Tercero. Aliazar desafía á Reduan en consejo de guerra: acepta el desafío: dan otro asalto los Turcos á Malta: pásase uno de Santelmo al Burgo, y declara al Maestre la enemistad de los Generales y el punto en que estaban las cosas de la guerra.

»Canto Cuarto. Dan un rebato los Turcos á unos Malteses, que estaban en unas cuevas, donde fueron descubiertos: acábase con la muerte del Iacbey y de Lybia. Pide Aliazar se cumpla el desafío con Reduan: entran los dos en la estacada, y comienzan su batalla.

»Canto Quinto. Desházese la batalla de Reduan y Aliazar con el rebato de los comendadores: tienen un porfiado encuentro con los Turcos: llega Troya á la playa de Malta: levántanse algunos movimientos: aségúralos Pyali Baxan.

»Canto Sexto. Cuéntase la prueba que los Turcos hicieron: dase otro asalto á Malta: señálanse en él algunos caballeros, resistiendo al enemigo la entrada: muere Melchor de Robles: señálase doña Ioana de Luna en la muralla: dan libertad á don Diego de Quiñones.

»Canto Séptimo. Cuéntase la lealtad de Celinda y Zara, y las palabras que passaron, y cómo hallaron Azarte muerto: mueren por darle vengança: sale Hali Baxan con dozientos amigos á correr la tierra.

»Canto Octavo. Sale Don Diego de Quiñones á correr la isla: halla la estancia del Mago Artidon: házese una breve descripción de las cosas que en ella había.

»Canto Nono. Muestra Artidon en sus conjuros la conquista y toma de Rodas por el Turco Soliman: y cómo entraron los bárbaros enemigos en ella, quebrando los conciertos y condiciones que estaban puestas.

»Canto Décimo. Entran los Turcos en Consejo de guerra: habla el General á los Baxanes: determinaron de enviar á pedir la ciudad al Maestre: hazen embaxador á Zorayde, el cual lleva la embaxada á los caballeros de la Religion.

»Canto Undécimo. Sale la gente de socorro de Sicilia: toma puesto en Malta: llega el Príncipe Andrea Doria: dase la última batalla. Llevan la vitoria los Comendadores: cuéntase la muestra que hizo de su valor doña Ioana de Luna.

»Canto duodécimo: entran los Baxanes en consejo de guerra: determinan de levantar el campo: tienen sobre esto palabra los dos Generales: al fin se embarcan y dan la vuelta para su tierra.

»Canto Décimo Tercio. En este último canto se cuenta cómo Reduan y Aliazar estando heridos entre los muertos se encontraron, y las palabras que tuvieron viendo su campo levantado, y cómo de concierto acabaron su batalla, y la cruel muerte que se dieron. »

D. Diego de Quíñones, de quien nada dice la historia, que el poeta transfigura con el mayor desembarazo á pesar de ser tan reciente. No parece que Santisteban utilizara *La Maltea*, de Sans, ni en el prólogo la cita. En cambio, el autor de la pésima comedia que me ha dado ocasión ó pretexto para estas noticias conoció, según creo, el poema del ingenio leonés: así me lo persuade la coincidencia en ciertos nombres de pura invención, como el de Celinda.

## IX. — LA SANTA LIGA.

El primitivo título de esta comedia, anterior á 1603, fué *La Batalla naval*. Con él se encuentra mencionada en la primera lista de *El Peregrino*, y con él se la designa en los últimos versos de la comedia misma:

Ese estandarte real  
Levantad, gran General,  
Y arrastrad el de Selín;  
Que con esto damos fin  
A *La Batalla naval*.

Acaso Lope cambió el título para evitar confusión con otra comedia de Cervantes sobre el mismo asunto, que no ha llegado á nuestros días.

Ésta de Lope es enteramente histórica, y presenta, por orden casi cronológico, los principales acontecimientos de la guerra de Chipre y de la liga contra el Turco, terminando el primer acto con la declaración de guerra de Selim á los venecianos, y el tercero con una animada y brillante descripción del portentoso combate naval de 7 de Octubre de 1571. No hay fábula dramática de ninguna especie, sino una serie de escenas inconexas. Los dos primeros actos valen muy poco: la aparición de la sombra de Solimán *el Magnífico* á su hijo Selim, lejos de producir el terror y el asombro que en *Los Persas*, de Esquilo, produce la sombra de Darío, de la cual probablemente se acordó Lope, pasa como un incidente vulgar y sin consecuencia. En otro género hay escenas que rayan en lo grotesco, como la del niño cautivo que teme que le vayan á circuncidar:

Sí, señor, porque mi amo  
Me amenaza cada día,  
Que me tiene de cortar  
Cierta cosa en la mezquita.....

Pero la tercera jornada se levanta en gran manera sobre las anteriores, y está animada de espíritu verdaderamente épico, como dice Schack. Las palabras puestas en labios de Juan Andrea Doria, del Marqués de Santa Cruz y del mismo don Juan de Austria, no son indignas de tales héroes. Era problema insoluble, aun para el arrojo de Lope y la libertad omnimoda del escenario casi ideal en que se movía

representar dramáticamente la batalla naval; pero tampoco la substituyó con una narración fría pronunciada por algún mensajero ó faraute, sino con una descripción progresiva que al mismo tiempo es una especie de coro triunfal, puesto en boca de tres figuras alegóricas, España, Roma y Venecia.

La descripción es rápida, pero tiene rasgos muy valientes, y está ejecutada con franqueza y desembarazo, en tono de romance popular:

Las islas Escorzales  
 Va dejando nuestra armada,  
 Y por la boca del golfo  
 De Lepanto alegre pasa:  
 Ya descubrió la enemiga,  
 Ya dos fuertes galeazas  
 Llenas de tiros, se ponen  
 Delante de cada banda;  
 Ya don Juan, puesto en la popa,  
 Un crucifijo levanta,  
 Diciendo: «Famosa gente,  
 Honor de España y de Italia,  
 Éste es el famoso día  
 En que va el honor de entrambas.  
 Por la fe deste Señor  
 Habéis tomado las armas;  
 Ya está cerrado el camino  
 De la vida y de la fama;  
 Poderle hallar no es posible  
 Si no le abris con la espada.»  
 Ya se acerca el enemigo,  
 Las galeazas disparan.  
 —Abriéndose van los turcos.  
 —La novedad los espanta.  
 —¡Qué gran daño recibieron!  
 —¡Qué bien parece la armada!  
 Don Juan la batalla guía,  
 Y de Lomelín y Malta  
 Cierran los dos lados fuertes  
 Las galeras artilladas.  
 ¡Qué bien van por los costados  
 Las de Venecia y el Papa,  
 Cargando con igual son,  
 Del remo las anchas palas!  
 La mar, nuestra armada ilustre  
 Á sobreviento le gana;  
 Pero ya paran las olas,  
 Calla el mar y el viento calma.

—Ya Uchalí, puesto en la popa,  
A los genízaros habla:  
«Ea, soldados, les dice,  
Honor y gloria del Asia,  
Hoy es el dichoso día  
En que habéis de ganar fama  
Que no la acaben los tiempos,  
Que tantas cosas acaban.  
Todas aquestas naciones  
El cielo junta y enlaza  
En una cabeza sola  
Para que podáis cortarla.  
No os espanten las galeras,  
De tiros y hombres preñadas,  
Ni su capitán, mancebo  
De poca experiencia y barba;  
Haced cuenta que es pastor,  
Que como á ovejuelas mansas  
Trae al campo de la muerte  
Toda esta gente engañada.»  
—Ya las armadas se encuentran,  
Ya se embisten, ya se traban,  
De don Juan y el turco Alí  
Las galeras capitanas,  
Furiosos tiros escupen,  
Fieros cañones disparan,  
Humo que los aires ciega,  
Fuego que los hombres mata.  
¡Qué de mástiles y proas  
Desmenuzan y quebrantan  
Los herrados espolones,  
Deshacen y desencajan!  
«¡Santiago, dice don Juan,  
Cierra España, cierra España!»  
—«¡Mahoma!», responde Alí.  
—¡Qué gentil ángel de guarda!  
—Espera, Roma, que llegan  
Seis galeras africanas  
A socorrer la de Alí.  
—¿Qué importa, si las atajan  
Las del Papa y de Venecia?  
—Y la Patrona de España.  
¡Oh, qué furioso á embestirlas  
Viene el Príncipe de Parina!.....  
Ya las galeras se abordan,  
Se juntan, cierran y encajan;  
Ya dejan los arcabuces,

Ya desnudan las espadas;  
Ya paran el son horrendo  
Culebrinas y bombardas,  
Á cuya música fiera  
Cuerpos por el aire danzan.  
—Ya, por saltar en los bordes  
De las galeras contrarias,  
Caen en la mar soldados  
Y con las espadas nadan.  
Quién el pedazo del remo  
Tira, ó de entena quebrada,  
Quién, para tirar el grillo,  
Los forzados desenclava;  
Batayolas, escotillas,  
Barriles, bancos y jarcias,  
Portizas y portanelas  
Rotas, sirven de arrojarlas;  
Alquitrán, pez y resina  
Envuelta en fuego, se clava  
Entre la seca madera,  
Y del agua brotan llamas.  
—Junto al estandarte asiste  
El divino don Juan de Austria,  
Y don Luis de Requesens,  
Peleando en la otra banda;  
El noble Conde de Pliego  
Muestra el valor de su casa,  
Y el Marqués de Santa Cruz  
Su mismo apellido ensalza;  
De través, á la Real  
Socorre á boga arrancada;  
Después, el mar discurriendo,  
Hace famosas hazañas.  
—Ya la cristiana galera  
Aportilla la contraria;  
Ya llega al árbol mayor;  
¿Qué hicieran más en campaña?  
¿Qué hidalgamente pelean  
Los de las cruces de Malta!  
Pero el fiero Rey de Argel  
Su capitana maltrata;  
Mas ya las otras la cobran.  
—¡Oh tragedia desdichada!  
¡Murió el gran don Bernardino (1),  
Pasóle el pecho una bala!

---

(1) De Cárdenas.



—¡Bien Marco Antonio le venga!  
 — Bien Barbarigo batalla!  
 —¡Qué bien don Juan de Cardona  
 Con la nación catalana!  
 —Y ¡qué bien Héctor Espínola  
 Los genoveses alaba!  
 Y ¡cuán diestro Juan de Andrea  
 Rompe, embiste y desbarata!  
 —Huyendo sale Uchalí.  
 —Ya toma puerto en la playa.  
 —Ya el gran don Juan va diciendo:  
 «Ayudadme, Virgen santa».  
 —Ya abaten el estandarte  
 Del Turco, y la cruz levantan.  
 —Vamos á hacer fiesta, amigos;  
 Que ya la victoria cantan.

Siendo tan conocido de todos los españoles, aun en sus minimos pormenores, cuando Lope escribía, el triunfo de Lepanto, no hay para qué suponer que tuviese que consultar de un modo especial ninguna de las cuatro principales relaciones de aquella inmortal jornada, que en nuestra lengua corrian impresas; es á saber: la clásica y sobria de Hernando de Herrera (1), la de Jerónimo Costiol (2), la de Marco Antonio Arroyo (3), y la de Jerónimo Torres y Aguilera (4), más copiosa

---

(1) *Relacion de la guerra de Cípre, y successo de la batalla Naval de Lepanto. Escrito por Fernando de Herrera..... En Sevilla. Por Alonso Picardo, impressor de libros. 1572.—8.º* Lleva al fin el primer texto de la sublime *Canción* de Herrera á Lepanto.

Este libro rarísimo, y tan bien escrito como raro, se halla *reimpreso*, algo inoportunamente, en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. xxi (págs. 242-382), que, á juzgar por su título, parece que debía contener sólo papeles manuscritos.

De esta relación se acuerda particularmente Lope, escribiendo á la Sra. Marcia Leonarda, en su novela *Guzmán el Bravo* (1624): «..... la batalla naval tan escrita de tantos historiadores, tan cantada de poetas, que ni á mí me está bien referirla, ni á vuestra merced escucharla; y aunque para esta ocasion pudiera remitirla al divino Herrera, que lo fué tanto en la prosa como en el verso, me parece que es más acertado que la busque en uno de los tomos de mis Comedias, donde la entenderá con menos cuidado.»

(2) *Primera parte de la Chronica del muy alto y poderoso principe Don Juan de Austria, hijo del Emperador Carlo quinto. De las jornadas contra el gran Turco Selimo II, comenzada en la perdida del Reyno de Cipro: tratando primero la genealogía de la casa Otoman». Copilada por Hieronymo de Costiol. Barcelona. En casa de Claudio Bornat. 1572.—8.º*

(3) *Relacion del progreso de la Armada de la Santa Liga, por Marco Antonio Arroyo. Milan, 1576.—4.º*

(4) *Chronica y Recopilacion de varios successos de guerra que ha acontecido en Italia y partes de Levante y Berbería, desde que el Turco Selim rompio con Venecianos y fue sobre la Isla de Chipre año de M. D. LXX, hasta que se perdio la Goleta y fuerte de Tunes en el de M. D. LXXVIII. Compuesta por Hieronymo de Torres y Aguilera. Zaragoza, por Juan Soler, 1579.—4.º*

que ninguna; ni mucho menos que se hubiese internado en el laberinto de las historias extranjeras, especialmente italianas, cuya bibliografía es tan abundante como impropia de este lugar (1). Pero si atendemos al texto de la comedia, y le cotejamos con la *Uda de San Pro quinto*, de D. Antonio de Fuenmayor (2), escritor nervioso y castizo, á quien Lope estimaba mucho y con razón, apenas quedará duda que este libro, publicado en 1595, fué acaso el único que Lope tuvo sobre la mesa al componer esta comedia, pues muchas veces convierte en versos su varonil y acicalada prosa, siguiéndole especialmente en las arengas, donde, por ser de pura invención tales piezas oratorias, es más fácil confrontar ambos textos. Citaré algo de los discursos que Fuenmayor supone pronunciados por Doria y el Marqués de Santa Cruz en el consejo de guerra de Messina, careándolos con la versificación de Lope:

FUENMAYOR.

«Bien sé. señores, que las diferencias antiguas, heredadas de nuestros mayores entre mi República de Génova y la Veneciana..... han de hacer sospechosa mi plática. Bastante ocasion era esta para dexamme llevar del parecer de otros: mas pues vengo aquí á dezir lo que siento, donde se debe tener la mira atenta á la honra de Dios y de mi Rey, no miraré á la mia. Fundamento inmovible es de grandes Capitanes, y no me falta alguna experiencia, que batalla de poder á poder se ha de dar, ó cuando la necesidad aprieta, ó es la ventaja conocida. Lo demás es temeridad, poner á una vuelta de dado, en poder de la ciega fortuna, más poderosa en la guerra que en otra parte, vidas y señoríos. Aquí tan lexos estamos de ser superiores, que nos aventajan en vasos, que son más, los Turcos: en fuerzas, porque las galeras de Venecia están faltas de gentes y mal sanas: en experiencia, porque nuestros soldados son bisonos, y si hay alguno viejo, es nuevo en este género de batalla por mar: y lo que más es, en gallardía nos aventajan, y ánimos con recientes victorias levantados. Nuestra armada, compuesta de diversas naciones, donde juntaron su poder diversos Principes, está más sujeta á discordias, como cuerpo lleno de humores, que fácilmente se corrompe, y por esso es menos fuerte que la enemiga, donde sola es una nacion y sujeta á un señor..... Si somos vencidos, queda Italia desarmada para despojo del enemigo. Si vencemos, el invierno amenaza tan de cerca, que es sin fruto. Harto será haber tiempo para volvernos á invernar, cuanto y más para usar de la victoria. En el interin tendrá aparejo el Turco de reforzarse, y restaurará la guerra dudosa como al principio. Mi voto es socorrer á Chipre sin

---

(1) En comedias de este género hay que contar además con la tradición oral, muy fresca todavía. El primer protector de Lope, D. Jerónimo Manrique, obispo de Ávila, había sido Virrey General del Papa en la batalla naval. (Véase la dedicatoria de *Pobreza no es vileza*.)

(2) *Vida y hechos de Pio V. Pontifice Romano, dividida en seis libros; con algunos notables sucessos de la Christiandad del tiempo de su Pontificado, por Don Antonio Fuenmayor. Con privilegio. En Madrid, por Luis Sanchez. Año M. D. XCV.*—4.º Págs. 133-138.

afrontarnos al enemigo, usando del remedio de la diversion, fortissimo entre todos, y con molestar las costas de Grecia y de la Morea, forzarle que acuda allá con su poder todo, y dexé en tanto respirar los cercados.»

LOPE DE VEGA.

Bien sé que las diferencias  
Antiguamente pasadas  
Entre Génova y Venecia,  
Sospechosa harán mi habla.....  
Mas, pues la honra de Dios,  
De mi Rey y de mi Patria  
Debo mirar, de la mía  
No quiero deciros nada.  
Fundamento grande ha sido  
De grandes hombres en armas,  
De que ya todos sabéis  
Que experiencia no me falta,  
Que de poder á poder  
Nunca se ha de dar batalla,  
Si no es por necesidad  
Ó conociendo ventaja.  
Temeridad me parece  
Dar á la fortuna varia,  
Más poderosa en la guerra  
Que en cuanto humilla y levanta,  
El dado, que en una vuelta  
Que de azar acaso caiga,  
Las vidas y honras nos quita,  
Que es su desdicha ordinaria.  
Los turcos son superiores,  
Porque en número nos ganan  
Y en fuerzas, porque Venecia  
Trae gente enfermiza y flaca.  
En experiencia también,  
Porque la suya es cursada;  
La nuestra, en el mar bisoña,  
Aunque vieja en la campaña.  
En gallardía nos vencen  
Con las almas levantadas  
De las recientes victorias  
En Chipre, Sopoto y Candia.  
De diferentes naciones  
Se compone nuestra armada.....  
Un cuerpo lleno de humores,  
Presto se corrompe y gasta:  
Allá es sola una nación,

Y sólo un señor la manda.  
 Necesidad de pelea  
 No la tenemos, y basta,  
 Si es un hombre acometido,  
 Que se defienda en su casa.  
 Combatir con dilaciones  
 Es mejor, porque quebranta  
 Más presto las grandes fuerzas  
 El tiempo, que no la espada.  
 Si aquí fuésemos vencidos,  
 Queda desarmada Italia;  
 Si vencemos, el invierno  
 Ya veis que nos amenaza.  
 Harto será que después  
 Para invemar tiempo haya,  
 Y entretanto el enemigo  
 Volverá á tomar las armas.  
 Es mi voto socorrer  
 Á Chipre, sin ver la cara  
 Al enemigo, y después  
 Divertirle en buena traza.  
 Las costas de la Morea  
 Molestad, para que vaya  
 Allá con su poder todo,  
 Sabiendo que las maltratan.  
 Descansarán los cercados,  
 Que ha tanto tiempo que cansa.....

FÜENMAYOR.

Razonamiento de D. Alvaro de Bazán:

«Si miráis, señores, los árboles que hazen ese mar un monte; las gentes que de toda Europa se han juntado; los tributos, que no solo á las ciudades han empobrecido, sino á los ministros de Dios libres; la solicitud que nuestros Principes en unirse han puesto, avergonzareis en pensar que tantos aparatos sean para ningún efecto. Si habíamos de huir del enemigo, no se juntara tan gran máquina, que más ligeros huyéramos mejor..... ¿Acaso no es necesidad defendernos, pues la misma naturaleza nos lo enseña? Dezis que está orgulloso el enemigo por quatro pueblos sin defensa que abrasó. ¿Quién domará su ferocidad cuando vea que las fuerzas de la Christiandad juntas rehusen la batalla? Si el sustentar vuestra honra no es necesidad bastante, temamos perder la reputacion de animosos, parte importantísima en la guerra..... Que somos superiores es llano á quien mirare lo que pocos Christianos han hecho con tan innumerables Turcos en Rodas, en Malta y Sigeto, y que ahora combatimos casi con igual gente. La del enemigo es toda bisoña, que la enfermedad y cerco de Nicosia acabó la vieja el año pasado, y las reliquias asisten en

el assidio de Famagusta..... Cuando fuésemos vencidos..... aun en Flandes quedan exércitos en pie, entretanto peleará por nosotros el invierno..... A nosotros solo el nombre de vencedores nos basta. para que entrando por Grecia, pues hemos de combatir tan cerca de sus costas, reciban el imperio Christiano los Christianos. No libramos á Famagusta con molestar la Morea: pues si hemos de huir de la armada Turquesca, con ella nos echarán de donde estuviéremos, y el campo que está en Chipre, proseguirá su cerco. Mi voto es que peleemos, porque tras el imperio de la mar quitemos al tirano el de la tierra.»

LOPE DE VEGA.

Si miráis, claros señores,  
 La mar vuelta monte ó selva,  
 Con los árboles y jarcias  
 Que desde sus gavias cuelgan;  
 Gentes que aquí se han juntado,  
 Ciudades que pobres quedan  
 De tributos, que aun alcanzan  
 A ministros de la Iglesia;  
 La solicitud que han puesto  
 Los Reyes que nos gobiernan,  
 En confederar la Liga  
 Para tan divina empresa,  
 No es posible que no os cause  
 Despecho, enojo y vergüenza  
 De que tantos aparatos  
 De ningún efecto sean.....  
 Si necesidad obliga,  
 ¿Cuál es mayor que la nuestra?  
 Si el Turco viene orgulloso  
 Porque cuatro pueblos quema,  
 ¿Quién le domará después,  
 Si ve que, juntas las fuerzas  
 De la cristiandad, le huyen  
 Cuando batalla presenta?  
 Cuando el sustentar la honra  
 Necesidad no os parezca,  
 Perder la reputación  
 Es necesidad extrema.....  
 Que al Turco sois superiores  
 Es cierto, como se advierta  
 Lo que han hecho Malta y Rodas  
 Con tan poca soldadesca.  
 Casi igual gente llevamos,  
 Y la del Turco más nueva;  
 Que el cerco de Nicosía  
 Acabó toda la vieja.....

Cuando fuésemos vencidos,  
 No tiene Selín deshecha  
 La virtud de nuestra Liga:  
 Soldados en Flandes quedan.....  
 Si vencemos, sólo el nombre  
 Basta para entrar por Grecia.  
 Y ¿de qué sirve que vamos  
 Á molestar la Morea?  
 Dondequiera, tras nosotros,  
 Irá la armada turquesca.  
 Mi voto es que peleemos,  
 Que se embarque Vuestra Alteza,  
 Que se busque al enemigo,  
 Y que, hallado, se acometa.  
 Esto, señor, un Bazán  
 Con el alma os aconseja;  
 Y por la cruz desta espada,  
 Que como cristiano besa,  
 Que sin pasión ni respeto  
 De otra razón que le mueva,  
 Lo que siente sólo os dice  
 En cargo de su conciencia.

Salvo los 12 últimos versos, añadidos por Lope para completar la apoteosis del Marqués de Santa Cruz, á quien indirectamente viene á atribuirse la preza mayor de la jornada, se ve que el poeta ha ido calcando las palabras del prosista. Aun el pensamiento de la devota á la par que poética escena en que San Pío V, arrodillado ante el crucifijo, ve, en revelación, el mar cuajado de velas, y presencia el trance de la batalla, tiene su origen en este portentoso caso que refiere Fuenmayor: «No quiso Dios tener suspenso á su santo mucho tiempo, esperando á que perezosos correos le truxessen la nueva, y con embaxada suya le avisó al instante. El día de la vitoria, que fue á 7 de Octubre de 71, se paseaba con el thesorero, y súbitamente se apartó dél: abrió una ventana, y estuvo mirando al cielo como atónito. Cerróla de allí á poco, y dixo al tesorero: «Andad con Dios, no es tiempo de negocios, sino de dar gracias á Jesu Christo, porque nuestra armada venció á este »punto.» Ibase, y volviendo la cabeza, vió al Pontífice postrado delante de un Crucifijo, que tenia siempre adonde estaba, y por eso le pintan con él en las manos.» Prueba este ejemplo, añadido á tantos otros, que Lope consideraba buena presa cuanto leía y que todo lo hacía entrar en su inmenso Teatro.

Aunque el tema de Lepanto parece tan inadecuado para un poema dramático, no fué Lope de Vega el único ni el primero que le llevó á las tablas. ¿Quién sabe si un feliz é inesperado descubrimiento nos revelará el día menos pensado el texto de aquella *Batalla naval* que Miguel de Cervantes había compuesto y hecho representar en los teatros de Madrid, atreviéndose en ella por vez primera, según dice, «á reducir las comedias á tres jornadas, de cinco que tenían»? Dos veces

recuerda dicha obra: primero en la *Adjunta del Parnaso*, después en el prólogo de sus *Ocho comedias*; y aunque Moratin, con su rígido y estrecho criterio, afirme en profecía que «nada habrá perdido nuestra literatura con perderla», ¿para quién no ha de ser motivo de eterno dolor la pérdida de una obra de Cervantes, que no estaría ciertamente ajustada á los cánones sendo aristotélicos, pero mostraría quizá aquel mismo género de grandeza épica que admiramos en la *Numancia*, y tendría, de fijo, el valor de un documento autobiográfico, venerable y precioso por referirse á aquella «*facción prodigiosa*», á aquella «*ocasión, la más alta que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*»; día de gloria, cuyo solo recuerdo hacia estremecer el alma de Cervantes, que no dejó de aludir á él en ninguna de sus obras, y más de propósito en estos tercetos de la magnífica *Epístola* dirigida desde Argel al secretario Mateo Vázquez, descubierta modernamente en el archivo de Altamira, y todavía no bastante vulgarizada, aunque por sí sola bastaría para dar á su autor nombre de poeta lírico, que muchos neciamente le escatiman:

Y en el dichoso día que siniestro  
 Tanto fué el hado á la enemiga armada,  
 Cuanto á la nuestra favorable y diestro,  
 De temor y de esfuerzo acompañada,  
 Presente estuvo mi persona al hecho,  
 Más de esperanza que de hierro armada.  
 Vi el formado escuadrón, roto y deshecho,  
 Y de bárbara gente y de cristiana  
 Rojo en mil partes de Neptuno el lecho;  
 La muerte airada, con su furia insana,  
 Aquí y allí con priesa discurriendo,  
 Mostrándose á quién tarda, á quién temprana;  
 El son confuso, el espantable estruendo,  
 Los gestos de los tristes miserables  
 Que entre el fuego y el agua iban muriendo;  
 Los profundos sospiros lamentables  
 Que los heridos pechos despedían,  
 Maldiciendo sus hados detestables.  
 Helóseles la sangre que tenían,  
 Cuando en el son de la trompeta nuestra  
 Su daño y nuestra gloria conocían.  
 Con alta voz, de vencedora muestra,  
 Rompiendo el aire claro, el son mostraba  
 Ser vencedora la cristiana diestra.  
 Á esta dulce sazón, yo, triste, estaba  
 Con la una mano de la espada asida,  
 Y sangre de la otra derramaba;  
 El pecho mío, de profunda herida  
 Sentía llagado, y la siniestra mano  
 Estaba por mil partes ya rompida.

Pero el contento fué tan soberano  
 Que á mi alma llegó, viendo vencido  
 El crudo pueblo infiel por el cristiano,  
 Que no echaba de ver si estaba herido,  
 Aunque era tan mortal mi sentimiento,  
 Que á veces me quebró todo el sentido (1).

No es inverisímil que algunos de estos versos pasasen á *La Batalla naval*, como otros de la misma *Epístola* pasaron á *Los Tratos de Argel*, otra comedia de Cervantes, sembrada de recuerdos de su cautiverio heroico, y en la cual él mismo se personificó en la figura del soldado Saavedra.

A Cervantes siguió Lope de Vega, que, además de esta comedia de *La Santa Liga*, intercaló una muy minuciosa relación de la batalla de Lepanto, puesta en boca de D. Lope de Figueroa, en el arrogante drama trágico *Tanto hagas, cuanto pagues*, que también corre atribuido á Moreto (porque acaso le refundió) con el título de *La Traición vengada*, según tendremos ocasión de notar cuando llegue el turno á esta obra en la presente colección.

De Luis Vélez de Guevara se conserva, entre los manuscritos de la colección dramática de casa de Osuna (hoy de la Biblioteca Nacional), *El Águila del agua y batalla naval de Lepanto, representación española* (así la llamó el poeta), autógrafa y firmada en la última hoja, con las licencias para representarse en Madrid, á 29 de Julio de 1642. Otras habrá, sin duda, de autores menos famosos, que ahora no tengo presentes (2); pero por la singularidad del pensamiento, la rareza del libro y el punto en que se imprimió, no puedo menos de hacer memoria del *Coloquio doce* de los *Espirituales* y *Sacramentales* que el presbítero Fernán González de Eslava publicó en Méjico en 1619, y que en nuestro tiempo desenterró el doctísimo é inolvidable García Icazbalceta. En este *Coloquio*, que por el candor y sencillez de la composición pertenece, como todos los de su autor, más bien al teatro anterior á Lope de Vega que al que por la fecha de su edición pudiera creerse, se trata á *lo divino* «de la batalla naval que el Serenísimo Príncipe D. Juan de Austria tuvo con el Turco» (3).

Pero la victoria de Lepanto tuvo mucho más eco que en la poesía dramática, en

(1) *Obras de Cervantes* (edición completa de Rivadeneyra, 1864; t. viii, páginas 452-53).

(2) De un Vicente Mascareñas, portugués, cita Barbosa Machado una comedia (castellana) titulada *Batalla naval de D. Juan de Austria*; pero como las demás comedias que el mismo bibliógrafo le atribuye parecen idénticas por sus títulos á otras de Lope, Mira de Mescua, Gaspar de Ávila y otros autores, puede inferirse que también ésta sea igual á *La Santa Liga*, ó acaso una refundición de ella.

(3) *Coloquios Espirituales y Sacramentales y Poesías Sagradas del Presbítero Fernan Gonzalez de Eslava (escritor del siglo XVI). Segunda edicion conforme a la primera hecha en Mexico en 1610. La publica con una Introduccion Joaquín García Icazbalceta, Secretario de la Academia Mexicana, etc., etc. México, Imprenta de F. Díaz de Leon, 1867.—4.º* De la primitiva edición sólo se conocen dos ejemplares, uno de ellos el que poseyó el Sr. Icazbalceta.



la lírica y narrativa. Sería tarea larga, y que de ningún modo podemos emprender aquí, el enumerar siquiera las principales composiciones acerca de este asunto. Nos limitaremos á la parte española, y aun ésta hemos de tratarla muy rápidamente. Sobre la italiana hay ya excelentes trabajos que pueden consultarse con mucho fruto, y que probablemente agotan la materia (1). Entre los innumerables poetas (pasan de ciento) que en tan solemne ocasión hicieron resonar sus líras más ó menos acordadas, baste con un nombre que vale por muchos, el de Torquato Tasso, que llamaba á Lepanto «la más noble victoria marítima que ningún príncipe ó capitán hubiese logrado después de Augusto», y que, enardecido con el entusiasmo que en su cristiano espíritu produjo aquel triunfo, cobró nuevos bríos para proseguir y terminar su *Jerusalén libertada*, que en cierto sentido ideal puede llamarse la epopeya de la Santa Liga. En las *Rimas* del Tasso hay un mediano soneto dedicado á D. Juan de Austria, ó, según quieren otros, á Sebastián Veniero:

*Quel che l'Europa con mirabil ponte....*

Prescindiré también de los poetas de otras naciones, que ya en latín, ya en sus respectivas lenguas vulgares, ensalzaron aquella grande empresa naval que por sus consecuencias no fué española ni veneciana tan sólo, sino decisiva ventaja del Occidente sobre el Oriente, y principio del menoscabo y ruina del poder otomano. Pero no he de omitir que entre estos versificadores se contó el pedantesco rey Jacobo, sexto de Escocia y primero de Inglaterra, cuyo poema sobre Lepanto puso en francés, sin duda por adulación al regio vate, el calvinista Guillermo Salluste, señor *Du Bartas*, conocido autor de una fastidiosa epopeya sobre la creación del mundo (2).

Concretándonos, pues, á España, encontramos sobre Lepanto poemas latinos y

(1) Masi (E.), *I cento poeti della vittoria di Lepanto*. En su libro *Nuovi studi e ritratti*. (Bologna, Zanichelli, 1894; I, 259-273.)

Mazzoni, *La battaglia di Lepanto e la poesia politica nel secolo XVI*. En su libro *La vita italiana nel seicento*. (Milano, Treves, 1895; II, 167-207.)

Solerti, *Vita di T. Tasso*. (Torino, Loescher, 1895; I, 156, n. 4.)

Belloni, *Gli epigoni della Gerusalemme Liberata*. (Padova, Draghi, 1893.)

Tengo á la vista el curioso y raro libro titulado *Raccolta di varii poemi latini, greci e volgari. Fatti da diversi bellissimi ingegni nella felice vittoria riportata da Christiani contra Turchi alli VII. d'Otobre del MDLXXI. In Venetia, per Sebastiano Ventura, MDLXXII.*—8.º Dos partes con paginación diversa. La primera contiene, además de los versos, la *Relazione di tutto il successo di Famagosta. Et i nomi de i Bassá e Capitani ch'erano nell'armata Turchesca*.

(2) No he visto el poema del rey Jacobo, ni puedo decir con seguridad en qué lengua está. Jurien de la Gravière, que copia algunos versos de la traducción de Du Bartas, conforme á la última edición de las obras de éste (París, 1611), le llama poema *latino*. (Vid. *La Guerre de Chypre et la bataille de Lepante*. París, 1888; II, 248-249.) Pero William Stirling, á quien supongo mejor informado de la literatura de su país, da á entender que la ridícula ó despreciable (*doggerel*) narración métrica del coronado pedante, titulada *Lepanto*, está en inglés, y menciona de ella estas ediciones: *His Majesties poetical exercises at vacant hours*. Edimburgo, 1591; *His*

poemas vulgares (uno de ellos en catalán); romances y tentativas épicas en octava rima y en verso suelto; poesías líricas, finalmente, una de ellas de primer orden y consagrada á la inmortalidad mientras se hable la lengua castellana.

La erudición de los humanistas se había ejercitado ya en obsequio de D. Juan de Austria, contribuyendo al ornato de la popa de la galera real con «historias, fábulas, figuras, empresas, letras, hieroglíficos, dichos y sentencias que declarasen las virtudes que en un Capitan general de la Mar han de concurrir», para que «la misma galera sirviese al Señor D. Juan de libro de memoria á todas horas abierto». Todo aquel aparato puede verse difusa y doctamente declarado en el voluminoso libro del maestro Juan de Malara, principal autor de todas las trazas y alegorías, y también de los epigramas latinos que las compendian.

Por ella dijo Francisco Pacheco, en su elogio de aquel célebre humanista sevillano, «que parece que adivinó la gloria y ventura de esta divina pieza, aderezándola con tantas victorias, hermoseándola con tantas letras artificiosas, que se puede bien decir haber estado esta grande invención guardada para tan alto capitán». Coronó Malara su prolija labor con una *Exhortacion* (en octavas reales) *al Serenísimo Señor Don Juan de Austria, capitan general de la Mar* (1).

Logrado el triunfo que tales augurios vaticinaban, y logrado en las aguas clásicas del golfo de Corinto, era natural que el entusiasmo de los humanistas se desbordase; y mientras Ambrosio de Morales hacía la descripción del suceso en elegante prosa latina (2), el futuro Arzobispo de Tarragona, Antonio Agustín, uno de los luminares mayores del Renacimiento español, componía en disticos elegiacos su *Carmen Gratulatorium ob partam de turcis victoriam*, que todavía no figura en la colección de sus obras (3); y otro erudito aragonés, Juan de Verzosa, tan feliz en la imitación

*Majestic Lepanto or Heroical Song*. Londres, 1603; y una reimpresión de Edimburgo, 1814, en facsímile.

(Véase la monumental obra póstuma de aquel insigne conocedor de nuestra historia del siglo xvi y de nuestras artes: *Don John of Austria or passages from the history of the sixteenth century*, 1547-1578. *By the late Sir William Stirling-Maxwell, Bart.*.... London, Longmans, 1883; t. 1, página 456.)

Cita otro poema inglés que, por la cuenta, debe de ser tan malo como el del Rey: *Naumachia, or a poetical description of the cruel and bloody sea-fight or battaile of Lepanto (most memorable)*. By Abraham Holland. London, 1632.—4.º

(1) *Obras del maestro Juan de Malara*, t. 1. *Descripción de la Galera Real del Sermo. Señor D. Juan de Austria*. Año 1876. Sevilla, imprenta de Alvarez. (Edición de la Sociedad de Bibliófilos andaluces.)

(2) *Descriptio belli nautici, et expugnatio Lepanti per D. Joannem de Austria*. (En el tercer tomo de los *Opúsculos* de Ambrosio de Morales, publicados por el P. Cifuentes. Madrid, Benito Cano, 1793; páginas 233-272.)

(3) Hállase el manuscrito autógrafo en la Biblioteca Escorialense. Empieza:

Aurea jam properant, properant foelicia secla  
Promissa auspiciis, clare Philippe, tuis....

(Colección de documentos inéditos para la Historia de España, III, 270.)

de las epístolas de Horacio, hacia imprimir en Alcalá su *Epinición* sobre la clarísima victoria de D. Juan de Austria (1). Pero el tributo más singular que la lengua de los doctos pagó al vencedor de Lepanto, fué *La Austriada* (*Austriados libri duo*) del negro Juan Latino, catedrático de Humanidades en Granada: libro rarísimo y famoso, por ser, á lo que parece, la más antigua obra literaria impresa de individuo de la raza de color y de estirpe etiópica. En esto principalmente estriba su celebridad; pero ha de añadirse que los hexámetros del pobre esclavo que, gracias á su nativo ingenio y á la cristiana caridad de nuestros antepasados, alcanzó no sólo libertad, sino matrimonio distinguido, posición honrosa y hasta un monumento fúnebre con pomposo epitafio, son apreciables en sí mismos, dentro del género artificial y escolástico á que pertenecen, y demuestran que su negro autor estaba muy empapado en la lectura de Virgilio, de quien toma frases y aun hemistiquios, según el procedimiento habitual de los fabricantes de tales poemas (2), comenzando por el *Africa* del Petrarca.

(1) *Epinicion in clarissima victoria Seren. Principis Joannis ab Austria, qua classem turcorum potentissimam summo Christianae Reipublicae bono superavit et cepit. Auctore Joanne Verzosa Philippi II. Regis Catholici Romae Archivista. Cum Scholiis.* Alcalá de Henares, por Juan de Angulo, 1571. (Vid. Latassa, *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses*, t, 306.)

(2) El *Austrias* es la más extensa de las composiciones de Juan Latino, reunidas en el precioso volumen cuya portada dice así:

*Ad Catholicum pariter et invictissimum Philippum Dei gratia Hispaniarum Regem, de foelcissima serenissimi Ferdinandi Principis natiuitate, epigrammatum liber.*

*Deque Sanctissimi Pii Quinti Romanae Ecclesiae Pontificis summi, rebus, et affectibus erga Philippum Regem Christianissimum, Liber unus.*

*Austrias Carmen, de Excellentissimi Domini D. Ioannis ab Austria, Caroli Quinti filii, ac Philippi invictissimi fratris, re bene gesta, in victoria mirabili eiusdem Philippi adversus peridos Turcas parta. Ad Illustrissimum, pariter et Reuerendissimum D. D. Petrum à Deza Praesidem, ac pro Philippo militiae praefectum, Per Magistrum Ioannem Latinum Garnatae studiosae adolescentiae moderatorem. Libri duo. Cum Regiae Maiestatis Privilegio. Garnatae. Ex officina Hugonis de Mena. Anno 1573. Prostant in aedibus Ioannis Diaz Bibliopolae, in vico Sanctae Mariae.—4.º*

Cada una de las tres divisiones de la obra lleva paginación distinta. El *Austrias* ocupa 35 hojas.

Con el título de *Austriaca sive Naumachia* compuso otro poema un dómine madrileño que había ido á poner escuela en la remota Guatemala. Llamábase Francisco de Pedrosa, y el manuscrito original de su libro se conserva en la Biblioteca Nacional:

*Francisci Pedrosae, mantuvani, Grammatici, Poetae atque Oratoris, Austriaca, sive Naumachia, ad Christianissimum fidei Catholicae propugnatorem, invictissimumque Philippum, Hispaniarum et Indiarum regem.*

En el tomo III de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* (páginas 289-291) se lee un memorial muy curioso de este Francisco de Pedrosa, solicitando que se imprimiese su poema y que se le hiciese alguna merced por él. Este documento es de 1583. «Habrà ya tres años (dice) que el Licenciado García de Valverde, presidente de esta Real Audiencia de Guatemala, envió á V. M. un libro que yo compuse, que se intitula *Austriaca* o

No mostraron más originalidad, aunque siguieron distinto rumbo, los autores de poemas castellanos. Apenas me atrevo á contar entre ellos á Jerónimo Costiol, que al fin de su *Crónica de D. Juan de Austria* (1572) insertó un *Canto al modo de Orlando, de la memorable guerra entre el gran turco Selimo y la Señoría de Venecia*, porque el mismo Costiol declara haberlo traducido del italiano, y promete la versión de *los consiguientes cantos que se aguardan*, promesa que, afortunadamente, no llegó á cumplir. Más consideración merece el largo poema en verso suelto del caballero portugués Jerónimo de Corterreal, vástago de una ilustre familia de navegantes y cosmógrafos. Corterreal, que, como la mayor parte de los ingenios de su nación, alternaba el cultivo de la lengua castellana con el de la propia, quiso, aunque infelizmente, rivalizar con Camoens en la epopeya, componiendo nada menos que tres: el *Segundo cerco de Diu* y el *Naufragio de Sepúlveda*, en portugués, y la *Felicitísima victoria*, conocida también con los títulos de *Austriada* y *Golfo de Lepanto*, en castellano. Las tres están en verso suelto, sin duda para remedar la *Italia Liberata*, del Trissino, poeta erudito y frío, con quien tiene Corterreal muchos puntos de semejanza. Ni el modelo italiano ni las imitaciones portuguesas tienen hoy lectores, aunque del *Naufragio de Sepúlveda*, que es la menos infeliz, se recuerdan todavía algunas descripciones y el trozo patético de la muerte de D.<sup>a</sup> Leonor de Sousa, el cual pierde enormemente si se le coteja con las admirables octavas de Camoens, que rápidamente condensan la misma catástrofe. La alta posición de Corterreal, que fué muy honrado y protegido por Felipe II, la hi-

---

*Naumachia*, que trata de la batalla naval en que V. M. venció al turco Selin, y todas las demás hazañas, jornadas y expediciones que V. R. M. con favor de la Majestad Divina ha hecho. Va escrito en verso heroico latino: van seis libros en un volumen..... Segun dicen los que en esta tierra bien entienden, ha sido trabajo y ocupacion bien empleada, pues podrá servir de trompeta de oro por todo el mundo, del gran valor, virtudes y poderosa mano de V. M..... cosa digna de eternizarse por todos los siglos, y en tal tiempo que casi se desconfiaba poder refrenar la furiosa osadía de aquel enemigo de la cristiandad, que tan á rienda suelta se abalanzaba hacia el Occidente sin temor de fuerzas humanas.» Se hace cargo luego de la *Raccolta* veneciana, que ya hemos citado: «Mayor contento me dió despues que vi un libro compuesto en Venecia, que so color de celebrar esta milagrosa obra, hecha con la poderosa espada de V. M., se atribuye á sí la gloria, loando á V. M. como de pasada, y no con el debido estilo y artificio que tan heroica materia requiere. Va compuesto por diversos autores y diversos caminos, siguiendo cada uno su particular aficion, escribiendo epigramas cortos como los de Marcial, ó los que ponen en los túmulos loando á los capitanes extranjeros.....» Al fin nos da algunas curiosas noticias de su poema: «Suplico á V. M. sea servido de mandar imprimir esta obra..... pues en los estudios puede servir de un Vergilio cristiano. Y si saliere tal cual yo deseo, á V. M. suplico me mande hacer alguna merced en esta provincia de Guatemala donde ha veinte y ocho años que enseño latinidad y otras facultades, y han salido más de dos mil sacerdotes que administran los sacramentos en esta provincia y Nueva España: que tengo muchos hijos y mucha necesidad, y soy hidalgo.....» En el prólogo del poema se titula «natural de Madrid, poeta y orador, y preceptor de Gramática en la catedral desta Santa Iglesia de Santiago de Guatemala».

dalguía de su carácter y la amenidad de su trato, que le convirtieron en Mecenas de muchos ingenios de su tiempo, dan la clave del éxito de estos poemas, que hoy nos parecen tan lánguidos y fastidiosos. Corterreal era un espíritu muy culto, aficionado á todas las artes y versado en varias ciencias: músico, pintor, astrónomo, dibujaba él mismo las ilustraciones de sus obras y hacía alarde en ellas de su lectura enciclopédica. Pero, hombre de escasa imaginación, si alguna vez abandona la pauta de las crónicas rimadas, es para caer en las más insulsas alegorías mitológicas. ¿Quién esperaría encontrar en un poema sobre la batalla de Lepanto una descripción del templo del Amor, una aparición de Baco al sultán Selim, y una visita de Venus á su marido Vulcano para que forje las armas de D. Juan de Austria, como en otro tiempo las de Aquiles y Eneas?

Fuera de estos vulgarísimos recursos, Corterreal sigue con nimia fidelidad las relaciones de los cronistas, especialmente la de Hernando de Herrera, cuya prosa calca muchas veces, ajustándola con leve trabajo á la contextura del endecasílabo (1). Para que el poema fuese más grato al Rey de Castilla, cuyas aficiones artísticas conocía, se le presentó *debuxado de su mano*, y Felipe II agradeció tanto el obsequio, que honró al autor con una carta gratulatoria de las más expresivas (2). A pesar de tan alto patrocinio, la *felicitísima victoria* no obtuvo nunca los honores de la reimpresión, aunque los mereciese más que *La Austriada* de Juan Rufo y otros poemas análogos. El severo Luzán, único crítico nuestro que parece haberla leído, tacha el inoportuno empleo de la mitología en un asunto moderno, pero encuentra bueno el estilo de Corterreal, y «muy adornado de imágenes, de comparaciones y hermosas fantasías poéticas». Mucho le perjudicó el estar escrito en versos sueltos, generalmente malos, como casi todos los que entonces se componían en España y aun en Italia, sin variedad en las cesuras, sin arte en la construcción de los períodos, sin cuidado alguno de evitar las asonancias. Así y todo, Corterreal

(1) Ya lo notó D. Cayetano Rosell en su *Historia del combate naval de Lepanto*, premiada por la Academia de la Historia en el concurso de 1853 é impresa aquel mismo año (pág. 84).

(2) Dice así esta carta, que está publicada al frente del poema:

«Al magnífico y amado nuestro Hieronymo Corte-Real. Magnífico y amado nuestro. Mucho he holgado con vuestra carta y con el libro que aveis compuesto de la batalla naval y victoria que nuestro Señor tuvo por bien de dar á la Christiandad contra la armada del Turco, siendo general de la Liga el illustrísimo don Juan de Austria mi hermano. Porque en la carta mostrais el afficion que teneis á mis cosas, y en la obra ingenio, juicio y otras buenas partes de que Dios os ha dotado: que lo uno y lo otro me ha sido muy agradable y assi os lo agradezco mucho: con asseguraros que para qualquiera cosa en que os tocare, hallareis en mi la voluntad que vuestra persona merescce. De Madrid á 8 de Noviembre de 576. Yo El Rey.»

El ejemplar manuscrito que Corterreal envió á Felipe II es seguramente el mismo que hoy existe en la Biblioteca Nacional. Tiene la fecha de 1575. Es un tomo en folio, lujosamente escrito y encuadernado, con frontis iluminado sobre fondo azul, letras de oro y varias iluminaciones. Los versos laudatorios que hay al principio no son exactamente los mismos que figuran en la edición de 1578.

muestra más aliño en este género de versificación que Gonzalo Pérez, por ejemplo, en su traducción de la *Ulixea* de Homero. Véase como muestra, por ser tan raro el poema, una parte de la descripción del último asalto de Nicosia por los turcos:

Como en las herrerías de Cantabria  
Do se labra de hierro grande copia,  
Aquellos duros yunques golpeados  
Con trabajo continuo y fuerza inmensa,  
Hacen fiero sonido, que ensordesce  
Cualquiera habitacion circunvecina,  
La mal compuesta casa y techo humoso  
De centellas ardientes ocupando;  
Avivase por puntos el combate,  
Cresce en ambas las partes furia y saña;  
Vuela una cruda nube de saetas,  
Que hace notable mal y mortal daño;  
Por el foso allanado ya se tienden  
Varones valentísimos sin vida,  
En lagunas de sangre; otros con pena  
Y rabias de la muerte se revuelven.  
El soberbio tyrano anda con ceño  
Bravísimo á los suyos animando,  
Y con palabras ásperas pretende  
Á tan fácil entrada tanto espacio.  
Ellos desto afrentados arremeten  
Con nuevo ímpetu y nueva furia, alzando  
Al Cielo horrenda grita: así, feroces,  
Con rabioso furor entrar insisten.

. . . . .  
. . . . .

Así como por fiesta en la ancha plaza  
Donde anda el furioso, bravo toro,  
Acierta de caer alto palenque,  
Que el peso de la gente hizo rendirse,  
Déxanse allí venir con grande estruendo  
Gruesas vigas al suelo; álzase al aire  
Regocijada grita, y queda hirviendo  
La revuelta tan ciega y tan confusa,  
Nadie mira por otro, sólo entiende  
Darse maña ó remedio de salvarse,  
Y el que el grave monton á cuestras tiene  
Echa apenas la voz cuasi sin vida.  
Da voces Mostafá, grita victoria,  
Genizaros tras él victoria gritan,  
Entran con denodada fuerza y saña  
En horrendo tropel dentro del muro.....  
Un alarido horrible, un llanto fiero

Anda por la ciudad á Dios llamando,  
 De las flacas mujeres, que sin orden  
 Atónitas van, palma y pecho hiriendo,  
 Bien así como cuando allá en la banda  
 De grullas el halcon hambriento afierra  
 La que el hado le da, las compañeras  
 Acá y allá van todas esparcidas,  
 Y de su mortal daño recelosas  
 Levantan por los aires altos gritos,  
 No saben, de turbadas, á qué parte  
 Las tristes del peligro se aseguren (1).

Mucho más celebrada y conocida ha sido *La Austriada* del jurado de Córdoba Juan Rufo Gutiérrez, gracias á la inagotable benevolencia crítica de Miguel de Cervantes, que en el escrutinio de la librería de D. Quijote la citó, juntamente con *La Araucana* y el *Monserrate*, graduando los tres libros de «las más ricas prendas de poesía que tiene España», «los mejores que en verso heroico, en lengua castellana, están escritos», y tales, que «pueden competir con los más famosos de Italia». Tan desaforada hipérbole sólo puede explicarse, ó por la ilusión de la amistad, que tanto suele engañar á los contemporáneos, ó por el natural atractivo que para Cervantes tenía el argumento de aquel poema, indigno, no ya de compararse con las obras del Ariosto y del Tasso, sino de andar en la buena compañía de Ercilla y aun del capitán Virués.

El juicio de Quintana sobre *La Austriada* es inapelable para todo hombre de buen gusto. «No hay que buscar en ella ni invención en las cosas, ni interés y fuerza en los pensamientos, ni nobleza y color en la expresión, ni música en los sonidos. El escritor arrastra penosamente su cuento, sin artificio ni intención poética ninguna, desde que los moriscos se rebelan en Granada, hasta que los turcos son vencidos en las aguas de Lepanto. Su objeto, al parecer, no es más que referir en verso las cosas mismas que otros han contado en prosa y sin comparación mejor que él.»

Diez años consumió Rufo en esta fastidiosa rapsodia, repartida en 24 libros, de los cuales sólo los seis últimos pertenecen á la historia de la Santa Liga y de la batalla de Lepanto. Algunas octavas regulares, que están como perdidas entre otras innumerables que no tienen de poesía más que el metro; algún rasgo feliz y enérgico, que pasa como un relámpago; y cierta claridad y soltura en la narración, no bastan á amenizar una leyenda tan árida, que ni siquiera para la historia ofrece interés, pues

---

(1) *Felicissima victoria concedida del cielo al señor Don Juan de Austria, en el golfo de Lepanto, de la poderosa armada Othomana. En el año de nuestra salvacion de 1572. Compuesta por Hieronymo Corte Real, Cauallero Portugues.....* 1578. (Colofón:) *Fec impresso en Lisboa, por Antonio Ribero. Año de M. D. LXXVIII.*

4.º, 226 hojas. Con 15 grabados en madera, uno al principio de cada canto. Estos grabados no justifican, en verdad, la reputación artística que tuvo Cortereal entre sus contemporáneos.

no contiene ningún dato nuevo: cosa de reparar en quien fué cronista de D. Juan de Austria y dice haber escrito la obra por mandado suyo, valiéndose de los papeles y relaciones que él le dió. De todos modos, esta crónica rimada, cuya veracidad es indisputable, recibió una especie de consagración oficial cuando el Reino, junto en Cortes, solicitó del Rey que hiciera merced á Juan Rufo y ordenara la impresión de su libro, loando el estilo «fácil, grave y sustancial» en que estaba compuesto (1).

Poco ó nada perdieron las letras con que quedasen inéditos otros poemas, tales como los *Cantos de la batalla Ausonia*, por Pedro de Acosta, y *La Naval*, de D. Pedro Manrique (2). Por la curiosidad de la lengua y del metro debe hacerse particular memoria del poema catalán del presbítero de Mataró Juan Pujol, compuesto en endecasílabos de la manera antigua, es decir, con cesura en la quinta sílaba, y en estancias imitadas de las de Ausias March (3).

(1) *La Austriada de Juan Rufo, jurado de la ciudad de Cordona. Dirigida á la S. C. R. M. de la Emperatriz de Romanos, Reyna de Bohemia y Vngria, etc. Con licencia y privilegio, en Madrid, en casa de Alŕo Gomez (que aya gloria), impressor de su Magestad. Año de mil y quinientos y ochenta y quatro.*

8.º, 18 hojas preliminares, 447 folios.

Entre los versos laudatorios que van al principio, los hay de Lupercio Leonardo de Argensola, de Cervantes y de D. Luis de Góngora. El *Memorial* del Reino no tiene fecha: le antecede otra carta de recomendación á favor de Juan Rufo, dada en 6 de Diciembre de 1578. Esta primera edición lleva el retrato del autor. *La Austriada* fué reimpressa en Toledo, por Juan Rodríguez, 1585; en Alcalá de Henares, por Juan Gracián, 1586, y en el tomo II de *Poemas épicos* de la Biblioteca de Rivadeneyra.

(2) Uno y otro manuscrito, al parecer originales, se guardan en la Biblioteca Nacional.

Los *Cantos de la batalla Ausonia*, por Pedro de Acosta. Consta de cuatro cantos en octavas reales. Después de una dedicatoria, en el mismo metro, á D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, comienza así:

La santa liga de cristianos canto,  
De Austria las armas y varon potente,  
Naval batalla que á la mar Lepanto  
Turba la sangre de turquesca gente.....

El verdadero nombre de este poeta, según Barbosa en su *Bibliotheca Lusitana*, era Pero da Costa Perestrello, y escribió en portugués otras obras.

*La Naval*, de D. Pedro Manrique, poema en octava rima.

Inc.

La armada de la Liga ilustre canto,  
Y el célebre varon, por quien vencido  
Fué el escuadron Morisco, y con gran llanto  
Desanudado de su antiguo nido,  
Del que por Cipro, por amparo santo,  
Pasó de España en Grecia, y fué temido,  
Alzando como alzó con suerte amiga  
El sublime estandarte de la Liga.

(3) El poema de Pujol tiene tres cantos. Creo que está inédito todavía, aunque en estos últimos años se trató de su publicación. Sólo conozco los extractos que el erudito rosellonés



Además de estas largas composiciones épico-históricas, consagradas totalmente á *la batalla naval*, como por antonomasia se la llamaba en el siglo XVI, ó á la vida entera de D. Juan de Austria, figura Lepanto como episodio en algunos de nuestros mejores poemas. Don Alonso de Ercilla, que estaba en Chile cuando la batalla se dió, encontró, sin embargo, modo de intercalarla en *La Araucana*, gracias á las artes del mágico Fitón, que le muestra como presente el combate en una esfera de cristal. El medio podía ser más ingenioso, pero la descripción, que llena un canto entero, el XXIV, está hecha con la robustez y el fiero impetu bélico que tienen casi siempre los versos de Ercilla.

El capitán Cristóbal de Virnés, que combatió en Lepanto, según se infiere de su *Égloga de la batalla naval* (¡extraño asunto para una égloga!), hizo larga conmemoración de aquella jornada en el canto IV de su célebre leyenda de *Monserate*. El licenciado Sebastián de Nieva Calvo, autor infeliz de un largo poema devoto sobre la vida de Nuestra Señora (*La Mejor Mujer, Madre y Virgen*), dedicó también el décimocuarto y último de los libros de su poema á *la vitoria de la batalla naval, ganada por intercession de Maria, y excelencia del favor de su santísimo Rosario* (1). Y para no hacer interminable esta enumeración, el Dr. Alonso de Acevedo, natural de Plasencia, en su poema de *La Creación del Mundo* (2) (donde hay bellezas descriptivas de primer orden), terminó el *Día segundo* con unas valientes, aunque no muy oportunas, octavas en recuerdo del triunfo de la Santa Liga (3).

Mientras así le celebraban los doctos, no estaba ociosa tampoco la musa de los romanceristas y autores de pliegos sueltos. Pero esta literatura narrativa había degenerado de tal modo en manos de sus últimos cultivadores, que ya no conservaba rastro de sus orígenes épicos, ni producía otra cosa que gacetas torpemente asonantadas. De los once romances de este ciclo que admitió Durán en su *Romancero*

---

Tastu comunicó al obispo de Astorga Torres Amat para su *Diccionario de escritores catalanes* (Barcelona, 1836).

En la *Biblioteca de escritores baleares*, de Bover (Palma, 1868), se cita una relación poética de la batalla, en quintillas catalanas, con el título de *Verdadera relació del combat naval dels cristians tengut en lo golf de Lepanto cuantre els infacels*, impresa en Barcelona, 1571. Debe de ser pieza rarísima, de carácter semipopular.

(1) *La Mejor Mujer, Madre y Virgen. Sus excelencias, vida y grandezas, repartidas por sus fiestas todas. Poema Sacro del Licenciado Sebastian de Nieva Calvo..... Año 1625. Con Privilegio. En Madrid, Por Iuan González.* Páginas 235-256 vta.

(2) Impreso en Roma, 1615, por Juan Pablo Profilio. Reimpreso en el tomo II de *Poemas Épicas* de la colección Rivadeneyra.

(3) Puede añadirse la *Vida del Illustrissimo Señor Otanio Gonzaga, Capita general de la cavalleria ligera del Estado de Milan. Recogida por Francisco Balbi de Correggio*, (Barcelona, por Hubert Gotard, 1581). En esta detestable crónica rimada (folios 13-15) se trata de la Santa Liga y de la batalla de Lepanto, y el testimonio de Balbi de Correggio tiene algún interés, por haber asistido él como soldado voluntario en la galera de Juan Andrea Doria.

(número 1.184 y siguientes), no hay uno solo que sea de inspiración popular ni digno de leerse, y lo mismo puede decirse de otros muchos que se imprimieron sueltos (1) ó que se hallan en las diversas *silvas* y *florestas*, comenzando por la *Rosa Real*, de Juan de Timoneda (1573). De la vulgarización de algunas de estas coplas da testimonio Quevedo en la *Vida del Buscón* (lib. II, cap. II), donde introduce á un falso soldado, natural de Olias, que «celebraba mucho la memoria del señor don Juan, y oíle decir muchas veces de Luis Quixada que había sido honrado amigo; nombraba turcos, galeones y capitanes, *todos los que había leído en unas coplas que andaban desto*. Y como él no sabía nada de mar (porque no tenía nada de naval mas de comer nabos), dixo, contando la batalla que había tenido el señor don Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fué un Moro muy bravo».

Por caso singular parece haberse refugiado la tradición épica de Lepanto en las islas Azores, adonde acaso la llevaría la vencedora armada del Marqués de Santa Cruz. Teófilo Braga ha publicado tres romances procedentes de la isla de San Jorge, en honor del que allí llamaron *Dom João rei da Armada*. Son legítima poesía de marineros, contemporánea del suceso y muy bella por añadidura. La materia está no prosaica é históricamente tratada, sino líricamente interpretada, como en los romances viejos (2).

---

(1) Reimprimiáanse todavía estos romances á fines del siglo XVII y principios del XVIII. Durán cita una edición de Valladolid, por Alfonso del Riego, y Salvá otra de Madrid, por Francisco Sanz, con este título:

*Historia verdadera de la batalla naval, que el serenissimo Príncipe Don Juan de Austria dió al Gran Turco, en la qual se hallarán los mejores romances que sobre ella se han hecho. El romance primero es de como el señor rey Don Felipe Segundo entregó su Estandarte Real al Príncipe Don Juan de Austria, y el acompañamiento que le hizo á la salida de la villa de Madrid, y avisos que le dió sobre ser General de la Liga.*

Los romances son diez en ambas publicaciones. No sé si algunos de ellos serán los mismos que, según D. C. Rosell (*Lepanto*, 126), se conservan manuscritos en la Biblioteca de la Universidad de Valencia, á nombre de Felipe de Gaona. Pero no hay duda que son del siglo XVI, y que cinco de ellos figuran en la *Silva de varios romances recopilados y con diligencia escogidos de los mejores romances de los tres libros de la Silva*, y *agora nuevamente añadidos cinco romances de la armada de la Liga*.... Barcelona, 1578, por Juan Cortey, y en otras varias colecciones.

A estos romances anónimos debe añadirse uno de Pedro de Padilla, que comienza:

En el tiempo venturoso  
Que tuvo el Pontificado.....

inserto en su *Romancero* (Madrid, por Francisco Sánchez, 1583; fol. 78 vto.), y otro muy notable de Vicente Espinel (*Historia de la Naval de D. Juan*), que no se halla en sus *Rimas*, sino en un códice de la biblioteca que fué de Salvá, de donde le copió el erudito escritor don Juan Pérez de Guzmán. (Vid. *D. Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz*, por D. Eduardo de Navascués. Madrid, 1888; páginas 117-119.)

(2) *Cantos populares do Archipelago Açoriano, publicados e annotados por Theophilo Braga*. Porto, 1869: págs. 304-313.

Pero toda poesía popular ó erudita, de las que nacieron al calor de aquella jornada venturosa, enmudece y se postra ante el himno triunfador que la mano del divino Herrera arrancó del arpa de los profetas para solemnizar, cual cristiano Simónides, aquella nueva Salamina. Esta canción es uno de los mayores timbres de nuestra poesía lírica, y nada debe á la imitación clásica. La vena opulenta y magnífica que en ella corre, baja en derechura de las cumbres de Sión. Con estar sembrada de reminiscencias bíblicas, no parece indigno de ellas lo que el poeta añade, y suyo es enteramente el arte solemne y profundo con que están traídas y aplicadas al tema moderno; el plan grandioso y progresivo de la oda; el entusiasmo ardiente y continuo, la exaltación religiosa y patriótica, que convierte al poeta no ya en eco sonoro de su pueblo, sino de la cristiandad entera; el impetuoso torbellino de afectos de esperanza, de desaliento, de regocijo, tan sincera y fervorosamente expresados, en una forma lírica, que sólo puede parecer enfática á lectores preocupados é ignorantes, que confundan el énfasis con la grandeza y la dignidad con que las grandes cosas deben tratarse (1).

Después de tan sublime composición, que fué la verdadera corona *rostrada* del «joven de Austria», parecería casi irreverencia citar ninguna otra, aunque las haya de cierto mérito, como *El Vaticinio de Proteo*, de Cristóbal Mosquera de Figueroa, inserto en los preliminares de *La Galera Real*, de Juan de Malara. El mismo Herrera quedó inferior á si mismo en el famoso soneto

Hondo ponto que bramas atronado.....,

donde más que robustez hay abuso de la onomatopeya.

Con más razón todavía debemos prescindir de los poetas modernos. El asunto de Lepanto es de los que fácilmente tientan á cualquier musa primeriza. ¡Cuántas veces habrá servido de tema de juegos florales! A unos celebrados en Granada en 1850 concurrieron hasta diez ingenios, bastante conocidos algunos (2); y por fortuna rara en tales certámenes, se presentó una composición verdaderamente poética, un canto épico en octavas reales, parto juvenil de la rica y potente fantasía de D. Manuel Fernández y González, tan desenfrenada después en el campo de la novela, pero no en el de la poesía lírica y dramática, que cultivó siempre con nobleza, elevación y decoro. *La Batalla de Lepanto* es acaso la joya principal de su tesoro poético. Véase, como muestra de la valentía con que está escrito, una sola octava:

---

(1) Es sabido que existen dos textos muy diversos de la canción de Herrera, publicado el uno al final de su *Relation de la guerre de Cypre* (1572), y el segundo en la edición póstuma de sus *Versos*, que hizo en 1619 el pintor Francisco Pacheco.

Además de los juicios, bien conocidos, de Conti, Estala, Quintana, Lista y otros críticos de la escuela clásica, debe leerse con especial atención el opúsculo de A. Morel-Fatio, *Fernando de Herrera.—L'Hymne sur Lépante publié et commenté*. (París, A. Picard, 1893.)

(2) Obtuvieron diversos premios y menciones D. José Salvador de Salvador, D. José García, D. Juan de Dios de la Rada y otros.

Avanzado al bauprés; la frente oscura  
 Por fatídica ruga señalada;  
 La agudísima y blanca dentadura  
 Tras los convulsos labios apretada;  
 Torva en sus ojos la mirada dura,  
 De la Liga posándose en la armada,  
 Junto al *Sanjac* que en su galera ondea,  
 El iracundo Ali jura y bravea.

## X. — LOS ESPAÑOLES EN FLANDES.

Texto de la *Parte Trezena* de las comedias de Lope (1620).

Es curiosa la dedicatoria á Cristóbal Ferreira de Sampayo, en que Lope, sin duda en un acceso de mal humor, se queja amargamente de sus émulos literarios, y parece aludir en términos bastante desembozados á D. Juan Ruiz de Alarcón, de cuyos defectos físicos hace indigna chacota, si es cierta la conjetura de D. Luis Fernández-Guerra (1), que ve claramente zaherido al vate mejicano entre los que *señaló la naturaleza*, entre los que *tienen semejanza de animal*, entre los poetas que *son ranas en la figura y en el estrépito*, y, finalmente (y esto es más claro), entre los *gibosos*, cuyo *aliento*, *intercluso y malo*, no puede menos de *infectonar cuanto tocare*. A la distancia en que estamos de aquellos tiempos, nunca puede haber seguridad plena en tales conjeturas, por muy verisímiles que sean, como en este caso acontece. Acaso tan fieros denuestos fueran lanzados por Lope contra algún émulo suyo más oscuro que Alarcón, y de quien no ha quedado memoria. Pero si, como supone el Sr. Fernández-Guerra, Alarcón contestó á estos ultrajes con otros todavía más personales y feroces contra Lope en su comedia *Los pechos privilegiados*, habrá que reconocer que el gran moralista dramático no se quedó corto en el desquite y que distaba mucho de ser una mansa paloma.

De las comedias, probablemente numerosas, que Lope compuso sobre las guerras de Flandes, han llegado á nosotros cuatro, por lo menos. Sólo una de ellas, la titulada *Pobreza no es vileza*, merece figurar entre sus obras selectas. Las tres restantes valen muy poco, y nos detendremos poquísimo en su examen. Parece que el mismo Lope hizo el mejor juicio de muchas escenas de estos dramas cuando dijo en una acotación de *El Asalto de Mastrique*: «Aquí no hay representación sino enchilladas».

El asunto principal de la deshilvanada comedia que lleva por título *Los Españoles en Flandes*, es la gobernación de D. Juan de Austria en los Países Bajos, la vuelta de los españoles que habían salido de aquellos Estados en virtud del convenio hecho por D. Juan, y la victoria de Gembloux, que el poeta llama de Gibelú.

(1) *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza* (Madrid, 1871), pág. 323.

Con estos hechos históricos, presentados sin artificio alguno, y que por su indole política y militar son enteramente ajenos de la comedia, alternan las acostumbradas escenas de valentías y desgarros soldadescos, que hemos visto hasta la saciedad en otras piezas. Son los principales interlocutores de esta absurda fábula una madama Rosela, flamenca, que va á entregarse á D. Juan, de quien está locamente enamorada; un traidor, hermano suyo, que intenta darle de puñaladas, y una andariega española disfrazada de paje, que dice de buenas á primeras al alférez Chavarría:

¡Oh gallardo vizcaíno!  
 Tu donaire y libertad,  
 Á mi amor y voluntad  
 Hallaron fácil camino.  
 Tu despejo y valentía,  
 Tu furia desesperada,  
 Y el remitirle á la espada  
 Por cualquiera niñería,  
 Me hicieron dejar á quien  
 Me llevó de España á Flandes,  
 Y obliganme á que me mandes  
 Que engañe á cuantos me ven,  
 Sirviéndote de criado;  
 Porque no hay, para mi gusto,  
 Como un bellacón robusto,  
 Hasta el alma desgarrado.

Esta comedia no vale la pena de investigar sus fuentes, suponiendo que alguna determinada tenga. Los principales libros que en tiempo de Lope corrían impresos sobre este periodo de las guerras de Flandes, eran los *Comentarios* latinos del célebre jesuita Martin Antonio del Rio (montañés de origen, antuerpiense de nacimiento), traducidos al castellano por D. Rodrigo de Medina (1), y las historias italianas de César Campana y Jerónimo Franchi Conestaggio (2). De esta última no hay duda que Lope la conocía; pero seguramente no quiso valerse de ella porque consideraba á Conestaggio como historiador mentiroso y venal, según se infiere

(1) *Comentarios de las alteraciones de los Estados de Flandes, sucedidas después de la llegada del señor don Juan de Austria á ellos hasta su muerte. Compuestos en latin por Rolando Natin Miriteo en cinco libros y traducidos en Castellano por don Rodrigo de Medina y Marsilla. Madrid, Pedro Madrigal, 1601.—4.º*

(2) *Dalla Guerra di Fiandra fatta per difesa di Religione da i Catholici Re di Spagna Filippo Secondo e Filippo Terzo..... per lo spatio di anni trentacinque: descritta fedele e diligentemente da Cesare Campana.....* (Partes I, II y III.) *In V'cenza, 1602.—4.º* La gobernación de D. Juan de Austria está narrada en el libro VI de la primera parte.

*Delle Guerre della Germania inferiore, istoria di Ieronimo Conestaggio.....* Venecia, 1614.—4.º

En refutación de este libro publicó otro Juan Pablo Mártir Rizo con el título de *Historia de las guerras de Flandes contra la de Conestaggio*. (Valencia, 1627.—8.º)

de estos tercetos de una epístola al obispo de Oviedo Fr. Plácido de Tosantos, publicada con *La Circe* en 1624:

Y veo de qué suerte nos agravia  
 La extraña pluma, la parcial malicia,  
 La historia cautelosa cuanto sabia;  
 Y tan atropellada la justicia  
 Por los historiadores extranjeros,  
 Por pasión, por envidia y por codicia;  
 Y que Nerones bárbaros y fieros,  
 Del que es ya mercader, no coronista,  
 Compran el ser Trajanos con dineros.....  
 Mas ¿á quién no dará mortal disgusto  
 Un extranjero historiador hablando  
 De Felipe segundo, siempre agosto,  
 Que las guerras de Flandes dilatando,  
 Elocuente y retórico mintiendo,  
 Con artificio vil le está culpando;  
 Y un fiero calvinista engrandeciendo,  
 Que le pagó muy bien lo que escribía,  
 Está calificando y prefiriendo.....  
 Pues en el siglo desta edad segundo,  
 ¿Quién no creará que el Franchi Conestaggio  
 Dijo verdad? Luego en verdad me fundo.....  
 ¡Oh España, siempre á todos verdadera!  
 ¡Oh, siempre á todos justa envidia España!  
 Mas no es del Franchi la maldad primera.....  
 Pues quien por interés escribe y miente,  
 Y del anabaptista y luterano  
 Político defiende lo que siente,  
 ¿Por qué se llama historiador cristiano,  
 Y quiere desdorar (que no es posible)  
 Las grandezas de un Rey tan soberano?

Acaso parezca áspera esta diatriba á quien sólo conozca á Franchi Conestaggio por su libro, muy estimable, *De la unión de Portugal á la Corona de Castilla* (si realmente es suyo, y no del Conde de Portalegre); pero el juicio de Lope en cuanto á sus *Guerras de Flandes* está robustecido por nuestro grave y fidedigno historiador militar D. Carlos Coloma, en el prólogo de las suyas: «Y cierto que cuando no hubiera otro ejemplo que el de Jerónimo Franchi Conestaggio, se deben recatar nuestros descendientes de escritores que, estando ausentes, escriben por informaciones de extranjeros apasionados. Este autor, habiendo emprendido el escribir todas las guerras de Flandes, habla de manera que no parece sino que el Príncipe de Orange y sus secuaces fueron los que defendieron la mejor causa, y que en querer el Rey sustentar la fe católica, su debida obediencia y la quietud y tranquilidad de aquellos sus vasallos, emprendía y tomaba á pechos todo lo contrario. Finalmente,

en el pintar la crueldad del Duque de Alba, la ignorancia del Comendador mayor y los juveniles impulsos del Señor don Juan (términos todos suyos), no parece sino que ha copiado á los escritores más herejes de Holanda, que dando siniestros sentidos á las acciones de tan grandes príncipes, no afectan otra cosa que hacernos odiosos á todas las naciones del mundo..... Y es de ver de la manera que trata de nuestras victorias, pasando en silencio las circunstancias más importantes, y muchas veces las mismas victorias; y cuando más no puede, y acaso se halla algun italiano en el tal suceso, no duda de hacerle autor dél con el mismo desenfado que si escribiera la guerra de Troya ó otras cosas de tan remota y dificultosa averiguacion..... Y porque puede justamente admirar que la pasion pudiese corromper el juicio y legalidad de un historiador tan señalado, débese sin duda prohibir esta culpa á las siniestras relaciones de que fué informado, acordándose de lo bien que cumplió con la verdad y las demás circunstancias de la historia en la de la union de Portugal á Castilla, por haber sido testigo de la mayor parte, y de lo demás advertido desapasionadamente; lo cual es sin duda que le faltó en ésta» (1).

## XI.—DON JUAN DE AUSTRIA EN FLANDES.

Comedia inédita hasta ahora, y que añade muy poco á la gloria literaria de su autor, aunque es algo menos mala que la precedente. Ha sido descubierta y copiada por el erudito hispanista Antonio Restori en la Biblioteca Palatina de Parma. El manuscrito es original, al parecer, corregido por J. Martinez de Mora, cuya firma se lee al fin de cada jornada. Las aprobaciones, de Tomás Gracián Dantisco y fray Manuel Coelho, son de 14 de Octubre de 1606 y 5 de Octubre de 1607, y por ellas puede calcularse la fecha en que esta comedia fué representada en Madrid y en Lisboa. En una nota al fin de la jornada segunda, se halla esta otra noticia: «Esta comedia es de Alonso de Heredia, autor de comedias, y se *sacó* en Zaragoza el mes de Abril de mil y seiscientos y veinte cinco años, y por la verdad lo firmó de su nombre.» Lo de *sacarse* no ha de entenderse en el sentido de copiarse (puesto que las aprobaciones autógrafas estampadas en el manuscrito prueban que es anterior á 1625), sino en el de repartirse en papeles para la representación; sentido que todavía conserva el verbo *sacar* entre la gente de teatro. Por otra firma estampada un poco más abajo se infiere que este manuscrito anduvo también en manos de un *Francisco Polo*, que acaso sería el autor de la comedia *El honrador de sus hijas*, inserta en la *Parte veinte y tres de comedias nuevas* (1665).

Aun sin el testimonio de tan inteligente corrector como Martinez de Mora, que

---

(1) *Las Guerras de los Estados Baxos desde el año de M. D. LXXXVIII, hasta el de M. D. XCLIX. Recopiladas por D.<sup>a</sup> Carlos Coloma..... En Amberes, en la oficina de Juan Belero, 1635. Páginas 3-4.*

declara ser esta comedia de *Lope Félix de Vega Carpio*, basta la prueba del estilo, que es enteramente suyo, aunque se trata de una obra escrita con gran descuido. Si no aparece en la segunda lista de *El Peregrino* (1618), será por un olvido de Lope, que padeció otros muchos en aquel recuento; ó acaso estará disimulada con otro título.

El argumento de esta pieza es, en gran parte, el mismo de la anterior, pero abarca mayor espacio y comprende mayor suma de acontecimientos. Es, por decirlo así, una crónica dramática del gobierno de D. Juan de Austria en Flandes desde su llegada hasta su muerte, desde los últimos meses de 1576 hasta el 1.º de Octubre de 1578. La fidelidad histórica es grande, y si la comedia valiera algo más de lo que vale, literariamente considerada, sería muy fácil anotarla, mostrando su conformidad con las historias y relaciones del tiempo, y aun con lo que resulta de la propia correspondencia de D. Juan de Austria. Me limitaré á algunas indicaciones.

Ocupan gran parte de las incoherentes escenas de este poema dramático las tentativas hechas por flamencos y franceses para deshacerse de la persona de D. Juan de Austria, valiéndose de diversas cautelas y asechanzas. El mismo D. Juan habla repetidas veces de esto en sus cartas á Felipe II, no conocidas hasta nuestros tiempos. Decía, por ejemplo, desde Lovaina en 16 de Marzo de 1577: «Ellos andan..... machinando de matarme, y yo he de andar guardado destos mismos que tienen este intento; y de que es assi, cada dia me llegan diversos advertimientos por diferentes partes, porque por la de Inglaterra, franceses, oranges y bellacos de los de la tierra está tratado esto, de manera que hay ya gentes que tienen á su cargo el hazerlo á hierro ó veneno, ó como pudieren.....» Y en 24 del mismo mes repetía: «Me acaban de avisar agora, por parte de una persona que ni conozco ni me conoce, sino de fama, y que lo puede bien saber por ser de la nacion francesa, que ha venido un frances, criado del Duque de Alanson, con orden suya para matarme, y que lo piensa intentar un dia que entre en Bruselas ó en otro lugar á do se me haga recibimiento, tirándome un arcabuzazo á vuelta de las salvas ordinarias que se hacen en tales dias, y esto le podrá ser tanto más fácil si lo intenta, cuanto que se trata dello en Bruselas, y hanlo oido muchos sin que piensen más en el remedio que si fuese una obra de gran mérito y gloria» (1).

Históricos son también todos los afectos atribuidos en la comedia á D. Juan de

---

(1) Documentos de Simancas, publicados por mi docto amigo y colega D. Antonio Rodríguez Villa, al fin de la *Historia de D. Juan de Austria*, del licenciado Baltasar Porreño, dada á luz por la Sociedad de Bibliófilos españoles en 1899, páginas 464, 467, 468, etc.

Cf. en Lope, jornada primera:

OCTAVIO GONZAGA.

Pues ¿de tu enemigo fías

La guarda de tu persona?

DON JUAN.

Por este medio se alcanza

El fin que yo busco y sigo:



Austria: el dolor que sintió viendo partir á los soldados españoles, de quienes en una carta familiar dice: «Los españoles salen y el alma me llevan tras ellos, que encantado querría estar antes que tal ver» (1); la aversión que sentía por los flamencos, á los cuales, dolido de su mala fe, llamaba *muy grandes bellacos*; el tedio mortal que le consumía en aquella inacción forzada, que él tenía por afrentosa; el ansia y sed de gloria con que anhelaba el regreso de sus heroicos camaradas, y el desquite triunfal que, por fin, le concedió la fortuna, aunque con mano avara, poniendo las palmas de Gembloux tan cerca del fêretro de Namur.

Había aquí el germen de una gran tragedia, pero mucho más interior que exterior: la tragedia heroica de D. Juan de Austria, víctima de su propia gloria, de su noble ambición y de su maravilloso destino, que sin tal remate parecería menos poético. Pero toda esta materia, para ser desarrollada con la profundidad debida, requería otra forma más amplia que la dramática. En el teatro no cabe la figura de don Juan de Austria, y bien lo ha mostrado el fracaso de todas las tentativas, desde Lope y su discípulo Montalbán (2), hasta Casimiro Delavigne, que se perdió en el vulgar

---

Al enemigo hace amigo  
El hacer del confianza.

.....  
MEQUETREFE.

Guárdele nuestra nación;  
Que yo solo le daré  
Mil puñaladas.

MONS DE CLEU.  
Seré

Atlante de tu opinión;  
Serlo has tú para matallo  
El día que éntre en Bruselas.  
MEQUETREFE.

Sin quitarme las espuelas  
Ni apearme del caballo,  
Le daré un pistoletazo;  
Que yo, como soy truhán,  
Puedo llegarme á don Juan.

.....

(1) Página 548 del mismo libro.

Cf. en Lope:

DON JUAN.  
Rásganseme las entrañas  
Por abrazar los leones  
Que los troncos borgoñones  
Conservan á sus Españas....  
Venga; abrazaré al momento  
Al menor español....

(2) En *El Señor Don Juan de Austria*, penúltima comedia de las publicadas en el tomo I de las de Montalbán (1638-1652).

embrollo de una comedia de capa y espada, con apariencias de histórica (1). Don Juan de Austria no es personaje teatral, sino épico y novelesco. Desgraciadamente, sus cantores rara vez dieron muestra de comprender la alta y melancólica poesía que circunda á esta heroica sombra. El único que tuvo esta intuición luminosa fué un gran poeta contemporáneo de Lope de Vega, y émulo suyo por la lozanía y abundancia de la dicción, el obispo Valbuena, que en uno de los episodios del *Bernardo*, renovó de esta manera el llanto de Virgilio sobre el joven Marcelo:

Aquél en quien las horas presurosas  
El curso abreviarán con tal corrida,  
Que apenas á las puertas deleitosas  
Llegar le dejarán de nuestra vida,  
Cuando entre negras sombras tenebrosas,  
La tierna faz, de amarillez teñida,  
Dejará el aire claro y nuevo día  
Que con su real presencia amanecía.  
Yo digo de aquel Príncipe famoso  
Que á España vestirá de luto y llanto,  
Después que su valor vuelva espantoso  
El seno de Corfú y el de Lepanto.....  
¡Oh estrellas! ¡Cómo fuisteis envidiosas  
A la gloria de España! ¡Oh duro hado!  
Si al golpe de sus huestes valerosas  
No les faltara tiempo señalado,  
Tú solo á mil regiones poderosas  
Pusieras yugo y freno concertado,  
Desde donde se hiela el fiero Scita  
Adonde el abrasado Mauro habita.  
Dadme ¡oh hermosas ninfas! frescas flores  
Para esparcir sobre la tierna frente,  
En sacrificios y debidos loores  
De este mi soberano descendiente:  
Y vosotros, divinos resplandores,  
Deshaced los agüeros felizmente,  
Y aquella sombra y triste centinela  
Que sobre su cabeza en torno vuela.

Quizá en estas octavas, con ser reminiscencia de un pasaje del libro vi de la *Encida*, hay más íntima poesía que en toda la comedia de Lope, aunque no puede decirse que falte en ella la que espontáneamente fluye del asunto. Muy feliz es, por ejemplo, el final de la primera jornada, en que los soldados españoles, y á su frente Sancho de Avila, Cristóbal de Mondragón, Julián Romero, todos los veteranos

---

(1) *Don Juan d'Autriche, ou La Vocation*, comedia en cinco actos, en prosa, representada en el Teatro Francés el 17 de Octubre de 1835. Está muy bien traducida al castellano por D. Mariano José de Larra (*Figaro*).

curtidos en la victoria, dicen adiós á D. Juan de Austria, con una mezcla de rudeza y ternura que hoy mismo no puede menos de conmover el pecho de cualquier buen español para quien no sean vano sonido los nombres de aquellos soldados incomparables. ¡Qué efecto harían en tiempo de Lope!

MONDRAGÓN.

Ved, señor, cuál Vuestra Alteza  
 Ordena, dispone y manda  
 Salgamos los españoles  
 De Flandes para ir á España:  
 Las rodela en las fundas,  
 Las espadas en las vainas,  
 Las trompetas en los hombros,  
 En los bagajes las cajas.  
 Ya se libró la cerviz  
 Flandes, de la dura carga  
 De la opresión española,  
 Que tanto le ofende y cansa;  
 Ya quedan con Vuestra Alteza,  
 Encargados de su guarda,  
 Sus fuerzas con sus presidios,  
 Con sus soldados sus plazas:  
 Lloramos, que Vuestra Alteza  
 Es prenda importante y cara;  
 Del Rey nuestro señor es,  
 Del honor de España el alma;  
 Es el sol de la milicia,  
 El laurel guardado de Austria;  
 Gran defensor de la fe,  
 Mar de nuestras esperanzas;  
 Y queda el mar suelto al viento,  
 Y el sol entre nubes pardas,  
 Y la prenda en un empeño  
 De sospechosa ganancia.  
 Tememos.....

SANCHO DÁVILA.

¡Ah, Mondragón!

¿Por qué así á Su Alteza hablas?  
 Señor, Vuestra Alteza es  
 Toda la honra de España.  
 Yo no hablo filosofías:  
 Hanos quitado su guarda,  
 Échanos de los Estados;  
 Vámonos á nuestras casas.  
 Queda entre sus enemigos;  
 Que la lealtad castellana  
 Era el freno de esta gente,

Que con palabras le engañan.  
 ¡Vive Dios, que han de vendelle!  
 Que conozco sus palabras;  
 Y ha de enviar por nosotros  
 Do estuviéremos, mañana.....

Para lograr el cuadro final del último acto, en que D. Juan, moribundo en su tienda, se despide de sus capitanes y ordena sus últimas voluntades, bastóle al poeta versificar una parte de la carta-relación que su confesor, Fr. Francisco de Orantes, envió á Felipe II; como fácilmente se reconoce por el cotejo:

DON JUAN.

El padre Orantes, á quien  
 Dije mis culpas, honró  
 Esta razón hartó bien.  
 El perdón os pedí yo;  
 Perdóneme Dios.....

TODOS.

Amén.

DON JUAN.

.....  
 Podéis á Su Majestad  
 Decille que con lealtad  
 Le he deseado servir.  
 Contento muero en morir  
 Con humilde voluntad.  
 No me desvanece fama  
 Del mundo que ya no gozo:  
 Ya se apaciguó esta llama,  
 Y parto alegre, aunque mozo,  
 Á dar cuenta á quien me llama.  
 No tengo de qué hacer  
 Testamento: mi señor  
 El Rey ha de disponer  
 De mis criados mejor  
 Que yo sabré proponer.....

.....  
 Dios dará á todos favor.  
 Diréis al Rey mi señor,  
 Otavio Gonzaga, en fe  
 De que aumentar deseé  
 La fe y aumentar su honor,  
 Que si acaso han merecido  
 Mis servicios algún día,  
 En las batallas que ha habido  
 Esta mortal monarquía,  
 Lo que le suplico y pido,

Que este cuerpo sea llevado  
 Á España, á do está enterrado  
 Mi padre el Emperador:  
 Goce, aunque muerto, el favor  
 De vivir muerto á su lado.

Las palabras de D. Juan, según el P. Dorantes, fueron éstas, dichas á él particularmente, y no á los capitanes; circunstancia que Lope hubo de alterar para el efecto escénico: «El alma encomiendo á Dios y al padre mio; cuanto á mi cuerpo, bien entiendo que hace poco al caso el lugar donde ha de reposar hasta el día del Juicio; mas quiérole encargar y pedir que en mi nombre suplique á la Majestad del Rey, mi señor y hermano, que, mirando á lo que le pidió el Emperador mi padre y á la voluntad con que yo le procuré servir, alcance yo de S. M. esta merced: que mis huesos hayan algun lugar cerca de los de mi señor y padre, que con esto quedarán mis servicios satisfechos y pagados» (1). También del encargo dado á Octavio Gonzaga se hace mención en una carta del mismo P. Dorantes á Antonio Pérez, escrita desde el real sobre Namur, á 3 de Octubre de 1578.

No podía faltar en esta comedia, á pesar de la gravedad de su asunto, un episodio de amores, y no deja de ser interesante. En él intervienen un caballero español, D. Alonso de Vera, y una noble doncella flamenca, llamada Arcila, á quien, su padre, Mons de Prat, hierra bárbaramente en el rostro para venderla como esclava, en castigo de sus devaneos con el odiado extranjero. Semejante crueldad atiza más y más la llama de su amor, convirtiéndola en *esclava de su galán* (2), con ternezas análogas á las de aquella heroína de otra bellísima comedia de Lope:

En mi don Alonso adoro;  
 Más me enlazó la cadena  
 De hierro que en mis pies suena,  
 Que de toda Arabia el oro;  
 Más rica estoy con llorar  
 Por mi don Alonso ausente,  
 Que con las perlas de Oriente  
 Y las conchas de su mar.  
 Allí quiero, allí no olvido,  
 Allí adoro, allí deseo,  
 Con el pensamiento veo,  
 Y con el antojo pido.

El carácter del aventurero y algo fanfarrón D. Alonso no tiene el mérito de la novedad, puesto que en tantas otras piezas le hemos visto y le veremos; pero está

(1) Porreño, *Historia de D. Juan de Austria*, págs. 290-91.

(2)  
 No cobre jamás amor  
 Á prenda tan rematada,  
 Que trae la cara empeñada  
 En hierros de su señor.

bosquejado con la verdad y la gracia que son características de Lope en sus cuadros de costumbres soldadescas:

Pues en lo que es mi persona,  
Aunque arrogancia parezca,  
No soy de los desechados  
En las postreras hileras;  
No soldado tan bisoño,  
Que ya doce años no tenga,  
De Flandes, siendo doctor  
Por la pica y escopeta.  
No hay en todo este horizonte  
Provincia donde no pueda  
Medir á palmos y á pies,  
Desde aquesta Galia Bélgica.....  
No soy de los españoles  
Que nacieron en la tierra  
Hechos un sol de trabajos  
En las montañas primeras;  
Y siendo su mayor honra  
Guardar dos vacas y ovejas,  
Con abarcas y cerrados  
Vestidos de tosca jerga,  
En empuñando una pica,  
Ó una alabarda ó jineta,  
Con una cadena al hombro  
Y una pluma á la francesa,  
Dicen que fueron sus padres  
Anquises, Didos, Eneas,  
Y que es su solar Guevara,  
Y comen diez mil de renta.  
Quién soy, ya lo tengo dicho;  
Mi propia persona muestra  
Mi valor; mi ingenio, ya  
Lo ha mostrado la experiencia.  
Hacienda, diez mil ducados  
Es mi patrimonio, y fueran  
Treinta mil si no jugara  
Mi tío don Juan de Vera.

También se hace mención en este drama, pero todavía más en el anterior (*Los Españoles en Flandes*), de empeños amorosos del propio D. Juan de Austria durante su estancia en los Países Bajos. Seguramente estas escenas tienen algún fundamento histórico que, para los contemporáneos, debía de ser muy claro. Ni la *madama Rosela* de la primera comedia, ni la *Ircana* de la segunda, parecen personajes imaginarios, aunque no tuvieran los nombres que les da el poeta. La historia galante de D. Juan nunca ha sido un misterio, por lo menos desde que

en 1632 el P. Famiano Strada, escritor tan sesudo como bien informado de las alteraciones de Flandes, empezó á levantar el velo en el libro x de su primera década *De bello Belgico* (1). Pasmase aquel docto jesuita italiano de que D. Juan de Austria, en sus últimas voluntades (por lo menos en las que se hicieron públicas) no se acordara de sus dos hijas naturales Ana y Juana, habidas la una en Diana Falanga, noble doncella de Sorrento, y la otra en D.<sup>a</sup> María de Mendoza, *splendissimí generís formaeque elegantissimae puellae*. A estos nombres ha añadido Gachard los de otras dos amigas que D. Juan tuvo en Italia: Cenobia Saratosio y Ana de Toledo. En las interesantísimas cartas familiares de D. Juan de Austria á D. Rodrigo de Mendoza y al Conde de Orgaz, que, sacadas de un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, ha publicado A. Morel-Fatio (2), y que pertenecen á los dos últimos años de la vida del héroe (1576-1578), son frecuentes las alusiones á *la dama* que D. Juan había dejado en Madrid, y que tenía un hermano en el ejército de Flandes, hombre de condición poco sufrida, que en cierta ocasión ofendió é hirió á un caballero flamenco. Dados los hábitos de D. Juan y las costumbres de su tiempo, no es de presumir que en tan larga ausencia guardase gran fidelidad á la que había sido en la corte señora de sus pensamientos. Lo cierto es que en unas *Memorias* anónimas publicadas por la Sociedad de Historia de Bélgica, consta el nombre de la que pasaba por favorita de D. Juan en aquellos países: Diana de Donmartin, mujer del Marqués de Havré. Dejaremos en viejo francés lo que de ella dice el cronista anónimo: *On disoit icelle dame, douée d'excellente beauté, plaisante et désirée, ayant constumièrement les tétins descouverts, estre en la grâce d'iceluy don Juan* (3).

## XII.—EL ASALTO DE MASTRIQUE POR EL PRÍNCIPE DE PARMA.

Texto de la *Quarta Parte* de comedias de Lope (1614). No estando incluida en la primera lista de *El Peregrino*, y si en la segunda, debemos creerla posterior á 1603.

En su novela *La Desdicha por la honra*, publicada con *La Circe* en 1624, refiere Lope una graciosa anécdota sobre la primera representación de esta comedia:

(1) La primera edición de la *Decas prima*, de Strada, es de Roma, 1632. Tanto ésta como las dos restantes fueron traducidas al castellano por el P. Melchor de Novar, de la Compañía de Jesús, y han sido durante todo el siglo xviii, y aun más acá, libro de vulgar lectura en España, llamado por antonomasia *Guerras de Flandes*, mientras yacían en olvido nuestros clásicos historiadores de aquellas campañas, que tanto aventajaron al elegante y retórico panegirista de Alejandro Farnesio en conocimientos de arte militar y en virilidad de estilo.

(2) En su preciosa colección *L'Espagne au XVI<sup>e</sup> et au XVII<sup>e</sup> siècle. Documents historiques et littéraires* (Heilbronn, 1878), págs. 97-150.

(3) *Mémoires anonymes sur les troubles des Pays-Bas*, publicadas por Blaes y Henne, t. II, página 15. (Apud Forneron, *Histoire de Philippe II*, t. III, pág. 10.)

«Mal he hecho en confesar que escribo historia de tiempos presentes, que dicen que es peligro notable; porque en habiendo quien conozca alguno de los contenidos, ha de ser el autor vituperado por buena intención que tenga; pues no hay ninguno que no quiera ser, por nacimiento godo, por entendimiento Platon y por valentía el conde Fernan Gonzalez; de suerte que habiendo yo escrito *El Asalto de Mastrique*, dió el autor que representaba esta comedia el papel de un alférez á un representante de ruin persona, y saliendo yo de oirla, me apartó un hidalgo, y dijo muy descolorido que no habia sido buen término de dar aquel papel á hombre de malas facciones y que parecia cobarde, siendo su hermano muy valiente y gentil hombre; que se mudase el papel, ó que me esperaría en lo alto del Prado desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche. Yo, que no he tenido deudo con los hijos de Arias Gonzalo, consolé al referido don Diego Ordoñez, y dando el papel á otro, le dije que hiciese muchas demostraciones de bravo, con que el hidalgo, que lo era tanto, me envió un presente.»

El único alférez que en *El Asalto* figura es Martin de Ribera, y pariente suyo hubo de ser el que retó á Lope. El cuento es chistoso, é indica ya el carácter enteramente histórico de esta comedia, que es una especie de diario poético del memorable sitio que Alejandro Farnesio puso á Maestricht en 8 de Marzo de 1579 y se prolongó hasta el 29 de Junio de aquel año, en que fué entrada á saco la ciudad con espantosa resistencia. Los pormenores de la obra de Lope son fidedignos en su mayor parte, como puede comprobarse leyendo la relación de aquel sangriento y memorable triunfo en la más extensa crónica que de las campañas de Alejandro Farnesio tenemos en castellano, escrita por el capitán Alonso Vázquez (1), ó en las clásicas historias, latina é italiana, del P. Famiano Strada y del cardenal Bentivoglio (2).

Disto mucho de considerar *El Asalto de Mastrique* como el mejor drama de su género entre los de Lope, á pesar de la sentencia de un docto crítico, pero reconozco que está lleno de vida, y que la pintura de las costumbres de los soldados es magistral como siempre. Las murmuraciones y rencillas del campamento, originadas por la falta de pagas, eterna calamidad de los ejércitos de Flandes; el espíritu de indisciplina, apenas contenido por la prudencia de un caudillo venerado; la fiera

(1) *Los sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnese por el capitán Alonso Vazquez, sargento mayor de la milicia de Jacn y su distrito, escrito en diez y seis libros. En la Colección de documentos inéditos para la Historia de España, tomos LXXII á LXXIV. El cerco de Maestricht (Mastriq) ocupa la mayor parte del libro III, páginas 159-236 del tomo LXXII.*

(2) *Segunda Decada de las guerras de Flandes desde el principio del gobierno de Alexandro Farnese, Tercero Duque de Parma y Flacencia, escrita en Latin por el R. P. Famiano Estrada de la Compañía de Jesus, y traducida en Romance por el R. P. Melchor de Novar de la misma Compañía. Tercera impresion de nuevo enmendada, y corregida de muchas y grandes faltas. Amberes, por Henrico y Cornelio Verdussen. Año M.D.CCI. Libro III, págs. 122 y 140.*

*Las guerras de Flandes, por el Cardenal Bentivoglio. En Amberes. Por Geronymo Verduessen impressor y mercader de libros. Año 1687. (El traductor fué el P. Basilio Varén de Soto, de los Clérigos Menores; la primera edición es de Madrid, 1643.) Páginas 216-220.*



lealtad que sobrevive en los mismos amotinados y los convierte en héroes; la extraña mezcla de piedad y relajación, de rapacidad y desinterés, de truhanería y caballería; toda la psicología, en suma, de aquellos conquistadores injertos en picaros, está representada con viveza pasmosa. Así filosofa sobre el hambre el soldado Añasco, recordando análogos conceptos de uno de los protagonistas de las jácaras de Quevedo:

Todo come, hermano Añasco;  
Que todo parece luego,  
En faltando el pan y el frasco;  
La leña se come el fuego,  
La mar se come un peñasco.

El aire come el olor  
De las flores, y la tierra  
Come el agua, y del humor  
Que en sus entrañas encierra,  
Da el trigo, el fruto y la flor.

Come el tiempo mil ciudades,  
Come el olvido mil famas,  
Come el sol mil humedades,  
Come el pez al pez, las damas  
Dineros y voluntades.

Come el orín el acero,  
El juego come el dinero,  
La poesía á más de dos;  
Hasta la sarna ¡por Dios!  
Come un estudiante entero.

Otro soldado exclama, muy dolido de las incomodidades y estrecheces de la vida militar:

¡Bien haya el santo oficial,  
Hormas, hierro, aguja é hilo,  
Que se ríen del estilo  
Del estrépito marcial'

.....  
¡Qué ejército como un martes  
Mercado en Zocodover'

.....  
¡Oh letras, bien haga el cielo  
Al que os inventó, que, en fin,  
No hay estudiante tan ruin  
Que no le reluzca el pelo'

.....  
¡Que viva un cura mil años  
Entre el frasco y el perril,  
Y que aquí un soldado vil  
Mueran por reinos extraños'

Todos ellos murmuran de sus capitanes y no respetan en sus desgarrados coloquios el nombre de Farnesio. Pero ¡ay del enemigo que se fie de tales murmuraciones! Así se lo advierte al Gobernador flamenco de Matrique un confidente suyo:

Eso de quejarse dél  
No engañe tus pensamientos;  
Que á Carlos quinto decía  
En Túnez un capitán:  
«Los españoles están  
Murmurando todo el día.»  
Y él respondióle: «Pues id,  
Y para vengarme en ellos,  
Murmurad delante dellos,  
Mal de mis cosas decid.»  
Fué el alemán, y no había  
Del Emperador hablado,  
Cuando cayó por un lado  
De una puñalada fría.  
Experiencia dellos hice,  
No creas que se le irán:  
Dicen mal del capitán,  
Y matan á quien lo dice.

¡Admirable rasgo histórico! Y como éste hay otros en la pieza, que en general está escrita con mucho nervio. En ella vemos aparecer la figura popularísima de D. Lope de Figueroa, con aquellas mismas tradicionales cualidades que luego han de tener pleno desarrollo en *El Alcalde de Zalamea*: su mal humor constante, su hábito de jurar, su brutal y honrada franqueza, su hidalguía sin tacha, su espíritu justiciero, y hasta su pierna gotosa:

..... ¡Juro á Jesucristo  
Que me admira y espanta Vuestra Alteza!  
Vaya al infierno, y demos á los diablos  
Una batalla, y ¡voto á Dios de hacellos  
Huir más tierra que perdieron cielo!

Así responde en el consejo de guerra á Alejandro Farnesio. Calcúlese cómo hablará á los soldados, especialmente cuando le atormentan los accesos de su mal:

¿Tanta paciencia presumió que gasto?  
Pues ¡voto á Dios, que falta ya paciencia  
Para sufrir dos piernas astrológicas,  
Que saben las mudanzas de los cielos  
Y sus alteraciones y discursos!  
.....  
¿No es la peor aquesta pierna mía  
Que cuantas piernas tiene Dios criadas?  
.....

.....¡Pluguiera á Dios, Perca,  
Que sirviera yo al Rey con estos brazos  
Que han hecho alguna cosa de hombre noble!

Lo que parecía que iba á degenerar en escena de entremés, adquiere, con esta melancólica reflexión, gravedad épica: aciertos geniales que tiene á cada momento el arte de nuestro poeta, aun en sus obras menos felices.

Pero el D. Lope de Figueroa que en *El Asalto de Mastrique* se nos presenta no está todavía, aunque doliente y achacoso, bastante purificado por el dolor: no es todavía el sublime veterano que en *El Alcalde de Zalamea* comparte con Pedro Crespo el lauro de la inmortalidad. Todavía paga tributo á las flaquezas humanas, y con desenfado puede decir:

.....¿Á quién  
Cualquiera mujer no agrada,  
No siendo monja ó pintada,  
Con quien nunca estuve bien,  
La una porque es de Dios,  
La otra porque no es?

No peca de exceso de idealismo su intriga de cuartel con la flamenca Aynora; pero en vísperas del asalto de la ciudadela de Mastrique, el buen caballero procura saldar las cuentas de su conciencia y repararlo todo, no sólo con espléndida largueza, sino con buenos consejos:

Y vive como mujer  
Que para morir nació;  
Y pues te predico yo,  
Bien me lo puedes creer.

La ajetreada amazona, que se encuentra de improviso con una dote de 500 escudos, no puede disimular su júbilo y exclama:

Digo, que si le dejase  
De la pierna aquel dolor,  
En España no hay señor  
Que á don Lope se igualase.

Finalmente, llamaremos la atención sobre un rasgo enérgico y que toca en lo sublime. El soldado Alonso García, á quien el Príncipe de Parma ordena permanecer alerta toda una noche sobre uno de los reductos, y arrojarle al foso de Mastrique en apuntando el día, para dar la señal del ataque, pregunta con la mayor naturalidad del mundo:

¿Es más que esto?

FARNESIO.

¿Y esto es poco?

ALONSO.

¡Cristo con todos: adiós!

Este episodio es histórico, pero si hemos de atenernos á las Memorias del capitán Vázquez, la heroica y decisiva resolución de Alonso García, que dió la señal del triunfo á los españoles, fué arranque espontáneo suyo y no cumplimiento de una orden del General, puesto que la única que había recibido era estar de centinela.

«Cúpole estar en un reducto á un soldado español que se llamaba Alonso García Ramón, natural de Cuenca, de la compañía del capitán Alonso de Perea, ejecutando éste orden; hizolo con mucha puntualidad y vigilancia, pasando la palabra hasta que volvió desde lo último y á tiempo que pudiese hacer el efecto que se deseaba, que era tener á los rebeldes necesitados de sueño y en arma, para que cogiéndolos á la mañana fatigados, al tiempo de gozar el sabroso sueño del alba, dar sobre ellos; y en siendo de día tuvo tan buen conocimiento este Alonso García, que *sin aguardar orden ninguna*, no quiso perder la ocasión y suerte que Dios le había ofrecido, y tendiendo la vista por toda la muralla, vió á los demás españoles alertados y puestos á punto, y comenzó á grandes voces á tocar arma, y á decir: «¡Cierra España, Santiago!», y á un mismo tiempo se arrojó del reducto al foso, libre de todo temor, y dió sobre los enemigos valerosísimamente, y todos los demás españoles le fueron siguiendo; lo mismo hicieron los alemanes y valones, y cada uno por su parte comenzaron á pelear ferocísimamente, y los rebeldes á resistirse; pero viéndose asaltados por todas partes, y que no les era posible contrastar el ímpetu con que los católicos habían cerrado, y el valor con que peleaban, comenzaron á perder el ánimo y á desamparar sus puestos, y los españoles y demás naciones á degollarlos y á hacer una riza en ellos extraordinaria; y con la memoria de los trabajos que habían pasado en el largo y prolijo sitio con muerte de tantos amigos, se les encendió el furor, y mezclado con *alguna* crueldad, no perdonaban á niños ni á mujeres, que por escapar las vidas iban buyendo y se arrojaban por las ventanas, y daban en manos de otros que se las quitaban, y algunos echaron del puente, que es muy alto, en el río Mosa, y se ahogaban..... Fué un día de juicio, y tan grande la mortandad, que ponía admiración, pues al desembocar del puente había un gran monte de cuerpos muertos, que pasaban de 12.000 con los que se habían echado en el río» (1).

### XIII.—POBREZA NO ES VILEZA.

Publicada en la Parte 20 de comedias de Lope (1625), de la cual hubo tres impresiones por lo menos. Figura también esta pieza en el tomo IV de la edición selecta de Hartzenbusch. Don Ramón de Valladares y Saavedra la refundió en cuatro actos, y en esta forma fué representada en 1848 (2).

(1) *Colección de documentos inéditos*, t. LXXII, págs. 214-215.

(2) *Pobreza no es vileza. Comedia en tres jornadas, del célebre Lope de Vega Carpio; refundida y puesta en cuatro actos por D. Ramon de Valladares y Saavedra, para representarse en Madrid el año de 1848. Madrid, 1848, imprenta de Lalama.*

Dedicó Lope esta obra al joven Duque de Maqueda, á quien llamó con alguna hipérbole *el Africano*, por sus felices entradas en tierra de moros mientras fué gobernador de Orán. Consta, en efecto, que en 13 de Octubre de 1624 corrió el Duque los aduare de los Beni-Aghú, y volvió á la plaza con 200 esclavos y 5.000 cabezas de ganado, rechazando á los moros que le hostigaban, y apoderándose antes de una fragata y una saetía turcas, ancladas al frente de Mostagán (1).

*Pobreza no es vileza*, comedia deliciosamente escrita, como todas las de la última manera de Lope, realiza la fusión del drama histórico y de la comedia novelesca. Pertenecen al primero todas las escenas donde se describe la memorable campaña de 1595, en que el Conde de Fuentes, D. Pedro Enriquez de Acevedo, Gobernador de los Países Bajos después de la muerte del archiduque Ernesto, renovó gloriosamente las hazañas del Duque de Alba y de Alejandro Farnesio, entrando audazmente por la provincia de Picardía, conquistando las plazas fuertes de Chatelet y Doullens, derrotando en campal batalla el ejército francés mandado por el Duque de Bouillon y el almirante Villars, haciendo retroceder hasta Amiens al Duque de Nevers, y, finalmente, apoderándose de Cambray después de dos meses de sitio habilísimamente conducido. Los pormenores de estas jornadas pueden leerse en los clásicos libros de Bentivoglio y de D. Carlos Coloma (que tanta parte tuvo en aquellos triunfos), y en los *Comentarios* del capitán de caballos D. Diego de Villalobos y Benavides, que con tan profunda erudición y recto juicio ha ilustrado en nuestros días el docto académico de la Historia D. Alejandro Llorente (2). Hay, además, biografía especial y minuciosa del Conde de Fuentes, escrita por don Cesáreo Fernández Duro, y á ella me remito en lo que puede importar á la ilustración histórica de esta comedia (3), cuya puntualidad es grande. No fué la única compuesta en loor de D. Pedro Enriquez, pero la de Luis de Belmonte Bermúdez, *El Conde de Fuentes* (manuscrita en la Biblioteca Nacional, procedente de la de Osuna), trata muy diverso argumento.

En *Pobreza no es vileza* la historia está introducida con mucha más habilidad

(1) Relación impresa en Madrid por Juan Delgado en 1624, á la cual se refiere D. León Galindo y de Vera en su *Historia de las posesiones hispano-africanas*. (*Memorias de la Academia de la Historia*, t. xi, pág. 249.)

(2) *Comentarios de las cosas sucedidas en los Países baxos de Flandes, desde el año de mil y quinientos y nouenta y quatro, hasta el de mil y quinientos y nouenta y ocho. Compuestos por don Diego de Villalobos y Benavides, Capitan de cauallos lanzas Españolas..... En Madrid, por Luis Sanchez..... Año de M. DC. XII.*

Reimpreso en la colección de *Libros de antaño* (tomo vi, 1876), con introducción, notas é ilustraciones de D. Alejandro Llorente, que constituyen uno de los mejores trabajos históricos publicados en nuestro tiempo.

(3) *Don Pedro Enriquez de Acevedo, Conde de Fuentes. Bosquejo encomiástico leído ante la Real Academia de la Historia en la junta pública celebrada el día 15 de Junio de 1884, por el académico de número Cesáreo Fernández Duro* (tomo x de la colección de *Memorias* de aquel Cuerpo literario. Madrid, imprenta de Tello, 1884).

que en otras comedias, y sirve únicamente de fondo á una acción novelesca muy interesante en sí misma, y que lo parece más por el ambiente heroico en que se desenvuelve. Aun los críticos más prevenidos contra el arte de Lope y menos versados en la lectura de sus obras, han hecho justicia al mérito de esta simpática y agradable composición. Sismondi cita como modelo de exposiciones en acción (que es uno de los puntos técnicos en que Lope lleva conocida ventaja á la mayor parte de los dramaturgos, y particularmente á Calderón), el comienzo tan interesante y caballeresco de esta comedia, en que Rosela, dama flamenca de alto nacimiento, se ve asaltada en su quinta por cuatro soldados españoles de los amotinados por falta de pagas, que quieren á viva fuerza arrancarla sus joyas, salvándola de tal peligro la inesperada aparición del héroe de la comedia, D. Juan de Mendoza, que en pobre traje de aventurero, con capote de dos haldas, viene á Flandes á hacer muestra de su valor. «Siempre sabe el poeta (dice Sismondi) deslumbrar la vista y dominar la atención desde el principio de su obra.» Y refiriéndose al empleo de la historia, añade estas palabras, que son exacto juicio de esta comedia y de otras muchas: «Parece que Lope de Vega estudió profundamente la historia de España, concibiendo un noble entusiasmo por la gloria de su patria, que trató de realzar en todas ocasiones. No son sus dramas tan precisamente históricos como los de Shakespeare, es decir, que no ha reunido en un punto los grandes acontecimientos del estado para formar un drama político; pero ha ligado, en cambio, una intriga novelesca á todo cuanto más glorioso ha hallado en los fastos de España, y ha mezclado de tal manera lo fabuloso con lo histórico, que los elogios de los héroes nacionales son una parte esencial é inseparable de sus poemas. El asedio de Jatelete, en el cual debe distinguirse Mendoza, aparece en parte en la escena, no para dar al espectador el placer de presenciar una batalla ridícula, como sucede en los teatros afeeminados de Italia, sino para que el Conde de Fuentes, al frente de su ejército, rinda á cada uno de sus oficiales, á cada uno de sus valientes, el tributo de gloria que la posteridad les concede» (1).

Además de los méritos apuntados por Sismondi, tiene esta pieza otros muy valiosos. Aunque es comedia de intriga, hay en ella un carácter muy bien estudiado, el del caballero pobre y honrado, que por reveses de la fortuna tiene que disimular en hábito humilde su ilustre prosapia, y se convierte en hijo de sus obras, logrando por premio de su valor, de su lealtad, de su recto y caballeresco proceder, de su discreción y cortesía, las palmas del triunfo en todos los lances de la vida, así en guerras como en amores. Este *roman d'un jeune homme pauvre* le puso en varias obras, y mejor que en ninguna en la bellísima parábola dramática *Las flores de Don Juan y rico y pobre trocados*. Pobreza no es vileza vale menos, sin duda, pero es

(1) *Historia de la Literatura española, escrita en francés por Mr. Sismonde de Sismondi, principiada á traducir, anotar y completar por D. José Lorenzo Figueroa, y proseguida por don José Amador de los Ríos*. Sevilla, Alvarez, 1842. Tomo II, 41. (Es la parte relativa á España en la obra *De la littérature du Midi de l'Europe*.)

del mismo corte y estilo. Los delicados diálogos de amor de D. Juan de Mendoza con la flamenca Rosela; la generosidad con que acude en socorro de un camarada suyo con los cien doblones únicos que posee; el celoso cuidado que tiene del honor de su hermana, compañera de su destierro; y sobre todo, aquel interesante conflicto entre el deber militar, que le llama á las trincheras de Chatelet, y la venganza de su honra familiar, ultrajada por el conde Fabio; aquella lucha de afectos mezclada con el tumulto del asalto y con las voces de mando del Conde de Fuentes, son pensamientos y situaciones muy bien imaginadas y de positivo efecto dramático:

¡Triste! ¿Qué tengo de hacer?

Ni áirme ni á estar me atrevo.

¿Cumpliré con lo que debo?

Si es mi sangre esta mujer,

¿Podré dejarla perder?

Pero ¿qué dirán de mí

Si agora faltó de aquí?

Las cajas me están llamando,

Y mi honor me está incitando,

Si es verdad que le perdí.

.....

Honor, no hay para qué andes

Estorbándome á quedar.

Pero ¿qué puedo ganar

Si pierdo el honor en Flandes?

.....

Acometer es mejor:

Felipe ha de ser servido;

Que si el honor he perdido,

Él me volverá mi honor.

.....

Piérdase mi honor, mi hermana,

Mi vida y la sangre mía.

Voy al asalto, pues creo

Que muriendo con valor,

Vengo á cobrar más honor

Que en la venganza deseo.

.....

Claro está que si yo faltó

En aquesta batería,

Dirán que es de cobardía,

Desde el humilde al más alto.

Morir en aqueste asalto,

El honor que pierdo adquiere,

Si en mi patria se supiere

Á un tiempo el bien como el mal.

¡Cierra España, pesía tal;

Que no puede más quien muere!

No es menos digna de atención la fiera altivez con que rechaza la mano de la señora flamenca, hermana del conde Fabio, que se la ofrece á trueque de que consienta en la boda de su hermana como reparación de su honor:

Conde, ya no puede ser  
Que te cases con doña Ana;  
Que aunque es tan noble tu hermana,  
No la quiero por mujer;  
Que quien no supo tener  
Guardada la que le dí,  
Ya no es buena para mí,  
Ni yo lo soy para ella,  
Pues pensaré siempre della  
Que no ha de guardarse á sí.

Si ella la hubiera guardado,  
Grande mi ventura fuera  
Que su mano mereciera,  
Habiendo mi honor cobrado;  
Mas como el ser hombre honrado,  
Rosela, al encuentro sale,  
Ningún remedio me vale;  
Pues casarse con recelo  
Es tener llovido el suelo,  
Adonde el honor resbale.

Mi hermana está en mi poder;  
Yo sabré darla castigo,  
Pues que casarse contigo  
Dices que no puede ser  
Sino es dándome mujer  
Que pueda darme valor:  
En mí culpa, y en ti error;  
Que marido acreditado  
Por mujer, ó es desdichado,  
Ó sabe poco de honor.

Noblezas, Conde, y espadas,  
Acreditan bien en Flandes  
Hechos y servicios grandes  
En seis famosas jornadas.  
Las mujeres más honradas  
Lo han de ser por su marido:  
El que por mujer lo ha sido,  
Sujeto vive á mujer;  
Que basta una vez nacer  
De mujer el bien nacido.

La desairada Rosela acude, en su despecho, al arbitrio desesperado de disfrazarse de hombre para asesinar á D. Juan, el cual inadvertidamente la hiere en propia



defensa. Huelga decir que esta sangre lo purifica todo, y une en estrecho lazo al gallardo español y á la apasionada y vengativa flamenca. Este desenlace es ingenioso y nuevo, aunque, por ventura, demasiado teatral.

Consiste, sin duda, el principal atractivo de esta comedia en lo elevado y caballeresco de los sentimientos que en ella campear, y en la pureza y fluidez del metro y de la dicción, muy rara vez empañada por resabios de mal gusto. Pero no vale menos la parte cómica: el truhán Panduro, antiguo capigorrón de Alcalá (1), medio ayo, medio escudero de D. Juan, es digno de alternar con los graciosos de Tirso de Molina, aunque á veces sus burlas pasen un tanto la raya del decoro, á lo menos para los melindrosos oídos de ahora. Júzguese por el cuento siguiente:

En mi tierra, un licenciado,  
 Hermosa mujer tenía,  
 Que á cierto galán quería,  
 Bien necio y bien confiado.  
 Púsole una noche al tal  
 Detrás de ciertas cortinas....  
 . . . . .  
 Y díjole: «Si por mí  
 O por vos se hace ruido,  
 Y, despierto mi marido,  
 Dijere: «¿Quién está ahí?»,  
 »Con los guantes haced son,  
 Porque piense que es el galgo.»  
 A media noche, el hidalgo  
 Habló recio en ocasión,  
 Y diciendo el licenciado:  
 «¿Quién es el que hace rumor?»,  
 Le dijo: «El galgo, señor,  
 Que está aquí detrás echado.»

De este modo se presenta al Conde de Fuentes:

CONDE.  
 ¿Qué érades antes vos?  
 PANDURO.

Era estudiante.

(1) Al fin del acto primero dice á su amo:

¿Para eso me sacaste  
 De capigorrón de escuelas,  
 Y por bonete y sotana  
 Me diste plumita y cuera?  
 ¡Por la tribuna de Dios,  
 Que á ser *brodista* me vuelva,  
 Y á escribir mil solecismos  
 Á Alcalá, contra la guerra,  
 En un latín remendado  
 Que ningún hombre le entienda!

CONDE.

¿Qué facultad?

PANDURO.

Compraba la comida.

CONDE.

¿Nunca fuisteis pasante?

PANDURO.

Antes pasaba

Mucha necesidad.

CONDE.

Pues de ese modo

Sabréis poco latín.

PANDURO.

Griego sé un poco.

Pregúnteme, señor, Vuestra Excelencia,

Y verá cómo en griego le respondo.

CONDE.

¿Si no sé griego yol

PANDURO.

Desta manera

Mil dicen que lo saben, porque al griego,

Como nadie lo sabe, callan luego.

¡Tremenda y merecida pulla contra los pedantes, pero que de ninguna manera ha de tomarse, ni tampoco otras análogas humoradas de Lope, como un documento sobre la situación de los estudios helénicos entonces, muy decaídos, sin duda, de lo que habían sido en el siglo XVI, pero no tan desamparados de cultivadores formales como pudiera inferirse de estas sátiras! Pedro de Valencia, Vicente Mariner, González de Salas, el mismo Quevedo, eran helenistas, y los trabajos del segundo rayan en lo fabuloso por el número y por la importancia de algunos de ellos. Entre los literatos de profesión era ciertamente raro el conocimiento del griego; y Lope, que era uno de los muchos que le ignoraban, se venga con estos dardos irónicos de la desdeñosa censura de Torres Rámila y otros dómines de su tiempo.

Una gran parte de los chistes de Panduro recae sobre el contraste entre las costumbres españolas y las flamencas (1), y muy especialmente sobre el uso de la cerveza, que abomina con todas las potencias de su alma. Muchas de estas ocurrencias pueden quedarse en el texto de la comedia misma, porque son menos limpias que donosas. Bastará con citar alguna que no ofrece este reparo:

PANDURO.

¿Habrà qué beber?

TIBURCIO.

Habrà

(1) Este aspecto de la comedia fué ya tenido en cuenta por Morel-Fatio en la deliciosa conferencia *Espagnols et Flamands*, que dió en Bruselas el 8 de Marzo de 1892. (*Études sur l'Espagne*, segunda edición. París, 1895. Tomo 1, págs. 236-293.)

Una extremada cerveza.

PANDURO.

¿Vino español.....

TIBURCIO.

No se gasta;

Bebemos á la flamenca.

PANDURO.

Oir cantar en falsete  
 Un hombre con barba negra;  
 Que hable de niña una dama  
 Que haya pasado de treinta;  
 Peinarse un galán lindoso,  
 Atada la bigotera,  
 Y que con ojos azules  
 Trate un hombre de pendencias;  
 Que ande diciendo sus versos  
 Eternamente un poeta;  
 Que un escudero se precie  
 De entendimiento sin letras;  
 Que califique discretos  
 Una doña hermosa y necia;  
 Que sea gracioso un frío  
 Porque perdió la vergüenza;  
 Que quien viste á la española  
 Traiga rosetas inglesas;  
 Que se descuide jugando  
 Quien tiene mujer y suegra;  
 Ver con dispensero y coche  
 Quien tiene en aire la renta,  
 Y un rico por la fortuna  
 Desvanecido en soberbia,  
 Es lo mismo para mí  
 Que hacerme beber cerveza.

Y en otra escena de la última jornada:

Aquí (que nunca le viera)

Aquel escudero vi;

Aquí fué donde bebí

Cerveza la vez primera.

Mal agüero, ó el peor,

Pues desde entonces acá,

Traigo los bigotes ya

A lo flandesco, señor.

¿Cuándo beberé con nombre

Más claro que el mismo sol

A quel vinazo español,

Que hace barbinegro un hombre:  
 ¿Cuándo aquel licor divino?  
 Que, en fin, cerveza es mujer,  
 Y el vino es hombre.....

Son notables también, por su valor histórico, las escenas que retratan la indisciplina de la bizarrísima pero desordenada milicia de Flandes.

Finalmente, sin pretender apurar todo lo que contiene de notable esta comedia, que debe leerse íntegra, no quiero omitir dos breves trozos líricos: el primero es una definición del amor, y el otro una paráfrasis de la anacreóntica de «El Amor y la Abeja», que también imitó Lope en el conocido romance «Por los jardines de Chipre».

LAURA.

Es amor una pasión  
 Reina de cuantas pasiones  
 Han dado imaginaciones  
 A nuestra imaginación.

Es amor atrevimiento  
 Del sentido más hermoso,  
 De la voluntad reposo,  
 Y error del entendimiento.

Es amor enfermedad  
 Que con los remedios dura,  
 Y un género de locura  
 En que da la voluntad.

Es amor un accidente  
 Que no puede definirse,  
 Pues cuando acierta á decirse  
 Es cuando menos se siente.

(*Acto segundo.*)

.....

FAEIO.

Vino de Chipre Cupido  
 Cierta día á Venus bella,  
 Quejándose que le había  
 Picado el dedo una abeja,  
 Y respondióle la diosa:  
 «La queja excusar pudieras,  
 Pues que tan pequeño picas  
 Almas que abrasas y hielas.»

El último verso no es muy anacreóntico que digamos, pero como ya de suyo la poesía sendo anacreóntica es tan amanerada, un grado más de amaneramiento no la perjudica mucho.

## XIV.—LA TRAGEDIA DEL REY D. SEBASTIAN

## Y BAUTISMO DEL PRÍNCIPE DE MARRUECOS.

Texto de la *Onzena Parte* de Lope (1618). En la primera lista de *El Peregrino* (1603) se cita una comedia titulada *El Príncipe de Marruecos*, que debe de ser esta misma. Su fecha consta con toda certidumbre por el texto de la comedia, que es, en gran parte, una pieza de circunstancias, compuesta en 1593 para festejar la conversión de un príncipe marroquí. Da noticia del hecho Antonio de León Pínelo en sus *Anales de Madrid*, inéditos aún:

«Muley Xequé, Príncipe de Marruecos, hijo de Muley Mahomet, Rey de Fez y Marruecos, habiendo sido echado del reyno por Muley Moluc, su primo, se vino á España, y desengañado de su falsa seta, recibió el agua del bautismo. Estuvo algun tiempo en el convento de la Victoria, donde le catequizaron. De allí fue llevado con mucho acompañamiento á las Descalzas Reales á recibir el bautismo. Fueron sus padrinos el Principe D. Felipe y la Infanta D.<sup>a</sup> Isabel. Llamóse D. Felipe de Africa, y comunmente el *Príncipe Negro*, porque lo era mucho. El Rey le dió hábito de Santiago y encomienda, con que vivió honrado y estimado en la Corte. Murió en la Fe Católica, sirviendo en Flandes» (1).

De este caballero africano, que figuró entre los Grandes de España en la jura del Principe que fué luego Felipe IV (13 de Enero de 1608), dice Lope en su novela *La desdicha por la honra*: «Está el Principe de Fez en Milan sirviendo á su Majestad con un hábito de Santiago en los pechos, y tan honrado del Rey Felipe II, y de la señora Infanta que gobierna á Flandes, que él le quitaba el sombrero y ella le hacia reverencia.»

Gracias á la *Adjunta al Parnaso* (1614) sabemos el lugar de su habitación en Madrid, nada menos que por testimonio del dios Apolo en el sobrescrito de la carta que por mano del poeta Pancracio de Roncesvalles envió á *Miguel de Cervantes: calle de las Huertas, frontero de las casas donde solía vivir el Príncipe de Marruecos*. Según las investigaciones de D. Ramón Mesonero Romanos (2), esta casa era la de Ruy López de Vega, en cuyo solar se levanta ahora el palacio que fué del Duque de Santoña. Suponen algunos, sin fundamento, que de este Principe moro tomó nombre la calle del *Príncipe*, pero consta que desde mediados del siglo xvi se la designaba ya con este nombre.

Finalmente, puedo presentar á mis lectores la fecha, hasta ahora ignorada, del fallecimiento de este ilustre converso, gracias al siguiente apunte que me facilitó el inolvidable D. Pascual de Gayangos: «En la Kalenda de Uclés lei el año 1849

(1) *Anales de Madrid*, año de 1593 (manuscrito de la Biblioteca Nacional). Copió ya este pasaje Pellicer en la *Vida de Cervantes* que precede á su edición del *Quijote* (1797), pág. cc.

(2) *El antiguo Madrid*, segunda edición, 1881; t. I, pág. 299.

un párrafo que decía así: *Obiit Dominus Philippus Benamarin de Africa, Princeps de Marruccos, comendator de Bedmar et Albanchez qui regnum postposuit fidei*, 1621 (1).

Comparando la tercera jornada de esta comedia de Lope de Vega, en que hay una minuciosa descripción de la ceremonia del bautizo del Príncipe, con la noticia de León Pinelo, se advierte una discordancia notable, puesto que Pinelo dice que la ceremonia se verificó en las Descalzas Reales, y nuestro poeta supone que fué en El Escorial. En este caso, sin embargo, no dudo en dar preferencia al poeta sobre el analista, porque éste escribía muchos años después del suceso, cuando ya había muerto el Príncipe de Marruecos, al paso que Lope redactó su gaceta dramática inmediatamente después de la ceremonia, enumerando uno por uno todos los personajes que á ella concurrieron, é introduciéndose á sí mismo como testigo presencial, con su nombre poético de *Belardo*. Por cierto que hace constar de paso que era entonces la primera vez que visitaba El Escorial:

GASENO.

¿Esta grandeza no vistes  
Hasta agora?

BELARDO.

Esta real  
Máquina del Escorial  
No había visto.

GASENO.

¿Vos nacistes,  
Belardo, en Madrid?

BELARDO.

Nací  
En Madrid, y confiado  
En estar tan cerca, he estado  
Sin verla hasta agora, y fui  
*Dos mil leguas una vez*  
*Sólo á ver á Inglaterra.....*

GASENO.

Parece esa maravilla,  
En la que es tan soberana,  
La del viejo de Triana  
Que no había visto á Sevilla.

BELARDO.

Pues pienso que no viniera

---

(1) Hubo también á principios del siglo xvii un D. Gaspar Benimerín que se titulaba infante de Fez, cuyo retrato se halla al frente del *Origen y descendencia de los Serenissimos Reyes Benimerines Señores de Africa hasta la persona del Señor D. Gaspar Benimerin Infante de Fez. Recopilada por Juan Vincenzo Escalión Cavallero Napolitano. En Napoles. Por Ivan Iacobo Carlino los anos* (sic) 1606. Libro raro y curioso.

Si del bautismo los ecos  
 Del Príncipe de Marruecos,  
 Donde tal vista se espera,  
 No me movieran los pies.....

Tengo por históricas, no sólo estas últimas escenas, sino todas las que se refieren á la conversión del Príncipe y á su estancia en Andújar, donde pasa la acción de la segunda jornada. Los pormenores son tan precisos, que apenas dejan sospecha de invención, y no hay que dudar que el retrato del Príncipe está sacado del natural:

Modesto rostro y moreno;  
 De cabello rizo y alto;  
 Alegre de ojos, y falto  
 De barba; fornido y lleno;  
 Fuerte, ligero y galán;  
 Á pie y á caballo, airoso;  
 Llano, humilde y generoso.....  
 .....  
 —¿De quién viene acompañado?  
 —De don Gonzalo de Ulloa,  
 Corregidor de Jaén,  
 Que de verde cruz se adorna.....

Me he detenido en estos pormenores, que algunos calificarán de nimios é insignificantes, porque siempre es útil fijar una fecha más en la vida de Lope y en la cronología de sus obras.

Esta comedia, cuyos personajes llegan á 56, es, sin disputa, una de las más irregulares y desordenadas que compuso. Comprende dos acciones enteramente inconexas. En el acto primero, la expedición de D. Sebastián á Africa y el desastre de Alcazarquivir, del cual se intercala además una larga relación en el acto segundo para que se entere de ella Muley Xequé, que era muy niño cuando la batalla acaeció (4 de Agosto de 1578). Lo restante de la pieza se reduce á la conversión del Príncipe, sin que vuelva á hablarse una palabra de la pérdida del rey D. Sebastián, ni se establezca lazo alguno entre ambos sucesos.

La monstruosidad del plan, unida á la diferencia de estilo que entre la primera y la segunda parte de esta obra advertirá todo el que tenga práctica de las distintas maneras de Lope, me hace sospechar que éste fundió en una dos obras diversas: que la comedia de su juventud no abrazaba más que lo que indica su título, *El Príncipe de Marruecos*, y que la primera jornada fué añadida muchos años después, y es acaso principio de otra comedia que Lope no llegó á terminar. Sólo con esta hipótesis se explica el que repitiese una misma batalla, primero en acción y luego en narración.

A pesar de tan absurda trama, este poema dramático tiene bellezas parciales que hacen tolerable su lectura. Las escenas de la romería de la Virgen de la Cabeza en Andújar (acto segundo) son un delicioso cuadro de *género*, con todo el hechizo

del naturalismo poético y popular, en que Lope se aventajaba siempre. Hay trozos picarescos de una gracia y lozanía de expresión insuperables; por ejemplo, las lamentaciones del villano á quien unos ladrones roban su asno, dejándole montado sobre la albarda. Adviértase que no puede haber aquí imitación ni reminiscencia del robo del rucio, porque esta comedia es anterior al *Quijote* en diez años. El movimiento fácil de las figuras, el nutrido gracejo y la rapidez del diálogo, la mezcla feliz del elemento lírico y musical (1), la alegría y animación del conjunto, nos hacen asistir á la fiesta como si la tuviésemos delante de los ojos, y viéramos las danzas de gitanos y las pendencias de jugadores, y oyéramos el són de las guitarras y adufes, y el chirrido de los carros, y aspirásemos el pesado olor de las tiendas de los buñoleros moriscos.

La parte que podemos llamar *épica*, es decir, toda la jornada primera, en que se trata de la catástrofe del rey D. Sebastián, forma singular contraste con este regocijado episodio por la gravedad histórica y el nervio de la expresión. No es decir que Lope se penetrase enteramente de la trágica poesía de su argumento: sólo Herrera fué digno intérprete de ella en su canción elegíaca, tan solemne y melancólica, tan profundamente sentida, que sólo en las lamentaciones de los profetas de Israel pudo hallar adecuado modelo. Pero si en la esfera de la poesía lírica triunfa sin rival aquella canción, hermana gemela del himno triunfal de Lepanto, y aun superior á él en opinión de muchos, no hay duda que nuestro dramaturgo dejó

---

(1) Hay varios cantarcillos de tono popular:

Á la Virgen bella  
Rosas y flores,  
De Jaén y Andújar  
Los labradores.....  
.....  
Virgen pura, estrella,  
Norte de la mar,  
Llevadme á la orilla,  
Que me voy á anegar.....  
.....  
La Virgen de la Cabeza,  
¡Quién como ella!.....

Es singular que el historiador de Andújar, D. Antonio Terrones, no mencione para nada, en el largo capítulo que dedica á la ermita de Nuestra Señora de la Cabeza y á sus milagros, éste, en que Lope insiste tanto, de haber empezado allí la conversión del Príncipe mahometano, que va á la romería con intento de burlarse de ella y sale de allí catecúmeno. Véase el libro titulado *Vida, Martirio, Traslacion y Milagros de San Euphrasio Obispo, y Patron de Andújar. Origen, Antigüedad y excelencias desta ciudad, Privilegios de que goza, y varones insígnies en santidad, letras y armas que á (sic) tenido. Ilustrado todo de varia erudicion, y buenas letras por Don Antonio Terrones de Robres, veintiquatro de la misma ciudad. Con privilegio, en Granada en la Empronta Real por Francisco Sanchez, año de 1657.*—4.º

Capítulo xxvi. «Aparecese la Sacratissima Virgen María de la Cabeza á un Pastor, y milagros que Dios obra por su intercession en su santa casa.» (Páginas 176-182.)



á larga distancia á todos los poetas portugueses que con flacas fuerzas acometieron este argumento, especialmente á Luis Pereira Brandão, uno de los ingenios que D. Sebastián llevó á Africa para que cantasen sus proezas, y que en el duro cautiverio de Fez comenzó su insoportable *Elegiada* (1), poema épico ó más bien crónica rimada en 18 cantos, tan prosaicos como la prosa más desmayada, sin número, armonía, ni cadencia. Queda memoria de otras dos epopeyas trágicas sobre D. Sebastián: una de Esteban Rodríguez de Castro, otra de Jerónimo Corte-Real; pero si no eran mejores que ésta, no hay que lamentar mucho su pérdida. Mucho más que estos versos de escuela nos interesa la ingenua prosa de la *Miscellánea* de Leitam de Andrade, ó el clásico y luminoso relato de Jerónimo Franchi Conestaggio (fuese ó no testafiero del Conde de Portalegre, como algunos suponen). Este libro, cuya primera edición italiana es de 1585, fué, á mi juicio, el único que Lope tuvo presente (2).

Hay otras dos piezas dramáticas sobre este asunto: una bastante notable, de Luis Vélez de Guevara, desenterrada por Adolfo Schaeffer, de un tomo, sin principio ni fin, de comedias antiguas, que por muy buenos indicios supone anterior á 1620 (3);

---

(1) *Elegiada de Luys Pereyra, dirigida ao Serenissimo Senhor Cardeal Alberto, Archiduque de Austria, Governador dos Reynos de Portugal. Impressa por Manoel de Lyra. Anno 1588. A requerimento de Francisco de Miranda. Com licença e privilegio Real.*—8.º 4 + 286 folios. Con poesías laudatorias de Pero d'Andrade Caminha, Jerónimo Corte Real y Diego Bernardes.—Segunda edición con el título de *Jornada da Africa, poema* (Lisboa, 1785).

Una parte, por lo menos, de este poema, fué traducida al castellano, y Salvá poseyó un fragmento manuscrito de esta versión (núm. 862 de su *Catálogo*).

(2) *Dell' vnione del Regno di Portogallo alla Corona di Castiglia. Istoria del Sig. Ieronimo de Franchi Conestaggio Gentiluomo Genovese. In Genova. Appresso Girolamo Bartoli, 1585.*—4.º, 12 hojas preliminares, sin foliar, y 264 páginas.

—*Historia de la vnion del reyno de Portugal a la Corona de Castilla: de Geronimo de Franchi Conestagio. Traduzida de lengua italiana en nuestra vulgar Castellana por el Doctor Luys de Bania. Barcelona, Sebastian de Cormellas, 1610.*—4.º Cuatro hojas preliminares + 227 folios, y uno más con las señas de la impresión.

Para las noticias genealógicas sobre los Reyes de Marruecos hubo de valerle Lope de Vega de cierta historia de los Jarifes, que expresamente menciona:

BEJARDO.

Yo he leído las historias  
Destos jarifes, y estoy,  
Gaseno, á fe de quien soy,  
Aficionado á sus glorias.  
Fueron grandes caballeros,  
Fueron notables soldados.....

Esta historia no puede ser otra que la *Relacion del origen y successo de los Xarifes, y del estado de los Reinos de Marruecos, Fez, Tarudate y los demás que tienen usurpados. Compuesta por Diego de Torres. Sevilla, Francisco Pérez, 1586.*—4.º

(3) *Ocho comedias desconocidas de don Guillem de Castro, del Licenciado Damiano Salustio del Foyo, y de Luis de Guevara, etc., tomadas de un libro antiguo de comedias nuevamente hallado y dadas á luz por Adolfo Schaeffer. Leipzig, Brockhaus, 1887. Tomo II, págs. 153-217.*

y otra de D. Francisco de Villegas, *El Rey Don Sebastián y Portugués más heroico*, que se funda en la de Guevara más bien que en la de Lope, y está inserta en la Parte 19 de *Comedias nuevas escogidas* (1662) (1).

La comedia de Calderón *El Gran Príncipe de Fez D. Baltasar de Loyola* tiene distinto protagonista que ésta de Lope, pero trata como ella de la conversión de un príncipe marroquí, que abraza el cristianismo y entra en la Compañía de Jesús. El drama de Calderón (que puede considerarse como un homenaje á los Padres de la Compañía, sus antiguos maestros) es esencialmente teológico, y tiene muchas escenas con personajes alegóricos. En Lope hay una sola de este carácter, en que la *Ley evangélica* y la *Secta africana* se disputan la posesión del Príncipe. Sin duda Calderón la tuvo presente, pero, siguiendo la inclinación de su genio conceptuoso y sutil, dió mucho más desarrollo á esta controversia.

## XV.—EL ALCALDE DE ZALAMEA.

La primera mención de un *Alcalde de Zalamea* compuesto por Lope se halla en el *Catálogo* de D. Vicente García de la Huerta (1785); pero nadie fijó la consideración en ella, por entender, sin duda, que se trataba del famoso drama de Calderón del mismo título, y que su atribución á Lope era uno de tantos errores y confusiones de Huerta (2). Valentin Schmidt, el más diligente de los comentadores de Calderón, tampoco tuvo más noticia que ésta. El descubrimiento de la comedia de Lope se debe á D. Agustín Durán, que poseyó el manuscrito que hoy existe en la Biblioteca Nacional, y se le franqueó generosamente, lo mismo que el resto de su colección dramática, al conde Adolfo Federico de Schack para redactar el *Apéndice* que en 1854 añadió á su *Historia del Teatro español*, publicada en 1845. Schack fué el primero que habló de *El Alcalde* de Lope con conocimiento de causa, aunque demasiado rápidamente y llegando á una conclusión exagerada: «En *El Alcalde de Zalamea* (dice) aprovechó Calderón una comedia del mismo título de Lope, *apropiándose la traza entera de la fábula, los caracteres de los personajes y las escenas más interesantes; de suerte que sólo la dicción poética puede llamarse propiedad suya* (3). En los catálogos de Chorley y Barrera se anunció la existencia, no sólo del ejemplar manuscrito de Durán, sino de una edición suelta en la biblioteca

---

(1) En el *Romancero general* de 1604, y en el de Durán (números 1.245-1.247), hay tres romances artísticos sobre la jornada de Alcazarquivir. En dos de ellos se repite el tema del célebre romance de la batalla de Aljubarrota: «Si el caballo vos han muerto.....»

(2) *Catálogo alfabético de las Comedias, Tragedias, Autos, Zarzuelas, Entremeses y otras obras correspondientes al Teatro Español. En Madrid. En la Imprenta Real. 1785.—8.º*

(3) *Geschichte der dramatischen Literatur und Kunst in Spanien. Von Adolph Friedrich von Schack. Zweite, mit Nachträgen vermehrte, Ausgabe. Frankfurt am Main, 1854. (Página 85 del Apéndice.)*

de lord Holland, y el mismo Chorley, insigne colector y bibliógrafo de las obras teatrales de Lope, llegó á adquirir otra suelta que se conserva hoy en el Museo Británico.

Adquirida por nuestro Gobierno la colección de Durán en 1863, se apresuró el ilustre director de la Biblioteca Nacional, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, á dar cuenta de aquel espléndido ingreso, en la Memoria inaugural leída en junta pública el 20 de Enero del año siguiente, fijándose muy especialmente en esta comedia, haciendo de ella un minucioso análisis, con inserción de varios trozos, y una comparación discreta y luminosa con el drama calderoniano. Dada la singular pericia del crítico y el delicado sentimiento que tenía del arte dramático, en que tanto sobresalió, no hay que decir que su estudio fué magistral, y aun pudiera tenerse por definitivo si en algún caso el excesivo celo por la gloria de Calderón no le hubiera llevado á rebajar en demasía la importancia de la obra de su predecesor, sin la cual el inmortal y definitivo *Alcalde de Zalamea* no existiría (1).

El manuscrito de Durán, que se halla encuadernado con otras nueve comedias, todas de Lope ó atribuidas á él y todas muy raras, es copia de letra moderna de un impreso que perteneció al médico D. Manuel Casal, festivo versificador, más generalmente conocido por su seudónimo de *D. Lucas Alemán y Aguado*, con el cual ya ejercitaba la pluma en tiempo de Carlos III y continuaba fatigando las prensas en 1832 y aun más adelante. Su colección dramática, que según noticias era riquísima, emigró de España después de la muerte de su dueño, y acaso proceda de ella uno ú otro de los dos ejemplares existentes en Inglaterra. Nada puede afirmarse del de lord Holland, porque, hasta ahora, no ha parecido entre sus libros. El del Museo Británico, que por los indicios tipográficos pareció á Chorley impreso en Sevilla á principios del siglo XVIII, es una edición suelta que no puede identificarse con la que tuvo Casal, pues cotejándola con la copia de Durán, resultan algunas variantes que no parece natural atribuir á descuido ó capricho del amanuense moderno.

Con presencia de ambos textos ha hecho una esmerada reproducción de esta comedia el erudito alemán Máximo Krenkel, bien conocido entre los doctos por su excelente edición crítica de Calderón, interrumpida, por desgracia, en el tercer volumen, que es el que contiene el texto de ambos *Alcaldes*, acompañado de útiles notas y de una apreciable introducción de 134 páginas, en que se dilucidan con sana y abundante doctrina todas las cuestiones relativas á este famoso argumento dramático (2). A esta monografía me remito para todo lo que es propio de Calde-

(1) *Memorias leídas en la Biblioteca Nacional en las sesiones públicas de los años 1863 y 1864*. Madrid, imprenta de Rivadeneyra, 1871. Páginas 32-47.

(2) *Klassische Bühnendichtungen der Spanier herausgegeben und erklärt von Max Krenkel. III. Calderon. Der Richter von Zalamea nebst dem gleichnamigen Stücke des Lope de Vega*. Leipzig, Johann Ambrosius Barth, 1887.—4.º El *Alcalde de Zalamea* de Lope ocupa la última parte del tomo, págs. 284 á 388.

rón, limitándome aquí á la parte de Lope y procurando no insistir en lo que Krenkel ha dicho perfectamente.

Basta leer *El Alcalde de Zalamea*, ya en el texto de Calderón, ya en el de Lope, para comprender que se trata de un drama profundamente histórico, de una *historia verdadera*, como Calderón la llama. Y esto, no sólo por la intervención de personajes tales como Felipe II y D. Lope de Figueroa, sino por el color y figura de verdad que toda la pieza tiene, y por las precisas circunstancias de lugar y tiempo á que la acción se contrae. Calderón modificó algo, como veremos, el dato primitivo; pero en cuanto á Lope, no tengo duda de que las cosas pasaron tal y como él las representa, y que hubo en Zalamea de la Serena un alcalde como el suyo (llamárase ó no Pedro Crespo), que hizo en vindicación de su honor lo que en la comedia se contiene, acaeciendo esta memorable justicia en los meses que corrieron desde Marzo de 1580 hasta Febrero de 1581, durante la jornada de Felipe II á Extremadura para estar atento á las operaciones del ejército que á las órdenes del Duque de Alba invadió y conquistó á Portugal. Es claro que ni los documentos oficiales ni los historiadores consignan un hecho que les parecería de poca importancia y de interés puramente doméstico; pero hablan, en general, de los desafueros y tropelías de los soldados y de la dureza con que fueron reprimidos, y éste sería uno de tantos casos (1). Ciertamente en ninguna parte consta el nombre del capitán D. Alvaro de Ataíde, pero este nombre pertenece exclusivamente á Calderón: los dos capitanes de Lope no tienen apellido, y la más elemental prudencia obligaba á callarle ó desfigurarle en el teatro, para no infamar á sus familias tratándose de un caso tan reciente y lastimoso. En la presencia de D. Lope de Figueroa no hay infracción alguna de la historia. Aquel famoso Maestre de campo no mandaba ninguno de los tercios de infantería que concurrieron á la conquista de Portugal, pero mandaba la escolta de Felipe II cuando entró á tomar posesión del nuevo reino, en 28 de Febrero de 1581. A un poeta dramático no se le puede exigir, aun tratándose de cosas contemporáneas, el mismo rigor cronológico que á un historiador.

Creo, pues, que *El Alcalde de Zalamea* es una anécdota histórica, sin más fuente que la realidad misma, y conceptúo superfluo buscarla ningún origen literario. No lo es, en verdad, pues sólo presenta semejanza muy remota (que Krenkel ha sido el primero en advertir), un cuento de *Il Novellino*, de Masuccio Salernitano, desvergonzadísimo pintor de las costumbres napolitanas en tiempo de la dinastía de Aragón. Floreció Masuccio en la segunda mitad del siglo xv: la primera edi-

(1) Basta fijarse en el bando severísimo publicado por Felipe II, en el Campo de Cantillana, el 28 de Junio de 1580, en cuyo art. 3.º se lee: «Que *ningun soldado, ni otra persona de cualquier grado ni condicion que sea, ose ni se atreva de hacer violencia ninguna de mujeres, de cualquier calidad que sea, so pena de la vida.*»

(Antonio de Herrera, *Cinco libros de la historia de Portugal, y conquista de las Islas de los Azores*..... 1591; págs. 78-81.)

ción de su libro es de 1476. La novela que tiene relación con nuestro asunto es la 47, y está dedicada al primer Duque de Urbino, Federico de Montefeltro (1). Extraeré aquí lo sustancial de esta narración, conservando, en lo que pueda, el singular estilo de su autor.

Dice, pues, Masuccio que «después de haber tornado la rica y poderosísima Barcelona á la obediencia y fidelidad que debia al inclito rey D. Juan de Aragón (*segundo de este nombre*), su verdadero é indisputable señor, determinó éste rescatar á Perpiñán, ocupada por los franceses, y para esta empresa invocó el auxilio del ilustrísimo Príncipe de Aragón, Rey de Sicilia, su primogénito (*que fué después Fernando el Católico*), el cual, para cumplir el mandato paterno, abandonando las delicias de España y el amor de su joven esposa, emprendió con sus barones y caballeros la jornada. Y pasando por muchas ciudades y fortalezas del reino de Castilla, donde fué alegremente recibido y honrado como señor natural, llegó á Valladolid, donde, no menos por su autoridad que por el enlace que recientemente había contraído, tuvo una entrada triunfal, y fué hospedado en casa de un notable caballero de los principales de la villa, que para honrar como se merecía á tan gran Príncipe, convidó al día siguiente á su casa á la mayor parte de las damas de la ciudad, para que le festejasen con diversos géneros de instrumentos y toda manera de bailes. Brillaron entre estas damas, por lo hermosas y por lo honestas, dos hijas tuyas doncellas, que á todas excedían en gentileza. Lo cual fué ocasión de que dos caballeros aragoneses, de los más amados y favorecidos por el excelente señor Rey, se enamoraran ardentísimamente cada uno de ellos de una de estas bellas damiselas, de suerte que en brevísimo tiempo se encontraron engolfados dentro del piélagó del amor, y anteponiendo su desordenado querer á todo mandamiento de la razón, tomaron por último partido, aunque la muerte les costase, obtener la victoria de tal empresa; y como para el día siguiente se disponía el Rey á continuar su viaje, determinaron satisfacer la noche siguiente su inicuo y malvado deseo. Y habiendo logrado por extrañas y cautelosas vías entrar en trato con una criada de casa del caballero, la cual tenía por nombre Agnolina, que solía dormir en la propia cámara de las susodichas doncellas, la corrompieron con muchos dones y promesas, como es costumbre en los de allende los montes, y ordenaron con ella cuanto convenía á la ejecución de su designio. Y como quiera que la cámara y ventanas de estas doncellas estaban muy altas respecto de la calle, acordaron valersè de una escala de cuerda, que habían empleado en otras partes para escalar monasterios. Y

---

(1) *Il Novellino di Masuccio Salernitano restituito alla sua antica lezione da Luigi Settembrini. Napoli, presso Antonio Morano..... 1874.*

Página 488: *Novella XLVII. Argomento. Lo signore Re di Sicilia in casa de uno Cavaliero castigliano alloggiato. Dei de' soi più privati Cavalieri con violenza togliono la virginitate a due figliole de l'oste cavaliero: il signor Re con grandissimo rueriscimento sentito, le fa loro per mogli sposare, e a l'onore reparato, vole a la giustizia satisfare, e a'doi soi Cavalieri fa subito la testa tagliare.*

cuando llegó la noche, con el favor de la sobornada sierva, escalaron la ventana de la habitación donde las doncellas se creían tan seguras, y entrando uno tras otro con poca luz, las encontraron en el lecho desnudas, durmiendo con toda quietud, y cumplieron con ellas su perversa, torpe y abominable intención, á pesar de las altísimas voces con que ellas se lamentaban y pedían socorro. Al espantoso rumor acudió su padre, cuando ya los caballeros habían huido; y oyendo de labios de sus hijas la relación del hecho, y viendo la escala todavía apoyada á la ventana, comenzó con ásperas amenazas y tormentos á inquirir de la esclava quiénes habían sido los quebrantadores de su honra y de la honestidad de sus hijas. Ella lo declaró todo, y el viejo con ánimo grande confortó á sus hijas, y tomándolas por la mano se fué con ellas á la cámara del señor Rey, y con fiero dolor le contó el hecho, lamentándose de que sus más íntimos criados hubiesen correspondido de tal modo á las demostraciones de lealtad y amor con que él había recibido al Príncipe. El prudentísimo y sapientísimo Rey, que con pena grande había escuchado al caballero, sintió tal furor é indignación, que poco faltó para que en aquel mismo punto no hiciese morir á sus perversos caballeros; pero refrenando un poco la explosión de su ira, se reservó en lo arcano de su pecho el fiero castigo que en tan áspero y extraño caso se requería; y después de haber consolado al pobre caballero y á sus hijas, deliberó lo primero reparar en cuanto se pudiese la quiebra de su honor. Para lo cual, difiriendo su partida, ordenó con el Potestad (*Gobernador*) que todos los notables de la ciudad, hombres y mujeres, se reuniesen en casa de aquel caballero para una nueva fiesta que allí se iba á celebrar. Llegaron con presteza, y habiéndolos hecho conducir á una gran sala, salió el prudentísimo Rey acompañado de las dos doncellas, y habiendo hecho venir á los dos criminales caballeros, declaró, casi llorando, á todos los presentes el enormísimo caso, para reparación del cual, si bien imperfecta, quería que cada uno de ellos se desposase con la doncella que había violado, y que allí mismo entregasen á cada una 10.000 florines de oro á título de dote. Convertido súbitamente en tanta alegría el pasado terror, tornó á proseguirse la fiesta con duplicado regocijo, y el contento de todos fué mayor cuando vieron que el Rey salía á la plaza mayor. Y allí, en presencia de todos los nobles y del pueblo, después que los heraldos impusieron silencio á la muchedumbre, habló de esta manera: «Señores míos, paréceme haber aplicado en la pequeña parte que estaba á mi alcance los oportunos remedios que en tan fatal y lastimoso extremo pensé que podrían convenir al honor de este buen caballero, huésped mío, y de sus hijas, de lo cual todos y cada uno de vosotros podéis en lo venidero dar testimonio. Ahora quiero satisfacer enteramente á la justicia, á la cual primero y más que á ninguna otra cosa estoy obligado, pues preferiría morir antes que faltar á ella en ninguno de mis actos. Por lo cual han de llevar todos con paciencia lo que yo, con el más grande dolor que en mi corazón he sentido nunca, voy á hacer ahora para desligarme de tan justa obligación.» Y dicho esto, sin otra forma de juicio, mandó traer dos vestiduras negras que arrastraban hasta el suelo, y haciéndoselas vestir á los dos caballeros, ordenó que en el instante mismo, y ante aquel tan numeroso y lucido

concurso, fuesen ambos degollados. Y así se hizo, no sin llanto general de los ciudadanos, los cuales procuraron que se diese á los caballeros honrada sepultura. El Rey dispuso que todos sus bienes muebles é inmuebles pasasen á las doncellas, ya viudas, y que fuesen casadas nuevamente con dos de los más nobles ciudadanos. De este modo acabó aquella fiesta, tantas veces interrumpida por tan tristes y alegres casos. El Rey partió de Valladolid con la estimación de ser el único príncipe virtuoso y liberal de nuestro siglo.»

Repasando atentamente esta historia, cualquiera echa de ver que no coincide con el argumento de *El Alcalde de Zalamea*, sino con el desenlace de *El mejor Alcalde el Rey*. Lo que hace Fernando *el Católico* en el cuento, hace el emperador Alfonso VII en la comedia:

Da, Tello, á Elvira la mano  
Para que pagues la ofensa  
Con ser su esposo; y después  
Que te corten la cabeza,  
Podrá casarse con Sancho,  
Con la mitad de tu hacienda  
En dote.....

Y es claro que este argumento no le tomó Lope de Masuccio, sino de la cuarta parte de la *Crónica general*, como al fin de la comedia se advierte.

Respecto de *El Alcalde de Zalamea*, no puede verse otra semejanza que la violación de las dos doncellas (que Calderón redujo á una sola) y el castigo impuesto á los bárbaros capitanes. Pero como el vengador moral de la ley es aquí el Rey, y no el padre ni el juez, falta en el cuento de Masuccio todo lo que constituye la mayor originalidad y belleza de *El Alcalde*, así en Lope como en Calderón, es decir, el carácter de magistrado popular que tiene y ejercita el padre ofendido.

Esparcidos en otras obras de Lope están casi todos los elementos que reunió en *El Alcalde de Zalamea*. Pedro Crespo, en su condición de villano sagaz, sentencioso y enérgico, es próximo pariente de Juan Labrador (*El Villano en su rincón*), de Mendo (*El Cuervo en su casa*), de Peribáñez, de Esteban el de *Fuente Ovejuna*; y aun este último es alcalde, para que todavía resalte más el aire de familia. El carácter tradicional de D. Lope de Figueroa (cuya historia militar es inútil resumir aquí, puesto que ya Krenkel ha trazado su biografía con gran lujo de noticias) está bosquejado en *El Asalto de Mástrique*, y recibe ahora su perfección y complemento. De aquí pasó, no sólo al segundo *Alcalde de Zalamea*, sino á otra comedia de Calderón, *Amar después de la muerte*, y á *El Defensor del Peñón*, de D. Juan Bautista Diamante, y á otras varias comedias de nuestro antiguo repertorio en que aparece más ó menos episódicamente tan famoso personaje.

El primitivo *Alcalde de Zalamea* es, sin duda, una de las piezas más desiguales del inmenso Teatro de Lope; circunstancia que, á la vez que justifica el hecho de la refundición, coronada por la gloria, hace más excusable el olvido en que llegó á caer la obra primitiva, hasta convertirse en una curiosidad bibliográfica, no exhumada

hasta nuestros días. Pero hubo mucho de injusto en este olvido, y la crítica, imparcial y justiciera, debe dar á cada uno lo suyo, reconociendo y estimando en su altísimo valor los elementos que Calderón encontró en la comedia, algo defectuosa y atropellada, de su inmortal predecesor. Lo que Calderón debe á Lope en *El Alcalde de Zalamea* no es cualquier cosa accidental ó secundaria, sino la idea poética fundamental, el conflicto dramático, el plan, los principales personajes, las situaciones culminantes, y, además, algunos versos enteros y una porción de frases literalmente copiadas. Que todo lo enmendó y mejoró no tiene duda, ni podía esperarse otra cosa de un poeta de su talla que se pone á refundir una obra ajena; pero *facilius est inventis addere*, y el mérito de la invención nadie se le puede quitar á Lope, como mostrará el breve análisis siguiente.

Pedro Crespo, labrador de Zalamea, tiene dos hijas solteras que por la noche hablan desde las rejas con el capitán D. Diego y su hermano D. Juan, pertenecientes á un tercio que se encuentra alojado en la villa de Zalamea. Precisamente por los mismos días el vecindario de Zalamea pone la vara de alcalde en manos de Pedro Crespo, el cual la acepta después de repetidas excusas, mostrando desde el principio de su gobierno aquella mezcla de honrada altivez, de espíritu justiciero, de candor rústico y de maliciosa ingenuidad, que son las principales notas de su carácter, tal como Lope le ha concebido y desarrollado en una serie de escenas que tienen mucho de cómicas y ofrecen no leves puntos de semejanza con las del gobierno de Sancho en su insula. Pero pronto más graves asuntos ponen á prueba el claro discurso y el recio temple de alma de Pedro Crespo. Cae en sus manos un papel en que los capitanes rondadores de sus hijas anuncian su propósito de sacarlas de noche engañadas con palabra y cédula de matrimonio. El Alcalde trata de evitarlo previniendo de un modo indirecto á sus hijas contra el peligro que las amaga de parte de quienes, *en viéndolas sin honra, han de publicallo á gritos*. Pero todo en balde: las doncellas emprenden la fuga, cayendo, afortunadamente, en manos de su padre y de un criado suyo que estaban emboscados, y que logran salvarlas de las garras de sus robadores, haciendo prisionero en la refriega á un sargento que acompaña á los capitanes y que viene á ser el *miles gloriosus* de la pieza.

Hasta aquí el primer acto. En el segundo aparece D. Lope de Figueroa, tan brusco y honrado como siempre, jurando y perjurando, lastimado por los dolores de la gota. El conflicto con el Alcalde es el mismo que en la obra calderoniana, aunque no se condensa en rasgos tan enérgicos. También es idéntico en sustancia el resto de la acción. Las dos hijas de Pedro Crespo llegan, al fin, á huir con sus seductores, que las abandonan después de violarlas. Su padre, que en vano ha corrido á detenerlas, cae en manos de una partida de soldados que le atan á un árbol. Allí, para complemento de su desgracia, ve pasar á sus hijas, que, temerosas de su venganza, no se atreven á desatarle. Y allí permanece hasta que un fiel criado suyo llega y rompe sus ligaduras.

Entretanto, los capitanes que habían arrebatado la honra á las hijas del Alcalde, se entregaban al merodeo en el término de Zalamea, cometiendo mil desafueros y



tropelias. El Alcalde logra sorprenderlos una noche, los pone en prisiones, recibe de sus dos hijas las cédulas de matrimonio que ellos habían firmado, y comienza por hacerlos casar antes que apunte la aurora del día siguiente. Hay en el diálogo momentos muy felices:

ALCALDE.

¿Sabéis lo que me debéis?

DON JUAN.

Sí sabemos: ¿qué queréis?

ALCALDE.

Quiero que en saliendo el día  
Con mis hijas os caséis.

DON DIEGO.

Es nuestra sangre muy clara.

ALCALDE.

Pues si es clara, bueno fuera  
Que primero se mirara  
Porque no se obscureciera.

. . . . .

DON DIEGO.

Cualquiera humilde partido,  
Rendidos á vuestros pies,  
Damos por bien recibido;  
Pero ¿qué ha de ser después?

ALCALDE.

Lo que Dios fuere servido.

Al día siguiente llega á Zalamea Felipe II de jornada para Portugal; y sabedor de la prisión de los capitanes, pregunta por ellos al Alcalde, y exige verlos. El Alcalde contesta con su habitual laconismo, no sin mezcla de socarronería:

ALCALDE.

¿Enfadaráse ¡pardiez!  
Conmigo cuando los vea?

REY.

¿Enfadarme yo? ¿Por qué?

ALCALDE.

Porque, siendo el juez mayor,  
No os hice á vos el juez;  
Mas yo, como Dios me ayuda,  
Hice lo que supe hacer.  
Descubrid ese balcón:  
Aquí mis yernos veréis.

. . . . .

Y, efectivamente, los ve, pero ahorcados.

El diálogo continúa con la misma sublime rapidez:

REY.

¡Válgame Dios! ¿Qué habéis hecho?

ALCALDE.

¡Pardiez, hice lo que ve!

REY.

¿No era más justo casallos?

ALCALDE.

Sí, señor; ya los casé  
Como la Iglesia lo manda,  
Pero ahorquélos después.

REY.

Pues para haber de ahorcallos,  
¿Por qué los casasteis?

ALCALDE.

Fué

Porque ellas quedaran viudas  
Y no rameras.....

. . . . .

Forzar doncellas, ¿no es causa  
Digna de muerte?

REY.

Sí es;

Pero si son caballeros,  
Era justo ver también  
Que habíais de degollarlos,  
Ya que os hicisteis su juez.

ALCALDE.

*Señor, como por acá  
Viven los hidalgos bien,  
No ha aprendido á degollar  
El verdugo.....*

Estos últimos versos han pasado íntegros á la obra de Calderón, el cual, como se ve, debe á Lope algo más que materiales informes. El desenlace tampoco difiere mucho. El Rey aprueba lo hecho: las hijas de Pedro Crespo van á un convento, y él queda por Alcalde perpetuo de Zalamea.

Las imitaciones de detalle son tan frecuentes, que sería preciso llenar algunas páginas con el cotejo; tarea, por otra parte, inútil, puesto que ya la realizó Krenkel. Me limitaré á copiar muy pocas frases:

LOPE DE VEGA.

El Maese de campo es un demonio,  
Y es medio renegado si se enoja.

CALDERÓN.

Es el cabo desta gente  
Don Lope de Figueroa,  
Que si tiene tanta loa  
De animoso y de valiente,  
La tiene tambien de ser  
El hombre más desalmado,  
Jurador y *renegado*  
Del mundo.....

LOPE DE VEGA.

¿Hay desvergüenza mayor  
Que la que tiene el villano?

—¡.....! ¡Pese á la pierna,  
No viniera un demonio y la llevara!

—¿Mejoró ya de la pierna?  
—En mi vida estará bueno.  
¡Ofrézcola á Bercebú!.....

..... Echad un bando,  
Que no parezca en el pueblo  
Hoy, so pena de la vida,  
Ningún soldado.....

Puesto os han infames lazos,  
Porque nuestra infamia vean  
Vuestros ojos, sin que sean  
Furioso estorbo los brazos.  
Temiendo que no nos deis  
La muerte, os habrán atado.  
.....  
Perdonad, que estáis de suerte  
Ofendido, y con razón,  
Que si rompo la prisión  
Me he de condenar á muerte.

Á vos, por lo bien que hacéis  
Vuestro oficio, os hago alcalde  
Perpetuo.....  
—Pues con esto, señor, ven,  
Dando fin á la comedia,  
Pues precias tan justo juez.

CALDERÓN.

La desvergüenza es mayor  
Que se puede imaginar.....

¿No me basta haber subido  
Hasta aquí con el dolor  
Desta pierna, que los diablos  
Llevaran, amén?.....

Nunca acá venga,  
Sino que dos mil demonios  
Carguen conmigo y con ella.....

¡Hola! Echa un bando, tambor,  
Que al cuerpo de guardia vayan  
Los soldados cuantos son,  
Y que no salga ninguno,  
Pena de muerte, en todo hoy.....

No me atrevo, que si quitan  
Los lazos que te aprisionan,  
Una vez las manos mías,  
No me atreveré, señor,  
Á contarte mis desdichas,  
Á referirte mis penas;  
Porque si una vez te miras  
Con manos y sin honor,  
Me darán muerte tus iras.....  
.....

Vos, por alcalde perpetuo  
De aquesta villa os quedad.  
—Solo vos á la justicia  
Tanto supisteis honrar.  
.....

Todo esto y mucho más que aquí se omite, está, no sólo imitado, sino literalmente calcado sobre este primer bosquejo del grandioso drama *municipal* que hoy admiramos. Tal como se lee en el único texto conservado (pues en sustancia son uno mismo el de la Biblioteca Nacional y el del Museo Británico), la obra de Lope parece haber sufrido mucho en manos de copistas y refundidores antes de llegar á las de Calderón. Hartsenbusch hizo notar que los actos segundo y tercero abundan en largos romances, bastante ajenos de la manera de Lope, el cual en sus obras dramáticas hacía constante alarde de mucha riqueza de metros y combinaciones. De aquí

deducía aquel inolvidable poeta y erudito, que la de Calderón era ya, por lo menos, tercera refundición, lo cual es indicio claro de la belleza y popularidad del tema. Con nombre de Rojas, y con el título algo extraño de *El garrote más bien dado*, hállese también, en impresiones sueltas y descuidadas, una comedia del Alcalde de Zalamea, pero ésta es la misma de Calderón, con variantes levísimas, originadas sin duda alguna de incuria de los editores. Por otra parte, nadie ha de sentirse tentado á atribuir á Rojas la paternidad de obra tan bella, cuando vemos que el mismo Calderón la reconoce por suya en la lista de sus comedias que envió al Duque de Veragua. Es cierto que no se parece á ninguna de las demás que compuso; es una excepción en su Teatro; pero conocido ya su origen, á nadie puede sorprender esta diferencia.

Cuantas innovaciones introdujo Calderón en la obra que refundía ó imitaba, otras tantas fueron felicísimas y magistrales. Redujo á una sola las dos doncellas violadas, y á uno solo también los dos capitanes, evitando así que el interés se dividiese, y sustituyendo á estos cuatro personajes, que en Lope son débiles y descoloridos, dos figuras que, si no alcanzan la talla gigantesca de Pedro Crespo ó de D. Lope de Figueroa, tienen, no obstante, en cuanto dicen y hacen, alma y acento propio. Tomó de Lope el asombroso tipo del Alcalde, pero reforzando la parte noble y elevada de su carácter y borrando algunas incongruencias cómicas que en nuestro autor le deslucen. Dejó intacto el de D. Lope de Figueroa, pero también derramó en él algunas gotas de idealismo, suavizó un poco su aspereza y le dió mayor intervención en la fábula. Creó el tipo episódico, pero en su línea perfecto, del hidalgo pobre, y sacó, por último, del limbo de la obscuridad, de la muchedumbre soldadesca, anónima y mal definida, que anda en la comedia de Lope, los tipos rápidamente esbozados, pero inolvidables, de Rebolledo y la Chispa. Verdad es que otras comedias históricas de Lope están llenas de personajes de la misma especie, y no se necesitaba grande esfuerzo para trasladarlos á ésta.

Todavía fueron más trascendentales, aunque á primera vista de menos bulto, las enmiendas que hizo Calderón en el plan de Lope. Las principales resultaron de la modificación feliz introducida en el carácter de la protagonista, que, en vez de liviana y antojadiza como las dos malandantes doncellas de Lope, es un dechado de honestidad y de modestia. Por esta vez guió bien á Calderón su concepto enteramente idealista de la virtud y pureza femeninas; concepto que, llevado hasta la exageración en sus comedias *de capa y espada*, dió á todas un tinte de uniformidad, bien lejano de aquella variedad prodigiosa, y tan finamente observada, de las mujeres de Lope.

La pureza del tipo femenino concebido por Calderón excluía toda complicidad por parte de Isabel en el proyecto de rapto. Es más: sólo por un concurso de circunstancias, no dependientes de la voluntad de la honestísima doncella, podía aquél consumarse. Así la vemos, desde las primeras escenas, retraerse con su prima Inés á las habitaciones más altas de la casa, mientras en ella se alojan los soldados. Obedece en ello la voluntad paterna, pero todavía obedece más á su propio instinto de

paloma tímida y á cierto vago presentimiento de su futura desgracia. Cuando el capitán oye de labios del sargento encomios repetidos de la hermosura de aquella labradora, tiénela al principio en poco; pero luego la ausencia despierta en él la curiosidad, la privación sirve de acicate al apetito:

Y sólo porque el viejo la ha guardado,  
Deseo ¡vive Dios! de entrar me ha dado  
Donde ella está.....

Para entrar en su habitación finge quimera con un soldado, y logra verla y hablarla. Sobrevienen Pedro Crespo y su hijo, mozo arriscado y de grandes alientos, uno de los personajes nuevos de la obra de Calderón. Padre é hijo caen en la cuenta, pero cada cual obra según su carácter: el padre con reconcentrado disimulo, el joven con braveza impetuosa:

JUAN.

Y yo sufriré á mi padre,  
Mas á otra persona no.

CAPITÁN.

¿Qué habías de hacer?

JUAN.

Perder

La vida por la opinión.

CAPITÁN.

¿Qué opinión tiene un villano?

JUAN.

Aquella misma que vos:  
Que no hubiera un capitán  
Si no hubiera un labrador.

Nada hay que decir de D. Lope de Figueroa, porque vivo y presente está en la memoria de todos el jurador impenitente, el veterano bravío, el justiciero inexorable, el león abrumado, pero no rendido, por el peso de los años y de las dolencias; la personificación, en suma, más hermosa, brillante y simpática del caudillo español del siglo xvi, terror de Flandes, de Italia y de Alemania. Lucha en él la soberbia de clase y de oficio militar con un poderoso y arraigado sentimiento de la justicia. Hay pocas escenas tan admirables en el Teatro de Calderón como aquellas en que D. Lope, en duelo colosal de soberbia á soberbia, de aspereza á aspereza, de orgullo á orgullo, siente doblegarse y rendirse su indómita condición ante la condición más férrea y más indómita todavía de Pedro Crespo, ó más bien ante la razón que habla por su boca, y que al fin y al cabo no puede menos de hacer mella en el alma hermosísima y generosa de D. Lope, alma de oro bajo sus rudas y brutales apariencias. Los dos adversarios son dignos el uno del otro, y la admiración del lector y del espectador no sabe á quién atender primero, si al Maestre de campo ó al villano.

Y ¿qué diremos de las bellas escenas del acto segundo: de las intimidades de don

Lope (ya amansado) con Pedro Crespo y con los suyos: de la partida del hijo del labrador para el ejército, adonde le llevan su afición y el estímulo de D. Lope; escena que rebosa de poesía, á un tiempo suave y austera, melancólica y varonil, elevada por los consejos del padre y el llanto de la hermana? Todas estas bellezas son novedades introducidas por Calderón, aunque entren en el género habitual de Lope mucho más que en el suyo. Imitando á Lope, se empapó en su espíritu, se asimiló su fuerza poética sin renunciar á la suya propia, y de la fusión de las cualidades características de uno y otro resultó una obra casi perfecta.

Las escenas siguientes, es decir, las del rapto, se parecen mucho á las de la comedia primitiva, salvo la diferencia capitalísima de la resistencia de la forzada Isabel, y salvo otras enmiendas, todas de admirable efecto escénico. Pedro Crespo queda atado á un árbol como en el drama de Lope, pero no es su criado quien le desata, sino su propia hija. Esta situación raya en lo más encumbrado de la sublimidad trágica. ¡Lástima que Calderón, dejándose arrastrar aquí de su gusto habitual por todo lo enfático y conceptuoso, y apartándose de la vigorosa y realista sencillez con que todo lo restante de su *Alcalde* está escrito, haya estropeado situación tan soberanamente concebida, poniendo en boca de Isabel una interminable relación de cerca de doscientos versos, de lirismo tan inoportuno como barroco! ¡Cuánto habría acertado reduciéndola á las últimas palabras, únicas propias y dignas de tal poeta y de tan lastimero caso:

Tu hija soy, sin honra estoy,  
Y tú libre; solicita  
Con mi muerte tu alabanza,  
Para que de ti se diga  
Que por dar vida á tu honor  
Diste la muerte á tu hija.

A Lope de Vega pertenece, con pleno y perfectísimo derecho, la idea genial de haber juntado en la misma mano el hierro del vengador y la vara de la justicia. Pero Calderón ha ahondado más, y ha sabido encontrar en el alma del terrible Alcalde, juntamente con los furores del pundonor ultrajador y vindicativo, un manantial dulcísimo de afectos nobles y humanos. Antes de proceder como juez, el Alcalde de Zalamea procede como padre: insta, llora, suplica, ofrece de rodillas al capitán D. Alvaro toda su hacienda si consiente en casarse con su hija, reparando el ultraje que la hizo. ¡Cuán lejanos estamos de aquella sutil casuística de la honra, de aquel discreto metafísico, con que la idea del honor anda envuelta y empañada en casi todos los dramas de Calderón! Aquí, por el contrario, ¡cuán limpia y radiante aparece! ¡Cómo simpatizamos con las lágrimas y con los ruegos de aquel hombre, tanto más sublime, cuanto más plebeyo! No nos encontramos aquí en presencia de un convencionalismo más ó menos poético. Son afectos de todos los tiempos, algo que seguirá conmoviendo todas las fibras del corazón, mientras no se pierda el último resto de dignidad humana. La obra maestra de Calderón como poeta dramá-

tico, no de una época ni de una raza, sino de los que merecen ser universales y eternos, es, sin duda, ese diálogo entre el Alcalde y el Capitán, desde que aquél arrima la vara hasta que vuelve á empuñarla y manda poner en grillos al Capitán y llevarle á las casas del Concejo. Un crítico alemán, Klein, ha llamado á esta escena *el canon de Policleto de la belleza dramática*.

El triunfo de la justicia concejil, en Calderón, como en Lope, recibe al fin del drama la sanción regia del prudentísimo Felipe II. ¿Hay en todo esto un pensamiento simbólico? ¿Era *El Alcalde de Zalamea* para sus contemporáneos, como parece serlo para los nuestros, la encarnación de la libertad municipal castellana, en lucha con el fuero privilegiado de la nobleza y de la milicia? ¿Podemos dar á este drama doméstico un verdadero alcance político y aun revolucionario?

Hay, á nuestro entender, en el fondo de toda obra artística de primer orden, una multitud de gérmenes de ideas que, en su expresión abstracta y general, quizá no atravesaron nunca la mente del poeta, pero que yacen real y verdaderamente en su obra bajo formas concretas y palpables, como yacen en el fondo mismo de la vida, de la cual es idealizado trasunto toda obra dramática digna de este nombre. Y cuanto más compleja y rica sea la realidad que en la obra de arte se manifiesta, tanto mayor será el número de ideas que, merced á ella, se revelen y hagan patentes á los ojos de los lectores. No pensaron ni Lope ni Calderón en hacer la apoteosis del municipio castellano, pero en sus fábulas adivinamos lo que tal institución fué en esencia y en espíritu, todavía mejor que con la lectura de los fueros y cartas pueblas. *Peribáñez*, *Fuente Ovejuna*, *Los Fueros de Castilla*, *El Alcalde de Zalamea* (por no citar más comedias que éstas) nos prueban, mejor que lo harían doctas disertaciones, cuánta era la vitalidad que el recuerdo de nuestras instituciones y de nuestros magistrados concejiles conservaba en pleno siglo xvii, triunfante ya en Europa el régimen de las monarquías absolutas. No se escribió *El Alcalde de Zalamea* en son de protesta; pero leído ó visto representar hoy, no es maravilla que á algunos parezca una especie de desquite tardío de Villalar.

Las sucesivas vicisitudes de este drama, sus numerosas imitaciones y traducciones en todas lenguas, los fallos críticos que sobre él han recaído, es materia que corresponde ya á la historia literaria de Calderón, y no á la de Lope, puesto que la refundición enterró el original. Al desenterrarle hoy por tercera vez (dado que la edición de Krenkel apenas ha circulado en España, y del discurso de Hartzenbusch pocos guardan memoria), no me propongo entablar una competencia imposible ni arrancar una sola hoja del laurel con que los siglos han coronado al triunfante imitador: me limito á observar que nunca fué Calderón tan grande como cuando siguió paso á paso las huellas de Lope en una de sus obras más imperfectas, llevando la imitación hasta el extremo de que mucho de lo añadido por él parece de Lope más que suyo.

## XV.—ARAUCO DOMADO.

Publicada en la Parte 20 de las comedias de Lope (1625).

Debió deser compuesta poco antes, y aun puede conjeturarse la ocasión que Lope tuvo para escribirla, tributando este homenaje á la familia de los Marqueses de Cañete, que contaba entre sus principales timbres las hazañas del famoso Gobernador y Capitán general de Chile, D. García Hurtado de Mendoza.

Es sabido que en *La Araucana* el caudillo de la expedición aparece envuelto en una celosa penumbra, á pesar de los indudables méritos de sus campañas y de su gobierno. De esta manera había castigado Ercilla, con preterición menos injusta que desdenosa, al violento y arrebatado mozo que por el lance de la Imperial había querido llevarle al patíbulo, juntamente con su contrario D. Juan de Pineda. Pero no habian de faltar á tan poderoso magnate como D. García celosos panegiristas de sus hechos, que en prosa y en verso volviesen por su fama y quemasen en sus aras todos los perfumes de la lisonja. Él mismo tampoco se descuidaba en buscar y alentar á los ingenios que en tal labor quisieran emplearse, temeroso, y con razón, de que la voz de tan gran poeta como Ercilla llegase, con alguna mengua de su crédito militar y político, á la posteridad más remota, por aquel formidable privilegio que tienen los poetas de eternizar la gloria ó el desdoro de los personajes que sueñan en su canto. Así nacieron historias panegiricas como la muy elegante y artificiosa del Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete* (1). Así obras dramáticas, todavia más aptas para hacer popular una versión contraria; y se escribieron sucesivamente la comedia de nueve ingenios, que lleva por título *Algunas hazañas de las muchas de Don García Hurtado de Mendoza* (2); el presente *Arauco domado*, de Lope de Vega; *El Gobernador prudente*, de Gaspar de Avila (3); *Los Españoles en Chile*, de Francisco González de Bustos (4); sin contar con *La Béliera española*, de Ricardo del Turia, que celebra el heroísmo de D.<sup>a</sup> Mencía de Nidos en el asalto de Concepción (5).

La comedia de los nueve autores merece particular atención por haber precedido

---

(1) *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, Cuarto Marques de Cañete. Por el Doctor Christoval Suarez de Figueroa. Madrid, Imprenta Real, M. DC. XIII (1613).—4.º*

(2) *Algunas Hazañas de las Muchas de Don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete. A Don Juan Andres Hurtado de Mendoza, su hijo, Marqués de Cañete .... Por Luis de Belmonte Bermudez. En Madrid, Por Diego Flamenco. Año 1622.—4.º, de 74 hojas, incluidas las de preliminares, sin foliar.*

(3) Incluida en la Parte 21 de *Comedias nuevas escogidas* (Madrid, 1663).

(4) En la Parte 22 de la misma colección (1665).

(5) En el *Norte de la poesia castellana, ilustrado del sol de doce comedias* (segundo tomo de poetas valencianos). Valencia, 1616: por Felipe Mey.



en tres años á la de Lope, que seguramente fué escrita en victoriosa competencia con ella. A la verdad, no era difícil triunfar de tal esperpento, aunque fuesen poetas de valía algunos de los que tuvieron la idea de tan extraña asociación y división del trabajo. Hacía cabeza entre ellos, y es el que firma el prólogo y la dedicatoria al quinto Marqués de Cañete (hijo de D. García), el ingenioso aventurero sevillano Luis de Belnonte Bermúdez, autor de la célebre comedia de *El Diablo predicador*, y no menos famoso por sus andanzas en el Nuevo Mundo y navegaciones en el mar Austral. De él nació, sin duda, la idea de presentar en el teatro á D. García de Mendoza, cuyas hazañas había oído ponderar en Lima, donde estuvo en 1605. Colaboraron con él vates tan insignes como D. Juan Ruiz de Alarcón, D. Guillén de Castro, el Dr. Mira de Amescua y Luis Vélez de Guevara, y otros no de tanto nombre, pero de alguna estimación entre sus contemporáneos, como D. Fernando de Ludeña, D. Jacinto de Herrera, D. Diego de Villegas y el Conde del Basto (nieta de Antonio de Leiva). Puede conjeturarse con el Sr. Fernández-Guerra, en su hermoso libro sobre *Alarcón* (pág. 359), que todos estos ingenios andaban por aquella fecha rostrituertos con Lope de Vega, puesto que se atreven á decir de sí mismos, por boca de Belmonte, que «son los que en España tienen mejor lugar, á despecho de la envidia». Lope contestó á esta indirecta escribiendo su *Arauco domado*, que no es ningún prodigio, pero que vale mucho más que la comedia de los nueve poetas. El trabajo de éstos consistió, principalmente, en poner en verso la galana prosa del panegírico, más que historia, de aquel ilustre capitán, debida á la mercenaria pero cultísima pluma del Dr. Suárez de Figueroa. Tanto el historiador como los dramaturgos, se inspiraron, para lo que podemos llamar *color local* de sus respectivas obras, en el modelo de *La Araucana*, de la cual afectaban separarse, pero cuyo prestigio ha pesado y pesará eternamente sobre todo lo que se escriba de las cosas de Arauco, y aun sobre todo poema de conquistas ultramarinas. Este color, verdadero ó falso, estos indios tan bizarros, elocuentes y sentenciosos, vencedores de los tormentos y de la muerte; estas indias tan apasionadas y patéticas, tomaron por él carta de naturaleza en el arte, y con estos elementos fué creado un nuevo mundo poético, dentro del cual tuvieron que moverse los imitadores. Rengo y Tupapel, Caupolicán, Galvarino, Colocolo y Guacolda, son, en la comedia de los nueve ingenios, un pálido trasunto de los personajes del mismo nombre en Ercilla, con alguna que otra reminiscencia de Pedro de Oña. El estilo y la versificación merecen aprecio, especialmente en los trozos escritos por Luis Vélez y Guillén de Castro. Pero, en conjunto, la obra es monstruosa, como podía esperarse de un poema dramático repartido entre nueve personas que destrozan un texto histórico para hacer mangas y capirotos de él.

Aunque Lope de Vega tenía muy presente el libro del Dr. Suárez de Figueroa, y, por de contado, *La Araucana*, lo que principalmente leyó en esta ocasión, recordándolo hasta en el título, fué el poema del joven chileno Pedro de Oña, *Arauco domado*, que es el más antiguo monumento poético de autor de aquella región y uno de los más vetustos de la poesía castellana en toda América.

Salió el *Arauco domado* de las prensas de Lima en 1596, con título de primera parte, aunque nunca llegó á publicarse la segunda, ni tampoco otro poema, ó quizá novela, cuyo asunto habían de ser *los venturosos lances* de D. García de Mendoza en la corte.

El *Arauco domado* es una adulación tan continua y fastidiosa al Marqués de Cañete y á su familia, que el autor mismo tuvo escrúpulo de divulgar el poema hasta que su héroe hubiese dejado el virreinato del Perú y vuelto á España, «porque el publicar sus loores en presencia suya no engendrarse (á lo menos en dañados pechos y de poca consideración) algún género de sospecha». Fué, sin duda, trabajo de encargo, ejecutado á toda prisa, «con apremio y tarea de veinte octavas al día», según afirma un contemporáneo (1), é indirectamente confiesa el mismo Oña en el canto VIII:

Es el discurso largo, el tiempo breve,  
Cortísimo el caudal de parte mía,  
Y *danme tanta prisa* cada día,  
Que no me dejan ir como se debe.

La prisa que le daban debía de ser tanta, y la facilidad del versificador tan maravillosa, que en tres meses había hilvanado ocho cantos de los 19 que comprende la obra total, cuya extensión pasa de 16.000 versos.

El *Arauco* es, pues, una improvisación de estudiante, y no sería equitativo juzgarla de otro modo. El autor no tuvo nunca la loca pretensión de competir con Ercilla; al contrario, se presenta con la más simpática modestia:

¿Quién á cantar de Arauco se atreviera,  
Después de la riquísima *Araucana*?  
¿Qué voz latina, hespérica ó toscana,  
Por mucho que de música supiera?

Sólo le dolía que en cánticos tan raros faltase *tan subido contrapunto* como el de las proezas de D. García. Por eso se determinó á escribir la misma materia que Ercilla, «preciándose mucho de ir al olor de su rastro».

Con efecto: el *Arauco domado* no es una continuación, sino una nueva versión de la materia histórica contenida en algunos cantos de la segunda parte de *La Araucana*. Pero como Pedro de Oña se limita á las empresas en que intervino personalmente D. García, toma el hilo de su relato en el canto XIII de Ercilla, cuando el Marqués de Cañete nombra á su hijo Gobernador de Chile, y ni siquiera le prosigue hasta el suplicio de Caupolicán y la transitoria sumisión del valle (única cosa que justificaría el título de *domado*), sino que apenas refiere otros lances de aquella guerra que el asalto de la fortaleza de Penco y la batalla de Biobio. Todo lo demás,

(1) Así lo dice un oidor de Santiago, que en 1647 aprobó el libro de las *Guerras de Chile*, del maestro de campo Santiago de Tesillo.

ó son puras ficciones poéticas, como los amores de Caupolicán y Fresia, de Tucapel y Gualeva, ó hechos del virreinato de D. García en el Perú, muy posteriores á su juvenil gobierno en Chile. Así los tumultos de Quito y la derrota del corsario inglés Sir Richart Hawkins (Aquines) en el mar Pacífico. Para dar cabida en su poema á estos larguísimos episodios recurre el poeta al arbitrio, tan cómodo como absurdo, de poner la narración en boca de una india, arrebatada de espíritu profético. Oña copiaba servilmente á Ercilla hasta en lo que Ercilla tiene de menos recomendable: las apariciones de Belona y los prestigios del mágico Fitón.

No se crea por eso que la obra del imitador sea despreciable, ni que le faltasen condiciones propias para brillar entre los poetas de segundo orden. Por el contrario, creemos que el excesivo prurito de la imitación amenguó sus bríos é impidió que lozanease su estro propio, que era muy diverso del de Ercilla. Hay en el *Arauco domado* mucho desembarazo y juvenil frescura, gran desenfado narrativo, facilidad abandonada y algo pueril, que delata los pocos años de su autor, lozania intemperante que se acomoda mejor con lo ameno y florido que con lo heroico. A ratos parece que el poeta no toma su asunto en serio: siembra la narración de rasgos realistas y aun cómicos; usa por lo común un tono familiar, divertido y como de broma; se dilata con complacencia en escenas voluptuosas, tales como el baño de Caupolicán y Fresia, y revela de mil modos la muelle y enervadora influencia del clima limeño, bajo el cual escribía. Comparado con Ercilla, carece de todo vigor en las descripciones de batallas; sus caracteres adolecen de suma indecisión y palidez, lo mismo en las figuras de indios que en las de españoles, á pesar de los esfuerzos que hace para enaltecer á D. García, llegando al extremo de pintarle como un jayán ó valentón temerario, que lidia á cada paso cuerpo á cuerpo con los enemigos, y descarga en ellos furibundos golpes; y al todavía más ridículo de ponderar varias veces su belleza física y los estragos que con ella debía causar en los corazones femeniles, y aun en los de las mismas diosas inmortales. Siempre que Oña se encuentra con su predecesor en algún episodio como el del rescate de la lanza de Martín de Elvira ó el de las manos cortadas de Galvarino, es patente su inferioridad. Pero en cambio tiene condiciones propias muy dignas de alabanza; mucha nobleza y naturalidad en la expresión de los afectos amorosos (léanse, por ejemplo, las quejas de Gualeva á Tucapel), y mucho lujo de imaginación en los fantásticos paisajes en que coloca las escenas, ya bucólicas, ya guerreras, de sus cantos. Porque es de notar que en este poema, enteramente americano por su asunto y escrito por autor que en su vida había salido de América, y no podía conocer, por consiguiente, otra naturaleza que la del Nuevo Mundo, esta naturaleza brilla por su ausencia, y está sustituida con bosquecillos cortados á tijera, con reminiscencias de los jardines de Armida y de Alcina: con una vegetación absurda ó convencional, propia, á lo sumo, del Mediodía de Italia ó de España, y que nunca pudieron contemplar los ojos de Pedro de Oña en las florestas de su nativo Chile. Las descripciones campestres que hace son muy lozanas y recrean agradablemente la vista y el oído; pero están tomadas de los libros y no de la Naturaleza.

Algunos nombres indígenas de plantas, algunos chilenismos ó peruanismos de dicción, algún fugitivo rasguño de costumbres de los salvajes, no bastan para disimular esta falsedad continua, doblemente extraña en quien se preciaba de haber vivido entre los araucanos y conocer su *frasis, lengua y modo*. El idilio de Caupolicán y Fresia en el canto v, que es, sin duda, lo mejor de la obra, quizá lo único enteramente bueno, es bello en sí mismo, y parecería muy bien en una égloga ó en un poema mitológico; pero ¿quién, si se detiene un poco á considerar la descripción del supuesto valle de Elicura, en que Caupolicán y su amada sesteaban, no ha de pasmarse de verle plantado de álamos, fresnos y cipreses; cubierto de jazmines, azucenas, lirios y claveles; engalanado por vides trepadoras; poblado de gamos, jabalíes y venados, mientras el blanco cisne pasea por la ribera, y suena el zumbido de las abejas; siendo, como es, notorio que ninguno de estos árboles, flores y animales, existía en los valles de Arauco, ni existen todavía los más de ellos? Quizá no pueda presentarse otro ejemplo igual de la tiranía ejercida por los libros, y de la general carencia del sentimiento de la Naturaleza, hasta tiempos muy recientes.

Del mismo origen nacen, denunciando la poca edad y los estudios nada maduros del autor, el continuo é intolerable uso de la mitología antigua en boca de indios; la procesión de sátiros, tritones, sirenas, nereidas y hamadriadas con que puebla el mar Pacífico y los valles de Chile; la abundancia de latinismos y neologismos pedantescos; y, finalmente, el empleo de una máquina absurda que hace revolverse todo el infierno en consulta general contra D. García, saliendo, por fin, Megera á lanzar sus víboras en el seno de Caupolicán cuando se solazaba en su deleitoso baño. Hay, entre otras cosas, una escena de conjuros en que un hechicero indígena llamado Pillalanco, habla del *humoso Fletén* y del *Estigio lago*, é invoca á Hécate y á Ixión, y á Tántalo, y á Ticio, y á Demogorgón y al Cancerbero, con todo el aparato y prosopopeya de un profesor de humanidades. Hay una aparición de la sombra de Lautaro á Talgueno, que reproduce punto por punto la de Héctor á Eneas en el libro II del poema de Virgilio.

Si á este aparato de erudición escolar, tan malamente aplicada, se unen los defectos de ejecución menuda y algo pueril, que derrama unas veces el color como á tientas, y otras se eterniza en accesorios infecundos, sin lograr casi nunca componer un cuadro, se tendrá idea de los defectos, en verdad no leves, del *Arauco domado*, que además, bajo el aspecto histórico, vale poco, y nada de sustancia añade á lo que consta por otros documentos. Pero aunque distemos mucho de considerar al licenciado Pedro de Oña como digno rival de D. Alonso de Ercilla, todavía reconocemos que en este libro imperfectísimo abundan los destellos de talento poético. Razón tuvo uno de los aprobantes en decir que su autor «muestra una natural facilidad, un caudal propio y un no imitado artificio con que descubre muchas lumbres de natural poesía». Dejó correr su vena sin tiento ni arte, y muchas veces se despeña en la prosa más vil; pero tenía raras condiciones de versificador, tanto que llegó á inventar una *nueva correspondencia de rimas*, un nuevo tipo de octava menos solemne y más graciosa y ligera que la antigua, rimando el

primer verso con el cuarto y el quinto, y el segundo con el tercero y el sexto: combinación agradable, que ha tenido menos fortuna de la que merecía, puesto que supera por todos conceptos á la falsa octava de finales agudos, y se presta con facilidad y donosura al tono de la narración festiva. El desacierto de Oña estuvo en emplearla en un poema que él quería hacer pasar por heroico (1).

Basta la más somera comparación entre el poema de Pedro de Oña y la comedia de Lope de Vega para establecer el parentesco entre ambas producciones. Los nombres puramente poéticos é imaginarios de Fresia, Gualeva, Pillalongo, Talgueno, Quidora y otros tales, indican desde luego esta filiación, que se comprueba con el examen de los principales episodios de la comedia.

Singular contraste ofrecen los juicios que sobre ella se han formulado en diversas épocas de la crítica, y no carece de saludable enseñanza el recordar algunas de las más radicales antítesis.

El punto extremo de la detracción y del desprecio se encuentra, sin duda, en esta curiosa nota de D. Leandro Moratin:

«*Arauco domado* es una de aquellas comedias que escribía Lope después de decir misa, mientras le calentaban el almuerzo. Es, sin disputa, una de las más desatinadas que compuso. Indios, indias, chiquillos, soldados, tambores, guitarras, chirimías, cañonazos, asaltos, batallas, *Santiago, y á ellos, y Cierra España, y ¡Viva Carlos! ¡Carlos viva!* La acción dura dos años: el argumento es la conquista de once provincias, en donde á fuerza de sangre y matanza se ganan nueve ciudades, nueve batallas y nueve banderas. Entre los personajes hay un demonio, llamado Pillán, vestido con un justillo de guadamaci, que después de anunciar á los araucanos los trabajos que van á pasar, se hunde y salen llamas. Otro interlocutor es el alma de Lantaro, que tiene por habitación el tronco de un árbol. El indio Galvarino sale á la escena con las manos cortadas chorreando sangre. Una mujer arroja un niño, hijo suyo, desde una altura y le estrella en unos peñascos á vista del audito-

---

(1) *Primera parte de Arauco domado, compuesta por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol, en Chile, collegial del Real Colegio mayor de Sant Felipe y San Marcos, fundado en la ciudad de Lima. Dirigido á Don Hurtado de Mendoza, Primogénito de Don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Señor de las Villas de Argete y su partido, Visorrey de los Reynos del Perú, Tierra Firme y Chile..... Hijo, nieto y biznieto de Virreyes. Con privilegio, impresso en la ciudad de los Reyes por Antonio Ricardo de Turin, primero impresor en estos Reynos. Año de 1595.—4.º, 352 hojas. Con el retrato del autor, grabado en madera.*

Esta primera edición es de gran rareza. Nuestra Biblioteca Nacional posee un ejemplar.

—*Arauco domado, compuesto por el Licenciado Pedro de Oña, natural de los Infantes de Engol, etc. En Madrid, por Juan de la Cuesta, 1705.—8.º* No es vulgar esta edición, aunque mucho menos rara que la primera.

Hay, por lo menos, dos reimpressiones modernas del poema de Pedro de Oña: la una de Valparaíso, 1849, en 16.º, por D. Juan María Gutiérrez, y otra de Madrid, 1854, en el tomo II de *Poemas épicos* de la Biblioteca de Rivadeneyra, coleccionado por D. Cayetano Rosell.

rio. Todo concluye con un ajusticiado, que reza un soneto, y con una revista militar» (1).

Enfrente de esta caricatura póngase el siguiente juicio de Schack:

«*Arauco domado* es comedia única en su género, y se distingue no sólo por el aparato escénico, que desenvuelve á nuestros ojos toda la gala de la naturaleza del Nuevo Mundo y nos transporta á las magníficas soledades de América, sino porque nos representa igual heroísmo en los dos pueblos que pelean: los esforzados hijos de las selvas, batallando rudamente y con valor casi sobrehumano por su independencia; los españoles, deseosos de dilatar por el mundo su fe y la gloria de su patria. Es difícil encontrar ninguna otra comedia que sobresalga tanto como ésta por sus atrevidas creaciones, por el vuelo y el brillo de la fantasía» (2).

El que tuviera que guiarse por juicios ajenos, difícilmente llegaría á comprender que Moratín y Schack hablan de la misma comedia. En realidad, el elogio y la censura son igualmente hiperbólicos y sacados de quicio. Ni el *Arauco domado* es un desatino indigno de un gran poeta, ni es tampoco una obra sorprendente que deba citarse con particular elogio entre las innumerables de su autor y de su género. Es una crónica dramática, tan desordenada como otras muchas, pero llena de trozos poéticos de notable hermosura. Aun al ceñudo y mal informado Sismondi, que tan rara vez acierta en su crítica, le llamaron la atención las bellas estancias de Caupolicán y Fresia, donde, inspirándose Lope en el mejor episodio del poema de Pedro de Oña, le deja á larga distancia:

CAUPOLICÁN.

Deja el arco y las flechas,  
 Hermosa Fresia mía,  
 Mientras el sol con cintas de oro borda  
 Torres de nubes hechas,  
 Y declinando el día,  
 Con los umbrales de la noche aborda.  
 Á la mar, siempre sorda,  
 Camina el agua mansa  
 De aquesta hermosa fuente,  
 Hasta que su corriente  
 En sus saladas márgenes descansa:  
 Aquí bañarte puedes  
 Tú, que á sus vidrios en blancura excedes.  
 Desnuda el cuerpo hermoso,  
 Dando á la luna envidia,  
 Y quejaráse el agua por tenerte;  
 Baña el pie caluroso,

(1) *Obras póstumas de D. Leandro Fernández de Moratín*..... Tomo III. Madrid, Rivadeneyra, 1868. Página 135.

(2) *Geschichte der dramatischen Literatur und Kunst in Spanien*, II, 304.

Si el tiempo te fastidia;  
 Vendrán las flores á enjugarte y verte,  
 Los árboles á hacerte  
 Sombra con verdes hojas,  
 Las aves armonía,  
 Y de la fuente fría  
 La agradecida arena, si el pie mojas,  
 A hacer con mil enredos  
 Sortijas de diamantes á tus dedos.

De todo lo que miras  
 Eres, Fresia, señora:  
 Ya no es de Carlos ni Filipe Chile;  
 Ya vencimos las iras  
 Del español que llora  
 (Por más que contra Arauco el hierro afile)  
 El ver que aun hoy destile  
 Sangre esta roja arena,  
 En que Valdivia yace.  
 Del polo en que el sol nace,  
 Adonde sus caballos desenfrena,  
 No hay poder que me asombre:  
 Yo soy el dios de Arauco, no soy hombre.

Pídeme, Fresia hermosa,  
 No conchas, no crisoles  
 De perlas para alfombras, sino dime:  
 «Caupolicán, enlosa  
 De cascos de españoles  
 Todo este mar, que por tragarlos gime;  
 La fuerte maza esgrime;  
 Hazme reina del mundo;  
 Pásame, dando asombros,  
 Sobre tus fuertes hombros  
 Desotra parte deste mar profundo;  
 Y adonde Carlos reina,  
 Di que de Chile soy y Arauco, reina.»

FRESIA.

Querido esposo mío,  
 A quien estas montañas  
 Humillan las cabezas presurosas,  
 Por quien de aqueste río,  
 Que en verdes espadañas  
 Se acuesta, coronándose de rosas,  
 Las ninfas amorosas  
 Envidian mi ventura:  
 ¿Qué fuente, qué suaves  
 Sombras, qué voces de aves,  
 Qué mar, qué imperio, qué oro ó plata pura,

Como ver que me quieras,  
Tú que eres el señor de hombres y fieras?

No quiero mayor gloria  
Que haber rendido un pecho  
A quien se rinde España, coronada  
De la mayor victoria.....  
Ya la española espada,  
El arcabuz temido,  
Que truena contra el cielo,  
Y rayos tira al suelo;  
Y el caballo arrogante en que, subido  
El hombre, parecía  
Monstruosa fiera que seis pies tenía,  
No causarán espanto  
Al indio que rebelas,  
Cuya libre cerviz del yugo sacas  
Del español, que tanto  
Le oprimió con cautelas,  
Cuya ambición de plata y oro aplacas;  
Ya en tejidas hamacas  
De tronco á tronco asidas  
De estos árboles altos,  
De inquieta guerra faltos,  
Dormiremos en paz, y nuestras vidas  
Llegarán prolongadas  
Á aquel dichoso fin que las pasadas.

Estos versos son buenos, con paz sea dicho del autor de *El Barón* y de *La Mojigata*, y merecen doble alabanza si Lope los componía después de decir misa y mientras le preparaban el almuerzo. No es para ingenios correctos y tímidos el repetir estos alardes, pero por lo mismo se impone al crítico cierta reverencia respecto del mortal privilegiado que fué capaz de ellos en todas las horas de su vida.

Atroz es, sin duda, la aparición de Galvarino con las manos ensangrentadas, pero las palabras que el poeta ha puesto en su boca son de salvaje y bárbara elocuencia. Pedro de Oña le había hecho pronunciar una retórica arenga de 20 octavas reales, en que apenas hay más rasgo enérgico que éste:

Mirad aquí mis brazos destroncados  
Y como troncos fértiles podados ....

Lope de Vega se acordó mucho más del elocuente razonamiento de Ercilla, pero en vez de calcarle, quiso rivalizar dignamente con él:

¡Cuánto mejor es morir  
Con las armas peleando,  
Que vivir sirviendo un noble  
Como bestia y como esclavo!



Siendo forzosa la muerte  
A todo lo que es humano,  
¿Cuál hombre, aunque nazca rey,  
Muere mejor que un soldado?  
Morir de una enfermedad,  
Sin lengua, desnudo, flaco,  
En una cama, es el fin  
De los más dichosos años;  
Pero un soldado en la guerra  
Muere animoso y gallardo,  
Vestido y lleno de plumas,  
Con su lengua y con sus manos.  
¡Desdichados de vosotros,  
Araucanos engañados,  
Si vendéis la libertad  
De vuestra patria á un extraño,  
Pues que, pudiendo morir  
Llenos de gloria y armados,  
Queréis morir como bestias,  
En poder destos tiranos!  
¿Será mejor que esas plumas  
De que os miráis coronados,  
Esas macanas famosas,  
Esas flechas, hondas y arcos,  
Llevar las cargas á cuestras  
Destos españoles bravos,  
Y morir en los pesebres  
De sus galpones y tambos?  
¿Será mejor que esos hijos  
Vayan de leña cargados,  
Y que sus madres les den,  
Con vuestra afrenta y agravio,  
Siendo amigas de españoles,  
Otros mestizos hermanos  
Que los maten y sujeten  
Con afrentas y con palos?  
Mirad lo que hacéis, chilenos,  
Morid con honra, araucanos;  
Que yo, aunque manos no tengo,  
Esta lengua con que os hablo  
Haré que sirva en la guerra,  
Sólo hablando y animando,  
Lo que hace el atambor  
Que anima al que tiene manos....

Perdida *La Conquista de Cortés*, cuyo título consta en la segunda lista de *El Peregrino*, el *Arauco domado* es la única comedia que de Lope conocemos sobre

asuntos de historia ultramarina, excepción hecha de *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*. Pero no hay duda que esta pieza aventaja mucho á *El Nuevo Mundo*, tanto por el mérito del estilo correspondiente á la madurez del autor, como por algunos felices toques de color local americano, más ó menos auténtico, pero que basta para el efecto poético. El canto de guerra de los araucanos, cuyo estribillo es *Caupolicán*, parece imitación de otro de Mira de Amescua, que está en la primera escena de la comedia de los nueve ingenios; pero la canción india que acompaña al baile de Quidora y Leucotón (jornada tercera del *Arauco*) es enteramente original de Lope, y salvo las impropias alusiones mitológicas, tiene cierto sabor exótico muy agradable. Acaso Lope, tan curioso aficionado de la música y danza popular, quisiera remedar los *yaravies* peruanos.

Piraguamonte, piragua,  
Piragua, jevizarizagua.

En una piragua bella,  
Toda la popa dorada,  
Los remos de rojo y negro,  
La proa de azul y plata,  
Iba la madre de Amor,  
Y el dulce niño á sus plantas;  
El arco en las manos lleva,  
Flechas al aire dispara;  
El río se vuelve fuego,  
De las ondas salen llamas.  
Á la tierra, hermosas indias,  
Que anda el Amor en el agua.

Piraguamonte, piragua,  
Piragua, jevizarizagua;

Bío, Bío,  
Que mi tambo le tengo en el río.

Yo me era niña pequeña,  
Y enviáronme un domingo  
Á mariscar por la playa  
Del río de Bío-Bío;  
Cestillo al brazo llevaba,  
De plata y oro tejido;  
Hallárame yo una concha,  
Abríla con mi cuchillo;  
Dentro estaba el niño Amor,  
Entre unas perlas metido;  
Asióme el dedo, y mordióme;  
Como era niña, dí gritos.

Bío, Bío,  
Que mi tambo le tengo en el río.

Piraguamonte, etc.

Entra, niña, en mi canoa

Y daréte una guirnalda,  
 Que lleve el sol qué decir  
 Cuando amanezca en España.  
 Iremos al tambó mío,  
 Cuyas paredes de plata  
 Cubrirán paños de plumas  
 De pavos y guacamayas.  
 No tengas miedo al Amor,  
 Porque ya dicen las damas  
 Que le quiebra el interés  
 Todos los rayos que fragua.  
 Piraguamonte, etc.

La blanca niña, en cabello  
 Salió una mañana al río,  
 Descalzó sus pies pequeños,  
 Comenzó á quebrar sus vidros.  
 Andaba nadando Amor,  
 Y acercándose quedito,  
 Asíóle del uno dellos,  
 Á quien llorando le dijo:  
 «Deja el pie, toma el cabello,  
 Pues que la ocasión he sido,  
 Y porque mejor la goces,  
 Vente á mi tambo conmigo.»  
 Bío, Bío,  
 Que mi tambo le tengo en el río.

El *Arauco domado* de Lope ha sido traducido en prosa francesa (1) por Angliviel de la Beaumelle (1829). El texto original (además de las tres reimpressiones antiguas de la Parte 20 de Lope) ha sido modernamente reproducido en Chile por el muy erudito D. José Toribio Medina en su *Biblioteca Hispano-Chilena* (1523-1817), tomo I, págs. 241-277.

Era mi propósito terminar en este volumen la serie de comedias históricas de Lope de Vega. Pero como todavía restan algunas correspondientes á los reinados de Felipe III y Felipe IV, que no podrían entrar en este tomo sin abultarle mucho, las reservamos para encabezar el siguiente, en que dará principio la larga é interesante serie de los *dramas novelescos* del portentoso ingenio (2).

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

(1) *Chefs-d'œuvre des théâtres étrangers*..... París, Dufey, 1829. (Tomo I de Lope de Vega, 1-134.)

(2) Al hablar de la comedia *El Cerco de Viena*, olvidé notar que la comedia de Rojas *El desafío de Carlos quinto* tiene el mismo argumento que ésta.

Tratando en el tomo anterior de la comedia de Lope *La contienda de Diego García de Pa-*

*redes y el capitán Juan de Urbina*, manifesté que no había podido averiguar el fundamento histórico ó tradicional de la venganza atribuída al capitán Urbina. No recordé entonces estas palabras que más de una vez había leído en la *Historia de Carlos V* de Fr. Prudencio de Sandoval (libro XIX, cap. XIII): «Fuera, en fin Joan de Urbina muy dichoso y honrado, sino fuera *por la muger*: empero *él se vengó muy bien della, matándola con quantas cosas halló vivas en su casa.*»

Hay sobre este terrorífico argumento una comedia del licenciado Manuel González, *El español Juan de Urbina, ó el cerco de Nápoles*, publicada en el *Lavret de Comedias, Quarta parte de diferentes autores* (1653).

---

# LA SERRANA DE LA VERA



## COMEDIA FAMOSA

DE

# LA SERRANA DE LA VERA

---

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

LEONARDA.	DON LUIS.	LUCÍA Y BARTOLA.
ESTELA Y TEODORA.	AVENDAÑO, <i>criado</i> .	UN ALCALDE.
DON CARLOS.	EL CAPITÁN ANDRADA.	ALCINO, <i>viejo</i> .
DON GARCÍA.	CARPIO Y ALEJO.	UN BUHONERO.
DON RODRIGO.	IRCANO, AUSONIO Y GALINDO, <i>lacayo</i> .	DON JUAN.
FULGENCIO Y FINEO.	LICIO, <i>salteadores</i> .	TURINDO.
	ALEJANDRO.	

### ACTO PRIMERO.

---

Salen Leonarda, Estela y Teodora, en hábito de serranas, embozadas, con sus cestillas.

LEONARDA.

Qué, ¿no hay fe en los hombres?

ESTELA.

TEODORA.

Qué, ¿tan falsos son, Estela?

ESTELA.

¡Librete Dios de su escuela!

LEONARDA.

Tarde lo procuro yo.

ESTELA.

No hay alquimia, por tu vida,

Teodora, como su fe;

Que aunque dorada se ve

Es por de dentro fingida.

TEODORA.

Por uno que visto habrás,

No.

¿Todos los hombres agraviás?

ESTELA.

Pues por éste, si sois sabias,  
Conoceréis los demás.

Por la muestra se ve el paño.

TEODORA.

No estoy en eso tan diestra.

ESTELA.

Y aun, de ordinario, en la muestra  
Pone el que vende el engaño.

Siempre la buena portada

Muestra todo el edificio,

La voluntad el servicio,

Y la guarnición la espada;

El silencio las hazañas,

Los ojos muestran los pechos,

La buena cara los hechos

Y la lengua las entrañas.

Cargan aquí en nuestra Vera

Fruta en cestos mercaderes,

Y siempre, si verlo quieres,

Es la mejor la primera.

Pues si en todo es lo mejor,

No es bien que adelante pase;

Cuantos más hombres buscarse,  
Iré de mal en peor.

LEONARDA.

¿Pasión tienes por tus ojos?

ESTELA.

Estoy quejosa, Leonarda.

LEONARDA.

¿Qué recelo te acobarda?

¿Qué te da, mi Estela, enojos?

Vesnos aquí todas tres

En vísperas de casar,

Sin que nos pueda obligar

Fuerza, tiempo ni interés.

ESTELA.

¿Vísperas dices que son?

LEONARDA.

¡Pues no, en cosas ya tratadas!

ESTELA.

Vísperas son excusadas

En los días de pasión.

¡Buenos nuestros deudos andan

Para buscarnos maridos!

TEODORA.

Veo que están divertidos

En las cosas que nos mandan.

LEONARDA.

¿Qué nos mandan?

TEODORA.

Recoger,

No escribir, no hacer ventana,

Oír misa de mañana

Y acostarse á anochecer.

Y si supieran que estamos

Todas tres con tres intentos

De tres nobles casamientos

Que sin su gusto tratamos,

No andarían tan esquivos

En recatos y recelos.

ESTELA.

De su voluntad los Cielos

Siempre son ejecutivos;

Ellos harán lo que suelen.

LEONARDA.

¡Brava gente nos proponen!

TEODORA.

Si el alma no me disponen,

Por tu vida que se muelen.

ESTELA.

¿Qué hacen de darnos paseos

Con galanes alcorzados,

Más de vestido apretados

Que de amorosos deseos?

Hoy echaron mis hermanos

Á dos propuestos maridos

Azogue por los oídos,

Como á bestias de gitanos.

LEONARDA.

¿De qué suerte?

ESTELA.

Pasearon,

Haciendo piernas.

LEONARDA.

¡Braveza!

TEODORA.

Mostrarían gentileza

ESTELA.

Harta necesidad mostraron.

Con mujeres por casar

Juega el naipe la fortuna;

Pierden muchas, gana alguna.

LEONARDA.

Y muchas suelen ganar.

ESTELA.

Toma la fortuna varia

El naipe; por pasar tiempo,

Alza amor, baraja el tiempo,

Porque sabe que es voltaria.

Á las pobres las da oros,

Bastos á las desdichadas,

Á las no castas espadas,

Penas, tormentos y lloros;

Á otras mil recogijos,

Y es copas todo el manjar;

Á cuál no los suele dar

Y á cuál le da un flux de hijos;

Todo á veces al revés.

LEONARDA.

Estela, yo te prometo

Que si agora es grande aprieto

Es harto mayor después.

Y pésame que los celos

De don García....

ESTELA.

¡Ah traidor!

LEONARDA.

Te obliguen á mal humor.

ESTELA.

Saben su engaño los Cielos.

Hoy, con habernos vestido

De serranas de la Vera,

Veréis, si hay hombre que quiera,

Que no tenga amor fingido.

No digo, Leonarda, yo

Que tu don Carlos te engaña;

Que faltará amor de España

Y de sus entrañas no.

Ni creo que don Rodrigo

Sea falso con Teodora;

Pero que veréis agora

La verdad de mi enemigo.

Y como vecinas, viendo,

Pues lo sois, que se me abrasa

Mi casa, de vuestra casa

Iréis el daño advirtiendola.

Salen D. Carlos, D. García, D. Rodrigo y Galindo,  
lacayo.

DON GARCÍA.

¿No hay en la feria que ver?

DON CARLOS.

Poco ó nada, don García.



DON RODRIGO.

Reparad, por vida mía,  
Si os queréis entretener.

DON CARLOS.

¡Oh, qué gallardas serranas!

DON RODRIGO.

¡Oh, qué villanas tan bellas!

DON GARCÍA.

Parecen á las estrellas,  
Que dicen que son hermanas.

DON CARLOS.

¡Qué gentil comparación,  
Siendo esas hermanas siete!

DON RODRIGO.

¿Quién en historias os mete?

DON GARCÍA.

No sé, por Dios, cuántas son;

Pero no he dicho muy mal,

Que seis ojos hay en ellas,

Que son esas seis estrellas,

Y una la más celestial,

Y es en la que yo he mirado

La luz de las otras dos.

DON CARLOS.

Disculpado se ha por Dios.

GALINDO.

¡Qué tan bien se ha disculpado!

DON CARLOS.

Galindo, la una de ellas

Es una estrella, y las tres

Tienen seis ojos: bien ves

Que son siete las estrellas.

GALINDO.

Antes, si lo miras bien....

DON GARCÍA.

No lo digas, ignorante.

DON RODRIGO.

¿Hablarélas?

DON CARLOS.

Id delante.

DON RODRIGO.

Id vos, don Carlos, también.

DON CARLOS.

Dadnos de hablaros licencia.

DON GARCÍA.

Que son serranas recelo,

Más del cielo que del suelo

De la Vera de Plasencia.

GALINDO.

¡Qué por alto que han echado!

¡Estrellas, cielo!.... ¡quimeras!

A ellas digo: vendederas,

Digan si es carne ó pescado.

DON GARCÍA.

Quítate allá, que me enfadas.

¿Qué vendéis, serranas bellas?

GALINDO.

Decid tres pares de estrellas,

Sin las que están añubladas.

LEONARDA.

¿Hablaís conmigo?

DON GARCÍA.

Con vos,

Que á esos ojos matadores

Quiero comprar mil amores.

LEONARDA.

¿Mil amores?

DON GARCÍA.

Sí, por Dios.

LEONARDA.

¿Cómo sabéis que esta tienda

Tiene esa mercaduría?

DON GARCÍA.

Donde hay luz, serrana mía,

¿Quién ha de ignorar que encienda?

LEONARDA.

¿Tienda mis ojos?

DON GARCÍA.

¿Pues no?

LEONARDA.

¿Y qué es lo que vendo?

DON GARCÍA.

Antojos.

LEONARDA.

¿De qué?

DON GARCÍA.

De los mismos ojos.

LEONARDA.

¿Yo antojos?

DON GARCÍA.

No, sino yo.

LEONARDA.

Pues si los tenéis, hidalgo,

¿Por qué los compráis en mí?

DON GARCÍA.

Por hallarme agora aquí,

Que es donde perdido salgo.

DON CARLOS.

No seáis, serrana, esquivo;

Vendedme un favor siquiera.

ESTELA.

Si hecho alguno tuviera,

Yo os le vendiera, así viva.

DON CARLOS.

Que no sabéis qué es favor

Colijo de la respuesta.

ESTELA.

¿Qué vale?

DON CARLOS.

Conforme cuesta.

ESTELA.

¿Qué es favor?

DON CARLOS.

Gusto de amor.

ESTELA.

¿Amor es gusto?

DON CARLOS.

Si es justo.

ESTELA.

¿Qué es amor?

DON CARLOS.

Quererse dos.

ESTELA.  
 Pues si yo no os quiero á vos,  
 Aquí no hay amor ni hay gusto.  
 DON CARLOS.  
 Todo será comenzar;  
 Queredme, y gusto tendréis.  
 ESTELA.  
 ¿Luego ya vos me queréis?  
 Mas debeis de burlar;  
 Que no es posible que un hombre  
 Pueda tan pronto querer.  
 DON CARLOS.  
 Serrana, siendo mujer,  
 Para amaros basta el nombre.  
 ESTELA.  
 Qué, ¿á todas generalmente  
 Por ser mujeres queréis?  
 DON CARLOS.  
 Sí, amiga.

ESTELA.  
 Muy bien hacéis,  
 Pues amor os lo consiente.  
 ¡Triste de la que se fia  
 De uno sólo!

DON CARLOS.  
 Y con razón.  
 ESTELA.  
 ¿Queréis oír mi razón?  
 TEODORA.  
 Decid.

DON RODRIGO.  
 Mas basta ser mía,  
 Para que no la escuchéis.  
 TEODORA.  
 ¿Qué es lo que queréis decir?

DON RODRIGO.  
 Lo que no queréis oír.  
 TEODORA.  
 Pues hidalgo, no os canséis;  
 Que como no hemos vendido  
 Lo que á Plasencia traemos,  
 Por la feria andar queremos.

DON RODRIGO.  
 ¿Y qué es lo que habéis traído?  
 Que yo os lo quiero comprar,  
 Y á esas serranas también  
 Estos caballeros.

TEODORA.  
 Bien;  
 Todos nos queréis burlar.  
 DON RODRIGO.  
 Descubrid la cesta, á ver.  
 TEODORA.

¿Compraréislo?  
 DON RODRIGO.  
 Sí, por Dios.  
 DON GARCÍA.  
 Y nosotros á las dos,  
 Si hay algo que nos vender.  
 LEONARDA.  
 Paso; no lo descubráis.

DON GARCÍA.  
 ¿Qué vendéis?  
 LEONARDA.  
 Un corazón  
 De un galán.  
 DON GARCÍA.  
 Mal galardón.  
 ¿Y como halcón me tratáis?  
 Mas ¿qué hizo el desdichado  
 Que le vendéis?

LEONARDA.  
 Ser traidor.  
 DON CARLOS.  
 ¿Y vos, qué vendéis?

ESTELA.  
 Señor,  
 Yo vendo un gusto forzado.  
 DON RODRIGO.  
 ¿Y vos, ojinegra?

TEODORA.  
 Yo  
 Vendo unos papeles.....  
 DON RODRIGO.  
 Bueno.

TEODORA.  
 Que un cierto amante al sereno  
 Soñó, pensó y escribió.

DON GARCÍA.  
 De veras, ¿vos qué traéis?  
 LEONARDA.  
 Unas naranjas traía.

DON GARCÍA.  
 ¿Agrias?

LEONARDA.  
 Todas, á fe mía.  
 DON GARCÍA.  
 Vuestra condición vendéis;  
 Pero trocadlas, y al punto  
 Serán dulces.

DON CARLOS.  
 Vos, amiga,  
 ¿Qué traéis?

ESTELA.  
 ¿Quiere que diga  
 Lo que traigo?

DON CARLOS.  
 Eso pregunto.  
 ESTELA.

Camuesas.  
 DON CARLOS.  
 ¡Qué desabrida

Fruta!  
 ESTELA.  
 Pues así soy yo.

DON RODRIGO.  
 ¿Traéis vos algo?

TEODORA.  
 ¿Pues no?  
 DON RODRIGO.  
 Descubridlo, por mi vida.

TEODORA.

Flores, así Dios os guarde.

DON RODRIGO.

En fin, esperanzas son.

ESTELA.

Baste la conversación;

Que no compran, y es muy tarde.

DON CARLOS.

Don García, oid aparte.

DON RODRIGO.

¿Y yo no?

DON CARLOS.

Sí, también vos.

Necios andamos, por Dios.

DON GARCÍA.

¿De qué suerte?

DON RODRIGO.

¿De qué arte?

DON CARLOS.

Si pensáis que son serranas,

Tratad amores de veras;

Que son damas forasteras

Y en extremo cortesanías.

DON GARCÍA.

Muy necio sois para alcalde;

Que eso ya nos lo sabemos.

LEONARDA.

¿Compráis algo, ó nos iremos?

GALINDO.

Todo lo querrán de balde;

Que son muy lindos pelones.

DON GARCÍA.

Yo doy aquesta cadena

Por una naranja.

LEONARDA.

¿Es buena?

DON GARCÍA.

¿No lo véis? Como doblones.

DON CARLOS.

Y yo esta sortija á vos,

Si una camuesa me dáis.

ESTELA.

Tomad.

GALINDO.

¿Qué necio que andáis!

DON RODRIGO.

Yo lo he de ser con las dos:

Estas manillas tomad

Que compré para una dama.

TEODORA.

Decidme cómo se llama.

DON RODRIGO.

Si no sois de la ciudad,

No es decirlo inpertinencia.

TEODORA.

No, que puede ser mi amiga.

DON RODRIGO.

¿Vuestra?

TEODORA.

Sí.

DON RODRIGO.

Basta que os diga

Que es lo bueno de Plasencia.

Dadme una flor.

TEODORA.

Que me place;

Pero licencia nos dad.

DON CARLOS.

Las tres son de la ciudad,

Y de alguna causa nace

Habernos favorecido.

DON GARCÍA.

Sin duda nos han buscado

Con el traje disfrazado.

DON RODRIGO.

Amor ¡vive Dios! ha sido.

Los toros del otro día

Deben de andar por aquí.

DON CARLOS.

Pico, á la fe, lo turquí,

El nácar y argentería.

DON GARCÍA.

Yo más me atengo al rejón

Con que al toro derribasteis.

DON CARLOS.

Yo á la lanza, en que pasasteis,

Por dicha, algún corazón;

Pues á fe que el buen Rodrigo

Que anduvo de perlas y oro.

DON GARCÍA.

Dió una cuchillada á un toro,

Cual la tenga mi enemigo.

DON RODRIGO.

Sí, por Dios, y cara á cara;

Que aunque ser bestia, jamás

Le di herida por detrás.

LEONARDA.

¡Oli Estela, quién lo pensara!

ESTELA.

¡Buenos galanes tenemos!

TEODORA.

¿Ha hecho de ellos confianza?

ESTELA.

Tal galardón nos alcanza.

LEONARDA.

¿Irémonos?

ESTELA.

Bien podemos.

Adiós, señores.

DON CARLOS.

Adiós.

TEODORA.

No hemos vendido muy mal;

Doblabremos el caudal.

LEONARDA.

Yo me vengaré de vos.

Vanse las serranas.

DON CARLOS.

Galindo.

GALINDO.  
 Señor.  
 DON CARLOS.  
 Camina,  
 Y esas damas.....  
 GALINDO.  
 Ya lo entiendo.  
 DON CARLOS.  
 ¿Sabes ya lo que pretendo?  
 GALINDO.  
 ¿Dices, al pasar la esquina,  
 Las sacuda, ó de allí un poco,  
 Tres bofetadas de envite,  
 Y que las prendas les quite?  
 DON CARLOS.  
 Oye, borracho, ¿estás loco?  
 GALINDO.  
 Pues ¿qué me mandas hacer?  
 DON CARLOS.  
 Seguir las, saber su casa.  
 GALINDO.  
 Voy.

Vase.  
 DON CARLOS.  
 Vuelve, y di lo que pasa.  
 DON GARCÍA.  
 Don Carlos, ¿qué puede ser  
 Este disfraz de estas damas?  
 Que ellas sin duda lo son.  
 DON CARLOS.  
 Ó ha sido amor ó invención.  
 DON RODRIGO.  
 Donde hay fuego brotan llamas.  
 El achaque de la feria  
 Esta ocasión les ha dado  
 Para decir su cuidado.  
 DON CARLOS.  
 ¿Qué distes?  
 DON GARCÍA.  
 Todo es miseria;  
 Una cadenilla pobre.  
 DON CARLOS.  
 ¿Fina?  
 DON GARCÍA.  
 Como á quien la di,  
 Y un cuerpo de oro la vi,  
 Pero con alma de cobre.  
 DON CARLOS.  
 Yo un anillo razonable.  
 DON RODRIGO.  
 Yo unas manillas muy buenas.  
 DON CARLOS.  
 Todas son prendas ajenas;  
 Pero fué lance notable.  
 A mí Leonarda me había  
 Dado aquel anillo.  
 DON GARCÍA.  
 A mí  
 La cadena Estela, y fui

Su convidado aquel día.  
 DON RODRIGO.  
 A mí Teodora, por Dios,  
 Las manillas.  
 DON CARLOS.  
 ¡Si acaso  
 Las ven en aquéllas!  
 DON RODRIGO.  
 Paso.  
 DON GARCÍA.  
 Voces dan.  
 Entra Galindo con la espada desnuda y revuelta  
 la capa al brazo.  
 GALINDO.  
 ¡Al fin sois dos!  
 ¡Uno á uno aquí os espero,  
 Gallinas!  
 DON RODRIGO.  
 Este es Galindo.  
 DON CARLOS.  
 ¡Ah, borrachol  
 GALINDO.  
 No me rindo.  
 DON CARLOS.  
 Tente, que estás hecho un cuero.  
 GALINDO.  
 Déjenme, ¡pesia á mi mal!  
 Que dos bellacos me han dado  
 Mil palos, y se han entrado.  
 DON CARLOS.  
 ¿Adónde?  
 GALINDO.  
 En aquel portal.  
 DON GARCÍA.  
 ¿Por qué ó cómo?  
 GALINDO.  
 Aquellas pu.....  
 Que iba á decirlo, por Dios,  
 Lo mandaron á los dos!  
 DON RODRIGO.  
 Pues ¿qué les hiciste tú?  
 GALINDO.  
 Si vuesa merced dejara  
 Que, por abreviar razones,  
 Las diera seis bofetones  
 Y las joyas les quitara,  
 No se nos fueran riendo,  
 Y todo se hiciera noche.  
 DON CARLOS.  
 ¿Dónde entraron?  
 GALINDO.  
 En un coche,  
 Con mucha risa, diciendo,  
 (Que esto sentí más que un rayo,  
 Por decirlo haciendo fieros):  
 «A aquellos tres majaderos  
 Decid, hermano lacayo,  
 Que tienen mucha ignorancia  
 En el hacer y el decir;

Que ojos que nos vieron ir  
Que nos verán más en Francia.»

Prometí dar el recado,  
Y porque el porte trujese  
Cobrado antes que le diese,  
Todo en cuartos me le han dado.

¡Ah, bellacas disfrazadas,  
Echar acá esas gallinas!

DON GARCÍA.

¡Brava burla!

DON RODRIGO.

¡De las finas!

DON GARCÍA.

Pero ellas son las burladas.

DON CARLOS.

No viva yo, si las tres  
No son Leonarda y Estela  
Y Teodora.

DON GARCÍA.

Corre, vuela;

Mira, Galindo, lo que es;  
Mira dónde entran.

GALINDO.

¿No eres

Más necio?

DON GARCÍA.

Camina.

GALINDO.

Bien,

¿Quieres que otra vez me den  
El porte aquellas mujeres?

DON GARCÍA.

Sigamos el coche.

DON CARLOS.

Vamos.

¡Ay mi anillo!

DON RODRIGO.

¡Ay mis manillas!

DON GARCÍA.

¡Ay mi cadena!

GALINDO.

¡Ay costillas!

Y más si el coche topamos.

Vanse y salen Fulgencio y Fineo.

FULGENCIO.

Estos son los sucesos de Plasencia,  
Después que de ella os fuisteis á Granada.

FINEO.

Son novedades de una larga ausencia,  
Y toda la ciudad está trocada.  
Si después del diluvio y su inclemencia  
Del hijo de Noé fuera poblada,  
No la hallara más nueva en gente y trato.  
¿Qué hay de las damas?

FULGENCIO.

Escuchadme un rato.

Casóse Anarda y enviudó Rosela;  
Fuése Landra á Italia, y sus hermanas  
Son monjas ya.

FINEO.

¡Jesús!

FULGENCIO.

Clara y Lisbela  
Tienen dos melancólicas cuartanas;  
Murió con grande lástima Clavela.

FINEO.

¡Válgame Dios!

FULGENCIO.

Sin duda.

FINEO.

¿Y las dos Juanas,

Vuestras vecinas?

FULGENCIO.

Son en hermosa  
La gala y el valor de Extremadura;  
Divorcio han hecho Octavia y Filiberto.

FINEO.

¿Celillos?

FULGENCIO.

No, por Dios, un suegro avaro;  
Camila pide ante el Vicario á Alberto.

FINEO.

¿El gana en eso mucho?

FULGENCIO.

Está muy claro.

FINEO.

¿Qué hay de Teodora?

FULGENCIO.

Ya su padre es muerto,  
Y tiénela en su casa Juan de Haro,  
Que fué, como sabéis, su grande amigo.

FINEO.

¿Y quién la sirve agora?

FULGENCIO.

Don Rodrigo.

FINEO.

¿Qué hay de Estela?

FULGENCIO.

Esa adora don García.

FINEO.

¿Es gentil dama?

FULGENCIO.

Á mí me lo parecc;  
Ronda la noche y desempiedra el día  
La calle, y más cuando la Luna crece.

FINEO.

¿Está buena Leonarda?

FULGENCIO.

¡Ay suerte mial

FINEO.

¿Con suspiro?

FULGENCIO.

¡Ay de mí!

FINEO.

Señal me ofrece

Ese suspiro de pasión por ella.

FULGENCIO.

No ha hecho el Cielo aquí cosa tan bella.  
Es Leonarda un espejo en que se mira  
El valor de Plasencia.

FINEO.

Si es Leonarda  
Por quien agora vuestro amor suspira,  
No pongo duda que será gallarda.

FULGENCIO.

Sin eso, os digo que su talle admira,  
Y hasta la envidia enfrena y acobarda.  
¿No vistes ninfas de alabastro hechas?

FINEO.

Amor en piedra romperá las flechas.

FULGENCIO.

Es un poco robusta de persona,  
Pero hermosa y gentil, que más bizarra  
No la hay desde París á Barcelona,  
Ni desde Trasilvania hasta Navarra.  
Es una nueva Hipólita amazona,  
Juega las armas, tira bien la barra,  
Y con el arcabuz, sin verse cómo,  
Pasa desde la villa al blanco el plomo.

Sube á caballo, y con las fuertes piernas  
De tal manera los talones bate,  
Que menos tú le riges y gobiernas  
Con el duro bocado y acicate.  
Tiene obras graves y palabras tiernas  
Con que apenas hay vida que no mate;  
Para nieve, en efecto, era extremada,  
Porque es muy blanca y en extremo helada.

Los hombres estimó toda su vida  
Por cosa de vil precio y accesoria;  
Pero esta nieve y piedra, enternece,  
Hoy ha dado al amor rica victoria.

FINEO.

¿Quiérete bien?

FULGENCIO.

¡Ay, Cielos! ¡Está perdida!

FINEO.

¿Por tí?

FULGENCIO.

Por un don Carlos, cuya historia  
Hoy romperé, si puedo; y podré creo  
Con un engaño y tu favor, Fineo.

FINEO.

Don Carlos, ¿no es aquel de Talavera,  
Sobrino del Obispo ya difunto?

FULGENCIO.

El mismo. Y ése estima aquesta fiera,  
Y están las bodas de los dos á punto.

FINEO.

¿Pues qué remedio tu desdicha espera  
Sino es que venga el desengaño junto?

FULGENCIO.

Escucha.

FINEO.

Dí, que puede ser que importe.

FULGENCIO.

Don Luis, su hermano, vino de la corte.

FINEO.

¿Qué ha hecho allá?

FULGENCIO.

Por méritos y ruego  
Pidió un hábito al Rey, al soberano

Carlos el Santo, que es espada y fuego  
Del moro en la defensa del cristiano.  
Alcanzólo y volvió á Plasencia luego,  
Donde Leonarda, como á tal hermano,  
Le dió parte de aqueste casamiento.  
Y de la ejecución está contento.

Hácese información en esta tierra  
Por don Luis para el hábito que digo,  
Y aquí pienso á don Carlos hacer guerra.

FINEO.

¿Cómo, si es su cuñado y es su amigo?

FULGENCIO.

Hoy verás si quien ama acierta ó yerra.

FINEO.

Pues ¿qué he de hacer?

FULGENCIO.

Afirmarás conmigo

Lo que me oyeres.

FINEO.

Basta.

FULGENCIO.

Don Luis viene.

FINEO.

Firmes en un papel los ojos tiene.

Sale D. Luis, leyendo un papel; Avendaño, criado;  
Galindo, lacayo de D. Carlos, que le ha traído el papel.

DON LUIS.

Dile á don Carlos, Galindo,  
Que he leído su papel,  
Y aunque no respondo á él,  
Que de palabra le rindo  
Gracias de su cortesía.

GALINDO.

Vendrás muy gran cortesano.  
Yo apostaré que al verano  
Te llamamos señoría.

DON LUIS.

¿Cómo?

GALINDO.

Porque ya tendrás  
El lagartado en el pecho,  
Y tan grave, que sospecho  
Que no me conocerás.

En buena fe, que acertó  
Su Majestad en marcarte  
Con tal mancha, por sacarte  
La que algún necio te dió.

Agora sí que envidiado  
Por la ciudad andarás,  
Y al descuido mostrarás  
El remiendo colorado.

DON LUIS.

Ese día no se excusan  
Á Galindo unos gregiescos  
De aquestos medio tudescos  
Que allá en la corte se usan.

GALINDO.

Pues mal año, si hay torillos  
Y sales con lanza al coso;  
Iré á tu lado brioso

Con rejonos amarillos.  
Y ¡vive el coime sagrado!  
Si alguno te acierta á dar,  
Que le he de desjarretar  
Con ésta de Lope Aguado.

DON LUIS.

Famoso estás, Galindillo.  
Dale un vestido, Avendaño.

AVENDAÑO.

¿Cuál?

DON LUIS.

El de mezcla.

AVENDAÑO.

¡Buen paño!

GALINDO.

¿Hay pestaña?

AVENDAÑO.

Y molinillo.

GALINDO.

Vivas más que un campanario;  
Eres noble á toda ley;  
Tantas cruces te dé el Rey,  
Que parezcas un calvario.

Pues, Avendaño, ¿á qué hora  
Iré por este vestido?

AVENDAÑO.

Allá á la tarde.

GALINDO.

Eso pido.

AVENDAÑO.

¿Qué dicen de mi señora?

GALINDO.

Que se casa con mi amo.

AVENDAÑO.

¿Es cierto?

GALINDO.

Ya lo has de ver.

AVENDAÑO.

Amistad hemos de hacer.

GALINDO.

Como á un hermano te amo.

¿Qué lugarejo es Madrid?

¿Cómo ha ido por allá?

¿Está bueno?

AVENDAÑO.

Bueno está;

Puédele vivir el Cid.

GALINDO.

¿Tiene buenas delanteras

De casas?

AVENDAÑO.

Á la malicia.

GALINDO.

¿Qué se trata?

AVENDAÑO.

De milicia.

Todo es cajas y banderas;

Que va Carlos á Alemania

Contra Lutero.

GALINDO.

¡Oh traidor!

Dios le traiga vencedor.

¿Qué hay del turco?

AVENDAÑO.

Entró en Albania.

Y aun dicen que allá en Viena

Irá el hijo de Felipe,

Antes que á entrar se anticipe.

GALINDO.

¡Gran valor!

AVENDAÑO.

Esto se suena.

GALINDO.

¿Hay buen vino por allá?

AVENDAÑO.

Hijo, la corte es un mapa,

Donde todo se traslapa:

Todo falta y todo está.

Milagros hace el dinero.

GALINDO.

¿Fregonas?

AVENDAÑO.

Haylas á pares

En un río Manzanares,

De mayor nombre que Duero.

GALINDO.

¿Por qué?

AVENDAÑO.

Porque todo el año

Corre jabón.

GALINDO.

¡Ved qué ensayos!

AVENDAÑO.

Y son sus olmos lacayos,

Y sus flores lienzo y paño.

GALINDO.

¿Topaste alguna?

AVENDAÑO.

¡Y qué tall

Mas con la humedad del río

Pegóme cierto humor frío,

Que doy voces y ando mal.

GALINDO.

Mejor fruta hay en la Vera,

Que hay truchas entre pizarras.

AVENDAÑO.

Doy al diablo estas bizarras.

GALINDO.

Voyme.

AVENDAÑO.

Adiós.

GALINDO.

Allá me espera

Vase.

FINEO.

Hablarle puedes agora.

FULGENCIO.

¡Señor don Luis!

DON LUIS.

¡Oh Fulgencio!

FULGENCIO.

¡Oh don Luis! Este silencio,  
 Cuando de estado os mejora  
 La fortuna, da á entender  
 Que tenéis algún cuidado.

DON LUIS.

Lo menos se ha negociado,  
 Y lo más falta de hacer.

FULGENCIO.

Si andáis en la información,  
 Aunque es negocio más llano  
 Que la palma de la mano,  
 No os falta contradicción.

DON LUIS.

No me espanto. Que al más libre  
 De que puedan murmurar  
 Suele la envidia buscar.

FINEO.

¿Quién hay que de ella se libre?

FULGENCIO.

Yo conozco un caballero  
 Que emparentaba con vos,  
 Y hoy nos ha dicho á los dos  
 Que es contra vos el primero,  
 Y aun á serlo nos incita;  
 Pero sabemos muy bien  
 Quién sois, y lo que él también  
 Con su engaño solicita.

Que porque ha dado en querer  
 Á Estela, y salirse afuera  
 De la voluntad primera  
 Que tuvo á cierta mujer,

Os ha hecho mal nacido,  
 Y habla mal en vuestro abuelo.

DON LUIS.

¡Castigo venga del Cielo  
 En hombre tan fementido!  
 ¿Es don Carlos?

FULGENCIO.

Yo no os digo  
 Quién es ése, pues os toca;  
 Miradlo y callar la boca.

DON LUIS.

¡Ah, don Carlos, falso amigo!

FINEO.

No nombréis á nadie aquí,  
 Que nadie os dice quién es,  
 Y se negará después,  
 Si vos lo decís así.

Basta haberos avisado  
 Y en vuestro honor advertido.

DON LUIS.

Don Carlos, ¿yo mal nacido?  
 ¡Y tú, hasta ayer, mi cuñado!  
 ¿Es esto lo que á la corte  
 Me escribías? ¡Ved qué mengua  
 De un noble! ¡Ah traidora lengua,  
 La espada del Cielo os corte!  
 ¿No se hallará otro camino  
 Para dejar á mi hermana,  
 Sino en mi probanza llana

Este infame desatino?

No diré á lo menos dél  
 Que es mal nacido y villano;  
 Que hombre que he llamado hermano  
 No he de poner falta en él.

Que es noble diré, por Dios,  
 Pues dice que soy villano;  
 Porque así será muy llano  
 Que mentiremos los dos.

Si hay muertes que satisfagan  
 Los agravios y las iras,  
 Casi también las mentiras  
 Unas con otras se pagan.

Cierto que no lo sabía:  
 Ausencia todo es cautela;  
 Antes pensé yo que á Estela.  
 Agradaba don García.

Bien la pudo pretender  
 Don Carlos sin mi deshonra;  
 Que yo entiendo que mi honra  
 No la ha podido ofender.

Que es mi hermana hermana mía,  
 Y por sí misma tan buena,  
 Que quita al alma la pena  
 Y al honor la fantasía.

Este papel me escribió:  
 Dice en él que quiere hablarme:  
 Querrá las causas mostrarme  
 Por qué la fe me rompió.

Y habrá de ser la primera  
 La que dicen que ha jurado.

FULGENCIO.

Ni sé que os haya injuriado,  
 Ni á saberlo os lo dijera.

Sin nombre os digo que un hombre.  
 Esto ha hecho contra vos.

DON LUIS.

¡Decís el hombre los dos,  
 Y estáis encubriendo el nombre!

Todo temor es villano;  
 Quien le tiene, poco medra,  
 Ya que tirasteis la piedra,  
 ¿Para qué escondéis la mano?

Carlos es quien me ofendió,  
 Y éste decírmelo, ha sido  
 Que á los dos os ha ofendido,  
 Y queréis que os venga yo.  
 Pues yo lo haré.

FINEO.

Si él me hubiera  
 Ofendido, no aguardara  
 Á que nadie me vengara.

FULGENCIO.

Ni yo, si don Carlos fuera  
 César, Rodamonte, Alcides.

DON LUIS.

Ahora bien, sea lo que fuere.  
 Ved la malicia que infiere.

FINEO.

DON LUIS.

¡Ah honor, qué venganza impides!



FULGENCIO.

Lo que nació de amistad  
Atribuye.

FINEO.

Estoy.....

FULGENCIO.

Dejalde.

FINEO.

¿Ha de llevarse de balde  
Esta loca libertad?

DON LUIS.

Vente conmigo, Avendaño.

AVENDAÑO.

¡Oh qué mal, señor, has hecho!  
Que éstos buscan tu provecho.

DON LUIS.

Mal, si me dicen mi daño.

¡Húndase el mundo primero  
Que lleve un hombre de bien  
Palabras á nadie!

Vanse los dos.

FINEO.

¡Bien!

FULGENCIO.

Buen efecto agora espero.

FINEO.

Rabiando voy de pesar.

FULGENCIO.

Grande máquina intenté;  
Pero ya que comencé,  
Hasta el fin no he de parar.

Salen Galindo y D. Carlos.

DON CARLOS.

¿No respondí por escrito?

GALINDO.

Fué porque le hallé en la calle.

DON CARLOS.

¿Galán viene?

GALINDO.

Y de buen talle.

¿No te has holgado?

DON CARLOS.

Infinito;

Ya ves tú si emparentar  
Con un hombre que en su pecho  
Traiga una cruz, habrá hecho  
Placer en tanto pesar.

GALINDO.

En casándote, ¡también  
La traerás tú!

DON CARLOS.

Así la nombro.

GALINDO.

Mas no en el pecho, en el hombro.

DON CARLOS.

Pienso que ha de estarme bien,  
Porque es Leonarda muy bella.

GALINDO.

Sí, pero ten atención,  
No venga la condición  
Como lo que cuentan de ella.

DON CARLOS.

Por Dios, que hay lindos sucesos.

GALINDO.

La mano ayer me pidió,  
Y de suerte me apreté,  
Que me crujieron los huesos.

Guárdate reñir con ella  
Cuando te la den los Cielos,  
Y guarda de darla celos  
Ni en un cabello ofendella;

Que te dará bofetada,  
Si te alcanza, de revés,  
Que te quede por un mes  
Toda la mano estampada.

Haz cuenta que te desposas  
Con Hércules.

DON CARLOS.

¿Aún no callas?

GALINDO.

Con un gigante batallas,  
Hecho de nieve y de rosas.

DON CARLOS.

¿No miras que hay gente aquí?

FULGENCIO.

¡Oh, señor don Carlos!

DON CARLOS.

Creo

Que os trajo aquí mi deseo.  
¿Venís triste? ¿Cómo así?

FULGENCIO.

Con esta nueva mudanza  
De don Luis.

DON CARLOS.

¿Es ironía,

Por ver que de su alegría  
La mayor parte me alcanza?

FINEO.

¿Disimuláis?

DON CARLOS.

No lo entiendo.

FULGENCIO.

¿Dar don Luis vuestra Leonarda  
Á otro hombre no os acobarda?

DON CARLOS.

¿Qué alegre me estoy muriendo!

Sin duda que con sangría

Me quiso matar amor;

Que no sintiendo dolor,

El alma se me salía.

¿Don Luis, Fulgencio, concierta  
Casar con otro á su hermana?

FULGENCIO.

¿Fama de cosa tan llana

No ha entrado por vuestra puerta?

Después que esta cruz le dieron,

Tan grave con ella está,

Que dice que no os la da,

Por cosas que le dijeron  
Pasando por Talavera,  
De donde sois natural.

DON CARLOS.

Si enemigos hablan mal,  
Amigos buscar pudiera.  
Yo soy noble conocido,  
De cuatro abuelos hidalgo,  
Y él no sé si topa en algo,  
Aunque la cruz ha traído.

La que ¡vive Dios! que ponga  
Tan tarde al pecho, que vea  
Que no hay bien que se posea  
Que envidia no descomponga.

Seré el primero que diga  
Cosas; pero basta así,  
Que hablando dél, hablo en mí,  
Y mi propio honor me obliga.  
¿Tanta gravedad le ha dado,  
Tanto le ha desvanecido  
La merced que ha recibido  
Por el servicio pasado?

¿Qué pierna ha traído menos  
De Flandes? ¿Qué manos rotas?  
¿En qué campos, en qué flotas  
Sueldo ha tirado á lo menos?  
¿Él ha visto un puerto, un dique?

Tuvo buen padre; eso basta.  
¿En una casa tan casta  
Mancha ha hallado que publique?

¿Ya no le parezco limpio?  
¿Ya con mi sangre le ofendo?  
Pues presume que desciendo  
Desde Júpiter Olimpio.

Pues si esas soberbias fragua,  
Juntemos sangres un día  
Y verá encima la mía,  
Como el aceite en el agua.  
¡Rapaz loco!

FINEO.

¿Dónde vais?

DON CARLOS.

No sé, que pierdo el juicio.

FULGENCIO.

Bien han dado el claro indicio  
Las voces que al viento dais;

Reportaos, que bien podéis  
Satisfacer este engaño.

DON CARLOS.

Sospecho que es mayor daño;  
Mal su intención entendéis.

Querrá, por no me la dar,  
Poner falta en mi linaje.

FINEO.

Sin duda.

DON CARLOS.

¿Pues ese ultraje

Conmigo se ha de usar?

Con menos daño podía  
Quitarme á Leonarda ya.

¿Sabéis á quién se la da?

FULGENCIO.

Sospecho que á don García.

DON CARLOS.

¿Y es don García mejor,  
Galindo?

GALINDO.

Señor.....

DON CARLOS.

¿Qué sientes?

GALINDO.

Que los amantes y ausentes  
Traen peligroso el honor.

DON CARLOS.

Ven; que en este desengaño  
Gran mal estaba escondido.

GALINDO.

¡Miren por donde he perdido  
El vestidillo de paño!  
¡Cuerpo de tal! ¿no podían  
Decírselo de aquí á un mes?

Vanse D. Carlos y Galindo.

FULGENCIO.

Ya de mis engaños ves  
Qué ramas y flores crían.

FINEO.

Si así corresponde el fruto,  
Paga tributo al amor.

FULGENCIO.

Hasta quedar vencedor  
No pienso pagar tributo.

Vanse, y salen D. Luis y Leonarda, su hermana,  
ya de dama.

LEONARDA.

¿Eso me cuentas, hermano,  
De don Carlos?

DON LUIS.

Esto ha hecho.

LEONARDA.

El corazón en el pecho  
Detiene apenas la mano.

¿Con Estela trata amores  
Y ha jurado contra ti?

DON LUIS.

Sí, Leonarda.

LEONARDA.

¿Cómo sí?

DON LUIS.

Sufre, vuelve en ti, no llores.

LEONARDA.

¿Qué es sufrir, ni llorar tanto?

Si los ojos con la injuria  
Muestran agua, es ira, es furia,  
Que no procede de llanto.

Que, como en el alta esfera  
Han de subir humedades  
Para hacer sus calidades

Fuego que á ser rayo espera,

Así en mis ojos se fragua  
Agua de enojo, que luego  
Se ha de convertir en fuego,  
Y así es fuego, que no es agua.

No siento que me dejase  
Por Estela, que hoy la vi  
En la feria, donde fui  
A que me desengañase;  
Que fingió no conocerme.  
Y una sortija le dió  
Que por favor le dejó,  
Pues harto pierde en perderme,  
Siento que se haya atrevido  
Para jurar contra ti.

DON LUIS.

Espera un momento aquí.

LEONARDA.

Que no le busques te pido;

Aguarda tiempo y lugar  
Que puedas vengarte dél.

DON LUIS.

Ni aun pienso verme con él.

LEONARDA.

La palabra me has de dar

De que hasta que yo te avise  
No le hablarás.

DON LUIS.

Yo la doy.

LEONARDA.

Júralo.

DON LUIS.

Á fe de quien soy,  
Aunque la boca me pise;  
Que por tan cuerda te tengo,  
Que mi agravio, mi disgusto  
Pongo en manos de tu gusto.

LEONARDA.

Vete agora.

DON LUIS.

Luego vengo.

LEONARDA.

Oye.

DON LUIS.

¿Qué quieres?

LEONARDA.

No digas

Á ningún amigo nada.

DON LUIS.

Ni tú á la más regalada,  
Leonarda, de tus amigas.

Que al villano yo pondré  
A su tiempo tal cautela  
Que no le defienda Estela.

Vase.

LEONARDA.

¡Ah falso, ah traidor sin fel  
¡Así me desconocías,

Sale Avendaño.

Con los serranos despojos,  
Y á Estela á mi propios ojos  
Tantos amores decías?

AVENDAÑO.

Aquí, mi señora, están  
Estela y Teodora.

LEONARDA.

¿Quién?

AVENDAÑO.

Teodora y Estela.

LEONARDA.

Bien;

A darme cuenta vendrán  
De su nuevo casamiento.

Salen Estela y Teodora, de damas.

Pues ¿dónde bueno, señoras?

¿Tan de prisa y á estas horas  
Anda en la cabeza el viento,

Muévense á compás los pies  
De la veleta de arriba?

¿Qué hay de boda? Que, así viva,  
Que andamos buenas las tres.

¿De qué están mudas y en calma?

¡A don Carlos buscarán!

Pues ya aquí no le hallarán,

Si no le traen en el alma.

¿Estela, aún no te has casado

Y ya le buscas celosa?

ESTELA.

Habla, finge. ¡Linda cosa!

¡Oh qué melindre extremado!

Riñe, adelántate, di,

No lo dejes, ve delante.

LEONARDA.

¿Qué queréis que me adelante?

Ya no está ese hidalgo aquí.

Y aunque lince os volváis,

No le hallaréis en mi pecho.

TEODORA.

¡Muy mal, Leonarda, lo has hecho!

LEONARDA.

¡Bueno, á fel! ¿de mí os quejáis?

¿Qué dices, Teodora?

TEODORA.

Espera;

Que en tus fuerzas confiada,

Arrogante de la espada,

Más que Alejandro pudiera.

No mirando que á mujer

Conviene el aspa y la rueca;

Que la que esto deja, trueca

Su condición y su sér,

¡Te atreves á liviandades

Con tus amigas!

LEONARDA.

¡Qué bien!

¿Pues tú, Teodora, también

Me riñes y persuades?

Tiéneme á don Carlos ya

Estela, como á marido,

¿Y á reñirme habéis venido?

¡No me habléis, quitaos allá!

ESTELA.

¡Qué bien has disimulado

El tener á don García,

A quien han dado este día

El parabién de casado!

Pues, aunque más fuerte seas,

No le gozarás, traidora.

LEONARDA.

¡Hola, Avendaño!

AVENDAÑO.

Señora.....

LEONARDA.

Quiero que tu engaña leas.

Cierra esa puerta, y ¡por Dios!

Que han de ver aquestas damas

Que soy hombre!

ESTELA.

¿Paces llamas?

Miedo tienes de las dos.

LEONARDA.

Eso de miedo me agrada.

Veréis, si á las manos vengo,

Que en vosotras dos no tengo

Para la primer puñada.

¡Hame á don Carlos quitado,

Y pídemle á don García!

Salen D. García y D. Carlos.

DON GARCÍA.

Viniendo en mi compañía

Podéis entrar confiado;

Mas mirad que no digáis

Aquí alguna impertinencia;

Considerad mi paciencia,

Para que de ella aprendáis.

Que si Estela me ha dejado,

Como me han dicho, por vos,

Yo la dejaré, por Dios.

DON CARLOS.

Yo sé que os han engañado.

Y si vos sois tan devoto

Que fraile os queréis meter,

Yo no sé si he de poder,

Y por eso no hago voto.

TEODORA.

¡Don Carlos y don García

Se han entrado!

LEONARDA.

Si harán.

Habla, Estela, á tu galán.

ESTELA.

Harto bien, por vida mía.

Tú puedes llegarle á hablar.

DON CARLOS.

Á solas, Leonarda fiera,

Hablarte un rato quisiera.

LEONARDA.

Agora tienes lugar.

DON CARLOS.

¿Y á solas?

LEONARDA.

Ya se acabó;

Tendrá celos tu mujer.

DON CARLOS.

¿Quién?

LEONARDA.

Estela.

DON CARLOS.

Eso es querer

Que diga lo mismo yo.

Pero pase don García,

Ya que no te puedo hablar,

Y ocupará mi lugar,

Porque hable á Estela, si es mía.

LEONARDA.

Ya, don Carlos, es en vano.

DON CARLOS.

Espera.

LEONARDA.

¿Cómo podré,

Á quien me niega la fe

Y jura contra mi hermano?

Vase.

DON CARLOS.

Seguirte tengo, por Dios.

ESTELA.

¿Esto sufrís, don García?

DON GARCÍA.

Si es agravio, ingrata mía,

Partámosle entre los dos.

Que con don Carlos casada,

Que hoy un anillo te dió,

Quedando contigo yo,

Será la burla trocada.

ESTELA.

No será; porque si diste

Una cadena á Leonarda,

Que ya como tuya aguarda

Lo que allí le prometiste,

Ni ofendido ni celosa

Puede haber, que yo lo soy.

Ven, Teodora, que me voy.

Vase.

DON GARCÍA.

Escucha, vibora hermosa;

Oye, deténla, Teodora.

TEODORA.

¿Cómo puedo detenella?

DON GARCÍA.

Oye, no vayas con ella;

Escúchame sola agora:

Dile que estas sinrazones

Tendrán fin con esta vida.

TEODORA.

En honra tan ofendida,

¿Qué importan satisfacciones?

DON GARCÍA.

Duélete, amiga, de mí.

Salen don Rodrigo.

DON RODRIGO.

¿Cómo que de ti se duela

Don García?

DON GARCÍA.

¡Ay, dulce Estela!

DON RODRIGO.

¿Disimulas?

DON GARCÍA.

¿Cómo así?

DON RODRIGO.

¡Pues requiebras á Teodora,

Y asidos sus brazos tienes!

DON GARCÍA.

¿Qué deslumbado que vienes!

DON RODRIGO.

¿Y llamas á Estela agora?

¡Ah, falso amigo!

TEODORA.

¿Estás loco?

¿No ves que me está rogando

Que hable á Estela?

DON GARCÍA.

Estoy pensando

Que estimas tu honra en poco.

Yo la ruego que me ablande

Un tigre que me llevó,

De aquí el alma.

TEODORA.

Y gusto yo

De que serville me mande.

Vete, Rodrigo, en buen hora.

DON GARCÍA.

Averigüad vuestros celos,

Entretanto que los Cielos

Me vuelven mi ausente aurora.

¡Ay Estela, falsa estrella,

Contraria á todo mi bien!

Vase.

DON RODRIGO.

¡Muéstrame agora desdén,

Por tu vida, ingrata bella!

TEODORA.

No te he de hablar en mi vida,

Por la pena que me has dado.

DON RODRIGO.

Pues voyme, si lo has jurado.

TEODORA.

¿Y si estoy arrepentida?

DON RODRIGO.

Si lo estás te abrazaré.

Abrázala.

Salen D. Luis y dos lacayos con dos cañas.

DON LUIS.

Dale, que es don Carlos, dale.

DON RODRIGO.

¿Hay maldad que aquésta iguale?

A mí, villanos, ¿por qué?

LACAYO 1.º

¿No es don Carlos?

DON RODRIGO.

Don Rodrigo

Soy.

TEODORA.

¡Ay de mí!

DON LUIS.

Tente, tente.

DON RODRIGO.

¡Tenerme, ah perro, insolente!

DON LUIS.

Don Luis soy, y soy tu amigo;

Que por don Carlos te tuve.

DON RODRIGO.

Matarte tengo, traidor;

Porque aunque es sol el honor,

Le cubre cualquiera nube.

## ACTO SEGUNDO.

Salen don Luis y Leonarda.

LEONARDA.

¡Que hubiste de ser mi hermano,

Vive el Cielo!

DON LUIS.

Calla agora,

Que ya el mundo en honra adora.

LEONARDA.

Aparta, quita la mano;

Que no hay honra más forzosa

Que la palabra.

DON LUIS.

Es así.

LEONARDA.

Pues ésta me diste á mí,

Y es honra y ley rigurosa.

DON LUIS.

No hay entre hermanos palabra,

Y así no hay honra que obligue.

LEONARDA.

¡Oh, que el Cielo te castigue

Y hasta la tierra se abra!

¿La honra puede faltar

De ninguna parte, siendo

Las manos que están ciñendo

El mundo?

DON LUIS.

Cesa de hablar;

Que yo en verdades me fundo,  
Que lo demás es donaire.

LEONARDA.

¿No ves que la honra es aire  
En que se sustenta el mundo?

Y como no puede estar  
Ningún cuerpo sin aliento,  
La honra es el elemento  
Con que se ha de respirar.

DON LUIS.

Luego si te diera yo  
Un bofetón, ó tú á mí,  
¿Era caso de honra?

LEONARDA.

Sí.

DON LUIS.

¿Siendo tu hermano? Eso no.

LEONARDA.

¿Cómo no? ¿Nunca has oído  
Que su padre al Cid mordió  
Un dedo, cuando intentó  
Que le vengase ofendido?

Y le dijo: «A no ser padre,  
Os diera en esta ocasión,  
Láinez, un gran bofetón.»

DON LUIS.

¿Y eso quieres que te cuadre?  
Harto más me cuadra á mí;

Pues si levantas la mano  
Dirás: «A no ser mi hermano,  
Quizá la pusiera en ti.»

¿Ves cómo te has condenado?

¿Ves cómo no puede haber  
Honra entre hermanos, ni ser  
De hermano á hermano afrentado?

Y por la misma razón,  
Que no te afrentó el quebrar  
La palabra.

LEONARDA.

¿Puedes dar

De tu error satisfacción?

¡Loco, rapaz, atrevido!

Pues afrentabas un hombre  
Que tuvo á lo menos nombre  
De tu hermano y mi marido.

Si algunas prendas tuviera  
Con que fuera ley forzosa  
Casarme con él, ¿qué cosa  
Remediar tu error pudiera?

¡Buenos quedaran, por Dios,  
Nuestros padres, con un yerno  
Afrentado, y yo en eterno!

DON LUIS.

Ya estamos libres los dos:

Tú con haberle entregado  
Prendas suyas, como es justo,  
Yo cumpliendo con mi gusto  
Y habiendo la suerte errado.

Que bien verá don Rodrigo  
Que no hay que ofenderle pueda.

LEONARDA.

Sí; ¿mas no ves que te queda  
Don Carlos por enemigo?

DON LUIS.

Gente, hermana, le apacigua,  
Que hace grande diligencia.

LEONARDA.

Yo no he de estar en Plasencia  
Mientras esto se averigua.

Las botas me he calzado,  
La saya corta que ves,  
Que honestamente los pies  
Muestra de este y de aquel lado.

Esta espuela, este sombrero,  
Son para irme al monte.

DON LUIS.

Tente;

Que en ocasión tan urgente  
Es crueldad.

LEONARDA.

Allá te espero.

DON LUIS.

¿Sin ti me dejas, Leonarda,  
En tan extraña ocasión?

LEONARDA.

No espere más galardón  
Quien mal la palabra guarda.

¡Hola!

AVENDAÑO.

Señora.

LEONARDA.

¿Está ya

Ensillado el *Andalus*?

AVENDAÑO.

Sentido está de la cruz.

LEONARDA.

¿Puede salir?

AVENDAÑO.

No podrá.

LEONARDA.

¿Y el *Rosillo*?

AVENDAÑO.

Está clavado.

LEONARDA.

¿Pues qué ensillan?

AVENDAÑO.

El *Tordillo*.

LEONARDA.

¿Con qué aderezo?

AVENDAÑO.

Amarillo,

Sobre cuero de venado.

LEONARDA.

Dame, Avendaño, la espada.

AVENDAÑO.

Cuchillo de monte había.

LEONARDA.

No es, Avendaño, este día  
Para guarnición dorada,

Ni de cuchillo de monte;  
Que anda todo de cuestión.

Sale Carpio, criado.

CARPIO.  
Asir puedes el arzón;  
Señora, á caballo ponte.

LEONARDA.  
¿Está apercebido ya?

CARPIO.  
A punto está.

LEONARDA.  
¿No hay mochila?

CARPIO.  
Ya está envolviendo Camila  
Lo que has de llevar allá.

LEONARDA.  
¿Qué llevo?

CARPIO.  
Un gentil jamón  
De Alcántara.

LEONARDA.  
¡Con qué hambre  
Lo dices! ¿Y qué, hay hambre?

CARPIO.  
Un extremado capón,  
La bota de lo de á ciento,  
Queso y cuatro panecillos.  
Que vamos dos monacillos.

DON LUIS.  
¿Que esto intentas?  
LEONARDA.  
Esto intento.

DON LUIS.  
Mira, hermana.  
LEONARDA.  
No hay mirar:

Hombre eres.  
DON LUIS.  
Adiós.  
LEONARDA.  
Adiós.

¿Quién va allá?  
CARPIO.  
Nosotros dos.  
AVENDAÑO.

¿Toma estribo?  
LEONARDA.  
¿Qué es tomar?

¿Será nueva maravilla  
Subir sin él?

AVENDAÑO.  
¡Gran blasón!  
LEONARDA.

Basta que toque el arzón  
Para ponerme en la silla.

DON LUIS.  
Espera.  
LEONARDA.  
No puedo más.

DON LUIS.  
¡Óyeme!

AVENDAÑO.  
¡Cólera fiera!  
DON LUIS.

Veréte partir siquiera.  
LEONARDA.

¡Adiós, casa!  
DON LUIS.  
¿Al fin te vas?

Vanse, y entran D. García, Fulgencio, Fineo  
y el capitán Andrada.

FULGENCIO.  
Digo que ha sido traición.

ANDRADA.  
Callad; que no lo entendéis.

FULGENCIO.  
¿Qué es traición?

DON GARCÍA.  
Si no sabéis,  
Que preguntéis, es razón.

Diga el señor capitán  
Andrada qué siente de esto,  
ANDRADA.

Á decirlo estoy dispuesto;  
Pero lugar no me dan,  
Y pues que vos, don García,  
Sois letrado y sois soldado,  
Pues, el estudio dejado,  
Fuisteis con el Duque á Hungría,  
Y en Túnez visteis mil cosas

De la milicia mejor  
Que tuvo el Emperador  
En sus jornadas famosas,  
Dadle á Fulgencio á entender  
Cómo se engaña en pensar  
Que don Luis pudo afrontar  
A nuestro pariente ayer.  
Que el serlo suyo, si fuera  
Afrenta, bien muestra claro  
Que no tuviera reparo  
Si del Rey abajo fuera.

DON GARCÍA.  
Traición, Fulgencio, es engaño  
Contra el bien público, es muerte  
Injusta, y hecha de suerte  
Que toca á todos en daño.

Y suélese castigar  
Por buena gobernación  
Más que por satisfacción  
Del daño particular.

Traición es la que se hace  
Contra la fe ó la corona.

FINEO.  
Y contra una persona,  
¿No es traición?

DON GARCÍA.  
De traición nace;  
Mas llámase alevosía,

Y el vulgo con fraude así  
Los nombra.

FULGENCIO.

Siempre entendi

Que por una se tenía.

Sepamos: si yendo un día  
Fernando á matar á Juan,  
Matase á Francisco, ¿dan  
Á este caso alevosía?

ANDRADA.

No; pero sería reo  
De la muerte.

DON GARCÍA.

Esas cuestiones

Tienen varias opiniones.  
Yo, por sin duda, lo creo.

El homicidio sin dolo  
Excusan muchos.

FULGENCIO.

Mirad

Que es muy mala la maldad;  
Y por este ejemplo sólo:

Quien mata al que no le ofende,  
Yendo á matar al culpado,  
Por más alevoso es dado.

DON GARCÍA.

La inocencia le defiende.

FULGENCIO.

No hace, pues ofendió  
Al que no lo merecía,  
Y es mayor alevosía,  
Pues al seguro mató.

Y esto en don Luis está llano,  
Ofendiendo á don Rodrigo,  
Siendo su deudo y su amigo.

DON GARCÍA.

¡Oh! ¡Cómo cargáis la mano!

Antes es mi parecer  
Que es don Carlos afrentado,  
Pues en su nombre y culpado  
Al otro pudo ofender.

ANDRADA.

Eso tiene que tratar  
Despacio.

FULGENCIO.

¡Qué extraño enredo!

DON GARCÍA.

Lo que por agora os puedo,  
Señores, aconsejar

Es que don Luis dé á Leonarda  
Por mujer á don Rodrigo,  
Siendo su hermano y su amigo.

ANDRADA.

Extremada traza.

FULGENCIO.

Aguarda;

Que no la apruebo.

FINEO.

Ni yo.

DON GARCÍA.

¡Notable intención mostráis!

Sospecho que procurarás  
Que esto se encienda.

FULGENCIO.

Yo no.

FINEO.

Ni yo he procurado más  
Que tus paces.

DON GARCÍA.

No lo creo.

Pues tan extraño deseo  
Á todo mostrando estás,  
Que se case don Rodrigo  
Con Leonarda no defiendes.

FULGENCIO.

Hágolo, si no lo entiendes,  
Porque es don Carlos mi amigo.

Si es afrentado, por Dios,  
Que si el casarse es remedio,  
Que ha de partirse por medio  
Y casalla con los dos.

DON GARCÍA.

No, que pues con la intención  
Don Luis le ofendió, no es justo  
Imaginar darle gusto  
Sin llegar á ejecución.

Y á don Rodrigo, que fué  
Con las obras agraviado,  
Darle á Leonarda.

FINEO.

Tú has dado

Justa sentencia.

DON GARCÍA.

Esto sé.

FINEO.

Fulgenzio, mira por tí;  
Basta haber dado ocasión  
Con tu engaño é invención  
Á lo que ha pasado aquí.  
Deja casar á Leonarda,  
No se declare el enredo.

FULGENCIO.

¡Ay, Fineo! ¿Cómo puedo?  
¿No ves que amor me acobarda?

FINEO.

¡Oh, reniego del amor,  
Si aquesta traición sabida  
Te viene á costar la vida!

DON GARCÍA.

Este es el medio mejor.

ANDRADA.

Oid, que se me ha ofrecido  
Que cuando don Luis llegó,  
Á don Rodrigo le halló  
Del brazo á Teodora asido.

Ya sabes que es mi sobrina;  
Preguntémosla primero  
Si hay algo.

DON GARCÍA.

Yo me prefiero

Á que calle.



ANDRADA.

Pues camina.

DON GARCÍA.

Antes es mejor saber  
El gusto de don Rodrigo.

ANDRADA.

Que lo ha de querer os digo.

DON GARCÍA.

Leonarda es bella mujer.

ANDRADA.

Por no obligarse á matar  
A don Luis, nos dará albricias.

Vanse D. García y el Capitán.

FINEO.

Tarde á Leonarda codicias;  
Bien te puedes consolar.

FULGENCIO.

Como se aumenta el deseo  
Con cualquiera privación,  
Así también la pasión  
Aumenta el amor Fineo.

Déjame á Leonarda hablar.

GALINDO.

¿Habéis visto á mi señor?

FULGENCIO.

¿Dónde con tanto furor,  
Galindo?

GALINDO.

Voyle á buscar;

Que Leonarda es ida á caza,  
Y esté bien que la siga.

FULGENCIO.

Y á mí mejor que prosiga  
El discurso de mi traza.

Toma un caballo, Fineo,  
Y vente al monte conmigo.

FINEO.

¡Triste de mí, que te sigo,  
Si te despeña el deseo!

GALINDO.

¡Que sea tan desdichado  
Que en ninguna casa esté,

Y en ocasión que se ve  
De tantas cosas cercado!

Allí con la libertad

De don Luis, que en fin ha sido  
El que ha llamado ofendido  
La opinión de la ciudad.

Allá con el desamor

De Leonarda, que le olvida,  
Porque le llama homicida  
De su gusto y de su honor.

Pero ¡ay Cielos! éstos son  
Teodora, Estela y don Carlos.  
Quiero primero escucharlos.

Salen Estela, Teodora y D. Carlos.

ESTELA.

Esta ha sido la ocasión.

DON CARLOS.

Como Estela, yo he jurado  
Contra don Luis; pierdo el seso.

ESTELA.

La ocasión de este suceso  
De esta causa ha resultado.

DON CARLOS.

¿Pues cómo? Hacer oraciones  
Al Cielo y á las remotas

Imágenes más devotas

Mil novenas y estaciones,

Porque fuese mi mujer

Leonarda, y los ordinarios

Con mil ruegos necesarios

Para obligarla á querer;

Escribir siempre á su hermano

Y en la corte á sus amigos;

Hacer los míos testigos

De que era negocio llano;

Publicarlo por Plasencia,

Como cosa ya acabada;

Ser en presencia estimada;

Ser adorada en ausencia;

Traer sus mismas colores;

Salir al coso con ellas;

Pedir á sus manos bellas

Tantos públicos favores;

Acompañarla á las fiestas

Que todo el mundo lo vía;

Hallarme en su puerta el día

Con tantas armas á cuestras;

No dejar, de puro loco,

Entrar hombre por la calle

Bien vestido ó de buen talle,

Ni en su casa el sol tampoco;

Besar, por dulces despojos,

Con mil tiernas fantasías

De noche las celosías

Donde tocaban sus ojos,

Con otros mil disparates

Que no son para decir,

Da ocasión á presumir

Que esas bajezas me trates!

¡Yo jurar contra don Luis,

Cuando mi hermano no fuera,

Ni á Leonarda pretendiera,

Como sabéis y decís!

¡Yo falsamente quitar

A un caballero el honor,

Que es querer el resplandor

Del Sol intacto manchar!

¡Yo en su noble nacimiento

Poner falta! ¡Ah lengua vill!

¡Ah envidia, viento sutil

Que sale del pensamiento!

ESTELA.

Carlos, tu satisfacción

Bien ocupa mis recelos.

DON CARLOS.

Saben, Estela, los Cielos

Mi limpia y sana intención.

ESTELA.

¿Viento á la envidia llamaste?  
Dices bien, que como encierra  
En cuatro vientos la Tierra  
El Cielo, haciendo un engaste,  
Así el corazón que toca

Está en otros cuatro vientos,  
Que para varios intentos  
Salen del pecho á la boca:

Venganza, aborrecimiento,  
Son de primero lugar,  
Que bastan á derribar  
El más seguro contento.

TEODORA.

¿No estás, Estela, informada  
De lo que se dice agora?

ESTELA.

¿Hay algo nuevo, Teodora?

TEODORA.

No más de que estás casada.

ESTELA.

¿Con quién?

TEODORA.

Con don Carlos.

ESTELA.

¿Yo?

TEODORA.

Tú, pues.

ESTELA.

¡Extraña maldad!

TEODORA.

Y que de esta enemistad  
El juramento nació;

Que don Carlos, por romper  
La obligación de Leonarda,  
Con esta ocasión aguarda  
Pedirte á ti por mujer.

Y cree que te han culpado,  
Y no sé si don García  
Lo sabe.

ESTELA.

¡Teodora mía!

De mi pensamiento honrado  
No daré satisfacción  
Á Plasencia de esta vez;  
El Cielo es grande juez  
De nuestra jurisdicción.

Yo he tratado mis verdades  
Con don García, y no creo  
Que hay en don Carlos deseo  
De hacer falsas amistades;  
Que es caballero muy noble.

DON CARLOS.

¡Algún demonio anda suelto!

ESTELA.

¡Todo el mundo está revuelto!

TEODORA.

¡Temo que el daño se doble!

DON CARLOS.

Galindo, ¿qué haces ahí?

GALINDO.

Aguardo, señor, que acabes,  
Por ser personas tan graves,  
Lo que estás tratando.

DON CARLOS.

Di,

¿Has sabido en qué paró  
El enojo de Leonarda?

GALINDO.

Jamás de ardiente bombarda  
Colado el hierro salió,  
Entre el polvorín y el taco,  
Como de su boca, allí  
Salió un «¡véteme de aquí,  
Desvergonzado, bellaco!»

DON CARLOS.

¿Luego no tomó el papel?

GALINDO.

¿Qué es papel? Á estarme quedo,  
Creo que en palos y miedo  
Te trujera el porte de él.

Porque, alzando la baqueta  
Con que el caballo regía,  
Si no se empuña, hoy tenía  
Lindos guantes la estafeta.

DON CARLOS.

¿Qué es caballo? ¡Triste yo!

GALINDO.

Tú tienes gentil despacho.  
Vestida de marimacho,  
Con seis podencos salió,

Un azor y dos criados,  
Que Avendaño y Carpio son,  
Á un tordillejo bridón  
Batiéndole los costados.

DON CARLOS.

¿Dónde?

GALINDO.

Tres leguas de aquí,  
Hacia Gargantalaolla,  
Y no sé qué de una polla,  
Capón y jamón oí.

De donde vengo á entender  
Que hará más que noche allá.

DON CARLOS.

¡Estela, mi bien se va!

ESTELA.

¡Paciencia habrás menester!

DON CARLOS.

Á lo menos, diligencia.

ESTELA.

¿Irás allá?

DON CARLOS.

Ó no vivir;

Ponte, y verásme salir  
Como un rayo, de Plasencia,  
Sobre aqueso corredor.

ESTELA.

Será diligencia justa;  
Que en las soledades gusta  
De sus regalos amor.

Allí la persuadirás.

DON CARLOS.

Si está dura é importuna,  
Lloraré, sin duda alguna.

ESTELA.

¡Por tu vida! ¿Llorarás?

DON CARLOS.

No sé, por Dios, porque estoy  
De don Luis muy agraviado.

TEODORA.

¿Cómo, si es ya tu cuñado?

DON CARLOS.

Temblando á reñirla voy.

TEODORA.

Mejor será su amistad.

ESTELA.

Si duraren los enojos,  
Allega el lienzo á los ojos,  
Aunque le falte humedad,  
Y verás cómo se ablanda.

DON CARLOS.

Galindo, ensilla á *Jazmín*.

GALINDO.

¿No vas armado?

DON CARLOS.

¿Á qué fin?

GALINDO.

¡Ah, que vas en la demanda  
Del gigante Fierabrás!

DON CARLOS.

Anda, loco, que es mujer.

GALINDO.

Yo del monte he de volver  
Con linda leña detrás.

Vanse los dos.

TEODORA.

Pluguiera á Dios que la afrenta  
No le diera más disgusto  
A mi don Rodrigo.

ESTELA.

Es justo

Que así don Carlos lo sienta.

Porque, en fin, no le tocó,  
Ni á vengarse está obligado;  
Y si ha de ser su cuñado  
Ninguna cosa perdió.

TEODORA.

¿Haránse estas amistades?

ESTELA.

No entiendo leyes del duelo;  
Que se ablandará recelo,  
Si tú se lo persuádes.

Que las mujeres, Teodora,  
Con los que nos quieren bien,  
Mucho alcanzamos también,  
Si le quieres y él te adora.

Advierte que si le das

Lugar para esta venganza,  
Que no te queda esperanza  
Para gozarle jamás.

Sale D. García.

DON GARCÍA

Guárdeos, señoras, el cielo.

ESTELA.

¿Dónde, señor don García?

DON GARCÍA.

Signiando, Estela, venía  
De mi pensamiento el vuelo;  
Pero no quiero engañaros:

Que un papel vengo á traer  
Á Teodora; aunque por ver,  
Mi bien, esos ojos claros,  
Que son el regalo y luz  
De aquéstos con que los veo.

ESTELA.

¡Juradlo, que no lo creo!

DON GARCÍA.

Si esta guarnición es cruz,

En ella pongo la mano.

Tomad, señora, el papel.

TEODORA.

Las vuestras beso por él.

ESTELA.

¡Buen paje!

TEODORA.

Y muy cortesano.

Abierto viene.

DON GARCÍA.

Es verdad,

Que es del capitán Andrada.

TEODORA.

¿Á qué efecto?

DON GARCÍA.

Está tratada

De don Luis el amistad

Con don Rodrigo, y en casa  
De Leonarda se han hablado.

ESTELA.

¿Qué satisfacción le ha dado?

DON GARCÍA.

Que con su hermana se casa.

TEODORA.

¿Don Rodrigo?

DON GARCÍA.

Sí, señora;

Pero dice el Capitán,  
Que los conciertos se harán  
Si no replica Teodora.

ESTELA.

Lee el papel, por tu vida.

TEODORA.

¡Triste de mí! ¿Cómo puedo?  
¡Que estoy temblando de miedo!

ESTELA.

¡Muestra!

TEODORA.

Lee.

ESTELA.

¡Estoy perdida!

Lee

«Sobrina, en casa de Estela  
Hemos hoy hecho amigo  
Con don Luis á don Rodrigo,  
Si no hay en esto cautela.

Porque la paz se ha tratado  
Casándose con Leonarda,  
Y solamente se aguarda  
Saber si te está obligado.

Que como digas que no,  
Se casará don Rodrigo,  
Aunque le pese, contigo,  
Porque así lo quiero yo.

Tu tío, *Esteban de Andrada.*»

TEODORA.

Decid, señor don García,  
¿Queda bien la honra mía,  
Ya por Plascencia infamada?

Don Rodrigo dijo sí.  
¡Ah, hombres!

DON GARCÍA.

¿Pues en qué agora  
Quedáis sin honra, Teodora?  
Si hay algo decido aquí.

ESTELA.

¿Qué ha de haber! De vos me espanto.  
¿Cuando don Luis le ofendió,  
En sus brazos no le halló,  
Que se ha publicado tanto?

Cuando en secreto á Teodora,  
Ese y otros mil le diera,  
De ningún daño le fuera,  
Pero esto es público agora.

Si él quiere con tal violencia  
Salvar su honor de ese modo,  
Teodora el suyo.

DON GARCÍA.

Eso todo  
Es destrucción de Plascencia.  
Mal le aconsejas, Estela.

TEODORA.

¿Qué ¿no quiere don Rodrigo  
Su honor?

DON GARCÍA.

La verdad te digo.

TEODORA.

Mal entiendes su cautela.

Don Luis y él se han concertado  
Que de burlas le ofendiese,  
Para que ocasión tuviese  
Con que hacerle su cuñado.

Quiere á don Carlos romper  
La fe y palabra primera,  
Por lo que oyó en Talavera.

ESTELA.

¿Hay tal maldad?

DON GARCÍA.

¡Oh mujer!

ESTELA.

¿Y tú andas, don García,  
En estos enredos?

DON GARCÍA.

Digo

Que don Luis y don Rodrigo  
Serán incendio este día  
De su patria y de su honor;  
Yo de todo alzo la mano.

TEODORA.

Responderéis al villano  
Que paga bien tanto amor;  
Y á mi tío le diréis  
Que toda Plascencia sabe  
Que me abrazó.

DON GARCÍA.

¿Cosa grave!

ESTELA.

Bien dice, y no repliquéis;  
Que mañana, don García,  
A la primer liviandad,  
Fingiréis otra amistad  
Y romperéis con la mía.  
Esto les decid.

DON GARCÍA.

Yo voy

Con una mortal tristeza.

Vase.

ESTELA.

¡Guarde don Luis su cabeza!

TEODORA.

Por besar tus pies estoy.  
Eres verdadera amiga.

ESTELA.

Tu honor me toca, Teodora.  
Leonarda es una embaidora,  
Que á llamarla así me obliga.

¿Ves los varios pareceres  
Con que quiere á cuantos hombres?

TEODORA.

Así es bien que la nombres;  
Pues de todas las mujeres  
Se diferencia en tener  
Gusto y fuerzas de hombre en todo.

ESTELA.

Ven, y verás de qué modo  
Te vengo de esta mujer.

Salen el capitán Andrada, D. Luis y D. Rodrigo.

ANDRADA.

El parabién os doy del buen suceso.

DON LUIS.

Bien sabe don Rodrigo que es injusta  
Cualquiera queja que de mí tuviese,  
Porque es mi amigo, y le ofendí engañado.  
Y esta satisfacción es honra mía,  
Que sin el lazo de este parentesco  
Puede tener valor para amistades,  
Sin ofenderme en nada, pues la digo  
A un hombre á quien no quise hacer ofensa,  
Y que en mi vida me ofendió, ni tuvo

Conmigo pesadumbre ni disgusto.

DON RODRIGO.

Don Luis, de tus palabras satisfecho,  
Contento de tus obras, que son tales  
Que cuando fueran mis agravios ciertos  
Bastaran á saldar mayores pérdidas,  
Digo que soy tu amigo y soy tu hermano.

ANDRADA.

Daos las manos y brazos; que Teodora  
No puede ser que esta amistad impida.  
Y vayan luego al monte dos criados  
Á pedirle á Leonarda las albricias;  
Que yo hablaré á don Carlos esta tarde,  
Y por su parte quedará segura.

Sale D. García.

DON GARCÍA.

¡Basta, señores! Que no habemos hecho  
Cosa en este negocio de importancia.  
Hallé á Teodora en casa de su prima,  
Que ya sabéis la condición de Estela;  
Y entrambas dicen que Plasencia toda  
Sabe que don Rodrigo la abrazaba  
Cuando llegó don Luis con sus criados,  
Pensando que á don Carlos ofendía.  
Y que si quiere honor, que ella pretende  
Cobrar también el suyo.

ANDRADA.

Caballeros,  
Mi sobrina se entiende, y don Rodrigo  
Lo ha hecho mal. Si obligación la tiene,  
Deshago los conciertos, y á la espada  
Remito esta verdad.

DON RODRIGO.

¡Capitán, paso,  
Que yo digo lo mismo! Y desde agora,  
Me paso á vuestro lado.

DON LUIS.

Don García,  
Todos me habéis traído con engaño  
Para matarme aquí.

DON GARCÍA.

Don Luis, yo he sido  
En cuanto he hecho honrado caballero.  
Y en prueba de esto moriré á tu lado.

Riñen dos á dos y dan voces adentro.

Dentro.

¡Guarda el león, que se ha soltado!  
¡Guarda el león!

DON GARCÍA.

¡Ay, Cielos! ¿Qué es aquesto?  
Volved, hidalgos, las espadas todos;  
Que sin duda el león de don Fabrique  
Agora se ha soltado de la jaula.

Sale un león y cuatro ó seis muchachos huyendo  
delante.

DON RODRIGO.

Pasó corriendo tras aquella gente.

DON LUIS.

Don Rodrigo, esto digo en voces altas:  
Yo no os quise ofender, si os he ofendido.  
Mas si lo estáis, salid. Aquí os aguardo.

Vanse.

DON RODRIGO.

¡Esa sola es la ofensa que me has hecho!  
Espera, que ya voy.

DON GARCÍA.

No iréis agora.

DON RODRIGO.

¡Dejadme!

ANDRADA.

¡Deteneos!

DON GARCÍA.

Si os parece  
Que es mejor que los dos al campo salgan,  
Apadrinad á don Rodrigo.

ANDRADA.

Vamos;

Que allá le han de matar, ó ser amigos.

DON RODRIGO.

Vamos donde la sangre nos iguale.

Dentro.

¡Guarda el león!

DON GARCÍA.

¿Si vuelve?

DON RODRIGO.

Al campo sale.

Vanse.

Salen Leonarda, Avendaño y Carpio.

LEONARDA.

En el lance.....

AVENDAÑO.

Por el cerro

Hizo punta y se caló.

CARPIO.

Creo que en la zarza entró.

AVENDAÑO.

Por allí ladraba el perro.

LEONARDA.

¿Había comido?

AVENDAÑO.

Poco.

LEONARDA.

Qué, ¿iba hambriento?

AVENDAÑO.

¿No lo ves?

LEONARDA.

Muy lerdos tienes los pies.

AVENDAÑO.

Es éste un oficio loco.

CARPIO.

Cien leguas irá.

AVENDAÑO.

Eso siento.

LEONARDA.

Bien le sabe el viento.

AVENDAÑO.

Y como

Es el rocín como un plomo,

Y el ave, en efecto, es viento.....

CARPIO.

Este halcón, aunque mudado,  
Es de red.

LEONARDA.

Seguid tras él.

AVENDAÑO.

Aquí escucho el cascabel,  
Tras las zarzas de este prado.

LEONARDA.

¡Pues alto! Dadle señuelo.

AVENDAÑO.

¡Húchoho..... hohó..... hohó!

Salen Fulgencio y Fineo.

FULGENCIO.

El señuelo nos llamó.

AVENDAÑO.

Sí; mas no bajáis del cielo.

FINEO.

Danos, Leonarda, las manos.

LEONARDA.

¡Fineo, Fulgencio, amigos!  
¿Dónde bueno?

FULGENCIO.

Á ver contigo

Cómo por los vientos vamos.

Va persiguiendo tu halcón

Á las pintadas perdices.

FINEO.

No viene á tal.

LEONARDA.

¿Qué me dices?

FINEO.

Sino á mayor ocasión.

Tú, señora, estás casada.

LEONARDA.

¿Yo? ¿Con quién?

FINEO.

Con don Rodrigo.

LEONARDA.

¿Qué dices?

FINEO.

La verdad digo.

Ya está la paz concertada

De él y don Luis, tu hermano,

Con que seas su mujer.

Deja el halcón y el correr,

Que otro se vino á la mano;

Vuelve á Plasencia, á ser suya.

FULGENCIO.

Antes que á Plasencia vuelvas,  
Y á dar el sí te resuelvas,

Importa á la vida tuya

Que me escuches dos razones.

LEONARDA.

¡Qué notable confusión!

FULGENCIO.

Este concierto es traición,

Y á gran peligro te pones;

Que don Rodrigo, por dar

Satisfacción á su honor,

Dió el sí, y díjome el traidor

Que te pensaba matar,

En viéndote en su poder,

Con veneno, porque adora,

Como sabes, á Teodora,

Porque ha de ser su mujer.

Á esto vine, queda adiós;

Y pues en todo difieres,

Leonarda, de otras mujeres,

Quédese esto entre los dos.

Fineo, vamos de aquí.

LEONARDA.

Oye.

FULGENCIO.

No puedo aguardar.

Vanse.

AVENDAÑO.

Parabién te quiero dar.

LEONARDA.

Para mal fué para mí.

AVENDAÑO.

Vuelve, señora, á Plasencia,

Á ser paloma de paz.

LEONARDA.

¡Que intentase este rapaz

Tan extraña impertinencia,

Y que para remedialla

Quiera hacer otra mayor!.....

AVENDAÑO.

No pudo hacer mi señor

Cosa más honrada.

LEONARDA.

¡Calla!

AVENDAÑO.

Pues ¿cómo vivir podía

En Plasencia?

LEONARDA.

No viniera;

Que á Flandes irse pudiera,

Ó, como su padre, á Hungría.

Basta, que á un hombre perdí,

Á quien sólo quise bien,

Y que quiere darme á quien

Apenas el rostro vi.

Pues no ha de ser de esa suerte.

¡Hola, Avendaño!

AVENDAÑO.

Señora.

LEONARDA.

Volved á Plasencia agora,

Y con nuevas de mi muerte.

Decid allá que he caído  
De un risco con el caballo.

AVENDAÑO.

No me atreveré á contallo,  
Ni á ser tan mal recibido.

CARPIO.

Ni yo, por Dios.

LEONARDA.

¡Pues, villanos,

Daréos de cuchilladas!

AVENDAÑO.

¿De esto, señora, te enfadas?

LEONARDA.

Pues ya conocéis mis manos.

AVENDAÑO.

Ya vamos, y lo diremos.

LEONARDA.

Partid luego.

CARPIO.

Ya nos vamos.

AVENDAÑO.

¡Gentil despacho llevamos!

CARPIO.

¡Tales albricias tendremos!

Vanse.

LEONARDA.

Claro cielo, sol hermoso,  
Agua, viento, fuego y tierra,  
Verdes enebros armados,  
Pardos riscos, blancas peñas,  
Murmuradores arroyos,  
De mis lastimosas quejas  
Ecos, que las vais doblando  
Con las sílabas postreras:  
A todos, como testigos  
De mi voluntad sin fuerzas,  
Hago juramento y voto  
De no volver á Plasencia;  
De vivir entre estos montes,  
En las más cóncavas cuevas,  
Entre los silvestres gamos  
Y entre las cabras montesas;  
De aborrecer á los hombres  
Y de tratar con las fieras;  
De salir á los caminos  
Y hacerles notable ofensa;  
De matar y de herir tantos,  
Que haya por aquestas cuevas  
Tantas cruces como matas,  
Tanta sangre como adelfas;  
De vestir de sus despojos,  
Y de ser en esta sierra  
Una esfinge más cruel  
Que la que escriben de Tebas.  
Pero aquí siento ruido.  
¡Quiera Dios que alguno sea  
En quien pruebe mi venganza  
Los filos de su soberbia!

Salen D. Carlos y Galindo.

DON CARLOS.

Aquí quedó.

GALINDO.

Ya me canso.

DON CARLOS.

Al pie de aquestos enebros,  
A quien dice sus requiebros  
Aqueste arroyuelo manso,  
Dijo Carpio que estaría.

¡Hela allí!

GALINDO.

Sí, por Dios.

Ve delante, que los dos  
Juntos es descortesía.

DON CARLOS.

Hermosa fiera, que á los montes vienes  
Cansada de matar en las ciudades,  
Por ver si entre estas mudas soledades  
El mismo imperio con las fieras tienes.

Si quiere el Cielo que el rigor enfrenes,  
Escucha de mi pecho las verdades,  
A tiempo que soberbia persuades  
Para mí injustamente tus desdenes.

Yo soy aquel á quien la envidia injusta  
Ha traído al mayor peligro y mengua,  
Pues pudo tu grandeza derribarme.

Si has de matarme, de escucharme gusta.  
Y pues para matarme tienes lengua,  
Ten oídos también para escucharme.

LEONARDA.

Carlos, si las paces hechas  
De don Rodrigo y mi hermano  
Te traen, porque sospechas  
Que está aguardando esta mano  
Á llorar falsas endechas;

Si el ver que, en fin, don García  
Se ha de casar con Estela,  
Y que el amor este día,  
Castigando tu cautela,  
Miró la justicia mía;

Si te ha dado celos ver  
Que de otro hombre soy mujer,  
Y los amores pasados  
Te han dado algunos cuidados,  
Como suele acontecer,

Ya es tarde, por vida tuya;  
Que mujer desengañada  
Es grande furia la suya.  
No hay ave, del nido echada,  
Que así de los hombres huya.

No es bien que tu pecho ame,  
Para juntar con su nombre,  
El que tan limpio se llame,  
Una mujer que es medio hombre  
Y un hombre que es medio infame.

Que juraste falso es llano;  
Y quéjome en tal suceso,  
Ya que lo hiciste, villano,  
De que á mí me diste el beso

Para vender á mi hermano.

¡Conmigo amores, don Carlos,  
Y con mi hermano traiciones!  
Pues ya no pienso escucharlos,  
Resuélvome en dos razones,  
Que allá puedes emplearlos.

Y que estas penas también  
Viviré por penitencia  
De haberte querido bien,  
Que no volveré á Plascencia  
Porque mil mundos me den.

DON CARLOS.

Señora, señora, advierte.....

LEONARDA.

¿Qué quieres?

DON CARLOS.

Que de mi muerte

Tengas compasión alguna.

No me traiga mi fortuna  
El mayor mal, que es perderte.

Si juré contra tu hermano;

Si con Estela traté

Amores, como liviano;

Si la escribí, si toqué

Sus umbrales ó su mano;

Si no ha sido fingimiento

De algún amigo, envidioso

De mi honrado casamiento,

Todo el Cielo poderoso

Castigue mi atrevimiento.

Yo sé bien vuestra limpieza,

Pura y clara como el Sol;

De un linaje sois cabeza,

Que no hay hidalgo español

De más antigua nobleza.

Bastantes satisfacciones

Os dan los rojos leones;

Mas lo sabido os refiero:

Un freile y un caballero

Hacen las informaciones.

De ello traeré por escrito,

Que no he jurado, señora,

Porque sea finiquito,

De los enojos de agora,

Cuya amistad solicito.

¿Yo soy hombre que podéis

Creer de mí tal maldad?

Suplícocos que os informéis,

Y, sabida la verdad,

Del que os engaña, os quejéis.

Mirad, mi bien, que os estimo

Sobre cuanto el Cielo ha hecho.

Don Luis, señora, es mi primo;

Para la cruz de su pecho

Yo he sido el mejor arrimo.

Á mí me han dicho que él fué

Quien mi nobleza infamó.

LEONARDA.

No hables más.

DON CARLOS.

¿Cómo podré?

LEONARDA.

Hombre que tan mal habló,  
Para siempre mudó esté.

Vase.

DON CARLOS.

Esa palabra te doy  
Y de no hablar mientras viva,  
Pues tan desdichado soy.

GALINDO.

Fuése airada y fugitiva;

Temblando, señor, estoy.

Déjala vaya entre fieras,

Malas espinas la pasen

Aquellas plantas ligeras;

Malos barbechos la abrasen

Del trigo que está en las eras.

Mal áspid, mal alacrán

Muerda sus blancos tobillos,

Y sus pies, que huyendo van

Por retamas y tomillos,

Vayan por pez y alquitrán.

Vuelve, señor, á Plascencia.

¡Ah, señor! ¿No me respondes,

Callas? ¡Linda impertinencia!

¿Por qué tu rostro me escondes?

Írme; dadme licencia.

Ala, ¿despídome ó no?

¡Ah, señor, estoy contigo!

¡Eres mi amo! Él echó

Llave de loba al postigo;

Ved lo que el diablo trazó.

¡Ah, señor, á esotra puerta!

¡Ah, borracho! No hay hablar.

¿Duermes? ¡Ah, señor, despierta!

¡Triste! ¿Así le he de dejar

En montaña tan desierta?

Quiero en Gargantalaolla

Pedir un conjurador

Ó traer de allá un doctor

Que le saque de la cholla

Este frenesí de amor.

Sale el león.

¡Ay Dios, qué gran confusión!

¿Cómo en los montes de España

Se ha visto jamás león?

¡Valedme, fuerte montaña!

Vase.

DON CARLOS.

¿Qué es esto, imaginación?

¿Leones me representas?

Pero, sin duda, es verdad:

Llega, si matarme intentas.

¿Cómo con tanta piedad,

León, á mis pies te asientas?

¡Ah Cielos, las fieras son

Mansas con los hombres ya,

Y una mujer es león!

¡Qué manso á mis pies está!



Pero ya sé la razón.

Éste en la ciudad estaba  
En casa de don Fadrique,  
Donde yo á veces le daba  
Pan ó carne: que éste aplique  
Á piedad furia tan brava.

Cielos, planetas, estrellas,  
Elementos, tierra, montes,  
Peñas, arroyos y ríos  
Perezosos y veloces.  
Aves de los altos aires,  
Peces, animales, hombres,  
Sombrosos y altos castaños,  
Duros y pálidos bojés,  
Verdes é intrincadas zarzas,  
Hayas blandas, duros robles,  
Celosos toros y vacas,  
Ovejas, cabras, pastores,  
Oídme los que podéis,  
Aunque, en tales ocasiones,  
Los montes tienen oídos  
Y hasta las pizarras oyen.  
Si las aguas tienen lengua  
Y su orilla aqueste nombre,  
Tengan orejas las aguas,  
Esto escuchen y esto lloren:  
¡Voto y juramento hago  
De que á Plasencia no torne  
Hasta que Leonarda diga  
Que mi firmeza conoce!  
Viviré en esta montaña  
Entre animales feroces,  
Y será mi compañía  
Este rey de los mayores.  
Diréle mis pensamientos;  
Que desdichas tan enormes  
Con bestias se comunican,  
Que no son para los hombres.  
Iremos juntos de día  
Á cazar por esos bosques,  
Y donde nos venga á hallar,  
Juntos tendremos la noche.  
Véngate, Leonarda, bien;  
Que esto merece quien pone  
En el viento su esperanza:  
Vientos siembra y llanto coge.

### ACTO TERCERO.

Salen Ircano, Ausonio y Galicio, saltadores.

IRCANO.

Dejar podemos la montaña, Ausonio,  
Si no es que esta mujer quiere oficiales  
Ó trata con alguno matrimonio,  
Pues somos todos en el trato iguales.

AUSONIO.

No pienso que es mujer, sino demonio;  
Que entre aquestos romeros y jarales  
Quita más vidas que costó la Cava.

IRCANO.

¿Adónde dicen que primero estaba?

GALICIO.

Un villano me dijo que en Plasencia,  
Y que es de gente principal nacida,  
Y que por ciertos pleitos hizo ausencia,  
Y anda en el traje de varón vestida.

AUSONIO.

¡Cólera de mujer! ¡Sin resistencia,  
Es furia, es áspid: quitará la vida  
Á cuantos de Toledo y Talavera  
Pasen á Extremadura por la Vera.

Si no la viera que en aquestos riscos  
Con cada cuerpo muerto cruces pone,  
Crejera ser demonio.

GALICIO.

Como apriscos  
De ovejas, mil cadáveres compone.

IRCANO.

Entre estas murtas, brezos y torviscos,  
Ya puede ser que tantos amontone  
Que pueda competir con la matanza  
Cuanto la margen de este cerro alcanza.

Alistemos las armas, y así, juntos,  
La haremos capitana: pues es hembra,  
¿Le daremos galán?

GALICIO.

Sin esos puntos  
Debe de estar.

IRCANO.

¿Pues qué pan coge ó siembra?  
Si es mujer, ¿qué ha de hacer entre difuntos?

GALICIO.

Si parte, si destroza, si desmiembra  
Hombres, por odio que á los hombre tiene,  
Buscar otro remedio nos conviene.

AUSONIO.

Quedo, que un hombre de este cerro baja.

GALICIO.

¡Todo hombre alerta!

IRCANO.

Aquí detrás le escucha.

AUSONIO.

Sirvanle estas gamarzas de mortaja.  
Para nuestra invención su flema es mucha.

GALICIO.

Por ese lado, amigo Ircano, ataja.

IRCANO.

Con alguna pasión batalla y lucha.

GALICIO.

Sin duda es caballero y se ha perdido.

IRCANO.

La vida le perdono, no el vestido.

Sale D. Carlos.

DON CARLOS.

Ya que el hablar me quitas, á lo menos

Las quejas no podrás, Leonarda ingrata.  
 Quéjase el mar, si el viento le maltrata;  
 Tiembla la tierra en sus profundos senos;  
 Silban las troncos, de hoja y ramas llenos,  
 Y hasta la rueda y clavazón de plata  
 De sus ejes á veces se desata  
 Con voces de relámpagos y truenos.

Quéjense los delfines, los leones,  
 El toro, el tigre, y tú, como ellos, quieres  
 Que calle la razón á mi despecho.

Mas como todas fueron sinrazones,  
 No quieres que se sepa que tú eres  
 Á la vista mujer, diamante al pecho.

IRCANO.

Téngase, y deje la cobarde espada,  
 El sombrero y ropilla.

AUSONIO.

¿Dónde iba?

GALICIO.

¿No se defiende?

AUSONIO.

¿No responde nada?

IRCANO.

¿Perdióse acaso la montaña arriba?

GALICIO.

¿Va á la corte, Sevilla ó á Granada?  
 Sin duda que el temor de voz le priva.

AUSONIO.

¿Si era mudo!

GALICIO.

¿No ves que agora hablaba  
 Y de estas soledades se quejaba?

IRCANO.

¡Á el, digo! ¿Es cavador ó caminante?  
 Si sabe hablar, harémosle decirlo.

AUSONIO.

Déjale, Ircano.

IRCANO.

¿Hay cosa semejante?

¡Vive el Dador, que estoy por darle un chirlo!

GALICIO.

No le hagas mal; pasemos adelante.

IRCANO.

Aun no basta la espada á divertirlo.

AUSONIO.

Sin duda es loco.

GALICIO.

No lo entiendo.

IRCANO.

Parte,

Y busquemos la vida en otra parte.

Vanse los salteadores.

DON CARLOS.

Pon á tu cuenta, cruel,  
 Estos golpes de fortuna,  
 Y verás que no hay alguna  
 Tan rigurosa como él.

Vesme aquí solo y desnudo  
 Por tu gusto y obediencia,  
 Para morir con paciencia.

Y por no perder la vida (1),

Vesme aquí sin defenderme,  
 Obediente á tu castigo.

Sale Leonarda, como serrana, con capote de dos  
 haldas y faldón de pellejo de tigre y montera de lo  
 mismo, zapato y polaina, espada en tahallí y arcabuz;  
 y un hombre huyendo de ella.

HONBRE.

¡Piedad, por Dios!

LEONARDA.

Enemigo

De correr, vengo á correrme.

Pero aquí hay un hombre: vete,

Pues me dejas en el puesto

En quien me vengue.

DON CARLOS.

¿Qué es esto?

LEONARDA.

Ya percibo el pistolette.

DON CARLOS.

Sin duda que es mi enemiga.

LEONARDA.

Como toro me has tratado;

Que esta capa me has echado

Para que en fin no te siga.

Pues hoy como el toro haré,

Si tu cautela te escapa,

Que me vengaré en la capa

Del hombre que se me fué.

Pero no acierto ¡ay de mí!

Bien al blanco que pretendo;

Que el alma me está diciendo,

Hombre, que me mato en ti.

Vaya escribiendo D. Carlos con un cayado que trae  
 en el suelo entretanto que ella habla.

¡Jesús, don Carlos parece  
 Este hombre! ¿Es él? Sí; él es;

Alza el rostro. ¿No me ves?

¡Calla, suspira, enmudece!

¿De dónde vienes? ¿Qué haces?

¿En qué piensas? ¿Qué fabricas?

¿Enmudeces, no replicas?

Bien tus culpas satisfaces,

Que son tantas, que haces bien

En enmudecer con ellas;

Que no podrás defendellas

Aunque mil lenguas te den.

¿Qué te trujo por aquí?

¿Anda en la montaña Estela?

¿Caza acaso, corre ó vuela?

¿Estaba en tus huertas, di?

Sí, que acostado estaría,

Pues viene el traidor desnudo;

Que, celoso, venir pudo

A prenderle don García.

¡Y salió desnudo huyendo!

¡Todo hombre falso es cobarde!

(1) Falta la rima.

¿Quieres que yo te la guarde?  
Que ya deudada me ofendo.  
¿Cómo dejaste la espada?  
¿Así deja un caballero,  
Sin dar mil vidas primero,  
Prenda tan noble y honrada?  
Tú, traidor, vienes de buenos;  
Que al fin la espada perdió;  
Mas quien la dama dejó,  
La espada fué lo de menos.

Vase D. Carlos.

Sin hablar te vas; es noble;  
La venganza le forzó;  
Algo en la arena escribió  
Con la punta de aquel roble.  
Aquí dice: «No hablaré  
Mientras no me das licencia»;  
Y más delante: «A Plasencia  
No he vuelto ni volveré.»

Aquí dice: «Unos ladrones  
Me robaron.» ¡Ay de mí!  
Basta, que el traidor así  
Dió respuesta á mis razones.

Mas, ¿cómo sufro que calle  
El haber gozado á Estela?  
¿Dónde estás? Pero ya vuelta  
Midiendo á pasos el valle.

Yo te buscaré, traidor.  
¡Ay del hombre desdichado  
Que entretanto de este prado  
Pise arena, hierba ó flor!

Sale Alejandro, caminante.

ALEJANDRO.  
¡Oh, plega al Cielo que antes  
Que en su vistosa techumbre  
La confusa tierra alumbre  
El pabellón de diamantes,  
Dentro de Plasencia esté!

LEONARDA.  
¿Quién va allá?

ALEJANDRO.  
¡Válgame Dios!  
LEONARDA.

¿Vas solo?  
ALEJANDRO.  
Con otros dos.

LEONARDA.  
¿Van á caballo ó á pie?  
ALEJANDRO.

A pie y á caballo van.  
LEONARDA.

No te turbes.  
ALEJANDRO.  
¿Sois acaso

La serrana?  
LEONARDA.

En este paso,  
¿Quién puede ser, ganapán?

ALEJANDRO.

Quisiera yo serlo agora,  
Y no conde ó duque aquí.

LEONARDA.

¿Eres de Plasencia?

ALEJANDRO.

Si;  
De Plasencia soy, señora.

LEONARDA.

¿Qué hace don Luis?

ALEJANDRO.

Ayer

Quiso toda la justicia  
Prenderle.

LEONARDA.

¿Por qué?

ALEJANDRO.

Es malicia;  
Mentira debe de ser:  
Dicen que ha muerto á don Carlos,  
Porque nunca ha parecido.

LEONARDA.

¿No está preso?

ALEJANDRO.

No han podido.

LEONARDA.

Creo que he de ir á buscarlos.

¿Qué hay de don Rodrigo?

ALEJANDRO.

Ha puesto

Carteles de desafío  
Contra tu hermano.

LEONARDA.

No es mío;

Pero vengaréle presto.  
¿Qué hay de Teodora?

ALEJANDRO.

No quiere  
Á don Rodrigo.

LEONARDA.

¿Por qué?

ALEJANDRO.

Porque te amó.

LEONARDA.

Justo fué;

Rabie el traidor, desespere.  
¿Y Estela?

ALEJANDRO.

Que está sospecho  
Desde hoy en una alquería.

LEONARDA.

De allá don Carlos salía;  
Aun vive amor en mi pecho.  
¿Qué queréis celos? ¿No soy

Aquella piedra que fui?  
¿Esto ha de pasar por mí?

¿Qué me detengo? Allá voy;

Pero no, que de otra suerte  
Me sabré de ellos vengar.

¿Dónde ibas?

ALEJANDRO.

A llevar.....

LEONARDA.

Di el cuchillo de tu muerte.

ALEJANDRO.

¿Tú lo harás mejor, siquiera  
Por las nuevas que te he dado?

LEONARDA.

¿Buenas? ¿Si me has abrasado  
Y de piedra vuelto en ceral?

ALEJANDRO.

De Talavera venía;  
Que la señora Teodora  
Trata un casamiento agora,  
Y el retrato le traía  
Del hidalgo que la pide.

LEONARDA.

Muestra.

ALEJANDRO.

Aquí está en un papel;  
Descoge y verás, cruel.

LEONARDA.

Va mirando el retrato, y el hombre se le va poco  
á poco.

Que en Talavera reside.

¡Lindo es! Mas los pintores,  
Aunque fuesen como Apeles,  
Dicen que hacen sus pinceles  
De lenguas de aduladores.Poco, aunque soy mujer, temo  
Estos lindos afeitados,  
Y hombres, en fin, que, aun pintados,  
Los aborrezco en extremo.Con tu licencia, le quiero  
Dar un balazo, paísano,  
Y tendrásle tú en la mano.  
Mas ¿qué digo? ¡Ah falso, ah fiero,  
Ah traidor, que te me has idol  
Gente viene; aquí me escondo.

Salen Lucía y Bartola.

LUCÍA.

Harto le digo y respondo,  
Pero á todo está dormido.

BARTOLA.

¡Pardiez, hermana Lucía,  
Pésame que el bellacón  
Te hiciese aqueste chichón  
Con tanta superchería!

LUCÍA.

¡Qué quieres! Yo me lo quise,  
Que á la fe, callé y zofrí.

BARTOLA.

Si él me requerrara á mí,  
Yo hiciera lo que te dije.

LUCÍA.

¿Qué había de hacer?

BARTOLA.

Que primero

Me diera palabra y mano.

LUCÍA.

Habróme todo el verano  
Por en somo del humero;  
Y el invierno, porque había  
Humo, las bardas quitó  
Al trascorral.

BARTOLA.

¿Y entró?

LUCÍA.

Entró.

BARTOLA.

¡Hay tan gran bellaquería!

LUCÍA.

¡Pardiez! yo estaba acostada  
Casi á los pies de mi abuela,  
Vieja, y que nada recela.

BARTOLA.

No hará, si no siente, nada.

LUCÍA.

Cuando siento pezilgarme  
Una pata, así, quedito.

BARTOLA.

¿Retorcíó?

LUCÍA.

Bueno; dí un grito,  
Que pensé desgaznatarme.

BARTOLA.

¿Qué pensaste?

LUCÍA.

Que era duende.

BARTOLA.

Y él ¿qué dijo?

LUCÍA.

Alejo soy,  
Recuerda; al diablo te doy,  
Lucía, y hérguete dende.

BARTOLA.

¿Y herguístete?

LUCÍA.

En eso estuvo;  
Fuíme á la campiña sola.

BARTOLA.

¿Con Alejo?

LUCÍA.

Sí, Bartola.

BARTOLA.

¡Verá el ánimo que tuvo!

LUCÍA.

Al fin se fué, y me dejó.

BARTOLA.

¿Y no se quiere casar?

Llega Leonarda á ellas.

LUCÍA.

No hay remedio.

LEONARDA.

¿Cómo no,

Pues, serranas?

LUCÍA.

¡Triste yo!

BARTOLA.

¡Ay, Dios!

LEONARDA.

Dejad de temblar.

¿Sabéis quién soy?

LUCÍA.

Sí, sabemos.

LEONARDA.

Vuestra desdicha escuché.

LUCÍA.

Triste, ¿por dónde me iré?

BARTOLA.

Señora, luego volvemos.

Déjenos ir, por su vida.

LEONARDA.

¿Cómo que os deje? Esperad.

LUCÍA.

Luego volveré, en verdad.

Déjenos ir, si es servida.

LEONARDA.

¿No sabéis que yo nací

Para agravios deshacer

De mujeres?

LUCÍA.

¡Es mujer!

Cumpre con quien es así.

LEONARDA.

¿Quién es aqueso villano,

Ese que no te cumplió

La palabra que te dió?

LUCÍA.

En el pueblo más cercano

Vive.

LEONARDA.

¿Qué vecinos?

LUCÍA.

Treinta.

LEONARDA.

Guiadme.

LUCÍA.

¡Si le querrá

Matar!

BARTOLA.

Calla, que no hará.

LEONARDA.

A este pueblo voy contenta.

Haré al villano que quiera,

Traeré sustento á mi choza.

LUCÍA.

¡Lindo talle!

BARTOLA.

¡Hermosa moza,

Si marimacho no fuera!

Vanse, y salen D. Luis y Avendaño huyendo.

DON LUIS.

¡Huye, amigo Avendaño!

AVENDAÑO.

Ya te puedes

Sosegar, que no siento gente alguna.

¡Diestramente saltaste las paredes!

DON LUIS.

¡Bravamente me sigue la fortuna!

AVENDAÑO.

No será justo que en Plasencia quedes.

DON LUIS.

¿Ya no ha de haber seguridad ninguna?

¿A mí prenderme? ¡Extraño desconcierto!

AVENDAÑO.

A don Carlos, señor, dicen que has muerto.

DON LUIS.

De eso, que no es verdad, mejor saldría

Que de la necedad de don Rodrigo;

Con carteles me busca y desafia,

Y no es razón popar al enemigo.

Tras esto, si á la plaza salgo un día,

No me habla deudo ni me busca amigo;

En corrillos murmuran de mí hermana,

Que ya la llaman todos la Serrana.

Cosas cuentan aquí de su osadía

Que de Cirene no se dicen tales,

La que los hombres vivos dividía;

Ni Amadís pudo hacer cosas iguales,

Tulia, Medea, Progne y Atalia

Y todas las más fieras que señales

Fueron piadosas, si á Leonarda miras:

En ella están las furias y las iras.

¡Jesús! ¿En qué paró la fortaleza

De esta mujer? No hallo á quien la aplique,

Avendaño, si no es á la fiera

Del león que se fué de don Fadrique.

AVENDAÑO.

Juntos dicen que habitan la maleza

De esta montaña.

DON LUIS.

Ayer contaba Enrique

Que del león no tienen tanto miedo:

Sin lágrimas decirlo apenas puedo.

Ven conmigo á ese monte, que imagino

Que la justicia va juntando gente

Y que la espera alguna encina ó pino

En que la sangre de su padre afrente.

AVENDAÑO.

¿Por qué dió en tan extraño desatino?

DON LUIS.

Por don Carlos no más, traidor y ausente.

Ven, que quiero probar si hablarla puedo.

AVENDAÑO.

Llevas mucha razón; yo mucho miedo.

Vanse, y salen Leonarda, Alejo y Lucía.

ALEJO.

Digo que me casaré.

LEONARDA.

Queda este negocio llano.

LUCÍA.

Haz que la mano me dé.

LEONARDA.

Si no le dieres la mano

Te mataré con el pie.

ALEJO.

Digo que quiero á Lucía  
Por mi esposa.

LUCÍA.

En este día,  
Señora, la vida os debo.

ALEJO.

Á responder no me atrevo.

LUCÍA.

Á fe que me lo debía.

ALEJO.

¿Qué os lo debo? Pues iráse.

LUCÍA.

No irá, que esta noche quiero  
Que en muesa choza la pase.

LEONARDA.

¿Qué es lo que dice el grosero?

ALEJO.

Que si mandas que me case

Con todo aqueste lugar,

Del cura abajo, lo haré.

LUCÍA.

Entra, señora, á cenar;  
Que hay buena cama á la he,  
Donde puedes reposar.

LEONARDA.

Sueño me aprieta: entra dentro;  
Dormiré sin desnudarme.

LUCÍA.

Señora, á servirlos entro.

Éntranse las dos

ALEJO.

¡Que ésta viniese á casarme!.....

¡Hase vido tal encuentro!

Pues no ha de pasar así;

Mi padre es alcalde hogaño:

¡Voto al Sol! que viene aquí.

Salen el Alcalde y tres villanos con chuzos.

ALCALDE.

Digo que es soceso extraño;  
Con estos ojos la vi.

VILLANO 1.º

¡Aquí está Alejo!

ALEJO.

Aquí estoy.

ALCALDE.

¿Sabes lo que ha sucedido?

ALEJO.

Callad, que á buscaros voy.

ALCALDE.

Todos están sin sentido.

ALEJO.

Habra bajo. ¡Al diablo os doyl!

ALCALDE.

Diz que está aquí la Serrana.

ALEJO.

Á ser mi cura por fuerza

Vino al pueblo esta mañana.

ALCALDE.

¡Oh, mal cordel la retuerza!

ALEJO.

De cáñamo, no de lana.

Creo que estará acostada;

Locia la cama le dió.

ALCALDE.

¡Prenderéla!

ALEJO.

Esó me agrada;

Que anteyer se apregonó

Que nadie la diese nada.

ALCALDE.

Con estas armas venía,

Sólo para defenderme;

Mas, pues, en cas de Locía,

Como dice Alejo, duerme.....

¡Alto! la prisión es mía.

ALEJO.

¿Cómo entraremos?

ALCALDE.

Callando.

ALEJO.

Mejor se coge en el nido

La paloma que volando.

ALCALDE.

Entrad sin hacer ruido.

ALEJO.

Nadie vaya resollando.

ALCALDE.

Atada ha de ir á Plasencia.

¡Mal año, si no ha de darme

El Obispo alguna herencia!

ALEJO.

Aquí, infame, has de pagarme

Tanto mal.

ALCALDE.

Prestad paciencia.

Vanse.

LEONARDA.

¡Ah, perros! No estoy desnuda;  
Vestida estoy.

ALCALDE.

¡Que se va,

Acuda gente!

LEONARDA.

Aunque acuda

Todo el mundo, no podrá

Poner mi victoria en duda.

Sale Leonarda, descabellada, y dando con la espada  
en los villanos.

VILLANO 1.º

¡Ay, que me ha muerto!

LEONARDA.

¡Traidores!

ALEJO.

¡Asilda, echémosla hierros!

LEONARDA.

Dormirme fueran mayores.

ALEJO.

¡Echala, Gil, esos perros!

VILLANO 2.º

Ni aunque le echasen azores.

ALEJO.

Huese; quedamos burlados.

VILLANO 1.º

Y aun muy bien descalabrados.

ALEJO.

Vestida acostada estaba,

Que soldemente llevaba

Los cabellos destranzados.

ALCALDE.

Entra adentro, que á fe mía

Que ha de prenderse Locia.

ALEJO.

De hoy más cantará cualquiera:

«La Serrana de la Vera,

Que volaba y no corría.»

Vanse.

Salen D. García y D. Rodrigo.

DON RODRIGO.

Muy buena puede ser la cacería;  
 Muy bueno el regocijo á que vinistes;  
 Mas cansan en extremo, don García,  
 Los ajenos placeres á los tristes;  
 Para serviros, como veis, venía  
 En tan buena ocasión.

DON GARCÍA.

Merced me hicistes.

DON RODRIGO.

Pero los desengaños de Teodora,  
 De ello me alejan.

DON GARCÍA.

¿Dónde vais agora?

DON RODRIGO.

Sin mudar el vestido, ni el caballo,  
 A Talavera voy.

DON GARCÍA.

Pues ¿á qué efeto?

Si es por don Luis, locura es ya buscallo,  
 Pues no ha venido al aplazado reto.

DON RODRIGO.

Ya en esa parte mis agravios callo,  
 Y él hizo en no venir como discreto,  
 A todo respondiendo que es mi amigo,  
 Y me pide perdón.

DON GARCÍA.

Lo mismo digo.

Pero, ¿á qué podéis ir?

DON RODRIGO.

Teodora aguarda  
 Casarse con don Juan, de rabia fiera  
 De que quise casarme con Leonarda,  
 Y esta semana en la ciudad le espera;  
 Y con esto, sin otra gente ó guarda,  
 A hablar voy á don Juan á Talavera,

Y á pedirle que deje el casamiento,  
 Contándole mi antiguo pensamiento.

Llevo aquí los papeles de Teodora  
 Para enseñar; que voy determinado  
 De decirle, sin duda, que me adora,  
 Y que por celos en casarse ha dado.

DON GARCÍA.

¿Queréis consejo?

DON RODRIGO.

No le admito agora.

DON GARCÍA.

¿Queréis algún dinero, algún criado?

DON RODRIGO.

Ninguno.

DON GARCÍA.

Pues adiós.

DON RODRIGO.

Él mismo os guarde.

Vase.

Sale Alcino, villano viejo.

DON GARCÍA.

Mucho me admiro de que Estela tarde;

Pues Alcino, ¿qué dicen? ¿viene Estela?

ALCINO.

Apercebida está, señor, la casa,  
 Y á ver si viene en un rocín que vuela,  
 Pienso que Antandro de este monte pasa.

DON GARCÍA.

Al rucio quiero yo poner la espuela.

ALCINO.

¿Va don Rodrigo allá?

DON GARCÍA.

No, que se abrasa

De celos de Teodora, y hace ausencia,  
 Mientras duran mis bodas, de Plasencia.

ALCINO.

Pensé que iba también á recebilla.

DON GARCÍA.

Yo solo voy; haced que traigan luego  
 Leña y agua del monte ó de la villa.

ALCINO.

Agora de llamar mis hijos llevo.

DON GARCÍA.

Quedaos adiós.

ALCINO.

¡Ah, gentile! ¡Ah, Bartolilla!

Vase.

Sale Bartola.

BARTOLA.

¿Qué queréis?

ALCINO.

¿Dónde estás?

BARTOLA.

Soplando el fuego.

ALCINO.

Déjalo, y ve por agua.

BARTOLA.

¡Malos años,  
Pardiobre, que tenéis dichos extraños!  
¿Veis que nunca se quita de la huelle  
Esta Serrana, matadora de hombres,  
Y envíasme por agua?

ALCINO.

Lleva gente,  
Para que de sus armas no te asombres.

BARTOLA.

Allá en Garganta se quedó Clemente.

ALCINO.

¿No vino acá Turindo?

BARTOLA.

No le nombres;  
Que es un cobarde.

ALCINO.

Ven, que irán contigo  
Silvano, Antandro, Ergasto y Amerigo.

Vanse.

Sale un buhonero con una caja y la Serrana tras él.

LEONARDA.

¡Detente, necio!

BUHONERO.

¡Por Dios,  
Que tengáis piedad de mí!

LEONARDA.

¿Qué es lo que llevas aquí?  
Partámoslo entre los dos.

BUHONERO.

¡Mira que soy hombre pobre!

LEONARDA.

¿Qué oficio tienes?  
Buhonero.

Mostrártelo todo quiero;  
Mas es todo alquimia y cobre.

LEONARDA.

¿Traes antojos?

BUHONERO.

Aquí tengo  
Un famoso par de antojos.

LEONARDA.

¿Muestra á ver?

BUHONERO.

¡Que á tales ojos,  
Cielo, á dar antojos vengo!

LEONARDA.

¿Son de larga vista?

BUHONERO.

Sí.

Que hacen las cosas más grandes.

LEONARDA.

Aguarda....

BUHONERO.

¿Qué hay que me mandes?

LEONARDA.

Que quiero matarte así.

BUHONERO.

¿Por qué puestos los antojos?

LEONARDA.

Para que cuando te embista,  
Como son de larga vista,  
Parezcas algo á mis ojos.

BUHONERO.

Otros, señora, hallarás;  
No quieras vengarte en mí.

LEONARDA.

Eres pequeño, y así  
Mayor me parecerás.

BUHONERO.

¿Tan mal á los hombres quieres?

LEONARDA.

¡Muere, traidor: no te nombres!

BUHONERO.

¡Oh castigo de los hombres!  
¡Oh afrenta de las mujeres!

Dale y huye.

LEONARDA.

Allí cayó; quiero hacer  
Una cruz de aquestas ramas.

Vienen bajando por lo alto Bartola, Turindo, Antandro y Corevo, villanos, por agua y cantando á cuatro voces.

Gente baja estas montañas;  
Me podrán bien esconder.

Cantan.

Salteóme la Serrana,  
Junto al pie de la cabaña.  
La Serrana de la Vera,  
Ojigarza, rubia y branca,  
Que un robre á brazos arranca,  
Tan hermosa, como fiera.  
Viniendo de Talavera  
Me salteó en la montaña,  
Junto al pie de la cabaña.  
Yendo desapercibido,  
Me dijo desde un otero:  
«Dios os guarde, caballero.»  
Yo dije: «Bien seáis venido.»  
Luchando á brazo partido,  
Rendíme á su fuerza extraña,  
Junto al pie de la cabaña.

BARTOLA.

Baja Turindo á la huelle;  
Que por toda aquesta loma,  
No se mira, ni se siente.

TURINDO.

Muestra ese cántaro.

BARTOLA.

Toma.

Ásele Leonarda

LEONARDA.

¿Adónde bueno, pariente?



TURINDO.

¡Ay de mí!

LEONARDA.

¡Tente, villano!

BARTOLA.

¿Qué es eso?

LEONARDA.

Que le he cogido.

BARTOLA.

Ah triste, ah esposo, ah hermano!

TURINDO.

En las redes he caído;

Detén, señora, la mano.

LEONARDA.

¡Villanos, bajad por él!

TURINDO.

¡Al diablo se atreverán!

LEONARDA.

Gente viene de tropel;

Cúbrete de este arrayán,

Y aguarda callando en él.

TURINDO.

Señora, yo aguardaré

Á que pasen, y estaré

Aguardando tu clemencia.

LEONARDA.

Ten, por tu vida, paciencia;

Que luego te mataré.

Sale D. Juan en un michuelo, muy arropado,  
y un mozo de mulas.

MOZO.

Camine, señor don Juan.

DON JUAN.

¡Cuerpo de tal, Sebastián,

Y cómo hace extraño frío!

MOZO.

Los de á pata, señor mío,

Siempre calurosos van.

DON JUAN.

Por mi fe, que me apeará

De buena gana.

LEONARDA.

¡Á ellos, digo!

MOZO.

¡Pica, aprieta!

LEONARDA.

¡Tente, pára!

MOZO.

Yo aquesta vereda sigo,

Que ya os conozco en la cara.

LEONARDA.

¿Si le tiraré? ¡Oh traidor!

Mozo de mulas, al fin.

Él vuela como un azor.

DON JUAN.

¡Que no trujera el rocín!

LEONARDA.

¿Dónde bueno, mi señor?

DON JUAN.

Allá, señora, á Plasencia

Iba, con vuestra licencia.

LEONARDA.

Desarrótese, por Dios,

Y un poco hablemos los dos;

Que tiene buena presencia.

Baje, baje, por su vida;

Quédese esta noche aquí;

Que estoy sola y afligida.

DON JUAN.

¿Decíslo de veras?

LEONARDA.

Sí.

DON JUAN.

Perdonad, si sois servida;

Que voy de prisa á casarme

Con un ángel de Plasencia,

Y no es posible apearme.

LEONARDA.

¡Oh, qué lindo!

DON JUAN.

En mi conciencia,

Que el detenerme es matarme.

LEONARDA.

¿Llevará vuesa merced

Mi necesidad pensada

Que decirle?

DON JUAN.

¿Eso creed?

Ya estas burlas son pesadas,

Suplícoco me hagáis merced

De dejarme caminar.

LEONARDA.

¡Oh qué graciosos enojos!

Antes le quiero apear.

DON JUAN.

¿De veras?

LEONARDA.

Sí, por sus ojos.

DON JUAN.

Vos me lo podéis mandar,

Pero mal hecho sería.

LEONARDA.

Haga luego cortesía,

Majadero caminante.

Saque muy despacio el guante.

DON JUAN.

¡Tengo la mano tan fría!

LEONARDA.

¡Oh, pesia tal! Con la mano

Ten este macho, villano.

TURINDO.

Ya le tengo.

LEONARDA.

¡Baje luego!

DON JUAN.

Que miréis quién soy os ruego.

LEONARDA.

Saca ese macho á lo llano.

TURINDO.

¡Jo, aquí! ¡Jo, Barrabás!

DON JUAN.

¿En qué mi desdicha estuvo?

TURINDO.

¡Voto al Sol, que si en él subo  
Que no me habéis de ver más!

LEONARDA.

El gabán y el papahigo  
Me han, por mi vida, enfadado.

DON JUAN.

Al hombre desde hoy maldigo  
Que se fía de criado  
Ni camina sin amigo.

Sube el villano en el macho y vase.

TURINDO.

Agora, amiga Serrana,  
Alcanzadme si podéis.

LEONARDA.

¡Oh mala casta villana!  
Mas no importa, vos vendréis  
Por agua alguna mañana.Con el macho se me ha ido,  
Pero vos habéis quedado.

DON JUAN.

Piedad, mi señora, os pido,  
Si un hombre que habéis amado  
No le habéis puesto en olvido.De don Carlos primo soy,  
Que á casarme con Teodora,  
Cual véis, á Plasencia voy;  
Que del rescate, señora,  
Palabra de hidalgo os doy.Sangre soy de hombre que amáis,  
Aunque estáis de él ofendida,  
Pero sin razón lo estáis,  
Y si aquí me dais la vida,  
Creed que á vos os la dais.Es, en aquesta ocasión,  
Camarera nuestra tía  
De la Reina, y en razón  
De esta piedad, os podría  
Traer del Rey el perdón.Iré á Toledo, y echado  
Á sus pies, le pediré  
Que alcance del Rey airado  
Vuestro perdón; que yo sé  
Que prenderos han mandado.Dos mil ducados le dan  
Á cualquiera que os prendiere,  
Y muchos á punto están.

LEONARDA.

¿Que el Rey castigarme quiere?  
¿Cómo te llamas?

DON JUAN.

Don Juan.

LEONARDA.

Pues, don Juan, si por tener  
Sangre de Carlos, mi esposo,  
Tal bien me quieres hacer,  
Harás un hecho hazñoso

Con una noble mujer.

Palabra doy de esperarte,  
Dámela tú de venir.

DON JUAN.

Pues en esta misma parte  
Me espera.

LEONARDA.

¿En qué podrás ir?

Mas quiero un caballo darte.

DON JUAN.

¿Dónde está?

LEONARDA.

Junto á esa fuente

Le até á un roble, el dueño muerto.

DON JUAN.

¡Adiós!

Vase.

LEONARDA.

El tu vida aumente.

¡Cómo! ¿Que mi desconcierto  
Ya por las cortes se siente!¡Cómo! ¿Que mi mal vivir  
Del Rey ofenda el oído

Y me mande perseguir!

Al Cielo tengo ofendido.

¡Vendré sin honra á morir!

Esto mis celos han hecho;

Esto mis fuerzas y brío.

Salen D. Rodrigo y D. Luis acuchillándose.

DON RODRIGO.

¡Traidor, pasaréte el pecho!

DON LUIS.

Nunca fué el intento mío  
Tu ofensa.

DON RODRIGO.

Estoy satisfecho

Con eso, y haberte herido.

LEONARDA.

¿Es mi hermano?

DON LUIS.

Llega, hermana.

DON RODRIGO.

¡Cielos! Aquí soy perdido,  
Que he dado con la Serrana.

Huya.

LEONARDA.

¡Tente, aguarda, mal nacido!

DON LUIS.

Déjale, hermana querida,  
No le sigas; que esta herida  
Me dió como caballero,  
Y si no es mortal, espero  
Que allá asegure mi vida.En el monte nos topamos;  
Justo ha sido el desafío.

Ven, y á tu cabaña vamos.

LEONARDA.

Es su cama, hermano mío,  
De hierbas, pieles y ramos;

Mas sube el monte, que tengo  
Vestidos con que abrigarte.

DON LUIS.

Quisiera hablarte, y no vengo  
De suerte que pueda hablarte.

Van subiendo, y sale D. Carlos con unas pieles.

DON CARLOS.

¿Cómo la furia detengo?

¿Cómo viendo que á su cueva

De la mano un hombre lleva

No rompo este vil concierto?

Hombre lleva; yo soy muerto.

¿Cuán bien que es mujer se prueba!

Los hombres aborrecía;

Pero, en fin, era mujer;

Llegó de mostrarlo el día.

¡Ah, Cielos! ¿Quién puede ser

Quien venció nieve tan fría?

Basta, que fué su tesoro

Como el de Angélica. ¡Ah leyes

De mujer, con risa os lloro,

Pues, negándose á mil leyes,

Se dió al esclavo Medoro!

Montes, ¿aquesto sufrís?

¿Cómo vuestras pesadumbres

No humilláis y confundís?

¡Peñas de estas altas cumbres,

Llorad, si mi mal sentís!

Una mujer tuvo el mundo

Piedad, que de celos era

Un Calígula segundo,

Y que dar fuego pudiera

Á las furias del profundo.

Los hombres aborreció;

Muchos por uno mató;

Callarme mandó, callé;

Pero, en fin, si mujer fué,

Ya que era mujer mostró.

Ya los quiere, ya los ama;

Ya, en lugar de aborrecellos,

Los acaricia y los llama;

Ya vive y duerme con ellos,

Ya no los mata ni infama.

¡Oh bien empleadas penas!

¡Oh vida, por cierto, honrada!

¡Noches de lágrimas llenas,

Ya sobre una piedra helada,

Ya sobre ardientes arenas!

¡Oh buen callar por su gusto!

¡Oh vivir como animal!

Estoy, con este disgusto,

Por acabar con mi mal,

Si entre nobles fuera justo.

Quiero llamar al león

Y hacerle entrar en su cueva.

Gente viene.

Sale Fulgencio con cuatro cuadrilleros con ballestas.

FULGENCIO.

La razón

Más que el interés me lleva.

CUADRILLERO I.º

Buenos los dineros son.

FULGENCIO.

¿Qué importan dos mil ducados

Que el Emperador promete

Á quien la prenda pagados,

Si en tal peligro se mete?

DON CARLOS.

¡Cielos! Éstos son soldados

Que con este capitán

La Serrana á prender van.

FULGENCIO.

Éstos piensan que he venido

Por el precio prometido,

Y en notable engaño están;

Que, como adoro á Leonarda,

Si puedo prenderla y veo

Que el peligro la acobarda,

La he de decir mi deseo

Y el premio que el alma aguarda.

Y si me admite, librala

É irme con ella á Aragón.

Aquí está un pastor.

DON CARLOS.

Sí, calla

Por costumbre mi razón,

Y es más razón no aguardalla.

FULGENCIO.

¡Hola, pastor!

DON CARLOS.

¿Qué queréis?

FULGENCIO.

¿Vives aquí?

DON CARLOS.

¿No lo veis?

FULGENCIO.

¿Dónde la Serrana vive?

DON CARLOS.

¡Oh, mal plomo la derribe,

O las jaras que traéis!

Diré que la vi, no es justo;

El dejarla con su gusto,

Es morirme de celoso;

Mas si el matarla es forzoso,

Quiero sufrir mi disgusto.

Porque, cuando más me asombre

Su liviandad, he de ver

Que hay diferencia en el nombre,

Pues erró como mujer

Y he de perdonar como hombre.

FULGENCIO.

¿Has echado ya la cuenta

Del lugar donde la viste?

DON CARLOS.

Eso la memoria intenta;

Mas como en tantos asiste,

En ninguno se aposenta.  
Es un alarbe en la vida.

FULGENCIO.

Subid y el monte mirad.

CUADRILLERO 2.º

Espera, ¿es ésta subida?

CUADRILLERO 3.º

¿Traéis bota?

CUADRILLERO 4.º

Sí.

CUADRILLERO 3.º

Mostrad.

DON CARLOS.

¡Pobre mujer afligida!

¿Qué haré? ¿Que han de dar con ella!

Morir quiero y defendella;

Forzoso será morir,

Porque mal podré vivir

Si matan mi vida en ella.

Vanse.

Salen Estela y Teodora

ESTELA.

¿Por qué, si estás ofendida

Que don Rodrigo se fuese,

Diste ocasión desabrida

A que tu desdén pusiese

Espuelas á su partida?

¿Y por qué, si le querías,

El casamiento admitías

De don Juan con tanta furia?

TEODORA.

Porque una celosa injuria

Suele durar muchos días.

No sé qué remedio tenga

Para excusar á don Juan

Y que don Rodrigo venga.

ESTELA.

¿Donde mil suspiros van,

No hay uno que le detenga?

TEODORA.

De toda esta casería

Algún villano podría,

Si le envías, detenelle.

ESTELA.

Podrá, si acertase á velle.

TEODORA.

Lleva de ventaja un día

Y no le podrá alcanzar;

Que va en extremo furioso.

Salen D. García y D. Rodrigo

DON GARCÍA.

Aquí habrá mejor lugar

De esconderos, que es forzoso

Ver en lo que ha de parar.

TEODORA.

¿Es don Rodrigo!

DON RODRIGO.

Yo soy,

Teodora ingrata.

TEODORA.

¿A qué vuelves?

DON RODRIGO.

No á buscarte, que ya estoy

Seguro que te resuelves

A dejar mis prendas hoy.

Ya sé que viene don Juan

A tus bodas, y también

Sé que á buen tiempo serán,

Pues mi furia y tu desdén

Matarme juntos podrán.

En el monte dejo herido,

En los brazos de su hermana,

Aquel don Luis atrevido;

Que de su ofensa, aunque vana,

Satisfacción he tenido.

Y así vuelvo sólo á ver

De quién has de ser mujer;

Que pues ya con honra muero,

Morir, en viéndole, quiero;

Que mi veneno ha de ser.

TEODORA.

No te mates; que vendrá

Leonarda á matarme á mí.

ESTELA.

Deja estas locuras ya,

Que sólo te quiere á ti;

Mira en el punto que está,

Habiendo á don Luis herido.

DON GARCÍA.

Leonarda ya no es mujer;

Pon á Leonarda en olvido.

DON RODRIGO.

¿Cómo puedo yo querer

Lo que jamás he querido?

TEODORA.

Qué, en fin, ¿te he de perdonar?

Sale Turindo.

TURINDO.

Una nueva os vengo á dar

Que os ha de dar compasión:

Leonarda viene en prisión.

DON GARCÍA.

¡Gran desgracia!

ESTELA.

¡Grande azar!

TURINDO.

Fulgencio, estando dormida

Con su hermano, la prendió,

Mal curado de una herida

Que don Rodrigo le dió

Y con más segura vida,

Porque en llegando á Plasencia

La aguarda mortal sentencia.

Salen Fulgencio y Leonarda, atada, y D. Luis  
y los cuadrilleros.

FULGENCIO.

Pues que ya se acaba el día,

Esté en esta casería,  
Mientras hace el Sol ausencia.

DON GARCÍA.

Don Luis viene, don Rodrigo;  
Entraos adentro conmigo.

Vanse los dos.

ESTELA.

¡Leonarda!

LEONARDA.

¡Estela, Teodora!

FULGENCIO.

No podréis hablarla agora.

ESTELA.

¿Tú la prendiste, enemigo?

¿Tú, Fulgencio?

FULGENCIO.

Éntrense ya;

Que es orden del Rey expresa  
Que no la habléis.

ESTELA.

¿Quién podrá  
Verte sin lágrimas presa?

Vanse Estela y Teodora.

FULGENCIO.

Entrad vosotros allá;

Buscad la parte más fuerte.

CUADRILLERO 1.º

Fuerte será menester.

FULGENCIO.

Solos estamos; advierte,

Don Luis, que está en mi poder

Leonarda á punto de muerte.

No la prendí por codicia

De aquestos dos mil ducados,

Mas temiendo la malicia

De que otros menos honrados

La entreguen á la justicia.

Tres años ha que suspira

Por su hermosura mi fe;

Lo que dije fué mentira

De don Carlos, porque fué

Sólo moveros á ira.

Nunca don Carlos juró,

Ni tuvo tal pensamiento;

Que sólo pretendí yo

Impedirle el casamiento.

¡Tanto el amor me forzó!

Agora si por mujer,

Don Luis, me la queréis dar,

Podréla en salvo poner,

Podréla á Aragón llevar;

Irá honrada en mi poder.

Sino, será fuerza luego

Llevársela á la justicia

Y morir en palo ó fuego.

DON LUIS.

Bien se ve que tu malicia

Te tiene abrasado y ciego.

¡Que á don Carlos has culpado!

¡Que tanto mal has causado!

¡Que la has preso por forzalla

A tu gusto!

FULGENCIO.

Don Luis, calla,  
Que estás loco.

DON LUIS.

Y tú engañado.

Más quiero darla á la mano  
De un verdugo, que á un villano  
Por quien nos vemos así.

LEONARDA.

Mi sangre es quien habla en ti;  
Conozco que eres mi hermano.

¡Mil vidas me han de quitar!

FULGENCIO.

Pues alto: esta provisión

Quiero luego ejecutar,

Porque me da comisión

Para prender ó matar.

¡Ah de la guarda!

CUADRILLERO 2.º

Aquí estamos.

FULGENCIO.

Atad luego á esos dos ramos

Esa mujer.

CUADRILLERO 4.º

¿Cómo así?

FULGENCIO.

El Rey os lo manda aquí.

CUADRILLERO 1.º

Primero, «yo el Rey» veamos.

FULGENCIO.

Desde esta señal leed.

CUADRILLERO 1.º

Lee.

«Y que la podáis matar,  
Que vos haré gran merced.»

FULGENCIO.

Aquí la podéis atar.

Sale D. Carlos.

DON CARLOS.

Pies, á mi muerte corred.

Yo he llegado al postrer paso.

CUADRILLERO 4.º

¿No hay cuerdas?

CUADRILLERO 3.º

Sirva el cabello.

FULGENCIO.

¡Ola, pastor! ¿Traes acaso  
Algún cordel?

DON CARLOS.

Sí, en el cuello.

FULGENCIO.

¿Qué dices?

DON CARLOS.

¡Ah, triste caso!

No traigo, que bien lo veis;

Pero una vida os daría,

Que por ella me quitéis.

Y si es poco, por ser mía,

Con ella os ruego me atéis.

Que os juro que vuestras flechas

Vengan á mí más derechas,

Porque soy yo la ocasión

De su desdicha y prisión.

FULGENCIO.

¿Quién eres?

DON CARLOS.

¿No lo sospechas?

Salen Estela, D. Rodrigo, D. García y Teodora.

DON GARCÍA.

Entrad, echaos á sus pies.

ESTELA.

Señor, llevadla á Plasencia;

Que aquí grande rigor es

Éjecutar la sentencia.

FULGENCIO.

No será mayor después.

Yo por su honra lo intento.

DON CARLOS.

¡Ah Fulgencio! ¡Ah vil tirano,

De abatido nacimiento!

FULGENCIO.

¿Quién eres, que hablas, villano,

Con tan loco atrevimiento?

DON CARLOS.

¿Cómo que con estas voces

Á don Carlos desconoces?

Don Carlos soy, prenda mía;

Que he de morir este día,

Ó hacer que tus años goces.

Si pensara que á tu hermano

Llevabas á tu cabaña,

Yo matara á este villano.

FULGENCIO.

Detén, don Carlos, la saña;

Detén el roble y la mano.

DON CARLOS.

¿Qué es detener? ¡Fuera, digo!

FULGENCIO.

¡Favor al Rey, caballeros!

DON LUIS.

¡Aquí favor, don Rodrigo!

Vuelvan por mí los aceros

Que me hirieron siendo amigo.

¡Ea, señor don García!

LEONARDA.

¡Ah Cielos, que esté yo atada!

FULGENCIO.

¡Favor al Rey!

Entra D. Juan con una provisión.

DON JUAN.

Este día

Quedará desobligada  
Serrana, la prenda mía.

¡Teneos al Rey!

FULGENCIO.

¿Quién es?

DON JUAN.

Quien trae esta provisión

Para que libre me des

Á Leonarda.

DON CARLOS.

Y es razón

Que me des, don Juan, tus pies.

DON JUAN.

Sus manos voy desatando;

Perdónala el Rey por mí.

FULGENCIO.

La provisión voy mirando.

DON JUAN.

Oid el suceso.

DON CARLOS.

Di,

Que el alma te está escuchando

DON JUAN.

Allá en Gargantalaolla,

De esta Vera de Plasencia,

Salteóme una serrana

Blanca y rubia, zarca y bella.

Á casarme por conciertos

Con una dama extremeña

De Talavera venía,

Cuando al bajar de una cuesta,

De esta salteadora miro

El talle, con que pudiera

Robar más almas mirando

Que con el plomo y las flechas.

El cabello en crespos rizos

Debajo de una montera,

Un arcabuz en el hombro

Y una espada en la correa.

Por ser tu sangre, don Carlos,

Dióme la vida, y juréla

Traerla el perdón del Rey,

Para que viva en su tierra,

Sin que justicia ninguna

Á su persona se atreva.

Es doña Juana, mi tía,

Camarera de la Reina:

Fuí á Toledo y alcancé

Perdón de Carlos para ella;

Esta provisión lo dice,

Así lo firma y lo sella.

Y al que no lo obedeciere

Haré yo que la obedezca.

Esto digo porque alguno,

Según me dicen, por fuerza

Quiere gozarla ó matarla.

FULGENCIO.

De todo, señor, me pesa.

Perdón humilde la pido;

Si por amor entre fieras

Don Carlos vivió en el monte,

Y haciendo mil muertes ella,  
Los yerros que he cometido  
La misma disculpa tengan:  
Yo erré, como ellos erraron.

DON CARLOS.

Basta, disculpado queda.  
Hablad, Teodora, á don Juan.

DON RODRIGO.

¿Es mi mujer?

DON JUAN.

Que lo sea

Por muchos años y buenos.

DON GARCÍA.

Y de don García Estela.

DON JUAN.

El parabién doy á todos.

ESTELA.

Hablad, Leonarda.

LEONARDA.

La lengua

Impide, y con gran razón,  
Mi desdicha y mi vergüenza.

DON GARCÍA.

Pues todos estáis casados,  
Queden estas paces hechas  
De don Luis y don Rodrigo.

DON RODRIGO.

La sangre cura la afrenta;  
Mis brazos le doy.

DON LUIS.

Yo á vos

Los míos.

DON CARLOS.

Leonarda bella

Me dé la mano de esposa,  
Don Luis, con vuestra licencia.

DON LUIS.

Yo os recibo por hermano.

LEONARDA.

Yo por marido.

DON GARCÍA.

Las fiestas

Se harán con mayor espacio,  
Dando la vuelta á Plasencia.

TEODORA.

Don Juan ha de ser mi huésped.

DON JUAN.

Gran merced, señora, es ésa.

DON CARLOS.

Aquí, senado, se acaba  
*La Serrana de la Vera.*

FIN DE LA COMEDIA.





# LA PÉRDIDA HONROSA

Y CABALLEROS DE SAN JUAN

(INÉDITA)



# LA PÉRDIDA HONROSA

## Y CABALLEROS DE SAN JUAN

(INÉDITA)

### PERSONAS

EL MAESTRE DE SAN JUAN.	EL GRAN TURCO.	DON TÁRTARO.
DON DIEGO TELLO.	DOÑA ISABEL.	MOSTAFÁ.   <i>Moros.</i>
DON JUAN.	DOÑA ANA.	PIRRO.
DON ENRIQUE.	DON RAMÓN.	BENCUSIR.
CASTRO SALDAÑA.	MARÍA ADALIFA.	UN FAJE.
	JUAN, su hijo.	DOS CIUDADANOS.

### JORNADA PRIMERA.

Sale D.<sup>a</sup> Isabel de Toledo, en hábito de turco, á caballo, y D.<sup>a</sup> Ana de Aguilar, en la muralla, en hábito de soldado español, con hábito de San Juan al pecho.

DOÑA ISABEL.  
Maestre y comendadores  
De San Juan y cruces blancas,  
Ya de vuestra sangre rojas,  
Más que las de Calatrava;  
Vosotros los que seguís  
Con la religión cristiana  
La persecución turquesca,  
Con el corso y carabañas;  
Los que medís cada día  
En el muro y la campaña  
Las espadas y rodelas  
Con el alfanje y adarga;  
Los que por Cristo juráis  
De no volver las espaldas,  
No sólo con igualdad,

Mas con desigual batalla;  
Los que con orgullo y brío  
Salisteis de vuestras casas  
A conquistar las ajenas,  
Adquiriendo eternas famas;  
Los que ha un año que sufrís  
Tanto aprieto y guerra tanta,  
Como el gran señor os da  
Con su gente y con sus armas,  
Que son tres mil y doscientas  
Las banderas otomanas,  
De quien hoy tiembla la Tierra  
Y el Sol esconde la cara;  
Tanto arcabucero persa,  
Tanto pechero de Arabia,  
Tanto jinete turquesco,  
Tanto infante de cimarra,  
La gente de Trapisonda  
Que cubre aquestas campañas,  
De Constantinopla y Siria,  
De Egipto, con la gran Asia:  
Oid, que quiero deciros  
Que el que se agraviare salga  
A responder á mi lengua  
Y á resistir á mi lanza.

Oid, Maestre y bailíos  
 Que á Rodas tenéis en guarda,  
 Cercada de vuestros brazos  
 Mejor que de sus murallas:  
 Soy un moro de Tripol,  
 Que de la casa otomana  
 Tengo noble descendencia,  
 Y esto á mi crédito basta.  
 Dos años ha que salí  
 De estar esclavo en España  
 En la ciudad de Toledo,  
 Adonde serví una dama;  
 Agradóle mi servicio,  
 No de suerte que su fama  
 Alcanzase de mi amor  
 Sólo un átomo de mancha.  
 El día de mi rescate  
 Le di mi fe y mi palabra  
 De partirme para Rodas,  
 Si vivo desembarcaba,  
 Y retar á un caballero  
 De quien se siente agraviada,  
 Aunque el agraviado él es,  
 Que rompió la fe á una dama.  
 Esta pluma pongo mía  
 En este bastón ligada,  
 Y esta cinta de su frente,  
 Prisión de mi cuerpo y alma.  
 Salga el caballero infame  
 De Francia, España ó Italia,  
 De Albania ó Ingalaterra,  
 De Saboya ó de Alemania,  
 El romano ó moscovita,  
 El de Sicilia ó de Candia  
 Y de todas las naciones  
 Que amparan esas murallas;  
 Y el que se hallare culpado  
 En faltar su fe y palabra  
 A dama que haya servido,  
 Haga conmigo batalla.  
 Mañana por todo el día  
 Tengo mi tienda en campaña,  
 Con armas para los dos  
 Y caballo, si le falta;  
 Allí comeremos juntos,  
 Con salvoconducto y guarda  
 Que tengo del gran señor  
 Que á Rodas tiene sitiada;  
 Y después de la comida  
 Le doy, por mi Rey, palabra  
 Que no le ofenda ninguno,  
 Sino mi lanza y espada.  
 Salid, cruzados de Rodas,  
 Terror y afrenta del Asia,  
 Medid vuestras blancas cruces  
 Con mis lanzas otomanas.

DOÑA ANA.

Valiente y gallardo moro,  
 Y más cortés que gallardo,  
 Que en tu demanda conozco  
 Tu pecho noble y honrado;

El Maestre y sus bailíos  
 Y los caballeros de hábito  
 No te pueden responder;  
 Que están agora ocupados,  
 Porque por el fin y muerte  
 De Fabricio Coretano,  
 Nuestro Maestre famoso  
 Y vuestro asombro y espanto,  
 Han nombrado por Maestre  
 Á Filipo Lisladano,  
 Y en el templo de San Juan  
 Le están agora jurando.  
 Yo en mi vida serví dama;  
 Que por probar si tus brazos  
 Dicen con tu gallardía,  
 Hubiera salido al campo.  
 Que el gran señor sitie á Rodas  
 No es cosa que nos da espanto,  
 Que es dar papel donde todos  
 Nuestros nombres escribamos.  
 Aquí de todas naciones  
 No hay más de dos mil soldados,  
 Y quinientos caballeros  
 Del santo del *Ecce Agnus*.  
 Venga Arabia, venga Persia,  
 Venga Trapisonda y Cairo,  
 Venga Egipto, Efeso y Siria,  
 Venga Turquía y Bizancio;  
 Aquí hay veintidós banderas  
 Y aquel estandarte sacro  
 Que hoy cargan sobre los hombros  
 De aquel á quien dan el cargo.  
 Saldrán contra tus naciones  
 Italos, hispanos, francos,  
 Romanos, ingleses, frisios,  
 Milanese, saboyanos;  
 Y esas bárbaras banderas  
 Y esos estandartes bravos  
 Traerán para coladuras  
 Al templo del Patrón santo.  
 Yo estaba de posta al muro,  
 Y hase cumplido mi cuarto;  
 Voime á jurar al Maestre.

DOÑA ISABEL.

Y yo me vuelvo á mi campo,  
 Adonde aguardo mañana,  
 Con mis armas y caballo,  
 A quien me mate y deshaga  
 La memoria de un agravio.

Vanse y sale el Gran Maestre y frey Juan de Jío,  
 D. César de Alba, D. Enrique, D. Fernando de Bolea,  
 Castro, D. Diego Tello y D. Ramón, todos caballeros  
 del hábito.

DON JUAN.

Tema la Tierra, tema el firmamento,  
 Atruene el mundo la parlara trompa;  
 Sepan los turcos nuestro bien y aumento,  
 Humillen su soberbia y vana pompa;  
 El húmedo y diáfano elemento  
 Tome temor, cuando sus ondas rompa;

Tiembale la Tierra y sus criaturas todas  
Del Gran Maestre y blanca cruz de Rodas.

DON CÉSAR.

Párese el Sol para mirar las glorias  
Del nuevo Marte, en quien el peso fundo  
De las altas hazañas y victorias  
Que ha de esparcir la fama por el mundo;  
Borre de los pasados las memorias,  
Tema la Persia, asómbrese el profundo,  
Deje las armas afrentado Marte;  
Que don Filipo ensalza su estandarte.

DON RAMÓN.

Vuele la blanca cruz sobre una nube  
Para eclipsar las lunas agarenas,  
Que si con ella el Gran Maestre sube,  
La del cielo estará segura apenas;  
El humor triste que en el alma tuve,  
El hielo amargo que cubrió mis venas,  
Por muerte de mi amigo Coretano,  
Cure el nuevo maestre Lisladano.

DON FERNANDO.

De nueva luz la Tierra se corone,  
Salga el Sol más alegre que solía,  
Pues desde donde nace á do se pone  
Llevará con la fama compañía.  
Porque donde el alumbre ella pregone,  
Dando á entender la nueva monarquía  
Contra los sarracenos conservada,  
Puesta sobre el valor de vuestra espada.

MAESTRE.

Honra y gloria de todas las naciones,  
Columnas de la fe, nobles guerreros,  
De la cristiana religión leones,  
Total azote de estos perros fieros,  
Y para concluir en dos razones,  
De la cruz del Bautista caballeros,  
Alcides fuerte, en quien el peso cargo  
De mí, de Rodas, de mi honor y cargo.

Un freile soy humilde más que todos;  
Francia sangre me dió y la fe que guarde;  
Críome España, y por diversos modos  
Busqué el mundo con ánimo gallardo.  
Tudescos, frisos, albaneses, godos,  
El portugués, romano, italo, sardo,  
Me conocieron en su propia tierra  
Aspirando al honor que da la guerra.

Vuestro soy y seré, pues me habéis hecho  
Tan grande honor que apenas en mí cabe,  
Y así, por esta cruz que traigo al pecho,  
Y por la Virgen, á quien vino el Ave  
Que dejó al Padre Eterno satisfecho,  
Siendo del general socorro, nave  
Que trajo al mismo Dios entre nosotros,  
De morir por cualquiera de vosotros.

¿Creéislo así?

CASTRO.

¿Quién hay que dude en eso?

TODOS.

¡Viva Filipo! ¡Lisladano viva!

DON JUAN.

Ponga el pie sobre el persa y turco cuello,

Humille su cerviz y frente altiva.

MAESTRE.

Hoy á vuestra nobleza echáis el sello,  
Porque en mi pecho eternamente viva  
El agradecimiento; que la paga  
No puedo hacerla tal que satisfaga.

Sale D.<sup>a</sup> Ana de comendadora, llámese D. Juan.

DOÑA ANA.

Goces mil años, señor,  
El nuevo cargo, pequeño  
Para tu inmenso valor;  
Que á ser de toda Asia dueño  
También lo fuera en rigor.

MAESTRE.

¡Oh, valeroso don Juan,  
Como vuestros enemigos  
Con más verdad lo dirán,  
Siendo abonados testigos  
Con las victorias que os dan!  
¿Dónde bueno?

DOÑA ANA.

Había salido

De guarda habrá media hora  
De sobre este cubo hendido,  
Que de la canalla mora  
Esa fuerza ha defendido;

Y estando con el cuidado  
Que debe un soldado honrado  
De posta en esa muralla,  
De entre esa fiera canalla  
Llegó un morillo arriscado,

De gentil talle y donaire,  
Y clavando aquel bastón,  
Con risa, burla y desgaire,  
Dejó la pluma y listón  
Que están tremolando al aire;

Para cualquier caballero,  
Natural ó forastero,  
Que en ofensa de su fama  
Faltó palabra á su dama  
Siendo ingrato ó lisonjero;

Mas por no tocarme á mí  
No le respondí con obras,  
Que las suele haber en mí;  
Pero á su arrogancia y sobras  
Libre respuesta le di.

Cualquier caballero vea  
Si desea que la fama  
Que en el santo honor se emplea  
No publique que á su dama  
Aleve é ingrato sea,

Si por dicha le ha ofendido,  
Que este bárbaro ha venido  
Para su defensa, en suma,  
Y trae la pajiza pluma  
De las galas de Cupido,

Salga á mostrar su valor.

DON FERNANDO.

Esta es ocasión de honor.

TELLO.

Y por cosa cierta sé  
Que á doña Isabel falté  
La palabra de su amor.  
Dame licencia, Maestre,  
Para que al morir le muestre  
El valor de aquestos brazos,  
Haciéndose mil pedazos,  
Aunque el ciego dios le adiestre.

MAESTRE.

Dadme la pluma y listón;  
Suspéndase el desafío,  
Sólo por el gusto mío,  
Hasta mejor ocasión.

Entra un paje.

PAJE.

Un turco con embajada  
Á la muralla llegó,  
Y don Fernando mandó  
Que no le nieguen la entrada.  
Dejó las armas allí,  
Y agora pide licencia  
Para verse en tu presencia.

MAESTRE.

Traedle luego ante mí.  
¿Qué os parece que nos quiere?

TELLO.

Vendrâte á ofrecer partidos.

MAESTRE.

Hálleos apercebidos,  
Y venga á lo que viniere.

Entra Mostafá, turco

MOSTAFÁ.

Sálvete Dios, Gran Maestre,  
Y á los que contigo están.

MAESTRE.

Y á ti, famoso baján,  
Favorable se te muestre.  
¿Quién eres?

MOSTAFÁ.

Soy Mostafá.

MAESTRE.

¿Qué quieres?

MOSTAFÁ.

Darte embajada,  
Y que me sea escuchada.

MAESTRE.

Habla, pues, que sí será.

MOSTAFÁ.

Rodas, noble isla antigua,  
Famosa en el mar Carpacio,  
Gloriosa en armas y en letras,  
Temida por largos años,  
Que para fortalecerse  
Tiene su asiento tan alto  
Que su coloso parece  
Que al Sol quiere hurtar el carro:

Los candiotas belchinos,  
De Candia invencibles bárbaros,  
Sin experiencia de letras  
Y ejercitados en arcos,  
Ganaron aqueste monte  
Y esta ciudad levantaron;  
Fortalecieron sus muros  
De ladrillo y piedra mármol;  
Mas luego que Trepolemo,  
Habido el sitio troyano,  
Griego en las armas famoso,  
La conquistó en dos asaltos,  
Vino á ser Rodas, y Atine  
Floreció por largos años,  
Desde Chipre hasta Liguria  
Y desde el Nilo hasta el Ganjo;  
Después los famosos citas  
Desde los montes caucacos  
Han tomado los principios  
Donde siempre el clima helado,  
Ganando el Asia invencible,  
Tracia y Grecia les dió lauro,  
Las costas del mar Ilirio,  
Trapisonda, imperio sacro;  
Vieronse después señores  
De la gran ciudad de Otranto,  
Ciudad en Italia ilustre;  
Reyes del reino calabrio,  
Ganando á Constantinopla,  
Donde el imperial palacio  
Fundaron y la gran corte  
Famosa de Armenia al Cairo.  
Sobre Rodas y su tierra  
Pusieron todo su campo,  
Que de Amurates regido,  
Huyó á sus pobres vasallos.  
Poseyóla largos tiempos.  
Mas los caballeros de hábito  
Con la cruz, divisa y orden  
De este vuestro patrón santo,  
Llevando por su Maestre  
Al que fué honor de los francos,  
Al famoso Villarsito,  
De Jerusalén amparo,  
Y al gran duque de Saboya,  
Con los nobles de su Estado,  
Á Rodas pusieron cerco,  
Ganándola con engaño.  
Habrá que la poseáis  
Ciento y cuarenta y dos años,  
Donde todos los maestres  
Han hecho hazañas de bravos.  
Hoy has empezado á serlo  
Y hoy te envía el César magno  
Un recado de su gusto  
Y el parabién de tu cargo.  
Dice, pues, el gran señor  
Que le goces largos años,  
Y que él gusta de tener  
Un tan honrado contrario;  
Y pues que nunca te ha visto

Si no ha sido en los asaltos,  
 Donde no miró tu rostro  
 Por guardarse de tus manos;  
 Que pues es mañana el día  
 De ese vuestro Patrón santo,  
 Á quien veneramos todos  
 Los moros y los cristianos,  
 Que en tu ciudad ó en su tienda  
 Quiere que os veáis despacio,  
 Debajo del real seguro  
 Que del gran señor te traigo.  
 Esta carta traigo dél,  
 Léela, gran Lisladano,  
 Y dame respuesta breve,  
 Porque me vuelva á mi campo.

Lee el Maestre.

«He tenido mucho gusto, valeroso Filipo Vilelio Lisladano, nuevo Maestre de Rodas, que en lugar de un enemigo tan honrado como en Fabricio Coretano perdí, haya sucedido en su lugar y carga un tan famoso soldado como vos; querría que nos viésemos despacio en vuestra ciudad ó en mi campo, así para conocer tan honrado enemigo como para tratar cosas que os convienen, debajo de salvoconducto y guarda real, que yo la concedo por todo el día. De estas nuestras tiendas y sitio de Rodas á 13 de la Luna de Manlud. Año de la era y peregrinación de nuestro Profeta de 1395.—*Soliman II.*»

MAESTRE.

Por cierto, razón es suya,  
 Porque la fama se arguya  
 Que de gran soldado tiene  
 De la modestia que viene  
 En esta embajada tuya.

Al Gran Señor le dirás  
 Que estimo en tanto el favor,  
 Como de tan gran señor,  
 Y si puedo, mucho más,  
 Pues es mucho su valor.

Y si rey cristiano fuera,  
 De esta merced obligado  
 Alegre á servirle fuera,  
 Y como pobre soldado  
 Sujeto á sus pies me viera;

Pero que entre mis trofeos  
 Pago sus buenos deseos  
 Con rogar al Cielo aquí  
 Que, no siendo contra mí,  
 Favorezca sus empleos.

En Rodas no hallo lugar  
 Donde poderle alojar;  
 Que esta casa humilde y llana  
 Está hecha atarazana  
 De ingenios de pelear.

Aquí de noche y de día  
 Se adereza artillería,  
 Se fabrican carretones,

Se están armando cestones,  
 Se limpia arcabucería,  
 Muélese polvos á suerte,  
 Y está tal, que si lo advierte,  
 Esta casilla parece  
 En los pertrechos que ofrece,  
 Una heredad de la muerte.

Y cuando en Rodas quisiera  
 Meter su grandeza, sé  
 Que en vano mi intento fuera,  
 Pues claramente se ve  
 Que cuando en ella se viera,  
 Como en estrecho se hallara,  
 Las murallas reventara  
 Por ensanchar su grandeza,  
 Y con esto la llaneza  
 De los rodios allanara.

Y así le podéis decir  
 Que le quiero ir á servir,  
 Pues sé que estará excusado  
 De la molestia y cuidado  
 De poderme recibir;

Porque á mi persona indina  
 Que á favorecerte inclina,  
 No la real tienda que goza  
 Me basta, sino una choza  
 De terrones y fagina.

Y de paso de esa fe,  
 Con tres del hábito iré  
 Á verme con su grandeza,  
 Y que humillando su alteza  
 Con tres bajares esté.

Y pues que seguro envía,  
 Mañana por todo el día,  
 De sol á sol se le doy.

MOSTAFÁ.

Yo, Gran Maestre, me voy,  
 Pues dije á lo que venía;

Mas por Mahoma y Alá  
 Y aquel Alcorán sagrado  
 Que escrito en el Cielo está,  
 Que el lauro de gran soldado  
 Justamente se te da.

Queda con Alá.

Vase.

MAESTRE.

Con él

Vayas ¡ah bárbaro infiel!  
 ¡Nobles soldados, querría  
 Antes que llegase el día  
 Dalle un rebato cruel!

TELLO.

Si quieres, déjame el cargo:  
 Yo, Gran Maestre, me encargo  
 De hacer que mis brazos pruebe,  
 Y aunque dió el término breve  
 Hacer que se le haga largo.

MAESTRE.

Famoso frey Juan de Jío,

De los de Candia juntad  
Cien hombres de esfuerzo y brío,  
Y al punto los enviad  
Al alojamiento mío;

Y vos, don Tello, al momento  
Me prevenid otros ciento  
De los soldados de España,  
Que son los que en la campaña  
Darán vida á nuestro intento;

De tudescos y albaneses,  
Ramón Marquete elegid  
Cien hombres; de los franceses,  
Don Roberto, apercibid  
Ciento, y traiga cien ingleses

Don Enrique, y hecho aquesto  
Se junten en este puesto  
Y á media noche saldremos  
Para que al turco le demos  
Un regocijo funesto.

Entiendan de estos cruzados,  
De su tártara familia,  
Que no viene sin vigilia  
Fiesta de tales soldados.

DON RAMÓN.

¿Cabeza no nos señalas  
Para tal empresa?

MAESTRE.

No.

¿Será bien que en ricas salas  
Me quede durmiendo yo  
Mientras resistís las balas?

TELLO.

Señor, vuestra alteza vea  
En el caso que se emplea;  
Que no es bien desamparar  
Tu grandeza este lugar  
Por una simple pelea.

Para tal empresa basta  
Cualquiera de los que van,  
Que son freiles de San Juan,  
Y en hechos, ánimo y casta  
Igualan á Solimán.

DON RAMÓN.

No salgas, Maestre ilustre,  
Donde una contraria suerte  
Nuestro contento deslustre,  
Dándole al bárbaro suerte,  
Para sus hazañas lustre.

TELLO.

¿Quién bastará á gobernar  
Esta fuerza, este lugar,  
Si tú del muro te alejas  
Y sin tu gobierno dejas  
Tu presidio militar?

MAESTRE.

Por el hábito sagrado  
Del Bautista que profeso,  
Por mí y por el cargo honrado,  
Cuyo gravamen y peso  
Está en mis hombros cargado,  
Que he de salir el primero,

Y que en el conflicto fiero  
No se ha de envainar mi espada  
Sin que de la encamisada  
Me retire yo el postrero.

Si el turco me envía á llamar  
Para ver si sé hablar,  
Por satisfacerle, quiero  
Que esté informado primero  
De cómo sé pelear.

Nadie en esto me replique:  
César, Ramón, don Enrique  
Y Roberto, á vuestro cargo  
Acudid; que yo me encargo  
Hacer que se fortifique

El muro de la ciudad.  
Poned cien mil luminarias,  
Disparad con brevedad  
Mil presas en partes varias,  
Las campanas repicad,

Porque con el alboroto  
Piensen que es acto devoto  
Del patrón que celebramos,  
Y cuando acudan, tengamos  
Un escuadrón muerto ó roto.

Sólo un clarín llevaremos  
Para que en concierto y orden  
Al muro nos retiremos,  
Sin que por culpa ó desorden  
Rotos ó muertos quedemos.

Y con esto vamonós,  
Que son cerca de las dos.

TELLO.

Pienso que dadas serán.

MAESTRE.

¡Viva el profeta San Juan!

TODOS.

¡Viva el gran primo de Dios!

Vanse.

Salen María Adalifa y Juan, su hijo, y Servio, esclavo.

SERVIO.

Como te digo, le vi  
renegar.

MARÍA.

¿Que tú le viste?

SERVIO.

Digo, señora, que sí.

MARÍA.

¡Ah, ingrato! ¿No me hiciste  
Dejar esa ley á mí?

¡Infel! ¿Ya olvidaste el día  
Que, dándote libertad  
Y renunciando la mía,  
Me trajiste á tu ciudad  
Y rendiste á tu porfía?

¿No me hiciste que negase  
Mi Alcorán, y que adorase  
En Cristo su Madre y cruz,  
Para que la eterna luz,



Siendo cristiana, gozase?

¿Pues cómo sigues agora,

¡Infame! la secta mora?

¿Cómo, falsario, traidor,

Usaste tanto rigor

Con la triste que te adora?

Tu alma infiel y falsaria,

Nos dan muy claro á entender

Que diste fe á tu mujer

Para seguir la contraria.

Claro, ¡Jácome, se ve

En ese pecho sin fe,

Que el día que me engañaste

La fe de Dios me enseñaste

Para buscar nueva fe.

¿Quién podrá, falso, creer,

Si no es que lo llega á ver,

Lo que pasa entre los dos?

¿No había hartos en un Dios

Para marido y mujer?

¿Y adónde está?

SERVIO.

El gran señor

Acerca de su persona

Le ofrece inmenso favor.

MARÍA.

¿Y con qué razón abona

Su falsedad el traidor?

SERVIO.

Dice el apóstata ingrato,

Para disculpar su trato,

Que si nuestra ley dejó

Fué que á ello le obligó

La crueldad y el maltrato

De quien fué esclavo primero,

Cuando en el conflicto fiero

De Nicaro fué cautivo,

Y que en el tormento esquivo

Le fué amigo verdadero.

Con temor de triste muerte,

Tuvo por mejor perderte

Que no ser preso y cautivo.

MARÍA.

¡Ay tormento infiel y esquivo!

¡Ay terrible y triste suerte!

¿Fué mejor perderme á mí?

¡Ansí, infiel marido, ansí!

Pues yo no temí perder

Mis padres, hacienda y sér,

Sólo por ganarte á ti.

Dale esta carta, y vé adiós.

SERVIO.

Él mismo quede con vos.

Vase.

MARÍA.

¡Ay hijos, ay desdichados!

Por la desdicha engendrados,

Mía y de entrambos á dos;

Ya sin padre y madre os veo;

Ya vuestra muerte deseo,

Que siendo cierta la mía,

Dejaros vivos sería

Un caso terrible y feo;

Pues querer mataros sé

Que ánimo me faltará,

Y mataros no podré,

Si en vos retratado está

Un ingrato que adoré;

Pues, hijos míos, decí

¿Qué es lo que será de mí

Y qué será de los dos?

JUAN.

¡Madre, encomiéndelo á Dios!

Está loca, vuelva en sí.

Quien tuvo ánimo y valor

Para escoger lo mejor,

La que con valor profundo

Me dió á mí por hijo al mundo,

Siendo de los dos mayor,

No tema; que el Cielo sabe

Que aunque mi vida se acabe,

Perdiendo este mortal sér,

Tengo de morir ó hacer

Cómo su dolor se acabe.

Quede adiós, y al Cielo juro,

Que ese bárbaro y perjuro

Que su ley y Dios dejó,

Y á mí y á vos afrentó,

No viva de mí seguro.

MARÍA.

¡Hijo!

JUAN.

Déjeme, que rabio.

Déme al momento un vestido,

Con que iré desconocido

Á reconocer mi agravio.

MARÍA.

¡Hijo Juan, hijo querido!

¡Repórtate, escucha un poco!

JUAN.

¡Madre, á morir me provoco,

Pensando que aquél, sin Dios,

Nos afrenta á mí y á vos!

MARÍA.

¡Ten sufrimiento! ¿Estás loco?

¿Acompañárame á mí

Para tomar la venganza

Al peso de mi esperanza

En hábito extraño?

JUAN.

Sí,

Hasta donde el sér alcanza,

Que vos, madre, me habéis dado;

Que de aquel desventurado

Nada he recibido yo,

Ni sér ni vida me dió.

MARÍA.

Que es tu padre.

JUAN.

Renegado.

MARÍA.

Calla, Juan; vente conmigo.

JUAN.

Yo iré para ser testigo  
De su proceder villano.

MARÍA.

Mira que es tu padre, hermano.

JUAN.

No es mi padre, ni aun amigo.

Vanse.

Salen el Maestre, D. Juan, Tello y los demás,  
vestidos de encamisada.

MAESTRE.

Hoy, escuadrón pequeño y valeroso,  
Es justa cosa que valor se muestre,  
Sin amparo de muro ni de soto.Aquí va el estandarte y el Maestre;  
Que no diréis que solos os envía,  
Sin caudillo ó cabeza que os adiestre.Tema la Persia y tiembale Berbería;  
Resuene vuestra fama en la Asia toda,  
Y á Europa cubra el gozo y la alegría.Con la sangre francesa, itala y goda,  
Tended las armas contra la canalla,  
Que hoy la fama en su libro os acomoda.No nos cubre el acero el ante ó malla,  
Sólo pieles le sirven de defensa  
Y los delgados lienzos de muralla.Agora el que extender la fama piensa,  
El acero desnude, al turco embista;  
Que de su gloria desta vez suspensaLlore el bárbaro Rey esta conquista,  
Con pérdida de gente, plata y oro,  
Á quien no alcanza número ni vista.Cubrid con sangre del soberbio moro  
Las campañas desnudas de arboledas,  
Dadle de Rodas el mortal tesoro;Y si la diosa y su mudable ruega  
Permite que muramos, será gloria  
Que muera el hombre donde fama hereda;Y lleve cada uno en la memoria  
Que del cerco de Rodas algún día  
Los que vendrán han de tener victoria.Con la sangre compremos este día  
Para la fama hazañas soberanas,  
Que al tiempo hagan dulce compañía;Seguid ese estandarte y estas canas,  
Que lie de teñillas, á pesar del mundo,  
En sangre de las huestes africanas.

DON RAMÓN.

Maestre heroico en quien el peso fundo  
Deste escuadrón de Rodas y del cargo  
Pequeño para tu valor profundo,Deja razones y el premio largo  
Con que á morir honrados nos incitas,  
Poniendo al embestir prolijo embargo,Rompe por medio de los fieros citas,  
Ve por medio de Persia y del Arabia  
Derribando murallas y mezquitas.

TELLO.

Ya, Maestre famoso, nos agravia  
No llegar á las manos contra el perro  
Que mueve nuestros ánimos á rabia.  
Hambriento está el fatal y agudo hierro  
Pidiendo sangre desta gente perra.

MAESTRE.

Hoy la pena y temor dejo y destierro.

DON RAMÓN.

Maestre valeroso, al punto cierra.

MAESTRE.

¡Viva Cristo y San Juan, y Rodas cierral

Dase la batalla; sale el Gran Turco, Mostafá, Pirro  
y los turcos que pudieren.

GRAN TURCO.

¡Á ellos, canalla vill!  
Deteneos, ¿dónde vais?  
¿De qué gente os retiráis  
Al pie de doscientos mil?  
¿Qué guadaña de la muerte  
Es la que veis que os destruye?  
Volved, que la muerte huye  
Del que se le muestra fuerte.

MOSTAFÁ.

Sale.

¡Ah Mahoma, tal consientes!

GRAN TURCO.

¿Qué hay Mostafá?

MOSTAFÁ.

Gran señor,  
Falta de esfuerzo y valor  
En nuestras cobardes gentes:Hay temor y cobardía,  
Hay afeminados pechos,  
Hay, señor, infames hechos  
En la viciosa Turquía;Hay un huir temerario,  
Vergonzoso y deshonesto,  
Y hay todo al contrario desto  
En tu famoso contrario.

PIRRO.

¡Las furias del hondo infierno  
Esta noche se han soltadol

GRAN TURCO.

¿Qué hay Pirro?

PIRRO.

Que se ha soltadol

Contra ti Mahoma eterno.

Sabe, señor poderoso  
Aunque no con la fortuna,  
Pues cuatro pechos cruzados  
Hoy tus victorias enturbian,  
Que de la rebelde Rodas  
Por aquella senda obscura  
Que atraviesa al hondo foso  
Y la muralla asegura  
De las minas que inventamos,

Pues todos por ellas cruzan,  
 Siguiendo una señal sola,  
 Casi al salir de la Luna,  
 Salió un escuadrón pequeño,  
 Aunque grande en la ventura,  
 Y para cubrir las armas  
 Que con la luna relumbran,  
 Encima de los vestidos  
 Blancas camisas ó aljubas,  
 Cogiéndonos descuidados,  
 Toda tu gente segura,  
 Sepultados en silencio,  
 Aunque ya en la sepultura,  
 Embistieron de repente  
 Sobre la turba confusa,  
 Que al despertar le dan sueño  
 De que no despiertan nunca.  
 Los tirantes de las tiendas  
 Los agudos filos cruzan,  
 Cayendo sobre los tristes  
 Que las habitan y ocupan,  
 Y cortándolas llegaron  
 No muy lejos de la tuya,  
 Diciendo: San Juan de Rodas,  
 San Juan sólo sea en tu ayuda;  
 Aquí va el Maestre propio,  
 Prendedle, canalla turca,  
 Que si el Gran Turco le prende,  
 Rodas y la isla es tuya.  
 Salí, señor, de mi tienda,  
 Y á la lumbre de la Luna  
 Vi las venerables canas,  
 Que á tus gentes atribulan,  
 Cortando brazos y piernas,  
 Rodelas, jacos y aljubas.  
 Sin parar pasan de vuelo  
 Dando en tu gente segura.  
 Con hasta quinientos hombres  
 Empezó aquesta diablura  
 Este francés temerario,  
 Aquesta cristiana furia;  
 Pero lo que más se siente  
 Y la mayor desventura,  
 No sé, señor, si lo diga  
 Que esta es desventura mucha,  
 Hemos echado menos  
 Catorce banderas tuyas,  
 . . . . . (1).  
 Que perdió Cartamobúcar,  
 Tu belerbey general,  
 Aquel de cuya ventura  
 Ni yo esperé tal suceso  
 Ni aun el poder de fortuna.  
 Quiso furioso cobrarle;  
 Pero en vano lo procura,  
 Porque de una herida el alma  
 El cuerpo le desocupa.  
 Esta, Solimán famoso,  
 Es la desventura tuya.

Perdona al embajador,  
 Pues ves que no tiene culpa.

GRAN TURCO.

Injusto Cielo, ¿qué es esto?  
 ¿Fortuna, diosa caduca,  
 Hoy mi poder avasallas,  
 Hoy derribas mis venturas?  
 ¡Al arma, turcos infames!  
 ¡Al arma, canalla turca!  
 ¡Al arma, africanos perros!  
 ¡Al arma, tártara chusma,  
 Genízaros femeniles!  
 Ea, canalla confusa,  
 Buscad el oro perdido,  
 Si es que el infame lo busca.  
 Hoy es día que he de ver  
 Aquel león de Liguria  
 Que cazando por mis campos  
 Llevó sus crines seguras.  
 No me habléis palabra, infames,  
 Que os abrasará mi furia;  
 Sino, prevenid la tienda  
 Donde ha de ser esta junta.

Vase.

MOSTAFÁ.

¡Triste día, suerte avara;  
 Llegó el día del rigor  
 En que ya del gran señor  
 No se podrá ver la caral!

PIRRO.

Siento con mucha razón  
 Pérdida tan grave y tal.

MOSTAFÁ.

¡Y que el alférez real  
 Perdiese así el gonfalón!

PIRRO.

¿Cómo perder? ¡Vive Alá!  
 ¿Si Mahoma le guardara,  
 El Maestre le ganara  
 Como le ganó de acá?

MOSTAFÁ.

¿Y ganóle él mismo?

PIRRO.

No,  
 Que yo oí en aquella parte:  
 «No busquéis el estandarte  
 Que Tello se lo llevó.»

MOSTAFÁ.

¿Quién es ése?

PIRRO.

Un español.

MOSTAFÁ.

Digo que ya no me espanto,  
 ¡Por Alá divino y santo,  
 Que se le ganara al Sol!  
 Haced en orden poner  
 La tienda.

PIRRO.

En ésta será,

(1) Falta un verso.

Que ya apercebida está  
Para el caso desde ayer.

MOSTAFÁ.

Pues, Pirro, al momento vamos;  
Que mi pecho determina  
Volar mañana la mina  
Con que vengados seamos.

PIRRO.

De Portugal el consejo  
Caro cuesta á la nación.

MOSTAFÁ.

En la primera ocasión  
Mata Solimán al viejo.

PIRRO.

Ya suenan los instrumentos;  
Sospecho que viene ya.

MOSTAFÁ.

¿Qué nos falta?

PIRRO.

Mostafá,

El prevenir los asientos.

Vanse y salen el Maestre, D. Ramón, D. Tello, y  
Marquete y un paje, por otra parte el Gran Turco,  
Pirro, Mostafá y Bencusir, y un paje.

GRAN TURCO.

¡Gran Maestre!

MAESTRE.

¡Gran señor!

GRAN TURCO.

Hoy en honrarte me fundo;  
Llégate, valor del mundo.

MAESTRE.

Ya llego, rey del honor.

GRAN TURCO.

No carece de misterio  
Mi gran deseo de verte;  
Que estimo más conocerte  
Que conquistar un imperio.  
Y por las estrellas todas,  
Que si con mi honor pudiera,  
Á Belgrado me volviera,  
Libertando por ti á Rodas.  
Abrazame.

MAESTRE.

Es alto vuelo;

Que tanta ventura es  
Para mí estar á tus pies  
Como levantarme al cielo.

GRAN TURCO.

Llégate, padre.

MAESTRE.

Ese nombre

Es en quien mi honra fundo.

GRAN TURCO.

¡Por el Criador del mundo,  
Que tienes más que sér de hombre!  
No sé qué tienes, que trueca  
Mi mortal odio en amor.

MAESTRE.

Soy tu criado, señor.

GRAN TURCO.

¡Por el Profeta, que en Meca

Está en eterno reposo,  
Que si así la verdad fuera,  
Más grande señor te hiciera  
Que ningún rey poderoso!

No sé qué es lo que en mí siento;  
Siéntate á este lado, pasa.

MAESTRE.

Quien apenas tiene casa,  
¿Cómo podrá estar de asiento?

GRAN TURCO.

No has de poner intervalo,  
Que es bien que mi amor te muestre.

MAESTRE.

Hoy seré Grande Maestre,  
Pues al gran señor me igualo;  
Que á tener tú entera lumbre  
Y conocer quién Dios es,  
El humillarme á tus pies  
Era ensalzarme á la cumbre.

GRAN TURCO.

Quiero que entiendas de mí  
Que así estimo tu valor,  
Que á no ser yo el gran señor,  
Quisiera humillarme á ti.

Porque á no tener la luz  
Que me dió Alá soberano,  
Pienso que fuera cristiano  
Sólo por traer tu cruz.

Y eres tan noble enemigo,  
Donde tal valor se encierra,  
Que al mismo Alá hiciera guerra  
Como tú fueras mi amigo.

MOSTAFÁ.

¿No veis qué amigos están?

PIRRO.

¿Qué es esto, Mahoma santo?

MOSTAFÁ.

¡Vive el Cielo, que me espanto  
De ver así á Solimán!

TELLO.

¿Éste es aquel que decía  
El mundo que era cruel?

DON RAMÓN.

Yo no he descubierto en él  
Sino amor y cortesía.

GRAN TURCO.

Tú que los muros allanas  
De mi fiero corazón,  
Bañándole en afición  
De tu valor y tus canas,  
¿Qué edad tienes?

MAESTRE.

Gran señor,

Ochenta años ha que gozo  
Del mundo, y siempre soy mozo  
En lo que es mostrar valor.

Aquí mi edad acomodo  
En cortesía y consejo,  
Y en la guerra, aunque soy viejo,

La espada gobierno y todo.

Cerca pasé de tu cama  
Antes del amanecer.

GRAN TURCO.

¡Hecho que debe poner  
Entre los grandes la fama;  
Heroico y extraño vuelo!  
Pero dejando esto aparte,  
Rescátame el estandarte  
De quien ha temblado el suelo.

Pues de paz á verme vienes,  
Paga mi amor y afición;  
Que no he de tener pendón  
Si no cobro el que me tienes.

Basta el victorioso hecho,  
Maestre; que, á ley de moro,  
Que es pequeño mi tesoro  
Para pagar lo que has hecho.

MOSTAFÁ.

Tratándose como amigos  
Muestran su esfuerzo y poder.

DON RAMÓN.

Es honrado proceder.

TELLO.

Son honrados enemigos.

MAESTRE.

Si el cerco no me levantas,  
No te le podré volver.

GRAN TURCO.

Yo me holgara de poder,  
¡Por Alá y sus luces santas!

Pero el día que partí  
De mi palacio imperial,  
Contra ese pueblo infernal  
De ganar le prometí;

Que en todas las ocasiones  
Que nombraban mis estados,  
Decían hombres cruzados,  
Más son cruzados leones.

No basta haber año y medio  
Y aun más que ha que estáis cercados,  
De sustento descarnados,  
Sin socorro ni remedio:

Que doscientos mil infantes,  
Comprados á peso de oro,  
Gastándome mi tesoro,  
Pelean contra diamantes.

Ya el provecho es inferior  
Que vuestra ciudad encierra;  
No peleo por la tierra,  
Peleo por el honor.

Y si esto á su fin no pasa  
Y no conquisto ese muro,  
No estaré de ti seguro  
Dentro de mi propia casa.

Mas como el pendón me envíes,  
Por la gloria que Alá encierra,  
De darte para tu guerra  
Veinte cargas de equies;

Diez de cristal de la mina,  
Que *rel* llama el africano;

Cien jacos del suelo hispano

De la malla jacerina,

Y daréte ¡vive el Cielo!

Sólo por dártelo á ti,

Un alfanje y tahalí

Del gran Mahomat, mi abuelo,

Que es de valor te prometo,

Si á mi gusto te acomodas;

Que vale harto más que Rodas

Puesta fuera de este aprieto.

MAESTRE.

No parezca cumplimiento

El decir que yo quisiera

Complacerte, si pudiera,

Y satisfacer tu intento.

Los equies que me ofreces,

El cristal, joyas y espada,

Y aquesta merced sobrada

Con que mi sér engrandeces,

Claro está que ha de obligarme

Á servirte; mas, señor,

Para comprarme mi honor,

¿Tienes tesoro que darne?

¿Con qué podré yo pagar,

Si acaso, Rodas perdida,

Viniere á quedar con vida

Y me pudiese librar?

Podré decir en presencia

Del Cielo, el Sol y la Luna:

«Perdila por mi fortuna,

Mas no por mi negligencia.»

Que al fin diré donde fuere:

«Perdida á Rodas dejé

Y el estandarte gané

Del Gran Turco.» Considere

Vuestra Alteza que es disculpa

Esto, á no ser importuno;

Que al fin no dirá ninguno

Que se perdió por mi culpa.

Y así habrás considerado

Que en la gloria que me aplico

Tu promesa me hace rico,

Pero tu estandarte honrado.

Y es ponerme en mucho estrecho

Que tal tu Alteza me mande,

Porque soy de la cruz Grande

Y así he de tener gran pecho.

Y no te le pienso dar

Mientras no nos descercares,

Porque si á Rodas ganares

Tengas algo que estimar.

Sale Bencusir, moro.

BENCUSIR.

Sabrás, señor poderoso,

Que en aquella ermita y casa

A quien San Cosme y Damián

La gente de Rodas llaman,

La que de baño te sirve

Y adonde tienes plantada

La más de tu artillería,  
 Cavada de foso y cavas,  
 Catorce cruzados fuertes,  
 Que decir cruzados basta,  
 Pues han sido con tus gentes  
 Cruces de muerte y de infamia,  
 Clavaron la artillería,  
 Tienen la ermita ganada,  
 De turcos muertos y heridos  
 Casi cubierta la casa;  
 Á Ismas, tu sobrino, han puesto  
 Una liga á la garganta,  
 Y cuando quieren tirarles,  
 Con tu sobriño se amparan;  
 Está cubierta la tierra  
 De flechas, dardos y lanzas,  
 Que, como toros heridos,  
 Las tienen entre las plantas.  
 Apostáronse esta noche  
 De la ciega encamisada,  
 Donde sus blancas camisas  
 Fueron turquescas mortajas.  
 Á ti me envía Braímo,  
 Mira que mandas que haga,  
 Si se batirá la ermita  
 Ó si se les pondrá guarda.

GRAN TURCO.

¿Qué es esto, Alá poderoso?  
 ¿Catorce cristianos bastan  
 Contra un mundo que está junto  
 Sobre una pequeña casa?  
 ¿Qué te parece, Maestre?

MAESTRE.

Hame pesado en el alma,  
 Pero si allí les dan muerte,  
 Con honor y fama acaban.  
 Por mi patrón, el Bautista,  
 Te prometo que trocara  
 Este estrado en que me honras  
 Por hallarme en tal hazaña.

GRAN TURCO.

¡Oh valor de caballeros!

TELLO.

¿Qué hacemos?

MAESTRE.

No sé qué haga.

TELLO.

Que dejes poner el sol,  
 Con que la tregua se acaba,  
 Y pues hay otras camisas,  
 Démosles otra alborada.

GRAN TURCO.

¿Quién es ése?

MAESTRE.

Este es, señor,  
 Dueño desta noble hazaña,  
 El que ganó tu estandarte.

GRAN TURCO.

¡Santo Alá! ¿Cómo se llama?

MAESTRE.

Llámase Tello, señor.

GRAN TURCO.

¿Y de qué tierra?

MAESTRE.

De España,  
 De la ciudad de Sevilla.

GRAN TURCO.

Yo digo que no me espanta,  
 Si es español, que se arroje  
 A ganar la luna sacra.

MAESTRE.

Ya, señor, se llega el punto  
 En que haré lo que me mandas:  
 Dame mis cruzados libres  
 Y un tu capitán que vaya  
 A traer el estandarte.

GRAN TURCO.

¡Por Mahoma, que me espantal  
 ¿Lo que no ha podido ruego,  
 Honor ni riquezas tantas,  
 Por catorce hombres ofreces?

MAESTRE.

Si lo que la rica Arabia  
 Ó la Jona y el Catay,  
 Ó lo que á la noble España  
 Ofrecen sus nuevas Indias  
 Me ofrecieras, era nada  
 Para darte el estandarte  
 Ganado con gloria tanta.  
 Y si catorce estandartes  
 Con mi sangre conquistaras,  
 Por rescatarlos le diera  
 Cualquiera de los que faltan.  
 Envía mis caballeros,  
 Y, como te digo, vaya  
 Quien te traiga el estandarte.

GRAN TURCO.

Espera, Maestre, aguarda:  
 Llevarásteles contigo  
 Y mi estandarte mañana  
 Me le envía con don Tello,  
 Que es justa y loable hazaña;  
 Que si él llevó mi estandarte,  
 Sea él mismo el que lo traiga,

MAESTRE.

Cúmplase, señor, tu gusto;  
 Que él te le traerá sin falta.

GRAN TURCO.

Seguro podéis venir.

TELLO.

Conmigo vendrá mi espada,  
 Y como ella me acompañe,  
 Yo aseguraré la plaza.

GRAN TURCO.

Dame la mano, Maestre.

MAESTRE.

¡Jesús, señor! Honra tanta....

GRAN TURCO.

¡Quién pudiera ser tu amigo,  
 Maestre de la cruz blancal

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen el Gran Maestro, Tello y dos ciudadanos de Rodas.

MAESTRE.

Al fin, ¿qué es lo que pedís  
De parte de la ciudad?

CIUDADANO 1.º

Sacro Maestro, escuchad.

MAESTRE.

Ya escucho lo que decís.

CIUDADANO 1.º

Dice la afligida Rodas  
Que ha visto el daño tan cierto,  
Y viendo el remedio incierto  
De sus esperanzas todas,  
Que mires el común daño,  
Que está la gente afligida,  
Ya sepultados en vida  
En aqueste asedio extraño;

Y tan triste suerte corre  
En este asedio prolijo,  
Que ni el padre acude al hijo,  
Ni el hijo al padre socorre.  
Y que es fuerza que vengamos  
A rendir esta sentencia  
Después, y á pedir clemencia  
Cuando no la consigamos.

Ya las murallas, cansadas  
De tal batería y guerra,  
Están la mitad en tierra,  
Del grave peso obligadas.

Si acaso nos acostamos  
Rendidos del triste sueño,  
Cae la casa con el dueño  
Y sepultados quedamos;

Que las piezas que están puestas  
Con los bestiones fornidos,  
Como nos cogen dormidos  
Nos echan la casa á cuestras;

Y para pasar la vida  
Tus desdichados vasallos,  
Matan sus propios caballos  
Y dellos hacen comida.

¡Piedad de tu pecho manel  
Que esta ciudad que tenemos  
Más vale que se la demos  
Que no que el turco la gane.

MAESTRE.

Vuelve y diles que no quiero  
Rendir la ciudad, y di  
Que si murieren aquí,  
Yo también con ellos muero.  
Que no tienen que quejarse  
Que por mí lo pasan mal,

Pues soy en el daño igual;  
Pero que no han de entregarse.

El que quisiere se salga  
Al campo del gran señor,  
Y el que no tiene valor  
De vil humildad se valga.

Volved, pues, á Dios la vista,  
Y mirad, desventurados,  
Que otra vez fuisteis cercados  
Deste que agora os conquista,  
Y que á su campo volvió

Humillada la braveza;  
Pero tuvisteis cabeza

Más venturosa que yo.

Sufrid, rodanos, sufrí,  
Considerad, afligidlos,  
Que somos hijos queridos,  
Pues que Dios nos trata así.

Que desde ahora imagino,  
Amigos, que será vano  
Esperar socorro humano,  
Sino pedir el divino.

Y este bárbaro orgulloso  
Que vuestros campos habita,  
Aunque sea noble es Cita:  
Mirad si será piadoso.

Mirad bien lo que pedís;  
Que entre estos infieles bravos,  
Seréis, como en Grecia, esclavos  
Si, como en Grecia, os rendís.

Y porque con este afán  
No se me diga otro tanto,  
Descubrid el altar santo  
De nuestro patrón San Juan.

Descubren un altar donde estará San Juan Bautista.

TELLO.

Del soberano Bautista  
Se descubre ya el altar.

MAESTRE.

¿Á quién no basta á animar,  
Patrón santo, vuestra vista?

Santo primo de Dios, gloria del Cielo,  
Confesor, virgen, mártir y profeta,  
Del soberano Dios voz y trompeta  
Que anuncias la salud, pan y consuelo;

Santo á quien reverencia todo el Cielo,  
La fe cristiana y la morisca seta,  
Anunciador y celestial cometa  
Del Cordero inocente y ternezueto;

Á ti las llaves y la guarda toca  
De esta ciudad, á ti te las presento:  
Si tú las quieres dar al turco, dalas;

Que si tú no lo mandas por tu boca,  
Presto al Cielo homenaje y juramento  
Que no han de entrar, aunque les nazcan alas.

Vuelve, rodano, á esa gente  
Temerosa y encogida,  
De flojedad afligida,  
Que se anime y que se aliente.

Y el que quisiere rendirse,  
Bien puede salir seguro;  
Que portillos tiene el muro  
Por donde poder salirse;

Pero sin ningún reparo  
Su infamia se ha de saber,  
Y en la plaza he de poner  
Un padrón de mármol claro,

Donde quedarán escritos  
Sus nombres desventurados,  
Y sus deudos infamados  
De estos nuevos sambenitos.

Y no es traza tan extraña  
Ni tan fuera de razón,  
Porque será á imitación  
De la católica España.

Y en otros dos á los lados  
Más levantados de tierra,  
Pondré los que en esta guerra  
Murieron á ley de honrados.

¿Teméis que la casa os mate  
En medio del sueño incierto,  
Y no teme el que despierto  
Está esperando el combate?

¿No teme el que guarda el muro  
Cuando el contrario le arrasa,  
Y teme el que está en su casa  
Á costa nuestra seguro?

Vísteme ayer en la mano,  
Ya de anciana medio helada,  
Una espuerta y una azada  
Con pecho y valor cristiano,  
Llevando tierra y fagina  
Con intento de animaros,  
¿Y teméis que han de mataros?  
Animad, gente mezquina,

Haced al bárbaro guerra;  
Que si es que habéis de acabar,  
La muerte os sabrá buscar  
Aunque os esconda la tierra.

CIUDADANO 1.<sup>o</sup>  
Ya, señor, que te resuelves,  
No hay que replicarte nada.

MAESTRE.  
No vuelvas con embajada,  
Que te ahorcaré si vuelves.

Dejadme solo, que prueba  
Su fuerza el sueño conmigo.  
Mirad vos, Farfán amigo,  
Si hay alguna cosa nueva,

Y si la hubiere llamadme.  
TELLO.

Servirte siempre pretendo,  
Y si estuvierdes durmiendo....

MAESTRE.  
Si durmiere, despertadme.

Vanse; quede el Maestre.

¡Pesar de la vil canalla  
Temblando de miedo están,

Cuando está el gran Lisladán  
Amparando su muralla.

Cuando cristianos no fueran  
Y Dios no los amparara,  
Cuando San Juan les faltara  
Era justo que temieran.

¿Estoy en mí que imagino  
Que sin propósito invoco,  
Contra un campo ciego y loco  
Auxilio y favor divino?

El Cielo á mi ayuda esté;  
No me ayude á esta conquista  
Ni Dios ni San Juan Bautista;  
Que yo me defenderé

Sueño me aprieta; yo sigo  
Sus pasos, pues es mi dueño;  
No hay pelear contra el sueño,  
Que es poderoso enemigo.

Duérmese; sale San Juan Bautista con las llaves.

SAN JUAN.

Maestre, toma las llaves.

MAESTRE.

Patrón glorioso, ¿por qué?....

SAN JUAN.

Porque tienes poca fe;  
Defiéndete tú, si sabes.

Cúbrese.

MAESTRE.

Aguarda, santo patrón,  
Vuelve los ojos, espera.  
¡Cielos, dormí! ¿Sueño era  
Ó fué celestial visión?

Las llaves están aquí:  
Bien es que me acabe el llanto;  
Yo las dí á mi patrón santo  
Y él me las ha vuelto á mí.

Señal de que el Cielo está  
De mi soberbia ofendido;  
Pues loco y soberbio he sido,  
Como el que cayó de allá.

Grande mi soberbia fué,  
Pero en tan sangrienta lid  
Lloraré, como David,  
Pues como David pequé.

Vuestra clemencia me valga,  
Señor, aunque yo desee  
Un Semey que me apedree  
Cuando desterrado salga.

Y pues Cielo y Tierra admira  
La piedad que poseáis,  
Amor de padre tenéis,  
Aunque no le he visto en ira;

Pues vuestro pecho codicia  
Más piedad que no rigor,  
Sea de oliva, Señor,  
Vuestra vara de justicia.

Vos, paloma hermosa y bella,



Virgen sagrada, mirad  
 Por esta pobre ciudad,  
 Que hay inocentes en ella.  
 ¡Válgame Dios! ¡Cajas siento!  
 Confuso estoy y turbado,  
 Que me turba mi pecado  
 Más que el estruendo sangriento.

Sale D. Tello.

TELLO.

No estés, señor, descuidado;  
 Que ya sobre el muro está  
 El soberbio Mostafá  
 Y Pirro, aquel renegado.

MAESTRE.

Las llaves quiero encubrir,  
 Que mi culpa manifiestan.

TELLO.

Ya á la lengua inglesa asestan  
 Quince piezas de batir.

MAESTRE.

¿Qué prevenciones son éstas,  
 Ciudad desdichada y sola?

TELLO.

Sobre la puerta española  
 Están otras siete puestas.  
 Toda este noche han batido  
 El muro que España encierra,  
 Y desde lo alto á la tierra  
 Está el cubo izquierdo herido.

MAESTRE.

Muy mal estaréis seguros,  
 Tello, valeroso amigo;  
 Pues el mayor enemigo  
 Está dentro de estos muros.

TELLO.

¿Acaso has descubierto  
 Traición alguna?

MAESTRE.

Que no.

Por el temor, digo yo,  
 Que es el contrario más cierto.

Vamos hacia la muralla,  
 Donde el turco se avecina;  
 Mas, pues yo he sido su ruina,  
 ¿Cómo podré remedialla?

Vanse.

Salen el Gran Turco y D. Juan, en hábito de tártaro,  
 y Mostafá y Pirro.

GRAN TURCO.

Á Amurates agradezco  
 El presente, como es justo.

PIRRO.

¡Bravo tártaro!

GRAN TURCO.

Robusto.

DON JUAN.

Y más lo soy que parezco.

Verás, gran señor, en mí  
 Nuestro coraje de España,  
 . . . . . (1)  
 Aunque en Tartaria nació.

PIRRO.

Ayer levantó una pieza  
 De batir con los dos brazos,  
 Y en ellos, puestos dos cazos,  
 Pegó á un árbol la cabeza,  
 Y dos levantes tiraron,  
 Y él tiene fuerza tan fiera  
 Que, como si un árbol fuera,  
 De allí no le menearon.

GRAN TURCO.

¿Cómo te llamas?

DON JUAN.

Caribe.

GRAN TURCO.

El nombre tienes cruel.

Sale Abenzafir, turco.

ABENZAFIR.

Cortuguete avisa que él  
 Ya por la mar se apercibe.

GRAN TURCO.

Si por la mar da combate  
 Furioso, tengo por cierto  
 Que ha de ganarles el puerto,  
 Según las dos torres bate.

PIRRO.

¡Que he de embestir la muralla  
 Donde tengo el corazón!  
 Y fuera mayor razón  
 Con humildad adoralla.

Que aunque en este traje voy  
 Y piensa el bárbaro moro  
 Que su seta falsa adoro,  
 Humilde cristiano soy,

¡Ay mi Adalifal! ¡Ay María!  
 ¿Cuándo querrá la fortuna  
 Volver su rueda importuna  
 En bonanza tuya y mía?

GRAN TURCO.

Pues en un punto y sazón  
 Embestid con furia extraña  
 Sobre la puerta de España  
 Y la puerta de Abusón.

Y el que entrare, por mi ley,  
 ¡Juro á Mahoma sagrado  
 De dejarle coronado  
 En esta tierra por rey!

Sale el Maestre y los que pudieren á la muralla.

MAESTRE.

¡Alerta, gente española!  
 Que el turco á embestirnos viene,  
 Y hoy á Rodas le conviene

(1) Falta un verso.

Guardar esta puerta sola.

GRAN TURCO.

Ea, que en el muro están;  
Arremetted contra ellos.

NOSTAFÁ.

¡Á ellos, Mahoma!

PIRRO.

¡Á ellos,

Mahoma!

TODOS.

¡Cristo! ¡San Juan!

Disparan dentro arcabuces, dase la batalla en el  
muro con Tello.

NOSTAFÁ.

¡Á ellos, que ya está abierto,  
Y pasadlos á cuchillo!

TELLO.

¡No importa, que está el portillo  
De Diego Tello cubierto!

¡Tapiadme por las espaldas!

NOSTAFÁ.

¡Ea, cobardes, á él!

MAESTRE.

¡No te corone laurel,  
Sino estrellas y esmeraldas!

Embisten todos á Tello, y dase batalla, y entretanto  
alzan el lienzo que se ha caído por detrás.

NOSTAFÁ.

Ya de tierra y de fagina  
Está la muralla arada.

TELLO.

Y ya mi vida, cansada,  
A la muerte se avecina.  
¡Jesús, María, á los dos  
Encomiendo el alma mial  
¡Patrón santo, aqueste día

Cae D. Tello.

Me valed, primo de Dios!

GRAN TURCO.

Acudid, y no le maten,  
Que es don Tello el que cayó.  
¿Está muerto?

NOSTAFÁ.

Señor, no.

GRAN TURCO.

Pues en brazos le arrebatan,  
Y en la tienda más vecina  
Mis cirujanos le curen  
Y hasta el fénix me procuren,  
Si importa á su medicina.  
Con el arcabuz tirad,  
No aguardéis que se desangre;  
Que tan valerosa sangre  
Que se vierta es crueldad.

Llevan en brazos á D. Tello.

¡Ah soldado valeroso  
Que hoy á Rodas me has quitado,  
Y con tu nombre has ganado  
Eterno nombre y famoso!

¡Por Mahoma y por su ley,  
Que si nuestra ley tuviera,  
Poca paga pareciera  
Darle título de rey!

Una señal, de seguro,  
En lo alto han levantado.

El Maestre en la muralla.

NOSTAFÁ.

Ya el Maestre está asomado  
Sobre lo alto del muro.

MAESTRE.

¡Ah del campo!

NOSTAFÁ.

¡Ah de arriba!

MAESTRE.

¿Tenemos seguridad?

GRAN TURCO.

Sí tienen; hablen.

PIRRO.

Hablad.

Si en sólo el seguro estriba.

MAESTRE.

Gran señor, pues que me escuchas,  
Bien ve tu grandeza magna  
Que el curar á los heridos  
Es obra piadosa y santa.  
Oféndase al enemigo  
Mientras gobierna la espada,  
Mas cuando falta el poder  
No lo tengo por hazaña.  
Danos á Tello, señor,  
Porque su cura se haga  
Como sus obras merecen  
Y como su valor manda.  
Que según le tengo amor  
Y según siento su falta,  
Darán lágrimas mis ojos  
Para curarle sus llagas.  
Y si por desdicha es muerto,  
Volvemos su cuerpo manda;  
Que el sepultar los difuntos  
También el moro lo alaba.  
Y si está ya en ese punto,  
Antes que su alma parta,  
Para hacer las ceremonias  
Que nuestra religión manda,  
Dánosle, gran Solimán;  
Que vivas edades largas:  
Muera entre las blancas cruces  
El que fué de la cruz blanca;  
Que muriendo ese español  
Entre las flores de España,  
Tendrá quien Jesús le diga  
Cuando se le arranque el alma.  
Véanle morir los míos,

Y aprendan á ganar tanta  
De aquel que le sobró pecho  
Cuando faltó una muralla.  
Considera, gran señor,  
Que en la muerte no hay venganza,  
Y el que muere se consuela  
Conociendo el que le habla.  
Y si quieres interés,  
Te daré por premio y paga  
De Cortuguete un hermano,  
El general de tu armada.

GRAN TURCO.

Por Mahoma, que me espanto  
De ver en tus ojos agua;  
¡Si eran de fuego no ha un punto,  
Que amedrentaban las almas,  
Tus lágrimas, Gran Maestre!  
¡Por Alá y sus luces santas,  
Que ser cruel y valiente  
Repugna á natura humana!  
Tu comendador te diera  
Si creyera que en tu casa  
Hubiera tan buena cura  
Como donde le regalan;  
Que acá sobran los regalos  
Y allá la comida os falta;  
Allá faltan medicinas  
Y aquí las tendrá sobradas;  
Y no me espanto que os falten,  
Que son tantas las batallas,  
Que no sé quién os da lienzo  
Para apretaros las llagas.  
Enviad á un español  
Que seguro al campo salga  
Para que con Tello esté,  
Si por dicha vivo escapa,  
Y no para que le cure,  
Porque os doy mi real palabra  
Que será como la mía  
Su persona regalada.

MAESTRE.

Id vos, Campuzano noble.

DOÑA ANA.

Haré, señor, lo que mandas.

MAESTRE.

Queda, gran señor, con Dios.

GRAN TURCO.

Honre Mahoma tus canas;  
Que por Alá que no sé  
Qué tienes en esa cara  
Que en el punto que te veo  
Se me escandaliza el alma.

Sale Bencusir.

Bencusir, ¿cómo venís?

BENCUSIR.

Herido vengo, señor.

GRAN TURCO.

¡Cómo!

BENCUSIR.

Llevó lo peor

Tu gente.

GRAN TURCO.

¿Qué me decís?

BENCUSIR.

Mas de dos mil turcos dejo  
En la puerta de Abusón  
Muertos.

GRAN TURCO.

¡Con mucha razón

De ti, Mahoma, me quejo!

BENCUSIR.

Hay más de seis mil heridos.

GRAN TURCO.

¿Cómo?

BENCUSIR.

Salió á la campaña

Aquesta canalla extraña,

Del claro acero vestidos,

Con sus rodela ó escudos,

Y á cada golpe que daban

Los turcos despedazaban,

Que peleaban desnudos.

GRAN TURCO.

Y dellos ¿cuántos murieron?

BENCUSIR.

Treinta.

GRAN TURCO.

¿Y quedáis bien vengados?

BENCUSIR.

¡Eran los siete cruzados!

GRAN TURCO.

Cruces de tu infamia fueron.

¡Perro, levántate y vete!

Es de los muertos el cargo.

¡Tres mil y dos por descargo!

¡Treinta cruzados, los siete!

¡Por el alma que Alá tiene

De mi padre, que he de ver

Si hay en Alá más poder

Que el que este cristiano tiene!

¡Que una ciudad haga guerra

Contra todo mi poder!

MOSTAFÁ.

¡Traje extraño de mujer!

PIRRO.

No es el traje desta tierra.

MOSTAFÁ.

Armenia sospecho que es.

Sale María Adalifa, en hábito de armenia,  
y Juan, su hijo, de loco.

MARÍA.

Dame tus pies, gran señor.

GRAN TURCO.

Alzate.

MARÍA.

Por tal favor

Besaré humilde tus pies.

Sabrás, monarca del mundo,

Que al pie de la misma sierra

Donde el arca del diluvio  
Halló la tierra primera,  
Adonde los animales  
Sus peñascos reverencian,  
Como á quien le dió acogida  
En sus entrañas y en cuevas,  
Hay una ciudad famosa  
A tu gobierno sujeta,  
Avasallada á tus leyes,  
Que se llama Bet de Armenia.  
Esta gran ciudad que digo,  
La fe de Cristo confiesa,  
Con licencia expresa tuya,  
Y sigue la Iglesia griega.  
Allí nací y me crié,  
De noble y rica ascendencia,  
Porque mis padres venían  
De los que antes reyes eran.  
Volvió el tiempo en tu favor,  
Volvió fortuna su rueda;  
Perdieron ellos su estado,  
Yo mi descanso y herencia.  
Al fin, quedando muchacha,  
Caséme en edad primera  
Con un armenio gallardo,  
Pero inclinado á la guerra.  
Améle como á mi vida,  
Y dejé por él mi hacienda,  
Mis deudos y mis regalos,  
Y con él me fuí á su tierra.  
Matáronme una noche  
En la sangrienta refriega  
Que sobre pasar el sitio  
Tuvo tu gente y la nuestra.  
Quedé preñada en seis meses  
De esta malograda prenda,  
Que fortuna, como loca,  
Hace que también lo sea.  
Nació sin juicio y razón.

JUAN.

Y si con juicio naciera  
Hubiera muerto á mi padre  
Ante vuesa reverencia.

MARÍA.

¡Es gracioso por extremo!

JUAN.

Y si apaño cuatro piedras,  
Derribaré una muralla,  
Aunque sea de manteca.

GRAN TURCO.

¿Y qué es lo que trae al lado?

JUAN.

En aquesto que me cuelga  
Traigo unas escribanías  
De más de dos que me esperan.

GRAN TURCO.

¿Quién te espera?

JUAN.

Unaavecilla

Bullidora, blanca y negra,  
Que saliendo de su nido

Al mejor tiempo, despierta,  
Y volando á varias partes,  
Si á vuestra tienda se llega,  
Sobre el real estandarte  
A vuestro pesar se asienta.

MARÍA.

Por la golondrina dice,  
Señor; mira no te entienda.

GRAN TURCO.

Es en extremo bonito.

JUAN.

Fué mi padre, que no fuera,  
Un hombre, y aun casi dos,  
Con una fe y una seta,  
Y una vida en su principio,  
Y otra hallada en su baja; pero  
ya vivió en la una  
Y es bien que en la otra muera;  
Porque viéndose subido  
Encima de las estrellas,  
Dejó de seguir el sol  
Y siguió una luna nueva.

GRAN TURCO.

¿Qué dices?

JUAN.

Verdades digo,  
Y á Dios del Cielo pluguiera  
Que fuera mentira.

MARÍA.

Hijo,

Llega á hacer la reverencia  
Al Gran Señor.

JUAN.

¡Gran Señor!

Otro grande hay en mi tierra  
Más honrado y de más canas.

GRAN TURCO.

¿Quién?

JUAN.

El bajá que gobierna  
Á Bet, que es donde nació.  
Quiero volver la veleta, (Aparte.)  
Para que no se conozca  
Si corre viento la tierra.  
Tío grande, á fe que os soy  
Aficionado, y quisiera  
Por traer vuestro turbante  
Quitaros vuestra cabeza.

GRAN TURCO.

¡Oh, qué bien! Dadle un turbante.

JUAN.

No le hallarán que me venga;  
Que como es grande mi humo  
Tengo grande chimenea.  
Bien me está mi capirote,  
Porque es fundado en la ciencia;  
Que el graduado de loco  
Tiene borla en la cabeza.

GRAN TURCO.

¿Dónde está tu padre?

JUAN.

Aquí,  
Y me está mirando y piensa  
Que soy loco y no soy loco,  
Aunque doy en esta tema.  
Y si dicen las verdades  
El niño y loco, á esta cuenta,  
Cuando no estuviera loco  
Por ser niño la dijera.

GRAN TURCO.

Y ¿adónde venís con él?

MARÍA.

Tráigole para que sea  
Aquí tu entretenimiento,  
Si da la guerra licencia.

GRAN TURCO.

Recibiré extraño gusto,  
Sea muy en hora buena;  
Désele tienda en que estén.

JUAN.

A mí no, dénsela á ella;  
Quizá traerá que vender.  
Denle diez tiendas que quiera,  
Que yo no podré asistir;  
Y un refrán dice en mi tierra  
Que quien quisiere medrar,  
Quien tiene tienda que atienda.

GRAN TURCO.

¿Cómo te llamas?

MARÍA.

Señor,

Mi propio nombre es Cristerna.

GRAN TURCO.

Y el niño ¿cómo se llama?

MARÍA.

Es su nombre Estampalea.

JUAN.

Y de un ladrón que me hizo  
Soy estampa verdadera.

GRAN TURCO.

¡Hola! Una tienda se forme  
Aquí cerca de la nuestra  
Y dádsela en que descansen.

MARÍA.

Deme sus pies tu grandeza.

GRAN TURCO.

Levántate, armenia hermosa.

JUAN.

Como si nunca lo fuera,  
Que estoy aquí y es honrada,  
Que es armenia y no es armenia.

MARÍA.

¿No vienes, hijo?

GRAN TURCO.

¿No vas?

JUAN.

Váyase ella en hora buena;  
Que aquí me quedo á deciros  
Que tenéis poca vergüenza.

GRAN TURCO.

Yo, ¿por qué?

JUAN.

Búrlome, á fe;

Pero á la mano derecha  
Tenéis un ladrón peor  
Que el que Dios tuvo á la izquierda.

PIRRO.

¿Decís por mí?

JUAN.

Por vos digo,

Y aun se me atiesta en la testa  
Que os tengo de hacer buen hombre,  
Aunque os compre una correa.

PIRRO.

¡La tema toma conmigo!

JUAN.

Yo vengo desde mi tierra  
A ser vuestro secretario,  
Y por eso traigo aquí.

GRAN TURCO.

¿Mi secretario?

JUAN.

Sí, á fe.

GRAN TURCO.

Alto; pues en hora buena:  
Fiaré el secreto á un loco  
Para que público sea.

Sale Mostafá.

MOSTAFÁ.

Ya está acabada la mina,  
Y con terrible violencia,  
Si tú, señor, das licencia,  
Hoy volar se determina.

Sale derecha á la torre  
Que guarda la gente inglesa,  
A quien la escuadra francesa  
Y la española socorre.

Porque está en medio plantada  
De los dos fuertes bestiones,  
Y guardan estas naciones  
Con cien picas artilladas.

Y la boca de la mina  
Está no lejos de aquí.

GRAN TURCO.

¿Y es muy larga?

MOSTAFÁ.

Señor, sí,

Un tiro de culebrina.

GRAN TURCO.

Pues, Mostafá, dése orden  
En que la mina se cebe,  
Y con tal quietud se lleve  
Que no suceda desorden.

Porque á la misma ocasión  
Que la mina suba en alto  
Les pienso dar otro asalto  
Por la puerta de Abusón.

Y acudirán de esta suerte,  
Con la no pensada ofensa,  
Donde, en lugar de defensa,

Den en manos de la muerte.  
¿Qué escribes, Estampalea?

JUAN.

Para mi padre cruel  
Una carta, y es papel  
Que no hay diablo que le lea.

Mas si mi esperanza medra  
Será cebando mis bríos,  
Como lo que á los judíos  
Dió Moisés escrito en piedra.

Y si lo que en ella encierro  
No creen, desvanecidos,  
Mis hebreos van perdidos  
Y adorarán el becerro.

GRAN TURCO.

¡Tiene dichos extremados!

MOSTAFÁ.

¿Hay más que oír ni mirar?

JUAN.

Hoy os voy á predicar,  
Hebreos desventurados.

PIRRO.

¡Guárdate, el furor no muestre!

..... (1).

JUAN.

Salid, cruzados, salid  
Con este aviso al Maestre.

Vase.

GRAN TURCO.

Ve delante, Mostafá,  
Tú, sin que nadie lo entienda;  
Tú parte, Pirro, á la tienda  
Adonde la armenia está,  
Y dirásle, de mi parte,  
Que le tengo que decir.....

PIRRO.

De aquí vengo á colegir  
Que debió de contentarte.

GRAN TURCO.

Tráela á mi tienda al momento,  
Adonde aguardando estoy.

PIRRO.

Á cumplir tu gusto voy.

GRAN TURCO.

Pirro, vé y vuelve en el viento.

Vase.

PIRRO.

Notable desasosiego  
En mi alma se ha encerrado,  
Y en la memoria ha tocado  
Un desesperado fuego.

¿Adalifa no era aquella  
Que con fingido lenguaje  
Vino en el armenio traje  
Adonde yo pude vella?

(1) Falta un verso.

No fué, que si fuera acaso,  
Sin apartarse de allí,  
Se me descubriera aquí.  
De amor y celos me abraso.

Si es ella, su mucho amor  
Aquí la pudo traer;  
Mas ¿qué remedio ha de haber  
Si la quiere el gran señor?

Pero no debe de ser,  
Sino que entre mis enojos  
Me trajo el alma á los ojos  
La imagen de mi mujer.

Sea ó no sea, yo voy  
Á su tienda, donde puedo  
Perder el engaño y miedo  
Si hablando con ella estoy.

Vase.

Salen D.<sup>a</sup> Ana y D.<sup>a</sup> Isabel; D.<sup>a</sup> Ana, de comendador,  
y D.<sup>a</sup> Isabel, de turco.

DOÑA ANA.

Mándome, como te digo,  
Venir el Maestre aquí  
A curar á Tello.

DOÑA ISABEL.

Ansí,

¿Sois su amigo?

DOÑA ANA.

Y gran amigo.

DOÑA ISABEL.

¿Y llamáisos?

DOÑA ANA.

Campuzano.

DOÑA ISABEL.

¿De dónde sois?

DOÑA ANA.

Español.

DOÑA ISABEL.

No creo que cría el Sol  
Mejor suelo que el hispano.

DOÑA ANA.

¡Bello moro, Cielo eterno,  
Tenme de tu mano aquí!

DOÑA ISABEL.

¡Parece que está ya en mí  
Todo el fuego del infierno!

¡Ay nuevo comendador,  
Que debe ser tu encomienda  
Hecha de la blanca venda  
Con que pintan ciego á amor!

DOÑA ANA.

¡Cielos! ¿Si tendré remedio  
Para mi mal incurable?

DOÑA ISABEL.

Permítame amor, que hable  
Y procure mi remedio.

LAS DOS.

Sabed.....

DOÑA ANA.

Prosigue adelante,

Bello Turco, en tu razón.

DOÑA ISABEL.

Aclara tu corazón,  
Fuerte español arrogante;  
Di lo que vas á decir.

DOÑA ANA.

No era ley de caballero.

DOÑA ISABEL.

Como á tal pedirte quiero,  
Si es que me quieres oír,  
Un solemne juramento  
Que agora ni en tiempo alguno  
Descubrirás á ninguno  
Lo que á ti sólo te cuento.  
Y lo que diré tendrás  
En mudo silencio estrecho.

DOÑA ANA.

Por la cruz que traigo al pecho  
De no decirlo jamás;  
Mas hazme tú juramento  
De lo mismo, noble moro.

DOÑA ISABEL.

Por el Dios santo, que adoro,  
De cumplir tu mandamiento.  
¡Con que de contrarios lucho!  
Que soy dama has de saber.

DOÑA ANA.

Diréle que soy mujer,  
Sí, diré.....

DOÑA ISABEL.

Escucha.

DOÑA ANA.

Ya escucho.

DOÑA ISABEL.

Cruzado de aquel patrón  
Que entre moros y cristianos  
Es con igual alegría  
Querido y reverenciado;  
De aquel que fué penitente  
Sin haber hecho pecados,  
De quien el mismo Dios dijo  
Que era el mayor de los santos:  
Yo soy mujer española  
Nacida en el lugar magno,  
En Babilonia de España  
Ó en aquél bético Cairo,  
Aquella Roma andaluza  
Ó vandálica Bizancio,  
Donde las Indias de España  
Dan á bautizar sus partos.  
Al fin, en la gran Sevilla  
Nací, para mal y daño  
De mis padres afligidos,  
De su calidad y estado.  
Dejóme mi padre niña  
Y fuése á servir á Carlos  
A Flandes, donde murió  
Como valiente soldado.  
Yo me crié con mi madre,  
Y yendo creciendo en años,  
Para mal de mi quietud

Creció el amor á mi paso.  
Frontero de nuestra casa  
Era la de un Veinticuatro,  
Noble, virtuoso y rico,  
Don Pedro Tello llamado.  
Tuvo un hijo. ¡A Dios pluguiera  
Que, para quietud de entrambos,  
Cegara yo el mismo día  
Que mis ojos le miraron!  
Díle el alma por la vista,  
Vile de mí aficionado  
Y por tercera persona  
Concertamos de casarnos.  
Al fin, rendidas mis fuerzas,  
(Que en una mujer amando  
No hay seguridad de honor  
Ni temor de ningún daño),  
Entró de noche en mi casa,  
Y, quedando desposados,  
Hicimos dos almas una,  
Que es mi marido el falsario.  
Súpolo su padre de él  
Y procuró de estorbarlo,  
Dándole, para matarme,  
De San Juan Bautista el hábito.  
Vínose á servir á Rodas:  
Yo, para seguir sus pasos,  
Echando aparte mi honor,  
Tomé de don Juan, mi hermano,  
Un vestido y muchas joyas,  
Y con un solo criado  
Tomé postas, y en Sanlúcar  
Tomé una tarde otro barco  
Para salir á lo leve,  
Y salimos costeando.  
Ya, atravesando el estrecho,  
Dí en el mar Mediterráneo,  
Vi el puerto de Cartagena,  
Y de allí nos engolfamos;  
Fuí á la costa de Calabria,  
Pero un martes aciago  
Dió con nosotros un turco,  
Que yo agora padre llamo;  
Llámase el moro Braymo,  
Y éste criaba un muchacho  
Sobrino del gran señor,  
Hijo de su muerto hermano.  
Mandóle que le trajese,  
Y viniendo yo embarcado,  
Murió el moro que traía  
El día que nos hallaron.  
Habléle en algarabía,  
Y sólo porque un esclavo  
Con quien me crié en mi casa  
La enseñó á mí y á mi hermano.  
Cuando esto vió el viejo turco,  
Algún tanto consolado,  
Echó en el mar el difunto  
Y vistióme de sus paños.  
Púsome Audalla por nombre,  
Y entre los dos concertamos

Que dijese que era el mismo  
Que arrojamós en el lago;  
Que el turco no vido al moro,  
Que por guardarle su hermano  
Le envió á Suria, donde estuvo  
Cerca de diez y nueve años;  
Ansí he vivido encubierta  
Hasta que amor por sus pasos  
Me trajo donde te vieses  
Y te diese el alma en cambio.  
Rendida estoy á tus pies:  
Mira, caballero sacro,  
Que soy mujer y eres noble,  
Y pues te ruego, te amo.

DOÑA ANA.

Yo guardaré tu secreto,  
Que tu guardarás el mío;  
Mas viene á ser desvarío  
La consonancia en efeto.  
Ya de ese tu amor promete  
Amor pocas maravillas;  
Que somos dos tercerillas  
Y no hay tiple ni bajete.  
No podré casar con vos  
Porque, si casarme quiero,  
Quedara sin heredero  
Nuestra casa, ¡vive Dios!

DOÑA ISABEL.

¿Es posible, pecho injusto,  
Que con tal rigor me trates?

DOÑA ANA.

Pues oí tus disparates,  
Escúchame tú, que es justo.

Si eres sevillana,  
Yo nací en Sevilla,  
Cerca de tus casas,  
En tu calle misma;  
Y si eres mujer,  
Mujer soy que miras;  
Que otro disparate  
Me cercó de cintas.  
Doña Ana me llamo.

DOÑA ISABEL.

¡Cielos!

DOÑA ANA.

¿Qué te admiras?

Escucha, cuñada,  
Oirás maravillas:  
Tu cruel hermano  
Dijo que venía  
Siguiendo tus pasos,  
Que su honor le obliga.  
Temíme; que ausencia,  
Si es de muchos días,  
Un alma de fuego  
La hiela y enfria.  
Víneme tras él,  
Hecha peregrina  
Sin llegar á Roma  
Ni ver á Galicia.  
Vine á Barcelona,

Y en una saetia  
Partí para Rodas,  
Donde Tello habita.  
No venía segura,  
Que aunque no soy linda,  
Temí en tierra extraña  
Alguna desdicha.  
Tomé de soldado  
Calzón y ropilla,  
Echando en la mar  
Hasta mis camisas,  
Porque las sirenas,  
Que desnudas pintan,  
Si á cantar salieren  
Primero se vistan.  
He servido en Rodas  
Con tal valentía,  
Que á mi pecho han dado  
La honrosa divisa.  
Y cuando el Gran Turco  
Dió la batería,  
Cuando en nuestra posta  
Reventó la mina,  
Prendió á tu don Diego,  
Con muchas heridas.  
Pidióle el Maestre,  
Porque le quería,  
Curar dentro en Rodas,  
En su casa misma;  
Pero el gran señor,  
Con muchas caricias,  
Manda que le pongan  
En su tienda rica.  
Allí le han curado,  
Y allí le visita  
El gran señor mismo  
Con grande alegría,  
Y á su cirujano,  
Por su mejoría,  
Le dió mil cequíes  
Agora en albricias.  
No he visto á tu hermano:  
Ó que muera ó viva,  
¿Has tenido nuevas?  
Si las sabes, dilas.

DOÑA ISABEL.

¡Ay doña Ana, hermana mía!

DOÑA ANA.

¡Ay doña Isabel amada!

DOÑA ISABEL.

¡Para mí estuvo guardada  
Tan gran ventura este día!  
¡Mi doña Ana sobre Rodas!  
¿Qué es aquesto, Santo Dios?

DOÑA ANA.

Doña Isabel, como vos.  
¡Por Dios! acá estamos todas!

DOÑA ISABEL.

Ya juráis como soldado.

DOÑA ANA.

Requírelo este lugar,



Y no hago mucho en jurar;  
Que soy hija de jurado.

DOÑA ISABEL.

Hasta el tiempo causa agravios,  
Según la ley que se toma;  
Que si yo juro á Mahoma,  
No quedan limpios los labios.

Yo fui á mandar en un barco  
Que el general de la mar  
Se empezase á retirar,  
Y agora me desembarco.

Muéstrame á Tello, camina.

DOÑA ANA.

Escucha, doña Isabel:  
No te llegues mucho á él.

DOÑA ISABEL.

¿Por qué?

DOÑA ANA.

Huele á trementina.

Salen el Gran Turco y D. Juan, de tártaro.

DON JUAN.

Ya queda más aliviado.

GRAN TURCO.

Mucho me huelgo.

DON JUAN.

Aquí están

Tu sobrino el Capitán  
Y Campuzano el soldado.

GRAN TURCO.

Haránse amistad; no es mucho,  
Que son de un tallo y edad.

DOÑA ISABEL.

Denos vuestra majestad  
Los pies.

GRAN TURCO.

Con gusto os escucho.

¿Es ya tu amigo el cristiano?

DOÑA ISABEL.

No pienso que querrá él.

GRAN TURCO.

¿Pues cómo vienes con él  
Por el campo mano á mano?

DOÑA ISABEL.

Debe el que es honrado honrar  
En la paz al enemigo,  
Porque en la muerte y castigo  
Tenga honor que le quitar.

GRAN TURCO.

¿Qué hay, Campuzano?

DOÑA ANA.

Señor,  
Estar á tus pies rendido.

GRAN TURCO.

¿Cómo se siente el herido?

DOÑA ANA.

Yo pienso que algo mejor.

Sale el loquillo con honda.

JUAN.

¡A ellos, canalla perra,

Que ya sin remedio están!  
Haced de esas piedras pan  
Y defenderéis la tierra.

GRAN TURCO.

¿Qué es esto?

DON JUAN.

El loco, señor,

Que apedrea á los cercados.

JUAN.

Salid de Rodas, cruzados,  
Si queréis ganar honor.

GRAN TURCO.

Espérate, Estampalea.

JUAN.

Agradeced que llegó  
Vuestro galgo; que si no,  
Yo siguiera mi pedrea.

GRAN TURCO.

Déjalos: no tires más.

JUAN.

No ¡pardiez! que es buena gente.  
¡Hola! ¿queréis que me siente?

GRAN TURCO.

Siéntate.

JUAN.

Siempre jamás.

Despachad las provisiones,  
Que soy vuestro secretario.

GRAN TURCO.

¿Ya escribes?

JUAN.

Es necesario

Que mueran estos ladrones.

Sale Mostafá con una carta.

MOSTAFÁ.

Cortuguet, señor, envía  
Aquesta carta.

DOÑA ISABEL.

Y será

Como llegó el trigo ya  
Que vino de Alejandría.

Ayer las naves llegaron;  
Ya, señor, te dí el recado.

GRAN TURCO.

Aun no lo han desembarcado.

DOÑA ISABEL.

Gran parte desembarcaron.

Carta.

«Poderoso señor, á quien Alá guarde y dé victoria: esta noche, á prima rendida, salieron diez barcos luengos del puerto de Rodas, y cogieron de improviso tres, los metieron en el puerto, en ocasión que cada punto esperábamos que la hambre los rindiese; mira cómo se tratan tus cosas, porque muy cierto sé que de tu campo les avisan. Alá prospere tu grandeza, como este tu esclavo desea. El General de tu armada.—*Cortuguet.*»

GRAN TURCO.

¡Por el gran brazo de Dios  
Y por cuanto el cielo encierra,  
Que hoy he de asolar la tierra!  
Cavad una mina ó dos:

Una al templo enderezad  
De San Juan.

JUAN.

Guarda, eso no,  
¡Perros! que estoy aquí yo  
Y les diré la verdad.

GRAN TURCO.

Y por el mismo compás,  
Otra se cave hasta el pie  
De esta torre que se ve,  
Que llaman San Nicolás.

JUAN.

No es menester nada de eso,  
Dos minas es mucho gasto;  
Yo con estas piedras basto.

GRAN TURCO.

¡Por Alá, que pierdo el seso!  
Destas dos torres descubren  
Toda la mar y la tierra.

MOSTAFÁ.

¡Imaginar que de guerra  
Tus secretos se descubren!  
Y lo tengo por novela  
Que el corsario ha fabricado.

JUAN.

¡Hola! un diablo bautizado  
Tienen que se lo revela.

GRAN TURCO.

Si de cuatrocientas velas  
Que tienen alrededor  
Tiembra Rodas de temor,  
Sin valerles sus cautelas;

Si con diez barcos salieron  
Y al medio del suño grave,  
Sin tocar en otra nave,  
A las del trigo se fueron,  
¿Cómo queréis que yo crea  
Que no fué aviso? Decid.

JUAN.

Fué la honda de David  
Y el brazo de Estampalea.

GRAN TURCO.

Cincuenta mil hombres caven  
Las minas; alto, á empezar,  
Que las tengo de volar  
En el punto que se acaben.

JUAN.

Y entiendan estos ladrones,  
Que su patrón el primero,  
Allá señaló un cordero  
Y acá quinientos leones

GRAN TURCO.

Seguidme todos. ¡Ay Rodas,  
Qué cuestas á mi opinión!

Vanse.

JUAN.

¡Oh perrazo, que ya son  
Sabidas tus trazas todas!  
Yo al Maestre le avisé  
Del trigo, y pues pierdo el miedo,  
Ya que con fuerzas no puedo,  
Con maña le ayudaré.

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

## JORNADA TERCERA.

Dicen dentro «¡fuego! ¡fuego!» Salen Castro y un  
esclavo cargado con unas joyas.

Dentro.

¡Fuego! ¡Cielos, que se abrasan  
Las casas de la ciudad!  
TODOS.

¡Fuego! ¡fuego!

CASTRO.

Caminad;

Que ya los muros se pasan.

Este soberbio cruzado  
Conocerá desde hoy  
Que Castro Silaica soy,  
No bueno para ahorcado.

Hoy verá el viejo cruel,  
Con este castigo fiero,  
Que yo soy un caballero  
Tan honrado como él,

Y que me debe tratar  
Con más noble proceder.

ESCLAVO.

Lo que habemos de hacer  
Es caminar y callar.

A la puerta del Cosquino  
Está el muro derribado.

CASTRO.

Los provenzales guardado  
Tienen aqueste camino.

Ven tras mí.

ESCLAVO.

Señor, ¿qué haces?

CASTRO.

Ven tras mí.

ESCLAVO.

¿Dónde caminas?

CASTRO.

Hacia las Rodas Catinas  
Que guardan los albenaces;  
Que por allí bajaremos  
Con mayor seguridad.

ESCLAVO.

Yo sigo tu voluntad.

CASTRO.

Ea, camina.

ESCLAVO.

Caminemos;

Que ya el fuego que encendimos

Asoló con brevedad

Las casas de la ciudad.

CASTRO.

Bien nuestro gusto cumplimos.

Vanse.

Tocan dentro á fuego una campana; salen el Maestre  
y D. Ramón.

MAESTRE.

¡Que ellos fueron!

DON RAMÓN.

¡No hay dudar!

Su culpa está declarada.

¡Que de una ciudad cercada

Se pudiesen escapar!

MAESTRE.

¿Qué cerca tiene, si el muro,

De la una á la otra parte,

Está solamente en parte

De nuestros brazos seguro?

¿Qué importa que estén las puertas

Con guardas de noche y día,

Si están de su artillería

Las casas mismas abiertas?

¿Qué sirven los terraplenos

Y los terribles bestiones,

Si de fagina y cestones

Están ya los fosos llenos?

¡Oh ciudadano cruel

Que con desastrado fin

Fuiste falsario Cain

De tanto inocente Abel!

¡Maldita tu suerte triste,

Con tanta infamia y maldad,

Que á tu patria y tu ciudad,

Cual otro Judas vendiste!

¡Segundo Judas, concluyo

Que eres peor de los dos;

Que si Judas vendió á Dios,

Tú á tu Dios y al pueblo tuyo!

DON RAMÓN.

Ya, gran Maestre, es de suerte

La desdicha en que nos vemos,

Que por remedio tendremos

Entregarnos á la muerte.

Ya se acaba la esperanza

Que de socorro tuviste;

Que el fin de la suerte triste

Al centro del alma alcanza.

Ya el bastimento y la vida,

La munición y el sustento,

Nos quitó aquel lobo hambriento,

De su fe y patria homicida.

Ya en la batalla pasada,

Cuando con valor divino

Se recuperó el Cosquino

A pura fuerza de espada,

Adonde tres mil infieles

Ya en la ciudad encerrados,

Retiraron cien cruzados

Como castizos lebrules,

Murieron quince varones,

Y eran tales, por lo menos,

Que apenas los hay tan buenos

Entre todas las naciones.

Llegó de una pieza el rayo

Que llevó de un tiro solo

A frey Gabriel Poncerolo

Y á frey Francisco Fusnayo.

Murió el Brito Catalán,

Frey Francisco de Convalle,

Pudo la muerte alcanzalle

Al prior frey Perí Juan.

El Comendador Durango,

León de España, acabó,

El que á los turcos venció

Sobre la isla de Lango.

Y en el estrago furioso

Derribó el mortal cuchillo

A frey Claudio de Acedillo

Y frey Antonio de Boso.

Murió frey Pedro Balbino

Y frey Martín de Abusón;

Murió el español Luzón

Y el francés frey Goduvino.

Tiene el gran señor cautivo,

Al fin, para cebar el sello,

Al fuerte don Diego Tello,

Y aun quiera Dios que esté vivo,

Y temiendo tu castigo,

Porque á Ferro lo entregó,

Frey Tártaro se pasó

Al campo de tu enemigo.

Y al fin el remedio falta

Y vamos faltando todos,

Pues ya no tiene seis codos

Nuestra muralla más alta.

No hay pólvora, no hay comida,

No hay socorro ni esperanza,

Y tras tanta mala andanza

Nos vendrá á faltar la vida.

MAESTRE.

¿Frey Tártaro se pasó

Al turco?

DON RAMÓN.

Está averiguado.

MAESTRE.

¡Maestre desventurado,

Que tal oiga y viva yo!

¡Que entre los funestos llantos

Que causa al bárbaro infiel,

Lloro la infamia de aquel

Y no las muertes de tantos

Que con la traición que ha hecho

En esta triste ocasión,  
Será la del mal ladrón  
La cruz que lleva en el pecho.

DON RAMÓN.

Piedras tiran, ¿qué es aquesto?

Tiran piedra dentro.

MAESTRE.

Débenoslas de tirar  
El que nos suele avisar.  
Alzad esta piedra presto.

DON RAMÓN.

Cubierta de letras viene.

MAESTRE.

Dádmela á ver, á mostrar:  
Quizá nos pueda importar  
El aviso con que viene.

Dale la piedra al Maestre, y lee lo que viene, que es lo siguiente:

«Mira, Maestre, que van  
Cavando una mina estrecha,  
Y que la llevan derecha  
A la torre de San Juan.  
Y por el mismo compás  
Otra mina está empezada,  
A la torre enderezada  
Que llaman San Nicolás.»  
¡Oh fiero desasosiego!  
¿Cómo, Bautista patrón,  
Consentís que esta nación  
Se atreva á poner fuego?  
Ahora bien; pongan al punto  
En tierra, por estos días,  
Los calderos y bacías  
Que hay en todo el pueblo junto.

Los atambores también  
En el suelo enderezados,  
Y echen cantidad de dados  
Que encima de ellos estén,  
Porque si cavando vienen,  
Aunque enhondara terrible  
Y encubiertos, no es posible  
Que no avisen y resuenen;

Que los vasos de metal  
Señalarán con temblores,  
Y encima de los tambores  
Harán los dados señal.

Y dejadme, que tres días  
Tomo de término y plazo  
Para ofrecer á mi brazo  
Ciertas pretensiones mías.

Y si el Cielo no concede  
La victoria á mi partido,  
El pueblo triste, afligido,  
Entregarse al turco puede.

DON RAMÓN.

¿Tres días tomas de acuerdo?

MAESTRE.

Tres tomo, amigo Ramón;

Que en tan funesta ocasión  
Pierde el discurso el más cuerdo.

Vanse.

Sale María Adalifa y Pirro.

MARÍA.

¡Suelta, infiel!

PIRRO.

Óyeme y mira.

MARÍA.

Aleve, ingrato, ¿qué quieres?

PIRRO.

¡Verdad de castas mujeres!

MARÍA.

¡De infames hombres mentiral!

Vete, no llegues á mí,  
Que pues á Dios has negado,  
Dejarás inficionado  
Á quien se llegare á ti.

Falsa mora no era yo,  
Porque la ley me enseñaste  
Que luego al punto dejaste:  
Ó era tu ley buena ó no.

Si era buena, ¿por qué fin  
Te volviste contra ella?  
¿Por qué me llamaste á ella  
Si tu ley era tan ruin?

Hombres, en esto parece  
Vuestra fe y nuestra esperanza:  
Quien dijo mujer mudanza  
Al desengaño se ofrece.

¡Firme estoy desde aquel día  
Que conocí este cruel,  
Y á su Dios olvidó él  
Por ver que yo le quería!

¡Mirad el nombre que alcanza  
Tal hombre y á qué fin llega,  
Que su Dios y su ley niega  
Sólo por hacer mudanza!

¡Y con infiel proceder,  
Con tan falso corazón,  
Huyó de su salvación  
Por huir de su mujer!

PIRRO.

María, enojada estás,  
Y aunque bien sé que es delito,  
Es turquesco el sobrescrito  
Y cristiano lo demás.

Pierde el enojo adquirido;  
Que ya mi pecado lloro,  
Y es cierto que á Cristo adoro,  
Aunque está Cristo ofendido.

Verdad es que me venció  
Mi temor, y considero  
Que quien es Dios verdadero  
Es el que por mí murió.

Crec que el haber temido  
Puso mi opinión en calma;  
Pero está Cristo en el alma  
Y Mahoma en el vestido.

De una ley somos los dos;  
Que aunque el rigor me obligara,  
Por tuya no la dejara,  
Cuanto más siendo de Dios.

MARÍA.

Esposo del alma mía,  
¿Posible es que tal oí?  
¡Tenedme, Cielos, aquí,  
No me acabe la alegría,  
Que hoy de nuevo he recibido  
En el alma con gran fe,  
Porque viuda estar pensé  
Y que ya tengo marido!  
No podré negarte, no,  
La paga de tus promesas;  
Que si tú á Cristo confiesas  
No es bien que te niegue yo.  
En amarte me resuelvo,  
Pues ya tan claro se ha visto  
Que si me volviste á Cristo  
También á Cristo te vuelvo.

PIRRO.

Ejemplo de la lealtad,  
¿Cómo te atreviste, ansí?

MARÍA.

Por venir á verte á ti  
Hice esta temeridad.  
Tu hijo traje conmigo  
Porque, viéndote, creyese  
Tu traición y conociese  
Á su padre y su enemigo.  
Y considera en tu acuerdo  
Que no ha sido acuerdo poco,  
Pues traje á tu hijo loco  
Sólo por hacerte cuerdo.

PIRRO.

¿Qué ¿no es loco?

MARÍA.

Al cielo doy  
Gracias; no es de juicio falto,  
Más del ingenio más alto  
Que el mundo ha visto hasta hoy.

Sale D. Juan y D. Tello.

DON TELLO.

¡Bárbaro! Detén la espada,  
Mira que sin ella estoy.

DON JUAN.

En tu infame pecho hoy  
Ha de quedar envainada.  
Dame mi hermana y mi honra,  
Ó aquí morirás, tirano.

DON TELLO.

Detente, loco villano,  
¿Quién te ha causado deshonra?  
¿Qué hermana me pides ciego?  
¿Conóceme?

DON JUAN.

¡Á Dios pluguiera  
Que nunca te conociera

Para mi desasosiego!

¡Don Juan soy!

TELLO.

Detente, pára,  
De conocimiento en mengua,  
Pues ya me avisa tu lengua  
Lo que me muestra tu cara.  
¿Mas cómo á tu hermana pides?  
Que yo no la he visto más.

DON JUAN.

Don Tello, aquí morirás  
Si á la razón no te mides.

TELLO.

Mira que estoy sin espada,  
Y que no tienes razón.

DON JUAN.

Pide tu infame traición,  
Que sea á traición vengada.

Sale D.<sup>a</sup> Isabel en hábito de turco.

DOÑA ISABEL.

¡Paso, caballeros, fuera,  
Detened la airada mano!

TELLO.

¡No me ofendieras, tirano,  
Cuando mi espada tuviera!

DOÑA ISABEL.

No importa, á tu lado estoy;  
Que la que traigo conmigo  
Mostrará que soy tu amigo.

TELLO.

Muy obligado te estoy.

DON JUAN.

Venid los dos contra mí,  
A quien con ánimo fuerte  
Hoy tengo de dar la muerte  
Ó quedar vencido aquí.

Sale D.<sup>a</sup> Ana, de Comendador.

DOÑA ANA.

¡Paso, caballeros, paso!  
¿Qué es esto?

TELLO.

No es sin misterio;  
Por estar en cautiverio  
Tu libertad, sufro y paso;  
Y advierte que en medio están  
Los que ves, y es cosa llana  
Que podrás pedir tu hermana  
En otra ocasión, don Juan.

DOÑA ANA.

Don Juan ¡ay Cielo divino,  
Que tal he llegado á ver!  
¡Hoy mi mal ha de tener  
Fin por extraño camino!

TELLO.

Si tu hermana por seguirme  
Dejó tu casa y su tierra,  
Yo siempre estuve en la guerra

Donde no pude eximirme.

Basta que no profesé,  
Por cumplir mi obligación,  
Aunque de la religión  
La sagrada cruz tomé.

Antes aquí me escribió  
Mi tía doña María,  
Que doña Ana, prima mía,  
De su casa se salió,

Y dejó escrita una carta  
Que eras su esposo, y por irte,  
Ella procuró seguirte  
Y de su tierra se aparta.

Al fin que tú de mí prima  
Has sido, don Juan, deshonra,  
Y la falta de la honra  
De tu hermana te la-tima.

Yo pediré al Gran Señor  
Para pelear licencia,  
Porque en su misma presencia.  
Cobre cada cual su honor.

DOÑA ANA.

Audalla, yo prometí  
Que jamás en tiempo alguno  
No descubrir á ninguno  
Lo que me contaste á mí.

Ya sabes que soy tu amigo,  
Y aunque tu enojo recelo,  
Ya ves que á nadie revelo  
Lo que á ti agora te digo.

Parezca este desvarío  
Este día venturoso,  
Pues has hallado á tu esposo  
En el día que yo el mío.

Hermana eres de don Juan  
Y yo prima de don Tello.

DON JUAN.

¡Cielos! ¿Quién podrá creello?

TELLO.

¡Campuzano!

DON JUAN.

¡Capitán!

DOÑA ANA.

Que no soy sino doña Ana,  
De don Juan esposa.

DON JUAN.

¡Cielos!

¿Es posible?

DOÑA ISABEL.

Por el suelo

Tienes, don Juan, á tu hermana.

TELLO.

¡Esposa del alma mía!

DON JUAN.

¡Cielos, que tal vengo á ver!

Hoy se convierte en placer

El enojo que tenía.

DOÑA ISABEL.

¿No eres mi esposo?

TELLO.

¡Mi bien!

Sí, lo soy.

DOÑA ANA.

¡Don Juan amigo!

¿Qué dices?

DON JUAN.

Lo mismo digo.

PIRRO.

Por siempre jamás, amén.

DOÑA ISABEL.

¡Cielos!

PIRRO.

Ninguno se altere;

Que todos somos cristianos.

MARÍA.

Bien os podeis dar las manos,  
Pues el Cielo así lo quiere.

Que este día venturoso,  
Por adonde no pensastes,  
Vuestras mujeres hallastes  
Y yo mi querido esposo.

María Adalifa soy,  
Que en este traje y vestido,  
Por buscar mi infiel marido,  
He venido donde estoy.

Bien podéis estar seguros  
Y empezar á caminar.

TELLO.

Mal nos podremos librar;  
Que ya de Rodas los muros

Tan maltratados están,  
Porque fortuna lo quiere,  
Que cuando hoy se defendiere,  
Mañana la entregarán.

DON JUAN.

Pues dejadme hacer á mí  
Y nuestro engaño sigamos;  
Que yo haré cómo nos vamos  
En paz y amistad de aquí.

Aquesto es lo que conviene.

TELLO.

De tu pecho nos fiamos.  
Estémonos como estamos,  
Que el Gran Turco es el que viene.

Sale el Gran Turco y Mostafá y Castro.

GRAN TURCO.

¿Al fin, que pegaste fuego  
A Rodas?

CASTRO.

Señor, quemé

Todo lo que pude.

GRAN TURCO.

¿Y fué?

CASTRO.

Su bastimento y sosiego,  
Sus municiones, su fuerza,  
Y lo que les ha amparado.

GRAN TURCO.

Un hecho tan señalado  
Premiarse tiene por fuerza.

CASTRO.

Saqué mis joyas á cuestras,  
Que valen gran cantidad  
De dineros.

GRAN TURCO.

En verdad.  
¿Y dónde las tienes puestas?

CASTRO.

En la tienda de Braymo,  
Que es mi amigo, que es mi amparo.

GRAN TURCO.

Hoy te pienso mostrar claro  
En lo que tu hacienda estimo.

Mostafá, lleva á este perro  
Y con un moro le envía  
A Rodas, porque este día  
Pague su culpa y su yerro;

Que quien fué traidor así,  
A Dios y á su patria infiel,  
Si yo me fiara dél,  
También me quemara á mí.

CASTRO.

¿Que tal tu grandeza manda?  
¿Tal por servirme merezco?

GRAN TURCO.

Yo la traición agradezco,  
Mas no al traidor.

CASTRO.

¡Señor!

GRAN TURCO.

Anda.

Digan también de mi parte  
Al Maestre, que á este punto  
Todo mi ejército junto  
Á embestir á Rodas parte.

Que castigue la maldad  
De este alevé, y de él disponga,  
Y luego al punto se ponga  
Á defender su ciudad.

Que frey Tártaro, un alevé  
Que á mi campo se pasó,  
Porque hoy se lo pague yo,  
Á darme á Rodas se atreve.

Servirá en esta ocasión,  
Y si hoy salgo, como espero,  
Será el que en Rodas primero  
Tomará la posesión;

Que en pago de su malicia  
Acabada de ganar,  
En él tengo de tomar  
Posesión de la justicia.

CASTRO.

¡Señor, ten clemencia! ¡Baste  
Este sobresalto triste!

GRAN TURCO.

Tendré la que tú tuviste  
De los tristes que abrasaste.

Llévanle.

Don Tello, ¿qué haces aquí?

TELLO.

Estoy mirando, señor,  
La prudencia y el valor  
Que resplandecen en ti.

GRAN TURCO.

Para don Tello guardad  
De aquel alevé la hacienda;  
Que á su gusto la despenda.

MOSTAFÁ.

¡Es, señor, gran cantidad!

GRAN TURCO.

¡Pluguiera Alá que más fuera,  
Porque él poseyera más!

TELLO.

Por el favor que me das,  
Poderte servir quisiera.

GRAN TURCO.

Que yo no quiero, en rigor,  
Juntarla con mi tesoro;  
Que será traidor el oro  
Que tuvo dueño traidor.

Sale D. Tártaro.

PIRRO.

Ya don Tártaro está aquí.

GRAN TURCO.

Tú seas muy bien venido.

DON TÁRTARO.

¿Está muy bien prevenido  
Todo tu ejército?

GRAN TURCO.

Sí.

DON TÁRTARO.

Pues ánimo, acometer;  
Que yo embestiré el primero.

GRAN TURCO.

Sois honrado caballero.

DON TÁRTARO.

Prospera Alá tu poder;  
Que hoy verás á Rodas tuya,  
Sin duda alguna, señor.

GRAN TURCO.

Suene la trompa y tambor,  
Y este cerco se concluya.

¡Á ellos, turcos, á ellos,  
Que los cogéis descuidados,  
Y en sus muros derribados  
Parecen muy pocos dellos!

DON TÁRTARO.

Seguidme todos á mí,  
Que en la delantera voy  
Á entregarte á Rodas hoy.  
¡Cielos! ¿Qué es esto?

Va á entrar, y quédase hecho piedra mármol  
muy tieso.

GRAN TURCO.

¡Ay de mí!

¡Detencos, nadie embista!

¡Portento fiero y cruel!  
Llégate, Caribe, á él.

DON JUAN.

¡Tiembla el alma con tal vista!

GRAN TURCO.

¡Por la Luna soberana,  
Que basta á dar confusión  
Al mundo! ¡Que tal visión  
Espanta á natura humana!  
Aunque mil quimeras forje,  
No acabo de imaginallo.

MOSTAFÁ.

Un hombre sale á caballo  
Por la puerta de San Jorge.

Sale el Maestre á caballo, con lanza y adarga.

MAESTRE.

Otomanos caballeros,  
Terror del Asia y Europa,  
Afrenta de los que viven  
Y de los pasados honra;  
Gran señor, gran Solimán,  
Oye dos palabras solas;  
Que si mudo me entendieras,  
No despegara mi boca.  
Pero ya que es fuerza que hable  
Lo que te importa y me importa,  
Si me mostrare arrogante,  
Mi atrevimiento perdona.  
Soy frey Filipo Vitelio,  
Que Lisladano me nombran,  
De la Orden del Bautista  
Y gran Maestre de Rodas.  
Mucho tiempo ha ya que estás  
En la conquista costosa  
De esta ciudad invencible.  
¡Oh! Esta diamantina roca  
No la defienden murallas,  
Que ya están desechas todas,  
Aunque las balas que tiras  
Pienso que han de formar otras.  
Defiéndenla los cruzados,  
Que sus espadas famosas  
Son defensa de sus pechos  
Y murallas de sus honras.  
Si en el foso falta el agua,  
Hinchénle de sangre roja  
De los turcos y la suya,  
Que juntas se mezclan todas.  
Si la comida les falta,  
Ya tú sabes que se arrojan,  
Donde de tu armada niisma  
Por sólo valor la compran.  
Si les falta artillería,  
Suelen salir á deshora,  
Y á pesar de quien la guarda,  
La ganan á poca costa.  
Dinero, aunque estamos faltos,  
Mientras lo tengáis, nos sobra;  
Que al fin, como religiosos,

Van á pedirnos limosna.  
Yo he llegado á tu grandeza  
Por las amigables obras  
Que he recibido de ti,  
Y las no esperadas honras.  
Véngote á dar un consejo  
Que aumente tu fama y gloria:  
Armame y ponte á caballo,  
Y en término de dos horas  
Combatamos igualmente  
En esta vega espaciosa:  
Si tú me matas ó vences,  
Te daré al momento á Rodas,  
..... (1)  
Y que della ó de nosotros

..... (2)  
Será aumento de tu fama;  
Que la conquista famosa  
Que no bastó todo el mundo  
Hizo tu persona sola:  
Con tal que si yo te venzo  
Vuelvas á Constantinopla,  
Haciendo pleito homenaje  
De que jamás cerco pongas.  
Esto te vengo á pedir,  
Que para mí será gloria,  
Tras ochenta largos años,  
Morir ó ganar victoria  
Y la gloria de Levante.  
Ven á la hazaña famosa,  
Que te aguarda la fortuna;  
Ven ó respóndeme agora.

GRAN TURCO.

Dadme una lanza ó adarga.

MOSTAFÁ.

No has de salir ¡por Mahomal  
No pongas en aventura  
Tu opinión, tu vida y honra.

FIRRO.

Gran Señor, ¿qué es lo que intentas?

GRAN TURCO.

Tengo de salir agora  
Solo á matar á aquel viejo  
Que en mi presencia blasona.

MOSTAFÁ.

Dame licencia, señor,  
Para que yo le responda;  
Que amparando el honor tuyo  
Le daré respuesta honrosa.

GRAN TURCO.

¿Posible es que honrado quede?

MOSTAFÁ.

Pierde, señor, la congoja;  
Que yo sé á lo que te obligas  
Y lo que á tu honor le importa

GRAN TURCO.

Respóndele, Mostafá.

(1) Falta un verso.

(2) Falta un verso.



MOSTAFÁ.

Escucha, Maestre, agora:  
 Responderé á lo que pides  
 Como es justo que responda.  
 Solimán, el Gran Señor,  
 No sabemos que hay agora  
 Rey que en igual y valor  
 Con él en campo se ponga,  
 Y así, faltando igualdad  
 De la suya á tu persona,  
 No puede hacer la batalla.  
 Hay otra cosa forzosa:  
 Que cuando él quiera salir,  
 Los bajaces de la Rota  
 No querrán venir en ello,  
 Que gobiernan su persona;  
 Cuanto y más que ya se sabe  
 Que para ganar á Rodas  
 Está ya el mayor contrario  
 Dentro, en tus murallas propias.  
 Ya faltan las municiones,  
 Y ya la hambre os acosa,  
 Ya la enfermedad os mata,  
 Ya la salud os congoja;  
 Pero al fin el gran señor,  
 Vista tu honrada persona,  
 Á quien tiene tanto amor,  
 Dice que en salvo te pongas  
 Con tus freiles solamente,  
 Sin que lleves otra cosa.  
 Y si esto no te da gusto,  
 Que á la defensa te pongas,  
 Porque dentro de dos días  
 Vuestra ciudad populosa  
 Pondrá toda por el suelo,  
 Para que humille su pompa;  
 Sólo quedarán vestigios;  
 Porque las gentes remotas,  
 Como «aquí fué Troya», dicen,  
 Digan «aquí estuvo Rodas».

MAESTRE.

No me agradan tus partidos.

Vase.

MOSTAFÁ.

Pues, Vilelio, ve en buen hora;  
 Que el Gran Señor no queremos  
 Que salga á batalla ahora.

GRAN TURCO.

¡Extraño valor de viejo!  
 No es mucho que sus cruzados  
 Sean tan bravos soldados,  
 Mirándose en tal espejo.

Sale el loquillo.

JUAN.

Allá vuela el gavilucho  
 Que á la coz acometió,  
 Y el otro no le aguardó.

MOSTAFÁ.

Estampalea.

JUAN.

Ya escucho.

GRAN TURCO.

¿De dónde vienes?

JUAN.

No vengo,

Que aquí estuve siempre yo;  
 Que el alma no se apartó  
 De donde los ojos tengo.

Hallaba por este llano  
 Un viejo noble y honrado,  
 Con un sayo remendado  
 Y una azagaya en la mano,  
 Blasfemando de coraje,  
 Hecho un perro.

MOSTAFÁ.

¿Hecho un perro?

JUAN.

¡Ay! perdonadme si yerro,  
 Que no es de vuestro linaje.

GRAN TURCO.

Mostafá, parte en un vuelo,  
 Y con seña de seguro,  
 Entra por el roto muro,  
 Que ya mi muerte recelo.

Y al Maestre le dirás  
 Que le ofrezco los partidos  
 Que le tenía ofrecidos;  
 Y si más quisiere, más.

No repares, como entregue  
 La ciudad, en cosa alguna;  
 Que ya temo que fortuna  
 En favor suyo navegue.

Que por serle de importancia,  
 Al socorro acudirá  
 España, pues tiene ya  
 Preso á Francisco el de Francia.

Y podrá ser que resulte,  
 En servicio de su Dios,  
 Quedando amigos los dos,  
 Mi pretensión dificulte.

MOSTAFÁ.

Yo voy, señor.

JUAN.

¡Yo, por Dios!

Sólo por ver los cristianos,  
 De quien tememos las manos,  
 Tío, tengo de ir con vos.

MOSTAFÁ.

Ven conmigo.

GRAN TURCO.

¿Allá le llevas?

JUAN.

¿Quién le mete en eso á él?  
 Que allá voy por ver aquel  
 De quien oigo tantas nuevas.  
 ¡Sí, por Dios!

GRAN TURCO.

Vé, en hora buena.

JUAN.

Y en esa misma volvamos;  
Que si allá no nos quedamos  
Apercíbanme la cena.

Que tengo de ver el nido  
Donde mi padre vivió;  
El cielo en que nací yo:  
Mira si soy bien nacido.

GRAN TURCO.

Haz la seña de seguro  
Y parte.

MOSTAFÁ.

¿Tú vienes?

JUAN.

Vamos.

Vanse.

GRAN TURCO.

Paseando te esperamos  
Caribe y yo hacia el muro;  
Todos os venid conmigo.  
¿Vienes, don Tello?

TELLO.

Señor,  
Por gozar de tal favor,  
Tu gusto y tus pasos sigo.

Vanse todos; salen el Maestre y los que más pudieren  
y D. Ramón.

DON RAMÓN.

Las cinco velas que digo,  
Han alterado al contrario.

MAESTRE.

Podrán ser de algún corsario,  
De parte del enemigo,  
Si son bajeles de remo.

DON RAMÓN.

Si del enemigo fueran,  
Entre ellos las conocieran.

MAESTRE.

¡Por el Movedor Supremo  
De Cielo y Tierra, que están  
Locos los de España y Francia,  
Si á tan extraña importancia  
Tan poco socorro dan,  
Como fué lo de la mina!

DON RAMÓN.

¡Extraordinario sucesos!  
Por la fe y ley que profeso,  
Que fué traza peregrina.

Todo alrededor cavarón  
De la iglesia de San Juan,  
Y con trabajo y afán  
Trece estados abondaron,

Porque la mina viniese  
A esta contramina.

MAESTRE.

¿Y pues?

DON RAMÓN.

Quiso el Cielo que después,

Como su intento saliese,  
Que ayer tarde lo sentimos  
Cómo en la tierra herían,  
Y por donde ellos venían  
Nosotros cavando fuimos.

Y cuando de mano dieron,  
A dar en ella llegamos,  
Y la pólvora tomamos.

MAESTRE.

¿Y cuántos barriles fueron?

DON RAMÓN.

Ciento y cuarenta.

MAESTRE.

En tal punto,  
Fué para mí más tesoro  
Que si yo ganara el oro  
Que hay en todo el mundo junto;  
Que, por lo menos, tendremos  
Pólvora; y á ver si el Cielo  
Se mueve á lástima y duelo  
Del daño que padecemos.

Entra un soldado.

SOLDADO.

Un turco con embajada  
Ha llegado aquí, señor.

MAESTRE.

Si es turco y embajador,  
No se le niegue la entrada.

DON RAMÓN.

Traigan sillas al momento.

MAESTRE.

No las traigan.

DON RAMÓN.

¿Para qué?

MAESTRE.

Yo me quiero estar en pie,  
Sólo por no darle asiento.

Entra Mostafá y el loquillo.

JUAN.

¡Salve y guarde, padre honradol

MAESTRE.

¿Qué es esto?

MOSTAFÁ.

Un loquillo es

Del gran señor.

JUAN.

Así es;

Mas soy loco y hombre honrado.

MOSTAFÁ.

¡Maestre, Alá sea contigo!

MAESTRE.

Seas bien venido.

MOSTAFÁ.

Ya es llano,

Que en mirando á este cristiano  
No queda sangre conmigo.

El Gran Señor Solimán

Te envía salud por mí  
Y cierta embajada.

MAESTRE.

Di,

Que aquí te la escucharán.

JUAN.

Escuchadme vos á mí,  
Que es lo que importa á los dos;  
Que soy vuestro y creo en Dios,  
Aunque veis que vengo así.

MOSTAFÁ.

El gran Solimán te pide  
Que rindas esta ciudad;  
Con su gran valor se mide;  
..... (1).  
Y tú y tus cruzados vais  
Libres.

JUAN.

Hablaros deseo.

Yo soy el que os apedreo  
Cuando apretados estáis.

MOSTAFÁ.

Escúchale, Estampalea.

JUAN.

Á mi gusto te acomodas;  
Aquellas piedras de Rodas  
Fueron muralla y trinchea.

MAESTRE.

¡Ramón Marquete!

DON RAMÓN.

¡Señor!

MAESTRE.

¿Oyes al loquillo?

DON RAMÓN.

Sí.

MAESTRE.

¿Suyo fué el aviso?

DON RAMÓN.

Ansí

Lo entiendo.

MOSTAFÁ.

Digo, señor,

Que te resuelvas en dar  
Gusto al gran señor.

MAESTRE.

No puedo.

JUAN.

Maestre, pide sin miedo;  
Que todo lo han de otorgar.

MAESTRE.

Si con lo que yo pidiere  
Quiere el gran Solimán,  
La ciudad se la darán,  
Ya que mi suerte lo quiere.

MOSTAFÁ.

Escribanse los partidos;  
Que entregándola, en efeto,  
Lo que pidiere aceto.

MAESTRE.

No los tengo prevenidos:  
Lleguemos á consistorio  
Y escribiránse al instante.

JUAN.

Pasadle más adelante  
Y enseñadle el oratorio.

MAESTRE.

Ya mi desventura asoma  
Y mi gloria tiene fin.

MOSTAFÁ.

Rindióse Rodas al fin.  
¡Mil gracias doy á Mahoma!

Vanse.

Sale el Gran Turco y turcos de acompañamiento  
y Pirro y D. Juan, en hábito de tártaro.

GRAN TURCO.

En teniendo la respuesta,  
Retiro mis gentes todas,  
Quitando el cerco de Rodas,  
Y sino al punto te apresta  
Para batir la muralla.  
¿Qué digo para batir?  
¡He de ganalla ó morir  
Yo propio en esta batalla!

Suenan tiros dentro.

PIRRO.

Tiros suenan en la mar.

GRAN TURCO.

Los cinco bajeles son.

PIRRO.

Serán de la Religión  
Y al puerto querrán entrar,  
Y de la mar les ofenden  
Tus galeras.

GRAN TURCO.

Créolo así.

Abencusir viene allí;  
Él dirá lo que pretenden.

Sale Abencusir.

ABENCUSIR.

Cinco bergantines eran,  
Y como cerca estuvieron,  
Á romper acometieron.  
Como si mil velas fueran.  
Los cuatro entrado se han  
Al puerto, el otro cogieron,  
Y del gran señor supieron  
Que era Pedro de Linán,  
Un español que socorre  
Á Rodas.

GRAN TURCO.

¿No les tiraron?

ABENCUSIR.

Sí; mas no les alcanzaron,

(1) Falta un verso.

Que los amparó la torre  
De Borgoña.

GRAN TURCO.  
¡Santo Alá!  
PIRRO.

¿Pues qué le puede traer  
Cuando quiere socorrer?

GRAN TURCO.

Españoles les traerá  
Y nuevas de que ya viene  
Socorro.

PIRRO.

Ya viene allí

Mostafá.

GRAN TURCO.

¿Ya viene?

PIRRO.

Sí.

GRAN TURCO.

Ver la respuesta conviene.

Sale Mostafá.

¿Qué tenemos?

MOSTAFÁ.

Negocié,

Para abreviar de razones;  
Mas lo que es las condiciones  
Con vergüenza las diré.

GRAN TURCO.

¿Ellos no entregan á Rodas?

MOSTAFÁ.

Sí entregan.

GRAN TURCO.

¿Pues en qué estás?

Vuelve á ver si quieren más  
Y concédeselas todas.

¿Quedan ya firmadas, di?

MOSTAFÁ.

Todas se las concedí.

GRAN TURCO.

Que no hay en qué reparar.

Estos cruzados echemos  
De aquí, y ellos arrojados,  
Quedaremos descansados,  
Ya que burlados quedemos.

¿Y qué traen los bergantines?

MOSTAFÁ.

Bizcocho y vino trajeron,  
Y harina la que pudieron  
Y doscientos mallorquines.

GRAN TURCO.

¿Y no dijeron quién es  
Quien viene por capitán?

MOSTAFÁ.

Es frey Pedro de Liñán,  
Caballero aragonés.

GRAN TURCO.

Ya empezaban á venir  
Á socorrer los cercados.

DON JUAN.

Pues, señor, estos cruzados

Riuyendo se tienen de ir,  
Sin haber hombre que abaje  
Su soberbia impertinente,  
Si quieres que los afrente  
Y con afrenta ó ultraje,  
Afrentados los envíe,  
Dame licencia y verás  
Lo que intento.

GRAN TURCO.

¿Qué harás?

DON JUAN.

Sin que de aquí me desvíe,  
Tengo de morir y hacer  
Campo con el más valiente.

GRAN TURCO.

Nadie de mi campo intente  
Los cruzados ofender.

DON JUAN.

No soy de tu campo yo,  
Que soy tártaro, y yo hallo  
Que no siendo tu vasallo  
No quiebro las treguas.

MOSTAFÁ.

No.

GRAN TURCO.

Pues vé á la mano de Alá;  
Doyte licencia.

DON JUAN.

Y la aceto,

Y en presencia te prometo  
De Pirro y de Mostafá,

De hacer que aquellos cruzados  
Cuando llegaren aquí  
Estén delante de mí  
Por el suelo arrodillados,

Y confiesen que es la dama  
En quien mi esperanza fundo  
La más hermosa del mundo  
Y la de más clara fama,

La más noble y bien nacida,  
La más discreta y más cuerda,  
Aunque en la defensa pierda  
En la campaña la vida;

Y lo que quiero por paga  
De mi hazaña es que después  
Siete personas me des  
Para que á mi gusto haga;

Que agora en tu campo están,  
Para que, por ser cristianos,  
Los entregue yo en las manos  
Del Maestre de San Juan,

Y libres los dejes ir.

GRAN TURCO.

De darlos al punto juro.

DON JUAN.

Pues con esto voy seguro;  
Que sé que lo has de cumplir.  
Queda con Alá.

Vase.

GRAN TURCO.

Vé en paz.

MOSTAFÁ.

Aqueste tártaro es loco.

Piensa que se arroja á poco.

PIRRO.

Es valiente.

MOSTAFÁ.

Es pertinaz.

Y tú verás este día

Si, con la gente que sale,

Desesperado le vale

Su discreta valentía.

PIRRO.

¿No es aquél el estandarte?

Los cruzados salen ya.

GRAN TURCO.

Aquél es, y ¡por Alá,

Que pone terror á Marte!

Tocan cajas roncacas, y salen el Maestre y todos los comendadores que pudieren, con el estandarte y las reliquias de San Juan.

MOSTAFÁ.

Allí las reliquias van  
Del gran profeta San Juan.

GRAN TURCO.

Ya que mis ojos le ven,

Por el suelo será bien

Que me humille, capitán.

MAESTRE.

¡Adiós murallas rompidas,  
Cuanto fuertes desdichadas,  
Sembradas de sangre y vidas;  
Adiós campanas, compradas  
Á mortal precio de heridas;

Adiós famosos jardines;

Adiós palacios, cercados

De laureles y jazmines;

Adiós fuertes, levantados

Por los infelices techines;

Adiós templo de San Juan,

Aunque con nosotros van

Las reliquias veneradas,

Por las culpas desterradas

Del Maestre Lisladán;

Adiós sepulcros famosos

De aquellos antepasados,

Maestres más venturosos

Que no el que por sus pecados

Ve estos fines dolorosos!

¡Y vos, sagrada María

De los Limonitas, Madre

Del que da la luz al día,

Quedad adiós! ¡Y vos padre

San Segismundo de Hungría,

Mirad la cuenta que he dado

De vuestro pueblo y de vos,

Pues que os he desamparado,

Que vos le disteis á Dios

Y yo al infiel se le he dado!

¡Adiós ciudadanos míos,  
Adiós templos, adiós calles,  
Ya de mis culpas vacíos;  
Adiós montes, adiós valles,  
Adiós fuentes, adiós ríos,

Adiós calvarios y enseñas,  
Puestas por la cristiandad  
En los caminos y en peñas,  
Que de mi culpa y maldad  
Me reprenderéis por señas;

Adiós los que en las alturas,  
Dejando este mundo á obscuras,  
Estrellas pisáis sin miedo;  
Que aun detenerme no puedo  
Para daros sepulturas!

GRAN TURCO.

¡Lisladán!

MAESTRE.

¡Ay, gran señor!

GRAN TURCO.

Esta es usanza de guerra;

Alza el rostro sin temor.

MAESTRE.

¡Mas que me trague la tierra,  
Porque me encubra mejor!

GRAN TURCO.

Dime ¿qué es de tu valor?

MAESTRE.

Perdile con el honor;

Pues si yo no le perdiera,

Guardando á Rodas muriera,

Y fuera vivir mejor.

GRAN TURCO.

No lloro yo, que he perdido

Todo el tesoro adquirido

Por mi padre y sus pasados,

Ni tantos muertos soldados,

Ni el trabajo que he tenido;

No lloro mi deshonra,

Que me fuera harto mejor

Conquistar todo el Poniente,

Con tanta copia de gente

Como cuesta tu rigor;

Que pudiera, por ventura,

Con lo que me cuesta Rodas,

Labrar en tal coyuntura

Los muros y casas todas

De oro fino y plata pura;

No lloro yo mi berbey,

Que mataste por tu mano

En el campo de Abdeley;

No lloro á mi primo hermano,

Mi brivay y mi virrey;

No lloro el ver por el suelo

Mis gentes, que causa duelo

Ver la mortandad funesta,

Que veinte turcos me cuesta

De vosotros cada pelo,

Y al cabo veros salir

Como quisisteis pedir,

Y que llevéis á mi vista

Las reliquias del Bautista,  
Que es quien me hizo venir;  
Que de las yeguas preñadas  
Que á la venida trajimos,  
Después paridas las vimos,  
Y ya sus crías domadas  
Y que de ellas nos servimos,  
¿Y lloras tú? ¡Vive Alá  
En los Cielos donde está,  
Que treinta ciudades diera,  
Las mayores que tuviera,  
Por no haber venido acá!  
Consuélate.

MAESTRE.

¿Qué consuelo  
Puedo tener, gran señor,  
Aunque estimo tu buen celo,  
Sin arrimo ni valor  
En la redondez del suelo?

Yo seguiré mi destino,  
Pues quiere el Cielo divino  
Que el mundo vaya vagando,  
Corriendo y peregrinando  
Sin saber á do camino.

Hoy otro Encas perdido  
Seré de tu ardiente estrago,  
Mendigante y aligido,  
Sin esperar en Cartago  
Ni en otra piadosa Dido.

Donde quiera que lleguemos  
Mal recibidos seremos,  
Y todos nos harán guerra,  
Y temerán de su tierra  
Que con ella nos alcemos.

Ya que al cabo de mis días  
De tus bajeles nos fías  
Para el viaje esa copia,  
Si no tengo cosa propia,  
Gran señor, ¿dónde me envías?

GRAN TURCO.

¡Remediate tiene Alá!

MAESTRE.

¿Qué es esto?

Tocan cajas.

GRAN TURCO.

Un tártaro bravo,  
Que le estiman los de acá,  
Cuyo gran valor alabo,  
En tal tiempo, ¿qué querrá?

Sale D. Juan, á caballo, con lanza y adarga, y en ella  
trae á Nuestra Señora retratada, cubierta con un  
tafetán.

DON JUAN.

Gran Maestre, el de la cruz,  
Y vos cruzados de Rodas,  
Oid, que quiero deciros  
Aquestas razones solas:  
No soy vasallo del Turco,

Jamás adoré á Mahoma;  
Que soy tártaro y adoro  
Al mismo Dios que tú adoras.  
Y agora, con tu licencia,  
Porque sé que las otorgas,  
Treguas en esta salida  
Para que yo no las rompa.  
Conviene que todos juntos  
Confeséis por vuestra boca  
Que la dama que yo sirvo  
Es la más noble de todas,  
La más cortés, la más sabia,  
La más rica y más hermosa,  
La más casta y más honrada  
De las que ha visto la aurora.  
Arrodillaos en el suelo,  
Haced lo que digo agora,  
Ó desnudad de las vainas  
Las acicaladas hojas;  
Que en fe de la que defendo  
Me ofrezco en muy breves horas  
Á consumir vuestras vidas  
Y á deshacer vuestra flota.

DON RAMÓN.

¡Oh bárbaro! de rodillas  
Espera, y veráslo agora  
Quién es la dama que dices,  
Por quien ufano blasonas.

DON JUAN.

Este es el retrato bello

Descúbrele.

De aquella Reina que adoran  
Los ángeles y los santos  
Sobre celestes alfombras.

MAESTRE.

De rodillas.

¡Oh Reina y señora mía!

DON RAMÓN.

¡Oh divina protectora  
De los hombres que te llaman  
Y las almas que te invocan!

MAESTRE.

Yo confieso de rodillas  
Lo que propuso tu boca.

DON RAMÓN.

Y todos lo confesamos.

GRAN TURCO.

Engañóme; ¡por Mahoma!

¿Eres cristiano, Caribe?

DON JUAN.

Señor, el serlo es mi gloria;  
Cristianos, soy español,  
Y pues salgo con victoria,  
Agora quiero decirte  
Quién son las siete personas:  
El capitán tu sobrino,  
Es mi hermana, ¿qué te asombras?

Y el capitán Campuzano  
Es otra dama española;  
La armenia es María Adalife,  
Y el bajá Pirro, á quien honras,  
Es su marido, y don Tello  
Es mi cuñado.

MAESTRE.

¿Qué cosas

Nos ofrece la fortuna!

GRAN TURCO.

Frey Filipo, ¿no te asombras?

Sale el loquillo.

JUAN.

Quedamos yo y el loquillo.

Ya vengo, y pues me perdonas,

Yo fui el que avisé al Maestre

De tus pretensiones todas  
Con piedras que le tiraba.

GRAN TURCO.

Ya lo prometió mi boca:  
A Tello le den su hacienda  
Y en el bajel se la pongan,  
Y lleven á frey Filipo  
En mi real galera propia;  
Que yo quiero acompañaros  
Hasta veros en las olas.

DON JUAN.

De aquesta suerte, senado,  
Perdió el Gran Maestre á Rodas,  
Y por sus honrados hechos  
Se llamó *Pérdida honrosa*.

FIN.





EL CERCO DE VIENA POR CARLOS V



# EL CERCO DE VIENA POR CARLOS V

## COMEDIA FAMOSA

DE

## LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

CARLOS V.	JUAN BAUTISTA, <i>capitán</i> .	EL REY D. FERNANDO.
DON HUGO, <i>viejo</i> .	ANTONIO DE LEIVA.	ZELÍN.
FUERTE BRAQUIO.	SOLIMÁN, <i>Gran Turco</i> .	ESCANDER. } <i>Moros</i> .
ISIDRO, <i>su hermano</i> .	ABRAHÍN, <i>renegado</i> .	MAHOMAD. }
JULIANA, <i>dama</i> .	EL MARQUÉS DEL BASTO.	UNOS NIÑOS.— UN SOLDADO.

### JORNADA PRIMERA.

Sale Fuerte Braquio solo.

BRAQUIO.

Si de tal padre soy hijo  
Y hallo preso á tal padre,  
Entre otras obligaciones,  
Debo morir por librarle.  
¿Cómo no limo los hierros?  
¿Cómo no rompo la cárcel?  
¿Cómo no abraso á Turquía?  
¿Cómo no atrueno los aires?  
¿No soy alemán de origen  
Y de una alemana sangre?  
Y por el gran Carlos quinto,

¿No vengo arruinando alfanjes?  
¿Cómo no mato al Gran Turco,  
Que con términos infames  
Una hermana me deshonna  
Y tiene preso á mi padre?  
¡Ah, Solimán! Si tus obras  
Con mi deshonna se saben,  
¿Qué haces que no me temes?  
¿Quién te anima á que me agravies?  
Entraste en mi patria y tierra,  
En los fines alemanes,  
Y con quinientos mil turcos,  
Agraviando miserables,  
Llegaste á mi casa antigua,  
Herencia de mi linaje,  
Prendiste á mi padre en ella,  
Dos hijos le cautivaste.  
Y con ser ley de la guerra  
Rescatar cautivos tales,

Niégame mis caras prendas  
 Con intento de agraviarme.  
 Pues yo hago juramento  
 Á la alteza de mi sangre,  
 Á las heridas de Cristo  
 Y á las ansias de su Madre;  
 Á las voces del Bautista  
 Y á la fe del Protomártir,  
 A mis honradas promesas  
 Y á mis pensamientos graves,  
 De no volver á Viena  
 Ni de Turquía tornarme,  
 De no salir de su campo  
 Ni de entrar en los reales  
 Del Emperador de España,  
 Hasta llevar á mi padre,  
 Aunque le pese al Gran Turco  
 Y á todos sus capitanes.

Sale Isidro con un cestillo.

ISIDRO.

En lo que en el calabozo  
 Visito al honrado preso,  
 Y en lo que de verlo gozo,  
 Y en lo que sus hierros beso  
 Y sus d. s. dichas sollozo;  
 En lo que puedo esforzarle  
 Con esta pobre comida  
 Que ahora voy á llevarle,  
 Que so pena de la vida  
 Que ninguno pueda darle;  
 No tengo ningún temor  
 De estos perros homicidas;  
 Que Dios me da su favor,  
 Y aunque aventure mil vidas,  
 Está bien por tal Señor.  
 Guárdame, hermano, esta entrada,  
 Y del Turco abajo, muera  
 En esta ocasión honrada  
 Quien entrare, sea quienquiera;  
 Guarde mi vida tu espada.

BRAQUIO.

Bien puedes, hermano, entrar;  
 Haz el oficio piadoso  
 Que vienes á ejecutar,  
 Y venga el más orgulloso  
 Turco á quererlo estorbar.

Volverá en su sangre tinto,  
 Como hizo en Julio el rayo;  
 Que soy Fuerte Braquio, y trayo  
 En el pecho á Carlos quinto.

ISIDRO.

Abrí esas puertas oscuras,  
 Pues que presumís de honradas;  
 Animo, manos turbadas,  
 Y veréis mil desventuras  
 En una depositadas.

Descríbese una como cárcel, y dentro D. Hugo,  
 con grillos y atadas las manos atrás.

ISIDRO.

¡Padre de mi corazón!

DON HUGO.

¡Mi hijo y todo mi bien!

ISIDRO.

Los ojos que en tal prisión  
 Tan injustamente os ven,  
 ¿Cuál tendrán el corazón?  
 ¿Qué es esto, padre?

DON HUGO.

Hijo amado,

Es la honra que me prueba.

ISIDRO.

Ya sé que sois tan honrado,  
 Que no es en vos cosa nueva  
 Estar siempre prisionado;

Pero pudieran mirar

Los que en tal trance os pusieron,  
 Que no era razón atar  
 Esas manos, que nacieron  
 Sólo para pelear.

No sé cómo no reviento  
 De enojo viéndoos así,  
 Ó si le tengo, nací  
 Sin sólo un buen pensamiento.

Iré al turco Solimán,

Y pues espada no ciño,  
 Mis manos le ahogarán.

DON HUGO.

Mirad, hijo, que sois niño;  
 No deis voces, que os oirán.

Y podráme suceder  
 Que me acrecienten las penas;  
 Que aunque ellas deben de ser  
 Más que en el mar hay arenas,  
 Contra mí podrán crecer.

Y no tiene culpa, no,  
 El Turco de mi prisión.

ISIDRO.

Pues ¿él no os aprisionó?

DON HUGO.

Él no, sino su pasión;  
 Á su pasión culpo yo,  
 Y á una hija que engendré,  
 Cuya profesión honrada  
 Dejó de ser la que fué  
 Sólo por verse adorada  
 De un hombre falto de fe.

Rendida está Juliana  
 Á la torpe voluntad  
 De la malicia otomana.

ISIDRO.

Padre, ¿y nuestra cristiandad?

DON HUGO.

No la conserva tu hermana.  
 Por verse reina, ha querido  
 Ver manchado nuestro honor;  
 Por ella lloro perdido  
 El que con tanto dolor  
 Mis armas han adquirido.

Por nuestro mal nació hermosa,

Que, aunque hace la hermosura  
Una familia famosa,  
Si no está en parte segura,  
No hay cosa más afrentosa.

Su liviandad, con gran ira,  
Me puso el Gran Turco aquí.

ISIDRO.

¡Oh cruel hermana!

DON HUGO.

¡Mira

Qué sentimiento habrá en mí!

Segundo Ticio estoy hecho,

Quejándome de un señor

Tirano, aunque sin provecho;

Que es un águila el honor

Que me está rasgando el pecho.

Y de ver que así se trate

Mi honra entre estos tiranos,

Hiciera un gran disparate;

Mas hanme atado las manos

Sólo porque no los mate.

Piensen que han de reducir

Mi gusto de esta manera,

Y así me dejan vivir,

Como si el agravio fuera

Menos muerte que el morir.

ISIDRO.

Viviréis, padre y señor;

Y porque viváis honrado

Como hasta aquí, y mejor,

Ésta que habéis engendrado

Sacrificaré al Señor.

Yo mismo derramaré

Esa sangre fementida.

DON HUGO.

Y ¿cómo podrás?

ISIDRO.

Podré,

Aunque aventure la vida

En venganza de la fe.

DON HUGO.

¿No ves que están poderosas

Sus cosas y su afición?

ISIDRO.

Yo le mataré á traición;

Y si hay traiciones honrosas,

Esta traición es blasón.

Descansa, padre; y espera

La más hermosa venganza

Que se vió de su manera.

DON HUGO.

Tu valor me da esperanza;

Tu niñez me desespera.

ISIDRO.

¿Cómo niñez? Es engaño;

Con esta afrenta he crecido

Para atajar tan gran daño,

Que un niño honrado, ofendido,

Cada día crece un año;

Y entretanto, traigo aquí

Con que la vida sustentas.

DON HUGO.

¿Tráesme pan que coma?

ISIDRO.

Sí.

DON HUGO.

¡Qué hijos tan diferentes

Hallo en tu hermana y en ti!

Tu cuidado me rescata

Cuando estoy más acabado,

Y ella de matarme trata;

Que á un hombre que nace honrado,

El que le afrenta, le mata.

De buena gana tomara

De tu mano esta comida;

Pero, como es cosa clara

Que te ha de costar la vida,

No quiero cosa tan cara.

La mano manda cortar

El Turco á cualquier humano

Que me diere algún manjar;

Pues si te cortan la mano,

¿Quién me podrá regalar?

Quien me da la vida eres,

Y así, de mí no te esquivas;

Cuando más flaco me vieres;

Sin pan viviré, si vives,

Y no con ello, si mueres.

Vuélvete, hijo.

ISIDRO.

No trato

De hacer lo que has pedido;

Que, aunque por verte me mato,

Morir quiero agradecido,

Más que no vivir ingrato.

Yo pago mi obligación

En procurar tu sustento,

Y cuando en esta ocasión

Muera porque te alimento,

Moriré por la razón.

De ti he recibido el sér,

Y así, darle por ti, entiendo

Que mi honra ha de crecer;

Lo que granjeo muriendo,

Eso te puedo ofrecer.

Toma, padre.

DON HUGO.

No permitas

Que padezca tu niñez:

Mira el mal que resucitas.

ISIDRO.

Ya he renunciado otra vez

La obligación que me quitas.

Con mi mano el manjar llevo

Donde le puedas gustar,

Y no es beneficio nuevo

Darte yo mano y manjar,

Pues mano y manjar te debo,

Y en mí está depositada;

Goza de ella, pues te importa,

Que, como la hiciste honrada,

Por no verse quedar corta,  
No teme verse cortada.

Hacen ruido dentro.

DON HUGO.

Hijo Isidro, ruido siento;  
Cierra las puertas crueles  
Deste bárbaro aposento,  
Y harásme el bien que sueles  
Con menos impedimento.

Cierra; comeré del pan  
Que con paternal amor  
Tus fieles manos me dan,  
Que será pan de dolor  
Si lo sabe Solimán.

ISIDRO.

Todo ese miedo es extremo.

DON HUGO.

Es aqueste Turco un perro;  
¿No he de temer un blasfemo?

ISIDRO.

Porque te sosiegues, cierra,  
Pero no porque le temo.

Entra Isidro en la prisión con su padre, y cierran las puertas, y sale Juliana, su hermana, vestida de turca, y Fuerte Braquío le impide la entrada.

JULIANA.

Déjame entrar.

BRAQUIO.

¡Vive el cielo,

Si estas puertas atraviesas,  
Que te arroje por el suelo!

JULIANA.

¿Qué novedades son éstas?

BRAQUIO.

Yo hago aquí lo que suelo.  
Mi costumbre es maltratar  
Á quien maltrata su fama;  
Y si entras á visitar  
Presos tristes, vas muy dama:  
No quiero dejarte entrar.

JULIANA.

En fin, ¿que yo no he de ver  
Á mi padre?

BRAQUIO.

No, villana;  
Que después que eres mujer  
Del Turco, ni eres mi hermana,  
Ni él tu padre puede ser.

JULIANA.

Dios sabe que si he mostrado  
Al Gran Turco algún amor,  
Que ha sido haberle engañado  
Para excusar el rigor  
Con que os hubiera tratado;  
Que soy cristiana, á pesar  
Del Turco y toda Turquía.

BRAQUIO.

En fin, que por excusar

Los males que nos hacía,  
¿Te has querido condenar?

De tu confesión se infiere  
Que te has querido perder  
Porque yo me recupere;  
Que sin honra una mujer,  
Parece que vive, y muere.

¡Ah, hermosa Juliana!  
Quedara Roma envidiosa  
De nuestra sangre alemana,  
Si lo que tienes de hermosa  
No tuvieras de liviana.

Pero nunca fué segura  
Sin riqueza la beldad,  
La pobreza sin ventura,  
Ni sin mucha honestidad  
La demasiada hermosura.

El día que el Cielo envía  
Hija hermosa á un hombre pobre,  
No se puede llamar día,  
Porque la hermosura es cobre  
Donde orín el honor cría.

Pero el Cielo, como siente  
Que la hermosura atropella  
Todo un linaje inocente,  
Donde da una hija bella,  
Da luego un hijo valiente.

Y así, yo tras vos nací,  
Porque el honor que ha perdido  
Mi padre, y el que perdí,  
Por haber tras vos nacido,  
Se recupere por mí.

Fuerte Braquío soy, soy muerte  
Que mato al primer alcance,  
Y el mundo en sangre convierte;  
Que Fuerte Braquío, en romance,  
Quiere decir bravo fuerte.

Y juré de no volver  
Á verme en aquel espejo  
De reverencia y poder,  
Hasta libertar un viejo  
Y dar muerte á una mujer.

JULIANA.

¡Ay, hermano, por quien eres  
Que no me trates así!

BRAQUIO.

¿Que no te castigue quieres?  
No puedo, que nació en mí  
El freno de las mujeres.

Y como son reservadas  
De que las castigue acero,  
Á las que hallo culpadas,  
Honradamente las hiero  
Con persuasiones honradas.

JULIANA.

¡Vive Dios, que no he manchado  
Mi honra en sólo un cabello!

BRAQUIO.

¿Y este vestido trocado?

JULIANA.

Mándame el Turco traello.

BRAQUIO.

Pues basta hacer su mandado;  
Que como es cosa imperfecta  
La hembra, en quien prevalece  
Cualquier vicio que acometa,  
La que en lo poco obedece,  
En lo mucho se sujeta.

JULIANA.

Yo viviré como debo;  
Vea yo á mi padre, y allí  
Lo prometeré de nuevo.

BRAQUIO.

¿Quieres jurárselo allí?

JULIANA.

Ese pensamiento llevo.

BRAQUIO.

Es diligencia excusada:  
Quédate, no hay á qué ir,  
Que la hembra enamorada  
Menos la suele cumplir  
La promesa más jurada;  
Que como menores son  
En honra y en pensamiento,  
Por cualquier buena ocasión  
Relaja su juramento  
Su Papa, que es su pasión.  
El Turco viene á buscarte,  
¿Cómo no quieres que entienda  
Que tiene en ti alguna parte?

JULIANA.

Tira la rienda á la lengua;  
Calla, no mande matarte.

BRAQUIO.

¡Ruega tú por mi rescate,  
Falsa, pues eres su dama!  
Pero cuando mal me trate,  
Ya tiene muerta mi fama;  
¿Qué importa que á mí me mate?

Sale Solimán, dando á entender que trae gente de  
acompañamiento y no quiere que salga con él.

SOLIMÁN.

Nadie acompañe mi sombra,  
Porque soy cuerpo sin alma,  
Que aquella beldad que adoro  
Me la tiene aprisionada.  
Mas ¡ay! que allí reverbera  
Aquella humana alemana,  
Turca sólo en los vestidos,  
Y en las costumbres cristiana.  
Hermoso espanto del mundo,  
Dulce prisión de mi alma,  
Inferno en las condiciones  
Y un paraíso en las gracias,  
¿Por qué me tienes en poco?  
¿Por qué ocasión me maltratas?  
Qué, ¿aún no merecen tus ojos  
Á un hombre de prendas tantas?  
Legítimo descendiente  
Soy de la Casa otomana,

La más antigua del mundo,  
La más venturosa en armas,  
La más rica, la más fuerte,  
La más noble, la más alta,  
La más llena de virtudes,  
La más llena de alabanza.  
Sucesor soy de esta sangre,  
Sultán Solimán me llaman,  
El que rige más imperios  
Que otros reinos tienen casas.  
África y Europa es mía,  
América tengo y Asia,  
Á Egipto llegan mis leyes,  
Y hasta el gran Cairo alcanzan.  
Á Chipre gané y sus costas,  
Hungria me rinde parias,  
Y desde el reino de Túnez  
Á lo más franco de Italia.  
De los belgas tengo á Eutrosa,  
De los tudescos á Ungaria,  
De los Cruzados á Rodas,  
Y pienso ganar á Malta.  
Jerusalén me obedece;  
Mis armas tengo plantadas  
Sobre el sepulcro de Cristo,  
Que llaman la Casa Santa.  
La magna Valaquia es mía,  
La montuosa Tesalia,  
Grecia, la dichosa en letras,  
Frigia, la dichosa en armas.  
Cuanto tiene el mundo es mío;  
Nada por ganar me falta:  
España se me rebela,  
Y vengo á ganar á España.  
Quinientos mil turcos traigo,  
Y todos monstruos en armas,  
Á quien di cuando partieron  
Diez pagas adelantadas.  
Con ellos vengo á Viena,  
Donde un pobre Rey me aguarda,  
Á quien llaman Carlos quinto,  
Y hace mal, pues que me aguarda.  
Este soy yo; tú, ¿quién eres  
Sino una misera esclava,  
Que al tiempo que entré en Hungria  
Te prendí en tu propia casa?  
Aficionéme á tus ojos,  
Sujetáronme tus gracias,  
Ofrecíste mis riquezas,  
Prometísteme gozarlas.  
Pero el cruel de tu padre,  
Riñendo, viéndote mansa,  
Te mudaste, que nacieron  
Juntas mujer y mudanza.  
Prendile y téngole preso;  
Pero el día que en tu gracia  
Al gran Sultán recibieres,  
Será el mayor de mi casa.  
Y si no, ¡vive Mahoma,  
Su Alcorán y su ley santa,  
Que hasta que de hambre muera,

No ha de verme más la cara!

BRAQUIO.

Pobre y muy pobre es mi hermana;

Pero es, aunque tu cautiva,

Noble, porque es alemana;

Guardada, porque es esquivia,

Y esquivia, porque es cristiana;

Constante, porque es hermosa;

Sujeta, porque es honrada;

Grave, porque es recatada;

Buena, porque es temerosa,

Y leal, porque es casada.

Y este viejo que amenaza

Con la muerte tu crueldad,

Del honor tira su plaza,

Y es hilo de la verdad,

Que no quiebra aunque adelgaza.

Y cuando el hambre le aflija,

Nadie vencerlo colija,

Que es tal, que menos le espanta

Ver con sangre su garganta

Que ver sin honra á su hija.

Pues yo no digo quién soy,

Que ya lo dice la fama,

Con quien tan bienquisto estoy,

Que Fuerte Braquio me llama

Desde que nací hasta hoy.

Blasón es de hombre valiente,

Y pues tal nombre me dan,

Me comeré á Solimán

Aunque comiendo reviente.

Y sé que estoy bien ajeno

De que me suceda tal,

Que estoy de tósigo lleno,

Y al ponzoñoso animal

No le daña otro veneno.

Mi hermana es ésta; pondera

Quién soy, y que mi buen nombre

Lo lie de vengar cuando quiera,

No en ti, que eres sólo un hombre,

Sino.....

Mete mano el Turco para Fuerte Braquio, y tiénele el brazo Juliana.

JULIANA.

Gran señor, espera,

Detente.

SOLIMÁN.

¿Tal desacato

Se comete contra mí?

JULIANA.

No le mates.

SOLIMÁN.

No le mato

Para no ofenderte á ti.

¡Mira cuán manso te trato!

BRAQUIO.

Beso tus pies imperiales

Por la clemencia que muestras;

Pero, pues que tanto vales,

Probemos estas dos diestras

Solos, con armas iguales.

Desnuda la cimitarra,

Y pruebe este flaco mozo

Esa presencia bizarra,

Y después, á un calabozo,

El más obscuro, me amarra.

SOLIMÁN.

¡Váyase de mi presencia

Ese atrevido mozueto,

Que perderé la paciencia!.....

BRAQUIO.

Perdona, que mi buen celo

Me ha dado tanta licencia;

Mas volverme sin llevar

Á mi buen padre y señor,

Eso no lo has de mandar.

SOLIMÁN.

¿Esa es locura, ó valor?

BRAQUIO.

Como lo quieras llamar;

Mas ya que aquí me detengo,

Tendré poca valentía

Si un buen suceso no tengo,

Por ser mi Rey quien me envía,

Y mi padre por quien vengo.

JULIANA.

Recógete, hermano.

SOLIMÁN.

Vete,

Y no me repliques más.

BRAQUIO.

Manda y obedeceréte;

Pero si no me los das,

Soy libre, y enojaréte.

Voyme, y con resolución,

Como hombre desesperado

De quebrantar la prisión,

Que me aclaro como honrado

Por no cometer traición.

SOLIMÁN.

Vete en buen hora.

JULIANA.

Obligada

Quedo á tu clemencia.

SOLIMÁN.

Quedas;

Y ¿en qué me será pagada?

JULIANA.

En cuanto mandarme puedas,

No ofendiendo el ser honrada.

SOLIMÁN.

Ahora bien, tu padre quiero

Que ablande tu corazón,

Aunque te espantó primero;

Tal estará en la prisión,

Que me será buen tercero;

Ya el hambre le habrá puesto

Algo más manso que estaba.

Abrid esa cárcel presto.



JULIANA.

Ver mi padre deseaba; (Aparte.)  
Oyóme fortuna en esto.

Abre Solimán de un puntapié la puerta, y vese á don  
Hugo con las prisiones, como antes, é Isidro con un  
poco de pan en la mano, que le va á dar en la boca,  
y túrbanse entrambos.

SOLIMÁN.

¡Tiene Hugo quien sustente  
Su vejez en la prisión!  
¿Cómo me será obediente?

JULIANA.

¿Tal sufre mi corazón?

SOLIMÁN.

¿Tan gran traición se consiente?

ISIDRO.

Ya es notorio que he incurrido  
En la pena de tu ira;  
Digo que soy convencido;  
Mas, pues fuiste hijo, mira  
Las causas que me han movido.

Mi padre es éste que animo  
Con este pobre bocado,  
Y el verte no me ha turbado,  
Porque soy como el racimo,  
Que da su fruto apretado.

Si á tu ley (cruel) importa  
Cortar mi mano atrevida,  
Breve es la comida y corta;  
Acébase la comida,  
Y luego al punto la corta,

Que no sentiré el perdella  
Después que cortada esté,  
Aunque mi padre ha de vella,  
Sino porque no podré  
Alimentarle con ella.

Pero pues que á mí me toca  
Que su vida no se pierda,  
Mi mano derecha corta,  
Que aquí me queda la izquierda,  
Y tras la izquierda la boca.

Quedaré de honrado rico,  
Pues en mí se representa  
La cigüeña, que sustenta  
Á su padre por el pico.

DON HUGO.

Si tu rigor se quebranta  
Cuando tu miedo te niega,  
Déjame esta mano santa,  
Y si quieres sangre, siega  
Desa mujer la garganta.

Muéstrate aquí generoso;  
Que yo doy de buena gana,  
Si el morir uno es forzoso,  
Esa muchacha cristiana  
Por este rapaz piadoso.

Con su sangre te contenta;  
Pues que como mal regida  
Me ofende, y él me sustenta;  
Diré que me das la vida  
Y que me matas la afrenta.

JULIANA.

Débeseme con razón  
Esa muerte, que obedezco,  
Pues por mí estáis en prisión;  
Que por eso la merezco,  
Que no por otra razón;  
Que Dios sabe que he tenido  
Cuidado de vuestro honor  
Y el de mi ausente marido.

DON HUGO.

¿Eso es cierto?

JULIANA.

Sí, señor.

DON HUGO.

Si es cierto, perdón te pido.

Mira que la fama es cosa  
Más que la vida estimada  
Y más que el oro preciosa,  
Y que es la opinión de honrada  
Mayor que la de hermosa.

JULIANA.

Por el buen sér que me has dado,  
Por la fe que te es debida,  
Te prometo, padre honrado,  
Que veas mi sangre vertida,  
Pero no mi honor manchado.

DON HUGO.

Pues yo moriré contento:  
Venga la muerte más brava  
Que hallare tu pensamiento.

SOLIMÁN.

¡Oh mal viejo! ¡Oh falsa esclava!  
¿Tan gran libertad consiento?

¡Hola! Zelín, Escander,  
Poned ese viejo cano  
Donde luz no pueda ver,  
Y al rapaz cortad la mano  
Con que le dió de comer.

Salen Zelín y Escander y meten al padre y al hijo en  
la prisión y cierran la puerta, y quedan solos Juliana  
y Solimán.

Y tú no ruegues por ellos,  
Que ¡por la luz del sol pura  
Que he visto yo en tus cabellos,  
Que aún tú no estabas segura,  
Á no ser ellos tan bellos!

No fies en tu belleza;  
Que sin reparar en nada,  
Si no amansas la braveza,  
Esta cortadora espada  
Os cortará la cabeza.

Áspid de cólera ciego,  
Muéstrate ya enternecida  
Á mis lágrimas de fuego;  
Que por ti pierdo la vida  
Si no me remedias luego.

Sale Abrahín, renegado, Capitán general.

ABRAHÍN.

¿Qué trazas son éstas, cielo?

¿Qué honra ó qué amor me llama,  
Que me ha hecho mi recelo  
Celoso desta cristiana,  
Y no sé por qué la celo?  
Yo no procuro obligarla,  
Ni lo mucho que merece  
Me obliga á reverenciarla,  
Y, con todo, me parece  
Me va la honra en guardarla.

Híncase de rodillas Solimán ante Juliana, y ella  
se tapa los ojos con la toca.

SOLIMÁN.

¿Cómo, serafín sagrado,  
Cubres los hermosos ojos  
Por no verme arrodillado?

ABRAHÍN.

Cautiva, honrados despojos  
Desta guerra habéis ganado.

Mas ¿quién pudiera creer  
Que el gran turco Solimán  
Adorara á esta mujer?

SOLIMÁN.

Vaya mis turcos me dan;  
No saben lo que es querer.  
No te espantes, General,  
De haberme visto tan llano;  
Que hoy se rinden, por mi mal,  
Á lo divino lo humano,  
Lo mortal á lo inmortal.

Mortal soy, y ésa que ves  
Harás bien si la adorares.  
No sé quién soy ni quién es,  
Mas cuantas veces me hallares,  
Me has de hallar á sus pies.

ABRAHÍN.

No dudo, Rey de los reyes,  
Que pareceré soberbio  
Cuando á vuestros torpes gustos  
Reprehenda como debo;  
Mas vuestra antigua crianza,  
Vuestra bondad, y el estrecho  
Amor que me habéis mostrado,  
Disculpan mi atrevimiento.  
No hay soldado en todo el mundo,  
Ni casi estrella en el cielo,  
Que no esté culpando á gritos  
Vuestro amor y vuestro miedo.  
Todos ellos os murmuran,  
Y admiranse todos ellos  
De que una cautiva pobre  
Os pueda tener sujeto.  
¿Qué es del deseo glorioso  
Que en vuestros años primeros,  
De hacer tributaria á Italia  
Os crecía en vuestro pecho?  
Si este remedio os parece  
Para ensanchar vuestro reino,  
Los imperios no se ensanchan  
Con infames pensamientos.

Si el vencedor otomano,  
Padre de vuestros abuelos,  
Tronco de vuestro linaje  
Y milagro de su tiempo,  
De los vicios se enviara,  
Que pudo también tenerlos,  
Nunca la Grecia y Galacia  
Por sus manos fueran vuestros;  
Ni su hijo, que era imagen  
De su retrato y sus hechos,  
Triunfara de Frigia y Libia,  
El Cairo y Peloponeso.  
El invencible Amurates,  
Digno sucesor tras éstos,  
¿Ganara á Tracia, á Bulgaria,  
Á Suria, Carpeya y Delfos?  
¿Rindiera Ocán en los moros,  
El indio y el mar Bermejo,  
Ni Zelín á la Ribera,  
Y al Egipto Bayaceto?  
Aquel azote del mundo,  
Zelín Rogel, vuestro abuelo,  
¿Conquistara á Macedonia  
Con lo tocante al Imperio?  
Pues vuestro padre Amurates  
No le pasará en silencio,  
Pues le llamaron los hombres  
El elemento del fuego,  
De cuyos golpes ahora  
Se ven notables ejemplos  
Desde el alto monte Píndo  
Hasta los montes fronteros.  
Si se hubiera estado ocioso,  
Gastando, cual vos, el tiempo  
En regaladas blanduras  
Y en amorosos requiebros,  
¿Rigierades vos, acaso,  
Tantos y tales imperios,  
Tantas provincias y tierras  
Tantas gentes, tantos pueblos?  
Ea, Solimán famoso,  
Basta el ocio, despertemos;  
Que piensan los que nos miran  
Que es cobardía ó que es sueño.  
Y si no queréis acaso  
Que se aumenten vuestros reinos,  
Defended los que os dejaron,  
Que vienen á echarnos dellos.  
El español Carlos quinto  
Viene á buscarnos soberbio;  
Sus cajas oigo y sus tiros;  
En Viena está, no es lejos.  
Cien mil hombres trae de guerra,  
De los más famosos tercios,  
Escogidos uno á uno  
Catorce de cada ciento;  
Y el Pontífice de Roma,  
Confederado con ellos;  
Con la muerte os amenazan,  
Que no se precian de menos.  
Gastad el tiempo en amores,

Que por Mahoma os prometo  
Que es soldado Carlos quinto  
Que le temen muchos buenos.  
Marche el campo, toquen arma,  
Solimán, Mahoma, ¡á ellos!

Vuelve el rostro Solimán, y dice:

SOLIMÁN.

¡Ah, retórico famoso,  
Qué bien que hablan los celos!

Tocan cajas, diciendo «¡Al arma!», y el Turco  
está espantado.

Tales razones me has dicho,  
Que parece que despierto  
De algún frenesí del alma  
Ó de algún profundo sueño.  
Huya el amor de mis rabias,  
Vete, perro alve, al cielo.  
¡Guerra, Solimán! ¡Turquía,  
Á ellos! ¡Turcos, á ellos!  
Vencidos son, que son pocos,  
Salgámosles al encuentro,  
Para que así entienda el mundo  
Que de mis padres heredo  
No sólo el cetro y corona,  
Sino el ánimo y esfuerzo.  
Á ese soldado famoso,  
Á ese Carlos quinto os reto;  
Á ese Emperador de España  
Desafiare cuerpo á cuerpo.  
Escribase el desafío,  
Y sellado con diez sellos  
Vaya Abrahán á llevarlo,  
Que se arden mis pensamientos.

ABRAHÍN.

¡Oh gran Rey! Con ese brío  
Será posible que alientes  
Tu dichoso señorío.  
Solo no quiero que intentes  
Particular desafío;

Que aunque es tanto tu valor,  
Los príncipes de tu suerte  
Han de guardarse mejor.

SOLIMÁN.

¡Oh loco! ¿Soy menos fuerte  
Que este flaco Emperador?

No sólo quiero prenderle,  
Sino, tras bélicas trazas,  
Ganarle su campo y verle.

ABRAHÍN.

¿Conoces al que amenazas?

SOLIMÁN.

Qué, ¿es menester conocerle?

Basta conocerme á mí,  
Que para común espanto  
De los humanos, nací.

ABRAHÍN.

Mucho intentas.

SOLIMÁN.

Aunque es tanto,  
Pienso ejecutarlo así.

Luego al momento te parte,  
Y el desafío harás  
Con mi parte y de mi parte.

ABRAHÍN.

Obedecido serás,  
No quiero más replicarte.

SOLIMÁN.

Algo se ha templado el fuego  
Que esta mujer encendió:  
Parta el campo y marche luego;  
Que el fiero Marte quedó  
En lugar del amor ciego.

Están dentro cortando la mano á Isidro,  
y dice quejándose:

ISIDRO.

¡Ay!

ABRAHÍN.

¿Qué es aquello? Escuchad.

ISIDRO.

¡Qué golpe tan inhumano!

ABRAHÍN.

¿Quién se queja?

SOLIMÁN.

Es un cristiano

Que por cierta libertad

Le mandé cortar la mano.

Cierto bando quebrantó,  
Y por eso le castigo.

ABRAHÍN.

Cualquier pena mereció.

SOLIMÁN.

Basta aquello.

Sale Isidro con la mano cortada, envuelta en un  
lenzuolo y saliéndole la sangre, y en la izquierda  
lleva la cortada.

ISIDRO.

Ya, enemigo,

Tu crueldad se ejecutó.

Cumplióse tu ley en mí,  
Y la mano que me honró,

Como bueno la perdí,

Por padre que sustentó,

No por bofetón que di.

Esta es la mano honrada

De la sangre paternal;

¡Qué mano has cortado ahora

Que fué á su padre leal,

Y no á su padre traidora!

Y así, no tengas temor,

Que lllore el verme sin diestra,

Que el cortarla fué mi honor,

Corte de paño que muestra

La fineza al comprador.

La izquierda manda cortarme,

Que es en servicio de Dios,

Que este esfuerzo pudo darme,  
Porque el cortarme las dos  
Será dos veces honrarme.

SOLIMÁN.

Con esta sangre que viertes,  
La ira estoy incitando  
Que ha de causar tantas muertes.

ADRAHÍN.

Tu ejército va marchando.

SOLIMÁN.

Marchen mis soldados fuertes,

Tiéndanse por la campaña  
Y muestren su valentía,  
En tantos siglos extraña.  
¡Viva Sultán y Turquía!  
Y muera Carlos, España!

Vanse todos y queda Isidro.

ISIDRO.

Carlos vivirá, á pesar  
De tu gente y de tu espada;  
Que le trae Dios á vengar  
Mi pobre mano cortada,  
Porque no puede cortar.

Que si ella cortar pudiera,  
Á mi padre libertara  
Y á mi hermana defendiera,  
Y contra quien me agraviara,  
Armas y vida pusiera.

Mas ¿qué sirve amenazar  
Á quien con ningunas trazas  
Podré jamás castigar?  
Que no estoy para amenazas,  
Más estoy para llorar.

¡Ay, mano, que sustentasteis  
Á mi padre aprisionado!  
Noble galardón sacasteis,  
Pues la carne habéis sacado  
Por el pan que le acortasteis.

Mira la mano, y prosigue:

Siento por una razón  
El no poderos mover:  
Mano, ¿qué habemos de hacer  
Si en otra alguna ocasión  
Mi padre os ha menester?

¿Con qué acudiré al oficio  
De piedad que ejecuté?  
Mano, vuelve á tu servicio,  
Porque sin ti no podré  
Hacerle este beneficio.

¿Qué mano habrá tan piadosa  
Que os haga el bien que os hacía,  
Padre, aquesta lastimosa?

Descúbrese una nube y sale en ella San Adriano  
con dos manos cortadas en un plato.

ADRIANO.

Isidro, aquí está la mía.

ISIDRO.

¿Quién me habla? ¡Extraña cesa!

ADRIANO.

Aquí os traigo, Isidro, yo  
Para este oficio las mías,  
Que el tirano me cortó.

ISIDRO.

Tales son sus tiranías,  
Que aun á vos no perdonó.

Tal me tiene Solimán,  
Que aun no me dejan hablarlos  
Los temblores que me dan,  
Aunque podré preguntaros  
Quién sois vos.

ADRIANO.

Soy Adrián,  
Que condolido de ti,  
Como quien tiene experiencia  
De lo que pasar te vi,  
Vengo á hacer una experiencia.

ISIDRO.

Y ¿habéisla de hacer en mí?

ADRIANO.

Sí, que te vengo á curar.

ISIDRO.

Si tal médico me cura,  
La izquierda podré cortar,  
Para que de tal ventura  
Pueda dos veces gozar.

ADRIANO.

Estás con mucho cuidado  
De que la mano, instrumento  
De tu piedad, han cortado,  
Y por tu fiel pensamiento  
Manda Dios que seas curado.

Llega, haré restitución  
Á tu cuerpo de la mano  
Que por tan santa ocasión  
Mandó cortar el tirano  
Movido de una pasión;

Que quien la perdió por dar  
Á su padre de comer,  
Debe volverla á cobrar.

ISIDRO.

Aqueso no fué perder.

ADRIANO.

No ha sido sino ganar.

¿Tienes dolor en la herida?

Sánale la mano San Adriano.

ISIDRO.

Ya la habéis curado vos.

ADRIANO.

Ya te está restituída.

ISIDRO.

Mano, alabemos á Dios,  
Que os recuperó perdida.

ADRIANO.

Porque el amor paternal  
Que tuvisteis, siendo humano,

Quede memoria inmortal,  
Quedaré siempre en tu mano  
Ésa encarnada señal.

ISIDRO.

¡Qué hilo de carmesí!  
En verle me regocijo.

ADRIANO.

Isidro, quédate ahí,  
Para que cualquier buen hijo  
Aprenda á serlo de ti.

ISIDRO.

Poco hago en su favor,  
Pues en prisiones le veo  
Y no muero de dolor;  
Mas á lo menos proveo  
Más que mi vida su honor.

¡Ah! ¡Quién verle mereciera!  
¡Quién sus males remediar!  
¡Quién sus canas abrazara,  
Aunque en sus manos muriera!

ADRIANO.

Ningún cuidado te den  
Los recuerdos de sus brazos;  
Que antes que helados estén  
Tú morirás en sus lazos,  
Y él en los tuyos también.

Esto en la memoria lleva,  
Y como tan buen cristiano,  
Tu hidalgo esfuerzo prueba.

ISIDRO.

Más gusto me da esta nueva  
Que haber cobrado la mano.

ADRIANO.

Antes, Isidro, verás  
Los campos más poderosos  
Que se han juntado jamás  
Y los hombres más famosos  
Que el siglo celebra atrás,  
Que es ver al Emperador  
Y al gran turco Solimán,  
Su bravo competidor.

ISIDRO.

Verlos quiero: ¿dónde están?  
Llevadme á ver su valor;

Siempre con deseo estuve  
Del bien que hacerme deseas.

ADRIANO.

Pues vente conmigo, sube,  
Te pondré donde le veas  
Encubierto en esta nube.

Súbense ambos en la nube, y suena música, y corren una cortina, donde estarán hasta después.

## JORNADA SEGUNDA.

Hacen dentro ruido de cadenas, que está quitándolas Fuerte Braquío á su padre, y dicen dentro:

BRAQUIO.

Aprisionado alemán,  
Hoy descansan vuestras penas;  
Que, á pesar de Solimán,  
Quebrantaré sus cadenas,  
Que tanta infamia me dan.  
¡Cielo, á pesar de Turquía  
Llevo á mi padre á Viena!  
Ayudadme, valentía,  
Brazos que hierros cercena;  
Reyes, prended algún día,  
En esta noche se prueba,  
Carlos quinto emperador,  
Mi ventura y tu valor (1).

Tocan cajas, y sale Fuerte Braquío en hábito de moro con D. Hugo, su padre.

DON HUGO.

¡Ay, hijo, somos perdidos;  
Que contra nosotros son  
Todos estos alaridos!

BRAQUIO.

Por buenos somos tenidos,  
Mostremos buen corazón.

Ea, padre, no os espanten,  
Dejadlos griten ó canten,  
No hayas miedo que nos cojas,  
Aunque del monte las hojas  
Hechas hombres se levanten.

DON HUGO.

Sígame de mala gana,  
Que es grande temeridad.

BRAQUIO.

Ánimo, sangre cristiana;  
Que yo os daré libertad  
Y volveré por mi hermana.

DON HUGO.

Al arma gritan, ¡já ellos!  
¿Qué hemos de hacer?

BRAQUIO.

Gritemos

Amontonados entre ellos,  
Fingiendo que somos dellos,  
Fues traje turco traemos.

Una noche es tan obscura,  
Que tendremos buen suceso  
Si no nos falta ventura.

DON HUGO.

¡Turcos, que llevan el preso!

(1) Falta el último verso á esta redondilla.

BRAQUIO.

¡Cielo, el peso me asegura!

Vanse.

En lo alto del teatro se descubre San Adriano  
é Isidro en una nube.

ADRIANO.

Grandezas jamás oídas,  
Desde aquí, Isidro, has de ver.

ISIDRO.

Ya veo resplandecer  
Las armas, del sol heridas.

¡Qué de lanzas, qué de picas,  
Qué de arneses, qué de cotas,  
Qué de costosas marlotas,  
Qué de sobrevivistas ricas;  
Qué de soldados feroces,  
Qué de galas, qué de lunas,  
Qué de golos, qué de plumas,  
Qué de gritos, qué de voces;

Qué número de escopetas,  
Qué grandeza de jinetes,  
Qué cantidad de mosquetes,  
Qué nublado de saetas;

Qué limpieza de cuchillas,  
Qué inmensidad de vasallos,  
Qué hermosura de caballos,  
Qué curiosidad de sillars;

Qué de banderas tremolan,  
Qué de atambores atruenan,  
Qué de clarines que suenan,  
Qué de lunas se enarbolan!

Cien mundos podrán vencer,  
Mil reinos conquistarán.

¿Quién es, divino Adrián,  
Quien tiene tanto poder?

ADRIANO.

El campo del Turco es,  
Que contra el Emperador  
Viene abrasado en furor.

ISIDRO.

¿El que vemos?

ADRIANO.

El que ves.

ISIDRO.

¡Oh Carlos quinto famoso,  
Menester has grande ayuda!

ADRIANO.

No temas, porque sin duda  
Ha de volver victorioso.

ISIDRO.

Por tu santidad te juro  
Que me espanta sólo el vellos.

ADRIANO.

Por medio de todos ellos  
Pasó tu hermano seguro.

ISIDRO.

¿Cuándo?

ADRIANO.

Esta noche pasada.

ISIDRO.

¿Y mi padre?

ADRIANO.

Libre está.

ISIDRO.

¿Qué alabanza bastará  
Para tal brazo y espada?  
Sólo falta que me muestres  
El campo santo español.

ADRIANO.

Ocupa su vista el sol  
Y estos árboles silvestres.

ISIDRO.

¿Es tanta la inmensidad  
Del cristiano vencedor?

ADRIANO.

Isidro, sí, en el valor,  
Pero no en la cantidad.

ISIDRO.

Mucho gustaré de vellos.

ADRIANO.

Enseñarte el Apolo  
Que tiene junto en sí solo  
La fuerza de todos ellos.  
Baja la vista á Belgrado,  
Verás los competidores  
Más famosos y mejores  
Que hasta hoy se han coronado.

Tocan música y aparecen Carlos V y el Gran Turco;  
Carlos con la Fe en el hombro y el Mundo á los pies,  
y el Turco á la trocada.

El que no tiene segundo  
Y es de todo el mundo asombro,  
Desde Hispano á Segismundo,  
Mira cómo tiene al hombro  
Nuestra Fe pisando al Mundo.

El solo, sola su espada  
Conserva la Fe sagrada,  
Que si por ella no fuera,  
Hasta en Alemania fuera  
Del todo desarraigada.

Mira el Turco que te espanta,  
Cuya arrogante divisa  
Y cuya soberbia planta  
La Fe por el suelo pisa,  
Y el Mundo al hombro levanta;

Cuya empresa determina  
Que la pujanza otomana,  
De mil vituperios digna,  
Estima la ley mundana,  
Despreciando la divina.

¿Quieres ver más?

ISIDRO.

No podré,  
Que aunque hay tanto en la campaña,  
¿Qué más puede ver quien ve  
Un Emperador de España  
Que tiene al hombro la Fe?  
Llevarme de aquí procura;  
Que por no ver aquel perro

Que pisa nuestra Fe pura,  
Los ojos llorosos cierro  
Y la vida se me apura.

ADRIANO.

Antes te quiero volver  
Al Turco, porque sé cuándo  
Eres allá menester.

ISIDRO.

De ti me estaré acordando,  
Que siempre te he menester.

Abránzase y corren la cortina.

EMPERADOR.

Imperiales caballeros,  
Que siguiendo mis banderas,  
Dejáis la quietud amada  
Por las batallas sangrientas;  
Toledos, Carabajales,  
Mendozas, López, Cabreras,  
Rosas, Arces, Pimenteles,  
Ulloas, Velascos, Cuevas;  
Enríquez, Manriques, Laras,  
Guzmanes, Íñigos, Cerdas,  
Figueroas, Sandovalas,  
Córdovas, Avellanedas;  
Osorios, Haros, Girones,  
Viamontes, Ávilas, Suevas,  
Requesenes, Claramontes,  
Acuña, Ayalas, Menas;  
Venid, veréis en mis hombros,  
No banda de cifras llena,  
No cadena de diamantes,  
No rico collar de perlas,  
Sino la carga más noble  
Que ha sufrido humanas fuerzas,  
La más llena de esperanzas  
Y la más rica de prendas.  
La Fe sustento, cristianos,  
La Fe me han cargado á cuestas,  
La mayor joya del mundo  
Y el mayor bien de la Iglesia.  
Ayudadme á sustentarla,  
Ayudadme á defenderla;  
Que para carga tan grande  
Son muy pequeñas mis fuerzas.  
Para esto quiero las armas,  
Para este fin son mis guerras;  
Sólo por su aumento salgo  
De mi quietud y mi tierra.  
Por ella vierto mi sangre,  
Por su honor, por su defensa;  
Por ella son mis trabajos,  
Mis vigilijs son por ella.  
Por ella salgo de España,  
Por ella vengo á Viena  
Contra el mayor enemigo  
Que conozco contra ella.  
Y sabe Dios que he venido,  
No por ensanchar mis tierras;  
Que no quiero más corona,

Más cetros ni más riquezas,  
Que si yo los tengo en algo,  
Mi pie derecho los muestra,  
Debajo de cuya planta  
Tengo el Orbe de la tierra.  
¡Ea, soldados de España,  
Defendamos nuestra Iglesia!  
¡Católicos españoles,  
Muramos todos por ella!  
¡Viva la Fe! ¡Viva, amigos,  
Y los enemigos mueran!  
¡Al arma contra el Gran Turco!  
¡Guerra, aquí de España, guerra!

Cábrese el Emperador, con música.

SOLIMÁN.

Turcos que tras mi estandarte,  
Cubiertos de medias lunas,  
Venís con honrosos nombres  
Y con honradas condutas;  
Bajáes, Sanjacos, Lequies,  
Arráez, Vélez, Leyes, Muzas,  
Nicolagos, Mostafaes,  
Acangios, Ferragutas  
Y los demás descendientes  
De la insigne sangre turca,  
Que desde el gran Amurates  
Vestís turbantes y aljubas,  
Venid, veréis en mis hombros  
La universal Tierra junta,  
Desde los indianos mares  
A las hercúleas columnas.  
Todo el Mundo tengo en peso,  
Todo mi poder lo ocupa,  
Mis fuerzas lo conquistaron,  
Consérvanle mis astucias.  
Por ganar reinos me armo,  
Por ser gran Rey no se enjugar  
Ni mis alfanjes de sangre,  
Ni mis caballos de espumas.  
En ambiciones me abraso;  
Ellas me llevan y ocupan  
En los peligros mayores  
Y en las más sangrientas dudas.  
Mis soberbios patrimonios  
Permito que se consuman,  
No desagrayando agravios  
Ni defendiendo viudas,  
Sino robando ciudades,  
Y con mis fuerzas injustas  
Haciendo disoluciones  
Y otras tiranías muchas.  
Sólo el dios que reverencio  
Es mi rabia y mi lujuria;  
Ninguna ley obedezco  
Ni guardo razón ninguna.  
La fe del moro blasfemo,  
De la del turco hago burla,  
Escupo la del judío,  
La del alarbe me ofusca;

Pero la que estimo en menos,  
Y la que más me estimula  
Á un grande aborrecimiento,  
Es la que Cristo promulga.  
Debajo los pies la traigo,  
Y si aborrecerle es culpa,  
Soy el hombre más culpado  
Que cuantos estudian culpas.  
Yo haré borrarla del mundo;  
Mis atambores retumban,  
Mis estandartes tremolan,  
Y navegan mis chalupas.  
Contra Carlos quinto vengo  
Vertiendo mi pecho furias,  
Y aunque es mucha la que vierte,  
Es más la que disimula.  
Contra Cristo son mis armas,  
Contra su fe mis astucias,  
Contra su cruz mis banderas,  
Contra su fe mis condutas.  
¡Ea, turcos valerosos,  
Muera la villana chusma,  
Desbaratemos el campo!  
¡Aquí de las medias lunas!

Cúbrese el Turco y dicen dentro «¡Al arma!», y sale  
Abrahín á caballo, con lanza y adarga, cubierto con  
un tafetán, al desafío.

ABRAHÍN.

Soldados entretenidos  
Con esperanzas ligeras,  
Temerosos en las veras,  
Y en las burlas atrevidos.  
Afeminados isleños,  
Si es como decís la España,  
Si un pobre Rey os engaña  
Con intereses pequeños;  
Ya que la fortuna os haga  
Tanto mal, que entre homicidas  
Venís á dejar las vidas  
Por cuatro escudos de paga,  
Dejad la cobarde estancia;  
Que vengo desafiando  
Un hombre de vuestro bando,  
El de mayor importancia.  
Salid, cobardes, salid  
Tras los retos que os envío,  
Que por otro os desafío;  
Seguros estáis de mí.  
¿Qué teméis? que un hombre os llama.

Sale Fuerte Braquío.

BRAQUIO.

¿Quién es el que sin caudal  
Junto á la tienda imperial  
Tantas bravatas derrama?  
Turco, ¿á quién llamas así?  
¿No te atreves á nombralle?

ABRAHÍN.

Llamo á un hombre de buen talle;

Vuélvete, que no es á ti.  
Asegúrate, pobrete.

BRAQUIO.

¿Hay tal arrogancia?

ABRAHÍN.

Llama

Al hombre de mayor fama  
De todo tu campo, y vete.

BRAQUIO.

Dime, ¿quién le desafia?

ABRAHÍN.

El mejor brazo del mundo,  
El que no tiene segundo  
En esfuerzo y valentía.

BRAQUIO.

En efecto, ¿no soy yo?

ABRAHÍN.

Por sí ó por no, di tu nombre.

BRAQUIO.

Yo me llamo.....

ABRAHÍN.

¿Cómo?

BRAQUIO.

El hombre

Que para matar nació.

¿Cómo no me has conocido?

Pues soy el que al Turco asombra,  
Y el que sólo con su sombra  
Deja su campo vencido;

El que quebrantó sus hierros,  
El que pudo libentar  
Al buen don Hugo, á pesar  
De un ejército de perros.

Fuerte Braquío soy, si quieres  
Saber más nuevas de mí.

ABRAHÍN.

¿Fuerte Braquío el mismo?

BRAQUIO.

Sí.

ABRAHÍN.

¡Por Dios, que no sé quién eres!

BRAQUIO.

Soy el más pobre soldado  
Que tiene el Emperador,  
Aquel de cuyo valor  
Quedó el Gran Turco espantado.  
Soy hijo del gran don Hugo,  
De nacimiento alemán,  
Del gran Carlos capitán  
Y vuestro mortal verdugo.

ABRAHÍN.

Muy bien estoy informado.  
¿Fuerte Braquío dices que eres?

BRAQUIO.

Fuerte Braquío soy, ¿qué quieres?

ABRAHÍN.

No eres tú el desafiado.

BRAQUIO.

Pues si no, de mi albedrío,  
Como soldado cristiano,  
Vengo á probarte por mano.



ABRAHÍN.

No es á ti mi desafío.

Apártate y llama gente;  
Envaina. ¡Pobre de ti!

BRAQUIO.

¡Oh perro! ¿Trátasme así  
Porque está mi Rey presente?Yo me aparto, y desafía  
Al que dirigido vienes;  
Que si algún esfuerzo tienes,  
Yo te cogeré algún día.

Sale Juan Bautista, capitán.

BAUTISTA.

Es tanto tu vocear,  
Turco, que soy enviado,  
Si soy el desafiado,  
A que te haga callar.

ABRAHÍN.

¿Quién es este valentón?

BAUTISTA.

Cristianos, desengañadlo.

BRAQUIO.

Es Juan Bautista Cotaldo,  
Capitán de una legión.

ABRAHÍN.

Soldado, seguro estás.

BAUTISTA.

Arrogantes son tus modos.

ABRAHÍN.

¿Cuatro venís? Venid todos,  
Y no nos cansemos más.

BAUTISTA.

¿Quién es al que desafías?  
¿Hemos de saber quién es?

ABRAHÍN.

Sabréislo.

BAUTISTA.

¿Cuándo?

ABRAHÍN.

Después.

BAUTISTA.

¡Gran cólera!

ABRAHÍN.

De las mías.

Sale Antonio de Leiva.

LEIVA.

¡Ah del turco valiente!  
¿Quién son los desafiados?

ABRAHÍN.

No busco viejos cansados.  
Vive tú seguramente.

BAUTISTA.

Antonio de Leiva el fuerte  
Es el que presente tienes.

LEIVA.

¿Mandas algo?

ABRAHÍN.

Flaco vienes;

Pero bien puedes volverte,  
Que no eres el que procuro.

LEIVA.

En fin, ¿me mandas volver?

Sale D. Hugo.

DON HUGO.

Entiendo que no ha de haber  
En el campo hombre seguro  
Deste desafío cruel.

ABRAHÍN.

¿Hay más viejos?

BRAQUIO.

Si los quieres

Como aquél, no los esperes,  
Que no los hay como aquél.

ABRAHÍN.

¿Será tu padre siquiera?

BRAQUIO.

¿Diceslo porque le alabo?  
Pues por ser mi padre acabo,  
Que á no serlo, más dijera.

Sale el Marqués del Basto.

LEIVA.

¿Hombre es éste de valor?

ABRAHÍN.

¿Quién es?

BRAQUIO.

El Marqués del Basto.

ABRAHÍN.

Palabras y tiempo gasto;  
Volverme será mejor.¿Dónde vais, cansados viejos?  
¿Dónde vais casi sin brío?  
Que yo á guerra desafío,  
Que no á dar buenos consejos.

LEIVA.

Pienso, señor General,  
Que puede Vuesa Excelencia,  
Si al Turco ha de dar audiencia,  
Enviar todo el real.

ABRAHÍN.

¿Sabes que soy Abrahín,  
Escudo de Solimán,  
Su amigo y su capitán  
Y su embajador, en fin?  
Pues llama á quien me responda:  
Por quien soy lo he merecido,  
Y por mis obras temido  
Desde Grecia á Trapisonada.

Sale el rey D. Fernando.

Ea, daos prisa á llamarlos.

REY.

¿Quién os está amenazando?

MARQUÉS.

Este es el rey don Fernando,

Hermano del quinto Carlos.

ABRAHÍN.

Tampoco le busco á él.

Sale el Emperador é hincanse todos de rodillas.

EMPERADOR.

¿Está el Turco despachado?

MARQUÉS.

No está aquí el desafiado.

EMPERADOR.

Nómbrele.

ABRAHÍN.

¿Quién es aquél?

LEIVA.

El que entre gente enemiga

Ha ganado fama eterna,

El que con premios obliga,

El que con leyes gobierna,

El que con armas castiga.

MARQUÉS.

El castigador de agraviados,

El premiador de valientes,

El ejemplo de obedientes,

El respetador de sabios,

Y el amigo de prudentes.

BAUTISTA.

El que virtudes enseña,

El que vicios reprehende,

El que cobardes desdeña,

El que poderosos prende

Y el que humildes desempeña.

DON HUGO.

El que siempre duerme armado,

El que por milagro dan,

El que es divino llamado,

El valiente Capitán

Y el obediente soldado.

BRAQUIO.

El que la soberbia humilla,

El que traiciones desvía,

El que reyes atrailla,

El domador de Turquía

Y el defensor de Castilla.

REY.

Y si te parece extraña

La relación que has oído,

Desde aquí te desengaña;

Que para espanto ha nacido

Del mundo, y gloria de España.

MARQUÉS.

Es, en fin, nuestro señor;

Es nuestro escudo y defensa,

Nuestra vida y nuestro honor,

Y por la bondad inmensa

Es éste el Emperador.

Y es el que viene á Viena,

Y el que por la fe cristiana,

Aunque á costa de gran pena,

Pondrá, de sangre otomana,

Rubia la alemana arena.

ABRAHÍN.

¡Por la tierra, por el cielo,

Por el mar alborotado,

Por mi bautismo olvidado,

Por la cristiana que celo,

Por la fe de mi deseo,

Por la religión que invoco,

Que cuanto habéis dicho es poco,

Respecto de lo que veo!

Descubre un divino brío

Entre semblante y persona;

Estímote, mas perdona,

Que á ti viene el desafío.

MARQUÉS.

¿Á quién?

ABRAHÍN.

Al prudente, al manso,

Al franco, al discreto, al diestro,

Á vuestra luz y maestro,

Á vuestra vida y descanso.

Y no imagines que es mío

Este atrevimiento, no;

Que el Gran Turco me envió,

Y ves aquí el desafío.

Quita el tafetán con que está tapada la adarga, y descúbrese un pergamino con letras azules y coloradas y algunos sellos, y lee el Marqués del Basto:

MARQUÉS.

«*Reto.*

«Solimán, Sultán, Rey de los reyes y señor de los señores, y Emperador universal del mundo. Á ti, Carlos V, salud, si la descas. Ya has visto el gran poder con que vengo y el poco con que me esperas. Si acordándote de tu nobleza quieres acabar esta guerra sin sangre de tantos cuerpos, cuerpo á cuerpo te desafío: espérame en Viena, donde, si me vencieres, te haré señor de mis Imperios, y si te venciere, me apoderaré de tu pequeño Señorío. Dios te prospere para que me dé mayor gloria de vencimiento.—*Solimán, Sultán y Gran Turco.*»

No sufrirá fácilmente

Castilla cosa tan nueva.

DON HUGO.

Alemania lo reprueba.

LEIVA.

Italia no lo consiente.

REY.

Roma con su Imperio dice

Que no le está bien querello.

DON HUGO.

Bohemia no viene en ello.

BRAQUIO.

Y Flandes lo contradice.

EMPERADOR.

Flandes, España, Castilla,

Bohemia, Alemania, Hungría,

La gran Nápoles, ya mía,

Y desde Cuenca á Sevilla,

Y cuantos reinos de nuevo  
Algún tributo me dan,  
Contradecirlo podrán,  
Pero yo solo lo apruebo.  
Yo acepto el desafío,  
Y le aguardo con seguro  
En Viena, junto al muro,  
De estotra parte del río,  
Y llevaos esta presea.

Dale una cadena.

ABRAHÍN.

Prospera el cielo tu estado:  
Voyme con harto cuidado,  
Hasta que otra vez te vea.

Vase.

EMPERADOR.

¿Tan cobarde habéis sentido  
Este imperial corazón?  
¿Tantas mis flaquezas son?  
¿Tan poco soldado he sido?  
Si es porque os han informado  
Que es único en pelear,  
¿Con quién puedo yo ganar  
Más que con tan gran soldado?

MARQUÉS.

Todos de tu acuerdo son.

EMPERADOR.

De mi vida os aseguro;  
Que es mi pecho fuerte muro  
Y grande mi corazón.

Vanse todos, y dentro dice el Turco, alborotado:

SOLIMÁN.

¡Soldados, que me agravian, que me hieren,  
Que me quita la vida un gran soldado!  
Robarme el reino y enfrentarme quieren,  
Mirad que me tenéis desamparado.  
Vénganme á defender los que me oyeren,  
Que me han aprisionado descuidado;  
Que me mata un cristiano caballero,  
Defendiendo la fe con el acero.

Salen Zelin y Escander alborotados.

ZELÍN.

Oigo en su tienda, Escander,  
Una vocería extraña.

ESCANDER.

Santo Alá, ¿qué puede ser?

Córrase una cortina, y vese á Solimán durmiendo  
sobre unas almohadas, y el Emperador armado, sobre  
él, con la espada desnuda.

SOLIMÁN.

¡Que me mata el Rey de España,  
Sin poderme defender!

ESCANDER.

Pero ¿cómo estás de hinojos?

Cúbrese el Emperador.

SOLIMÁN.

Vile vertiendo centellas,  
Iras, cóleras y enojos,  
Y yo, temeroso dellas,  
Arrodilléme á sus ojos.

ZELÍN.

¿Adónde está el Rey? ¿Qué es dél?

SOLIMÁN.

¡Ah, cobarde, que eres ido!

ZELÍN.

Vamos, Escander, tras él.

SOLIMÁN.

Como me sintió dormido,  
Mostrábaseme cruel,  
Y en despertando, se huyó.

ESCANDER.

Que me maten, si entre sueños  
No se te representó.

SOLIMÁN.

Son enemigos pequeños  
Para que los tema yo.  
Más que sueño había de ser.

ESCANDER.

Soberano Emperador,  
Pronósticos pueden ser  
De algún peligro mayor.

Debes vivir recatado;  
Que es valiente el enemigo  
Que tienes desafiado.

SOLIMÁN.

¿Valiente? Nadie conmigo.

ESCANDER.

¡Por Alá, que es gran soldado!

Y las sospechas me aumenta  
De algún contrario suceso,  
Desque se me representa  
Cómo te llevaba preso:  
Ten con tu salud gran cuenta.

SOLIMÁN.

Parecióme que le vía  
Con una espada desnuda  
Y con ella me hería.

ESCANDER.

Fué mal agüero.

SOLIMÁN.

No hay duda;

Que hasta aquí no le temía,  
Y ya tengo algún temor  
Y algún recelo me cuesta.  
¿Adónde está mi valor?  
¿Qué nueva mudanza es ésta,  
O qué nuevo deshonor?  
¿Yo temo á Carlos de España?  
¿Y yo temo á un reyezuelo?  
¿Un roble teme á una caña?  
O me agravia el mismo cielo,

Ó algún hechizo me engaña.  
Venga, venga al desafío,  
Hagamos entrambos guerra,  
Y ensancharé con su tierra  
Mi dichoso Señorío.

Sale Abrahín con lanza y adarga (viene del reto) y  
vanse Zelin y Escander.

ABRAHÍN.

A la presencia he llegado  
Del gran Solimán temido,  
Con el mucho andar cansado,  
Y con la razón vencido  
Del mismo desafiado.

Apéase del caballo.

¡Oh gran Monarca!

SOLIMÁN.

Esperaba

Por momentos tu venida,  
Y tu tardanza culpaba.

ABRAHÍN.

Defienda el cielo tu vida,  
Que es para una espada brava.

SOLIMÁN.

¿Cuya espada?

ABRAHÍN.

De un cristiano

Apacible, fuerte y grave,  
Comedido, cortesano,  
Áspero, manso, suave,  
Piadoso, grave y llano.

Gran discreción, gran prudencia,  
Gran fama, gran valentía,  
Gran hombre, gran excelencia,  
Gran valor, gran cortesía,  
Gran crédito, gran clemencia,  
Gran resolución, gran brío.

SOLIMÁN.

Bien le pintas.

ABRAHÍN.

Aún no pinto

Su natural señorío.

SOLIMÁN.

¿Quién es éste?

ABRAHÍN.

Carlos quinto,

Que ya aceptó el desafío.

Y pluguiera á Alá que entrara  
Robando toda tu tierra,  
Que tus límites quemara,  
Que nos venciera en la guerra,  
Que en la paz nos gobernara;  
Que quebrara tus mosqueas,  
Que prendiera tus vasallos,  
Que arrastrara tus bonetes,  
Que ganara tus caballos,  
Que matara tus jinetes;  
Que despedazando entrara,

Que arruinando saliera,  
Que á Trapisonda asolara,  
Que á Galacia destruyera  
Y que nunca le aceptara.

SOLIMÁN.

¡Oh perro! ¿Abatirme quieres  
Con tantas desconfianzas?

ABRAHÍN.

No te ofendas ni te alteres;  
Que todas sus alabanzas  
Son tuyas si le prendieres.

Y no se puede excusar  
Entre los dos la batalla:  
Vence y procura ganar;  
Que sólo falta ganalla  
Para hacerte adorar,

SOLIMÁN.

¿En qué has echado de ver  
Que mi contrario es tan grave?

ABRAHÍN.

En el blando proceder;  
Que quien hablar manso sabe,  
Furioso sabe vencer.

Quien blasona, quien voceas,  
Quien agravia, quien afrenta,  
Quien sus propias obras cuenta,  
Habla, pero no pelea.

Quien se humilla hasta la tierra,  
Quien al más bajo se iguala,  
Es la furia de la guerra,  
Y en entrando vencerá,  
Y cualquier temor destierra.

Carlos quinto se allanó  
Y tanto, que en su semblante  
Dió á entender que te temió,  
Y es pronóstico bastante  
Para que le tema yo.

SOLIMÁN.

¿Por qué no me ha de temer?  
¿Por qué no me ha de temblar,  
Si es del cielo mi poder,  
Si nací para matar,  
Si crecí para vencer?

Marche al campo donde espera,  
Y nos veremos los dos,  
Y muera España, y él muera,  
Que el Turco soy.

ABRAHÍN.

Quiera Dios.

SOLIMÁN.

Quiera Dios, y aunque no quiera.

Sale Mahomad con seis niños cautivos.

MAHOMAD.

Aquí está el gran Solimán;  
Poneos por tierra postrados.

SOLIMÁN.

¿Quién son?

MAHOMAD.

Del saco alemán

Los envían tus soldados,  
Que abrasando pueblos van.  
Toda Alemania rindieron  
Los quince mil de á caballo  
Que á reconocer salieron,  
Sin ser parte á remediallo  
Cuantos socorros vinieron.

SOLIMÁN.

¿Y el famoso Emperador?

MAHOMAD.

Ninguna gente ha enviado  
De industria ni de valor.

SOLIMÁN.

Temor no, que es gran soldado,  
Gran espada, gran valor,  
Gran discreción, gran prudencia,  
Gran fama, gran valentía,  
Gran hombre, gran excelencia,  
Gran valor, gran cortesía,  
Gran crédito, gran clemencia.

Es franco, es grave, es honrado,  
Es magno, afable y fiel,  
Es temido, es adorado.

MAHOMAD.

¿Quién ha dicho tanto dél?

SOLIMÁN.

Abrahán me lo ha contado.

MAHOMAD.

Grandes cosas se publican  
De su valor y bondad,  
Pero no las certifican.

ABRAHÍN.

Key, yo te digo verdad,  
Y no los que me replican:  
Y á nuestro Mahoma invoco,  
Que puede hacerte gran daño.

SOLIMÁN.

Despedázame este loco.

ABRAHÍN.

Pues porque te desengaño  
¿Me tienes, señor, en poco?

Yo callaré, si te ofendo.

SOLIMÁN.

Vete á descansar, cobarde,  
Que tú naciste temiendo.

ABRAHÍN.

Voyme.

SOLIMÁN.

Vete.

ABRAHÍN.

Dios te guarde,

Y me dé lo que pretendo.

Vase.

SOLIMÁN.

En fin, ¿han hecho gran presa  
Los quince mil que envié?

MAHOMAD.

Aun nunca su furia cesa;  
Treinta mil almas conté

Cautivas.

SOLIMÁN.

¡Gran suerte es ésal!

MAHOMAD.

Estos rapaces hermosos  
Se escogieron para ti.

SOLIMÁN.

Padre hallarán en mí.  
Besad el pie.

Bésanle los pies los niños.

MAHOMAD.

Están llorosos.

SOLIMÁN.

Levántense, y preguntadlos  
Por su ley; y hagamos paces  
Si es buena, y si no, matadlos.

MAHOMAD.

¿Á quién adoráis, rapaces?

TODOS.

Á Cristo.

Dales Mahomad de llofetones.

SOLIMÁN.

Abofeteadlos.

¿Vos lloráis, perros tiranos?  
Llamá á vuestro Emperador,  
Que os defienda de mis manos,  
Pues dicen que es su valor  
Para defender cristianos;

Dad voces al quinto Carlos  
Y á sus armas, que os amparen.

MAHOMAD.

¿Quién bastará á remediarlos?

SOLIMÁN.

Si todos no renegaren.  
Mandaréis apedrearlos.

NIÑO 1.º

Por Cristo pienso morir,  
Por Dios he de padecer.

NIÑO 2.º

Á Esteban he de seguir.

NIÑO 3.º

Como Laurencio he de ser.

NIÑO 4.º

Como Paulo he de sufrir.

NIÑO 5.º

Denme el fuego de Lucía.

NIÑO 6.º

La cruz aplico de Acacio.

NIÑO 1.º

El aspa de Andrés es mía.

NIÑO 2.º

Mios los peines de Ignacio.

NIÑO 3.º

Mío el hierro de Matía.

SOLIMÁN.

Cargadlos de hierro á éstos;  
Que yo los regalaré

Con semejantes sucesos.

NIÑO 4.º

Aun muertos tendremos fe,  
Cuanto más estando presos.

Lleva Mahomad los niños presos, y entra Isidro

SOLIMÁN.

En éstos pienso vengarme:

Hijos de aquellos leones,

¿Qué, pensáis despedazarme?

ISIDRO.

¡Oh Santo! En parte me pones,

Donde podré acreditarme.

Solo hallo á Solimán:

¿En qué estará entretenido?

SOLIMÁN.

Yo diera al Rey alcán,

Por tres solos que he perdido,

Cuantos cautivos me dan.

Libróse de la prisión

Don Hugo, y aquel soldado

Su hijo, cuya opinión

Me tenía aficionado,

Huyó sin contradicción.

Y aquel rapacillo bello

Que la mano hice cortar,

O murió por dicha dello,

Que no me ha vuelto á hablar,

Ni yo he vuelto más á vello.

Sólo me quedó la esquivo,

Libre en su mucha entereza,

Aunque en el traje cautiva,

Cuya beldad y aspereza

No me consiente que viva.

Pero ya no hay que esperar,

Y si más me replicare,

Pienso hacerle degollar.

Llega Isidro á Solimán

ISIDRO.

Si la espada te faltare,

Yo la mandaré buscar,

Y pondré en el pregón

Tu sentencia, si te agrada;

Que desta breve jornada

Traigo, para esta ocasión,

Sana la mano cortada.

¡Vesla aquí! Se ensoberbece

Contra mi hermana querida,

Y tu sentencia obedece;

Que una gota bien vertida,

Toda la sangre ennoblece.

Dios me la dió; no te asombre

Verme, por milagro, sano;

Y porque alabe su nombre,

Dios me dió la misma mano

Que mandó cortar un hombre.

Y porque un suceso tal

Me honre toda la vida,

Y haga mi honra inmortal,

Aunque me sanó la herida

Me quedó aquí la señal.

SOLIMÁN.

Confieso que fué grandeza,

Pero quiero probar yo,

Por medio de mi firmeza,

Si el que la mano te dió

Te podrá dar la cabeza.

Sale Zelín.

SOLIMÁN.

¡Hola! Zelín, pon de hinejos

Esa alemana centella,

Ponle un pañuelo en los ojos,

Saca el alfanje, y degüella

Su garganta y mis enojos.

Pónese Isidro de rodillas, y Zelín le tapa los ojos y desnuda el alfanje, y alza la mano para darle, y detiènele el Turco.

SOLIMÁN.

Espera un poco.

ZELÍN.

Ya iba

Descargando el golpe fiero.

SOLIMÁN.

Quiero que un momento viva;

Trae, Zelín, que aquí la espero,

Aquella ingrata enemiga.

Va Zelín á llamar á Juliana.

SOLIMÁN.

Hela enviado á llamar

Para que te vea morir,

Pues á mí me ve penar.

ISIDRO.

Mándala presto venir;

Que me canso de esperar,

Y tanto el morir me agrada,

Que un hora que lo dufieres

Me das la muerte doblada.

Salen Abrahín, Juliana y Zelín.

JULIANA.

Ya vengo á ver qué me quieres.

ABRAHÍN.

Cristiana, haz como honrada.

SOLIMÁN.

Ea, Zelín, ejecuta

Mi voluntad absoluta,

Que es cortar esa cabeza

Si no amansa la aspereza

Que á libertad se le imputa.

Si agradeces mi afición,

Esa garganta, cristiana,

Merecerá mi perdón.

ISIDRO.

Déjame morir, hermana,  
Que es costosa condición;

No te enterezca el amor  
Ni el verte de mí querida.  
Trátame con gran rigor,  
Que no quiero yo la vida  
Tan á costa de tu honor.

Morir quiero como honrado;  
Ten firme, honesta alemana,  
Que tendré yo más cuidado  
En verte mala cristiana,  
Que verme tú degollado.

JULIANA.

¡Ah honra y gloria albaneza (1),  
Y tu linaje alemán!

Perdóname si es braveza;  
Que he de darle á Solimán  
De mi hermano la cabeza,  
Pues con ella honra te dan.

Sufre la píldora amarga  
Que con la muerte se bebe;  
Que menos disgusto carga  
Una muerte honrada y breve  
Que una vida infame y larga.

Casada dicen que fuí,  
Y pues soy de mi marido,  
Aunque no le conocí,  
Podré llorarle perdido,  
Mas no entregarme por ti.

Muramos en un momento,  
Yo por buena, tú por fiel,  
Y sirvanos de instrumento,  
A ti, la espada de Abel,  
Y á mí, el mismo sentimiento.

Ea, sangre de don Hugo,  
Que porque veas el valor  
Que al cielo darne le plugo,  
A pesar del juez traidor,  
Quiero yo ser el verdugo!

Quitale Juliana el alfanje al Turco, y vale á dar  
á Isidro.

JULIANA.

Recibe el honrado fin  
De mi vencedora mano,  
Santo Abel; que soy Caín.

SOLIMÁN.

¡Oh pensamiento tirano!  
Tenle ese brazo, Abrahín.

ABRAHÍN.

¡Tente, mujer celebrada,  
Que en el cielo quedas puesta!

SOLIMÁN.

¡Eres tigre?

JULIANA.

Soy honrada,

Soy cristiana, y soy honesta,  
De noble casta, y casada.

Desvendan á Isidro.

SOLIMÁN.

Quede libre, desatadle,  
Y el valor de esa mujer  
Escribidle y celebradle.  
Nunca te puedo vencer,  
Cánsome contigo en balde.  
¿Qué dices desta extrañeza?

ABRAHÍN.

Sedientos son del honor.

SOLIMÁN.

No crió Naturaleza  
En hombre mayor valor,  
Ni en mujer mayor firmeza.  
El perderte me lastima,  
Pero tu mucha bondad  
A no ofenderte me anima.

ISIDRO.

¡Oh preciosa honestidad,  
Que aun tu enemigo te estima!

SOLIMÁN.

Llevala, y en una tienda  
Guarde apartada su ley  
Sin que ninguno la ofenda;  
Que el que es honrado, ése es rey,  
Y honra es bien que el Rey aprenda.  
Y yo libertad te diera,  
Si no por cierto temor.

ISIDRO.

Pues venciste, persevera.

SOLIMÁN.

¡Oh verdadero valor!

ABRAHÍN.

¡Oh nobleza verdadera!

Vanse todos y queda Abrahín, y prosigue

Cautivo quedo de ver  
La verdad deste mozuelo  
Y el celo desta mujer;  
Que tal bondad y tal celo  
Divinos deben de ser.

Y de suerte me ha prendado  
Aquesta albanesa bella,  
Que aunque la venzo en estado,  
Me desposara con ella  
Si no fuera desposado.

Mas, con todo, he de probar,  
Que volviéndome á la fe,  
Quizá la podré obligar.  
¡Oh mujer, perdóname,  
Que hoy te comienzo á amar!

Deja la crueldad aparte;  
Que aunque vivo como moro,  
Tengo en Cristo alguna parte,  
Y ¡vive Dios, que te adoro  
Con resolución de honrarte!

(1) Sic, por «albanesa».

Aquellos nobles recelos  
Que Solimán me causaba,  
Favorezcan hoy los cielos;  
Que algo me pronosticaba  
Aquel morirme de celos.

Toquen dentro una caja

Caja tocan á consejo;  
Allá voy de cumplimiento.  
Justo y noble pensamiento,  
En tus santas manos dejo  
Este negocio que intento.

### JORNADA TERCERA.

Salen los niños cautivos quejándose, cada uno  
por su parte.

NIÑO 1.<sup>o</sup>

Hambre, vendiéndome vas.

NIÑO 2.<sup>o</sup>

¡Oh sed que abrasa mi pecho!

NIÑO 3.<sup>o</sup>

¡Oh crueldad, basta lo hecho!

NIÑO 4.<sup>o</sup>

¡Oh persecución, no más!

NIÑO 5.<sup>o</sup>

¡Oh furia de un turco airado

¿Hasta cuándo has de crecer?

NIÑO 6.<sup>o</sup>

¡Oh perpetuo padecer,

Infierno disimulado!

NIÑO 1.<sup>o</sup>

¡Oh cristiandad maltratada

NIÑO 2.<sup>o</sup>

¡Oh noble sangre vertida!

NIÑO 3.<sup>o</sup>

¡Oh triste y penosa vida!

NIÑO 4.<sup>o</sup>

¡Oh muerte nunca acabada!

NIÑO 5.<sup>o</sup>

Cristianos, no os amedrenten

Las pesadumbres que os dan;

Que aunque ellas creciendo van,

Cuanto más os atormenten,

Tanto menos durarán.

Quedó vencido el tirano

Y victoriosa la Fe.

NIÑO 6.<sup>o</sup>

Como bueno sufriré.

NIÑO 1.<sup>o</sup>

Sufriré como cristiano.

NIÑO 2.<sup>o</sup>

Como fuerte sufriré.

NIÑO 3.<sup>o</sup>

Resistiré como honrado.

NIÑO 4.<sup>o</sup>

Resistiré como fiel.

NIÑO 5.<sup>o</sup>

Pelearé como soldado.

NIÑO 6.<sup>o</sup>

En mí hallaréis otro Abel.

NIÑO 1.<sup>o</sup>

En mí á Isaac crucificado.

NIÑO 2.<sup>o</sup>

¡Viva la Iglesia, á pesar

Desta canalla perdida!

NIÑO 3.<sup>o</sup>

¿Osaréis apellidar

Á Cristo?

TODOS.

Sí. ¡Cristo viva,

Aunque nos manden matar!

NIÑO 4.<sup>o</sup>

Aquí tengo la garganta

Para entregarla al tormento

NIÑO 5.<sup>o</sup>

Niños, ¡viva la Fe santa!

NIÑO 6.<sup>o</sup>

Cristo es Dios.

Sale Abrahán

ABRAHÍN.

¿Qué atrevimiento?

Este alboroto levanta?

El Turco os manda azotar.

NIÑO 1.<sup>o</sup>

Ofenda, azote, atormente.

¡Viva Cristo á su pesar!

TODOS.

¡Viva!

ABRAHÍN.

Niñez inocente,

No os vengo yo á maltratar,

Sino á regalaros vengo.

NIÑO 2.<sup>o</sup>

¿Qué bien nos puede él hacer?

ABRAHÍN.

Algún regalo os prevengo;

Quiero daros de comer

Por la voluntad que os tengo

NIÑO 3.<sup>o</sup>

¿En turco tanta piedad?

ABRAHÍN.

Soy de los turcos piadosos

¡Hola! Esos panes sacad:

Sentaos, niños virtuosos,

Y vuestra hambre aplacad.

Sale un paje con una canastilla de pan y hácelo  
pedazos, y dalo á los niños

NIÑO 1.<sup>o</sup>

¿De un turco tomamos pan?



ABRAHÍN.

Comed, no os canséis en vano;  
Que las manos que os lo dan,  
Manos fueron de cristiano,  
Y de cristiano serán.

Comed, nobles corazones,  
Que veis aquí os doy partidas  
Vuestras pequeñas raciones;  
Comed, sustentad las vidas  
Para tantas sinrazones.

Repárteles el pan, y sale Juliana

JULIANA.

Las tristes voces de aquellos  
Que el Turco trata tan mal,  
Me traen de mi tienda á vellos.  
¡Abrahín aquí! ¿Quién vió tal?  
Pan les da sentado entre ellos.

Siempre este hombre ha descubierto  
Una nobleza cristiana  
Y un buen término encubierto.

ABRAHÍN.

Los que ves son, Juliana,  
Granos de trigo encubierto,  
Para cogerlos después  
Convertidos en tesoro.

JULIANA.

¿Dónde?

ABRAHÍN.

En el cielo.

JULIANA.

¿No ves

Que no le pisan pies moros?

ABRAHÍN.

Pisarle he con otros pies.

JULIANA.

No te entiendo, aunque agradezco  
El trato destes rapaces.

ABRAHÍN.

Aun servirlos no merezco.

JULIANA.

Tengo en mucho lo que haces.

ABRAHÍN.

Y ten en más lo que ofrezco.

JULIANA.

¿Qué ofreces?

ABRAHÍN.

Yo lo diré:

La vida, el alma, la fe.

JULIANA.

Esa es mucha liviandad.

ABRAHÍN.

¿Mucha liviandad? ¿Por qué?

¿Por tu mucha honestidad?

Porque es tal el amor mío,  
Que no son tus ojos bellos  
Los que vencen mi albedrío,  
No tus dorados cabellos,  
No tus cejas ni tu brío;

No tu boca, no tu frente,

No tus mejillas hermosas,  
No tu sol resplandeciente,  
No tus labios ni tus rosas,  
No tu discreción prudente;  
No tu divina beldad,  
No tu pico soberano,  
No tu afable gravedad,  
No tu delicada mano.

JULIANA.

Sino ¿qué?

ABRAHÍN.

Tu honestidad.

Sólo por ella me muero  
A entregarte el corazón,  
Que aunque á desecharlo pruebo,  
Páreceme que te debo  
Justamente esta afición.

JULIANA.

¿Por qué?

ABRAHÍN.

No sé qué hallo en ti

Que justifica mi amor;  
Algún milagro hay aquí.

JULIANA.

Siempre he guardado mi honor,  
Nunca mi honor ofendí.

Si en escuchar liviandades (Aparte)  
Mi honestidad ofendía:

Amor, ¿qué me persuades?

¿Qué mudanza es ésta mía?

¿Qué nuevas diversidades?

Que me parece que ofendo

Este turco en no le amar:

Pensamiento, no os entiendo.

Sale Isidro.

ISIDRO.

¿Qué es esto, hermana?

JULIANA.

Penar.

ISIDRO.

¿Que te está Abrahín diciendo?

¿Con un turco te entretienes?

¿Cómo consenten cristianos

Esta ofensa?

ABRAHÍN.

No condenes,

Isidro, males livianos,

Que pueden parar en bienes.

No soy turco.

ISIDRO.

¿Cómo así?

ABRAHÍN.

La ley cristiana guardé

Y el bautismo recibí.

ISIDRO.

Dime cómo.

ABRAHÍN.

Sí diré;

Escúchame atento.

ISIDRO.

Di.

ABRAHÍN.

De hidalga sangre y nobleza  
 Nací en Pergamo de Albania;  
 Cristianos fueron mis padres,  
 Y mis costumbres cristianas.  
 Crecí, y criéme en la guerra,  
 Ejercitando las armas  
 En aumento de la Iglesia  
 Y en defensa de la patria.  
 Desposéme por poderes  
 Con una dama alemana,  
 Y para verme con ella  
 Salí de mi patria y casa.  
 Quiso Dios que en el camino,  
 Y quisolo mi desgracia,  
 Dos corsarios me prendieron  
 En la mar, cuando pasaba.  
 Lleváronme á Solimán,  
 Que, aunque mozo, ya reinaba:  
 Aficionóse á mis obras  
 Con voluntad declarada.  
 Y con persuasiones suyas  
 ¡Ay, Dios! ¿cómo no me acabas?)  
 Tomé la ley de Mahoma,  
 Olvidando la cristiana.  
 Aprendí su trato y lengua,  
 Y tañéndole una harpa,  
 La voluntad del Gran Turco  
 Gané con lisonjas vanas.  
 Era en todo muy agudo,  
 Y juntamente mostraba  
 Fidelidad en las obras,  
 Y donaire en las palabras.  
 Hízome Bajá en la guerra,  
 Y en esta empresa pasada  
 Que ganó el Turco en Hungría,  
 Fui General de la Armada.  
 Tomó á Belgrado mi industria,  
 Y para justificarla,  
 Trájome agora á Viena  
 Con mayores esperanzas;  
 Donde, prendiendo á tu padre,  
 Se aficionó de tu hermana  
 El gran Solimán mi dueño,  
 Y comenzó á granjearla.  
 Y con celos que de él tuve,  
 Apartarle procuraba  
 Del pensamiento amoroso,  
 Empleándole en las armas.  
 Enviéme al desafío  
 Á Carlos V de España,  
 Cuya presencia dichosa  
 Me dió mil vueltas al alma.  
 Reducirme determino  
 Á la vivienda pasada,  
 Y confesando mi culpa,  
 Volverme á la fe cristiana.  
 Y con este pensamiento,  
 Aficionéme á tu hermana,

Para casarme con ella,  
 Que no para deshonrarla.  
 Y hago juramento á Cristo  
 Y á su encarnación sagrada,  
 Á su bautismo, á su muerte,  
 Á su vida, á sus palabras,  
 Que es la verdad lo que digo:  
 Y porque certificada  
 Quedes de mi pensamiento,  
 Recibe este anillo en arras,  
 Prenda de mi muerta esposa,  
 No conocida, y llorada.

Dale Abrahín un anillo á Juliana, y lo mira mucho.

JULIANA.

Este anillo es conocido;  
 Aquesta sortija fué  
 La que á mi esposo envié:  
 Isidro, éste es mi marido.

ISIDRO.

¿Tienes, por dicha, guardado  
 De tu esposa algún papel?

ABRAHÍN.

Éste.

Dale un papel, y mirale Juliana.

JULIANA.

Mi letra es ésta, y él  
 De mi mano está firmado.

ISIDRO.

Éste es tu marido, hermana.

ABRAHÍN.

¡Oh mi bien! Tu abrazo espero.

ISIDRO.

Eso no, Abrahín: primero  
 Os volv é á la fe cristiana.

ABRAHÍN.

Vamos al Emperador,  
 Confesaré en su presencia  
 Mi culpa.

ISIDRO.

Pide licencia

Á Solimán tu señor,  
 Como que vas á otra cosa  
 Que á su servicio convenga.

JULIANA.

Aquí viene el Turco.

ABRAHÍN.

Venga;

Yo libertaré á mi esposa.

Salen el Gran Turco, y levántanse los niños, que han estado comiendo.

SOLIMÁN.

Después de aquel sueño horrendo,  
 En que la espada imperial  
 Vi mi persona ofendiendo,  
 El temor me tiene tal,

Que yo mismo no me entiendo:

¿Qué hay, Abrahín, con cristianos?

ABRAHÍN.

Reprecho estos villanos,

Que despreciándote están.

SOLIMÁN.

No estoy seguro en tus manos,

Que, en efecto, les das pan;

Pero ¿qué dicen, reniegan?

NIÑO 3.º

¿Renegar? Morir queremos.

ABRAHÍN.

Llorando por Cristo ciegan.

NIÑO 4.º

Cien mil muertes sufriremos

Si á darla tus fuerzas llegan.

SOLIMÁN.

Poco tardaré en verter

Vuestra sangre fementida,

Si no me queréis creer.

Sale Mahomad sangriento el rostro.

MAHOMAD.

Gran Turco, guarda tu vida,

Y apérbete tu poder:

Mahomad soy, el caudillo

De los quince mil caballos.

SOLIMÁN.

Mucho me espanto de oílo.

MAHOMAD.

Carlos quinto á tus vasallos

Los va pasando á cuchillo,

Y á mí me dejó con vida

Don Hugo, tu prisionero,

Cuya fuerza esclarecida,

Como fuerte caballero,

Vengó su patria querida.

Con solos mil nos vencieron,

Y no fueron veinte dellos

Los que en la guerra murieron

SOLIMÁN.

Colgalde por los cabellos.

MAHOMAD.

Mis culpas lo merecieron;

Y aunque este premio recibo,

Como á mi señor te advierto,

De parte de aquel cautivo,

Que si no quieres ser muerto,

Vuelvas las espaldas vivo.

Mira que el Emperador;

Que tienes desafiado,

Es perpetuo vencedor;

Su brazo, de gran soldado,

Y de gran Rey su valor.

SOLIMÁN.

Yo te agradezco el consejo

Colgalde de un robe luego.

ABRAHÍN.

No hay réplica.

JULIANA.

¡Pobre viejo!

SOLIMÁN.

Voyme, español rayo y fuego,  
Y victorioso te dejo.

Ya os dejo, campos amenos,  
De España me voy temblando;  
Que estos hombres, de ira llenos,  
Son como rayos sin truenos,  
Que despedazan callando.

No quiero esperar la espada  
Que despedazarme espera;  
Que aunque ella ser mansa quiera,  
El que la temió soñada,  
La temerá verdadera.

Huyendo me voy; soldados,  
Suenen esos atambores  
Roncos y desconcertados,  
Y vuélvanse amedrentados,  
Pues no vuelven vencedores.

Arrastrando las banderas  
Marche el campo hacia Belgrado.

ABRAHÍN.

Si mis consejos creyeras,  
No llegaras á este estado  
Ni esta huida hicieras.

SOLIMÁN.

Lleva esa cruel cautiva  
Á Constantinopla, adonde  
Quiero que penando viva.

ISIDRO.

Á quien eres corresponde;  
Que tu esposa llevas viva.

Vete al gran Carlos con ella,  
Que te será buen amigo.

ABRAHÍN.

Gracias á mi buena estrella,  
Quiero llevarte conmigo.

ISIDRO.

Procura salvarla á ella;

Que yo quedo á ennoblecir  
El buen crédito cristiano.

SOLIMÁN.

¿No llevas esa mujer?

ABRAHÍN.

¿Irá con ella su hermano?

SOLIMÁN.

No, que le he yo menester.

Vete presto.

ABRAHÍN.

Mucho siento

Dejarte en esta prisión.

ISIDRO.

Pues yo quedo muy contento.

ABRAHÍN.

¡Oh gloria de tu nación!

JULIANA.

¡Oh causa de mi tormento!

Vanse Juliana y Abrahín, y tocan cajas.

ISIDRO.

Los turcos se van marchando,

Libre queda nuestra tierra.

SOLIMÁN.

Estaréisme murmurando,  
De ver que temo la guerra  
Y que vence vuestro bando;

Mas por mi legislador,  
Cuya injusticia me aira  
Y causa este deshonor,  
Que ya que mi miedo admira,  
Ha de admirar mi rigor.

Vosotros seréis la presa  
En que se vengue mi afrenta.

NIÑO 2.º

Cumple tu rabia, si es ésa.

NIÑO 3.º

Por mi parte, no me pesa.

NIÑO 4.º

Yo consiento tu castigo.

NIÑO 5.º

Tu cruel sentencia apruebo.

NIÑO 6.º

Yo á cualquier pena me obligo.

NIÑO 1.º

Inventa un tormento nuevo  
Y ejecútalo conmigo.

Salen Zelin y Escander, capitanes.

ESCANDER.

¿Cómo es esto? ¿Quién ordena  
Que el ejército se parta  
Sin victoria de Viena?

ZELÍN.

¿Quién de la guerra te aparta?  
¿Quién tu buen celo condena?  
¿Tu flojedad cómo es tanta  
Que huyes infamemente?

SOLIMÁN.

Camine apriesa la gente;  
Que el hombre que á mí me espanta,  
No hay rey á quien no amedrente.

El Emperador de España  
Me hace que el campo lleve.

ESCANDER.

Grande mengua, infamia extraña!

ZELÍN.

Algún villano te engaña,  
Ó algún cobarde te mueve.

¿Tú temes? ¿Tú te amedrentas?

¿Tú huyes acobardado?

¿Vive el cielo, que me afrentas!

ESCANDER.

¿No es Carlos quinto un soldado?

¿Por qué su crédito aumentas?

SOLIMÁN.

¡Oh perros! Disimulados

Encubris con mi temor

Los vuestros acobardados,

Pues temo al Emperador.

ZELÍN.

¿Qué son siete mil soldados?

SOLIMÁN.

¿Qué? Son siete mil millones,  
Que es su próspera fortuna  
Espanto de mil naciones.

ISIDRO.

¡Oh gran Carlos quinto! Hoy pones  
Tu fama sobre la luna.

SOLIMÁN.

¡Oh perros! ¿En mí presencia?  
Poned aqueos villanos  
Donde paguen su insolencia.

ISIDRO.

Hidalgos, si sois cristianos,  
Alto; á morir con paciencia.

NIÑO 1.º

¡Viva Cristo!

TODOS.

¡Cristo viva!

SOLIMÁN.

En cruces altas poné

Esa canalla cautiva;

Mi cólera vengativa

En ellos quebrantaré.

Venga el Monarca español

Y halle martirizados

Sus alemanes amados.

ISIDRO.

Hoy se ha de parar el sol

Á veros martirizados.

SOLIMÁN.

Á los soldados más bravos

De mi campo los entrega.

ISIDRO.

¡Oh venturosos esclavos,  
Pues Dios á tal tiempo os llega,  
Que experimentéis sus clavos!

Llevan los niños é Isidro.

ESCANDER.

Ya parte el campo, corrido  
De ver tu resolución.

SOLIMÁN.

Camínese sin rüido,  
Cese el belicoso són;  
Que voy huyendo y vencido.

Tocan cajas y trompetas.

¿Cómo tocan? ¿No he mandado  
Que se marche sin rumor?  
¿De qué os habéis alterado?

ESCANDER.

No es turco aquel atambor,  
Que está á lo español templado.

Dice Mahomad dentro:

MAHOMAD.

Trompetas suenan de España;  
Turcos, la caballería

Española está en campaña,  
Y llega la infantería  
Vertiendo cólera extraña.

ZELÍN.

¡Que llega el Emperador!  
¡Huyamos, gran Solimán!

SOLIMÁN.

¿Dirás que eso no es temor?  
ZELÍN.

Cuando tiembla el capitán,  
Luego teme el inferior.

SOLIMÁN.

Pues ¿para qué braveabas,  
Turco infame y fementido,  
Y al són de las trompas bravas  
Brotas el miedo escondido  
Que disimulando estabas?

Yo no temo su atambor,  
Ni sus trompetas me alteran,  
Ni me pusieran temor  
Cien mil y más que vinieran,  
Sino aqueste Emperador.

¡Ea, cobardes! Caminemos;  
Que permito que os salvéis,  
Porque todos nos salvemos.  
¡Oh españoles, hoy vencéis!  
Las espaldas os volvemos.

Pero aunque el suelo alemán  
De vosotros se cubriera,  
De Colibre á Perpiñán,  
¡Vive Alá, que no os temiera  
Si os faltara el capitán!

Llegad, hallaréis desierto  
Todo este valle famoso,  
De turcos y armas cubierto;  
Hoy me rindo temeroso,  
Porque no me hallen muerto.

Dicen dentro Isidro y el niño 1.º:

ISIDRO.

Jesús, ayudadme vos.

NIÑO 1.º

¡Oh crueles, vengativos!

SOLIMÁN.

Aquéllos son los cautivos,  
Que están llamando á su Dios.

Llegá, españoles, llegá  
Por los sangrientos despojos  
Que mi cruel campo os da.

ESCANDER.

Levanta á España los ojos,  
Que acercándonosos va;

Oye sus voces ya bajas;  
Quede ufano el vencedor,  
Aunque no siento ventajas.

SOLIMÁN.

¡Suéltame, infame temor,  
Que casi el paso me atajas!

¡Oh España! Con tu braveza  
Tanto mis sentidos ciegas,

Que volveré sin pereza,  
Imaginando que llegas,  
Cien mil veces la cabeza.

Ea, dejad la campaña,  
Y seguidme infamemente.

ESCANDER.

Grande infamia se consiente;  
Para todos mengua extraña  
Que vaya huyendo la gente.

Dicen dentro: «Carlos V, España!», y vase el Turco  
huyendo, y dicen dentro: «¡A ellos, victoria!», y sale  
el Emperador con espada corta.

MARQUÉS.

El Turco y su campo huyen,  
Que van temiendo la muerte;  
Quea cobardía arguyen.

EMPERADOR.

¡Vive Dios, que huye la gente,  
Y mi campo la destruye!

Ea, Emperador del mundo,  
Y Rey de todos los reyes,  
Vuelve, vuelve á la batalla,  
Soberbio Rey, ¿qué te ofende?  
Mucho es tener tanto miedo  
Quien tantos títulos tiene.

¿Cómo huyes si eres noble?  
¿Cómo eres noble si mientes?  
¿Cómo mientes si eres bravo?  
Si eres bravo, ¿cómo temes?  
Espera, señor del mundo;  
Que un pobre Rey, que no tiene  
Sino su espada y sus armas,  
Te queda esperando; vuelve.  
Yo soy tu desafiado;  
Si eres tú el que se promete  
Bañar en mi honrada sangre,  
Sólo falta que me esperes:

Una sola cota traigo  
Y una espada de tres jemes.

Si quieres probar la tuya,  
No huyas, espera aleve.  
¡Aquí de Dios! ¡Que haya un hombre,  
Que, rodeado de gente,  
Cuerpo á cuerpo me amenaza  
Y las espaldas me vuelva!  
¡Ah bárbaro! ¡Vive el cielo,  
Que he de ver, aunque te alejes,  
Si son tu decir y hacer  
Conformes ó diferentes!

Salen el rey D. Fernando y el Marqués del Baste.  
Antonio de Leiva y Juan Bautista, cada uno con una  
corona en las manos.

REY.

Estas honradas coronas  
Á tus imperiales sienes,  
Tu ejército victorioso  
Presentan, rinden y ofrecen.  
Solimán huye vencido,  
¿Qué mayor victoria quieres?

¿Qué mayor gloria procuras?  
 ¿Qué triunfo mayor pretendes?  
 Tomó Cipión á Cartago,  
 Pero los cartagineses  
 Vertiéronle mucha sangre,  
 Matáronle mucha gente.  
 Pero tú, gran Carlos quinto,  
 Sin gota de sangre vences,  
 Sin acometer espantas,  
 ¿Qué será cuando acometes?  
 En cuya correspondencia,  
 Los vencedores laureles,  
 Como á vencedor sin sangre,  
 Esta corona te ofrecen.

Dale una corona de laurel, y dice el Marqués:

MARQUÉS.

Venció Alejandro á los Citas,  
 Domó los muros rebeldes,  
 Los bárbaros Caramanes.  
 Los rústicos Escoceses.  
 Pero venció siempre armado,  
 Y ellos desarmados siempre,  
 Sin capitán que los rija  
 Y sin rey que los gobierne.  
 Pero tú has vencido á un hombre,  
 Al Turco grave y prudente,  
 Tan gran capitán, que el mundo  
 Le da asiento entre los nueve.  
 Y en premio desta victoria,  
 Gran Carlos, te pertenece  
 Esta corona de oro,  
 Como Rey que vence reyes.

Dale una corona de oro, y dice Leiva:

LEIVA.

Sujetó Mario á Sagunto,  
 Pero primero que viese  
 En su poder los vencidos,  
 Halló la ciudad sin gente.  
 Y el que le entregó las llaves  
 Se arrojó luego de un fuerte,  
 Porque no llevase á Roma  
 Quien su triunfo ennobleciese.  
 Tú venciste á Italia, á Flandes,  
 A Sicilia, á Europa, á Gelves;  
 Domaste los alemanes,  
 Espantaste los franceses  
 Y otras provincias famosas,  
 Donde tus banderas tienen  
 Ganadas las voluntades,  
 No, cual Mario, las paredes.  
 Y así, te rinden, gran Carlos,  
 Mis manos, leales siempre,  
 Corona de plata fina,  
 Como á quien provincias vence.

Dale una corona de plata, y dice Juan Bautista:

BAUTISTA.

Entró Setual el Godo,

De quien eres descendiente,  
 Desde Nápoles á Roma  
 Y desde Tántalo á Güelmes  
 Allí derribando muros,  
 Acullá batiendo fuertes,  
 Postrando en tierra ciudades,  
 Vertiendo sangre inocente.  
 Y después á sus soldados  
 Hízoles dar crudas muertes,  
 Por no partir entre ellos  
 Aquellos robados bienes.  
 Tú triunfas, vences y ganas,  
 Y cuanto ganas y vences  
 Repartes á tus soldados,  
 Y entregas á tus jinetes.  
 Al enemigo castigas,  
 Pero al amigo defiendes;  
 Ajenos reinos despojas,  
 Y los tuyos enriqueces.  
 Y así, te ofrezco corona  
 De hojas de yedra verdes,  
 Como á muro de la Iglesia  
 Y defensor de su gente.

Dale una corona de yedra, y todos se las van dando de rodillas.

EMPERADOR.

Levantaos, amigos míos,  
 Instrumentos de mis leyes,  
 Y poned en vuestras armas  
 Encinas, robles, laureles,  
 Que tan honradas coronas  
 A tales hechos se deben;  
 Y sedme todos testigos  
 (Que seréis testigos fieles)  
 De cómo, desafiado,  
 Busco al Turco y no parece.  
 En los muros de Viena,  
 Sus campos y vegas verdes,  
 Sus árboles y sus ríos  
 Saben que huye y me teme.

Salen un soldado.

SOLDADO.

Fuerte Braquío, victorioso  
 De los siete mil caballos,  
 Se ofrece entre sus vasallos,  
 Como capitán famoso.  
 Viene á besarte los pies  
 Y á darte de su victoria  
 La relación más notoria.

Salen algunos soldados arrastrando banderas, y Fuerte Braquío, y D. Hugo, Juliana y Abrahín, hincanse de rodillas y levántalos el Emperador.

EMPERADOR.

Bien ha mostrado quién es.  
 ¡Oh, victorioso alemán,  
 Mucho me huelgo de veros!

En efecto, caballeros,  
Llevasteis buen capitán.

BRAQUIO.

Estas banderas que arrastro  
Son las que al Moro quité.

EMPERADOR.

Por armas os las daré  
Con seis Castros, pues sois Castro.

Y ese turco valeroso,  
¿Es cautivo?

BRAQUIO.

No, señor;  
Este es el Gobernador  
Del ejército famoso  
Del Turco, y su General.

EMPERADOR.

Pues ¿qué quiere?

BRAQUIO.

Es mi cuñado;  
Con mi hermana está casado.

EMPERADOR.

¿Cómo?

BRAQUIO.

Majestad Real,  
Es cristiano y noble.

EMPERADOR.

Basta.

BRAQUIO.

Viniendo, topé con él,  
Que venía, como fiel  
Y como uno de mi casta,  
Á besarte el pie; y sabrás  
Su historia más largamente.

EMPERADOR.

Él quiero que me la cuente.

ABRAHÍN.

En tu aposento lo oirás.

EMPERADOR.

Entretanto que la sé,  
Os hago de mi Consejo.

ABRAHÍN.

¡Oh gran Carlos quinto, espejo  
De la nobleza y la fe!

EMPERADOR.

¿Cómo, don Hugo, enlutado,  
Y habéis ganado tal yerno?

DON HUGO.

Soy padre, y padre más tierno,  
A lo que es más obligado.

Llévame el Turco cautivo  
Un hijo obediente y fiel,  
Y lloro porque fué aquel  
Por quien después de Dios vivo.

Hijo, si el Turco os llevó,  
Haced como buen cristiano,  
Y no deshonréis la mano  
Que preso me alimentó.

Dice dentro Isidro:

ISIDRO.

No lloréis, don Hugo honrado;

Que el Turco me dejó aquí  
Libre y muy bien empleado.

DON HUGO.

¿Quién me habla?

Descúbrense detrás de una cortina los niños  
empalados é Isidro en una cruz.

ISIDRO.

Isidro fué:  
Veíame aquí crucificado.  
En éstos vengó su ira  
Aquel gran perseguidor  
De Cristo.

EMPERADOR.

¡Tal caso admira!

ISIDRO.

Veis aquí muerto el valor  
Que el cielo respeta y mira.  
Todos han muerto, y espero  
Sólo á verte.

EMPERADOR.

¡Oh cielo abiertol

¡Oh mi Acacio verdadero!

DON HUGO.

¡Mi hijol Qué, ¿os halló muerto?

ISIDRO.

No, padre, pero ya muero.

DON HUGO.

¿Qué cuenta me habéis de dar  
De una mano, si algún día  
Me pude en ella entregar?  
¿Cómo, hijo, si era mía,  
Me la dejasteis llevar?

ISIDRO.

Ya allí, padre, entre los dos  
Fué la obligación cumplida;  
Mi mano cumplió con vos,  
Y á vos os sirvió en la vida,  
Y en la muerte sirve á Dios.

Cuando la tuve empleada  
En buscaros de comer,  
No quise emplearla en nada:  
Ya no la habéis menester,  
Bien está ahora empleada.

De Cristo soy fiel esclavo;  
Como su esclavo, me empleo  
Donde en su servicio acabo,  
Y él, por no ponerme feo,  
Me puso en la mano el clavo.

Y fué una invención tan rara,  
Tan extraña y prodigiosa,  
Que sólo Dios la pensara,  
Pues quedó la mano hermosa,  
Y más hermosa la cara.

No os cause disgusto en nada,  
Padre, ver que me suceda  
Una muerte tan honrada;  
Que un hijo soldado os queda  
Y una hija bien casada.

Adiós, padre; adiós, hermanos;  
Adiós, noble Emperador;

Adiós, soldados cristianos;  
Patria, adiós: ya voy, Señor,  
Recibidme en vuestras manos.

Muere Isidro y corren la cortina.

JULIANA.

Espérame, hermano mío,  
Y pues vivo no te abrazo,  
Abrazaré el cuerpo frío.

DON HUGO.

El corazón despedazo.

EMPERADOR.

¡Ah don Hugo! ¿Y vuestro brío?

¿Este suceso os da pena?

Pues es éste el bien mayor  
Que habéis ganado en Viena.

DON HUGO.

Derrítese con dolor

Una amistad cuando es buena.

EMPERADOR.

¡Ah Solimán! Por Dios juro  
Que he de vengar estas muertes:  
No pienses que estás seguro;  
Huye á tus castillos fuertes;

Que tiempo vendrá que España  
Castigue el mal que le has hecho  
En Viena y su campaña.

REY.

¡Por cierto, bárbaro hecho  
Y resolución extraña!

EMPERADOR.

Vos, don Hugo, pues perdisteis  
Tal hijo, sufrí el perder:

Por los servicios que hicisteis  
Serviréis de Canciller,

Aunque ser más merecisteis;

Y en vuestros hijos suceda

El noble oficio que os doy.

DON HUGO.

Noble obligación me queda.

EMPERADOR.

Á vosotros todos, hoy

No hay premio que daros pueda,

Sino es los brazos de amigo,

Entretanto que se os paga

Lo que habéis hecho conmigo;

Y ahora, un templo se haga

Que quede para testigo

Deste milagro presente,

Adonde haréis enterrar

Los cuerpos honradamente.

Vos, Marqués, haréis pagar

Lo que se debe á mi gente,

Y dadles dos pagas muertas.

MARQUÉS.

Las piedras, con premios tales,

A tu servicio despiertas.

EMPERADOR.

Toquen cajas y atabales;

Abra Viena las puertas,

Donde descansando un día,

Me pienso á España volver

Con mi noble compañía:

Tendrá parte mi mujer

De aquesta victoria mía.

ABRAHÍN.

Alemania queda llena,

Gran Carlos, de inmortal gloria

Y gozo de paz eterna.

BRAQUIO.

Y ésta es la feliz victoria

Que alcanzó España en Viena (1).

FIN.

(1) Falta la rima.



CARLOS V EN FRANCIA



# CARLOS V EN FRANCIA

---

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

á Gabriel Díaz,

MAESTRO DE CAPILLA INSIGNE, EN EL REAL MONASTERIO DE LA ENCARNACIÓN

---

*Habiendo oído en una fiesta un villancico en ecos, cuya música vuestra merced compuso con tanto artificio, que la novedad admiró la envidia, y la dulzura suspendió el entendimiento; que no sin causa dijo Homero que Júpiter ministraba á los músicos lo que cantaban, que es lo mismo que decir San Agustín que era don de Dios, confirmé justamente la opinión que de vuestra merced tenía, digno concepto de su raro ingenio, y la gracia que á los españoles en todo género de música vocal ó instrumental ha dado el cielo, tan propia en ellos como mal imitada de otras naciones. A la voz, que era el alma de la letra, en lo alto de un claustro repetía los últimos acentos otra tan parecida y suave, que á la mayor atención se le ocultara la diferencia, y así mismo á las demás, que juntas formaban la responsión, con otras tantas tan iguales, como si impelido el aire en algún valle cerrado ó lugar cóncavo, por no dejarle resolver, resultara quebrándose. Así describen el eco Aristóteles, Temistio y Plinio.*

*Bien pudiera dar á vuestra merced mayores alabanzas por la celestial música que compuso en las honras de la Reina nuestra señora, celebradas en la Encarnación, de cuya insigne Capilla es vuestra merced Maestro; pues fué tan admirable y única, que la pudieran envidiar Guido, Andrea y Franquino; pero en la primera que digo hallé para mi más causa, por estar dividida en sôn, número y palabras, ligadas á armonía rítmica ó métrica, definición que hizo Platón de la música artificial en el tercero de su República; que San Agustín no excluye los poetas, antes los admite por músicos en este género, y porque en aquellos ecos descubrió con más dulzura la fertilidad del arte, y en la novedad é invención, la grandeza de su ingenio; pues pudo entonces pro-*

*barse con demostracion matemática, aquel sonido armónico del cielo, que dicen que oyó Pitágoras, y que nosotros no oímos por la continuación desde que nacemos, ó por el daño que hiciera á los oídos, como quieren Boccio y Plinio; pues excediendo el sentido, le puede destruir, como el sol la vista. Esta afición me ha obligado á pagar á vuestra merced, con la memoria de la dirección de esta comedia, el gusto de aquel día, si bien tan desigual en todo, muestra de mi inclinación y ánimo: vuestra merced la reciba con el que le merece mi deseo; y pues los poetas llaman cantar al escribir, dígame á mí estos versos:*

Gabriel, tu música humana  
Así imita á la divina,  
Que el alma en éxtasi inclina  
Á la inmortal soberana:  
Toda la demás es llana,  
Que en los ecos de aquel día  
Mostró bien la melodía  
Con que á todos te adelantan,  
Que son ecos cuantos cantan  
De tu divina armonía.

*Dios guarde á vuestra merced.*

Su Capellán,  
LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

# CARLOS V EN FRANCIA

---

## FIGURAS DE LA COMEDIA

EL EMPERADOR.  
EL REY DE FRANCIA.  
EL DUQUE DE ALBA.  
EL DUQUE DEL INFANTADO.  
DON JUAN DE MENDOZA.  
EL MARQUÉS DEL BASTO.  
PACHECO, *soldado*.  
SERNA.  
DOS SOLDADOS ESPAÑOLES.

GARCILASO.  
UN EMEAJADOR.  
DOS SOLDADOS FRANCESES.  
MONSIEUR DE MEMORANSE.  
UN CAPITÁN FRANCÉS.  
UN CAPITÁN ESPAÑOL.  
UN ALGUACIL.  
EL ALCALDE RONQUILLO.  
LEONOR, *dama*.

LA REINA.  
CAMILA, *criada*.  
FERNANDILLO, *dama en hábito de hombre toda la comedia*.  
EL PAPA.  
BIZANZÓN, *tudesco*.  
ANDREA DORIA.

## ACTO PRIMERO

---

Sale Pacheco, retirándose de un capitán francés y de dos soldados.

PACHECO.

¡Fuera digo!

CAPITÁN.

¡Date preso!

PACHECO.

¿Preso un español, villanos?

CAPITÁN.

Da las manos.

PACHECO.

¿Yo las manos?

Noble soy, honor profeso.

CAPITÁN.

Mira que soy capitán.

PACHECO.

¿Qué importa, si eres francés,  
Y yo español?

CAPITÁN.

¿Tú no ves

Que te matarán?

PACHECO.

No harán.

SOLDADO 1.º

Dejadme dalle la muerte  
Que tiene tan merecida.

PACHECO.

Yo sabré vender mi vida.

SOLDADO 2.º

¡Qué temerario!

SOLDADO 1.º

¡Qué fuerte!

SOLDADO 2.º

Hasta el mismo alojamiento  
De nuestro Rey se retira.

CAPITÁN.

No le matéis, que ya mira

Nuestro Rey su atrevimiento.

Salen el Rey de Francia y monsieur de Memoranse,  
y gente de soldados: el Rey con bastón.

MONSIEUR.

¡Plaza, desviaos! ¿Qué es esto?

Su Majestad viene aquí.

PACHECO.

Ríndome, señor, á ti;

Ya estoy á tus plantas puesto.

Mándame cortar el cuello

Y el brazo que te ofendió.

REY.

¿Quién eres?

PACHECO.

¿Yo?

REY.

¿Quién?

PACHECO.

Aun yo,

Señor, no acierto á sabello.

Soy español, y nací  
En el reino de Toledo,  
Con apellido que puedo  
Osar decírtelo á ti.

REY.

¿Mendoza te llamarás?

PACHECO.

Pacheco soy.

REY.

¡Gran nobleza,  
Gran valor, gran gentileza!  
¿Del Duque deudo serás  
De Escalona?

PACHECO.

No, señor.

REY.

Pues ¿hay Pacheco sin él?

PACHECO.

Mi apellido tomé dél,  
No de su sangre el valor.

REY.

¿Cómo?

PACHECO.

Dió leche mi madre  
Al Duque, que ya lo es;  
Criéme con el Marqués  
Desde que murió mi padre.  
Y todos en Escalona  
Pachequillo me llamaban  
Siendo niño, y me trataban  
Como á su misma persona.  
Crecí, y saliendo travieso,  
Vine de paje á soldado,  
Y aunque pobre, soy honrado.

REY.

¿Por qué le llevaban preso?

CAPITÁN.

Mató dos alabarderos  
De tu guarda.

REY.

Pues ¿por qué?

CAPITÁN.

Lo que yo vi, te diré,  
Con algunos caballeros  
Que todo el suceso vieron.

PACHECO.

¿Yo no te diré lo cierto?

REY.

Pues di, ¿por qué los has muerto?

PACHECO.

Porque no se defendieron.

MONSIEUR.

El español tiene humor.

PACHECO.

Úsase mucho en España,  
Y se tiene por hazaña,  
Tener humores de honor.  
Señor, yo llegué á jugar,  
Estrella con que nací,  
Porque del juego salí  
Y al juego pienso tornar;  
Que Escoto, á fe de quien soy,  
Me ha dicho que en los dos puntos  
Que nací, jugaban juntos  
Venus y Marte al rentoy.

En fin, llegué donde había  
Guarda de tu real persona,  
De Francia digna corona,  
Y del mundo monarquía.

Jugué, perdí; dije allí  
Luego que me levanté:  
«Si á franceses lo gané,  
Con franceses lo perdí.»

Díjome cierto soldado:  
«Si las paces no se hicieran,  
Los españoles perdieran  
Lo que de Francia han ganado.»

Repliqué: «El Emperador  
Tiene la paz por divisa,  
Y sólo ha venido á Nisa  
A confirmalla mejor.

Y pues el Papa las hace  
Por bien de la cristiandad,  
Gracias á Su Santidad,  
De quien la concordia nace;  
Que si durara la guerra,  
Yo tuviera que jugar  
Lo que supiera ganar  
Con mi espada en vuestra tierra.»

«Pues, ¿por qué, me replicó,  
No nos aguardó el Marqués  
Del Basto?» Dije: «Francés,  
Si el Marqués se retiró

De Piñarolo, no fué  
Porque le falta valor,  
Mas porque estaba mejor  
En Aste.» Esto sólo hablé;  
Cuando, volando en el viento,  
Me tocó un mentís la espada,  
De cuya ofensa indignada,  
Hizo igual atrevimiento.

Vinieron nil sobre mí;  
Entre tantos, yo no sé  
Á quién herí, á quién maté,  
Mas sé que me defendí.

REY.

Soldado, vos sois honrado  
Y Pacheco, y así, os doy  
La palabra que fui y soy  
Á vuestro nombre inclinado.

Por vos y por el Marqués  
De Villena, id norabuena,  
Pues el Marqués de Villena  
Vuestro dueño decís que es;

Que pues yo he venido á Nisa  
A hacer con el César paz,  
Tras el odio pertinaz  
Y la dilación remisa,  
Todas sus cosas es bien  
Que ponga sobre mis ojos;  
Ya pasaron los enojos  
Y la enemistad también.  
Idos libre por soldado  
De Carlos y por Pacheco:  
Tomad este anillo.

PACHECO.

Hoy trueco  
El sér, pues tu sol me ha dado;  
Y pues me ha dado tu sol,  
Tu soldado vengo á ser.

REY.

Yo debo favorecer  
Todo soldado español;  
Que he visto el valor que tienen  
Con las armas en las manos.

Vanse.

Quede Pacheco, y salen un capitán español  
y dos soldados.

CAPITÁN.

Hoy que dos reyes cristianos  
Á firmar las paces vienen,  
Hoy que el Papa los juntó  
Aquí en Niza de Provenza,  
Un soldado sin vergüenza  
Á romper la paz llegó.

SOLDADO 1.º

Á dos franceses ha muerto.

CAPITÁN.

¿Qué dirá el Emperador,  
Si de su parte un traidor  
Rompe la paz y el concierto?

SOLDADO 2.º

¿Aquél es?

CAPITÁN.

¡Date á prisión!

PACHECO.

Espanoles, ¿qué queréis,  
Si soy español y veis  
Que los maté con razón?

CAPITÁN.

¡Date al capitán, villano!

PACHECO.

No conozco al capitán.  
¿Ansí los buenos se dan?

CAPITÁN.

¡Date á prisión!

PACHECO.

¡Meted mano!

CAPITÁN.

¡Matalde!

SOLDADO 1.º

¡Muerca el traidor!

CAPITÁN.

¡Que con tal atrevimiento  
Hasta el mismo alojamiento  
Llegue del Emperador!  
¡Matalde!

SOLDADO 2.º

Ya el César sale

Á las voces y el ruido.

Sale el Emperador con un bastón, y el Marqués  
del Basto y algunos soldados.

EMPERADOR.

¿Qué es esto?

CAPITÁN.

Un hombre atrevido  
Con quien ni tu nombre vale,  
Ni las espadas que ves:  
Es digno de gran castigo,  
Que del Francés, ya tu amigo,  
Mató dos hombres ó tres.

EMPERADOR.

¿Por qué á la justicia suya  
No te entregaste, homicida?

PACHECO.

Por conservar esta vida  
Para defender la tuya;  
Que en Túnez, en la Goleta,  
En Viena y en Turín,  
Y cuando emprendiste el fin  
De la luterana seta,  
Te serví, aunque pobre, sólo  
Con mi sangre, que ésta gasto  
Por ti: dígallo el del Basto,  
En Aste y en Piñarolo.

Verdad es que los maté  
Cuando á hacer las paces vienes;  
Pero ¿cuál soldado tienes,  
Ni cuál español lo fué,  
Que sufra un mentís de Francia?

EMPERADOR.

Tienes, soldado, razón;  
Pero el quitar la ocasión  
Es ahora de importancia.

No excuso el dar á entender  
Al de Francia que he sentido  
Que español se haya atrevido  
Á nuestras paces romper.

Llévadle vos, capitán,  
Y á la vista del cuartel  
De Francia le ahorcad.

PACHECO.

Cruel

Sentencia á Pacheco dan  
Tus manos, siempre piadosas.

CAPITÁN.

Ea, caminad, soldado.

PACHECO.

Señor, oye, aunque engañado,  
Pues tus armas gloriosas  
Para humildes y protervos

Que te enojan y bendicen,  
*Parcere subiectis, dicen,*  
*Et debellare superbos.*

Oye, señor, ansí veas  
 Tu Filipo, que ocho años  
 Tiene ahora, rey de extraños  
 Reinos, en que tú lo seas.

Así crezca y así robe  
 La fama con su hemisferio,  
 Que se diga que el imperio  
 Parte con el mismo Jove.

Así el *Plus ultra* adelante,  
 Que con este mundo mides;  
 Así venga á ser Alcides  
 De donde tú fuiste Atlante:

Y de Felipe produzga  
 Otro Felipe tan bueno,  
 Que á todo el mar ponga freno  
 Y el mundo á sus pies reduzga.

Y deste Felipe venga  
 Otro y tantos, que no acabe  
 El tiempo nombre tan grave  
 Ni el mundo otro dueño tenga.

EMPERADOR.

¿Qué quieres?

PACHECO.

Quando emprendieron

Los franceses darme muerte,  
 Me llevaron desta suerte,  
 Porque de otra no pudieron,

Hasta el mismo alojamiento  
 Del Rey; salió y supo el caso,  
 Y por ti detuvo el paso  
 Su enojo á mi atrevimiento.

Si estimando tu persona  
 Me perdonó, ¿será hazaña  
 Que castigue el Rey de España  
 Lo que el de Francia perdona?

EMPERADOR.

Él pudo como agraviado;  
 Yo no, porque le respeto.

PACHECO.

Pues dame aqueese decreto  
 Sólo en un papel firmado,  
 Porque al de Francia lo lleve,  
 Y luego me ahorcarán,  
 O dígame el capitán

Lo que á matarme te mueve.

EMPERADOR.

¡Notable español, Marqués!

MARQUÉS.

El valor y las razones  
 Merecen que le perdones,  
 Y porque Pacheco es  
 Un soldado muy honrado  
 Y le he visto pelear.

EMPERADOR.

Deso y del modo de hablar  
 Le estoy algo aficionado.

¿Qué oficio podrá tener  
 Acerca de mi persona?

MARQUÉS.

La buena suya le abona;  
 Tu lacayo puede ser.

EMPERADOR.

Ya, Pacheco, estáis acá,  
 Yo os llevo en amparo mío.

PACHECO.

Dadme esos pies.

EMPERADOR.

Ese brío

Muy gran contento me da.

PACHECO.

Dame esos pies, ¡oh! segundo  
 César! porque dellos sé  
 Que con sólo un puntapie  
 Podrán derribar el mundo.

Soy vuestro lacayo, y soy,  
 En ser del César lacayo,  
 De vuestro sol algún rayo,  
 Pues cerca de vos estoy.

Y rayo vuestro, ¡por Dios  
 Que ha de ser!.....

EMPERADOR.

Vente conmigo.

PACHECO.

Vida en muerte, honra en castigo,  
 Sólo pudo hallarse en vos.

Vanse.

Salen Garcilaso y D. Juan de Mendoza.

GARCILASO.

En fin, ¿llegáis agora?

DON JUAN.

Y con disgusto  
 Del camino de Flandes, ya por largo,  
 Ya por haberle hecho sin mi gusto.

GARCILASO.

¿De qué os quejáis? Pues ¿es honroso el cargo?

DON JUAN.

No pensé hallar á Carlos quinto agosto  
 Aquí en Provenza.

GARCILASO.

Ya se ha puesto embargo  
 Á la guerra de Francia.

DON JUAN.

¿De qué modo?

GARCILASO.

Su Santidad puso remedio en todo.

Después que Carlos, por no haber cumplido  
 Francisco la palabra en Madrid puesta,  
 Por Paulo tercio en Roma recibido  
 Con tantos arcos, regocijo y fiesta,  
 Hizo aquella oración, que al mundo ha sido  
 Por sus graves palabras manifiesta,  
 Su campo los nevados Alpes pasa,  
 Por darle guerra hasta en su misma casa.

Nunca Su Majestad mayor la tuvo:  
 Catorce mil los españoles eran,  
 Y doce mil italianos hubo,  
 Que las montañas deshacer pudieran;



Por general el Duque de Alba estuvo,  
Para que con el alba amanecieran  
En Francia, á darle tan pesado el día,  
Como Carlos la noche de Pavía.

También llevaba cinco mil caballos  
Entre los hombres de armas y ligeros,  
Don Fernando Gonzaga, que á mirallos  
Paraba el sol los suyos lisonjeros:  
Pudo muy bien el César sustentallos,  
Aunque por montes ásperos y fieros,  
Porque por la ribera que el mar lava,  
Andrea Doria el campo sustentaba.

No quiero referirte las empresas  
De Carlos contra Francia, pues no basto;  
El valor, las hazañas y las presas  
Del Duque de Alba y del Marqués del Basto,  
Ni las de Francia en la memoria impresas;  
Que en vano el tiempo y las palabras gasto,  
Pues tuvieron mil veces á Saboya  
Como los griegos la abrasada Troya.

Ansí creció la guerra, que hasta el cielo  
Mostró con mil sangrientos arboles  
La discordia fatal del francés suelo,  
La enemistad y furia de españoles.  
Viéronse por París, en alto vuelo,  
Á los lados del sol otros dos soles,  
Que el uno echaba sangre, el otro fuego,  
Prodigio que en el mundo se vió luego.

Mas viendo el Papa el gran rigor que había  
Entre aquestos dos príncipes cristianos,  
Y que por su rigor Italia ardía  
Barbarroja con turcos y africanos,  
Trató la paz, y es hoy, don Juan, el día,  
Si lo quieren los cielos soberanos,  
Que se han de ver el rey Francisco y Carlos,  
Porque Su Santidad viene á juntarlos.

En fin, le obedecieron, y han venido  
A Niza de Provenza.

DON JUAN.

Y ¿ha llegado

Su Santidad?

GARCILASO.

Con gran riqueza ha sido  
De Carlos recibido y alojado.

DON JUAN.

Habránse á justas paces reducido.

GARCILASO.

Franceses y españoles se han hablado;  
Unos y otros se alojan casi juntos,  
Sin enojarse ni mirar en puntos.

DON JUAN.

Al César no será posible hablalle.

GARCILASO.

¿No veis que ya salir á hablar quería  
Sobre esta paz al Papa? Acompañalle  
Será mejor en tan solemne día.

Sale Fernandillo.

DON JUAN.

Fernandillo.....

GARCILASO.

¡Buen paje!

DON JUAN.

De buen talle.

Fernandillo.....

FERNANDILLO.

Señor.....

DON JUAN.

Á la hostería

Vuelve, y dirás que al César acompaño.

GARCILASO.

No es malo el paje.

DON JUAN.

Es un suceso extraño.

Vanse los dos.

FERNANDILLO.

Irás de amor, estrellas enemigas,  
Leyes del gusto, fuerzas del deseo,  
¿Adónde me lleváis? ¿Dónde me veo  
Al cabo de tan ásperas fatigas?

Y tú, cruel, que á tanto mal me obligas,  
Que lo estoy padeciendo y no lo creo,  
Porque me enlazas cuando no peleo,  
Y cuando me defendiendo mal desligas.

¿Dónde por tierra y mar llevas sujeto  
Un corazón tan llaco? Amor, advierte  
Que tienes de cobrar mal conceto.

¿Qué gloria esperas, si me das la muerte?  
Mas ¡ay! que dijo bien aquel discreto,  
Que es sólo para amar la mujer fuerte.

Salen á la ventana Leonor y Camila.

LEONOR.

Desde aquí podemos ver,  
Camila, al Emperador.

CAMILA.

Con razón muestras tener  
Afección á su valor  
Y á su invencible poder.

LEONOR.

Apenas la causa entiendo;  
Pues sin nacer española,  
Siempre sus partes defendiendo.

CAMILA.

No eres en Italia sola,  
Ni de escucharte me ofendo;  
Que es Carlos el más notable  
Príncipe que tiene el mundo.

LEONOR.

Dondequiera que se hable  
De su valor sin segundo,  
De su grandeza admirable,  
Muestro tan grande afección,  
Respeto é inclinación,  
Que doy bien que murmurar.

CAMILA.

Hoy le veremos pasar.

FERNANDILLO.

Damas de Provenza son,

Que salen á las ventanas  
A ver al gran Carlos quinto.

LEONOR.

Por sus glorias soberanas  
Su persona heroica pinto  
Y excelencias más que humanas.

No cuentan de Cipión  
Ni Alejandro tantas cosas.

FERNANDILLO.

¡Ah damas, las del balcón!  
¿Qué digo? Damas hermosas,  
¿Aguardan conversación?

LEONOR.

Si sois español, tendremos  
Hoy conversación con vos;  
Si no, el balcón cerraremos.

FERNANDILLO.

Español soy.

LEONOR.

¡Bien, por Dios!

FERNANDILLO.

¿No lo dicen los extremos?

LEONOR.

Dícelo el aire de alzar  
La mano al sombrero, y dar  
Cuerpo y pie con tal donaire;  
Parecís hijos del aire  
En el aire del andar.

FERNANDILLO.

No se lo parezca, pues  
Que el buen aire sólo es  
Con las damas que requiebran;  
Pesados son cuando quiebran  
Lanzas en pecho francés.

Mas, ¡por mi vida! ¿a quién son  
Más aficionadas? ¿Dónde  
Las lleva la inclinación?

LEONOR.

Á España, el alma responde,  
Que es excelente nación.

FERNANDILLO.

Pues díganlo muy de veras;  
Que España es reina, es señora  
De cuanto bien consideras.

LEONOR.

Español eres agora.  
¿Qué fueras si no lo fueras?

FERNANDILLO.

Cuando no hubiera nacido  
Español, sólo francés,  
Damas, quisiera haber sido.

LEONOR.

Qué, ¿tanta nobleza ves  
En el francés apellido?

FERNANDILLO.

Si de aquestas dos naciones  
No me hubiera hecho el cielo,  
No quisiera ser.

LEONOR.

No pones  
Mal tu gusto; en todo el suelo

Tus méritos antepones.

FERNANDILLO.

Español huelgo de sér;  
De no lo sér, francés fuera;  
De no ser francés, no hay sér  
Adonde mi sér cupiera;  
Antes dejara de ser.

LEONOR.

No digas tal, que no hay cosa  
Como ser; que no haber sido  
Es la más triste.

FERNANDILLO.

La hermosa  
Nación que en suerte he tenido,  
Hoy hace Carlos famosa.

Agora veréis pasar  
De quien tiembla tierra y mar;  
Mas ¿queréisme dar un dedo  
De esa ventana?

LEONOR.

No puedo;

Que tengo á quien dar pesar.

FERNANDILLO.

Si vos no le recibís,  
Dadme licencia, y veréis  
El hombre que allá subís.

LEONOR.

¿Qué haréis?

FERNANDILLO.

Matarle.

LEONOR.

No haréis;

Que no haréis lo que decís.

FERNANDILLO.

¿Cómo no? No tengo en él,  
Ni en otros diez, para un tajo;  
Subidme al balcón, que dél  
Lo echaré ¡por Dios! abajo,  
Como á Lucifer Miguel.

LEONOR.

Bravo sois.

FERNANDILLO.

Soy español,  
Más pobre que el caracol;  
Con esto os puedo servir.  
Abrid, que quiero salir  
Al rayo de vuestro sol.

LEONOR.

¿Por qué os llaman fanfarrones?

FERNANDILLO.

Porque todas las naciones,  
Unas de otras envidiosas,  
Ofenden nuestras gloriosas  
Empresas y altos blasones.

Sabemos decir y hacer,  
Y porque se usó el retar  
En España, que es poner  
Con la ejecución del dar  
La gloria del prometer.

Pero el César viene ya;  
Poned los ojos en quien

Todo el bien del mundo está.

CAMILA.

Éste nos dirá también  
Que gente con Carlos va.

Salen el Emperador con mucho acompañamiento.  
y éntrese por la otra puerta, y quita el sombrero.

LEONOR.

¿Ha hecho tal hombre el cielo?  
Si me enamoró su fama,  
Por su talle me desvelo.  
Dichosa, amiga, la dama,  
Si tiene tal prenda el suelo,  
Que merezca en dulces lazos  
Aquellos gallardos brazos,  
De quien tiembla el Asia, el mundo.

CAMILA.

La tierra y el mar profundo  
Le ofrecen dulces abrazos.  
¿De qué sirve que te agrade?

LEONOR.

¡Ay, Camila! Si la fama  
Tanto á querer persuade,  
¿Qué hará la vista, que inflama  
Y á un fuego tantos añade?

CAMILA.

Pues ¿cómo pones tu amor  
En Carlos, Emperador  
De Alemania y Rey de España?

LEONOR.

No fuera de amor hazaña  
Si le igualara en valor.  
Concertar desigualdades  
Es del amor la grandeza;  
Que en iguales calidades,  
La misma naturaleza  
Concierta las voluntades.

Yo le quise retratado,  
Y agora le quiero visto,  
Y de manera me agrado,  
Que sé que el aire conquisto  
Y no desprecio el cuidado.

Humilde soy, ya lo veo;  
Pero soy mujer.

CAMILA.

¿Qué intentas?

LEONOR.

Gozarle.

CAMILA.

¡Extraño deseo!  
Luego ¿admitida te cuentas?

LEONOR.

No fuera mucho trofeo.  
Un hombre de bajo ser,  
A una mujer de valor,  
¿No la puede merecer?  
Y ¿puede al mayor señor  
Gozar cualquiera mujer?  
¡Ah hidalgo! ¿Queréis llevarme  
Donde esta junta se ha hecho?

FERNANDILLO.

Abrid, y podéis fiarme  
Vuestro honor.

LEONOR.

Entrad.

FERNANDILLO.

Sospecho

Que éstas quieren engañarme.

LEONOR.

Entrad, español, os ruego.

FERNANDILLO.

Aquí no pierdo ni gano,  
Porque haré que sepan luego  
Que si no gano la mano  
Hemos empatado el juego.

Vanse.

Salen el Emperador, el Duque de Alba y acompañamiento; descubren en un sitial al Papa; llega el Emperador á besarle el pie.

PAPA.

Mucho me pesa, Carlos, y podía  
Decir que á la común Iglesia pesa,  
Que habiéndonos juntado en este día  
Para esta paz, de que es mi oficio empresa,  
No quieras ver con desigual porfía,  
Al rey Francisco, si es que el odio cesa,  
Pues mejor estas paces concertaran,  
Los que aquestos capítulos declaran.

Si él quiere verte, hijo, ¿por qué niegas  
Tu rostro á quien ya tienes por amigo?  
¿Por qué á mis brazos disgustado llegas,  
Cuando con tanto amor estoy contigo?  
Si por la paz universal me ruegas,  
Y yo el ejemplo de quien sabes sigo,  
Hagamos, pues, los dos lo que debemos,  
Porque á nuestras cabezas imitemos.

EMPERADOR.

Beatísimo Padre Paulo,  
De aqueste nombre tercero,  
No sin causa, pues lo eres  
De nuestra paz y concierto:  
Ya otra vez representé,  
Y ahora te represento,  
Los agravios que la Casa  
De Austria, por diversos tiempos,  
Recibió de muchos reyes  
De Francia, sin merecellos;  
Ya te he dicho del repudio  
Por Carlos octavo hecho  
Cuando á la guerra de Túnez  
Partí con piadoso celo;  
Cartas se hallaron entonces  
En que se ve, y todos vemos,  
Que enviaba á Barbarroja  
Municiones y dineros;  
Esto contra mí sería;  
Mas ¿para qué trato desto,  
Si después de muchas cosas,  
Teniéndole en Madrid preso,  
Y habiéndole yo tratado

Como á un hijo, (que bien puedo  
Decir que así le traté,  
Pues que le di en casamiento  
Mi propia hermana), rompió  
Lo que fué en aquel concierto  
Por los dos capitulado  
Y con homenaje hecho?  
Ha de renunciar Francisco,  
Beatísimo Padre, luego  
La amistad de Barbarroja  
Y los herejes tudescos;  
Ha de entrar en nuestra Liga  
Contra el Turco, y por lo menos  
Pagar lo que le tocara  
Para la guerra que emprendo.  
Todo es justo lo que pido,  
Y que me tengas te ruego,  
Por hijo, y ruegues á Dios  
Conserve á España y mis reinos.  
Y con tanto, humildemente  
Los pies sagrados te beso  
En mi nombre y de mi hijo  
Felipe, el cual te encomiendo.  
Que porque tiene ocho años  
No le truje adonde vengo.  
Con toda humildad y amor,  
A los pies que reverencio,  
En nombre del que por mí  
Fué en la cruz clavado y preso,  
Como Príncipe cristiano,  
Vivir y morir protesto.  
Toma, Padre, este papel,  
Y guarde tu vida el cielo.

Vase el Emperador, y salen por otra parte el Rey  
de Francia y gente.

REY.

¿No me quiso esperar Carlos?

PAPA.

No creo

Que de su voluntad debes quejarte;  
La paz estima con igual deseo.

REY.

¿Quiere darme á Milán?

PAPA.

Sí quiere darte;

Mas toma este papel.

Toma el papel, y dáselo al Duque de Alba.

REY.

Muy lejos veo

De mi intención á Carlos.

PAPA.

¿No fui parte

Para que juntos se tratasen paces?

REY.

Bien á tu oficio, Padre, satisfaces;

Pero, señor Beatísimo, no puedo  
Dejarme de quejar de su dureza.

PAPA.

Lean las condiciones, que yo quedo  
Á la fianza de su gran nobleza.

REY.

Pues tú verás que de la paz no excedo,  
Humillado á los pies de tu grandeza,  
Pues para confirmarla están nombrados  
De la parte de Francia dos Legados:

Monsieur de Memoranse está presente,  
Y de Lorena el Cardenal.

PAPA.

Recela,

Francisco, el César, vengas diferente.

REY.

La paz no sufre ardid, ni amor cautela.  
¿Qué Legados nombró?

PAPA.

Cuando él se ausente,

Nicolo Peronoto de Granvela,  
Y Cobos quedará, que es de Castilla  
Comendador Mayor.

REY.

Tu sacra silla

Es tribunal tan justo, que bien creo  
Que tendrá mi justicia lugar justo.

PAPA.

Duque de Alba, leed.

DUQUE.

Siempre el deseo

Del César fué la paz.

REY.

De oílla gusto,

Aunque, pues no me quiere ver, yo creo  
Que duran las reliquias del disgusto.

DUQUE.

De aquel acuerdo de Madrid se acuerda.

REY.

Su amigo soy; yo haré que el odio pierda.

Lee el Duque:

*«Capitulaciones con que asienta la paz Car-  
los V, máximo Emperador de Alemania, y  
Rey de España, con el Cristianísimo Rey de  
Francia, Francisco de Valoes.»*

»Primeramente, casándose el Duque de Or-  
liens, su hijo, con hija de su hermana, le dará á  
Milán, dejando reservada por tres años para sí  
la fortaleza. Mas ha de dar el Rey Cristianismo  
á Endín al César, y á los herederos de Borbón  
sus Estados. Mas ha de dejar la amistad de los  
herejes tudescos, y entrar en nuestra Liga con-  
tra el Turco, y por lo menos pagar lo que le  
tocare de armas y dineros.»

REY.

Quedo, Duque, no leáis;  
Que son fuertes condiciones.

PAPA.

Hijos, mal os conformáis.

REV.

Oye, Padre, dos razones.

PAPA.

Lejos de la paz estáis.

REV.

A Tornay me ha de volver  
Carlos, y no ha de tener  
Las fortalezas que dice  
De Milán, con que autorice  
A mi costa su poder.

¿Cómo puedo yo dejar  
Las amistades que tengo?  
Y si en la Liga he de entrar,  
No he de pagar, que no vengo  
A perder, sino á ganar.  
Haga la guerra á su gusto;  
Ni quiero parte, ni dalla.

PAPA.

Francisco, cese el disgusto;  
Carlos está ausente, y calla;  
Dios sabe lo que es más justo.

De espacio lo trataremos;  
Las treguas por los diez años,  
Por lo menos confirmemos,  
Pues en esto no hay engaños.

REV.

Yo digo que en paz quedemos.

Y con tanto, el pie te beso;  
Ruega á Dios, Padre, por mí,  
La fe de Cristo profeso,  
Y morir como nací  
En la que adoro y confieso.

Vanse.

Salen Leonor y Fernandillo.

LEONOR.

¿No tienes tú quien me lleve  
Tras el César, que se va?

FERNANDILLO.

¡Bravo frenesí te da,  
Loco amor tus pasos mueve!  
Admirado me has.

LEONOR.

¿De qué,  
Si sabes lo que es amor?

FERNANDILLO.

Si he llorado su rigor,  
Dios lo sabe, y yo lo sé.

Pero mira que se aumenta  
Amor entre sus iguales;  
Que desigualdades tales  
Convierte amor en afrenta.

¿Tú con un Emperador  
De Alemania, y Rey de España?

LEONOR.

Esa, Fernando, es hazaña  
De amor, si es que es Dios amor.

FERNANDILLO.

Bien dices, porque ha de hacer  
Milagros, si amor es Dios.

LEONOR.

El juntarnos á los dos,  
Como milagro ha de ser.

Que ame el cordero á la oveja,  
Loba al lobo, el ave al ave,  
En su misma forma cabe,  
La misma se lo aconseja;

Mas que una simple cordera  
Ame á un león desigual,  
Y que un águila caudal  
A una tortolilla quiera,

Ese es milagro de amor,  
Y así lo ha sido querer  
Á Carlos una mujer  
De tan humilde valor.

Tú me has de llevar á quien  
Me dé á Carlos, pues no es santo;  
Que los hombres aman cuanto  
Cerca de los ojos ven.

Gócele, y muérame luego.

FERNANDILLO.

Principios tiene de loca:  
El mismo amor me provoca,  
Porque me espanta tu fuego.

LEONOR.

¿No podrá este caballero  
Que sirves, llevarme á él?

FERNANDILLO.

No osaré tratar con él  
Lo que me pides, ni aun quiero.

Que le adoro, y es ajeno  
De mi amor, y si te ve,  
Podrá ser que al Rey te dé  
Con salva, que eres veneno.

LEONOR.

¿Qué dices?

FERNANDILLO.

Que es sospechoso,  
El soldado con quien vengo,  
Y que en posesión le tengo  
De atrevido y de amoroso.  
¡Vive Dios! Si le doy parte  
De que vienes de ese modo,  
Que se levante con todo,  
Y que no me deje parte.

Querría que á Carlos fueses  
Con quien tan fiel te llevase,  
Que después que él te gozase,  
Siquiera un hueso me dieses;  
Que algo merezco por ser  
El cabestro destos toros.

LEONOR.

Mejor te cautiven moros,  
Que yo venga á tu poder.

FERNANDILLO.

Ríete deso.

LEONOR.

¿Por qué?

FERNANDILLO.

Las mujeres de tu humor  
Son como harina.

LEONOR.

Mi amor  
Tiene un dueño, un Dios mi fe.

FERNANDILLO.

Tres partes la harina tiene:  
Flor, media harina y salvado,  
Y una mujer de tu estado  
Á tener las mismas viene.

Goza la flor el señor,  
Y paga el primer bocado,  
Porque come regalado  
En los deleites de amor.

La media harina tras él  
Come el mayordomo acaso,  
Que es escritura en trapaso,  
Y se sustituye en él.

El salvado, que ya es  
Lo vil destos tres linajes,  
Viene á oficiales y á pajes,  
Y aun á lacayos después.

Y desta suerte vendrás,  
Leonor, á parar en mí.

LEONOR.

Quedo; gente viene aquí.

Salen Pacheco y Serna.

PACHECO.

¡Vive Dios, que estimo en más  
Que al oficio que me han dado,  
El ser vuestro camarada,  
Serna, porque en siendo honrada,

Hace al que la tiene honrado!  
Y deste agradecimiento,  
Cuando Dios me lleve á España  
Veréis si el que os acompaña  
Es hombre de cumplimiento.

SERNA.

Los soldados como vos  
Parecen muy bien al lado  
De Carlos.

PACHECO.

Fuí su soldado  
Desde que nací, y ¡por Dios,  
Que no hace mucho en honrarme  
Desta plaza!

FERNANDILLO.

Á estos soldados  
Conozco.

LEONOR.

¿Quién son?

FERNANDILLO.

Criados  
Del César; quiero informarme  
Si á España se han de volver.  
Dios guarde á vuestras mercedes.

LEONOR.

Si fiar de alguno puedes,  
No lo dejes de emprender.

PACHECO.

Vuesa merced sea venido  
En buen hora; ¿qué nos manda?

FERNANDILLO.

Pensamos que el César anda  
De partida ó que es partido.

PACHECO.

Acompañó con su armada  
Al Papa.

FERNANDILLO.

¿Hasta dónde fué?

PACHECO.

Hasta Génova, en que el pie  
Le besó, y, haciendo aguada,  
Mandó las proas volver  
Desde Génova hacia España.

FERNANDILLO.

¿Entrará en Marsella? (1)

SERNA.

¿Cómo? Ni la piensa ver,  
Aunque Francisco le ruega  
Que éntre en ella y se regale.

PACHECO.

Con diverso intento sale,  
Aunque á la vista navega.

FERNANDILLO.

Decían que el Rey de Francia  
Quería verse con él.

SERNA.

Húyete Carlos, que dél  
No espera paz de importancia.  
¿Vais vos á España, por dicha?

FERNANDILLO.

Y llevo esta dama allá.

PACHECO.

¿Á España? pues, ¿á qué va?

FERNANDILLO.

Llévala cierta desdicha.  
Dará una cadena á quien  
La lleve al Emperador;  
Que para hablar á un señor  
Esto es menester también.

PACHECO.

Los dos cerca dél estamos;  
Él se embarca, vamos juntos,  
Que yo entiendo mal los puntos.

FERNANDILLO.

Quedo, por mi vida, y vamos;  
Que tiene ciertas joyuelas  
Y habemos de ir á la parte.

PACHECO.

Treinta abrazos quiero darte.  
¿Quién eres?

FERNANDILLO.

Paje de espuelas  
De un soldado y español.

PACHECO.

¿Quién es?

FERNANDILLO.

Don Juan de Mendoza.

PACHECO.

Pues ¿qué pretende esta moza?

(1) Verso incompleto.

FERNANDILLO.

Verse en los rayos del sol  
Quiere.

PACHECO.

¿Qué hay que te avergüence?

FERNANDILLO.

Ver de Carlos la presencia,  
Dónde tiene la potencia  
Con que las batallas vence.

PACHECO.

No entiendo bien el misterio.

FERNANDILLO.

Quiere, escucha te suplico,  
Medir las uñas y el pico  
Al águila del Imperio.

PACHECO.

Agora entiendo peor;  
¿No puede liso decirse?

FERNANDILLO.

Quiere con Carlos medirse  
Para ver cuál es mayor;

Quiere ser emperadora,  
Y por eso está perdida,  
Si no por toda la vida,  
A lo menos por un hora.

PACHECO.

Ya entiendo; déjame vella:  
Dios guarde á vuesa merced;  
Por mi fe, que hace merced  
Con vella, porque es muy bella.  
Si queréis, señora, hablar  
Al César, veníos conmigo,  
Que su casa y campo sigo  
Y hoy quiere alargarse al mar;  
No os faltará en la galera,  
De aquí á España, compañía.

LEONOR.

Estimo la cortesía.

PACHECO.

La suya parte ligera;  
En la que voy podéis ir,  
Y es fuerza que luego sea.

LEONOR.

Soy mujer: amor desea  
Porfiar hasta morir.

PACHECO.

El señor Serna es mi amigo,  
Bien irá vuesa merced.

LEONOR.

Espero toda merced:  
Carlos, por la mar te sigo,  
Y por el infierno osara,  
Si allá fueras, como Eneas.

SERNA.

Vamos, porque el gusto veas  
Con que un español te ampara.

PACHECO.

¿Vienes?

FERNANDILLO.

¿No quieres que pase?

PACHECO.

Pues ya zarpan, ven tras mí.

FERNANDILLO.

Gracias á Dios que salí  
De que don Juan la topase.

Vanse.

Salen el Rey de Francia, monsieur de Memoranse  
y gente.

REY.

¿Que no quiere servirse de mi casa?  
¿Que no quiere pasar Carlos, monsiures,  
Siquiera por Marsella y Aguasmuertas?

MONSIEUR.

Yo le dí tu recado de tu parte;  
Le pedí, las rodillas por el suelo,  
Que, pues pasaba por Marsella, entrase  
Siquiera por las puertas del castillo,  
Que todos le darían puerta y llaves.

REY.

¿Qué tiene Carlos, mi cuñado, Príncipes?  
No se fía de mí: ¿piensa, por dicha,  
Que yo le he de engañar? Pues ¿cómo puedo?  
Si fui su prisionero en justa guerra,  
¿En paz le he de prender?

MONSIEUR.

Pues no le obliga  
Leonor, su hermana amada, Reina nuestra  
Y tu mujer, muy poco amor te muestra.

Sale un mensajero.

MENSAJERO.

Carlos, que con mal tiempo ha navegado,  
En la isla de Hieros detenido,  
Salir quiso por fuerza de los remos,  
De los que estuvo en él al quinto día;  
Hallóse al alba cerca de Marsella,  
Donde le hicieron salva con gran gusto  
Veinte galeras tuyas, que vinieron  
Con él hasta las Pomas y el castillo  
Que está sobre las peñas, disparando  
Extraña cantidad de artillería;  
Le recibieron todos sus vecinos,  
Pasó por medio dél; en tanto fueron  
Muchos de los señores españoles  
Á Marsella, en que hallaron levantadas  
Las cadenas del puerto; entraron dentro,  
Holgáronse de ver el alegría  
Con que fueron de todos recibidos;  
Tomó refresco, y al volver la noche  
Creció el mal tiempo; fué necesario  
Que se apartasen las galeras todas;  
Rompió el timón en la que Carlos vino;  
Así le fué forzoso, aunque no quiso,  
Desembarcar aquí.

REY.

Pídeme albricias.

¿Carlos está en mi tierra?

MENSAJERO.

Está en tu puerto,

Aunque de la galera no ha salido.

REY.

Hoy quiero que mi amor conozca Carlos;  
Aprestadme una barca, porque solo,  
Sin más de dos remeros que la lleven,  
Le quiero visitar y asegurarle.

MONSIEUR.

Señor, ¿qué dices? Mira no te lleven  
Otra vez donde.....

REY.

Calla, Memoranse;

Que Carlos es quien es, yo Rey de Francia.

MONSIEUR.

¡Grandeza extraña! A Carlos ha vencido,  
Pues en su tierra se le da rendido.

Vanse.

Hacen ruido de desembarcar.

Salen el Emperador, Andrea Doria y gente.

EMPERADOR.

A desdicha lo he tenido.

ANDREA.

Señor, no tomes pesar.

EMPERADOR.

¡Que aquí viniese á llegar  
Bauprés y timón rompido!

Andrea Doria, ¿qué haremos?

ANDREA.

Señor, no hay que porfiar,  
Sino sufrir y aguardar  
Hasta que el tiempo esperemos.

Dentro el Rey de Francia.

REY.

Acosta, acosta á la orilla;  
Llega, aborda á la galera.

ANDREA.

Un francés á la ligera  
Se acerca en una barquilla.

Sacan al Rey dos grumetes.

¡Jesús, Jesús!

EMPERADOR.

¿Qué te espanta?

ANDREA.

¡El Rey de Francia, señor!

EMPERADOR.

Notable amor y valor.

REY.

Tu Majestad sacra sea (1)  
A mi tierra bien venido.

EMPERADOR.

¡Jesús, señor!

REY.

Llega aquí.

(1) Falta la rima.

EMPERADOR.

¿Vuestra Majestad así?

REY.

Hermano, la mano os pido.  
Dádmela, dádmela, hermano;  
Veisme aquí en vuestra prisión  
Segunda vez.

EMPERADOR.

Estas son

De un príncipe soberano  
Hazañas de eterna gloria.

REY.

Aquí estoy como en Madrid;  
Prended, rescatad, pedid.

EMPERADOR.

Que perdonéis á Andrea Doria.

REY.

Yo le perdono por vos.

EMPERADOR.

Entrad, comeréis conmigo.

REY.

Ved á vuestra hermana, amigo.

ANDREA.

¡Qué amistad!

DUQUE.

Trazóla Dios.

Vanse.

## ACTO SEGUNDO.

Salen Pacheco y Leonor.

PACHECO.

Deja ya vanos antojos,  
Llégate, Leonor, aquí;  
Que yo haré que ponga en ti  
El Emperador los ojos;  
Porque estoy ya tan privado  
Y cerca de su persona,  
Desde que vió en Barcelona  
Que maté un hombre á su lado,  
En cierta revolución  
Que sucedió en su presencia,  
Que desde aquella pendencia  
Me muestra grande afición.

LEONOR.

¡Ay, Pacheco! Si quisiese  
Amor que el César mirase  
Lo que me cuesta, y llegase  
A que mi pena entendiese,  
Por justa y bien empleada  
Daría mi perdición.

Suenan cajas dentro.



¿Qué es esto?

PACHECO.

Los Grandes son,  
Que para aquesta jornada  
Junta Carlos en Toledo;  
Mira con qué gravedad  
Pasan, y la gran ciudad  
Los mira.

LEONOR.

Si no es que puedo  
Ver á mi Carlos, no hay cosa,  
Pacheco, á mis ojos grande;  
Haz que á verle entrar me mande  
Aquella presencia hermosa;  
Aquellas sienas ceñidas  
De laurel por mil victorias,  
Que apenas de sus historias  
Se podrán ver reducidas;

Aquel pecho, que temblaba  
El Asia cuando le vió  
Armado en blanco, y entró  
En Túnez, que en tierra estaba;

Aquel que desde aquel día  
César africano llama,  
Y haciendo los de la fama  
Diez, honró su compañía.

Porque nunca de Trajano,  
De César ni Cipión,  
Cuentan más ostentación  
En el aplauso romano.

Gócele yo, y esta vida  
Se acabe allí.

PACHECO.

Loca estás.

LEONOR.

Cuerda estoy: merece más.

PACHECO.

¡Bravo amor!

LEONOR.

Estoy perdida,  
No lo dudes: si comiendo  
Me acuerdo, en lo que me dan  
Como á Carlos, porque están  
A Carlos mis ojos viendo.

Si bebo, allí á Carlos bebo;  
Como el mordido de rabia,  
Veo el perro que me agravía  
Dentro del agua que pruebo.

Si duermo, mis sueños son  
Que Carlos me trata mal;  
Si me visto, estoy mortal,  
Carlos mis vestidos son.

Si una pared viendo estoy,  
Allí le miro pintado;  
Como sombra va á mi lado  
Por dondequiera que voy.

No sé qué tengo de hacer.

PACHECO.

Oye, que los Grandes van  
Al alcázar.

LEONOR.

Mal podrán  
Sin el sol resplandecer.

PACHECO.

Aquel alto es don Fernando  
De Toledo, Duque de Alba,  
Que está, del ocaso al alba,  
El sol del Asia temblando.

Aquel, en la paz afable,  
Y en guerra un firme peñasco,  
Es Íñigo de Velasco,  
De Castilla Condestable.

Aquel que el ancha cuchilla  
Tercia de aquella manera,  
Es Luis Enriquez Cabrera,  
Almirante de Castilla.

El que va después enfrente  
Y viste que habló con él,  
Es don Pedro Pimentel,  
Gran Conde de Benavente.

Es el de las plumas rojas  
Que á los dos se sigue luego,  
El Marqués de Denia, Diego  
Gómez Sandoval y Rojas.

Aquel que lleva á su lado,  
Y de tenelle se goza,  
Íñigo López Mendoza,  
Gran Duque del Infantado.

Aquel cuyo talle airoso  
Mueve á tenelle afición,  
Don Pedro Téllez Girón,  
Duque de Osuna famoso.

Con don Alvaro Bazán,  
De los turcos rayo y fuego,  
Iba el gran Marqués de Priego,  
Sangre del Gran Capitán.

Dos Duques de dos Medinas  
Son los dos que juntos van  
Celi y Sidonia, Guzmán  
Y Cerda, Casas divinas.

Mira el de Béjar allí,  
Marqués de Gibraleón;  
Zúñiga, cuyo blasón  
El África tiembla aquí.

Es aquel que con tal lustre  
De canas honra su cara,  
Don Juan Manrique de Lara,  
De Nájera Duque ilustre.

Y va con el de Maqueda  
Y el Comendador mayor  
Cobos, que el Emperador.....

LEONOR.

Temblando el alma me queda  
Luego que su nombre escucho.

PACHECO.

Más no te quiero cansar  
Y en tanta grandeza hablar,  
Que es tarde y me obligo á mucho.

Mil títulos y señores  
Dejo que vienen allí;  
Pero no es justo que así

Calle sus divinos loores.

Aquel insigne perlado  
Que va honrándolos á todos,  
Aunque de tan varios modos,  
Y va de todos honrado,  
Aquél es el Cardenal

De Santa Cruz, justamente  
De Castilla Presidente  
É Inquisidor general.

Su nombre es don Juan Tavera,  
Arzobispo de Toledo;  
Pero proseguir no puedo,  
Su Majestad sale: espera.

Sale el Emperador, el Duque de Alba y acompañamiento, y llega Pacheco á tirarle de la capa.

EMPERADOR.

¿Quieres algo?

PACHECO.

Hablarte quiero.

EMPERADOR.

¿Traes algún memorial?

PACHECO.

Tu Majestad Imperial  
Sepa que hoy soy su tercero.

EMPERADOR.

¿Qué dices?

PACHECO.

Ponga los ojos

En esta hermosa mujer.

EMPERADOR.

¿Ésta? ¿Qué puede querer?

PACHECO.

Tráenla ciertos antojos  
Desde Niza de Provenza.

EMPERADOR.

¿Es mujer de algún soldado?

Habla. ¿De qué estás turbado,  
Y ella mira con vergüenza?

Si algo me quiere pedir,  
Dile que me llegue á hablar.

PACHECO.

Lo que quiere negociar  
No lo puede aquí decir:

Enamoróla tu fama;  
Confirmóla tu presencia,  
Y pide que des licencia.....

EMPERADOR.

No más: á la mujer llama.

PACHECO.

Llega, Leonor.

EMPERADOR.

¿Qué me quieres?

LEONOR.

¿No lo sabes?

EMPERADOR.

No lo sé;

Pero, desde hoy más, sabré  
Lo que sabéis las mujeres.

Duque.....

DUQUE DE ALBA.

Señor.....

EMPERADOR.

Dalde á ésta

Con que á su tierra se vaya.

LEONOR.

Tu respeto me desmaya  
Y márame tu respuesta.

EMPERADOR.

Dalde cuatro mil ducados  
Y no esté un hora en Toledo:  
De ti, Pacheco, ¿qué puedo  
Decir? ¿Cómo los soldados

En estas cosas se emplean?

PACHECO.

No sé lo que te quería.

EMPERADOR.

Pacheco, amor me tenía:  
No permitas que me vean

Tales mujeres á mí;  
Que ni tú serás soldado,  
Ni yo Carlos, si has pensado  
Que esto cabe en ti y en mí.

Cuando estemos en la guerra,  
Tráeme cabezas de moros  
Á trueco de los tesoros  
Que la bella España encierra.

Si te ha enseñado á servir  
El deseo de agradar,

Á lisonjear y á errar,

Á pretender y á fingir,

Mejor con una ventaja  
Estarás en Lombardía.

PACHECO.

No entendí qué pretendía  
Esta mujer.

EMPERADOR.

La voz baja,

Y aprende para otra vez  
Á respetar mi persona,  
Porque no siempre perdona  
El más piadoso juez.

Vase el Emperador y los demás y el Duque.

PACHECO.

Señor, juramento hago  
Á la que traigo ceñida,  
Por vida vuestra y por vida.....  
Fuése; tengo el justo pago.

Mas por vida, á decir torno,  
Del Marqués que me crió,  
Porque presumáis que yo  
De otras empresas me adorno,

De daros el primer día  
Que en la guerra esté con vos,  
Más cabezas..... Mas ¡por Dios,  
Que fuera mejor la mía!

¿Qué hice? ¡Triste de mí!  
¿Cómo al mismo sol llegué?  
¿Cómo á su cielo miré?

Y á sus rayos me atreví?

Pero bien se lo he pagado,  
Pues de su alcázar eterno  
Caigo, por mi mal gobierno,  
Al centro de mi cuidado.

Moriré por el oído;  
Palabras de un rey, y malas,  
Son de artillería balas  
Que matan con el sonido.

¿Qué te parece, Leonor,  
Lo que he medrado por ti?

LEONOR.

¡Oh, qué lindo para mí!  
Quedo, quedo, Emperador;  
Emperador, quedo, quedo,  
Que andamos todos errados.  
•Dalde cuatro mil ducados  
Y no esté un hora en Toledo.

Malos amos y mal mes;  
Que yo soy la emperadora.

PACHECO.

¡Esto me faltaba agora!  
¿Qué tienes?

LEONOR.

¿Ya no lo ves?

Tengo una desconfianza  
Que fué esperanza fingida;  
Tengo una cansada vida  
Que nunca á la muerte alcanza;

Tengo una sentencia injusta  
De un injusto atrevimiento;  
Tengo un alto pensamiento  
Que de mis desdichas gusta;  
Tengo un alma de Faetón,  
Que al sol quiso hurtar el carro;  
Tengo un intento bizarro  
De imposible ejecución;

Tengo mil dificultades  
Que allanaba el ser mujer,  
Si el amor supiera hacer  
Cadenas de voluntades.

Mis eslabones de plomo  
Y los del oro de Carlos  
No supo el rapaz juntarlos,  
Aunque le dijeron cómo.

Tengo esta pena cruel.  
Mas, ¿por qué Carlos condena  
Este alina á infierno de pena?  
¿Es él Dios? ¿Soy yo Luzbel?

PACHECO.

Leonor, Leonor, ¿qué es aquesto?  
¿Estás en tí?

LEONOR.

Pues ¿en quién?

¿Quién sufriera el mal tan bien  
En que tanto amor me ha puesto?  
¿Quieres saber lo que ha sido?

PACHECO.

Sí, amiga. Espera, reposa,  
No seas pintura hermosa  
Sin alma. Cobra el sentido;

Que una tan bella mujer  
Dará lástima á las piedras.

LEONOR.

¡Bien con el oficio medras!  
Paciencia habrás menester.

Que mates moros te dice,  
Y que no traigas mujeres  
Para aliviar los placeres,  
Porque la guerra desdize.

¡Mirad dónde puse yo  
Mi voluntad, mi memoria,  
Mi entendimiento, mi gloria,  
Y cuanto bien Dios me dió!

En un soldado cruel,  
Armado de furia y hielo,  
Con que me arroja del cielo.  
¿Es él Dios? ¿Soy yo Luzbel?

PACHECO.

Pensé, Leonor, que sintiera  
La desgracia en que he caído  
Con el César, y he sentido  
El verte de esa manera.

Pensé partir con el eco  
De las razones que oí,  
Donde supiera que fui  
Soldado honrado y Pachecho;

Y hasme dado tal dolor,  
Que en ver el mucho que tienes,  
Con dos manos me detienes:  
Una es piedad, y otra amor.

Vuelve en tí, y pues has perdido  
Lo que nunca tuyo fué,  
Cóbrame á mí y te dará  
Gran parte de mi sentido.

En mí hallarás, aunque pobre,  
Amparo. Escucha, te ruego.

LEONOR.

¡Oh, qué gracioso don Diego!  
¡El oro me trueca en cobre!

¿Estás en tí, picarón?  
¡Sucio, descompuesto, loco!  
¡Mi majestad tiene en poco!  
¿Hay más notable traición?

Pues ¿cómo? ¿Á una emperatriz?  
¡Hola! ¿Qué es esto, porteros?  
¡Hola! Grandes, caballeros,  
Matalde.

PACHECO.

¡Moza infeliz!

LEONOR.

¿Por qué dejáis que entre gente  
Cuando con Carlos estoy  
Y mi parecer le doy  
Para esta guerra presente.

Dice Vuestra Majestad  
Que el Turco alborota á Hungría,  
Y que á Italia cada día....

PACHECO.

¿Qué notable autoridad!

LEONOR.

¿Da molestia Barbarroja?

Pues yo soy de parecer  
Que al Turco....

PACHECO.

¡Triste mujer!

¡Qué accidente, qué congoja!

LEONOR.

Le den cuarenta mañanas  
Letuario y aguardiente,  
Y á Barbarroja en la frente  
Con dos cestos de manzanas.  
Y si no bastare así,  
Yo saldré contra los dos;  
Denme mis armas.

PACHECO.

¡Por Dios,

Que te temples!

LEONOR.

Oye.

PACHECO.

Di.

LEONOR.

Llegó el respeto al temor  
Un día que fué atrevido,  
De la vergüenza oprimido  
É importunado de amor.

Dijole que se dejase  
Gozar, pues aunque era Apolo,  
No nació para sí solo,  
Y que su nombre alumbrase.

¿Qué hizo el respeto luego?  
«Yo soy quien soy», respondió,  
Y un rayo al temor tiró,  
Que volvió su hielo en fuego.

Carlos el respeto fué,  
Yo el temor; llegué, temí,  
Mostróme su sol, caí,  
Arrepentíme, cegué.

Quise igualarme con él;  
Ved qué puntapié me ha dado,  
Que en el mundo no he parado.  
¿Es él Dios, soy yo Luzbel?

PACHECO.

Leonor, si el ver tu desprecio  
Te priva de la razón,  
Oye.

LEONOR.

Mis pleitos no son  
Para un alcalde tan necio.

Jueces hay, y yo sabré  
Si el reino me toca á mí,  
Ó porqué razón perdí  
Lo que de mis padres fué.

¿Divorcio el Emperador  
Con Leonor? ¡Qué lindo cuento!  
Apelo al Nuncio.

PACHECO.

Aunque á tiento,  
No has dicho cosa mejor;

Que el Nuncio llama Toledo  
Á la casa de los locos.

LEONOR.

Son ya los cuerdos tan pocos,  
Que apelar al Nuncio puedo.  
Apelo y repelo.

PACHECO.

Tente.

LEONOR.

¿No puedo yo repelar?

PACHECO.

Sí, mas donde haya lugar  
De derecho, y no en mi frente.  
Creo que me ha de volver  
Loco.

LEONOR.

¿Divorcio conmigo?

Que es mío el imperio digo;  
El Papa lo ha de saber.

Póngase el pleito en la Rota  
Y en la Sala de París.

¿Pondráse ó no? ¿qué decís?

PACHECO.

Que se ponga en la picota.  
Pon el pleito noramala,  
Y quedas las manos ten.

LEONOR.

¿Oirálo el Papa?

PACHECO.

También.

LEONOR.

Ya se ve el pleito en la Sala;  
Ya comienza el relator:  
«Pleito entre Leonor....

PACHECO.

Sosiega.

LEONOR.

Y Carlos, ¿por qué le niega?

PACHECO.

¿Qué le niega?

LEONOR.

Un grande amor.

PACHECO.

¿No ves que hay desigualdad?

LEONOR.

Mentís; que yo soy mujer  
Que á mil reyes puedo hacer  
Esclavos.

PACHECO.

Dices verdad.

LEONOR.

Yo iré al Papa; voyme á él.

PACHECO.

Seguirle quiero, ¡ay de mí!

LEONOR.

¿Carlos me desprecia así?  
¿Es él Dios, soy yo Luzbel?

Vanse.

Salen el Duque de Alba, el Duque del Infantado,  
el Condestable y un alguacil.

ALGUACIL.

Ea, caballeros, ea;

Caminen, vayan delante.

DUQUE.

Muy bien habló el Almirante.

DUQUE DEL INFANTADO.

Servir al César desea.

CONDESTABLE.

No pone dificultad

España en cuanto le manden.

ALGUACIL.

Ea, caballeros, anden;

Que viene Su Majestad.

DUQUE DEL INFANTADO.

Amigo, esas voces daldas

En la plaza.

ALGUACIL.

¡Qué respuesta!

Tócale en las espaldas al Duque.

DUQUE DEL INFANTADO.

¿Hay libertad como ésta?

Tocádome ha en las espaldas.

Hombre, ¿conocéisme?

ALGUACIL.

Si.

DUQUE DEL INFANTADO.

¡Harto bien, por vida mía!

ALGUACIL.

Camine Vueseñoría,

Que viene el César allí.

DUQUE DEL INFANTADO.

¿Sabéis acaso mi nombre?

ALGUACIL.

El Duque del Infantado.

DUQUE DEL INFANTADO.

Vos sois un desvergonzado,

Un atrevido, un ruin hombre;

Y ¡tomad!

Dale con la daga.

ALGUACIL.

¡Ay, que me ha muerto!

DUQUE.

No ensucie Vueseñoría

Sus manos.

DUQUE DEL INFANTADO.

Descortesía

Grande.

CONDESTABLE.

Grande desconcierto.

ALGUACIL.

¡Gran señor!

Salen el Emperador, I. Juan de Mendoza, el Alcalde  
Ronquillo y acompañamiento.

EMPERADOR.

¿Qué es aquesto?

ALGUACIL.

Por hacer por la ciudad

Lugar á tu Majestad,

Destá manera me han puesto.

EMPERADOR.

¿Quién os hirió?

ALGUACIL.

Gran señor,

El Duque del Infantado.

EMPERADOR.

Vos, ¿qué ocasión le habéis dado?

ALGUACIL.

Respetar vuestro valor.

EMPERADOR.

Prendelde, alcalde Ronquillo.

En fin, ¿decís, Condestable,

Que no hay dinero?

CONDESTABLE.

Es notable

La ocasión para pedillo;

Pero España os ha de dar

La sangre en cualquier suceso.

ALCALDE.

Vueseñoría sea preso.

DUQUE DEL INFANTADO.

¿Habéisme vos de llevar?

¿Haos dado el Emperador

Esa orden?

ALCALDE.

Que os prendiese

Me ha mandado, porque diese

Ejemplo vuestro valor.

DUQUE.

Nosotros le llevaremos.

CONDESTABLE.

Muy bien irá con nosotros.

ALCALDE.

Ni en España toda hay otros;

Bien es que lugar os demos.

Vanse los Duques y el Condestable.

Los Grandes, preso han llevado  
Al Duque.

EMPERADOR.

Muy bien está;

Id vos luego, Alcalde, allá.

Mirad si está á buen recado,

Y haced curar ese hombre.

Esme forzosa la guerra,

Porque es en toda la tierra

Único amparo mi nombre,

Pues corre por cuenta mía.

DON JUAN.

Señor, todo se ha de hacer,

Pues sólo vuestro poder

Ampara á Italia y Hungría.

Salen el Duque de Alba y el Condestable.

CONDESTABLE.

No iréis, señor, descontento

De las Cortes que juntáis.

EMPERADOR.

Don Juan.....

DON JUAN.

Señor.....

EMPERADOR.

No os partáis

Hasta acabar este asiento;

Que yo la escribo á mi hermana

Que habrá muy presto dineros.

CONDESTABLE.

Ya con ruegos, ya con fieros,

La española gente aliana

Á los que traidores son.

DUQUE.

De la misma suerte fueron

Los que á Roma se atrevieron,

Con el general Borbón.

Salen Pacheco y Leonor, y vase D. Juan.

PACHECO.

Tente y mira dónde vas;

Que está aquí el Emperador.

LEONOR.

¿Cómo! ¿Á la reina Leonor

Dicen que se tenga atrás?

Mal me trata vuestra gente,

Marido, y muy sin respeto;

Castigaldos, si os prometo

De haceros á vos.....

PACHECO.

Detente.

EMPERADOR.

¿Qué es eso?

PACHECO.

Aquella mujer

Que te dije.

EMPERADOR.

Pues ¿qué ha sido?

PACHECO.

Señor, el seso ha perdido.

EMPERADOR.

¿De qué pudo enloquecer?

PACHECO.

De una esperanza traidora,

De una amorosa conquista,

De una mudanza en revista

De la grandeza que adora;

De una amorosa pasión,

De una esperanza burlada

De mujer, y despreciada,

Que es la mayor maldición.

LEONOR.

No se lo digáis así,

Que no lo querrá creer;

Decid que soy su mujer

Y que me aparta de sí.

Pues Carlos, aunque seáis,

Por valor ó por misterio,

Águila de un gran Imperio,

Y el mundo á los pies tengáis;

Y aunque deis el picotazo  
Al Turco, que el paso enfrene,  
Sabad que San Pedro tiene  
Una llave como un brazo,

Y que os dará en la cabeza.  
Á San Pedro he de apelar;  
Que no me habéis de dejar  
Por otra humana belleza.

Ya sé, Carlos, que os casáis  
Con la hija del Sofí  
Y que os apartáis de mí  
Por los reinos que heredáis.

Ya sé que os queréis hacer  
Gran Turco, que lo han jurado  
Las Cortes que se han juntado;  
El Papa lo ha de saber.

Queréis que reine en España  
El Preste Juan, y iros vos  
A ser Gran Turco: ¡por Dios,  
Que el pensamiento os engaña!

Mientras yo tuviere vida,  
Carlos, mio habéis de ser.

DUQUE.

Lástima me da de ver  
Tan bella mujer perdida.

Vuestra virtud, gran señor,  
La ha puesto en esta desdicha.

EMPERADOR.

Mudo estoy.

LEONOR.

¿Pensáis, por dicha,  
Ser de mil mundos señor?

¿Oh codicia de reinar!  
Cuando rey de España os vistes,  
Media Italia pretendistes  
Conservar y conquistar.

Luego, Carlos, por la espada  
Os hacéis emperador,  
Á pesar de algún traidor  
Que la tembló coronada.

Luego hacéis guerra á Alemania  
Y castigáis á Lutero;  
Luego, contra el Turco fiero,  
Por Belgrado y Transilvania.

Luego en el Africa entráis,  
Y á Túnez echáis por tierra;  
Luego al Francés hacéis guerra,  
Y en las uñas le lleváis.

Sois, Carlos, Conde de Flandes,  
Rey de Nápoles, también  
Duque de Milán, y es bien  
Que tengáis reinos tan grandes.

El mundo antártico es vuestro,  
Hasta el Indio os viene á ver,  
Pues ¿qué os faltaba de ser  
Después de ser César nuestro?

Ya lo entiendo, bien se entiende,  
Sólo Gran Turco os faltaba;  
A eso vais.

EMPERADOR.

¡Locura brava!

PACHECO.

Más con tu vista se enciende.

LEONOR.

Ea, haced las provisiones,  
Carlos quinto, por la gracia  
De Dios Gran Turco en Dalmacia,  
En Citia y otras regiones.

A vos la reina Leonor,  
Salud y gracia: sepades  
Que nunca en desigualdades  
Halló buen despacho amor.

Y por cuanto á mí me han hecho  
Relación de quién sois vos....

PACHECO.

Calla un momento.

EMPERADOR.

¡Por Dios,

Que me ha enternecido el pecho!

Pacheco....

PACHECO.

Señor....

EMPERADOR.

Dí á Cobos....

LEONOR.

No digáis nada, señor,  
Hasta que sepáis que amor  
No es comida para bobos.

EMPERADOR.

Dile que á esta loca den,  
Para posada y ración,  
Cada mañana un doblón,  
Y llévale tú también;

Que pues que tú la trujiste,  
Tú la has de dar de comer.

PACHECO.

¡Gran señor!

EMPERADOR.

Su ayo has de ser,

Pues que tú la enloqueciste.

Duque de Alba....

DUQUE.

Señor....

EMPERADOR.

Quiero

Que me saquéis de un cuidado:

Al Duque del Infantado,

¡Díole el alguacil primero

Bastante ocasión?

DUQUE.

Señor,

Ocasión le dió bastante.

EMPERADOR.

Honrarle será importante;

Que tiene el Duque valor.

Id á verle, y de mi parte

La libertad le llevad.

DUQUE.

Por él á tu Majestad

Beso los pies.

EMPERADOR.

Oid aparte.

Decilde al Duque si gusta  
Que al alguacil se castigue.

DUQUE.

Á fama inmortal oblique  
El tiempo tu gloria augusta.

Vanse: quedan Pacheco y Leonor.

PACHECO.

El Emperador se va;  
Tú tienes ya de comer,  
Que es lo más que puede ser.

LEONOR.

Muy buen remedio me da.

Cuanto en su discurso fragua,  
Es ensanchar su valor;  
Pollos de Marta es mi amor,  
Piden pan y danles agua.

No quiero comer por Carlos,  
Dios me dará de comer;  
Que alimentos de mujer  
Dí que á un perro pueden darlos.

¿Á una reina como yo  
Un doblón? También apele.

PACHECO.

Calla, que te ayuda el cielo.

Salen D. Juan y Fernandillo.

DON JUAN.

¡Que Leonor enloqueció!

¡Que tan hermosa mujer  
Diese en este frenesí!

FERNANDILLO.

¿Qué te va, don Juan, á tí?

DON JUAN.

Aguarda; quírola ver.

Pues, Pacheco, ¿qué es aquesto?

PACHICO.

Ved, don Juan, en qué ha parado  
Un soldado tan honrado.

DON JUAN.

Á vos, ¿qué os alcanza desto?

PACHECO.

Háceme Su Majestad

El ayo de aquesta loca;

Mirad si la causa es poca.

FERNANDILLO.

Oficio es de calidad;

Yo sospecho que no os pesa.

PACHICO.

¿Quién le mete en eso al paje?

FERNANDILLO.

Yo, señor lacayo; baje

El toldo.

PACHICO.

Palabra es ésa,

Que de un general francés

Oída, volviera en trueco

La mano.

DON JUAN.

Quedo, Pacheco.

PACHECO.  
¿Es vuestro el paje?  
DON JUAN.  
Sí es.  
Tú, rapaz, vete de ahí.  
FERNANDILLO.  
Salga el lacayo acá afuera.

Vase.  
PACHECO.  
¿Esto he de sufrir?  
DON JUAN.  
Espera,  
Pacheco.

PACHECO.  
¡Pesar de mí!  
Vase.  
DON JUAN.  
Doy lugar, aunque le dé  
Dos coces ó bofetones,  
Por decille dos razones,  
Aunque sin razón esté,  
A la más hermosa loca  
Que ha visto el cielo en su lista:  
Alzad del suelo la vista,  
Que al sol envidia provoca;  
Vuelve los ojos á ver  
A un caballero Mendoza,  
Y loca, despojos goza  
De quien los gozaba ayer  
De mil turcos y franceses.

LEONOR.  
Idos muy enhoramala,  
Y no os entréis en la sala  
Dando tajos y reveses.

DON JUAN.  
No te espante ver un loco;  
Que ya vengo á ser tu igual.

LEONOR.  
¿Traéis de eso memorial?  
DON JUAN.

Yo soy.....

LEONOR.  
Pues echalde un moco.  
DON JUAN.  
Quiero, conforme al sujeto  
Hablalla, porque me acuerdo  
Que es hablar un loco en cuerdo,  
Hablar un necio en discreto.  
¿Quién piensas que soy, Leonor?

LEONOR.  
¿Quién eres?  
DON JUAN.  
Carlos de Gante.

LEONOR.  
¿A Carlos tengo delante,  
Emperador, mi señor?  
¿Es posible que me miras,  
Que me hablas y regalas,  
Que á mí bajeza te iguales?

DON JUAN.  
Veo que por mí suspiras,  
Veo que mueres por mí,  
Y al fin te vengo á querer.

LEONOR.  
¿Soy tu mujer?  
DON JUAN.  
Y mujer  
La más hermosa que vi.  
Abrazame y lo verás.

Sale Fernandillo.

LEONOR.  
¡Dichosa yo!  
FERNANDILLO.  
¿Qué es aquesto?  
¿Apenas me ves transpuesto,  
Cuando los brazos le das?  
No sólo no me defiendes  
De quien, si no me metiera  
Entre mil hombres, me diera  
Quizá lo que tú pretendes,  
Cuando abrazado te hallo  
A una loca.

LEONOR.  
Y ¿quién sois vos,  
Que os metéis entre los dos?  
¿No veis que este hombre es mi gallo?

DON JUAN.  
De miedo que la he tenido  
La abracé, que da en decir  
Que soy Carlos.

FERNANDILLO.  
Y el huir,  
¿No fuera mejor partido?  
DON JUAN.  
Sea, pues que tú lo quieres.

Vase.  
LEONOR.  
¿Dónde vas, Carlos cruel?  
FERNANDILLO.  
¿Tente, no vayas tras él!

LEONOR.  
¡Oh, perro infame! ¿Quién eres?  
FERNANDILLO.  
¡Ay, que me muerde! ¡Ay de mí!  
LEONOR.  
¿A Carlos quieres quitarme?

Vase Leonor.  
FERNANDILLO.  
Vete y gózale. Á buscarme  
Vuelve ya Pacheco aquí.

Sale Pacheco.  
PACHECO.  
Si yo no hubiera mirado  
Que eres un paje sin seso,  
Paje, aunque paje travieso



De un caballero soldado,

Ya, de un pie asido, volaras  
Por el aire tan gran vuelo,  
Que en las almenas del cielo,  
Como huevo te estrellaras.

¿Sabes tú quién fué Pacheco

Antes que fuese lacayo  
Del César? Fué trueno y rayo  
Que dió en otro mundo el eco;

Fué un hombre que á puntapiés  
Más moros tiene arrojados  
En el infierno, que hay dados  
En todo el campo francés.

Y en Túnez, rota la espada,  
Fué un hombre de tal decoro,  
Que con la pierna de un moro,  
Por la cadera cortada,

Descalabró más de mil.

FERNANDILLO.

¡Hombre, por mi vida, fuerte!  
Y diga, ¿cómo la muerte  
Ese pie con perejil?

PACHECO.

¡Búrlaste! Pues ¡vive Dios,  
Que á hombre no di puñada,  
Coz, puntapié ó bofetada,  
Que hubiese menester dos!

Pues á no tener respeto  
Á esa cara.....

FERNANDILLO.

Si le tienes,  
Pacheco, ¿por qué no vienes  
Á hacer de mí igual conceto?

Esta cara es de mujer,  
Y estas razones lo son.  
Don Juan me ha dado ocasión,  
Con su ingrato proceder,

Para hablarte deste modo.

PACHECO.

¿Qué dices?

FERNANDILLO.

Que he de vengarme,

De tu persona ampararme  
Y darte cuenta de todo.

Oye, y sabrás cómo vine  
Á este traje.

PACHECO.

Espera un poco  
Que sale el César.

FERNANDILLO.

¡Que un loco  
Á una loca el alma incline,  
Y que no tome venganza!  
¡No lo permita el amor;  
Que no hay remedio mejor  
Que á una ingratitud, mudanza!

Salen el Emperador, el Duque de Alba, monsieur  
de Memoranse y gente.

EMPERADOR.

No he tenido en mi vida mayor pena.

¡Gante, mi patria misma, levantada!

MONSIEUR.

Pienso que por no dársela tan grande  
Á Vuestra Majestad, la Reina escribe  
Menos encarecido que pudiera.

EMPERADOR.

¡Y que el tributo la ocasión ha sido,  
Pagado justamente á mis mayores!  
¿Qué me quejo de España, pues en Flandes  
Los de mi patrimonio y nacimiento  
Se vuelven contra mí? ¡Válgame el cielo!  
Duque de Alba, si yo partir pudiera  
Agora á los Estados, fácilmente  
Derribara del hombro las cabezas.  
Mas póngome á peligro si me embarco.

MONSIEUR.

Si Vuestra Majestad, César invicto,  
Cree la voluntad del Rey de Francia  
Y ya sus amistades son tan ciertas;  
Si mira que se puso en una barca  
Con un remero solo, aunque en su tierra,  
Por Francia puede ir libre y seguro,  
Tomar la posta, y castigando á Gante,  
Tratar los concertados casamientos.

EMPERADOR.

Eso, sin duda, fuera de importancia.  
¿Qué decís, Duque de Alba?

DUQUE.

Que bien puede

Ir Vuestra Majestad, pues le asegura  
Monsieur de Memoranse de su parte  
Del magno y cristianísimo Francisco.

EMPERADOR.

Queden gobernadores en España  
En mi lugar, en tanto que yo vuelvo,  
El Cardenal famoso de Toledo,  
Don Juan Tavera, digno deste nombre,  
Con el comendador Francisco Cobos.  
Postas á Francia.

DUQUE.

Vengan postas luego.

MONSIEUR.

Yo aviso al Rey que vas.

EMPERADOR.

Monsieur, escribe.

PACHECO.

¿Irás esta jornada?

FERNANDILLO.

Y donde fueres;  
Que somos para mucho las mujeres.

## ACTO TERCERO.

Salen Pacheco y Serna.

SERNA.

Por muchos años gocéis  
El oficio de portero.

PACHECO.

Para que vos me mandéis.

SERNA.

Yo pierdo un gran compañero.

PACHECO.

Ninguna cosa perdéis;

Que el amigo que es honrado,

Nunca le muda el estado,

Porque cuando á subir viene

Lleva al lado quien le tiene

En otra parte obligado.

Serví, caminando á Francia,

Al invicto Carlos quinto,

Y es tan segura ganancia,

Que mejoré en tercio y quinto

Cosas de mucha importancia.

Espero que aquí en París

Mucha merced me ha de hacer.

SERNA.

Muy justamente subís,

Y él sabe bien conocer

Que sois vos quien le servís.

¿Qué hay del paje de Toledo?

PACHECO.

Que se volvió con don Juan;

No sé si fué amor ó miedo.

SERNA.

¿Vendrán á París?

PACHECO.

Vendrán.

SERNA.

¡Brava historia!

PACHECO.

¡Lindo enredo!

SERNA.

¿Viene aquí también Leonor?

PACHECO.

Hase hecho tan graciosa,

Que gusta el Emperador

Della en extremo.

SERNA.

No hay cosa

Como el mar, sino es amor:

¿Qué notables monstruos cría!

PACHECO.

Anda ya con su librea.

SERNA.

¿Quiéresla bien todavía?

PACHECO.

Amor que un loco desea,

Serálo más cada día.

Salen D. Juan y Fernandillo.

DON JUAN.

Haz que la ropa se lleve,

Fernandillo, á la posada.

FERNANDILLO.

Yo lo haré.

DON JUAN.

Vé, y vuelve en breve.

Vase.

SERNA.

¿Es ésta la disfrazada?

PACHECO.

Á todo un amor se atreve,  
Fernando.

FERNANDILLO.

¿Pacheco hermano!

PACHECO.

Bien venido.

FERNANDILLO.

Á tu servicio.

PACHECO.

¿Vienes bueno?

FERNANDILLO.

Bueno y sano

Del cuerpo, pero del juicio

Vengo más perdido y vano.

SERNA.

Por no venir por la posta

Hemos perdido la entrada,

Poco argén y bolsa angosta.

PACHECO.

Merece ser celebrada,

Fernando, en grandeza y costa,

Cómo Francia ha recibido

Á Carlos; Roma ha perdido

De Trajano la memoria.

FERNANDILLO.

Refiere ¡por Dios! la historia.

PACHECO.

Si me das atento oído.

Rogado y asegurado

Del Rey de Francia Francisco,

Que pasase por la Francia

Á castigar los delitos

De los traidores rebeldes,

Por la posta á Francia vino.

Á la entrada de Bayona,

Del Rey los gallardos hijos,

Delfín y Duque de Orlens,

Salieron á recebillo

Con trescientas mil personas

En un alarde lucido,

Cuyos trajes y colores

Alegres, vistosos, ricos,

Causaban envidia al sol,

Y aun se escondió de corrido;

Y con música marcial

Que alborota los sentidos

Y anima los corazones,

Marchando en su paso mismo.

Iban disparando á són

Sus arcabuces, y en gritos

Apellidando del César

El heroico nombre invicto.

Tras esto, doce Virreyes

Á mula, todos vestidos

De grana, y los Presidentes

Con capuces de lo mismo;

Tantos títulos, barones

De noble blasón y antiguo,

Monsiures y ciudadanos,  
Sin otros muchos de oficio.  
Hubo, que es cosa notable,  
Quinientos frailes franciscos,  
De San Agustín doscientos  
Y trescientos dominicos.  
La corte del Parlamento  
Formaba un Parnaso ó Pindo  
De doctores y abogados  
Insignes por sus escritos.  
Con este acompañamiento  
Tan solemne y tan cumplido,  
Con aplauso y majestad  
Prosiguieron su camino,  
Procurando con mil fiestas,  
Inversiones, regocijos,  
Divertir el gran Monarca,  
Que se muestra agradecido.  
Las ciudades por do pasa,  
Villas, lugares, castillos,  
Con música, fiesta y juegos  
Muestran contento infinito.  
De esta suerte llegó el César  
Con un contento excesivo  
Media legua de palacio,  
Vistoso y alegre sitio.  
Iba el gran Emperador  
No con soberbio vestido,  
Pero por más humildad,  
De paño negro, aunque rico.  
El cristianísimo Rey  
Aquí con la Reina vino  
A recibirle, y en medio  
De sus dos gallardos hijos  
Entró en París con gran pompa,  
Que gozoso y prevenido  
De colgaduras y arcos  
Parecía un paraíso,  
Y habiéndole paseado  
En el orden que te he dicho,  
Llegaron al Real palacio,  
Adonde en el punto mismo  
Se sentaron á la mesa  
El César, padres é hijos,  
Donde, después de comer,  
Hablaron hasta las cinco.  
Esta es la entrada de Carlos,  
Que viva infinitos siglos  
Para que gane más reinos  
A su sucesor Felipe.

FERNANDILLO.

Y á ti te dé mil venturas  
Con ese César.

PACHECO.

Yo estimo

Siempre el favor que me hace,  
Porque me hallo dél indino.

FERNANDILLO.

Voyme por no ser ingrato  
Á lo que ya te conté  
En España.

PACHECO.

¡Qué mal trato!

FERNANDILLO.

¿Cuándo te veré?

PACHECO.

Yo iré

Á buscarte de aquí un rato.

FERNANDILLO.

Adiós, y guárdete el cielo.

Vase.

SERNA.

Cajas suenan.

PACHECO.

Fiestas son.

SERNA.

¡Bonica mujer!

PACHECO.

Recelo

Que encendiera en afición

Hombre que no fuera hielo.

Vente por aquí, sabrás

Cuán mal don Juan la ha pagado.

SERNA.

Siempre, Pacheco, verás

Que olvida el amor amado,

Y con desdén quiere más.

Vanse.

Salen el Emperador y el Duque de Alba.

EMPERADOR.

¡Notables grandezas son!

DUQUE.

Mucho Francisco desea

Que Vuestra Majestad crea

La verdad de su afición.

EMPERADOR.

Hermosa es París, por cierto.

DUQUE.

Ciudades tenéis, señor,

De más grandeza y valor,

Y una, de otro mundo puerto.

EMPERADOR.

Generoso corazón

Han mostrado los vecinos

Por mil diversos caminos.

DUQUE.

Érades vos la ocasión.

EMPERADOR.

No igualó Roma aquel día

Que en ella me coroné,

Á esto que en París se ve,

Con ser tal su monarquía.

DUQUE.

Dicen que nunca se ha hecho

Con ningún rey que ha tenido,

Lo que con vos.

EMPERADOR.

Todo ha sido

Mostrarle Francisco el pecho.  
¡Qué contenta está mi hermana!

DUQUE.

Desea veros en paz;  
Su voluntad satisfaz,  
Los imposibles allana.

Muera el odio, sed amigos;  
Tiemblen los turcos de ver  
Que amigos vuelven á ser  
Dos tan grandes enemigos.

EMPERADOR.

Yo os prometo, Duque de Alba,  
Que nunca falte por mí.

DUQUE.

Los Reyes vienen aquí.

EMPERADOR.

Háganles mis brazos salva,  
Pues sin ejército estoy.

Sale el Rey de Francia, y la Reina, y Leonor,  
y acompañamiento.

REY.

¡Hermanol

EMPERADOR.

¡Señora!

REINA.

¡Amigo!

EMPERADOR.

Yo lo soy vuestro; testigo  
El cielo de que lo soy.

¡Hermana mía!

REINA.

Estos brazos,  
Carlos, mi alegría os digan.

EMPERADOR.

Á tanta merced obligan,  
Que son en el alma lazos.

LEONOR.

¿Cómo delante de mí  
Á mi marido abrazáis?  
Muy desvergonzada estáis.

REINA.

Leonor, ¿qué se te da á ti?

¿No ves que es Carlos mi hermano?

LEONOR.

¿Vuestro hermano?

REINA.

Sí, Leonor.

LEONOR.

¿Cierto, cierto?

REINA.

Y que el amor  
Entre hermanos es muy llano.

LEONOR.

¡Hola, Francisco! Entre aquéstor  
No puede haber conjunción.

REY.

¿Tú no ves que hermanos son?  
Sus abrazos son honestos.

Si no, yo era el ofendido,

Que es, Leonor, mi mujer propia.

LEONOR.

Ya fuéades cornucopia.  
¡Hola! Abrazalda, marido,  
Que el francés os dió licencia;  
Si os parió, ¡qué maravilla!  
Doña Juana de Castilla  
En la Vera de Plasencia.

REY.

El archiduque Felipo  
Fué su padre de los dos.

LEONOR.

Ése es mi suegro, ¡por Dios!

REY.

Leonor, ¿has visto á Felipo?

LEONOR.

¿Cuál?

REY.

El Príncipe de España,  
Mi sobrino.

LEONOR.

¿Cúyo hijo?

REINA.

De Carlos.

LEONOR.

¿Quién os lo dijo?

¡Cata que el diablo os engaña!

Si soy del Emperador

Mujer, y yo no he parido

Á Felipo, ¿cómo ha sido?

REY.

Yo te lo diré, Leonor:

La emperatriz Isabel

Parió á Felipo.

LEONOR.

¡Mentís,  
Francés, en lo que decís!

REY.

¿Yo miento?

LEONOR.

Sí; vos y él;

Que Carlos es mi marido,

Y el Papa, que nos juntó,

Bulas de parir me dió

Á Carlos, y no he parido.

Rogalde vos, Rey francés,

Destas gracias participe;

Que yo pariré un Felipe

Con sus ojos y sus pies.

Mirad que es un desabrido

Y no me toma la mano.

REY.

Yo se lo diré á mi hermano.

Sale monsieur de Memoranse.

MONSIEUR.

El Parlamento ha venido,

Y aguarda en la sala ya.

REY.

Di, monsieur de Memoranse,

Que nadie en verme se canse  
Mientras Carlos aquí está;

Y porque mejor lo crean,  
Desde hoy puedes avisarlos  
Que cedo mi reino en Carlos.  
Mientras en Francia le vean.

Con él negocien, á él pidan  
Mercedes, él es el Rey;  
Haga justicia, dé ley,  
Por él las causas decidan.

Carlos es el Rey de Francia,  
Yo no tengo ya poder,  
Sólo tengo de hombre el sér,  
No soy de más importancia.  
Un privado caballero  
Me podéis todos llamar.

EMPERADOR.

Grandeza tan singular,  
No la vi, ni verla espero;  
Beso tus reales manos,  
Mas no lo has de permitir.

REY.

Á mi Consejo has de oír;  
Mira que somos hermanos  
Y que el mundo no es bastante  
Para impedir este intento.  
Vé, Carlos, al Parlamento.

DUQUE.

¿Hay grandeza semejante?  
Vé, señor; reina estos días  
En Francia, y el mundo cuenta  
La paz y amistad presente.

EMPERADOR.

Alto: no haya más porfías.  
Rey soy de Francia, mas desto  
Infiero engañado estoy,  
Que como al fin huésped soy,  
Queréis que me vaya presto,  
Porque me dais ocasión  
Con ser Rey, á que lo sea  
Poco tiempo.

REY.

Nadie crea  
Que ésa fué nuestra intención,  
Sino que como en saliendo  
El sol, las demás estrellas  
No alumbran ni salen bellas  
Donde están resplandeciendo,

Así yo, claro español,  
No alumbro donde salis.

EMPERADOR.

Antes os contradecís  
Y confesáis ser el sol.  
Si el que da á otro está claro  
Que es mayor que el que recibe,  
Vos sois el sol que en mí vive,  
Yo quien de esa luz me amparo.

Y así, temo ser Faetón  
Hoy con el reino de Francia;  
Pero será de importancia  
Á mi mucha obligación

Que vais á España y reinéis,  
O que les deis desde acá  
Leyes que guarden allá.

REY.

Presto pagaros queréis.  
Id, que os están esperando;  
Mirad que sois Rey; haced  
Á todos mucha merced.

EMPERADOR.

Vos las quedaréis pagando.  
Mas las que de vos recibó,  
¿Cómo las podré pagar?

LEONOR.

¿Acá os venís á reinar?  
Mirad si engañada vivo.

Vanse el Emperador y Monsicur.

Ya ¿qué le falta de ser?  
Él se ha hecho Emperador,  
Tras ser del reino mejor,  
De más grandeza y poder.  
Y agora en Francia lo es;  
Gran Turco fué el otro día;  
Mas ¿cuánto va que porfia  
Hasta ser Papa?

REINA.

¿No ves,  
Leonor, que es Carlos casado?

LEONOR.

Y ¿con quién?

REY.

Con Isabel.

LEONOR.

¿También vos, doña Isabel?  
Salid luego de mi Estado;  
No toméis más almohada  
Adonde estuviere yo.  
No es Isabel suya, no.

REINA.

Escucha.

LEONOR.

Estoy enojada.  
Francisco, ¿acá no curáis  
De tiña y de sabañones,  
Lámparas y lamparones,  
Y á cuantos queréis sanáis?  
Pues sanadme de este amor,  
Que es un sabañón del alma,  
Que me come y me desalma  
Y me enciende en más furor.

REY.

¿No mantendréis, Duque, vos,  
El torneo prevenido?

DUQUE.

Sí haré, siendo vos servido,  
Aunque me corro por Dios!  
Donde hay tantos caballeros.

REINA.

Vos, Duque de Alba, sois flor  
De España, y podéis mejor

Entre todos conoceros.  
Y pues yo soy española,  
En mi nombre mantened.

DUQUE.

Sólo pudo esa merced  
Venir de esa mano sola.  
Déme Vuestra Majestad  
Colores como á criado.

REINA.

Verde con blanco y morado,  
Que es gala con gravedad.

LEONOR.

Rábano pareceréis.  
Sacad, Duque, mis colores,  
Porque son mucho mejores  
Y más gallardo saldréis.

DUQUE.

¿Cuáles son?

LEONOR.

Blanco, morado,  
Azul, verde, pardo obscuro,  
Amarillo, rojo puro,  
Negro, pajizo, encarnado,

Rosa seca, columbino,  
Naranjado, genolí,  
Gaíde, mezclado turquí,  
Rubio, dorado, broncino,

Plateado, cabellado,  
Cárdeno, sanguinolento,  
Colorado, ceniciento,  
Bayo, grana, acanalado,

Verdeterra, cristalino,  
Azulado, nacarado,  
Arrebolado, rosado,  
Tornasol y purpurino,

Cambiante brasil....

DUQUE.

Detente;

Que si ésas he de llevar,  
No hay en mi cuerpo lugar.

LEONOR.

Pues éstas llevad, pariente,  
Porque parezcáis al sol,  
Un fénix, un papagayo,  
Un pavón y un guacamayo,  
Y un indiano girasol.

Y por empresas honradas  
Llevad, con letra sutil,  
Un torrezno de pernil  
Puesto entre dos rebanadas.

DUQUE.

¿La letra?

LEONOR.

La letra diga:

«Ansi me aprietas el alma.»

DUQUE.

Llevaré á todos la palma.

LEONOR.

Quien ama, á todo se obliga.

Si se ofrece ser lechón,  
Se ha de dejar hacer cueros,

Porque hay dedos asaderos  
Que fuego del alma son;  
Si salchicha, se ha de hacer  
Picar y embutir, Fernando,  
Porque nadie puede, amando,  
Envidiar, sino querer.

REY.

Vamos á hacer prevenir  
La fiesta para mañana.

DUQUE.

Mirad, Reina soberana,  
Que un Toledo os va á servir.

LEONOR.

¡Hola! Pues que sois Toledo  
Y tenéis el Nuncio allá,  
Decid que Leonor está  
Loca de amor y de miedo.

REINA.

Á fe, que te he de casar  
Con Carlos aquesta noche.

LEONOR.

Si eso hacéis, yo os mando un coche  
En que os salgáis á espulgar.

REY.

Tu padrino soy.

LEONOR.

Señor,

Enviad á llamar al Papa,  
Y haremos trapalatrapa  
Yo y Carlos, vos y Leonor.

Vanse.

Salen el Emperador, monsieur de Memoranse  
y Pacheco.

EMPERADOR.

Llegadme una silla aquí.

MONSIEUR.

De oírte en el Parlamento  
Muestran notable contento;  
Tú, el gran valor que hay en ti.

PACHECO.

Aquí vienen negociantes.  
¿Entrarán?

EMPERADOR.

Al fin yo soy  
Rey de Francia. ¡Bueno estoy!

Sale Bizanzón, tudesco.

BIZANZÓN.

Yo os quiero dar para guantes.  
Dejadme, español, entrar.

PACHECO.

Hombre noble parecéis;  
Suplicoos que os acordéis  
Que estoy en este lugar.

BIZANZÓN.

Carlos, en el nombre Quinto,  
Y Décimo por la fama,  
Para cuya ardiente llama

El mundo es breve y sucinto:

Yo soy un tudesco noble,  
Bizanzón es mi apellido,  
Al Rey de Francia he servido,  
Tengo de laurel y roble  
Mil coronas merecido.

Si por Roma hubiera hecho  
Las hazañas que por él....  
No he negociado con él  
Cosa alguna de provecho  
En año de pretensiones.

Dícenme que vos reináis  
Mientras en París estáis;  
Estas son mis peticiones:  
Tres heridas traigo aquí,  
Cuatro en el brazo siniestro,  
En las piernas, que no os nuestro,  
Otras tantas recibí.

Éste fué un arcabuzazo;  
Por mí ganó el Rey á Endín,  
Porque fuí el primero, en fin,  
Que en el muro puso el brazo.

En la guerra de Pavía,  
Cuando á Francisco prendiste,  
Por vuestra dicha venciste,  
Y tardaste por la mía.

Treinta españoles maté,  
Las bandas de todos tengo;  
A pediros merced vengo.

EMPERADOR.

Premio es justo que se os dé.  
Dos mil ducados de ayuda  
De costa le den.

BIZANZÓN.

El cielo  
Te cubra de blanco pelo.  
¿Adónde mandas que acuda?

EMPERADOR.

Al tesoro del Rey.

PACHECO.

Tened, que hablaros deseo:  
Que me debéis algo creo.

BIZANZÓN.

Pagaros es justa ley.

PACHECO.

Voy del galardón distinto  
De haberos dejado entrar,  
Quiero enseñaros á hablar  
Delante de Carlos quinto.

¿Quién hablara como vos?  
Y agradecé que está allí  
Quien me detiene que aquí  
No os haga de un golpe dos;

Que tal cuchillada os diera,  
Á no respetar su cara,  
Que aquí las calzas dejara,  
Y en otra parte la cuera.

¿Treinta españoles, borracho,  
Tú los osaras mirar?  
Vete y haréte llevar  
Deste dinero el despacho;

Porque yo lo he menester  
Y te lo he de quitar luego.

BIZANZÓN.

Tanticot, pesar, reniego.

PACHECO.

De ruin vino y peor mujer.

Váyase luego el vinagre  
Donde lo hayamos los dos;  
Que tengo de hacer ¡por Dios!  
De su misma sangre almagre,  
Con que por París rotule:  
«¡Pacheco, vitor!»

BIZANZÓN.

¿Tú sabes  
Con quién hablas?

PACHECO.

No te alabes.  
¡Que esto el César disimule!

BIZANZÓN.

¿Sabes que soy Bizanzón,  
Español, celebro hueco?

PACHECO.

¿Sabes que soy yo Pacheco,  
Tudesco medio frisón?

BIZANZÓN.

¿Sabes que hijo de Belona  
Franceses me intitulaban?

PACHECO.

¿Sabes que á mí me llamaban  
El demonio de Escalona?

BIZANZÓN.

¿Sabes que maté en Pavía  
Treinta españoles que hallé?

PACHECO.

¿Sabes que en Pavía maté  
Mil tudescos en un día?

BIZANZÓN.

Dame un guante y otro toma.

PACHECO.

Tomo, y espérame allá;  
Que á no estar allí el que está,  
No fuera por bula á Roma.

BIZANZÓN.

Por lo que tiene español,  
Nunca le quise servir.

PACHECO.

¿Esto tengo de sufrir?  
Póngame el César al sol.  
¡Toma, borracho!

BIZANZÓN.

¡Ay de mí!

Vase.

EMPERADOR.

¿Qué es eso? Saberlo quiero;  
Dilo ya.

PACHECO.

Aquel majadero,  
Que me dijo mal de ti.

EMPERADOR.

¡En mi presencia le has muerto!

Monsieur, á ahorcar le llevad.

PACHECO.

Oiga Vuestra Majestad....

EMPERADOR.

Ahorcalde.

PACHECO.

Mi daño es cierto.

MONSIEUR.

Iré á ver si fué la herida  
De peligro.

Vase.

EMPERADOR.

Hacelda ver.

No me has hecho tal placer,  
Pacheco, en toda tu vida.

Llégate á mí, llega, llega,  
Toma este diamante; escapa,  
Y vete á tierra del Papa.

PACHECO.

Mucho tu valor te ciega.

¿Adónde me mandas ir

Por un borracho, señor,  
Que osó ofender tu valor?

EMPERADOR.

Si al Rey lo van á decir....

PACHECO.

¿Qué importa? Tú eres el Rey;  
Vesme aquí á tus pies echado.

EMPERADOR.

Bien has dicho y negociado:  
No hay de castigarte ley.

Que al Príncipe defendiste,  
Y así, el Príncipe te abona,  
Y te absuelve y te perdona  
Del enojo que le diste.

Enojéme de manera  
Cuando el tudesco decía  
Que había muerto en un día  
Treinta españoles, que fuera,  
Pacheco, á no ser quien soy,  
Á campaña, y me matara  
Con él. ¿Qué hay, Monsieur?

Sale monsieur de Memoranse.

MONSIEUR.

Repara

En que tras el hombre voy;  
Y él tan apriesa me huye,  
De polvo y sangre cubierto,  
Que no le alcancé, y es cierto  
Que desto su error se arguye.

Perdona por mí al portero,  
Que es un honrado soldado.

EMPERADOR.

Estoy, Monsieur, enojado.

No, no; castigalle quiero.

MONSIEUR.

Señor, Francisco te dió

Licencia de hacer mercedes;  
La que pido, hacerme puedes.  
Rey eres.

EMPERADOR.

Si lo soy yo,  
Por ti perdono al portero.

MONSIEUR.

¡El cielo, Carlos, te guarde!  
Vedme, Pacheco, esta tarde,  
Daros una joya quiero.

PACHECO.

Beso mil veces tus pies.  
Basta que le dió afición  
Del tudesco el coscorrón  
Al señor Monsieur francés.

Sale Fernandillo.

FERNANDILLO.

Á tus pies vengo á pedir  
Justicia.

EMPERADOR.

¿Quién eres?

FERNANDILLO.

Soy

Una mujer, aunque voy  
Desta manera á morir.

Un caballero soldado  
De los Mendozas de España,  
Así en Aragón me engaña,  
Huésped de mi padre honrado.

Llévome á Flandes, y vuelve  
Ingrato siempre á mi amor.

EMPERADOR.

¿Qué le pides tú?

FERNANDILLO.

Mi honor,

Que á no pagar se resuelve.

EMPERADOR.

¿Eres su igual?

FERNANDILLO.

Soy tan buena;

Que él es un pobre soldado,  
Aun que de deudos honrado.

EMPERADOR.

No llores, no tengas pena;  
Alza, que yo le hablaré,  
Y hoy se casará contigo.

FERNANDILLO.

Tus años, señor, bendigo;  
Beso tu invencible pie.  
Veas á tu amado Felipe  
Ganar á Jerusalén.

PACHECO.

Bien has negociado.

FERNANDILLO.

Bien.

PACHECO.

Porque el tuyo participe  
Del mío, apártate aquí;  
Que al César quiero engañar.



Aquí te ha venido á hablar.....

EMPERADOR.

¿Quién, Pacheco?

PACHECO.

Champeti,

Portero del Rey de Francia;

Pide una ayuda de costa,

Porque va y viene á la posta

A negocios de importancia.

EMPERADOR.

Di que le den mil ducados.

PACHECO.

Beso por ellos tus pies.

EMPERADOR.

¿Tú? ¿Por qué? ¿Por el francés?

PACHECO.

Porque á mí me han de ser dados;

Que tú eres el Rey de Francia

Y yo tu portero soy.

EMPERADOR.

¡Muy bueno, á fe de quien soy!

¡Bueno andas hoy de ganancia!

Basta que me has engañado:

Ve al tesorero mañana.

Dóyselos de buena gana,

Porque es un soldado honrado.

MONSIEUR.

Aquí, gran señor, están

De parte del Real Consejo.

EMPERADOR.

Entre.

PACHECO.

¿Fué bueno el consejo?

FERNANDILLO.

Lindo dinero te dan.

Salen dos oidores.

OIDOR 1.º

Señor, pide el Real Consejo.....

EMPERADOR.

¿Qué piden?

OIDOR 2.º

Aumento piden.

EMPERADOR.

Si con sus gastos lo miden,

En sus conciencias lo dejo,

Pues son letrados famosos.

¿Qué han tenido?

OIDOR 1.º

Mil ducados,

Siendo famosos letrados

Y monsiures generosos.

EMPERADOR.

Pues denles mil y quinientos.

OIDOR 2.º

¡El cielo guarde tu vida!

Salen el Rey y la Reina, el Duque de Alba y Leonor  
y acompañamiento.

REINA.

¡Carlos!

EMPERADOR.

¡Hermana querida!

DUQUE.

¡Plaza! Asientos. ¡Hola! Asientos.

REINA.

Todos os piden mercedes;

Yo también vengo á pedir.

EMPERADOR.

Quien las ha de recibir

Soy yo; tú hacérmelas puedes.

REINA.

Un título habéis de dar

Á monsieur de Berlamón.

EMPERADOR.

Servirte es justa razón.

Tú, quien me puede mandar.

Pero advierte que á este paso,

Si soy Rey otros dos días,

Ni tú en qué reinar tendrías,

Ni el Rey tu marido acaso.

Hoy quiero partirme á Gante,

Que ha siete que estoy aquí,

Así porque hoy recibí

Cartas, de que es importante

Mi persona en los Estados,

Como por no empobreceros.

REINA.

Sólo me enriquece el veros.

EMPERADOR.

Tengo, hermana, mil cuidados;

Partirme importa.

REINA.

¿Qué días

Tan breves deste favor!

EMPERADOR.

Así se pasan, Leonor,

Las humanas alegrías.

REINA.

Sabe Dios lo que me pesa,

Hermano, vuestra partida.

¡Aumente Dios vuestra vida!

Abrázanse los Reyes, y aparece arriba España y  
Francia abrazándose, coronadas de laurel, y el Papa  
bendiciéndolos.

MONSIEUR.

¡Bravo triunfo!

DUQUE.

¡Heroica empresa!

SERNA.

¿Quién son las dos abrazadas?

PACHECO.

España y Francia, que son

Las que en aquesta ocasión

Triunfan, de laurel honradas,

Del Persa, del Africano,

Del Indio, del atrevido

Que se rebela al que ha sido

Su Príncipe soberano.

Paulo tercio, que las junta,

Las echa la bendición.

DUQUE.

Dure esta paz y esta unión,  
Santa liga, inmortal junta,  
Por bien de la cristiandad.

Cúbrase la apariencia.

LEONOR.

¡Ah Carlos! ¿Ya no me veis?  
Muy poca merced me hacéis.

EMPERADOR.

Suplico á tu Majestad  
Tenga en su casa á Leonor  
Mientras yo vuelvo de Gante.

REY.

Mas por merced semejante,  
La quiero hacer un favor;  
Que ya la tengo afición.  
Leonor, ya quedas conmigo.

LEONOR.

¿Al fin, que os vais, enemigo?  
¡Aquí de la Inquisición,  
Que va á ser Gran Turco este hombre!

REY.

Lo demás queda tratado:

Cuando volváis del Estado  
Que os niega el debido nombre,  
Mi hijo y vuestra sobrina  
Se casarán; y á Milán  
Les daréis.

LEONOR.

No es buen galán  
Quien tiene dama y camina.  
Llevadme, Carlos, con vos,  
Que me matará la ausencia.

EMPERADOR.

Hermana, dadme licencia,  
Y quedad con Dios.

REINA.

Adiós.

EMPERADOR.

Escribidme.

REINA.

Es mi ganancia.

PACHECO.

Aquí, Belardo, acabó  
La historia, y lo que pasó  
César Carlos quinto en Francia.

FIN.

LA MAYOR DESGRACIA DE CARLOS V  
Y HECHICERÍAS DE ARGEL



## COMEDIA FAMOSA

# LA MAYOR DESGRACIA DE CARLOS V Y HECHICERÍAS DE ARGEL

### LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

CARLOS V.  
EL DUQUE DE ALEA.  
FERNÁN CORTÉS.  
DOS HIJOS SUYOS.  
ANTONIO DE ORIA.

JORGE FRONTISPERO.  
SOLDADOS.  
MARTÍN ALONSO TAMAYO.  
MARÍA MONTAÑA.  
DRAGUT.

HAMETE.  
ASANAGA.  
LELA.  
AXÁ.

### ACTO PRIMERO.

Dentro ruido de desembarcar. Salen Martín Alonso Tamayo, soldado valentón, y María Montaña, su moza; Hamete, mochilero.

MARTÍN.

Ya, loor sea Cristo, tomamos  
Tierra, á pesar de los vientos  
Contrarios.

HAMETE.

¿Estar contentos  
Del bon terra que miramos?  
¿Estar Mallorca senora  
Esta?

MARTÍN.

No digo que sí;  
Brame baraba sentí (1),

(1) Así se lee en la edición antigua este verso ininteligible. Acaso escribiría el poeta:

Jamás bramar le sentí.

Como en la mar brama agora.  
¿Todo lo has de preguntar?

HAMETE.

Es mesención (1)  
Hacer hersalu relación (2)  
Si volve-se á mi logar.

MARTÍN.

¡Oh, mal balazo te vuele  
Antes que vuelvas allá!

HAMETE.

¿Dónde el roba se pondrá?

MARTÍN.

Ese borracho me muele:  
Ponla en aque-se arenal.

HAMETE.

Eso hacemos de bon gana.

MARÍA.

¡Hay mosca, Martín?

MARTÍN.

No, hermana.

(1) Verso incompleto. *Mesención*, en la jerga que habla el moro, equivale á *mi intención*.

(2) No es verso.

MARÍA.

Esa es guerra venial.

En no habiendo alojamiento,  
Cualque saco ó pecoreá,  
No sé quién guerra desea

MARTÍN.

Sólo el católico intento  
Del César.

HAMETE.

Déle votoria  
Dios, cuyos milagros toco,  
É Santa María tamboco.

MARTÍN.

Mira que yerras la historia,  
Di también.

HAMETE.

Mé ser criado  
En un lugar de Aragón;  
Con mi lengua é mi razón  
Me enseña tú ser soldado:  
Andar más, é saber más.

MARTÍN.

Podenco, el hablar así  
De mis padres lo aprendí.

HAMETE.

To lengua venir de atrás,  
É la mía de delante:  
Ser al fin cristiano nuevo.

MARÍA.

Yo os juro que sois, mancebo,  
Bellaco, más que ignorante.

HAMETE.

Conforme con los que andamos,  
Aprender es conveniente.

Tocan

MARTÍN.

Ya desembarca la gente.

HAMETE.

Gracias, Mahoma, te damos, (Aparte.)  
Ques liesar con vida aquí  
Sin que fose descoberto,  
Hoy agardar el concerto  
El Ráez de Alimamí.

Darme á la bona ventura,  
Que en vendo Argel forterica,  
Vesitaré la botica,  
So divena sepultura.

Llevar bona relación.

MARÍA.

Poderosa armada ha sido,  
Martín, la que ha prevenido  
Con católica intención  
El César.

MARTÍN.

Ha hecho España  
Prueba de su mucho amor,  
Pues para darle favor,  
Su Nobleza le acompaña.

MARÍA.

Sicilia y Nápoles dan

De su lealtad muestras grandes,  
La ilustre Génova, y Flandes,  
El Sacro Imperio, y Milán;

Pues con poderosa armada  
El Mediterráneo humillan.

MARTÍN.

Ya al sol pabellones brillan,  
Porque sin duda le agrada  
Al César, en la marina,  
Sin entrar en la ciudad,  
Ver la armada.

MARÍA.

Así es verdad.

¡Brava vista!

MARTÍN.

¡Peregrina!  
Presto Carlos, pobre Argel,  
Que te ha de dar luego á saco.

HAMETE.

¡Mal año, pero beliacó,  
Para vos é para él!  
¿Cómo poderme escapar  
Sin que senta esta mojer,  
Que más quel diablo saber?

MARTÍN.

Ya le ofrece humilde el mar  
Llano el campo cristalino,  
Para que á la tierra llegue.

HAMETE.

Porque dellios me despegue,  
Ayudarme señor vino;  
É ver done el Alcorán.

MARTÍN.

Ya la salva le aperciben,  
Ya en los brazos le reciben  
Los que esperándole están.

Tocan y disparan.

Ya empieza la artillería;  
Ya está en tierra el Duque de Alba.

HAMETE.

En tanto que hacerle salva,  
Yo sacar el chirimía.

Bebe.

MARÍA.

¿Qué haces, Pedro?

HAMETE.

¿Qué he de hacer?

Salva, que hacerme tención  
Hasta no haber monición.

MARTÍN.

Ya llegan.

HAMETE.

Vuelvo á beber.

Bebe.

MARTÍN.

Ya, Pedro, estás hecho un cuero.  
Alza el fardo, y ven tras mí

Que llega el César aquí.

HAMETE.

El diablo é so compañero

Poder arrancar el lio,

Que haber echado raíces

En el arena.

MARÍA.

¿Qué dices?

HAMETE.

Ten ser cantelura é frío,

Tentar el mano y verás.

MARÍA.

¿Agora sientes el peso?

HAMETE.

¡Oh! ¿Qué tenemos con eso?

Ya no más, por no ver más.

On boco querer dormir,

Bon posto andar á buscar;

Orílicas de la mar,

Tener, que es bono vivir.

MARTÍN.

María, el hatillo toma;

Que éste ya ves cómo está.

HAMETE.

Si el vino favor me da,

¿Por qué le quitar Mahoma?

Vanse.

Tocan y salen por una puerta Carlos V y los que puedan, y por otra el Duque de Alba, Fernán Cortés, Jorge Frontispiero, Antonio Oria y soldados.

DUQUE.

La cesárea y católica persona  
Vuestra, cuanto es de todos deseada  
Sea muy bien venida.

CARLOS.

Ya os abona,

Duque, vuestra amistad y vuestra espada:

Todavía os hacía en Barcelona.

Bien prevenida viene vuestra armada.

DUQUE.

A toda España vuestro amor la guía.

CARLOS.

Della sois general desde este día.

¿Cómo, Antonio, no llegan los amigos?

¿Tanto en darme los brazos se detienen?

Ya todos son de mi afición testigos,

Los españoles lauros os previenen.

ANTONIO.

Con hacer á los turcos enemigos

Que huyendo de mí la furia enfrenen,

Deseo responder á esos favores.

CARLOS.

Ya vos los merecéis mucho mayores.

General sois de todos los bajeles

Que han venido de Italia á estas riberas;

Que á vuestro tío, contra los infieles,

Le bastará cuidar de las galeras.

ANTONIO.

En todo, gran señor, honrarnos sueles.

CARLOS.

Son de mi amor señales verdaderas;

Es muy mi amigo Andrea.

ANTONIO.

Ansí lo infiero.

CARLOS.

¿Cómo no llega Jorge Frontispiero?

¿No nos hablamos ya? Pues yo no olvido

Los amigos flamencos y alemanes,

Aunque en España esté.

JORGE.

Los pies te pido;

Que no es razón que tu grandeza humanes.

CARLOS.

Al imperio he de ser agradecido.

España tiene heroicos capitanes;

Della sois general desde este día,

Que en vuestra industria mi valor confía.

Aquí vengo pensando en unas cartas

Que el Cardenal ilustre de Toledo

Me escribe con su amor.

DUQUE.

Dirá que partas

Para poner al Africano miedo.

CARLOS.

Prorrogaciones de oro tengo hartas,

Y de su amor tan satisfecho quedo,

Que estimo sus avisos más que el oro.

Que por tributo puede darme el Moro.

Escribeme también de una campana

Que en Aragón la llaman de Vililla,

Presagio contingente, lengua humana,

Pronóstico espantoso y maravilla.

Y dice que señala á la africana

Playa su voz, y hacen en Castilla

Certámenes y fiestas á mi gloria,

Pronosticando en ellos mi victoria.

Estos versos me escribe, como estimo

Los poetas heroicos y excelentes,

Que con arte, é ingenio y fruto opimo,

En sus versos se muestran eminentes.

DUQUE.

Leerélos si tú gustas.

CARLOS.

Duque primo,

Muy bien podéis; que no son accidentes,

Ni estriba el ser valiente en las señales,

Y los poetas hacen inmortales.

DUQUE.

Sonido celestial, noble instrumento,

Fiel centinela del valor hispano,

Que de invisible y poderosa mano

Tienes tu misterioso movimiento:

Lengua sin voz, palabra sin aliento,

Intérprete del cielo soberano,

Yugo al Francés, cadena al Africano,

Cristiano aviso, general portento;

Consejera de Estado eres de Gante;

Con toga de metal, de cruz armada,

Fulmina rayos, prevención inspira.

Tu prodigio, sus glorias adelante,

El orbe tiemble de su ardiente espada,  
Pues tu clamor profético es su ira.

CARLOS.

Espantado estoy de oíros  
Tal nunca oído portento,  
Y quisiera ¡por mi vida!  
Saber de aqueste instrumento,  
Ó campana, los anuncios,  
Y en qué ocasiones ha hecho  
Con la lengua de metal  
Temblar los valores regios.

FERNÁN.

Permitid que los pies, señor, os bese.

CARLOS.

Duque, ¿quién es?

DUQUE.

Porque la envidia calle,

Hable la fama y su valor confiese;  
Es Fernando Cortés, Marqués del Valle.

CARLOS.

Cierto es el triunfo, vuestra duda cese,  
Ríndase Argei, los moros avasalle;  
Que tal conquistador nos asegura,  
Yo el César, pero vos vuestra ventura.

FERNÁN.

Sobre el cielo, señor, mi nombre pones.

CARLOS.

Verdades son, Marqués, ciertas y llanas:  
Dígalos Moctezuma en las prisiones,  
Las fuerzas de Taxcalla y mejicanas.  
Viejo estáis ya, Fernando.

FERNÁN.

Pretensiones,

Más que la edad, me apresuraron canas.

CARLOS.

Hechos los vuestros son, si repararan,  
Que, á no dudarlos, mucho os agraviaran.

Abrirle á un hombre el pecho desarmado,  
Coserse, sin salir de la batalla,  
Él con sola una cinta de venado,  
Y no perder el brío hasta acaballa;  
Haber cuatro mil leguas conquistado  
Con quinientos soldados, no se halla  
Escrito de Alejandro, Pirro ó Tiro;  
Dádose que es milagro, no me admiro.

¿Tenéis hijos?

FERNÁN.

Dos tengo, y han venido

A serviros conmigo á esta jornada.

CARLOS.

¿Tan hombres ya?

FERNÁN.

Sacólos de su nido

Vuestra águila imperial, del sol cercada.

CARLOS.

Habrán en todo al padre parecido  
Y vuestra espada les hará su espejo.  
Asistid vos, Marqués, á mi consejo.

Duque, en fin, contra el tiempo, aunque im-  
[portuno,

Á la furia del mar quise oponerme.

¿Cómo se llaman?

FERNÁN.

Don Luis el uno,

Y el otro don Martín.

CARLOS.

Vengan á verme,

Despreciando el tridente de Neptuno,  
Si la ventura estriba en atreverme.  
Traigo del Papa contra el Turco fiero  
Muchas más bendiciones que dinero.

Débeme España la mayor fineza  
Que de monarca suyo se ha contado,  
Pues dejó á Solimán con la grandeza  
De su bárbaro ejército aprestado,  
Para entrar por Hungría, y su fiera  
Me causó, por quien soy, menos cuidado  
Que el daño que recibe su ribera  
De los corsarios desta ladronera.

Francisco, poco estable en cualquier cosa,  
Con el valiente orgullo que le guía,  
La paz altera al mundo provechosa,  
Y en que le dé á Milán feroz porfía.  
Mostrar quiere otra vez la valerosa  
Presunción, y romper por Lombardía;  
Importante en Italia hubiera sido,  
Pero el amor de España me ha traído.

Bien le diera á Milán, porque le ampara  
Pablo, si de Francisco no entendiera  
La hidrópica ambición, y que si hallara  
Ocasión, luego á Nápoles pidiera.  
En fin, la enemistad pasó tan clara,  
Que me obligó á escribirle que saliera  
Conmigo al campo, donde á tan pesadas  
Contienda diesen fin vuestras espadas.

Que para qué otra vez dejar quería,  
Con lástima común de los cristianos,  
Ensangrentado el parque de Pavia,  
Pudiendo remitirse á nuestras manos  
El derecho que tiene á Lombardía.  
Que usase de los términos más llanos,  
Viéndonos los dos solos cara á cara;  
Y, á fe de hombre de bien, que me holgara.

Que aunque Francisco tan robusto fuera,  
Y su edad juvenil le dé blasones,  
Fuera posible que Madrid le viera  
Confirmar otra vez las condiciones.  
Yo pienso que la gota no impidiera,  
Pues á los cuerpos mandan corazones,  
Esta victoria, mi razón forzosa;  
Mas ya no fué, tratemos de otra cosa.

Haced desembarcar la infantería  
De Alemania.

JORGE.

De ti su honor confío.

CARLOS.

Vos, Antonio, llevad de parte mía  
La embajada á Castilla, y vuestro tío  
Prevenga esta jornada como mía.  
Ya por mis cartas, Duque, el orden mío  
Sabéis, y sé de vos que con cuidado  
De Argel os habéis ya bien informado.



DUQUE.

Seguro estáis que negligencias más  
A vuestro intento no han de ser ofensa;  
Yo sé bien por cautivos, por espías,  
Qué fuerza tiene Argel en su defensa,  
Qué munición, qué muro y compañías.

CARLOS.

Seguro está que defender se piensa  
Azanaga su Rey; de Zid sabremos  
Su forma, porque el Zid lo tracemos.

DUQUE.

Argel, ciudad á quien besa  
El muro Mediterráneo,  
En elevación del polo  
Tiene treinta y siete grados.  
Está en la provincia antigua  
Que Mauritania llamaron  
Cesariense, y llamóse  
Tor Cesárea, tiempos largos.  
Reedificóla el rey Juba,  
Bisnieto del desdichado  
Masinisa, que se halló  
Con Cipión sobre Cartago.  
Colonia romana fué,  
Ilustrando los romanos  
Su grandeza: Ptolomeo  
Lo afirma, el itinerario  
De Antonino y Estrabón,  
Aunque otros autores varios  
Dicen que Misgrana fué  
Su apellido, pero es falso.  
Fué destruída en el tiempo  
Que los Vándalos y Alanos  
Por el Africa rompieron,  
Traídos por Bonifacio,  
Con Geiserico, su rey,  
Siendo Valentiniano  
Emperador. En el tiempo  
De Leoncio conquistaron  
Los Árabes estos reinos,  
Y con ruínas del cabo  
De Metafrez, doce millas  
De Argel, la reedificaron,  
Y llamáronla Altecier,  
Que en su lengua suena tanto  
Como ciudad de la isla,  
Y de aquí Argel la llamaron.  
Es su natural figura  
Una ballesta ó un arco  
Con cuerda, con cuya frente  
Elevada está mirando  
Al Levante y Tramontana,  
Y la punta de la mano  
Derecha mira al Poniente,  
Aunque un poco declinando  
Á la Tramontana el medio  
Deste cerco, que es lo alto  
De la ciudad, al Poniente  
Y Mediodía plantado,  
Viene bajando á la punta  
De mano izquierda, quedando

Al Levante y Mediodía  
Este cerco rematado.  
De punta á punta se extiende,  
Como se va figurando,  
La cuerda, que es la muralla,  
Á quien besa el mar ufano.  
Hace esta cuerda una punta  
Que se extiende largo espacio  
Por el mar, hasta una isla  
Que da puerto á los corsarios.  
El muelle es una muralla  
Que hizo para reparo  
El heridín Barbarroja  
Después de muerto su hermano.  
La vuelta del arco es  
De mil y ochocientos pasos,  
Y mil y seiscientos tiene  
La cuerda que ata sus brazos.  
Todo el cerco es de seis mil,  
Y cuatrocientos; lo alto  
De la muralla hacia el mar,  
Es de hasta cuarenta palinos,  
Y lo demás es de treinta,  
Y de tres varas de ancho,  
La mayor parte de todo  
Á lo moderno labrado.  
Por nueve puertas se sirve:  
Babalbete está en lo llano;  
Dos que tiene el Alcazaba,  
De la tierra en lo más agro;  
La Puerta Nueva se sigue;  
La de Cavazón mirando  
Está á la de Babalbete,  
Que del uno al otro cabo  
Está la calle del Zoco,  
Don le es el comercio y trato,  
La más ancha, la más larga,  
Que tiene al fin el palacio  
De los Reyes, y también  
De los cautivos dos baños,  
El Real y la Bastarda,  
Adonde habrá de ordinario  
Más de veinticinco mil,  
Cuyos inmensos trabajos  
Piden nueva relación  
Solemnizada con llanto.  
La puerta de Babacira  
Está junto al muelle; abajo  
Está la de la Aduana,  
Y casi á su mismo lado  
Las dos del Tarazanal,  
Donde fabrican los vasos  
Con que las costas molesten  
De la tierra de cristianos.  
Tiene algunos torreones,  
Y un bastión terraplenado;  
Á man derecha es la plaza,  
De veinte pasos en cuadro.  
Cinco piezas hay en él  
No más, y troneras cuatro;  
Otro hay á la mano izquierda,

Con tres piezas mal formado.  
 En el Alcazaba hay ocho,  
 Mas hácese poco caso  
 Dellas: el bastión mejor  
 Es el que está sujetando  
 La puerta de Babacira,  
 Que tiene al mar asestados  
 Veinticinco tiros, pero  
 Los más de hierro colado.  
 El foso, por muchas partes  
 Está ciego, esto es, en cuanto  
 La defensa de los muros,  
 Que hacia la tierra son flacos.  
 Son doce mil y doscientas  
 Sus casas, sin un pedazo  
 De arrabal, en que habrá mil.  
 Estas divido y reparto  
 Desta suerte: los Baldís,  
 Estos son los ciudadanos,  
 Tienen dos mil y doscientas;  
 Los que llaman Azuagos,  
 Que aunque son los Caibeles,  
 Tienen plaza de soldados,  
 Seiscientas casas ocupan  
 De Bajanes, y no trato  
 Los que llaman Mudejares  
 Y Tagarinos; pasaron  
 De Granada, y de los Leinos,  
 Y éstos solos contamos  
 Mil casas. Los Turcos tienen  
 Dos linajes y dos bandos:  
 Los unos son los Chacales,  
 Que son de los que bajaron  
 De Oromanía y Natolia,  
 Siempre en la guerra criados;  
 Déstos hay mil y seiscientas  
 Casas en pequeño espacio.  
 Los Turcos de profesión,  
 Señor, son los renegados,  
 Que para vergüenza nuestra  
 Hay Moscovitas, Valacos,  
 Rusos, Búlgaros, Bohemios,  
 Ingleses y Dinamarcos,  
 Flamencos, Húngaros, Bosnos,  
 Noruegos, Corsos, Polacos,  
 Franceses, Bretones, Griegos,  
 Vizcaínos, Castellanos,  
 Andaluces, Portugueses,  
 Aragoneses, Navarros,  
 Catalanes, Mallorquines,  
 Gallegos y Valencianos,  
 Sicilianos, Calabreses,  
 Genoveses y Toscanos,  
 Saboyanos, Piamonteses,  
 Napolitanos, Lombardos,  
 Esclavones, Albaneses,  
 Clipriotas, Venecianos,  
 Surianos y Abisinios,  
 Romanos, Arnautes, Sardos,  
 Candiots, y, en efecto,  
 Hasta de climas indianos,

Ha puesto esta infame secta,  
 Redes, armadas y lazos.  
 Seis mil casas tienen éstos:  
 Fuera éstos, hay dos barrios  
 De judíos; habrá, en fin,  
 Otros cincuenta corsarios,  
 Que tienen bajeles suyos;  
 Y si el cerco fuese largo,  
 Quitar el agua sería  
 Fácil cosa á los cercados;  
 Que aunque hay fuentes en Argel,  
 Viene de un monte encañado  
 Media legua su cristal,  
 Y es muy posible atajarlo;  
 Hay pozos, pero salobres;  
 De las cisternas, en vano  
 Se valdrán, porque son pocas;  
 Poca el agua y mucho el gasto.  
 Los Genizaros y Turcos  
 Tienen diferentes grados:  
 En la guerra, el Adaxí  
 Es de todos el más bajo;  
 Udebaxí es el segundo,  
 Que es lo que llamamos cabo  
 De escuadra; el tercero, Toque;  
 Budaxí, es el lugar cuarto,  
 Y son cuatro solamente;  
 El quinto es de los Solacos;  
 Sexto es Baluvebaxí;  
 Éste tiene oficio y cargo;  
 Almurababico Baxí  
 Es el séptimo; el octavo,  
 Yabaxí, que es proveedor  
 De todo lo necesario.  
 Por Baxibalvío Baxí  
 En el Consejo y palacio  
 Responde en nombre de todos,  
 Sin que consienta su agravio.  
 El Cayá es lugarteniente  
 Del Agá, y son los Sanjacos  
 Lo que llamamos alférez,  
 Y son también estimados.  
 Belerbey es General  
 De la gente de á caballo.  
 Los Cadíes son los jüeces  
 De los nobles y villanos;  
 El Agá es el General  
 Y el jüez por cuya mano  
 Los Genizaros se rigen,  
 Sin que del Rey hagan caso.  
 Los aires son saludables;  
 Las mareas, en verano,  
 Son continuas; en invierno  
 No hay frío que haga daño.  
 Lo que hay fuera de los muros  
 De jardines es milagro,  
 Donde la naturaleza  
 Hizo prodigios extraños;  
 Más son de diez mil, en todos  
 Arroyos limpios y claros,  
 Que fomentan amorosos

Cidras, limones, naranjos.  
 Un paraíso en la tierra  
 Gozan, para que en lo humano,  
 El que pierde los divinos,  
 Tenga gustos y regalos.  
 Abundan caza sus montes,  
 De trigo hermoso sus campos;  
 Da quinientos mil escudos  
 De renta á su Rey cada año,  
 Sin los robos y cohechos,  
 Que éstos son extraordinarios.  
 Es la más rica ciudad  
 Que ven los mares salados;  
 Sólo falta que sea tuya,  
 Valeroso, invicto Carlos,  
 Para gloria de tu nombre  
 Y quietud de tus vasallos.

CARLOS.

Yo espero en Dios, Duque amigo,  
 Poner en sus muros altos  
 Las águilas del Imperio  
 En los aires tremolando.  
 La relación es notable;  
 Mucho agradezco el cuidado  
 Que de informarnos tuvisteis.

DUQUE.

Es el serviros descanso.

CARLOS.

¡Notable ciudad, Marqués!

FERNÁN.

Serán á tu valor raro  
 Los muros de Babilonia  
 Humilde estatua de barro;  
 Cierta la victoria tienes.

CARLOS.

¡Plegue á Dios será acertado!  
 Que en viéndonos á la vista,  
 Vamos desde el mar mirando  
 Cómo ha de plantarse el sitio.

Dice de adentro Martín.

MARTÍN.

Dejadme pasar; que traigo  
 Un aviso que le importa  
 Y es fuerza comunicarlo.

SOLDADO.

¡Quita, pícaro!

MARTÍN.

¡Por Cristo,

Que no sé si es tan hidalgo  
 Él!

SOLDADO.

¡Matalde!

CARLOS.

¡Hola! ¿Qué es eso?

Sale un soldado.

SOLDADO.

Un maltrapillo, un soldado.

CARLOS.

Es imposible que sea  
 Pícaro y soldado; paso;  
 Que implican contradicción  
 Los nombres que le habéis dado.  
 No hay soldado que no sea  
 Noble; que el galán ornato  
 No añade valor al pecho  
 Ni mayor fuerza á los brazos.  
 Salid, miradlo, Marqués.

Va el Marqués.

SOLDADO.

Señor.....

CARLOS.

Esperad, amigo,  
 Que quiero á hablar enseñaros:  
 El ser soldado es en mí  
 La mayor honra que alcanzo;  
 No estimo los dos Imperios  
 Ni todos los reinos tanto.  
 Pues si es soldado, ¿por qué  
 Ha de ser pícaro?

DUQUE.

¡Extraño

Amor!

Sale el Marqués.

FERNÁN.

Un soldado es,  
 Á lo que parece, honrado,  
 Que aunque está herido, desea  
 Avisarte de un engaño  
 Antes que se cure.

CARLOS.

Llegue;

Que ya le esperan mis brazos.

Salen Martín, Monso Tamayo con un paño atada  
 la cabeza y ensangrentado.

MARTÍN.

¡Oh, pese á tanto mandón,  
 Que luego al primer balazo  
 Reniegan y piden sueldo!  
 Beso tus pies.

CARLOS.

Levantaos;

Y si es mucha la herida,  
 Y el suceso no es pasado,  
 Curaos primero que habléis;  
 Que yo aguardo.

MARTÍN.

Ese es trato  
 De hombres de bien ¡pese á mí!  
 Y no el de algunos beatos  
 De espada. ¡Por Jesucristo,  
 Que si tuviera pasados  
 Los hígados siete veces,

Sólo el haberte escuchado  
Bastaba para sanarme!  
Ya lo estoy; vamos al caso;  
Señor, yo truje.....

CARLOS.

Cubrios;  
Que os puede el aire hacer daño.  
Demás, que sois para mí  
Lo que Grande en mi palacio.

MARTÍN.

Señor.....

CARLOS.

Mostrad dónde está  
La herida.

MARTÍN.

En aqueste lado.

CARLOS.

Abrigalda y decid luego.

MARTÍN.

¡No se ha visto tal ensalmo!

Cúbrase.

No lleven de aquí adelante  
A la guerra cirujanos,  
Sino un rey que tan piadoso  
Ponga en la herida sus manos.  
Digo, en fin, que yo he traído  
Con la miseria del fardo  
Un mochilero que dijo  
Ser de Aragón y cristiano,  
Si bien de padres moriscos,  
Y conmigo se ha hallado  
En todas las prevenciones  
Que contra Argel se trazaron,  
Informándose de todo.  
Hoy, que á Mallorca llegamos,  
Saltando en tierra, fingió,  
Señor, que estaba borracho,  
Y fué por la ribera  
Del mar, entre los peñascos,  
A buscar dónde dormir.  
Fuíme, acomodé mi rancho,  
Y volviéndole á buscar,  
Después de haber rodeado  
Media legua la marina,  
Sentí mover unos ramos  
En una cala, allí cerca.  
Apresuré más el paso,  
Y vi que era un bergantín  
Que estaban turcos bogando.  
Ya en el agua le tenían,  
Y vide entre ellos ufano  
Mi mochilero, diciendo  
Que se hiciesen á lo largo.  
Venció el enojo al temor,  
Y al peligro el desengaño.  
Descolguéme por las peñas;  
Pero ya hallé sólo cuatro  
Turcos, que viéndome solo,  
Para prenderme cerraron

Conmigo; mas quiso Dios  
Que del primer hurgonazo  
Dió el uno patas arriba;  
Alcanczóme el otro un tajo,  
Adonde fué menester  
El milagro del soslayo.  
Asentéle al otro un cabe,  
Golpe en bola tan bien dado,  
Que se salieron los sesos  
Por las roturas del casco.  
Desde el bajel daba voces  
El perro de mi criado  
Que me dejasen y huyesen  
Antes que diesen rebato.  
Con esto los dos turquillos  
Se arrojan al mar nadando;  
Llegan á su bergantín,  
Alzan vela, y yo, volando,  
Vengo á avisar porque salgan  
Las galeras á buscarlos;  
Que es espía y puede hacer  
Su relación mucho daño.

CARLOS.

Avisen á Andrea presto;  
Mucho agradezco el trabajo,  
Mucho os debo.

MARTÍN.

Así es verdad.

Ocho pagas me es á cargo  
Desde marras, ¿no se acuerda?

CARLOS.

Aguardad; que ahora reparo  
En que os he visto otras veces.  
¿Sois Martín Alonso acaso  
De Tamayo?

MARTÍN.

Sí, señor.

CARLOS.

Marqués, Duque, he de contaros  
Lo que hizo en Alemania;  
Estando yo atrincherado  
Seis leguas de Wastibona,  
Que los rebeldes contrarios,  
Superiores en poder,  
Pretendían que á lo raso  
Saliese á dar la batalla.  
Mas yo, que estaba aguardando  
Los tercios de España y Flandes,  
Sin salir de los reparos  
Sufría sus baterías.  
Y finalmente, eché bando  
De que, pena de la vida,  
No osase ningún soldado  
Salirse de las trincheras.  
En esto salió un bizarro  
Tudesco armado y blandiendo  
Una pica: qué, ¿tan alto  
Sería, Martín?

MARTÍN.

No sé,

Que me pudo costar caro;

No me acuerdo.

CARLOS.

Era un gigante,  
Fuerte y suelto como un gamo.  
Empezó á decir afrentas  
A los de España, llamando  
Uno á uno á los más fuertes:  
Todos, suspensos, callaron.  
¿Qué hace nuestro Martín?  
Deja el arcabuz, y hallando  
Una pica, sin sentir  
Se fué por tierra arrastrando  
Hasta salir del cuartel  
Cuarenta ó cincuenta pasos;  
Llámcle é hizose sordo.

MARTÍN.

No escucha un desesperado.

CARLOS.

Marcha para su enemigo,  
Y estando no largo espacio  
Dél, hincóse de rodillas.  
¿Qué rezaste, y á qué santo?

MARTÍN.

Tres Avemarías solas  
A la Virgen.

CARLOS.

El cuitado

Llevaba una pica sola,  
Sin peto ni guardabrazos,  
Ni morrión; mas el tudesco  
Le esperaba bien armado  
De su coselete: al fin,  
Uno con otro cerraron,  
Y al tercer bote de pica,  
Que pareció ser milagro  
De las tres Avemarías,  
Le degolló por lo claro  
Del baberón y la gola;  
Tendióle en medio del campo  
Y cortóle la cabeza.

FERNANDO.

¡Bravo hecho!

MARTÍN.

No muy bravo,  
Pues que no me dieron nada.

CARLOS.

No escapaste mal, Tamayo;  
Que á fe de quien soy, que tuve  
Mucha gana de ahorcaros.

Sale Maria Montaña hablando desde adentro.

MARÍA.

¿Ha de tener á ese hombre  
Hasta que esté desangrado?  
¿El César no echa de ver  
Que será razón curarlo?

CARLOS.

¿Quién es?

MARTÍN.

Mi mujer, señor.

¡Quedo, demonio; habla paso!

MARÍA.

Allí hay ya huevos y estopa;  
Venga, veremos si es algo.

CARLOS.

¿Á la guerra con mujer,  
Martín?

MARÍA.

Si somos casados,  
¿Qué importa? Lo que Dios junta,  
Los reyes no han de apartarlo.  
Yo le he dado cuatro veces  
La vida, que estuvo un año  
Ha, ya se va, ya se viene.

DUQUE.

Y ¿de qué?

MARÍA.

De un mosquetazo.  
Yo le curo y no le estorbo,  
Porque antes suelo animarlo  
(Aunque no lo ha menester)  
En baterías y asaltos.

CARLOS.

Es buen soldado Martín.

MARÍA.

Así fuera bien pagado.

MARTÍN.

Calla.

MARÍA.

¿No digo verdad?

MARTÍN.

¡Voto á Cristo, que eres diablo!

CARLOS.

Denle á Martín treinta escudos;  
Que no soy con él más largo  
Porque hay muchos á quien dar  
Y está el dinero tasado.

MARTÍN.

Beso tus pies cien mil veces.

MARÍA.

Y digo, ¿quién ha de darlos?

DUQUE.

Curad á vuestro marido,  
Y volved, que yo os aguardo.

MARÍA.

Vamos, Martín.

MARTÍN.

Por servirte  
Sólo deseo estar sano.

MARÍA.

Los duelos, con pan son buenos.

MARTÍN.

Haya mosca y lluevan tajos.

Vanse.

CARLOS.

Duque.....

DUQUE.

Señor.....

CARLOS.

¿Quién es éste

Que trató mal á Tamayo?

DUQUE.

Un hidalgo que he traído  
De un príncipe encomendado.

CARLOS.

Pues con cartas y otra cosa  
Me haced gusto de enviarlo  
A España antes que anochezca.

DUQUE.

A obedecerte me allano.

CARLOS.

Mirad, si hemos de vencer,  
No hace falta, muchos vamos;  
Y quien así los desprecia,  
Nunca será buen soldado.

Tocan, y vanse. Salen Asanaga, Dragut, Lela  
y turcos.

ASANAGA.

¿Cómo podrá temer, Dragut valiente,  
Argel con tu valor al enemigo?

DRAGUT.

Yo soy, Asan, tu amigo.  
Montes allane, humíllese el tridente  
De Neptuno furioso;  
Pero ¿qué mucho, cuando soy esposo  
De la mayor belleza  
Que ha dado al mundo la naturaleza?

LELA.

Contradice, Dragut, el ser dichosa  
La gloria que le das á mi hermosura.

ASANAGA.

¿Quién vió más fresca y pura  
Romper al alba soñolienta rosa,  
Al capullo que empieza  
Á hacerte pedestal de su belleza?  
¿Dónde el áspere grana  
Que iguale con beldad tan soberana?

Salte Hamete.

HAMETE.

Á bon ponto legiar; aquí podemos  
Agardar, que pasamos cortesías.

ASANAGA.

Ya las vanas porfías  
Del César alemán resistiremos,  
Pues tengo tu socorro.

DRAGUT.

No dudes la victoria, que me corro;  
Ya su desdicha toco.

HAMETE.

Si querer hacer algo, habla más poco:  
¡Joro á Dios que tener bastantemente  
En qué entender!

DRAGUT.

Asán, en mí ha venido  
La ventura de Argel; su pecho alienta  
La gente que he traído  
Y el nuevo sol que en Lela ha amanecido:

Pronóstico dichoso

Que anuncia el vencimiento generoso.

ASANAGA.

Ya por cartas, Dragut, hago que el pecho  
Del gran señor á tu valor se fía:  
Tu venida sabrá (1);  
Mas no del todo alegre y satisfecho  
Espere tanta suerte.

DRAGUT.

Pues de mi relación su dicha advierte.

ASANAGA.

Ocupa aqueste estrado:  
Repose el alba en un Abril pintado.

DRAGUT.

Cuidadoso de las nuevas  
De que juntaba las tropas  
De Nápoles y Sicilia  
El Emperador de Roma,  
El gran señor que á sus plantas  
Son cuatrocientos coronas  
Despojos, sin doce imperios,  
De Tartaria, de Antioquia,  
De la insigne Notolia,  
De la antigua Babilonia,  
Del Malabar del Oriente,  
De la rica Trapisonda,  
De los atrevidos Citas,  
De la gran Constantinopla,  
De las ciudades de Grecia,  
Del suelo patria de Troya,  
Soldán del Cairo y Egipto,  
Gran Califa de Siconia,  
Señor de América y Asia,  
Dueño de la media Europa  
Y de las ricas provincias  
De las africanas costas,  
Hasta donde riega el Bambo  
Las arenas de Etiopia,  
Juntó para este socorro  
Los bajeles de la Rosa,  
Y me eligió porque vuelva  
Por su crédito y su honra.  
No eligió, aunque tan valiente,  
Al Queridín Barbarroja,  
Que le ganó la ventura  
El coronado en Bolonia.  
Dióme el gonfalon sagrado  
Con las lunas y la cola  
Del caballo, y cargué al viento  
Las bastardas y las bordas.  
Treinta quillas de galeras  
La espuma del mar abollan,  
Y despedazando espejos,  
Rasgan plata y cristal cortan.  
Sin que tormentas se atrevan  
Á alborotarme las olas,  
Pasé al Chío, y les dí vista  
Al Cante y á la Velona.  
Admitieron la bonanza

(1) Verso incompleto.

Las nereidas, y las focas  
 Salieron á ver mis leños  
 Sobre corales y conchas,  
 Hasta que ayer descubrimos,  
 Con la risa del aurora,  
 Promontorios africanos,  
 Donde pusimos las proas.  
 Tomamos puerto en Argel;  
 Á las galeras abordan  
 Esquifes, que desembarcan  
 Al azote de Moscovia,  
 Los genízaros valientes  
 Que sujetaron á Rodas,  
 Entre todos conocidos  
 En las plumas y garzotas.  
 No quise dejar un punto  
 Á Lela, sí Lela hermosa,  
 Pues me la dieron los cielos  
 Porque su deidad conozca.  
 Es hija del gran señor  
 Y de la divina rosa  
 Solimana, cuyo nombre  
 Con su belleza conforma.  
 Venga Carlos, y verá,  
 Cuando el mar sus naves sorba,  
 Que ya los escollos besan,  
 Ya con las estrellas tocan,  
 Si le vale su tiara,  
 Si imperial asusta toga,  
 Que yo basto á hacer que ruede  
 De entre sus plantas la bola.

HAMETE.

¿Podré yo, señor Asán,  
 Dar de mi sococo conta?

ASANAGA.

Bien venido seas, Hamete.

HAMETE.

Oímos lo que le importa:  
 Á las riberas de Esbania  
 Salir con licencia soya,  
 Y en el col de Balaguer  
 Metimos el galeota.  
 Caminamos con buen tino  
 Á llegar á Zaragoza,  
 Donde de algunos moriscos  
 Tomar rastro de las cosas.  
 Miramos levantar gente;  
 El provincias se desploban,  
 El hejo dejar el padre,  
 Como el marido el esposa.  
 En companias acoden  
 Al ilustre Barcelona,  
 Que allí juntamos armadas,  
 La de Italia é la española.  
 Me porque nada emportante  
 Se me encobra si se esconda,  
 Modar el sano vestido  
 Por el jaquetilla rota,  
 Hacerme bezar on sobre,  
 Tomar el mochila, é roba  
 De un certo soldado vejo,

Que ben tora é mejor obra.  
 Á Garcielona liegar,  
 Donde guardamos el flota,  
 Que nos liebar con bon tempo  
 Á las islas de Malioocas.  
 Allí liegar Carlos quinto,  
 Que haber embarcado en Ostia,  
 Con otra mayor armada;  
 Alá el número me acorda.  
 Sen el gente de so garda,  
 Acompanian so persona  
 Seis mil esbanioles, gente  
 De quien librnos Mahoma;  
 Otros seis mil alemanes,  
 Que hablamos en jericonza;  
 Cinco mil etalianos,  
 É no de gente besonia.  
 Los que llegaron de Esbania  
 No querer sueldo, que sobra  
 Todos ser avantoreros,  
 En que más mostrar el forza.  
 Venimos el Duque de Alba,  
 Que de la armada esbaniola  
 Ser Generale, con el  
 Duque de Sesa é de Soma;  
 Venir el Conde de Feria,  
 Don Bedro de Fegeroa,  
 É dos hermanos con él,  
 Mozos fortes como el roca;  
 Fernán Cortés é dos hijos  
 De esperanzas milagrosas,  
 El de Ascoli, que de Leyva  
 Apellido dar más gloria;  
 Venir Conde de Chenzón,  
 El de Oñate hacer el propia,  
 El de Escalante é Gragal,  
 Gente forte, altiva é moza.  
 Éstos traen las galeras:  
 Bernandino de Mendoza;  
 Venir Herrando Gonzaga,  
 Venir Camilo Colona,  
 É con Jorge Frontispero,  
 El Marqués de Terranova,  
 É con Agustín Espinola,  
 Un sobrino de Andrea de Oria.  
 Venimos el mismo Andrea,  
 Tan vejo como so gorra,  
 Don García de Toledo,  
 É otras dos ó tres bresonas.  
 Ser al fin quinientas velas,  
 Naves, galeras, mahonas,  
 Veinte é cinco mil soldados,  
 Que prometerse vatoria.  
 Trae mocho monición,  
 Escalas, picos é sogas,  
 Pólvora, balas, azadas,  
 Hachos, bariles, esbortas;  
 Bozcocho, queso, grabanzos,  
 Ilabas, aroz é otras frotas  
 Secas, é tanta del carne  
 De aquella bestia sabrosa

Que el Alcorán proheber,  
 Pepas del hijo de obas;  
 Venagre, cete, manteca,  
 Hegos, pasas é otras cosas;  
 Mocho canión reforzado.  
 Señor Asán, no se dorma;  
 Que el que mocho se confía,  
 Suele perder la votoria.  
 Y adverter, señor Dragut,  
 Que el tocarse al Zaragoza  
 La campana del Velilla,  
 Ser hazaña prodigiosa;  
 Porque cuando en otros tiempos  
 El cristiano haber votoria,  
 Esta campana haber sido  
 La que nos dar en la cholla.

ASANAGA.

Calla, Hamete, no la nombres,  
 Ni traigas á la memoria  
 De esa campana enemiga  
 Las ofensas de Mahoma.  
 De nuestros antecesores  
 Borró las hazañas propias,  
 Diciendo en lengua de bronce,  
 Que de Granada despojan  
 Los gallardos africanos  
 Y las más bizarras moras,  
 Dando á Isabel y á Fernando  
 Con sus voces paz dichosa.

DRAGUT.

¿Qué dices, Axá valiente?  
 ¿Qué te altera y alborota?

LELA.

Ya recelo tu peligro.

DRAGUT.

Mandaré partir las tropas;  
 Que yo para todos basto.

HAMETE.

Con este Axá tener Coria;  
 Añádele un C, y dirá:  
 Zagal es si Carlos soma.

## ACTO SEGUNDO.

Salen el Alcalde, Llorente y Parral.

LLORENTE.

¡Extraño caso, compadre!

PARRAL.

¡Prodigiosa maravilla!

ALCALDE.

No ha sucedido en Velilla,  
 ¡Por el siglo de mi madre!  
 Más ha de meses noventa,

Otro tanto.

LLORENTE.

¿Cómo no?

Mi bisabuelo contó,  
 Si no me yerro en la cuenta,  
 Que se tocó esta campana  
 Cuando se perdió Rodrigo.

ALCALDE.

No ha tanto lo que yo digo.

PARRAL.

¡Que toda aquesta mañana  
 No haya hecho son tocar!

ALCALDE.

¿Oísteis la voz?

LLORENTE.

Yo sí.

ALCALDE.

Tratemos los tres aquí:

¿Qué querrá significar?

PARRAL.

Señal de agua.

ALCALDE.

¡Desatino!

LLORENTE.

¿Por qué?

ALCALDE.

Dados á entender.

PARRAL.

Porque no hay en mi poder  
 Una blanca para vino.

ALCALDE.

¡Que siempre has de ser bausán!

PARRAL.

Más vale, que temerario.

ALCALDE.

Gente sube al campanario.

LLORENTE.

Á ver la campana van.

Sale D. Diego.

DON DIEGO.

Amigos, el cielo os guarde.

ALCALDE.

Su merced sea bien venido.

DON DIEGO.

¿Qué prodigio es el que ha habido,  
 Si acaso no llego tarde,

Decid, de cierta campana  
 Que sin que el viento importuno  
 La moviese, ni hombre alguno,  
 Hoy se tocó?

ALCALDE.

Es soberana

Maravilla.

DON DIEGO.

Verla quiero,  
 Porque paso á Barcelona;  
 Que va el César en persona  
 Á Argel contra el Turco fiero,  
 Y quírole, Alcalde, hacer



Relación de aqueste caso.

ALCALDE.

Desde su oriente al ocaso

El sol, á mi parecer,

No mira tal maravilla,

Puesto que á Dios la consagro:

La campana del Milagro

Se llama, y la de Velilla.

Tocándose, visto habemos

Suceder casos dichosos,

Aunque otras veces dañosos;

Son secretos sus extremos.

Anuncio del bien y el mal

Suele ser; vamos á vella,

Y os iré contando de ella

Mil cosas. Venid, Parral.

Vanse.

PARRAL.

No voy porque el baile viene,

Y tomo lugar, ¡por Dios!

LLORENTE.

Después iremos los dos.

PARRAL.

Buen rostro la novia tiene.

Salen Antón, Lucinda, labradores y músicos.  
Cantan.

Á las bodas de Lucinda,

Más bella que el mismo sol,

El sacristán de Velilla

Aquesta letra cantó:

Estos desposados, gócense mil años.

Canten lo que quisieren.

PARRAL.

Gocéis un siglo, amén.

ANTÓN.

¿Un siglo?

PARRAL.

¿Es poco? Sean dos.

ANTÓN.

¿Dos?

PARRAL.

Pues sean tres.

ANTÓN.

Nunca vos,

Parral, me quisisteis bien.

La otra no me duró

Tres meses, y duró mucho.

LLORENTE.

¿Tres meses?

LUCINDA.

¿Qué es lo que escucho?

ANTÓN.

Y un año me pareció.

¿Un siglo tengo de estar

Casado?

PARRAL.

La novia es linda.

ANTÓN.

Si tanto duráis, Lucinda,

Yo no me quiero casar.

LUCINDA.

Pues ¿con vivir os ofendo?

Eso, ¿cómo puede ser?

LLORENTE.

Callad.

ANTÓN.

Yo quiero mujer

Que se muera en yo queriendo.

LUCINDA.

Digo que me moriré.

Cesen ya vuestros desvelos.

ANTÓN.

Ni me habéis de pedir celos,

Ni gruñir cuando os los dé.

LUCINDA.

¡Oh, qué bueno!

ANTÓN.

Heis de callar

Á todo cuanto os dijere;

Si tarde á casa viniere,

No me habéis de pescudar

De adónde, cómo ó por qué;

Si anduviere Juan Garrote,

Heis de hablar por el cocote.

¿Qué respondéis?

LUCINDA.

Que lo haré.

ANTÓN.

El decir tan presto sí,

Me ha dado que sospechar;

Que pienso os queréis casar

Para vengaros de mí.

LUCINDA.

No, Antón, sino que te adoro;

Y como lograr deseo

Este venturoso empleo,

Que por mi bien atesoro,

No hay cosa dificultosa

Que ya para mí lo sea.

ANTÓN.

¡Plegue al cielo que así sea

Y que no os quede otra cosa!

LUCINDA.

Si cuando faltas, Antón,

De Velilla, y al ganado

Te vas, no queda el cuidado

En vigilante prisión;

Si á todas aquestas flores

Que miras en este valle,

Contemplando tu aire y talle,

No les digo mil amores,

No viva.

PARRAL.

¡Qué desatinos!

No deis en esa locura:

Apártese, señor cura.

Dentro, Tirso viene volteando al tablado.

TIRSO.

¡Válgame el santo Longinos!

ANTÓN.

Tirso, ¿qué hay?

TIRSO.

¡Qué sé yo!

Fuí la campana á besar,

Y apenas pude llegar

Los morros, cuando me dió

(Vi las estrellas del cielo)

Un tapaboca; y tal fué,

Que sin ser ángel volé

Del campanario hasta el suelo.

¡Muy grandes son mis pecados!

ANTÓN.

No son, pues no te has casado.

Salen D. Diego, el Alcalde y Leonor.

DON DIEGO.

No quisiera haber dejado

De vella por mil ducados.

No se puede imaginar,

Más es de lo que pensaba;

Lo que, Alcalde, deseaba

Era llegarla á tocar.

ANTÓN.

Yo lo tengo á mal agüero.

LEONOR.

Yo también.

ALCALDE.

¿Por qué los dos?

LEONOR.

Decildo.

ANTÓN.

Decildo vos,

Que sois mujer del barbero.

LEONOR.

Estábamos muy en paz

Mi esposo y yo, y en tocar,

Me comenzó á porrear.

ANTÓN.

¡Qué buena fiesta y solaz!

No hay para mí mejor día

Que el que pego á mi mujer.

LUCINDA.

¿Eso, Antón, habéis de hacer?

ANTÓN.

Cuatro veces cada día.

LUCINDA.

Duelos os dé Dios, amén.

ANTÓN.

Y si agora te tocara,

Pienso que no me casara.

LUCINDA.

Aunque vos pese.

ANTÓN.

Está bien.

Estaba mi suegra, oid,

Difunta y amortajada,  
Más plañida y más llorada

Que fué *Babica* del Cid

(Ver no puedo esta campana)

Y así como se tocó,

Mi suegra resucitó.

PARRAL.

Nunca una quimera vana

Te faltó.

DON DIEGO.

Partirme quiero;

Venid á darme recado,

Huésped.

LEONOR.

Talle de hombre honrado

Tiene, á fe.

PARRAL.

Y de caballero.

ALCALDE.

Vamos, señor.

Dentro:

Que se toca

La campana.

DON DIEGO.

Allá subamos

PARRAL.

Anda, Leonor.

LEONOR.

Todos vamos.

LUCINDA.

Yo he de subir.

ANTÓN.

Quita, loca.

ALCALDE.

Vamos á vella, señor.

DON DIEGO.

Hoy no quiero hacer jornada.

ALCALDE.

Yo os contaré en la posada

Mil cosas.

PARRAL.

Sube, Leonor.

LLORENTE.

Quedo, que vuelve á tocar.

ANTÓN.

¿Otra vez?

LUCINDA.

Y aun otras dos.

ANTÓN.

¡Mala Pascua me dé Dios

Si yo me pienso casar!

Vanse.

Salen Axá, Lela y Hamete.

AXÁ.

Esta es toda tu pasión.

LELA.

Esto es lo que me desvela.

ANÁ.

Pues sosiega, hermosa Lela,  
 Tu afligido corazón.  
 Más de novecientas son  
 Las estrellas; tu pesar  
 No tiene ahora lugar,  
 El vano temor destierra,  
 Que no ha de morir en tierra  
 Tu esposo, sino en la mar.

Procura con tus cuidados,  
 Porque la vida resista,  
 Que jamás vaya á conquista  
 De caballeros cruzados.

LELA.

¡Oh amor, puesto entre soldados!  
 ¿Quién á tu poder se humilla?

HAMETE.

To gran tencia maravilla.

ANÁ.

Esta es presunción ligera;  
 Mas de su misma galera  
 Le amenaza alguna astilla.

De Carlos la presunción  
 Su pensamiento atropella;  
 Que influyó en él una estrella  
 Á quien llamamos Asón;  
 Que jamás por la mar son  
 Dichosos los que nacieron  
 En ella, y siempre perdieron  
 De sus trabajos los frutos.  
 Nuestros santos morabutos,  
 Que viviendo, ejemplo fueron  
 De virtud y santidad.  
 Á tu duda han de asistir:  
 ¿Atreverte has á salir  
 Conmigo de la ciudad  
 En la muda obscuridad?

LELA.

¿Qué dificultad no emprende  
 Una mujer que pretende  
 Asegurar su temor?  
 Ánimo tengo y valor,  
 Que del miedo me defiende.

ANÁ.

Pues Hamete solo va  
 Con las dos; de lo que vieres  
 No te burles ni te alteres.

LELA.

¿Eso dudas? Vamos ya (1),  
 Pues que la noche ha venido.

ANÁ.

Espera, y verás vencido  
 En la confusión tu intento.  
 Trae una luz.

HAMETE.

Como el viento

Iré por ella.

Aparece una luz.

Ha venido,

Axá, por tu vida ser  
 Este luz bona é segura.

ANÁ.

¡Eh, Hamete! Llevar procura  
 Ánimo en lo que has de ver.

HAMETE.

Axá, me querer volver.

ANÁ.

Eso no, que has de asistir,  
 Y has de ver y recibir  
 Mercedes del morabuto.

HAMETE.

¿Mí he de mirarle? ¡Oxte, puto!  
 Vener Hamete á morir.

ANÁ.

¿Temes tú?

HAMETE.

Señora mía,

Muy valiente ser de día.

LELA.

Las tinieblas oscuras  
 Me turban; ¿qué edificios son aquéstos  
 Que oprimen las alturas?

HAMETE.

¡Válame Alá!

LELA.

En sitios tan funestos,  
 ¿Qué intentas, qué pretendes?

ANÁ.

Ya con las dudas tu valor ofendes.

De Babazón la puerta  
 Hemos dejado atrás, y aquí enterrados,  
 Con paz segura y cierta,  
 Están los morabutos celebrados,  
 Que el Alcorán guardaran,  
 Y sus ritos divinos observaran.

Zid Jacob colocado

Está junto á esta peña, que el mar bate;  
 Zid Bornos, renegado  
 Cordobés, yace altivo en el remate  
 Desta montaña fría,  
 Por donde á ver su ermita sale el día.

Mas, sobre todo, aplica  
 Al túbulo que miras tus luceros,  
 Que es de Zid de Butica,  
 Á quien saludan cuantos marineros  
 Del puerto se despiden,  
 Y con varas de haya cristal miden:  
 Entra seguramente.

LELA.

Temblando estoy.

HAMETE.

Mover el pie no puedo.

ANÁ.

Un milagro evidente  
 Quiero que veas, que te quite el miedo.

LELA.

¿La luz matas? ¿Qué has hecho?

HAMETE.

Bon noche nos dé Alá.

(1) Falta un verso.

LELA.

Mi fin sospecho.

Descúbrese en un sepulcro una lámpara muerta,  
y enciendese ella.

AXÁ.

Mira cómo se enciende  
Por sí misma la lámpara sagrada,  
Zid, y por quien suspende  
Su furia el aire, y de la mar salada  
Los montes erizados  
Se miran vanos de cristal cuajados.

Levanta el cuerpo frío,  
Dime, ¿qué fin tendrá la fiera guerra?

Levántase la piedra, y vase levantando un muerto  
con una calavera por cabeza.

LELA.

La piedra se levanta:  
¿Qué pecho ha de sufrir desdicha tanta?

HAMETE.

¡San Alá, San Mahoma,  
Valer el zancarrón, que estar en Meca!

LELA.

Ya del sepulcro asoma  
El cadáver helado, estatua seca.

HAMETE.

Ben poder tú ser santo:  
Mas no haber visto que sombrarme tanto.

MUERTO.

Vosotros, que vinisteis  
Á impedir mi reposo en noche fría,  
No temáis ni estéis tristes;  
Que el gran Profeta á declarar me envía  
Los caminos más llanos  
Contra la altiva armada de cristianos.

Por avisos divinos

Que una campana ha dado, es cierta cosa,  
Bordando en cristalinos  
Buriles el aljófar más preciosa,  
Que será Carlos dueño

Y monarca de Argel, y así, del sueño

En que estaba, os aviso

Sacrifiquéis, en aras dedicadas

Á nuestro Paraíso,

Los animales que os diré, y echadas

Las cenizas, es cierto

Que no verá su armada vuestro puerto.

Degüella en limpias aras

Cuatro becerros negros, seis ovejas,

Que como con las varas

De Jacob diferencien las guedejas,

Cuyas entrañas luego,

Al dar rayos el sol, echa en el fuego.

De la sangre vertida,

Un baño te has de dar, y ansí bañada,

De la lumbre encendida,

Con los conjuros de que estás usada,

Las entrañas divide,

Y con líquido aceite el fuego impide.

Y cuando esté la guerra  
Trabada, de los polvos parte envía  
Al agua, y á la tierra,  
Y al aire, de quien más favor confía;  
Que así será bastante  
A que no tome Argel Carlos de Gante.

Cúbrese.

AXÁ.

Oye, visión sagrada,  
No te apartes de mí de esa manera.

HAMETE.

¿Ver los osos te agrada?  
Dejarle andar, camine por doquiera.

LELA.

Aun no recobro apenas  
La helada sangre que faltó á las venas.

Por Dios, Axá, te ruego  
Que nos vamos de aquí.

AXÁ.

Tú me apercibe

Los becerros y el fuego;  
Y verás que tu esposo alegre vive  
Con la mayor victoria  
Que ningún turco ha dado fama y gloria.

LELA.

Eso yo lo prometo.  
Volvámonos agora, pues promete  
Tu ciencia dulce efeto.

AXÁ.

¿Para qué á obscuras vamos? Llega, Hamete,  
Y enciende.

HAMETE.

No alcanzamos.

AXÁ.

Enciende presto. ¿Para qué nos vamos?

HAMETE.

Mijor andar á oscuras,  
Porque nadie saber lo que hacemos.

LELA.

Con luz vamos seguras;  
Acaba, pues.

Llega temblando.

HAMETE.

Botica, no queremos

Saber tu hechicería;  
On poco de so luz sólo quería.

Vosancé, estemos quedo.

AXÁ.

Presto verás á Carlos destruido.

HAMETE.

Mocho temblar no puedo;  
Mas ya, en efeto, habemos encendido.

LELA.

Camina, el paso allana.

HAMETE.

Andar delante yo de bona gana.

Vanse.

Tocan y hay ruido de desembarcar. Sale Carlos V,  
y los demás con él.

Dentro:

¡Tierra, tierra! ¡Amaina, amaina!

CARLOS.

¿Conocéis bien la que vemos,  
Cómitre leal?

UNO.

De Argel

Miro el levantado cerro.

CARLOS.

Id aguardando el armada.

OTRO.

Lleva lengua.

Salen.

JORGE.

Hoy tus descos,

Invicto Carlos, se ven  
Cumplidos y satisfechos.

ANTONIO.

No tienen poder los moros,  
Alterados y soberbios,  
Que contradigan airados  
Tu voluntad y tu intento.

CARLOS.

Dadme esas armas, Antonio;  
Dejadme besar el peto  
Adonde la imagen traigo  
De la Reina de los cielos,  
Cuya limpia concepción  
Con alma y vida confieso,  
Y morir en su defensa,  
Como cristiano, protesto.  
¡Oh Argel, trágico teatro,  
Donde perdiéndose Diego  
De Vera, dió su desdicha,  
Si no temor, escarmiento,  
Y el valeroso don Hugo  
De Moncada dió sus leños,  
A fuerza de las tormentas,  
Hechos piezas en el puerto!  
Mas yo espero en Dios quitar  
A Zelín este desprecio.  
¿De España llega el armada?

ANTONIO.

La salva está respondiendo.

Disparan una pieza.

JORGE.

El Duque de Alba ha llegado  
A la escala.

CARLOS.

Llegue luego;

Que aquí será menester  
Su prudencia y su consejo.

ANTONIO.

Ya llega el Marqués del Valle.

CARLOS.

¡Gran soldado!

ANTONIO.

¡Raro ejemplo

Del mucho valor de España  
En los climas extranjeros!

El de Alba por una parte, armado, y por otra el  
Marqués del Valle y sus dos hijos D. Luis y D. Martín.

DUQUE.

Déle Dios muy buenos días  
A Vuestra Majestad, siendo  
Señor del lugar que mira.

CARLOS.

De Dios y de vos lo espero.

FERNÁN.

Ruego á Dios que, como el sol,  
Que sus rayos va esparciendo,  
Ócupe los altos muros  
De aqueste lugar el vuestro.

CARLOS.

El cielo os guarde, Fernando.  
¿Quién son estos caballeros?

FERNÁN.

Mis hijos; y no he querido  
Que los veáis hasta el tiempo  
Que tenemos la ocasión  
En la mano; que el ponerlos  
En los mayores peligros  
Ha de ser su mayor premio.  
Hoy empiezan á servirlos;  
No los exceptéis, os ruego,  
De peligros y trabajos;  
Que os certifico y prometo  
Que sentiré mucho más,  
Puesto que soy padre, verlos  
Vivos en la retaguardia,  
Que no en la vanguardia muertos.

CARLOS.

¡Oh buen Fernando Cortés!  
¡Cuánto de oiros me alegro!  
Todos cuatro iremos juntos,  
Y no será malo el puesto;  
Que si me veo en la playa  
No seré de los postreros,  
Por la fe de hombre de bien.

FERNÁN.

Mil veces los pies os beso.

CARLOS.

Sentaos, que es bien que se mire,  
Antes que á tierra lleguemos,  
Lo que nos importa hacer  
Para lograr nuestro intento.  
Éste es Argel, españoles,  
Alemanes y tudescos;  
Ésta es la ciudad temida,  
Y ésta es la que á ganar vengo.  
Ved si es justo atrincherarnos,  
Abrir cavas, plantar cestos,  
Y tras de las baterías

Embestrir con más aliento.  
 Ó, como vamos saltando  
 En la playa, ir embistiendo;  
 Que la determinación  
 Es á veces de provecho.  
 Desto conviene avisarme;  
 Que yo hiciera lo que siento  
 Si, como es mía la gloria,  
 Fuera mío sólo el riesgo.

DUQUE.

Supuesto, heroico señor,  
 Lo que decís, y supuesto  
 Que, siendo Atlante del mundo,  
 Queréis repartir su peso,  
 Digo que á mí me parece  
 Será conocido yerro  
 Acometer la ciudad  
 Sin prevenirse primero.  
 Si fuésemos rebatidos,  
 ¿Dónde ampararnos podremos?  
 ¿Qué foso nos asegura?  
 ¿Qué buen orden, qué gobierno?  
 La pólvora está mojada,  
 Y los soldados más viejos  
 Mareados y rendidos  
 Por la inclemencia del tiempo.  
 ¿Qué han de hacer los españoles,  
 Aunque gallardos y diestros,  
 Sino entregarse á las armas  
 De los bárbaros soberbios?  
 No son los turcos soldados  
 Tan cobardes ni tan necios,  
 Que perderán la ocasión  
 Si conocen el cabello.  
 Desde aquí se ve una punta,  
 Padrastro á lo que sospecho,  
 Del Alcazaba, en que puede  
 Hacer admirable efecto  
 La batería; la mano  
 Izquierda se ve un repecho  
 Que predomina al bastión  
 Que tiene guardado el puerto.  
 A este lado hay muchos sitios  
 Importantes; que hay en ellos  
 Fuentes y arroyos; tomados  
 Y seguros tales puestos,  
 Tras alguna batería,  
 Por el menos fuerte lienzo  
 Se embiste á Argel, que sin duda  
 De este modo venceremos:  
 Para tomar tierra agora,  
 Las galeras, porque entremos,  
 Nos guardarán; caminen  
 Con buen orden y concierto,  
 Con los esquifes delante  
 Cargados de mosqueteros,  
 Y detrás de las galeras  
 Irán los bajeles gruesos.  
 Esto es lo que me parece  
 Por la experiencia que tengo,  
 Aunque en todo me remito,

Gran señor, á vuestro acuerdo.

FERNÁN.

Si advertís, señor invicto,  
 Que estamos en el invierno,  
 En una playa sujeta  
 A las ráfagas y vientos,  
 Desamparada de abrigos,  
 Donde, en mudándose el tiempo,  
 Cosa en invierno forzosa,  
 No queda humano remedio,  
 Veréis que la dilación  
 Más cruel guerra ha de haceros  
 Que las genízaras armas,  
 Que ya están de vos temiendo.  
 Discreta es la prevención,  
 Es verdad, yo lo confieso;  
 Mas mientras se bate el muro,  
 ¿Quién nos asegura el puerto?  
 El peligro de la tierra  
 Sólo nos causa desvelos,  
 Sin temer el de la mar,  
 Siendo mayor y más cierto.  
 Si como pueden hacerse  
 En nuestro real pertrechos,  
 Estacadas y trincheras,  
 Y otras trincheras de efecto,  
 Pudiera hacerse á la armada  
 Un muelle, un abrigo cierto,  
 Donde estuviera guardada  
 Mientras nosotros venciendo,  
 Siguiera el voto del Duque;  
 Mas si la armada perdemos,  
 ¿Qué importa que Argel se gane  
 Para España y el Imperio?  
 Cuanto más, que es imposible,  
 Pues también los bastimentos  
 Se anegan, y en breves días  
 El hambre es verdugo nuestro.  
 Digo, señor, que es mi voto,  
 Que del modo que ha dispuesto  
 El Duque, salte la gente,  
 Y vaya el muro embistiendo;  
 Porque si nos prevenimos,  
 También se previenen ellos.  
 Ellos en su casa aguardan,  
 Nosotros en suelo ajeno.  
 Y si es cierto que en España  
 Una campana, instrumento  
 Es de contingentes casos,  
 Con espíritu profético,  
 Debe Vuestra Majestad  
 Temer futuro suceso,  
 Pues todos casos anuncia,  
 Siendo divino instrumento.

CARLOS.

Espantado estoy de oiros,  
 Y estimo vuestro consejo,  
 Y quisiera [por mi vida!  
 Saber de aqueste instrumento,  
 Ó campana, los anuncios,  
 Y en qué ocasiones ha hecho

Con la lengua de metal  
Temblar los valores regios.

DUQUE.

Si tiene Vuestra Cesárea  
Gusto de oír los sucesos  
De la campana, ocasión  
A los divinos ingenios  
De España, con lengua ruda  
Diré de sus movimientos  
Espantosas profecías  
Y nunca vistos portentos.  
Cuando vine de Castilla,  
Yo fui testigo que el cielo  
Movió su impulso, inspirado  
De su artífice primero.  
De su antigüedad tomé  
De memoria los sucesos  
Más notables, y podré,  
Si es tu gusto, darte dellos  
Noticia.

CARLOS.

Haréisme lisonja:  
Empezad.

DUQUE.

Estadme atento,  
Invictísimo Monarca,  
Admiración de los tiempos  
Presentes, por tus hazañas,  
Pasados, por tus abuelos.  
Aunque no temas desdichas  
Venciendo tristes sucesos,  
Porque te obedece el mar  
Y te respetan los vientos,  
Y el más valeroso moro,  
Viendo tu poder inmenso,  
Como á deidad te venera,  
Cual víctima ofrece el cuello,  
Á la voz de una campana  
Que admira, y honra tus reinos,  
Que agora con propio impulso  
Habla con lengua de acero,  
Escucha, porque ha mil años  
Que con profético aliento,  
Casos alegres anuncia,  
Previene tristes sucesos.  
Yace en la parte más noble  
Que riega el sagrado Ibero.  
La antigua y fiel Celtiberia,  
Hoy ilustrísimo reino  
De Aragón, que sus hazañas  
En dilatados imperios  
Le dió el timbre de las glorias,  
Y ofreció rendidos cetos.  
Julia Celsa ocupa en él  
El más floreciente suelo,  
Que con variedad de flores  
Goza olorosos trofeos.  
Colonia fué de romanos  
Con edificios soberbios,  
Mas hoy, del tiempo la injuria,  
La tienen humildes techos.

Hasta el nombre le ha trocado  
Por honra ó por menosprecio,  
Pues que la llaman Bililla  
Por los bilitanos pueblos.  
Cuando resonó en España  
La verdad del Evangelio,  
Y Diego abrasó las almas,  
Como rayo hijo del trueno;  
Cuando sobre una columna,  
Estando en el mortal velo,  
La Virgen Santa le habló  
En la ribera del Ebro,  
Y la imperial Zaragoza,  
Con tan celestial trofeo,  
Más que por su augusto César  
Es ilustre por su templo,  
La fe Bililla recibe,  
Y por tan santos empleos  
Su devoción la señala  
Por teatro de portentos.  
Después de largas edades,  
Conservándose en su celo,  
Debido culto á los santos  
Rinde, y olores sabeos.  
Templos fabrica devotos,  
Y para su ministerio,  
La campana del Milagro  
Milagrosamente vieron,  
Las siempre lucientes aguas,  
Como divino instrumento,  
Por Ebro, en un barco sola,  
En Bililla tomó puerto.  
En el alcázar sagrado  
Del gran Nicolas, le dieron,  
Entre dos ricas columnas,  
El más alto alojamiento.  
Al lado de otra campana  
Está, descubierta al cielo,  
Donde las lluvias la mojan  
Y le da calor el Febo.  
Tiene de circunferencia  
Diez palmos de metal terso;  
Hendida está por un lado,  
Que le da ronco el acento.  
Dos imágenes de Cristo,  
De muy relevados cuerpos,  
Tiene al Oriente y Poniente,  
De María y Juan en medio.  
Están al Septentrión  
Y al Mediodía luciendo,  
Dos hermosísimas cruces,  
Señal de nuestro remedio.  
En la orla y círculo  
Se ve este elegante verso,  
De la sibila Cumea,  
Con letras latinas puesto:  
*Christus Rex venit in pace,*  
*& Deus homo factus est,*  
Que anunciando al mundo dicha,  
Dijo, en nuestro español vuelto:  
«Cristo Rey nos viene en paz,

Y Dios ya hombre se ha hecho.  
 En la fundación gloriosa  
 Dicen, por divino acuerdo,  
 Que asiste un dinero santo  
 De los que por Cristo dieron.  
 Fuertemente se estremece  
 Antes de tañer, queriendo  
 Que la gravedad del caso  
 Espante en su movimiento.  
 Tócase en forma de cruz  
 Cuando, sin impulso ajeno,  
 Futuros casos avisa,  
 Da saludables consejos.  
 Círculos la lengua hace,  
 La campana discurrendo,  
 Y siempre su golpe aplica  
 Adonde avisa el remedio.  
 Otras veces tiembla y calla  
 Con mortífero silencio,  
 Ostentando admiraciones  
 Y atemorizando ingenios.  
 Como ministra de Dios,  
 Se hace tener tal respeto,  
 Que á uno que la fué á tocar  
 Le derribó casi muerto.  
 Es diferente el sonido  
 Cuando en alto ministerio  
 De profecía le aplica,  
 Que aquel con que junta al pueblo.  
 En el tiempo de Rodrigo,  
 Por sus ardientes deseos,  
 Vió en cautiverio sus huestes,  
 Vuelto en ceniza su Imperio.  
 De los godos valerosos,  
 Que del estrago sangriento,  
 Para vengar sus agravios  
 Con noble fuga salieron,  
 Un escuadrón se recoge  
 A los montes Pirineos,  
 Hallando en sus duras peñas  
 Apacible alojamiento,  
 En cuyo seguro albergue,  
 Entre espadañas y enebros,  
 En un levantado risco  
 Una obscura cueva vieron.  
 Penetran por la espesura,  
 Y en el silvestre aposento,  
 Tendido en la dura tierra,  
 Ven un ermitaño muerto,  
 De ásperas pieles vestido,  
 De barba y largo cabello,  
 Un rosario en el cordón,  
 Y una cruz de palo al cuello.  
 Su mano diestra tendida,  
 Señalaba con el dedo  
 Una lisa piedra escrita  
 Con el gótico alfabeto.  
 «Quien estas letras leyere,  
 Y viere mi helado cuerpo,  
 Déme honrada sepultura  
 En pago de lo que vieron

(Decía la piedra). El año  
 Que don Rodrigo, soberbio,  
 Por violencias de la Cava  
 Ocultará fin incierto,  
 La campana de Velilla,  
 Que tiene de Dios el sello,  
 Fiel pronóstico en el orbe  
 De misteriosos secretos,  
 Dará voces; si entendidas  
 No fueren de los mancebos  
 Nobles que aquesto leyeren,  
 Teman muerte ó cautiverio.  
 Y tú, valerosa España,  
 Que en tanta aflicción te ha puesto  
 Un traidor, una cruel,  
 Una venganza, un desprecio,  
 Esta divina campana  
 Te servirá de consuelo,  
 De noble y fiel centinela  
 Contra alevosos intentos.  
 Los trabajos de tus Reyes,  
 Sus glorias y sus trofeos,  
 Lamentará su piedad,  
 Celebrará sus contentos.  
 Al rey de Aragón Alonso,  
 Al de Navarra, á don Pedro,  
 Príncipe de España, y otros  
 Muy ilustres caballeros,  
 Avisará su prisión,  
 Año mil y cuatrocientos  
 Y treinta y cinco, que fué  
 En un naval desconcierto.  
 Después, el año siguiente,  
 Cuando libertad tuvieron,  
 Su alegre celestial voz  
 Publicará este suceso.  
 Al mártir Pedro de Arbués,  
 Que por la fe padeciendo,  
 Entre el coro y el altar  
 Honra á su Augusta y Aseo,  
 Celebrará religiosa,  
 Cuando su sagrado cuerpo,  
 Con mortíferas heridas,  
 Caerá, tocando á su entierro.  
 Si el católico Fernando  
 Rindiere el último aliento  
 Por llevar en mejor vida  
 De sus victorias los premios,  
 La generosa campana  
 El año del nacimiento,  
 Mil quinientos diez y seis,  
 Famoso le hará y eterno.  
 Si el francés Carlos Borbón,  
 Ya sin real mandamiento,  
 Querrá saquear á Roma  
 Y rendirla á sangre y fuego,  
 Su justa muerte amenaza,  
 Porque se atreve, soberbio,  
 Al que ¡vive Dios! sucede  
 En la nave de San Pedro.  
 Año de cincuenta y ocho,



El más radiante lucero  
De las estrellas humanas  
Que ilustran nuestro hemisferio,  
Perderá su luz y pompa,  
Cesará su movimiento,  
Sentiráse en la campana,  
De Atropos el golpe fiero.  
Publicará las traiciones  
Del bárbaro Sarraceno,  
Que en la vega de Granada  
Tendrá usurpados gobiernos.  
Descubrirá la intención,  
Año de mil y seiscientos  
Y uno, cuando tratarán  
Los moros levantamiento.  
Ocho veces juntarán  
En Aragón y en Marruecos,  
Sus magnates para el caso,  
Y ocho les causará miedo.  
Después, un Filipo Augusto,  
A unos cuarto, á otros tercero,  
Cuando le oblique en Italia  
Un justo aborrecimiento,  
Victorias del nuevo mundo  
Y venganzas en el nuestro,  
El año de veinticinco  
Publicará el universo.  
«Esto, señor, se halla escrito  
En anales verdaderos:  
Hoy se toca, Dios te avisa,  
Teme contrario suceso.  
Pomposo viento es el mundo,  
Y, como dijo un discreto,  
Con viento de este sonido  
Quiere avisar Dios al viento.

CARLOS.

En Dios pongo mi esperanza.

FERNÁN.

Yo temo triste suceso.

DUQUE.

Señor, como Hernán Cortés,  
Aunque son tantos sus hechos,  
Tuvo con gente desnuda  
Sus batallas y reencuentros,  
Gente al fin que se espantaba  
De un caballo y de los ecos  
De un arcabuz, imagina  
Que ha de ser aquí lo mesmo.  
Esta es guerra diferente;  
Los contrarios son tan diestros  
Como nosotros; no saben  
Tener á las balas miedo.

FERNÁN.

¿Cómo puedo yo negar  
Lo que se sabe tan cierto?  
Tropas de desnudos hombres,  
Á mi espada, señor, dieron;  
Pero no añade el vestido  
Bizarro valor al pecho,  
Ni el acero de las armas  
Dará al corazón aliento.

No fué gente tan cobarde  
Los desnudos, que no hicieron  
Cosas que dieron asombro  
En un tan prolijo cerco.  
Y para que Vuецelencia  
No haga dellos desprecio,  
Yo le aguardo en la campaña  
Tan desnudo como ellos.  
Salga Vuецelencia armado  
De todas piezas; veremos  
Si como vencí desnudos,  
Esta vez armados venzo.

DUQUE.

No soy yo, Fernán Cortés,  
De los hombres que acometo  
Con ventaja á mi contrario;  
Vuestra confianza entiendo.  
Si soy yo el desafiado  
Y las armas nombrar puedo,  
Una espada solamente  
Nombro como caballero;  
Con ella aguardo en el campo.

FERNÁN.

Así quede.

CARLOS.

¿Qué es aquesto?

¡Hola! Ninguno se vaya  
Ni se aparte de su puesto.  
Alcanzad, Antón de Oria,  
Ese guante. Mucho debo  
Á mi paciencia, Marqués;  
Vos alteráis mi consejo.  
¿No veis qué bien? ¡Por mi vida,  
No se hable más en eso!  
Mucho enojo me habéis dado,  
Poco amor, poco respeto.  
Sígase el voto del Duque.

DUQUE.

Mil veces los pies os beso.

CARLOS.

Á su bajel cada uno,  
Y con orden y concierto  
Se embarquen.

FERNÁN.

Llegue el esquife.

Venid, hijos, que voy ciego.

Vanse.

CARLOS.

¿Fuéase el Marqués?

JORGE.

Ya se fué.

CARLOS.

De su valor estoy cierto,  
Duque amigo. Á vuestro cargo  
Todo lo importante dejo.  
Poned en orden la armada.

DUQUE.

Los favores que me has hecho,  
Á morir por ti me animan.

En Dios, gran señor, espero  
Que mi consejo te importa.

CARLOS.

¿Cuándo, Duque, no fué el vuestro  
Importante?

ANTONIO.

Señor, mira,  
Que con su esquite pequeño  
Camina á tierra el Marqués.

CARLOS.

Haced señal con un lienzo.  
Airado va el viejo noble;  
Temerario busca el riesgo.

JORGE.

Mal hice en no detenerle.  
Ya el llamarle es sin provecho.

CARLOS.

¡Marqués, Marqués, boga á tierra!

ANTONIO.

¡Rara cosa!

JORGE.

¡Extraño intento!  
Á la muralla se acerca,  
Y en la misma puerta ha puesto  
Clavado el puñal.

CARLOS.

¡Soldados,  
Socorredle! ¡Extraño exceso!

ANTONIO.

Con una piña le han dado.  
Ya se levanta del suelo  
Mal herido.

CARLOS.

¡Oh buen Fernando!  
¡Socorredle, caballeros!

Vanse.

Sale Fernán Cortés con sangre, como que ha caído,  
y sus dos hijos.

FERNÁN.

Aquesto es hecho;  
Yo quedaré, aunque muerto, satisfecho.

LUIS.

¡Señor mío!

FERNÁN.

Callad. No ha sido nada.  
¡No desmayéis! ¡Seguid vuestra jornada!

DON MARTÍN.

Pudiera estar atento el mundo todo  
Á tal valor.

FERNÁN.

Llevadme á la galera  
No muy asido. ¡Ay, cielo! ¡Quién tuviera  
Los quinientos soldados á su lado,  
Con que en las Indias fuí tan respetado!

LUIS.

Aquí los hallarás á todo atentos.

FERNÁN.

No haré, que aquellos son otros quinientos.

LUIS.

Vamos, señor.

DON MARTÍN.

Tu vida prevenimos.

FERNÁN.

Poco á poco, no piensen que huímos.

Vanse.

Salen Martín Alonso y María Montaña, y Martín  
con arcabuz.

MARTÍN.

¡Cuerpo de Dios! En la tierra,  
¿Habíamos de llegar?

MARÍA.

Favorable ha sido el mar:  
No es mal principio de guerra.

MARTÍN.

Las puertas están cerradas.

MARÍA.

Anduvo el Marqués valiente.

MARTÍN.

Pacífica está la gente,  
Si ya no son acordadas  
Estratagemas y ardidés.

MARÍA.

No puede ser otra cosa;  
Que ésta es gente belicosa.

MARTÍN.

Bien con la verdad te mides.  
Ya el Duque de Alba acomoda  
Nuestro cuartel en el llano.

MARÍA.

Acudid al rancho, hermano;  
Que se irá la tarde toda  
En esos discursos vanos.

Tocan.

MARTÍN.

¡Qué furiosos han salido  
Los turcos, y han embestido  
Á los tercios italianos  
Que defendían al puente!

MARÍA.

¡Acudid á la bandera!  
¿No veis que el campo se altera  
Y podría ser que intente  
El Duque dalles socorro?

MARTÍN.

Montañas de flechas tiran,  
Y los nuestros se retiran.  
Sólo de vello me corro.

Vanse.

Salen Lela y Axá á la muralla.

LELA.

Ya los nuestros han salido  
Orgullosos y lozanos;  
Aunque huyendo los cristianos,

El recelo no he perdido.  
¿A qué aguardas, Axá mía?

Prosigue con tus intentos,  
Destruyan los elementos  
Desta armada la osadía.

Esparece al viento ligero  
Tus conjuros. Sepa el mar  
Que puedes en él mandar.

AXÁ.

Lela, la ocasión espero;  
No voy deteniendo en vano  
La mortal ejecución.

LELA.

Pues en tanto, mi afición  
Preste favor á mi mano,  
Con tósigo ponzoñoso,  
Causen mis flechas espanto;  
Y así ayudaré entretanto  
Á mi nación y á mi esposo.

Sale Carlos V con la espada desnuda, y gente con él.

CARLOS.

¿En la primera ocasión  
Desmayáis, soldados míos?  
¿Así se pierden los bríos  
De tan valiente nación?  
Seis turcos os espantaron  
Sin poderlos resistir;  
Volved, para ver huir  
Los mismos que os retiraron.  
¡Santiago!

Éntranse y pelean.

AXÁ.

Ya llegó,  
Lela, el tiempo deseado.

LELA.

Mi esposo se ha retirado,  
Y furioso lo siguió  
Hasta las puertas de Argel,  
Carlos, español león.

AXÁ.

¡Bajo cristal, éstos son  
Los que han de hacerte cruel!  
¡Nubes, con aqueste hechizo,  
Con rigores más humanos,  
Lloved sobre los cristianos  
Agua, truenos y granizo!

Esparece los polvos, y hay tempestad, y tocan  
á guerra.

LELA.

Ya empieza la tempestad.

AXÁ.

Esto puede mi cautela.

LELA.

La vida te debo.

AXÁ.

Lela,

Vuelve alegre á la ciudad.

Vanse.

ANTONIO.

Dentro.

Á retirar, que los aires  
Y la lluvia no nos dejan  
Pelear.

JORGE.

Dentro.

Ya por granizo  
El cielo nos tira flechas.

ANTONIO.

Dentro.

¡Qué obscura llega la noche,  
Vestida de nubes negras;  
Los relámpagos alumbran,  
Y los truenos amedrentan!

CARLOS.

Dentro.

Retirar, retirar hijos,  
Con orden; tocad trompetas.

JORGE.

Las tiendas derriba el aire.

Sale Carlos V.

CARLOS.

¡Amigos, á las trincheras!  
No las desampare nadie,  
Pena....; mas ¿qué mayor pena  
Que la inclemencia del tiempo,  
Que tan contrario se muestra?  
¡Qué obscuridad tan notable!  
Tropezando en las tinieblas,  
Desatinado camino  
Adonde el dolor me lleva.  
¡Oh, cómo brama la mar!  
¡Oh, cómo azota la tierra!  
¡Oh, cómo gimen los aires!  
¡Oh, cómo arrancan las peñas!  
Los fanales de la armada  
Tanto á los cielos se llegan,  
Que duda la fantasía  
Si son fanales ó estrellas.  
Aun aquí se oyen las voces,  
¡Oh rigurosa tormenta!  
No articulando palabras,  
Formando llorosas quejas.  
Bárbara playa de Argel,  
¿Dos veces quieres que pierda  
En ti su opinión España,

Sin que con las armas venzas?  
 Pon en campaña más hombres  
 Que gotas de agua despeñan  
 Tus montes que escupen ríos  
 Por bocas que vi tan secas;  
 Pon genizaros y turcos  
 En campaña más que piedras  
 Me están tirando las nubes,  
 Que solo Carlos te espera.  
 De encantos viles te vales,  
 Porque por naturaleza  
 Tan repentina mudanza,  
 Es imposible que sea.  
 Mas ¿por qué aumento las voces  
 Cuando las aguas se aumentan?  
 ¿Con quién pelco? ¿Á quién venzo?  
 ¿Contra quién busco defensa?  
 Señor, pecados son míos,  
 Castigo es de mi soberbia;  
 Que para poder quejarme  
 No puedo alzar la cabeza.  
 Caigan sobre mí, Señor,  
 Los gigantes de estas sierras,  
 Y permitid que los justos  
 Por mi causa no perezan.  
 Estas aguas despeñadas  
 Juntan la turbia violencia  
 En los cuarteles de España;  
 Sin duda todos se anegan.  
 Su amor me lleva á ayudarlos,  
 No hay guardas, no hay centinelas;  
 Mas ¿quién podrá ser pastor  
 De tan perdidas ovejas?

Salen Martín Alonso y María Montaña, mojados,  
 levantando un hato.

MARÍA.

Ten, que le lleva el arroyo.

MARTÍN.

¡Cuerpo de Dios! ¿Esta es guerra?  
 ¿Pudírase á luteranos  
 Tratar de aquesta manera?

MARÍA.

¡Cosas del Emperador!  
 Sácale más á la arena.

MARTÍN.

En cualquiera parte hay lodo,  
 Todo está cual digan dueñas.

MARÍA.

Este Carlos, ¿qué nos quiere?  
 Por el invierno navega.

MARTÍN.

¡Barrabás brame en su vida!  
 ¡Sólo matarnos intenta!  
 ¡Válgale el diablo, por hombre,  
 Y á mí si no le dijera  
 Mil blasfemias!

MARÍA.

Ea, acaba.

MARTÍN.

¡Diablo! ¿No ves lo que pesa?

MARÍA.

Tome de ese lado, amigo.

CARLOS.

Bien es que sufra y consienta;  
 Que por lo menos el triste  
 Descansa cuando se queja.

MARÍA.

Levante de aqueste lado.

MARTÍN.

Llegue, hermano; así se vea  
 Libre del Emperador,  
 Que no es bendición pequeña.

CARLOS.

Ea, Martín, que algún día  
 Podrá ser que bueno sea;  
 Que los tiempos no son unos.

MARTÍN.

Pues, señor, ¿con la inclemencia  
 De este tiempo andáis así?

MARÍA.

¡Ay, padre mío! ¿Qué esperas,  
 Martín? Dale ese capote.  
 Dios, señor, os dé paciencia.

MARTÍN.

¡Jesús, cuál te tiene el agual  
 ¡Voto á Cristo, que quisiera  
 Que fuera el tiempo persona,  
 Que cuerpo á cuerpo riñera  
 Sólo por vengaros dé!

Sale el Duque de Alba, mojado.

DUQUE.

Amigos, ¿así se dejan  
 Las trincheras? Yo iré solo  
 Esta noche á defendellas.  
 ¿Quién va allá?

CARLOS.

Yo soy, Duque.

DUQUE.

¿Así dejáis vuestra tienda?

CARLOS.

¡He de estarme yo guardando  
 Y que mi gente se pierda?  
 No, Duque, acudamos todos  
 A lo que más nos convenga.

MARÍA.

La furia de la mar crece.

CARLOS.

Esta confusión lo enseña.

Voces dentro.

JORGE.

¡A la mar, que nos perdemos!  
 ¡Oh Virgen de Atocha!

CARLOS.

Ella

Os valga en esta ocasión,  
 Y á mi me dé fortaleza.

OTRO.

Tocó el suelo con la quilla.

¡Abrióse!

CARLOS.

Muchas galeras  
Deshechas dan en la costa,  
Y algunas las aguas quiebran.

DUQUE.

La obscuridad de la noche  
Hace mayor la tragedia  
Y hace mayor el horror.

FERNÁN.

Dentro.

¡Que me anego!

CARLOS.

¿Quién se anega?

FERNÁN.

¿Hay quien me dé un cabo?

CARLOS.

¡Cielos!

Si no me engaña la idea,  
Éste es hombre de importancia.

MARTÍN.

Aquí tengo una cuerda,  
Mas no sabré á quién la doy.

CARLOS.

Ven, Martín, conmigo; llega.

MARTÍN.

No habéis de entrar vos, señor.

CARLOS.

¿Quién habrá que me detenga?

FERNÁN.

¿No hay quien me socorra?

CARLOS.

Amigo,

Cuerda arrojo, asíos della.

FERNÁN.

¿Hacia adónde?

CARLOS.

Hacia aquí.

FERNÁN.

Ya la hallé.

CARLOS.

Salid afuera.

Sale Fernán Cortés mojado.

FERNÁN.

Para daros muchas gracias  
Por la vida que me queda.

CARLOS.

¿Quién es?

FERNÁN.

El Marqués del Valle.

CARLOS.

¡Oh agravio de Julio César,  
Cuánto sintiera el perderte!

DUQUE.

¡Cuánto mi error me avergüenza!

FERNÁN.

¡Y cuánto siento, señor,

El veros desta manera!

CARLOS.

¿Vuestros hijos?

FERNÁN.

Mientras pude

Los guardé, porque eran prendas  
Del alma, y por socorrellos  
Consentí que se perdieran  
Unos vasos de esmeraldas,  
Señor, cuyo precio era  
De trescientos mil ducados.  
Ya estando en vuestra presencia  
No me preguntéis por hijos;  
Vivid vos, y todos mueran;  
Que lo más priva lo menos,  
Y de nada se me acuerda.

CARLOS.

¡Ah, Marqués!

FERNÁN.

¡Ah, mi señor!

CARLOS.

Ya no importa que os entienda.

DUQUE.

¡Oh canas mal advertidas!

CARLOS.

¡Amigo Duque, paciencia!

FERNÁN.

Si por dicha.....

CARLOS.

Ya está hecho.

DUQUE.

Si pensara.....

CARLOS.

¿Quién lo niega?

FERNÁN.

Si al llegar.....

CARLOS.

Ya no se hizo.

DUQUE.

Si entonces.....

CARLOS.

Ya no aprovecha.

MARTÍN.

Todas las naves se rompen.

CARLOS.

Amigos, por vuestra cuenta,  
¿Qué hora puede ser?

MARÍA.

Las diez.

CARLOS.

Pues nadie el ánimo pierda.  
Aguardemos á las doce;  
Que en esa hora, la Iglesia  
Y en los conventos de España  
A Dios por nosotros ruegan.  
¡Ah, campana de Velilla!  
¡Si es tu profecía ésta,  
Secretos investigables  
Son los tuyos; toca apriesa,  
Que eres hoja si campana,  
Y las hojas aún no aciertan,

Sin la voluntad divina,  
 A dar motivo á las lenguas!

FERNÁN.

Á recoger, gran señor.

CARLOS.

¡Hijos, nada me consuela;  
 Que ésta es mi mayor desgracia,  
 Y es forzoso que la sienta!

### ACTO TERCERO.

Salen Carlos, el Duque de Alba y Cortés.

Dentro.

¡Á embarcar presto, á embarcar!

CARLOS.

Oigan las piezas de leva  
 Mis soldados, ya que el mar,  
 Ó nos pretende engañar,  
 Ó quiere que se le deba  
 Más que á la tierra.

DUQUE.

Soldados,

Á embarcar; que el César quiere  
 Volver á Europa.

CARLOS.

Quien viere

Que están los cielos airados

Contra mí, guardando á Argel,  
 Dirá que el César alcanza  
 Recelo ó desconfianza  
 De la fortuna cruel.

Y pienso, sin duda alguna,  
 Por la fe de Emperador,  
 Que ha de triunfar mi valor  
 Del rigor de la fortuna.

Trabajos me ha de valer  
 Mi espíritu generoso;  
 Más invicto, más famoso  
 La adversidad me ha de hacer

Que el triunfo, de aquí adelante,  
 Pues verán que soy con esto,  
 En las victorias modesto,  
 Y en las fatigas constante.

FERNÁN.

No se ha visto ni leído  
 En las antiguas historias,  
 Ni en las humanas memorias,  
 Que haya gente padecido

Tantos trabajos: los vientos,  
 Los cielos, el mar, la tierra,  
 La sed, la hambre, la guerra,  
 Los bélicos instrumentos,

Parece que conjurados

Están contra nuestra gente;  
 No se vió tan inclemente  
 La fortuna con soldados.

DUQUE.

No parece natural  
 Tan rigurosa porfía;  
 De alguna nigromancia  
 Fué efecto.

CARLOS.

No digas tal,

Porque el cielo, sin enojos,  
 Nos echa deste hemisferio  
 Con algún alto misterio  
 Investigable á mis ojos.

No debe de convenir  
 Que se gane agora Argel;  
 Yo me conformo con él;  
 Padecer quiero y sufrir

Esta desgracia, advirtiendo  
 Que el Dios de los escuadrones  
 Es oculto en sus acciones,  
 Y que no le comprehendo.

Duque, las armas volvamos  
 Contra herejes; que quizá  
 Al cielo se servirá,

..... (1)

Aunque primero quisiera  
 Vengarme en África desto.

DUQUE.

No será, señor, tan presto,  
 Si el cielo desta manera  
 Nos resiste.

CARLOS.

¡Trance cruel!

Y ¿ansí, en término sucinto,  
 Trata Argel á Carlos quinto?  
 Yo me vengaré de Argel.  
 ¿Cuántos soldados me cuesta  
 Esta jornada?

DUQUE.

Trescientos,  
 Pocos más; pero los vientos  
 Han hecho tumba funesta  
 Al agua, de marineros (2)

Importantes; que han quebrado  
 Las ondas del mar crueles  
 Muchos de nuestros bajeles,  
 Y piezas se han afondado  
 De la gruesa artillería.

CARLOS.

Eso se debe sentir,  
 Porque vendrán á servir  
 Á los turcos algún día.

Sale Jorge.

JORGE.

Hoy llegaron á la armada

(1) Falta un verso.

(2) Verso aislado entre dos redondillas.

Un embajador inglés  
Y otro de Francia.

CARLOS.

No es  
Este tiempo de embajada.

JORGE.

Seguiránte, pues querrán  
Darte su embajada en él.

CARLOS.

Sigan. Vámonos de Argel.

JORGE.

Parabienes no serán.

Como á las ondas crueles,

Que á tu deseo pusieron

Agravios del viento, fueron

Tantos pequeños bajeles,

No han de caber los soldados  
En los que quedan.

CARLOS.

Al mar

Los caballos se han de echar,

Y estarán desocupados

Los bajeles.

JORGE.

Pues señor,

Los caballos, que en la guerra

Son las fuerzas importantes,

¿Quieres que se pierdan? Antes

Se podrá quedar en tierra

Alguna gente canalla,

Sin valor, sin opinión,

No los caballos, que son

Las fuerzas de la batalla

Y vaca de Andalucía.

CARLOS.

Perdonadme, que andáis necio:

Soldado soy, y más precio

Que el reino y corona mía,

No un soldado, un mochilero

De mi ejército: ¿es razón

Que hombres que cristianos son

Fuesen hoy despojo fiero

De los turcos? Mis caballos

Vayan al mar, eso no;

Hagan lo mismo que yo

Mis amigos y vasallos.

DUQUE.

Vayan á la mar los míos.

FERNÁN.

Los míos irán también.

JORGE.

Y los míos.

CARLOS.

Eso bien;

Embárquense en los navíos

Que los recios huracanes

Nos han reservado sanos,

Los soldados italianos,

Y luego los alemanes;

Los españoles serán

Los últimos.

JORGE.

Con razón;

Que ellos los primeros son

Que murmurándole están

A tu Majestad sus cosas;

No respetan la deidad

De la sacra Majestad,

Con palabras injuriosas.

CARLOS.

Yo los nombré los postreros

Por dos razones: la una,

Porque en la adversa fortuna

Son los soldados primeros

De sufrir y padecer;

La otra, porque ellos son

Dueños de cualquier fación

Que el César sabe emprender.

Y si las demás naciones

Son huéspedes, cortesía

Será darles este día

Primeras embarcaciones,

Y que los dueños de todo

Sean los últimos; y esos

Que murmuran mis sucesos,

Como decís, de ese modo,

Tales son, que cuando oyeran

Murmurar alto de mí,

No lo sufrieran, y así,

Gustara que se atrevieran

Los alemanes, que son

Sol del mundo sin igual,

A decir de Carlos mal

Delante los españoles,

Y veréis si les obliga

Amor á volver por mí.

FERNÁN.

El que dice mal de ti,

No quiere que otro lo diga;

Esto al español sucede,

Y como del corazón

Sus mismas quejas no son,

Sufrir las de otro no puede.

CARLOS.

¡Alto: á embarcar! Hoy Argel

Airados rayos arroja;

Si yo encuentro á Barbarroja,

Tomaré venganza dél.

Salen María Montaña y Martín Alonso.

JORGE.

Faltando los bastimentos,

Naves y gente, este día,

Vana fuera la porfía,

Cuando convidan los vientos

Á embarcar, sin que se pierda

Más en aquesta jornada.

MARÍA.

Á fe de mujer honrada,

Que no ha sido fación cuerda

Retirarnos, sin tener

Nuestro agosto en esta playa;

Carlos á Europa se vaya,  
Que aquí sabremos vencer.

MARTÍN.

¿Y si faltan bastimentos?

MARÍA.

Ir á merendar á Argel.

MARTÍN.

Hechiceras hay en él  
Que hacen crujir los vientos.

Vamos á matar herejes,  
Ya que moros no matamos.

MARÍA.

Y ¿no es peor que seamos  
Alimento de los peces

En ese mar, pues apenas  
Cabemos en esas naos?

¿Somos aquí bacallaos,  
Tiburones ó ballenas,

Que hemos de volver nadando?  
Á los españoles dejan  
Los postreiros.

JORGE.

Ya se quejan,  
Maldiciendo y renegando  
Del César.

MARÍA.

Esos gabachos  
Toman el mejor lugar;  
Sin duda deben de estar  
Los capitanes borrachos,  
Y aun estaba por decir  
Carlos quinto ó Carlos sexto.

JORGE.

¡Que nunca se enoje desto,  
Que suele á veces oír

El Emperador, y diga  
Que, diciendo tanto mal,  
Es el español leal!

Á examinarlo me obliga.

MARTÍN.

Llámesese ya levantesco  
Carlos, no hijo del sol.

JORGE.

Dice bien, sor español.

MARTÍN.

No digo bien, sor tudesco.

JORGE.

Pues ¿qué era lo que decía?

MARTÍN.

Que fué Carlos imprudente  
En traer aquí la gente  
Á morir á Berbería.

JORGE.

Pues por eso ¡pesa tal!  
Digo yo que ha sido exceso,  
Y dije bien.

MARTÍN.

Pues por eso  
Digo yo que dice mal.

JORGE.

Pues ¿no ha sido impertinente

Carlos en venir aquí?

MARTÍN.

Cuando yo lo digo, sí;  
Cuando otro lo dice, miente.

JORGE.

¡Vive Dios! Si un palo cojo....

MARÍA.

¿Qué dice el hominícano?

MARTÍN.

Tome un poco de tabaco,  
Se le quitará el enojo.

Toma tabaco.

JORGE.

¡Vive Dios, que mi paciencia  
Se determina á perder!

MARTÍN.

Agora echará de ver  
Si ha sido ó no impertinencia

Del César venir aquí;  
Quiero que un tanto se lleve,  
Porque sepa cómo debe  
Hablar delante de mí.

Riñen.

JORGE.

¡Ah español traidor!

MARTÍN.

¡Tome ésa,

Pues que no quiso tabaco,  
Que no caben en un saco  
Traidor y español!

Éntrense.

MARÍA.

Me pesa

Que por la mano me ganes  
En esos remifasoles;  
Sepan quién son españoles  
Los señores alemanes.

¡Por Dios, que de buena gana,  
Antes que llegue á su nao,  
Le den en el rostro un tao  
Que diga: Marimontana  
*Me fecit!*

Sale Martín.

MARTÍN.

Tal como bueno  
Le ha llevado, ¡vive Dios!

MARÍA.

Yo le quitaré la tos  
Para *in æternum*.

MARTÍN.

Un trueno  
Ha de dar aquesta herida.

MARÍA.

Huye del rayo si sabes;



Vete á embarcar á esas naves.

MARTÍN.

¿Hase de quedar perdida  
Nuestra ropa en el bagaje  
Del real, que se quedó  
En esa playa?

MARÍA.

Pues yo,  
¿Mondo nísperos, salvaje?  
¿No quedará en Berbería  
Una hilacha de tu ropa!

Tocan.

Y las naves van en tropa.  
La española Infantería  
Y los pobres mochileros,  
Con el bagaje se quedan  
Atrás. ¡Plegue á Dios que puedan  
En arenales tan fieros  
Llegar á tiempo!

MARTÍN.

María,  
Ven, no falte embarcación.

Vase.

MARÍA.

Guarda tu salud, lebrón,  
Y no cuides de la mía.  
¡Por Dios, que si no me engaño,  
Morillos que poco valen,  
De Argel al bagaje salen,  
Y pudieran hacer daño,  
Porque embarcándose está  
La gente, con unas flores  
De mozos y gastadores;  
Sola la canalla va  
Con el bagaje. Ya vienen  
A la presa, y de pelea,  
Morillos de chirimea;  
Codicia los perros tienen  
Destos pícaros criados  
De ejércitos: yo he de seros  
Hoy general, mochileros;  
Yo os armo ya de soldados.  
Toca esa caja, tambor,  
Que rezagado te quedas,  
Para que animarlos puedas.  
¡Ánimo, tened valor!

Dentro:

Sí tendrán si nos gobiernas.

MARÍA.

¡Ea, ganad esos cerros,

Toquen.

Porque han de volver los perros  
Con la cola entre las piernas!

Hagan batalla de poquito los pícaros y algunos moros  
y María, y salga luego Hamete, y María tras él.

HAMETE.

¡Ah bellica, marimacho,  
Paje va á ser de Hametillo!

MARÍA.

¡Vive Dios, que has de decillo  
Si al infierno te despacho  
Con Mahoma!

HANETE.

Ten memoria,  
Que se crea be oro en España.

MARÍA.

Sepa Carlos esta hazaña.  
Mis mochileros, ¡victoria!

Cajas.

Éntrense peleando. Vuelvan á salir Hamete  
y María solos.

HAMETE.

Soniora Marimarrana,  
Ó como liamar, cautevo  
Ser vestro; dejarme vevo,  
No matarme como rana  
A la orilla deste río.

MARÍA.

Pues ¿piedad pretendes mía,  
Perro, habiendo sido espía?  
Hoy has de ser mi trofeo  
En esta playa de Argel;  
Vaya con Mahoma tu alma  
Colgado de aquella palma.

UNO.

Aquí tengo un buen cordel.

MARÍA.

¡Muera el perro renegado!  
Apriesa, que ya me abraso,  
Colgalde.

HAMETE.

Para este paso  
Tener ó atagar dado  
De Aja, no poder morer  
Ahorcado ni de espanto.  
Sin ser día de mi santo,  
¿Por qué colgarme, mujer?

MARÍA.

La caja toca á marchar.

HAMETE.

Andar, beliacos, belitres.

MARÍA.

¿Habló el ahorcado?

UNO.

No.

Vanse.

HAMETE.

¡Ah, bon Axá, que le escribes  
Letras en un babelejo,

Con que no morer!

Salte Martín.

MARTÍN.

Mal hice

En ir sin Marimontana  
Á embarcarme. Muy posible  
Fuera que salieran moros  
Al bagaje, y si lo embisten,  
Corre peligro su vida.

HAMETE.

Mahoma el sogá me quite,  
Ó descolgar de la palma.

MARTÍN.

Un bulto he visto que mide  
La distancia dese tronco;  
Morisco traje se viste,  
Y está ahorcado.

HAMETE.

¡Mahoma,

Ayudar á Hamete!

MARTÍN.

Ó impiden

Á la verdad las tinieblas,  
Ó habló. Quiero fingirme  
Moro también, para ver  
Si son engaños sutiles  
De la noche ó destos perros.  
¿Quién estarse, quién venirse  
Á coger dátil del palma?

HAMETE.

Alá gardamos; oíde.  
¿Ser moro?

MARTÍN.

Como Mahoma.

HAMETE.

Traerte Alá, no es pusible  
Otra cosa. Cortar sogá;  
Que ser Hametillo el triste,  
É colgarme aquí una berra  
Grestiana.

MARTÍN.

Esta vez cogile  
En el lazo al perro. Baja;  
Sano estar vos, estar libre.

Quitale.

HAMETE.

Mahoma pagarte mejó  
El socorro que me hiciste.  
Ves que los berros crestianos  
Que andar con Cagarlos quinto,  
É una berra mujer  
De un beliaco, que se dice  
Marimontana, colgarme,  
É non querer me cativen.

MARTÍN.

Pues ¡perro, traidor, espía,  
Que á dar aviso viniste

Á los de Argel, tú has caído  
En poder de quien te quite,  
Sin tener piedad de ti,  
Las orejas y narices!

HAMETE.

¡Ay, Hamete desdichado,  
No comer más acenite!  
¿No ser vos Martín Tamayo?

MARTÍN.

¡Ah, perro! ¿Me conociste?

HAMETE.

No, mas tupos tres razones:  
El uno, por ser humilde;  
El dos, por tener parentes,  
Que en Argel ser alfaquies,  
Como los dotes de España;  
El tres, porque siempre dije  
Que ser vos un hombre errado.

MARTÍN.

Vaya á embarcarse, camine;  
Que se fué el Emperador  
Y los bajeles le siguen.

HAMETE.

¡Ay, que voyme á ser cautevo!

MARTÍN.

¡Ay, que va donde le pringuen!

Dentro.

JORGE.

Llega ese esquife, de ese barco llegan.

FERNÁN.

Echa el áncora ya, que á tierra allegan.

DUQUE.

Á tierra el bergantín.

Tocan.

Salen el Emperador, el Duque, Cortés y Jorge.

CARLOS.

¡Gracias al cielo

Que ya corrió de su rigor el velo,  
Y aunque costas del Africa corremos,  
En la tierra nos vemos!

MULEY.

Llévame de la mano

Tú, hijo, hasta el ejército cristiano.

Vase.

DUQUE.

Tu Majestad está cerca de Túnez.

CARLOS.

Dad orden, Duque, pues, que los heridos  
Se regalen muy bien, que están perdidos.  
¿Qué bajeles se quedan sin seguirme?

DUQUE.

Algunos van llegando, pocos faltan.

CARLOS.

¿Qué banda es ésa, Jorge? ¿Estás herido?

JORGE.

Señor, no es nada.

CARLOS.

¿Qué es, por vida mía?

JORGE.

Si tal vida juráis, decirlo quiero.

Murmuraban de vos los españoles,

Y quise examinar lo que decía

Dellos Tu Majestad.

CARLOS.

¿Y murmuraste?

JORGE.

La jornada de Argel llamé in felice,

Y un soldadillo que lo mismo dice,

Contra mí puso mano;

Hirióme en este brazo; ya estoy sano.

CARLOS.

Vuestra curiosidad os ha herido,

Jorge, ¿no dije yo? ¿Quién habrá sido?

FERNÁN.

¿Si fué Martín Alonso de Tamayo?

CARLOS.

¿Qué español no será un ardiente rayo?

Salen Muley y Abderramán.

MULEY.

Tu Majestad ¡oh César soberano!

Haya llegado á Túnez felizmente.

Dérme á besar su mano,

Que será vencedora eternamente.

CARLOS.

¿Quién es el que la pide?

MULEY.

Un desdichado Rey, hechura vuestra,

En quien fortuna muestra

Que no tiene sosiego:

El Rey de Túnez fui.

CARLOS.

Pues ¿cómo ciego?

Á lástima me mueve

Veros, Muley, en término tan breve,

Por estos campos ciego:

Que refiráis vuestra desdicha os ruego.

MULEY.

Después que del valor de vuestras manos

En mi reino me fuí restituído,

Deshechos los corsarios otomanos,

Que cruel ambición de Africa han sido;

Después que vuestros hechos soberanos

Á Barbarroja en Túnez han vencido,

Y, tributario yo á vuestros leones,

Dos caballos pagué con dos halcones,

Llegó á Constantinopla Barbarroja;

Y el fiero Solimán, que ya de Hungría

Por vos se retiró, rayos arroja

De cólera inmortal, ¡oh suerte mía!

Mandó que nueva gente se recoja,

Y que cubra la espalda azul y fría

Del mar una ciudad, una ancha selva,

Con que el corsario á sus venganzas vuelva.

El rumor de este bélico aparato  
Llegó á Túnez; y yo, que receloso,  
Si no es temor el pródigo recato,  
De su poder me vi, partí animoso;  
Un leño de sus áncoras desato,  
Y buscándoos á vos, al reino hermoso  
De Nápoles llegué, cuando mi estrella,  
Para venir á Argel, os sacó della.

Á mi reino volví; pero mi ausencia,  
Riguroso ministro de mi vida,  
Buscando la más bárbara violencia  
Que fué en árabes lenguas repetida,  
El reino me quitó, fiera inclemencia  
De un hijo que engendré, llamado Amida;  
Y Celimate, excediendo á sus enojos (1),  
Agora me ha sacado entrambos ojos.

Invictísimo César, Sol, Monarca  
De América y de Europa, pues que vienes  
A suspender los filos de la parca,  
Segunda vez á Barbarroja tienes  
Donde podrá quedar sin una barca,  
Reparando los trágicos vaivenes  
Deste mísero Rey, tu tributario,  
Que en favor de mi hijo está el corsario.

CARLOS.

Levantad, Muley, y haced  
No se postre por la tierra  
Quien fué rey, aunque desdichas  
Le han quitado la diadema.  
Por la fe de hombre de bien,  
Que sentí vuestras miserias  
Mas que la desgracia mía.  
Y ¿qué mucho que las sienta,  
Si mi piedad generosa  
En las desdichas ajenas  
Se lastima y compadece,  
Porque soy de entrañas tiernas?  
Vivid, Muley, confiado;  
Quizá los cielos ordenan  
Que me retire de Argel  
Á vengar vuestras ofensas.  
Quizá dejaré mi furia  
Bien vengada y satisfecha  
En el fiero Barbarroja,  
Que ni teme ni escarmienta.  
¿Qué haremos, Duque?

DUQUE.

Señor,

Después de tantas tormentas  
En la tierra y en la mar,  
Fuerza es que la gente venga  
Sin aliento y sin valor.

FERNÁN.

Si la gente se refuerza  
Con algún socorro, puede  
Acometer cosas nuevas.

CARLOS.

Desta vez, su parecer

(1) No consta este verso, ni hace sentido, como tampoco otros varios de esta estragada composición.

Mejor sigo; el mismo sea.  
 ¿Quién me aconseja, alemanes?  
 Que rayos sois de la guerra.  
 Barbarroja está aquí en Túnez.

Dentro:

Esté en Túnez norabuena.  
 JORGE.  
 Fatigada está la gente;  
 Vuestra Majestad se vuelva.

CARLOS.  
 ¡Ah, soldados italianos,  
 Hijos sois de la prudencia!  
 ¿Qué os parece que se haga?

Dentro.

ANTONIO DE ORIA.  
 Que á Italia demos la vuelta.  
 CARLOS.

Jorge.....

JORGE.

Señor.....

CARLOS.

Escuchad,  
 Españoles: mucha pena  
 Me han dado vuestras fatigas;  
 Corrido estoy de que sea  
 Argel asombro del mundo:  
 Barbarroja está aquí cerca.  
 ¿Qué me aconsejáis, amigos?

Dentro.

MARTÍN.  
 ¡Cuerpo de Dios! Que acometa,  
 Que vengamos su desgracia.  
 ¡Y el perro corsario muera!

CARLOS.  
 Estos son los españoles  
 Que murmuran de mí; vean  
 Los flamencos y alemanes  
 Si he de estimarles de veras.  
 Soldados, pobres estáis,  
 Pobre estoy también, no queda  
 Con qué poder remediaros  
 En mis naves y galeras.  
 A Túnez tenéis presente,  
 Contra su Rey se rebela;  
 Bien merece este castigo:  
 A saco os doy su riqueza.  
 ¡Hijos, á cenar á Túnez!  
 Guisada tiene la cena  
 Barbarroja; con las armas  
 Debéis llegar á la mesa.

TODOS.

¡Al arma! ¡Al arma!

CARLOS.

Esto es hecho.  
 Vaya el invencible Andrea

Asegurando la mar  
 Con las galeras, no tengan  
 Los turcos por dónde huir,  
 Y sirvannos de trinchea  
 Ese montecillo humilde,  
 Ese valle y esas quiebras.  
 Duque, vos sois general,  
 Dad órdenes.

DUQUE.

La primera,  
 Es que Vuestra Majestad  
 Retirado esté en su tienda;  
 Y que ésa se ponga en parte  
 Donde tocar no la pueda  
 La contraria artillería.

CARLOS.

Otra vez me dió esa mesma  
 Orden el Marqués del Basto,  
 Y así, os daré la respuesta  
 Que dí entonces: que jamás  
 Hubo emperador que sea  
 Muerto con artillería.  
 Y esta vez quiero que vuelva  
 Esta espada de Toledo  
 Ensangrentada; que sepan  
 Que vengo como hombre honrado  
 Corrido de Argel.

DUQUE.

No vengan  
 Impedidos ni mujeres,  
 Ni los heridos, á tierra;  
 Todos se estén en la mar.

Sale María.

MARÍA.  
 Sí, mas eso no se entienda  
 Connigo, que ¡vive Dios!  
 Que bagaje no trujera  
 El ejército sin mí.  
 Ese bando comprehenda  
 Mujercillas de agua y lana,  
 No mujeres cuya rueca  
 Es ésta.

Saca la espada.

DUQUE.

Marimontana  
 Es, señor invicto, aquésta.

CARLOS.

Ya sé que es mujer famosa.  
 Y ¿vos sois quien no respeta  
 Los que son de mi Consejo?  
 ¿Vos herís de esta manera  
 Capitanes de Alemania?  
 Merecéis que os den la cuerda.

MARÍA.

Vuestra Majestad, señor,  
 Hágame merced, y vuelva

A estos soldados los ojos.

CARLOS.

Españoles son.

MARÍA.

Pues ea,

No hay sino ahorcallos á todos,  
Porque todos, como tengan  
Ocasión, harán lo mismo;  
Mas denme cuarenta cuerdas,  
Con sola una condición.

CARLOS.

¿Cuál es?

MARÍA.

Que luego acometas;  
Que parados nos aguamos.

FERNÁN.

O los turcos dan la vuelta  
A sus hileras, ó temen  
Que en Túnez haya revuelta,  
Y de los moros no fian,  
Ó la batalla desean.

CARLOS.

Llevad á Muley y haced  
Para que se esté en mi tienda  
Mientras dura la batalla,  
Hasta que yo vaya á ella.  
Alemania, Italia, España,  
Ya no hay desgracia de guerra;  
Santiago ha de vencer  
Esta vez.

Tocan.

TODOS.

¡Santiago, cierra!

Éntrense; queden los moros en alto.

MULEY.

Hijo Abderramán, si Alá  
Hermosos ojos te deja,  
Ve mirando, y refiriendo  
Lo que sucede en la guerra;  
Que sin duda los de Túnez  
Verme vengado descan,  
Y por eso Barbarroja  
La ciudad dejó.

ABDERRAMÁN.

Ya llegan

A trabarse las batallas,  
A todos anima el César;  
Los españoles gallardos  
Llevan la mano derecha,  
Y desatados los rayos  
De los arcabuces, suenan  
Más que las rasgadas nubes  
Cuando el fuego las revienta.  
Carlos quinto no repara  
En su peligro, y pelea  
Para vengarse de Argel.  
Ya con humana clemencia

Animando á los heridos,  
Los retira él mismo; sea  
Eterno tal Capitán.

Sale el Emperador con un soldado herido á cuestras.

CARLOS.

¡Muy herido estás!

SOLDADO.

Pues, César,

¿Tú me retiras?

CARLOS.

Sí, amigo;  
No se pierde mi grandeza  
En esto: ese lienzo toma,  
Para que ligarte puedas.  
Curad luego este español,  
Y yo me vuelvo con priesa  
A vencer si Dios me ayuda.

Vase.

ABDERRAMÁN.

Padre, los turcos comienzan  
A temer y á retirarse.

MULEY.

Quiera Alá que eso no sea  
Algún engaño ó celada.

ABDERRAMÁN.

En Túnez abren las puertas.

MULEY.

Será para recogerlos.

ABDERRAMÁN.

No, señor; pienso que intentan  
Dar entrada á Carlos quinto.

MULEY.

Romperían sus cadenas  
Los cautivos.

ABDERRAMÁN.

Es sin duda;  
Que á voces victoria suena.

Dentro:

¡Victoria por Carlos quinto!

MULEY.

Hijo, la victoria es cierta;  
Llévame á los pies invictos  
Del defensor de la Iglesia.

Suenan cajas. Sacan preso á Amida, y moros,  
Carlos V y todos.

DUQUE.

Huyó el fiero Barbarroja,  
Y la campaña sangrienta  
Dejó de Túnez.

FERNÁN.

Al cielo  
Se deben gracias eternas  
Por tal victoria.

DUQUE.

¿Eres tú

Amida el bárbaro?

AMIDA.

Reinan

Poco los tiranos: yo

Soy Amida.

DUQUE.

Di, ¿qué fiera

Sacó á su padre los ojos?

AMIDA.

En mi culpa no hay respuesta;

Sólo apelo á la piedad

Del César.

FERNÁN.

En vano esperan

Clemencia tus tiranías.

Muley y Abderramán.

MULEY.

Déseme lugar que pueda

Besar al César la mano.

¿Dónde está el rayo que quiebra

La fiereza de los turcos?

FERNÁN.

Quiere, con pompa y grandeza

De vencedor, coronarse

Con las romanas empresas;

Quiere tomar posesión

Deste reino.

JORGE.

Pues ya llega

CARLOS.

Ya que los cielos piadosos

En este modo consuelan

Mi desgracia, ya está Amida

Preso; á su padre le deja

El castigo que merece;

Y así, de mi mano tenga

Muley Hacen la corona.

MULEY.

Alá sus luces me niega;

Téngala, señor, mi hijo.

CARLOS.

Abderramán.....

ABDERRAMÁN.

Señor.....

CARLOS.

Llega:

Tocan.

Yo te hago rey de Túnez;

Las obligaciones mismas

Que tu padre has de guardar.

Pónele la corona, y siéntese en una grada del trono.

ABDERRAMÁN.

Yo le he aceptado con ellas,

Y para ejemplo del mundo

Mandaré, con tu licencia,

Sacar á Amida los ojos.

CARLOS.

Es muy justo lo que ordenas.

JORGE.

Señor, los embajadores,

Que te han seguido, te esperan.

CARLOS.

Pues no quiero que me hablen,

Y daldes esta respuesta,

Que en la muerte de su gozo,

No tengo culpa, ni ausencia

Podrá disculparme: Argel

Se defendió por secretas

Causas á Dios reservadas.

Quien quisiere darme guerra,

En Carlos quinto hallará

Católica resistencia.

Á buscar al Turco parte,

Y acuérdesse de Viena,

Porque mi desgracia acabe

En esta pompa y grandeza.

EL VALIENTE CÉSPEDES





# EL VALIENTE CÉSPEDES

---

TRAGICOMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

á D. Alonso de Alvarado,

CONDE DE VILLAMOR

---

*Aunque en las ocasiones que se me han ofrecido he intentado hablar en V. S., fiado en mi buen deseo, nunca he quedado tan contento de su alabanza como quejoso de mi atrevimiento. Sujetos donde parece que la Naturaleza puso particular estudio en su perfección, digno es de castigo quien con desiguales colores y atrevidos pinceles los retrata si amor no le disculpa; general es ésta en todos, pero siendo verdadera, menos crédito se debe á otra ninguna; que el artificio de las palabras no es tan agradecido de los ilustres ánimos, como la pura intención de los humildes pechos; y así, dijo Garcilaso que eran mejor oídos*

El puro ingenio y lengua casi muda  
(Testigos limpios de ánimo inocente),  
Que la curiosidad del elocuente.

*Por esto hacían los antiguos á los varones magnánimos hijos de sus dioses, lisonja permitida á los romanos Césares, como imitada de los ingenios griegos. Bien se pudiera contentar Alejandro con ser hijo de Filipo; pero juzgando los escritores por deidad su generoso espíritu, le dieron por padre á Júpiter, que no menos alto origen les pareció digno de la valentía singular de un corazón gallardo. Si la licencia de la antigua Filosofía tuviera nuestra edad por defensa de las que se permiten á la Poesía, ¿qué versos no dijeran que V. S. era hijo de Marte y Minerva en todas sus acciones? Pues cuantas pueden adornar un caballero perfecto y un galán cortesano, se hallan en V. S. tan iguales, que, compitiendo entre sí mismas, pone paz en su diferencia el*

*general aplauso. ¿En qué fiesta no es V. S. tan lucido por sus galas como valiente por sus manos? ¿Quién no las halla generosas de favor, honra y cortesía? Partes que alientan mis obligaciones á poner en ellas tan humilde ofrecimiento, como esta comedia de El Valiente Céspedes, aunque caballero insigne, que honrando á España, su patria, dejó en el mundo eterna fama de sus hazañas, con igual gloria de su apellido y casa; porque dedicándola á V. S. fuera con más disculpa y gusto del generoso origen de los Alvarados, ya por tantos ingenios escrita, á quien debo enviidar el sujeto anticipado, como ellos á mí el inmortal deseo. V. S. la admita con el gusto que suele honrar mis escritos y mi persona, siendo mi protector y Mecenaz: y al día que salió tan lucido como admirado al teatro del mundo en sus fiestas, que así parece la plaza desta corte, oiga estos versos:*

Hoy muestra en gala y valor,  
Y de plata riza armado,  
Que ha de ser Marte Alvarado,  
Y su Esfera, Villamor:  
No le excede en resplandor  
De estrellas, y entró sin ellas,  
Porque tantas damas bellas  
Lleva su talle en despojos,  
Que hecho un Argos de sus ojos,  
Le van sirviendo de estrellas.

*Dios guarde á V. S. como desco.*

Su Capellán,  
LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

## AL LECTOR

---

Adviértase que en esta comedia los amores de D. Diego son fabulosos y sólo para adornarla, como se ve el ejemplo en tantos poetas de la antigüedad: porque la Sra. D.<sup>a</sup> María de Céspedes fué tan insigne por su virtud como por su sangre y valentía, y celebrada entre las mujeres ilustres de aquel tiempo, sin reconocer ventaja á las más valerosas del pasado, é igual á Camila, Zenobia, Lesbia y Isicratea. Con este advertimiento, se pueden leer sus amores como fábula, y las hazañas de Céspedes como verdadera historia de un caballero que honró tanto su nación, cuanto admiró las extrañas.

---

# EL VALIENTE CÉSPEDES

## FIGURAS DE LA TRAGICOMEDIA

DOS CARRETEROS.	EL CAPITÁN D. HUGO.	ANGULO.
DOÑA MARÍA DE CÉSPEDES.	EL ALFÉREZ LORENZANA.	EL CAPITÁN DUARTE.
INÉS, <i>criada</i> .	EL SARGENTO ENCINAS.	FERNANDO.
DON DIEGO, <i>caballero</i> .	CARPIO. }	RAMIRO.
MENDO, <i>criado</i> .	ROSALES. }	TRISTÁN.
CÉSPEDES.	SALCEDO. }	BRÍGIDA, <i>labradora</i> .
BELTRÁN.	ORTIGOSA. }	EL DUQUE DE ALBA.
UN CORREGIDOR.	SAAVEDRA. }	EL EMPERADOR.
UN ALGUACIL.	ORTÚN (1).	EL DUQUE JUAN FEDERICO.
DOÑA ANA.	TEODORA.	CUATRO VILLANOS.
DOÑA FELICIA.	REINOSO.	ALBERTO, <i>capitán</i> .

### ACTO PRIMERO.

Salen dos carreteros, D.<sup>a</sup> María de Céspedes é Inés, criada.

CARRETERO 1.<sup>o</sup>

No nos tengáis por tan rudos;  
Que á muchos vuestro valor  
Tiene suspensos y mudos.

CARRETERO 2.<sup>o</sup>

Con otra barra menor  
Tiraré cuarenta escudos.

MARÍA.

¿Habláis, buen hombre, de veras?

INÉS.

Yo pensé que le pidieras  
Otra barra más pesada.

MARÍA.

En siendo menos, no es nada.

CARRETERO 1.<sup>o</sup>

¡Ojalá Céspedes fueras!

Que, por decirte verdad,  
Veníamos á buscalte.

MARÍA.

No está agora en la ciudad.

CARRETERO 2.<sup>o</sup>

Será el ganaros quitalle  
La fama.

MARÍA.

Hacéisle amistad;  
Pero yo, ¡por vida mía,  
Que pienso que es cobardía!

INÉS.

Con temor, señora, están.

CARRETERO 1.<sup>o</sup>

Fama de bizarra os dan  
Castilla y Andalucía;  
Mas para tirar con vos  
Somos muy hombres los dos.

MARÍA.

Si decís que soy bizarra,  
¿Cómo pedís menos barra?  
Venga mayor.

(1) Ortuño, dice en la comedia

CARRETERO 2.º

¡Bien, por Dios!  
INÉS.

¡Bravamente se retiran!

MARÍA.

Cobardes no admiten ruegos.

INÉS.

Tu fama y presencia admiran.

MARÍA.

Dos carreteros manchegos,

¿Con menos barra me tiran?

CARRETERO 2.º

Que tengo temor, concedo,  
Pero no es á vuestras famas;  
Estése el dinero quedo  
Si ha de volverse á las damas,  
Á la usanza de Toledo.

MARÍA.

Luego ¿de mí presumís  
Los dos, que si me ganáis,  
El dinero que decís  
Me volveréis? Bien pensáis,  
Y cortésmente advertís.Pero en Toledo, esos fueros  
De volverles los dineros  
Con melindres y ademanos,  
Concédense á los galanes,  
Pero no á los carreteros.Pues Céspedes no está en casa,  
No os vais sin tirar conmigo:  
Cualquier desprecio me abrasa,  
Y que estoy corrida os digo.  
¿Qué traéis?

CARRETERO 1.º

Naranja y pasa.

MARÍA.

Y ¿dónde vais?

CARRETERO 2.º

Á Toledo.

MARÍA.

Los carros quiero tirarlos.

CARRETERO 1.º

Perderéis.

MARÍA.

No tengáis miedo.

CARRETERO 2.º

Ahora yo quiero sacaros  
De esa arrogancia, si puedo;  
Tiremos quinientos reales  
Con un canto de una arroba.

MARÍA.

¿Queréis ventaja, ó iguales?

CARRETERO 1.º

¡Vive Dios, que se los roba,  
Porque no hay dos mozos tales  
En la Roda y San Clemente!

MARÍA.

¿Tenéis más dinero?

CARRETERO 2.º

Más.

MARÍA.

Porque esto es poco, pariente.

CARRETERO 2.º

Perderé el carro.

MARÍA.

Darás

Esta Cuaresma á mi gente

Pasa y naranja de balde.

CARRETERO 2.º

Como quisiere el Alcalde;  
Que estas manos son muy rudas  
Para rendirse á las mudas  
Del solimán y albayalde.

Vanse los dos.

CARRETERO 1.º

Paréceme que podremos  
Decir, por los dos extremos:  
Señora doña María,  
¿Para qué es la fantasía?

INÉS.

Cuando volváis lo veremos.

CARRETERO 1.º

A Céspedes, presumiendo

De tirar, correr, luchar

Y saltar, aunque temiendo

Su fama, intentan buscar

Los manchegos que estáis viendo;

Que no á su hermana, á quien ya

Mejor la almohadilla y rueca

Que el canto y barra estará,

Y el oro que á la muñeca

Femenil adorno da;

Ganarle Juan de Albores

La basquiña y el manto.

INÉS.

Ya con otros labradores

Tan buenos, si no mejores,

Hizo de su fuerza empleo,

Y han dejado el dinerillo.

CARRETERO 1.º

Sería algún hombrecillo

Destos sin pelo en el pecho.

INÉS.

Bien: ¿estaréis satisfecho

Del valor de Pero Trillo,

Un hidalgo, natural

De aquí de Ciudad Real?

CARRETERO 1.º

Pues ¿gánale?

INÉS.

Como á un niño.

CARRETERO 1.º

Tendremos gentil aliño.

INÉS.

No volveréis un real.

CARRETERO 1.º

Y ¿cómo tira?

INÉS.

Acortando

Las basquiñas al tobillo,  
Y al aire el jubón dejando.

CARRETERO 1.º

¿Que ha ganado á Pero Trillo?  
INÉS.

Los niños lo van cantando  
Con la aceitera y el jarro.

CARRETERO 1.º

Pues si el de una arroba agarro,  
Yo os..... (1), por el agua de Dios,  
Que ha de ganar á los dos  
Hasta las mulas y el carro.

Vanse.

Salen D. Diego y Mendo.

DIEGO.

Amor, de los mortales  
Mayor pasión, é inexcusable furia,  
Que hasta los animales  
Tu fuerza rinde, tu fiera injuria:  
¿Por qué no te dan nombre  
De la mayor enfermedad del hombre?

Porque más justo fuera

Que luego que sintiera amar quien ama,  
•Enfermo estoy, dijera,  
Y desmayado, echándose en la cama,  
Los médicos llamara,  
Y de curarse, por vivir, tratara.

Pero si del veneno

De unos ojos enferma un triste amante,  
Y luego, de amor lleno,  
Se los pones, frenético, delante,  
En tanto que los mira,  
Más bebe del veneno y más suspira.

La condición del toro

Tiene el amor, que adonde más le pican,  
Por uno y otro poro,  
La sangre y los dolores más aplican  
Al que más le maltrata;  
Que así vuelve quien ama á quien le mata.

MENDO.

Pues si doña María

De Céspedes te mata, y por milagro,  
Desde aquel triste día  
Que la vieron tus ojos en Almagro  
No has sosegado un hora,  
¿Por qué á Ciudad Real vuelves agora?

Huyamos, no miremos,  
No aumentemos el mal.

DIEGO.

Yo no quería;  
Y más que son extremos,  
En esta celestial doña María,  
Fortaleza y belleza,  
Y aun pienso que es mayor la fortaleza.  
Yo adoro, Mendo amigo,  
En un gigante de alabastro y rosas;  
Un imposible sigo;

(1) Elipsis por *yo os juro*.

Pero si amando fueron provechosas  
Las industrias, hoy creo  
Que le darán favor á mi deseo.

Lucha doña María

Con los villanos que se precian desto,  
Y quiere mi porfía  
Que, de rústicos hábitos compuesto,  
Pueda tocar sus brazos,  
Pues no se hará la lucha sin abrazos.

Si allí me conociere,  
Conocerá mi amor. Si no, ¿qué gloria,  
Como al alma que muere,  
Después de confesalle la victoria,  
Darle por sepultura  
Marfil, jazmines, plata y nieve pura?

MENDO.

Ello está bien trazado;  
Ayude la fortuna.

DIEGO.

Aquí te queda,  
Mientras que, disfrazado,  
Morir contento entre sus brazos pueda;  
Que si á su nieve llego,  
Fuego ha de ser, ó templaré mi fuego.

Vase.

MENDO.

¿Qué desatinado intento!  
Mas ¿cuándo fué cuerdo amor?

Salen los dos carreteros.

CARRETERO 1.º

¿Hay mujer de más valor?

CARRETERO 2.º

Perder el entendimiento  
Solamente me ha faltado;  
Que mulas, carro y dineros  
Allá quedan.

MENDO.

Caballeros,

¿Han perdido ó han ganado?

CARRETERO 1.º

¿Qué es ganado? ¿Por San Blas,  
Que nos cuesta más de mil  
La burla!

CARRETERO 2.º

Que á Blasco Gil

Le ganase, tengo en más.

Que no hay en la Mancha un hombre  
Que pueda tirar con él.

MENDO.

Céspedes tiene el laurel,  
La fama, el valor y el nombre  
Que daba la antigüedad  
Á Hércules.

CARRETERO 2.º

Como él fuera,  
Por bien perdida tuviera  
Más honra y más cantidad.

MENDO.  
Pues ¿quién los ganó?  
CARRETERO 2.º  
Su hermana.

MENDO.  
Y ¿qué han perdido?  
CARRETERO 2.º  
El caudal.

MENDO.  
Pues ¿tira bien?  
CARRETERO 1.º  
¡Pesía tall  
¡No se ha visto fuerza humana  
Como la desta mujer!  
¡Qué revolver tan bizarro!

MENDO.  
¿Qué llevaba vuestro carro?  
CARRETERO 1.º  
Necedad debió de ser,  
Pues que todo lo perdí;  
Pero de toda la presa,  
Por la castaña me pesa,  
Que la quiero más que á mí;  
Puede ser mula, en conciencia,  
De un canónigo.

CARRETERO 2.º  
Y la rucia  
Mía, á la más gorda y lucia  
¿No puede hacer competencia?

Sale Inés.

INÉS.  
¿Oyen, hidalgos?  
CARRETERO 1.º  
¿Quién llama?  
INÉS.

Mi señora.  
CARRETERO 2.º  
¿Para qué?  
INÉS.  
Para que vean que fué  
El ganarlos honra y fama.  
La plata, por ciertos fines  
No se la quiere volver,  
Porque, en fin, ha menester  
Alfileres y chapines.  
Carros y mulas les vuelve;  
Que de la naranja y pasa  
Sólo á dejar en su casa  
Lo que basta se resuelve.  
Vengan conmigo.

CARRETERO 1.º  
¡Por Dios,  
Que merece....

CARRETERO 2.º  
Hasta besar  
Sus pies, no pienso parar.

CARRETERO 1.º  
¡Qué esclavos tiene en los dos!  
¡Loco voy!

CARRETERO 2.º  
Lo que yo siento  
Tan mal mi amor disimula,  
Que he de morder una mula  
En la cara, de contento.

Vanse.

Sale D. Diego en hábito de labrador.

DIEGO.  
¿Qué hay, Mendo?  
MENDO.  
¡Por Dios, señor,  
Que vienes de tal manera,  
Que apenas te conocieral  
DIEGO.  
Estas son tretas de amor.  
¿Hay alguna novedad  
Después que me fuí?

MENDO.  
Notable.

Sale D.<sup>a</sup> María en basquiñas cortas, é Inés.

MARÍA.  
Esta es gente miserable,  
Y quise tener piedad.

INÉS.  
Hiciste como quien eres.

MARÍA.  
Aquí viene un labrador.  
DIEGO.  
Sabiendo que sois honor  
Y gloria de las mujeres  
Desta edad, doña María,  
En ejercicios de fuerza,  
No sé si fama me esfuerza  
Ó mayor envidia mía,  
Preciado de luchador  
En mi lugar, á probar  
Si venciendoos á luchar  
Ganase el debido honor.  
¿Qué me miráis? ¿No os parece  
Que cumplirá mi persona  
Lo que dice?

MARÍA  
Bien lo abona  
Lo que á la vista se ofrece;  
Pero yo suelo llamar  
Paramento á lo exterior;  
Que las obras y el valor  
Las almas le suelen dar.

Yo he quitado el dinerillo  
Á ciertos manchegos hoy,  
Y como me veis estoy.

DIEGO.  
Sí haréis, no me maravillo;  
Que hay diferencia de hombres  
Á hombres.

MARÍA.  
¿Queréis tirar

O luchar?

DIEGO.

Sólo luchar,

Que todos tenemos nombres.

¿No habéis oído decir

A Sancho de Valdepeñas?

MARÍA.

Bastan, Sancho, vuestras señas,

Porque podéis competir

Con cualquier hidalgo en talle.

¿Qué queréis luchar agora?

DIEGO.

Cuatro doblones, señora,

Que es lo que más pude hurtalle

A un viejo rico avariento.

MARÍA.

Despojaos.

DIEGO.

¿A cuántas va?

MARÍA.

A la primera será.

Depositad.

DIEGO.

Soy contento.

Tened esta bolsa vos.

MARÍA.

Tended los brazos, á ver.

DIEGO.

Luego ¿esta no ha de valer?

MARÍA.

No, que es probarnos los dos.

DIEGO.

¿Hay gloria como llegar

A vuestros brazos, señora?

¿Qué príncipe puede agora

Tener más alto lugar?

Cuentan que un hombre subió

Con unas alas de cera,

Del sol á la roja esfera,

Mas no que con él luchó.

Y si de sólo subir

En el mar se hizo pedazos,

Quien al Sol tiene en los brazos,

¿Cómo pretende salir?

MARÍA.

¿Vos sois villano?

DIEGO.

No sé.

MARÍA.

El lenguaje y el olor

Del ámbar me dan temor.

DIEGO.

El lenguaje en vos le hallé,

Que luz al alma habéis dado.

El olor es de unas flores,

Que con cierto mal de amores

Dormí esta noche en un prado:

Junquillos, salvia y verbena

Se me habrán pegado al sayo,

Hasta que del sol el rayo

Dió luz al alba serena.

MARÍA.

Dejad los brazos.

DIEGO.

No puedo.

MARÍA.

Sospechosa estoy.

DIEGO.

¿De qué?

MARÍA.

Yo lo sé.

DIEGO.

Yo no lo sé.

MARÍA.

¿De qué tembláis?

DIEGO.

Tengo miedo.

MARÍA.

¿Por qué razón?

DIEGO.

Quien está

En alto, ¿no ha de temer

El peligro de caer?

MARÍA.

Yo os voy entendiendo ya.

DIEGO.

¿Paréceos á vos que es poco

El caer del cielo al suelo?

MARÍA.

Confirmasteis mi recelo:

Yo os dejo.

DIEGO.

¿Por qué?

MARÍA.

Por loco.

INÉS.

Tu hermano pienso que viene.

MARÍA.

Mete estos hombres allá;

Que si los ve, me dirá

Lo que suele, y razón tiene.

INÉS.

Venid conmigo.

DIEGO.

¿Qué humano

Se muestra conmigo amor!

MENDO.

¿Estás contento, señor?

DIEGO.

Estoy loco.

Quede D.<sup>a</sup> María, y sale Céspedes.

MARÍA.

¿Qué hay, hermano?

CÉSPEDS.

Si alguna vez en tu vida

Me escuchaste, y yo te dí

Cuenta de la mía, hermana,

Fiando el alma de ti,

Escucha, si estamos solos

Y nadie nos puede oír,

La historia de mis desdichas,  
 Sin replicarme hasta el fin:  
 Pasando agora la calle  
 De doña Juana Rüz,  
 Fénix á Ciudad Real,  
 Y á mis ojos serafín,  
 Y habiendo por gusto suyo,  
 Luego que me vió venir,  
 Dado á las rejas sus manos  
 Dos remates de marfil,  
 Llegué y pedile un clavel;  
 Cortóle, y díjome así:  
 «Céspedes, pedid deseos,  
 Y será el alma jardín.»  
 Al favor quito el sombrero,  
 Y en él el clavel cogí,  
 Diciendo que era milagro  
 Dar un clavel un jazmín.  
 Apenas en la toquilla  
 Le acomodo, cuando allí  
 Pero Trillo se me ofrece,  
 Y envidioso dice así:  
 «Dichosas las esperanzas  
 Que cogen flores aquí;  
 No se dirá por las mías,  
 Porque soy tan infeliz,  
 Que si alguna tuve en flor,  
 Con la vuestra la perdí.»  
 «Estas flores, señor Trillo,  
 Risueño le respondí,  
 Son fruto de mis deseos,  
 Y de los ajenos fin,  
 Porque yo solo en el mundo,  
 Por quien soy, las merecí;  
 Que soy Céspedes, un hombre  
 Que en el último confin  
 Del mundo su nombre ha puesto;  
 Y aunque en España nací,  
 Me conocen y respetan  
 En el ardiente Brasil,  
 Y desde la Scitia helada  
 Hasta las Indias de Ofir.»  
 Replicó: «¡Brava arrogancia!  
 Pero muy bien me advertís  
 De ciudades conquistadas,  
 Porque yo jamás oí  
 De vos hazañas mayores  
 Que haber á un villano vil  
 Ganado, á tirar al canto,  
 Algunos maravedís,  
 Alzar arrobos, un carro  
 Detenerle en el carril,  
 Que son gracias que en Sevilla  
 Tiene cualquier palanquín.»  
 «Yo soy caballero, dije,  
 Tan notorio, que de mí  
 Puede honrarse la nobleza;  
 Y el entretenerme así  
 Es ejercitar las fuerzas  
 Con ánimo varonil;  
 Que Dios las puso en Sansón

Y en el valiente David,  
 Contra los fieros leones  
 Y el valor de Filistim.  
 Que de alhame de Sevilla  
 Sean mis gracias, ¡mentís!  
 Y seguidme, si sois hombre.»  
 Calló Trillo y fué tras mí:  
 Salimos al campo entrambos;  
 Yo, apenas en él me vi,  
 Ni él me vió pisar el prado,  
 Cuando con aire gentil,  
 Revolviendo las dos capas,  
 Sin reparar en partir  
 El sol, vió el sol las dos hojas  
 Á sus ojos relucir.  
 Quisele cargar la espada,  
 Retiróla; yo entendí  
 En poner el cuerpo en medio,  
 Por poder pronto acudir  
 Á la parte que quisiese;  
 Que estando el cuerpo en perfil  
 Conveniente, las heridas  
 Salen bien á cierto fin.  
 Estando, pues, firme á firme,  
 Uñas abajo, le vi  
 Acometerme á la cara;  
 Al reparo entonces fui,  
 Y él, con meter el pie izquierdo,  
 El pecho me quiso herir;  
 Pero yo, formando un tajo,  
 Burlé el desvío, y le dí  
 Una herida que bastó,  
 Por no tener tan sutil  
 La mano como quisiera,  
 Á no volver á reñir.  
 Á Trillo dejo en las eras;  
 Mas bien puedes presumir  
 Que no ha de hacer buen Agosto  
 De la esperanza de Abril.  
 Dios le perdone, ya es muerto;  
 Confieso que le temí,  
 Por ser el hombre más bravo  
 Que hay de Toledo á París.  
 Agora, por no temer  
 Pluma, ó vara de alguacil,  
 Quiero ponerme en Sevilla;  
 Que no soy para sufrir  
 Aquello: «Deste testigo.....»,  
 Y luego: «Pasó ante mí.....»,  
 Pudiendo pasarme á Flandes  
 Para vivir ó morir  
 En el servicio de Carlos,  
 A quien el Franco Delfín  
 Pretende hacer competencia.  
 No pienso llevar de aquí  
 Más que á Beltrán, labrador  
 De mi hacienda, porque, en fin,  
 Es hombre para trabajo,  
 Y que me sabrá servir.  
 Mientras que le llamo puedes  
 Oro ó plata percibir;



Que esto de salto de mata  
 Más vale que ruegos mil  
 De los buenos, porque hay casos  
 Donde es victoria el huir.  
 A las orillas me parto  
 Del claro Guadalquivir,  
 Donde podrás escribirme  
 Si te acordares de mí.

Vase.

MARÍA.

Hermano, hermano Céspedes, detente.  
 Fuése. ¡Sucedo extraño! Mas ¿quién ama  
 Seguro de sospecha ó accidente?  
 Inés, Inés, al luchador me llama.

Sale D. Diego.

DIEGO.

Aquí estamos dos hombres á serviros,  
 Ni de vil sangre, ni de obscura fama.

MARÍA.

No sé cómo mi mal podrá deciros.

DIEGO.

Dame esa espada, Mendo, y esa capa;  
 Que quiero mi nobleza persuadiros.

MARÍA.

La capa del amor mil yerros tapa.  
 ¿Sois hombre noble?

DIEGO.

Tanto amor lo diga,  
 Pues esta culpa del castigo escapa.

En Almagro, bellísima enemiga,  
 Os vi una fiesta con belleza tanta,  
 Que á tal atrevimiento el alma obliga:

Con mi nobleza, si el agravio espanta,  
 Quiero abonar mi culpa, que el sencillo  
 Pecho descubre, y al perdón levanta.

Informaros podéis de Pero Trillo;  
 Sobrino suyo soy, hacienda tengo.

MARÍA.

Yo nunca del amor me maravillo.

DIEGO.

Para pedir á vuestro hermano vengo,  
 Que me admita por hijo y por esclavo.

MARÍA.

¡Con qué piedad mi cólera escapo!  
 ¿Es éste mi rigor, que por lo bravo  
 Despreció mil hidalgos desta tierra?  
 Mas no le vitupero ni le alabo.

Pero si sangre del difunto encierra,  
 ¿Qué me detengo en responder airada?  
 ¡No espero paz, y dilaté la guerra!

¿Es esto inclinación, ó estoy mudada  
 De aquella condición áspera y dura,  
 Desde mi tierna edad ejercitada?

Dudosa estoy, señal de amor segura.

Dentro el Corregidor, alguaciles y criados.

CORREGIDOR.

¡Abran aquí!

INÉS.  
 ¿Qué es esto?

CORREGIDOR.

¡Romped luego,  
 Si no quieren abrir, la puerta!

MARÍA.

Paso,

Quienquiera que seáis.

CORREGIDOR.

Es la justicia.

MARÍA.

Aunque merece siempre igual respeto,  
 La calidad importa del ministro;  
 Que en una casa principal como ésta  
 No es justo que llaméis con alboroto.

CORREGIDOR.

Soy el Corregidor.

MARÍA.

Vuestra persona  
 Merece por sí misma este respeto.  
 Yo propia os abro: ¿qué mandáis?

CORREGIDOR.

Señora

Doña María, á mí me pesa mucho  
 De entrar en vuestra casa deste modo;  
 Yo la vengo á mirar.

MARÍA.

Pues ¿á qué efeto?

CORREGIDOR.

Luego ¿no habéis sabido lo que pasa?  
 ¡Hola, no quede cosa en esta casa!

ALGUACIL.

Pierda vuesa merced cuidado: entremos.

Asga D.<sup>a</sup> María al alguacil por los cabezones.

MARÍA.

Eso será como licencia os demos:  
 ¿No hay más de entrar estando yo delante,  
 En mi casa, villano, desta suerte?

ALGUACIL.

¿No puede, por delito de una muerte,  
 Mirar cualquiera casa la justicia?

MARÍA.

Sí; mas no ha de mirarse con malicia.

CORREGIDOR.

Señora, á nadie agravian diligencias  
 De la justicia; dad, si sois servida,  
 Lugar á lo que es justo, ó de otro modo,  
 Le tomaré para mirarlo todo.

MARÍA.

Esta casa es de Céspedes, un hombre  
 Que merece respeto por sí mismo,  
 Y cuando no por él, por mí.

CORREGIDOR.

¿Qué es esto?

¡Cuerpo de tal con tanta valentía!  
 ¿Es esto, por ventura, bizarría  
 De tirar con la barra ó con el canto?  
 Entrad todos aquí.

MARÍA.

Si yo quisiere;

Que si descuelgo la que veis.....

CORREGIDOR.

Pues, ¡cómo!

¿Espada para mí?

MARÍA.

¡Fuera, bellacos!

DIEGO.

A vuestro lado estoy.

ALGUACIL.

¡Ay, que me ha muerto!

CORREGIDOR.

Y herido á mí.

INÉS.

¡Qué extraño desconcierto!

MARÍA.

Esto es hecho: á la iglesia; que se junta  
Todo el lugar.

DIEGO.

No temas; que don Diego  
Ha de morir contigo.

MARÍA.

Y ¿yo no fuera  
Bastante para aquéstos y otros tantos,  
Si como descolgué la espada sola  
Fuera el montante?

DIEGO.

¡Oh, fénix española!

MARÍA.

¡Dos mil hombres llevara por delante  
Con daries cuatro vueltas de montante!

Vanse, y salen Céspedes y Beltrán.

CÉSPEDES.

No tiene ciudad igual.

BELTRÁN.

Bien dices: por su grandeza,  
Sevilla la realeza,  
Y Toledo la imperial.

CÉSPEDES.

¿Aun no dejarás, Beltrán,  
De acordarte de Toledo?

BELTRÁN.

Yo, ¡voto al sol, que no puedo!  
Tales memorias me dan.

CÉSPEDES.

No has de decir ¡voto al sol!  
Mira que estás en Sevilla

BELTRÁN.

Pues aquí, ¿quién me acuchilla?

CÉSPEDES.

Es esta ciudad crisol  
De los ánimos valientes.

BELTRÁN.

Y ¿topa la valentía  
En jurar?

CÉSPEDES.

Yo no querría  
Créditos impertinentes  
En los hombres que han de obrar;  
Y para mí, los que juran

Algo temen, si aseguran  
Su crédito con jurar.

Lo que te quiero decir  
Es que ¡voto al sol! es llano  
Que es juramento villano,  
Y se puede presumir  
Que te saqué del azada.

BELTRÁN.

Pues si tu criado he sido,  
¿Qué importa?

CÉSPEDES.

Adonde has nacido,  
Bien sé que no importa nada.

Mas luego que sale un hombre  
De su patria, ha de intentar  
Ennoblecerse, y buscar  
Diferente fama y nombre.

Aunque vas por mi criado,  
Mi camarada has de ser,  
Porque yo no he de tener  
Otra defensa á mi lado.

Y por si aquí se ofreciere,  
Quiero que sepas tomar  
La espada.

BELTRÁN.

Lo que es pegar  
Á salga como saliere,  
Nadie como yo lo hará;  
Lo demás no lo aprendí.

CÉSPEDES.

Saca la espada.

BELTRÁN.

¿Es así?

CÉSPEDES.

Con aire; bien, bueno está.

BELTRÁN.

Este arenal de Sevilla  
Está lleno de braveza.

CÉSPEDES.

¡Cosa que acuda destreza  
Al ver brillar la cuchilla!

Saco mi espada, y me afirmo  
Contigo: ¡bien, vive Dios!  
No saldréis mal hombre vos,  
Ya por el aire os confirmo.

Si te tiento, mete el pie  
Izquierdo y el brazo, y tira  
Al rostro: con menos ira.

BELTRÁN.

Con menos ira no sé.

Mas pregunto: si te doy  
De puño, tú, ¿qué has de hacer?  
¿No me has de dar? ¿Has de ser  
De piedra?

CÉSPEDES.

A fe de quien soy,  
Que me das gusto, Beltrán;  
Yo sé de aquesto muy poco,  
Pero tiro como un loco.

BELTRÁN.

Rodamonte, ni Roldán,

No debieron de aprender,  
Ni otros gallardos franceses.

CÉSPEDES.

Lo que es tajos y reveses  
Era en España el saber.

No sé quién de poca fuerza  
Ha inventado la estocada;  
Por eso, Beltrán, la espada  
Con uñas arriba es fuerza.

Tienta por defuera bien,  
Saco por debajo al pecho,  
Estocada y pie derecho,  
Sacando el cuerpo también;

Tira á derribar la espada.

BELTRÁN.

Y si al tentar por defuera  
Formase un tajo al que espera,  
¿Qué ha de sacar de estocada?

CÉSPEDES.

Darle puede por debajo.

BELTRÁN.

¿Y si saca, y por encima  
Al de la treta lastima  
Sin querer formar el tajo,  
Ó cogiéndole la espada,  
La que pensó derribar  
Ve por el suelo rodar?

CÉSPEDES.

Respondo que todo es nada;  
Y mientras nacen, Beltrán,  
Otros que escriban ó enseñen,  
Nunca tus armas se empuñen  
En saber por dónde van.

Tira á diestro ó á siniestro,  
Pues que Dios fuerza te dió;  
Que Pero Trillo me entró,  
Tentándome por lo diestro,  
Y quedando en Ciudad Real  
En las eras boca abajo  
Con sólo un revés y un tajo.

BELTRÁN.

De tus brazos, ¡pesia tall!

CÉSPEDES.

No le niego á la destreza  
La excelencia, aunque soy fuerte;  
Mas tiéndete desta suerte,  
Y repara la cabeza.

Salen Saavedra y Ortuño.

SAAVEDRA.

Digo que no es de sufrir.

ORTUÑO.

Téngase, señor hidalgo.

CÉSPEDES.

Téngome, si os sirvo en algo.

ORTUÑO.

Pues oiga, si quiero oír:

Con cuerpazo que promete  
Escribir un libro al mar,  
¿No se avergüenza de estar

Acuchillando un pobrete?

¿No se corre de ocupar  
Mostachos tan criminales  
En cuitados?

CÉSPEDES.

Á ser tales,

Por dicha os fuera á buscar.

ORTUÑO.

Aquí el señor Saavedra,  
Que yo soy Ortún, preside  
Este año; la causa pide  
Castigo, mas caiga en piedra:

Y por esta vez mandamos  
Pague dos cobas de á ocho,

La una para bizcocho

Y pío en casa de Ramos;

La otra para el pobrete,

Y esto, vista su humildad.

Con tal que si tal maldad

Segunda vez acomete,

Será con mayor rigor

Tratado el señor hombrazo,

Con lo que es espaldarazo

Y privación del honor.

¿Qué responde? ¿Aguarda acaso  
Procurador?

BELTRÁN.

Yo lo soy,

Pícaros; con tanto, os doy

La respuesta.

SAAVEDRA.

Paso.

ORTUÑO.

Paso.

BELTRÁN.

Esto llevarán primero.

Vase tras ellos.

CÉSPEDES.

Esto sí, Beltrán; que en fin,  
Siempre en la barba del ruin  
Prueba la mano el barbero.

Salen D.<sup>a</sup> Ana, y D.<sup>a</sup> Felicia.

ANA.

¿Nunca han de faltar aquí  
Cuchilladas desta gente?

FELICIA.

No es malo el mozo.

ANA.

Es valiente.

FELICIA.

¿Qué cansancio para mí

Esto de bravos y espadas!

CÉSPEDES.

De un barco enramado, á tierra

Salen, de la humana guerra,

Dos tentaciones tapadas:

Acércome á consolarme

Mientras que vuelve Beltrán.  
Si vuestras mercedes dan  
Licencia, osaré llegarme;  
Que como soy forastero  
No sé el uso del país.

ANA.

Luego ¿chapetón venís?  
CÉSPEDES.  
Nunca he sido perulero  
Ni he pasado á ver el oro  
Que ha conquistado Colón.

FELICIA.

Sois entre hidalgo y pelón.  
CÉSPEDES.  
¡Por Dios, que saben de coro  
La cartilla del buscar!  
No soy tan pobre, ni creo  
Que si hiciese en vos empleo  
No os supiese regalar.

ANA.

En oyendo yo regalo  
Me arrimo famosamente.  
CÉSPEDES.  
Yo regalo á lo prudente,  
Y con mis fuerzas igualo  
Esto que llaman amor.

ANA.

No me vais descontentando.

Sale Beltrán.

BELTRÁN.

Allá van los dos ladrando.

CÉSPEDES.

¿Qué hay, Beltrán?

BELTRÁN.

¡Par Dios, señor,

Que no les coma tan presto  
Donde llegó tu lección!

CÉSPEDES.

Dádome has satisfacción,  
Y en obligación me has puesto.

BELTRÁN.

¿Qué caza es ésta?

CÉSPEDES.

No sé.

BELTRÁN.

¿Es gente de lo guisado?

CÉSPEDES.

Brío y donaire me han dado.

BELTRÁN.

¿Llego yo?

CÉSPEDES.

Sí.

BELTRÁN.

¿Con qué pie?

CÉSPEDES.

Aquí la mayor destreza  
Está en dar.

BELTRÁN.

Dar en no dar

Fué siempre el enamorar  
De más diestra gentileza.

ANA.

¿No es éste, señor galán,  
Aquel acuchillador?

BELTRÁN.

Yo soy, señora Leonor,  
El reverendo Beltrán,  
Hombre de bien, y criado  
De Céspedes mi señor.

ANA.

No me llamo yo Leonor.

FELICIA.

¿Qué Céspedes? ¿El sonado?

CÉSPEDES.

No, señora, que ese hidalgo  
En Ciudad Real quedó,  
Si bien por su deudo yo  
Podría estimarme en algo.

FELICIA.

Dígolo, porque un galán  
Que de valiente se precia,  
Á quien yo, por ser tan necia,  
Doy en dar lo que me dan,  
Á Ciudad Real es ido,  
Según él dice, á buscallo.

CÉSPEDES.

Pues ¿qué pretende?

FELICIA.

Proballe,

Porque de haberle vencido  
Quiere en Sevilla el blasón,  
Y aun me prometió traer  
Un bigote suyo ayer  
Para más satisfacción.

CÉSPEDES.

¿Que luego ayer se partió?

FELICIA.

Según él me dijo, sí.

BELTRÁN.

¡No estuviera el tal aquí,  
Pesar de quien me parió!

CÉSPEDES.

Calla, Beltrán, noramala;  
Que aún no sabes á qué sabe  
La trementina.

FELICIA.

Que alabe

Su valor no importa nada (1)  
Un hombre de tanto nombre.

CÉSPEDES.

¿Cómo se llama?

FELICIA.

Salcedo.

CÉSPEDES.

No sé quién es.

FELICIA.

Pone miedo  
Sólo con el nombre el hombre.

(1) Falta la rima.

CÉSPEDES.

Dejemos las valentías;  
Tratemos cosas de amor.

ANA.

Eso será lo mejor.

CÉSPEDES.

Pues oigan, señoras mías.

Beltrán traerá de cenar.

¿Es ésta su casa?

FELICIA.

Sí.

Doña Ana no vive aquí,

Pero aquí se ha de quedar.

Vanse las dos.

CÉSPEDES.

Beltrán, estos dos doblones

Expende en perdices y avcs.

BELTRÁN.

¡Oh, qué amores tan suaves!

Peligros y dilaciones,

Los mentecatos los busquen.

CÉSPEDES.

Sí. Mas ¿quién ha de pasar,

Pudiéndolas vendimiar,

Porque las viñas rebusquen?

BELTRÁN.

Digo que es verdad, señor;

Pero si amor es quimera,

¿Sabes cómo yo quisiera

Comer los gustos de amor?

Sin hacer pleito civil,

Como pesa un carnicero

Una pierna de carnero

Para un señor alguacil.

El le quita la faldilla,

Capadura y zancarrón,

Y, como el sastre el jabón,

Va en redondo la cuchilla.

Esto digo yo de amor,

Que lo superfluo quitado,

La faldilla del cuidado,

Lo que sobra del rigor,

Y el zancarrón de los celos,

Que es peor que el de Mahoma,

¿Quién habrá que no le coma?

CÉSPEDES.

Por la piedad de los cielos

Ya libre de doña Juana,

Hago voto de no amar

Mujer que me pueda dar

Esperanza hasta mañana.

BELTRÁN.

¿Cumpliráslo?

CÉSPEDES.

Así lo juro;

Que amor, del vino ha tomado

El no sustentar aguada,

Y el emborrachar si es puro.

Vanse.

Salen Salcedo y Ortigosa.

SALCEDO.

En no habiendo qué jugar,

Trato de cosas de amor.

ORTIGOSA.

Es el consuelo mejor.

SALCEDO.

¡Valga el diablo tanto azar!

¡Por Dios, que no hay en Valencia

Los que me salen á mí!

Hasta el cintillo perdí.

ORTIGOSA.

Salcedo hermano, paciencia.

SALCEDO.

No sé quién trujo á Sevilla

Estos guzmanes tan grandes

Que hacen gente para Flandes.

ORTIGOSA.

Aqué! de la lechuguilla,

¡Por el agua de la mar,

Que tuve mil tentaciones

De dalle dos bofetones!

SALCEDO.

¿Qué habemos de hacer?

ORTIGOSA.

Llamar.

SALCEDO.

Dije á Felicia que había

De ir á matar un valiente.

ORTIGOSA.

El que más con éstas miente

Y el que dellas menos fía,

Ése sale más medrado.

¡Ah de allá!

FELICIA.

En lo alto.

¿Quién está ahí?

SALCEDO.

Dos hombres.

FELICIA.

¿Dos juntos?

SALCEDO.

Sí.

Pues hoy en el blanco han dado.

¿No me conoces?

FELICIA.

¿Tú eres?

Lucgo ¿no fuiste á matar

Á Céspedes?

SALCEDO.

El jugar

Me ha detenido, ¿qué quieres?

FELICIA.

¿Cuando esperaba el bigote,

Con esta flema te vienes?

SALCEDO.

Como en el arca le tienes

Si no huye el Marquesote.

FELICIA.

Mira que es hombre de fama.

SALCEDO.

Es un puerco Céspedesillo,  
Que porque á cuatro novillos  
Dió de palos en Jarama,

Y detuvo una carreta

De dos bueyes de Lozoya,  
Quieren que Aquiles, en Troya,  
No la tenga tan perfeta.

¡Voto á tus ojos serenos,  
Que le quite las orejas  
Y se las clave en tus rejas!  
Y esto será lo de menos.

FELICIA.

Pues Céspedes está aquí,  
Y Ana le está deteniendo.

SALCEDO.

¿Qué Céspedes?

FELICIA.

¿El estruendo

No escuchas?

SALCEDO.

¿Céspedes?

FELICIA.

Sí.

SALCEDO.

Cuál, ¿el de Ciudad Real?

Céspedes abajo.

CÉSPEDES.

Yo se lo diré mejor,  
Señor valiente hablador,  
Pero será por su mal.

SALCEDO.

Suplico á vuesa merced  
Advierta que esta licencia  
La da burlando la ausencia,  
Y háganos tanta merced,

Que se vuelva á conversar  
Con esas damas, que son  
Como un oro; que es razón  
Servirle y darle lugar.

Luego traeremos aquí  
Qué cene, música y juego.

CÉSPEDES.

Es cuchen, é iránse luego:  
Yo, caballero, nací

En Ciudad Real, y he dado  
Tales heridas á toros,  
Que entre cristianos y moros  
Por prodigio se han contado;

No he detenido carretas,  
Sino ruedas de molino.

SALCEDO.

Y ¡cómo! Sois el divino  
Céspedes, á quien sujetas  
Están las armas del mundo:  
Yo os he visto pelear

En la tierra y en la mar,  
En el aire, en el profundo.....

CÉSPEDES.

Esto de cortar bigotes,  
Por si no saben cómo es,  
Ansí es.

SALCEDO.

¡Valedme, pies!

Sale Beltrán cargado.

BELTRÁN.

¿Qué es esto?

CÉSPEDES.

No te alborotes.

Riñan.

BELTRÁN.

¡Oh, perros!

SALCEDO.

¡Ay, que me ha muerto!

CÉSPEDES.

Déjalos, bien van ansí.

BELTRÁN.

Yo con la cena reñí.

CÉSPEDES.

¿Perdistela?

BELTRÁN.

No por cierto.

CÉSPEDES.

Abre, á ver.

BELTRÁN.

¿Qué me importunas?

Perdiz, gallina, candelal,  
Queso, todo está cabal.

CÉSPEDES.

¿Qué falta?

BELTRÁN.

Las aceitunas.

Salen el capitán D. Hugo, y Lorenzana, alférez.

HUGO.

Coronóse, como os digo,  
En Milán, de Italia espejo,  
Nuestro César Carlos quinto,  
De la corona de hierro.  
Lleváronse á Bolonia  
Desde aquel sagrado templo  
Que edificó Teodelinda  
Al Bautista: llevó el cetro  
El de Astorga, y el estoque  
Llevó don Diego Pacheco,  
Duque de Escalona; en fin,  
La bola de oro, su yerno  
Alejandro, que ya es Duque  
De Florencia en este tiempo.  
Á las fiestas que se hacían  
Del Príncipe al nacimiento,  
Se halló el Papa, que le dió

La corona de oro; luego,  
De pontifical vestido,  
Salió el Pescador supremo  
En su silla á San Petronio  
Con grande acompañamiento:  
Debajo de un palio el César  
Con grandes y caballeros.  
Lo primero le ordenó  
Canónigo de San Pedro,  
Y luego al divino oficio  
Se dió principio, sirviendo  
El Emperador la misa,  
Que dijo el Papa.

ALFÉREZ.

No puedo  
Dejar de admirar tan alta  
Grandeza.

HUGO.

Allí, del Imperio  
Le dió á Carlos las insignias,  
Para que rigiese el cetro;  
Para que la fe ensalzase,  
El estoque, y al soberbio  
Contra la Iglesia, cortase,  
Como defensor, el cuello:  
La corona de diamantes  
Puso en su cabeza, y luego  
Le dió la bola de oro,  
Figura del mundo, puesto  
En sus poderosas manos  
Y á su gobierno sujeto.  
Besóle el César el pie  
Y adoróle: en este tiempo  
Salió la voz por las puertas,  
Y Antonio de Leyva, oyendo  
Que ya Carlos era César,  
Al escuadrón contrapuesto  
Al templo, y lucido de armas  
De infantes y caballeros,  
Señal hizo, y todos juntos,  
«¡Viva Carlos!», respondieron,  
«¡Viva, viva el quinto Carlos!»  
Y como suele con truenos  
Atemorizar el mundo  
El artillería del cielo,  
La que prevenida estaba  
Respondió con tanto exceso,  
Que dos leguas de contorno  
Hicieron temblar los ecos.  
Después de cosas tan grandes  
Partió á Alemania; mas creo  
Que sabéis las de Aquisgrana.

ALFÉREZ.

Ya sé los demás sucesos.

HUGO.

La gente que se hace aquí,  
Que ha de militar sospecho  
Con el Duque invicto de Alba.

ALFÉREZ.

Verle y servirle deseo.  
Despoblárase Sevilla

De mozos.

HUGO.

Pienso que tengo  
Agora en mi compañía  
Alistados cuatrocientos.

Salen Encinas, Carpio, Rosales, soldados  
y una caja.

ENCINAS.

Pon esa caja aquí, que no me tiro  
Con esos picarones de la mesa.

HUGO.

Alférez, con aquesto me retiro.

Vase.

CARPIO.

Con estos huesos me han de hacer la huesa.  
Mas á ocho.

ENCINAS.

Yo paro.

ROSALES.

Y yo los miro.

Salen Céspedes y Beltrán.

CÉSPEDES.

Ya te digo que vamos á esta empresa.

BELTRÁN.

En fin, ¿vas á Alemania?

CÉSPEDES.

Aquí me alisto;  
Veré la guerra que en mi vida he visto.

BELTRÁN.

Aquí juegan.

CÉSPEDES.

Yo llego.

ENCINAS.

Algún corneta

Os debió de inventar, huesos poltrones:  
Paró la cadenilla.

ROSALES.

Azar.

ENCINAS.

¿Qué treta

Valdrá contra desdichas?

ROSALES.

Seis doblones.

BELTRÁN.

Ya la caja de guerra me inquieta.  
¿Cuánto es mejor que destripar terrones,  
La pluma á lo español, á lo flamenco,  
La cuera y el calzón á lo tudesco?

Vaya mi amo á la Alemania; hoy quiero,  
Gallardo, acompañar su brazo fuerte.

CÉSPEDES.

Yo la juzgo á pagar de mi dinero.

ENCINAS.

Digo que es mal juzgada aquesta suerte

CÉSPEDES.

Responderé con un mentís de acero.

ENCINAS.  
¿En el cuerpo de guarda?  
CARPIO.  
¡Tente!  
ROSALES.  
Advierte.....  
BELTRÁN.  
¡Fuera digo!  
CARPIO.  
¡Mató al sargento Encinas!  
CÉSPEDES.  
Céspedes soy.  
BELTRÁN.  
Y yo Beltrán, ¡gallinas!

## ACTO SEGUNDO.

Salen el capitán Hugo y Céspedes.

HUGO.  
Aficionado á vuestros grandes hechos  
En todas estas guerras que ha tenido  
En Alemania el César, señor Céspedes,  
Os quiere regalar el Duque de Alba,  
Y me ha mandado á mí que os aposente.  
CÉSPEDES.

Su Excelencia ha quitado de la frente  
El laurel á Alejandro y á Trajano,  
Á Arturo Inglés la espada de la mano,  
Y la divina fama al Macabeo,  
Que adornó el templo del primer trofeo:  
Debe á mí amor cualquiera beneficio  
Que recibiere de su noble pecho:  
Verdad es que yo anduve retirado  
Y temeroso del invicto César,  
Y por lo mismo del gran Duque de Alba;  
Pero la causa del rigor me salva:  
No sé si la sabéis, señor don Hugo.

HUGO.  
Así confusamente.

CÉSPEDES.  
Pues en breve  
Os diré la ocasión que á los dos mueve,  
Si bien yo sé que el César se holgó mucho  
Y el Duque mucho más: oid.

HUGO.  
Ya escucho.

CÉSPEDES.  
Partió de Mantua el César, y pasando  
Por Venecia, en que fué tan bien servido,  
Se humillaron los Alpes á su nombre:  
De Trento fué á Alemania, y en Augusta  
Crió por sucesor en el Imperio,  
Y rey de Roma, á Ferdinando invicto;

Que madama María y él se hallaron  
En esta Dieta como hermanos suyos.  
Otro día después lo fué del *Corpus*,  
Y el César, convidando á algunos príncipes  
Para que acompañasen la solemne  
Procesión en que el cuerpo soberano  
Del mismo Dios, en santo Sacramento,  
Que sea alabado de ángeles y de hombres,  
Llevaba el Arzobispo de Maguncia,  
No quisieron venir, ni hubo remedio.  
La procesión se hizo, aunque sin ellos,  
Y destacado el César cristianísimo,  
Al sol, que era excesivo el de aquel día,  
Con un hacha en las manos, daba ejemplo,  
Detrás del Arzobispo, á aquellos bárbaros.  
Moviése una cuestión la tarde misma  
Sobre aquesta ocasión en el palacio;  
Yo, capitán, que estaba hecho un veneno,  
Alcé la mano, y de un bofetoncillo  
Hice escupir tres dientes á un hereje;  
Creo que se le andaban; no fué nada.

HUGO.  
Yo sé que santa fué la bofetada  
Y que hasta el cielo el eco llegaría.

CÉSPEDES.  
Juntáronse de aquella cofradía  
Veinte ó treinta bellacos, que no eran  
De la del Sacramento soberano:  
Meto á la daga y á la espada mano,  
Y con sólo Beltrán, que no es muy tierno,  
Despachamos diez hombres al infierno,  
Y los demás por huevos y por vendas,  
Hinchendo á los barberos cuatro tiendas.

HUGO.  
Yo sé, Céspedes, bien, que aunque mostrasen  
Carlos y el de Alba enojo por entonces,  
Que no habéis hecho cosa, aunque son tantas,  
De que hayan recibido mayor gusto.

CÉSPEDES.  
Yo le tuve á lo menos, y fué justo:  
Y ¡vive Dios, don Hugo, que en hallando  
Hereje donde pueda sacudille,  
Destos que no se quitan el sombrero  
Al pan á quien los ángeles se humillan,  
Que le pongo las piernas como á toro,  
Para que siempre de rodillas quede,  
Con que le adora, aunque le pesa!

HUGO.  
Puede  
Daros partido la devota España  
Por defensor del pan que adora el cielo:  
Mas mi hermana Teodora á veros sale.

CÉSPEDES.  
No hay claro sol que á su belleza iguale.

Salte Teodora.

TEODORA.  
Aunque no es ésta la vista,  
Señor Céspedes el bravo,  
De Héctor y Aquiles, que alabo



En la troyana conquista,  
Ni menos soy Cipión,  
Aunque vos sois Anibal,  
Quisiera la vuestra igual  
Á mi grande admiración;  
Pero si yo miro en vos,  
Después de Sansón, el hombre  
De más fuerzas, de más nombre  
Que ha dado á la tierra Dios,  
Y vos en mi una mujer  
Sin alguna perfección,  
¿Cómo vuestra admiración  
Como la mía ha de ser?

Pero á vuestra competencia  
En tanta desigualdad,  
Pondré yo mi voluntad,  
Que es la más fuerte potencia.  
Y pues ella nos advierte  
Que á tantos hombres venció,  
Tan fuerte vengo á ser yo;  
Miradme por cosa fuerte.

CÉSPEDES.  
Señora, nadie ha dudado  
Que son de más fundamento  
Las fuerzas de entendimiento,  
Que las del mayor soldado.

Ya en éste me habéis vencido,  
Y si añadís voluntad,  
Quejaréme á la amistad  
De quien á vos me ha traído.

Hércules era más fuerte,  
Y una mujer le venció,  
Y aunque fuera Sansón yo,  
Temiera por vos la muerte.

No somos Héctor ni Aquiles,  
Mas yo considero en vos  
Belleza que puso Dios  
Contra pechos varoniles.

Si Anibal y Cipión  
Se admiraron justamente,  
Me admiro de ver presente  
Vuestra rara perfección;

Y vos de ver á Anibal  
Rendido á vuestra hermosura,  
Con la que el alma asegura  
Adonde hay fuerza inmortal.

TEODORA.  
Quien ya vencida venía  
No tiene que encarecer  
Que se ha dejado vencer  
De vuestra gran cortesía

Y agora perdón os pido;  
Que pensé que vuestros nombres  
Eran por rendir los hombres  
Que vuestra fuerza ha vencido,  
No por rendir como á mí.

HUGO.  
Quedo, no paséis delante,  
Que aunque pequeño montante,  
Estoy de por medio aquí.  
El señor Céspedes es

Nuestro huésped; tiempo queda  
Para que tratarse pueda  
De estilo noble y cortés.

Los dos vamos á besar  
La mano al Duque; entretanto,  
Traigan su ropa.

CÉSPEDES.

Si tanto  
Los dos me pensáis honrar,  
Doyme por mal pagador,  
Que es atabique de ingrato.  
Dios os guarde.

TEODORA.

Vuestro trato  
Promete lealtad y honor.

Vanse Céspedes y D. Hugo.

¡Ah, hidalgo!

BELTRÁN.

¿Decís á mí?

TEODORA.

¿No podéis vos ser hidalgo?

BELTRÁN.

Si hidalgo es ser hijo de algo,  
De algo pienso que nací.

TEODORA.

¿Quién la ropa ha de traer  
Del señor Céspedes?

BELTRÁN.

Yo,

Que aunque galán me vistió,  
El mismo tengo de ser.

No soy de aquellos criados  
Que en vistiéndolos se entonan,  
Y libres, que son pregonan  
Más que sus amos honrados.

Y Céspedes eslo tanto,  
Que me precio más de ser  
Su criado, que tener  
De Roma el Imperio santo.

TEODORA.

¿Sois de su tierra?

BELTRÁN.

Nací

En la casa que nació,  
Y su padre me crió.

TEODORA.

¿Es hidalgo?

BELTRÁN.

¡Pesía mí!

Es caballero hijodalgo,  
Como el Rey.

TEODORA.

No lo he querido  
Preguntar, porque he tenido  
De que es noble duda en algo,  
Pues lo dice el capitán.

BELTRÁN.

Es, entre mil caballeros,  
De los Céspedes primicros

Que dicen que pisó Adán  
Luego que Dios le formó

TEODORA.

¿Es casado?

BELTRÁN.

Bien pudiera

Si un competidor quisiera,

Que á su costa lo estorbó.

TEODORA.

¿Servían alguna dama?

BELTRÁN.

Una doña Juana hermosa

Como el sol, que en pura rosa

Pone al aurora su llama.

TEODORA.

¿Quísola Céspedes bien?

BELTRÁN.

Eso fué cosa de espanto:

Ni el agua á la tierra tanto,

Ni el cuerpo al alma también.

TEODORA.

Y ¿á cual de los dos quería?

BELTRÁN.

Á Céspedes se inclinaba,

Y al otro, que se llamaba

Pero Trillo, aborrecía.

Por envidia de un clavel

Que un día á Céspedes dió,

Al campo con él salió,

Mas quedóse Trillo en él;

Que supuesto que sabía

De aquello de uñas abajo,

Céspedes le ahorró de un tajo

De vendas y cirugía.

Con esto, á Sevilla fuimos

Y mil trabajos pasamos;

Desde ella nos embarcamos,

Y á Italia y Flandes venimos.

TEODORA.

¿Habla en doña Juana ya?

BELTRÁN.

Poco y tarde, que la ausencia

Enseña á tener paciencia.

TEODORA.

Qué, ¿está libre?

BELTRÁN.

Libre está;

Que en tantos mares y tierras

Van las memorias perdidas,

Sin los trabajos y heridas

Que le han dado en estas guerras.

Está Céspedes bien puesto

Con el Duque.

TEODORA.

Bien merece

Su favor.

BELTRÁN.

¿Qué se os ofrece

En que os sirva fuera desto?

TEODORA.

Que vais por la ropa en tanto

Que se adorna el aposento.

BELTRÁN.

Y voy con mucho contento

De saber que le honráis tanto.

Vase.

TEODORA.

Quien rinde tantos hombres con la espada,

Muros asalta y bárbaros conquista,

¿Qué mucho que cautive con la vista

Una mujer segura y descuidada?

Ya voy, amor, al carro de oro atada,

Sin que á tus armas mi desdén resista;

Soldado soy de tu amorosa lista,

Aventurera, pero no pagada.

Si pones este triunfo entre laureles

De tu cabeza, ¡oh Céspedes gallardo!

Afrentarás los hechos que honrar sueles.

Pero ¿por qué rendida me acobardo?

Que nunca los valientes son crueles:

Tú eres valiente, luego vida aguardo.

Salen D. Diego, Mendo y D.<sup>a</sup> María en hábito de soldado.

DIEGO.

De haberos acompañado

No quiero más galardón

Que daros satisfacción

De que soy hidalgo honrado.

En el hábito que estáis

Os he guardado el decoro

Debido al honor que adoro

Y que vos tanto estimáis.

Las tormentas de la mar,

Que por seguir vuestro hermano

Tuvimos, todo un verano

Nos hicieron dilatar

El haber llegado aquí.

Ya, señora, estáis en tierra

Donde diferente guerra

Os defiende á vos que á mí.

En ella hallaréis honrado

Á Céspedes con trofeos

Justos, pero á los empleos

De mi amor desobligado,

Y yo tanto ya del vuestro,

Cuanto os diré la razón;

No porque en esta ocasión

Gusto de venganzas nuestro;

Mas porque habiendo sabido

Que á Pero Trillo mató,

No será justo que yo

Ponga esta sangre en olvido.

Hermano fué de mi madre,

Y de mi amor tan capaz,

Que desde que fui rapaz

No he conocido otro padre.

Y si en ocasión igual

Su muerte entonces supiera,

Creedme que no saliera

Con vos de Ciudad Real.

Á mis deudos les daré  
Satisfacción de mi engaño,  
Y deste país extraño  
Cuando pudiere saldré,  
Con gusto de que quedáis  
Adonde está vuestro hermano.

MARÍA.

Vos satisfacéis en vano  
Eso que agravio llamáis;  
Que si por haber sabido  
Que á Pero Trillo mató  
Mi hermano, os ofendo yo,  
Disculpa afrentosa ha sido;  
Que ni las armas le dí,  
Ni la causa, ni el consejo;  
Lo que á vuestra opinión dejo,  
Aunque juzgue contra mí.

Dijisteisme vuestro amor  
En hábito disfrazado,  
Con que fuisteis perdonado  
Entonces de mi valor;  
Que si no, puesto en mis brazos,  
Sin ser de Hércules la guerra,  
Como al hijo de la Tierra  
Os hiciera mil pedazos.

El poneros á mi lado  
Y el acompañaros, fué  
La ocasión en que fundé  
Este mi loco cuidado;

De cuidado, en fin, llegó  
Á ser gusto de escucharos,  
De gusto, á amistad de honraros,  
De amistad, á amor subió;

De amor, á costumbre y trato,  
De trato, á naturaleza;  
Con que ya en vos es bajeza  
El ser con mi amor ingrato.

¿Queréisme dejar aquí  
Porque os amo? Cobardía  
Clara, que ofende este día  
Á vuestros deudos y á mí.

Si es por temor de mi hermano,  
Yo sabré guardaros dél,  
Y si es por vengaros dél,  
¿Qué mejor que por mi mano?

Pues la muerte que lloráis  
De vuestro tío, no alcanza  
De nadie mayor venganza  
Que en no dejarme tomáis;

Y al fin os debe mover  
Que veis en doña María  
Una lágrima.

DIEGO.

Podría

Al mismo hielo encender,  
Y en las frías entrañas  
De los Alpes dar centellas,  
Abrazando como estrellas  
Fugitivas sus montañas.

Mas respecto de mi honor,  
Bien sabéis vos que no puedo,

Y no presumáis que es miedo,  
Que nunca le tuvo amor,  
Que ¡vive Dios, que mi intento  
Es matar á vuestro hermano!

MARÍA.

¿Á Céspedes?

DIEGO.

Alcides!  
¡Qué tebanos

MARÍA.

¡Qué sufrimiento!

DIEGO.

¡Qué Milón crotoniata!  
¡Qué nazareno Sansón!

MARÍA.

Pagaréis la condición  
Bárbara, inculta é ingrata.

DIEGO.

Ahora bien, vos lo sabréis.

MARÍA.

¿Queréisle desafiar?

DIEGO.

Yo le tengo de matar;  
El cómo, allá lo veréis.

Echa, Mendo, por aquí;  
Alistémonos los dos.

MENDO.

Advierte, señor, ¡por Dios!  
Que es tu engaño contra ti.

DIEGO.

Yo cumplo mi obligación;  
Vaya amor para quien es.

MENDO.

Si lo has de llorar después,  
Da lugar á la razón;

Que muchos desvanecidos  
Dieron consigo en la tierra.

DIEGO.

Quien sangre tan noble encierra,  
Cierre al amor los oídos.

Vanse los dos.

MARÍA.

Diamante falso y fingido  
Engastado en pedernal,  
Alma fiera en duro pecho,  
Que ninguna fiera es más.  
¿Dónde vas, cobarde, huyendo  
De amor que supo obligar  
Noblemente tus bajezas,  
Que tal galardón me dan?  
Di que eres el primer hombre  
En cuyos brazos está  
Vencida la fortaleza,  
Supuesto que huyendo vas.  
Tú solo á doña María  
De Céspedes y Guzmán  
Rendiste en fuerzas; mal dije,  
Pues tú en flaquezas dirás.  
Si las estrellas son fuertes,

Claro está que envidiarán  
 Mis fuerzas, pues á rendirme  
 Te quisieron ayudar.  
 ¡Espera, infame, detente!  
 No eres río, vuelve atrás;  
 Mar donde me anego fuiste,  
 Y más mudable que el mar.  
 Mas ¿cómo infamo tu nombre,  
 De amor tan cierta señal?  
 Porque al fin, quien dice injurias,  
 Cerca está de perdonar.  
 La muerte de Pero Trillo  
 Dices que causa te da  
 Para vengarte en mi vida.  
 ¿Quién vió desatino igual?  
 La mudanza de tu olvido,  
 Mal la puedes disculpar  
 Con los agravios ajenos:  
 Loca estoy, y ciego estás.  
 ¡Mal hayan mis pensamientos,  
 Aunque arrepentidos ya  
 De haber empleado en ti  
 Del alma el mayor caudal!  
 Yo te dí mi entendimiento,  
 Por él tu engaño me das;  
 Mi memoria por tu olvido,  
 Que no te puede olvidar;  
 Por tu ingratitud, don Diego,  
 Mi amorosa voluntad.  
 ¡Quién pensara que me dieras  
 Por tanto bien tanto mal!  
 Pero no quiero reñirte,  
 Falso, traidor, desleal,  
 Porque al fin, quien dice injurias,  
 Cerca está de perdonar.  
 Pero ¿cómo no me vuelvo  
 Loca viéndome burlar?  
 Pues no hay cuerdo con desprecios,  
 Ni silencio con pesar.  
 Fuerte soy; pero ¡ay de mí!,  
 Que es la fuerza corporal;  
 Que el alma no tira al canto,  
 Y pierde siempre al luchar!  
 No luchéis, alma, con celos;  
 Advertid que os rendirán;  
 Honra, meted paz aprisa,  
 Tengamos la fiesta en paz;  
 Obligaciones, tenedme,  
 Agora es tiempo de hablar;  
 Que en los mayores peligros  
 Se conoce la amistad.  
 Salga el infame don Diego  
 Del alma..... pero no más.....  
 Porque al fin, quien dice injurias,  
 Cerca está de perdonar.

Sale Reinoso, soldado, y Angulo, su camarada.

REINOSO.

No lo veré por no volverme loco.

ANGULO.

Con justísima causa desatinas.

REINOSO.

¡Que los buenos soldados tenga en poco  
 El Duque, por honrar estos gallinas!

ANGULO.

Yo en la grandeza y el valor no toco  
 Del de Alba, porque son partes divinas;  
 Hablo, Reinoso, aquí, de los soldados,  
 Por no ser conocidos desechados.

REINOSO.

¡Que se venga un manchego forcejado  
 Que fué de ganapán su estrella y trato,  
 Y porque diez barajas romper pudo,  
 Y hacer una alabarda garabato,  
 Y á un hablador de una puñada mudo,  
 Lechuguillas las márgenes de un plato,  
 Y tener en la palma un hombre, el de Alba  
 Le haga más honra que á un señor de salva!  
 ¡Á Céspedes asiento! ¡Á un hombre mulo,  
 Que llevará dos tercios de pescado!  
 ¡Esto es milicia, ¡vive Dios! Angulo?

MARÍA.

Quedo de los ausentes, seor soldado;  
 Que mal lo que es la sangre disimulo,  
 Con que queda don Diego disculpado.

REINOSO.

¿Dice á nosotros el señor lampiño?

MARÍA.

Y de los dos la desvergüenza riño.

ANGULO.

Bien hizo aquel que no llevó á su guerra  
 Barba en que no pudiese entrar el peine.

REINOSO.

Estos almidonados de su tierra  
 Quieren que acá su atrevimiento reine.

MARÍA.

Quien piensa que el valor es hombre, yerra,  
 Porque años tenga ó porque canas peine,  
 Y el mayor que los honra á los soldados,  
 Es ser en las ausencias bien hablados.

Céspedes es muy noble caballero,  
 Y merece que el de Alba le dé silla;  
 Que la tiene su fama en el postrero  
 Polo del mundo, donde el sol se humilla.  
 ¡Mienten! Y saquen el cobarde acero.

REINOSO.

Tente, almidón.

ANGULO.

Espera, lechuguilla.

MARÍA.

No hay que tener, picaños.

REINOSO.

¡Ay!

ANGULO.

¿Qué ha sido?

REINOSO.

De un cintarazo me quitó el sentido.

Sale un capitán y soldados.

CAPITÁN.

Teneos, soldado, y dad las armas luego.

MARÍA.

Yo no las doy, porque no soy soldado.

CAPITÁN.

¡Habéis muerto dos hombres, y tan ciego  
Os resistís á un capitán honrado?

Sale el Duque de Alba.

DUQUE.

A mí me las dará, que á tiempo llego,  
De sus gallardos bríos obligado.

MARÍA.

A vos las rindo, porque os hacen salva  
Las banderas del sol, de quien sois Alba.

DUQUE.

¡Bravo valor tenéis para tan mozo!  
¿Sobre qué ha sido la cuestión? que creo  
Que os dieron causa.

MARÍA.

Aunque del tierno bozo  
La edad no ha hecho en mi persona empleo,  
Sabed, señor, que en castigar me gozo  
Los envidiosos que con mal deseo  
Hablan de los ausentes.

DUQUE.

Y es muy justo;  
Que yo también de castigarlos gusto.

MARÍA.

Hablaron mal de Céspedes, diciendo  
Que disteis silla á un bárbaro villano;  
Llego, y con libertad los reprehendo;  
Danme ocasión después, y meto mano;  
Si no se defendieron, conociendo  
Que era bien menester, invicto albano,  
¿Qué culpa tengo yo?

DUQUE.

Vos habéis hecho  
Cosa bien digna de un ilustre pecho.  
¿De dónde sois?

MARÍA.

Del reino de Toledo.

DUQUE.

¿Llámaos la patria?

MARÍA.

Es Céspedes honrado.

DUQUE.

¿Cómo os llamáis?

MARÍA.

Don Sancho de Acevedo.

DUQUE.

¿En qué tercio venís?

MARÍA.

No soy soldado.

DUQUE.

¿Qué hacéis aquí?

MARÍA.

Probar si tengo miedo.

DUQUE.

No lo probasteis mal.

MARÍA.

No he comenzado.

DUQUE.

¿Dos son pocos?

MARÍA.

¿Pues no, si eran ruínas?

DUQUE.

¡Buenos principios!

MARÍA.

Vos veréis los fines.

DUQUE.

Llevalde vos á vuestra casa preso;  
Que no es justo perder tan buen soldado.

MARÍA.

Los pies mil veces, gran señor, os beso.

DUQUE.

Para librarle, esta prisión le he dado;  
Que me llevan los ojos, os confieso,  
Hombres deste valor.

Salen Céspedes y Beltrán.

CÉSPEDES.

Tarde he llegado.

¿Qué es esto, gran señor, qué ha sucedido?

DUQUE.

Vos, Céspedes, la culpa habéis tenido.

CÉSPEDES.

Pues yo, ¿por qué?

DUQUE.

Porque en defensa vuestra  
Ha hecho lo que veis un toledano.

CÉSPEDES.

Valor la patria en vuestro nombre muestra,  
Toledo insigne, generoso albano;  
Pero señor, pues es la culpa nuestra,  
Mostrad con él vuestra piadosa mano.  
Prendedme á mí.

DUQUE.

Si haré, y es justa pena;  
Mas será la prisión una cadena.

Póngale una cadena de oro al cuello.

Y ¡por vida del César, que envidiosos  
No han de quitaros el lugar que es justo!

CÉSPEDES.

Honrado de esos brazos poderosos,  
Yo haré inmortal vuestro apellido augusto

DUQUE.

Estos príncipes son tan belicosos,  
Que á nuestro Emperador le dan disgusto.  
La guerra se comienza declarada;  
Yo espero su laurel de vuestra espada.

CÉSPEDES.

Á vuestros pies estoy.

DUQUE.

Vuestra persona  
Estima el César, y pues llega el día,  
Céspedes, de salir de Ratisbona,  
No iréis sin una honrada compañía.

Vase el Duque.

CÉSPEDES.

El Angel bello que el blasón corona  
De vuestras armas, llevaré por guía.  
¿Qué dices del favor del Duque?

BELTRÁN.

Digo

Que no es hombre el que está sin enemigo.  
Mas ¡por vida del César, que si el humo  
Se me sube una vez con los picaños,  
Belitres, gallinosos, que presumo  
Que ha de haber que contar por muchos años!

CÉSPEDES

En hacer una cosa me resumo,  
Que sirva de comunes desengaños  
A las naciones deste campo todo,  
Y así sabrán quién soy.

BELTRÁN.

Pues ¿de qué modo?

CÉSPEDES.

Fijar quiero un cartel de desafío  
A todas armas, fuerzas y destreza.

BELTRÁN.

Harás tu nombre claro, señor mío,  
Y á la envidia darás mortal tristeza.

CÉSPEDES.

Salgan los españoles de más brío,  
Los alemanes de mayor grandeza,  
Los de Italia, de Flandes y de Hungría;  
Que Céspedes los reta y desafia.

Pero dejando el desafío aparte,  
¿Qué haré yo para ver aquel mancebo?

BELTRÁN.

Eso quise mil veces acordarte.

CÉSPEDES.

Yo le sabré pagar lo que le debo.

BELTRÁN.

Aquí se ofrece el capitán Duarte.

CÉSPEDES.

Luego ¿él le tiene preso?

Sale el capitán.

CAPITÁN.

Yo le llevo

Buenas nuevas al Duque.

CÉSPEDES.

Si obligado

Mi amor os tiene, aunque me habéis honrado,

Llevadme á ver aquel hidalgo preso,  
A quien sabéis que debo amistad tanta.

CAPITÁN.

Ya es imposible.

CÉSPEDES.

¿Cómo?

CAPITÁN.

Yo os confieso

Que su valor y fortaleza espanta.

Púsele una cadena de buen peso,  
Ciérrole en mi aposento; él se levanta,  
La cadena se quita, y una reja,  
Por donde sale, y como veis me deja.

CÉSPEDES.

Eso sólo pudiera ser hazaña  
De Céspedes aquí.

CAPITÁN.

¡Sin seso vengo!

CÉSPEDES.

Y de su hermana, en la remota España.  
Ya justa envidia de ese mozo tengo.  
¿Qué talle tiene?

CAPITÁN.

El alba, cuando baña  
Las flores que pintándola prevengo,  
Parece que en su risa el rostro tiñe,  
Y así de rosa y de jazmín lo ciñe.

Al Duque voy á darle cuenta desto.

CÉSPEDES.

Beltrán, ¿has visto cosa semejante?

BELTRÁN.

Mozo español á tu valor opuesto,  
Hijo debe de ser de algún gigante.

CÉSPEDES.

De que se libre estoy contento, puesto  
Que me pesa ¡por Dios! que se levante  
Con la fama adquirida, y esto en día  
Que me obliga y me vence en cortesía.

BELTRÁN.

No pierdas la esperanza, pues el cebo  
Del desafío le traerá á probarte.

CÉSPEDES.

¿Hay tal valor y fuerza de mancebo?

BELTRÁN.

¿Quieres dejar por un instante á Marte?

CÉSPEDES.

¿Tienes qué me decir? que no me atrevo,  
Si son vanos amores, á escucharte.

BELTRÁN.

Cosas son de Teodora.

CÉSPEDES.

Pues ¿qué haremos?

BELTRÁN.

Dar un medio de amor á sus extremos.

CÉSPEDES.

¿Qué le ha dado á Teodora? ¿Soy yo lindo?  
¿Soy el mancebo que quitó la reja?

BELTRÁN.

Nunca en los gustos del amor deslindo  
Cómo éste adora lo que el otro deja.

CÉSPEDES.

De mala gana ya, Beltrán, me rindo,  
Escarmentado de mi antigua queja,  
A los engaños del amor.

BELTRÁN.

Yo agora

Trato del que le debes á Teodora.  
¡Con qué donaire dice que no hay hombre  
Como el valiente Céspedes! Y luego,  
Que en la esfera de Marte está tu nombre,  
Y su abrasado amor en la del fuego.

CÉSPEDES.

Déjame aquí, Beltrán.

BELTRÁN.

¡Que esto te asombre!

CÉSPEDES.

No quiero yo querer, ni vivir ciego.

BELTRÁN.

No hay vida sin amor.

CÉSPEDES.

Ni amor sin pena,

Porque es vivir por voluntad ajena.

Salen tres soldados, Fernando, Tristán y Ramiro,  
con una labradora.

FERNANDO.

Digo que vaya por mí  
A una quinola mi parte.

TRISTÁN.

Ya los dos quieren jugarle.

LABRADORA.

Luego ¿soy su esclava?

TRISTÁN.

Sí;

Que también quiere que haya  
Pecorea de mujeres.

RAMIRO.

No des voces, ni te alteres;

Que darás causa á que vaya

Tu ánima socarrona

En busca de aquel villano

Que con el chuzo en la mano

Negó á Carlos la corona.

¿Vosotros no imagináis

Que aquella real clemencia

Perdona vuestra insolencia

Para ver si os enmendáis?

¡Por vida dél treinta veces,

Y de Felipe, su hijo,

Que has de ser jugada!

FERNANDO.

¡Y dijo

Treinta veces!

LABRADORA.

No parece

Hidalgo español; mas yo

Á los pies del Duque iré,

Y justicia pediré.

TRISTÁN.

¿Y misericordia no?

CÉSPEDES.

¡Ah, señores caballeros!

RAMIRO.

¿Quién es?

CÉSPEDES.

Céspedes.

FERNANDO.

Aquí

Nos tienes.

LABRADORA.

¡Piedad de mí!

CÉSPEDES.

¿Qué es esto?

RAMIRO.

Faltar dineros.

CÉSPEDES.

Repartan esos doblones

Y dejen esta mujer.

RAMIRO.

¿Quién, si no tú, sabe hacer

Tan altas demostraciones?

Mis ojos te vean presto  
General.

CÉSPEDES.

Vayan con Dios.

TRISTÁN.

Esto les cabe á los dos.

Vanse.

LABRADORA.

En obligación me has puesto

De ser tu esclava,

CÉSPEDES.

Mujer,

Ya tienes tu libertad.

BELTRÁN.

Para estar en la ciudad,

Poco habemos menester;

Mas en el campo, ¿quién quieres

Que guise y lave?

LABRADORA.

Aquí está

Quien os servirá.

CÉSPEDES.

Haz allá,

Beltrán, lo que tú quisieres.

Vase Céspedes.

BELTRÁN.

¿Sabes quién es ese hombre

Que agora se va de aquí?

LABRADORA.

Mil veces pienso que oí

Sus hazañas y su nombre.

BELTRÁN.

¿Quiéresle servir?

LABRADORA.

¡Pues no!

BELTRÁN.

¿Tienes quién lo estorbe?

LABRADORA.

Ya

Le mataron.

BELTRÁN.

Bien está:

Consolarte sabré yo,

Que soy, aunque no casado,

Ternero de corazón.

LABRADORA.

Siempre he tenido afición

A españoles.

BELTRÁN.

Tú has llegado

Donde están los dos mejores;  
Que si mis cosas no lucen,  
Es porque al fin se reducen  
A las hazañas mayores.  
¿No has visto un hacha, que al sol  
No alumbra, y de noche sí?  
Pues tal con Céspedes fui.

LABRADORA.

¿Cómo es tu nombre, español?

BELTRÁN.

Beltrán; pero dime el tuyo.

LABRADORA.

Brígida.

BELTRÁN.

Afligido nombre  
Tienes; pero no hace al hombre  
El nombre, sino el ser suyo.

Ven, que habrán dado las once:  
Blandilla tienes la mano.

LABRADORA.

¿Mucho?

BELTRÁN.

Sí.

LABRADORA.

Pues sepa, hermano,  
Que tengo el alma de bronce.

Vanse.

Salen D. Diego y Mendo.

DIEGO.

Ya tengo bravos amigos.

MENDO.

Apenas un hombre queda  
En todo el tercio, señor,  
Que no te estime y lo sea.

DIEGO.

Duerma Céspedes seguro,  
Que antes que marche la empresa  
De Carlos de Ratisbona,  
Dejará la vida en ella.

MENDO.

¿Parte ya Su Majestad?

DIEGO.

Viendo la desobediencia  
Destos príncipes vasallos,  
Mendo, á la romana Iglesia  
Y al Imperio, de que él tiene  
La victoriosa cabeza  
Dignamente coronada,  
Ha publicado la guerra.  
Es Alemania provincia  
Grande y fértil, á quien riega  
Y parte el río Magón;  
La que acaba en la ribera  
Del Océano, se llama  
La Baja; mas la que llega  
Á Italia, Alemania la Alta:  
Entre aquestas dos hay puestas  
Mil ciudades imperiales,  
Mil francas y libres tierras,

Patrimonio del Imperio  
De donde este nombre heredan.  
Sin las Repúblicas libres,  
Hay otras que están sujetas  
A duques, marqueses, condes,  
Seglares y de la Iglesia.  
Destas todas es señor  
El Emperador, que reina  
Por los príncipes que llaman  
Electores, desde aquella  
Guerra de Otón y Crescencio;  
Siete son, y así se cuentan:  
Maguncia, Colonia y Tréveris  
Son tres Arzobispos que entran  
En la elección, y los cuatro  
Seglares, el de Baviera,  
Palatino, Brandemburg .  
Y Sajonia; en fin, al César  
Juran obediencia todos,  
Y él jura ser su defensa.  
Ya de la Liga Esmalcada  
Tienes noticia, y que intentan,  
Siguiendo á Lutero, algunos  
Mostrar su injusta insolencia.  
Ulma, Aquisgrana, Argentina,  
Colonia y Metz de Lorena,  
Católicas, le obedecen;  
Las demás, dudosas quedan.  
Doce mil italianos  
Le envía para esta guerra  
El Papa, y los coroneles  
Cincuenta insignias tudescas;  
Tres mil españoles vienen  
De Hungría, gente de prueba,  
Con don Alvaro de Sandi,  
Español de fama eterna;  
Con el Maestre de campo  
Arce otros tres mil, que llegan  
De Lombardía esta tarde;  
El Duque de Vitemberga,  
Conde de Bura y ciudades,  
La lucida soldadesca  
Que has visto ocupar los campos:  
En fin, veintidós banderas  
De españoles tan lucidos,  
Que parecen verde selva  
De ramos de azahar vestida,  
Ó racimo de oro y perlas.  
Y entre éstas, Mendo, hay un hombre  
Que no ha de pasar con ellas  
A la guerra de Sajonia,  
Si el alma y vida me cuesta.  
Tú le has de quitar la suya;  
Que puesto que yo quisiera  
Desafiarle, es error  
Con tan desiguales fuerzas.  
Este pistolette toma,  
Dale una vuelta á la rueda;  
El alma lleva de plomo,  
Saca la suya con ella;  
Que veinte amigos tendremos



Las calles, para que puedas  
Acogerte con nosotros.

MENDO.

¡Fuerte cosa me encomiendas!  
DIEGO.

De tu ánimo y valor  
Fío tan heroica empresa.

MENDO.

Vete con Dios, y él me ayude.

DIEGO.

El premio á mi cargo queda.

Vase D. Diego.

MENDO.

Invencción de algún ángel, y no bueno,  
Que no es posible que de ingenio humano;  
Nube que en el invierno y el verano  
Escupe rayos con horrendo trueno:

Más veloz, con ser plomo, que el veneno,  
Y más resuelto que el poder tirano;  
Arma valiente de cobarde mano,  
Saco de muertes y desgracias lleno:

Imitación de aquel caballo griego,  
Reloj que la postrera hora señalas,  
Boca de maldiciente, ruido y fuego;

Pero basta decir de ti, que igualas  
A los que cuanto hacen dicen luego,  
Pues das mil voces al tirar las balas.

Salen Céspedes y Teodora.

TEODORA.

La seguridad que tengo,  
Céspedes, de ese valor,  
A los temores de amor  
En esta ocasión prevengo.  
Sólo á suplicaros vengo,  
Si merezco estos favores,  
Llevéis, señor, mis colores  
Y una gala de mi gusto,  
Pues de la ausencia no es justo  
De vuestros justos amores.

Bien sé que es atrevimiento;  
Pero no os hará cobarde,  
Y más, llegando tan tarde  
Mi amoroso pensamiento.  
Dorado, aunque sin contento,  
Y sin esperanza, verde,  
Blanco, que le yerra y pierde,  
Llevaréis el nombre mío  
A este honroso desafío,  
Porque de mí se os acuerde.

Y ¡pluguiera á Dios que os fuera  
De gusto mi desatino,  
Que yo sé que de padrino  
En la estacada os serviría!  
Favorecedme siquiera  
De decir que lo estimáis;  
Que si este favor me dáis,  
Tendréis por cierta la gloria,

Pues comenzáis la victoria  
Donde á matar comenzáis.

CÉSPEDES

Habéisme honrado de suerte,  
Y estoy tan favorecido,  
Que soy Céspedes rendido,  
Si fui Céspedes el fuerte.  
Para dar al mundo muerte  
Basta la envidia y enojos  
De ser yo vuestros despojos;  
Venceré mil desafíos,  
En sabiendo que los míos  
Favorecen vuestros ojos.

Las colores que me dáis  
Acepta mi pensamiento;  
Que si el dorado es contento,  
Bien contento me dejáis.  
Lo blanco dice que estáis  
A tiro de corazón;  
Lo verde, que no es razón  
Que tenga desconfianza,  
Si alguna esperanza alcanza  
A tan alta posesión.

Con esto iré á pelear,  
Y no me podrán vencer,  
Pues ya no lo puede ser  
Quien de vos lo viene á estar.  
Mis fuerzas me han de matar;  
Mas guardaos, que si estoy ciego,  
Daré con el templo luego  
Y sus columnas, en tierra,  
Si no sois paz de mi guerra  
Y templanza de mi fuego.

MENDO.

Fácil es el prometer,  
Y difícil el cumplir,  
Porque es la lengua al decir  
Y las manos al hacer.  
¿Por dónde podré correr  
Si doy fuego?

TEODORA.

Nunca amor  
Donde no hay competidor  
Fué ingrato, Céspedes mío;  
Pero temo y desconfío  
De vuestro pasado amor:

Pasado dije; mentí,  
Que debe de estar presente.

CÉSPEDES.

Cuando no estuviera ausente  
Por vos, lo estuviera en mí.

MENDO.

Yo le tiro; mas aquí  
Es el peligro tan cierto,  
Que ya me cuento por muerto;  
Y el mirar aqueste hombrón  
Me da mal de corazón,  
Y el miedo algún desconcierto.

Si le yerro de turbado,  
Una puñada le sobra  
Para dar fin á la obra;

Que antier echó un soldado,  
De una coz, en un tejado,  
Con fuerza tan gigantea,  
Quedando en la chimenea  
Diez hombres de la otra parte;  
De tal manera los parte,  
Que aun polvo no hay que se vea.

Sale Beltrán.

BELTRÁN.

Bien me puedes dar albricias  
De que dicen en Palacio  
Que quiere á tu desafío  
Asistir el quinto Carlos.  
Dos criados lo trataban,  
Uno del Marqués del Basto,  
Y otro del Conde de Bura.  
Parte, Céspedes gallardo;  
Que por lo menos el César  
A un balcón está mirando  
Cómo fijan el cartel,  
Y le llevan un traslado  
Los que le piden licencia  
Para que te otorgue el campo.  
Desta vez das á la envidia  
Dos higas en los mostachos,  
Porque has de igualar tu nombre  
Con la fama de Alejandro,  
Que esto de ganar el mundo  
Fué sólo haber sido largo  
Con poetas y escritores;  
Que nunca Nerón romano  
Tan cruel hubiera sido,  
Si no hubiera sido ingrato  
Con nuestros dos cordobeses  
El gran Séneca y Lucano.

CÉSPEDES.

Beltrán, yo pienso que el cielo,  
Siendo tan piadoso el caso,  
Nos ha de dar su favor.

MENDO.

¡Escondido estoy temblándol

BELTRÁN.

Las cajas vienen: ¿no escuchas  
Sobre los parches templados  
El són con que van diciendo  
«¡Viva Céspedes el bravo!»,  
Como cuando las campanas  
Dicen la fiesta del Santo?  
Porque es la imaginación  
De los oídos engaño.

CÉSPEDES.

Di que lleguen hasta aquí.

BELTRÁN.

Ya llegan.

CÉSPEDES.

Toma en las manos  
El cartel, y á mi Teodora  
Le lee.

BELTRÁN.

Escucha.

MENDO.

¿Qué aguardo?

Salen dos cajas, y soldados que acompañen un paje  
con una rodela y el cartel.

BELTRÁN.

«El español Céspedes, natural de Ciudad  
Real, en el reino de Toledo, desafía á todo  
soldado, de cualquiera nación que sea, á todos  
géneros de armas, y asimismo á tirar, correr,  
saltar y luchar: serán jueces el excelentísimo  
Duque de Alba y Su Señoría Ilustrísima del  
cardenal Hipólito, y el día, el domingo desde  
las dos hasta las siete.»

CÉSPEDES.

¿Qué te parece?

TEODORA.

Que muestras

Ser español.

CÉSPEDES.

Esto es hecho:

Vete, gallarda Teodora;  
Que yo hasta el alma lo quedo  
Esperando tus favores.

TEODORA.

Honre tu esperanza el cielo,  
Con los que de tu valor  
Aseguran mi deseo.

Vase Teodora y las cajas.

CÉSPEDES.

Id vosotros adelante:  
Tú, Beltrán, de mi aposento  
Saca montantes, rodela,  
Espadas y dagas presto.  
Ejercitaré contigo  
Algunas, porque esté diestro.

BELTRÁN.

Voy; pero advierte, señor,  
Que no me has de dar muy recio,  
Porque sueles descuidarte,  
Y pensando que das quedo,  
Hay chichón que dura un mes.

CÉSPEDES.

Vé volando.

BELTRÁN.

Voy corriendo.

CÉSPEDES.

Agora quiero con vos  
A solas tomar consejo.

MENDO.

Pensé que á mí me decía.

CÉSPEDES.

¿Qué me decís, pensamiento?

MENDO.

¿Qué aguardo, que no le tiro?

¡Vive Dios, que no dió fuego!

CÉSPEDES.

¿Qué es esto, señor soldado?

MENDO.

Necesidad de dineros  
Me trujo á vender aquesto,  
Y enseñábasele por bueno;  
No tengo qué comer hoy.

CÉSPEDES.

¿Deso os turbáis?

MENDO.

Como llego  
Con hambre, pronuncio mal.

CÉSPEDES.

Mostrad.

MENDO.

Bien puede traerlo  
El mismo César al lado.  
Con aquéste, á lo que pienso,  
Y una cuenta de perdones,  
Puede cualquier caballero  
Sacar un alma.

CÉSPEDES.

Es verdad.

MENDO.

Su dicha y mi mucho miedo  
Defendieron que la suya  
No saliese de su cuerpo.

CÉSPEDES.

¿Hízose aquéste en Milán?

MENDO.

Los que á mí me le vendieron  
Me dijeron que se hizo  
Este cañón en Marruecos,  
Y la caja en Talavera.

CÉSPEDES.

¿De dónde sois?

MENDO.

De Alaejos.

CÉSPEDES.

¿Gentil vino!

MENDO.

¡Pesía tal!

No hay tal cachera en invierno.

CÉSPEDES.

¿Sois casado?

MENDO.

Sí, señor,

Mas fué siendo niño tierno,  
Y no valió el matrimonio.

CÉSPEDES.

¿Con quién fué?

MENDO.

Con un barbero.

CÉSPEDES.

¿Con un barbero?

MENDO.

He pensado

Que las diligencias fueron  
Tantas en Roma, que al fin  
Lo concertaron mis deudos.

CÉSPEDES.

¿Vinisteis de Lombardía?

MENDO.

No vine, que me trujeron,  
Por no sobrame salud,  
Los mulos de un arriero.

CÉSPEDES.

¿En qué compañía estáis?

MENDO.

En la de un amo que tengo.

CÉSPEDES.

¿De qué le servís?

MENDO.

De todo:

Guiso, lavo, barro y friego.

CÉSPEDES.

¿Cómo os llamáis?

MENDO.

¿Yo, señor?

CÉSPEDES.

Vos, pues.

MENDO.

Yo, Poncio.

CÉSPEDES.

¿Á qué efeto

Poncio?

MENDO.

Porque eran mis padres  
Devotísimos del credo.

CÉSPEDES.

Pues siendo vos español,  
¿No era mejor Pablo ó Pedro?

MENDO.

Sí, señor, Pedro me llamo;  
Que el Poncio fué por mi abuelo.

CÉSPEDES.

¿Qué hidalgo sois?

MENDO.

De solar

Conocido, porque tengo  
Cuatro primos soladores,  
Quiero decir carpinteros.  
Pero pues sois tan soldado,  
¿Quién os dijo que un discreto  
Podía preguntar tanto,  
Si no era para ser necio?  
Ese pistolette traigo,  
Y vos con mil me habéis muerto;  
Que más mueren de preguntas,  
Que de hierro ni veneno.

CÉSPEDES.

¿Cómo?

MENDO.

Un médico, ¿no dice  
Cada día al que está enfermo:  
«¿Cómo ha estado aquesta noche?  
¿Durmió bien? ¿Hízose aquello?  
¿Adónde siente el dolor?  
¿Purgó? ¿Qué cursos ha hecho?  
¿Á qué hora le dió el frío?»  
Pues si mueren diez mil éstos,  
Claro está que las preguntas  
Matan más que todo el hierro.

CÉSPEDES.

Veis aquí catorce escudos;  
No tengo más.

MENDO.

Es exceso

De vuestro invicto valor.

CÉSPEDES.

Id con Dios.

MENDO.

Guárdeos el cielo

De espadas, dagas, lanzones,  
Piedras, montantes, encuentros,  
Purgas, sangrías, neurismas,  
Y de armas que escupen fuego.

Vase Mendo, y sale Beltrán.

BELTRÁN.

Ya está todo prevenido,  
Y quedan los patios hechos  
Una palestra romana.

CÉSPEDES.

¡Oh! ¡Si llegaras á tiempo,  
Vieras el mejor humor  
De un españolejo destos  
Que vienen de Lombardía,  
Que en mi vida he visto.

BELTRÁN.

Creo

Que siempre en cosas de gusto  
Llego al tiempo de San Telmo.

CÉSPEDES.

Vendíome este pistolete.

BELTRÁN.

Muestra. ¡Vive Dios, que pienso  
Que está cargadol

CÉSPEDES.

¿Qué dices?

BELTRÁN.

La baqueta, por lo menos,  
Dice que ha comido el plomo  
Que tenga el Turco en el cuerpo.

CÉSPEDES.

¡Válame Dios! ¿Si quería  
Matarme? que lo sospecho  
De sólo verle turbado,  
Porque el acometimiento  
Fué de hombre que lo intentaba

BELTRÁN.

No será malo saberlo.  
¿Por dónde fué?

CÉSPEDES.

Por allí.

BELTRÁN.

Voy tras él

CÉSPEDES.

Oye.

BELTRÁN.

Ya vuelvo.

CÉSPEDES.

No le des, si le toparas,

Sino tráele aquí, y sabremos  
De dónde nació el matarme.

BELTRÁN.

Bien dices, si acabar puedo  
Con mi cólera el no darle  
Algún repelón de aquellos  
Con que no se quejan más.

CÉSPEDES.

Envidia yo, ¿qué te he hecho?  
¿Qué me quieres? ¿Qué me buscas?  
¡Ah traición, aquí te espero,  
Ven cara á cara, yo soy!  
Mas siempre envidiosos fueron  
La sombra de la virtud,  
Y así, las espaldas temo;  
Pero con el Sol de Carlos,  
Y el Alba del gran Toledo,  
Presto, Céspedes, envidia,  
Pondrá los pies en tu cuello.

Váse.

## ACTO TERCERO.

Salen D. Diego y Mendo.

DIEGO.

Como de ti se esperaba  
Diste cuenta de mi honor.

MENDO.

Si, que Céspedes, señor,  
Detrás de algún olmo estaba,  
Y pude seguro allí  
Dispararle á caballero,  
Cual suele el diestro montero  
Al parado jabalí.

¡Vive Dios, que dar pudiera  
Miedo entonces á Roldán,  
Y que el gigante Balán  
No tuvo vista tan fiera!

Pero, en efecto, si llego  
Y no prende el polvorín,  
¿Quién tuvo la culpa?

DIEGO.

En fin

¿No dió fuego?

MENDO.

No dió fuego;

Y ningún hombre nacido  
Se dejara de turbar,  
Y yo salté sin dejar  
Nuestro secreto ofendido;  
Que si en aquella ocasión  
Con el plomo no le dí,  
En efecto, le vendí

Las armas de la traición.

DIEGO.

Dicha de Céspedes fué,  
Que nunca yo tuve alguna.  
¡Fuego en mi mala fortuna,  
Y en mis esperanzas dé....

Y si no quiere á mi ruego  
Darle la pólvora allí,  
Por Céspedes ó por mí,  
Prestéle mi amor en fuego;  
Que aunque cubriéndole estén  
Las cenizas del olvido,  
Sabe Dios lo que he sufrido  
Después que perdí mi bien.

MENDO.

Terrible fuiste en dejar  
La bella doña María.

DIEGO.

Temí lo que se diría  
De mi honor en mi lugar.  
Honestamente mi amor  
La trujo por tantas tierras  
Á su hermano.

MENDO.

En estas guerras

Tiene la opinión mayor.  
Y si Céspedes ha muerto  
Cuerpo á cuerpo en desafío  
Á Pero Trillo, tu tío,  
¿No parece desconcierto

Querer matarle á traición?

DIEGO

Pues ¿quién podrá de otra suerte  
Dar á Céspedes la muerte,  
Otro segundo Sansón?  
¿No le ves de qué manera  
Queda en esa plaza agora?

MENDO.

¿Qué fiero toro que mora  
Del Jarama en la ribera,  
Así la desembaraza?

DIEGO.

Suspensas sus fuerzas tienen  
Las naciones que aquí vienen.

MENDO.

Asistieron en la plaza  
El Emperador y el Duque:  
¡Oh, cuál puso á aquel valón!

DIEGO.

Ése se llama Arlemón  
Y es natural de Bolduque.

Bizarro vino á luchar  
Con Céspedes; pero dió  
En tierra, porque le alzó  
Como se suele pintar  
Á Hércules con Anteo.

MENDO.

Pues con las armas, no hay hombre  
Que no temiese su nombre.

DIEGO.

Que fuera invencible creo.

Esgrimió con dos espadas  
Con destreza milagrosa:

Lo de la pica fué cosa  
Que estuvieron admiradas  
Las naciones justamente,  
Viéndola alzar con tal peso;  
Pero en llegando al exceso  
De la columna valiente,  
«¡Céspedes viva!», dijeron;  
Que á las caderas atada,  
De la tierra levantada

Más de diez dedos la vieron.  
Suspendió también las almas  
Ver aquellas manos duras,  
Tras romper cuatro herraduras,  
Tener un hombre en las palmas.

Pero ¿qué voces son éstas?

MENDO.

Que el desafío acabó,  
Y el ejército le dió  
Las hojas que miras puestas.

DIEGO.

¿Es laurel?

MENDO.

Y le honra dél

Nuestra nación española.

DIEGO.

Digno de su frente sola  
Es hoy el verde laurel.

Sale Céspedes con un laurel, y Beltrán dándole  
la espada, y los soldados que puedan.

SOLDADO 1.º

¡Céspedes, vitor!

SOLDADO 2.º

¡Vitor el valiente

Céspedes!

CÉSPEDES.

Ya, señores españoles,  
Conoce vuestro amor mi indigna frente.

SOLDADO 1.º

¡Vive Dios, que eres honra de la patria  
Y que lo sustentemos con las vidas!

SOLDADO 2.º

Rendidos quedan todos á tu nombre.

BELTRÁN.

Hazañas son las tuyas más que de hombre.

Sale un soldado.

SOLDADO 3.º

Céspedes, buenas nuevas: Su Excelencia  
El Duque de Alba os da una compañía.

CÉSPEDES.

Sus pies beso mil veces.

MENDO.

¿Oyes esto?

DIEGO.

Sus honras van templando mi venganza.

Sale otro soldado.

SOLDADO 4.<sup>o</sup>  
¿Céspedes está aquí?

CÉSPEDES.  
Para serviros,  
Señor alférez.

SOLDADO 4.<sup>o</sup>  
Pues de dos mercedes  
Que el gran Emperador os hace, quiero  
Pediros las albricias.

CÉSPEDES.  
Yo os las mando.  
SOLDADO 4.<sup>o</sup>  
Es de que quiere hablaros, la primera.

CÉSPEDES.  
Esa estimo yo más que á todo el mundo.

SOLDADO 4.<sup>o</sup>  
Es la segunda, de un lugar que llaman  
Villalar, con sus montes y dehesas,  
En la orilla del río Guadiana.

CÉSPEDES.  
Señores españoles, yo no tengo  
Más que esa posadilla, en que hay vestidos,  
Plumas, armas, espadas y arcabuces,  
Un poquillo de plata, algún dinero  
Y una gran voluntad: éntrenla á saco;  
Que en albricias le doy al seor alférez  
Esta cadena, que me dió el Toledo  
Mejor que honró las españolas armas.

SOLDADO 4.<sup>o</sup>  
¡Viva mil años el valiente Céspedes!

MENDO.  
Señor, yo voy á ver si en este saco  
Cobro mi pistolete.

DIEGO.  
Y yo, corrido  
De ver honrar quien mi deshonor ha sido.

BELTRÁN.  
Ya eres señor de montes y dehesas,  
Ya de un lugar tan noble: ¿cómo tengo  
De llamarte?

CÉSPEDES.  
Beltrán, como quisieros.

BELTRÁN.  
Dame de ese lugar alguna casa;  
Que, según á la tuya ponen saco,  
Allá se habrán llevado mi pobreza.  
¿Eres tú Cardenal electo Papa,  
Que de aquesta manera te saquean?  
Y á mí, que no lo soy, ¿por qué me roban?

CÉSPEDES.  
Con darte yo, Beltrán, un cintarazo,  
Tendrás un cardenal por todo el cuerpo.

BELTRÁN.  
La vida me daría de tu mano.

Sale Brígida.

BRÍGIDA.  
¿Está aquí mi señor?

BELTRÁN.

Detente, Brígida.  
No le digas del saco, si no quieres  
Gastar por mes y medio en la carica  
Rábanos y albayalde.

BRÍGIDA.  
Aquí me ha dado  
De una dama un papel cierto soldado.  
CÉSPEDES.

¿Qué es esto?

BRÍGIDA.  
Este papel.  
CÉSPEDES.  
Muestra.

BELTRÁN.  
¿Qué has hecho?

BRÍGIDA.  
Es de una dama.  
BELTRÁN.  
Pues tendrás provecho.

Lea Céspedes.

CÉSPEDES.  
«Señor Céspedes el bravo,  
No digáis que no os aviso,  
Que del cerco deste campo  
Á mataros han salido.  
No digo yo que es traidor  
Vuestro secreto enemigo,  
Que viene de nobles padres  
Y es hidalgo en sangre limpio.  
Don Diego Trillo se llama,  
Sobrino de Pero Trillo,  
Á quien en Ciudad Real  
Matasteis en desafío.  
Porque no le conocéis  
Os aviso, y os suplico  
Guardéis mi vida en la vuestra,  
Que sola la vuestra estimo.  
Cuatro traiciones me ha hecho,  
No permitáis que sean cinco.  
La mujer que más queréis.  
Con este nombre me firmo.»

CÉSPEDES.  
¿Quién te dió aqueste papel?

BRÍGIDA.  
Un soldado me le dió.

BELTRÁN.  
Brígida, ¿no dije yo  
Que no te burles con él?

CÉSPEDES.  
¡Á mí matarme don Diego!

BELTRÁN.  
Basta, que ya tienes luz  
Del que trujo el arcabuz.  
CÉSPEDES.

¡Vive Dios, que no dió fuego,  
Y que me engañó el traidor  
Con aquella labia y salva!  
¡Por vida del Duque de Alba,

Mi dueño, amparo y señor;

Que si supiera quién era,  
Que del César en los ojos,  
A esta dama, por despojos,  
Su vida y sangre ofreciera!

Pero ¿quién será mujer  
Que dice que yo la quiero?

BRÍGIDA.

Buscando el soldado, espero  
Que la podrás conocer.

CÉSPEDES.

¿No ves que está de partida  
El ejército de aquí?

¿Si es Teodora? Mas de mí,  
¿Cuándo ha sido tan querida?

«La mujer que más queréis»

Dice; pues no es doña Juana;  
La que más quiero es mi hermana,  
Y ésa está donde sabéis.

¡Qué notable confusión!

¿Quién conociera á don Diego!

Sale el capitán D. Hugo.

HUGO.

Tarde presumo que llego.

CÉSPEDES.

Pagáis mi amor y afición.

HUGO.

Fuera de daros tantos parabienes,  
Sabed que vino el capitán Aldana  
Con los arcabuceros españoles,  
Que á caballo, en efecto, descubrieron  
Los enemigos, y esta noche dicen  
Que se aloja en Milburg Juan Federico.  
Quiere el Emperador pasar el Albis,  
Y ha mandado llamar al Duque de Alba  
Para por puente ó vado acometerle.

CÉSPEDES.

¡Resolución famosa!

HUGO.

Federico

Tiene seis mil infantes en Milburge.

CÉSPEDES.

¿Qué caballos?

HUGO.

Tres mil, que Túmez Hemo

Se acerca con el resto del ejército:  
La tierra está murada, y la defiende  
Un famoso castillo; mas yo temo  
Que la profundidad del ancho río  
A nuestro Emperador impida el paso,  
Si pretende á Maysén.

CÉSPEDES.

Si Carlos quiere,  
Él pasará en las alas de su fama.

Mira, Beltrán, si hay algo que vestirnos,  
Y marchemos al alba con el de Alba.

BELTRÁN.

Deso no hay que tratar; que está más calva  
La casa que un armenio ó ermitaño.

CÉSPEDES.

Así iremos mejor; que los soldados  
Han de ir de sólo su valor cargados.

Vanse, y quédese Brígida.

BRÍGIDA.

Muy poco habrá que doblar,  
Ni una camisa dejaron.

Sale Teodora en hábito de soldado.

TEODORA.

Los ojos me aventuraron;  
Los mismos me han de matar.

Marchó el campo, y de mi casa

Céspedes; su soledad

Dió fuerza á mi voluntad,

Que es rayo que el alma abrasa.

Aqueste traje tomé;

Siguiéndole vengo ansí;

Dícenme que vive aquí.

¿Quién va?

BRÍGIDA.

Yo soy; ¿no me ve?

TEODORA.

No admire mi prevención,  
Que hay enemigos muy cerca.

BRÍGIDA.

Esta casa tiene cerca

De la fama y opinión

Del dueño.

TEODORA.

¿Quién?

BRÍGIDA.

El valiente

Céspedes.

TEODORA.

¿Servísle vos?

BRÍGIDA.

Si sirvo.

TEODORA.

Esperad.

BRÍGIDA.

Adiós,

Que anda por la calle gente.

Vase.

Sale D.<sup>a</sup> María en hábito de soldado.

MARÍA.

Con el cuidado y temor  
De que don Diego se atreva

A mi hermano, con desco

De la venganza propuesta,

Vengo á rondalle la casa,

Vengo á servir en su puerta

De cuerpo de guarda.

TEODORA.

Un hombre

Rebozado se pasea;

Desdicha ha sido notable,  
 Pues llegar ni ver me deja,  
 Por la llave, el que la tiene  
 Del alma que me atormenta.  
 Cuidadoso está de mí;  
 Sin duda que esta flamenca  
 Moza de Céspedes, tiene  
 Alguno que la requiebra:  
 Celoso estará de mí.  
 ¿Qué puedo hacer? Él se acerca;  
 Arriscado tiene el bulto.  
 ¿Qué haré? que la espada tienta.

MARÍA.

¡Ah, caballero!

TEODORA.

¿Qué quiere?

MARÍA.

Conocerle.

TEODORA.

Si le altera

Verme á esta puerta, sosiegue  
 El pecho; que en otras prendas  
 Más altas traigo los ojos.

MARÍA.

Cuando en las mismas estrellas  
 Los traiga, y el sol me diga  
 Que los toma por su cuenta,  
 Se los tengo yo de ver.

TEODORA.

¿Para qué?

MARÍA.

Para que sepa

De qué color se los dió  
 Madama Naturaleza.

TEODORA.

Eso yo se lo diré:

¿No ha visto unas niñas negras  
 En blanco esmalte?

MARÍA.

Serán

Naturales de Guinea.

TEODORA.

Por lo de esclavos, bien dice,  
 Del dueño que los desprecia.

MARÍA.

Acortemos de razones,  
 Porque en española lengua,  
 En los recelos que traigo  
 Me ha dado mayor sospecha.

TEODORA.

Confieso el ser español.

MARÍA.

Eso ninguno lo niega,  
 Porque es tanto honor, que obliga  
 A morir por su defensa.  
 Yo le llevo á descubrir.

TEODORA.

Meteré mano.

MARÍA.

Pues meta,

Y verá con qué buen aire

Le romperé la cabeza.

TEODORA.

No pienso yo que la tengo  
 Tan tierna.

MARÍA.

Haréla yo tierna

Con lo que tengo del bravo  
 Céspedes.

TEODORA.

Ése respeta

Mi amor, y si dél tenéis  
 Alguna cosa, ofreceldla  
 Á la afición que me tiene.

MARÍA.

Si sois su amigo, no quiera  
 El cielo que en vuestra sangre  
 La que tengo dél se ofenda.

TEODORA.

¿Sois su deudo?

MARÍA.

Hermano suyo.

Y porque algunos intentan  
 Matarle, he venido aquí  
 Sin que él lo sepa ni entienda,  
 Porque no sabe que estoy  
 En Alemania; que piensa  
 Que vivo en Ciudad Real.

TEODORA.

Bien decís, ésa es su tierra:  
 Acércome á vos, y rindo  
 Mis armas: ¡qué gentilezal  
 Dios os bendiga.

MARÍA.

Y á vos,

Que me parecéis de perlas.

TEODORA.

Según miro á la vislumbre,  
 Poco dinero, á la cuenta,  
 Habréis gastado en barberos.

MARÍA.

Ni vos, soldado, en la vuestra  
 La goma destos bizarros,  
 Que con los bigotes cuentan  
 Las pestañas de los ojos.

TEODORA.

¿Sois lampiño por herencia,  
 O no han llegado los años  
 Que los labios os guarnezcan?

MARÍA.

No sé, ¡por Dios! Sólo sé  
 Que abriéndole el pecho en Grecia  
 A Aristómenes, le hallaron  
 Con cabellos.

TEODORA.

A esta guerra

Iremos juntos los dos,  
 Si vuestra correspondencia  
 Paga mi amor.

MARÍA.

Yo no tengo

Camarada; que me deja



Una que saqué de España,  
Porque Céspedes en ella  
Le mató un pariente suyo.

TEODORA.

Yo soy hombre que pudiera  
Acompañar á Alejandro  
Por la espada y la nobleza:  
Si os queréis servir de mí,  
Yo tengo dos damiselas  
En habla, y os quiero dar  
La más agarbada dellas.

MARÍA.

Acepto y os doy la mano.

TEODORA.

Salvo el guante; y sea eterna  
Nuestra amistad.

MARÍA.

¿Dónde están

Esas ninfas?

TEODORA.

Aquí cerca.

MARÍA.

¿Son interesantes?

TEODORA.

No.

Y á los dos, cuando lo fueran,  
¿Habían de desdorarlos?

MARÍA.

Sí; mas ¿no hay criada ó dueña?

TEODORA.

Cierta moza bufoniza  
Y pide para chinelas;  
Mas dalle un bofetada  
En entrando por la puerta.

MARÍA.

Eso dejadlo á mi cargo;  
Que si la que veis le asienta,  
No ha de pedir en su vida,  
Ni con bufa ni sin ella.  
Oid, ¿qué colores tienen?

TEODORA.

Una blanca, otra morena.

MARÍA.

La morena quiero yo.

TEODORA.

¿Sois amigo de pimienta?

MARÍA.

Soy bellaco.

TEODORA.

Ya os entiendo.

¡Oh, plega á Dios que no duerman!

MARÍA.

No importa, que vos y yo  
Sabremos dormir sin ellas.

TEODORA.

Creo que me ha conocido.

MARÍA.

Si aquíste lleva sospecha,  
Sospecho que en la posada  
Remite el pleito á la prueba.

Vanse, y salgan cuatro ó seis villanos con armas.

VILLANO 1.º

Por aquí dicen que van.

VILLANO 2.º

Sí, que ya marchando vienen.

VILLANO 3.º

¿Conoces los que la tienen?

VILLANO 2.º

Un Céspedes y un Beltrán  
Muy preciados de valientes.

VILLANO 4.º

Conózcolos como á mí.

VILLANO 1.º

Á Brígida, en fin, perdí;  
Tened lástima, parientes.

VILLANO 2.º

Sin duda la han deshonrado.

VILLANO 1.º

No sé; pero ¡voto al sol,  
Que si el marrano español,  
Aunque valiente soldado,  
No me la vuelve tan sana  
De quebradura y de pelo,  
Como la llevó, que el suelo  
Goce su sangre villana!

VILLANO 4.º

Soldados marchan; si es él,  
Júntese toda la aldea.

Salen Beltrán y Céspedes con un peto y rodela.

BELTRÁN.

El César pasar desea.

CÉSPEDES.

Está mirando el laurel  
De la otra parte del río;  
Parte á saberlo, Beltrán.

BELTRÁN.

Yo voy.

VILLANO 3.º

¡Bravo capitán!

VILLANO 4.º

Mirad que hacéis desvarío  
En tomaros con este hombre.

VILLANO 1.º

Puesto que un Miércoles sea,  
¿Qué ha de hacer contra una aldea?

VILLANO 4.º

Ayer ganó fama y nombre  
De bravo machucador;  
Que dicen que una puñada  
Dió á una acémila cargada,  
Con ser del Emperador,  
Porque le pisó en un pie,  
Y le hundió de suerte un anca,  
Que está derrengada y manca.

CÉSPEDES.

¿Qué gente?

VILLANO 1.º

¿Ya no lo ve?

Eche acá la moza lugo.

CÉSPEDES.

¿Qué moza?

VILLANO 1.º

Brígida.

CÉSPEDES.

¿Aquella

Que me sirve?

VILLANO 1.º

Aquí por ella

Viene Lorenzo Tortugo,

Que está medio desposado.

Y ¡por Dios, échela acá,

Porque si no, llevará

No tortas ni pan pintado!

CÉSPEDES

Llegaos acá.

VILLANO 1.º

Veme aquí.

CÉSPEDES.

¿Sois muy tieso de cabeza?

VILLANO 1.º

Bien puedo con esa pieza

Romper un ladrillo.

CÉSPEDES.

¿Ansí?

Dale una puñalada.

Pues ¡tomad!

VILLANO 2.º

¡Ay, que le ha muerto!

VILLANO 3.º

¡A él todos!

CÉSPEDES.

¡Oh, villanos!

VILLANO 4.º

Aquí no valen las manos,

Los pies será lo más cierto.

CÉSPEDES.

¡Bajad, pícaro, bajad!

VILLANO 4.º

¡Pardiez, Céspedes, no quiero;

Que tenéis manos de acero

Y sacodís sin piedad!

Sale Beltrán.

BELTRÁN.

¿Qué es esto?

CÉSPEDES.

Toda una aldea

Conjurada contra mí.

BELTRÁN.

Y ¿fué por Brígida?

CÉSPEDES.

Sí.

Pero ¿quién habrá que crea

Los que he dejado tendidos?

BELTRÁN.

El ejército alojado

Tiene el de Alba, y bien formado

En escuadrones lucidos,

Las estancias repartidas;

A lo que ves se previene.

CÉSPEDES.

El divino César viene.

BELTRÁN.

Déle el cielo nuestras vidas.

Sale con grande acompañamiento y música  
el Emperador.

EMPERADOR.

Con justa confianza

Que me habéis de ayudar, Señor eterno,

Á tan justa venganza,

Pues yo sé que las puertas del infierno,

Que vuestro pie quebranta,

Se rendirán á vuestra Iglesia santa,

Emprendo esta jornada;

Que bien pudo en las aguas deste río,

Rompiéndole la espada,

Anegarse el egipcio poderío,

Y los cristales puros

Del agua, alzarse en transparentes muros.

¡Levantad vuestra mano,

Y juzgad vuestra causa, Señor mío!

Sale el Duque de Alba y un labrador.

DUQUE.

Ya, César soberano,

Traigo para saber el vado al río

Este villano diestro.

EMPERADOR.

¿Sabes el vado?

LABRADOR.

Ya, señor, le muestro;

Pero es río profundo

El Albis, no querrá pasar la gente.

CÉSPEDES.

Estando yo en el mundo,

¿No ha de haber quién?

EMPERADOR,

¡Oh Céspedes valientel

CÉSPEDES.

Parte, y enseña el vado;

Que yo le pasaré delante armado.

Españoles, ¿quién quiere

Ganar la fama y honra celebradas,

Vida que nunca muere?

Pasemos en la boca las espadas,

Que á todo aqueste río,

Se beberá la sed del honor mío

Albis, tus aguas puras

Levanta, á ver de Céspedes el pecho;

Con César van seguras

Las barcas, á quien viene el mar estrecho.

Su fortuna nos salva

Y el divino valor del Duque de Alba.

Saque Beltrán la espada.

BELTRÁN.

Pues yo, señor, te sigo

Como al león del mar el pez pequeño;  
Que no temo contigo  
Fiera Caribdis ni tostado leño.  
Recibe, río, un hombre  
A quien tus aguas hoy bautizan nombre.

Sale D. Hugo.

HUGO.

Perdona, vida breve,  
Que te quiero vender por larga fama.

Sale D. Diego.

DIEGO.

Si es que el ejemplo mueve  
A quien la sangre de sus padres llama,  
Albis, el cuarto llego;  
Que tú eres agua, y mi valor es fuego.

DUQUE.

¡Valor notable ha sido!  
Tras los cuatro españoles, seis se arrojan.

EMPERADOR.

El vado va crecido,  
Mas no por eso del furor se enojan.

DUQUE.

A las barbas les llega,  
Mas no en sus aguas su valor se anega.

A los diez españoles,  
Que van con las espadas en la boca,  
Sirviéndoles de soles,  
Siguen caballos ya.

EMPERADOR.

La furia es poca

Del enojado río  
Contra el valor de su arrogante brío.

¡Al arma, caballeros!  
¡Viva la Iglesia, mueran sus contrarios!

DUQUE.

Si sacáis los aceros,  
No serán los del mundo necesarios.

EMPERADOR.

El Albis nos reciba,  
Duque, á los dos.

DUQUE.

¡La fe de Cristo viva!

Sale el duque Juan Federico, caja y la gente  
que pueda, y Alberto, capitán.

JUAN.

¿Que al Albis se atrevió Carlos de Gante?  
CAPITÁN.

Pues ¿no le ves, señor, pasando el río,  
Despreciar sus corrientes arrogante?

JUAN.

En ellas, capitán, vencer confío  
Esta furia de España, dilatada  
Sobre las alas del bizarro brío.

CAPITÁN.

«Dejadme allá pasar, y á la tornada»,

Dijo Leandro al fiero mar de Abido.  
«Mostrad en mí vuestra soberbia airada».

Así lo dirá Carlos atrevido.

Mas ¡vive Dios, que una soberbia roca  
Se hubiera al agua y su valor rendido!

Los soldados, las armas en la boca,  
Vienen pasando el vado.

JUAN.

¡Cosa extraña!

CAPITÁN.

Y aun les parece la corriente poca.

JUAN.

¿Cúya será tan belicosa hazaña?

CAPITÁN.

Españoles serán, que tales hechos  
Sólo fueran del ánimo de España.

Ya nadan los caballos, y los pechos  
Bordan de espuma; todo el campo pasa.

JUAN.

Prueben las municiones y pertrechos.

¡Tira, derriba, asesta, mata, abrasal

CAPITÁN.

Ya dan las balas en el agua, y mueren.

JUAN.

Serán de muchos la postrera casa.

Sale Céspedes con D. Diego en los hombros, herido.

CÉSPEDES.

Ánimo, caballero, que se adquieren  
Con el valor los generosos nombres.

CAPITÁN.

Los nuestros huyen.

JUAN.

Pues yo haré que esperen.

Vanse el Duque, Alberto y capitán.

DIEGO.

De verme desmayado no te asombres,  
No por la herida que me pasa el brazo,  
Que no soy yo de los cobardes hombres.

En el agua caí de un mosquetazo;  
Levantásteme, Céspedes valiente,  
Y me sacaste con estrecho abrazo.

Hiciste de tus fuertes hombros puente

Por donde vine libre á la ribera,

A pesar de la rápida corriente;

Pero quisiera yo que sucediera

Más próspero mi intento, y que llegara

Con tal salud, que pelear pudiera.

Conozco que te debo la más cara

Prenda del hombre, que es la propia vida,

Y en debértela á ti, mi honor repara.

CÉSPEDES.

Pésame ¡vive el César! de tu herida;

Pero si tú pasabas á mi lado,

No me agradezcas verla defendida;

Que hombre que tuvo pensamiento honrado

De ir al lado de Céspedes, agora,

Muerto primero yo que tú anegado.

Y dejando esta causa por autora  
De mi favor, no basta ser de España  
Y de la parte que mi ausencia llora.  
¿Eres noble? Mal dije, que esta hazaña  
Me dice tu nobleza fácilmente.

DIEGO.

Nobleza tengo, y soy de la Montaña;  
Es mi nombre don Juan de Ávila-Fuente;  
Vine á servir al César, que en mi casa  
Sólo me llaman el mayor pariente:  
Si vivo, vos veréis....

CÉSPEDES.

La furia pasa  
Del español ejército adelante,  
Con que al contrario á fuego y sangre abrasa.

Sale Beltrán desnuda la espada.

BELTRÁN.

Cuando ya como rayo penetrante  
Discorre el César por el campo armado,  
Nuevo Marte vestido de diamante,  
Y espera el duque Federico airado  
Los picos de las águilas que tienen  
El escudo de España coronado,  
¿Los soldados heridos te entretienen?

CÉSPEDES.

Más quiero yo la vida de un amigo  
Que cuantas honras del contrario vienen.

BELTRÁN.

Pues ¿es tu amigo aquéste?

CÉSPEDES.

Si conmigo  
Pasó á morir, ¿no es digno deste nombre?  
Mas ven á pelear.

BELTRÁN.

Tus armas sígo.

CÉSPEDES.

Quedaos entre estos sauces, gentilhombre;  
Que volveré por vos si quedo vivo.

DIEGO.

¿Pasó por mis desdichas algún hombre?

Si tanto bien de Céspedes recibo,  
Inhábil ya para venganzas quedo!  
De toda acción me desengaño y privo.

Si vida me quitó, responder puedo  
Que la vida me dió para que tenga  
En mis ejemplos la venganza miedo.

Mata su misma vida el que se venga,  
Como se viera en mí si le matara;  
Que ignora el hombre el bien que le convenga,  
Y si el mal le deleita, en él repara.

Salen con las espadas desnudas, tras algunos  
soldados extranjeros, Teodora y D.<sup>a</sup> María.

MARÍA.

¡Sacude fuerte, don Juan,  
Que son herejes!

TEODORA.

¡Por Dios,

Que ensarto de dos en dos  
Con ánimo de un Roldán!

SOLDADO 1.<sup>o</sup>

¡Ah, perros barbigonientes!

MARÍA.

¡Fuera, gallinas barbados!

TEODORA.

Muy bien van descalabrados.

SOLDADO 2.<sup>o</sup>

¡Marranos, infames!

TEODORA.

¡Mientes!

MARÍA.

Otro se nos queda aquí

Van á dar á D. Diego.

TEODORA.

¡Dale!

DIEGO.

Tened, caballero;  
Que soy español.

MARÍA.

Mi acero

Todo se envainaba en ti.

¿Qué haces de aquesta suerte?

DIEGO.

Estoy tan de muerte herido,  
Que Céspedes ha podido  
Sólo entretener mi muerte.

MARÍA.

¿Céspedes? Aquí me paro.

TEODORA.

Y yo con toda mi hacienda;  
Que engañándose esta prenda,  
Todo el sentido reparo

MARÍA.

Espera, don Juan, ¡por Dios!  
Retirate un poco allí.

TEODORA.

Retirarme

DIEGO.

¡Ay de mí!

MARÍA.

Hablemos bajo los dos;

Que ya vengo á conocer  
Que eres tú, porque el soldado  
De quien vengo acompañado  
No entienda que soy mujer.

DIEGO.

¡Ay, señora, y qué castigo  
Me ha dado tan justo el cielo  
De aquel mi engañado celo!

MARÍA.

¡Que estoy hablando contigo!

¡Que te miro con piedad!

¡Que quisiera en esa herida

Poner, don Diego, la vida,

Y del alma la mitad!

¡Que estés de snerte, que abone  
Amor el verte vivir!

Creo que te has hecho herir  
Para que yo te perdone.

¿Adónde tienes la herida?

DIEGO.

En el brazo que intentó  
Matar á tu hermano.

MARÍA.

Y yo

En ella pongo la vida.

DIEGO.

De Céspedes iba al lado  
Cuando el balazo me dieron,  
Con que las aguas pudieron  
Rendir mi pecho turbado.

Vióme caer, y volviendo  
Por mí, que ya iba tragando  
Sangre, muerte y agua, alzando  
Mi cuerpo, y el hombro haciendo

El puerto en que me salvé,  
Á la orilla me sacó:

¡Mira á quién mataba yo!

MARÍA.

Dicha para entrambos fué:

Para tí, pues que viviste;  
Para él, pues te ha obligado,  
Y para mí, que he cobrado  
El honor que me ofendiste;

Que dejar una mujer,  
Aunque falte obligación,  
Ya deja de su opinión  
Sospechas que puede ser.

Ven conmigo, que yo tengo  
Donde puedas alojarte;  
Yo misma quiero curarte.

DIEGO.

Desa suerte, á un tiempo vengo

Á cobrar cuanto perdí.  
Disimula con don Juan.

TEODORA.

¿Qué es lo que tratando están?

MARÍA.

Don Juan, yo he topado aquí  
De la patria un grande amigo;  
Al alojamiento vamos.

TEODORA.

Eso será si le hallamos;  
Mas venid los dos conmigo,  
Que yo tengo dónde esté.

MARÍA.

¿Sabe quién eres mi hermano?

DIEGO.

No, que obligado á su mano,  
Con otro nombre le hablé.

MARÍA.

¿Guardaste el justo decoro  
Á su valor?

DIEGO.

Este día  
Seremos, doña María,  
Tú Angelica, y yo Medoro.

Váyanse los dos.

xii

TEODORA.

El corazón nunca miente:  
¡Vive Dios, que presumiera  
Que era mujer, si no viera  
Que es tan bizarro y valiente!  
Pero ¿cómo puede ser  
Valiente? Mas ¿por qué no?  
Pues que también lo soy yo,  
Y pienso que soy mujer.

Vase.

Sale el Emperador con el de Alba.

EMPERADOR.

Á Dios se debe la gloria.

DUQUE.

Y después dél, gran señor,  
A vuestro inmenso valor,  
Digno de eterna memoria.

EMPERADOR.

En fin, ¿que Juan Federico  
Queda vencido?

DUQUE.

En mirando  
Vuestras águilas volando,  
Tembló su dorado pico.

EMPERADOR.

Mil escudos le daréis  
Al villano que enseñó  
El vado.

DUQUE.

Bien mereció  
Que su humildad estiméis.  
¿Y á los que el Albis pasaron  
Con las armas en la boca?

EMPERADOR.

Honrarlos á los dcs toca,  
Pues como estrellas guiaron:  
Dad á los nobles oficios,  
Y á los que no, cubrid de oro.

DUQUE.

De Céspedes el decoro,  
Los públicos sacrificios  
Que de su sangre os ha hecho,  
Bien merece en justo pago  
Un hábito de Santiago.

EMPERADOR.

Honre su valiente pecho  
Luego que á Castilla vamos.  
¿Qué ruido es ése?

SOLDADO.

Haber preso

Al Duque.

EMPERADOR.

¡Extraño suceso!  
Hoy la victoria gozamos.

Salen Céspedes, D. Hugo y el Duque, preso,  
con una herida en el rostro, y Beltrán.

CÉSPEDS.

Invictísimo Príncipe, aquí tienes

29

Preso á Juan Federico.

DUQUE.

¿Quién pudiera  
Dar al Emperador tan gran presente  
Sino esas manos, Céspedes valiente?

JUAN.

Potentísimo Príncipe, ya vengo  
Por prisionero vuestro, y reconozco  
Vuestro inmenso valor.

EMPERADOR.

¿Agora, Duque,  
Ayer Carlos de Gante me llamábades,  
Y agora vuestro Príncipe? ¡Quitalde  
De mis ojos!

JUAN.

Yo espero en esas manos  
Perdón de mis errores.

DUQUE.

Ya no queda  
En Alemania quien se atreva ó pueda  
Al divino valor de vuestro brazo.

EMPERADOR.

Enviad luego un secretario, Duque,  
Que la justa sentencia notifique.

DUQUE.

¿De qué, señor?

EMPERADOR.

De muerte en teatro público.

Vase.

DUQUE.

Haráse así, para escarmiento justo.  
Vos, don Hugo, servid de secretario,  
Y Céspedes y vos venid á verme,  
Que os quiere honrar el César de dos hábitos.

DON HUGO.

Levanta mi humildad Vuestra Excelencia.

DUQUE.

Venid, porque se escriba la sentencia.

Vanse, y quede Céspedes.

CÉSPEDES.

Nací en España; el reino de Toledo  
Me dió la luz del cielo más templado;  
Sangre noble me dió un abuelo honrado,  
Y un padre á quien el mayorazgo heredo:

El Cielo aquestas fuerzas con que puedo  
Tener un carro y un molino airado.

Dí muerte á Pero Trillo, fuí soldado,  
Y nunca á fuego y hierro tuve miedo.

Rompí del Albis los deshechos hielos,  
Carlos y el de Alba á mi valor se inclinan,  
Dí á Italia envidia, y Alemania celos.

Rompí, vencí, maté cuantos me indinan,  
Y una pasión de amor, y unos ojuelos,  
Me prenden, matan, vencen y afeminan.

Sale Teodora rebozada.

TEODORA.

¿Está Céspedes aquí?

CÉSPEDES.

¿No me veis?

TEODORA.

Qué, ¿vos lo sois?

CÉSPEDES.

¿Paréceos que pequeño  
Para tan grande opinión?

TEODORA.

Pensé que érades gigante.

CÉSPEDES.

Algunas veces lo soy,  
Si no en el cuerpo, en la fuerza.

TEODORA.

¡Válame Dios, que sois vos!

BELTRÁN.

Soldado, con ese estilo  
Nadie habló con mi señor,  
Que Beltrán no le asentase  
Cintarazo ó mojicón;  
Y en ausencia de mi amo  
Pégolos tan buenos yo,  
Que pueden pasar por suyos  
Como versos de otro autor.  
Con el sombrero en la mano  
Y con mucha sumisión,  
Le habla la gente honrada.

TEODORA.

Los que vienen de cuestión  
No miran comedimientos.

CÉSPEDES.

Á no ser vos español,  
No hubiera sufrido tanto,  
Que respeto á mi nación.  
¿Qué cuestión queréis conmigo?

TEODORA.

Aquesta noche los dos  
Nos habemos de matar.

CÉSPEDES.

¿Yo con vos?

TEODORA.

Conmigo vos.

CÉSPEDES.

Estoy.

TEODORA.

¡Céspedes, detente,  
Que basta decir: «Estoy»,  
Para que me caiga muerte!

CÉSPEDES.

¡Cielos, conozco esta voz!

TEODORA.

Teodora soy, ¿qué me miras?

CÉSPEDES.

¡Deténgase el corazón  
Aunque le llamen los brazos!  
¿Qué es esto?

TEODORA.

Á buscarte voy  
Desde Flandes desta suerte.

CÉSPEDES.

¿Hay tal hazaña de amor?

BELTRÁN.

Señor, déjame abrazalla;  
Que á la fe, que me costó  
Más de un mes de noches malas.

TEODORA.

En fin, Beltrán, qué, ¿llegó  
Tu pensamiento á asentarme  
Cintarazo ó mojicón?

BELTRÁN.

Perdona, señora mía.

CÉSPEDES.

Yo no te daré perdón  
De que me quites hablarla.

TEODORA.

En la batalla de hoy  
Te he visto hacer mil hazañas.

CÉSPEDES.

De aquí don Hugo partió:  
¿Qué hemos de hacer si lo sabe?

TEODORA.

Traigo en guarda de mi honor,  
¿Quién piensas? Tu mismo hermano,

CÉSPEDES.

¿Hermano mío?

TEODORA.

¡Pues no!

Y en las fuerzas tu retrato.

CÉSPEDES.

Una hermana tengo yo  
Sola en el mundo, Teodora.

TEODORA.

Pues no dudes, que ¡por Dios,  
Que me parece mujer,  
Y que sólo su valor  
Me ha quitado de los ojos  
Aquesta imaginación!  
También un don Diego herido,  
Que tiernamente abrazó,  
Me dió un poco de sospecha.

CÉSPEDES.

¿Qué don Diego?

TEODORA.

Uno que hoy

Hirieron pasando el Albis.

CÉSPEDES.

Luego ¿es el que saqué yo?

TEODORA.

Él lo dice, y su apellido  
Es Trillo.

BELTRÁN.

¡Trillo, señor!

¡Vive Dios, que con tu hermana  
Ha hecho alguna traición;  
Que Pero Trillo tenía  
En Almagro y Malagón  
Dos sobrinos!

CÉSPEDES.

Pues sin duda

Es éste el que me buscó.  
Alto, Beltrán, esto es hecho,  
Ya desencantado estoy:

Mi hermana doña María  
Nos ha quitado el honor.  
¡Afuera, que todo el mundo  
Abrasa Céspedes hoy!

TEODORA.

Ya me ha pesado de darte  
Nuevas de tal confusión;  
Pero repórtate, y mira.

CÉSPEDES.

¿Qué he de mirar?

TEODORA.

Tu valor.

CÉSPEDES.

¡Afuera, consejos vanos,  
Que despertáis mi dolor!  
¡Aguarda, cobarde Trillo;  
Yo soy aquel mismo, yo,  
Que á Pero Trillo, tu tío,  
Maté con mucha razón!  
Eso mismo haré de ti.

BELTRÁN.

Déjale, que está feroz.

TEODORA.

¿Qué secretos no dijeron  
Mujeres, vino y amor?

Salen D. Hugo y el Duque de Alba.

DUQUE.

El César presumió que tomaría  
Esta ciudad, queriendo Federico,  
Pues ya preso y vencido le tenía.

HUGO.

Apenas, gran señor, la vista aplico  
Al papel en que viene la sentencia  
En que al Duque la muerte notifico,

Cuando, sin verse alguna diferencia,  
Escucha que le digo desta suerte:  
«Carlos, Emperador por la clemencia  
Divina, condenamos á la muerte  
Al duque Federico, y que le sea  
Ejecutada en público, de suerte  
Que el uno y otro ejército la vea.»

DUQUE.

¿Qué respondió?

HUGO.

Pidió un ajedrez luego,

Y púsose á jugar.

DUQUE.

¿Quién hay que crea

Tan gran valor?

HUGO.

Después, oyendo el ruego  
Del de Cleves, de Alberto y rey Fernando,  
Con más valor que el macedonio griego  
Le dió perdón el César, ayudando  
Con tierno llanto su mujer Sibila,  
Así Carlos, las guerras acabando,  
Los enemigos de la fe aniquila.

Ruido dentro.

DUQUE.

¡Hola! ¿Qué ruido es éste?  
 ¿Cuando ya la paz envaina  
 Las espadas de la guerra,  
 Relucen blancas espadas?

HUGO.

Será sobre los despojos;  
 Porque es la riqueza tanta  
 Que ha dejado el de Sajonia,  
 Que sobre el robo se matan.

DUQUE.

Vayan á saber lo que es,  
 Que si parece la causa,  
 ¡Por vida del César....

Sale Céspedes, la espada desnuda, y Beltrán á su lado; Mendo y D. Diego del otro, y Teodora y doña María á las dos partes.

DIEGO.

Tente,  
 Céspedes; que es gran ventaja  
 Reñir con un hombre herido.

CÉSPEDES.

Pues ¿yo he menester tomarla  
 Para un ejército de hombres?

HUGO.

Señor, toda la campaña  
 Lleva Céspedes delante.

DUQUE.

¡Agora que están las armas  
 Descansando en la victoria,  
 Céspedes, sacáis la espada?  
 ¿Qué es esto?

CÉSPEDES.

Sólo mi honor  
 Pudo obligarme á sacarla  
 Contra el soldado que veis.

DUQUE.

¿Por qué le habéis dado causa?

DIEGO.

Escuche Vuestra Excelencia;  
 Que en las más breves palabras  
 Que pueda diré mi historia,  
 Aunque es en suceso larga.  
 Yo soy don Diego de Trillo,  
 Á quien en esta jornada  
 El César hizo merced  
 De la verde cruz de Alcántara.  
 Á Pero Trillo, mi tío,  
 Céspedes mató en campaña,  
 Mientras yo, en pruebas de fuerzas,  
 Asistía con su hermana.  
 Vino á buscar la justicia  
 Á Céspedes á su casa;  
 Doña María, impaciente,  
 Quiso resistir la entrada.  
 Ayudéla á la defensa,  
 Murieron dos ó tres guardas,  
 Y herido el Corregidor,  
 Las letras rindió á las armas.  
 Acompañéla hasta Flandes

Con infinitas desgracias,  
 Pero siempre honestamente,  
 É ignorando hasta Alemania  
 La muerte de Pero Trillo,  
 Cuya sangre, á la venganza  
 Me incitó de tal manera,  
 Que desamparé su hermana.  
 Hiriéronme de un balazo,  
 Del Albis pasando el agua;  
 Céspedes sacóme en hombros,  
 Dióme la vida en la playa.  
 Curóme doña María,  
 Y en obligaciones tantas  
 Propuse ser su marido.  
 Céspedes, con arrogancia,  
 No se quiere persuadir  
 Á una disculpa tan clara.  
 Pues si al capitán don Hugo,  
 Siendo su huésped, agravía  
 Trayéndole desde Flandes  
 Á su hermana disfrazada,  
 ¿Por qué los yerros ajenos  
 Con tanta furia le cansan,  
 Y de los propios se olvida?

HUGO.

¿Á mi hermana? Espera, aguarda.  
 Céspedes, ¿vos me robasteis  
 Á Teodora, y yo mi casa,  
 Por orden de Su Excelencia,  
 Tan seguramente os daba?  
 ¿Esto se sufre en el mundo,  
 Señor? Para tales causas  
 Dadme licencia....

DUQUE.

Escuchaos;  
 Que á quien moviere las armas  
 Haré ¡por vida de Carlos!  
 Que le pase una alabarda.  
 Céspedes, ¿es esto así?

CÉSPEDES.

Honestamente miraba  
 Á Teodora, y ella diga  
 Si me partí sin hablarla;  
 Siguióme en aquestas guerras,  
 Siempre al lado de mi hermana.

DUQUE.

¿Quién es Teodora?

TEODORA.

Yo soy,  
 Y me confieso culpada  
 Si son culpas las de amor  
 De un hombre de tanta fama.

DUQUE.

Y ¿quién es doña María?

MARÍA.

Con tanto temor se halla  
 De haber la prisión quebrado,  
 Rejas, cadenas y guardas,  
 Por los dos soldados muertos,  
 Que no siendo perdonada  
 No dirá á Vuestra Excelencia



Que soy yo.

DUQUE.

¿Quién os culpa

De tal valor, y en defensa

De Céspedes?

MENDO.

Cuando tratas

De ser ángel destas paces,

Generoso Duque de Alba,

Que Céspedes me perdone

Con tu autoridad le manda;

Que soy quien matarle quiso.

BELTRÁN.

Y á Beltrán, por sus hazañas,

Manda, señor, darle premio.

DUQUE.

Dos mil escudos señala

El César á los que el Albis

Pasaron.

BELTRÁN.

Pasen tus armas

Al polo opuesto, que adore

Los cuadros de azul y plata.

DUQUE.

Céspedes, dad á Teodora

La mano; que á vuestra hermana

Ya se la ofrece don Diego.

CÉSPEDES.

Y ser vuestro gusto basta.

DUQUE.

Senado, si ver queréis

De Céspedes las hazañas

Hasta su famosa muerte

En la guerra de Granada,

Para la segunda parte

Os convido; que aquí acaba

La primera, y no el valor

De Céspedes, flor de España.



## EL ALDEGÜELA <sup>(1)</sup>

---

(1) Conócese también con los títulos de *Más mal kay en la aldegüela de lo que se suena*, y *El Hijo de la Molinera y Gran Prior de Castilla*.



# EL ALDEGÜELA

## PERSONAS

DON FADRIQUE  
MARCELO.  
ANTÓN.  
TORIBIO.  
CHAMORRO.  
ALEJO.

BENITO.  
MARÍA.  
TERESA.  
FELIPA.  
FLORO.  
UN ESCRIBANO.

DON FRANCISCO.  
JACINTO.  
LA DUQUESA.  
ELVIRA.  
NUFLO.

## JORNADA PRIMERA.

Salen Antón, Toribio, Chamorro, Alejo, Teresa  
y Felipa.

TORIBIO.  
Aun cerrado está el molino.

ANTÓN.  
Siempre dichoso he llamado  
Al que duerme descuidado:  
Que cantemos determino,  
Llamándola como al sol  
Las aves entre las ramas,  
Que en el viento les dan camas

TORIBIO.  
Ya se muestra su arrebol  
Y el alba cansada suda,  
Que al huir del sol se altera.

ALEJO.  
Yo entendí que el alba fuera  
Valiente, porque era muda;  
Que jamás los habladores  
Lo fueron.

ANTÓN.  
Ya me parece  
Que el compás el río ofrece  
A los dulces ruiseñores,

Culpando nuestra tardanza  
En cantar.

FELIPA.  
Donoso está,  
Y el verde valle le da  
Pronóstico de esperanza.

Salen D. Fadrique, con gabán, y Marcelo, en cuerpo,  
y Floro.

MARCELO.  
¡Grande madrugar ha sido!  
DON FADRIQUE.  
Bien me puedes disculpar;  
Que no puede madrugar  
El hombre que no ha dormido.

FLORO.  
Las memorias cortesanias  
Te obligan á que no duermas.  
DON FADRIQUE.  
Cansado de esas enfermas,  
Busco memorias más sanas.

MARCELO.  
Luego de tu estado son  
Los cuidados que refieres.  
DON FADRIQUE.  
Aquí no nacen mujeres  
Con más gracia y perfección.  
Aunque añade á la hermosura  
El adorno más quilates,

De la fingida no trates  
 Cuando hay natural blancura;  
 Que los amantes perdidos  
 Que en cortesanas adoran,  
 Haz cuenta que se enamoran  
 De afeites y de vestidos;  
 Que si en la color reparas,  
 Que encierra (1) en solimán bello,  
 Y en el ajeno cabello,  
 Máscaras son, y no caras.  
 Venden con mil falsedades  
 Arrebozadas mentiras,  
 Y si las villanas miras,  
 Verás que venden verdades:  
 Desnuda está su belleza.  
 Las de escuderos y dón,  
 Yo digo que árboles son,  
 Que traen cara con corteza.

FLORO.

Algo apasionado estás.

DON FADRIQUE.

Floro, si el sujeto vieras,  
 Por culpado me tuvieras,  
 Si no lo estuvieras más;  
 Desde una torre la vi  
 De palacio.

MARCELO.

Pues ¿quién era?

DON FADRIQUE.

Marcelo, si lo supiera  
 No anduviera loco así.  
 A ver esta fiesta vengo  
 Por ver si en ella la veo;  
 Que con esto á mi deseo  
 Lo divierto y entretengo.

Entre la Aldegüela está  
 Y Santiago del Collado  
 Una ermita, y ha llegado  
 Hoy su fiesta; aquí vendrá  
 Lo mejor destas aldeas  
 Y las mozas de más brío;  
 Entre ellas verla confío.

FLORO.

Cesa el mal como la veas;  
 Que siendo tú su señor,  
 Que no se resista es fuerza.

DON FADRIQUE.

Quien busca gusto por fuerza  
 No tiene perfecto amor.

Que he de honralla te aseguro,  
 Y es justo, si en ella estoy;  
 Porque si el alma la doy,  
 Una duquesa procuro.

Si el amante se transforma  
 En lo honrado, honrarla es justo,  
 Y es acreditar mi gusto.

MARCELO.

¡Qué de argumentos que forma  
 Amor para sustentar

Su opinión!

FLORO.

Música suena.

MARCELO.

Divertirás si es buena.

DON FADRIQUE.

La pena suele aumentar.

Cantan:

Molinera hermosa y bella,  
 Ya ha salido el sol sin vos;  
 Pero no me ayude Dios  
 Si no me parece estrella.

Sale Benito, molinero, viejo, por una ventanilla.

Canta:

De envidioso se apresura  
 Sin dejaros levantar,  
 Por ver si puede alumbrar  
 Faltando vuestra hermosura.  
 Mas queda su luz oscura,  
 Que es de vuestro sol centella;  
 Tendió la madeja bella:  
 Salid, y alumbradnos vos.

DON FADRIQUE.

No cantan mal.

BENITO.

Buenos días.

TORIBIO.

¡Con qué descuido dormís!  
 ¿A la fiesta no venís?

BENITO.

Es gran fiesta entre las mías  
 El dormir; pero ya bajo.  
 Marica, el pueblo te espera.

CHAMORRO.

Si es muy larga la escalera,  
 Arrojaos por el atajo.

BENITO.

¡Arrójese Barrabás!

ANTÓN.

¡Oh, si saliese María,  
 Porque se alegrase el día!

FELIPA.

Perdido por ella estás.

ANTÓN.

Á belleza tan divina  
 El alma adorar se aplica.

BENITO.

Limpia el avantal, Marica,  
 Que va cubierto de harina.

Salen María y Benito

MARCELO.

Más blanco parecerá  
 Desafortunado; no os dé pena.

TERESA.

Salgáis en hora tan buena  
 Como venís.

(1) En la Parte 42 de *Comedias Escogidas*, «en cera».

ANTÓN.  
¿Qué será?

MARÍA.  
Teresa, Felipa, ¿tanta  
Merced?

FELIPA.  
Forzoso será  
Llevarte, que sin ti está  
Triste la más verde planta.

MARÍA.  
Vergüenza me da el favor.  
ANTÓN.  
Y así que el sol resplandece,  
Que gozar tu luz merece.

DON FADRIQUE.  
Marcelo..... Floro.....  
FLORO.  
Señor.....  
DON FADRIQUE.  
Ésta es la mujer que vi.

MARCELO.  
Es bella.  
CHAMORRO.  
La gente espera.

FLORO.  
Molióte la molinera.  
DON FADRIQUE.  
Sin alma estoy, ¡ay de mí!  
Ved si me culpáis agora.  
Si en belleza tan divina  
Es solimán la harina,  
¿Qué princesa, qué señora  
Puede igualarse con ella?  
Si de vella pobre os pesa,  
Consideralda duquesa,  
Y os parecerá más bella.  
Vamos.

ALEJO.  
Á la ermita guía.  
DON FADRIQUE.  
No los sigáis; esperad.  
TERESA.  
Antón, si podéis, cantad  
Alabanzas á María.

Cantan:

Linda molinera,  
Moler os vi yo,  
Y era la harina  
Carbón junto á vos.

Vanse.

DON FADRIQUE.  
No sé si falta el sol, ó si María;  
Sólo conozco que sin luz me quedo;  
Quisiera no querer, pero no puedo,  
Que es ciego amor, y como ciego guía.  
Ya de dos Albas duque ser podría,  
Que este nombre á María le concedo;

Siga el sol de la Casa de Toledo,  
Alba, si bien tan blanca, no tan fría.  
En ti suple la sobra de hermosura  
La falta del estado tan indino,  
Y así, adorarte no será locura.  
Rica en dones del alma te imagino,  
Y así, mi alma mientras viva jura  
Que no le falte presa á tu molino.

Vanse.

Salen Antón, Toribio, Alejo, Chamorro, Benito,  
Felipa, Teresa, María y músicos.

Cantan:

Salteáronme los ojos  
De la mozuela:  
Diles más que pedían.  
¿De qué se quejan?  
Érase la niña  
Libre de las penas  
Que el amor me causa,  
Porque vine á verla.  
Era yo arrogante,  
Burlé de sus flechas;  
Pero destas burlas  
Vine á tantas veras.  
Vi los bellos ojos  
De la mozuela:  
Diles más que pedían.  
¿De qué se quejan?

ANTÓN.  
¡Oh, qué bien se echa de ver  
Que en el corro estáis, María!  
Porque todo es alegría,  
Gusto, alborozo y placer.  
No hay prado que no florezca,  
Que sois Flora que las cría;  
Arroyo que no se ría,  
Planta que no reverdezca.  
En compuestos escuadrones  
Retozan, del agua al són,  
Corderos, que á veces son  
Taracea sus vellones.  
Descansad, cobrad flores;  
Que ya les falta á las flores,  
Que aspiran del vuestro, olores,  
Color y fuerzas al viento.

MARÍA.  
Antón, mirad que os ofendéis  
La gracia de estas zagalas.

BENITO.  
Resquebraduras son malas  
En el lugar en que os veis.  
Á la puerta de la ermita  
Nos sentemos.

TORIBIO.  
¡Qué cansado  
Estáis!

BENITO.  
¿No veis que he bailado?

Y ¡por el agua bendita,  
Que le diera dos caídas  
Á bailar, veinte años ha,  
Al más fuerte que aquí está!

ALEJO.

Tenéis las fuerzas perdidas.

BENITO.

Desde que Nunfla finó,  
Mi mujer me ha consumido.

CHAMORRO.

Vos sois el primer marido  
Que tarde se consoló.

Yo, á consolarme me atrevo  
En dos horas.

BENITO.

Yo averiguo

Que estoy templado á lo antiguo,  
Y vosotros á lo nuevo.

Con Marica, su retrato,  
Me consuelo.

TORIBIO.

¿Á qué aguardáis,

Que la carne no encerráis

Antes que la coma el gato?

¿No veis que está comedera

María, y tan rico Antón,

Que á vueltas del corazón

Darle un tesoro pudiera?

ALEJO.

Benito, casalda luego  
Con Antón, que se dilata;  
Ved que con los ojos mata  
María, y que son de fuego;  
Y quizá podrán causar  
Muertes y daños mayores.

BENITO.

Tiene unos ojos doctores,  
Porque viven de matar.

El Duque y criados.

DUQUE.

Esta es la traza mejor  
Para hablarla.

MARCELO.

Vuecelencia

Haga al amor resistencia.

DON FADRIQUE.

No hay ninguna contra amor.

FLORO.

Pues es breve la esperanza,  
Puede alegrarse con ella.

DON FADRIQUE.

Quando la causa es tan bella,  
¿Quién no corre hasta que alcanza?

ANTÓN.

El Duque mosamo es.

ALEJO.

El más viejo le ha de hablar.

BENITO.

Si me toca ese lugar,

Yo me homillo ante sus pies.

Y será bien compezar

Por la confesión.

ALEJO.

Que no.

BENITO.

Pues más viejos hay que yo;

Vayan por otro al lugar.

ANTÓN.

Llegad todos, ¿qué aguardáis?

BENITO.

Á bulto yo hablaré.

ANTÓN.

Muy bien, gran señor, se ve

Que los humildes honráis,

Pues á nuestra pobre fiesta  
Venís.

DON FADRIQUE.

Basta. Levantad.

Rica desde hoy la llamad.

Pues tantas penas me cuesta.

¿De qué lugar sois?

TERESA.

Señor,

Del Aldegüela.

BENITO.

Yo no,

Ni mi hija, que nació

En ese arroyo que está

Donde se ve aquel molino.

DON FADRIQUE.

¿Posible es que nació en agua

La que tanto fuego fragua?

Luego ¿vos no sois vecino

Del Aldegüela?

BENITO.

Pues ¿ya

No se lo digo?

DON FADRIQUE.

Y ¿quién es

Vuestra hija?

MARÍA.

Á vuestros pies,

Humilde, señor, está.

DON FADRIQUE.

Alzad, señora, del suelo;

Que es bárbara cortesía

Que esté á mis pies quien podría

Ser luz del octavo cielo;

Si por hazañas más bellas

No quiere ese cielo hacer

Que pueda alegre coger

Con las manos las estrellas.

Es deuda á cualquier mujer

Este estilo cortésano.

MARÍA.

Dejad que os bese la mano.

DON FADRIQUE.

Si por favor ha de ser,

Más vale que yo os la bese.

Algo descompuesto estoy,



Y no sé si nota doy.

Ya es forzoso que me pese

De que no la haya besado.

¡Oh, qué niño eres, amor,

Pues que pides por favor

Lo que por dueño me han dado!

No cese el baile por mí.

ANTÓN.

Antes, porque estáis delante,

Es bien que se baile y cante.

BENITO.

Venga acá, siéntese aquí.

Cantan:

Serranas del Aldegüela,

Las mañanicas de Abril

Al valle salen alegres,

Porque se empieza á reir.

Cuál hace verdes guirnaldas

De trébol y toronjil,

Y cuál coge maravillas,

Cárdeno lirio y jazmín.

Los zagales que las siguen

Por el natural jardín,

Dulces canciones le cantan,

Y dicen, bailando, así:

«Flores cogen las zagalejas, mas ¿para qué?  
Que ni lucen ni huelen ni tienen color,  
Con mejillas y boca de grana y clavel.»

Cae María á los pies del Duque.

BENITO.

¡Válgate Dios!

DON FADRIQUE.

¿Qué ventura!

Alzad, bella molinera,

De mi alma dulce esfera,

Que vuestro gusto procura;

Ved que vuestro esclavo soy:

Tened lástima de mí.

MARÍA.

De las palabras que oí,

Dudosa y confusa estoy.

¿Si el Duque me quiere bien?

Mas ¿cómo, si no es mi igual?

TORIBIO.

¿Sientes acaso algún mal?

DON FADRIQUE.

Mil gracias, amor, te den.

MARÍA.

No; mas á fe que podía,

Porque algo turbada estoy.

ANTÓN.

Yo sé que no has rezado hoy

El *Pater noster*, María.

MARÍA.

¿Cómo?

ANTÓN.

Escucha la razón:

No has pedido, aunque te quejes

Deste daño, el no nos dejes

Caer en la tentación.

MARÍA.

¿Húbola agora?

ANTÓN.

No sé.

DON FADRIQUE.

El sol, con rayos porfia

A partir por medio el día;

No es bien que en el campo esté.

FLORO.

Para la traza que has dado,

Es bien que te bajes luego.

DON FADRIQUE.

Basta de mi amor el fuego

En que me siento abrasado.

Volvamos á Piedrahita.

TERESA.

Y nosotros volveremos

Al Aldegüela.

ANTÓN.

Dejemos

Hasta la tarde la ermita.

Dadnos á todos los pies.

DON FADRIQUE.

Dios os guarde.

MARÍA.

Tierno mira:

Esta novedad me admira.

DON FADRIQUE.

Vuelve, Marcelo, después.

Vanse.

FELIPA.

¡Gallardo mozo!

TERESA.

Es brioso.

TORIBIO.

Y valiente como importe.

ALEJO.

Era el gallo de la Corte,

Más liberal y animoso.

MARÍA.

No doy crédito al oído;

Mejor me está que no sea,

Porque después no me vea

Sin mi honor y sin marido.

¿Mi esclavo un Duque? Que no;

Que no tengo calidad,

Aunque una gran voluntad

Los estados igualó.

CHAMORRO.

Después podemos volver

Cuando caiga el sol.

ANTÓN.

Bien dice:

Esta fiesta se autorice;

Que no nos ha de vencer

Santiago del Collado

En la fiesta y alegría.

MARCELO.

En vano el amor porfía (1).

Una palabra, hombre honrado.

BENITO.

¿Á mí?

MARCELO.

Á vos.

BENITO.

¿Qué me mandáis?

Confuso y turbado llego.

MARCELO.

El Duque os manda que luego

Á Piedrahita os partáis,

Porque os quiere hablar.

BENITO.

¡Á mí!

MARCELO.

Que partáis al punto importa,

Pues es la jornada corta;

Que él está esperando allí.

BENITO.

Ni le sirvo ni le ofendo.

¿Qué me puede á mí mandar?

MARCELO.

Él lo dirá en el lugar.

BENITO.

¡Por San Gil, que no lo entiendo!

Voy á traer mi jumento.

MARCELO.

Para que no os detengáis,

Manda que en mi mula vais;

Yo sé que vendréis contento.

BENITO.

Marica, vete al molino,

Cierra la puerta y espera.

MARÍA.

Pues, padre, ¿agora vais fuera?

BENITO.

Dos leguas son de camino.

MARÍA.

Irme al molino prevengo.

TORIBIO.

Por él el Duque envió.

BENITO.

Rézame, por sí ó por no,

Un rosario (2) mientras vengo.

MARÍA.

Amigas, el cielo os guarde.

TERESA.

La fiesta se ha descompuesto.

MARÍA.

Si vuelve mi padre presto,

Nos veremos esta tarde.

TERESA.

Dure el baile y alegría

Hasta volver al lugar.

(1) En la *Parte* 42,

Es mozo y amor porfía.

(2) *Mil rosarios mientras vengo.*

ANTÓN.

No es bien cantar y bailar

Adonde falta María.

Vanse.

Salen el Duque y Floro.

FLORO.

Acertada cosa ha sido;

Pues cuando al molino vuelva

La podrás hablar á solas.

DON FADRIQUE.

Jamás un amante acierta:

Temo que las labradoras,

Floro, han de venir con ella,

Porque alargue la esperanza

Y se acorte mi paciencia.

¡Oh, raras fuerzas de amor,

Que lo más fuerte desprecia!

¡Dejóme en la corte libre,

Y cautivóme en la aldea!

¡No fueras mi igual, serrana,

Ó, si bien no rica, fueras

Noble, vieras de mi amor

Una notable experiencia!

Tú fueras duquesa de Alba,

Porque tu sol la siguiera;

Que es bien que el alba y el sol

Muy corta distancia tengan.

FLORO.

Gente suena; aquí te esconde.

DON FADRIQUE.

Ya mi remedio se acerca,

Y porque viene María

El arroyuelo se alegra.

MARÍA.

Después que me he visto sola,

Varios temores me cercan,

Mil pensamientos asaltan

Á la voluntad inquieta.

Grande liga en la mujer

Es sin duda una Excelencia;

De dos horas á esta parte

Tengo achaques de duquesa.

Defienda el cielo mi honra,

De mí misma me defienda:

No volverá, y si no vuelve,

Lindo médico es la ausencia.

Mas, ¡ay Dios, gente hay aquí!

DON FADRIQUE.

Ladrones son, molinera,

Que por truco de favores,

Vienen á daros hacienda.

¡Ved qué hermoso saltear,

Pues que las suertes se truecan,

Que viene á daros el alma

Ese propio que os saltea!

MARÍA.

¡Ay, señor! ¿Vos sois?

DON FADRIQUE.

¿Quién pudo

Sino yo? que vuestras prendas  
 Piden á un Duque que os sirva  
 Por la sobra de belleza.  
 Más picado me tenéis,  
 Gloria mía, que la piedra  
 De vuestro molino, donde  
 Pueden ser almas las presas.  
 No imaginéis que os engaño,  
 Pues todo cuanto os prometa  
 Haré, si bien no se usa,  
 Pues mentiras se profesan.  
 Yo os sacaré del molino;  
 Que no quiero que se atreva  
 El polvo de la harina  
 Á encubrir tanta belleza;  
 No quiero que las pestañas  
 Hilos de algodón parezcan,  
 Que con molimiento (1) tardo  
 Descubren las niñas negras (2).  
 Haced cuenta que seréis  
 Señora del Aldegüela.  
 ¡Dadme esas manos!

MARÍA.

¡Teneos!

Mas ¡ay Dios! que tiene fuerza,  
 Y mayor en las palabras  
 Que en las manos, que en la lengua;  
 Como espada de dos filos,  
 Corta el velo á mi vergüenza.  
 No imagine, señor Duque,  
 Que soy yo de las doncellas  
 Que vergonzoso es decirlo,  
 Se rinden á las promesas;  
 Yo soy honrada, y estimo  
 Más mi honor que las riquezas.  
 Confieso que me agradáis,  
 Que melindres son de necias;  
 Pero cuando considero  
 Mi humildad y mi bajeza,  
 Conozco que es imposible  
 Que nuestro amor largo sea.  
 Vos os iréis á la corte,  
 Donde al punto se divierta  
 La memoria, y yo me quede  
 Para burla de mi tierra.  
 Por agora, idos con Dios;  
 Que ya basta, aunque me pesa  
 Haber dicho por agora,  
 Pues fué decirle que vuelva.

DON FADRIQUE.

El mucho amor que te tengo  
 Anima tu resistencia;  
 Que amor, dueño de imposibles,  
 Fáciles cosas desprecia.  
 ¡Por la cruz de aquesta espada  
 Y por la vida del César  
 Carlos quinto, por quien soy,  
 Que hasta la muerte te quiera!

MARÍA.

Palabras de enamorado  
 Andan en el aire en pena.

DON FADRIQUE.

Mira el alma por los ojos.

MARÍA.

Niñas son y bien travesas;  
 ¿Para qué decís que es alma?

DON FADRIQUE.

Para que la tengo en ellas.

MARÍA.

Parecéis molinero, amor,  
 Y sois moledor.

DON FADRIQUE.

Esta cadena y diamantes  
 Toma.

MARÍA.

¡Qué gentil afrenta!

¿No fio en vuestras palabras  
 Y he de fiar en las prendas?  
 De una cosa os aseguro  
 Por esa cruz: que os quisiera  
 Por vos, no por interés.

DON FADRIQUE.

Más me obligáis.

MARÍA.

Esto crea.

Guardad las joyas, y adiós;  
 Que para la vez primera  
 No está malo.

DON FADRIQUE.

En sólo un día

Que tardes, mi muerte llega;  
 Fía de mí.

MARÍA.

¿Todavía?

Mire que es cruel la siesta,  
 Quitese del sol.

DON FADRIQUE.

El tuyo

Me abrasa más y más quema;  
 Pero entremos á la sombra.

MARÍA.

¿Dónde?

DON FADRIQUE.

Al molino me lleva.

MARÍA.

¿Seréis cortesano?

DON FADRIQUE.

Sí;

Que mi amor no admite fuerza.

MARÍA.

Pues entrad: medrosa voy.

DON FADRIQUE.

¿Quiéresme bien?

MARÍA.

¡Tan apriesa!

DON FADRIQUE.

En amor no hay dilación.

MARÍA.

¿No es forzoso que le quiera

(1) En la *Parte* 42, «movimiento».(2) En la *Parte* 42, «bellas».

Por mi señor?

DON FADRIQUE.

¿Y no más?

MARÍA.

El callar doy por respuesta:  
Quien el fuego mete en casa,  
Mucho hará si no se quema.

Vanse los dos; queda Floro.

FLORO.

Discreta es la molinera;  
Y sobre tanta hermosura,  
La fe del Duque es segura;  
No me espanta que la quiera.  
Al fin por guarda he quedado  
A la puerta del molino;  
Ser el mastín determino  
Ya que está dentro el ganado:  
Por lo menos, él será  
Necio en perder la ocasión.

Sale Marcelo.

MARCELO.

Quimeras del amor son;  
A la puerta Floro está.

FLORO.

Marcelo, ¿qué hay de nuevo?

MARCELO.

¿Qué? (1)

Eso os pregunto yo á vos.

FLORO.

Aquí dentro están los dos;  
Otra cosa no la sé.

¿Y el padre?

MARCELO.

Ya volverá,

Porque es muy corto el camino.

FLORO.

Mas si llegase al molino

Cuando el Duque dentro está.....

MARCELO.

¿Qué importa? ¿No es su señor?

FLORO.

Un señor, aunque lo sea,  
No es bien que aguarde á que vea  
El vasallo el deshonor.

Debe el que es prudente honrarlos;  
Que aunque son villanos éstos,  
Los señores deshonestos  
Hacen traidores vasallos.

MARCELO.

Y el viejo, que no le ha hallado,  
¿Qué le dirá?

FLORO.

Digo yo

Que se excuse con que entró  
En Santiago del Collado

Por el calor que hacía.

MARCELO.

Al Duque importa avisar;

El amor le da lugar;  
Necio en perderle sería.  
Por aquel recuesto baja  
El viejo, á lo que imagino.

FLORO.

Antes que llegue al molino  
Corre, y los pasos le ataja.

Yo avisaré, mientras vas,  
Al Duque.

MARCELO.

Su enojo siento:  
¿No has sabido el mandamiento  
Éste de no estorbarás?

Sale Benito.

BENITO.

Yo he dado gentil caída,  
El diablo puede cogella;  
Con el freno se atropella.  
¡Jo galana, jo pulida!

No sé el nombre. ¿Que haré?  
Ella se vuelve al lugar;  
Al que me quiso burlar,  
Es bien que este pago dé.

Diz que el Duque me llamaba,  
Y no ha vuelto á l'iedrahita.  
¡Burlaos con la gentecita!

Y ¡qué prisa que me daba!

¡Oh, rebrame el diablo en ellos!

Nunca hablé de buena gana  
Con la gente cortesana,  
Todos bigotes y cuellos.

Aqué! es. ¡Que bien así,  
Así disimule y calle!  
¡Voto al sol, que estoy por dalle  
Dos pedradas desde aquí!

Sale Marcelo.

MARCELO.

Sin duda pasasteis ciegos,  
Pues quedaba el Duque atrás.

BENITO.

Váyase con Barrabás,  
Cortesano palaciego:

¿No tenía más que her  
Que burlarme el muy tacaño?

MARCELO.

Echad de ver si os engaño,  
Pues él mismo os viene á ver.

BENITO.

¿No se burla?

MARCELO.

No, ¡por Dios!

Porque la siesta ha pasado  
En Santiago del Collado,  
Y vuelve en busca de vos.

BENITO.

Quiero volver al Casar.  
¡El Duque! ¡Triste de mí!

MARCELO.

Del mismo, pues llega aquí,

(1) Á este verso le sobra una sílaba.

Os podéis presto informar.

Salen el Duque y Floro.

DON FADRIQUE.

¡Ay, mi bella molinera!

Loco de contento estoy;  
De nuevo el alma la doy,  
De quien es centro y esfera:

Otros, pasado el placer,  
Suelen quedar con pesar,  
Y yo, de velle pasar,  
Lloro y más vengo á querer.

Ninguna joya ha querido  
Más de la palabra mía  
De que siempre la querría.  
Amante y agradecido

Vengo; achaque he de buscar  
Para enriquecella agora.

BENITO.

Si quien vuestro gusto ignora,  
Gusto en algo os puede dar,

Decidme lo que tenéis  
Ó para qué me buscáis,  
Y aquí no me detengáis,  
Pues podéis lo que queréis.

DON FADRIQUE.

Alzad, amigo, del suelo.

BENITO.

Ya lo estoy.

DON FADRIQUE.

¿Cómo he de hablar?

Busco achaques para dar.  
Conozco vuestro buen celo,

Sé que sois hombre de bien,  
No necio ni impertinente.

BENITO.

No quitando lo presente.

DON FADRIQUE.

Y que sois cuerdo también:

Sabed que estoy empenado.

BENITO.

¡Dios le alumbre!

DON FADRIQUE.

Que no digo

Sino sin dinero, amigo,  
Porque en la corte he gastado  
En fiestas y travesuras;

Porque el retirarme importe,  
Que así mueren en la corte  
Muchas haciendas seguras;

Y quiero que mis vasallos  
Con sus haciendas me ayuden;  
Que si al desempeño acuden,  
Después me obligo á pagалlos.

Y vos, ¿qué haciendas tenéis?

BENITO.

En mí no hallaréis engaños:

Arrendado por tres años

Ese molino que veis;

Seis costales, un jumento,

Con perdón, cuatro cochinos  
Como vos....

FLORO.

¡Qué desatinos!

BENITO.

Esto aquí, y en mi aposento

Dos ó tres haldas de harina,  
Dos colchones y un jergón,  
Tres ollas, y un artesón  
Con una oveja en cecina.

María tiene dos patenas  
Que su madre la dejó;  
Estas fiestas las sacó;  
Viejas son, pero son buenas  
Si aquesto habéis menester,  
Vengan por ello al molino.

DON FADRIQUE.

Vuestra lealtad, imagino  
Que ejemplo me puede ser:

Premio Alejandro primero  
Que los estimados dones  
Tal vez sanas intenciones;  
Y así yo imitarle quiero.

Probar quise vuestra fe.

BENITO.

Veréis en esas probadas  
Mis entrañas declaradas.

DON FADRIQUE.

Pues bien es que premio os dé:

Vuestro es aqueste molino,  
Y porque ya viejo os veis,  
No quiero que trabajéis;  
Arrendalde á algún vecino,  
Y vivid en la Aldegüela,  
Donde dos casas os doy.

BENITO.

Bésoos los pies. ¡Loco estoy!

FLORO.

Sírvele el amor de espuela.

DON FADRIQUE.

Id luego por mil ducados  
Á mi palacio.

BENITO.

¿Qué espero?

DON FADRIQUE.

Más enriqueceros quiero:  
Dos hazas que en esos prados  
Hay, son vuestras.

MARCELO.

Bueno está.

DON FADRIQUE.

Muy corto pienso que quedo,  
Pues satisfacer no puedo  
Los bienes que amor me da.

Id á tomar posesión  
Al punto, de vuestra hacienda.

BENITO.

¿Quién puede haber que pretenda  
El daros satisfacción?

DON FADRIQUE.

Con él puedes ir, Marcelo:

Á vuestra hija llevad.

BENITO.

Aun no creo que es verdad  
El bien que me ha dado el cielo.

DON FADRIQUE.

Partid al punto los dos.

¡Ay, mi bien! ¡Ay, mi María!

BENITO.

No ha habido en la Duquería  
Otro duque como vos.

Vase.

Salen Toribio y Antón.

TORIBIO.

¿De qué puedes temer, siendo tan rico  
Y el mozo más gallardo de la aldea?

ANTÓN.

¿Qué importa, si m'is males certifico,  
Para que la esperanza incierta vea?  
Que no mira el amor en calidades  
Ni puede hallar el bien quien le desea.

Mil veces en las cortes y ciudades,  
Sin méritos se alcanza, y aun mentiras,  
Lo que se solicita con verdades.

Ya no se mueve el bien en firmes piras,  
Sino en frágiles cañas y quebradas;  
Le alcanza á veces el que lejos miras.

Estas vegas, de flores matizadas,  
Y esa de nieve cana altiva sierra,  
Ya de escuchar mi voz están cansadas.

Con ardides no más hace la guerra  
Amor, y tarde llega el dulce día  
De paz, que el pesar destierra (1).

Muchos zagales sirven á María,  
Si bien no ricos, mucho más dichosos,  
Con más ventura, no como la mía.

Icaro soy de soles tan hermosos,  
Pues me abrasan las alas de manera,  
Que quedan mis deseos temerosos.

TORIBIO.

Quien tanto los peligros considera,  
Cobarde debe ser; que el atrevido  
Alcanza más que no el medroso espera.

Que no, si miras bien, te ha respondido.  
¿Qué capotillo muestra á tres palabras  
Á quien puede elegir para marido?

¿No tienes tierras, donde á tiempo labras  
Con propios bueyes, y por esos cerros  
Verdugos de las flores son tus cabras?

Ovejas tienes, que animosos perros  
Guardan, y al alba tus cerriles vacas  
Le dan la bienvenida con cencerros.

De todo á tiempo dulce fruta sacas:

¿Por qué te quejas ya de tu ventura,  
Si tú mismo te animas y te aplacas?

Mira que es peligrosa la hermosura;  
Fidela presto al padre, y por tercero,

(1) Este verso no consta. En la *Parte 42* falta este trozo, como otros muchos.

Pues es medio pariente, vaya el cura.

ANTÓN.

Tu parecer, Toribio, considero;  
Así lo quiero hacer.

Salen Chamorro, Teresa y Felipa.

CHAMORRO.

Yo no lo entiendo.

FELIPA.

¿Á qué puede venir el caballero?

TERESA.

Agora por la cuesta va viniendo  
Esa tu deseada molinera,  
Cuyas divinas luces vas siguiendo,  
Con su padre y un paje.

ANTÓN.

La ribera,

Alegre me avisaba su venida.  
Vámosla á recibir.

FELIPA.

Detente, espera:

Más vale que la tengas prevenida  
La música y el corro de zagalas,  
Porque sea con baile recibida.

ANTÓN.

Ya me daba el amor sus libres alas;  
Para volar á vella, al viento imito.

Sale Alejo.

ALEJO.

Dos casas y dos hazas no son malas,  
Y más todo el molino y su distrito.

TORIBIO.

¿Qué es eso, Alejo?

ALEJO.

Que vengo espantado:

Dió el Duque mil ducados á Benito,  
Las casas en que estaba Gil Chapado  
Y Llorente del Val.

ANTÓN.

Son las mejores

Del pueblo.

ALEJO.

Pues también se las ha dado;  
El molino también y alrededores,  
Las hazas del Junquillo.

TORIBIO.

¿Brava hacienda!

ALEJO.

Desocupando están los moradores  
Las casas, no hay ninguno que lo entienda;  
En la casa de Gil se entró María.

ANTÓN.

¿Tan rica viene mi querida prenda?  
Amigos, sola y pobre la querfa.  
Pésame que lo esté, si acaso traza,  
Sobrerbia, despreciar la mano mía;  
Al olmo seco verde hiedra enlaza.

TERESA.

Pues ¿en qué le obligó?

ALEJO.

Yo no sé nada.

TORIBIO.

¿Dónde queda Benito?

ALEJO.

Aquí en la plaza

Con el Alcalde, que tomar le agrada  
De todo posesión.

TERESA.

¡Por Dios, que creo

De María.....

FELIPA.

Di, ¿qué?

TERESA.

Que está enducada;

Con el dedo divino lo que veo.

Varse.

Sale María.

MARÍA.

Parece que es sueño

La ventura mía.

Si en tiempo tan breve

Quedo noble y rica.

Como aquel que, preso,

Tuvo muchos días

Unos grillos puestos

Y de ellos se libra,

Que aun le estorba el peso,

Traigo todavía

El ruido cerca

De la taravilla.

¿Qué es de la pobreza?

¡Santa María!

¿Dónde está el jumento?

¿Qué es de la harina?

Mejor casa es ésta,

Más fresca y más limpia,

Y al uso, á lo menos,

Como testifica

El jalbegue blanco

En vez de cortinas,

Que con él engañan

Más de cuatro lindas.

¡Oh, cuántas haciendas

Son por esta vía,

Á peligro siempre

De verse perdidas!

Buena es la riqueza,

Pero más me obliga

Amor que interés

Á que al Duque sirva.

¡Qué buen caballero!

¡Qué gran cortesía,

Pues como á su igual

Me habla y estima!

Burlados quedaron

Los que pretendían

Á la molinera,

Pues al viento gritan.

Por un Duque trueco

Villanas caricias,

Mas el bien prestado,

¡Ay Dios, qué desdicha!

Censo es al quitar,

Y no de por vida;

No hay bien que no traiga

El alma á la vista.

Pero ¿qué me quejo

Si ya lo sabía?

Hasta que el mal llegue,

Dure la alegría,

Que yo estoy contenta

Si me certifica

Disgustos de un año

Por gustos de un día;

Y cuando se vaya,

Mis males se alivian

Con ver que me queda

Prenda que le imita.

El Duque y Floro.

DON FADRIQUE.

Con el manto de la noche

Pude entrar sin verme nadie.

¡María!

MARÍA.

¡Señor!

DON FADRIQUE.

Advierte

Que no es justo que me trates

De señor, siendo tu esclavo.

MARÍA.

¿Adónde queda mi padre?

DON FADRIQUE.

Parabienes le detienen

Que todos llegan á darle,

Para bien mío, pues puedo,

Dueño de mi vida, hablarte.

Quédate, Floro, á la puerta

Porque puedas avisarme.

MARÍA.

Ofendida estoy, señor,

De que tan presto se pague

La deuda de mi afición

Con mercedes semejantes;

Mostráis, en pagar tan presto,

Que presto queréis dejarme.

DON FADRIQUE.

Mi bien, con todo mi estado

Es imposible pagarte.

Aun para villanos fuera

Lo que dí premio bastante;

Mas si he de dar como yo,

Pagaréte nunca y tarde.

MARÍA.

¿Quien no se pierde por ves?

Pues es fuerza que se gane.

DON FADRIQUE.

¿No estás mejor en la aldea?

No es mucho que no te halles  
Tan ajenada al molino.

MARÍA.

Como el favor no me falte  
Vuestro, muy bien me hallaré  
Aquí y en cualquiera parte.

DON FADRIQUE.

Las paredes de esta casa  
Sospecho que al campo salen,  
Y sin llegar al lugar,  
Entraré, pues es tan fácil,  
Y tu padre con amigos  
Saldrá á veces; que el sacarte  
Del molino fué por esto.

MARÍA.

Fué pensamiento admirable.

DON FADRIQUE.

¿Quieres algo, estás alegre?

MARÍA.

No hay placer que al mío iguale,  
Y más, después que imagino  
Que hay prendas de vuestra sangre.

DON FADRIQUE.

¿Qué dices?

MARÍA.

¿No me entendéis?

DON FADRIQUE.

Entre infinitos pesares  
Que pudieran resultar,  
Este es, María, el más grande.  
¡Bravo disgusto he tenido!

MARÍA.

¡Cómo, señor!

DON FADRIQUE.

No te espantes,  
Porque por muchas razones  
Pude del tiempo quejarme.  
Por lo mucho que te quiero,  
Debo con extremo honrarte,  
Porque en mirar por tu honor,  
Al mío le doy quilates.  
Para que no te deshonre  
Es ya forzoso casarte.  
¿Cómo he de dar lo que quiero  
Á que un villano lo guarde?  
Ya tengo celos, María,  
Solamente en contemplarte  
En los brazos de un marido  
Que no estime lo que vales.  
Por otra parte, me pones  
En un cuidado notable,  
Pues debo al temprano fruto,  
Si á luz, Dios lo quiera, nace,  
Ponerle como merece,  
Aunque es humilde la madre,  
Un hijo de un Duque de Alba;  
Que no pienses que es muy fácil,  
Pues para alcanzar mercedes  
De los reyes, no hay en Flandes  
Imposibles que no emprendan  
Los españoles infantes.

Hijos segundos de casas,  
Sólo para que los marque  
La cruz de nuestro Patrón,  
Emprenden dificultades:  
Pensiones son de los gustos  
Contrapesos semejantes.  
¿Puedo dejarte, María?

MARÍA.

Antes tu acero me mate.  
¿Adónde están las promesas?  
Señor, ¿tras de veros tarde  
Queréis que á mi lado tenga  
Un tirano por alcaide?  
Sin duda de vuestro olvido  
Lo que decís son achaques.

DON FADRIQUE.

Si lo son, tú me aborrezcas  
Y todo el cielo me falte.  
¿Qué has de hacer, si yo contigo,  
María, no he de casarme?  
Pues con pública deshonra,  
Después, ¿quién ha de estimarte?  
Esto ha de ser, que no es justo  
Que á dilaciones aguarde.  
¿Quién te sirve en esta aldea?

MARÍA.

Un sobrino del alcaide  
Y otro que se llama Antón,  
Sin otros muchos zagales.

DON FADRIQUE.

¿Cuál es más rico?

MARÍA.

El más rico

Es Antón.

DON FADRIQUE.

Pues Antón llamen

Y á tu padre.

FLORO.

Voy por ellos.

Vase.

DON FADRIQUE.

Di que acabo de apearne  
Agora, y pon á la puerta  
Los caballos.

MARÍA.

¿Esto haces?

¿Dejarme quieres?

DON FADRIQUE.

Por vida

De esos ojos celestiales,  
De no olvidarte en mi vida,  
Y venir á visitarte  
Todo el tiempo que estuviere  
En este destierro.

MARÍA.

Dame

La mano.

DON FADRIQUE.

Toma.



MARÍA.

Alza el dedo.

DON FADRIQUE.

Bueno; no llores, no agravies  
Esos cielos: más me pesa  
Que á ti; mas he de mostrarme  
Cuidadoso de tu honra  
Y tan noble como amante.

Salen Antón, Floro, Benito y todos los labradores.

ANTÓN.

Tras de besaros los pies,  
Vengo á ver lo que mandáis.

DON FADRIQUE.

Alzad.

ANTÓN.

Si los pies me dais.  
Más bien os haré después.

DON FADRIQUE.

Y vos, ¿cómo estáis?

BENITO.

Señor,  
Como con tantas mercedes.

TORIBIO.

Maliciar de veras puedes.

FELIPA.

¡Mucha merced!

ALEJO.

¡Gran favor!

CHAMORRO.

En este punto se apea.

TERESA.

Aquí para entre los dos.....

FELIPA.

Habla quedo.

TERESA.

¡Plega á Dios!...

ALEJO.

¡Chitón!

TERESA.

¡Que orégano sea!

DON FADRIQUE.

Antón, yo he dado en honrar  
Á Benito porque ha sido  
Á un servicio agradecido;  
Yo le truje del lugar,

Y los menores favores  
Que yo pienso hacerle son  
Éstos, pues tengo ocasión  
Para que sean mayores.

El dar á María estado  
Falta agora, lo he sabido  
Que vos la habéis pretendido,  
Y que sois rico y honra lo:  
Quiero casaros con ella,  
Pues ya en riqueza os iguala;  
Mujer tan rica no es mala,  
Y juntamente tan bella.

Yo os doy quinientos ducados  
De dote.

ANTÓN.

Dame, señor,

Tus pies por tanto favor.

TORIBIO.

¡Oh, amantes desatinados!

CHAMORRO.

Sólo el amor le desvela;  
No ve el mal, como la adora.

TORIBIO.

Ella parece que llora;  
Más mal hay en el Aldegüela.....

ANTÓN.

Dadme la mano, María,  
Quitad del cielo ese velo,  
Pues llegó, por mi consuelo,  
De todo mi bien el día.

BENITO.

Tu vida alarguen los cielos;  
Con tal yerno, alegre estoy.

DON FADRIQUE.

Celos tengo: ya me voy,  
Floro, que rabio de celos.

Forzoso es que me despidas.

ANTÓN.

Beso, señor, vuestros pies.

DON FADRIQUE.

Dar lo que se quiere, es  
Dejar la hacienda en vida.

ANTÓN.

¿No me dais el parabién,  
Pues vi el fin de mi disgusto?

TORIBIO.

De lo que es el tuyo gusto.

TERESA.

Y es justo que te le den;  
Pero á María consuella,  
Que siente el ser tu mujer;  
Que aunque no se echa de ver,  
Más mal hay en el Aldegüela.

TORIBIO.

Dios te haga buen casado.

ANTÓN.

Baste.

TORIBIO.

Bienes dan lugar;  
Que no es razón dilatar  
Un gusto tan deseado.

Vase.

CHAMORRO.

Vé, Felipa.

FELIPA.

Aun no ha llegado  
Donde lo ha de echar de ver.

CHAMORRO.

Yo sé que no ha menester  
Mucha fuerza el desposado.

ALEJO.

Uno á uno y dos á dos  
Se van, según los espero.

BENITO.

Aliñar la casa quiero,  
 Quede mi hija con vos.  
 ¿Qué cuidado te desvela?

MARÍA.

No estoy para hablar agora.

BENITO.

Yo tan rico y ésta llora;  
 Más mal hay en el Aldegüela.

Vase.

ANTÓN.

¿Qué es esto? ¿De qué lloráis?  
 Vergüenza debe de ser,  
 Porque no es justo creer  
 Que tan presto os disgustáis.

Si pensáis que estáis cautiva,  
 Engaño, señora, fué;  
 Que vuestro esclavo seré,  
 Y no esposo, mientras viva.  
 Dadme los brazos.

MARÍA.

Teneos,  
 No deis de amante señales,  
 Pues veis que son desiguales  
 Los vuestros y mis deseos.

No os empecéis á mostrar  
 Tierno amante, si podéis.  
 Bastante lugar tendréis;  
 Dádmele á mí de llorar.

Vase.

ANTÓN.

Confuso estoy y corrido;  
 Ya estoy con nuevo temor;  
 Que no hay estado peor  
 Que el de esposo aborrecido.

Ver que es mía me consuela,  
 Aunque siento este desdén,  
 Mas si no me quiere bien,  
 Más mal hay en el Aldegüela.....

FIN DE LA PRIMERA JORNADA.

# JORNADA SEGUNDA

DE

## EL ALDEGÜELA

---

### PERSONAS

EL DUQUE.

FERNANDO.

NÚFLO.

ANTÓN.

JACINTO.

VICENTE.

LA DUQUESA.

MARÍA.

ELVIRA.

UN ESCRIBANO.

OTAVIO.

DOS GUARDAS.

Salen Antón y María.

ANTÓN.

Con defenderle vos tanto,  
Hace lo que hace Fernando.

MARÍA.

Pues ¿no es bien irse aplicando,  
Aunque al lugar cause espanto,  
Á ejercicios de nobleza  
Como cazar y esgrimir,  
Que á cavar?

ANTÓN.

Ha de vivir

Por grande, que á serlo empieza.

Á que le llamen aguardo,  
Donde villano ha nacido,  
Viendo el humilde vestido,  
El caballero de Pardo.

No digo yo que cultive  
La tierra como otros buenos,  
Pero que sepa á lo menos  
Que de ser labrador vive.

Al Barco de Avi'a fué  
Así como amaneció;  
La mejor yegua llevó,  
Pudiendo llegar á pie.

Mas ningún trabajo aceta:  
Dile el pollino más bueno,

Pero pidió silla y freno,  
Y estribos á la jineta;  
Y aun la jáquima tomó,  
Que dijo que parecía  
Mal.

MARÍA.

¡Ay, dulce prenda mía,  
Imita á quien le engendró!

ANTÓN.

Todo es criar gavilanes  
Y otros varios pajarotes,  
Á quien llama tagarotes,  
Alfaneques, alcotanes,

Y otras jerigonzas tales;  
Y otra cosa no ha de hacer,  
Ni aun ir á dar de comer  
Al cortijo á los zagales.

¿Qué tal andaré la hacienda  
Cuando quede en su poder?

MARÍA.

Para entonces, podrá ser,  
Antón, que al trabajo atienda.

Dejalde agora, pues Dios  
Tanta hacienda nos ha dado;  
Que basta sin su cuidado  
El que tenemos los dos.

ANTÓN.

Bien fuera que descansara

Sus padres, que viejos son;  
Culpad esta sinrazón,  
María, pues es tan clara.

Pensáis que aunque no le alabe,  
Que no le quiero después.  
¡Par Dios, tan mi hijo es  
Como vuestro!

MARÍA.  
¡Dios lo sabe!

Sale Jacinto, y dice Fernando saliendo:

FERNANDO.

¡Hola! ¿No hay un paje ahí  
Que desensille?

ANTÓN.

¿Aquí paje?

¿Dónde aprendió este lenguaje?

MARÍA.

Dejalde que hable así.

JACINTO.

No quisiera haber perdido  
La fiesta por cien ducados.

ANTÓN.

Esos son vuestros cuidados.

MARÍA.

Hijo, seáis bien venido.

ANTÓN.

¡Advertid qué grave humor!  
No sé á quién diablos pareces,  
Fernando, que pienso á veces  
Que has comido un asador.

FERNANDO.

¿Esto os ofende?

ANTÓN.

¡Pues no!

MARÍA.

Y ¿visteis al Duque?

JACINTO.

Sí.

MARÍA.

Por vida mía, deci

Lo que en el Barco pasó.

JACINTO.

Desde que heredó Filipo  
Segundo, y primer monarca  
De Europa, volvió á la corte  
Nuestro ilustre Duque de Alba.  
Dejó los vasallos tristes  
Y llorosos por su falta;  
Que ver el rostro al señor,  
Si es bueno, contento causa.  
En diversas ocasiones  
Ha sido en Francia é Italia  
Siempre victorioso César,  
Como Ulises en las trazas.  
Los enemigos le tiemblan  
Y los soldados le aman;  
Partes que á Alejandro dieron  
Victorias trasordinarias.  
Finalmente, á Flandes vuelve,

Donde á sus hielos y escarcha,  
Estatua de mármol sea,  
Inmóvil, si bien con alma.  
Y porque allá no le ofenda,  
La naturaleza sabia  
Acá le cubrió de nieve  
Ya la cabeza y la barba;  
Extiéndense sobre el pecho  
Los largos hilos de plata.  
Pasamanos del vestido,  
Ó grabazón de las armas,  
Parecen cuando los vientos  
Con mil ondas los dilatan;  
Ó aristas de secos trigos,  
Ó del mar espumas blancas.  
Bien haya el Duque, que estima  
La gravedad que le causan,  
Sin que contra el tiempo busque  
Invenciones excusadas.  
Para partirse á la guerra  
Quiere visitar su casa  
Y á sus vasallos, á quien  
Honra con mercedes varias.  
Al Barco de Ávila vino,  
Donde con fiestas le aguardan,  
Y desde allí á Piedrahita,  
Y por la Aldegüela pasa.  
Por esto Fernando y yo  
Partimos esta mañana  
Á ver los toros que corren,  
Y algunos de tu vacada.  
Salió el Duque, el alba digo,  
Con grave y alegre cara,  
A un balcón, oriente indigno,  
Con arboles de nácar.  
Quedó Fernando suspenso  
De verle, y aunque soltaban  
Un toro, y todos huyeron,  
Quedó en medio de la plaza,  
Donde en dos brincos se puso  
Un toro negro, con manchas  
Pardas, contrario del tigre,  
Pero en valor, semejanza.  
Volvió Fernando del sueño  
A las voces que le daban,  
Cuando ya su aliento frío  
Le tocaba en las espaldas.  
Sacó el acero animoso,  
Y en la cerviz se le envaina,  
Que por mucho que era corta,  
Mucho más cortó la espada.  
Y los Regidores mandan  
Que pague el toro, y el Duque  
De la silla se levanta.  
Dice á voces que le dejen,  
Y por premio de su hazaña  
Le dió este anillo, que es joya  
Que en mucho debe estimarla.  
Salió de la plaza rico  
De favores y alabanzas,  
Y de envidiosos también,

Que jamás en el bien faltan.  
 A Piedrahita se vuelve  
 El Duque, y es bien se salga  
 La Aldegüela á recibirle,  
 Especialmente esta casa,  
 Pues á vos os dió hacienda,  
 Y á vos mujer, si el que casa  
 Hace merced; y advertid  
 No culpe vuestra tardanza.

MARÍA.

¡Ay, hijo! ¿Que en tal te viste?

ANTÓN.

¿Tan fácil los toros matas?  
 Pues no te burles con gente  
 Que ni responde ni habla.

FERNANDO.

Sin duda que llega el Duque;  
 La gente está alborotada.

MARÍA.

La idea me representa  
 Dulces memorias pasadas.

JACINTO.

Yo me parto á ver, Fernando,  
 La que es dueño de mi alma.

FERNANDO.

Procede como prudente  
 Y avisa de lo que pasa;  
 Que ya lo sospecha el padre:  
 Al amor nada le espanta.

Dentro:

¡Viva el Duque!

FERNANDO.

Un siglo viva.

ANTÓN.

Alegre voy.

MARÍA.

Yo turbada.

Vanse.

Salen el Duque, Otavio y acompañamiento  
 de pastores y algunos criados.

DUQUE.

¡Oh, cuántas veces verde  
 Vi mi esperanza, como el verde prado,  
 Que ya su flor se pierde,  
 Como yo la ocasión de mi cuidado!  
 ¡Así pasan los días:  
 Ayer fui fuego, y hoy cenizas frías!  
 Acuérdomé de verte,  
 Pequeña aldea, de mis gustos rica;  
 Mas ya la edad me advierte  
 Del fin que brevemente pronostica;  
 Y así, decir podía:  
 ¡Ay, dulces prendas, cuando Dios quería!  
 Ni el verme en la campaña  
 Y abrasado del sol, que más se atreve,  
 Por defensa de España,  
 Hoy á cubierto de la escarcha y nieve,

Cuando con tibias llamas  
 Dora del pez las frías escamas,  
 Borraron la memoria  
 De tantos gustos, si al amor helaron.  
 ¡Dulce, sabrosa historia,  
 Que tales son los gustos que pasaron,  
 Que en todo tiempo siente  
 Por mejor el pasado que el presentel

NUFLO.

¡Hombre es el Duque, par Dios!

UNO.

¿Un ángel pensaba ver?

NUFLO.

Pues ¿por qué el Duque ha de ser  
 Tal como yo y como vos?

Quiero tentalle la cara,  
 Que aún no estoy bien satisfecho.

Salen Fernando, Antón y María.

FERNANDO.

La mucha humildad del pecho,  
 El buen intento declara.

MARÍA.

¡Turbada estoy!

ANTÓN.

Dadme á mí

Vuestros pies....

FERNANDO.

Llegarte puedes.

ANTÓN.

Pues yo soy quien más mercedes  
 Desas manos recibí.

MARÍA.

Quien os vió y agora os ve,  
 ¿Cómo en el mundo confía?

DUQUE.

El retrato de María  
 Siempre en mi alma guardé.

Sin duda es ésta, aunque quiera  
 Contradecirlo la edad;  
 Que el alma dice verdad.

MARÍA.

Ya vuestras manos espera  
 Quien más os debe.

DUQUE.

¿Sois vos

La que en el molino estaba?  
 Decid.

MARÍA.

Solía, que andaba,  
 Y agora no.

DUQUE.

Bien, ¡por Dios!

Alzad del suelo, María,  
 Pues tenéis mejor lugar.  
 ¡Puede que pudieran dar  
 Vuestros ojos luz al día!  
 Y que en el campo y molino,  
 Con la harina pude vello:  
 Ó ya era nieve el cabello,

Ó ya hebra de oro fino.

MARÍA.

¿No veis que el tiempo camina?

Diversa nieve mirad,

Porque ya hace la edad

Lo que entonces la harina.

También os vi mozo á vos,

Galán del cuello á la planta,

Y agora en veros me espanta

La mudanza de los dos.

Pero salid de una duda;

Que el tiempo, en lo que ha volado,

Si la belleza ha mudado,

Mis pensamientos no muda.

DUQUE.

Pues si en vos, que sois mujer

De varia naturaleza,

No ha mudado la firmeza,

En un hombre, ¿qué ha de hacer?

Agora en honraros siento

Que soy liberal al doble;

Que no se muda en lo noble

Lo que es agradecimiento.

¿Y vuestro esposo?

ANTÓN.

Los pies,

Señor, ha un hora que os pido.

DUQUE.

De no os haber conocido

Bastante, la ocasión es,

Y conocer á María,

Si la barba llevo á ver;

Que la edad en la mujer,

No canas, sí arrugas cria.

Y parece que aun la edad

Su belleza ha respetado,

Pues que su rostro ha guardado

Hermoso y con gravedad.

Pero ¿no sois vos, mancebo,

El que en el Barco mató

El toro?

FERNANDO.

Y quien mereció

Ser águila de un sol nuevo,

Pues la vista puesta en vos,

Vence el peligro después.

DUQUE.

¡Gallardo mozo! ¿Quién es?

MARÍA.

Quien es hijo de los dos.

Llegaos para que os señale;

No os apartéis tanto, Antón.

DUQUE.

Ya me avisa el corazón,

Callando, de lo que vale.

MARÍA.

De la junta que hicistes,

Al fin como de tu mano,

Á un árbol tosco y villano

Fruto tan hermoso distes,

Tan presto, que á tantos males

Por arco de paz salió.

ANTÓN.

Y tanto, que no cumplió

Los nueve meses cabales.

MARÍA.

Mío al fin y vuestro es,

Pues es todo del señor,

Y él lo dice en el amor

Que ha mostrado á vuestros pies.

Quedóme para consuelo

De mi padre, que murió.

ANTÓN.

Y á ningún villano dió

Tal inclinación el cielo.

Todo es caza y montería

Cuando el alba resucita;

Tanta, que apenas imita

La sangre que tiene mía.

Para palacio era propio,

Ó al menos para la guerra.

FERNANDO.

Haced que deje esta tierra,

Pues este trato es impropio.

A Flandes vais; por soldado

Vuestro, señor, me llevad,

Pues la mayor calidad

Es morir á vuestro lado.

¿Quién mejor que los vasallos

Vuestros por vos morirán,

Pues obligados están

Por ver que aspiráis á honrallos?

ANTÓN.

Que sí, señor, que. por Dios;

Que vuestro lado merece!

MARÍA.

¡Que se vaya! bien parece

Que no le paristeis vos.

Suplico á Vuestra Excelencia

No le lleve.

ANTÓN.

¿Por qué no?

MARÍA.

Este consuelo quedó

Contra la mortal ausencia

De mi padre, que Dios haya.

Que no le llevéis os ruego.

NUFLO.

¡Fardeles y guerra, fuego!

El dimiño que allá vaya,

Cuando no fuera por más

Que por unas bocas malas

Que gorman pólvora y balas

Si las hurgan por detrás.

DUQUE.

¡Qué bien que se echa de ver

La diferencia de amor,

Dél en no tener temor,

Y de María en temer!

Si aquí hubiera un solo amor,

Aunque es caso diferente,

Bien dijera claramente

Estas prendas cuyas son.

Pues aun yo temo su daño  
Si le llevo á Flandes; quiero  
Satisfacer, como espero,  
Un suceso tan extraño.

Digo que le he de llevar  
Como vos habéis pedido,  
Y vuestro amor conocido,  
Digo que le he de dejar.

Quedará con la Duquesa  
En Piedrahita, y así  
Basta.

MARÍA.

De no verle aquí  
Sabe Dios lo que me pesa.

ANTÓN.

Y á mí de que no se aleje,  
Porque se enseñe mejor.

FERNANDO.

De vuestro importuno amor,  
Señora, es bien que me queje,

Pues que por vos no consigo  
El bien que en la guerra espero.

DUQUE.

En puesto seguro quiero  
Que veáis cómo os obligo;

Y porque de prisa voy,  
Seguidme.

FERNANDO.

En todo me honráis.

MARÍA.

En fin, señor, ¿me lleváis  
Mi hijo?

ANTÓN.

Contento estoy.

DUQUE.

En lugar de hijo mío  
Le llevo, perded cuidado.

MARÍA.

¡Señor!

DUQUE.

No estoy olvidado,  
Aunque ya con menos brío.

¡Hola!

OTAVIO.

Señor.....

DUQUE.

A María

Dejad doscientos escudos.

MARÍA.

¡Alaben los robles mudos  
Tal nobleza y gallardía!

DUQUE.

Quedad con Dios.

ANTÓN.

¡Ya cesaron

Mis penas!

MARÍA.

¡Y mi alegría!

DUQUE.

Aquí fué Troya, María,

Pero cenizas quedaron.

Vanse, y quedan Fernando y Nuño.

NUÑO.

Ya vas á ser caballero.

FERNANDO.

Nuño, no era para mí  
Estar encerrado aquí;  
Mercedes del Duque espero.

NUÑO.

Mozo eres fuerte y chapado,  
Tus acciones escogidas;  
Puedes darte dos caídas  
Con un nevilla en el prado.

Aquí las fuerzas se emplean  
En el arado y la azada,  
Allá, con armas y espada,  
Puede ser que buenas sean.

En el hablar cortésano  
Nadie ventaja te hará.

¿Qué me mandas por acá?

FERNANDO.

Conozco, Nuño, que gano

En servir á la Duquesa,  
Pero por más justa ley  
Quisiera servir al Rey  
Donde más bien se interesa.

NUÑO.

Que por aquí van allá:  
El que ver la torre espera  
Sin subir por la escalera,  
Será necio, claro está.

Por servir no estés corrido  
Siendo tan noble señora;  
Que ninguno manda agora  
Primero que haya servido.

FERNANDO.

Aunque en estilo grosero,  
Esos consejos estimo,  
Pues que por ellos me animo.  
Que vayas conmigo quiero;  
Que lo que fuere de mí  
Será de ti,

NUÑO.

Claro está,  
Si todo á la muerte va;  
Pero bien estoy aquí.  
Cuando más honrarme quieras,  
Para mí estorbo ha de ser,  
Obligándome á traer  
En los muslos dos gorgueras.

Mira que no es justa ley,  
Aunque otras mil cosas callo,  
Que ande al paso de un caballo  
Quien anda al paso de un buey.

FERNANDO.

Piedrahita, ¿por ventura  
Es la corte?

NUÑO.

Donde está

El Rey, la corte será.  
Si la Duquesa procura  
Hacerte caballero,  
¿No he de ser tu postillón?

FERNANDO.

Con menos ostentación  
El Duque me satisfizo;  
No espero mercedes tantas.  
Ven.

NUFLO.

¡Adiós, aldea mía,  
Adonde es cabal el día!

FERNANDO.

Con tu ignorancia me espantas.  
Pues ¿no es igual, cuando importe,  
El sol que de oro se esmalta?

NUFLO.

No, que siempre día falta  
Al que negocia en la corte.  
Voy con una condición,  
Pues de llevarme te agradas.

FERNANDO.

Di, pues.

NUFLO.

Horro de atacadas,  
De tinelo y pescozón.

Vanse.

Elvira y Jacinto.

ELVIRA.

Mucho tu peligro temo.

JACINTO.

No hay cobarde enamorado.

ELVIRA.

Con mi temor he mostrado  
De mí fe el mayor extremo;  
No siento el peligro mío,  
Sino el tuyo.

JACINTO.

Eso es amor;

Pero suceso mejor

De mi atrevimiento fío.

Mas ¿cuál es la causa, Elvira,  
De mostrarte cuidadosa?

ELVIRA.

Del peligro temerosa,  
Ningún contento me admira.

Sé que algunos envidiosos

De mi amor y tu ventura,  
(Que el que la tiene asegura  
Los enemigos forzosos),

Á mi padre han dado cuenta,  
Para vengarse de mí  
Por desdenes que les dí,  
De su deshonra y afrenta.

Y aunque sus palabras son  
Buenas en mil ocasiones  
Con enojadas acciones,  
Me declara el corazón.

Hizóle ayer la Duquesa

Alcalde, y aunque es honor,  
Por el riesgo de tu amor  
Sabe Dios lo que me pesa;  
Que pienso que tiene espía  
Para prenderte en tu casa.

JACINTO.

Siempre la fortuna escasa  
Perturba la dicha mía.

Pésame que no ha venido  
Fernando en mi compañía,  
Que ya con él no temía  
El peligro referido;

Que cuando todo el lugar  
Se le pusiera delante,  
El solo fuera bastante  
Para poderme librar.

Pero ¡que tanta dureza  
Tu viejo padre ha tenido,  
Que casarme no ha querido!

ELVIRA.

Es soberbia la riqueza,  
Y como eres forastero,  
Busca yerno en el lugar;  
Pero puedes confiar,  
Mi bien, de lo que te quiero;  
Fuera de que yo lo estás.

JACINTO.

Sospecho que viene el día:  
Salir quiero, prenda mía.

ELVIRA.

Á grande peligro vas.

Dentro el escribano, Vicente y villanos.

VICENTE.

Esta es la casa; tomad  
Las puertas.

ELVIRA.

¡Triste de mí!

JACINTO.

¿Es éste tu padre?

ELVIRA.

Si.

ESCRIBANO.

Todos de tropel llegad.

ELVIRA.

¡Muerta soy!

JACINTO.

¿De qué te altera?

ELVIRA.

Ver en peligro tu vida.

JACINTO.

Pues ¿no será bien perdida  
Como por tu causa muera?

Echame de la ventana  
Quiero.

ELVIRA.

Tente, porque están  
Abajo, y te matarán.

JACINTO.

Cualquiera defensa es vana;



La puerta rompen.  
VICENTE.  
¡Traidor,  
Date á prisión!  
JACINTO.  
¿Qué prisiones  
Al cuerpo inocente pones,  
Si al alma las puso amor?  
Toma la espada, y advierte  
Que yo solo estoy culpado;  
Que Elvira jamás ha dado  
Tal lugar para ofenderte.  
VICENTE.  
Apartad esa traidora,  
Metelda en ese aposento.  
ELVIRA.  
Más tus sinrazones sienta.  
ESCRIBANO.  
No repliquéis por agora.  
VICENTE.  
Sed testigos que escaló  
Mi casa.  
JACINTO.  
Yo lo confieso.  
ESCRIBANO.  
La cabeza del proceso  
Su confesión fulminó.  
JACINTO.  
Y más, confieso que Elvira  
No ha sabido desto nada.  
VICENTE.  
Que la disculpe me agrada,  
Aunque yo sé que es mentira;  
Que es hija al fin  
JACINTO.  
Que yo entré  
A forzalla.  
ESCRIBANO.  
¡Extraña cosa!  
Nueva fineza amorosa.  
VICENTE.  
Escribano.....  
ESCRIBANO.  
Así lo haré.  
VICENTE.  
En mi casa queda presa  
Mi hija, por sí ó por no,  
Hasta saber si le dió  
Lugar. Caminad apriesa.  
¡Por Dios, que os he de ahorcar  
Mañana!  
JACINTO.  
Si así ha de ser,  
Más me valiera perder  
Ventura, tiempo y lugar.  
Vanse.  
Salen la Duquesa y Otavio.  
DUQUESA.  
Partióse con el alba el Duque de Alba

Dejándome sin luz.  
OTAVIO.  
Era forzoso.  
Es su centro la guerra, y vive en ella,  
Salamandra de fuego tan honroso.  
DUQUESA.  
Apenas si encubrió la rubia estrella,  
Madre de amor, y el horizonte hermoso  
De nácar viste el sol, cuando madruga;  
Ya la estrellada noche el manto arruga  
Cuando postas tomó. ¡Guárdele el cielol  
OTAVIO.  
Y toda España ruega por su vida,  
Pues no ha tenido tal soldado el suelo,  
Á tanto beneficio agradecida.  
DUQUESA.  
Eso sólo me sirve de consuelo.  
También me encomendó por despedida  
Un mancebo que viene de una aldea.  
¿Quién es? si lo sabéis.  
OTAVIO.  
No sé quién sea;  
Sé que es mozo valiente y comedido,  
Y para ser con rústicos criado,  
Pienso que debe ser bien entendido,  
Que por fuerza ha de serlo el bien criado.  
DUQUESA.  
Al Duque debe ser agradecido,  
Porque nunca le vi con tal cuidado  
De honrar criado suyo.  
UN CRIADO.  
Un caballero  
Hablarle quiere.  
DUQUESA.  
Llegue.  
OTAVIO.  
¡Majadero!  
¿No advertís que es criado?  
PAJE.  
Yo confieso  
Que lo soy, porque ver hombre tan grave  
Me dió ocasión.....  
Fernando y Nuño.  
FERNANDO.  
Los pies, señora, os beso.  
DUQUESA.  
Alce vuestra merced.  
OTAVIO.  
¿Quién es no sabe?  
Advierta Useñoría que es exceso,  
Que es su criado.  
FERNANDO.  
Tal llaneza alabe  
El mundo.  
DUQUESA.  
¿Este es? ¡Qué linda cortesía!  
¡Hermosa gravedad, por vida mía!  
¿Sois el que viene á servir?  
FERNANDO.  
Para que me pueda honrar.

DUQUESA.

Ved si venís á mandar;  
Que bien se puede inferir  
De tan grande gravedad  
Con que me habéis engañado.

FERNANDO.

Con lo que oculto ha quedado,  
Veréis mi mucha humildad.

DUQUESA.

Basta: mi esposo os estima  
Mucho, y es justa razón  
Que en todo os muestre afición.

NUFLO.

Ya mi cortedad se admira.  
Los pies espero de vos  
Y beso.

FERNANDO.

¿Quieres callar?

NUFLO.

Cuando se pueden besar  
Sin ofender á mi Dios,  
De la vira del chapín  
Al copete.

DUQUESA.

¡Tiene humor!

NUFLO.

Bulla, dijeras mejor.  
¡Por Dios, que es un serafín!  
Hoy me enduco, ó no seré  
Yo quien soy.

FERNANDO.

Es ignorante.

DUQUESA.

Bien lo muestra en el semblante.

FERNANDO.

Espero que gusto os dé.

DUQUESA.

¿Quién sois?

NUFLO.

Un sotacriado

Vuestro, por mayor ventura;  
Dicen que hijo de un cura,  
Entre unos pollos diezclado.

DUQUESA.

¿El nombre?

NUFLO.

Don Nuflo soy,

Aunque Nuflo en mi lugar  
A secas; que he de aumentar  
Mi honor si en palacio estoy.

DUQUESA.

Luego ¿pagado es el don?

NUFLO.

Si ya los cabellos rizo  
Y los dientes, són postizos,  
Partes que visibles son,  
¿Por qué un don no lo ha de ser,  
Pues es menos de notar?

FERNANDO.

Nuflo, ya puedes callar.

NUFLO.

No falta más del querer.

DUQUESA.

En honraros imagino  
Que á mi esposo satisfago,  
Y mi camarero os hago.

FERNANDO.

Premia mis deseos dignos,  
No á las obras, pues en nada  
Os he servido.

DUQUESA.

Yo creo

De vos ese buen desco.  
¿El nombre?

FERNANDO.

Fernando.

Salen Vicente y el escribano.

VICENTE.

Agrada

Al señor el que le da  
Cuenta de todo.

ESCRIBANO.

Ansí es.

VICENTE.

De Vucelencia los pies  
Beso.

DUQUESA.

Alcalde, levantad.

¿Qué hay de nuevo?

VICENTE.

Una prisión

Que hice al romper el día,  
De un traidor que me quería  
Quitar mi buena opinión.

FERNANDO.

El padre de Elvira es.

¿Si es Jacinto el preso? Espera.

VICENTE.

Darle la muerte quisiera;  
Y ansí, vengo á vuestros pies  
Porque el delito veáis.

DUQUESA.

Decid.

VICENTE.

Mi casa escaló,  
Causa por do mereció  
Que su muerte consintáis.  
Fuera deso, ha confesado  
También que forzar quería,  
Señora, una hija mía  
De quien está enamorado.

Ved si igual atrevimiento  
Merece justo castigo.

FERNANDO.

Yo soy, señora, testigo  
Que es diferente su intento,  
Y que ella le dió lugar  
De secreto, y que con él  
Están casados.

VICENTE.

Y ¿es él

Quien lo tiene de jurar?

FERNANDO.

Yo soy; y basta que yo  
Lo diga.

DUQUESA.

Fernan to, quedo.

FERNANDO.

Por ser mi amigo, no puedo  
Dejar de ayudarle.

VICENTE.

No;

Ya le oyeron confesar  
Lo que yo, digo después.

FERNANDO.

En eso veréis quién es,  
Pues no la quisó culpar.

DUQUESA.

No se ha de probar así  
El delito, ni es razón;  
Haced vos la información,  
Que después yo estoy aquí.

Vase.

NUFLO.

Mejor podrás negociar  
Por ruegos, ó al escribano  
Dando unciones á la mano.

FERNANDO.

No nací para rogar.  
Si así los palacios son,  
Volverme á mi casa espero;  
Cabeza de ratón quiero,  
Y no cola de león.Mas por un amigo, todo  
Se puede hacer; yo llego.

VICENTE.

Haced examinar luego  
Los testigos deste modo.

FERNANDO.

Escuche, ¡por vida mía!  
Señor Alcalde.

VICENTE.

¿Qué quiere?

FERNANDO.

No es bien que venganza espere  
Con tan incierta porfía,De quien es su hijo ya  
Y por su hija escogido  
Para su esposo y marido;  
Pues darle muerte seráDársela á Elvira, y hacer  
Que se quede sin casar;  
Que nadie la ha de estimar  
Cuando se venga á saber.Yo recibiré favor  
En su boda.

VICENTE.

¡Extraño hablar!

¿Qué más pudiera mandar

El Duque nuestro señor?

En una horca he de hacer  
Que pague su atrevimiento.

FERNANDO.

Si riqueza es vuestro intento,  
Buen tercero puedo ser;  
Él es rico, y de mi hacienda  
Os daré lo que gustéis.

VICENTE.

Mi gusto es que me dejéis

Antes que de vos me ofenda.

¿Quién sois vos para mandarme?  
¿Sois el Duque, que así habláis?

FERNANDO.

Ya, villano, me enfadáis,  
Y no está en más que enojarme;  
Que por fuerza habéis de hacer  
Lo que no queréis de grado.

VICENTE.

¡Al Alcalde!.....

NUFLO.

Estoy turbado.

ESCRIBANO.

¡Prendel del!

FERNANDO.

¿Cómo prender?

Embiste con todos y aporréalos.

NUFLO.

¿Tantos contra uno? ¡Afucral!

ESCRIBANO.

¡Que me mata!

VICENTE.

¡Aquí del Rey!

¿Ésta es razón, ésta es ley?

La Duquesa sale.

DUQUESA.

Fernando, ¿qué es esto? Espera.

NUFLO.

¡La Duquesa! Yo me voy  
Á retraer.

DUQUESA.

¿Qué es aquesto?

FERNANDO.

Un villano descompuesto.

VICENTE.

Ved, señora, cuál estoy  
Porque no quiero librar  
El preso.

ESCRIBANO.

La resistencia

Escribo.

VICENTE.

Dadme licencia,

Señora, para dejar  
Esta vara desde aquí,  
Ó castigad su malicia;

Que no quiero ser justicia  
Adonde se trata así.

DUQUESA.

Labrador del Aldegüela;  
Según es la condición,  
Vos nacisteis para duque,  
Que no para labrador.  
¿Aprendisteis en el campo  
Donde os abrasaba el sol,  
Gravedades semejantes,  
Arrogancia y presunción?  
¿Quién os ha dado las alas?  
Si acaso el Duque os las dió,  
Yo os las cortaré, Fernando,  
Sin que os valga su favor.  
De vuestro linaje humilde  
Muy bien informada estoy;  
Hijo de la molinera,  
Que en un arroyo nació,  
Y de un grosero villano,  
Del Aldegüela pastor.  
¿Es esto atar los novillos  
Á la coyunda feroz?  
¿Los ministros de justicia,  
Por tan liviana ocasión,  
Maltratáis de esa manera,  
Sin respeto ni temor?  
Agradézcaselo al Duque;  
Que más castigo no os doy  
Por ser la postrera cosa  
Que al partir se me pidió.

FERNANDO.

Bien puede Vuestra Excelencia,  
Con licencia de señor  
Y de mujer, ofenderme,  
Mas otro ninguno, no.  
No recibo por afrenta  
Que me hayáis dicho quién soy;  
Yo he de empezar mi linaje  
Como alguno le acabó.  
De una cosa os certifico:  
Que siento en mi corazón  
Un no sé qué que me dice  
Que no es nadie más que yo.  
El cuchillo de una sierra,  
Entre aspereza y rigor,  
Cría tal vez el laurel  
Que algún César coronó.  
El campo estéril produce  
Acaso una hermosa flor;  
Y así de un pobre molino  
Tan noble ramo salió.  
Para servirle en la guerra  
Le pedí al Duque favor,  
No para ser de tapices  
Hambriento camaleón.  
Si os ofendo en el palacio,  
Cerca de mi casa estoy;  
Que ya no es bueno servir  
Sino solamente á Dios.  
Amigo mío es el preso,

Y es injusta su prisión,  
Pues tienen tanta disculpa  
Los yerros que causa amor.  
Y pues que juzga su causa  
La mentira ó la pasión,  
Armas habrá que le libren  
Cuando justicia faltó.

Vase.

DUQUESA.

¿Hay desvergüenza tan grande?

VICENTE.

La resistencia escribió  
El escribano.

DUQUESA.

Yo os fio

Que os daré satisfacción.  
El Duque, con tantas veras  
Á ese mozo me encargó,  
Que sin muy urgentes causas  
Quisiera darle perdón.  
Dejad que se desenoje,  
Alcalde, y mirad mejor  
La causa del preso.

VICENTE.

El cielo,

Divino ingenio te dió;  
Nadie á tu gusto replica.

DUQUESA.

Mientras que yo á misa voy  
No os pongáis adonde os vea.

ESCRIBANO.

Cuidado me tendré yo;  
Que no vi en toda mi vida  
Tan desatado león.

DUQUESA.

En forma me da cuidado  
El modo del labrador.

Vanse.

Salen Fernando, Nuño y un carcelero.

FERNANDO.

¡Suelta, villano, ó dejarás la vida!

CARCELERO.

¡Aquí del Rey!

NUÑO.

Advierte que estás loco.

FERNANDO.

¿Tú reprehendes tan hidalgo intento?  
¡Vive Dios, que ha de ver hoy la Duquesa  
Quién es el hijo de la molinera!  
¡Deja las llaves!

CARCELERO.

Ya las doy, espera.

FERNANDO.

Quédate aquí mientras que yo á Jacinto  
Saco de tan cerrado laberinto.

Vase.

NUFLO.

No ha de salir de aquí, ¡por San Crisóstomo!  
No deben de saber que en la Aldegüela  
Hay personas de hígado.

CARCELERO.

Agradezca

Al que está dentro; que si no, yo hiciera  
Que de mí se acordara.

NUFLO.

Yo lo creo.

CARCELERO.

Deje que salga.

NUFLO.

Vaya norabuena;  
Váyase sin temor, no tenga pena.

CARCELERO.

Yo haré que lo paguéis, pues vivo quedo.

NUFLO.

¡Por vida de.....! Temblando estoy de miedo.

Fernando y Jacinto.

FERNANDO.

Pierde de mí el cuidado.

JACINTO.

¡Oh, cuánto siento

El peligro en que quedas! Vamos juntos,  
O deja, amigo, que á tu lado muera.

FERNANDO.

No me repliques; á tu casa parte;  
Que si ayudare gente en esta calle,  
Los detendré mientras en salvo quedas.

JACINTO.

Dudo, Fernando, que librate puedas.

Vase.

NUFLO.

¿No me irá yo con él para guardalle?

FERNANDO.

Quédate tú á la boca de la calle.

NUFLO.

Advierte bien, Fernando, que no he sido  
Hombre de armas tomar.

FERNANDO.

Pues á mi lado

Quiero hacerte valiente.

NUFLO.

La campana

Tocan. ¿Si es contra ti?

FERNANDO.

Sin duda alguna;

Mas vengan los villanos.

Dentro Vicente, escribano, carcelero y villanos  
con armas.

TODOS.

¡Mueran! ¡Mueran!

VICENTE.

En esta boca de la calle esperan.

FERNANDO.

¿Adónde vais? Que vean determino,  
Qué moledor salió de aquel molino.

VICENTE.

¡Á ellos!

NUFLO.

Á él solo decir pueden,  
Porque yo soy un tonto.

Salen la Duquesa, Otavio y, si puede ser, dos esclavos  
con sus carcones, como que dejan la silla.

OTAVIO.

¡Aparta, afuera!

Deteneos, Fernando.

DUQUESA.

¿Hay tal locura?

¿Esto me deja el Duque que me guarde?

¡Daos á prisión!

FERNANDO.

Si algún villano llega,  
El fuego busca ó á la mar se entrega.

¿Qué torre Vucecelencia me señala?

DUQUESA.

¿Qué gravedad de príncipe á ésta iguala?

NUFLO.

Yo escuro por un lado á dar aviso  
Á su madre de todo.

Vase.

DUQUESA.

Pues ¿no basta

La cárcel ordinaria?

FERNANDO.

No me entregue

En poder de villanos y enemigos.

O señaladme torre, ó Dios os guarde.

VICENTE.

El más fuerte de todos es cobarde.

DUQUESA.

Espera: aquella torre te señalo.

Llevalde.

FERNANDO.

Yo me irá.

ESCRIBANO.

¡Lindo regalo!

DUQUESA.

¿Cómo que tú te irás?

FERNANDO.

Pleito homenaje

Hago deirme á la torre.

DUQUESA.

¿Tienes seso?

¿Pleito homenaje tú siendo un villano?

FERNANDO.

Trátame Vucecelencia como es justo.

Yo me voy á la torre.

DUQUESA.

Poned guardas.

FERNANDO.

No carguen de escopetas y alabardas.

DUQUESA.  
 ¿Este es villano?  
 OTAVIO.  
 Sí.  
 DUQUESA.  
 Yo vuelvo loca;  
 Que el alma noble muestra por la boca.

Vanse.

Salen María, Jacinto y Antón.

ANTÓN.  
 ¿Hanos de costar la hacienda  
 Travesuras tan terribles?  
 ¿No fuera mejor que á Flandes  
 Le llevaran, como dije?

JACINTO.  
 No le culpéis por mi causa;  
 Que pues por él vengo libre,  
 Pagarle ó perder la vida  
 Es fuerza que determine.

MARÍA.  
 Por un amigo, el honrado  
 Debe morir; él se rige  
 Como hombre de bien, Antón;  
 No es razón que le castiguen.

ANTÓN.  
 Con ruegos y con promesas  
 Pudo mejor persuadirle  
 Que á pescozones y coces,  
 Para ver tan malos fines.

JACINTO.  
 No os pido ningún remedio,  
 Porque al Aldegüela vine  
 Á llevar dinero, y luego  
 Pienso volverme.

Nuño éntre.

NUFLO.  
 No finge  
 Un duende tantas figuras  
 De monos y matachines  
 Como yo he visto de miedo,  
 Sospechando que me siguen.  
 ¡Gloria á Dios, querida aldea,  
 Que os veo!

JACINTO.  
 ¿Cómo viniste,  
 Nuño, y dejaste á tu amo?

NUFLO.  
 Es arrojado y terrible.  
 Allá queda.....

MARÍA.  
 ¿Muerto? ¡Ah, cielos!  
 NUFLO.

Espera: ¿de qué te afliges?  
 Preso queda en una torre  
 Que con las nubes compite.  
 Apenas se fué Jacinto,  
 Cuando los villanos viles,  
 Armados de hierro y miedo,

Nos cercan y nos persiguen;  
 Pero el mancebo animoso  
 De suerte la espada esgrime,  
 Que de todos fácilmente  
 Pudiera presto eximirse.  
 Pero llegó la Duquesa,  
 A quien, afable y humilde,  
 Se dió á prisión, que una lengua  
 De mujer es invencible.  
 Pienso que se fué á una torre,  
 Donde temo le castiguen  
 Con rigor, porque la causa  
 Apasionados la escriben.  
 Poned, señores, remedio;  
 Que yo temeroso vine  
 Á deciros solamente  
 Este suceso infelice.

JACINTO.  
 Perderé por él la vida.

MARÍA.  
 La noche lóbrega y triste  
 Me da lugar. Nuño, ven;  
 Dos caballos apercibe  
 Y haz una escala de cuerda.

ANTÓN.  
 Como mujer procediste,  
 Para que, determinada,  
 Inconvenientes no mires.

NUFLO.  
 Yo voy al prado por ellos.

Vase.

MARÍA.  
 Tú, pues por él libre fuiste,  
 Á esta ocasión me acompaña.

JACINTO.  
 Voy ayudarte y servirle.

Vase.

MARÍA.  
 Toma un caballo y dineros.

ANTÓN.  
 Esta es locura increíble.  
 ¿Dónde vas? Oye, María.

MARÍA.  
 ¿Su peligro no os aflige?  
 No parecéis padre suyo.

ANTÓN.  
 Yo no quiero destruirme  
 Por un loco.

MARÍA.  
 Él es más cuerdo  
 Que vos: su valor lo dice.

Vase.

Salen Vicente, el escribano y guardas.

VICENTE.  
 Téngase con él cuidado;

Que ya la Duquesa está  
Indignada.

GUARDA 1.º

El mozo está  
Furioso y desatinado;  
El diablo le puede hablar.

VICENTE.

Aunque más soberbio esté,  
Yo sé que al sol le pondré  
Para ejemplo del lugar.

Y el traidor que se escapó,  
Él caerá muy presto al suelo;  
Que en casa quedó el señuelo,  
Liga que al fuerte venció.

ESCRIBANO.

La torre segura es,  
Aunque de espaciosas salas.

VICENTE.

El temor sabe hacer alas  
De las manos y los pies.  
Ni aun sábanas le dejad  
En la cama, porque puede  
Bajar con ellas.

GUARDA 2.º

Encede

La mayor temeridad  
Tan extraño pensamiento.

VICENTE.

Tanto deseo vengarme,  
Que pienso que ha de faltarme  
De las manos el contento.  
Estén algunos en vela  
Mientras que duermen los otros.

GUARDA 1.º

Dejad el cargo á nosotros  
Si tal cuidado os desvela;  
Y enviadnos qué beber.

VICENTE.

Con eso os quiero animar;  
Que éste es malo de guardar,  
Como secreto y mujer.

Vanse.

GUARDA 1.º

Él es valiente, ¡por Dios!

GUARDA 2.º

No le quitaron la espada.

GUARDA 1.º

Él se la tiene guardada.

GUARDA 2.º

Pues no estamos bien los dos.

GUARDA 1.º

Él dice que á la Duquesa  
De su mano la ha de dar.

GUARDA 2.º

Sabed, Gil, que de guardar  
Dinero á veces me pesa,  
Cuanto más un mocetón  
De cuya fuerza recelo  
Que puede echar en el suelo

La torre de un mojiçón.

GUARDA 1.º

Si va á decir la verdad,  
De su nombre me acobardo,  
Blas, y ¡por Dios! que le guardo  
De muy mala voluntad.

En lo alto.

FERNANDO.

Sólo siento que llegase  
La Duquesa en ocasión  
Que mi cólera y razón  
Su furia no ejecutase;  
Mas tiempo tendré después,  
Pues aquí mi espada está.

GUARDA 2.º

Más acertado será  
Que nos vamos.

GUARDA 1.º

Verdad es.

Mira, por cuatro razones:  
La primera, por dormir;  
La segunda, porque he de ir  
Á rezar mis devociones;  
La tercera, veisle allí,  
Que no es mucho que nos parta  
Las cabezas, y es la cuarta,  
La copra que dice así:

Madre, la mi madre, guardas me ponéis,  
Que si yo no me guardo, mal me guardaréis.

FERNANDO.

¡Vive Dios!

GUARDA 2.º

¡Par Dios, que tira!  
Vámonos á casa.

GUARDA 1.º

¡Corre!

De ladrillos de una torre,  
Es cuerdo el que se retira.

Vanse.

Salen Jacinto, María y Nuflo.

JACINTO.

No parece por aquí  
Ninguno.

FERNANDO.

Gente ha llegado  
Por esta parte del prado.

MARÍA.

¿No es hombre el de arriba?

NUFLO.

Sí.

MARÍA.

Pues dejad; que una mujer  
Puede llegarse mejor.

¡Ah de la torre! ¡Ah, señor!

JACINTO.

¿Si es él?

NUFLO.

Pues ¿quién ha de ser?

FERNANDO.

¿Quién llama?

MARÍA.

¿Sois vos, Fernando?

FERNANDO.

Yo soy.

MARÍA.

¡Buena dicha mía,

Porque mi mucha alegría

Vaya de nuevo aumentando!

Nuflo y Jacinto te esperan:

Dineros, postas, te ofrezco.

¡Huyel!

FERNANDO.

En extremo agradezco

Que ansí acompañarme quieran.

JACINTO.

Esta escala por defuera

Recoge.

FERNANDO.

Ten: no me agrada;

Que conmigo tengo espada,

Que es mejor que la escalera.

MARÍA.

Siempre te quieres mostrar  
Terrible.

FERNANDO.

No hace al caso:

Ésta hará seguro el paso,

Y ésa se puede quebrar.

Vase.

MARÍA.

Llega los caballos más

Porque se escape al momento.

JACINTO.

Llegarme á la puerta intento.

NUFLO.

Medrosa en extremo estás:

Calla, que yo estoy aquí.

MARÍA.

Es de madre el corazón.

Sale Fernando.

FERNANDO.

Poco importa mi prisión,

Pues que me guardan así.

MARÍA.

No quisiera detenerte;

Pártete á Flandes.

FERNANDO.

¿Á qué?

¿Á que allá el Duque me dé

Por mis delitos la muerte?

MARÍA.

Yo te aseguro la vida,

Que aunque ofendido le vieras,

Yo sé que perdón tuvieras;  
Haz que mi temor se impida.

Adiós.

FERNANDO.

Pues que tú lo quieres,  
En todo he de obedecerte.

MARÍA.

Yo espero en Dios que he de verte  
Como hijo de quien eres.

Toma aquestos cien doblones

Que me dió el Duque, á ocasión

Que para librarte son.

FERNANDO.

Nueva obligación me pones:

Dale muchas encomiendas

Á mi padre.

MARÍA.

Bien está.

Tú se las darás allá

Cuando la verdad entiendas.

Vase.

JACINTO.

Vamos, aunque el alma queda  
En el lugar.

FERNANDO.

Oye: intento

Hacer un atrevimiento

Que á los pasados exceda:

Esta es la casa de Elvira;

Contigo la has de llevar.

JACINTO.

Si me quieres obligar,

Fernando, mis ansias mira.

FERNANDO.

Como es verano, á la puerta

De la calle gente está.

JACINTO.

Ella sin duda será.

NUFLO.

Más borrasca se concierta.

FERNANDO.

Los caballos á la esquina

Ten á punto.

NUFLO.

Allí os espero.

Vicente, Elvira y gente.

VICENTE.

Pendiente le considero

En la plaza, de una encina,

Al fugitivo galán.

FERNANDO.

¿Quieres que le mate?

JACINTO.

Ten,

Que es su padre.

FERNANDO.

Dices bien;



Cintarazos llevarán.

No mires más que por ella.  
Abrazala.

JACINTO.  
Harélo así.

FERNANDO.  
Alcalde, yo estoy aquí.

JACINTO.  
No temáis, Elvira bella.

ELVIRA.  
¿Quién es?

JACINTO.  
Tu esposo soy.  
VICENTE.

¡Hoy muero!

FERNANDO.  
La voz reporte;

Que no le tiro de corte.

JACINTO.  
Ven conmigo.

ELVIRA.  
Alegre voy.

FERNANDO.  
Pon al caballo la espuela.

VICENTE.  
¡Muchacha, Elvira!

NUFLO.  
Aquí va.

VICENTE.  
¡Estos hombres hay acá!  
Más mal hay en Aldegüela.....

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

*Lodo sea el Santísimo Sacramento.*



# JORNADA TERCERA

DE

## EL ALDEGÜELA

---

### PERSONAS

EL DUQUE.

FERNANDO.

JACINTO.

NUFLO.

ANTÓN.

ELVIRA.

MARÍA.

SOLDADOS.

CISNEROS.

DON FRANCISCO DE BO-  
BADILLA.

Salen Fernando, Jacinto, Nuflo y Elvira.

FERNANDO.

¡Gracias á Dios que cesó  
El trabajo del camino!

NUFLO.

Es verdad; mas imagino  
Que otro mayor comenzó;  
Que de temor estoy lleno,  
Pues á tierra hemos venido,  
Que por las vegas he oído  
Mucho relámpago y trueno.

JACINTO.

Para que descansen Elvira  
Me alegra.

ELVIRA.

No hay con amor,  
Ni cansancio ni temor;  
Ningún peligro me admira.

FERNANDO.

Hay tanta gente, que ignoro  
Dónde el Duque puede estar,  
Donde vemos tremolar  
Tantos estandartes de oro  
Sobre tiendas de brocado  
Que cercan esta ciudad.

ELVIRA.

De un soldado os informad,

Porque perdáis el cuidado.

NUFLO.

Éste parece español.

JACINTO.

Es del brío la excelencia  
Tanta, que se diferencia  
Como de estrellas el sol.

Cisneros sale.

CISNEROS.

Forasteros son.

FERNANDO.

Señor

Soldado, á quien ha venido  
De España poco advertido,  
El preguntar no es error.  
¿Qué ciudad es la sitiada  
Y dónde el Duque hallaremos,  
Donde tantas tiendas vemos  
Y lucida gente armada?

CISNEROS.

Para no errar, acertado  
Es preguntar.

JACINTO.

Es verdad.

CISNEROS.

Escuchadme, pues.

FERNANDO.

Hablad.

NUFLO.

A buen puerto hemos llegado.

CISNEROS.

Después de haber ilustrado  
 El Duque con tantos hechos  
 Su noble sangre, heredada  
 De sus heroicos abuelos;  
 Después que en Felis rompió,  
 Siendo en el número menos,  
 Más de la mitad nosotros,  
 Aunque más en el esfuerzo;  
 Después de haber impedido  
 Al de Orange sus intentos,  
 Y echarle de los estados  
 De Flandes, casi huyendo;  
 A Mons de Nao, que es la plaza  
 Que aquí miráis puesto cerco,  
 Donde el conde Ludovico  
 Nos resiste tanto tiempo,  
 Para impedirle el socorro  
 Y porque falte el sustento,  
 Toda su gente divide  
 En abadías y cerros.  
 La montaña de Janepe  
 Es aquélla, donde ha hecho  
 De cuatro ángulos un fuerte,  
 Con dos piezas gruesas dentro,  
 Y por su guarda y amparo  
 Al bravo Julián Romero,  
 El más valiente español  
 Que ha nacido en nuestro tiempo.  
 La abadía de Espinlic  
 Ocupa Chapín Vitelo,  
 Mons de Nor, que es muy soldado,  
 De quien está satisfecho;  
 La abadía de Belían,  
 Don Rodrigo de Toledo,  
 Maese de campo, ocupa  
 Con la gente de su tercio;  
 Tiene en el Burgo de Nimi  
 Las trincheas, y por dueño  
 Don Francisco Bobadilla,  
 Animoso caballero.  
 En aquesta montañuela  
 De Beta y Mont, tiene el cuerpo  
 Del ejército, de adonde  
 Se ve todo descubierto.  
 En aquella hoya están  
 Nuestros caballos ligeros,  
 Y á la mano izquierda, en tropa  
 Los alemanes ha puesto.  
 El Duque está en Beta y Mont;  
 Y ese pabellón que vemos,  
 Donde las armas de España  
 Están tremolando al viento,  
 Es oriente de su alba,  
 Por donde nacer le vemos.  
 Más entre el arnés tranzado,  
 Que entre árboles cubierto,

Cantando le hacen salva,  
 En vez de pájaros bellos,  
 Ya las piezas de batir,  
 Ya mangas de arcabuceros.  
 Ha habido con los cercados  
 Á veces grandes reencuentros,  
 Hasta que les han servido  
 Tantas muertes de escarmiento.  
 Salió con nueve heridas  
 Don Rodrigo de Toledo,  
 De una escaramuza, donde  
 Mostró el valor de su pecho.  
 Chapín Vitelo también  
 Salió herido, y quedó muerto  
 Antonio Cerón Lumbreras  
 Y otros quince caballeros.  
 Mas acudió en su favor  
 El valeroso Romero,  
 De cuyas raras virtudes  
 Quedarán los libros llenos.  
 Los herejes hugonotes  
 El ánimo van perdiendo,  
 Viendo que ya no les queda  
 Ni socorro ni remedio.  
 Porque es tarde, viene el Duque  
 Los puestos reconociendo:  
 Llegad si os conoce, habladle,  
 Que es afable por extremo.

FERNANDO.

No sé qué siento en el alma  
 Todas las veces que veo  
 Al Duque.

JACINTO.

¿Como vasallo

Le quieres?

FERNANDO.

Mucho le quiero;

Más es que amor ordinario,  
 Porque entre el respeto y miedo  
 Me avisa la sangre fría  
 De lo mucho que le debo.

Salen el Duque de Alba, armado como le pintan,  
 y D. Francisco de Bobadilla, y soldados con él.

Lee el Duque:

«Supuesto, Duque, que por servicios hechos  
 á nuestra corona no pedís mercedes más que  
 por los que hasta agora ese vuestro hijo nos  
 ha hecho, os hacemos merced del priorato de  
 Castilla, con que podáis honrar á vuestro  
 hijo.—Yo el Rey.»

DUQUE.

¡Venturoso quien alcanza,  
 Oh gran Monarca, á servirte,  
 Pues pidiendo ó sin pedirte  
 El debido premio alcanza!  
 Sirvirte de nuevo espero,  
 Felipe, y acabe aquí  
 La vida, que ya por ti

Tan honrada considero.

Ya, Fernando, satisfecho  
Estoy, pues al fin verán  
Con una cruz de San Juan  
Marcado el hidalgo pecho.

JACINTO.

Llega.

FERNANDO.

Está hablando entre sí  
Y leyendo cartas.

NUFLO.

Quiero

Llegar.

FERNANDO.

Vente, majadero.

DUQUE.

¿Qué gente es la que está aquí?

FERNANDO.

Quien por servirte ha venido  
Desde España adonde estoy.

DUQUE.

¿Es Fernando?

FERNANDO.

El misino soy.

DUQUE.

Jamás tan severo he sido,  
Pues no muestro el regocijo  
Con otro extremo mayor;  
Juzgue sólo mi valor  
Quien sabe qué es tener hijo.

¿Que desgracia os ha traído?

FERNANDO.

La fuerza de mi deseo.

DUQUE.

Mientras este pliego leo,  
Contadme qué ha sucedido.

Lee el Duque mientras habla Fernando.

FERNANDO.

¿Entenderáme?

CISNEROS.

Muy bien.

JACINTO.

Es excelencia en sus glorias.

Lee el Duque:

«Tras de daros de victorias  
Tan grandes el parabién.....

FERNANDO.

Aunque mi señora, honrando  
Mi persona como véis.....

Lee el Duque:

«Os ruego que castiguéis  
Las locuras de Fernando.....

FERNANDO.

Me hizo su camarero,  
Merced á quien soy bastante.....

Lee el Duque:

«Porque el villano arrogante,  
Con humos de caballero.....

FERNANDO.

Deseaba de manera  
Veros, señor, que jamás.....

Lee el Duque.

«No pudiera mandar más  
Cuando vuestro hijo fuera.....

FERNANDO.

Tuve gusto, hasta que dió  
Lugar el tiempo, testigo.....

Lee el Duque:

«Pues por librar á un amigo,  
La justicia maltrató.....

FERNANDO.

De que me inclina á la guerra  
Mi estrella: esto os prometo.....

Lee el Duque:

«La cárcel rompió, en efeto,  
Y sacó á su amigo della.....

FERNANDO.

Y ya veo que no en balde  
Tal inclinación me dió.....

Lee el Duque:

«Él huyó, en fin, y robó  
Una hija del Alcalde.....

FERNANDO.

Ya mis deseos tendrán  
La vida que imaginé.....

Lee el Duque:

«Para su amigo: yo sé,  
Señor, que en Flandes están.....

FERNANDO.

Pues tanto bien se interesa,  
A vuestro lado perdida.

Lee el Duque:

Castigaldos, ¡por mi vida!  
Vuestra esposa, la Duquesa.»

DUQUE.

En fin, ¿qué fué la ocasión  
De esta venida, el deseo  
De servirme? Ansí lo creo,  
Y premiaros es razón;

Que lo merecéis, ¡por Dios!

FERNANDO.

Tu sombra estoy adorando.

DUQUE.

Mientras yo os premio, Fernando,

Leed esa carta vos;  
Sospecho que habéis venido  
Con Fernando.

JACINTO.  
Sí, señor.

DUQUE.  
Antes juzgo por valor  
El delito referido;

Que por un amigo suele  
Un noble perder la vida.  
Aunque justicia me pida  
La Duquesa, se consuele;

Que yo juzgo por nobleza  
Lo que ella por osadía.  
Aloje, ¡por vida mía!  
Donde pide su belleza,

A esta señora: y ¿sois vos  
Su marido?

JACINTO.  
Serlo espero.

DUQUE.  
En pasando el sitio, quiero  
Ser padrino de los dos.

FERNANDO.  
¡Helado estoy de temor!  
Tras de trabajos prolijos....

DUQUE.  
Travesuras de los hijos  
Al padre aumentan amor.

Al fin, Fernando, venís  
Por sagrado aquesta vez  
A la casa del jüez.  
¿No respondéis? ¿Qué decís?

FERNANDO.  
Bien sospeché que venía  
A la cárcel de mi error,  
Pero engañóme, señor,  
De mi madre la porfía,  
Que me mandó que viniera,  
Teniendo satisfacción  
Que estaba cierto el perdón  
Cuando ofendido os tuviera.

Esto es causa de mi daño,  
Pues la venganza desea  
Ya Vuestra Excelencia.

DUQUE.  
¡Ea,  
Que no fué mucho el engaño!  
No mintió su confianza,  
Que yo os perdono.

FERNANDO.  
Los pies  
Te beso.

DUQUE.  
Forzosa es  
En la guerra la mudanza  
De vida.

FERNANDO.  
Vuestra Excelencia  
Verá la mudanza igual.

DUQUE.  
Aquí, á cualquier oficial  
Tened, Fernando, obediencia.  
Obedecer y callar

Es fuerza; y darte querría  
Ó bandera ó compañía;  
Pero podránse quejar  
Muchos valientes soldados  
Que habiéndolo merecido,  
Igual premio no han tenido.

ELVIRA.  
Ya cesaron mis cuidados.

DUQUE.  
Fuerza es que sirva primero:  
Fernando, aunque estéis cansado,  
Empezad á ser soldado.

FERNANDO.  
Sirviendo, morir espero.

DUQUE.  
Ponga de posta á Fernando  
En Beta y Mont, ¡por mi vida!  
DON FRANCISCO.

¿Cuándo?  
DUQUE.  
Á la prima rendida.

NUFLO.  
Tu desdicha estoy llorando;  
De posta te han de poner.

DUQUE.  
Alójeles de su mano,  
..... (1).  
Siquiera por que es mujer,  
Y regálelos.

DON FRANCISCO.  
Ansí

Lo haré.  
DUQUE.  
Ya estoy aguardando  
Que den armas á Fernando.

Sacan un arcabuz.

CISNEROS.  
Los dos las tienen aquí.

DUQUE.  
No tenéis de qué espantaros  
Si os doy males que sentir,  
Pues es mandaros servir  
Tener gana de pagáros;  
Porque aunque os tengo afición  
Grande, premiaros espero  
Sin que vos me deis primero  
Para daros ocasión.

Y por remate os diré  
Lo que á todos dice Dios:  
Ayudaos, Fernando, vos,  
Y luego os ayudaré.

DON FRANCISCO.  
Vamos á reconocer  
Porque en honrarlos entienda:

(1) Falta un verso.

Llevad á mi propia tienda  
 Á ese hidalgo y su mujer,  
 Y el señor sargento dé  
 Lecciones.

CISNEROS.

Así se hará.

DUQUE.

¡Ay, hijo! Cansado está,  
 Mas yo lo remediaré.

Vase.

FRANCISCO.

Vamos, señores.

JACINTO.

Querría

Esta noche acompañaros.

Vanse Jacinto y Elvira.

FERNANDO.

Yo iré, Jacinto, á buscaros  
 Luego que se muestre el día.

NUFLO.

Si te ha quedado dinero  
 Y alguno me quieres dar,  
 Escribe á nuestro lugar,  
 Que volverme á España quiero.

FERNANDO.

Pues ¿por qué?

NUFLO.

Tu daño siento:

Si después de tanta posta  
 A ti te ponen por posta,  
 Pondránme á mí de jumento.

Tu mala dicha condeno.

FERNANDO.

¡Lloras?

NUFLO.

¿Qué tengo de hacer,

Señor, si te espero ver

Con tu silla y con tu freno?

No quiera Dios que yo esté  
 Donde hay tal.

CISNEROS.

¡Gracioso caso!

NUFLO.

¡Posta tú, que sólo un paso  
 No sabes andar á pie!

FERNANDO.

Aunque de posta le dan  
 El nombre, ¿qué te desvela?  
 Que es lo mismo que ser vela.

NUFLO.

Peor, que te quemarán.

FERNANDO.

Es vela tener cuidado  
 Y guardar, en conclusión,  
 El campo.

NUFLO.

¿Las velas son

Mastines deste ganado?

CISNEROS.

Desta manera ha de estar  
 La cuerda, y cebar así,  
 Y calarla desde aquí,  
 Y sobre el hombro afirmar  
 La coz, dar fuego y volver  
 El arcabuz deste modo.

FERNANDO.

Bien; á todo me acomodo.

CISNEROS.

Poco estudio ha menester  
 Quien tiene buen natural.

FERNANDO.

¿No es esto?

CISNEROS.

Sí, con más brío:

¡Buen soldado, yo le fio!

¿Y vos?

FERNANDO.

Es un animal,

No hay que hacer cuenta de él.

CISNEROS.

En este propio lugar,  
 De posta habéis de quedar.

NUFLO.

Un sueño tengo cruel:  
 ¿Dónde alojarme se inclina?

CISNEROS.

Al cuerpo de guardia iréis,  
 Y allí os acomodareis;  
 Que no faltará fagina.

NUFLO.

¿Qué cosa es fagina?

CISNEROS.

Ramas

Que nos sirven de colchones.

NUFLO.

Luego ¿no hay aquí mesones  
 Adonde se alquilan camas?

CISNEROS.

No os harán poca merced  
 Si os dan la cama que ofrezco.

NUFLO.

¿No digo yo? ¡Aquí perezcó!

CISNEROS.

Aquí os quedad; y sabed  
 Que si yo, que os pongo aquí,  
 Sin el nombre que he de dar  
 Quiero esta raya pasar,  
 Habéis de matarme á mí,  
 Y al Duque, aunque claramente  
 Sepáis que es él.

FERNANDO.

Ya lo sé;

Que á la guerra me incliné,  
 Aunque entre rústica gente;

Y de libros que leí  
 Y soldados que he hablado,  
 Supe lo que es ser soldado.

CISNEROS.

Pues quedaos, Fernando, aquí.

FERNANDO.

¿El nombre?

CISNEROS.

San Diego.

FERNANDO.

Bien.

CISNEROS.

Aquí estaréis hasta el día.

NUFLO.

¡Oh, qué linda bobería!

Vente tú á dormir también,

Mira que estás del camino

Cansado.

FERNANDO.

¡Calla, grosero!

CISNEROS.

Este es el cuarto postrero

Y el más cansado imagino.

NUFLO.

Todo es engaño y malicia:

Muy poco me satisfacen:

Cuartos á la noche hacen.

¡Oh, qué graciosa justicia!

CISNEROS.

Proceded como español

Y honrado.

NUFLO.

¡Gracioso estilo!

Señor, vela sin pabilo,

Dios le alumbre con el sol.

Vanse los dos.

FERNANDO.

Tras de tan largo camino,

Quedar de posta es rigor;

Mas del Duque mi señor

El pensamiento adivino;

Él quiere honrarme, y procura

Tener con esto ocasión:

Sueño, no será razón

Que me impidáis la ventura.

Tiempo habrá para dormir,

Dejadme agora velar;

Ahora acabo de notar

Qué debieron de sentir

Los que á tormento de sueño

Solían ser condenados,

Pues en mis ojos turbados

El propio martirio enseño.

Mas venzan leyes honradas

Esta duda entre los dos;

Si me duermo, ¡vive Dios

Que me dé de puñaladas!

La sangre tengo ligera,

Ya podré libre velar;

Pocos han visto quitar

El sueño desta manera.

El Duque con capote de paño y una montera.

DUQUE.

No anduve cuerdo en dejalle;

Que aunque honralle es mi intención,

Si se duerme, es ocasión

Forzosa de deshonralle;

Y un mozo poco enseñado,

Bien puede haberse dormido,

Que por fuerza habrá venido

De tantas leguas cansado;

Mas sin duda es el que está

Paseándose: yo quiero

Ver lo que hace primero.

FERNANDO.

Un hombre viene. ¿Quién va?

DUQUE.

Amigos.

FERNANDO.

Que no hay amigos.

¡El nombre!

DUQUE.

El Duque.

FERNANDO.

Es así;

En la voz le conocí.

Todos son mis enemigos

Sin el nombre que se junta:

Considere que no sé

De aquesto, y le volaré

Á la tercera pregunta.

DUQUE.

Y tiene traza de hacello,

Que es mozo determinado.

San Diego. ¡Ah, señor soldado,

Ya lleva principios dello!

¿Ya no se conoce aquí

Al amo? ¡Buena amistad!

FERNANDO.

Certifico que es verdad

Que al momento os conocí;

Pero pienso que es forzoso

Hacer esto.

DUQUE.

Bien está.

Pues, Fernando, ¿cómo va?

Cansado, pero animoso.

FERNANDO.

Sí, señor.

DUQUE.

La novedad

Os alterará el sentido.

¿Cuánto va que estáis rendido

De sueño?

FERNANDO.

¡Señor!

DUQUE.

Verdad:

No hay cumplimientos conmigo;

Que viniendo en traje igual,

No hablo como general,

Mas pregunto como amigo.

FERNANDO.

Nunca á mi amigo negué

La verdad: dormido estoy;



Pero mi palabra os doy  
Que el alma me sacaré  
Con esta daga primero  
Que duerma.

DUQUE.  
Menos rigor.

Dormid, Fernando.

FERNANDO.  
¡Señor!

DUQUE.  
No repliquéis; esto quiero.  
Yo os puse aquí con intento  
De veniros á buscar;  
Que ansí quiero asegurar  
En vos el merecimiento.  
El trabajo de los dos  
Os ha de dar honra aquí.

Toma el arcabuz el Duque.

Esto es fácil para mí,  
Y difícil para vos.  
Tal vez el mejor soldado  
Suele quedarse dormido,  
Cuanto más quien ha venido  
De tal camino cansado.  
Dormid seguro hasta el día,  
Mirad que me enojaré  
Si no lo hacéis.

FERNANDO.  
No podré

Yo

DUQUE.  
¡Callad, por vida mía!

FERNANDO.  
Obedeceros es ley.

DUQUE.  
Lo menos que he hecho ha sido;

Échase á dormir Fernando.

Que para vos he servido  
Más de veinte años al Rey.  
¡Qué tarde, mal y nunca amor perfeto  
Puede olvidarse, aunque la edad, cobrando  
El feudo de la vida, vaya dando  
Canas, que nunca cubre el que es discreto!  
Esta es la causa de tan raro efeto  
Pues hecho un Argos os estoy guardando;  
Milagros son de amor, hijo Fernando,  
Y mayores portentos os prometo.  
Presto un hijo tendréis, bella María,  
Á quien ciña la cruz del Patrón santo,  
Divina voz de Dios, que su sol guía;  
Que si la guerra no le causa espanto,  
El Alba que le vela anuncia el día,  
Y tanto os honre quien os quiso tanto.

Salen D. Francisco de Bobadilla y Cisneros y otros  
soldados, de ronda.

DON FRANCISCO.  
¿No es éste el puesto donde está el bisoño?

CISNEROS.  
Éste es, y él es aquél que está parado.

DUQUE.  
Esta es la ronda. ¡Ténganse! ¿Qué gente?

DON FRANCISCO.

Amigos.

DUQUE.  
No hay amigos: diga el nombre.

CISNEROS.

La ronda.

DUQUE.  
¡Buena fíema! Ya me enfado.

DON FRANCISCO.

¡Vive Dios, que ha de ser muy buen soldadol

DUQUE.

¡Disparo!

DON FRANCISCO.

¡Ten! San Diego.

DUQUE.

Eso me agrada.

CISNEROS.

¡Vive Dios, que ha de ser mi camarada!  
¡Par Dios, que parecéis soldado viejol

DUQUE.

Y como que lo soy.

DON FRANCISCO.

Yo diré al Duque  
Que os honre como es justo; y me holgara  
Que viniera de ronda como suele;  
Mas yo se lo diré.

DUQUE.

¿Vueseñoría  
Me hará merced?

DON FRANCISCO.

Haré, ¡por vida mía!

DUQUE.

Gustaré que entienda Su Excelencia  
Que deseo acertar.

CISNEROS.

Tened paciencia.  
Luego vuelvo á mudarlos.

SOLDADO.

Buen amigo,  
Advierta vuesarced que es de mi escuadra.

DUQUE.

¿Es cabo vuesarced?

SOLDADO.

Y aun acabado.

DUQUE.

¿De qué?

SOLDADO.

De la paciencia y del vestido.  
¿Quiere que le prevenga cualquier cosa  
Para almorzar, que á fe del amo, osa  
De ser por esta vez su despensero?

DUQUE.

Pues compre de almorzar.

SOLDADO.

¿Con qué dinero?

DUQUE.

¿Helo de gastar yo?

SOLDADO.  
Si le parece.

DUQUE.  
Algo le quiero dar porque se vaya:  
Tome un doblón.

SOLDADO.  
Doblados años vivas  
Que Adán y sus parientes; y mis ojos  
Te vean general.

DUQUE.  
Ya lo habéis visto.

SOLDADO.  
Boquirrubio es el nuevo, ¡vive Cristo!

Vanse.

DUQUE.  
¡Ellos se van, y yo pensando quedo  
Cómo acabar aqueste cerco puedo!  
El de Orange procura con ayuda  
Meter socorro en Mons, y antes que llegue,  
Pues munición les falta á los soldados,  
Pienso embestir al muro á pica vista;  
Con el sol he de hacer que el fuerte embista  
Mons de Nor, Quermes y Julián Romero.  
Pienso que es hora; despertarle quiero.  
Fernando.....

FERNANDO.  
Mi señor.....

DUQUE.  
Ya me parece  
Que es bien que yo me vaya; que el sargento  
Vendrá luego á mudaros; ya ha pasado  
La ronda; respondió como prudente  
A lo que os digan.

FERNANDO.  
¿Cómo he de pagaros  
Tantas mercedes?

DUQUE.  
Más pretendo honraros.  
Id luego á hablarme, porque importa mucho:  
Con el amor y el sufrimiento lucho.

Vase.

FERNANDO.  
No acabo de imaginar  
En qué ocasión he obligado  
Al Duque, que tal cuidado  
Muestra aquí, y en mi lugar  
Á mi abuelo enriqueció  
Siendo un pobre molinero.  
Mas ¿qué es lo que considero?  
Alguna estrella inclinó,  
Que es influencia divina,  
Á que le quisiese bien,  
Como á mí, agora también,  
Á que le sirva me anima.

Salen Nuño, Jacinto y Cisneros.

JACINTO.  
¡Gracias á Dios que te veo!

Cien años me ha parecido  
Esta noche.

NUFLO.  
Yo he dormido  
Como un lirón.

CISNEROS.  
Ya deseo  
Que os honre el Duque, que es justo.  
¡Buenos principios lleváis!

JACINTO.  
Cuando los fines veáis,  
Tendréis de honrarle más gusto.

CISNEROS.  
Id, Fernando, á descansar.

NUFLO.  
Con mil comezones quedo.

JACINTO.  
Vamos.  
FERNANDO.  
Jacinto, no puedo;  
Que al Duque me importa hablar.

JACINTO.  
Vamos, pues, y le hablarás.  
NUFLO.  
Quien á la guerra se inclina,  
Donde duermen en fagina  
No temerá á Barrabás.

Vanse.

Tocan al arma. Salen el Duque, D. Francisco  
de Bobadilla y soldados.

DUQUE.  
Hoy, españoles, espero  
Ver los altos edificios  
De Mons humildes por tierra  
Asolados y rendidos.  
No es justo que tanto tiempo  
Tenga el conde Ludovico  
Amparo donde se ponga  
A las armas de Filipo.  
A escala vista acometan,  
Pues ya los celestes vidrios,  
Entre arboles de nácara  
Dan al sol recién nacido.  
Julián Romero embista,  
Dando de quién es indicios,  
Que en hábito de Romero  
Es de todos conocido.  
Chapín Vitelo acompañe  
Al español, y del sitio  
De Belán baje á campaña  
El valiente don Rodrigo.  
Del Burgo saque la gente  
Que tuviere, don Francisco,  
Y de tropas alemanas,  
De caballos guarnecido  
Quede Nimi y las trincheras;  
Que yo en retaguardia siga  
Con todo el resto del campo.  
Dése de mi intento aviso,

Y los caballos ligeros  
Que en la hoya están metidos,  
Guarnezcan á Beta y Mont.

Salen Jacinto, Fernando y Nuflo.

NUFLO.

¿No te da miedo el ruido?

FERNANDO.

Antes me provoca y llama.

NUFLO.

Pues ¡vive Dios, que me cisco!  
Estos panderos que tocan  
Me atormentan los oídos.

FERNANDO.

¡Qué bien parecen las armas,  
En cuyos aceros limpios  
Brilla el sol!

JACINTO.

Y las banderas

Con tornasolados visos.

¡Aquí está el Duque!

FERNANDO.

Á saber

Lo que mandas he venido.

DON FRANCISCO.

Ha de ser muy buen soldado;  
Que tiene honrados principios.

DUQUE.

¿Halo hecho bien?

DON FRANCISCO.

Muy bien.

DUQUE.

Son, al fin, vasallos míos.  
Hablaros aparte quiero.

FERNANDO.

Mi confusión multiplico.

DON FRANCISCO.

Yo voy á hacer lo que mandas.

Vase.

NUFLO.

Retirémonos, Jacinto,  
Siquiera por cinco leguas,  
Y tengan por diez las cinco.

Vanse.

FERNANDO.

¿Qué es lo que mandas, señor,  
Que en trance tan peregrino,  
Cuando te espera la gente,  
Solo te apartas conmigo?  
Si con la vida y la sangre,  
Excelso Duque, te sirvo,  
Manda que mis venas rompa  
Amoroso sacrificio.

DUQUE.

Agora es tiempo, Fernando,  
Que del error escondido,

De amor el fruto dichoso  
Dé de su valor indicios.  
No sin misterio os aparto,  
Y no es bien que sea prolijo  
En ocasión que me esperan  
Mil soldados atrevidos.  
¿Quién pensáis que sois, Fernando?

FERNANDO.

Un vasallo vuestro, indigno,  
Señor, de nombre tan noble.

DUQUE.

Pues no sois sino mi hijo.  
No os alteréis, escuchadme;  
Que en aquel pobre molino,  
Amor molió pensamientos  
Con engañoso artificio.  
Amores de vuestra madre,  
No del abuelo servicios,  
Me obligaron que hiciese  
A su viejo padre rico.  
Yo corté la flor más bella  
Que los Abriles han visto,  
Maravillas de los campos  
Á las márgenes del río.  
Caséla, porque no fuese  
Su deshonor conocido,  
A pesar de mis deseos  
Y á costa de mis suspiros.  
Preñada de vos estaba,  
Aunque los años prolijos  
Nevaron en mi cabello  
Sus copos de nieve fríos.  
Jamás el amor helaron,  
Que fué carácter escrito  
En mi alma, donde apenas  
Tuvo lugar el olvido.  
La primera vez que os vi  
Fué en el Barco, y mis suspiros,  
Profetas, me daban señas  
De la sangre que en vos cifro.  
Determinéme á ponerlos  
En el lugar merecido  
De un hijo del Duque de Alba,  
Natural y tan querido.  
Pero yo no puedo honrarlos,  
Aunque vuestro honor estimo,  
Si no dais muestras primero  
De ser de mi sangre digno.  
Por eso, hijo Fernando,  
En ocasión os lo digo  
Que veis plantar las escalas  
Á los muros enemigos.  
Trance es para ganar honra  
Ó morir; que os certifico  
Que es mejor honroso entierro  
Que quedar sin honra vivo.  
Si no os halláis con aceros  
Del parecer hijo mío,  
Rompiendo dificultades  
Y embistien lo á los peligros,  
Dando muestra de la sangre

Aldeana, os notifico  
Que á nadie digáis jamás  
El suceso referido,  
Ó, ¡por la vida del Rey,  
Que viva por largos siglos,  
Que os haga matar, Fernando,  
Dando á mi cuidado alivio!  
Mas si imitáis vuestro padre,  
Para agora son los bríos  
Por vuestro Rey y por Dios,  
No con villanos rendidos.  
Ya la trompeta me llama;  
Con bendición os envío;  
Yo haré como vuestro padre,  
Haced vos como mi hijo.

Vase.

FERNANDO.

¿Es posible lo que escucho?  
¿Si me engañan los oídos?  
Mas no, que mis pensamientos,  
Pronósticos desto han sido.  
¡Yo hijo del Duque de Alba!  
Si hasta agora fui atrevido,  
Por saber cuyo hijo soy,  
Á ser mucho más me obligo.  
¿No derribaba en el campo  
Al más celoso novillo?  
¿No embestí á un lugar entero  
De villanos vengativos?  
¿No embestiré á una muralla  
Que ya por varios portillos  
Me promete paso honroso?  
¡Ea, pensamientos míos,  
La ocasión está en la mano!

Salen Jacinto y Nuño.

JACINTO.

Tente: ¿dónde vas?

FERNANDO.

Jacinto,  
Quédate y guarda tu esposa  
Mientras la muralla embisto.

JACINTO.

¿Cómo quedarme? Camina,  
Fernando, que yo te sigo.

NUÑO.

¿Qué es esto, Dios? ¿Estáis locos?  
¿No os espanta tantos tiros?

FERNANDO.

Ya no hay cosa que me espante;  
Que si hasta aquí no he temido,  
Siendo estrella de tal alba,  
Seguro me determino

Vanse.

NUÑO.

Vayan con Dios vuesarcedes;

Que yo, pecador indigno,  
Mucho errado y culpado,  
Poco á poco me retiro.

Vase.

El Duque, D. Francisco, Cisneros y soldados.

Dentro:

¡Cierra España, Santiago!

DUQUE.

¡Caiga el soberbio edificio  
Que á emulación de los tiempos  
Sobre las nubes se ha visto!

DON FRANCISCO.

Ya embiste Julián Romero,  
Y ya en diferentes sitios  
Planta escalas.

Dentro:

¡Cierra España!

DUQUE.

Ya corona el enemigo  
De soldados las murallas,  
Ya socorre don Rodrigo  
De Toledo.

DON FRANCISCO.

La defensa

Es grande.

DUQUE.

Con todo, fio

Que hoy ha de ser nuestro Mons.

DON FRANCISCO.

Muy pocos, aunque atrevidos,  
Probar la subida intentan.

DUQUE.

Animarlos determino;  
Mas ¿quién es aquel soldado,  
De tan excelentes bríos,  
Que con sola una rodela  
Á la escala ha acometido  
Del revellín?

CISNEROS.

Tu criado

Fernando.

DUQUE.

¡Ay, cielo divino!

Ya me pesa; no me pesa:  
Muera ó viva noble y rico.

DON FRANCISCO.

Á pesar de la defensa,  
Á las almenas asido,  
Procura entrar.

DUQUE.

Esto basta

Para nombrarte por mío.

CISNEROS.

Ya está dentro, y en la cerca  
Se defiende, aunque herido.

DUQUE.

¡Españoles, socorrelde;

Socorrelde, que es mi hijo!  
¡Ah, bravo Julián Romero!  
¡Socorro!

CISNEROS.

¿Qué es lo que oímos?

¡Hijo tuyo! ¡Cierra España!

DON FRANCISCO.

¡Oh suceso jamás visto!

DUQUE.

Ya subió Julián Romero.

DON FRANCISCO.

¿Que es vuestro?

DUQUE.

Sí, don Francisco;

Que aunque agora me veis viejo,  
Cierto está que mozo he sido.

DON FRANCISCO.

Otro soldado subió.

DUQUE.

Y ya suben infinitos.

Dentro:

FERNANDO.

¡Victoria, España!

DON FRANCISCO.

Ya planta

Las armas del gran Filipo,  
Fernando en el baluarte.

DUQUE.

Ya desde aquí te bendigo,  
Mitad de mi corazón;  
Que te guarde el cielo pido.

DON FRANCISCO.

Tus lágrimas amorosas  
Dan de tu contento indicio.

DUQUE.

Á nadie digáis que lloro  
Hasta que tengáis un hijo.

Salen María y Antón, de peregrinos.

ANTÓN.

Á osadas, ¿que no habrá hecho  
Aquí lo que allá hacía?

Que en Flandes la valentía  
Solamente es de provecho;

Que allá nos ha destruido,  
Pues nos trae desta manera.

MARÍA.

Verle mi deseo espera  
Del Duque honrado y querido.

Él nos mandará volver  
La hacienda que nos quitó  
La Duquesa.

ANTÓN.

Al fin vengó

Su enojo como mujer.

Porfiastes en libralle,  
Supo que la causa fuistes  
De que huyese, y le distes

Dineros para envialle

En salvo. Y ¡que pague yo  
Vuestro amor desatinado!

¡Después de viejo y cansado,  
Este bien se me guardó!

Déle Dios hijos á quien  
Los desea.

MARÍA.

¿Qué os quejáis?

Si pobre y viejo os halláis,  
¿No lo vengo yo también?

Pero dénos vida Dios;

Que yo sé que volveremos

Adonde en paz viviremos

En nuestra patria los dos;

Que el Duque nos volverá

Lo que quitó la Duquesa.

ANTÓN.

Yo veré el fin desta empresa

Al fin, que seguro está.

¿Que el Duque le ha de volver?

¿Hay tan brava confianza?

MARÍA.

Siempre de un señor se alcanza,

De tan noble proceder,

Justicia, y esto lo es.

ANTÓN.

Vos me tenéis espantado.

MARÍA.

¿Cuánto va que no has llegado,

Antón, á besar sus pies,

Cuando nos vuelve la hacienda?

ANTÓN.

Ahora yo quiero callar:

Dicen que en este lugar

Está; vamos á su tienda;

Mas parece que las van

Quitando.

MARÍA.

¿Qué puede ser?

Jacinto, Elvira y Nuflo.

JACINTO.

Ven, esposa amada, á ver  
Qué honroso nombre le dan.

ELVIRA.

¿Que subiste en la muralla  
El tercero?

JACINTO.

La amistad

Animó mi cortedad.

NUFLO.

Pues alguno escucha y calla,

Que pudiera haber subido

Antes que todos, si....

JACINTO.

¿Qué?

NUFLO.

Si me dejaran.

MARÍA.

Yo sé

Que á buen tiempo hemos venido:  
Jacinto y Nullo, ¿no son  
Los que vemos?

ANTÓN.

Llega presto.

JACINTO.

¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

MARÍA.

Fuerza de una sinrazón.

ANTÓN.

Pobres, á buscar venimos  
Á Fernando, pues por él,  
De la Duquesa cruel  
Con tal rigor presos fuimos,  
Que, tras quitarnos la hacienda,  
Desterrados nos envía.

JACINTO.

Oídme atenta, María,  
Sin que Antón dello se ofenda.

Ya confiesa el Duque de Alba  
Que en vuestra niñez florida,  
Antes de tener esposo,  
Doncella hermosa y linda,  
Fué vuestro primer amante,  
De cuyas tiernas caricias  
Gozó en un molino pobre  
Prendas de su amor tan ricas.  
El fruto de aqueste amor  
Fué Fernando, á quien estima  
Por hijo, que tales hechos,  
Ha confesado, lo animan,  
Hoy que dieron escalada  
A Mons, que se defendía  
Largo tiempo, el joven noble  
Mostró la encubierta mina  
Del oro de su valor;  
Que entre arcabuces y picas  
Puso el pie entre los muros,  
Sin que el contrario le impida.  
Por él se ganó, en efecto,  
Y la victoria apellida,  
Y entrando el Duque triunfante  
En la ciudad enemiga,  
Dió los brazos á Fernando,  
Con lágrimas y alegría,  
Diciendo: «Mi hijo sois,  
Vuestro valor lo publica;  
Yo me alegro de tener  
Un hijo que tan bien sirva  
Á su Rey, que tan buen premio  
Adelantado le envía.  
Márqueos el valiente pecho  
La cruz del santo Baptista,  
Y gozad desde hoy el nombre  
De Gran Prior de Castilla.»  
Dijo, y apretóle el propio  
Una pequeña herida  
En la cabeza, y Fernando  
Le escuchaba de rodillas.  
Besóle la heroica mano,  
Y fueron á una capilla,

Adonde el hábito honroso  
Tan dignamente reciba.  
El gran prior don Fernando  
Le llaman desde este día,  
Y saldrá en público luego,  
En acabando la misa.  
Ved si fué bien empleada,  
Aunque el cansancio os aflija,  
Por ver ventura tan grande,  
Una pequeña desdicha.

MARÍA.

¡Qué dichosas nuevas, cielos!

ANTÓN.

¡Apenas se determina  
El alma! ¡Corrido estoy,  
Mas no es justo que lo diga!  
¡No reconozca su afrenta  
Quien vengarla no imagina;  
Que quien confiesa el agravio,  
Á la venganza se obligal  
Si antes que fuese mi esposa  
Entregó su honor María,  
No me tocó la deshonra,  
Necias mis quejas serían.  
No he hallado culpa en ella  
Desde el punto que fué mía,  
Aunque ciego, como amante,  
No vi faltas escondidas.  
Lo mejor es no apurallo.  
¡Oh, qué bien que me decían:  
«Más mal hay en la Aldeguela»,  
Aunque yo no lo entendía!

ELVIRA.

¿Qué tropel de gente es éste?

JACINTO.

¿Será el Duque?

MARÍA.

¿Qué imaginas?

ANTÓN.

Nada.

MARÍA.

Asegúrate, Antón.

NUFLO.

Si acaso se maravilla  
De la boda decentada,  
Sepa que hay en esta vida  
Pocas doncellas flamantes,  
Porque las más son traídas.

JACINTO.

Vuestro hijo viene aquí.

MARÍA.

Llamaréle señoría;  
Pero ternezas de madre  
No han menester cortesías.

Tocan atabalillos.

Salgan todos los soldados que puedan, D. Francisco,  
Cisneros, D. Fernando, con la gran cruz de San Juan  
y un manto, y detrás el Duque.

DUQUE.

Desde hoy, prior don Fernando,

Gozad por prolijos días  
El honor que os habéis dado  
Con tan valiente osadía.

FERNANDO.

Para morir á tu lado  
Quiero tan honrada insignia.

DON FRANCISCO.

Vueseñoría nos dé  
Sus brazos.

NUFLO.

¿Hay mayor dicha?

MARÍA.

¡Ay, Jacinto, no me atrevo!

JACINTO.

Tu mucho amor, ¿no te anima?

MARÍA.

Señor prior don Fernando,  
Que os dé Dios muy larga vida,  
¿Sabréisme decir, acaso,  
De un hijo que yo tenía?  
Si queréis que os dé las señas,  
Yo sé que son conocidas.

FERNANDO.

El hijo que vos buscáis,  
Sabreos decir, peregrina,  
Que es hijo del Duque de Alba  
Y Gran Prior de Castilla;  
Pero no niega que es vuestro,  
Y así, puesto de rodillas,  
Os pide la bendición.

MARÍA.

¡Todo el cielo te bendiga,  
Hijo!

FERNANDO.

¡Madre de mi alma!

DUQUE.

¿A qué fué vuestra venida?  
Dadme los brazos.

ANTÓN.

Señor,

Vuestra esposa, vengativa,  
Porque su madre á Fernando  
Libró, la hacienda nos quita,  
Y así, á vuestros pies echados,  
Os suplicamos se sirva  
Vuestra clemencia de hacer

Que se nos vuelva.

DUQUE.

A eso obliga,  
Tras el amor que yo os tengo,  
La fuerza de la justicia;  
Luego haré que se vuelva,  
Y estimad mucho á María;  
Que tenéis honrada esposa,  
¡Por vida del Rey!

ANTÓN.

Que mida  
Tus pies con mi boca deja.

FERNANDO.

El casamiento de Elvira  
Es bien que se haga luego,  
Y Vuestra Excelencia escriba  
Á su padre, que á su amor  
Los vuelva y que los admita.

DUQUE.

Harélo así.

JACINTO.

Tus pies beso.

DUQUE.

Desde aquí volverá rica  
Vuestra madre; y vos, soldado,  
Llevaréis la merecida  
Paga de vuestro valor.

NUFLO.

Ya mis servicios se olvidan.

FERNANDO.

Pues en mi servicio quedas,  
De mi mucho amor confía.

NUFLO.

No permitas, si es posible,  
Que otra vez duerma en fagina.

DUQUE.

Aquí da fin *La Aldegüela*  
Y el Gran Prior de Castilla,  
Que fué Maese de campo,  
De tal padre rama invicta.

FIN DE LA TERCERA JORNADA DEL ALDEGÜELA.

Acabóse en 6 de Mayo de 1623 años.  
Trasladóla Martín Navarro, en Toledo, el mismo  
día, mes y año.

*Lado sea el Santísimo Sacramento.*





# EL VALOR DE MALTA

(INÉDITA)



# EL VALOR DE MALTA

(INÉDITA)

## FIGURAS

SULTANA, *hija del Gran Turco.*

MUSTAFÁ.

DON DIEGO DE GUZMÁN.

EL GRAN TURCO SOLIMÁN.

DRAGUT ARRÁEZ.

MAHOMAT.

PIALÍ.

EL MAESTRE.

DON ANTONIO COLONA.

DON JUAN BARRIENTOS.

DON FERNANDO RODRÍGUEZ.

DON NUÑO DE PAZ.

DON GARCÍA DE TOLEDO.

LUIS PONCE, *cautivo.*

EL BAILÍO DE NIGROPONTE.

CELINDA.

NUESTRA SEÑORA.

DON ÁLVARO DE SANDE.

DON PEDRO, *piloto.*

FRAY JUAN.

## JORNADA PRIMERA.

Salen Sultana y Mustafá.

SULTANA.

En fin, Mustafá, ¿han llegado  
Nuestras galeras?

MUSTAFÁ.

Están.

SULTANA.

¿Qué empresas han acabado?

MUSTAFÁ.

De algunas, un capitán

Larga relación me ha dado;

En particular han hecho

Las mías daño en aquellos

Que traen la cruz blanca al pecho.

SULTANA.

¿Prendieron algunos dellos?

MUSTAFÁ.

Uno, y de mucho provecho.

En el siciliano mar

Se prendió una carabela

Tan diestra en el pelear,  
Que á no romperle la vela  
No la pudieran tomar.

A vista de Berbería  
Se divisó este pataje;  
Dispárase artillería,  
Y el cruzado es de linaje  
Y de honrada valentía;

Pero por servirme á ti  
Procuré que se prendiese:  
Con muchos le acometí;  
Mas antes que se me diese,  
Algunos turcos perdí.

En Constantinopla está,  
Y así, si le desear ver,  
Presto contigo estará:  
Lo que mandares hacer,  
Eso del maltés se hará.

Ya te he dicho que es cruzado  
Y no de poco valor,  
Y aunque enemigo, es honrado,  
De los buenos, el mejor  
Que trae el Maestre al lado;

Y por capitán venía  
Éste, de aquellos que en Malta  
Sustentan la hidalguía.

SULTANA.  
¿Es eso cierto?  
MUSTAFÁ.  
Es sin falta.  
SULTANA.  
¿Prendístele?  
MUSTAFÁ.  
En medio día.  
SULTANA.  
¿Qué es dél?  
MUSTAFÁ.  
Sabiendo la gana  
Que has tantos años tenido,  
Hermosísima Sultana,  
De un cruzado, le he traído.

SULTANA.  
¿Qué bien el gusto me gana,  
Gran Mustafá, tu cuidado!  
Entre á verme.

MUSTAFÁ.  
¿Luego ó cuándo?  
SULTANA.  
Luego.  
MUSTAFÁ.  
Viene maltratado;  
Que es costumbre, peleando,  
Despojar al más honrado.

Holgárame que le vieras  
Luego como le prendí  
Y le metí en mis galeras;  
Vieras lo que digo aquí  
Si era verdad ó quimeras;  
Pero verás un buen talle,  
Un buen término, una espada  
Que no es posible se halle  
Otra alguna más honrada.

SULTANA.  
Mustafá, manda llamalle;  
Entre, que yo le deseo.  
MUSTAFÁ.  
Entre ese esclavo maltés.

Sale D. Diego de Guzmán, cautivo.

GUZMÁN.  
Tal estoy y tal me veo,  
Que aun de vergüenza los pies  
En besallos no me empleo.

Va á besarle los pies y no le deja.

SULTANA.  
Levanta. ¿A dó vas?  
GUZMÁN.  
Bien voy.  
SULTANA.  
Tu presencia me aficiona.  
¿Eres Guzmán?  
GUZMÁN.  
Ya no soy;

Que este traje me abal dona.

SULTANA.  
¿Sabes dónde estás?  
GUZMÁN.  
Estoy

Con hija de Solimán,  
Que creo llaman Sultana.

SULTANA.  
¡Hermoso talle y galán!  
Levanta.

GUZMÁN.  
¡Nobleza humana!  
SULTANA.  
Haz lo que mando, Guzmán.

Levántase.

GUZMÁN.  
Grande obligación me pones,  
Que en algo alivias mi pena!

SULTANA.  
No se le pongan prisiones,  
Ande libre, sin cadena.

GUZMÁN.  
¡Ya crecen obligaciones!

SULTANA.  
Mustafá, hazle vestir  
Del modo que le prendiste.

GUZMÁN.  
¿Vuélvesme á restituir  
Mi libertad?

SULTANA.  
¿Qué perdiste?

GUZMÁN.  
Nada puedo ya decir;  
Que á quien con esta franqueza  
Me vuelve el hábito honroso,  
Podré decir con certeza  
Que estará el mundo envidioso  
De tan heroica nobleza.

Mira que te pesará,  
Y si ya libre me ves,  
Ninguno me humillará,  
Porque pundo nor maltés  
Cree que no me dejará.

De cautivo, serviré,  
Hallarásme así obediente;  
Pero después no podré,  
Que me volverá á valiente  
La encomienda de la fe;  
Y si el hábito me dieres,  
Disculpa al hábito honrado  
Si nuevo valor me vieres,  
Y á tu gusto mal mirado.

SULTANA.  
Sufriréte si lo fueres.  
Mustafá, vete con él;  
Tráele como le prendiste.

MUSTAFÁ.  
Serviréte como fiel.

SULTANA.

Ya que á mi poder viniste,  
Guzmán, no seré cruel.

Vanse Mustafá y Guzmán, y prosigue Sultana:

¡Qué hermoso que es el cristiano!  
Él es cruzado y maltés.  
¡Por Mahoma soberano,  
Que cuando pidió los pies  
Le diera mejor la mano!  
¡Qué famoso talle y brío  
Y qué agradable á mis ojos!  
Dalle algún gusto confío:  
Repararé sus enojos  
Si él se aplica al gusto mío,  
Que, libre mi voluntad,  
Le.... (1) de tal manera,  
Que humille mi gravedad.  
¿Quién entra?

Hace que se va.

Sale el Gran Turco.

SOLIMÁN.

Sultana, espera.

SULTANA.

¿Dó va Vuestra Majestad?

Humíllase.

SOLIMÁN.

Hija mía, entro en consejo  
De guerra. Levántate.

SULTANA.

¿Qué hay de nuevo?

SOLIMÁN.

A punto de jo

Tu venganza y gusto.

SULTANA.

¿En qué?

SOLIMÁN.

En la guerra que aparejo.

Mucho ha que me has pedido  
Que á tu criada liberte,  
Que malteses han prendido.  
Envío á Malta.

SULTANA.

Desa suerte

Tendré lo que he pretendido.

SOLIMÁN.

Con ciento y cincuenta velas  
Contra los de Malta envío.

SULTANA.

Grandemente me consuelas.

SOLIMÁN.

Tu negocio haré y el mío.

SULTANA.

Por mi gusto te desvelas.  
¿Partes luego?

SOLIMÁN.

A efectuallo

Voy á consejo de guerra,  
Donde he mandado trazallo.

SULTANA.

Rinde aquella ingrata tierra.

SOLIMÁN.

Ya es tuya; denme un caballo.

Éntrase el Gran Turco, y adentro dicen:

«Un caballo! ¡Un caballo!»

SULTANA.

Todo esto me sale bien.

Así quedará vengada,  
Que esta gente liera es quien  
Cautivó á Celinda amada,  
Que era mi regalo y bien;

Mas de otra suerte mejor

Procuraré su rescate:

Guzmán, si es fiel tu valor,  
Antes que se dé el combate,  
Dándole premio á mi amor

Se me envíe á mi Celinda;

Pero ¿cómo hablo así?

¿Soy otra heroica Florinda,

Que sin estar ante mí

Le mando?

Salen Mustafá y Guzmán, lien puesto, con espada  
y daga, y encomienda.

MUSTAFÁ.

¿Que así se rinda

Esta Princesa Sultana

Á tu nobleza, Guzmán!

Contigo habla y se allana,

Como si de Solimán

Tuvieras sangre otomana.

GUZMÁN.

Ya os vuelvo á dar libertad,

Cruz, amparo y valor mío.

Tusón de mi propiedad,

Gobierno de mi albedrío,

Espejo de honestidad.

Libre os tengo en mi poder,

Sol que en la fe reverbera.

MUSTAFÁ.

Si en su traje quieres ver

Á Guzmán, desa manera

Se dejó de mí prender.

GUZMÁN.

¿De qué te honras y alabas,

Si sabes que con cautelas,

Tú con mil turcos estabas,

Con diez bicas, con diez velas,

Que por el mar navegabas,

Yo en un pequeño batel?

(1) Roto el original.

Tú, con éstas me cercaste;  
Mas antes de darse á él,  
Cuarenta turcos que echaste  
Mató mi brazo cruel,  
Y aunque otro, de sólo vellos  
Se ve claro que temblara  
Y erizara los cabellos,  
Bien sabes que cara á cara  
Dí cabo de todos ellos.  
¿Pasa así?

MUSTAFÁ.

Dices verdad.

GUZMÁN.

Pues si es verdad, no te alabes.

SULTANA.

Tiene el maltés gravedad.

GUZMÁN.

Hasta agora no lo sabes,  
Que miro á tu Majestad.

SULTANA.

Tu brío me da contento.

GUZMÁN.

Diérate mil esmeraldas,  
Sí.

SULTANA.

Recibo gran contento.  
Débensele mil guirnaldas  
A tan alto pensamiento.

Mustafá, luego te irás,  
Y en pago toma este sello  
Por lo que dado me has.

MUSTAFÁ.

Eso, señora, es vendello.

Desviase Mustafá.

SULTANA.

Vete y no repliques más.  
Si los cruzados malteses  
Todos de tu talla son,  
Poco valen los arneses  
Turcos.

GUZMÁN.

¡En buena opinión  
Los pones!

SULTANA.

Y tú mereces

Más que puedo encarecer.

MUSTAFÁ.

¡Oh, temeraria llaneza!  
Turca, ¿así te quíes (1) perder?

SULTANA.

Alza, Guzmán, la cabeza,  
Mírame; ¿no me quíes ver?

MUSTAFÁ.

¿Tanto te agrada el cristiano?  
¿Ya te alegra y aficiona?

¡Oh, pensamiento liviano!

¡Oh, bajeza de coronal!

¡Intento de reina vano!

Cuando entendí que de ti  
Fuera más acariciado,  
Entonces me envías de aquí:  
¡Cuidado mal empleado,  
Premio malo para mí!

Vase.

SULTANA.

Si obligas sólo en mirarte,  
Mira, Guzmán valeroso,  
Si puedo en algo obligarte.

GUZMÁN.

Como no sea acto amoroso,  
Tendrás en mí en todo parte;  
Y así con honestidad  
Debo acudir á tu gusto.  
Mándeme tu Majestad,  
Por que el amor casto es justo  
Y espejo en la voluntad.

Serviréte muerto y vivo

Y á tu padre Solimán,

Por este bien que recibo,

En traje de capitán,

No como antes de cautivo;

Que si esta cruz representa

La que libertad me dió,

Princesa, mira esta cuenta;

Que si la cautivo yo,

¿Quién la sujeta la afrenta?

SULTANA.

Honrado es tu proceder.

GUZMÁN.

A todo aquesto me obliga  
Mi religión.

SULTANA.

¡Oh, mujer

A tu valor enemiga,

Pues que sepultas tu ser!

¡Que pretenda tan de veras

Un caballero cristiano

Guardar ley á sus quimeras,

Y yo, infanta, dé de mano

A mis leyes verdaderas!

¿Qué es esto? ¿Soy yo Sultana,

Hija del gran Solimán,

De sangre y casa otomana:

Que me rindo á un capitán

De la religión cristiana?

Mas mi falta tendrá enmienda.

Haz una cosa por mí.

GUZMÁN.

Como á aquesta cruz no ofenda

Ni á mi fe, seré de ti

Esclavo, no la encomienda.

SULTANA.

Quiero enviarte á tu tierra  
Con esta gente que parte  
A poner á Malta guerra.

(1) *Quíes* por *quieres*, es forma vulgar inusitada en las obras de Lope. Esta y otras expresiones incorrectas que hay en la comedia, mueven á pensar que está refundida por mano ajena y bastante torpe.

GUZMÁN.

¿Cuándo la armada se parte?

SULTANA.

Presto dejará esta tierra.

Pero has de hacer una cosa:

Que me tienes de enviar

Una turca valerosa

Que en Malta sé que ha de estar,

Por quien vivo congojosa.

Es Celinda, mi criada,

Que en Malta me cautivaron

Los que de esa insignia honrada

Se honran, y me dejaron

Notablemente enojada.

Has de jurar por tu fe

Que cumplirás lo que pido,

Y un cautivo te daré,

Cristiano, que es bien nacido,

Con quien la envíes.

GUZMÁN.

Sí haré.

SULTANA.

Hasla de enviar con él,

Que estimo mucho mi esclavo,

Por ser muchacho y ser fiel.

GUZMÁN.

Tu mucha nobleza alabo.

SULTANA.

Mira, no me seas cruel;

Que fio de tu valor

Que á Celinda me enviarás

En pago de aqueste amor,

Y acreditarás más

Conmigo.

GUZMÁN.

¡Honrado favor!

SULTANA.

Mi padre me prometió

De traella y hacer guerra

A aquel que la cautivó,

Y aunque abrasara esa tierra,

Busco este remedio yo.

Sólo resta el juramento,

Porque quede satisfecha.

GUZMÁN.

Si sólo ése es tu contento

Y mi jurar te aprovecha,

Luego juraré al momento:

Juro por mi religión,

Por esta cruz de San Juan,

Por Cristo y por su Pasión,

Y por los santos que están

En la celestial región,

De traértela, aunque esté

En poder del gran Maestre;

Y fiato de mi fe,

Que aunque la vida me cueste,

En tu poder la pondré,

Por la fe de caballero,

De Malta Comendador,

Tu esclavo y tu prisionero.

SULTANA.

Basta; fio en tu valor

Que cumplirás lo que espero.

Ven, porque quiero mandar

A un bajá que te regale

En la tierra y en la mar.

GUZMÁN.

¿Hay nobleza que á ésta iguale?

Déjame tus pies besar.

SULTANA.

Ya conocerás quién soy.

GUZMÁN.

Eres de turcos la luna.

SULTANA.

Entra.

GUZMÁN.

Reina, tras ti voy.

¡Que vuelvo á Malta! Fortuna,

En obligación te estoy.

Vanse, y tocando música de chirimías salen Dragut, Arráez, Mustafá, Mahomat, Piali y el Gran Turco, y siéntanse en sus asientos, el Gran Turco en medio.

DRAGUT.

Mi voto es éste; éste es, señor, mi intento,

Mi última y postrer resolución:

No quede orden, no quede fundamento

De su dañada y mala religión.

Lo que es de mi gran Rey iré contento,

Levantándose en alto tu pendón (1);

Haz que se embarque gruesa artillería.

¡Solimán viva, y viva Berberial!

MAHOMAT.

Váyase á Malta, ríndase la gente

Autorizada con la insignia blanca;

Que es falta de valor é inconveniente

Que del imperio turco viva franca.

PIALÍ.

Crezca tu imperio, tu poder se aumente,

Y de tus costas tu poder arranque,

Y entienda ese Maestre arrinconado

Que aún no merece nombre de soldado.

MUSTAFÁ.

Ganada Malta, ganarás á España,

Temeráte el Filipo valeroso,

De mi valor me fio y de mi saña;

Saldrás con este triunfo victorioso,

Que aún para quien tú eres no es hazaña.

Suene el sonido y rumbo belicoso,

Quede arruinada Malta y sus maldades,

Rómpanse adargas, cotas y pavese.

Malta perezca, restaurando el paso

Para pasar á Meca defendido.

Vayan tus turcos fuertes á este caso,

Muera el Maestre que ansí te ha ofendido,

Galeones llevas de notable vaso

Y gente que este celo le ha movido;

Que si á Meca allanamos el camino,

(1) Tampoco solía escribir Lope de Vega octavas de consonantes agudos.

Será este caso heroico y peregrino.

Embárguese la gente más lucida  
De tus imperios y de todo el mundo;  
Que aquí es honroso aventurar la vida.  
Que es el designio santo y sin segundo.  
Tus tiros rompan, sin que nadie impida,  
Las murallas de Malta, y al profundo  
Echen almas y cuerpos de cruzados  
Con rigor tan cruel despedazados.

PIALÍ.

Fuertes bajeles, bicas y galeones,  
Vayan á esta ocasión bien prevenidos  
De pelotas de plomo y municiones  
Y todo lo demás, tan bien proveídos,  
Porque en ellos han de ir tus fieros leones  
A Malta, con rigor todos movidos:  
Este es mi voto, aprueba lo que importe,  
Pues ahora estamos en tu casa y corte.

SOLIMÁN.

Si los trabajos y enojos  
Que de Carlos, Rey de España,  
Emperador de romanos,  
Honra de la Casa de Austria,  
He recibido mil veces,  
Mis bajás, os contara,  
Ni el tiempo bastara á tanto,  
Ni las palabras bastaran;  
Pero diré algunos dellos,  
Que algunos sé yo que bastan  
Para entregar vuestras vidas  
A la sabrosa venganza.  
Si hoy no es nuestra toda Hungría,  
Sus más importantes plazas;  
Si no me rinde tributo,  
Reconocimiento y parias,  
Fué porque vino á Viena,  
Archiducado de Austria,  
Y con sus armas y gente  
Hizo retirar mis armas;  
Si todo el reino de Túnez  
No es hoy nuestro, él es la causa  
Que él la quitó á Barbarroja;  
Que por mí le gobernaba;  
Si perdió Dragut Arráez  
La ciudad fuerte de Africa,  
Y cuando entre mí y él había  
Treguas, aunque treguas falsas,  
El consintió en ello entonces  
Y nunca mandó entregarla,  
Aunque mis embajadores  
Le alegaron muchas causas.  
Ansi mismo el rey Filipo,  
Hijo suyo y Rey de España,  
Que con mi deshonor tiene  
La Italia tiranizada,  
Me tiene lleno de enojo  
Y de justísima rabia,  
Por ser de tal padre hijo  
Y sucesor de tal Casa,  
Y porque no ha muchos días  
Que con cautelas y trazas

Me quitó el peñón de Vélez,  
Fuerza en Berbería estimada,  
Habiendo antes á los míos  
Hecho mil daños sus armas,  
Vertido infinita sangre  
Sobre el castillo de Almeida.  
Fuera de que estoy sentido  
De que aquel de la cruz blanca  
A quien llaman Gran Maestre,  
Tantos agravios me haga,  
Tentando tomar mis fuerzas,  
Cañonear mis murallas,  
Robar en el mar mis naves  
Prendiendo infinitas almas,  
Especialmente á Celinda,  
Con quien mi hija Sultana  
Estrecha amistad tenía,  
Que está presa y maltratada.  
Veo también que estas cruces,  
A nuestras lunas contrarias,  
En cualquier empresa sirven  
Por mar y por tierra á España:  
Cuanto es nuestro nos saltean,  
Y róbannos cuanto hallan,  
Los inocentes nos prenden,  
Y los rebeldes nos matan.  
Viendo, pues, que estas querellas  
Tengo, amigos, contra Malta,  
Antes que se fortifiquen  
Quiero postrar sus murallas,  
Y dando á nuestros cautivos  
La libertad deseada,  
Dar nuevo color de sangre  
A aquellas sus cruces blancas.

PIALÍ.

Apruebo, gran señor, el pensamiento  
Contra Malta, por tí comunicado;  
Que el Gran Maestre es grande atrevimiento  
Que haya de tu poder así burlado.  
Malta perezca, no quede fundamento (1)  
De aquel castillo contra Alá fundado,  
Deshágase la Orden contrahecha  
En deservicio de Mahoma hecha.

MAHOMAT.

Mira que siendo valerosa gente  
Ésta que á Malta la rebelde envías,  
Rendirás á Sicilia brevemente,  
Que será ocupación de cuatro días.

MUSTAFÁ.

Crezca tu imperio, tu poder se aumente  
Y cesen las infames correrías  
Que hacen en tus costas los cruzados,  
Ciertos de nunca verse castigados.

DRAGUT.

Den ya velas al viento tus bajeles,  
Surquen el mar con gran velocidad,  
Embárguese genízaros crueles,  
Que es gente de valor y de lealtad,  
Y no vayan bisonños ni noveles,

(1) No es verso.



Pues sabe bien tu heroica Majestad  
Que los cruzados, valerosa gente,  
Uno vale por diez, y dos por veinte.

SOLIMÁN.

Vuestro parecer es tal,  
Que en él fácilmente vengo.

DRAGUT.

Resta nombrar General.

SOLIMÁN.

Por la mar bueno le tengo,  
Valiente, astuto y leal.

PIALÍ.

Parece que á mí te vuelves.

SOLIMÁN.

Conozco tu valentía,  
Y si bien ó mal revuelves,  
Ya lo lloró don García  
En el fuerte de los Gelves.

De General por la mar  
Llevarás, Pialí, el bastón.

PIALÍ.

¿Quién te osará replicar?

MAHOMAT.

Aceptada es la elección.

SOLIMÁN.

Comience Pialí á mandar.

MUSTAFÁ.

General para esta guerra  
Por la tierra, no ha nombrado.

Vuelto á Dragut.

¡Oh! Si yo fuese por tierra.....

Iré, pues me he ejercitado,

Y si yo no voy, se yerra.

Que si el campo yo no adiestro,

¿Quién puede igualarse á mí?

¿Hay algún turco más diestro?

Por la mar bien va Pialí,

Que por el agua es maestro.

Pero ¿quién sabrá mejor

Que yo la tierra maltesa?

¿Quién dará al Rey más honor

Ni á Sultana la princesa,

Pues conoce mi valor?

Al Turco.

Señor, Vuestra Majestad  
Sabe cómo le he servido,  
Y que siempre mi lealtad  
Se ha visto y resplandecido  
En cualquier dificultad.

De rodillas.

Suplico á vuestra grandeza  
Que en pago de mi trofeo,  
Que con más fervor empiezo,  
Me cumplas sólo un deseo.

Levántase.

SOLIMÁN.

Pide.

MUSTAFÁ.

Espero en tu franqueza.

Pues Pialí lleva por mar

El merecido bastón,

Por tierra quiero emplear

Mi gobierno y discreción

Si tú me le quieres dar;

Que aunque son pocos mis años,

Por mi descendencia alta,

Y por tus triunfos extraños,

De echar las cruces de Malta,

Vengando todos tus daños,

Juro por Mahoma santo

Y por el santo Alcorán,

A quien tú veneras tanto;

Por tu brazo, Solimán,

De la cristiandad espanto;

Por el valor destas manos;

Por el temor que han cobrado

Dellas algunos cristianos;

Por la espada deste lado,

Asombro de los humanos,

Y por la veneración

Que se debe á Alá divino,

Y por la buena opinión

Que tu imperio sarracino

Tiene de que soy león,

De cumplir lo prometido,

Y arroyar (1) esa tierra

Que así te tiene ofendido;

Que seré rayo en la guerra,

Para vengarte nacido.

SOLIMÁN.

Si es adquirir gloria, basta

La que has, Mustafá, ganado.

MUSTAFÁ.

¿No ves que el tiempo la gasta?

DRAGUT.

Es valeroso soldado,

Y basta ser de mi casta.

SOLIMÁN.

El oficio que deseas

Te doy con gran voluntad;

Á ver cómo en él te empleas.

MUSTAFÁ.

Testigo de mi lealtad

Quiero que tú mismo seas.

MAHOMAT.

Esas palabras son vanas,

Que así obligado te han;

Muy fácilmente te allanas.

SOLIMÁN.

Yo sé que es gran capitán

Contra las armas cristianas.

MUSTAFÁ.

Turco, estamos en consejo

Y en la presencia Real,

Y por aquesto te dejo;

(1) *Arroyar* por *arroyar* es italianismo que nunca usó Lope.

Que aunque mozo, soy leal  
Y soy en astucias viejo.

DRAGUT.

¿Á mí se me hace esa afrenta?  
¡Mahomat, mira que soy  
Quien su bondad representa!

MUSTAFÁ.

¡De cólera ardiendo estoy!

Metén mano.

DRAGUT.

¡Ya su desventura cuenta!

SOLIMÁN.

¿Qué es aquesto? ¿En mi presencia?

¡Ninguno pase de ahí,  
Que ofenderá mi paciencia!

Envainan las espadas.

Cuando volváis ante mí  
Con victoria, os doy licencia.

Tiene allí un moro dos bastones; tómalos el Turco;  
da uno á Piali y otro á Mustafa.

Tomad el bastón.

MUSTAFÁ.

Recibo

Aqueste tu honroso cargo,  
Con que te honraré si vivo;  
Que aunque ante ti yo me alargo,  
Soy tu vasallo y cautivo.

Suenan dentro cajas y ruido.

SOLIMÁN.

¿De qué será este rumor?

PIALÍ.

Es la gente que se embarca.

SOLIMÁN.

Voy á verla á un mirador.

PIALÍ.

Llegue á la orilla mi barca.

MUSTAFÁ.

Toque á marchar mi atambor.

Vanse entrando Dragut, Piali y el Gran Turco,  
quedando los demás.

MAHOMAT.

Por cierto en tiempo te dan,  
El cargo, que harás cobardes  
Á los que contigo van.

MUSTAFÁ.

¡Mahomat, de envidia te ardes!

MAHOMAT.

¿Yo envidia á tal capitán?

MUSTAFÁ.

Pudiera el gran Rey del mundo,  
Cuyo General fui siempre,  
Enviar á esta conquista,  
Contra los bravos malteses,  
Mejores mantenimientos,  
Mejor orden, mejor gente,

Mejores picas á España,  
Mejores cotas de Vélez,  
Mejor pólvora á los tiros,  
Mejor plomo á los mosquetes,  
Mejores horcas y naves,  
Mejores y más bajeles,  
Más armados los infantes,  
Más lucidos los jinetes,  
Mejores velas que amainen,  
Mejor timón que gobiernen,  
Mejores las banderuelas,  
Mejores los gallardetes,  
Mejor piloto que rija,  
Mejor canalla que reme,  
Mejor bombardas que bata,  
Mejor trabuco que quiebre,  
Mejor chusma, mejor lastre,  
Mejor humera y grumetes,  
Mucho mejores soldados  
Y mejor cuanto allá fuere,  
Pero mejor capitán,  
El que lo dijere, miente!  
Y si alguno está ofendido,  
Sígame cuando quisiere;  
Que yo me voy á las naves  
A embarcarme con mi gente.  
Contra Malta voy al arma,  
Mis galeones se apresten,  
Los cañones hagan salva,  
Y Alá nos vuelva y nos lleve.

Vase.

MAHOMAT.

¡Muestra coraje y denuedo;  
Que el mundo verá después  
Si el amarte, infame, puedo  
Cuando en el suelo maltés  
Te hagan temblar de miedo!

Tras ti voy, aunque no importa  
Que á tus espaldas me muestre.  
Vete al mar, y el agua corta;  
Que allá te espera el Maestre  
Que altos intentos acorta.

Vanse.

Suena dentro un tiro de arcabuz.

Sale el Maestre, viejo venerable.

MAESTRE.

¡Aquí de Dios, caballeros  
Honrados con la cruz blanca,  
Á la costa, á la marina,  
Que vuestro Maestre os llama!  
Lunas de Aragón la antigua,  
Claros Piamontes de Francia,  
Sandoval de Castilla,  
Nobles Colonas de Italia,  
Sotomayores de Cuenca,  
Garcilasos de Granada,  
Barrientos de Piedrahita,

Rodríguez de Salamanca,  
 ¡Al mar! ¡Aquí de la Iglesia,  
 Aquí de San Juan y Malta;  
 Que más de ochenta galeras  
 Ocupan las ondas bravas!  
 Turcos son, que á Malta vienen  
 Contra las cruces de Malta,  
 Que el gran Solimán, su dueño,  
 Mucho há que las amenaza.  
 ¡Aquí los cruzados pechos,  
 Que antes que salgan del agua  
 Pagarán su atrevimiento  
 Al filo de nuestra espada!  
 ¡Disparen, toquen apriesa!  
 ¡Aquí de San Juan! ¡Al arma,  
 Que llegan al puerto, á ellos!  
 ¡Muera el Turco y viva Malta!

Sale D. Antonio Colona, Comendador.

DON ANTONIO.

Á tus católicas voces,  
 Gran Maestre, cuya fama  
 Hasta las estrellas llega,  
 Viene tu gente á la plaza:  
 Viene Claramonte el fuerte,  
 Luz del mundo y prez de Francia,  
 Y viene Antonio Colona;  
 También viene Juan de Omala,  
 Y viene Lope Carrillo,  
 Y el que le sigue, Almenara,  
 De Alba de Tormes el uno,  
 Y el otro de Salamanca;  
 También don Juan de Barrientos,  
 Vasallo del Duque de Alba,  
 Tras quien vienen en tu ayuda  
 Sandoval y Villafañá.  
 Por todos juntos respondo.  
 ¿Qué nos quieres, qué nos mandas?  
 ¿Viene la armada del Turco  
 Surcando el mar de tus playas?

Sale D. Juan Barrientos.

DON JUAN BARRIENTOS.

Venga el Turco, ya esperamos  
 Para batir su arrogancia  
 Y para teñir con sangre  
 Su bandera y lunas blancas;  
 Que todo su poder junto,  
 Para una maltesa espada  
 Es poco, si la acometen,  
 Y uno de nosotros basta.  
 ¡Viva nuestra religión!  
 ¡San Juan, Santiago, al arma!  
 Venga toda Berbería,  
 Que á todos espera Malta.

Sale D. Fernando Rodríguez.

DON FERNANDO RODRÍGUEZ.

Y si como seda visten  
 Y como juegan las cañas,  
 Como en los saraos de turcas

Con mucho hablar se señalan;  
 Si como visten libreas,  
 Mimbran en el campo el asta;  
 Si como el almaizal bulle,  
 La toca, pluma ó la banda,  
 Se saben mostrar furiosos  
 Con las belicosas armas;  
 Si les pone ánimo acaso  
 El retintín de la caja,  
 Y si el runrún de la trompa  
 Y el humo de la bombardas  
 No ataja el ánimo horrendo  
 Ni acaso les acobarda,  
 Traigan adargas de Fez,  
 De Marruecos cimitarras,  
 De Africa jacerinas,  
 Y jacos de fina malla.  
 Vengan con muy gran poder,  
 Con conocida ventaja;  
 Reconozcan nuestros puertos,  
 Rompan veloces las aguas;  
 Eternizaremos todos,  
 Pues que la ocasión nos llama,  
 El valor de nuestros pechos  
 Más que Scipión (1) en Numancia.

Sale D. Nuño de Paz.

DON NUÑO.

Pues si el temor de las voces  
 Que dicen «¡España, España,  
 Santiago, Santiago,  
 San Juan, San Dionís de Francia!»  
 Si el valor de los cruzados  
 Que guardan religión casta,  
 No desmaya su braveza,  
 Sus orgullos y bravatas;  
 Si no temen limpio acero  
 De nuestro brazo y espadas;  
 Si no temen los mosquetes,  
 Los cañones que hacen salvas,  
 Ya tardan: venid, tiranos,  
 Venid, gente atroz, ingrata,  
 Llegad con vuestras galeras,  
 Con navíos, con galeazas,  
 Con alfanjes, picas, chuzos,  
 Pistolas, fuertes corazas,  
 Con todo cuanto quisierdes,  
 Si os mueve coraje y rabia;  
 Venga toda Berbería  
 Contra nuestras cruces santas;  
 Vengan los rebeldes fuertes  
 Que tanto nos amenazan;  
 Vengan á ver al Maestre,  
 Sol que resplandece en Malta,  
 Y probarán el valor  
 De la religión cristiana.

MAESTRE.

¿No veis las hinchadas velas

(1) *Aniba!* dice el manuscrito, pero es evidente error del copista.

Que nos ocupan el agua,  
La pujanza de sus remos,  
El estruendo de sus balas?  
Enemigos son, amigos:  
¡Comendadores de Malta,  
Defended la fe de Cristo  
Los que vestís cruces blancas!  
Mas oid, ¡San Juan me ayude!  
De paz parece está salva,  
Banderas blancas tremolan;  
De paz son; dejad las armas.

Dicen adentro: «¡Sicilia, España, D. García  
de Toledo!»

Sicilia dicen apriesa;  
Suenen tiros, toquen cajas,

Dentro D. García de Toledo:

Que sicilianos socorren.  
¡Sicilia, Sicilia, Malta!  
MAESTRE.  
¡Oh bandera victoriosa  
Del gran Filipo de España,  
Que basta verte mis ojos  
Para vencer mil batallas!  
El general don García  
Viene en ella; ¿veis sus armas?  
Estos cuadros son Toledos.  
¡Viva el Rey!

Habrás descubierto una gavia de galera y sale  
D. García de Toledo.

DON GARCÍA.  
Y ¡viva Malta!  
Ninguno deje su estancia  
Ni salga á tierra soldado.  
MAESTRE.  
¡Oh Virrey!

DON GARCÍA.  
¡Oh luz de Francia!  
¡Oh religioso soldado!  
¡Oh fe de gran importancia!  
Tanto he gustado de verte,  
Que olvido el trabajo mío  
Por el bien de conocerte.

MAESTRE.  
En ti espero, en ti confío.  
DON GARCÍA.  
Vivo para defenderte.  
¡Oh venerable varón,  
Cuya fama ocupa el mundo,  
Con cuánta satisfacción  
El título sin segundo  
Gozas de tu religión!

Noble frey Juan de Valleta,  
Mira en qué servirme puedo.

MAESTRE.  
¡Oh paz que á Malta quieta!  
¡Oh valeroso Toledo!  
¿Dónde vas?

DON GARCÍA.  
Á la Goleta;  
Porque ha bajado una nueva  
De Constantinopla, tal,  
Que á su remedio me lleva.

MAESTRE.  
Eres vasallo leal,  
No hay á quien el Rey más deba.  
¿Qué se dice?

DON GARCÍA.  
Que Turquía  
Contra la Goleta baja;  
Y como está á cuenta mía,  
Embarqué al són de una caja  
Toda aquesta compañía.

Voy á proveer por mi mano,  
De presidio, aquella fuerza  
Que está por el Rey cristiano.

MAESTRE.  
Tu buen esfuerzo me esfuerza,  
¡Oh gran pecho, al fin romano!  
DON GARCÍA.  
Y aunque el camino torcía,  
Por verte, vine por Malta.

MAESTRE.  
¡Oh famoso don García,  
Si alguna virtud te falta,  
La luz falta al mediodía!

La misma nueva ha llegado  
Á estas cruces de San Juan,  
De quien vivo acompañado,  
Y todos ellos están  
Con ese mismo cuidado;  
Que aunque dicen que la armada  
Del Turco á Nápoles viene,  
La enemistad no olvidada  
Que conmigo el Turco tiene,  
Manda apereibir mi espada:  
Somos pocos si se atreve.  
¿Qué será, noble Toledo,  
Si el poder del Turco llueve,  
Sino morir á pie quedo?

DON GARCÍA.  
Todo favor se te debe;  
Y cuando más verdaderas  
Esas sospechas estén,  
Y de mí servirme quieras,  
Porque llegue á punto el bien,  
Me avisa con dos galeras;

Que como tan fiel amigo  
De esas cruces consagradas,  
Dejando el curso que sigo,  
Vendrán las mías cargadas  
De soldados y de trigo;  
Y por esto, más contento  
Por haberte conocido,  
Me voy; den velas al viento.  
¡Oh colegio esclarecido,  
Verdadero fundamento  
De la Iglesia y de la fe!  
Vuestros brazos, uno á uno

Me dad, y abrazaros he.  
¿Hame menester alguno?

TODOS.

Todos, Virrey.

DON GARCÍA.

Decí en qué.

DON ANTONIO.

En que de España ni Francia  
Ningún remedio esperamos,  
Y esnos de poca importancia  
Pensar que vendrán, que estamos  
Desos reinos gran distancia.

No nos olvides, señor;  
Que bien será menester  
Que tú nos des tu favor;  
Que trae muy gran poder  
El Turco, saña y rigor;

Y si se atreve á venir  
Contra nosotros á Malta,  
Bien se puede colegir  
Que si tu ayuda nos falta  
No podremos resistir.

Y que estas cruces defiendas  
Que en nuestros pechos están,  
Que al poder del Turco ofendas;  
Que en tu encomienda se dan  
Nuestras blancas encomiendas.

DON NUÑO.

Que de tu valor fiamos,  
Y que se amparan de ti  
Los cruzados que aquí estamos,  
Que esperando serán hoy (1),  
Todos hoy nos animamos;

Y así, Toledo famoso,  
Esperamos que lo harás.

DON GARCÍA.

Vendré á serviros gozoso.

DON FERNANDO.

Como quien eres harás,  
Mostrando ser valeroso.

DON GARCÍA.

Veréisme en vuestro favor,  
Ó no seré yo Toledo.  
Adiós, gran Maestre.

MAESTRE.

Honor

De España, por tuyo quedo.

DON GARCÍA.

Vela al viento.

Vase.

MAESTRE.

¡Gran valor!

¡Oh mar, que llevas en peso  
El estandarte cristiano,  
Cuya obediencia profeso!  
Llévale al suelo africano  
Libre de algún mal suceso;  
Y si hubiere menester

San Juan su favor acaso,  
Aquí le vuelve á traer  
Sin que algún siniestro paso  
Pueda su flota ofender.

Dicen dentro: «¡España, España!»

¡Cómo van gritando «¡España!»

¡Oh pacífico alboroto

Que mi sobresalto engaña!

DON JUAN BARRIENTOS.

Siente el buen tiempo el piloto;  
Bullan con presteza extraña.

Vanse todos, y salen Guzmán, Sultana y Mahomat.

GUZMÁN.

Por esta cruz de San Juan  
Y por mi noble hidalguía,  
Cuyas prendas me honrarán,  
De enviártela á Turquía.....

SULTANA.

Basta, valiente y galán,  
Sólo á despacharte vengo;  
Mahomat, en cosas mías,  
Que encargarte un poco tengo.  
¿No partes?

MAHOMAT.

Si tú me envías.....

SULTANA.

Bien; luego ¿yo te detengo?

MAHOMAT.

Sólo tu licencia aguardo.

SULTANA.

Pues quiero que en tu galera  
Vaya este mozo gallardo.

MAHOMAT.

No es maltés, señora.

SULTANA.

Espera.

MAHOMAT.

¿Guárdasle tú?

SULTANA.

Yo le guardo.

MAHOMAT.

¿Dónde va?

SULTANA.

Á Malta le envío

Á un negocio de gran peso.

MAHOMAT.

Y ¿quién es?

SULTANA.

Cautivo mío.

MAHOMAT.

Bien está, si gustas deso.

SULTANA.

Dello gusto, y dél me fio.

MAHOMAT.

¿Quiés que le lleve conmigo?

SULTANA.

Que contigo vaya quiero.

(1) Falta la rima.

MAHOMAT.

¿Conmigo á un propio enemigo?

SULTANA.

Es honrado y caballero,  
Y á que le sirvas te obligo.

MAHOMAT.

De cumplirlo te prometo.  
Mas no sé cómo ha de ser;  
Que es enemigo, en efeto.

SULTANA.

Seguro puedes hacer  
La empresa que te cometo.

Toma este sello real,

Dásele á Guzmán.

Y cuando algún riesgo veas,  
Muéstrasele al General.

GUZMÁN.

Tu gusto como deseas  
Cumpliré, como leal.

SULTANA.

Guzmán, esta libertad  
Te he dado porque me envíes  
El dueño de mi amistad.

GUZMÁN.

Basta que de mí te fies,  
Para no hacerte maldad.Esto cumpliré sin falta:  
Enviaréte la cautiva  
Cuando haya arribado á Malta,  
Digo, estando en Malta viva.

Sale Antonio Ponce, cautivo.

ANTONIO PONCE.

Gran miedo me sobresalta:

¿Qué puede quererme agora  
Esta turca vengativa  
Á quien tengo por señora?

SULTANA.

Pues, Ponce.....

ANTONIO PONCE.

A servirte iba.

¡Santo Dios!

SULTANA.

De verte llora.

Este rapaz va contigo;  
Enviarásmele después;  
Que le quiero como amigo.

ANTONIO PONCE.

Ponce, ¿qués esto que ves?  
¡Oh cruz bella, yo os bendigo!  
¡Oh encomienda de San Juan!  
¡Oh reliquia puesta al pecho  
De un mozo noble y galán!  
¡Oh cielo, de nieve hecho,  
Mis labios os besarán!

Humilla la rodilla y bésala.

¿Qué es esto, cruz soberana?

¿Cómo así os habéis metido  
Dentro la Casa otomana?

GUZMÁN.

En mi defensa ha venido.

ANTONIO PONCE.

¡Oh noble sangre cristiana!

¡Oh famosa religión

Con la cruz de Dios honrada!  
Si algunas mis prendas son,  
Yo os traeré depositada  
Al lado del corazón,Aunque ya estoy satisfecho  
Que soy hidalgo cristiano  
Y que os seré de provecho;  
Que en Malta tengo un hermano,  
Cruz blanca, que os tiene al pecho.

GUZMÁN.

¿Hermano en Malta? ¿Quién es?

ANTONIO PONCE.

No le nombro por su honor;  
Que si cautivo me ves  
Y le ves comendador,  
Tendrásle en poco después.Pero quizás no lo sabe;  
Que bien sé que no cupiera  
Tal descuido en ser tan grave.

GUZMÁN.

¡Obligasme á que te quiera!

ANTONIO PONCE.

¡Anímasme á que te alabe!

SULTANA.

Embárquense con secreto,  
No causen alteración.

MAHOMAT.

Lo posible te prometo.

GUZMÁN.

Voyte cobrando afición.

ANTONIO PONCE.

Voyte teniendo respeto.

En fin, Sultana, ¿me envías  
Y dejo á mi padre?

SULTANA.

Sí.

ANTONIO PONCE.

¿Volveré presto?

SULTANA.

En seis días.

ANTONIO PONCE.

¿Qué hará mi padre sin mí?

SULTANA.

Lo que tú sin él harías.

GUZMÁN.

Qué, ¿padre tienes cautivo?

ANTONIO PONCE.

¡Padre tengo y voy sin él!  
¡Mira qué tormento esquivo!  
¿No irá á despedirme dél?

SULTANA.

Ya no.

ANTONIO PONCE.

¡Cielos, cómo vivo!

SULTANA.

Ea, Mahomat, entremos,  
Que quiero ver tu navío.

MAHOMAT.

Seguidme.

Vanse Mahomat y Sultana.

GUZMÁN.

Juntos iremos.

ANTONIO PONCE.

¿Adónde estás, padre mío?

¡Ven, porque nos apartemos!

¡Ven, y pues forzosas son

Mis tristezas y tu pena,

Darásme tu bendición!

Sale Luis Ponce, viejo cautivo.

LUIS PONCE.

¡No me detengas, cadena,

Siquiera en esta ocasión;

Que voy buscando á aquel hijo  
Para decille mi mal!

ANTONIO PONCE.

¡Oh padre!

LUIS PONCE.

¡Oh mi regocijo!

ANTONIO PONCE.

¿Cómo en coyuntura tal?

¿Quién de mi partida os dijo?

LUIS PONCE.

¡Vengo á darte mil abrazos,

Que me voy, hijo, y te dejo!

¡Aprieta los tiernos brazos;

Pero no, que eres mi espejo

Y quizá te haré pedazos!

Por remero en la galera

Del general Mustafá

Me lleva esta gente fiera.

ANTONIO PONCE.

¿Mi padre remando va?

LUIS PONCE.

Sí voy.

ANTONIO PONCE.

¡Nunca Dios lo quiera!

Yo iré en el reimo por vos,

Que soy muchacho y más fuerte.

LUIS PONCE.

Yo remaré por los dos.

Tú no, que no quiero verte

Desirviendo al Rey y á Dios.

Ya que desdicha me falta,

Que trabajo no me altera,

Pues voy en la mar más alta

Dando priesa á la galera

Que va contra Dios á Malta.

Adiós, hijo.

ANTONIO PONCE.

Padre amado,

Á Malta voy.

LUIS PONCE.

¿Tú? ¿Con quién?

ANTONIO PONCE.

¿Con quién? Con este soldado.

LUIS PONCE.

¡Oh cruz santa de mi bien,

Tusón del Crucificado!

¡Oh hidalga caballería

Que con cruz blanca os armáis!

Pero si no es demasía,

Cruz divina, ¿cómo estáis

En la ciudad de Turquía?

Mas ¡oh hombre mal mirado!

¡Estoy yo fuera de mí!

Perdonad, señor cruzado,

Que, por mi fe, que aunque os vi,

No os he hablado de turbado.

GUZMÁN.

¿Hay compasión semejante

Como la de aquestos dos?

¿Qué humano hay que no se espante?

¡Déos la libertad mi Dios,

Pues sólo Dios es bastante!

¿Vos vais con los prisioneros?

¡Oh canas mal respetadas!

¿Y ansí os llevan estos fieros?

¡Las fuerzas tengo quebradas

De lastimado de veros!

LUIS PONCE.

¿Sois acaso embajador

Del gran Maestre?

GUZMÁN.

Cautivo

Fuí de Mustafá, en rigor,

Y ya voy libre.

LUIS PONCE.

Recibo

Gusto, porque os debo amor;

Que de vuestra religión

Tengo un hijo, aunque hijo ingrato,

Pues me deja en la prisión.

Mas ¡ay, sin razón le trato!

¿Mas qué hablo con pasión?

Que bien sé que no ha sabido

Deste mi suceso incierto

Que entre turcos he tenido,

Antes me tendrá por muerto,

Porque aún no me ha conocido.

De siete años le dejé

Cuando con éste, de cuatro,

En cautividad entré.

GUZMÁN.

¡Gran tragedia!

LUIS PONCE.

En el teatro

Se recita de mi fe.

Dice adentro Mahomat (y á otra vez que haya  
de hablar, saldrá):

MAHOMAT.

¡Á embarcar, á embarcar, hola!

LUIS PONCE.

La confusa grita suena,

Y bárbara tabaola.

ANTONIO PONCE.

Voy á ejercitar mi pena.

LUIS PONCE.

¡Vamos, vejez, triste y solal

Salé Mahomat.

MAHOMAT.

¡Andad al mar, gente fical

¡Ea, Guzmán, á embarcar!

GUZMÁN.

Ven, Antonio.

ANTONIO PONCE.

Yo iré; espera.

GUZMÁN.

Vámonos á acomodar

Los dos á nuestra galera.

ANTONIO PONCE.

¡Padre, que nos apartamos!

LUIS PONCE.

¡Sí, mi hijo, aunque no quieras,

Hasta que allá nos veamos

En diferentes galeras!

ANTONIO PONCE.

Padre, que me voy.

LUIS PONCE.

Y vamos,

Y algún consuelo recibo

En ver que en esta jornada

Tengo de gozarte vivo.

MAHOMAT.

¡Perro, que parte la armada!

LUIS PONCE.

¡Pobre vida de cautivo!

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

## JORNADA SEGUNDA.

Salen el Maestre, D. Antonio Colona, D. Fernando Rodríguez, D. Juan Barrientos y D. Nuño de Paz.

MAESTRE.

Gente adonde resplandece

La nobleza desta tierra,

Si el Turco, como se ofrece,

Viene á Malta á darnos guerra,

¿Qué hemos de hacer? ¿Qué os parece?

DON FERNANDO.

Acometer, hacer cara,

Aunque el mundo todo venga,

Pues que San Juan nos ampara;

Venga el Turco, Turquí venga,

Y cójanos cara á cara.

DON JUAN BARRIENTOS.

Venga el bravo Solimán

Si quiere ver cómo doma

Su arrogancia el buen San Juan,

Que sufre mal de Mahoma

Las plegarias que le dan.

DON NUÑO.

De mi parecer, señor,

Morir peleando ó vencer,

No abatir nuestro valor

Ni dar muestras de temer;

Que Dios nos dará favor.

DON ANTONIO.

Reverendísimo amparo

De la religión de Malta,

Gran Maestre de San Juan,

Honrado con la cruz blanca,

Ya que por cierto sabemos

Que la ignominiosa armada

Del Turco busca tus cruces,

No con designio de honrallas,

Soy de parecer que al punto

De la noble Malta salgan

Viejos, niños y mujeres,

Que no son para las armas,

Los cuales, en tus galeras

Para Sicilia se vayan,

Que, fuera de que no ayudan,

El mantenimiento gastan;

Y que vaya frey Juanegio,

Capitán de nuestra casa,

Con cuatro ó cinco galeras

Que llenas de trigo traiga;

Que se guarnezca Santelmo

Porque el Turco no le bata,

Que para sus pretensiones,

Es lo de más importancia;

Que el comendador Torrellas

Con cien mosqueteros vaya

Al puerto de Nigroponte

Á reconocer la armada,

Y con la nueva que hubiere

Nos dé aviso y vuelva á Malta,

Donde estemos prevenidos

De las postas necesarias,

Y que Vuestra Señoría

Reverendísima, haga

Guardar el fuerte Santángel,

Donde haya contino guarda,

Y que desde la marina

Con alguna plataforma (1)

Se fortifique el estrecho,

Desde el muelle hasta la cava;

Que se haga allí una puente

Con cadenas dentro el agua,

Para quebrar los navíos

De aquella enemiga armada,

Que sirva de detenellos

(1) No es asonante.



Porque no lleguen á Malta,  
Y porque el artillería  
Desde afuera los combata,  
Porque por la mar no pueden  
Hacer á un tiempo batalla;  
Y haciéndose aquesto así,  
Estará Malta guardada;  
Y que socorra á Santelmo  
El baillío Juan de Guaras,  
Frey Juan Colona, francés,  
Frey Gil, prior de campaña,  
Frey Francisco, de Medina,  
Frey Lorenzo, de Simancas;  
Frey Lope, de Tordesillas,  
Y Paz Luz, de Salamanca.  
Y finalmente, que todos,  
A fuerza de finas armas,  
Muramos por nuestras cruces  
Y defendamos la patria.

MAESTRE.

Tu fiel parecer acepto,  
Como lo dices se haga  
¡Ea, amigos, muera el Turco  
Por la religión de Malta!

DON ANTONIO.

Ánimo, fieles cruzados,  
Todos se apresten al arma,  
Vertamos por Cristo sangre  
Y defendamos á España.

Vanse entrando por su orden: y tocando cajas, se ven en Santelmo el Bailío de Nigroponte y Monserrate, y dirán primero adentro los moros, como que desembarcan: «¡Turquía, Turquía, Solimán!»

MONSERRATE.

Si los ojos no engañan al deseo,  
La infiel armada turca salta en tierra;  
Sus medias lunas y turbantes veo.  
¡San Juan, San Juan, Santelmo, guerra, guerra!

NIGROPONTE.

Comendador, aquí la vida empleo  
Honradamente, entre esta chusma perra;  
Hoy doy noticia del esfuerzo mío.

MONSERRATE.

Con vos pienso morir, señor Bailío.  
Vamos á aperebir nuestros soldados,  
Que estos perjuros batirán el fuerte.  
¡Ea, cristianos con la cruz armados,  
Santelmo viva y démosles la muerte!

NIGROPONTE.

¡Comendadores de San Juan honrados,  
Si alguno duerme, con mi voz despierte,  
Que la armada del Turco toma tierra!  
¡San Juan, San Juan, Santelmo, guerra, guerra!

Suena gran ruido de cajas.

Salen Mustafá, Piali, Dragut y Mahomat.

PIALÍ.

Aguas del mar, hoy os dejo  
Para poner guerra á Malta;

Salten los de mi consejo,  
Que si hoy Santelmo se asalta,  
Hoy por del Turco le dejo.

Apríesa pisad la tierra,  
Turcos, pues nadie os estorba.  
¡Solimán, Mahoma, guerra,  
Caiga el fuerte, y el mar sorba  
Á los cruzados que encierra!

Este es Santelmo, en que están  
No pocos cruzados dístos  
Que se llaman de San Juan:  
¡Mueran ó dejen los puestos!

MAHOMAT.

Morirán si no se dan.

MUSTAFÁ.

Tanto me has ocasionado,  
Que quiero darte á entender  
Que das en camino errado,  
Que nos hemos de perder  
Con aquesa orden que has dado.

Pero en ella no consiento,  
De mi voto á Malta voy,  
Que el tuyo es mal pensamiento;  
A Malta acometo hoy,  
No me rijo por tu intento.

Consideras mal el daño  
Que haces en acometer  
A Santelmo: ¡caso extraño!  
Quiéreste echar á perder,  
Pues das en confuso engaño.

La orden que yo aquí diere  
Tienen todos de guardar,  
Por que el que no me siguiere,  
Público le haré colgar,  
Y sea el turco quien fuere.

Piali yo para esta guerra  
Soy por tierra General,  
Yo quiero mandar por tierra.

PIALÍ.

Yo ordeno bien.

MUSTAFÁ.

Antes mal:

Toda la empresa se yerra.  
Que si en Santelmo gastamos  
La munición que traemos,  
Flacos para Malta vamos,  
Y cuando á Malta lleguemos,  
En grande peligro estamos.

No te metas, General,  
En hacer tal desafuero,  
Por donde te venga mal;  
Bátase Malta primero  
Si te precias de leal.

Santelmo se está ganado  
Si estas fuerzas principales  
Batimos con gran cuidado.

PIALÍ.

Guerra con dos generales  
No viene el fin acertado;  
Yo sé muy bien lo que digo,  
Aprueba aqueste consejo

Si quisieres ser mi amigo;  
Que soy en industrias viejo,  
Y tú bisoño conmigo.

MUSTAFÁ.

El traidor que aquí aprobare  
Tu orden, tan mal regida,  
Muera, si no le quemare;  
Y así, el que quisiere vida  
Apruebe lo que intentare.

MAHOMAT.

Pialí tiene de mandar  
Por mar y tierra.

DRAGUT.

Eso no;

Por mar puede gobernar,  
Que Mustafá es vivo, y yo.....

MAHOMAT.

¿Qué tú?

DRAGUT.

Lo puedo estorbar,  
¿Hay quien esto contradiga?

PIALÍ.

Pudiera decir que sí.

DRAGUT.

El leal su intento siga.

PIALÍ.

Pues yo le repuebo.

MUSTAFÁ.

Di,

¿Quiés que se pierda esta liga?

PIALÍ.

Bátase Santelmo.

MAHOMAT.

Bata.

MUSTAFÁ.

Bátase Malta la vieja  
Y San Miguel se combata;  
Que en lo que Pialí aconseja,  
De pies y manos nos ata.

PIALÍ.

¡Que siendo noble y leal,  
El Gran Turco no me hiciera  
Por tierra y mar General!

MUSTAFÁ.

Si ello va desa manera,  
Pialí envidioso va mal.

DRAGUT.

Yo os tengo de conformar:  
Mustafá, deja á Pialí,  
Déjale el combate dar,  
Dejaráte en Malta á ti  
Todo el campo gobernar.

Si él perdiera la victoria,  
Eso quedará á su cargo,  
Afeinando su historia;  
Haz por mí lo que te encargo.

MUSTAFÁ.

Perderemos premio y gloria  
En Malta, si esto consiento;  
Que gasta la munición  
Sin tiempo ni fundamento,

Y ésta no es buena ocasión.

DRAGUT.

Dame en aquesto contento.

MUSTAFÁ.

Por regalito tú me amanso;  
Mas cree que este combate,  
Por cuya ocasión me canso,  
Es un loco disparate;  
Y pelead, que yo descanso;  
Perderemos el armada  
Turca y la reputación  
En tantos años ganada.

PIALÍ.

Yo mando en esta ocasión.

¡Carga el fuerte!

MUSTAFÁ.

Es traza errada.

Pero, pues, por tu interés  
Ordenas la guerra, ordena,  
Y perderemos los tres  
Nuestra reputación buena  
Y las cabezas después;

Si hubiere algún mal suceso,  
Turco no sagaz en guerras,  
Gobernador por la mar  
De navíos y galeras;  
Si acaso á Turquía volvieres,  
Que plega Alá que no sea  
Vencido y desbaratado,  
Hollada nuestra bandera;  
Si pensando ir con victoria,  
Como Solimán espera,

..... (1).

Y por tu culpa cortare  
La tuya y nuestras cabezas;  
Si hiciere mil desafueros,  
Será justa aquesta pena;  
De mí no te quejarás  
Entonces, de ti te queja,  
Que yo haré como quien hice;  
Solimán sabrá esta nueva,  
Y si venciere el Maestre,  
Eso quedará á tu cuenta.  
Si gastas la munición  
Que para Malta se lleva,  
Y aquí mueren los jinetes,  
¿Quién en Malta ha de hacer guerra?  
Que si toda la más gente  
Queda en esta ocasión muerta,  
¿No consideras que en todo  
La traza y orden se yerra?  
Y si tú, por ganar fama,  
Con ese gusto te ciegas,  
Perderáse fácilmente  
Esta deseada empresa;  
Perderáse aquesta armada,  
Que tanto al Gran Turco cuesta,  
Y perderemos la honra,  
Que es harta infamia perdella.

(1) Parece que faltan versos.

De tu consejo me salgo;  
 El que quisiere acometa,  
 Que yo serviré á mi Rey  
 Peleando por la tierra;  
 Sucédate bien ó mal,  
 Que no espero que bien sea,  
 Que en Malta será al revés,  
 Si no hay con qué acometella.  
 Y ¡por vida del Gran Turco,  
 Pialí, que sólo me pesa,  
 No de no alcanzar victoria,  
 Sino sólo de que venga  
 Mi persona á aquesta armada;  
 Que cuando yo no viniera,  
 Solimán no me dejara,  
 Que lo estimo por afrenta!  
 Yo sirvo al Rey como bueno,  
 Y el que lo contrario sienta,  
 Mentirá como villano;  
 Y pelead, yo quedo en tierra.

PIALÍ.

Dése el asalto primero,  
 Dragut, por aquesta parte.  
 ¡Ah, fuerte Mahomat fiero,  
 Tiende el bélico estandarte!  
 ¡Ea, Dragut, fuerte guerrero,  
 Acomete á la muralla!  
 ¡Turquía! ¡Turquía! ¡Solimán!  
 Empiécese la batalla.

Aparecen en el fuerte de Santelmo el Bailío de Nigroponte y Monserrate, como atrás, y se pueden haber estado allí siempre; y luego, á poco rato, peleará entre ellos D. Diego de Guzmán, que será cuando haya de hablar.

MONSERRATE.

¡España, Malta, San Juan!  
 ¡Mucra la infame canalla!

DRAGUT.

¡Solimán! ¡Turquía! ¡Turquía!

PIALÍ.

¡Caiga el muro en poca pieza!

NIGROPONTE.

¡Flor de Malta, hoy es el día  
 Digno de vuestra nobleza  
 Y de vuestra valentía!

GUZMÁN.

¡Oh, cruzados valerosos,  
 Mirad que estáis con Guzmán!  
 ¡Animo, hidalgos famosos,  
 Religiosos de San Juan  
 Honrados y venturosos;

Que por divino misterio  
 Me hallo de vuestra parte,  
 Libre ya de cautiverio!  
 ¡Levantad el estandarte,  
 Quede el otro en vituperio!

¡Mirad que arriman escalas!

¡Aprieta el artillería!

¡Caigan picas, caigan balas!

¡San Juan y Malta!

MAHOMAT.

¡Turquía!

PIALÍ.

¡Hoy, Mahomat, te señalas!

Ponen los turcos escalas, tocan las cajas á rebato, y, queriendo subir, resisten los de arriba con alcan-  
 cías de fuego; reparan los moros con las adargas,  
 y habiéndose dado un rato, retiranse los turcos  
 resistidos.

PIALÍ.

¡Basta! Toca á retirar,  
 Que es gran resistencia ésta.

MUSTAFÁ.

El General por la mar,  
 Turcos, mucha sangre os cuesta.

PIALÍ.

No tenemos que esperar;  
 Seguidme: por este lado  
 Más flaco daré otro asalto;  
 Mirad que quedo enojado;  
 Si veis que subo á lo alto,  
 Subid, que el fuerte es ganado.

Vanse los tres moros.

MUSTAFÁ.

En parte me holgaría  
 Que este traidor se perdiese  
 En aquesta batería.

Habiéndose entrado gritando los demás moros,  
 vuelve ahora Dragut Arráez con una carta cerrada.

DRAGUT.

Aquí está.

MUSTAFÁ.

¿Qué pliego es ése?

DRAGUT.

Á Malta con él me envía  
 Un cautivo de estos fieros,  
 Diciendo que por llevalle  
 Darían muchos dineros;  
 Pero yo á manifestalle  
 Vengo.....

MUSTAFÁ.

Muestra. ¡Oh prisioneros!

¡Qué de engaños nos buscáis!  
 ¡Qué de cautelas tenéis!  
 ¡Qué de medios procuráis!  
 ¡Qué de traiciones que hacéis,  
 Y qué pocas nos pagáis!

Aunque está por la victoria,  
 Que espero que ha de quedar  
 En todo el mundo notoria.  
 ¿Quién es él? Véle á llamar.

DRAGUT.

Voy.

Vase.

MUSTAFÁ.

Rebelarse es su gloria;

Veamos á quién escribe.  
¡Al Gran Maestre! Yo muera,  
Si el traidor dos horas vive.  
¿Qué dice? «En el cielo espera,  
Y aqueste aviso recibe.

»Estos perros traen de guerra  
Solos quince mil, y dellos  
Los diez mil están en tierra;  
Que te aseguro el vencellos  
Si en el orden no se yerra.

»No traen mucha munición,  
Y ésa, en Santelmo se gasta,  
Y aunque con contradicción  
De Mustafá, se contrasta  
Con poca resolución.

»Traen ochenta mil pelotas  
De hierro de todas suertes,  
Tres mil picas, dos mil cotas,  
Pocos tiros, y no fuertes,  
Pocas naves, y ésas, rotas.

»Traen veinte mil quintales  
De pólvora, y aunque tienen  
Muchos turcos principales,  
Son vencidos, porque vienen  
Disformes los generales.»

No dice mal este esclavo (1),  
Sangre el punto ha conocido  
De nuestra discordia brava,  
Por que el reino, dividido  
Entre sí mismo, se acaba.

¿Qué dice más? «Prometí  
A ese turco que esa lleva,  
Cien doblas; dénsele ahí,  
Y adiós.» Ya yo sé esta nueva,  
Que no es nueva para mí,

Y el traidor que la escribía  
Tendrá el premio que conviene.

Salen Dragut y Luis Ponce, cautivo.

DRAGUT.

¡Anda, perro!

LUIS PONCE.

Hoy es el día  
De mi honrosa muerte.

MUSTAFÁ.

¿Viene?

Bien vengas, traidor espía;  
En fin, qué, ¿de mi real  
Escribes la relación?

LUIS PONCE.

No te espantes, General,  
Que vuelvo por mi nación,  
Como hidalgo y principal;  
He sabido que espantada  
Está Malta, y escribía  
Tu fuerza, que es moderada.

MUSTAFÁ.

¿Tan poca es la fuerza mía?

LUIS PONCE.

Poca; no hay para una espada  
Del hábito de San Juan.

MUSTAFÁ.

¡En gran punto las tenéis!

LUIS PONCE.

¿Sabes en qué punto están?

Que vencerán solas seis  
El poder de Solimán.

Si no, ponte por jüez;  
Que el que su sangre promete  
Por su cruz, es de jaez,  
Que solo á cinco acomete  
Y no ha de huir de diez.

MUSTAFÁ.

Pues, según eso, tu aviso  
Poco necesario fué,  
Y tu morir es preciso.

LUIS PONCE.

Poco importa; moriré.

MUSTAFÁ.

Ahórquenle de un aliso;

Y quien le quitare dél

Pase por la misma pena.

LUIS PONCE.

Vamos, General cruel;  
Que la muerte sólo es buena  
Al que muere como fiel.

Lleva Dragut á Luis Ponce; queda Mustafá; sueña adentro la gritería de los moros, subiendo al fuerte por dentro Mahomat, Dragut y Piali, y vense arriba Monserrate, Nigroponte y D. Diego de Guzmán resistiendo á los moros.

GUZMÁN.

¡Ea, famoso Bailío,  
Mire á quién es cada uno,  
Imitad al valor mío!  
¡San Juan, no desmaye uno;  
Pelead con nuevo brío,

Y no aquesta multitud  
De moros os cause espanto;  
Pelead, que es gran virtud!  
¡Oh San Juan! ¡Oh Patrón santo,  
Nuestro remedio y salud!

¡Ea, que suben por la torre  
Y la resistencia cesa!  
¡Monserrate, al cubo corre;  
Que hoy perdemos esta empresa  
Si Cristo no nos socorre!

Dan batería por dentro un rato, y dicen luego:

MONSERRATE.

¡Oh valeroso Guzmán!  
Que ya nuestras cruces blancas  
Al Turco temiendo van;  
Hoy quedan, como en Simancas,  
Vencidas de Solimán!

¡Oh vidas bien ofrecidas!  
¡Oh espadas bien empleadas  
Entre tantos homicidas!

(1) Falta la rima.

¡Oh fuerzas nunca domadas,  
Hasta hoy jamás vencidas!

NIGROFONTE.

¡Oh torre, amparo y defensa  
De la religiosa Malta,  
Que te vas perdiendo piensa,  
Pues que vas cayendo en falta,  
Que es la del contrario inmensa!

Vuelven á darse, y van subiendo los moros  
por dentro.

MAHOMAT.

Desmayando vais, cruzados;  
Apríase se dé el combate,  
Que los más van desmayados.

GUZMÁN.

Es bárbaro disparate;  
Que somos pocos y honrados.

PIALÍ.

Si ahora no os dáis, prometo  
Que os tengo de degollar.

GUZMÁN.

Aunque estamos en aprieto,  
Muy caro os han de costar  
Nuestras vidas, en efeto.

PIALÍ.

¿Que no salís á partido?

GUZMÁN.

¡Qué partidos inhumanos!

PIALÍ.

¡Caiga el fuerte!

GUZMÁN.

¡Descreídos,

Esos intentos son vanos,  
Como hasta aquí lo han sido!

Que aunque estamos pocos, somos,  
En el valor sin igual,  
De honrados humos y tomos.

PIALÍ.

¿Cómo?

GUZMÁN.

Daremos señal

Con nuevos bríos y comos.

PIALÍ.

¡Ea, acometed apríase!

¡Solimán! ¡Turquíal! ¡Turquíal!

¡Mirad lo que se interesa;

Apríase la batería;

Tirad la bombarda gruesa!

GUZMÁN.

¡Oh Comendadores santos,  
Mártires seréis desde hoy,  
Porque los moros son tantos,  
Que entiendo que estáis y estoy  
Cercado de mil espantos!

¡Ea, nobles religiosos  
Y castos Comendadores,

Que habéis sido muy famosos,  
Y aunque no sois vencedores,  
Creed que sois victoriosos.

Victoriosos sois y honrados,  
Pues que ya en el cielo os dan  
El premio. ¡Oh buenos soldados,  
A quien el bendito Juan  
Llamará fieles cruzados!

Pero ¿cómo me divierto,  
Que me cercan poco á poco?  
¿Cómo no me juzgo muerto?  
¡Oh Guzmán! ¡Oh Guzmán loco,  
Loco al fin, bien loco, cierto!

Prometistes á Sultana  
Envíalle á Celinda mora:

Ella fué promesa vana,  
Que mal cumpliréis ahora  
Con la princesa otomana.

De aquí me quiero arrojar  
Para contar el suceso  
Al Maestre; échome al mar;  
Que si este paso atravieso,  
Sin duda podré llegar.

¡Perros, no me cogeréis!  
¡Valedme, San Juan divino,  
Porque si vos me valéis,  
Haré por el mar camino:  
Échome, vos me guiéis!

Échase Guzmán el castillo abajo, y sonando cajas y gritos, suben los moros, y dicen, apoderándose del fuerte:

PIALÍ.

A pesar de Mustafá,  
Es nuestro Santelmo.

MUSTAFÁ.

¡Cielo,

Notable pena me da!

PIALÍ.

¡Caiga esa cruz por el suelo,  
Y nuestra insignia plantá!

DRAGUT.

Con favor de la fortuna,  
Que ha sido de nuestra parte,  
Fijo en aquesta columna  
El victorioso estandarte  
Y nuestra felice luna.

Quitán los estandartes cristianos y ponen la bandera mora con una media luna grande y la cola del caballo en ella.

PIALÍ.

Degüéllese los caudillos  
Que este fuerte defendían.

MAHOMAT.

Perdón piden.

PIALÍ.

No hay ofllos.

Juan, las almas que te envían,  
Sal del cielo á recibillos.

¡Victoria griten, victoria,

Y llámese de Pialí  
Este fuerte en su memoria,  
Bajan abajo, donde está Mustafá.

Vencedor soy, no por tí,  
Ni de Mustafá es la gloria;  
Y si á obedecer no empezas,  
Aunque la armada destruya,  
A pesar de tus bravezas,  
Pondré, Mustafá, la tuya  
Con aquellas dos cabezas.

Vense en Santelmo las cabezas de Monserrate  
y Nigroponte.

MUSTAFÁ.  
Basta lo que has desflemado;  
En los cruzados, no en mí,  
Quieras ser aventajado,  
Pues sabes que soy aquí  
Por tu superior nombrado,  
Y así, procura mandar;  
En la guerra que se ofrece  
Haréte vivo quemar,  
Que más castigo merece  
Quien excede el gobernar.

Vosotros, turcos, no fieles,  
Que seguisteis su opinión  
Contra mi gusto, crueles,  
No os castigo, aunque es traición,  
Por bisonos y noveles,

Porque alcanzasteis victoria  
A costa de Berbería  
Y su perdición notoria,  
Pero creed que algún día  
Tendré de aquesto memoria.

Sabe Alá cuánto me pesa  
No de verte victorioso  
Y con tan honrosa empresa,  
Que no es hecho tan famoso  
Ni es tan brava hazaña ésa;

Pero ¿qué ha de suceder?  
¡Por este asalto primero  
Venirse el campo á perder!  
¿Qué bárbaro consejero  
Fué el que te pudo mover?

Esa munición que resta,  
Si es tan poca, es bien se gaste  
Contra Malta, en armas puesta;  
Prosigue tú que empezaste,  
Y verás lo que te cuesta.

Sólo esa soberbia falta  
Para acabar de perderte.

PIALÍ.  
Vuela mi fama muy alta.  
¡Ya queda por nuestro el fuerte!  
¡Muera el Gran Maestre en Malta!

Vanse todos los turcos, y sale el Gran Maestre  
armado, con peto, espaldar y gola.

MAESTRE.  
Para que me vean llorar

Mis cruces, levanto el yelmo.  
¡Oh mi perdido Santelmo!  
¿Cuándo os volveré á cobrar?  
Las banderas de la muerte  
Veo plantadas en vos:  
¡San Juan, amado de Dios,  
Perdido habéis vuestro fuerte!  
¿Quién me dará relación  
Desta pérdida cruel?  
¡Oh sangre justa de Abel,  
Vertida contra razón!

Un hombre en el agua viene  
Peleando con la muerte:  
Si no se arrojó del fuerte,  
Algún gran misterio tiene.  
Quiero bajarme á la orilla  
Para entenderle mejor.

Quitase del fuerte de Malta, y sale D. Diego  
de Guzmán algo mojado, si quisiere.

GUZMÁN.  
Cansado Comendador,  
Vivo sois por maravilla.  
Ya piso vuestras arenas,  
Malta, madre piadosa;  
Malta, que fuistes famosa,  
Y ahora sois madre de penas.  
¿Con qué famosas proezas,  
Maestre honrado, os vengo á ver,  
Si se acaba de romper  
Santelmo con gruesas piezas?  
¡Ah, Maestre de San Juan,  
Ven á ver, si no es locura,  
Tu desdicha, y desventura  
De don Diego de Guzmán!

Salte el Maestre.

MAESTRE.  
¿Qué es esto, noble don Diego?  
¿Qué venida es ésta así?

GUZMÁN.  
Diré, pues vengo ante tí,  
Mi suceso.

MAESTRE.  
Eso te ruego.

GUZMÁN.  
Dentro en una carabela  
Me metí por ese mar;  
Cautiváronme; entreguéla  
Cansado de pelear,  
Roto el timón y la vela.  
Diez barcas me acometieron;  
Peleé hasta que gasté  
La munición, y murieron  
Diez cruzados de la fe,  
Y á mí solo me prendieron;  
Pero testigo es mi espada  
Si ella puesta en estas manos  
En la enemiga celada,

Si con sangre de paganos  
No quedó bien esmaltada.

Á cuarenta y seis dí muerte.  
Y al fin me entregué á prisión:  
Bien se aventuró mi suerte.

MAESTRE.

Siempre os tuve en opinión  
De valeroso y de fuerte.

Mas ¿cómo, estando en Turquía  
Cautivo, en esta batalla  
Te hallaste?

GUZMÁN.

Fué suerte mía.

Vine con esa canalla  
Seguro de noche y día;

Acá me envió Sultana,  
Por lo que después sabrás,  
Con libertad.

MAESTRE.

¿Esa insana?

El suceso me dirás  
Desa tigre.

GUZMÁN.

Halléla humana,

Y mandó, de amor rendida,  
Que á lo español me vistiese,  
Y de mi desdén corrida,  
Trocó el intento en que hiciese  
Una cosa, por su vida:

Que, dándome libertad,  
Una mora le entregase,  
Cautiva en esta ciudad,  
Y que cumplirlo jurase  
A ley de mi cristiandad.

MAESTRE.

Y, en fin, hijo, ¿te has hallado  
En Santelmo?

GUZMÁN.

Allí me hallé.

MAESTRE.

Dime, pues, lo que ha pasado.

GUZMÁN.

Apenas hablar podré.

MAESTRE.

Dilo en suma.

GUZMÁN.

Va abreviado.

Cuatro mil turcos de guerra,  
Escogidos en la armada,  
Armados con armas dobles,  
Que algunos doblan las armas,  
Unos cargados de acero,  
Y otros cargados de escalas,  
Que para hacernos daño  
Los más honrados se cargan,  
Rodearon á Santeimo,  
En cuyo presidio estaba  
De Nigroponte el Bailío,  
Monserrat, Miranda y Guaras.  
Jugóse el artillería,  
Los arcabuces disparan,

Tiran piedras de los muros,  
Vuelan flechas, mimbran astas;

Fuego de artificio arrojan,  
Rompen cotas, yelmos calan;

Unos se arden, otros mueren;  
Unos caen, otros reparan;

Unos escalas arriman,  
Otros suben las escalas,

Y en llegando á las almenas,  
Almenas y turcos bajan.

El valeroso Bailío

Sobre los contrarios carga;

Llueven pelotas del fuerte;

Con sangre el muro se mancha;

Menean con furia inmensa

Picas, chuzos, alabardas,

Caramuzas, espantones,

Alfanjes y cimitarras;

Los unos guardando el fuerte,

Los otros dando las guardas;

Aquéstos arriba mueren,

Estotros muriendo bajan.

«¡Solimán!», gritan los unos;

«¡Santiago!», los de Malta;

«¡San Juan!», los Comendadores;

Los bajáes, «¡A esta ferial!»

Cuando, cansados los nuestros,

Ó nuestra dicha cansada,

En la defensa enflaquecen

Casi seis horas pasadas,

Suben los turcos arriba

Cubiertos de sus adargas,

Y los de las blancas cruces

Los hieren y los maltratan.

Corre la turquesca sangre

Mezclada con la cristiana,

Que en semejantes desdichas

Lo más contrario se abraza.

Llegó volando la hora

En que habían de dar sus almas

En aquel asalto triste

Treinta y siete cruces blancas.

Suben arriba los moros,

Derriban, hieren, maltratan;

El sitio les desocupan,

Sobre los muros se arraigan,

Y quitando la bandera

Que por San Juan tremolaba,

Se viene al suelo, y la suya

Con grita y trompetas plantan.

No quedó sargento á vida,

Alférez, cabo de escuadra,

Capitán, soldado, todos

Mueren, ninguno se escapa.

Sin sangre los cuerpos vuelan,

Sin hebillita las armas,

Sin remedio las heridas,

Las vidas sin esperanza.

Yo, que para mayor pena

Quedé vivo, écheme al agua;

Nadé, canséme, atrevíme

Sólo para ver tus canas.  
 Esto ha pasado en Santelmo,  
 Perdióse; guarda tu casa;  
 Que los turcos victoriosos  
 Se vienen entrando en Malta.  
 Y si algún premio merezco,  
 Porque cumpla mi palabra,  
 Dame á Celinda, enviaréla;  
 Que prometí de envialla.

MAESTRE.

Verdaderamente creo  
 Que por mis pecados son  
 Estas desdichas que veo,  
 Pues se dirá, y con razón,  
 Que mal mis canas empleo.

¡Santo Dios! Suceso tal,  
 ¿Cómo, Señor, le reciben  
 Malta y su fuerte real?

¿Qué pecado fué si viven  
 Mis Comendadores mal?

Aunque ninguno ha plantado  
 Cruz al pecho sin que venga  
 Confesado y comulgado,  
 Y sin que primero tenga  
 Certeza de que es honrado.

Mas no hay que esperar, Señor,  
 En ningún socorro humano;  
 Yo me regiré mejor,  
 Y así, en vuestra santa mano  
 Pongo todo mi favor;

Que despaché á don García  
 Creyendo que él sólo en Malta  
 Favorecerme podría;  
 Confieso, Señor, mi falta,  
 Y la lloraré algún día.

Y en lo que á Celinda toca,  
 De volvérsela á Sultana  
 Tendrás confianza poca.

GUZMÁN.

¿Por qué, Maestre?

MAESTRE.

¡Es cristianal

GUZMÁN.

¡Oh loco! ¡Oh promesa local!

Mira, señor, que juré  
 Por aquesta insignia honrosa,  
 Y mi palabra empené,  
 Y que es de cumplir forzosa  
 La promesa de la fe.

MAESTRE.

Importa á la religión  
 No desamparar á Malta,  
 Y más en esta ocasión.

GUZMÁN.

¿Quieres que dé en tanta falta  
 El valor de mi opinión?

¡Quedar infame un cruzado  
 Con tu hacienda mantenido,  
 Con aquesta cruz honrado,  
 Que quede por fementido  
 Y que infame ande á tu lado!

Por infame quedaré  
 No cumpliendo, si ofrecí,  
 Y mal me acreditaré.

MAESTRE.

Importa morir aquí,  
 Esto importa y esto es fe.

GUZMÁN.

Mire Vuestra Señoría.....

MAESTRE.

Sopena de inobediencia  
 Le mando callar.

GUZMÁN.

El día

Que perdiere la obediencia  
 Perderé mi hidalguía.

Suena dentro música de chirimías.

MAESTRE.

¿Cómo ó quién hace alegrías  
 En tan infelices horas  
 Y en tan lamentables días?  
 ¿Qué es esto, Malta, así lloras  
 Con trompas y chirimías?

GUZMÁN.

Hacia esta parte endereza.

MAESTRE.

Venga quien mi mal aumente;  
 Que en música la tristeza  
 Más se llora y más se siente.  
 Muerte, ¡á sepultarme empieza!

Van saliendo los cuatro Comendadores: uno con una fuente, y en ella un jarro de agua, de plata, y otro con una fuente con unas velas de cera blanca, y otro con un salero, y otro con una corona de laurel, y todos con toallas, y Celinda detrás, á lo español, tocando á todo esto la música de chirimías.

¿Qué es esto, Comendadores?  
 ¿Es el tiempo ocasionado  
 Para galas y primores?

DON ANTONIO.

Hay un nuevo bautizado.

MAESTRE.

Pues haced fiestas mayores;  
 Que esa conversión dichosa  
 Será posible que rinda  
 De Dios la ira enojosa.  
 Pero ¿quién es?

DON ANTONIO.

Es Celinda.

CELINDA.

Yo soy.

MAESTRE.

¡Oh Celinda hermosa!

Ya os he dicho que la palma  
 Entre las damas lleváis,  
 Mas hoy las quedáis en calma,  
 Que sois cristiana y estáis  
 Hermosa en cuerpo y en alma.  
 ¿Qué nombre tenéis.



CELINDA.

María.

MAESTRE.

Nombre de gran excelencia;  
Vivid en mi compañía.

CELINDA.

Antes quiero tu licencia  
Para volver á Turquía.

MAESTRE.

Á Turquía, ¿para qué?

CELINDA.

Para ser mártir allí  
Predicando nuestra fe.

GUZMÁN.

Mi palabra cumplo ansí.

MAESTRE.

Esa licencia os daré;  
Que tan cristiano deseo  
No es justo que yo le impida.

CELINDA.

La muerte á los ojos veo,  
Pero no estimo la vida;  
Bien la gasto y bien la empleo.

Veré á Sultana, y con ella  
Trataré su salvación.

GUZMÁN.

Importa á mi honra el vella.

CELINDA.

Él ha tenido afición,  
Y quiero al cielo traella.

MAESTRE.

Guzmán, llevalda á la armada,  
Y á quien ella más os pida  
La dejad encomendada.  
Partí luego.

CELINDA.

Mi partida

En el alma es deseada.

GUZMÁN.

Así cumpliré mi oferta  
Prometida á la Sultana;  
Viva la vuelvo y no muerta.  
Vamos, famosa cristiana,  
Que al martirio vas muy cierta.

Vanse Guzmán y Celinda.

DON ANTONIO.

Parece que desampara  
La armada turca á Santelmo,  
Porque pieza no dispara.  
¡Al arma! Ponéos el yelmo,  
Que vienen ya cara á cara.  
Voces suenan, gritos dan.

Suenan dentro cajas y voces de turcos. que digan:  
«¡Guerra! ¡Guerra! ¡Turquía!»

MAESTRE.

Estos son los atambores  
Del perverso Solimán.

¡Al arma, Comendadores!  
¡Viva mi patrón San Juan!

Vanse todos diciendo: «¡Al arma!»

Sale por otra parte Antonio Ponce, cautivo, solo.

ANTONIO PONCE.

Verdes alisos altos,  
Lugar acomodado á llorar penas,  
Monte de sobresaltos,  
Selvas frondosas, de tristezas llenas,  
Hoy tenéis encubierto  
Un corazón con pesadumbre muerto.

Mis más floridos años,  
Sin gusto y libertad pasé cautivo,  
Llorando muchos daños,  
Muerto á los gustos y á las penas vivo,  
Mi padre lamentando,  
Viéndole á una galera estar remando.

Yo muero por hallalle,  
Que tan buen padre me lastima ausente,  
Y no reverencialle,  
Crueldades son de hijo inobediente;  
Hoy le veré, aunque muera,  
Entre turcos remando su galera.

Aparece Luis Ponce ahorcado en un aliso,  
y Nuestra Señora en la cogolla de él.

NUESTRA SEÑORA.

Antonio, considera  
Este árbol por divinas maravillas,  
Y, cual tu padre, espera;  
Espera tú, que á ti y á él dos sillars  
El cielo os apercibe;  
Que, aunque al parecer muerto, por mí vive.  
Para mayor tormento,  
Su vida he reservado, y mayor gloria.  
Recibe, hijo, contento,  
Que el cielo os tiene puestos en memoria,  
Y hoy vence á su homicida,  
Pues detengo las riendas de su vida.

ANTONIO PONCE.

¡Visión maravillosa,  
Llorosa crueldad y alegre aliso!  
¡Oh planta misteriosa,  
El árbol seréis hoy del Paraíso,  
Pues vuestro ramo vierte  
La fruta de la vida y de la muertel  
Y yo, el Adán segundo  
Seré, que á la manzana aficionado  
Más hermosa del mundo,  
Del sentimiento triste enajenado,  
Do veo la pena esquivar  
Del fruto muerto con la fruta viva.  
¿Qué es esto, Virgen Santa?  
Fuente de amor, purísima Señora,  
¿Qué mereció esta planta  
Que habéis venido á remediar ahora,  
Para que lleve á un punto

La misma vida y muerte misma junto?

Nunca jamás vió el suelo  
En una planta tan contrario fruto;  
Vos el gusto del cielo,  
Mi padre muerto, de la tierra el luto,  
Y todo en una rama:

Milagros nuevos cantará la fama.

NUESTRA SEÑORA.

Grande amor has descubierto;  
Esto verá el homicida.  
Tu padre vive.

ANTONIO PONCE.

Es muy cierto,  
Pues vos sois la misma vida  
Y estáis con él, que no es muerto.

NUESTRA SEÑORA.

Alarga, Antonio, tu brazo;  
Que mi ayuda te daré  
Para que cortes el lazo.

ANTONIO PONCE.

Muy alto está; no podré  
Aun sólo darle un abrazo.

Bájase el aliso por invención, tocando la música,  
y desátale Antonio.

NUESTRA SEÑORA.

Desata, Ponce.

ANTONIO PONCE.

¡Oh grandeza,  
Jamás en el mundo oídal  
¡Padre y señor!

LUIS PONCE.

Hoy empieza  
Con nuevo curso mi vida,  
Contra el de naturaleza.  
¿Quién me ha defendido?

Desaparece la Virgen.

ANTONIO PONCE.

Aquella

Madre de los afligidos;  
Alzad los ojos á vella.  
¡Oh triste! ¡Oh bienes perdidos!  
Arbol dichoso, ¿qué es della?  
Fuése, padre, y dejó oscuro  
El mundo, y el sol con luto.

LUIS PONCE.

¿Á quién procuras?

ANTONIO PONCE.

Procuro,  
Padre, en el aliso el fruto,  
Siempre verde y siempre puro;  
Pero abrazadme, y después  
Sabréis lo que ha sucedido.

Abrázanse.

Salen Dragut, Mahomat y Mustafá.

DRAGUT.

Solos venimos los tres;

Ya á Malta he reconocido.

MUSTAFÁ.

¿Es mucho?

DRAGUT.

Mucho no es.

MUSTAFÁ.

Bien está el campo plantado,  
Porque aquella montaña, uela,  
Por lo menos, guarda un lado.  
¿Quién va? ¿Quién vive?

LUIS PONCE.

Quien vela.

MUSTAFÁ.

Pues ¿no te dejé colgado?

ANTONIO PONCE.

Sí; pero yo le quité.

MUSTAFÁ.

Moriréis juntos agora.

ANTONIO PONCE.

Muy contento moriré;  
Dejadnos morir, Señora,  
Pues morimos por la fe.

LUIS PONCE.

Yo no sentiré la muerte  
Si vamos acompañados.

ANTONIO PONCE.

Contento moriré en verte.

MUSTAFÁ.

Pues moriréis apartados.

LUIS PONCE.

¡Brava penal!

ANTONIO PONCE.

¡Triste suerte!

LUIS PONCE.

Abrázame, pues me hace  
Mi dicha apartar de ti.

Desvianlos.

MUSTAFÁ.

¡Desvialdo, no le abraze!

LUIS PONCE.

¿Tan gran crueldad reina en ti?

MUSTAFÁ.

De tus falsedades nace.

LUIS PONCE.

¡Adiós, hijo!

ANTONIO PONCE.

¡Padre amado,  
No he de morir hasta hallarme  
De aqueles hombros colgado!

LUIS PONCE.

¿Diceslo por consolarme?

ANTONIO PONCE.

Buscaréos despedazado.

LUIS PONCE.

¿Prométeslo?

ANTONIO PONCE.

Y cumplirélo.

LUIS PONCE.

Pues voy esperando verte.

Adiós.

ANTONIO PONCE.  
No llevéis recelo;  
Que el lugar de vuestra muerte  
Me llevará al mismo cielo.

MUSTAFÁ.  
La paciencia con que mueren  
Éstos, suspende y admira.

Llevan Dragut y Mahomat á los dos, padre é hijo.

Salen Celinda y Guzmán.

GUZMÁN.  
Sufre cuanto mal te hicieren.  
MUSTAFÁ.

Ejecútese mi ira;  
Otra clemencia no esperen.  
GUZMÁN.

Aquéste es el General;  
No te dé temor, señora,  
Su braveza sin igual;  
Que el alma que á Cristo adora  
No teme peligro tal.

Vuelven Mahomat y Dragut.

DRAGUT.  
¿No es éste Comendador?  
GUZMÁN.

Nunca escondí mi cruz blanca  
Por vergüenza ni temor.

MUSTAFÁ.  
¿Desa cimitarra arranca,  
Y mueral

MAHOMAT.  
¡Date, traidor!

GUZMÁN.  
¿En tal ocasión se emplea  
Mí espada, turcos guerreros?

MAHOMAT.  
¡Calla!

GUZMÁN.  
Esa braveza es fea;  
Que con tales caballeros  
Es mi derecha pelea.

MUSTAFÁ.  
¡Prendel del!  
CELINDA.  
Nadie le toque  
Hasta que este anillo vea.  
¿Conocéisle?

GUZMÁN.  
Ya mi estoque  
En buena ocasión se emplea.  
MAHOMAT.  
General, ¿quién que le apoque?

CELINDA.  
Mirad su defensa.  
MUSTAFÁ.  
¿El sello  
De la hermosa Sultana

Es éste?

GUZMÁN.  
Ya contra ello  
Tu mucha cólera allana.  
MUSTAFÁ.  
No te ofendo en un cabello.

GUZMÁN.  
Ésta, Mustafá, es la prima  
De Sultana, hermosa estrella  
Que tanto quiere y estima.

MUSTAFÁ.  
¿Qué es esto, Celinda bella?  
El verte así me lastima.

¿Es ése el cendal turquí  
Que adornaba tu cabeza?  
¿Qué es del trozo carmesí  
Que á tu imagen de belleza  
Prestó el santo Alá, que vi?

¿Qué es de aquel brocado honroso  
Que tu persona adornaba?  
¿Qué es del zafiro famoso  
En que el Turco se miraba,  
Más que el mismo sol hermoso?

¿Es aquesta la figura  
De la mora más hermosa  
Que ha visto jamás criatura?  
¿Eres tú aquella preciosa  
Lámina de hermosura,

Aquella que oro pisaba,  
La que perlas se vestía  
Y la que Sultana amaba,  
La aurora del alba fría  
Que el Gran Turco regalaba?  
¿Qué habito es ése?

CELINDA.  
El que adoro,  
Y el que ya no trocaría  
Por toda el Arabia de oro.

MAHOMAT.  
¿Cómo, Celinda?

CELINDA.  
María  
Soy ya, que este nombre adoro.

MUSTAFÁ.  
Cristiana debes de ser.

CELINDA.  
Cristiana, gracias al cielo.

MUSTAFÁ.  
¡Oh temeraria mujer!  
Échala en el mar.

GUZMÁN.  
Apelo;  
General, no puede ser,  
Que al sello estás obligado  
Y mando de la Princesa.

MUSTAFÁ.  
¡Muy mucho sabes, cruzado!  
Dices bien; mucho me pesa  
De que me sientas atado.

GUZMÁN.  
Viva la ha de ver Sultana.

MUSTAFÁ.  
Pues embárquenla.  
GUZMÁN.  
Sea así.  
MUSTAFÁ.  
Embárquese esa cristiana  
En la barca de Píalí.  
GUZMÁN.  
Quedá adiós, gente pagana.

Vase por diferente parte y éntrense los demás.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

### JORNADA TERCERA.

Salen D. Álvaro de Sande y D. Pedro, piloto.

DON ÁLVARO.  
Toda la costa he corrido  
Con una sola barquilla,  
Y el puerto, de orilla á orilla,  
Seguro y reconocido.  
Haréis mi seña sin miedo,  
Pues no hay galera que impida  
La deseada venida  
De don García de Toledo.  
Retirada está sin falta  
La armada infiel de Turquía.  
¡Viva el virrey don García,  
Y llegue el socorro á Malta!  
¿Qué dices, don Pedro?  
DON PEDRO.  
Digo  
Que hay mucha seguridad:  
La gente desembarcad  
Segura del enemigo;  
No hay para qué dilatallo;  
Que una legua de distrito  
Se oye del cómitre el pito  
Y la ronca voz del gallo.  
Tampoco hay farol que alumbre.  
DON ÁLVARO.  
Haremos un desconcierto  
Notable, si los han muerto,  
Que es entre turcos costumbre.  
Perplejo estoy.  
DON PEDRO.  
No hay de qué,  
Pues habemos rodeado  
El puerto desocupado,  
Sin que en él galera esté.  
DON ÁLVARO.  
Haz el fuego, Pedro santo;  
Defended en vuestro día

La armada de don García,  
Que hoy toda en Malta la planto;  
En viendo ese fuego, llega  
La armada á desembarcar,  
Si es que aciertan á llegar  
Con la obscura noche ciega.

DON PEDRO.  
El fuego está hecho. ¡Malta,  
Tu socorro está seguro!  
DON ÁLVARO.  
¡Oh San Juan, Patrón del muro,  
Vuestro socorro nos falta!

Sale D. García de Toledo con dos soldados  
que traen dos mechones dobles encendidos.

DON GARCÍA.  
La seña ha hecho la espía.  
¡Alto al puerto, y viva España!  
¡Ningún atambor se tañal  
¡Con silencio, gente mía,  
Que es la noche muy serera  
Y oirán cualquier alboroto!  
¡No mueva el labio el piloto,  
Ni el forzado la cadenal  
¡Silencio! ¡Silencio!

Dentro:

¡Tierra!  
¡Tierra, España, y Malta viva!  
DON ÁLVARO.  
¡Cielo! ¿En este punto estaba  
El suceso de la guerra?  
¡Esta es la hora dichosa  
Que está en el puerto la armada!  
DON GARCÍA.  
¡Ya la tierra deseada  
Ocupáis, gente famosa!  
DON ÁLVARO.  
¡Viva España!  
DON GARCÍA.  
¿Quién lo clama?  
DON ÁLVARO.  
Don Alvaro, tu soldado.  
DON GARCÍA.  
¡Oh, español fuerte y honrado,  
Dad los brazos al que os ama!  
¡Bien habéis hecho el oficio  
De espía, que os encargué!  
DON ÁLVARO.  
¡Gran Toledo, más haré  
Como importe á tu servicio!  
DON GARCÍA.  
Ea, Malta, hoy es el día  
De vuestra restauración,  
Que San Juan, vuestro Patrón,  
Un su devoto os envía.  
Extrañamente deseo  
Verter la sangre por vos.  
Malta, dad gracias á Dios,

Pues vuestros puertos poseo.  
¡España, España, San Juan,  
Santiago, el Turco muera!

DON ÁLVARO.

Seguid la Real bandera,  
Y marchemos donde están.

DON GARCÍA.

Toca á marchar; mas primero,  
Don Alvaro, quiero ver  
Lo que me manda hacer  
Mi Rey.

DON ÁLVARO.

¡Noble caballero!

DON GARCÍA.

Traigo aquí un pliego sellado,  
Que, por carta y de palabra,  
Me manda que no le abra  
Hasta haber desembarcado.  
Ya lo estoy: ábrele: ¡luces!

Llegan los mechones.

¿Qué mandas, real majestad?  
Prueba mi fidelidad,  
Que á tu servicio reduces.  
¡Mándame que en Malta muera  
Por Dios, por ella y por ti,  
Que hoy quiero mostrar aquí  
Mi nobleza verdadera!

Diez años ha que profeso  
Las armas, y no he hallado  
Donde haya más deseado  
Pelear: yo lo confieso.

Si esto me mandas hacer,  
Favor será de los grandes;  
Mas, cuando otra cosa mandes,  
Mi gusto es obedecer.

Ábrela.

«En llegando nuestra armada  
A Piedranegra segura,  
Cuando el puerto que procura  
Goce la gente cansada,

Quiero, virrey don García,  
Que ella se quede, y que vos  
Os volváis.» ¡Oh, santo Dios!  
¡Oh carta, cuánto os temía!

«Á Sicilia os volveréis,  
Y hasta que otra cosa os mande,  
Á don Alvaro de Sande  
El bastón entregaréis.»

Deja de leer.

¡Oh Reyes! ¡Oh majestad,  
Contra quien no hay resistencia!  
¡Oh rigurosa obediencia,  
Freno de la voluntad!

¿Tan inútil me ha hallado  
Mi Rey para pelear?

¡Basta! Vuélvome á embarcar.

¡Adiós, ejército amado!

¡Adiós, Álvaro excelente,  
Y tomad este bastón;  
Que de vuestra discreción  
Fía el Rey toda su gente!

DON ÁLVARO.

El trueco de General  
Á nuestro ejército engaña.

DON GARCÍA.

Á cualquier hombre de España  
Sois vos en valor igual.

DON ÁLVARO.

Manda el Rey que le recita;  
Su mandado se ha de hacer.

DON GARCÍA.

¡Ea, don Álvaro, á vencer!  
¡Viva el Rey, y Malta viva!  
Yo me embarco.

DON ÁLVARO.

Venga el día,  
Que el punto será sin falta.

DON GARCÍA.

No ha de verme en tierra Malta.

DON ÁLVARO.

Pues, famoso don García,  
Vuestra Excelencia me mande.

DON GARCÍA.

Mi deber haré por vos.  
¡Ea! ¡Ah del navío! Adiós,  
Buen don Álvaro de Sande.

Poderoso os dejo en tierra;  
Haced una gran hazaña.

Vase.

DON ÁLVARO.

¡Malta! ¡Malta! ¡España! ¡España!  
¡Santiago! ¡Guerra! ¡Guerra!

DON PEDRO.

Cajas suenan y atabales:  
¿Si es el gran Maestre?

DON ÁLVARO.

Sea;

Que ya mi vista se emplea  
En ver sus blancas señales,

Que aquella blanca encomienda  
Y cruz, me parece bien.

DON PEDRO.

Bien empleada está en quien  
Tantos agravios enmienda.

Sale el Maestre con D. Diego de Guzmán  
y los demás Comendadores.

MAESTRE.

¡Oh ejército venturoso  
De España, en buen hora estéis!  
¿Qué es del General famoso?

DON ÁLVARO.

Famoso no le busquéis;

Que el volverse fué forzoso.

Tuvo el virrey don García  
Orden del Rey bien contrario  
Del deseo que tenía:  
Volvióse; fué necesario.

MAESTRE.

¡Oh suerte infelice mía,  
Que aun no me quiso hablar!

DON ÁLVARO.

No, que fué la priesa grande;  
Pero dejó en su lugar  
A don Álvaro de Sande,  
Á quien vos podéis mandar;  
Yo soy, ordenad de mí  
Y de la gente que rijo.

MAESTRE.

Abrazadme si es así;  
Que os tengo en lugar de hijo  
Desde el momento que os vi.  
¿Qué gente traéis?

DON ÁLVARO.

Bastante

Para acabar esta guerra.

MAESTRE.

Pues comiencese al instante;  
Que á media legua de tierra  
Se aloja el Turco arrogante;

Al amanecer pretendo  
Que nuestra gente acometa.

DON ÁLVARO.

¡Ea, España, entrad venciendo!  
¡Muera Mahoma y su seta!  
La fe santa os encomiendo;

Márchese en orden á ellos.  
¡España! ¡España! ¡San Juan!

MAESTRE.

Llegar con bien y vencellos;  
Que el descuido con que están  
Bastará á descomponellos.

General, tu gente arranca,  
Que la desierta campaña  
Nos dejan los turcos franca.  
¡Viva Malta, y éntre España  
En favor de la cruz blanca!

Éntranse gritando: «¡España! ¡San Juan! ¡Santiago!»  
Dase la batalla en Malta, y vese arriba á fray Juan,  
fraile descalzo de San Francisco, con una espada  
desnuda en la mano derecha y un crucifijo en la  
izquierda, y, cesando el ruido dentro, dice desde  
lo alto:

FRAY JUAN.

«¡España!», gritan los unos,  
Y los otros, «¡Santiago!»  
Con gran furia se acometen,  
Uno á uno, los dos campos.  
¡Ea, famosos españoles,  
Ea, malteses honrados,  
Emplead vuestro valor  
Y mueran esos paganos!  
¡Ah, don Álvaro famoso!

¡Oh español, valor y amparo  
De las cruces de San Juan,  
Sois otro Cipión romano!

Suena dentro grita y ruido de cajas y armas, diciendo  
unos: «¡Turquia! ¡Solimán!», y otros: «¡San Juan! ¡San-  
tiago! ¡España!», y, cesando, prosigue:

¡Ansí, caballero, noble  
Sande, valiente soldado!  
Si son todos como vos,  
Los turcos verán su daño.  
¡Ea, caballeros todos,  
Animo, fieles cruzados,  
Bien empleáis las espadas,  
Pues que vais matando tantos!

Vuelve el ruido dentro, y, cesando, prosigue:

¡Y vos, Guzmán, fuerte escudo  
De los ánimos honrados,  
Pelead, descomponed!  
¡Animo, valiente hidalgo,  
Muchos habéis muerto ya!  
En su sangre estáis bañado;  
Sois Roldán en Roncesvalles,  
Y sois un Cid castellano.

Vuelve el ruido dentro, y, cesando, prosigue:

Pero ¿qué es esto, don Diego?  
Mirad el Crucificado;  
No tema quien tantos mata;  
Esos turcos, aunque cuatro,  
Son de los más carniceros  
Que sustenta todo el campo;  
Pero, esperad, bajaré,  
Hallaréme á vuestro lado.

Sale D. Diego herido, y el fraile, desde el muro  
para dentro, tira golpes con la espada.

GUZMÁN.

¡Oh Malta, cuánto me cuestas!  
Como bueno he peleado  
Por vos cruz, por vos San Juan,  
Y ya sin vida he quedado;  
Ya me aquejan las heridas;  
Ya la sangre que derramo  
El ánimo desfallece.  
¡Mi Cristo, sed hoy mi amparo!  
¡Oh espada bien empleada,  
Regida por esta mano,  
Vuestro dueño os deja hoy,  
Entrad en poder honrado!

FRAY JUAN.

¡Oh amigo! ¡Oh noble don Diego!  
La fama os ha coronado;  
Agonizáis con la muerte;  
Mucho hicistes, no me espanto.

GUZMÁN.

Estoy, padre, muy herido;

Siéntome muy maltratado,  
Mas estas heridas, padre,  
Vidas de muchos costaron;  
Pero á la batalla vuelvo,  
Que algún aliento he cobrado,  
Y con el ansia mortal,  
Haré en los turcos estrago.  
Del bando de Cristo soy,  
¡Valedme, Crucificado!  
Con ira á los turcos vuelvo  
Para morir más honrado.

Éntrese Guzmán.

FRAY JUAN.

¡Oh, Comendador valiente,  
Español y buen cristiano,  
Llore tu tragedia Malta,  
Haga lastimoso llanto!  
Después que se fué de aquí  
Ha muerto cinco paganos;  
Muchísima sangre vierte;  
Todos huyen de su brazo.  
Seis moros le cercan ahora:  
¡Animo, noble hidalgo!  
Ya tiene muertos los tres:  
Los demás le han maltratado.  
La rodilla tiene en tierra,  
Y la una pierna colgando;  
Ya muere: la espada besa.  
¡Dios te ampare, mártir santo!

Publican la victoria dentro, diciendo: «¡Malta, España, victoria, victoria!», y saldrán, retirándose, cuando se advierta, Mahomat, Dragut y Mustafá, de D. Alvaro de Sande, del Maestre y de D. Antonio Colona; y prosigue ahora el mismo fray Juan:

Ya publican la victoria,  
Y el Turco se ha retirado.  
¡Oh valeroso Maestre,  
César en Malta laureado!  
Los brazos bajo á pedirte:  
Poco haré en pedir los brazos,  
Sino meter en el alma  
Tus hazañas y hechos raros.

Éntrense, y salen los dichos arriba, como se dice.

DON ANTONIO.

Poca defensa tenéis.  
Antes que estéis embarcados,  
¡Oh bárbaros! moriréis;  
Esperad á los cruzados,  
Si cautivarlos queréis.

DON ÁLVARO.

¡No has de embarcar, perro; tente,  
Que hoy has de morir aquí!

MUSTAFÁ.

Pialí, ¿dónde está tu gente?  
Echa una barca, Pialí,  
Que aquí nos matan cruelmente.

DRAGUT.

¡Echa un pataje, un batel!

MAHOMAT.

¡Vengan dos, con remo y vela,  
Para entrar en el bajel!

MUSTAFÁ.

¡Un esquife ó carabela!

¡Acaba, turco cruel!

Aparécese Pialí en un alto ó gavia de navío, y en diciendo él, disparan dentro, si quisieren, dos ó tres arcabuzos, y retirarse han los cristianos, y éntrense, huyendo, los moros, como en un navío ó barco.

PIALÍ.

¡Asestaldos!

MAESTRE.

¡General,

De las galeras nos tiran,  
Podrémoslo pasar mal!

PIALÍ.

Embarcad, pues se retiran.

MAESTRE.

La ventaja es desigual;  
Retirémonos.

Pónense los moros con Pialí en lo alto.

MUSTAFÁ.

¡Mahoma,

A tu pesar tengo vida!

¡Perra chusma, el remo toma!

MAESTRE.

¡Huí, canalla oprimida,

De Malta, que os rinde y doma!

Éntrense los cristianos.

MUSTAFÁ.

¡Huid, perros! Llegá al mar,  
Que aquí al mundo esperaré,  
Y aun antes del embarcar  
Llegad, que no os huiré,  
Si aquí me queréis probar.

Pialí, si me hubieras creído  
Y la comisión cumplieras  
Como te fué cometido,  
Con tus naves y galeras,  
Hoy hubiéramos vencido.

Quisiste mandar en tierra,  
Usurpándome mi cargo;  
Hiciste, sin tiempo, guerra,  
Que fué hecho atroz y amargo,  
Pues con tal fin nos destierra.

Las municiones gastaste,  
Murió en Santelmo gran gente;  
Confiesa que te engañaste,  
Que, aunque quedaste valiente,  
Muy mal lo consideraste.

Si quedaras en el mar,  
Del Gran Turco fuera Malta;  
Dejárasme gobernar,

Y no cayeras en falta,  
Que es mal que hemos de llorar.  
Si te hubieras entendido,  
Ni el socorro en Malta entrara,  
Ni el campo fuera perdido,  
Ni Mahoma se quedara  
Sin su paso defendido.

Yo haya mal, porque sufrí  
Tu orden, tan mal regida  
Como yo lo colegí:  
¡Y no te quité la vida!  
Mal hice, no me entendí.

PIALÍ.

¿Qué dices, vil General?  
Yo he hecho mi oficio bien;  
Si tú te has regido mal,  
No culpes, bárbaro, á quien  
Es valiente y es leal;

Que si tú la artillería  
En tierra hubieras plantado,  
Turco, como convenía,  
No volviera aniquilado  
Nuestro campo á Berbería.

MUSTAFÁ.

Ya no tenemos remedio;  
Temiendo al Gran Turco voy.

MAHOMAT.

Póngase ahora el mejor medio.  
¡Derreniego de quien soy!  
Temed, turcos, este asedio.

MUSTAFÁ.

¡Oh Mahomat cauteloso!  
¡Por Alá, que he de quemar  
Un tu retrato engañoso!  
¡Ea, canalla, á bogar!  
¡Alto, cómitre, animoso!

Creo que os tiene atazados  
Este común desconsuelo.  
¡Ea, cómitre; á los forzados  
Desampara el maltés suelo!  
No revuelvan los cruzados.

Éntranse, y salen el Maestre, D. Álvaro  
y los Comendadores.

MAESTRE.

¡Victoria, Malta! ¡San Juan,  
Victoria por tus cruzados,  
Que llenos de honor están!

DON ANTONIO.

Los muertos fueron contados.

MAESTRE.

¿Son muchos?

DON ANTONIO.

Treinta serán.

MAESTRE.

¡Treinta solos!

DON ANTONIO.

Solos treinta.

MAESTRE.

¿Qué Comendador nos falta?

DON ANTONIO.

Uno, y no de poca cuenta,  
Que es Guzmán.

MAESTRE.

No tendrá Malta  
Pesadumbre que más sienta;  
Buscaréle, y si le pierdo,  
Perderé un Comendador  
Honrado, valiente y cuerdo.

Dice Antonio Ponce desde dentro:

ANTONIO PONCE.

Humanos, si mi dolor  
Es digno de vuestro acuerdo;  
Si lo que un hombre padece  
Suele enternecer abrojos,  
En este risco se ofrece  
Una crueldad que, á mis ojos,  
Mayor que crueldad parece.

MAESTRE.

¿Qué es esto?

DON ÁLVARO.

Una voz cansada,  
De algún cristiano ofendido  
Por alguna turca espada.

ANTONIO PONCE

¡Maestre jamás vencido,  
Cruz blanca jamás domada,  
Tened alguna memoria  
Deste mi tránsito horrendo,  
Y doléos, para más gloria,  
De un hombre que padeciendo  
Ha visto vuestra victoria.

MAESTRE.

Aquí suena, General;  
Veamos quién nos vocea.

Abren, y vese crucificado á Antonio Ponce,  
lleno de sangre.

ANTONIO PONCE.

¡Oh viejo al cielo leal!  
¡Oh cruz, en buena hora os vea  
Acompañando mi mal!  
¡Oh gran Maestre, oh soldado  
Español, nunca vencido:  
Mirad cuál me habéis hallado!

DON ÁLVARO.

¡Viéndote estoy sin sentido!

MAESTRE.

¡Mirándote estoy turbado!

ANTONIO PONCE.

¡Muero en cruz por Mustafá!  
¡Mirad qué merced le debo!

DON ÁLVARO.

Dese triunfo que te da,  
Dichosísimo mancebo,  
Envidiosa mi alma está.

¿Quién eres?

ANTONIO PONCE.

Soy un maltés,



De la Sultana cautivo.

MAESTRE.

Llegaré á besar tus pies.

ANTONIO PONCE.

Estoy por milagro vivo  
Tres días ha.

DON ÁLVARO.

¿Enteros tres?

ANTONIO PONCE.

Y gusto mucho de verte;  
Que hasta que un bien me hayas hecho  
Se ha de dilatar mi muerte.

MAESTRE.

Por esta cruz que á mi pecho  
Honra, anima y hace fuerte,  
Juro de no te negar  
Cualquier cosa que me pidas.

ANTONIO PONCE.

¡Oh bondad particular!

Ya no siento mis heridas  
Sólo con oírte hablar.

Es el caso, que muriendo  
Está mi padre también,  
Y sólo verle pretendo;  
Que si mis ojos le ven,  
Subiré al cielo en muriendo.

Busca por esta montaña,  
Maestre, á mi padre, y di  
La pena que tengo extraña,  
Sólo porque muero ansí  
Donde nadie me acompaña.

Dile que á Dios he rogado  
Que hasta que le abraze y vea  
Sea mi morir dilatado;  
Que venga aquí, si desea  
Ver un hijo atormentado.

Y si venir no pudiere,  
Ora en la cruz, ó en los brazos,  
Le traes de adonde estuviere;  
Que aunque esté hecho pedazos,  
Me abrazará si me viere.

Vé presto ese monte arriba;  
Que penaré hasta tanto  
Que en sus brazos me reciba.

MAESTRE.

¡Oh historia llena de espantol  
¡Oh amor, que de amor cautiva!

Volando voy á buscar  
Esa empresa, y ruego al cielo  
Que yo la merezca hallar;  
Y vos, para su consuelo,  
Os podéis con él quedar.

ANTONIO PONCE.

Nadie quede en este puesto;  
Ilde buscando los dos  
Para que le halléis más presto.

DON ÁLVARO.

Los dos vamos.

Vanse.

Queda solo Ponce.

ANTONIO PONCE.

Id con Dios.

Contento quedo con esto,  
Y muy mucho más robusto;  
Pero, divino Señor,  
Si no os ofende este gusto,  
Ó si no os cansa este amor,  
Que no hará, pues es tan justo,  
¿Para qué he yo menester  
Que este valeroso hidalgo  
Me traiga mi padre á ver,  
Que si yo os obligo en algo,  
Vos me le podéis traer?

Si esta sangre que derramo,  
Por vos es bien recibida,  
Vea yo un padre que amo,  
Y pues por vos doy la vida,  
Oídme ahora que os llamo.

Tócase la música, y de otra parte, apartado algún trecho, se descubre Luis Ponce, su padre, enaspado, lleno de saetas.

LUIS PONCE.

¡Válgame Dios qué alegría  
Me revienta el corazón!  
¿Dónde me lleváis, cruz mía,  
Aspa de mi redención,  
Mi amparo y mi compañía?

¿Dónde tan apriesa vamos?  
¿Cómo corréis por las peñas,  
Entre riscos y entre ramos?

ANTONIO PONCE.

¡Mi padre, según las señas!

LUIS PONCE.

¡Mi hijo, juntos estamos!

ANTONIO PONCE.

¡Oh padre, seáis bien llegado!  
¿Cómo os habéis detenido?  
¿Cómo no me habéis buscado?  
¿Cómo no me habéis oído,  
Tras mil voces que os he dado?

LUIS PONCE.

Estaba lejos de ti,  
Y aunque tus penas sentía,  
Llamábasme y no te oí.

ANTONIO PONCE.

Ya estáis en mi compañía,  
Y yo en la vuestra.

LUIS PONCE.

Es ansí,  
Y con harta admiración;  
Que desde el monte enemigo  
Do estuvo la infiel nación,  
Se movió este aspa conmigo.

ANTONIO PONCE.

Llegó al cielo mi oración.

LUIS PONCE.

Pensaba yo, hijo, verte  
Comendador de San Juan,  
Y ¿hállote desta suerte?

ANTONIO PONCE.

Nunca estuve tan galán,  
Si es gala una buena muerte.  
Cuanto más, que ya me han hecho  
Comendador mil guirnaldas,  
De cuyo honor me aprovecho  
Con la cruz á las espaldas,  
Que es más honrosa que al pecho;  
Y para que de más cuenta  
Quede mi nobleza franca,  
Soy Comendador con renta,  
Pero no de la cruz blanca,  
Sino de la cruz sangrienta.

Pero vos, padre, otra traza  
De encomienda habéis tomado;  
Cruz parece que os ha armado,  
Que esa cruz todo os abraza,  
Porque quedéis todo honrado.

Pues ¿quién habrá que pretenda  
Preeminencias contra vos?  
¿Qué lengua habrá que os ofenda,  
Pues os da dos cruces Dios,  
Vos cruz, y cruz la encomienda?  
Y aun mayor honor os dan,  
Que envidia tanto interés,  
Pues en el cielo os tendrán  
Por imitador de Andrés  
Y también de Sebastián.

LUIS PONCE.

Ya estoy bien encarecido;  
Pero, aunque hecho pedazos,  
En todo me has excedido.  
Llega, daréte los brazos;  
Hare á lo que soy venido.  
Ven presto, mártir de Dios,  
Y á tu padre anciano abraza,  
Y luego apartémonos,  
Que este lazo desenlaza  
Las suertes de ambos á dos.

Camina el aspa.

ANTONIO PONCE.

¡Padre mío! ¡Cruz, espera!  
Al mar de su sangre santa  
Me lleva como galera.

LUIS PONCE.

¿Quién de ver tal no se espanta?  
¡Oh, si algún infiel lo viera!

Con la música, caminan el aspa y la cruz,  
y júntanse en medio del camino.

¡Brazos con dos clavos fijos,  
Manifestad el amor  
De un padre para sus hijos!

Desclava los brazos.

ANTONIO PONCE.

¡Hierros, para mi dolor,

Bravos, largos y prolijos.  
Si alguna terneza os queda  
Tras rigor tan sin segundo,  
Dejad que abrazarle pueda,

Desclávalos.

Porque haya un hijo en el mundo  
Que al padre en amor exceda!

Abrázanse.

LUIS PONCE.

No me abrazas si no aprietas.

ANTONIO PONCE.

Si me llego mucho á vos,  
Hincaréos más las saetas.

LUIS PONCE.

No importa; abracémonos;  
Serán lazadas perfectas;  
Que aunque por esa ocasión  
Me pasen de parte á parte,  
No importa, que mansas son  
Como yo pueda allegarte  
Al lado del corazón.

ANTONIO PONCE.

¡Dios eterno, ya he cumplido  
Todo lo que he deseado!  
Agora la muerte os pido.

LUIS PONCE.

Muero contigo abrazado.  
¡Adiós, mi hijo querido!

ANTONIO PONCE.

¡Adiós, padre; adiós, señor,  
Que tras vos me subo al cielo,  
Lleno de gusto y de honor!

Quedan abrazados.

Tocan, si hay música, y salen D. Álvaro de Sande  
y el Maestre.

MAESTRE.

Daré vuelta á todo el suelo,  
A fe de Comendador,  
Hasta hallar al mártir santo  
Que he prometido buscar.

DON ÁLVARO.

¿Veis otro mayor espanto?

MAESTRE.

¡Santo Dios! ¿Quién no ha de dar  
Licencia al alegre llanto?

¡Muertos están, y abrazados,  
Libres de las cruces santas,  
Los brazos despedazados!

DON ÁLVARO.

¡Oh grandeza, que levantas  
Los ánimos más helados!  
¿Quién no se admira de ver  
Tan notable maravilla?

MAESTRE.

En mármol haré escribilla.

DON ÁLVARO.

¡Oh, quién tuviera poder  
De llevaros á Castilla!

MAESTRE.

En Malta se quedarán  
Honrando la religión  
De nuestro patrón San Juan;  
Que, pues que malteses son,  
Su patria defenderán.

Salen todos los Comendadores que sea posible, y  
traen entre dos á Guzmán, muerto, en hombros,  
con su hábito.

Pero ¿qué es esto?

DON ANTONIO.

El honrado

Cuerpo del bravo Guzmán,  
Entre los muertos hallado.

MAESTRE.

¡Oh espada que por San Juan  
Tan bien habéis peleado:

En vuestra memoria haré  
El más suntuoso entierro  
Que en toda la Italia esté;  
Y aunque vuestro cuerpo entierro,  
Vivo vuestro honor tendré!

En lo que á San Salvador,  
Como merece, le llevo,  
Poned al Comendador  
En una tumba.

DON ÁLVARO.

¡Oh mancebo

Siempre sediento de honor!

MAESTRE.

¡Oh cruz, tan bien empleada  
Como cuantas hasta hoy  
Han tenido á Malta honrada!  
Blanca fuisteis, y ya estoy  
Mirándoos toda manchada;

Pero no es mancha que infama  
A vos ni á mi religión,  
Antes más honrosa os llama;  
Que manchas de sangre, son  
Manchas que aclaran la fama.

Poca gente falta.

DON JUAN BARRIENTOS.

Poca;

Que una cruz blanca de aquí está.  
Todo un ejército apoca.

MAESTRE.

En tan nobles pechos puestas,  
Esa alabanza les toca.

Vencedor quedo y honrado,  
Pero con un gran pesar.

DON JUAN BARRIENTOS.

¿Qué pesar? ¿Quién os le ha dado?

DON ANTONIO.

Si se puede remediar

Por armas, no es muy pesado.

MAESTRE.

Yo mismo soy la ocasión

Desta pena que padezco;  
Mis propios descuidos son,  
Amigos, por quien merezco  
Esta nueva confusión.

Tuve una cautiva aquí,  
Turca: hícela cristiana;  
Pidió licencia de mí  
Para ir á ver á Sultana,  
Su deuda, y yo se la dí;

Bien es verdad que decía  
Que á informarla de la fe,  
Como ya fué, pretendía;  
Fué, en fin, y yo quedé  
Sin sosiego y alegría;

Pero en llegando, sin duda,  
Perdió á Dios, que una mujer  
Amenazada, se muda.

Yo la perdí: yo he de ser  
Quien á su remedio acuda:

A Constantinopla iré  
De mercader disfrazado,  
De donde la sacaré;  
A esto estoy determinado:  
Nadie consejo me dé.

Armese luego un navío,  
Que luego quiero partirme.

DON JUAN BARRIENTOS.

Páreceme desvarío.

MAESTRE.

Amigos, no hay resistirme:  
Voy, y si no voy, envío.

Tocan la música, y aparece arriba Celinda vestida  
de blanco, atravesada una espada por el cuello.

CELINDA.

Gran Maestre, excusado  
Es el camino que hacer deseas:  
Olvida ese cuidado;  
Que sólo para verte y que me veas  
Vengo del cielo empirio,  
Donde subí por medio del martirio.

Llegué donde Sultana  
Me recibió con amorosos lazos,  
Pero en viendo cristiana  
La que hizo señora de sus brazos,  
Trueca en el alma luego  
En rabia el gusto, y el amor en fuego;

Y, ardiendo en fuego santo,  
La ley predico del Crucificado.  
Sintió Sultana tanto  
El ver la libertad con que había hablado,  
Que ella muerte me diera  
Si su grandeza no la detuviera;

Pero llamando á gritos,  
Como leona con el cielo airada,  
De turcos infinitos  
Rodeada me vi y amenazada,  
Á quien manda Sultana  
Que den la muerte, porque soy cristiana.

No hubo bien acabado,  
Cuando un cruel genízaro desnuda

Un alfanje afilado,  
Y sin duda, que un malo nunca duda,  
Me terció la garganta  
Este cuchillo, con mi sangre santa;  
Fué, al fin, mortal la herida,  
Vertí mi sangre por el raso suelo,  
Y aquélla mi homicida  
Quedó contenta, y yo subí al cielo,  
Adonde voy sin falta.  
¡Adiós, Maestre, defensor de Malta!

Cúbrese con la música.

MAESTRE.  
¡Oh mártir venturosa,  
Que siguiendo los pasos del Cordero,  
Como su amada Esposa,  
Gozas con él del bien más verdadero:  
Vuelve los ojos píos  
A estos Comendadores hijos míos!

Suena dentro una trompeta de correo.

DON ÁLVARO.  
Correo viene.

DON ANTONIO.  
De tan gran victoria,  
Forzoso has de tener mil parabienes.

MAESTRE.  
¡A Dios sea el alabanza, á Dios la gloria,  
Que de su mano son todos los bienes!

Sale D. Juan Barrientos.

DON JUAN BARRIENTOS.  
¡Tu hazaña por el mundo es tan notoria!  
Tres mensajeros de tres Reyes tienes:  
Del de Castilla, Portugal y Francia.

MAESTRE.  
Recaudo es ése de honra y de importancia.

Vendrán tres correos de á caballo, por la calle adelante, tocando la corneta, ó saldrán por el vestuario, con espuelas.

ESPAÑOL.  
El parabién, Maestre, alegremente,  
El rey Filipo, mi señor, te envía.

MAESTRE.  
Pudiera el Rey llamar, más justamente,  
Victoria suya á la victoria mía.  
Con su favor vencimos y su gente,  
Y la sagacidad de don García,  
Que vino á tiempo, que á tardarse un hora,  
Llorara Malta lo que el Turco llora.

Diríisle que sus pies reales beso  
Por la merced que ha hecho á este criado,  
Y que si hemos tenido este suceso,  
Ha sido en la ventura de su hado.

ESPAÑOL.  
Mas dice el Rey que con tan gran exceso  
Está á tu religión aficionado,  
Que sólo trata de favorecerte.

MAESTRE.  
¡Oh Rey cristiano, partíreme á vertel!  
ESPAÑOL.

Para que contra el Turco te apercibas  
Si su soberbia le volviere á Malta,  
Te pide que esta cédula recibas,  
Con que te dé Milán cuanto te falta.

MAESTRE.  
¡Oh magnánimo Rey, mil años vivas  
Remunerado de merced tan alta,  
Que con tus armas, tu prudencia y seso,  
La carga de la fe tienes en peso!

PORTUGUÉS.  
U rey don Sebastian nau meos queda,  
Si comprir, Gran Maestru, u que te falta,  
Ves treinta mill cruzados en moeda  
Para reparos de a nobre Malta;  
Y aberta au su afranca mau le queda,  
Que nau se acorta majestad tan alta,  
Que el venerá, si foire necesario,  
A espaventar las armas deu contrario (1).

FRANCÉS.  
El rey Carlos de Francia; tu pariente,  
Y tu amigo también, en grave estrecho,  
Para que remuneres esta gente,  
Que en Malta á Dios tan gran servicio ha hecho,  
Sesenta mil escudos de presente  
Te envía, reservando á su real pecho  
Mayor socorro, cuando más te importe,  
Enviando tus cartas á su corte.

MAESTRE.  
Del bien, amigos, que me habéis traído,  
¿Qué podré daros por la norabuena?

PORTUGUÉS.  
Muyto fidalgo soy, á cruz te pido.

MAESTRE.  
Lo mismo todos.

ESPAÑOL.  
¡Muy enhorabuena!

MAESTRE.  
Como Comendadores os despido.  
..... agora vos llevaos esta cadena,  
..... espada, vos este diamante;  
..... no le tiene Italia semejante;  
..... si tenéis deudos ó criados,  
..... cual vos, don Alvaro de Sande,  
..... tos de San Juan les serán dados.  
..... honra mucha y con ventaja grande (2),  
En su servicio vivirán honrados;  
Y así, los enviaré donde los mande  
Perpetuamente Vuestra Señoría;  
Serviros, General, es deuda mía.  
Vosotros, hijos, á mis canas gratos,  
Mucho tengo que daros, que han vacado  
Diez cruces grandes, quince baillatos;  
Por vuestra antigüedad os será dado.  
Y por algunos trabajosos ratos  
Que en esta larga guerra habéis pasado,

(1) Portugués convencional y muy estropeado.  
(2) Roto el original.

El que gustare de ir á honrar su tierra,  
Tendrá licencia.

DON JUAN BARRIENTOS.

Moriré en la guerra.

DON FERNANDO.

Á tu lado y tus cruces moriremos.

DON ANTONIO.

El sobresalto en tu defensa elijo,  
Ningún bien otro que morir queremos.

DON NUÑO.

Verter la sangre es nuestro regocijo.

MAESTRE.

Vamos, y con gran pompa llevaremos

Dos mártires cautivos, padre é hijo,

Y el cuerpo de Guzmán, que esté en la gloria,

Adonde acaba Malta su victoria.

FINIS.



LA SANTA LIGA





# LA SANTA LIGA

---

TRAGICOMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

Á APARICIO DE ORIVE

SECRETARIO MAYOR DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE OSUNA, VISORREY  
Y CAPITÁN GENERAL EN EL REINO DE NÁPOLES

---

*La tragicomedia de la memorable batalla de mar en que fué vencido el Emperador de los turcos Selín, por la santa Liga del Sumo Pontífice, España y Venecia, dedico á Vm. en reconocimiento justo de mis obligaciones, indicio de mi amor y empeño de mayores deseos. Fué muy á propósito este sujeto, pues han corrido por sus manos los fundamentos y disposiciones de las empresas navales más lucidas deste grave Príncipe, á quien Vm. sirve con tanto amor, lealtad, ingenio y confianza, la que hizo de Efestión Alejandro, de quien dice Quinto Curcio: Quem Rex unicè, ac fratris loco diligebat. Y que después de muerto le hizo honrar con sacrificios de héroes: perdió mucho de su valor el día que para encarcerarle el secreto le puso el sello de sus armas en la boca: á la gran confianza de Vm. en negocios de tanta calidad, no fué jamás necesaria prevención tan indigna, porque del valor de su nacimiento, de la seguridad de su prudencia, de la consideración de su juicio y de la experiencia de sus costumbres, nació mayor satisfacción en este nuevo Alejandro, para todas materias de estado y guerra. Osara hablar de sus grandezas, por tener á Vm. más obligado, pues de ninguna cosa lo está más que de las alabanzas de su dueño, pero no es éste el lugar; y por si me dijese alguno que la claridad del sol en cualquiera le tiene, pues por los menores entra y penetra, no quiero pasar en silencio las palabras del mismo Curcio en el libro décimo de su historia, por ser las más notables que se pueden hallar á su propósito en cuantos han escrito, para que Vm. vea si es verdad, y no lisonja, que nuestro Excelentísimo D. Pedro Girón se parece á Alejandro: Vis incredibilis animi, laboris patientia propemodum nimia, liberalitas sapè majora tribuentis, quam a Diis petuntur, clementia in devictos*

mortis perpetua contemptio, in omnes amicos benignitas. *Y lo que más luce en el Duque: Erga milites benevolentia, que ha sido causa que pudiese haber dado en tan breve tiempo tantos socorros y alcanzado tan grandes y tan difíciles empresas; y para cerrar la boca á toda calumnia, aquella notable palabra: Nec ulla, nisi ex permissio voluptas. No se puede decir cosa más ajustada, ni yo me atreviera, hablando con Vm., á no hablarle en su Príncipe. Aumente el cielo su vida muchos años, y á sombra de su grandeza la defensa y amparo de tantas, con los aumentos y felicidades que á Vm. desco.*

Su Capellán, servidor y amigo fidelísimo,  
LOPE DE VEGA CARPIO.

# LA SANTA LIGA

## FIGURAS DE LA TRAGICOMEDIA

SELÍN, <i>Gran Turco</i> .	CUATRO SENADORES VENECIANOS.	ESPAÑA.
CRÍADOS DE SELÍN.	ARDAÍN, <i>criado</i> .	ROMA.
ROSA SOLIMANA.	FÁTIMA, <i>turca</i> .	VENECIA.
CAUTIVOS MÚSICOS.	ROSALES.	ALÍ.
MUSTAFÁ. )	LEONARDO.	EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.
PIALÍ. ) <i>Bajiles</i> .	MARCO ANTONIO.	EL CONDE DE PLIEGO.
UCHALÍ, <i>Rey de Argel</i> .	SURIANO.	HÉCTOR ESPÍNOLA.
TRES CAUTIVOS.	DON JUAN DE ZÚÑIGA.	ANDREA DE ORIA.
UN MERCADER.	DOS TURCOS.	AGUSTÍN BARBARIGO.
CONSTANCIA, <i>cautiva</i> .	UN SOLDADO.	JUAN DE SOTO.
MARCELO, <i>niño</i> .	CARPIO.	EL SEÑOR D. JUAN DE AUSTRIA.
TICIANO, <i>pintor</i> .	MAMÍ.	

REPRESENTÓLA PINEDO, Y Á SELÍN FAMOSAMENTE.

## ACTO PRIMERO

Gran acompañamiento de turcos. Selín detrás, que sale de un baño; traen algo del vestido en una fuente, y él se comienza á vestir.

SELÍN.

El agua ha estado muy buena.  
Denle doscientos escudos  
Á Fatimán.

CRIADO.

¡Buena estrena!

OTRO.

Aunque de palabra y mudos,  
Al oro su acento suena.

SELÍN.

¡Bella confección de olores!  
No hay epitimas mejores  
Que estos aromas tan vivos,  
Ni efectos más atractivos  
Para quien trata de amores.

CRIADO.

Si el baño no afeminara  
Las carnes, razón tenías.

SELÍN.

¡Ved el necio en qué repara!  
¿Son para comer las mías  
Con el sudor de mi cara?

CRIADO.

No, pero el buen rey es justo  
Que sea fuerte y robusto;  
Y así, de reyes fué traza  
El ejercitar la caza  
Más que por el propio gusto.  
Ninguna cosa destierra  
Tanto el ocio, ni parece  
Al trabajo de la guerra;  
Mucho el cuerpo fortalece  
Para la mar y la tierra.

SELÍN.

Dime, necio, ¿qué nación  
De cuantas han sido y son,  
Tuvo en la guerra las manos  
De los antiguos romanos?

CRIADO.

Ninguna con más razón.

SELÍN.

Pues éstos, baños tenían,  
Y tanto de ellos usaban,  
Que mil fábricas hacían.

CRIADO.

No eran los que peleaban,  
Sino los que en paz vivían.

SELÍN.

Salte afuera, impertinente.

Sale Rosa Solimana.

ROSA.

¿Con quién estáis enojado?

SELÍN.

Cuando perdiera en Oriente  
Lo que tiene conquistado  
Más mi dicha que mi gente,  
Y ese hermoso rostro viera,  
Me olvidara y suspendiera;  
Que el cielo en vos vengo á ver,  
Y dejáraislo de ser

Cuando pena en vos hubiera.  
No es mi poder infinito,

Ni soy gran señor llamado  
Por serlo de un gran distrito,  
Desde el alemán helado  
Hasta el abrasado Egipto.

No porque la Natolia,  
La Tracia, Armenia y Suria,  
Monte Tauro y mar Hircano,  
Está sujeto á mi mano,  
Y desde el Arabia á Hungría.

No porque el Tigris pasé  
Y á Mesopotamia vi,  
Y el Tanais ensangrenté,  
La gran Rodas destruí,  
La firme Malta apreté.

No porque al Danubio frío  
Ha llegado el poder mío,  
Y hasta la India Bengala,  
Ni porque á Sijeto iguala  
La desventura de Sío.

No porque conozcan ya  
Cuantos mi persona adoren,  
Que sobre la luna está,  
Ni que mi favor imploren  
Como si fuese el de Alá.

No porque provincias varias  
Me den, aunque en ley contrarias,  
Sedas, aves y caballos;  
No porque tantos vasallos  
Me rindan tributo y parias.

No por perlas, plata y oro,  
Y palacios de valor  
Llenos de tanto tesoro,  
Sino porque soy señor  
De esa hermosura que adoro.

ROSA.

¿Y si yo fuera, Selín,

Como dicen los cristianos,  
En belleza un serafín,  
Con más dones soberanos  
Que hojas tiene este jardín?

Si toda la perfección  
Que la parte celestial  
Puede dar por infusión  
Á una criatura mortal,  
Tuviera mi discreción,

Y vos fuérais un hombre,  
Porque mi amor os asombre,  
Procedido humildemente,  
Y tan pobre entre la gente,  
Que no tuviérais nombre;

Y otro, cual vos sois agora,  
De sus reinos me quisiera  
Para universal señora,  
Á ese talle me rindiera,  
Que es lo que mi alma adora.

¿Cómo en el baño os ha ido?

SELÍN.

En el baño habéis estado;  
Tan presente os he tenido,  
Que al alma no habéis faltado  
Si habéis faltado al sentido.

Dice un alfaquí mi amigo  
Que Alá en toda parte está,  
Y yo no lo contradigo;  
Que después que sois mi Alá,  
Dondequiera estáis conmigo.

Sentaos, pues flores y fuentes  
Deste jardín os convidan  
Con su olor y sus corrientes,  
Y haced que esos labios pidan  
Imposibles diferentes.

Que el poder, no en los cristianos,  
Que son viles y abatidos,  
Sino en turcos otomanos,  
Halla fénix en los nidos  
Y estrellas entre las manos.

Pedid el sol, si después  
No se halla corrido el sol;  
Que yo le traeré á esos pies,  
Con soberbia de español  
Y con furia de albanés.

Sola una cosa advirtáis,  
Que en cuanto aquí me pidáis  
Á imposible se acomoda:  
Que es daros el alma toda  
De suerte que la veáis.

ROSA.

Mirad con qué poco aquí  
Me satisfacéis: llamad  
¡Hola! á quien cante.

SELÍN.

Eso sí;  
Que luce la Majestad  
Con atropellarla así.

Llamad quien cante.

CRIADO.

Aquí están

Los tres cautivos de España.

SELÍN.

Cantad algo.

CRÍADO.

¿Qué dirán?

ROSA.

Aunque es su música extraña,  
Notable gusto me dan.

Canten.

En los brazos de Selín  
Está Rosa Solimana,  
La flor de la Natolia  
Y la hermosura del Asia.  
Cuanto Selín con poder  
De genizaros allana,  
Tanto rinde con sus ojos,  
Porque cuanto miran matan.  
¡Dichosa el alma que rinde  
Á quien el mundo rinde parias!  
Á Rosa, la paz que goza  
Le debe la bella Italia,  
Pues por gozar su hermosura  
Selín desprecia las armas.  
La parte que en ella tiene  
También le agradece España.  
Marte, en el templo de Venus  
Tiene colgada la espada.  
¡Dichosa el alma que rinde  
Á quien el mundo rinde parias!

SELÍN.

¡Gran ventaja, España, llevas  
En policía!

ROSA.

De suerte,

Que escuchándolos te elevas.

SELÍN.

Más ¡por Alá! me divierte

Que no flautas ni jabeas.

ROSA.

Pues ¿á la usanza española  
Danzan también?

SELÍN.

Danzad, ¡hola!

¿Qué danzarán?

ROSA.

El torneo.

SELÍN.

Ver esa danza deseo.

ROSA.

Danzad esa danza sola.

Dancen.

En danzando, salga Mustafá.

MUSTAFÁ.

¿Á mí me impedís entrar  
Adonde está el gran señor?

CRÍADO.

No hay reservado lugar.

SELÍN.

¡Hola! ¿Qué es ese rumor?

CRÍADO.

Mustafá te quiere hablar.

MUSTAFÁ.

¡Oh gallardo descendiente  
De la gran casa otomana,  
Por tantos siglos dichosa  
En la sujeción del Asia,  
¿Cómo es posible que puedas,  
Siendo el mejor de tu casa,  
Á la flaqueza del cuerpo  
Tener tan sujeta el alma?  
No llegan los perezosos  
Vestidos de seda y grana,  
De la fama al alto templo,  
Sino en la mano las armas.  
¿Dejárante tus abuelos  
Menos que á Armenia y Arabia,  
Si al ocio blando se dieran  
Entre las bordadas camas?  
No pierdas lo que ganaron  
Con mil laureles y palmas,  
Porque el valor de las cosas  
Consiste en el conservarlas.  
Hermosa, por cierto, es Rosa,  
Pero es más bella la fama;  
Y la virtud sola excede  
Todas las cosas criadas.  
Al buen capitán y rey  
No huele tan bien el ámbar,  
Cual de la pólvora ardiendo,  
El humo negro que exhala.  
¿Qué jardín, flores y fuentes  
Como la estéril campaña,  
Cubierta de azapos fuertes,  
Berlebeyes y hombres de armas?  
¿Qué colores de las flores  
Tanto los ojos agradan  
Como las de las banderas  
Azules, verdes y blancas?  
Toma ejemplo en el gran Carlos,  
Emperador de Alemania,  
Que en cincuenta años de vida  
Dejó cinco mil de fama.  
Asombró cuantos rebeldes  
La obediencia le negaban,  
Puso á Albania (1) humilde freno,  
Y acortó la rienda á Italia;  
Llegó á Túnez y volviólo  
Barbarroja las espaldas;  
Y no quiero decir quién  
Vino huyendo de su lanza.  
El gran Felipe, su hijo,  
Puso la mano á la espada  
Contra Marte, en San Quintín,  
Para victorias tan altas.  
Habiendo vencido muchas

(1) Albania está usado aquí como equivalente de Francia.

Con su hermano don Juan de Austria,  
Y con tantos capitanes,  
Honor y gloria de España,  
No gobierna tantos reinos  
Ni tantos mares allana,  
Para que le rinda el Indio  
Perlas, piedras, oro y plata,  
Con pereza y cobardía,  
Sino con.....

SELÍN.

Mustafá, pára;  
Pára, Mustafá. ¿Estás loco?

MUSTAFÁ.

Señor.....

SELÍN.

Salte fuera y calla.

MUSTAFÁ.

Yo me iré; pero algún día  
Conocerás.....

SELÍN.

Vete luego.

Vase Mustafá.

¡Bueno es, Solimana mía,  
Que éstos no me den sosiego  
Para descansar un día!

Como engordan con la guerra,  
Donde se hacen ladrones  
Del oro que Italia encierra,  
Mueren porque mis pendones  
Corran la mar y la tierra.

No éntre ninguno aquí.  
Volver podéis á cantar.

Salte Pialí, bajá.

PIALÍ.

Permíteme entrar á mí  
Para que te pueda hablar.

SELÍN.

¿Qué es lo que quieres, Pialí?

PIALÍ.

Estás de manera ocioso,  
Gran señor de la más parte  
Del mundo, que casi es tuyo  
Desde el Nilo al indio Gange,  
Que no sé de qué manera  
Tus sanjacos y bajáes  
Tengan en esta ocasión  
Atrevimiento de hablarte;  
Que puesto que á Marte suelen  
Muchas veces retratalle  
Entre los brazos de Venus,  
Sin las armas de diamante,  
No es porque siempre lo esté,  
Que dejara de ser Marte,  
Mas porque el furor le temple,  
Que importa á los capitanes.  
En brazos de Solimana,  
Señor, descuidado yaces,  
Permitiendo tu pereza

Que los cristianos descansen.  
Francia tiene paz agora  
Y fertilidad notable,  
El Rey de Polonia duerme  
Sin que tus tiros le espanten;  
Maximiliano alegre,  
Que tus ejercicios sabe,  
Manoplas de acero deja,  
Y calza adobados guantes;  
En Hungría, Segismundo  
Vive en regaladas paces,  
Portugal hace en las Indias  
Carros del agua en sus naves;  
Los polacos palatinos,  
Casas para letras hacen,  
Duerme Castilla, y Otán  
Roba por tu tierra alarbes.  
Vuelve, señor, esos ojos  
A las cosas memorables  
Que acabaron tus abuelos.

SELÍN.

¿Hay desvergüenza tan grande?

Salte del jardín, Pialí;

Que si luego no te sales,  
Harás que cortarte el cuello  
A mis genízaros mande.

PIALÍ.

Pues señor.....

SELÍN.

Salte allá digo.

PIALÍ.

Considera.....

SELÍN.

¡Oh perro, salte,  
Que haré que tu lengua fiera  
En aquestas puertas claven!

¿Qué te parece de aquesto?

ROSA.

No te enojés, ¡por mi vida!

SELÍN.

Templanza en mi enojo has puesto.

ROSA.

Estoy muy agradecida  
De haber tu enojo compuesto.

Con buen celo te han hablado.

SELÍN.

¿Sabes tú lo que te quiero?

ROSA.

Tu amor quisiera templado,  
Porque advirtieras primero  
A las cosas de tu estado.

SELÍN.

Quiero que lo veas, pucs,  
En que todo cuanto soy  
Pongo y humillo á tus pies.

Pónese de rodillas.

ROSA.

¡Señor mío!

SELÍN.

Bien estoy.

CRIADO.  
Hechizo ó locura es.

ROSA.

¿Vos de rodillas aquí?

SELÍN.

Sí, Rosa, y aun esto es poco.

ROSA.

Mal estáis, mi vida, así;  
Que puesto que amor es loco,  
No lo habéis de ser por mí.

SELÍN.

Este es mi gusto.

ROSA.

Bien es,

Pero es el mundo al revés.

SELÍN.

Si dos mil mundos tuviera,  
Como yo estoy los pusiera  
En la tierra de tus pies.

Y si esta arena, aunque es tanta,  
Pudiera en perlas volver,  
Lo hiciera, porque esa planta  
No se merece poner  
Menos que en riqueza tanta.

ROSA.

Levantaos, ¡por vida mía!

SELÍN.

Esa vida me la da.

Sale Uchalí, rey de Argel.

UCHALÍ.

Déjame llegar, desvía.

SELÍN.

El Rey de Argel, ¡por Alá!

UCHALÍ.

¿No he de hallarte solo un día?

SELÍN.

Di presto, Uchalí.

UCHALÍ.

Señor,

A cuyo inmenso valor  
Se rinde el mundo, no es justo  
Que escuches con poco gusto  
Quien habla con mucho amor.

Agora salen Piali

Y el gran Mustafá de aquí,  
Quejosos que Solimana,  
La noche, tarde y mañana,  
Te tenga ocupado así.

Juraste paz con Venecia  
Habrás un año, por vivir  
Vida que tu honor desprecia,  
Y para verdad decir,  
Fué la paz cobarde y necia.

Con esto, los venecianos,  
Seguros de tu poder,  
Y descansadas las manos,  
Sabrán, señor, que han de ser  
Ladroneras de cristianos.

Pío quinto, su mayor Papa,

Los mueve, y es presunción  
Que alguna malicia tapa,  
Pues mira que la ocasión  
De entre las manos se escapa.

Dicen cautivos, señor,  
Que desde aquel Pescador,  
Nunca la Iglesia de Cristo  
Tuvo Pastor tan bien quisto,  
Ni tan temido Pastor.

Cuando en conclave se asienta  
De sus nobles cardenales,  
Sólo trata de su afrenta,  
Y los hechos desiguales  
De tu grandeza les cuenta.

A los reyes inquieta  
Contra tu Alcorán y seta,  
Porque es su intento también  
Ganar á Jerusalén,  
Sepulcro de su Profeta.

Mal conoces á Pío quinto;  
Pues haz cuenta que te pinto  
Sólo el dedo del gigante,  
Porque es pasar adelante  
No salir del laberinto.

Todos los Quintos, señor,  
Si los quieres ir mirando,  
Tienen divino valor:  
Quinto era el rey don Fernando  
Y Carlos Emperador.

¡Bueno es que sepa Roma  
Que una mujer amada  
Al gran señor rinde y doma,  
En infamia de su espada  
Y en afrenta de Mahoma!

¡Ea, señor.....

SELÍN.

¡Perro infame,  
Por ese mismo que nombras,  
Que tu vil sangre derrame!  
¿Qué queréis? Dejadme, sombras,  
Que no sé qué nombre os llame.

¡Hay esto en el mundo, hay cosa  
Más tirana y afrentosa?  
¡Mataréte!

UCHALÍ.

¡Gran señor!

SELÍN.

¡Huye, perro!

UCHALÍ.

Y es mejor.

Vase Uchalí.

ROSA.

¡Ah, mi bien!

SELÍN.

Déjame, Rosa.

¡Por Mahoma, que si en tí  
Alguno me habla más,  
Que ha de ver lo que hay en mí!

ROSA.

Furioso en extremo estás.

SELÍN.

Vuélvame á hablar Uchali.

ROSA.

Ea, no seas cruel,  
Que todo es serte fiel.

SELÍN.

Estos perros no verán  
Que eres como el Alcorán,  
Que no hay disputa sobre él?  
¡Vives tu! Si, cual lo temo,  
Más en esto alguno escarba,  
Que, como de Alá blasfemo,  
Le rape cabello y barba  
Y le haga echar en un remo!  
Entra, que se hace hora  
De descansar.

ROSA.

En cuidado

Me ha puesto tu enojo ahora.

SELÍN.

No puedo estar enojado  
En mirándote, señora.  
Tú la vida les concedes;  
Tanto en mí puedes mandar,  
Que más que yo mismo puedes;  
Vénganme todos á hablar,  
Que á todos haré mercedes.

Váyanse, y saigan los esclavos que puedan, y Constancia, cautiva, con Marcelo, niño cautivo, asidos todos de un mercader que viene con el Redentor de la Trinidad.

ESCLAVO 1.º

Señor, tened compasión  
Deste mísero afligido,  
Que en Trípol y aquí ha tenido  
Catorce años de prisión.

ESCLAVO 2.º

Á mí, señor, que soy pobre  
Y no hay quien haga por mí,  
Si alma no cobro así,  
Dios por su sangre la cobre;  
Que es mi amo tan cruel,  
Que estoy para renegar.

ESCLAVO 3.º

Yo, señor, os podré dar  
Lo que dice este papel,  
Y pues está tan seguro,  
Juntaldo á vuestro rescate.

MERCADER.

¡Ea, ninguno me mate,  
Pues ven que su bien procuro!

Trajo el padre Redentor  
Esta comisión del cielo.

CONSTANCIA.

Del cielo ha de ser su celo  
Si es de la tierra el favor.

Doleos, señor, de mí  
Y de este niño, que está  
Condenado á moro ya

Si no le sacáis de aquí.

Advertid al Redentor  
Que son estas almas cera,  
Donde de su secta fiera  
Imprime el sello mejor.

No estiméis la vida mía:  
Este ángel adoro y amo.

NIÑO.

Si, señor, porque mi amo  
Me amenaza cada día  
Que me tiene de cortar  
Cierta cosa en la mezquita.

CONSTANCIA.

Él me jura y solicita  
Que le ha de circuncidar:  
¡Mirad vos qué lindo lance  
Echará aquí Lucifer!

MERCADER.

Lo posible se ha de hacer,  
Y lo que el dinero alcance.  
Apreciándose están ya  
Lienzos, granas y bonetes.

ESCLAVO 1.º

Y a su rescate prometes;  
Es mujer, ¿qué no podrá?  
¡Ay de aquel que sólo cubre  
Las carnes con un jaleco,  
Comiendo bizcocho seco,  
Y rema de Hebrero á Octubre!  
¡Ay de aquel que en la barriga  
Y espaldas tiene mil palos,  
Y que deja mil regalos  
Y una turca por amiga,  
Que ¡vive Dios! que antier  
Ma daba un collar y ajorca!

MERCADER.

¿De dónde eres?

ESCLAVO 1.º

De Mallorca.

MERCADER.

¡Harto ha sido no querer!

ESCLAVO 2.º

Si desdichas te movieran,  
Hartas todos te contaran,  
Que apenas los que llevarán,  
A los que quedan vencerán.

MERCADER.

Hijos, paciencia tened,  
Y sin enojo esperad;  
Si hoy vino la Trinidad,  
Prestó vendrá la Merced.

Si no os puede rescatar,  
Ella os quitará la queja.

CONSTANCIA.

Si la Trinidad me deja,  
¿Qué Merced debo esperar?

NIÑO.

Diga, señor: si es verdad,  
Como me enseña mi madre,  
Que Dios, Hijo de Dios Padre,  
Que en la santa Trinidad



Es la segunda persona,  
Libró, encarnando en María,  
El mundo, ¿cómo en Turquía  
No nos rescata y abona?

MERCADER.

Porque es ésta que veis vos,  
De una Orden apellido,  
Y el Redentor que ha venido,  
Hombre humano, que no es Dios.

Que fuese fué necesario

Persona de calidad,  
Mas no de la Trinidad,

Sino un padre trinitario.

Por redimir destos modos

Le llamáis Redentor vos.

NIÑO.

Sí, porque si fuera Dios,

Redimiéranos á todos.

MERCADER.

Ahora bien, por ese pico

Y notable entendimiento,

En la memoria os asiento.

NIÑO.

Bien cabré, que soy muy chico.

MERCADER.

Mas no puedo á dos llevar

De una casa; quede aquí

Vuestra madre.

NIÑO.

Si es así,

Bien me podéis perdonar;

Mas dejadme aquí por ella;

Que yo os prometo á los dos

De no olvidarme de Dios,

De que soy cristiano, y della.

MERCADER.

Por ese agradecimiento

Á la leche que mamastes,

Á llevaros me obligastes;

Por vos á entrambos asiento.

¿Cómo os llamáis?

CONSTANCIA.

Yo, Constanxia.

MERCADER.

¿Y vos, mi niño?

NIÑO.

Marcelo.

CONSTANCIA.

En tu lengua puso el cielo

De mi vida la importancia.

MERCADER.

¿Qué tierra?

CONSTANCIA.

Chipre.

MERCADER.

¿Y ciudad?

CONSTANCIA.

Nicosia.

MERCADER.

Escrita os dejo.

¿Cómo os llamáis vos, buen viejo?

ESCLAVO 3.º

¡Dios os pague la piedad!

Lámome Juan de Lezcano,

Y soy español.

ESCLAVO 2.º

Responde

Á la patria, en fin.

MERCADER.

¿De dónde?

ESCLAVO 3.º

De Sevilla.

MERCADER.

¿Y vos, hermano?

ESCLAVO 2.º

De Marzagán soy, señor.

MERCADER.

¿El nombre?

ESCLAVO 2.º

Pedro es mi nombre.

MERCADER.

¿De dónde sois, gentilhombre?

ESCLAVO 1.º

De Alicante, y pescador.

MERCADER.

¿Cómo os llamáis?

ESCLAVO 1.º

Juan de Flores.

MERCADER.

Pues venid todos conmigo.

NIÑO.

Madre, ¿vámonos?

CONSTANCIA.

Sí, amigo.

NIÑO.

¿Agora, agora?

CONSTANCIA.

Sí, amores.

NIÑO.

Mire: cuando allá llegarc,

Espada me ha de comprar,

Porque tengo de matar

Á cuantos turcos topare.

Váyanse, y salga una sombra, y Selín con espada  
desnuda, y una tropa tras ella, y éntrese la sombra  
por la otra puerta.

SELÍN.

Detente, aguarda; ¿dónde huyes, sombra?

Y si eres alma, aguarda un poco, espera;

Selín tu hijo soy, Selín te nombra;

Padre, ¿por qué te vas de esa manera?

Cuanto miro parece que me asombra;

Todo me causa horror, todo me altera;

Encógense los nervios y las cuerdas,

Y pónese el cabello con las cerdas.

¿No merecí tocarte, sombra helada?

¡Fáltome corazón, esto es lo cierto!

Saliste por los vientos derramada,

Y más estoy que tú pálido y yerto.

Si fuiste aquí de mi temor formada,

Y durmiendo te vi más que despierto,  
 ¿Cómo me hablaste, cómo diste voces  
 Y pude yo sentir tus pies veloces?  
 ¿Dormía yo? Sin duda no dormía.  
 ¿Soy yo Selín? Sí soy. ¿Siento? Sí siento.  
 ¿Es ya de día? Sí, ya nace el día.  
 ¿Adónde estoy? Estoy en mi aposento.  
 ¿Qué ha sido Solimana? Madre mía,  
 Y para un rey, infame pensamiento.  
 ¿Qué me dijo mi padre? Afrentas fieras.  
 ¡Ea, soldados, salgan mis banderas!  
 No más ocio, no más; tiemble el Cristiano,  
 Tiemble el hijo de Quinto y Quinto Pío,  
 El Húngaro también y el Veneciano,  
 Que hoy ha de ver el mundo el poder mío;  
 Hoy sabrá que soy cita y otomano,  
 Hoy de su Pedro el barco ó el navío  
 Á fondo quiero echar con mis galeras.  
 ¡Ea, soldados, salgan mis banderas!

Sale Rosa Solimana.

ROSA.

Con la priesa que he podido  
 Vestirme y dejar tu cama,  
 Á tus voces he salido.

SELÍN.

¡Hola! ¡A mis bajáes llama!

ROSA.

Sospecho que estás dormido;  
 Aquí ningún hombre ha entrado.

SELÍN.

Rosa, ya el tiempo es pasado  
 En que estaba loco y ciego;  
 Si no está muerto mi fuego  
 Está á lo menos templado.

El hombre que ha entrado aquí  
 Fué mi padre, fué aquel viejo  
 Venerable.

ROSA.

Vuelve en tí;  
 Que al pasar, en ese espejo  
 Te viste tú mismo á tí,  
 Y sin duda imaginaste  
 Que era persona.

SELÍN.

Eso baste;  
 No hablemos en lo que fué.

ROSA.

Lo que fué ya yo lo sé.  
 Que tú de mí te cansaste,  
 Que lo más cierto sería,  
 Y como tardaba el día,  
 Buscaste aquesta ocasión;  
 Que las frías sombras son  
 Que tienes el alma fría.  
 Cuando en la cama tenéis  
 Los hombres lo que os enoja,  
 Y lo que ya aborrecéis,

Como á enfermos se os antoja  
 Que muertes y sombras veis.

Si el gusto te falta aquí,  
 Tú eres necio para tí,  
 Tú mismo á engañarte vienes;  
 Trescientas mujeres tienes,  
 ¿Por qué me llamas á mí?

Esto solo te enloquece,  
 Esto deslustra tu nombre,  
 Pero justo me parece,  
 Porque pierde el seso un hombre  
 Gozando lo que aborrece.

Ayer eras gran señor,  
 Más que por el Asia toda,  
 Por merecer mi favor:  
 ¡Qué bien, Selín, se acomoda  
 Tal desdén á tanto amor!

Ayer, de rodillas puesto,  
 Á mis pies pusiste el mundo,  
 Á darme otros mil dispuesto,  
 Y hoy, con odio tan profundo,  
 Me arrojas de tí. ¿Qué es esto?

Mis plantas pude ayer verlas  
 Pisando un Rey por despojos;  
 Ayer pisaba yo perlas,  
 Y hoy las lloro por los ojos  
 Y no llegas tú á cogerlas.

SELÍN.

No llores, Rosa, no llores,  
 Ni ese cristal puro abrase  
 De tus mejillas las flores;  
 Que no es justo que se pase  
 Toda la vida en amores.

Vete adentro, que después  
 Sabrás lo que aquesto es.

ROSA.

En tu obediencia me fundo.

SELÍN.

Y yo en que es pequeño el mundo  
 Para ofrecer á tus pies.

ROSA.

¿Hasme de ver presto?

SELÍN.

Luego.

ROSA.

¿Engañasme?

SELÍN.

Vete ya.

ROSA.

Señor.....

SELÍN.

¡Ea, pues!

ROSA.

¡Que llego

Á verme así!

SELÍN.

¡Por Alá,

Que me abraza mayor fuego!

Váyase Rosa.

Salen Piali, Uchali y Mustafá.

MUSTAFÁ.

¿Qué es esto que nos dicen que has tenido?

PIALÍ.

¿Cómo así te levantas de la cama?

UCHALÍ.

¿Qué causa, qué ocasión puede haber sido?

SELÍN.

Ciego de amor, y de su ardiente llama,  
Amigos, desprecié vuestro consejo,  
Lejos de la virtud y de la fama.

Hoy he visto, Piali, mi padre viejo;  
Hoy, Mustafá, mi viejo padre he visto;  
Hoy, Uchali, mi infamia vi en su espejo.

No sólo me mostró que no conquisto  
Un dedo más de tierra de mi herencia,  
Pero que apenas á su guarda asisto.

Mostróme mi pereza y negligencia,  
Que para sus desórdenes les daba  
A los cristianos riendas y licencia.

Díjome que Filipo amenazaba  
A Marruecos, á Féz y á Berbería,  
Y Sebastián del propio intento estaba;  
Que Segismundo levantaba á Hungría,  
Y el alcaquí de Roma Quinto Pío,  
Papeles y dineros ofrecía;

Que Granada perdió su orgullo y brío,  
Y que á Trípoli, Argel, Túnez, Biserta  
Se pasaba aquel misero gentío.

Quedó Granada solamente abierta;  
¿De que sirvió? Perdiéronse sus granos,  
Y su Alpujarra se quedó desierta.

Yo quiero hacer temblar á los cristianos;  
Advierte, Mustafá; parte á Venecia,  
Que no quiero más paz con venecianos.

Di que me den á Chipre; di que precia  
Más esta isla que su paz mi gusto,  
Por quien mi muerto abuelo me desprecia.

Yo la heredé: que me la vuelva es justo  
Si tiránicamente me la tienen,  
Ó que los amenaza mi disgusto.

MUSTAFÁ.

¡Oh, cuánto, ilustre Príncipe, convienen  
Esas razones con tu heroico pecho,  
Mostrando bien que de los cielos vienen!

Venecia tiene á Chipre á tu despecho;  
Yo romperé la paz al Viraqueño,  
Que tal agravio y sinrazón te ha hecho.

SELÍN.

Pues parte; y tú, Piali, pues el verano  
Con su nueva templanza te convida,  
Corre esas costas; tiébleme el Cristiano.

Mi armada, por el ancho mar tendida,  
Espante al cielo y las estrellas toque;  
De nuevas municiones guarnecida,

A recogerse las demás provoque;  
Los golfos pase, barras y canales,  
Y por todo peligro desemboque.

PIALÍ.

¡Oh palabras heroicas y reales,

Pronósticos insignes de victorias  
A la grandeza de tu pecho iguales!

SELÍN.

Tú verás desde hoy grandes historias:  
De mis hazañas. Uchali.....

UCHALÍ.

¿Qué mandas?  
Que Alá te guarde para tantas glorias.

SELÍN.

De gente nueva poblarás las bandas;  
Mil esclavos te doy.

UCHALÍ.

Mil triunfos y arcos  
A la fama le pides y demandas.

SELÍN.

Las galeras de Malta ten por barcos,  
Las de Génova, Nápoles y Roma;  
Ni temo á Bucentoro, ni á San Marcos.

MUSTAFÁ.

Vivas mil años.

PIALÍ.

Guárdete Mahoma.

Vanse.

Salen los cautivos con sus escapularios, todos de la  
Trinidad, y sus hatillos, y el mercader detrás.

MERCADER.

Todos los que vais á España  
Podréis conmigo pasar.

CAUTIVO 1.º

El deseo de llegar

Nos alegra y acompaña.

CAUTIVO 2.º

¿Adónde parte la nave?

MERCADER.

A Alicante ó Cartagena.

CAUTIVO 2.º

Vamos presto, que se suena

Una nueva triste y grave.

MERCADER.

Pues ¿qué dicen?

CAUTIVO 2.º

Que ha mandado

Selin echar gente al remo.

MERCADER.

Y de eso, ¿qué temes?

CAUTIVO 3.º

Temo

Que compre los rescatados.

MERCADER.

Pues ¿cómo previene armada?

CAUTIVO 2.º

Constantinopla se hunde.

MERCADER.

¡Plega á Dios que no redunde

En tu daño, España amada!

Salen Constancia y el niño con su habitillo  
de la Trinidad.

CONSTANCIA.

Hijo, la nave se parte

A España; ¿qué hemos de hacer?  
Que es de España el mercader,  
Y nosotros de otra parte.

NIÑO.

Madre, dadme aquese hatillo  
Y á pie podremos andar.

CONSTANCIA.

¿Cómo, hijo? ¿Por la mar?  
Pero no me maravillo;  
Que tú no le has visto.

NIÑO.

Andemos.

¿Pensáis que me cansaré?

CONSTANCIA.

No se pasa el mar á pie.

NIÑO.

Pues, madre, en un carro iremos.

CONSTANCIA.

En fin, señor, ¿os partís?

MERCADER.

Amiga, á España me voy:  
Si queréis ir, aquí estoy.  
No puedo más.

CONSTANCIA.

Bien decís.

No puede hacer más un hombre.

MERCADER.

Ea, hijos, á embarcar!

¡A España, á España, á la mar!

CAUTIVO I.<sup>o</sup>

¡Oh, cuánto alegría su nombre!

Váyanse todos.

NIÑO.

Madre, ¿no vamos allá?

CONSTANCIA.

No, hijo del alma mía;  
Que hemos de ir á Nicosía,  
Y esta gente á España va.  
Volvamos á la ciudad.

NIÑO.

Madre, paciencia tened:  
Aguardemos la Merced,  
Pues se va la Trinidad.

Salen Mustafá y turcos, y Ardaín.

MUSTAFÁ.

¿Está ya la galeota  
Aprestada?

CRIDO.

Sí, señor.

MUSTAFÁ.

Dile, Ardaín, á Almanzor  
Que es á Chipre mi derrota,  
Y de allí á Venecia paso.

CONSTANCIA.

Hijo, aquéste es Mustafá,  
Y dice que á Chipre va.  
¿Hay tan venturoso caso?

Señor, si en tu gran valor  
Halla una pobre acogida,

Ansi Dios guarde tu vida,  
Que es hoy del mundo terror,  
Que sólo por ser mujer  
A mí y á este niño lleves  
A Chipre, que hacerlo debes  
Por ti mismo, y por mi sér.  
Estamos ya rescatados  
Y no hay pasaje.

MUSTAFÁ.

Ardaín,  
Llevalda en el bergantín  
Con mi ropa y mis criados.  
No vuelvas á la ciudad.  
¿Qué es lo que llevas al pecho?

CONSTANCIA.

La que mi rescate ha hecho:  
La cruz de la Trinidad.

MUSTAFÁ.

Ya entiendo: cosas de Roma.  
¡Alto: al mar!

NIÑO.

¿Qué te decía?

Váyanse todos.

CONSTANCIA.

De nuestra cruz se reía.

NIÑO.

Y ¿es más lindo su Mahoma?

Salen cuatro senadores venecianos y el Ticiano,  
pintor.

SENADOR I.<sup>o</sup>

Seáis muy bien venido á vuestra patria,  
Pintor famoso, gran Ticiano ilustre,  
Honor del siglo antiguo y el moderno.

TICIANO.

Senado veneciano excelentísimo,  
Por vuestro gusto fui á Constantinopla,  
Que Selín os pidió que me enviádeses  
A retratar á Rosa Solimana  
Contra los ritos de su infame seta:  
Retratéla, servile, y bien pagado  
Vuelvo á mi patria, y esta carta os traigo.

SENADOR 2.<sup>o</sup>

Díz que vive Selín ociosamente.

TICIANO.

Bien podéis desarmar vuestras galeras;  
Que en ocio, amor y sueño sepultado,  
Su vida pasa, cual Nerón ó Cómodo.

SENADOR 3.<sup>o</sup>

La carta leo.

SENADOR I.<sup>o</sup>

Y todos la escuchamos.

• Selín, Sultán por la gracia de Dios, Em-  
perador de Constantinopla, etc.

• A vos, noble Senado y República veneciana:

• Las paces que el año pasado juré con vo-  
sotros vuelvo á jurar de nuevo, para que hasta

mis herederos queden inviolables. Del Ticiano, vuestro pintor famoso, quedo bien servido; pidoos encarecidamente le hagáis noble, pues ni por el arte lo desmerece, ni su virtud me obliga menos que á pedirlos. Dios os guarde.»

SENADOR 1.º

Lo que pide Selín es justa cosa; Desde hoy se os dará, Ticiano, el título.

TICIANO.

Bésoos los pies, señores invictísimos.

SENADOR 1.º

¿Trajiste, por ventura, alguna copia De Rosa Solimana?

TICIANO.

Aquésta traje,

Que á vuestra Sala ofrezco.

Enséñales un retrato.

SENADOR 3.º

¡Hermosa dama!

SENADOR 2.º

Por mujer que á Selín tiene pacífico, Lugar merece entre las más famosas. Id, Ticiano, con Dios, porque el Senado Quiere hablar en negocio de importancia.

TICIANO.

Guárdeos el alto cielo.

SENADOR 2.º

Tomad sillas.

Ticiano se vaya y ellos se sienten.

SENADOR 1.º

Propuse ayer acerca de la armada Que para más resguardo de las costas Conviene que prevenga la República, Que Agustín Barbarigo..... ¡Hola! ¿Qué es eso?

Sale Mustafá.

MUSTAFÁ.

Un mensajero soy: nadie se mueva.

SENADOR 2.º

Oído había que tomabas puerto; Pero nunca entendí con embajada. ¿Eres del gran Selín?

MUSTAFÁ.

¿No me conoces?

SENADOR 2.º

¿Qué calidad?

MUSTAFÁ.

Baja.

SENADOR 2.º

Pues toma asiento.

MUSTAFÁ.

De buena gana. Estad, Senado, atento: Selín, Sultán Solimán De la gran casa otomana, Señor de lo más del mundo

Por mares y tierras tantas,  
Á vos, Senado, y famosa  
República veneciana,  
Salud, amistad y paz;  
Á nuestros profetas, gracias.  
Dice que el año pasado  
Las tuvo con vos juradas,  
No habiendo agravio, por quien  
Agora á engaño se llama.  
Supo que tenéis la isla  
De Chipre tiranizada,  
Chipre, al mar Mediterráneo,  
Puesta entre provincias varias,  
La que tiene al Mediodía  
Á Egipto en igual distancia,  
Con Rodas por el Poniente,  
Rodas de las cruces blancas,  
Al Oriente la Suría,  
Y más cerca la Carmania  
De los antiguos egipcios,  
Á sus príncipes quitada.  
Á éstos la quitó Roma  
Por fuerza, y por esta causa  
Quedó en el Imperio griego,  
Que entonces era de Italia.  
Ganáronla los ingleses  
Á los griegos por las armas,  
De quien de gracia la hubieron  
Los lusitanos de Francia.  
Después, Juan Soldán, de Egipto,  
Á todos éstos la gana,  
Cuyos dos hijos, sabéis  
Que Ana y Jacobo se llaman.  
Con Luis, duque de Saboya,  
Ana legitima casa.  
Reyes de Chipre los duques  
Se llaman por esta causa;  
Mas quitándola el Soldán  
Del reino que le tocaba,  
Pone á Jacobo, bastardo,  
Y á los de Saboya agravia.  
Jacobó casó en Venecia  
Con hija vuestra, adoptada  
De la República; y muertos,  
Venecia con Chipre se alza.  
Selín, de Selín abuelo,  
Ganó á Egipto, y así gana  
Á Chipre por bienes suyos:  
Ved si la justicia es clara.  
Saboya tiene derecho,  
Si con las leyes cristianas  
Las nuestras se conformasen,  
Por ser herencia bastarda;  
Mas los Baldos y Jaseses,  
Que escribe Italia y España  
Con tinta, con sangre pura  
Los escribimos en Asia.  
No puede tener Venecia  
Á Chipre; por eso os manda  
El gran señor le volváis  
Lo que es de su herencia y casa.

No penséis que allá tenemos  
 Letrados de ropas largas,  
 Ni se han de revolver libros,  
 Sino en la mar las armadas,  
 No se han de mojar las plumas,  
 Sino los remos en agua,  
 En pólvora los cañones  
 Y en los pechos las espadas.  
 Vendré sobre Nicosía,  
 Y aunque esté fortificada  
 Famagusta, yo os prometo  
 Que mis tiros la deshagan.  
 Vendré á Lepanto, á Corfú,  
 Á Sicilia, á toda Italia,  
 Y hasta en el puerto de Ostia  
 Haré que me tiemble el Papa.

SENADOR 1.º

Mustafá, dile á Selín  
 Que esas vanas amenazas  
 No se las haga á Venecia,  
 Sino á los negros de Arabia.  
 Si nos quebrare la paz,  
 Fuerzas tenemos que bastan  
 Para que en nuestros estados  
 No ponga tiro ni planta.  
 Y Dios las tiene mayores,  
 Para tomar la venganza  
 De los infames perjuros.

MUSTAFÁ.

¿Así respondes?

SENADOR 1.º

¡Acaba!

MUSTAFÁ.

¿Sabes que es el gran señor  
 El que mi persona y habla  
 Os está representando?  
 ¿Cómo me miráis la cara?  
 ¿Cómo no tiembla Venecia  
 Estando fundada en agua?  
 Vosotros sois, Senadores,  
 De blanco cabello y barba.

¿Al gran señor, á Selín?

SENADOR 2.º

¡Ea, que es mucha arrogancia!  
 Venga acá tu gran señor;  
 Que si gran señor se llama,  
 Grande señora es Venecia.

MUSTAFÁ.

Pues aguarda.

SENADOR 2.º

Ven.

MUSTAFÁ.

Aguarda.

## ACTO SEGUNDO.

Salen Mustafá, Ardaín, Constancia, Marcelo, niño,  
 y turcos.

MUSTAFÁ.

Admírame tu dureza.

CONSTANCIA.

Y á mí tu rigor me admira.

MUSTAFÁ.

Quién soy mira.

CONSTANCIA.

Mas tú mira

Tu valor, fuerza y nobleza,  
 Que á tan alta fama aspira.

De Constantinopla fui

Á mi patria, Nicosía,

Fiando en tu fe la mía;

Pero en poner me perdí

Mi fe donde no la había.

Vuélvesme al mismo lugar,

Pretendiéndome obligar,

Con regalo ó con castigo,

A dejar la ley que sigo.

MUSTAFÁ.

Bien te pudiera forzar;

Pero no quiere el poder

Gozar lo que amor no allana.

CONSTANCIA.

Y ¿espérasme tú vencer,

Mirando que soy mujer,

No que soy mujer cristiana?

Harto en vano te fatigas,

A cárcel el viento obligas,

Estrellas bajas del cielo.

MUSTAFÁ.

No me espanto, si eres hielo,

Que este mi ardor contradigas.

Constancia, si de tu nombre

Heredas el ser constante,

Porque quien soy no te espante,

Turco soy, cuanto á ser hombre;

Cuanto al alma, soy diamante.

No era tan mal partido

El que te quiero ofrecer,

Pues siendo turca, te pido

Que me admitas por marido;

Pues te admito por mujer.

¿Con quién estabas casada?

CONSTANCIA.

Con un mancebo gallardo,

De hidalga sangre y espada.

MUSTAFÁ.

¿Quién?

CONSTANCIA.

El capitán Leonardo,

De quien fui en extremo amada.

MUSTAFÁ.

Pues ¡mira si medras mal,  
Que de un capitán, hoy subes  
Al valor de un general  
Que ha puesto sobre las nubes  
Su nombre y fama inmortal!

Yo soy el mayor privado  
Que el Gran Señor ha tenido  
A su mesa ni á su lado;  
De los cristianos temido  
Y de los turcos amado.

Los genizaros me adoran  
Presente, ausente me lloran,  
Abren toda cuadra y sala;  
La China, Java y Bengala  
Apenas mi nombre ignoran.

Hasta allá puse las colas  
Del caballo, y blancas lunas;  
Las márgenes españolas  
Mis armas conocen solas,  
No conociendo ningunas.

No soy de aquellos por quien  
Dan humo, cuando los ven,  
Las atalayas de España;  
Tiéblame Italia en campaña,  
Y Malta en la mar también.

No te pese de volver  
A Constantinopla así.

CONSTANCIA.

¿Qué es lo que piensas hacer  
De los dos?

MUSTAFÁ.

Vencerte á ti,  
Si te pudiere vencer,  
Y del niño un turco noble  
Que al Rey sirva.

CONSTANCIA.

No hayas miedo  
Que á los dos tu engaño doble.

MUSTAFÁ.

Probaré si hacerlo puedo.

CONSTANCIA.

Yo seré palma, y él roble.

MUSTAFÁ.

Ahora, pues, metelde allá  
Y hacelde turco.

CONSTANCIA.

¡Señor!

Ásgase de ella el niño.

NIÑO.

¡Madre, madre!

CONSTANCIA.

¡Qué rigor!

Marcelo, Dios os dará  
Entendimiento y favor.

¡Llamad á Dios, hijo mío,  
Hacedle testigo eterno  
De ese generoso brío!

¡Temed, Marcelo, al infierno,  
Que yo para el cielo os crío!

Más tierno niño era Dios  
Cuando pasó lo que vos  
Porque la ley se cumpliese.

ARDAÍN.

¡Suelta!

CONSTANCIA.

¡Deja que le bese,  
O mátanos á los dos!  
¡Terrible pesar me has hecho!

MUSTAFÁ.

Procura vencer, Constancia,  
La obstinación de tu pecho.

CONSTANCIA.

Hay en esto más distancia  
Que del cielo al suelo trecho.

MUSTAFÁ.

Voy á ver algún señor  
Para darle mi embajada.

CONSTANCIA.

Yo, á ver tan nuevo dolor.

MUSTAFÁ.

Podrá vencerte mi espada  
Si no te vence mi amor.

Váyanse, y salga Selín con Fátima.

SELÍN.

Como es la luna en los cielos,  
Sola, Fátima, serás;  
Mas de ese cielo caerás  
Si das en pedirme celos.

Yo te confieso que Rosa  
Es la cosa que más quiero,  
Y que su lugar primero  
Jamás le ocupe otra cosa.

Deja que esté Rosa allí,  
Pues es primera en derecho;  
Que yo tengo grande el pecho,  
Y habrá lugar para ti.

Si en mis baños, como sabes,  
Cabén trescientas mujeres,  
¿Cómo ser tan grande quieres  
Que aquí con otra no cabes?

Estima el lugar segundo  
De quien es otro Alá santo:  
No estreches el pecho tanto  
De un señor que lo es del mundo.

FÁTIMA.

Selín, si el reinar un día  
Entre dos no se hace bien,  
El amor es rey también,  
Y no quiere compañía.

Casa en tus baños has hecho  
En que mil pueden caber,  
Pero no podrás tener  
Dos mujeres en un pecho;  
Que es más llano que la palma,  
Que cuando celos les dieran,  
Reñirán, y si riñeren,

Te han de alborotar el alma.

Si están por una mujer  
Mil provincias abrasadas,  
Dos mujeres enojadas  
En un alma, ¿qué han de hacer?

SELÍN.

De las historias que tocas,  
Fátima, bien se me acuerda;  
Pero siendo el alma cuerda,  
¿Qué importa que ellas sean locas?

FÁTIMA.

Y ¿dará con perfección  
Acento sonoro y lleno  
Un instrumento muy bueno,  
Con cuerdas que no lo son?  
¿No ves tú que de ese modo  
Hacer disonancia es llano?

SELÍN.

No, porque la buena mano  
Suple la falta de todo.  
¿No están en paz todos juntos  
Mil granos en la granada?  
Pues ¿por qué te desagrada  
Que en un alma estén dos gustos?

FÁTIMA.

Mas en viéndose apretar,  
Abrir la granada intentan,  
Que en siendo muchos, revientan  
Por salir y no lo estar.

SELÍN.

Fátima, las cosas todas  
Con una excepción se han hecho;  
Esto ha de poder mi pecho,  
Mira si en él te acomodas.

FÁTIMA.

Eso sí; di que me quieres  
Para el apetito, y yo  
Te serviré, pero no  
Digas que amas dos mujeres.

Sale Rosa.

ROSA.

Estás tan bien ocupado,  
Que apenas te dejas ver.

SELÍN.

Mi Rosa, debo atender  
A la razón de mi estado.  
He reformado estos días  
Mis navíos y galeras,  
Cubriendo aquestas riberas  
De turcas infanterías.

He nombrado capitanes,  
Proveído municiones,  
Y de diversas naciones  
Puesto soldados galanes.

Sus árboles han deshecho  
Esa montaña menor.

ROSA.

Y ¿es Fátima el proveedor  
Desas cosas que habéis hecho?

SELÍN.

Es amiga y consejera.

ROSA.

¿Es consejera y amiga?  
Si lo primero te obliga,  
Lo segundo cierto fuera;  
Muy cobarde guerra harás  
Por consejo de mujer.

FÁTIMA.

Agora echarás de ver  
Si en el alma nos tendrás.

ROSA.

Todas tus ocupaciones,  
Selín, resuelves aquí;  
Nunca otras armas te vi,  
Ni otros fieros escuadrones.

Olores, música, juego,  
Manjares, preciosos baños,  
Son tus guerras, y tus daños  
Éstos, y Fátima luego.

FÁTIMA.

Ensancha, señor, el pecho,  
Si es que habemos de caber,  
Que bien será menester.

SELÍN.

¿Qué temeraria te has hecho?

ROSA.

No sé cómo Alá me da  
Para sufrirte paciencia.

SELÍN.

No tomes tanta licencia;  
¡Ea ya, bueno está ya!

FÁTIMA.

Huélgome que este despecho  
Te den los primeros días.  
¡Por tu vida, que metías  
Dos áspides en el pechol

ROSA.

Presto verás mi locura  
Si no es que a Fátima dejas.

SELÍN.

¡Oh, cómo corren parejas  
La arrogancia y la hermosura!

Sale Ali.

ALÍ.

Quisiera hablarte.

SELÍN.

Pues di.

ALÍ.

Mustafá ha venido ya.

SELÍN.

¿Sabes si acaso me da  
A Chipre Venecia, Alí?

ALÍ.

Tal capitán enviaste,  
Para que bien sucediese,  
Y las nuevas te trajese  
Como tú las deseaste.

SELÍN.

Pues, dime, ¿no es tan valiente



Mustafá, cuando se arroja,  
Como el muerto Barbarroja,  
Que fué espanto de la gente?

ALÍ.

Son lisonjas de hombres vanos:  
Saca de la sepultura  
Aquel rostro, por quien dura  
Hoy el miedo en los cristianos,  
Y verás que muerto vence  
Más que vivo Mustafá.  
Basta que viene de allá  
Tal, que á todos avergüence.

SELÍN.

Pues ¿qué ha hecho?

ALÍ.

Tan cobarde

A la República habló,  
Que del Senado salió  
Vergonzoso, mal y tarde.

SELÍN.

Venecia, ¡aunque fuera (1)  
Un niño en mi nombre allá,  
Hablar mal?

ALÍ.

Y cubre ya

De galeras su ribera.  
¡Por Mahoma, si me envías,  
Que fuego arrojo y la quemol!

ROSA.

Que éstas son envidias temo.

ALÍ.

Sí, pero de hazañas mías,  
Que soy del mundo temor.

SELÍN.

Dime, Alí, ¿Mustafá ha sido  
Tan vil, que hablando ha perdido  
Su buena fama y mi honor?

Pues ¿cómo un hombre arrogante,  
Soberbio y loco en exceso,  
Que tendrá este monte en peso,  
Como en Sicilia el gigante;  
¿Un hombre tan fanfarrón,  
Por hablar á la española,  
En junta de viejos sola  
Habló con tal sumisión?

Si no son emulaciones,  
Di, Alí, ¿qué causa lo ha sido?

ALÍ.

Haberse desvanecido  
En bajas transformaciones;  
Porque ya de capitán  
Es amante regalado,  
De una esclava enamorado,  
De quien es dueño y galán.

SELÍN.

¿Mustafá?

ALÍ.

Mustafá, pues;  
Y fué á Venecia con ella.

SELÍN.

¿Hasla visto?

ALÍ.

Y es tan bella,  
Que tiene el mundo á sus pies.

SELÍN.

Pues disculpémosle, Alí,  
Que creo que hablas celoso.

ALÍ.

Un capitán valeroso,  
No se ha de rendir así.

Si él no fuera afeminado  
Con esa mujer, señor,  
Él hablará con valor  
Al veneciano Senado.

SELÍN.

Mas qué, ¿te parece bien  
La esclava?

ALÍ.

Téngola amor;  
Más no trocaré mi honor  
Porque mil mundos me den.

Sale Mustafá.

MUSTAFÁ.

Dame los pies, y tu vida  
Alá guarde.

SELÍN.

¡Oh Mustafá!

MUSTAFÁ.

¡Qué bien ¡por mi vida! está  
Tu persona entretenida!  
Una mujer te dejé,  
Y véngote á hallar con dos.

SELÍN.

Alí.....

ALÍ.

Señor.....

SELÍN.

¡Bien, por Dios!  
MUSTAFÁ.

¡Con azar asiento el piel  
Cuando pensé que te hallara  
Formando mil escuadrones,  
Previendo municiones,  
Llena de polvo la cara;

Convocando los vasallos  
Griegos, armenios y epiros;  
Haciendo guardar los tiros  
Y embarcando los caballos,  
Mandando bordar banderas,  
Que agora tienes tan bajas,  
Y atronando con las cajas  
Las contrapuestas riveras;

Viendo hazañas de otomanos,  
Enviando á Meca alfaquies,  
Y repartiendo cequíes  
Á soldados veteranos;

Reformando los esclavos  
De españoles espalderes,  
¡Estás entre dos mujeres!

(1) Verso corto.

¡Qué capitanes tan bravos!  
 ¿No sabes cómo Venecia  
 Te niega á Chipre, y Filipo,  
 Que á mil reyes anticipo,  
 Te infama, afrenta y desprecia?  
 ¿Sabes como respondió  
 El Senado que allá fueses?

SELÍN.

Qué era bien que respondieses,  
 Y no lo hicistes, sé yo.

Y de verme no te alteres  
 Con dos mujeres no más;  
 Que si la que traes me das,  
 Me hallarás con tres mujeres.

Esto fuera bien mirar,  
 Y no hablar tan atrevido;  
 Que éstas yo las he tenido  
 En mi casa, y tú en la mar.

Cuando yo vaya á la guerra  
 Ó á embajadas de mi rey,  
 Tendré diferente ley  
 Que la que guardo en mi tierra.

Mas yo buscaré quien vaya  
 A Chipre, y su espada lleve  
 Por amiga, y porque pruebe  
 Las defensas de su playa.

Parte con mi armada, Alí,  
 General del mar te hago.

ALÍ.

Seré azote, seré estrago  
 Del mundo.

SELÍN.

Cúmplole así;  
 Asombra de Italia el mar,  
 Corre á Calabria y Sicilia,  
 Y al Papa, en la playa Hostilia,  
 Haz en Santángel temblar.

MUSTAFÁ.

Bien sé yo que algún cobarde,  
 De mis hechos hazañosos,  
 Que tus oídos curiosos  
 Habrá engañado esta tarde,  
 Te ha dicho ese mal de mí  
 Porque no le dí una esclava  
 Por quien mil doblas me daba;  
 Y esto preguntalo á Alí,

Á quien ¡por el cielo santo!  
 Hiciera echar por los dientes  
 El alma, á no estar presentes  
 Los ojos que estimo tanto.

ALÍ.

¡Bárbaro, loco, hablador,  
 La tuya en tu cuerpo está  
 Porque pienso que está Alá  
 Adonde está el Gran Señor!

Si la esclava te compraba,  
 No fué amor, sino saber  
 Si estimabas la mujer  
 Por tu dama ó por tu esclava.

Á Selín dije quién eres  
 Por lealtad que no tuviste,

Porque envíe donde fuiste  
 Un capitán sin mujeres;  
 El cual será yo, que iré  
 Á Chipre este mismo día,  
 Y cercaré á Nicosía,  
 Poniendo en su playa el pie.  
 Así haré lo que me toca;  
 Y después que vuelva aquí,  
 Le pondré también en tí  
 Y te pisaré la boca.

MUSTAFÁ.

Á arrogancia tan extraña  
 Donde no puedo matarte,  
 No sé qué respuesta darte,  
 Sino aguardarte en campaña.

ALÍ.

Dame licencia ¡por Dios!  
 Para que vuelva por mí.

SELÍN.

¡Por Alá, que mande, Alí,  
 Que os empalen á los dos!

ROSA.

Mucho has desfavorecido  
 Á Mustafá, siendo un hombre  
 De tantas prendas y nombre,  
 Y que tanto te ha servido.

SELÍN.

¿Qué remedio puede haber?

FÁTIMA.

Que á los dos honres, señor,  
 Pues son hombres de valor.

SELÍN.

Estas paces quiero hacer:  
 Sea Mustafá también  
 General en esta guerra;  
 Tú lleva el mar, y él la tierra.

ROSA.

Has hecho en extremo bien.

FÁTIMA.

Del valor te den la palma.

SELÍN.

Rosa, esto mismo haced vos:  
 Repartidme entre las dos,  
 Una el cuerpo, y otra el alma.

Váyanse.

Salgan dos soldados españoles, Rosales y Carpio.

CARPIO.

En fin, se trata de jurar la Liga  
 Contra las fuerzas de Selín, Rosales.

ROSALES.

No habrá quien como yo lo cierto os diga.

Por mil revelaciones celestiales  
 Ha visto el Papa el própero suceso  
 Que ha de salir de prevenciones tales.

Animados mil príncipes por eso,  
 Y porque á todos los cristianos toca,  
 Acuden á tener la Iglesia en peso.

Y aunque Pío quinto á todos los convoca,  
 Sólo estima al católico Filipo,

Que su celo divino le provoca.

Éste, de religión ejemplo y tipo,

Parece tanto á Pío en justo celo,

Que por su semejanza le anticipo.

Fundó la Inquisición su claro abuelo,

Y como el Papa inquisidor ha sido,

Amale más que á príncipe del suelo.

CARPIO.

Verdad decís; ¡por Dios! que no ha nacido,

Desde San Pedro Mártir, hombre que haya

Á los herejes tanto perseguido.

Ha sembrado la fe desde la playa

De nuestro mar al contrapuesto helado,

Y desde Portugal hasta Cambaya.

Hase visto por ella amenazado,

Arrojado en un pozo; pero el miedo

Su pecho santo nunca vió turbado.

Es tal, que con su sangre y con el dedo,

Si acaso le mataran hugonotes,

Cual Pedro Mártir escribiera el Credo.

ROSALES.

Él es gran santo al fin; mas porque notes.

Amigo Carpio, lo que en esto ha hecho,

Digo que habiendo á muchos sacerdotes

De santa vida y de cristiano pecho,

Encomendado que en su sacrificio

Á Dios rogasen con ayuno estrecho

Que á defender su causa esté propicio,

Nombró por general á Marco Antonio

Colona, en su eclesiástico edificio;

Mas como tanto pesan al demonio

Las cosas de la fe, y el ver que sea

La santidad del Papa el testimonio,

Que la Liga se jure nos rodea,

Porque Filipo, general ha hecho

Al genovés famoso Juan Andrea.

Toma también Venecia con despecho

Que su ilustre República no haga

Un general de canas y de pecho.

En fin, para que á todos satisfaga,

Hoy entran con el Papa en consistorio.

CARPIO.

No quiera Dios por esto se deshaga;

Que de tan santa Liga es muy notorio

El gran bien que á la Iglesia le resulta.

ROSALES.

Que está muy pertinaz, supe de Osorio,

Nuestro español Embajador, que oculta

Tiene la voz del General de España:

En fin, las condiciones dificulta.

Sale acompañamiento, Marco Antonio Colona,  
D. Juan de Zúñiga y Miguel Suriano, veneciano.

MARCO.

En eso el Rey católico se engaña,

Señor don Juan de Zúñiga.

DON JUAN.

No hace,

Que de grandes ministros se acompañã;

De buen deseo del suceso nace.

MARCO.

Pues si Su Santidad á mí me nombra,

¿Por qué no le contenta y satisface?

DON JUAN.

Vuestro nombre, señor, al Turco asombra,

Vuestra sangre es clarísima y divina,

Muchas con vuestro sol parecen sombra.

Á la sirena dese escudo inclina

El mundo los oídos, y pregona

Que es la voz celestial y peregrina.

Yo sé que la católica persona,

Á la casa Colona aficionado,

Conoce que á la Iglesia sois Colona;

Mas el respeto al Príncipe guardado

Que de la Iglesia tiene el cetro agora,

Quiere hacer general por él nombrado.

SURIANO.

Venecia, en tantas partes vencedora,

Y tan freno del Turco como Hungría,

Mucho de su república desdora.

Aquí estoy en su nombre, y no querría

Ser ocasión de que la Liga cese.

DON JUAN.

Eso mire mejor Vueseñoría.

SURIANO.

¿No era razón que general hiciese

Aquella á quien la guerra el Turco hace,

Y de su tierra general tuviese?

Razón es que concluye y satisface.

DON JUAN.

El Rey pone más parte en esta empresa.

ROSALES.

Hoy pienso que la Liga se deshace.

MARCO.

La Iglesia es preferida.

DON JUAN.

Eso confiesa

El Español mejor que otras naciones,

Que sólo aquí lo temporal se expresa.

MARCO.

El Papa ha de mandar.

DON JUAN.

En dos razones

Me resuelvo.

SURIANO.

¿Que son?

DON JUAN.

Que le obedezco,

Si en obediencia este negocio pones.

SURIANO.

Y la otra, ¿cuál es?

DON JUAN.

Que no me ofrezco

Á cosa que Filipo no me mande.

MARCO.

Vamos á hablar al Papa.

DON JUAN.

No merezco

Por tal resolución queja tan grande.

Vanse.

Salgan caja, bandera y turcos, y detrás Uchali,  
Alí y Mustafá.

MUSTAFÁ.

Resístese Nicosía.

UCHALÍ.

¿Qué mucho que así suceda,  
Y Venecia cada día  
Crecer sus socorros pueda,  
Si un ciego á entrambos os guía?  
¡Bueno es que dos generales  
En sangre y valor iguales,  
Á Chipre vengan á hacer  
Cosas por una mujer,  
Indignas de pechos tales!  
Mustafá por una esclava,  
Tú por una esclava, Alí.

MUSTAFÁ.

Ya mi paciencia se acaba,

ALÍ.

Ea, dejémoslo así,  
Ni es Elena, ni la Cava;  
Que no habemos de perder  
Los reinos del Gran Señor  
Por una humilde mujer.

UCHALÍ.

Sí, pero ofende el valor  
Y disminuye el poder.  
No estuviera Nicosía  
En pie, si junta estuviera  
Vuestra heroica valentía,  
Ni aquí Venecia pudiera  
Socorrela cada día.

Los dos mil italianos  
Que en la isla tiene agora,  
No entraran si vuestras manos,  
Con la opinión vencedora,  
Romplieran los pasos llanos.

Si combate Mustafá,  
Parece que duerme Alí,  
Y si Alí asaltando va  
Los muros que veis aquí,  
Mustafá dormido está.

Partid la gente si gusta  
Vuestro pecho: ¡que este día  
Pase cosa tan injusta!  
Tú combate á Nicosía,  
Y Alí vaya á Famagusta.

Y si no, dadme la gente,  
Favorable viento sopla,  
Volved con este poniente  
Á dar en Constantinopla  
Remedio á vuestro accidente.

Yo reforzaré estas piezas,  
Y romperé el muro, en fin,  
Que causa vuestras tristezas;  
Que no quiero que Selín  
Corte á los tres las cabezas.

MUSTAFÁ.

Uchali, ¿qué sinrazón  
Has tú sufrido en tu vida,

Ni en ésta, ni en tu nación?  
La honra tengo ofendida,  
Y vuelvo por mi opinión.

Quando allá fuiste cristiano,  
¿Quitóte alguno por fuerza  
Tu mujer?

ALÍ.

Si fuera llano  
Ser tuya, no hay ley que tuerza  
Ni mi gusto ni mi mano.

La esclava me ha dicho á mí  
Que nunca ha hecho tu ruego,  
Y que antes de darse á ti,  
Pondrá su cuerpo en un fuego.

UCHALÍ.

¿Es aquesto verdad?

MUSTAFÁ.

Sí.

ALÍ.

Dice que no la compraste  
Ni es tuya, mas que en tu fe  
Confiada, la llevaste  
Donde en tus galeras fué,  
Y allí la tiranizaste.

Pues cautivar en galera  
Una mujer confiada  
En tu palabra sincera,  
No es ser tuya, ni ser nada,  
Sino una mujer soltera.

Tras esto, un hijo le has hecho  
Turco sin su voluntad,  
Quitándole á su despecho  
La cruz de la Trinidad,  
De que ella le honraba el pecho.

Por esto la he defendido,  
Que ni amor ni gusto ha sido.

UCHALÍ.

¿Pasa todo esto así?

MUSTAFÁ.

Todo ha pasado, Uchali,  
Y de todo estoy corrido.

Pero quisiera saber  
Por qué lado, Alí, te toca  
Defender esta mujer.

ALÍ.

¿No es causa ser mujer?

MUSTAFÁ.

Poca

Para quererme ofender;  
Que yo, Alí, tu amigo he sido.

ALÍ.

Quando mi amigo no seas,  
¿Qué habré yo en eso perdido?

MUSTAFÁ.

Ya entiendo lo que deseas:  
Noble soy.

ALÍ.

Yo, mal nacido.

MUSTAFÁ.

No digo tal: mas pretendes  
Que me aborrezca Selín;

Mas vanamente me ofendes.

ALÍ.

¿Hate dicho algún malsín  
Lo que en mi deshonra entiendes?

UCHALÍ.

¿Por quién lo dices, Ali?  
Que yo vuestra paz pretendo.

ALÍ.

No hablo de ti, Uchalí;  
De otros privados me ofendo,  
Que han murmurado de mí.

UCHALÍ.

Ahora bien, pretendes  
Ser amigos, ó tened  
A Uchalí por enemigo.

ALÍ.

Yo te quiero por amigo  
UCHALÍ.  
Siempre me has hecho merced.  
MUSTAFÁ.

Yo también; pero ¿qué corte  
Darás que á los dos importe?

UCHALÍ.

Que dejéis esta mujer,  
Que á nadie quiere querer,  
Y cada cual se reporte.

MUSTAFÁ.

Llámala

UCHALÍ.

Ya viene.

Salen Constancia y Marcelo vestido de turco.

MUSTAFÁ.

Di.

¿No me dijiste tú un día,  
Constancia, que eras de aquí?

CONSTANCIA.

Y nacida en Nicosía.

UCHALÍ.

Pues mejor os viene así.

¿Tienes marido?

CONSTANCIA.

Sí tengo.

UCHALÍ.

¿Quién?

CONSTANCIA.

El capitán Leonardo.

UCHALÍ.

Aguardad, que al muro vengo  
Con este lienzo.

Haga señas.

CONSTANCIA.

¿Qué aguardo,

Que echarme á esos pies detengo?

UCHALÍ.

¡Ah del muro!

Sale un soldado con un arcabuz.

SOLDADO.

¿Quién llamó?

UCHALÍ.

Uchalí.

SOLDADO.

¿Qué quiere el perro  
Que de su ley renegó?

UCHALÍ.

Si á ti te parece yerro,  
A Dios dará cuenta yo.  
Llama al capitán Leonardo.

SOLDADO.

Aquí está ya el capitán.

Sale Leonardo al muro.

LEONARDO.

Ya lo que quieres aguardo,  
Turco famoso y galán.

UCHALÍ.

Baja, capitán gallardo;  
Que con palabra real  
De uno y otro General,  
Uchalí te ha de ofrecer  
No menos que tu mujer.

LEONARDO.

¿Constancia! ¿Hay ventura igual?  
Yo bajo, fuerte Uchalí.

UCHALÍ.

Los dos quedaréis así  
Muy amigos desde hoy.

LEONARDO.

Y yo palabra te doy....

UCHALÍ.

Yo te la doy por Ali.

Que ¡por Alá! que parece  
Mal que dos tales amigos  
Falten la fe que se ofrece  
Contra tales enemigos,  
Á quien tan bien la merece.

ALÍ.

Tienes, en fin, policía  
De hombre que ha sido cristiano;  
Aprieta esta mano mía,  
Que te doy en esta mano  
Toda la fe de Turquía.

Si Mustafá quiere y gusta,  
Pues es General de tierra,  
Y estar yo no es cosa justa  
Adonde él hace la guerra,  
Me irá luego á Famagusta.

MUSTAFÁ.

Acabemos esta empresa;  
Que á mi lado no me pesa  
El tener tal capitán.

UCHALÍ.

Daos las manos.

ALÍ.

Y aun serán  
Los brazos si el odio cesa.

Sale Leonardo.

LEONARDO.

Aquí, nobles Generales,

Está Leonardo.

ALÍ.

Tú tienes

Mujer, que habrá pocas tales.

LEONARDO.

Constancia, ¡qué viva vienes!

CONSTANCIA.

Leonardo, ¡qué vivo sales!

¡Ay, deseados abrazos!

NIÑO.

Padre, ¿no me abraza á mí?

LEONARDO.

Desvía, traidor, los brazos;

Que en venir vestido así,

Mejor mereces dos lazos.

Constancia, ¿cómo es aquesto?

CONSTANCIA.

Así Mustafá le ha puesto,

Pero él no ha ofendido á Dios.

NIÑO.

Mejor creo en Dios que vos.

CONSTANCIA.

Bien dice; abrázale presto.

Según le martirizaron,

Le hirieron y maltrataron,

Pensé tenerle en el cielo;

Que de mártir á Marcelo

Poca distancia dejaron.

LEONARDO.

¡Qué gran regocijo toma

El alma! Deja que coma

Á besos boca tan bella,

Que á Dios confesáis con ella.

NIÑO.

¡Mal año para Mahoma!

UCHALÍ.

Capitán.....

LEONARDO.

¿Qué es lo que quieres?

UCHALÍ.

Yo sé cuánto los cristianos

Acá estimáis las mujeres.

Liberales son mis manos;

Muéstrame tú si lo eres.

Haz, pues eres caballero

Y hombre de calidad,

Que se rinda la ciudad.

LEONARDO.

Á quien me hace bien, no quiero

Menos que tratar verdad.

Mi hijo con mi mujer,

Que ha un año que los perdí,

Fresos de Mamijafer,

Puedes volverte, Uchalí,

Que yo no lo pienso hacer.

Debo á mi patria esta fe,

Y aunque me rompas la tuya,

Aquí á tus pies moriré.

UCHALÍ.

Pues alto; aquí se concluya;

Venga quien la muerte os dé.

CONSTANCIA.

¡Ay, esposo de mi vida,  
Prenda apenas de mí hallada,  
Cuando ya la veo perdida!

LEONARDO.

Constancia, una muerte honrada  
Nunca es del noble temida.

Bien haces; dame la muerte,  
Porque soy hombre tan fuerte,  
Que si no es que entrar me impidas,  
Os podré costar mil vidas.

MUSTAFÁ.

La lealtad deste hombre advierte.

ALÍ.

Con tu licencia, le quiero

Dejar ir libre, Uchalí:

Váyase este caballero.

UCHALÍ.

Vaya, pues te agrade, Alí.

LEONARDO.

Echarme á tus plantas quiero.

UCHALÍ.

No me valió mi cautela.

LEONARDO.

Vamos, mi querida amiga.

CONSTANCIA.

Vamos, que el alma recela

Otra maldad.

NIÑO.

Diga, diga,

Padre, ¿está viva mi abuela?

Váyanse Leonardo, Constancia y el niño.

Salgan turcos con Rosales, cautivo.

TURCO.

Una galeota nuestra  
Ha tomado un bergantín,  
Y esto os envía por muestra.

ALÍ.

¿Español?

ROSALES.

Sí soy.

ALÍ.

En fin,

¿Dura el arrogancia vuestra?

Dadme un tormento.

ROSALES.

No es cosa

Que supieras con tormento,  
Si te fuera provechosa,  
Aunque esparciera al viento  
Mi carne en llama afrentosa.

ALÍ.

¿Por qué, cristiano? ¿Eres Cid,  
Que tanto puedes y vales?

ROSALES.

Nada soy; pero advertid  
Que soy soldado y Rosales  
Y natural de Madrid.

ALÍ.  
¿Con quién vienes?

ROSALES.

En la armada

De la Liga.

ALÍ.  
¡Santo Alá!

ROSALES.

¿Tampoco aquesto no es nada?

ALÍ.

¿Que ya prevenida está?  
¿Ya comienza la jornada?

ROSALES.

Para deciros verdad,  
No está firmada la Liga;  
Pero con velocidad  
Ya la confedera y liga  
En Roma Su Santidad.

De Candia habemos partido  
Ciento y ochenta galeras;  
Las galeazas han sido  
Once, ricas y veleras,  
Que un monte forman lucido;

Con seis navíos también  
Viene el armada, y, en fin,  
Para descubrirlos bien  
Venía aquel bergantín  
Que rindió esta tarde Hacén.

Al socorro se apresuran  
De Chipre, si llegar pueden.

ALÍ.

Bien podrán si lo procuran.

MUSTAFÁ.

Quando por miedo se queden,  
No poco honor aventuran.

ALÍ.

¿Quién viene por general?

ROSALES.

Es Marco Antonio Colona,  
Un romano principal.

ALÍ.

Ya conozco su persona.

ROSALES.

Sabrás que no digo mal.

ALÍ.

¿Dónde llegan?

ROSALES.

A Escarpanto.

ALÍ.

Creo que esta vez nos vemos  
Si doy la vuelta á Lepanto.  
¿Quieres que albricias te demos?

ROSALES.

La vida tomo entretanto.

ALÍ.

Vete libre.

ROSALES.

Dios te guarde.

ALÍ.

Saca, Mustafá, ese alarde;  
Rompamos á Nicosía,

Que parece cobardía  
Que la ganemos tan tarde.

MUSTAFÁ.

¡Ea, soldados, al muro!

ALÍ.

Fama quiero.

UCHALÍ.

Esa procuro.

Atabalillos.

MUSTAFÁ.

A escala vista acometo.

ALÍ.

Que he de romperle os proineto,  
Si fuera diamante duro.

Váyanse con guerra y finjanla dentro.

Suena música, y salen á publicar la Liga Miguel  
Suriano y D. Juan de Zúñiga con el papel.

DON JUAN.

En fin, se juró la Liga  
En el Sacro Consistorio.

SURIANO.

Tus años, Pío, bendiga  
El cielo, pues es notorio  
Que por ti nos junta y liga.

DON JUAN.

¿Venís contento?

SURIANO.

En extremo;

Ni á mi República temo  
De no llevar general,  
Ni el amenazado mal  
Del otomano blasfemo.

DON JUAN.

Mostró Pío su valor  
En este famoso día,  
Valor que el cielo le envía.

Sale Furio, criado.

FURIO.

Mario Fulvio, mi señor,  
Suplica á Vuesñoría  
Le envíe á decir quién es  
General.

DON JUAN.

El gran don Juan  
De Austria.

SURIANO.

Yo beso tus pies.

DON JUAN.

Escogióse el capitán  
Á gusto de todos tres.

FURIO.

¿Es de la tierra ó del mar?  
Al de Saboya quería  
Lo que es de la tierra dar;  
Pero vió que error hacía,

Aunque acertaba el lugar,  
Porque teniendo derecho  
A Chipre, no resultase  
Con Venecia algún despecho.

SURIANO.

Que don Juan se consultase,  
Fué bien de los cielos hecho.  
Concurren, señor don Juan,  
En este ilustre mancebo  
Mil partes de capitán.

DON JUAN.

Ha de ser un Carlos nuevo.

SURIANO.

Tal nombre todos le dan;  
De naciones extranjeras  
Su persona es muy amada.

DON JUAN.

De la propia, ¿qué dijeras?

SURIANO.

¿De qué fuerzas es la armada?

DON JUAN.

Es de doscientas galeras,  
Cien naves, cincuenta mil  
Infantes y cuatro mil  
Y más quinientos caballos.

SURIANO.

¿Para cuándo han de juntallos?

DON JUAN.

A fin de Marzo ó Abril.

SURIANO.

¿Qué da el Papa?

DON JUAN.

Da doscientos

Caballos y más sesenta.

SURIANO.

¿Y de infantes?

DON JUAN.

Tres mil cuenta.

SURIANO.

¿Galeras?

DON JUAN.

Doce.

SURIANO.

¿Contentos

Nos deja!

DON JUAN.

¡Gran bien intenta!

Divinamente concluye  
Cualquier cosa.

SURIANO.

Dél se precia,

Que de dilaciones huye.

Felipe, ¿qué contribuye?

DON JUAN.

Tres quintos, y dos Venecia,  
Todos fueron muy discretos

Arma.

En que nadie contradiga  
De Pío tales decretos.

SURIANO.

¡Oh gran bien!

DON JUAN.

¡Oh santa Liga,  
Dios te dé santos efetos!

Vanse.

Salen, después de fingida una guerra dentro, tres  
turcos, que traen preso al capitán Leonardo.

LEONARDO.

¿Pensaréis que lleváis una gran presa?

TURCO.

Un capitán sabemos que llevamos.

LEONARDO.

Adonde tantos pasan á cuchillo,  
¿Para qué perdonáis mi humilde cuello?  
¡Ah miserable y triste patria mía,  
Dolorosa ciudad, que por el suelo  
Yaces en el rigor de tantos bárbaros!  
Mas no dirá Venecia que no ha sido  
Defendida con honra y sin infamia,  
Pues no ha quedado aquí mujer ni hombre  
Que no haya derramado propia sangre,  
Después de haber sacado tanta ajena,  
Que desta playa humedeció el arena.

Sale Constancia con una espada desnuda  
y un morrión en la cabeza.

CONSTANCIA.

¿Para aquesto te cobré,  
Esposo del alma mía?  
¡Apenas te gozo un día,  
Apenas el sol se fué!  
¿Cómo te vas y me dejas  
De matar turcos cansada?  
Más temen ellos mi espada,  
Que tú, Leonardo, mis quejas.

Mi hijo también perdí:

¿Cielos! ¿Qué me sirve ya  
La piedad de Mustafá  
Y la defensa de Alí?

Yace la ciudad rendida,  
Y muertos sus ciudadanos  
Por tantas bárbaras manos;  
Yo sola quedo con vida.

Déjame con ella el cielo,  
No me la quiere quitar,  
Para que pueda llorar  
Mi Leonardo y mi Marcelo.

Mas ¡ay de mí! que éstos son  
Los turcos que le llevaron:  
¡Vivo está, no le mataron!

Salen otros dos turcos, ahora con el niño cautivo.

TURCO.

Tienes, Humeya, razón;  
Que Mustafá le quería



Como á hijo, y gustará  
Que le llevemos allá,  
Más que entrar en Nicosía.

CONSTANCIA.

¡Triste! Cuando acometer  
Quise á defender mi esposo,  
Y con esfuerzo animoso,  
Con él la vida perder,

Por otra parte me asalta  
El alma, sin quien ya vivo,  
Ver mi Marcelo cautivo,  
Del alma prenda tan alta.

¡Ay, dulce hijo! ¡Ay, esposo!  
¡Ay, esposo! ¡Ay, dulce hijo!  
¿Cómo es posible que rijo  
Este espíritu animoso?

¿Daréle al hijo la vida,  
Ó á mi esposo la daré?

¿Qué mujer, cual yo, se ve  
De dos partes combatida?

Quiero á ciegas arrojarle,  
Por ver á cuál parte vengo.  
Pues que dos vidas no tengo,  
El uno ha de perdonarme.

Á aquél dí mi libertad,  
Á aquél mi sangre le dí;  
Todos se juntan aquí,  
Del cielo ha sido piedad.

¡Soltad, perros, esos dos  
Pedazos del alma mía!

LEONARDO.

¡Constancia!

CONSTANCIA.

Seré este día  
La misma virtud, ¡por Dios!

TURCO.

¿Tú nos piensas ofender?

Mustafá con la espada desnuda.

MUSTAFÁ.

¿Qué es esto? ¡Perros, teneos!  
¿Tan vergonzosos trofeos  
Buscáis en una mujer?

TURCO.

¡Señor!....

MUSTAFÁ.

Caminad de ahí.  
¿Qué es esto?

CONSTANCIA.

Constancia soy,  
Que á cobrar mi esposo voy.

MUSTAFÁ.

¿Tanto valor hay en tí?

No de balde te quería;  
Á ser menos la importancia,  
Digo que por ti, Constancia,  
Perdonara á Nicosía.

No puedo menos de hacer  
Que enojar al Gran Señor.

CONSTANCIA.

Á los pies de tu valor  
Está una humilde mujer.

LEONARDO.

Y yo, señor, á quien hoy  
La suerte en tal punto ha puesto.

MUSTAFÁ.

Capitán, fortuna es esto.

LEONARDO.

Señor, á tus pies estoy.

MUSTAFÁ.

Yo os aseguro las vidas;  
Á Italia os podéis partir.

LEONARDO.

Déjete el cielo vivir  
Y vencer cuanto le pidas.

MUSTAFÁ.

¡Hola! ¿Qué digo? Ardaín,  
Á Nápoles brevemente  
Despacha con esta gente  
Un ligero bergantín.

CONSTANCIA.

¡Guárdete el cielo mil años!

MUSTAFÁ.

Partid antes que suceda  
Fortuna en que yo no pueda  
Defenderos de sus daños.

Vanse.

Salen Uchalí y Ali.

ALÍ.

Todo queda por el suelo.

UCHALÍ.

Alá de ayudarnos gusta.

MUSTAFÁ.

¿Qué haremos?

ALÍ.

Á Famagusta  
Vamos, si lo quiere el cielo:

Vencida, habemos de dar  
En Zante y Zefalonia,  
Cherigo y Candia, en un día.  
Por tierra pienso allanar:

Cobraré á Sopoto luego,  
Á Antibari y á Dulquino,  
Á Curcola y á Lesino,  
Y á Budoa pondré fuego.

En Cataro y en Corfú,  
Daré nunca visto espanto,  
É iré desde allí á Lepanto.

MUSTAFÁ.

¿Qué Alejandro como tú?

ALÍ.

Allí veré si me obliga  
Selín, que lo ha de mandar,  
Para poder pelear  
Con la armada de la Liga.  
Si la fortuna no trueca  
El rostro que he visto aquí,

Su estandarte carmesí  
 Pondré en la casa de Meca;  
 Y á la que mi amor engaña,  
 Cuyos ojos luz me dan,  
 Traeré cautivo á don Juan,  
 Hermano del Rey de España.

### ACTO TERCERO.

Salen Rosales y Carpio.

CARPIO.

Notable fué vuestra ventura.

ROSALES.

Grande:

Escapé de las manos de los turcos,  
 Y con el bergantín vine hasta Nápoles.

CARPIO.

¡Qué armada tan hermosa se deshizo  
 A Venecia, Rosales!

ROSALES.

La más bella

Que se vió sobre el mar desde que Jerjes  
 Cargó soberbiamente sus espaldas.

CARPIO.

La pérdida fatal de Nicosía  
 Debió de ser la causa.

ROSALES.

El de Oria, cuerdo,

No quiso, con los vasos venecianos  
 Llenos de enfermos, emprender los turcos,  
 Con tan frescas victorias levantados;  
 Por eso se encontró con Marco Antonio,  
 A quien reconocer se desdenaba  
 Por general; y al fin, la unión rompida,  
 A Roma se volvieron, donde el Papa,  
 Perseverando en confirmar la Liga,  
 En el punto que ves la tiene agora.  
 Dicen que el rey católico Filipo  
 Dió comisión al cardenal Pacheco,  
 Al de Granvela y á don Juan de Zúñiga.

CARPIO.

Esos y Suriano, por Venecia  
 La concluyeron, y quedó jurada:  
 ¿Qué hay de la embarcación? ¿Que ahora llego.

ROSALES.

Llegó, Carpio, el señor don Juan á Nápoles,  
 Acompañado de la flor del mundo:  
 Dióle el virrey Granvela el estandarte  
 Y el gran bastón, de General insignia,  
 Benditos uno y otro de Pío quinto.  
 Es de damasco carmesí, y en medio  
 Tiene la imagen del Cordero santo  
 Que puso por nosotros las espaldas

En una cruz; y luego, en orden puestas,  
 Sus armas, las de España y de Venecia.  
 Irá á Mecina, donde ya le aguarda  
 Con la embajada, monseñor Salviati.

Atabalillos.

CARPIO.

Esta música debe de ser eso,  
 De gusto y regocijo pierdo el seso.

Salen con música Agustín Barbarigo, veneciano;  
 Andrea Doria, el Conde de Pliego, Héctor Espinola,  
 Marco Antonio Colona, el secretario Juan de Soto, y  
 detrás el señor D. Juan: lleve á unas almohadas, y  
 puesto de rodillas diga, con el estandarte en la mano  
 y quitándose todos las gorras:

JUAN.

Divino Capitán, que en la estacada  
 De la cruz en que está tu cuerpo tierno,  
 Dejando nuestra vida reparada,  
 Muriendo vences con tu brazo eterno  
 La muerte, que derribas por el suelo,  
 Quebrantando las puertas del infierno:  
 Tú, que abriste á los hombres las del cielo  
 Y el camino difícil allanaste,  
 Oye la voz de mi cristiano celo.  
 Tú, que para bandera nos dejaste  
 Tu santísima Cruz; y á Juan, tu primo,  
 Al pie della tu madre encomendaste.

Dígnate de que yo, pues que te animo  
 Á empresa celestial y gloriosa,  
 Merezca el cargo que en tu nombre estimo.

La santa Iglesia, que es tu amada Esposa,  
 Á mí, que soy también Juan, me encomienda  
 La mano de Pío quinto religiosa.

Pues para que mejor el Turco entienda  
 Que es tu Cristo en la tierra Quinto Pío,  
 Haz que tu Esposa aqueste Juan defienda;

Y puesto que es indigno el pecho mío,  
 Bisnieto soy, Señor, de aquel Fernando  
 Que defendió tu ley con tanto brío,

Los infames hebreos desterrando,  
 Dió á los indios tu fe, y al Luterano  
 Rompió la voz, la Inquisición fundando.

Nieto soy de un Filipo soberano  
 Que, á no morir en término sucinto,  
 Temblara de su pecho el Otomano.

Hijo soy del grande Carlos quinto,  
 Cuyo brazo le muestra en la campaña  
 Del Hereje y el Moro en sangre tinto:

Hermano de Felipe, Rey de España,  
 Que llaman Salomón tantas naciones  
 Cuantas el sol caliente y el niar baña:

Ha puesto hasta la China tus pendones;  
 Con sangre de españoles riega á Flandes,  
 Sólo por ablandar sus corazones.

Pues un hombre, Señor, que de tan grandes  
 Columnas de tu fe santa procede,  
 Bien es que dél te sirvas y que mandes  
 Que el Bárbaro á sus pies rendido quede.

Levántense y cúbranse todos.

BARBARIGO.

Enternecido me deja  
Vuestra Alteza.

JUAN.

Barbarigo,  
Esto á Dios suplico y digo,  
Esto el alma me aconseja.

BARBARIGO.

Tu santo acuerdo bendigo.

ANDREA.

No vencía Josué  
Mientras que Moysén no oraba.

JUAN.

Quien esta bandera ve,  
Y el que amor en ella enclava  
Con los ojos de la fe,  
¿Qué mucho que merced pida?  
Si en ella y en su partida  
Dió una vez todos los cielos,  
Yo, por mis padres y abuelos,  
Por su virtud conocida,

Por sus servicios honrados  
En defensa de su ley,  
Pido á estos brazos clavados;  
Que siempre se pide al Rey  
Por los servicios pasados.

Llevo grande confianza  
En la sangre, que defendiendo,  
Deste costado, que abriendo  
Más está amor que la lanza,  
Por quien la vemos vertiendo.

No piense el Turco esta vez,  
Con temor que á Italia causa,  
Poner á mis hechos pausa;  
Que Dios, que es sumo Juez,  
Por mí defiende su causa.

¡Ea, Señor, tiempo es ya  
Que os levantéis y juzguéis!  
Aquí vuestra espada está,  
Mandalda vos, y veréis  
Qué golpe en los turcos da;  
Que aunque humana mi flaqueza,  
Si vuestra virtud concede  
A mi brazo fortaleza,  
¡Vivís vos, que apenas quede  
En toda el Asia cabeza!

HÉCTOR.

¿Quién no se anima escuchando  
Tu lengua, aunque muerto esté?

JUAN.

Héctor Espínola, cuando  
Al arma toca la fe,  
Ya se está el deseo armando:  
Todos estos perros viles  
Pondremos presto á los pies.

HÉCTOR.

Basta que aliento me des.

JUAN.

Yo seré español Aquiles;  
Sed vos Héctor genovés.

HÉCTOR.

Seré rayo de tu sol,  
Nuevo David español.

JUAN.

¿Partirémonos, Andrea?

ANDREA.

Ya Monseñor ver desea;  
Á Vuestra Alteza en Puzol.

SOTO.

Esta carta llega agora,  
Del Rey nuestro señor.

JUAN.

Dora

Y esmalta mi buen deseo.  
Leed, Juan de Soto.

SOTO.

Creo

Que de esperanza os mejora.

Lee.

Hermano, desde Mecina enviad á besar el  
pie á su Su Santidad con monseñor Salviati,  
por el bien que á todos nos resulta de la con-  
clusión desta felicísima Liga; y en ninguna  
cosa excedáis de su orden, porque creo que  
añadirá la Iglesia á los milagros de su vida  
santísima, el que espero deste vencimiento.  
España os encomienda á Dios con el cuidado  
que yo le pido: Él os guarde y vuelva victo-  
rioso.»

JUAN.

Con este salvoconducto  
Pasaré el mar á pie enjuto:  
Responderéis, Juan de Soto.

CONDE.

Partid, señor, de mi voto;  
Goce esta esperanza el fruto.

JUAN.

Conde de Pliego, partamos,  
Pues tan buena la llevamos.

CONDE.

La armada aguarda en Mecina,  
Y á vuestra frente divina,  
De palma y laurel mil ramos.

Váyanse.

Salga Selin con Rosa y Fátima.

SELÍN.

¿Parécete cosa nueva  
Que me dé Marte cuidado?

ROSA.

Tanto Cupido te eleva,  
Que no sé cómo has llegado  
A hacer de sus armas prucha.

SELÍN.

Tengo, Solimana mía,  
Puesta mi honra en un día  
Que una desgracia suceda;  
Y como fortuna es rueda,

Nadie en su estado se fía.

Andan Alí y Uchalí  
Y Mustafá, tan contentos  
De notables vencimientos,  
Que ni al mar temen, por mí,  
Ni las fuerzas de los vientos.

Con esto se van llegando  
A Italia, y en ella entrando:  
Temo que los contradiga  
Esa armada de la Liga,  
Que se va confederando.

FÁTIMA.

No temas, si consideras  
Esa Liga de cristianos,  
Pues sabiendo que uno eras,  
Juntan tres armas y manos,  
Que atar con la tuya esperas.

Si son tres, tres capitanes  
Fuertes, diestros y galanes,  
Victoria dellos tendrán.

SELÍN.

Temo este mozo don Juan.

FÁTIMA.

Aunque fuera mil don Juanes:

Al Papa vencerá Alí,  
Al rey Filipo, Uchalí,  
Y Mustafá al Veneciano.

SELÍN.

¿Tiene el bien Alá en su mano  
Para el Papa ó para mí?

ROSA.

A estar, Selín, en la mía,  
Tuya fuera la victoria.

SELÍN.

Y yo, Rosa, el mismo día  
Te diera la misma gloria.

ROSA.

En Alá, Selín, confía.

Mamí, turco, salga.

MAMÍ.

Con la priesa que he venido,  
Hasta verte no he parado.

SELÍN.

Seas, Mamí, bien llegado.

MAMÍ.

De tus brazos recibido,  
Las albricias me has pagado.

SELÍN.

¿De qué son?

MAMÍ.

De mil victorias  
En todo ese mar ganadas  
Para aumento de tus glorias,  
Que á las historias pasadas  
Añaden nuevas historias:

A Candia y Zefalonía,  
Cherigo, Sopoto y Zante  
Rindió nuestra valentía.

SELÍN.

Dulchino, fuerza importante,

Kindióle Uchalí en un día.

¿Tomó Aulato?

MAMÍ.

Dese huyeron  
Los hombres; pero quedaron  
Las mujeres, que nos dieron  
También que hacer, que mataron  
Cuantos á entrarle vinieron.

SELÍN.

¿Qué más la nación hiciera,  
Fuerte y valiente española?

MAMÍ.

Tomó á Budoar y Cursola.

SELÍN.

¿Saltó en Corfú?

MAMÍ.

En su ribera  
Quemó la campaña sola;

Quince mil cautivos tiene,  
Sin los despojos; que tanto  
De mano de Alá te viene.

SELÍN.

¿Adónde queda?

MAMÍ.

En Lepanto;  
Que un hecho heroico previene.

SELÍN.

¿Cómo?

MAMÍ.

Quiere destruir  
Desta vez la Cristiandad;  
Mas no quiere combatir  
Sin saber tu voluntad.

SELÍN.

Consejo os quiero pedir

MAMÍ.

¡Por mi fe, lindos consejos!  
¡Qué buen senado de viejos!  
¡A dos mujeres ofrece  
Todo su honor; bien parece  
Que lo mira desde lejos!

FÁTIMA.

Una gente belicosa,  
Y puesta sobre la luna,  
Rica, honrada y gloriosa,  
Que á la contraria fortuna  
Ha ganado la dichosa,  
¿Qué no podrá acometer?

ROSA.

Fátima dice lo cierto;  
Y no se puede temer  
Que haga falta ó desconcierto  
Gente enseñada á vencer.

MAMÍ.

¡Oh, qué gracioso decreto!

SELÍN.

¡Mamí!

MAMÍ.

¡Señor!

SELÍN.

¿En efeto,

En llegando embestirán?

MAMÍ.

Sí, señor.

SELÍN.

Este don Juan

Dicen que es fuerte y discreto.

MAMÍ.

Un retrato tuvo Ali,

De mil que en Italia han hecho.

SELÍN.

Y ¿es muy robusto, Mamí?

MAMÍ.

El rostro no juzga el pecho.

SELÍN.

En muchas personas, sí.

MAMÍ.

Es hermoso y gentil hombre,

Blanco como un alemán;

Yo te juro que es un hombre

Que con esto, y ser don Juan,

Más enamore que asombre;

Pero un hombre tan querido

De hombres, niños y mujeres,

Ni se ha visto, ni se ha oído.

SELÍN.

Mas qué, ¿darme celos quieres?

MAMÍ.

No: he dicho lo que he sentido.

SELÍN.

Aguarda, y escribiré

A los Generales.

Vase.

ROSA.

Di:

¿Todo eso en don Juan se ve?

MAMÍ.

Esto en el retrato vi,

Y esto de la fama sé.

ROSA.

Cuando vuelvas, ¿no traerás

De don Juan algún retrato?

MAMÍ.

¡Pues no Si ferias me das....

ROSA.

No hallarás mi pecho ingrato.

MAMÍ.

¿Qué has de hacer?

ROSA.

Verle no más.

FÁTIMA.

Notables son tus antojos.

ROSA.

Fátima, cáusame enojos

Lo que alaban no lo ver.

FÁTIMA.

¿Dónde le piensas poner?

ROSA.

En las niñas de mis ojos.

Vanse.

Salgan Uchali, Ali y Mustafá á un estrado,  
y, sentados, digan:

UCHALI.

Bien os podéis sentar, que no hay persona  
Que nos vea, nos hable y contradiga.

ALI.

Digo, Uchali, que nuestro esfuerzo abona  
Que la honrosa jornada se prosiga.

UCHALI.

Yo digo que no importa á la corona

De Selin que la armada de la Liga

Discurra el mar, después que por sus costas

Pasaste, cual por trigo las langostas.

Todo queda abrasado; no se mira

Lugar en pie; la mar, de sangre es lago,

Neptuno á sus arenas se retira,

Los peces tiemblan del fatal estrago.

¿A qué gloria mayor Selin aspira,

Ni los dos de serville mayor pago?

Traéis quince mil vidas prisioneras,

Sin los cuerpos que cubren sus riberas.

Volvamos á la gran Constantinopla

A recibir el triunfo merecido.

El viento os llama, y favorable sopla

Por popa, el lienzo del velame herido.

Si don Juan con la bélica manopla

Aprieta el estandarte concedido

De aquel su santo Pescador de Roma,

Tráguele el mar, castíguele Mahoma.

No son tan temerarios los cristianos,

Ni aquí sólo se embarcan españoles;

El gobierno de cuerdos venecianos

A sus galeras sirve de faroles.

Franceses, genoveses y romanos,

Con los de Malta, en la milicia soles,

Vienen juntos aquí: mirad que os digo,

Que el sabio no desprecia al enemigo.

ALI.

Si en los consejos el enojo fuera

Entre los capitanes concedido,

No sé cómo, Uchali, te respondiera,

Viéndote tan cobarde y encogido.

¿La Liga desos tres tu pecho altera?

¿Ni el mundo todo que viniera unido!

¿No somos más en número y en leños,

Y casi deste mar los propios dueños?

¿Volveremos, por dicha, las espaldas

Al cristiano don Juan, mozo orgulloso,

Como mujeres de cobardes faldas,

Antes de ver su esfuerzo fabuloso?

¿Qué importan los laureles y guirnaldas

Que nos ofrece el triunfo victorioso

De tanto pueblo que por fuerza entramos,

Si al enemigo esta venganza damos?

La verdadera guerra, la victoria,

Es esta en que hay poder, hay enemigo,

Hay Rey de España, hay Papa, hay tanta gloria,

De San Marcos, Venecia y Barbarigo;

Hay un don Juan, que de Cipión la historia

Deja en su tierna edad atrás; y digo

Que si esta vez esta ocasión perdemos,  
En infamia perpetua quedaremos.

MUSTAFÁ.

Alí, como Uchalí cristiano ha sido,  
Aun debe de tener cristiana el alma;  
Vuelve por el cristiano, que vencido,  
Él mismo ofrece la victoria y palma.  
Yo quiero que Mahoma esté ofendido  
De su profeta, propicio el mar en calma (1),  
Y con estos y más inconvenientes..... (2)

Retiróse una vez allá en Viena  
Selín, del Gran Señor padre esforzado,  
Y hoy por España y por Italia suena,  
Que fué de miedo y le dejó inflamado.  
Si no acometes, de una vil entena  
Cuelgas á la vergüenza lo ganado,  
Porque dirán que huyendo nos volvimos;  
Y bien dirán, que de temor lo hicimos.

UCHALÍ.

No el haber sido, cual decís, cristiano,  
A lo que veis mi pensamiento obliga,  
Sino el ver que Filipo soberano  
Con la Iglesia y Venecia junte Liga.  
El Papa es cazador, y con su mano  
Nos pone como á pájaros la liga;  
Los árboles y jarcias son las varas:  
Caeremos, no dudéis.

ALÍ.

¿En qué reparas?

Dale su escuadra, y váyase.

MUSTAFÁ.

Camina.

Levántense.

UCHALÍ.

Llegando á eso, una común fortuna,  
Al bien ó mal del Gran Señor me inclina.

ALÍ.

Vamos, que será buena, si hay alguna.  
¿Cuándo don Juan se embarcará en Mecina?

MUSTAFÁ.

Á la mitad de esta primera luna.

ALÍ.

Quiera Alá que antes de salir Septiembre,  
El mar, de cuerpos de cristianos siembre.

Salen el Marqués de Santa Cruz y Juan de Soto.

CRUZ.

Perdióse Famagusta.

JUAN.

¿De qué suerte,  
Señor Marqués de Santa Cruz?

CRUZ.

De modo,  
Que siendo la vencida, fué más fuerte;  
Ciertos esclavos lo refieren todo:  
Y cierto, que lastima.

(1) No es verso ni hace sentido.

(2) Falta el último verso de esta octava.

JUAN.

Los oídos

A la tragedia atentos acomodo.

CRUZ.

Los turcos al combate conducidos  
Por el soberbio Alí, la acometieron,  
Siendo del Bragadino resistidos.

Es éste un veneciano que temieron  
Otras veces, por ser tan valeroso;  
Finalmente, ni entraron ni pudieron;  
Faltóles la comida, y fué forzoso  
Comer cosas jamás imaginadas.

JUAN.

Caso, señor Marqués, triste y lloroso.

CRUZ.

Hizo el Turco, de tierra levantadas,  
Torres fuertes, iguales á la cerca,  
Y minas por lo bajo solapadas;  
Estuvo la canalla vil tan terca,  
Que la batió sesenta y cinco días.

JUAN.

Con tanta sangre las victorias merca.

CRUZ.

Los asaltos que dió, las baterías,  
Dicen que apenas número tuvieron.

JUAN.

¡Tesón cruel y bárbaras porfías!

CRUZ.

Ciento y cincuenta mil dicen que fueron  
Los cañonazos que sufrió su muro,  
Y siempre los de adentro resistieron.

Traían agua, por lo más seguro,  
Viejos, niños, mujeres, y refresco  
Del poco vino y del bizcocho duro.

La hambre, que ha tenido parentesco  
Tan grande con la muerte, al fin forzóles,  
Debajo del seguro barbaresco,

Que se rindiesen al tirano, y dióles  
Mustafá su palabra, si dejasen

Á Famagusta dentro de dos soles.

¿Qué mucho que los tristes aceptasen  
Honrosas condiciones sin consejo?

Matólos, sin que cuatro se escapasen.

Al Bragadino, de la guerra espejo,  
Como un Bartolomé desolló vivo,  
Y colgó de una entena su pellejo.

JUAN.

¡Oh bárbaro, cruel ejecutivo!  
Mas ¿cómo tarda en castigarte tanto  
Del español el brazo vengativo?

CRUZ.

Ya viene el gran don Juan, terror y espanto  
Del Africa y el Asia, deseoso  
De irle á buscar á Chipre ó á Lepanto,  
Á resolverse en caso tan dudoso.

Salen Andrea Doria, Marco Antonio, Héctor Espinola,  
Agustín Barbarigo, Juan de Soto y el Sr. D. Juan, y  
síntense con el de Santa Cruz y con el de Pliego, y esté  
Juan de Soto detrás de una mesa, con tinta y pluma.

JUAN.

Ya, señores, sabéis cuánto me importa

En ocasión tan fuerte resolveros;  
Grande es la empresa, y la partida es corta.

Su Santidad el Papa, por poneros  
Ánimo á todos, que es lo que procura,  
Como sois de la Iglesia caballeros,  
De la mano del cielo me asegura  
Esta victoria y triunfo, é interpone  
Su autoridad con Dios, su fe tan pura.

Y dos revelaciones me propone,  
Que de San Isidoro escritas halla,  
Y en aquel Capitán mi nombre pone.  
Cuenta allí, según dice, esta batalla;  
Dame, si gano al Turco algún estado,  
La corona, si quiero yo acetalla;

Díceme que de mí tendrá cuidado,  
Y que en lugar de hijo me recibe,  
Y grandes indulgencias me ha enviado.  
Con estas santas esperanzas vive  
El ejército, á quien el Nuncio agora,  
Lascivia, juego y blasfemar prohíbe.

De las grandes riquezas que atesora,  
Les ha dado reliquias y Agnusdeyes:  
Todo soldado, en fin, sus culpas llora;  
Danles mil religiosos santas leyes  
Y el Sacramento de la Eucaristía,  
Igual á los humildes y á los reyes.

Esto, señores, este alegre día  
En este punto está: salir deseo,  
Porque el Rey mi señor aquí me envía.

Decid, qué haremos, que ya el Turco veo,  
Y su canalla bárbara enemiga,  
A los pies de la Iglesia por trofeo,  
Y vencedora la triunfante Liga.

ANDREA.

Bien sé que las diferencias  
Antiguamente pasadas  
Entre Génova y Venecia,  
Sospechosa harán mi habla.  
Bastante ocasión había  
Para que otros me llevaran  
Tras su voto y parecer,  
Por esta y por otras causas;  
Mas pues la honra de Dios,  
De mi Rey y de mi Patria  
Debo mirar, de la mía  
No quiero deciros nada.  
Fundamento grande ha sido  
De grandes hombres en armas,  
De que ya todos sabéis  
Que experiencia no me falta,  
Que de poder á poder  
Nunca se ha de dar batalla,  
Si no es por necesidad  
Ó conociendo ventaja.  
Temeridad me parece  
Dar á la fortuna varia,  
Más poderosa en la guerra  
Que en cuanto humilla y levanta,  
El dado, que en una vuelta  
Que de azar acaso caiga,  
Las vidas y honras nos quita,

Que es su desdicha ordinaria.  
Los turcos son superiores,  
Porque en número nos ganan  
Y en fuerzas, porque Venecia  
Trae gente enfermiza y flaca.  
En experiencia también,  
Porque la suya es cursada;  
La nuestra, en el mar bisoña,  
Aunque vieja en la campaña.  
En gallardía nos vencen  
Con las almas levantadas  
De las recientes victorias  
En Chipre, Sopoto y Candia.  
De diferentes naciones  
Se compone nuestra armada;  
Que está, como Babilonia,  
Sujeta á discordias varias.  
Un cuerpo lleno de humores  
Presto se corrompe y gasta;  
Allá es sola una nación,  
Y sólo un señor la manda.  
Necesidad de pelea  
No la tenemos, y basta,  
Si es un hombre acometido,  
Que se defienda en su casa.  
Combatir con dilaciones  
Es mejor, porque quebranta  
Más presto las grandes fuerzas  
El tiempo, que no la espada.  
Si aquí fuésemos vencidos,  
Queda desarmada Italia;  
Si vencemos, el invierno  
Ya veis que nos amenaza.  
Harto será que después  
Para invernar tiempo haya,  
Y entretanto el enemigo  
Volverá á tomar las armas.  
Es mi voto socorrer  
Á Chipre, sin ver la cara  
Al enemigo, y después  
Divertirle en buena traza.  
Las costas de la Morea  
Molestad, para que vaya  
Allá con su poder todo,  
Sabiendo que las maltratan.  
Descansarán los cercados  
Que ha tanto tiempo que cansa,  
Y cogiéndole el invierno  
No hará cosa de importancia.

JUAN.

Nuevo acuerdo en mi intención.  
¿Qué decís, señor Marqués  
De Santa Cruz? que ya es  
Llegada nuestra ocasión:  
Decid vuestro parecer;  
Que de tan noble Bazán  
Y cristiano capitán  
Quiero el acuerdo saber.

CRUZ.

Si miráis, claros señores,  
La mar vuelta monte ó selva,

Con los árboles y jarcias,  
Que desde sus gaviás cuelgan  
Gentes, que aquí se han juntado,  
Ciudades que pobres quedan  
De tributos, que aun alcanzan  
A ministros de la Iglesia;  
La solicitud que han puesto  
Los Reyes que nos gobiernan  
En confederar la Liga  
Para tan divina empresa,  
No es posible que no os cause  
Despecho, enojo y vergüenza  
De que tantos aparatos  
De ningún efecto sean.  
Si habíamos de huir,  
No traellos mejor fuera,  
Porque los que van cargados  
Mal pueden correr apriesa.  
Si necesidad obliga,  
¿Cuál es mayor que la nuestra?  
Si el Turco viene orgulloso  
Porque cuatro pueblos quema,  
¿Quién le domará después,  
Si ve que juntas las fuerzas  
De la cristiandad le huyen  
Cuando batalla presenta?  
Cuando el sustentar la honra  
Necesidad no os parezca,  
Perder la reputación  
Es necesidad extrema.  
¿A qué habemos de aguardar,  
Si esto junto no aprovecha,  
Burlando á tantos que dimos  
Esperanzas y promesas?  
Que al Turco sois superiores  
Es cierto, como se advierta  
Lo que han hecho Malta y Rodas  
Con tan poca soldadesca.  
Casi igual gente llevamos,  
Y la del Turco más nueva,  
Que el cerco de Nicosía  
Acabó toda la vieja.  
Y algo es razón que se deje  
Á la fortuna en la guerra;  
Algo se ha de confiar  
Á la causa que se lleva;  
Algo se ha de atribuir  
Al valor, gloria y nobleza,  
Ánimo, ingenio é industria  
De España, Italia y Venecia.  
Cuando fuésemos vencidos,  
No tiene Selín deshecha  
La virtud de nuestra Liga;  
Soldados en Flandes quedan.  
Más poder tiene Filipo,  
Más ejércitos sustenta,  
Más sangre la noble España  
Que á Dios y á su Iglesia ofrezca;  
Y vencerlos no es posible  
Que sin mucha suya sea.  
Si vencemos, sólo el nombre

Basta para entrar por Grecia.  
Y ¿de qué sirve que vamos  
Á molestar la Morea?  
Dondequiera, tras nosotros,  
Irá la armada turquesca.  
Mi voto es que peleemos,  
Que se embarque Vuestra Alteza,  
Que se busque al enemigo;  
Y que, hallado, se acometa.  
Esto, señor, un Bazán  
Con el alma os aconseja;  
Y por la cruz desta espada,  
Que como cristiano besa,  
Que sin pasión ni respeto  
De otra razón que le mueva,  
Lo que siente sólo os dice  
En cargo de su conciencia.

JUAN.

Don Fernando Carrillo de Mendoza,  
¿Qué os parece de aquesto?

CONDE.

Bien pudiera

Con razones, señor, mostrar la mía;  
Pero con esta sola os persuado:  
Tan alta admiración traje de Roma  
De ver la santidad, vida y milagros  
De Pfo, que pues él dice que luego  
Al Bárbaro soberbio acometamos,  
Es mi voto que luego se acometa.

JUAN.

¿Qué decís, Barbarigo?

BARBARIGO.

Yo, indeciso,

Me dejaré llevar de los más votos.

JUAN.

¿Vos, Héctor?

HÉCTOR.

Que pelee Vuestra Alteza.

JUAN.

¿Y Marco Antonio?

MARCO.

Que esto que se tarda,

De gloria quita el cierto vencimiento.

JUAN.

Don Luis de Requesens, ¿qué os parece?

LUIS.

Que vamos á buscar al enemigo  
Hasta Constantinopla.

JUAN.

¿Y vos, don Lope

De Figueroa?

LOPE.

Que yo solo basto

Para ir con Vuestra Alteza, y que se queden  
Los demás, que los dos solos bastamos.

JUAN.

Pues alto: al buen Marqués seguimos todos.

HÉCTOR.

Acuerdo de animoso pecho ha sido.

JUAN.

Escribid, Juan de Soto, aquesta orden:



Llevará la vanguardia Juan Andrea,  
Con orden de que tome el diestro cuerno  
Si á las manos llegamos con el Turco.

SOTO.

¿Con qué galeras va?

ANDREA.

Cincuenta y cuatro.

JUAN.

Á mí luego me toca la batalla,  
Y llevaré sesenta; el cuerno izquierdo  
Llevará Barbarigo Veneciano.

SOTO.

¿Con cuántas?

BARBARIGO.

También son cincuenta y cuatro.

JUAN.

Luego el Marqués de Santa Cruz, con treinta,  
Irá en la retaguardia, y repartidas,  
Para socorro irán después diez velas;  
Vaya el Adelantado con su escuadra,  
Vaya delante á descubrir al Turco,  
Don Juan, mi amigo,

SOTO.

¿Quién?

JUAN.

El de Cardona;

Y con esto, señores caballeros,  
En el nombre de Dios y de su Madre  
Nos vamos á embarcar.

CRUZ.

Ellos te ayuden.

JUAN.

¡Dadme vuestro favor, Virgen María!

CRUZ.

¡Ánimo, gran señor, que hoy es el día!

Salgan Venecia, España y Roma.

VENECIA.

Mucho el Papa al cielo obliga.

ROMA.

¡Qué muestras más declaradas

De su cristiana fatiga,

Pues en esa santa Liga

Venimos las tres atadas!

ESPAÑA.

¡Qué presto verá el efeto

De sus deseos Pío quinto!

VENECIA.

Eso, España, te prometo,

Porque presto el mar sujeto

Se verá de sangre tinto.

ROMA.

Esta vez, Venecia amiga,

Te vengarás de Selín.

VENECIA.

¡Todo el cielo le maldiga!

ESPAÑA.

Será su trágico fin

Esta armada de la Liga.

Dí, Roma, ¿cómo diremos

Al Papa lo que miramos  
Y desde este sitio vemos?

ROMA.

Si esta cortina quitamos,  
Contarle el caso podremos.

VENECIA.

Córrela.

ROMA.

Ya la he quitado.

Véase al Papa de rodillas ante un crucifijo.

Ante un Cristo en oración,  
Cual veis, está arrodillado.

ESPAÑA.

Sin duda en revelación

Ve el mar de velas cuajado.

VENECIA.

Pues que Dios se lo revela.

Cierra la cortina, y mira

Cómo ya la primer vela

De las otras se retira,

Y á dar el aviso vuela.

ESPAÑA.

Atiende, España famosa.

ROMA.

Escucha, gloriosa Italia.

ESPAÑA.

Advierte, illustre Venecia,

Oye la naval batalla:

Las islas Escorzalares

Va dejando nuestra armada,

Y por la boca del golfo

De Lepanto alegre pasa;

Ya descubrió la enemiga,

Ya dos fuertes galeazas

Llenas de tiros, se ponen

Delante de cada banda;

Ya don Juan, puesto en la popa,

Un crucifijo levanta,

Diciendo: «Famosa gente,

Honor de España y de Italia,

Este es el famoso día

En que va el honor de entrambas.

Por la fe deste Señor

Habéis tomado las armas;

Ya está cerrado el camino

De la vida y de la fama;

Poderle hallar no es posible

Si no le abris con la espada.»

Ya se acerca el enemigo,

Las galeazas disparan.

Disparen dentro.

ROMA.

Abriéndose van los turcos.

ESPAÑA.

La novedad los espanta.

VENECIA.

¡Qué gran daño recibieron!

ROMA.

¡Qué bien parece la armada!  
 Don Juan la batalla guía,  
 Y de Lomelín y Malta  
 Cierran los dos lados fuertes  
 Las galeras artilladas.  
 ¡Qué bien van por los costados  
 Las de Venecia y el Papa,  
 Cargando con igual són,  
 Del remo las anchas palas!  
 La mar, nuestra armada ilustre  
 A sobreviento le gana;  
 Pero ya paran las olas,  
 Calla el mar, y el viento calma.

VENECIA.

¿Quién es aquel que se opone  
 A la real veneciana?

ROMA.

Memebey de Negroponte  
 Y Siroco de Alejandria.

ESPAÑA.

Uchalí va al lado izquierdo.

ROMA.

Y Caribey le acompaña.

ESPAÑA.

¿Es su hijo?

VENECIA.

Sí, y Alí

Cierra en medio la batalla.

ESPAÑA.

Ya Uchalí, puesto en la popa,  
 A los genízaros habla:  
 «Ea, soldados, les dice,  
 Honor y gloria del Asia,  
 Hoy es el dichoso día  
 En que habéis de ganar fama,  
 Que no la acaben los tiempos,  
 Que tantas cosas acaban.  
 Todas aquestas naciones  
 El cielo junta y enlaza  
 En una cabeza sola,  
 Para que podáis cortarla.  
 No os espanten las galeras,  
 De tiros y hombres preñadas,  
 Ni su Capitán, mancebo  
 De poca experiencia y barba;  
 Haced cuenta que es pastor,  
 Que como á ovejuelas mansas  
 Trae al campo de la muerte  
 Toda esta gente engañada.»

ROMA.

Ya las armadas se encuentran,  
 Ya se embisten, ya se traban;  
 De don Juan y el turco Alí  
 Las galeras capitanas,  
 Furiosos tiros escupen,  
 Fieros cañones disparan,  
 Humo que los aires ciega,  
 Fuego que los hombres mata.  
 ¡Qué de mástiles y proas  
 Desmenuzan y quebrantan

Los herrados espolones  
 Deshacen y desencajan!  
 «¡Santiago, dice don Juan,  
 Cierra España, cierra España!»

VENECIA.

«¡Mahoma!», responde Alí.

ESPAÑA.

¡Qué gentil ángel de guarda!

VENECIA.

Espera, Roma, que llegan  
 Seis galeras africanas  
 A socorrer la de Alí.

ROMA.

¿Qué importa, si las atajan  
 Las del Papa y de Venecia?

ESPAÑA.

Y la Patrona de España.

¡Oh, qué furioso á embestirlas  
 Viene el Príncipe de Parma!

ROMA.

Bizarro Mons de Lemí,  
 La furia turca amenaza.

VENECIA.

El gran Príncipe de Urbino  
 Viene granizando balas.

ESPAÑA.

Ya las galeras se abordan,  
 Se juntan, cierran y encajan;  
 Ya dejan los arcabuces,  
 Ya desnudan las espadas;  
 Ya paran el són horrendo  
 Culebrinas y bombardas,  
 A cuya música fiera  
 Cuerpos por el aire danzan.

ROMA.

Ya, por faltar en los bordes  
 De las galeras contrarias,  
 Caen en la mar soldados  
 Y con las espadas nadan.  
 Quién el pedazo del remo  
 Tira, ó de entena quebrada,  
 Quién para tirar el grillo,  
 Los forzados desenclava;  
 Batayolas, escotillas,  
 Barriles, bancos y jarcias,  
 Postizas y portanelas  
 Rotas, sirven de arrojarlas;  
 Alquitrán, pez y resina  
 Envuelta en fuego, se clava  
 Entre la seca madera,  
 Y del agua brotan llamas.

ESPAÑA.

Junto al estandarte asiste  
 El divino don Juan de Austria,  
 Y don Luis de Requesens,  
 Peleando en la otra banda;  
 El noble Conde de Pliego  
 Muestra el valor de su casa,  
 Y el Marqués de Santa Cruz  
 Su mismo apellido ensalza;  
 De través, á la real

Socorre á boga arrancada;  
Después, el mar discurriendo,  
Hace famosas hazañas.

ROMA.

Ya la cristiana galera  
Aportilla la contraria;  
Ya llega al árbol mayor;  
¿Qué hicieran más en campaña?  
¿Qué hidalgamente pelean  
Los de las cruces de Malta!  
Pero el fiero Rey de Argel  
Su capitana maltrata;  
Mas ya las otras la cobran.

VENECIA.

¡Oh tragedia desdichada!  
¡Murió el gran don Bernardino,  
Pasóle el pecho una bala!

ROMA.

Bien Marco Antonio le venga.

ESPAÑA.

Bien Barbarigo batalla.

VENECIA.

¡Qué bien don Juan de Cardona  
Con la nación catalana!

ROMA.

Y ¡qué bien Héctor Espínola  
Los genoveses alaba!

ESPAÑA.

Y ¡cuán diestro Juan de Andrea  
Rompe, embiste y desbarata!

VENECIA.

Huyendo sale Uchalí.

ROMA.

Ya toma puerto en la playa.

ESPAÑA.

Ya el gran don Juan va diciendo:  
«Ayudadme, Virgen santa.»

ROMA.

Ya abaten el estandarte  
Del Turco, y la cruz levantan.

ESPAÑA.

Vamos á hacer fiesta, amigas;  
Que ya la victoria cantan.

Disparen muchos tiros y canten: ¡Victoria, victoria,  
victoria; España, Roma, San Marcos!, y salga  
Uchalí: huyen los turcos.

UCHALÍ.

No me sigáis, dejadme, porque á solas  
Mejor podré llorar mi desventura,  
Aunque fuera mejor entre las olas  
Haber tenido incierta sepultura.  
Bien os temí, banderas españolas,  
Que sé vuestro valor, fuerza y ventura;  
Alí no me creyó, por eso aplica  
Su cabeza don Juan en una pica.

A pesar de Mahoma, ¿con qué cara  
En la del Gran Señor pareceremos?  
Diremos que á Filipo el cielo ampara,  
Ó que Pío quinto es santo le diremos.

Hasta la tierra aquí se vende cara;  
Largad las velas y moved los remos,  
Llevadme á Argel, ¡reniego de Mahoma!  
Ó á Meca, porque allí sus huesos coma.

Salgan todos los cristianos con música, y traigan en  
una pica la cabeza de Alí, y las banderas turcas  
arrastrando, y el Sr. D. Juan detrás con una media  
lanza.

JUAN.

Besando la amada tierra  
Que victoriosos pisamos  
De tan milagrosa guerra  
En que el poder que llevamos  
Al Turco del mar destierra,  
Demos al cielo la gloria,  
Pues es de Dios la victoria,  
Y á su Madre sacrosanta.

CRUZ.

Ya, señor, la fama canta  
Y escribe esta dulce historia.

Mil estatuas os promete  
La Iglesia, Italia y España.

ANDREA.

Selín, que el demonio engaña,  
No hayáis miedo que inquiete  
Estas costas que el mar baña;

Esta cabeza de Alí  
Lo asegura en toda parte:  
Vos sois un cristiano Marte.

JUAN.

Todo se atribuya aquí  
Al valor de este estandarte.

Hoy escribo, aunque sucinto,  
Al Papa y al Rey mi hermano.

BARBARIGO.

Yo al Senado veneciano.

MARCO.

¡Qué alegre estará Pío quinto!

CRUZ.

Triunfad, Capitán cristiano.

JUAN.

Vos, Colona, á Roma iréis,  
Y al Papa le llevaréis  
Los despojos desta empresa.

MARCO.

Satisfacción justa es ésa;  
Las primicias le debéis.

JUAN.

Estos hijos del Bajá  
También llevaréis á Roma.

ANDREA.

Mecina te aguarda ya.

Salgan dos S. nadores de Mecina.

SENADOR.

El laurel, Príncipe, toma,  
Que aperciéndote está  
La ciudad con grande fiesta,

Luces, triunfo y regocijo  
Que para tu entrada apresta.

Salgan dos truhanes, Alesillo y Chuzón.

ALESILLO.

¿Dónde está el famoso hijo  
De Carlos?

ANDREA.

¿Qué gente es ésta?

ALESILLO.

Oficiales de placer  
Que te venimos á ver;  
Ascolta un poco, patrón,  
Una bulleta en canzón,  
É pillaréte placer.

Canten.

¡Muera el perro Solimán!  
¡Vivan Felipe y don Juan!  
¡Viva Felipe famoso,  
Y el gran don Juan glorioso,

Que por venir victorioso,  
La palma y laurel le dan!  
¡Muera el perro Solimán!

CHUZÓN.

¡Viva don Juan dos mil años!  
Y al Gran Turco lleve el diablo;  
Hágale Judas el plato  
Con pólvora y alquitrán.  
¡Muera el perro Solimán!  
¡Vivan Felipe y don Juan!

JUAN.

Con tal fiesta justo es  
Que á Mecina juntos vamos.

SENADOR.

Porque tal honra le des,  
Laureles, flores y ramos  
Tiende, señor, á tus pies.

CRUZ.

Ese estandarte real  
Levantad, gran General,  
Y arrastrad el de Selín;  
Que con esto damos fin  
Á la batalla naval.

# LOS ESPAÑOLES EN FLANDES



# LOS ESPAÑOLES EN FLANDES

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEBIDA

á Christóbal Ferreira de Sampayo.

*Cuando nos debemos guardar de los que señalan la Naturaleza, nos muestran varios ejemplos y la experiencia. Las partes por quien se cruce el ingenio, están delineadas de la naturaleza en el rostro, y así la lucida y los demás vicios generalmente se ha de tener que los miembros, que están en su proporción natural cuanto á la figura, color, estatura, sitio y movimiento, señalan buena complexión natural y buen juicio, y los que no tienen debida proporción y las demás referidas partes, que la tienen perversa y mala, por eso decía Platón que enalguna semejanza de animal que había en los hombres, tales eran las costumbres que imitaban. Verdad es que, conforme á buena Teología, no imponen necesidad, pero muestran la natural inclinación, y si no siempre denuncian los afectos de los hombres, es por la mayor parte. No digo que luego se juzgue por las señales exteriores, que por ventura lo son por accidente, y no por naturaleza, y se puedan vencer con la contraria costumbre y freno de la razón, cuyo ejemplo trajo Aristóteles cuando los discípulos de Hipócrates trajeron en imagen al excelente filisónomo Filónides. Que que Un, habrá ya jugado mi guerra, si se justo temía por esta parte de algunos hombres, cuya inclinación no he podido vencer, ni ellos se pueden vencer á sí mismos. Finalmente, la Naturaleza, por opinión del Filisofa, en lo de Cato, et mundo, nihil molitur absque ratíone, nec casu, nec frustra, si bien en las Éticas dice que non mali, aut boni natura efficiuntur. Pero si en los lugares mejores constituye las más nobles partes, como el corazón, siguese que la debida proporción estará más dispuesta para que el alma ejercite sus potencias. Orígenes Adamantio, comparó las gotas á las ranas fantásticas con misterio sentido, si bien Florio Valeriano dice que aqñera quadas severitate commotus, y mas á solante mure verò tanto eruditionis virum hac de poetis sensisse, y que si se podían reprehender algunos vicios, eran los stiphancos, fescenimos ó titrecaycos de Baco. Pero yo quiero seguir la opinión de Adamantio, y creer que hay*

poetas ranas en la figura y el estripieto, y sin éstos otros muchos de diversas formas que, por haberlos pintado en una carta mía que anda impresa con mis Rimas, no quiero reiterarlos ni referirlos. Aristóteles, en la historia de los animales, en el libro nueve, dice que son las ranas de las lagunas enemigas mortales de las abejas; y como los buenos poetas se entienden por ellas, en razón que de diversas flores forman aquel licor suave, víenles bien el título. Sin esto, á los gibosos pinta el mismo filósofo con mal aliento, y da por causa que intrecloso se pudre porque desacomodado el lugar del pulmón, y deflejo, no puede expeditamente transmitirle: pues mal aliento claro está que ha de inficionar cuanto tocara hablando. Es cosa ordinaria en tales hombres, si hombres se han de llamar, la soberbia y el desprecio. Bien dijo Terencio en los *Adelphos*, llamando injusto al necio: Qui nisi quod ipse facit, nihil rectum putat. Gravez persecución mía desde mis tiernos á los mayores años, tolerada con alguna prudencia, aunque no siempre dichoso quien siempre fuera prudente, y respondiera, con *Aristipo*, al que le injuriaba: «Así fueras tú señor de tu lengua como yo de mis oídos.» Pero, aunque escribiendo á tal ingenio como el de Vm. no era bien declinar á las burlas, la amistad lo sufre y el amor lo perdona. Guardaba un cristiano viejo el monumento un Jueves Santo, y acercándose á él un hombre que tenía fama de judío, dióle un golpe con la alabarda, y quejándose al cura, y él riñéndole, respondió: «Señor Licenciado, ó guardamos ó no guardamos»; así yo tal vez respondo: ó sentimos ó no sentimos, ó somos ó no somos. Tengan por cierto los envidiosos que han de tener su golpe de cuando en cuando, y más si tienen por qué no llegar al monumento; y teniendo yo el amparo y defensa de Vm. y de su único y raro entendimiento, porque spes abdita suscitatur iras, como dijo Virgilio en el cuarto de la *Geórgica*, aunque diga también Séneca que ninguna cosa menos, punientem decet. Dedico, pues, á Vm. esta comedia, intitulada Los Españoles en Flandes, y justamente, pues por caballero le tocan las armas, y por tan gran estudiante, y de tanta erudición, las buenas letras, para que me honre y defienda de todo escritor malicioso, y de los correctores de ajenos vicios, y solapadores de los suyos propios, cuyos libros no se venden porque ellos venden en ellos á cuantos tratan, á quien se puede añadir:

*Necnon et carmina vino  
Ingenium faciente canunt,*

como dijo Ovidio en el siete del *Metamorphoscus*. Perdone la opinión de algunos, que, en fin, Natura dux optima, como dijo Catón, ó sea para las artes, ó para las costumbres, pues multi sine doctrina, multa laudabilia fecerunt, como sintió Cicerón; y en los vicios, pauci sunt, qui resistant sensui, como fué opinión de Santo Tomás. La paciencia muchas veces ofendida, fit furor. Las palabras que engendran los maldicientes, créanme que son como los partos de las víboras, matando primero al padre. Viva muchos años Vm. honrando y defendiendo mis escritos, y hablen los labradores que no quisieron dar agua á Latona, cuando dijo:

*Hi quoque vos moecant, qui nostro brachia tendunt,  
Parva sinu. Et casu tendebant brachia nati:*

'que desde entonces los tiene por enemigos Apolo, que iba en sus brazos, y por quien añadió Ovidio, cuando se transformaron:

*Quamvis sint sub aqua, sub aqua maledicere tentant.*

Capellán de Vm.,  
LOPE DE VEGA CARPIO.



# LOS ESPAÑOLES EN FLANDES

## FIGURAS DE LA COMEDIA

MADAMA DE AUSTRIA.	EL CONDE BARLAMÓN.	EL CAPITÁN PEREA.
EL PRÍNCIPE DE PARMA.	MONS. DE GONI.	VALLEJO, <i>sargento mayor</i> .
EL CAPITÁN CASTRO.	DON RODRIGO PIMENTEL.	HEREDIA, <i>capitán</i> .
UN CORREO DE ESPAÑA.	DON GABRIEL NIÑO.	SALVADO, <i>maltrapillo</i> .
EL SEÑOR D. JUAN.	OCTAVIO GONZAGA.	BEATRIZ, <i>su dama</i> .
EL DUQUE DE ARISCOTE, <i>flamenco</i> .	CHAVARRÍA, <i>soldado</i> .	DON DIEGO DE CÓRDOVA, <i>General</i> .
EL MARQUÉS DE ABRE, <i>su hermano</i> .	MARCELA, <i>en hábito de paje</i> .	FONSECA.
EL CONDE DE BOSSÚ.	CABREDO.	CARVAJAL.
MADAMA ROSELA, <i>flamenca</i> .	ROSALES.	PERALTA.
ADOLFO, <i>su hermano</i> .	DURÁN, <i>soldado</i> .	LEIVA.

## REPRESENTÓLA RIQUELME

### ACTO PRIMERO.

Salen madama Maria y el Príncipe de Parma.

ALEJANDRO.

No puedo significalla  
A Vuestra Alteza el contento  
Que tengo de visitalla,  
Pues hablando el pensamiento,  
La lengua enmudece y calla.

Muchas más veces viniera,  
Si el tiempo lugar me diera,  
A Nápoles á servilla,  
No por ver su maravilla,  
Madama, aunque mayor fuera,  
Sino por sólo asistir  
Á vuestra Real presencia.

MADAMA.

Alejandro, si el sentir

De un hijo cualquier ausencia  
No es menos mal que morir,  
Mucho mayor le conviene  
A quien tan bueno le tiene,  
Y que por más que le guarde,  
Ó viene á verla muy tarde,  
Ó para volverse viene.

ALEJANDRO.

Como me dieran lugar  
Tan graves ocupaciones,  
No se pudiera quejar  
Vuestra Alteza.

MADAMA.

Obligaciones

De hijo le suelen dar:

Dirás que vienes de prisa.

ALEJANDRO.

Lo que profeso os avisa.

MADAMA.

Hoy la nave detendrás;  
Pueda esta rémora más  
Que el mar, cuyas ondas pisa.

ALEJANDRO.

No es rémora Vuestra Alteza,  
Que es para serlo muy grande;  
Y fuera de su grandeza,  
Cuando como madre mande,  
Sus pies pongo en mi cabeza.

MADAMA.

Un mes estarás conmigo.

ALEJANDRO.

Poco es un mes á mi amor;  
Para mis negocios, digo  
Que es gran término.

MADAMA.

Es mayor

Éste con que yo te obligo;

No hay que replicar.

ALEJANDRO.

Señora,

Fuera de serlo, sois madre.

Entra Pedro de Castro.

CASTRO.

El Príncipe....

ALEJANDRO.

¿Qué hay ahora?

CASTRO.

Ninguna cosa que cuadre

A quien tu presencia adora.

Mas digo, con tu licencia,  
Que hay un correo de España,  
Y creo que obliga á ausencia.

MADAMA.

Como sombra se acompaña  
De mi mal mi bien. ¡Paciencia!  
Dile que éntre.

CASTRO.

Entrad, correo.

CORREO.

Dadme, señor, vuestros pies,  
Y gracias á Dios que os veo,  
Que para el negocio que es,  
Dañado habrá mi rodeo:

Fuí derecho á Lombardía,  
Y en Nápoles me dijeron  
Que Vuestra Alteza venía.

MADAMA.

Tras mis venturas corrieron  
Postas de España este día.

ALEJANDRO.

La carta es del Rey, mi tío.

MADAMA.

¿Cómo está Su Majestad?

CORREO.

Bueno, y con gallardo brío.

MADAMA.

Dios le guarde. Comenzad  
La carta, Alejandro mío.

ALEJANDRO.

«Sobrino, los Estados de Flandes guardan  
mal las promesas que me han hecho, si sacaba

dellos los españoles; tanto, que D. Juan, mi  
hermano, se halla descontento, y en peligro de  
la vida. Yo envío orden al Marqués de Aya-  
monte para que os entregue los españoles que  
están alojados en el Estado de Milán. Partíos  
luego con ellos á Flandes, á socorrer á mi her-  
mano, que, fuera de lo que me obligaréis, esti-  
maré este cuidado con particular amor y satis-  
facción. Dios os guarde como deseo.»

¿Qué responde Vuestra Alteza?

MADAMA.

Alejandro, que os partáis,  
Y que esa carta pongáis  
Encima de la cabeza.

Ya que en esto os anticipo,  
Juntos forzándome están  
El peligro de don Juan  
Y la firma de Felipe.

Partid, Alejandro, luego;  
Dios os dé su bendición.

Vase.

ALEJANDRO.

Fuése.

CASTRO.

¡Gran resolución!

ALEJANDRO.

Pártome al fin cuando llego.

CASTRO.

Gravemente lo ha sentido,  
Pues que se ha partido así.

ALEJANDRO.

Con apartarse de mí,  
El corazón me ha partido;  
Volveréla á hablar, que creo  
Que será bien menester.

CASTRO.

No te puedes detener,  
Según me ha dicho el correo,  
Porque el Marqués de Ayamonte  
Despachó ya los soldados.

ALEJANDRO.

¿Cómo! ¿Ya están despachados?

CORREO.

Señor, á caballo ponte;  
Que con postas podrá ser  
Que los puedas alcanzar,  
Que no te pudiendo hallar,  
No pudo otra cosa hacer.

Ya marchan los españoles  
Á Flandes, con gran contento,  
Del antiguo alojamiento.

ALEJANDRO.

Pues ¿cuál orden llevan?

CORREO.

Dióles

La que verás cuando llegues,  
Aunque tan aprisa van,  
Que ya en Flandes estarán,  
Si no es que á madama niegues

El rostro en esta partida,  
Porque de su llanto temo,  
Y de su amoroso extremo,  
Que la brevedad te impida.

Van locos de la venganza  
Que han tomado, con razón,  
De la nueva rebelión,  
De que á tantos parte alcanza.

Porque al echarlos de Flandes,  
Como tú sabes, lloraban,  
Que al señor don Juan dejaban  
Entre enemigos tan grandes;

Y volviendo la cabeza  
A los Países, decía  
Todo español: «Vendrá día  
Que se arrepienta Su Alteza.»

Y así, agora, como ven  
Que se cumplió su temor,  
Y por el notable amor  
Que á don Juan tienen también,

Vuelven los famosos godos,  
Para hacer hechos romanos,  
Con alas en pies y manos,  
Vueltos en Mercurios todos.

Camina, porque sin ti  
No lleguen á los Estados.

ALEJANDRO.

Hoy se verán mis cuidados:  
¿Dónde iremos desde aquí?

CORREO.

A Alejandría, señor.

ALEJANDRO.

¡Postas, Castro, que ya al arma  
Toca el Príncipe de Parma  
Dentro del mismo valor!

CASTRO.

Justos cuidados te dan.

ALEJANDRO.

Ninguno se iguala al mío  
De obedecer á mi tío  
Y socorrer á don Juan.

Váyanse.

Salen el señor D. Juan, el Duque de Ariscote, el  
Marqués de Abre, D. Rodrigo Pimentel, D. Gabriel  
Niño y Octavio Gonzaga.

ARISCOTE.

No se lamente Vuestra Alteza tanto.  
Fortifique á Anamur (1), ya que ha querido  
Saliese con temor de los Estados;  
Que ni será verdad que se rebelan,  
Ni necesarios son los españoles.

DON JUAN.

Yo, señor Duque de Ariscote, había  
Avisado á mi hermano muchas veces  
Que aquesta gente sólo pretendía  
Échar de Flandes nuestros españoles,  
Basas y fundamento del sosiego

Destos Estados; y que son fingidas  
Las promesas que hicieron y homenajes,  
Se ve muy claro, pues apenas fueron  
Desterrados de todos los Países,  
Cuando, arrastrando el yugo, levantaron  
La soberbia cerviz contra su dueño:  
Sentí su ausencia, y siento verme agora  
Retirado á Anamur, y que no tengo  
Fuerza con que resista á tantos daños.

ABRE.

Engañan pensamientos y aun amigos.  
A Vuestra Alteza, guarde Dios su vida;  
Que los Estados estarán seguros  
A devoción de su señor legítimo.

GABRIEL.

¿Que tan seguros estarán ahora,  
Señor Marqués de Abre, los Estados,  
Armando en Alemania el Casimiro  
Y tratando tan mal de nuestras cosas  
Arsi, Duay, Artués, Henao y Lila?  
Pues no hay criado de Su Alteza en Flandes  
Que no sufra mayores improperios  
Que si fuera en Argel de un moro esclavo.

ARISCOTE.

Los españoles no son bien sufridos.

RODRIGO.

Pues ¿cómo han de sufrir los españoles  
Que los maltrate quien servirlos debe?

ARISCOTE.

Ya don Rodrigo Pimentel se enoja,  
Y lo que digo yo á don Gabriel Niño  
No es hacerlos soberbios, porque sólo  
Los quisiera obligar á más paciencia.

RODRIGO.

Que tenga otro sentido, ó no lo tenga,  
Yo digo que fué yerro, y muy notable,  
A Su Alteza dejar en el gobierno  
De Flandes, como está, sin españoles,  
Que mientras ellos por aquí vivían,  
Con menos libertades nos trataban;  
Y ya que de nosotros, que en fin somos  
Criados de tu casa, pretendieran  
Tomar venganza, aunque venganza injusta,  
¿Por qué se han de atrever, como se atreven,  
Al sosiego, á la vida de Su Alteza,  
Gobierno suyo y de su Rey hermano?

OCTAVIO.

Don Rodrigo, no más que tratar desto  
Quiebra los corazones que le aman.

RODRIGO.

¡Ay, Octavio Gonzaga, que no puedo,  
Llegando á ver la mansedumbre suya,  
La virtud, la bondad, la cortesía  
Con que es amado de naciones tantas,  
Que hasta los mismos turcos le respetan,  
Dejar de arderme en cólera y enojo!

OCTAVIO.

Tenéis razón, que apenas los poetas  
De Ulises escribieron en veinte años  
Tantos trabajos entre monstruos fieros,  
Arrojado del mar en islas bárbaras,

(1) *Anamur* por *Namur* dice constantemente el original.

Como en los pocos que ha vivido en Flandes  
Este cristiano y generoso Príncipe.

DON JUAN.

Señor Duque y Marqués, si todos fueran  
En Flandes como vuestras señorías  
Tan servidores de su Rey, yo creo  
Que pudiera vivir seguro en Flandes;  
Y he escrito á España, la verdad les digo,  
El peligro en que estoy, y por momentos  
Espero aquí los españoles mismos  
Que salieron de todos los Estados,  
Porque Su Majestad ya tiene escrito  
Al Marqués de Ayamonte los entregue  
A mi sobrino el Príncipe de Parma.

ABRE.

Será muy acertado y justo acuerdo.

DON JUAN.

Don Rodrigo....

RODRIGO.

Señor....

DON JUAN.

Llamad al punto

A Mos de Lignes y Gaspar de Robles,  
Al conde Barlamón y al de Otopena,  
A Juan Baptista Tasis, en fin, todos  
Los que son del Consejo, porque creo  
Que estaremos mejor en Lucemburgue,  
Y será bien que con su acuerdo sea,  
Para esperar allí los españoles.

RODRIGO.

Yo voy.

DON JUAN.

Y yo á escribir á España luego.

OCTAVIO.

Guarde el cielo, señor, á Vuestra Alteza,  
Aunque pese á la envidia; que algún día  
Vencerá su virtud tanta porfía.

Váyanse todos, y queden solos el de Ariscote  
y el de Abre.

ABRE.

¿Qué os parece desto, hermano?

ARISCOTE.

Rabio de enojo, Marqués;

Quisiera ver á mis pies

A quien hoy beso la mano.

¿Soinos flamencos ó esclavos?

Hoy, para nuestra fortuna,

Si rueda por parte alguna,

Tiene España tantos clavos.

Ya vuelven los españoles,

Los que haciendo tantos robos,

Son de nuestra sangre lobos,

De nuestra plata crisoles.

Ya volvemos otra vez

Á sufrir sus arrogancias:

¿No mueven tantas instancias

Al riguroso Jüez?

Felipe, en fin, ¿se resuelve

De volver á echarnos yugo?

¿Otra vez vuelve el verdugo?

¿Otra vez su espada vuelve?

Hermano, si sois mi hermano,  
No más obediencia al Rey.

ABRE.

Ni era, Duque, justa ley

Volver á besar la mano.

¿No fué el concierto sacar

De todos estos Estados

Los españoles soldados?

ARISCOTE.

Ahora bien, no hay qué tratar.

Ellos nos han entendido;

Las máscaras nos quitemos,

Y las espadas saquemos

Contra el Rey.

ABRE.

¿Quién se ha elegido

Por General desta empresa?

ARISCOTE.

Es el Conde de Bosú.

ABRE.

¿El Conde?

ARISCOTE.

Bien sabes tú

Cuán bien en sus hombros pesa;

Pero ¿cómo podrá ser

Sin que nos sientan salir

De Anamur, y al Conde huir?

ABRE.

Si nos echasen de ver,

La vida nos quitarían.

ARISCOTE.

Un remedio se me ofrece,

Que el más seguro parece:

Pues de nosotros se fian.

A caballo nos pongamos,

Y en ellos, muy sin recelo,

Gualdrapas de terciopelo,

Calzas y cueras vistamos;

Y así, con gorras y capas

Daremos un par de vueltas

Hasta salir.

ABRE.

Y ¡han de ir sueltas,

Caminando, las gualdrapas?

ARISCOTE.

¿Hasta una legua recelas

Que no irán bien extendidas?

ABRE.

Bien dices, porque escondidas

Llevaremos las espuelas.

ARISCOTE.

Hasta Bruselas, adonde

Está el Conde, podrá haber

Diez leguas.

ABRE.

Esto ha de ser.

¡Muera don Juan!

ARISCOTE.

¡Viva el Conde!

Vanse.

Entra Chavarría, soldado, y Marcela en hábito de hombre.

MARCELA.

Ten noramala la daga  
Y mira bien, que estás loco.

CHAVARRÍA.

Cuanto hago y digo es poco;  
Yerro, con hierro se paga.

MARCELA.

Quedo y con menos mohína;  
Que si así me has de tratar  
Quien sufra puedes buscar  
Tu cólera vizcaína.

CHAVARRÍA.

Helo hecho por cumplir  
Con el huésped.

MARCELA.

Bien has hecho.

CHAVARRÍA.

Que antes hiriera mi pecho  
Que ese tuyo tienro herir.

Aunque, si digo verdad,  
Siento que aqueste herreruelo  
Me falte.

MARCELA.

En nadie recelo

CHAVARRÍA.

La negra necesidad

Que pasó en Alejandría  
Después que á Flandes dejó,  
Me hace sentirlo.

MARCELA.

No sé

En qué piense, Chavarría,  
Porque todos los soldados  
Que entran en esta posada  
Son de España, y gente honrada.

CHAVARRÍA.

Son de España, y son honrados,

Mas mi capa no parece.

¡Voto al diablo! si supiera  
Quién me la hurtó, que le diera....

MARCELA.

Gente que pasa se ofrece:

Da una vuelta ¡por tu vida!

Porque pierdas este enojo.

CHAVARRÍA.

¡No me sacaran un ojo

Con una daga buida,

Y no agora el herreruelo!

¡Por vida de Judas!

MARCELA.

Calla.

CHAVARRÍA.

¡Infames, putos, canalla!

MARCELA.

Esa vida guarde el cielo;

Que tú le sabrás ganar,

Aunque de brocado sea.

CHAVARRÍA.

¿Adónde?

MARCELA.

Adonde se vea

Ese brazo, en tierra ó mar,

Quitando capas flamencas

Ó moriscos alquiceles.

CHAVARRÍA.

Búrlaste ya como sueles,

Flor de marcas, luz de pencas;

Que, por el agua de Dios,

Que no haya en mar, ni en tierra,

En cuatro mil años, guerra

Donde medremos los dos!

Échanos el Rey de Flandes,

Y deja un pobre cordero

Junto al lobo carnícero,

Y otros peligros tan grandes.

Francia está queda, y apenas

Sale el Turco de sus baños

Con paces por dos mil años,

De juras y firmas llenas,

¿Y quieres que Chavarría

Gane en la guerra una capa

Cuando corra todo el mapa?

MARCELA.

Calla, mi bien y confía.

CHAVARRÍA.

¡Ah, bien haya Grecia, amén!

¡No fuera yo con los griegos

A Troya, á hallarme en sus fuegos!

MARCELA.

¿Con ellos te hallaras bien?

CHAVARRÍA.

¡Pesia tal! Nunca dejaron

La guerra, que allí estuvieron

Firmes hasta que vencieron,

Y diez años pelearon.

¡No naciera yo en Espartas,

En Tebas, ó en cas de Judas!

MARCELA.

Mucho este herreruelo sudas.

Aunque lo fuera de martas.

CHAVARRÍA.

No era sino de pellejas.

MARCELA.

Quedo, que estás enojado.

CHAVARRÍA.

Antes, hablo enamorado,

Y no sé por qué te quejas.

¿No tiene mayor valor

Lo que junto al pecho está?

Luego probar se podrá

Que el aforro es lo mejor.

¿Cuál es aforro del pecho?

MARCELA.

El alma debe de ser,

Ó lo que viene á tener

Más cerca, y en más estrecho.

CHAVARRÍA.

Pruebo que no te ofendí

Si aforro vengo á tener,

Y que pelleja has de ser,

Pues vives por alma en mí.

MARCELA.

¡Oh gallardo vizcaíno!  
Tu donaire y libertad,  
A mi amor y voluntad  
Hallaron fácil camino.

Tu despejo y valentía,  
Tu furia desesperada,  
Y el remitirte á la espada  
Por cualquiera niñería,  
Me hicieron dejar á quien  
Me llevó de España á Flandes,  
Y obligarme á que me mandes  
Que engañe á cuantos me ven,

Sirviéndote de criado,  
Porque no hay para mi gusto  
Como un bellacón robusto,  
Hasta el alma desgarrado.

Dicen que de tu nación  
Son cortos, y estoy resuelta  
A creer que el que se suelta  
De vosotros, es león.

Vete á buscar por allá  
Si hay nuevas de tu herreruelo;  
Que alguna vez querrá el cielo  
Dártele de tela acá.

CHAVARRÍA.

Si ha de ser con daño mío,  
Marcela, más quiero andarme  
En cuerpo al sol, y abrasarme,  
Y helarme vivo en el frío.

Guárdate de darme enojos;  
Que no soy hombre que pueda  
Sufrir, por tela ó por seda,  
Pesos falsos á los ojos.

Trátame con cortesía,  
Con respeto y con amor.

MARCELA.

¿Pierdes tú, por dicha, honor?

CHAVARRÍA.

¡Pues no, si eres prenda mál  
MARCELA.

No, que no soy tu mujer.

CHAVARRÍA.

Marcela, á quien tiene amor,  
Que se quita mucho honor  
Fué siempre mi parecer.

Voyme á la plaza, que creo  
Que algún ropante habrá dado  
Con mi herreruelo.

Vase.

Sale el Príncipe de camino con gabán pardo,  
y con él sale Castro.

MARCELA.

Honrado

Huésped.....

ALEJANDRO.

Descansar deseo.

CASTRO.

Aquí está un paje.

ALEJANDRO.

¿Sois vos

Del huésped?

MARCELA.

No soy de casa.

ALEJANDRO.

Mientras que la fiesta pasa  
Descansaremos los dos.

¿Qué dijo, Castro, el maestro  
De las postas?

CASTRO.

Que no había

Una en toda Alejandría.

ALEJANDRO.

¿Es este aposento el nuestro?

CASTRO.

Mientras al huésped paguemos,  
De Vuestra Alteza será.

ALEJANDRO.

¿Cómo es posible que ya  
Los que marchan alcancemos?

CASTRO.

Son españoles, y van  
Deseosos desta hazaña;  
Que le importa mucho á España  
Librar al señor don Juan.

Dudo que alcanzarlos puedas.

ALEJANDRO.

Alcanzarlos me importara.

CASTRO.

En lo posible repara,  
De lo posible no excedas;  
Que mejor será que llegues  
Con salud, aunque después,  
Que no que sin ella estés  
Porque el descanso te niegues.

ALEJANDRO.

Sácame dese aposento  
Una silla.

CASTRO.

Aquí podrás

Descansar hoy.

ALEJANDRO.

No darás

Descanso á mi pensamiento,  
Menos que viendo á mi tío  
Fuera de peligro en Flandes.

CASTRO.

¡En los que ha estado tan grandes!  
Y que saldrá bien confío.

Sacan una silla.

Siéntese aquí Vuestra Alteza.

Siéntese.

ALEJANDRO.

Vuelve en casa del maestro

De las postas.

CASTRO.  
Voy.

Entre Chavarría y váyase Castro.

ALEJANDRO.

Si hoy nuestro

En mi partida pereza,  
No alcanzo los españoles,  
Y entran en Flandes sin mí.  
¿Quién pudiera desde aquí  
Detener uno ó dos soles  
Para hacer grandes los días!

Mírale Chavarría.

CHAVARRÍA.

¡Bueno es esto, vive Dios!

ALEJANDRO.

Mas espero, cielo, en vos  
Que ayudéis las fuerzas mías,  
No para que pueda al sol  
Los caballos detener,  
Mas hallarlos, y correr.  
¿Qué me mira este español?

CHAVARRÍA.

Con linda sorna se ha puesto  
El buen hombre á descansar.

ALEJANDRO.

Algo quiere preguntar.

CHAVARRÍA.

¿Qué á lo grave y qué compuesto  
Me mira el socarronazo,  
Que ¡vive Dios! que recelo  
Que me tomó mi herreruero,  
Y que está escondiendo el brazo!

Al regosto volvería  
En viéndome salir fuera.

¡Oigan, qué poco se altera!

¡Por vida de Chavarría,

Que estoy por darle una coz,  
Que con silla como está

Le eche en Flandes!

ALEJANDRO.

Sueño es ya.

CHAVARRÍA.

Pero bastará una voz:

Esto es sueño, que el taimado,  
Como ve que le he sentido,  
Se me finge estar dormido.

¿Qué le digo? ¡Ah, seo soldado!

¡Ah, seo hidalgo! ¡Ah, seo bergante!

¿Hay tal disimulación?

¡Qué bien finge el bellacón!

Esta vez le asiento el guante;

Mas no sé qué me detiene,

Que algún respeto me obliga:

¿Qué es de mi herreruero? diga.

Despierta.

ALEJANDRO.

Castro amigo, di que enfrene;  
Partamos, no más descanso,  
Esto basta; sube, pica.

CHAVARRÍA.

¿Qué dice?

ALEJANDRO.

La espuela aplica;

Hoy, doce caballos canso.

CHAVARRÍA.

Téngase, no pique agora  
Tanto caballo.

ALEJANDRO.

¿Qué es esto?  
¿No es Castro?

CHAVARRÍA.

¿Adónde has puesto  
Mi herreruero?

ALEJANDRO.

Maestro, ¿es hora?

CHAVARRÍA.

No soy maestro, y recelo  
Que se ha tardado en picarlos;  
Que todos esos caballos  
No han de llevar mi herreruero.

ALEJANDRO.

¿Qué dice, señor soldado?

CHAVARRÍA.

Que tengo de alojamiento  
Este diablo, ó aposento,  
Donde sin licencia ha entrado.

ALEJANDRO.

Como esta casa es mesón,  
Bien me pude entrar en él.

CHAVARRÍA.

Falta un herreruero dél.

ALEJANDRO.

Pues no seré yo el ladrón.

CHAVARRÍA.

Si se entra aquí, diga, ¿á quién  
Mi herreruero he de pedir?

ALEJANDRO.

Lo que le puedo decir  
Es que soy hombre de bien.

CHAVARRÍA.

Pues ¡por Dios, que he de sabello!  
Aquí en la plaza le aguardo.

Vase.

ALEJANDRO.

El soldadote es gallardo,  
Partirá al aire un caballo.

¡Oh, cómo se deja ver  
Que el honor nadie le tiene,  
Sino que de otro le viene,  
Que es el que le puede hacer!

Ayuda á la Majestad  
La guarda, la compañía  
Al capitán, porque cría  
Respeto y autoridad.

Quiero yo propio salir

En defensa de mi honor,  
Pues el natural valor  
No me supo descubrir.

Entra un capitán de campaña y tres soldados,  
Durán, Rosales, Cabredo, y Chavarria.

CHAVARRÍA.

Por no darle pesadumbre,  
Al capitán me he quejado.

CAPITÁN.

Habéis en eso acertado.

CHAVARRÍA.

Luego dice que es costumbre  
Alborotar las ciudades,  
Deste mi humor vizcaíno,  
Y hoy no hice un desatino  
Por no oír sus libertades.

Haga, señor Barrachel,  
De aquel hombre información.

CAPITÁN.

¿Queda agora en el mesón?

CHAVARRÍA.

Agora me aparto dél.

ROSALES.

¿Es posible que se entró  
En vuestro aposento?

CHAVARRÍA.

Sí;

Y cuando vió que le vi,  
Sentóse y disimuló.

CABREDO.

¿Es éste?

CHAVARRÍA.

Paso, Cabredo:  
¡Vive Dios, que es él!

CAPITÁN.

Callad

Un rato, y disimulad.

Salen el Príncipe y Castro.

ALEJANDRO.

Hablando están, llegar puedo.

Dios guarde á vuestras mercedes.

CAPITÁN.

Bien venga vuestra merced (1).

DURÁN.

Calla, Chavarria, si puedes.

ALEJANDRO.

Tendré saber: ¿qué se dice  
De Flandes?

CHAVARRÍA.

¿Qué diablos quiere  
Que sepamos?

ALEJANDRO.

Oiga, espere;

Tenga, y no se escandalice;  
Que con causa lo pregunto.

CHAVARRÍA.

Que rebelados están,

Y sobre el señor don Juan  
Viene armado el mundo junto.  
Si no me hallase en quemar  
A Bruselas, ¡vive Dios,  
Que reventase!

ALEJANDRO.

Los dos

Lo podemos intentar,  
Si tanta gana lo tiene.

CHAVARRÍA.

Capitán, éste es espía  
De flamencos.

ALEJANDRO.

Todo el día

Vestido de azares viene;  
Lo que le dijo entendí.

CASTRO.

¿Qué dice?

ALEJANDRO.

Que espía soy  
De l'landes.

CAPITÁN.

En eso estoy

DURÁN.

Y me lo parece á mí.

ALEJANDRO.

Dios me saque deste día,  
Castro, y me dé buen viaje.

CHAVARRÍA.

Bien sabe nuestro lenguaje.

ALEJANDRO.

Ya soy ladrón, y ya espía.

¿Quién en el Alejandro  
Es Capitán general?

CAPITÁN.

Don Diego.

ALEJANDRO.

¿Es Córdoba?

CAPITÁN.

Y tal,

Que de mayor cargo es dino.

ALEJANDRO.

Vámonos, señor soldado,  
Juntos á Flandes los dos.

CHAVARRÍA.

No me puedo ir yo con vos.

ALEJANDRO.

¿Por qué si sois tan honrado,  
Que desde aquí prometéis

Quemar á Bruselas....?

CHAVARRÍA.

Digo

Que á echarla fuego me obligo.

ALEJANDRO.

Pues vamos, si vos queréis;

Que á mi costa os pondré allá.

CHAVARRÍA.

Fáltame salud agora,  
Y sóbrame una señora,  
Que ir en postas no podrá.

(1) Falta un verso



Entra D. Diego de Córdoba, Capitán general.

ROSALES.

El Capitán general  
Es éste.

DIEGO.

Pues ¿qué hay, señores,  
Trátase de armas, ó amores?

CHAVARRÍA.

De todo nos va muy mal.

Este hidalgo hablaba en Flandes,  
Que allá lleva un herreruelo  
Que estaba.....

DIEGO.

¡Válgame el cielo,  
Y qué disfraces tan grandes!

Déme, señor, vuestra Alteza  
Los pies.

ALEJANDRO.

¡Amigo don Diego!

CHAVARRÍA.

¡Alteza!

ALEJANDRO.

Como veis llego:

Cubrid, cubrid la cabeza;  
Que Su Majestad me manda  
Socorrer al buen don Juan  
Con la gente que en Milán,  
Digo, en sus Estados, anda.

CHAVARRÍA.

¿Quién decís?

CAPITÁN.

¿Ya no lo veis?

Es el Príncipe de Parma.

DIEGO.

Que en Alemania se arma  
El Casimiro, sabréis,  
Y allí el peligro estará.

ALEJANDRO.

Caballos falta me han hecho,  
Mas que ya los hay sospecho.

DIEGO.

¿Quién duda que los habrá?

Corred, señor, en los míos;  
Dejaldos muertos.

CHAVARRÍA.

¿Qué haré?

CAPITÁN.

Hablalle.

CHAVARRÍA.

¿Cómo podré?

DURÁN.

¿Agora perdéis los bríos?

CAPITÁN.

Señor, aquí á vuestros pies  
Se postra el buen Chavarría,  
Alférez de compañía  
Muy honrada, y que él lo es:  
Vuestra Alteza le perdone.

DIEGO.

¿Qué fué aquesto?

CHAVARRÍA.

En el mesón

Vi á Su Alteza en ocasión,  
Que ella mi delito abona;  
Que me faltó un herreruelo.

DIEGO.

¿Pensastes que era el ladrón?

CHAVARRÍA.

Como vos me deis perdón,  
Lo diré.

ALEJANDRO.

Doyle.

CHAVARRÍA.

Pensélo.

ALEJANDRO.

Si ladrón os prometí  
Llevar á Flandes, soldado,  
Príncipe, estoy obligado  
Á hacerlo: ¿iréis?

CHAVARRÍA.

Señor, sí.

Llevad allá un vizcaíno  
Que la palabra que dió  
La cumplirá, ó seré yo  
Del nombre que tengo indino.

Y más, que no me arrepiento  
De haberos ladrón llamado;  
Pero el herreruelo hurtado,  
De otra manera le siento:

Y es, que pintan á la fama  
Con un manto por despojos,  
Lleno de lenguas y ojos,  
Con que á ser eternos llama

Á los hombres como vos,  
Y esta capa habéis de hurtar  
Donde os tengo de ayudar,  
Porque la hurtemos los dos;

Que entre ladrones se piensa  
Que mejor del hurto escapa,  
Cuando uno tira la capa,  
Y otro queda á la defensa.

Y así, mientras vos quitáis  
Á la fama el herreruelo,  
Con hazañas del abuelo  
Cuyo valor imitáis,

Cuando dél vayan honrados  
Manos que hizo tales Dios,  
Yo quedaré junto á vos,  
Dando muchas cuchilladas.

ALEJANDRO.

Fío que lo haréis así;  
Que os he cobrado afición  
De ver ese corazón.

CHAVARRÍA.

Según eso, el ladrón fui,  
Que os hurté la voluntad.

ALEJANDRO.

Don Diego, adiós.

DIEGO.

El os guarde.

ALEJANDRO.

Las postas, Castro, que es tarde.

CASTRO.

Aquí están; subid, picad.

Váyase muy humano con todos, y queden Chavarría,  
y Durán, y éntre Marcela.

MARCELA.

Hanme dicho que te vas.

CHAVARRÍA.

Por la posta, y sin espuelas.

MARCELA.

¿Dónde?

CHAVARRÍA.

Á quemar á Bruselas.

MARCELA.

Y ¿déjame?

CHAVARRÍA.

¿Puedo más?

Durán, ¿pensáis ir á Flandes?

DURÁN.

¿Eso dudáis?

CHAVARRÍA.

Pues habéis

De ir de espacio, bien podéis,  
(Que en dos amigos tan grandes

Esto y más suele pasar),

Llevar á Marcela.

DURÁN.

Digo

Que haré lo que debo á amigo.

CHAVARRÍA.

Marcela, deja el llorar.

Ya sabes que yo no creo

En lágrimas de mujer

Más que en el diablo, por ver

Lo que en sus mudanzas veo.

No llores, que apenas yo

Pondré al rocín los pies,

Cuando.....

DURÁN.

Calla: pues que ves

Cuánta lealtad te guardó,

Parte, y déjame este cargo

De regalalla.

CHAVARRÍA.

Con tiento,

Durán.

MARCELA.

Si tu ausencia siento,

Dígalome mi llanto amargo.

CHAVARRÍA.

Amarga tu vida sea

Si tú lo sientes así:

El Príncipe aguarda allí,

Que hacerme merced desea,

Adiós, Marcela.

MARCELA.

Martín,

Adiós.

DURÁN.

Adiós, Chavarría.

CHAVARRÍA.

Adiós, Durán: prenda mía,

Lealtad.

MARCELA.

Qué, ¿te vas, en fin?

CHAVARRÍA.

Mas pensé que eran badanas:

Yo te aseguro que comas,

Si de agua de olvido tomas

Dos onzas por las mañanas.

En alto el señor D. Juan, D. Gabriel y D. Rodrigo.

JUAN.

Si ya mis españoles han llegado,

¿Qué importa que Ariscote y Abre huyesen?

Jamás nueva como ésta ha regalado

Mis oídos.

GABRIEL.

Ni es justo que te diesen

Mil coronas del mundo más contento.

RODRIGO.

Pues ¿cuál sería el suyo si te viesen?

JUAN.

Ya ni del Conde tengo sentimiento,

A quien ayuda el Duque fugitivo,

Ni temo su rebelde pensamiento,

Ni al Casimiro, por la copia altivo

De su alemana gente, ni temiera

Presente al César, á Alejandro vivo.

RODRIGO.

Si la fuga del Conde se entendiera,

¿Qué bien su fuga y pasos se atajaran!

GABRIEL.

¿Cuál hombre su malicia presumiera?

Con capa y gorra salen; miran, paran,

Pasean, hablan, y, al tomar la puerta,

En no ser vistos de español reparan.

JUAN.

Siempre vi yo la de su pecho abierta.

Las cajas oigo, las trompetas suenan.

GABRIEL.

Ya he visto una bandera descubierta.

JUAN.

Vamos, señores, que mis brazos penan

Por abrazar los españoles brazos.

RODRIGO.

De lágrimas los ojos se le llenan.

GABRIEL.

¿Qué tiernos han de ser estos abrazos!

Tocan.

Éntrense.

Salgan marchando los españoles en orden, que será  
toda la compañía, dos cajas, banderas y trompetas,  
mujeres y mochileros con ropa, con mucho cuidado  
todo, y entre ellos, muy roto, Salvado, maltrapillo.

VALLEJO.

¡Ay, muros del flamenco Lucemburque,

Qué deseos costáis á aquellos techos,  
Pues no hay villano que la tierra surque,

Que para sus campañas y barbechos  
Mayor le tenga de la lluvia hermosa,  
Que dan del sol los cristianos lechos!

PEREA.

¿Qué peregrino anduvo en la fragosa,

..... (1).

Vivió de Argel la cárcel rigurosa,

Que con gozo más raro y excesivo

Llegue á su patria, que hoy á ti volvemos,  
Flandes, á nuestro amor y sangre esquivo?

HEREDIA.

¿Quién duda que por patria le tenemos,  
Más propia que la misma en que nacimos?

Sangre nos debe, y prendas le debemos:

Aquí, sin barba, cual sabéis, vinimos

Los más de España, y en su guerra fiera,  
Las canas venimos donde el bozo vimos.

VALLEJO.

Aquí, debajo la real bandera  
De Castilla y León, del gran Felipe,  
Vierte su sangre el que su premio espera.

CARVAJAL.

Aquí, porque en los cargos le anticipo,  
Con las armas á cuestras sufre el hielo,  
Y porque de sus glorias participe.

PEREA.

Aquí nos toma prendas este suelo,  
Porque perdiendo el dedo, el ojo, el brazo,

Nos va enterrando y deteniendo el cielo,

Á cuál con el violento mosquetazo,

O cuál con la veloz abierta mina,

O con la punta del feroz picazo.

FONSECA.

Muchos, á quien su misma estrella inclina,  
Se casaron en ti, é hijos tuvieron,

Si Venus mira á Marte con faz trina;

Y así, con causa sentimiento hicieron

De que el Rey les echase de la tierra,

Que extraña, por servirle, mal hicieron.

VALLEJO.

No pesa tanto al español que encierra  
Mayor valor, dejar el país extraño,

Pues, en fin, por la paz deja la guerra,

Como el dejar en tal peligro y daño

Al valeroso Príncipe que adora,

Y el ver que fué su vil promesa engaño.

Por darle vida, viene España agora,

Al gran don Juan.

SALVADO.

¿Qué hace de oraciones

Esta codicia, que las manos dora!

¿Que es menester decir que estos pendones

Vuelven á ver la sangre que han costado,

Sino que estos bellacos belitrones

La palabra mil veces han quebrado,

Y que viene el azote filipeño

Á pagarles la letra del contado!

(1) Falta un verso.

¡Por vida de los ojos de mi dueño,  
Que eres tú, mi Beatriz, que hoy Flandes vea  
Verdugo en mí si el de la vaina enseño!

Si hay en mi alojamiento chimenea,  
No me adereces nada, porque quiero  
Cenarme dos flamencos en jalea.

Sale Beatriz, su dama de éste, muy maltratada, con capotillo y sombrero con una plumilla de gallo.

BEATRIZ.

Salvado amigo, el que vivió primero

En Flandes de robar ricos despojos,

En la codicia envaina el blanco acero;

No tú, que por mirar con buenos ojos

La honra de español, estás en cueros.

SALVADO.

Déjate deso, que me das enojos:

Para estos marquesotes caballeros

Se hicieron los vestidos y las galas,

Que van á los asaltos los postreros;

Para ellos son las plumas y las alas,

Los colores celosos y los castos,

Y para acá la pólvora y las balas;

Para ellos los regalos y los gastos,

Para ellos las copas y los oros,

Para acá las espadas y los bastos;

Ellos, con más colores que diez moros,

Y acá, de pelear, cuerpo y vestidos

Como los dominguillos de los toros.

Pues ¡Dios querrá.....

BEATRIZ.

¿Qué pierdes los sentidos

En quimeras, Salvado, si en la guerra

Han de ser los dichosos preferidos?

Tu mala dicha, tu opinión destierra;

Jamás pretendes cosa que la alcances.

SALVADO.

Madrastra para algunos es la tierra.

PEREA.

Ya llega el señor don Juan.

HEREDIA.

Decid, capitán, que el alba

Del sol.

PEREA.

Pues hacelde salva.

¡Ea, que señal nos dan!

Disparan dentro. Toquen cajas y trompetas.

Salga el señor D. Juan.

JUAN.

¡Oh, señores españoles!

Todos sean bien venidos.

VALLEJO.

¡Oh Príncipe generoso!

JUAN.

Dadme vuestros brazos, hijos.

PEREA.

Los pies, heroico señor,

Pues sólo para serviros

Debéis ahora á los nuestros  
Tantas leguas de camino.

JUAN.

No los pies, dejad los pies.

HEREDIA.

Pues las manos os pedimos;  
Llegaremos á la fama,  
De vuestras manos asidos.

JUAN.

Ni las manos es razón:

Tomad, españoles míos,  
Los brazos, que son más largos,  
Para apretaros y asiros.

No sé si padres os llame,  
Y sospecho que bien digo,  
Pues me alegro cual si viera  
A mi padre Carlos quinto.

No sé si es mejor hermanos,  
Que, según venís vestidos

Del Felipe que servís,  
En todos miro á Felipe.

Hijos, claro está que es justo,  
Pues en amor sois mis hijos,

Y siendo el amor del alma,  
En el alma habéis nacido.

Amigos, os viene bien,  
Pues como buenos amigos,

A vuestro amigo acudís  
Cuando le veis en peligro.

Y todo será mejor,  
Pues padres, hermanos é hijos,

Amigos, aquí tenéis  
Hijo, padre, siervo, amigo.

Como juntos os contemplo,  
Si Alejandro fuera vivo,

Aquel mundo conquistara  
Que mis abuelos invictos.

Ya no tengo que temer  
Los rebeldes enemigos;

Ni al conde Bostú en Bruselas,  
Ni en Augusta al Casimiro.

¿Tenéis salud, venís buenos?

TODOS.

A tu servicio venimos.

JUAN.

Famosos alojamientos  
Os tengo ya prevenidos,  
Refresco y pagas dobladas.

TODOS.

¡Viva don Juan dos mil siglos!

JUAN.

¡Viva Felipe, decid,  
Soldados!

TODOS.

¡Viva Felipe,

Y don Juan de Austria su hermano!

CABREDO.

Ya ha llegado tu sobrino.

JUAN.

¡Tanto bien junto! En albricias,  
Le doy á don Gabriel Niño

Las dos niñas destos ojos  
Y el diamante deste anillo.

RODRIGO.

Ya de la posta se apea.

JUAN.

Salgamos á recibillo.

RODRIGO.

No hay para qué.

Salen el Príncipe, Chavarría y Castro.

ALEJANDRO.

Vuestros pies,

Príncipe, señor y tío,  
Mande darme Vuestra Alteza.

JUAN.

Dadme los brazos, sobrino,  
Que quiero al alma llegaros.

ALFJANDRO.

Perdón, mi señor, os pido;  
Que no me halló en Lombardía  
El correo cuando vino,  
Porque con madama de Austria  
Estaba en Nápoles.

JUAN.

Digo,

Que de mi hermano y de mí  
Más la obligación ha sido:  
¿Cómo queda?

ALEJANDRO.

Buena queda;

Y ella y yo, para serviros,  
Tan dispuestos como siempre.

JUAN.

¡Oh amado Alejandro mío!  
Día de mayor contento  
No puedo decir que he visto:  
Hablad á los españoles.

ALEJANDRO.

Dadme esos brazos, amigos;  
Que pues los pies no pudieron  
Alcanzaros cuando os sigo,  
Bien es que los brazos puedan  
Con los abrazos que os pido.

VALLEJO.

Aquí nos tenéis, señor,  
Y perdonad si venimos  
Con tal presa, que esta vida  
Alas en los pies nos hizo.  
No pudimos detenernos;  
Que por ligero y altivo  
Pintan al amor con alas.

ALEJANDRO.

Estoy muy agradecido,  
Pues cuanto más presto fuera  
Vuestra venida á este sitio,  
Tanto más segura está  
Esta vida por quien vivo.

PEREA.

¿Es Chavarría?

CHAVARRÍA.

Yo soy.

PEREA.

¡Válate Dios, vizcaino!

CHAVARRÍA.

¡Oh buen capitán Perea!  
Con el Príncipe he venido.

HEREDIA.

Todos estamos acá.

CHAVARRÍA.

¡Oh buen Heredia! ¡Oh Santiso!  
¡Oh Lorenzana! ¡Oh Muñoz!

HEREDIA.

¿Queda en Nápoles Tofiño?

CHAVARRÍA.

Allá queda con Ribera,  
Alférez de don Francisco.  
¡Con qué alegría y placer  
Los dos príncipes se han visto!

PEREA.

Nosotros llorado habemos  
Con nuestro don Juan querido.

CHAVARRÍA.

¿Quién no llora de alegría  
De ver que á los enemigos  
Se les quita de las manos  
El hijo de Carlos quinto?  
¡Vive Dios, que he de hacer cosas,  
Que Persia olvide á Zopiro,  
Grecia á Ulises, Roma á Horacio!

PEREA.

¡Martín!

CHAVARRÍA.

Que ya soy martillo.

JUAN.

Alójese aquesta gente.

SALVADO.

Beatriz, descoge ese lío  
Y saca sábanas limpias.

BEATRIZ.

¿Hay algo en él que esté limpio?

SALVADO.

Allá, con los marquesotes  
Se entienden flamencos ricos;  
Mas que me den algún horno.

BEATRIZ.

Si eres trapo, harás tu oficio.

Tocan.

JUAN.

¡Ea, á alojarse, soldados!  
Y vos cenaréis conmigo.

Todos se entren, tocándose las cajas y las trompetas,  
y digan: ¡Vivan Felipo y D. Juan!

## ACTO SEGUNDO.

Sale Marcela, en hábito de paje, y Durán.

DURÁN.

Hoy, el fin de tu fatiga,  
Marcela amiga, ha llegado,  
Y hoy la mía ha comenzado  
Por llegar, Marcela amiga.En los flamencos Países  
Estás; bien puedes besar,  
Como quien sale del mar,  
La misma tierra que pises.Mas ¡ay de mí, que en la tierra  
Diré que vengo á pasar  
Más tormentas que en el mar,  
Pues que de ti me destierra!Y hoy llegarás á los brazos  
De tu alférez, prenda mía,  
Hoy Martín de Chavarría  
Te dará tiernos abrazos;Y hoy, con envidia de ver  
Las tórtolas en su nido,  
Me matará el bien perdido  
En el ajeno placer.

MARCELA.

Durán, deja esas razones,  
Pues que ya en Flandes estamos.  
Basta que una vez erramos,  
Que pueden mucho ocasiones.Ya que en ti faltó amistad,  
Y en mí defensa faltó,  
Y ni tú, Durán, ni yo  
Duramos en la lealtad,Cese aquí tu atrevimiento,  
Porque el alférez no entienda,  
Que guardaste mal la prenda.

DURÁN.

Sabe el cielo que lo siento;  
Y pues el verme contigoTanto me pudo obligar,  
Peligro corre el fiar  
Una mujer á un amigo.

MARCELA.

Si en ti no hubiera osadía.....

DURÁN.

Si en ti no hubiera hermosura.....

MARCELA.

Si en ti hubiera compostura.....

DURÁN.

Si en ti hubiera más porfía.....

MARCELA.

Si vieras la obligación.....

DURÁN.

Si tú á la tuya acudieras.....

MARCELA.  
Si tú no me persuadieras.....  
DURÁN.  
Si yo no hallara ocasión.....  
MARCELA.  
Si miraste el amistad.....  
DURÁN.  
A mí engañóme el amor.  
MARCELA.  
No hay amor donde hay honor.  
DURÁN.  
Ni donde hay mujer, lealtad.  
MARCELA.  
Que amor, en fin, los forzó,  
Todos por disculpa dan.  
DURÁN.  
Eso aprendimos de Adán,  
La mujer nos engañó.  
MARCELA.  
También diré yo por ti,  
Si tú le imitas á él,  
Que la serpiente cruel  
Sólo me engañara á mí.  
DURÁN.  
Gente viene.  
MARCELA.  
¿Quién serán  
Tantos soldados en tropa?  
DURÁN.  
Peligro corre la ropa.  
MARCELA.  
Si son flamencos, Durán.  
  
Salen el Duque de Ariscote, y soldados  
con arcabuces.  
  
SOLDADO.  
Españoles son, ¿qué dudas?  
ARISCOTE.  
¡Daos á prisión ó á la muertel  
DURÁN.  
Ya me doy, capitán fuerte.  
ARISCOTE.  
¿Cómo la espada desnudas?  
DURÁN.  
Por no rendirla envainada.  
ARISCOTE.  
¿Español, en fin?  
DURÁN.  
Sí soy.  
ARISCOTE.  
¿Eres espía?  
DURÁN.  
Antes, hoy  
Pongo fin á mi jornada  
Con este paje que ves,  
Que vengo de Italia aquí.  
ARISCOTE.  
Qué intenta don Juan me di.  
DURÁN.  
Allá lo sabréis después;

Que si de su campo fuera,  
Yo sé que aquí no me hallaras.  
ARISCOTE.  
Venga cuerda.  
DURÁN.  
Aunque inventaras  
Aquella máquina fiera  
Que dió la muerte á Perilo.  
ARISCOTE.  
¿Fíaste, español, en serlo?  
DURÁN.  
No, sino por no saberlo,  
Más que por ser nuestro estilo.  
¿No echas de ver en los dos  
Que acabamos de llegar?  
ARISCOTE.  
Que es así me has de jurar.  
DURÁN.  
Por Dios juro.  
ARISCOTE.  
No por Dios.  
DURÁN.  
Pues ¿por quién?  
ARISCOTE.  
Por la vida  
De don Juan, que es español;  
Como el indio adora el sol,  
La tiene del alma asida.  
Tanto su vida celebran,  
Que mil veces que por Dios  
Juren, no lo cumplen dos,  
Y á don Juan nunca lo quiebran.  
DURÁN.  
Juro, señor, por la vida  
Del señor don Juan.....  
ARISCOTE.  
¿Qué amor!  
Ausente siempre el señor,  
Esto no se les olvida.  
¿Qué juras?  
DURÁN.  
Que llego aquí  
En este punto.  
ARISCOTE.  
Y lo creo;  
Mas porque servir deseo  
La prenda que reina en mí,  
Por ser la primera presa,  
A Bruselas los llevad;  
Que también mi libertad  
Está de sus ojos presa.  
A madama los daréis.  
SOLDADO.  
Caminad.  
MARCELA.  
¿Qué justo pago!  
¡Toda en llanto me deshago!  
DURÁN.  
¡Ah, cielos! ¡Qué bien me hacéis,  
Venturosa prisión mía!  
Que así la puedo llamar,

Pues ya no podrá gozar

Á Marcela Chavarria,

Ni, por más que se alborote,

Culpar en nada á Durán.

¿Quién es este capitán?

SOLDADO.

Es el Duque de Ariscote.

Llévenlos presos uno ó dos soldados.

Entran el conde Bosú, general flamenco,  
el Marqués de Abre y soldados.

BOSÚ.

¡Por Dios que si al principio corresponde  
El fin de aquesta empresa, que es bien tristel

ARISCOTE.

Pues ¿qué hay de nuevo en ella, señor Conde?

BOSÚ.

Que vino la canalla que temiste;

Que el valor muestran.

ARISCOTE.

¿Que le muestran? ¿Dónde?

BOSÚ.

Donde el flamenco nuestro le resiste;

Que animados del Príncipe de Parma,

Por Roremonda van tocando al arma.

ARISCOTE.

¿Á Roremonda han ido?

ABRE.

Como han ido,

Á Roremonda dicen que han tomado,

Y que el de Barlamón caudillo ha sido,

Y que toda la gente ha degollado.

ARISCOTE.

¡Ah, cielo, á nuestro daño endurecido,

Sordo á las quejas del flamenco Estadol

BOSÚ.

Á lo menos del Rey tenelidas grandes,

Pues que los españoles vuelve á Flandes.

ABRE.

¡Que aquí volviese esta canalla infame,

Habiéndola Felipe derramado

Por Italia!

ARISCOTE.

Su sangre se derrame,

Que ya todo remedio es excusado.

BOSÚ.

Culpa tenéis de que don Juan los llame,

Habiéndolos de aquí Filipo echado.

Era un solo español; no le sufristes,

Y sufriréis los que tan lejos vistes?

Gobernaba don Juan estos Estados;

Tratastes mal su casa y su respeto;

Andábades por puntos alterados,

Y el vulgo, por los Grandes inquieto;

Con este miedo, á verse más vengados,

Vuelven los españoles, en efeto,

Porque quien se detiene, si se altera,

Antes que lo comience es bien que muera;

Que nunca á la República romana

Tanto daño la hiciera Catilina

Si á Cicerón creyeran, y temprana

Llegara á tanto mal la medicina.

¡Oh, cuánto importa la prudencia cana

Cuando la juventud se determina!

Va es hecho. ¡Muera España! ¡Vive el cielo,

Que por sangre española brama el suelo!

ARISCOTE.

Antes que un español mi vida tase,

Antes que un español leyes me ponga,

Antes que un español mis puertas pase,

Antes que un español me descomponga,

Antes que un español mi hacienda abrase,

Antes que un español se me anteponga,

Antes que un español mi cuello oprima,

Tendré los montes de Sicilia encima.

ABRE.

Pues si sufiere yo que me adelante,

Pues si sufiere yo que me desuelle,

Pues si sufiere yo que hablando espante,

Pues si sufiere yo que me atropelle,

Pues si sufiere yo verle arrogante,

Pues si sufiere yo que á Flandes huelle,

Pues si sufiere yo ver su gobierno,

Tendré sobre los hombros el infierno.

BOSÚ.

Pues primero, español, que á Flandes andes;

Pues primero, español, que á Flandes vengas;

Pues primero, español, que á Flandes mandes;

Pues primero, español, que á Flandes tengas;

Pues primero, español, que estés en Flandes;

Pues primero, español, que nos convengas;

Pues primero, español, que á Flandes goces;

El mismo sol derribarás á coces.

ARISCOTE.

¿No tienes veinte y cinco mil soldados?

BOSÚ.

Esos alista el escuadrón que marcha

Por los bosques, las selvas y los prados,

Que el pardo Enero de su plata escarcha.

ARISCOTE.

Acomete á don Juan.

BOSÚ.

Si los nevados

Montes que baña de su pura escarcha

El Apenino en medio se pusieran,

La sangre de español acometieran.

ABRE.

¿Adónde irás?

BOSÚ.

Á Gibelú deseo,

Tres leguas de Anamur y de su campo;

Que si al principio gano algún trofeo,

A su arrogante lluvia pondré escampo.

ARISCOTE.

Pues marche el campo á Gibelú.

BOSÚ.

Ya veo

Que en su dura cerviz mi nombre estampo.

ABRE.

¡Viva nuestra amistad!

BOSÓ.

Dad voces grandes.

ARISCOTE.

¡Por tu mal, español, volviste á Flandes!

Éntrense.

Salga madama Rosela, flamenco, y Adolfo, su hermano.

ADOLFO.

No ha de haber ¡viven los cielos!  
En mi casa un español.

ROSELA.

Paso, hermano, que del sol  
Tendré, hermano, menos celos.

ADOLFO.

El Duque se los presente  
Á quien le diere más gusto;  
Que presente que no es justo,  
Mejor es tenerle ausente.

ROSELA.

Pues si el Duque de Ariscote  
Honrarme en esto procura,  
¿No será poca cordura  
Que de descortés me note?

Si porque servir profesa  
Mi honor con tal cortesía,  
Dos españoles me envía,  
Los primeros desta empresa,

Se ha de juzgar por error  
Volvérselos á enviar,  
¿Con qué podréis disculpar  
El que hacemos á su honor?

ADOLFO.

¿Españoles en mi casa?  
Pintado..... ¡Por Dios bendito!  
¿Qué es pintado? Sólo escrito,  
De puro enojo me abrasa.

¿Cómo un nombre tan odioso  
En Flandes, quieres, hermana,  
Que oiga por tarde y mañana?  
¡Estoy loco, estoy furioso!  
¡Salgan luego!

ROSELA.

Adolfo, paso;  
Que no son huéspedes, no,  
Esclavos son.

ADOLFO.

Alto: yo  
Me iré de casa. ¿Hay tal caso?

ROSELA.

Si tanto los aborreces,  
No es bueno que aquí los tengas:  
Pues que en tenerlos te vengas,  
Atórméntalos mil veces.

ADOLFO.

Lo que ningún caballero  
En Flandes puede sufrir,  
Rosela, ¿se ha de decir  
De vuestro hermano el primero?

No he de entrar á veros más;  
No vendré más á esta casa;

Cólera infernal me abrasa.

ROSELA.

Oye, espera; ¿adónde vas?

Vase, y queda sola.

Españoles gallardos, norabuena  
Volváis á Flandes, que esta vida sola  
Es oro que en las vuestras se acrisola,  
Cuyo escudo español Flandes cercena.

El nombre de español, ¡qué dulce suenal  
¡Qué briosa nación es la española!  
¡Qué bien armado, desde el pie á la gola,  
Parece el dueño de mi dulce pena!

Matóme un español. ¡Ay! Si dijese  
Quién me mató, sin duda el alma, en calma,  
De gloria los sentidos suspendiese.

Alta esperanza fué sobre una palma;  
Mas cuando el cuerpo nunca el fruto viese,  
Basta, señor don Juan, gozarte el alma.

Entra Marcela.

MARCELA.

Estacio, madama bella,  
Me dijo que me llamabas.

ROSELA.

¡Ay, español! ¿Dónde estabas,  
Siendo de mi sol estrella?

MARCELA.

Escondido del furor  
De Adolfo, tu airado hermano.

ROSELA.

Es un rebelde villano,  
Que no tiene á España amor.

MARCELA.

¿Y tú le tienes á España?

ROSELA.

¿No le merece ese nombre?

MARCELA.

No hallarás en Flandes hombre  
De tu opinión.

ROSELA.

¡Cosa extraña!

Envidia debe de ser  
Desta famosa nación,  
Pues yo muero de afición  
Y soy deste parecer.

MARCELA.

Tienes, Rosela, buen gusto,  
Buena elección y deseo.

ROSELA.

En un español me veo  
Que le viene el alma al justo;

Tanto, que si se vendiera  
Un español corazón,  
Para engastar mi afición  
Por él hasta el alma diera;

Y porque creas mi pecho,  
Mira, Marcela, el tocado  
Con cintas rojas atado  
Y de sus colores hecho;

Pues la banda carmesí,



Porque en público no puedo  
Traerla, por justo miedo  
De lo que hicieran de mí,  
Aquí la traigo escondida  
Y por el pecho terciada.

MARCELA.

Qué, ¿eres tan aficionada  
A España?

ROSELA.

¡Ay, que estoy perdida!

MARCELA.

¿Quién de tantos españoles  
Te ha infundido esa afición?  
¿Es capitán, es barón?

ROSELA.

Es solo entre tantos soles.

Yo estaba, español amigo,  
En un sarao en Bruselas,  
Vestida de verde un día,  
Con otras madamiselas,  
Mirando los españoles,  
Llenos de sedas y telas,  
Que vi cubiertos mil veces  
De petos y de escarcelas,  
Libre de amor, que es amor  
Gran maestro de cautelas,  
Y sabía yo de coro  
Sus tragedias y novelas,  
Cuando entró el león de España  
(Pienso que mi nial recelas),  
Pareciendo entre mil grandes  
Nave con viento en las velas,  
Ó como la galeaza  
Entre humildes carabelas,  
Y con los mirtos humildes  
Las olorosas canelas.  
Miró por entrambas partes  
Las dos líneas paralelas  
De mil damas que excedían  
Porcias, Julias é Isabelas.  
Vióme, ó fueron mis desdichas,  
Vile yo, é imaginélas.  
Tomó mi almohada, y dijo:  
«Días ha que me desvelas.»  
Respondíle: «No soy tuyo,  
Águila, el sol á quien vuelas,  
Que á tu amor, por gusto mío,  
Tengo puestas centinelas;  
Si quieres que se las diga,  
Dime mil cosas, dirélas  
Á la dichosa á quien amas,  
Y del mismo cielo celas.»  
Mas, tierno, me replicó:  
«Tú sola mi vida asuelas,  
Y en la red de tu cabello  
Me aprisionas y encarcelas.  
No me dejes por soldado;  
Que la gola y esquinelas  
Me sabrá quitar amor  
Como de mi nial te duelas;  
Que también en ti me agradan

Estas tocas y arandelas,  
Como las que en lanzas llevo  
En el ristre por las telas;  
No me respondas, ingrata,  
Si con tu honor te arrodelas;  
Que el oro de aquesta fe  
Puede estar á mil copelas.»  
Temblando, dije: «Don Juan,  
Si son palabras trainelas,  
Y me engañas, te suplico  
Que de mi honor te conduelas;  
Yo te querré, si es verdad,  
Como á tu amor me compelas;  
Que han de ser las voluntades  
Dos acordadas vihuelas;  
Pero no será razón  
Que al calzarte las espuelas  
No estimes en una pluma  
Tu palabra y mil Roselas.»  
«Por quien soy, me dijo entonces,  
Que si éstos te rebelas,  
Que ponga esferas de mundos  
De tus chapines por suelas.»  
Creílo, y fué, y quedé  
Tan triste, que me amartelas  
Sólo en ver que eres de España  
Y que á ser su sombra anhelas.  
Como éstos se rebelaron,  
Mis esperanzas dejélas  
Al viento, mas hoy querría  
Que mi pobre nave impelas,  
Y que me des un remedio,  
Pues con verte me consuelas;  
Que bien sabrás, si de amor  
Aprendiste en las escuelas.

MARCELA.

De tu pasión me ha pesado,  
No porque tu pensamiento  
Pase la región del viento  
Y haga centro al sol dorado;  
Que bien mereces del sol  
Abrazar los claros rayos,  
Y que á tus dulces desmayos  
Se humane el rayo español.

Sólo me pesa de verte  
Donde no le puedas ver,  
Pues ya te mostró querer,  
Y prosiguiera en quererte;  
Pero si tienes amor,  
Que es pasión que nunca teme,  
Como el amante se extreme  
En hacer rostro al temor,  
Yo te sacaré de aquí  
Y al campo te llevaré.

ROSELA.

Al campo, ¿cómo?

MARCELA.

Yo sé

Remedio.

ROSELA.

El remedio di.

MARCELA.

Vestidas de labradores  
Saldremos de la ciudad.

ROSELA.

Será grande libertad.

MARCELA.

Amor las hace mayores:  
Llevaremos á vender,  
Donde está el señor don Juan,  
Fruta, huevos, vino ó pan.

ROSELA.

¡Amor, grande es tu poder!

MARCELA.

Y yo, dando algún lugar  
Que el señor don Juan te vea,  
Le diré, si te desea,  
Cómo te podrá gozar.

Digo, cómo hable contigo;  
Que eso de gozar, allá  
Entre vosotros se hará,  
Que no es menester testigo.

ROSELA.

Ahora bien, esto es amor,  
Mi alma á don Juan adora;  
Yo iré como labradora,  
Y tú como labrador.

Mil barcas van por el río  
De la Sombra ó de la Mosa,  
Que bañan la populosa  
Villa de Anamur; confío

En amor y en el disfraz,  
Que como nos embarquemos  
Con secreto, llegaremos  
Al campo de España en paz.

MARCELA.

Bien dices, que en una barca  
Nos podrá ver menos gente  
De Bruselas, hasta el puente  
Donde la común se embarca;

Y así podremos decir  
Que somos del país de Lieje.

ROSELA.

Amor ver el fin me deje.

MARCELA.

¿Cuándo podremos salir?

ROSELA.

Cuando las sombras funestas  
Echen la cortina al sol.

MARCELA.

Pues vamos.

ROSELA.

¡Ay, español,  
Qué de lágrimas me cuestas!

Vanse.

Entre el señor D. Juan, el Príncipe, el conde Barlamón  
y soldados.

JUAN.

Daros tengo mil abrazos,  
Señor Conde.

BARLAMÓN.

Serenísimo señor, (1)

Es de nuestros pechos lazos;  
Con ellos prendéis los cuellos,  
Con ellos aprisionáis.

JUAN.

Que victorioso volváis  
Merece honraros con ellos.  
¡Brava jornada se ha hecho!

ALEJANDRO.

Cierto que principio igual  
Es evidente señal  
Del fin que alegre sospecho,  
Y bastaba ir la persona  
De tan gallardo soldado.

BARLAMÓN.

Que ese sol su luz me ha dado  
Es lo que el servicio abona.

Porque quien os imitaba,  
Gran Alejandro Farnesio,  
Más digno del templo efesio  
Que la maravilla octava,

Y de la escuela salía  
De Su Alteza, iba seguro  
De la corona del muro  
Que el rebelde pretendía.

Degollé mil hombres viles,  
Porque en aquesta ocasión,  
¿Quién no será Telamón  
En Agamenón y Aquiles?

A Falante, hijo de Evandro,  
Miro en el señor don Juan,  
Y en vos, fuerte capitán,  
Otra vez miro á Alejandro.

Cargad sobre esta victoria  
Las que ya os esperan grandes;  
Que el pacificar á Flandes  
Se deberá á vuestra gloria.

A España honraréis por madre,  
Y Felipe, en testimonio,  
Gozará su patrimonio,  
Mayorazgo de tal padre.

JUAN.

Señor conde Barlamón,  
Su Majestad tiene imperio,  
Que deste al otro hemisferio  
No parte jurisdicción.

Por la tierra de Felipe,  
Por islas y mar profundo,  
Una vuelta se da al mundo  
Sin que de otra participe;

Y aunque tiene tal riqueza,  
Y tantos reinos que doma  
Con sus plantas, más que Roma,  
Que fué del mundo cabeza;

Aunque el indio le da en Chile  
Oro puro, y el cristal  
Del Sur perlas y coral,  
Y ámbar que España destile;

(1) Este verso no consta y falta otro á la redondilla.

Estos Estados de Flandes  
Estima en más, como prenda  
Del vínculo y encomienda  
De dos Príncipes tan grandes;

Rebeláronse, intentó  
Sosegarlos; vine aquí,  
Leyes y perdón les dí;  
Los españoles sacó.

Volviéronse á rebelar,  
Volvieron los españoles;  
Bajó el enemigo, y dióles  
Ocasión de pelear,

Y enviándolos con vos,  
Á Roremonda han vencido  
Y librado al oprimido,  
De que doy gracias á Dios.

Entra Perea.

PEREA.

Porque Vuestra Alteza crea  
La intención del de Bosú,  
Ya ha tomado á Gibelú.

JUAN.

¿Es eso cierto, Perea?

PEREA.

Tres leguas solas está  
De Vuestras Altezas.

ALEJANDRO.

Creo  
Que ha visto nuestro deseo.

JUAN.

Qué, ¿á tanto se atreve ya?

PEREA.

Muy bueno es eso. Si alista  
Veinticinco mil soldados,  
Que cubren los verdes prados  
Con la sombra.

ALEJANDRO.

¡Hermosa vista!

Señor, ¿qué habemos de hacer,  
Tan cerca tanto enemigo?

JUAN.

Sobrino, darles castigo  
É irlos á reconocer.

ALEJANDRO.

Pues con una compañía  
De caballos yo me ofrezco,  
Si aquesa merced merezco.

JUAN.

Vos sois la persona mía,  
Y así, no os toca, sobrino,  
Ese peligro, aunque honrado;  
Pero escoged un soldado  
Que deste cargo sea dino.

ALEJANDRO.

Pues vayan los capitanes  
Sancho Beltrán de la Peña,  
Que tanto valor enseña,  
Y Heredia.

JUAN.

Son dos Roldanes.

ALEJANDRO.

Ea, pues, marche la gente  
Poco á poco.

JUAN.

Yo querría,  
Para que la infantería  
Llegue á tiempo conveniente,  
Que vamos de rato en rato  
Haciendo alto.

ALEJANDRO.

Bien será.

JUAN.

¡Oh, España, en qué punto está  
Darte honor el tiempo ingrato!

¡Cielos, haced que anticipe  
Á César en hechos grandes,  
Para que se afirme á Flandes  
La corona de Felipe!

Váyanse.

Salgan soldados de infantería, como que han  
sabido del enemigo, Chavarria, Peralta y Heredia.

PERALTA.

Buenas nuevas os dé Dios,  
Que, en fin, baja el enemigo.

HEREDIA.

¡Vive Dios, Peralta amigo,  
Que le he visto como á vos!

CHAVARRÍA.

Brava gente habrá juntado,  
Pues que se atreve tan presto.

HEREDIA.

Era intento presupuesto,  
Y vióse presto formado,  
Con mil diversas maneras  
De alemanes y valones,  
Franceses y borgoñones,  
Mira al Sambre las riberas;  
Y aunque se suenan que vienen

Veinticinco mil soldados  
Desta gente y los Estados,  
Tanto regocijo tienen  
Los españoles, que han hecho  
Fiestas y banquetes grandes.

PERALTA.

Furiosos vuelven á Flandes,  
Vengar quieren el despecho.

¡Por vida de Chavarria!  
Que nos contéis el asalto  
De Roremonda.

CHAVARRÍA.

Aunque falto  
De lengua, no en cortesía:  
Todos quedan degollados.

HEREDIA.

¿Cómo pasó?

CHAVARRÍA.

Dadme atento  
Oído, si os doy contento.

PERALTA.

Y nos dejáis obligados.

CHAVARRÍA.

Luego que á Flandes volvieron

Los españoles que estaban

Alojados por Milán

Y en otras partes de Italia,

A dar socorro á la vida

Del invicto don Juan de Austria,

Hijo del gran Carlos quinto,

Y hermano del Rey de España,

Sobre lo que hacer debían,

El y el Príncipe de Parma

Y otros caballeros entran

En consejo una mañana,

Socorrer á Koremonda,

Que por los nuestros estaba,

Y del rebelde oprimida,

De acuerdo de todos tratan.

Al Conde de Barlamón

Para General señalan

De la gente más famosa

Que ciñó en Flandes espada;

Porque con el gran deseo,

Y ser la primera hazaha

De briosos por la tierra,

Señalaban las estampas.

Nombraban por capitanes

Desta famosa jornada

Al buen Pedro de Vallejo,

Que Sargento mayor llaman,

Don Alonso de Monsalve

Reinoso, Heredia, Zambrana,

Beltrán, don Vasco de Acuña,

Don Juan Manrique de Lara,

Luis Ponce, Santa María,

Becerra, Amador, Peralta,

Ortiz, Acosta y Perca,

Honra de Madrid, su patria,

El castellano Oliveira,

Bernardo de Castro, Anaya,

Juan de Vallejo, Aguilar,

Contreras y otros que calla

Más mi falta de memoria

Que la de su nombre y fama.

Aquel Castro, hermano ilustre

Del Conde de Lemus, se arma

De los roeles azules,

Que piensa teñir en grana,

Que la sangre ha de teñirlos,

Puesto que en campos de plata

Los trae la Casa insigne

De Andrada, Sarria y Villalba.

Juntos llegaron, en fin,

A la referida plaza,

Con miedo de ser sentidos,

Sordas, trompetas y cajas.

Mas una mañana el cielo,

Como es tan grande su capa,

A todos, con una niebla,

Les arrebozó las caras.

Dieron dentro en sus trincheas

Sin sentirse las escuadras,

De suerte, que no se ha visto

Tan espantosa matanza.

Degollámoslos á todos,

Que apenas hombre se escapa

Que dé la nueva en Bruselas

A la rebelde canalla;

Que como los españoles

Con hambre de sangre estaban,

Y á la memoria traían

La burla, escarnio y venganza

De los rebeldes Estados,

Cuando de ellos los echaban,

Como el segador espigas

Iban cortando gargantas.

El valón que estaba dentro,

Dando á Dios eternas gracias

De ver degollar la gente

Que sitiaba sus murallas,

Hizo muestras de alegría,

La artillería dispara;

Mas no nos hizo banquetes

Ni brindó más que con agua,

Porque había muchos días

Que por no rendir la plaza

Comía caballos, perros

Y otras sabandijas varias.

Luego el capitán Lezcano

Al de Barlamón despacha

Con la buena nueva, á quien

El Sol de Austria y el de Parma

Dieron dos cadenas de oro,

Y á mí el Príncipe unas armas

Con que honraré mi solar,

Si Dios me vuelve á Vizcaya.

Tocan dentro. Grita: «¡Que viene el enemigo!  
¡Linda nueva!»

OTRO.

¡Que baja el Conde y que batalla pide!

«¡Qué aguardas, gran señor? ¡Cierra, armas, gue-  
rra.»

PERALTA.

Oid el alegría de la gente

Porque dicen que viene cerca el Conde

Y trae veinticinco mil soldados.

CHAVARRÍA.

«¡Qué importa veinticinco, cuando quepan

A veinticinco por un hombre nuestro?

El que no se sintiere con aliento

De matar veinticinco rebelados,

Échemelos acá y serán cincuenta.

PERALTA.

¡Famoso vizcaíno!

HEREDIA.

Es como un Héctor,

Trabado, fuerte, sufridor, soberbio,

Hombre de bien y bueno para amigo.

Entran Salvado, maltrapillo y Beatriz.

SALVADO.

El Conde viene: ¡oh, qué lindo!  
Dame mis armas, Muñiz;  
Será mi espejo de armar  
La mi querida Beatriz;  
Mirarme quiero en sus ojos  
Y matar luego un cahiz  
Destos bellacos gallinas.

BEATRIZ.

Menos bravatas, lombriz,  
Que eres un triste gazapo.

SALVADO.

¿Cómo es eso, fregatriz?  
¿No soy un Héctor de España  
Y un Hércules de Alcañiz?  
¿No soy el más estimado  
De mi capitán Rüiz,  
Porque á mosiur Gazpirría  
Le corté media cerviz?

BEATRIZ.

Sí, pero mucho parecen  
Hecho de alguna raíz.

SALVADO.

¡Á mí, que por ser hidalgo  
Tengo armas, timbre y telliz!

BEATRIZ.

¿No te miras, trapo de horno?

SALVADO.

¡Reclamo de codorniz,  
Mas que vienen por ti luego  
Hisopo y sobrepelliz!

BEATRIZ.

Pues dime, ¿hay de más colores  
Papagayo ó chamariz,  
Que estas tus calzas y cuera?

SALVADO.

¡Oh, figura de tapiz!  
¡Mal haya el que tantos años  
Te dió su vino y maíz,  
Su perejil y su carne!

BEATRIZ.

Quedo, mi Salvado Ortiz;  
Quedo, candil de mis ojos,  
Mi orozuz, mi regaliz,  
Que cuando te digo zape,  
Entonces te digo miz.

SALVADO.

Hablara yo para el jueves,  
Oh mi tutora ó tutriz,  
Más manida entre mis brazos  
Que entre el azor la perdiz!  
Hoy me visto, por tu gusto,  
De tu color y matiz,  
Y te hago, á mojicones,  
De Flandes emperatriz;  
Que con sólo tu favor  
Tengo de ser tan feliz,  
Que de mi voz tiembla el Moro,  
Y el Turco de mi nariz.

XII

Entren madama Rosela, labradora, con un rebozo  
y Marcela, labradora, con unas cestillas.

MARCELA.

Á buen tiempo hemos llegado.

ROSELA.

Lindo tiempo hemos traído.

MARCELA.

Dicen que el Conde ha salido  
Y que está en campaña armado.

ROSELA.

Los españoles se alteran,  
Las armas limpiando están;  
Mal venderemos el pan  
Si dicen que los esperan.

MARCELA.

De españoles no hay pensar  
Que eso les quita el valor;  
Que nunca comen mejor  
Que cuando han de pelear.

ROSELA.

Allí hay un corrillo.

MARCELA.

¡Ay, triste,

Que un alferez está allí  
Que me conoce!

ROSELA.

¡Ay de mí!

¿Tan presto en amigos diste?

MARCELA.

¡Ay, querido vizcaíno!  
El agravio que te he hecho  
Quita las fuerzas del pecho,  
Ya de tus brazos indino.

¡Ah! ¿Quién le pudiera hablar!  
Pero ¿por qué no podré?  
Pero si digo el por qué,  
Por él me puede matar;

Mas no lo sabrá. ¡Ah, señores!  
¿Hay alguien que compre pan?

PERALTA.

¡Qué apriesa vienen y van  
Estos nuestros labradores!

MARCELA.

¡Ay! ¿Quién fuera el pan sabroso,  
Limpio y blanco! Si le hiciera,  
Mi lealtad, poco lo fuera.

HEREDIA.

Galán flamenquillo.

PERALTA.

Hermoso.

CHAVARRÍA.

¡Válame Dios! ¿Qué estoy viendo?  
¡Cielos! ¿No es ésta Marcela?

HEREDIA.

¡Pues no es mala la mozucla  
Que va por allá vendiendo!

CHAVARRÍA.

Peralta..... Heredia ....

PERALTA.

¿Qué hay?

48

CHAVARRÍA.  
Que os vais los dos, os suplico.

HEREDIA.  
¿Habrás picado?

CHAVARRÍA.  
Tantico.  
PERALTA.

Adiós.

Vanse Heredia y Peralta.

CHAVARRÍA.  
Estando en Duay,  
Me parece que te vi;  
Espía debes de ser.

MARCELA.  
Espía deste placer  
Que hoy vengo á buscar en ti.

CHAVARRÍA.  
¿Eres Marcela?  
MARCELA.  
¡Ay, mi bien!

CHAVARRÍA.  
Dame esos brazos.  
MARCELA.  
Y el pecho,  
Aunque la traición que he hecho,  
Pienso que las almas ven.

CHAVARRÍA.  
¿Cuándo viniste?  
MARCELA.

Después  
Que en Italia me dejaste;  
A quien tú me encomendaste  
Me regaló.

CHAVARRÍA.  
Hidalgo es.  
MARCELA.

¡Pluguiera á Dios, ¡ay honor!  
Que menos fuera el regalo;  
Que el mucho regalo es malo,  
Que obliga y engendra amor!  
En fin, me trujo Durán  
Á Flandes.

CHAVARRÍA.  
No hay tal amigo.

MARCELA.  
Mas dió con él y conmigo  
Un flamenco capitán;  
Y aun nos dijeron allí  
Que era el Duque de Ariscote.

CHAVARRÍA.  
¿Prendiólo?

MARCELA.  
No te alborote;  
Prendiólo, y con él á mí:  
A Bruselas nos llevaron.

CHAVARRÍA.  
Y ¿está cautivo?  
MARCELA.  
Allá queda,

Sin que remediarlo pueda.

CHAVARRÍA.  
Pues ¿cómo á ti te libraron?

MARCELA.  
Vengo con una invención  
Que de espacio has de saber.

CHAVARRÍA.  
¡Que viniesen á prender  
Á Durán por mi ocasión!  
¿Eso se sufre, Martín?  
No, ¡por Dios! Yo libre vivo,  
Y el amigo está cautivo;  
Á Bruselas voy, en fin.  
Marcela, Adiós.

MARCELA.  
¿Estás loco?  
CHAVARRÍA.

Marcela, engañada vives  
Si mi honor tienes en poco.  
En llegándome á amistad,  
No hay sangre, mujer ni amor,  
Y más cuando soy deudor  
De tan notable lealtad.  
Pediré salvoconducto,  
Venderé lo que he ganado,  
Si en Roremonda he sacado  
Deste despojo algún fruto,  
Y á Durán rescataré.

MARCELA.  
Oye, escucha.  
CHAVARRÍA.  
No hay connigo  
Mujer ni amor, si hay amigo.

Váyase.

MARCELA.  
No te merece esa fe.  
¿Qué propio humor vizcaíno!  
¿Cómo, sin darme una mano,  
Éste quiero y amo en vano?  
¿Cómo á tal desdén me inclino?  
Mas bien es que no me quiera.  
¡Extraña desdicha mía!  
¿Compra el pan?

SALVADO.  
Llegar querría;  
La villaneja me altera.  
¿Vendéis el pan?

ROSELA.  
Sí, señor.  
SALVADO.  
¿De dónde sois?

ROSELA.  
Del país  
De Lieje.

SALVADO.  
Mejor venís  
Para que os compren.....  
ROSELA.

¿Qué?

SALVADO.

Amor.

BEATRIZ.

¡Cómo! ¡Delante de mí,  
Bergante, has de requebralla?

SALVADO.

Esto es sólo aficionalla,  
Porque se aficione á mí;  
Porque si la cojo el pan....  
Diga, mis ojos flamencos,  
Si por ventura mostrencos  
Por el ejército van,  
¿Á cómo vende el panico?

ROSELA.

Á medio real español.

SALVADO.

La moza es como un crisol;  
Perdiendo estoy el juicio.

Si queréis trocar el pan  
Á la carne de un soldado,  
Y este corazón picado  
Coméis como gavilán,

Daros he traslado y copia  
De mi persona.

ROSELA.

¡Arre allá!

Ve que allí mi hermano está,  
Que viene conmigo propia,

¿Y dícame esa razón?  
¡Tome, porque no desgarre!

Dale un bofetón.

SALVADO.

En español vino el arre,  
Y en flamenco el bofetón.

BEATRIZ.

Bien dado está.

SALVADO.

Qué, ¿tan bien?

BEATRIZ.

Que no se le quitarán.

SALVADO.

¡Por Dios, que ha de darme el pan!

ROSELA.

¿El pan, picaño? ¡Oh, qué bien!

SALVADO.

Cuando allá en España un hombre  
Riñe con otro hombre ruin,  
¿No suele decir, en fin,  
Aunque mil cosas le nombre,

«No os quiero dar de comer»,  
Porque si lo da lo paga?

Pues eso quiero que haga  
Conmigo aquesta mujer:

¿No me ha dado un bofetón?  
Pues de comer me ha de dar.

MARCELA.

¿El pan le queréis tomar?  
Soltalde, que no es razón.

SALVADO.

¡Oh flamencos, pues, conmigo!

ROSELA.

Que soltéis el pan os digo.

SALVADO.

Soy español, soy honrado.

..... (1)

MARCELA.

Si como vos todos fueran,  
Digo, no fueran más grandes  
Los que han vuelto agora á Flandes,  
Pocas hazañas hicieran.

¡Suelta, diablo maltrapillo!

SALVADO.

Muy ladino sois, mosiur.

ROSELA.

¿Esto sufre en Anamur  
Don Juan? Yo voy á decillo.

SALVADO.

Anda acá, Beatriz.

BEATRIZ.

Camina,  
No te vea Barrachel.

Vanse Beatriz y Salvado.

ROSELA.

¿Llevóse el pan?

MARCELA.

¿Qué va en él?

Antes tu entrada encamina;  
Que á dar quejas deste agravio  
Irás al señor don Juan.

Salen D. Juan y el de Parma y Castro juntos.

ALEJANDRO.

Tan cerca, señor, están,  
Que así lo refiere Octavio;  
Mas ya fué Hernando de Acosta  
Con diez lanzas y trompeta.

JUAN.

Persona activa y discreta.

ALEJANDRO.

Pues hice, señor, apostá  
Que á la flamenca tocase,  
Porque se acercase más.

MARCELA.

¿Agora temblando estás?  
Llega.

ROSELA.

Temo que me abrase.

Dame, Marcela, el papel,  
Que ha de hacer nuestra invención.

ALEJANDRO.

¿Qué gente?

CASTRO.

Villanos son.

ROSELA.

¿Viene todo puesto en él?

(1) Falta un verso.

MARCELA.  
En español lo escribí.  
CASTRO.  
Labradores son de Lieje,  
Que traen el pan.  
ROSELA.  
¿Que me queje  
Me aconsejas?  
MARCELA.  
¡Pardiez, sí!  
ROSELA.  
A Vuestra Alteza suplico,  
Gran señor, de mí se duela.  
JUAN.  
Sobrino, ¡hermosa mozuela!  
ALEJANDRO.  
¡Gentil donaire!  
JUAN.  
¡Buen pico!  
¿Hanos hecho algún agravio?  
ROSELA.  
Sí, señor.  
JUAN.  
¿Quién?  
ROSELA.  
Á los dos  
Uno déstos, como vos,  
Que casi en nombrarle rabio.  
JUAN.  
¿Español?  
ROSELA.  
Español, pues;  
Á mí y á mi hermano ha hecho  
Una traición.  
JUAN.  
Ya sospecho  
Lo que es.  
ROSELA.  
Eso mismo es.  
JUAN.  
¿Habrá querido forzaros?  
ROSELA.  
No por la carne lo han.  
JUAN.  
Pues ¿qué os han tomado?  
ROSELA.  
El pan.  
JUAN.  
El pan sabré hacer pagaros.  
¡Por vida del Rey, sobrino,  
Que se busque este soldado!  
ALEJANDRO.  
Con gran razón se ha enojado  
Vuestra Alteza.  
JUAN.  
Si el vecino  
País que nos da sustento  
Sabe que así le pagamos,  
¿Quién duda que perezcamos  
Y falte mantenimiento?  
Vé, labradora, y con ella

Vos, capitán, y traed  
Ese soldado.  
ROSELA.  
Es merced  
Muy propia del dueño della;  
Mas mi hermano irá mejor,  
Y yo me quedaré aquí.  
MARCELA.  
Sí, señor; bien será así.  
  
Vase Marcela con el capitán.  
  
JUAN.  
Id vos con el labrador.  
ROSELA.  
¡Bueno es que así nos traten  
Cuando á servirles venimos!  
Pues ¿por qué, si les servimos,  
Consentís que nos maltraten?  
El Arzobispo de Lieje  
Tiene grande devoción  
Al Rey, y tiene razón;  
Y no es razón que se queje,  
Que nos obliga á venir  
Con ruegos, y aun con regalos;  
Pero tratamientos malos  
Mos han de hacer no acodir.  
  
Traen á Salvado preso, soldados y capitán  
y Marcela.  
  
CASTRO.  
Bien presto le conoció.  
ALEJANDRO.  
No he visto mejor villana.  
JUAN.  
Ni tan bella cortesana  
Podré decir que vi yo.  
ALEJANDRO.  
Si le agrada á Vuestra Alteza.....  
JUAN.  
Si á Vuestra Alteza le agrada ....  
ALEJANDRO.  
Tío, yo no quiero nada.  
JUAN.  
Sobrino, tocaste pieza;  
Rogalda, por vida mía.  
ROSELA.  
Quedo, que no estoy tan rota  
Que me jueguen por pelota;  
Háganme más cortesía.  
JUAN.  
¿Es éste el soldado?  
ROSELA.  
El es.  
JUAN.  
¡Qué buen talle de soldado!  
¿Por qué este pan le has tomado?  
SALVADO.  
Porque me dió de revés.



JUAN.  
¿Quién te dió?

SALVADO.  
La labradora.

JUAN.  
¿Eres soldado alistado?

SALVADO.  
Soylo.

JUAN.  
¿Tu nombre?

SALVADO.  
Salvado.

JUAN.  
¿De dónde eres?

SALVADO.  
De Zamora.

JUAN.  
¿De qué gente?

SALVADO.  
Arias Gonzalo

Fué mi padre.

JUAN.  
Esto advertid.

SALVADO.  
En el caballo del Cid  
Me hubo.

JUAN.  
¿Qué?

SALVADO.  
Era de palo,  
Y cogió en una armería  
A mi madre junto á él,  
Y por eso nació dél.

ALEJANDRO.  
¿Como el de Troya sería?

SALVADO.  
Sí, señor, también mi abuelo  
Fué troyano.

ALEJANDRO.  
¡Lindo humor!

Por él merece, señor,  
Perdón.

SALVADO.  
Mi muerte recelo.

JUAN.  
¿Quién fué vuestra madre allá?

SALVADO.  
Era dueña de la haca  
De la infanta doña Urraca.

JUAN.  
¿Qué decís?

ALEJANDRO.  
Turbado está.

JUAN.  
Y allá, ¿de qué le servía?

SALVADO.  
De llevarle la almohada  
A la haca.

JUAN.  
Qué, ¿asentada  
Estaba?

SALVADO.  
A veces solía.

JUAN.  
¿Cómo os llamaron Salvado  
Y Arias no?

SALVADO.  
Porque salí  
Muy cernido cuando fuí  
De mis padres engendrado.

ALEJANDRO.  
Creo que al hombre te inclinas.

JUAN.  
Salvado y hombre de honor.

SALVADO.  
No soy salvado, señor,  
Destos rebeldes gallinas,  
Sino veneno en sacando  
La de Francisco Ríiz.

JUAN.  
Galán sois.

SALVADO.  
De una Beatriz  
Que allá me queda esperando,  
Y con tu licencia voy.

JUAN.  
Id en paz: oid.

SALVADO.  
¿Qué acuerda

Su Alteza?

JUAN.  
Un trato de cuerda

Le dad.

SALVADO.  
Pues ¿tan loco estoy?

CASTRO.  
Ea, no más: caminad.

JUAN.  
El humor le dió la vida,  
Que no pagar la comida,  
Agora es temeridad;  
No tengo por valentía  
No pagar lo que uno debe.

ROSELA.  
Siempre en su tierra se atreve  
El que en otra no osaría.  
¿Por qué nos han de tomar  
El pan, del trabajo fruto,  
Trayendo salvoconduto?

ALEJANDRO.  
¿Qué bien se sabe quejar!  
¿Salvoconduto traéis?

ROSELA.  
Sí, señor.

JUAN.  
¿Dónde?

ROSELA.  
Aquí está.

JUAN.  
Veamos.

ROSELA.  
Tómele allá.

JUAN.

Leeré, pues vos no sabéis.

Aparte lea.

«Las trazas que en este ejército se han dado para quitarte la vida son muchas: un gran servidor de Vuestra Alteza buscó esa villana, que no es de Lieje, sino de Bruselas, para poder con esta invención darle este aviso; métala con secreto en su aposento, que le dirá grandes cosas.»

¡Notable caso, por Dios,  
Sobrino!

ALEJANDRO.  
Señor.

JUAN.  
Querría  
Que aprestar la infantería  
Corriese agora por vos.  
Id á dar orden.

ALEJANDRO.  
Yo voy.

Contentóle.  
CASTRO.  
Ella es hermosa.  
ALEJANDRO.

Mañana. . . . . (1).  
Le veré, á fe de quien soy.

Vanse el Príncipe y Castro.

JUAN.  
En este papel me escribe  
Que tienes que me decir.

ROSELA.  
Si es que os importa vivir,  
No queráis que déis os prive.

JUAN.  
¿De dónde eres?

ROSELA.  
De Bruselas.

JUAN.  
Ello conforma, no hay duda.

ROSELA.  
Todo el color se me muda.

JUAN.  
Qué, ¿hay traición?

ROSELA.  
Hay mil cautelas.

JUAN.  
Entra en mi aposento.  
MARCELA.

¿Ves  
Como se traza á tu gusto?

ROSELA.  
Amor, si mi amor es justo,  
Pisa mi honor con tus pies.

(1) Verso incompleto.

## ACTO TERCERO.

Entran el Duque de Ariscote y el de Bosú, y Mons  
de Goni, y Adolfo, hermano de Rosela.

ARISCOTE.

Dé Vuestra Excelencia á Adolfo  
Las manos, que es mi pariente.

ADOLFO.

Bien es que á esos pies intente  
Ver el puerto, en tanto golfo.

BOSÚ.

Manos y brazos le doy.

ADOLFO.

Vengo, señor, á servirlos.

BOSÚ.

Á buen tiempo armas y tiros,  
Adolfo, aprestando estoy,

Con trompetas y con cajas,  
Con banderas que tremolan,  
Con picas que se enarbolan,  
Cansadas de verse bajas.

Espero los españoles,  
Recién venidos á Flandes.

ADOLFO.

Cuando acometer nos mandes  
Y la señal enarboles,

Verás, señor, mi valor,  
Á lo menos mi deseo.

ARISCOTE.

Que nos tienen temor creo.

GONI.

Con razón tienen temor.

ARISCOTE.

¿Qué se pensaba don Juan  
Cuando se quejó á Felipe?

GONI.

Que el patrimonio disipe  
Con los que vienen y van.

BOSÚ.

Por su mal habrán venido.

GONI.

Él teme, pues no acomete.

BOSÚ.

¡Que ya seis veces ó siete  
Tanta ventura ha tenido,

Que se nos haya escapado!  
¡Que hubo espadas y veneno  
Para algún César tan bueno,  
Que fué del mundo envidiado!

¡Y que venenos ni espadas  
Hallen la muerte á don Juan!

ADOLFO.

Por ventura, los que van  
Se las vuelven envainadas.

Pues, ¡por vida de una hermana

Que tengo sola.....

ARISCOTE.

Y que adoro.

ADOLFO.

Que más que por plata y oro,  
Por la fama soberana

Le diera la muerte yo,  
Si en eso la paz estriba  
De la patria, y que ella viva  
Adonde Adolfo murió!

BOSÚ.

¿Tú á don Juan?

ADOLFO.

¿Ya no salía

Cévola, deste honor llena  
El alma, á dar á Porsena  
La muerte el célebre día  
Que dió á Roma libertad,  
Á costa de aquella mano,  
Y se despenó el Romano  
Por el bien de su ciudad?

GONI.

Si hubiera quien le matara,  
No hallara Felipe un hombre  
Con la gracia deste nombre,  
Ni tanto el mundo le amara.

Y con ningún capitán  
Los españoles hicieran  
Lo que con él, si les dieran  
Más reinos que heridas dan;

Y así, Flandes se quedara  
Con su antigua libertad.

ADOLFO.

Pues sabed que en mi ciudad,  
Mi patria querida y cara,  
Si muero, á mi nombre, sólo,

Una estatua me levante,  
Que esta hazaña diga y cante  
Desde el nuestro al otro polo,

Con un rótulo que diga:  
«Adolfo, Libertador  
De la Patria, cuyo honor  
Triunfó de España enemiga».

Y yo le daré la muerte.

BOSÚ.

Pues la palabra te doy.

ADOLFO.

Á darle la muerte voy.

ARISCOTE.

Pues ¿cómo vas de esa suerte?

ADOLFO.

Las cosas tan temerarias  
Se han de intentar con locura,  
Porque si el pensarlas dura,  
É imaginaciones varias,  
Nunca llegan á su efecto;  
Y así, no acertaba poco  
Quién hizo al valiente loco,  
Que no hay valiente discreto.

BOSÚ.

Oye.

ARISCOTE.

Déjale.

BOSÚ.

¿Por qué?

ARISCOTE.

Porque me importa que muera,  
Que es la condición más fiera  
Que en Flandes ha puesto el pie;  
Y tiene una bella hermana,  
Por quien de amor estoy ciego,  
Y la podré gozar luego.

GONI.

Pues ten la empresa por llana,  
Porque aunque este temerario,  
Por odio de su nación  
Intente aquesta traición  
Con valor extraordinario.  
Es sin duda que á picazos  
Le harán la estatua en el viento,  
Que pide su loco intento;  
Mas irá el cuerpo en pedazos.

Sale el Marqués de Abre, y dice:

¿Hay valor semejante de soldado?

¿Cuéntase cosa igual de Zinegro?

¿Tuvo Milón más fuerza?

ARISCOTE.

¿De quién hablas?

BOSÚ.

De un español, y con razón me admiro.

ARISCOTE.

¿Cómo?

ABRE.

Á nuestras trincheras ha llegado  
Con diez lanzas, y á todas dando un giro,  
Vió un muchacho, y pudiendo arrebatallo,  
Sobre el arzón le puso del caballo.

BOSÚ.

¿Harános daño?

ABRE.

De doce años pasa.

ARISCOTE.

¡Bien dirá tus designios!

GONI.

¡Bravo hecho!

ABRE.

Ya de tu campo al suyo le traspasa.

BOSÚ.

¡Rabio de furia, cólera y despecho!

ABRE.

Corriendo va por la campaña rasa,  
De que ya lleva lengua satisfecho.

BOSÚ.

Pues ¿cómo le cogió?

ABRE.

La mano echóle

Al cabezón, y en alto levantóle.

BOSÚ.

Y ¿en el arzón le puso?

ABRE.

Con él corre.

BOSÚ.  
 ¿Sabes su nombre?  
 AERE.  
 En el rumor que andaba  
 De la gente que sale y le socorre,  
 Vi que Hernando de Acosta se llamaba.  
 BOSÚ.  
 ¡Caiga esta vez la Babilonia torre!  
 Acerquémonos más.  
 ARISCOTE.  
 No en balde alaba  
 Flandes tu nombre.  
 Tocan.  
 BOSÚ.  
 Marche al campo.  
 GONI.  
 Marche.  
 ARISCOTE.  
 Gaste el cañón de bronce.  
 BOSÚ.  
 Rompe el parche.

Salen Durán y Chavarría.

DURÁN.  
 Gran ventura fué la mía.  
 CHAVARRÍA.  
 Mayor la mía, Durán,  
 Pues el de Parma y don Juan  
 Esperan la infantería.  
 Mas si no me hubiera hallado  
 En esta batalla agora....  
 DURÁN.  
 Lo que Grecia á Aquiles llora  
 Te hubiera España llorado;  
 La misma falta le hicieras,  
 Mas culpa mi amistad  
 Si por darme libertad  
 Su victoria detuvieras.  
 CHAVARRÍA.  
 La libertad que te di  
 Fué, Durán, satisfacción  
 De mi propia obligación  
 Por la que te tengo á ti.  
 Débote tanta amistad,  
 Tanta lealtad y buen pecho,  
 Pues en lo que sabes que he hecho,  
 A mí me doy libertad.  
 Esas prendas que he vendido,  
 Que tu rescate han comprado,  
 En Roremonda he ganado;  
 Tu parte haz cuenta que ha sido.  
 Trescientos ducados son  
 Los que me cuestras de talla;  
 Pero hoy aquesta batalla  
 Dará la satisfacción.  
 DURÁN.  
 Y que está Marcela aquí.  
 CHAVARRÍA.  
 Ni aun le mostré voluntad

Hasta darte libertad;  
 Pero, en efecto, la vi.  
 DURÁN.  
 ¡Ah, cielos, cuánta vergüenza  
 Me da el ver este valor!

Tocan.

CHAVARRÍA.  
 ¿Qué toca aquel atambor?  
 DURÁN.  
 Que tu deseo comienza.  
 CHAVARRÍA.  
 No hayas miedo que acometa  
 Don Juan sin la infantería.  
 DURÁN.  
 Díz que hay gran caballería.  
 CHAVARRÍA.  
 Toda Flandes se inquieta.  
 Viene el Conde de Bosú  
 Por Capitán general,  
 Que ya con guión real  
 Atrinchera á Jibellú.  
 Y entre otros señores graves,  
 El Príncipe de Pinoé  
 Y el Marqués de Ruboé,  
 Que es su hermano, como sabes.  
 Viene el Conde de Enín,  
 Mons de Capre, el de Ariscote,  
 Que no hay quien más alborote  
 Estos Estados. En fin,  
 Vienen otros titulados  
 Que odio y envidia han traído,  
 Muchos monsiures que han sido  
 De Henao, Lila y Duay llamados.  
 Todo es armas y cautelas.  
 DURÁN.  
 ¿Viene el Marqués de Renti?  
 CHAVARRÍA.  
 Si viene, y Mons de Goní,  
 Gobernador de Bruselas.  
 DURÁN.  
 ¿Qué cargo el Conde le dió?  
 CHAVARRÍA.  
 Maestre de campo.  
 DURÁN.  
 Bien.  
 ¡Gran soldado!  
 CHAVARRÍA.  
 Al nuestro ven,  
 No digan que falto yo.  
 DURÁN.  
 ¿No has de buscar á Marcela?  
 CHAVARRÍA.  
 Agora cosas de amor,  
 Cuando el español honor  
 Á su amparo me desvela?  
 ¿Qué piensa que va á decir  
 Perder el señor don Juan  
 Aquesta empresa, á que van  
 Para vencer ó morir?

¡Perder el Rey sus Estados,  
Y España opinión y honor!  
Pues mira tú si el amor  
Le tendrá en estos cuidados.  
Mi Marcela es esta espada:  
No tengo de otra memoria.

DURÁN.

¿Y ganada la victoria?

CHAVARRÍA.

Entonces, no digo nada.

Dos mil espadas son pocas  
Cuando hay guerra pertinaz;  
Que cuando estamos de paz  
Bien parecen unas tocas.

Salen el señor D. Juan, con capa de campo,  
y Rosela.

JUAN.

Bien os conozco, madama,  
No tenéis de qué encubriros.

ROSELA.

Ya lo han dicho mis suspiros  
Y el alma, que tanto os ama.  
Perdonad mi atrevimiento,  
Que es muy atrevido amor.

JUAN.

No hay por qué, pues vuestro honor  
Da luz á mi pensamiento.

Yo estoy muy agradecido,  
Que lo soy naturalmente,  
Mas en la ocasión presente  
Perdonad si no lo he sido;

Que como tan cerca estoy  
De poner hoy en campaña  
Toda la opinión de España,  
Y á ordenar mi gente voy,  
No es posible detenerme.

ROSELA.

Pues ¿qué esperanzas me dais?

JUAN.

No sé bien lo que intentáis,  
Y así, no acierto á atreverme;  
Que aunque vuestro amor me enseña  
Á que libre con vos ande,  
Para dama sois muy grande,  
Y para mujer, pequeña.

ROSELA.

Ya sé que para mujer  
Nací, señor, desigual,  
Aunque soy tan principal  
Cuanto debéis de saber.

Mas si os quiero por galán,  
Queredme por dama á mí;  
Que yo sé, si os gozo así,  
Que muchas me envidiarán.

Pues si Rosa Solimana,  
Hija del Turco, os adora  
Por la fama que atesora  
Vuestra virtud soberana;

Si vuestros retratos tiene,  
Y os quiere tanto sin veros,

Bárbara, aunque no en quereros,  
Y á quien á pedirla viene  
Por la vida de Don Juan,  
Otorga cualquiera cosa,  
¿No seré yo muy dichosa.....

JUAN.

Madama, prisa me dan;

Yo os doy palabra de ser  
Muy vuestro, si Dios me diere  
Vida y victoria.

ROSELA.

Si él quiere,  
Señor, bien lo puede hacer.

Sale Gonzalo Vallejo, guardarropa.

GONZALO.

Aunque á entrar no me atrevía,  
Señor, la ocasión me fuerza.

JUAN.

¿Qué hay, Gonzalo?

GONZALO.

El tiempo es fuerza.

ROSELA.

¡Ay, corta ventura mía!

¿Quién es éste?

JUAN.

No os turbéis,  
Que es un guardarropa mío.

GONZALO.

Puesto que á muchos desvío.....

JUAN.

Descubierta estar podéis.

GONZALO.

Que te pretende hablar  
Un fraile que aquí ha llegado.  
Lugar y puerta le he dado,  
Mas no le dejara entrar

Si supiera que tenías  
Tan distinta ocupación.

JUAN.

Causado me has turbación.  
¿Cómo que esto no sabías?

GONZALO.

No, señor.

JUAN.

¿Qué me querrá?  
¿Es español?

GONZALO.

No, señor.

JUAN.

Si Dios le envía, es rigor  
Decir que otra vez vendrá.  
Escucha, que se me ofrece.  
Por lo que esto puede ser,  
Lo que podemos hacer,  
Que el irse mal me parece.  
Toma esta capa y sombrero,  
Y siéntate en esta silla,  
Rosela.

Dale el sombrero y capa.

GONZALO.

Un alma sencilla  
Muestra el hombre.

JUAN.

Así lo espero.  
Cubra, señora, los pies.

Siéntese.

Finge que duermes, y así  
No verá que estás aquí.

ROSELA.

¡Qué bien has hecho!

JUAN.

Entre, pues.

Sale Adolfo vestido de fraile francisco, con capa.

ADOLFO.

La paz de Dios sea con todos.  
¿Dónde está el señor don Juan?

JUAN.

Yo soy.

ADOLFO.

¿Vos?

JUAN.

Sí.

ADOLFO.

Nunca están  
Los príncipes de esos modos.

JUAN.

Queríame, amigo, armar,  
Y por eso estoy así.

ADOLFO.

Debe de dormir allí  
Y queréisme negar.  
Que, aunque fraile, bien sé yo  
Que en la silla de los reyes,  
Y son, cierto, justas leyes,  
Nunca alguno se sentó.

Si duerme, volverme quiero,  
Aunque la vida le importa  
Cierto aviso.

JUAN.

El paso acorta.

ADOLFO.

No me engañéis, caballero;  
Que en cuerpo vos, y él sentado,  
Está claro, y no es error,  
Que el sentado es el señor,  
Y que vos sois el criado.

JUAN.

Qué, ¿nunca visto me habéis?

ADOLFO.

Jamás en Flandes le vi  
Al señor don Juan, y así,  
Presumo que me engañéis.  
Como anda escandalizado  
De mil que intentan matalle,  
Lo que yo vengo á avisalle  
Quiere escuchar disfrazado.

JUAN.

Éste me viene á reñir  
Como profeta del cielo;  
(Aunque él sabe mi buen celo);  
Que cuando quiero salir  
A emprender tan grande hazaña  
Esté con una mujer,  
Y así la pretende ver  
Con esta invención extraña.

Pues de su misma invención  
Otra quiero yo sacar,  
Con que no tenga lugar  
Y quede en buena opinión.

Padre, la verdad decís;  
El señor don Juan sosiega,  
Y por eso hablarle os niega,  
No si á la tarde venís;  
Que esta noche anduvo armado,  
Y del cansancio y rocío  
Le ha dado un poco de frío,  
Y así se durmió embozado.

ADOLFO.

Volveré cuando tú mandes:  
Duerma un poco, que es mejor.

Saque un pistolete y déle fuego.

Agora es tiempo, valor,  
Que des libertad á Flandes!

ROSELA.

¡Ay de mí!

JUAN.

¡Oh perro enemigo!

¡Guarda, traición!

SOLDADO.

¡Muera!

TODOS.

¡Muera!

JUAN.

Dios me libró, mas quisiera  
Que te libaras conmigo.  
¿Dónde te acertó?

ROSELA.

Pasóme  
Este brazo.

JUAN.

¡Gran ventura!

SOLDADO.

Ya murió el traidor.  
JUAN.

Procura

Que ese cuerpo vil se tome  
Y entre dos picas se cuelgue  
A la vista del contrario;  
Mas no, que no es necesario  
Que de la hazaña se huelgue.  
Quedo, y nadie diga nada.

SOLDADO.

Un papel le hallé.

JUAN.

Ése muestra.

SOLDADO.

Que apretado en la siniestra,  
Dió el alma, en sangre bañada.

Lea.

«Adolfo soy, que por librar la patria  
Troqué la vida á tanta fama y gloria,  
Y di la muerte al español del Austria.»

JUAN.

Engañóle esta vez el pensamiento.

ROSELA.

¡Ay, gran señor, que Adolfo era mi hermano!

JUAN.

¿Tu hermano?

ROSELA.

Y que del uno al otro polo

No nació corazón tan temerario  
Ni mayor enemigo de españoles;  
Que como vemos engerir dos árboles,  
Y alguno con el fruto dulce y agro,  
Así de un padre diferentes fuimos,  
Yo amando al español, y él persiguiéndole.

JUAN.

Pues tú tendrás el premio de quererle,  
Como él de aborrecerle le ha tenido,  
Si vida, como pienso, te da el cielo.  
Vente á curar, Rosela, y ten buen ánimo.  
Vosotros no digáis palabra desto,  
Antes negad si lo pregunta el Príncipe;  
Que no quiero que entiendan los Estados  
Que hay hombres como aqueste, á cuyo ejemplo  
Se atreva alguno.

SOLDADO.

Haráse lo que mandas.

JUAN.

Pésame de tu sangre.

ROSELA.

Estoy corrida

Porque viví, mas eres tú mi vida.

Vanse.

Salen Durán, Cabredo, Leiva y el maltrapillo.

CABREDO.

Más de mil reales me gana.

DURÁN.

No le gano cuatrocientos.

LEIVA.

¿De qué sirve andar en cuentos  
Siendo una verdad tan llana?

Vuesa merced, seor Durán,  
Le ha ganado su dinero.

DURÁN.

Si gané, perderlo espero,  
Y otros me lo ganarán.

CABREDO.

¿Es posible que yo sea  
Tan desdichado?

LEIVA.

Cabredo,

Hombres somos, hablad quedo.

CABREDO.

¿Quien habrá que aquesto crea?  
¡Treinta azares! ¡Algún puto  
Os hizo, huesos infames!

LEIVA.

Cuando esas quejas derrames,  
No sé yo que traigan fruto.

CABREDO.

No me pesa ¡vive Dios!  
Leiva, de haberlo perdido.  
Fuertes son y fuerte ha sido,  
Que nunca igualan á dos:

Pésame de que un gallina  
Me haya el dinero ganado.

LEIVA.

Hablad bajo.

CABREDO.

Estoy picado,  
Y con notable mohina.

El maltrapillo se llega á Durán.

SALVADO.

Vuesa merced, seor hidalgo,  
Ganó muy como quien es,  
Y pienso que fué después,  
Supuesto que poco valgo.

Que á sus espaldas me puse  
Porque le pegué un recreo,  
Nacido de mi deseo,  
Con que las suertes compuse.

Soy de su tierra, y soy hombre  
De bien; estoy á su lado,  
Que soy muy aficionado  
Á los que son de su nombre;  
Y aun pienso que soy pariente  
De vuesa merced.

DURÁN.

¿Qué dice?

SALVADO.

Quedo, y no se escandalice  
Si quiere que se lo cuente.  
¿Cómo es su nombre?

DURÁN.

Durán.

SALVADO.

Pues muy su pariente soy.

DURÁN.

¿Cómo?

SALVADO.

Estas calzas que hoy  
En tanto peligro están,  
Me han dicho ciertos franceses  
Que las vieron á Roldán;  
Pues mire si soy Durán  
Durándome tantos meses.

Con esta cuera fué novia  
Marfisa.

DURÁN.

¡Caso excelentel

De esa suerte, soy pariente  
De la puente de Segovia.

SALVADO.

Y del caballo troyano.  
Mas suplico á vuesarced  
Me ampare y haga merced  
Con su generosa mano;

Que sustento una mujer  
Como un ángel, de buen trato,  
Y he menester su barato.

DURÁN.

Menos prosa he menester:  
¿Guarda lealtad?

SALVADO.

No sé bien,

Mas ella dice que sí.

DURÁN.

Todas lo dicen así.

SALVADO.

Y todos lo creen también.

DURÁN.

¿Qué señas?

SALVADO.

¡Cuerpo de Dios!

¿Véndosela, por ventura?

DURÁN.

Digo si es siete ó figura.

SALVADO.

¿Chancitas?

LEIVA.

Pues dos á dos,

Bien se nos podrá fiar.

CABREDO.

Quitarle quiero el dinero.

LEIVA.

¿Qué le digo?

CABREDO.

¡Ah, caballero!

Ese dinero ha de dar,

Porque ha sido mal ganado,

Ó él y el que con él se ve

Saquen las armas.

SALVADO.

¿Por qué?

Que aun barato no me ha dado.

DURÁN.

Yo soy Cabredo, muy hombre  
De bien.

LEIVA.

Pues muéstrelo aquí.

DURÁN.

Gente honrada estaba allí,  
Y todos saben mi nombre.

SALVADO.

Hidalgos, si por pedir  
Barato á quien no le dió,

Estoy obligado yo,

Como decís, á reñir,

Toma!de el dinero á él,

Que ha ganado mal aquí,

Y dadme barato á mí

Para que riña con él.

CABREDO.

Bien dice: pasáos acá.

Pase de una parte á otra.

LEIVA.

Mejor es que allá se esté.

DURÁN.

Si es tan ruin, yo, ¿para qué?

SALVADO.

¡Que nadie me quiere yal

Pues adiós, y dense.

CABREDO.

Fuése.

Vase Salvado, y salen Chavarría y Marcela.

CHAVARRÍA.

Y qué, ¿te trajo Rosela?

MARCELA.

Sí, Martín.

CHAVARRÍA.

Quedo, Marcela.

Señores, ¿qué estilo es ése?

Pues ¿cómo dos para uno?

Saque la espada y póngase á su lado.

CABREDO.

Quedo, señor Chavarría;

Que se fué la compañía

Y no le ha herido ninguno.

CHAVARRÍA.

Pues es mi amigo Durán,  
Aunque os conozco, Cabredo,  
De Italia, obligado quedo  
Donde más causa me dan.

¿Qué es la cuestión?

DURÁN.

Que he ganado,

Y levántanme que mal.

CHAVARRÍA.

No puede haber hecho tal

Un hombre que es tan honrado.

¡Miente el que lo dice!

CABREDO.

Quedo.

Que ¡vive Dios! que algún día,

Mas que á Durán, Chavarría,

Le debistes á Cabredo;

Que si porque os trajo aqu

Esa mujer sin lealtad,

Le habéis dado libertad,

Como de Leiva entendí.

Yo sé que por el camino,

Como traidor la ha gozado,

Y Leiva es testigo honrado,

Y el sargento Palomino.

CHAVARRÍA.

¡Válame Dios!



DURÁN.

¿Esto escuchas?  
De gallinas lo dirán.

CABREDO.

¡Mientes!

DURÁN.

¡Fuera!

CHAVARRÍA.

Oye, Durán,  
Que son las sospechas muchas;

Oye, que la turbación  
De tu rostro y de Marcela,  
Alguna verdad revela  
A mi noble corazón.

DURÁN.

No lo debes de creer;  
Mas pues el agravio es mío,  
A Cabredo desafío.

CABREDO.

Eso será menester

¡Ah, falso amigo! ¡Ah, Marcela!

MARCELA.

¿Qué presto crédito das!

CHAVARRÍA.

No hay duda, culpada estás,  
En tu lealtad hay cautela;

Pero yo soy el culpado:  
Pues fíe, tenga la pena  
De una mujer, y no buena,  
De un amigo, y no probado.

¡Qué engañado me rendí  
Para darte libertad!

DURÁN.

Bien dices, que á ser verdad....

CHAVARRÍA.

Bien lo estoy mirando en ti.

Y si no te doy la muerte,  
Contra mi propio coraje,  
Es porque el fingido paje  
Me ha de vengar desta suerte.

DURÁN.

Cásate con ella luego,  
Alférez.

CHAVARRÍA.

Dale la mano.

MARCELA.

¡Ah, señor!

CHAVARRÍA.

Ruégasme en vano.

Guardáos, que sopláis el fuego.

DURÁN.

Digo que soy su marido.

MARCELA.

Digo que soy su mujer.

CHAVARRÍA.

¿Qué venganza puede hacer  
En un amigo fingido

Y en una mujer liviana,  
Como juntar á los dos?

CABREDO.

¡Discreto has sido, por Dios!

CHAVARRÍA.

La boda se hará mañana;  
Y doyte en dote el dinero  
Con que te di libertad,  
Quitándote mi amistad.

DURÁN.

Que sabrás lo cierto espero.

CHAVARRÍA.

Venid, Leiva, por aquí,  
Que voy reventando.

LEIVA.

Vamos.

Váyanse.

MARCELA.

¡Muy buenos los dos quedamos!

DURÁN.

¡Bueno quedo yo por tí!

MARCELA.

Ahora bien, ¿qué se ha de hacer?  
Dame esa mano.

DURÁN.

Mi amor

Suple la parte de honor  
Que debe cualquier mujer.

MARCELA.

Justa ha sido la sentencia,  
Aunque injusta para mí.

DURÁN.

Gran pecado cometí,  
Mas grande es la penitencia.

Vanse.

Salen el señor D. Juan, el Príncipe y cuantos puedan.

JUAN.

Estoy en confusión notable.

ALEJANDRO.

Dicen

Que están puestos en forma de batalla,  
Y otros, señor, que retirarse quieren  
Al calor de la fuerte artillería  
De Gibelú, y algunos, que se ponen  
No menos que en la plaza de armas, cosa  
Que para cometer sólo se intenta,  
Porque apenas escuchan una caja  
De nuestra infantería....

JUAN.

¿Que no llegue?

¿Hay tal desgracia, hay confusión como ésta?

ALEJANDRO.

Mil cosas ha contado ese muchacho,  
Que han sido, gran señor, remedio nuestro.  
Parece que algún ángel le ha infundido  
Los designios del Conde.

JUAN.

Ahora bien, Príncipe

Hoy es razón que mi valor se vea:  
Aunque la infantería no ha llegado,  
De la caballería, poco á poco,

Marchen los escuadrones, mejorándose;  
Tome su General la diestra mano,  
Que es Octavio Gonzaga, y Olivera,  
Que es su lugarteniente, la siniestra,  
Y á paso lento sigan esta orden,  
Sin alterarla ni intentar desorden.

Déle el guión.

Sobrino, Vuestra Excelencia  
Se sirva en ocasión tal  
De honrar el guión real  
Con su presencia y prudencia,  
Que en tanto que á ordenar voy  
Los escuadrones, le fío.

ALEJANDRO.

Vuestra Alteza, señor tío,  
Sabe que su hechura soy;  
También que le toca entiendo  
Estarse con su guión,  
Porque desde allí es razón  
Que ordene lo que pretendo.

JUAN.

Penséle engañar así,  
Porirme yo á pelear.  
En fin, ¿es fuerza quedar  
Con el guión?

ALEJANDRO.

Señor, sí.

Y pues mi casa no llega,  
Dos pajes he menester.

JUAN.

Déstos podéis escoger.

ALEJANDRO.

El ánimo á veces ciega.

JUAN.

Vaya don García Bravo  
Y don Carlos de Meneses.

ALEJANDRO.

Que también merced me hicieses  
De aquel caballo que alabo,  
Para esta ocasión quería.

JUAN.

Sobrino, poncos en él.

ALEJANDRO.

Bésoos las manos por él.  
Tomad mis armas, García;  
Que quiero dar una vuelta  
Por el escuadrón real.

Tocan caja y trompeta, y vase el de Parma.

JUAN.

Es como Alejandro, igual,  
En la condición resuelta.

Tóquense lejos, y váyanse acercando.

Quedo: estas cajas, ¿no son  
De España?

BARLAMÓN.

La infantería

Llega.

JUAN.

Hoy tenemos buen día,  
Buen Conde de Barlamón.

BARLAMÓN.

Yo voy á verla en campaña.

JUAN.

Dadme ese guión á mí,  
Y salid todos de aquí.

Tocan dentro.

¡Viva España! ¡España, España!

Hínquese la rodilla D. Juan en una almohada, y con el guión en la mano mire al Cristo que tendrá por una parte, porque en la otra tendrá las armas del Rey, y diga así:

JUAN.

Señor, que en esa cruz, por darme paz,  
Sufriste guerra tan cruel y atroz,  
Cruz, honda, espada, lanza, sierra y hoz  
Que la garganta derribó trifaz:

Tú que rompiste, y vió tu hermosa faz,  
Las puertas del infierno de una cox,  
Tu casa mire y tiemble de tu voz  
El rebelde flamenco pertinaz.

Si vencieron, Señor, alguna vez,  
La espada, el tiro, el brazo, el arcabuz,  
Tuyo ha sido el honor, tuya la prez.

Á castigarlos voy; dame tu luz,  
Pues que llevo la vara del jüez,  
Que cuando juzgues lo será tu cruz.

Aparezca en un bofetón en lo alto la Imaginación.

IMAGINACIÓN.

Príncipe invicto de España,  
Yo soy tu imaginación;  
Mira en aquese guión  
Quién guía tu heroica hazaña.

Y pues Felipe segundo  
Por la religión pelea,  
Hoy quiere el cielo que vea  
Tu imaginación el mundo.

Desde aquí á Europa contemplo,  
Donde es tan grande señor,  
Y al Asia, que á su valor  
Consagra en su nombre un templo;

Al África, donde están  
Las tierras que ha conquistado,  
Pues que la mira sentado  
Sobre la silla de Orán;

Á América, que le rinde,  
Porque le dió tantas almas,  
Oro, plata, perlas, palmas,  
Desde la Habana á Melinde.

Lo que estás imaginando  
Quiero que en retrato veas,

Formándote las ideas  
Que te estoy representando.

Descúbrase una cortina, y véase el rey Felipe II, sentado en una silla, y tres damas sustentando un mundo sobre su cabeza alrededor de él; el mundo sea bastante grande, y ellas tengan los brazos levantados como que le tienen en las palmas.

Mira el mundo que sostiene  
Con prudencia, religión  
Y justicia, que éstas son  
Tres manos con que le tiene.

Mira el poderoso Alcides  
De quien fué Carlos atlante,  
Para tenerle bastante  
Si con su valor le mides.

Si de César se decía  
Que con él partió el imperio  
Júpiter, era misterio  
De Felipe en profecía.

Ayúdasele á tener,  
Pues eres, don Juan, su hermano,  
Con esa invencible mano  
Y ese bienquisto poder.

Entre dos brazos tan grandes  
Repartid tan grande hazaña;  
Que Felipe tendrá á España  
Mientras tú tienes á Flandes.

Váyase, y ciérrese la cortina.

JUAN.

¡Extraña imaginación!  
Dentro de mi fantasía  
Á mi hermano invicto vía,  
Al segundo Salomón,  
Que con justicia y prudencia,  
Y religión, sustentaba  
Lo más del mundo, que daba  
Á su valor obediencia.

Parecióme que estas tres  
Sobre su frente real,  
Digna de un imperio igual  
Y de otro igual á sus pies,  
Estaban juntas mostrando.

Toca caja.

Mas ¿qué es esto?

Dentro:

¡Cierra España!

JUAN.

¿Cómo es esto? ¡En la campaña  
Los escuadrones cerrando!  
¿Con qué orden habrá sido?

Sale el de Barlamón y algunos soldados,  
y del señor D. Juan el guión.

BARLAMÓN.

Ea, invencible señor,

Mostrad agora el valor  
Tan altamente nacido.

JUAN.

Pues ¿cómo es esto?

BARLAMÓN.

Llegó  
Vuestro sobrino de Parma,  
Á quien de sus armas arma  
Quien vuestra sangre le dió,  
Y al castellano Olivera  
Mandó que hiciese tocar  
Las trompetas á cerrar,  
Como si él orden tuviera.

Respondióle: «No me dió  
Tal orden Su Alteza á mí»;  
Pero respondióle así:  
«Basta que lo mande yo.»

Entonces el castellano  
Mandó tocar las trompetas,  
Y alargando á las inquietas  
Bocas, freno, rienda y mano,

Parten los fuertes caballos,  
Y lo mismo por la parte  
De Octavio, tales, que Marte  
Paró su curso á mirallos.

Y aunque hizo gran defensa,  
Señor, la parte contraria,  
Que toda fué necesaria  
Para tan notable ofensa,

Porque rompiendo y matando  
Van por ellos de tal suerte,  
Que apenas sabe la muerte  
Si ellos ó ella van triunfando,

Es de manera el valor  
De los españoles bravos,  
Que cerrando los dos cabos,  
Como la puerta al temor,

Los cercan para batillos  
Como á las islas el agua,  
Y tienen, como en la fragua,  
El hierro entre los martillos.

Al llegar la infantería,  
Aunque cansada llegó,  
Diciendo á gritos cerró,  
Como quien ya la tenía:

Tocan.

Salgan todos, caja y trompeta.

¡Victoria, victoria!

Dentro:

¡España!

¡Victoria, victoria!

JUAN.

Amigos,  
Yo espero que haréis testigos  
Los rebeldes de esta hazaña.  
Mas no es tiempo de decir  
Victoria, aunque tiempo habrá,

Porque si en el fin está,  
 A Dios lo habéis de pedir.

Pedid á Dios que os la dé,  
 Por su piedad infinita,  
 Que él es quien la da y la quita,  
 Y más que el poder, la fe.

¡Ea, fuertes españoles,  
 Ea, leones de España,  
 Santiago nos acompaña,  
 Y el Sol entre tantos soles,  
 Que es el soberano Juan!  
 Sirvamos hoy á Felipe,  
 Para que allá participe  
 De la gloria que hoy nos dan.  
 Vos, Virgen, rogad agora  
 Por vuestra devota España.

BARLAMÓN.

Corred, señor, la campaña  
 Con la espada vencedora;  
 Que ya van haciendo estrago,  
 Porque su honor se anticipe.

JUAN.

España, ¡viva Felipe!

Tocan.

¡Cierra España. Santiago!

Dentro digan esto á voces, y finjase dentro la batalla, disparando algunos tronadores y arcabuces, y saliendo Chavarría con rodela y espada, sacudiendo en algunos flamencos.

FLAMENCO.

Castigaré tu loca valentía.

CHAVARRÍA.

¡Oh, perros! ¿Contra mí tal desatino?  
 ¿No veis que soy Martín de Chavarría?

FLAMENCO.

Huye, que es el demonio vizcaíno.

CHAVARRÍA.

¡Viva Vizcaya, perros, que hoy es día  
 De hacer su nombre de laureles dino!

FLAMENCO.

No hay resistille.

CHAVARRÍA

Ni es posible que haya,  
 Siendo Martín martillo de Vizcaya.

Salen tres soldados que traen á Rosela;  
 venga ella con una banda.

SOLDADO.

Su Alteza nos mandó, madama hermosa,  
 Del ejército agora á retirarte.

ROSELA.

Si no fuera mi herida peligrosa,  
 Hoy me volviera de mujer en Marte;  
 Que con aquesta mano belicosa,  
 Al lado de sus armas y estandarte,  
 Hiciera hazañas de más alta gloria  
 Que cuenta de Semíramis su historia.

Ariscote sale, y el de Abre, su hermano, y Mons de Goni, Gobernador de Bruselas, las armas desnudas.

ARISCOTE.

No es española, que es flamenca dama.

ABRE.

¡Mueran los españoles, y ella viva!

¡Aquí, soldados!

GONI.

El de Parma llama,  
 Aquel que dice que Felipe viva.

ARISCOTE.

¡Huid, perros, huid!

ABRE.

Presa es de fama.

GONI.

Dad gracias que os libramos de cautiva,  
 Al Duque de Ariscote, al Marqués de Abre:  
 Ni vuelve el rostro, ni los labios abre.

ARISCOTE.

Mas á Mons de Goni las debéis todas,  
 Maestre de campo general.

GONI.

¿Qué es esto?

¿Cómo al rostro las tocas acomodas?

ARISCOTE.

¡Descúbrela!

ROSELA.

¡Tened!

ARISCOTE.

¡Descubre presto!

ABRE.

La maravilla, más que Éfeso y Rodas,  
 Duque, en tus manos hoy el cielo ha puesto.

ARISCOTE.

¿Es madama Rosela?

ABRE.

Y la que adora

Tu alma.

ARISCOTE.

¿Vos cautiva aquí, señora?

¿No estábades segura y en Bruselas?

ROSELA.

No sé qué responderos.

ARISCOTE.

¡Caso extraño!

Conmigo os retirad.

ROSELA.

Que no te duelas

De mí te ruego.

ARISCOTE.

Temo nuestro daño;

Toma las ancas, y poniendo espuelas  
 Á un caballo, saldremos.

ROSELA.

Es engaño;

No soy flamenca, ya soy española.

ARISCOTE.

¿Qué dice?

ROSELA.

Que ya soy de don Juan sola.

GONI.

¿Tal sufres? ¡Pesia! ¡Mátala!

ARISCOTE.

No puedo.

GONI.

Pues yo la mataré.

ARISCOTE.

¿Si fué tu hermano

Quien te ha traído, por celoso miedo?

ROSELA.

No, que ya es muerto el bárbaro tirano;

Que tirando á don Juan, herida quedo,

Como me veis, de su cobarde mano.

ARISCOTE.

¡Adolfo es muerto, y tú, señora, herida!

ROSELA.

¡Viva don Juan, que es alma desta vida!

Sale Chavarria.

ABRE.

¡Mátala ya!

CHAVARRÍA.

¿Qué es esto que estoy viendo?

ROSELA.

¡Españoles amigos, que me matan!

CHAVARRÍA.

No lo creáis mientras que yo os defiendo.

ABRE.

¡Mirad que nuestra gente desbaratan!

CHAVARRÍA.

¿Buscáis achaques de volver huyendo?

Tomad mi lado, á ver cómo os maltratan.

Tocan.

ROSELA.

¿Quién sois, soldado?

CHAVARRÍA.

Un pobre vizcaíno.

ROSELA.

De mil laureles vuestro brazo es dino.

Tocan.

Torne á sonar la guerra, y salgan el señor D. Juan,  
con la espada desnuda, y Castro.

JUAN.

¿Dónde está el Príncipe, Castro?

CASTRO.

¡Agora por él pregunta

Vuestra Alteza? Estatuas junta

De oro, jaspe y alabastro

En el templo de la fama.

JUAN.

¿Cómo?

CASTRO.

El primero partió

Cuando el escuadrón cerró,

Cual sigue al centro la llama.

Si sus hazañas quisiese

Referirte, mal podría

Lo que ha hecho en solo un día

Cuando muchos escribiese.

Mas la fama y los poetas,

Con el tiempo las dirán;

Ellos con versos que harán,

Y ella en lenguas de trompetas.

JUAN.

¡Por vida del Rey mi hermano,

Que le tengo de reñir!

Si verdad he de decir, (Aparte.)

Envidia su heroica mano.

Tocan dentro: «¡Victoria, victoria, victoria!»

CASTRO.

Ya publican la victoria:

Señor, el alcance sigue.

JUAN.

¡Oh cielo, mi fe te oblique,

Que de tu dueño es la gloria!

Vanse.

Sale Salvado cargado de ropa.

SALVADO.

¡Andar con la maldición!

¿No habíamos de topar

Algo con que remendar

Estas calzas y jubón?

Flandes, pues que nunca en ti

Pude siquiera cubrirme,

¡Vive Dios, que he de vestirme

Todo cuanto traigo aquí!

Comience á ponerse, una ropa sobre otra, todo lo  
que trae, y salga Marcela, la espada desnuda.

MARCELA.

¡Que sea tan desdichada

Que no halle, como todos,

Buscándolo de mil modos,

Con la industria y con la espada,

Una prenda en cuantas topa

El de más cobarde aliento!

Pero ¿de qué me arrepiento?

Aquí está un montón de ropa.

Dale un cintarazo por detrás.

SALVADO.

¡Arre allá! ¿No miraréis

Que está gente honrada aquí?

MARCELA.

¿Sois español?

SALVADO.

Señor, sí;

¿En los paños no lo veis?

MARCELA.

¿Cómo un honrado soldado

Está así?

SALVADO.  
Fáltome el sol  
Y el dado.  
MARCELA.  
¿Vos español?  
SALVADO.  
Soy español empeñado.  
MARCELA.  
Si viniera un enemigo,  
Bien despojado os hallara.  
SALVADO.  
Cuando conmigo encontrara.....  
MARCELA.  
¿Pues?  
SALVADO.  
Encontrara conmigo.  
MARCELA.  
Eso habemos de partir.  
SALVADO.  
¿Trabajólo vosancé?  
MARCELA.  
¿No basta que así le hallé?  
SALVADO.  
¿Esto tengo de sufrir?  
MARCELA.  
Parta, digo.  
SALVADO.  
Escoja, pues.  
MARCELA.  
Ésta tomo.  
SALVADO.  
Y yo estas dos.  
MARCELA.  
Yo estas tres.  
SALVADO.  
Quedo: ¡por Dios,  
No tome de tres en tres!  
MARCELA.  
Suelte.  
SALVADO.  
Partamos conformes.  
Tome yo, y tomará luego.  
MARCELA.  
Tomo tres.  
SALVADO.  
Parezco el ciego  
Con Lazarillo del Tormes.

Salen D. Juan, el Príncipe y todos: tocan al salir.

JUAN.  
Las gracias le dan á Dios.  
ALEJANDRO.  
Notable victoria ha sido.  
JUAN.  
Después dél, á vos se os deben,  
Señor Príncipe y sobrino.  
ALEJANDRO.  
Hechura soy de esas manos.  
BARLAMÓN.  
Todos dicen que han huído

El Príncipe de Pinoe  
Y el de Rube.  
CASTRO.  
Bien los vimos  
Salir huyendo del campo.  
PEREA.  
El Conde de Enín, herido,  
Y el Marqués de Renti, huyeron.  
DURÁN.  
Viendo Ariscote el peligro,  
Huyó.  
HEREDIA.  
Del Marqués, su hermano,  
Lo mismo, señor, se ha dicho.  
JUAN.  
¡Gracias á Dios, españoles!  
TODOS.  
Y á vuestro valor invicto.  
JUAN.  
De nuevo me dad los brazos.  
Partid los despojos, hijos.  
ALEJANDRO.  
¿Quién es éste?  
MARCELA.  
Chavarría.

Sale Chavarría con Rosela, y Mons de Goni preso y herido.  
JUAN.  
¡Oh, valiente vizcaíno!  
CHAVARRÍA.  
Aquí te traigo, señor,  
Un caballero cautivo  
Y á una dama rescatada.  
JUAN.  
Á la dama he conocido:  
Limpialde la sangre.  
GONI.  
¡Tente!  
Yo soy, que á tus pies me humillo.  
JUAN.  
¿Quién eres?  
GONI.  
Mons de Goni,  
Que Gobernador he sido  
De Bruselas.  
ALEJANDRO.  
¡Bravo caso!  
Nuestra gloria habéis crecido,  
Martín, con tan gran prisión.  
GONI.  
Las manos, señor, os pido.  
JUAN.  
¿Agora, Mons de Goni?  
GONI.  
General de España invicto,  
Más vale tarde que nunca.  
JUAN.  
¿Agora que estáis rendido?  
GONI.  
Y herido de muerte estoy.

JUAN.  
Llevalde á curar, amigos,  
Al castillo de Anamur.  
GONI.  
Perdona é imita á Cristo.

Llévenle.

JUAN.  
¿Cuántos se habrán degollado?  
ALEJANDRO.  
Doce mil dicen que han sido.  
JUAN.  
¿Y los presos?

ALEJANDRO.  
Cuatro mil.  
JUAN.  
Pues amigos, más estimo  
La prisión de tan gran hombre.  
CHAVARRÍA.  
Un albanés fué conmigo,  
Que se llamaba Dimitre:  
Que le honres te suplico.

JUAN.  
Tu virtud conozco en eso.  
Rosela, el tiempo ha venido  
Que he de volver por tu honor.  
Este hidalgo vizcaíno  
Es á quien la vida debes.  
También su valor has visto.  
Valdráله aquesta prisión  
Rica hacienda; y si yo escribo  
Á mi hermano, le dará  
Premio tan bien merecido  
Y un hábito de Santiago.

ROSELA.  
¿Qué me mandas?

JUAN.  
Que contigo

Se case sólo deseo.

ROSELA.  
Yo estimo tan buen marido,  
Que basta ser de tu mano.

JUAN.  
Pues ¡sus! querido sobrino,  
Plantemos cuatro cañones  
Á Gibelú.

ROSELA.  
¡Honroso brío!  
Pero ya es tarde, señor.

JUAN.  
Gaspar de Robles, admito  
Vuestro discreto consejo.  
Mañana se ponga el sitio.  
¿Dónde nos alojaremos?

ALEJANDRO.  
No hay lugar en cuanto piso,  
Sino es ese monasterio.

JUAN.  
¿Será de monjas?

ALEJANDRO.  
Lo mismo.  
JUAN.

Pues recójanse á una parte,  
Y por si hubiera atrevidos,  
Guárdenlas tres compañías.

ALEJANDRO.  
Necesario y justo arbitrio.

CHAVARRÍA.  
Aquí dió fin la batalla  
De Gibelú, y el principio  
De volver los españoles  
Á Flandes.

JUAN.  
¡Viva Filipo!

Éntrense todos diciendo «¡Viva Filipo!»,  
con que se da fin.





# D. JUAN DE AUSTRIA EN FLANDES

(INEDITA)



# LA FAMOSA COMEDIA

DE

## D. JUAN DE AUSTRIA EN FLANDES

DE

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

(INÉDITA.)

---

### PERSONAS

DON JUAN DE AUSTRIA.	SANCHO DE AVILA.	JULIÁN ROMERO.
DUQUE DE LINOD.	UN FAJE.	CUATRO ENMASCARADOS.
MONS DE ICHÉ.	DON ALONSO DE VERA.	FABIA, <i>criada</i> .
OTAVIO GONZAGA.	MONS DE PRATE.	MEQUETREFE.
CARLOS FÚCAR.	MONS DE CLEU.	ESPAÑA.
DOS SOLDADOS.	ARCILA, <i>dama</i> .	GENTE DE ACOMPAÑA-
MONDRAGÓN.	IRCANA, <i>dama</i> .	MIENTO.

### JORNADA PRIMERA.

—  
Sale el Duque de Linod, Mons de Iche  
y Otavio Gonzaga.

DUQUE.

Señor Otavio Gonzaga,  
Porque la embajada vuestra,  
Como esta ocasión lo muestra,  
A propósito se haga,  
La Resunta nos envía,  
Y todos los diputados  
De los flamencos Estados,  
Aquí á Vuestra Señoría,

Á penetrar y á saber  
Á qué á Flandes ha venido  
De España, y ver si ha traído  
Del Rey, mi señor, poder.

Si pide gobernación,  
Quién es, qué pide, qué intenta  
En Namur, y que dé cuenta  
Desto á la diputación.

El señor Mons de Iche y yo,  
Que, aunque de embajada estoy,  
El Duque de Linod soy,  
Venimos por el sí ó no;

Que conforme la respuesta  
Ora ofenda ó satisfaga,  
O la guerra se le haga,  
Ó se solemnice en fiesta.

OTAVIO.

Señor Duque y señor Mons  
De Iche, ¿cuándo yo fuera  
Hombre que no respondiera  
Por mi Rey, mi ley y Dios?

Aunque con fuerzas no grandes  
Poco respondiera, ó nada,  
A una tan libre embajada  
De los Estados de Flandes,  
¿No advierten los diputados  
Que es virrey por justa ley  
El que viene, hijo del Rey  
Que le envía á estos Estados?

Pues, ¿cómo Vueseñoría  
Trata así al que viene, pues  
Vueseñoría mismo es  
Vasallo del que le envía,  
Y así á su humor se sujeta?  
Preguntan quién soy, y allano  
El caso: yo soy hermano  
Del Príncipe de Molfetta.

Pregúntenme aquí en qué entiendo:  
Vengo gozando el favor  
De servir á mi señor  
Don Juan de Austria; esto pretendo.

Que por estar informado  
Su Alteza desta sospecha,  
Ha hecho así la desecha,  
Y así en el país ha entrado  
Conmigo á la posta, en nombre  
De un mi criado. Hasta aquí  
Representé lo que fui,  
Ya soy hombre de aquel hombre;  
Y así, es mi mejor riqueza  
Servir á señor que estimo.

Entra D. Juan de Austria.

DON JUAN.

Muy bien anduviste, primo.

DUQUE.

Déme los pies Vuestra Alteza.

DON JUAN.

Las manos, Duque, y los brazos,  
Y no con desigual ley  
De hermano de vuestro Rey,  
Sino con tiernos abrazos;

Que yo, cual seréis testigos,  
Vengo á ser en los Estados  
Soldado con los soldados,  
Amigo con los amigos;

Y aunque vengo á gobernar  
En vez del Rey, mi señor  
Y hermano, cuyo favor  
Á mil reyes puede honrar,  
No represento en su ausencia  
(Esto mi sangre codicia)  
La parte de su justicia,  
Sino la de su clemencia.

Mons de Iche, ¿qué os ha turbado?  
Téngoos amor; tened fe,  
Llegad, pues, y daros he

Los brazos que al Duque he dado;

Que por razón y por ley  
Debo el favor que prevengo:  
Conocedme, que yo tengo  
Más de hombre que de rey.

Publíquese en todo Flandes  
Mi llegada y su acogida;  
Avisen de mi venida  
Sus titulados y Grandes.

ICHE.

Yo vuelvo á Bruselas luego,  
Duque; ¿no me acompañáis?

DUQUE.

Iche, vos basta que vais:  
Que me disculpéis os ruego;  
Que de suerte me ha robado  
La libertad, la nobleza  
Y el estilo de Su Alteza,  
Que quedo por su criado.

Ya, si no cual caballero,  
Asistiré en su presencia;  
Que un príncipe con clemencia  
Hará cera del acero.

ICHE.

Yo voy.

Vase.

DON JUAN.

Las obras dirán

Lo que de mi amor se aguarda:  
Mi amigo sois: de mi Guarda  
Os hago mi capitán.

DUQUE.

Beso tus pies.

OTAVIO.

¿Quién abona

Á éste?

DON JUAN.

Pruebas son mías.

OTAVIO.

Pues ¿de tu enemigo fías  
La guarda de tu persona?

DON JUAN.

Por este medio se alcanza  
El fin que yo busco y sigo:  
Al enemigo hace amigo  
El hacer del confianza.

Salen soldados.

SOLDADO.

Señor, como la fama es tan parlera,  
Publicó de Su Alteza la venida,  
Y quieren maestros de campo y coroneles (1),  
Capitanes, alférez y sargentos,  
Besar los pies de Vuestra Alteza.

DON JUAN.

¿Cuáles?

SOLDADO.

Los españoles vuestros, las columnas

(1) Verso largo.

De nuestra madre España, Sancho de Ávila,  
Don Alonso de Vera y otros nobles.

DON JUAN.

No traigo orden; es muy presto agora  
Para poder dejarme ver de ellos;  
Y dígoles que mi señor hermano  
Está muy indignado, y con gran causa,  
Por los pasados sacos y motines.  
Ventilarse ha en telas de justicia  
De los culpados la notoria culpa,  
Y castigados éstos, podrán verme  
Los inocentes dello.

DUQUE.

Respuesta áspera (1).

Sale otro soldado.

SOLDADO.

Carlos Fúcar, soldado y rico príncipe,  
Y coronel mayor de los tudescos,  
Quiere besar los pies de Vuestra Alteza.

DON JUAN.

Entre (2),

Y aun es razón que al paso yo me encuentre.

Sale Carlos Fúcar.

FÚCAR.

Déme los pies Vuestra Alteza.

DON JUAN.

Estos brazos están llanos,  
Y á esas victoriosas manos  
Se les debe esta llaneza.

El Rey, mi señor, me envía  
Para la paz desta tierra,  
Y si durase la guerra,  
Para haceros compañía;  
Que se confiesa servido  
De vuestro valor y ser,  
Y yo vengo á agradecer  
Lo que él tiene conocido.

FÚCAR.

El alma dejas robada.  
La que te parió bendigo:  
Vivas, honor de Austria.....

DON JUAN.

Amigo,

Más se debe á vuestra espada.  
Dos pagas al sueldo aumento,  
Fúcar, aunque no traía  
Tanta licencia, á fe mía.

FÚCAR.

Una, por ser tuya, es ciento.

DUQUE.

Licencia me puedes dar;  
Que voy á hacerte hospedaje  
Donde mi pobre linaje  
Tiene su casa y solar.

DON JUAN.

Duque, con menor cuidado,

La amistad estimo.

DUQUE.

Muerto

Por dar muestras de que quiero  
Mostrarme tu apasionado;

Y verás la bizarría  
Del mundo en mi hermana Ircana.

DON JUAN.

Por ir á servir tu hermana,  
Permito esa cortesía.

FÚCAR.

Ya el alma en celos se abraza.  
Desdora la amistad, cielos,  
Con abrasarme con celos  
Del huésped que va á esta casa;

Que pretendo en casamiento  
Á Ircana. Sosiega, amor;  
Que hay muchas leguas de honor  
Entre el uno y otro intento.

DUQUE.

Tiempo es que te dejes ver  
De la ciudad.

FÚCAR.

Á aprestar

Voy mis tudescos.

Vanse el Duque y Fúcar.

OTAVIO.

Yo á dar  
Orden dónde has de comer.

DON JUAN.

Yo á gozar de los abrazos  
De unos secretos amores,  
Que con mil tiernos favores  
He de anudar en mis brazos.

OTAVIO.

¿Amores, señor? ¿Quién son?

DON JUAN.

Otavio, mis españoles,  
Del cielo de España soles,  
Y gloria de su nación.

¿Oiste con la aspereza  
Que respondí á los primeros,  
Y con tantos extranjeros  
Viste la usada largueza?

Pues como la dama estaba  
Que en el caro galán sueña,  
Y en público se desdeña  
Y se muestra esquivá y brava.

Rásganeme las entrañas  
Por abrazar los leones  
Que los troncos borgoñones  
Conservan á sus Españas.

Más fué granjear amigos  
El usar de aquel rigor,  
Entre las muestras de amor  
Que les dí á los enemigos;  
Venga; abrazaré al momento  
Al menor español.

OTAVIO.

Vamos;

(1) También á este verso le sobran sílabas.

(2) También largo.

Aunque es justo que salgamos  
A aqueste recibimiento.

Tocan trompetas; luego, chirimías.

Grandemente Namur te honra.

DON JUAN.

La música haced cesar;

Quédese para el altar

Y para Dios esa honra.

OTAVIO.

¿Los que te estiman ultrajas?

DON JUAN.

Pífanos y cajas quiero,

Que me agrada su són fiero.

OTAVIO.

¡Orden: pífanos y cajas!

Vanse.

Salen D. Alonso de Vera y Arcila.

ARCILA.

¿Tanto me quieres?

DON ALONSO.

De suerte,

Que aún no sé si podrá ser

Que divida este querer

El cuchillo de la muerte;

Ni puede su espada fiera

Dividir, aunque divida

Del alma y cuerpo la vida,

Y este esclavo tuyo muera.

Porque como la memoria

Va en el alma tuya en fin,

Y en ella no ha de haber fin,

No le habrá en gozar tu gloria.

Ya sé que son herejías

Éstas, que digo sin tiempo,

Pero pasábase el tiempo,

Y se han de acabar los días.

Y en el reino de verdad

Ó en aquel tartáreo seno,

Sólo para el malo ó bueno

Ha de haber eternidad.

Pero por varios caminos,

Supuesto que soy cristiano,

Loco con tocar tu mano,

Digo tantos desatinos;

De los cuales me arrepiento

Y á Dios le pido perdón;

Aunque no de mi afición,

Pues su fin es casamiento.

ARCILA.

¡Juicio, señor don Alonso

De Vera! ¿A do estoy viniera

Si antes aquí se dijera

De mi *requiem* el responso;

Si no hubiera conocido

Que el favor que me hacéis

Y el que de mí pretendéis

Es con nombre de marido?

Y así, no ofendiendo á Dios

Ni á mi honor en este rato,

En que de casarme trato,

Mi don Alonso, con vos,

Permite la cortesía

De una dama y un galán

Que tan conformes están,

Entretenerse hasta el día.

Mas con todo, mi español,

Sol de Marte manifiesto,

Desocupemos el puesto

Antes que visite el sol,

Ó los rayos de su lumbré,

Este zagüán y cancel;

Que tengo un padre cruel

Y habrá mucha pesadumbre.

Que aunque es tan honrado el yerno,

Aborrece la nación

De España su corazón,

Más que aborrece al infierno;

Y quiero excusar enojos,

Su condición conocida.

DON ALONSO.

¡Ay, flamenca de mi vida!

ARCILA.

¡Ay, español de mis ojos!

Sale Mons de Prate, y velos.

MONS DE PRATE.

¡Qué de noches me ha costado

No dormir, señor soldado,

Por ver, antes de morir,

Si se ve con no dormir,

Quién es buena y quién honrado!

Pero ya he dado en el cuento:

Vuesarced aquí qué aguarda

En mi casa y aposento?

¿Es éste el cuerpo de guarda?

¿Tiene esto de alojamiento?

La muralla que atropella

Del honor desta doncella,

¿Es garita por do pasa?

De paz estaba mi casa,

¿Qué guerra me mete en ella?

Dígame, pues, lo que hace.

¿Cómo no me satisface?

Que esta enemiga sin fe,

Aunque lo que hace no sé,

Ya sé el honor que deshace.

DON ALONSO.

Puesto, señor Mons de Prate,

Que atrevimiento parezca

El haber atravesado

Sin vuestro gusto estas puertas,

Por ser soldado español,

Y esta señora flamenca,

Ella rica y en su campo (1),

Yo extranjero y en lo ajeno (2),

(1) Tal vez Lope escribió *casá*.

(2) Debe decir en *la ajena*.

Ambos mozos, y el lugar  
Y la nación extranjera,  
Solos y á hurto de todos,  
Y más de vuestra presencia,  
Escuchadme dos razones,  
Cuanto comedidas, cuerdas:  
Veréis cómo os satisface  
El mismo de quien dais queja.  
Mi nombre, ya le sabéis,  
Que es don Alonso de Vera;  
Mi linaje, es el que agora  
Aquí os contará mi lengua.  
Cuando, si tenéis noticia,  
En la Corte aragonesa  
Sucedió el caso notable  
Que nuestras historias cuentan,  
De que García, el Infante,  
Pidió un caballo á la Reina,  
Y por no quererle dar,  
Por temer del Rey la ofensa,  
La levantó que era adúltera  
El mancebo, sin prudencia,  
Á la inocente madrastra,  
Tanto cuanto hermosa, honesta,  
Aquel rústico Ramiro,  
Criado allá entre las sierras  
Y montes, hijo del Rey  
Y de cierta montañesa,  
Defendió por tela de armas,  
De la Reina la inocencia;  
Y ella, bajo su brial,  
Le legitimó en la herencia.  
Y porque llevó Ramiro  
En la batalla, por letra,  
*Veritas vincit*, tomaron  
Sus bisnietos esta empresa,  
Siendo Vera el sobrenombre  
De á do descenden los Veras.  
Ved qué principal principio:  
Éste es mi linaje, y ésta  
Mi casa, y éste mi nombre  
Allá en Castilla la Vieja.  
Ved con cuán honrada sangre  
Hoy emparentáis la vuestra  
Si me dais á vuestra hija.

MONS DE PRATE.

Créolo; la casa es buena.

DON ALONSO.

Pues en lo que es mi persona,  
Aunque arrogancia parezca,  
No soy de los desechados  
En las postreras hileras;  
No soldado tan bisoño,  
Que ya doce años no tenga,  
De Flandes, sien lo doctor  
Por la pica y escopeta.  
No hay en todo este horizonte  
Provincia donde no pueda  
Medir á palmos y á pies,  
Desde aquesta Galia Bélgica,  
Desde Pramonte á Namur,

Y desde Frisa á Lorena,  
Zelandia, Holanda, Gclando,  
Luxemburgo, Astors, Susteifa (?),  
Flandes, Gró, Oniens, Tenante,  
El Sacro Imperio y La mesa.  
Desde que le sucedió  
Al de Alba en la tenencia  
El Comendador mayor,  
Que Dios en su gloria tenga,  
Heme hallado en lo de Amberes,  
En lo de Gante y Bruselas,  
Tardein, Mons de Guesin (?),  
Y en otras plazas y fuerzas,  
Con el Duque de Linod,  
Antes que el Conde se fuera.  
..... (1)  
Tomadas ganancias, pérdidas,  
Contra el de Nassau y Orange  
Y otros príncipes de cuenta,  
Parciales de los rebeldes,  
Y de sus tropas cabezas.

MONS DE PRATE.

Créolo, ¡por vida mía!

DON ALONSO.

Pues en mi cuerpo, quisiera  
Poderos mostrar heridas  
Que mil partes atraviesan;  
Pues las que he dado al silencio  
Es más importante prenda,  
Porque es torpe la alabanza  
Cuando no está en boca ajena.

MONS DE PRATE.

Créolo, así Dios me ayude.

DON ALONSO.

En lo que es la hacienda y renta,  
No soy de los españoles  
Que nacieron en la tierra  
Hechos un sol de trabajos  
En las montañas primeras,  
Y siendo su mayor honra  
Guardar dos vacas y ovejas  
Con abarcas y cerrados  
Vestidos de tosca jerga,  
En empuñando una pica  
Ó una alabarda ó jineta,  
Con una cadena al hombro  
Y una pluma á la francesa,  
Dicen que fueron sus padres  
Anquises, Didos, Eneas,  
Y que es su solar Guevara  
Y comen diez mil de renta.  
Quién soy yo, lo tengo dicho;  
Mi propia persona muestra  
Mi valor; mi ingenio, ya  
Lo ha mostrado mi experiencia.  
Hacienda, diez mil ducados  
Es mi patrimonio, y fueran  
Treinta mil si no jugara  
Mi tío don Juan de Vera.

(1) Un verso cortado por el encuadernador.

MONS DE PRATE.

Créolo, créolo cierto.

DON ALONSO.

Pues, señor, ¿aquí qué resta  
Para hacerme merced  
Y para que el mundo entienda  
Que estiman los españoles  
Toda la nación flamenca?  
Si dudáis en el amor  
Que tengo á Arcila la bella,  
Que este nombre puede darse  
Á mi esposa é hija vuestra,  
¡Pártame un rayo, una bala  
Me pase de una escopeta,  
Y esté el plomo lardeado,  
Para que cura no tenga,  
Si hay voluntad cual la mía,  
Ni cual la mía hay firmeza,  
Porque de día y de noche  
Adoro y contemplo en ella!

MONS DE PRATE.

Créolo.

DON ALONSO.

Dádmela, pues,  
Con que mi pecho os protesta  
De seros hijo obediente,  
Rico, pobre, en paz y en guerra.  
¿Queréismela dar?

MONS DE PRATE.

No quiero,  
Y perdonad la respuesta,  
Que huele á descomedida  
Por ser tan libre y resuelta.  
Primero no ha de haber hombres  
En Namur ni aun en la tierra  
Que mira al Septentrión,  
Con quien emparentar pueda,  
Que dé mi hija á español;  
Y en esto no os hago ofensa,  
Que soy padre y es mi gusto,  
Y aquí no importan las fuerzas.

DON ALONSO.

Pues quien supiere que he entrado  
Yo en vuestra casa.....

MONS DE PRATE.

Quien sepa  
Que habéis entrado á hablarla  
Y forme dello sospecha,  
No me la pida, que ahí  
Está Santa Clara cerca,  
Donde es una prima mía  
Del monasterio abadesa:  
Haré mi yerno á Francisco,  
Veré la monja profesa,  
Que aunque carezca de nietos,  
Ganancia será esta pérdida.

DON ALONSO.

Pues que tan resuelto estás,  
Muy enhorabuena sea;  
Pero adviértos que por mí,  
Hasta que la dama muera

De su muerte natural,  
No os satisfagáis en ella  
Con género de castigo  
Por donde la vida pierda,  
Porque desde luego os reto  
Que me ponga á su defensa,  
Y á vos y á los que por vos  
Salir en campaña puedan,  
Porque del cabo de España  
Vendré á Namur, porque vea  
Flandes quién es don Alonso  
Y si de veras es Vera.

MONS DE PRATE.

Yo os abono esa palabra,  
Y me quedo con mi queja  
En mi casa, con mi hija,  
Donde, con mayor prudencia,  
Veré el castigo que es justo  
Que este atrevimiento tenga.  
Entrad adentro, señora.  
Id en paz, señor.

DON ALONSO.

Paciencia,  
Corazón, por no alterar  
Á Flandes con cosas nuevas.

Éntranse D. Alonso y Arcila.

MONS DE PRATE.

¡Hola! ¿Oís vosotros? ¡Lisardo,  
Eduardo, hola!

Sale un criado.

CRIADO.

Despiertas

Antes del día la casa.

¿Qué mandas?

MONS DE PRATE.

Ahí te llega,  
Casa de Orsnido el herrero,  
El de la mano derecha;  
Dile llegue aquí, y que traiga  
Aquellas tenazas hechas  
Á herrar tantos esclavos;  
Que tengo una esclava nueva  
Que ferí anoche, y me importa,  
Que herrada hoy amanezca,  
Porque antes que llegue el día  
Ha de mudar dueño y tierra;  
Que importa así al honor mío.

CRIADO.

Voy.

Vase.

MONS DE PRATE.

¡Infame hija, piensa  
Lo que es un padre ofendido,  
Que honrada opinión sustenta!

Vase.



Entran Mons de Cleu y Mons de Iche y Mequetrefe.

MONS DE CLEU.

Ya se acabó la vida  
De la esperanza que con alas de oro  
Hasta el lugar que pretendí volaba;  
Ya todo el bien se acaba,  
Mi opinión va perdida;  
Como flaca mujer me aflijo y lloro.

MONS DE ICHE.

Sosiega, Mons, que claro....

MEQUETREFE.

Mío sinor, Príncipe mío,  
Pian, piano.

MONS DE CLEU.

¡Qué desvarío!

MONS DE ICHE.

Tus intentos concierta.

MONS DE CLEU.

El ambición que me gobierna es muerta.

MONS DE ICHE.

¿Y qué, Mons, te fastidia?

MONS DE CLEU.

La Casa de Austria y de don Juan la envidia.

MONS DE ICHE.

Los Estados te sirven como á dueño.

MONS DE CLEU.

¡Ay, que pasó cual sueño  
Esa diputación y esa subida!  
Y así, en mi pecho lidia  
Con la dura ambición la ciega envidia.

MONS DE ICHE.

Ahora consolarte quiero.

MONS DE CLEU.

¿Cuáles consuelos podrán  
Mediar mi tormento fiero,  
Si claman señor don Juan  
Todos á este caballero?

¿Por qué es señor si está ausente?

¿Esto sufre, esto consiente  
Mi pecho? ¡Si hombre, criado,  
Mi allegado ó mi privado  
Se lo llama eternamente,

Vive el honor que sustento,

Que le he de hacer allí  
Mil pedazos al momento,  
Ó que me maten á mí  
Si tal llamarse consiento!

MONS DE ICHE.

Todos gusto te darán.

MEQUETREFE.

No, sino dé; y si están  
Advertidos, á fe mía,  
Que lo más cierto sería  
Matar al señor don Juan.

MONS DE CLEU.

¡Oh, perro! Alza la mano,  
Déjame ó pásale el pecho.

MONS DE ICHE.

Ya le castigas en vano.

MEQUETREFE.

Con esto estás satisfecho  
De que fué yerro; es muy llano,  
La lengua se deslizó.

MONS DE ICHE.

¡Calla, Mequetrefe!

MEQUETREFE.

¿Yo?

MONS DE CLEU.

¿A quién llamas señor, perro?

MONS DE ICHE.

Ya confieso que fué yerro.

MONS DE CLEU.

¿Conoces á ese hombre?

MEQUETREFE.

No.

MONS DE CLEU.

¿Eres su vasallo?

MEQUETREFE.

Si,

Un retrato suyo vi.

MONS DE CLEU.

¿Qué gajes te ha dado?

MEQUETREFE.

Nada.

MONS DE CLEU.

Qué, ¿te agrada?

MEQUETREFE.

No me agrada.

MONS DE CLEU.

Pues ¿por qué hablas así?

MEQUETREFE.

No sé: un amor natural

Me guió.

MONS DE CLEU.

No digas tal:

No sé qué remedio intente.

MONS DE ICHE.

¿Qué fabricas?

MONS DE CLEU.

Que éste intente

Matar al señor don Juan.

MEQUETREFE.

Si tú le llamas así,

Hemos de matarte á ti.

MONS DE CLEU.

Con razón me matarán,

Pues llamé señor don Juan

Á este mi enemigo, aquí.

MONS DE ICHE.

Gran Mons de Cleu, tu honor,

Por apasionarte menguas;

Busca otro medio mejor;

Que este hombre, aun en nuestras lenguas,

Le confesamos señor.

Haz instancia tú en sacar

Los españoles de Flandes;

Que esto te ha de asegurar

Y abrir puerta por do mandes

Al que aquí intentas matar.

Ofrece paz.

MONS DE CLEU.

En eso me resuelvo (1):  
Vé tú, Lisdauro, á tratallo;  
Nada que te pidan niegues.

MEQUETREFE.

Voy á obedecerte y callo;  
Lisdauro, porque sosiegues,  
Yo sé que sabrá tratallo.

Vase.

MONS DE CLEU.

No sacude tan bien de la melená  
La coyunda el novillo no domado,  
Ni el serpentín la bala que ha arrojado,  
Cuando el viento en su boca alumbra y truena;

El lebel castigado la cadena,  
El oso la colmena que ha robado,  
De las propias abejas hostigado,  
La boca de dulzura y rabia llena,  
Cual yo sacudiré el motivo fiero  
De que me dé su nombre pesadumbre,  
Pues solo quedo, y esta patria mía;

Que aunque al lobo y al tímido cordero  
Suele hacer compañeros la costumbre,  
Sólo el mandar no sufre compañía.

Sale Mequetrefe.

Tocan trompetas y dicen de dentro.

¡Paces en Gante, paces en Gante!

MEQUETREFE.

La nueva más importante  
Te doy que hombre te habrá dado:  
La paz se ha capitulado,  
Y se llama paz de Gante.

MONS DE CLEU.

¡Paz de Gante!

MEQUETREFE.

En paz están;  
Y con estas condiciones  
Que cifran estos renglones,  
Las hizo el señor don Juan.

MONS DE CLEU.

Señor ha de ser por fuerza.

MEQUETREFE.

En cómo hablan de él me fundo;  
Señor es, pues todo el mundo  
Esta cortesía esfuerza.

MONS DE CLEU.

*•Paces capituladas entre el señor don Juan.»*

MEQUETREFE.

Tiégalo y ve lo que te importa, como al  
enfermo que toma las amargas píldoras que le  
han de dar salud (2).

(1) Verso largo y suelto.

(2) No parece natural que Lope intercalara estas tres líneas en prosa. Acaso serán versos alterados por el copista, como otros muchos pasajes de esta infeliz comedia.

MONS DE CLEU.

«Ofrecen los Estados de Flandes y Gante  
que se gobernarán por sí, echando el señor  
don Juan los españoles destos países, y con-  
firmarse ha con su sello y firma, á quien obe-  
decemos como rey y señor.»

Salgan estos españoles  
De Flandes, déjenme holgar;  
Que yo solo haré eclipsar  
No este Sol, mas muchos soles.

MEQUETREFE.

Guárdele nuestra nación;  
Que yo solo le daré  
Mil puñaladas.

MONS DE CLEU.

Seré  
Atlante de tu opinión;  
Serlo has tú para matallo  
El día que éntre en Bruselas.

MEQUETREFE.

Sin quitarme las espuelas  
Ni apearme del caballo  
Le daré un pistoletazo;  
Que yo, como soy truhán,  
Puedo llegarme á don Juan,

MONS DE CLEU.

Ya, Mequetrefe, te abrazo,  
Y en albricias del concierto,  
Toma éstas, aunque no grandes.

Dale un bolsillo.

MEQUETREFE.

Da sin españoles Flandes,  
Y daréte á don Juan muerto.

Éntrase, y sale Ircana.

IRCANÁ.

¡Oh España! ¡Con cuánta queja  
De ti mis ojos están!  
Vé á don Juan y tú don Juan  
¡Ay, cómo el alma me deja!  
¡Ay, señor don Juan! ¡Ay, Marte,  
Fénix del Arabia solo,  
Marte en guerra, en paz Apolo,  
Contra quien no hay fuerza ni arte!

Duque hermano, ¿qué has traído  
Á tu casa? ¿En qué te empleas?  
¡Ay, huésped! ¡Ay, nuevo Eneas!  
Con la lastimada Dido.....

Y ¿á sus intentos dejarlos  
Puedes, Carlos Fúcar? Piensa  
Que hay otra nobleza inmensa  
Ya, de otro hijo de Carlos,  
Tras quien el alma abrasada  
Va, con extraña pasión;  
Y el dueño del corazón  
Ha de ser César ó nada.

Mas éste es mi hermano.

Salte el Duque.

DUQUE.

¡Oh Ircana!

¡Oh hermana y señora mía!

IRCANA.

¡Duque y hermano!

DUQUE.

Alegría

Da veros, hermosa hermana.

¡Oh, qué bien que parecéis!

¡Hermosa y bizarra estáis!

IRCANA.

Pues vos me lisonjáis,

Algo pedirme queréis.

DUQUE.

¿De dó podéis colegir

Que este loor es interés?

IRCANA.

Porque lisonjear es

La víspera del pedir.

¿Qué es menester? ¿Soy en algo

De provecho?

DUQUE.

Si os obligo

Con el intento que sigo,

Mucho sois, á fe de hidalgo.

Pediros quiero.....

IRCANA.

¿Qué? ¿Toca

Para el brazo? ¿Hay caña ó justa?

DUQUE.

Petición es más injusta,

Y más soberbia y más loca.

IRCANA.

¿Algún collar?

DUQUE.

Más.

IRCANA.

¿Mi cinta

De diamantes?

DUQUE.

Más.

IRCANA.

No sé

Qué me pidáis que yo os dé,

Si es destas cosas distinta.

¿Es algún tributo ó renta

De la parte que he heredado?

DUQUE.

Más.

IRCANA.

¿Más que joyas y estado?

No corre más por mi cuenta,

Sino es alguna afición

Deshonesta, y no ejemplar,

Pues yo no he de ser Tamar;

Por eso no seáis Amón,

Duque; que será cansaros

Y ofender mis pensamientos.

DUQUE.

Lejos van vuestros intentos:

Más quiero....., quiero casaros.

IRCANA.

Si es con Carlos Fúcar, tengo

Que pensar, y muy despacio.

DUQUE.

De más soberbio palacio,

Príncipe y dueño os prevengo.

IRCANA.

¿Es el de Orange?

DUQUE.

Tampoco;

Mayor es su calidad;

Que mi loca voluntad

Dió vida á un deseo loco:

Con el señor don Juan quier

Aspirar y pretender.

IRCANA.

Pues ¿quíreme el por mujer?

DUQUE.

¿Fuera menester tercero

Si él me quisiera honrar tanto?

Más quiero que le queráis

Y que finjáis que le amáis;

No os cause este medio espanto;

Que si sabéis hechizalle,

Obligalle y atraelle,

Hablalle y correspondelle,

Quizá podréis enlazalle;

Y el negocio sucedido,

Por fuerza ha de ser cuñado;

Que vuestro honor y mi estado

Piden nombre de marido.

Donde no, abrasarse ha el mund ;

Y el ser señor del yo ya,

Está en que esto se haga.

IRCANA.

¡Va

Bueno ese engaño segundo!

Justo fuera responderos

Más enojada y llorando;

Pero riendo y burlando,

Quiero así reprehenderos:

Bien muestra ese proceder,

Con ese aparente gozo,

Que sois caballero mozo,

Y no viejo mercader.

Pues ¿en qué juicio cabía,

Ya que vendéis vuestro honor,

Que entréis quitando el valir

Así á la mercadería?

¿Cuál pensáis que es la excelencia

De la mujer más altiva,

Ser discreta, airosa, viva,

Tener hermosa presencia?

No, hermano; nuestra labor

Está en saber estimar

Nuestra flaqueza, y en dar

Recato á nuestro temor.

El gusto, tras de infinito

Trabajo, tiene sazón,  
Que es sal á la privación,  
Y hermosa el apetito.  
Ruega el hombre á la mujer,  
Y más, mujeres honradas:  
Quitadnos el ser rogadas,  
Y quitaréisnos el ser.  
Pero él viene; por mi cuenta  
Queda lo que habéis mandado.  
¡Oh, lo que he disimulado (Aparte.)  
La pasión que me atormenta!

Entra D. Juan con dos soldados y Carlos Fúcar.

CARLOS.  
Si en algo á la majestad  
Del Rey, mi señor, serví,  
Pido se me premie aquí  
En esto mi voluntad;  
Adoro á Ircana, la hermana  
Del Duque, y puede casarme  
Vuestra Alteza.

DON JUAN.  
Es obligarme.  
CARLOS.

Sería promesa vana;  
Haré el oficio de amigo  
De mi Príncipe y señor,  
Y vencerá ese favor  
Al más soberbio enemigo.

DON JUAN.  
¡Oh Duque!

DUQUE.  
Aquí está mi hermana.

DON JUAN.  
No he visto á Su Señoría:  
Perdonad, señora mía.

IRCANA.  
¡Qué grandeza cortesana!  
¡Oh, hechicero español,  
Bello ramo de Austrial

DON JUAN.  
El puesto,

Bonísimo es para esto,  
Ni ofende el calor ni el sol.  
Vengo, señora, á mirar  
Desde aquí el salir la gente  
De España, que hoy, francamente,  
Á Flandes han de dejar.

Por el edicto de Gante  
Se hace este sacrificio,  
Y como es día de juicio,  
Es mi persona importante;  
Porque ha de haber mil cuidados,  
Celos, agravios, enojos;  
Y así, los de vuestros ojos,  
Señales por mis estrados.  
Aquí pondré conclusión  
Á este día peligroso,  
Con el alivio dichoso  
De vuestra conversación.

IRCANA.

Y estimo que Vuestra Alteza  
Halle en mí qué le entretenga.

DON JUAN.  
¡No diréis que me convenga?

IRCANA.  
Es desigual la grandeza.

DON JUAN.  
¡Si es extremo la hermosura!

IRCANA.  
Todo es vuestro.

DON JUAN.  
No sé nada.

CARLOS.  
Señor, de mí te apiada.

DUQUE.  
Goza de la coyuntura.

Ruido dentro.

¡Ah de la guarda! ¿Quién es?

DON JUAN.  
Á ninguno se le niegue  
La entrada, y quien fuera, llegue,  
Pida justicia á mis pies.

Salen D. Alonso de Vera, Mons de Prate y Arcila,  
herrada en el rostro.

MONS DE PRATE.  
Señor, si eres quien publica  
La fama.....

ARCILA.  
Señor, si deja  
Tu piedad fama tan rica.....

DON ALONSO.  
Señor, tu cristiana oreja  
A mi sentimiento aplica.  
Mons de Prate es padre de ésta,  
Que, en traje de esclava puesta,  
Ha herrado el rostro que adoro,  
Entre aquel hierro y el oro  
Que su beldad manifiesta.

Hallóme con ella un día,  
Ó una noche, que quería  
Tratar con honesto intento  
Del hidalgo casamiento  
Que con ella pretendía.

Pedísela, y desprecio  
Mi parentesco; pedí  
Allí su palabra yo  
De que no hubiese por mí  
Enojo, y él me la dió;

Y agora, cual ves, la ha herrado.  
Ya la llevaba á vender  
Á Inglaterra; abrasado  
Yo, y loco por la mujer,  
Y de la injuria agraviado  
De la palabra rompida,  
Le quise quitar la vida:  
Amparó aquí su cabeza.

Senténcienos Vuestra Alteza,  
Nuestra culpa conocida.

IRCANÁ.

¡Necio padre!

DON JUAN.

¿Es esto así?

MONS DE PRATE.

No puedo, señor, negar

El yerro que cometí.

DON JUAN.

Y vos, ¿queréis casar,

Don Alonso?

DON ALONSO.

Señor, sí.

DON JUAN.

¿Con una persona herrada?

DON ALONSO.

Si lo fuera, fuera errada

La cuenta que de mí diera,

Si herrada mujer quisiera,

Para ser mujer honrada:

Pero si por acertar

Con mujer que no ha de errar,

Veo á mujer tan honrada

Por cuenta mía herrada,

Sus hierros me obliga á amar.

Por mi cuenta el hierro fué:

Yo se le satisfaré,

Cual dueño del yerro todo.

DON JUAN.

Vos, señora, ¿de qué modo

Guardáis tanto amor y fe?

ARCILA.

Con confesar que acertó

El padre que me herró;

Pues los yerros que tenía

El alma, que no era mía,

Á la cara los sacó.

Yo, de honesta y recatada

Aunque de mi esposo amada,

No mostraba mi querer,

Por no venir á tener

Nombre de mujer errada.

Conoció que era importante,

Mi padre, que este mi amante

Entendiera el bien que encierro,

Y díome lengua de hierro

Para esta fe de diamante.

Sólo el hierro que amancilla

El fuego que á mi alma toca,

Es, aunque no es maravilla,

Que por ponerle en la boca

Me le puso en la mejilla.

DON JUAN.

Lleven preso á Mons de Prate

Y á don Alonso de Vera;

Que aunque es del amor dislate,

Importa de otra manera

Que se castigue y se trate.

Y aquesta dama poned,

Duque, en depósito agora.

IRCANÁ.

En mí el depósito haced.

ARCILA.

Eso es honrarne, señora.

IRCANÁ.

Que os he de servir, creed.

¿Qué tienen, amiga mía,

Estos españoles fieles?

ARCILA.

No sé si yo acertaría

Á pintarlo aquí.

IRCANÁ.

¡Ah, crueles!

Tocan á marchar.

DON JUAN.

Vea, pues, Vueseñoría

Pasar los tercios, que el són

Nos avisa que éstos son.

IRCANÁ.

¿Qué maestros de campo van

Siguiéndolos?

DON JUAN.

Julían

Romero con Mondragón.

Salen Julían Romero y Mondragón, y todos los soldados que puedan, y Sancho de Avila.

MONDRAGÓN.

Ved, señor, cuál Vuestra Alteza

Ordena, dispone y manda

Salgamos los españoles

De Flandes para ir á España:

Las rodela en las fundas,

Las espadas en las vainas,

Las trompetas en los hombros,

En los bagajes las cajas.

Ya que libró la cerviz

Flandes, de la dura carga

De la opresión española,

Que tanto le ofende y cansa;

Ya quedan con Vuestra Alteza,

Encargadas de su guarda,

Sus fuerzas con sus presidios,

Con sus soldados sus plazas:

Lloramos, que Vuestra Alteza

Es prenda importante y cara;

Del Rey nuestro señor es

Del honor de España el alma;

Es el sol de la milicia,

El laurel guardado de Austria,

Gran defensor de la fe,

Mar de nuestras esperanzas.

Y queda el mar suelto al viento,

Y el sol entre nubes pardas,

Y la prenda en un empeño

De sospechosa ganancia.

Tememos....

SANCHO.

¡Ah, Mondragón!

¿Por qué así á Su Alteza hablas?  
 Señor, Vuestra Alteza es  
 Toda la honra de España.  
 Yo no hablo filosofías:  
 Hanos quitado su guarda;  
 Échanos de los Estados,  
 Vámonos á nuestras casas.  
 Queda entre sus enemigos,  
 Que la lealtad castellana  
 Era el freno de esta gente,  
 Que con palabras le engañan.  
 ¡Vive Dios, que han de vendelle!  
 Que conozco sus palabras;  
 Y ha de enviar por nosotros,  
 Do estuviéremos, mañana.  
 Vamos llorando, no sea  
 Que, aunque hagamos alas  
 Los pies, no lleguen á tiempo  
 Las manos: ¡ésta es la lástima!  
 Quédesen en paz Vuestra Alteza,  
 Y ¡plegue á Dios....

DON JUAN.

¡Sancho de Ávila!

SANCHO.

¡No quede sin españoles  
 Flandes! Adiós.

DON JUAN.

¡Ea, basta!

Proseguid en la partida;  
 Vuelvan á su són las cajas;  
 Que yo entro á sentenciar  
 De don Alonso la causa.

Vanse.

MONS DE PRATE.

¡Matarme ha este casamiento!

DUQUE.

¡Esta suspensión me mata!

ARCILA.

¡Ay, Dios, la sentencia temo!

SANCHO.

¡Por Dios, que es hermosa esclava!

IRCANA.

Tibio va mi pretensor.

SANCHO.

¡Hola! Marchen las escuadras.

Tocad noramala á orden,  
 Pues ya murió tocar arma.

DON ALONSO.

¡Esta prisión es remedio  
 De que yo no vaya á España!

## JORNADA SEGUNDA.

Sale el Duque solo.

DUQUE.

Las cosas de modo van,  
 Aunque haya más fraude y dolo,  
 Que morirá, ó verá solo  
 Flandes al señor don Juan.

Porque Mons de Cleu porfia,  
 ..... (1)  
 De los flamencos Estados,  
 Cartas por horas me envía;

No pueden sufrir que sean  
 Por español de nación  
 Gobernados; la pasión  
 Con libertad señorean.

La parte va muy caída  
 Del Rey, y de España siento  
 La mudanza y pensamiento.  
 Yo aventurara la vida,

Y si pudiera, el honor,  
 Como abierta puerta hubiera,  
 A que mi patria quisiera  
 Servir al Rey mi señor;

Que soy noble y soy leal.  
 Sólo de casar gustara  
 Mi hermana, que es prenda cara,  
 Y trocara el bien en mal

Si el señor don Juan, al fin  
 Que yo voy fuera su parte,  
 Pues él es en valor Marte,  
 Y ella en rostro un serafín.

Pero pues que no se inclina  
 Á ella, menos hará  
 Lo que fabricando está  
 El alma que lo imagina.

Mi hermano y yo pasaremos  
 Al bando de los Estados,  
 No al fin de vellos mudados,  
 Ni su daño intentaremos,

Sino por ver si con ser  
 De su bando nuestra ley,  
 Que obedezcan nuestro Rey  
 Hoy les podemos hacer.

Sólo esta esclava me abraza:  
 Mi hermana Ircana la adora;  
 No sé cómo hiciere agora  
 Para que la eche de casa;

Que estando en su compañía  
 Será imposible gozalla.  
 Aquí hermosa traza halla  
 La apasionada alma mía.

(1) Falta un verso.

Mas ésta es; quiero probar  
Su prudencia y su recato.

Sale Arcila.

ARCILA.  
Señor Duque, ¿qué hacéis?  
DUQUE.

Trato  
De cómo os pueda agradar.  
ARCILA.

¿Á mí?

DUQUE.  
Á vos, que vuestro preso,  
Como es mi mayor amigo.....

ARCILA.  
¿Mi don Alonso?

DUQUE.  
Ése digo:  
Como su amistad profeso,  
Encargóme que hiciera  
Con vos aquella amistad  
Que su misma voluntad,  
Á estar presente, pudiera.

ARCILA.  
Su libertad es favor  
Mayor que podéis hacelle.

DUQUE.  
¿Queréisle mucho?

ARCILA.  
El querelle  
Llegó adonde pudo honor:  
De cómo vivo me espanto,  
Sin velle un instante. ¡Ay, cielo!

DUQUE.  
¿Tanto le queréis?

ARCILA.  
Recelo  
Que le amo y quiero.....

DUQUE.  
¿Qué, tanto?

ARCILA.  
No quiere tanto el olmo la tejida  
Vid que el hermoso tronco le hermosca;  
La tierra el agua, y la desierta aldea,  
La ciudad de quien siempre es socorrida;

No quiere tanto la corcilla herida  
El arroyuelo manso que desca;  
Nuestra imaginación, su misma idea;  
Nuestro cuerpo mortal, su propia vida;

No quiere tanto el padre al hijo amado;  
El conejuelo, aquel lugar que sabe;  
El soldado bisono, su cuadrilla;

La libertad, el preso lastimado;  
La salud, el enfermo; el mar, la nave,  
Cuanto á su don Alonso quiere Arcila.

DUQUE.

Justo premio merecéis;  
Y por serle amigo fiel,  
Os quiero querer por él  
Todo lo que le queréis;

Hacer la solicitud  
De su negocio.

ARCILA.

Está bien,  
Y lo agradezco también.

DUQUE.

Procurar vuestra quietud,  
Regalaros, aumentarlos.

ARCILA.

Eso va bien, sí, señor.  
DUQUE.

Y la fe de vuestro amor,  
Con otra tanta pagaros;  
Y así, mi señora, trazo  
Por primera conclusión,  
Pues os doy mi corazón,  
Que vos me deis un abrazo.

ARCILA.

Eso va mal.

DUQUE.

¡Si lo ordena  
Y manda el que es tan mi amigo!

ARCILA.

No tan amigo: yo digo  
Que esta amistad no va buena;  
Y supuesto que os entiendo,  
Señor Duque, por me hacer  
Merced, que deis en creer  
Que á don Alonso pretendo

Y que mi mayor empresa  
Es el amor que os confieso:  
Donde él tiene el cuerpo preso,  
Tiene Arcila el alma presa.

En mi don Alonso adoro;  
Más me enlazó la cadena  
De hierro que en sus pies suena,  
Que de toda Arabia el oro;

Más rica estoy con llorar  
Por mí don Alonso ausente,  
Que con las perlas de Oriente  
Y las conchas de su mar.

Allí quiero, allí no olvido,  
Allí adoro, allí deseo,  
Con el pensamiento veo,  
Y con el antojo pido.

No cobre jamás amor  
Á prenda tan rematada,  
Que trae la cara empeñada  
En hierros de su señor.

Ásela el Duque de la manga.

Si otra cosa no queréis,  
Soltadme.

DUQUE.

¡Ah, ingrata!

ARCILA.

Soltadme.

DUQUE.

¡Arcila!

ARCILA.

¡Ah, Duque! ¡Soltadme,

Ó daré voces!

DUQUE.  
No haréis.

¿No habrá amor para mí?

ARCILA.  
No.

DUQUE.  
Qué, ¿al fin me dejaréis?

ARCILA.  
Sí.

DUQUE.  
¡Ay de mí!

ARCILA.  
Más ¡ay de mí!  
Si ofendo á quien me adoró!

Vase.

DUQUE.

Vete, bronce, diamante, roca, mármol,  
Helada Citia, corazón de fiera,  
Áspid sordo, pez mudo, y porque acierte,  
Mujer resuelta en adorar á un hombre,  
Que es darte el epíteto que te cuadra.  
Ácaba de poner este veneno  
En los ojos y el alma que desdeñas;  
Yo sacaré de aquí, como la araña,  
De gozarte ó trazar tu afrenta y muerte;  
Yo abriré puerta á la envidiosa llama  
Que roe las entrañas, que atosiga.

..... (1)  
Emparentar con él y dar mi hermana,  
Porque el señor don Juan la estima y quiere,  
Y luego diré yo á tu don Alonso  
Que á ti el señor don Juan quiere gozarte;  
Con que pongo esta leña, aunque no enjuta,  
Á que reciba la impresión del fuego,  
Y partiréme con Mons de Cleu luego.

Sale Ircana.

IRCANA.

Hermano, ¿en qué se entendía?

DUQUE.  
¡Oh Ircana, hermana! Medía  
Lo que hay del agradecer  
Al no agradecer, por ver  
Que tantas leguas habría.

IRCANA.  
¿Quién ha desagrado  
Algo en que le hagáis favor?

DUQUE.  
Á mí, nadie; á vos ha sido.

IRCANA.  
¡Á mí!

DUQUE.  
Y ése es el dolor,  
Que no lo hayáis conocido.  
Haced á Arcila amistad,

Acaricialda, rogad,  
Á quien.....

IRCANA.  
¿Arcila me ofende?  
¡Toda el alma se suspende!

DUQUE.  
Y todo aquesto es verdad.

IRCANA.  
¿Qué hace contra mí?  
DUQUE.

¿Y quién  
Impide al señor don Juan  
Que no os quiera, hermana, bien?  
Si desdén hermana, os dan,  
¿Quién es causa del desdén?  
¿Es, por dicha, nuestro estado  
Para no ser envidiado?  
Nuestra parentela ilustre,  
Del honor de Italia lustre,  
¿Para no ser deseada?

Vuestra gala y hermosura,  
¿No tendrá á mucha ventura  
Gozalla otro rey mayor?  
¿Pues qué si esmalta el color  
Del honor vuestra cordura?

IRCANA.  
No soy tal que no pudiera  
Haber rey que pretendiera  
La mano que á don Juan doy,  
En fe de lo que yo soy  
Y lo que le pareciera;

Pero ¿cuál impedimento  
Es el que Arcila me pone?  
En esto dudo, esto siento.

DUQUE.  
Nuestro intento descompono  
Su villano atrevimiento.

IRCANA.  
Qué, ¿el señor don Juan estima  
Á Arcila?

DUQUE.  
Ella es la atrayente  
Á quien el contrario anima;  
Y al fin le saca valiente.

IRCANA.  
Mucho el cuento me lastima,  
Y mal Arcila me paga;  
Muchos respetos estraga  
La envidia que ciega á Arcila.

DUQUE.  
Evitad con despedilla  
Que lo que hace no haga.

Vase el Duque.

IRCANA.  
Mucho lo que oí me admira,  
Y á no ver la voluntad  
Con que á honrarme á mí aspira,  
Creyera que esta verdad  
Era mil veces mentira.

(1) Cortado por el encuadernador.



Pero.... (1)  
Ojos, disimulad, pues,  
Los celos y la afición;  
Enmudeced, corazón,  
Que es vuestro honor é interés.

Salen D. Juan y Otavio Gonzaga.

DON JUAN.

El Consejo y ciudadanos  
De Bruselas, que aun ahora  
Me dejan con sus paisanos,  
No han dado lugar, señora,  
A que os besase las manos;  
Agora lo vengo á hacer.

IRCANA.

Cuando Vuestra Alteza me haga  
Merced, la sabré tener  
Sobre mis ojos.

DON JUAN.

La paga  
Que el coronel ha de haber  
De los tudescos, se dé,  
Y los papeles traed,  
Otavio Gonzaga: espero.

OTAVIO.

Yo parto por ellos.

DON JUAN.

Pero.... (Aparte los dos.)

Grosero anduve: volved,  
Y en este rato asistí  
De conversación; vení,  
Sed aquí un noble testigo,  
Que la hermana de mi amigo  
No está sola bien aquí.

Y menor inconveniente  
Es no pagar á esa gente,  
Que pagar mal al honor  
Del que es mi amigo mayor,  
Si vos no os halláis presente.

No porque la vana red  
De amor me enlaza é inflama,  
Esto, de quien soy creed,  
Mas conozco de esta dama  
Que me hace mucha merced.

No quiero dar á entender  
Que esta señora es mujer,  
Aunque es de mujer el nombre,  
Sino que yo no soy hombre  
Que mes.... (2)

Esto se entienda así, Otavio,  
Que á entenderlo de otro modo,  
Sin razón la haréis agravio.

OTAVIO.

¡Que seas valiente en todo,  
Y seas en todo sabio!

IRCANA.

¡Acabóse esa consulta

Tan retirada y oculta?

DON JUAN.

Siempre os deseo servir;  
Sentada podréis oír  
Lo que de acuerdo resulta:

Yo sé que he andado grosero  
En teneros en pie, pero  
Mas lo fuera si os quisiera  
Sentada á solas.

IRCANA.

Y fuera

Pagarme mal lo que os quiero;  
Pero en venir Vuestra Alteza  
Ya de esta licencia ha usado.

DON JUAN.

Al altar de la belleza,  
Do está vuestro amor sentado,  
Se debe aún mayor llaneza.

El ser quien sois es un fuerte  
Que resistirá al asalto  
Del enemigo más fuerte.  
Paso, deseo, haced alto,  
Que os dará el volar la muerte.

IRCANA.

Señor, si me hacéis favor  
Y es merced que he de gozalla,  
Sea, mas de paz, señor;  
Que aquí, ni se ve muralla,  
Ni llega el són del tambor.

Vuestra Alteza puede dar  
Aquí de mano al poder,  
Al armar, al pelear:  
No sea todo vencer,  
Que aquí el perder es ganar.

DON JUAN.

Antes, aquí será gloria  
El llevar de la victoria  
La pérdida y la desgracia,  
Porque es ganar vuestra gracia  
Enriquecer la memoria.

Otavio....

OTAVIO.

Señor, ¿qué dijo? (Aparte los dos.)

DON JUAN.

Si viéredes que me pierdo  
Y el gusto al hablar dirijo,  
Hacé un compañero cuerdo  
De un predicador prolijo:  
Tiradme.

OTAVIO.

¡Astucia donosa!

DON JUAN.

Antes, prevención forzosa:  
Yo sabré, como soldado,  
Vencer un contrario armado,  
Y de una mujer hermosa,  
¿Podrá ser salir vencido?  
En arma estamos.

IRCANA.

Desvela (Aparte)

Con tus celos mi sentido,

(1) Cortado por el encuadernador.

(2) Idem id.

Amor.

OTAVIO.

¿Qué soy?

DON JUAN.

Centinela

De guarda, os he repetido.

IRCANA.

El Príncipe, ¿qué concierto?

Que hay plática aparte incierta.

DON JUAN.

Enemigos hay.

OTAVIO.

¿Quién son?

DON JUAN.

Esta mujer y ocasión.

OTAVIO.

A velar empiezo.

DON JUAN.

¡Alerta!

IRCANA.

¿Tantos secretos y aquí?

DON JUAN.

Un hombre tan ocupado,  
Siempre se divierte así.

IRCANA.

Y un galán, galán soldado,  
Siempre anda de guerra.

DON JUAN.

¿En mí

Hay guerra?

IRCANA.

Puédela haber

En otro.

DON JUAN.

¿Qué puede ser

Guerra de mujer?

IRCANA.

La tierra

¿Tiene acaso peor guerra,  
Como la de una mujer?

DON JUAN.

Si la hace con los ojos,  
No será de mucha furia,  
Será de muchos antojos.

IRCANA.

Si la hace con injuria  
Y la mueve con enojos.

DON JUAN.

Podrá ser guerra que asombre  
Si es el fundamento grave,  
Y más si es guerra por hombre.

IRCANA.

Vuestra Alteza, que lo sabe,  
Le podrá poner el nombre.  
¿Cómo se llama la guerra  
Cuando le niega una tierra  
A su rey la posesión  
Debida?

DON JUAN.

Rebelión.

IRCANA.

¿Y cuando una escuadra cierra  
Con un lugar defendido?

DON JUAN.

Asalto.

IRCANA.

¿Y cuando se halla  
Un ejército ofendido  
De otro, y se rompe?

DON JUAN.

Batalla:

Este es su propio apellido.

IRCANA.

¿Y cuando por mal pagados  
Toman armas los soldados  
Y anda uno y otro pasquín  
Contra el general?

DON JUAN.

Motín.

IRCANA.

¿Y cuando los descuidados  
Ciudadanos presos son  
Del mismo alcaide?

DON JUAN.

Traición.

IRCANA.

Luego esta guerra, en verdad,  
Que es traición de una amistad  
Y motín de una afición,  
Salió una amiga traidora.

DON JUAN.

No os entiendo bien, señora.

IRCANA.

Ni yo; el tiempo lo dirá.

OTAVIO.

Tírale.

Deo gracias, padre, que va  
Acabándose la hora.

DON JUAN.

Muy bien; yo abreviaré.

Sale Arcila.

ARCILA.

¿Tanto,

Señor, puede el amor ciego,  
Y de la muerte el espanto,  
De los celos el cruel fuego,  
Y de la ausencia el quebranto?

IRCANA.

¿Se descomide aquí esta?

ARCILA.

Ya tanto me cuesta (1)  
En la salud su rigor.

IRCANA.

¿Hay desvergüenza mayor?

ARCILA.

En tal extremo estoy puesta  
Viendo á don Alonso preso,  
Estando con tal llaneza

(1) No es verso.

Nuestra fe en un mismo peso,  
Que á los pies de Vuestra Alteza  
Vengo á pedirle sin seso.

Justicia y clemencia pido:

Justicia, contra el ausencia

Que me quita mi marido,

Y clemencia, en la licencia

De que uso en haberlo sido.

Si Vuestra Alteza ha alcanzado

A gozar, mal dije, á ser

Del mal de amor lastimado,

Déle á esta viuda mujer

El dueño que le ha quitado;

Á este árbol su flor y hoja,

Su descanso á esta congoja,

Su salud aqueste enfermo,

Su sombra á este campo yermo,

Á quien tanto estío enoja;

Su vida á esta voluntad,

Á esta nave su gobierno,

Y á esta guerra su amistad,

Su paz, y gloria á este enfermo (1),

Y su esfera á esta humildad;

Á esta llama su reposo;

Que con pecho generoso,

Usando de su largueza,

Me da todo esto Su Alteza

En darme libre á mi esposo.

DON JUAN.

Ya sería remitido,

Verlo y mandarlo soltar,

Á mi auditor Leonido;

Mas si tanto ha de importar

Que veáis vuestro marido,

Haga lo que sea servida

Mi señora Ircana bella;

Seréis juzgada y oída;

Á ella dad la querella,

Ella le suelte ó le impida;

Que me da el partirme prisa

Á Bruselas.

IRCANA.

Vuestra ausencia

De mil males nos avisa.

DON JUAN.

Bien se llevará en paciencia.

IRCANA.

¿Podrá sin ella?

DON JUAN.

Es precisa;

Demás, que ofender no quiero

Donde soy casamentero

Y padrino en el mensaje.

IRCANA.

Nunca Vuestra Alteza baje

De su oficio al de tercero.

DON JUAN.

¡Por mi vida, que me han hecho

Casamentero! Creed

Mi lengua como mi pecho.

IRCANA.

Toda la vuestra merced

Esa palabra ha deshecho.

DON JUAN.

Déjoos de ser servidor.

OTAVIO.

¡Ah, padre predicador!

¿Tiro?

DON JUAN.

Sois amigo fiel.

Adiós.

Vanse D. Juan y Otavio.

IRCANA.

¡Ay, amor cruel,

Que te enmudeció el honor!

ARCILA.

Deja la forzosa ausencia,

Pon al sentimiento pausa;

Para sentenciar mi causa,

Dame, amiga, la sentencia.

IRCANA.

¿Qué es lo que pedís?

ARCILA.

¿Qué modo

Es ése, amiga, de hablar?

IRCANA.

A la razón le acomodo.

ARCILA.

¿Así me quiere afrentar

Quien me suele honrar en todo?

¿Qué es esto, amiga y señora,

No soy ya merecedora

De tu favor?

IRCANA.

Esta vez,

No porque yo sea juez

Vuestro, y vos seáis reo agora,

Y estando yo en mis estrados

Por tribunal, ya no debo

Esos términos pasados;

Que es para el juez muy nuevo

Ser cortés con los culpados.

¿Qué pedís?

ARCILA.

Nada.

IRCANA.

Ea, pues,

¿Qué pedís?

ARCILA.

¿Podré después

Pedir?

IRCANA.

Agora es razón,

Porque tengo comisión

Y estáis culpada á mis pies.

ARCILA.

¿Yo culpada? Si te entiendo,

(1) No es consonante de *gobierno*: debió escribir Lope *inferno* en vez de enfermo.

Un esmeril atrevido  
 Rompa, con aquel estruendo  
 Que suele, á este vil oído  
 Que está sus culpas oyendo.

Si jamás desmerecí  
 Aquello que merecí  
 Cuando te merecí hablar,  
 Haga la voz popular  
 Anatomía de mí.

Ningún consuelo me cuadre,  
 Venga don Alonso á ser  
 Hijo de una infame madre,  
 Venga á amar otra mujer,  
 Vénguese de mí mi padre,  
 Fálteme tu compañía,  
 Que es como faltar al día  
 El sol, si en cosa ha faltado  
 La amistad que te he jurado  
 Y la fe que te debía.

Mas, pues con autoridad  
 Usas de la comisión,  
 Pídotte la libertad  
 De aquella injusta prisión.

IRCANÁ.

Vuestro marido soltad;  
 Suéltenle, aunque yo os confieso,  
 Que haceros bien profeso,  
 Y si suelto ha de entender  
 Que, aunque suya, sois mujer,  
 Mejor es que él se esté preso.

Vase.

ARCILA.

¡Extraño y nuevo suceso!  
 ¡Término de hablarme extraño!  
 ¡No lo entiendo, pierdo el seso!  
 ¿Qué testigos de mi daño  
 Ha habido en este proceso?  
 ¿Quién sin razón me castiga  
 Quitándome tal amiga?  
 A quienquiera que eres, digo  
 Traidor, si eres enemigo;  
 Falsa, si eres enemiga.

A mi preso voy á hacer  
 Soltar, y luego he de ver  
 Quién te engaña y me ha ofendido;  
 Que con sombra de marido  
 Puede mucho una mujer.

Vase.

Salen Mons de Cleu, Mons de Prate y Mequetrefe.

MONS DE PRATE.

Yo tengo libertad y tengo vida,  
 Por querirme valer Vuestra Excelencia.

MONS DE CLEU.

Muerta la guarda, la prisión rompida,  
 Gusto tanto de ver en mi presencia,  
 Mons de Prate, que culpo aun el cuidado  
 Por ser mucha la vuestra diligencia.

Aquí tendréis mis gajes y mi lado;

Ya vendrá el de Linod; al Duque espero,  
 Que también de don Juan se ha retirado;  
 Mas ¿no es éste que corre en el overo?  
 Estas postas son suyas; ya se apea;  
 Recebille con tierna oferta quiero;  
 Según es la invención es la librea.

DUQUE.

Déme los pies Su Excelencia.

MONS DE CLEU.

Déle Vuestra Señoría  
 Las manos en mi presencia.

DUQUE.

Amigo, llegóse el día  
 Caro que cuesta esta ausencia;

Que como soy tan leal  
 Al Rey mi señor Filipo,  
 Temo atribuyan á mal  
 El caso..... (1)

Que es el hallarme parcial;  
 Pero el fin que aquí he tenido,  
 Si del lado me he movido  
 Del señor don Juan, no es  
 Otro parcial interés,  
 Ni otra razón he tenido,

Mas de pensar que podré  
 Reprimir aquí la gente  
 Que más rebelada esté.

MONS DE CLEU.

Basta, señor Duque, intente  
 Vuestro honor mostrar su fe:

En efecto, ¿vendrá á entrar  
 Hoy en Bruselas?

DUQUE.

Sin duda;  
 Mons de Prate, habíais de hablar.

MONS DE PRATE.

Como medroso.

Todo el color se me muda  
 Cuando me vuelve á mirar.

DUQUE.

Todos venimos huidos,  
 Mas no todos ofendidos;  
 Que yo, lo que evitar quiero  
 Os callaré.

MONS DE CLEU.

Desespero.

MONS DE PRATE.

Vengarme fié.

MEQUETREFE.

Somos oídos.

DUQUE.

En parte estamos segura.

MONS DE CLEU.

Sabe el cielo que procura  
 Mi pecho, en esto también,  
 De los Estados el bien.  
 Lloro al ver la carga dura  
 Con que oprimidos están;

(1) Cortado por el encuadernador.

Si quiere el señor don Juan,  
Hechizos tiene el señor  
De este nombre.

DUQUE.

No es error;  
Todos tal nombre le dan.

Lo que mi intento procura  
Para echar la carga dura,  
Es la muerte del señor  
Don Juan.

MONS DE CLEU.

Darán por traidor

Al que hacer eso procura;

No quiera Dios que yo venga  
En tal maldad.

MONS DE FRATE.

Ni yo tenga

En eso parte.

MEQUETREFE.

Yo sí;

La muerte le daré aquí  
Cuando á entrar al palio venga (1).

Sale un soldado.

SOLDADO.

La diputación me envía  
Á que me prestes audiencia;  
Remediar daños querría;  
Óigame Vuestra Excelencia,  
Y óigame Vueseñoría:

¿Sin celos recibirá  
Hoy al señor don Juan? Da  
Toda la diputación  
Bastante demostración  
De la fe que guardará.

Si los herejes pretenden  
Hacer á Su Alteza engaño,  
Muy rüin hazaña emprenden;  
Será mucho nuestro daño  
Si al señor don Juan ofenden.

No ampare Vuestra Excelencia  
Gente ruin en la presencia  
De Su Alteza, ni en la entrada;  
Ésta es, señor, mi embajada.

Y donde no, haga ausencia,  
Sálgase de los Estados,  
Que todos los diputados  
Lo piden con cortesía  
Lo mismo á Vueseñoría,  
Que son leales y honrados.

MONS DE CLEU.

¿Tal atrevimiento aquí?  
¡Matalde!

SOLDADO.

¿Matarine á mí?

Yo, ¿qué culpa he cometido,

Si yo embajador he sido?  
¡Viva Filipo!

MONS DE CLEU.

Sea así.

¡Viva Filipo, y matad  
A ese loco!

MEQUETREFE.

¡Qué amistad  
Para gozar tus favores!

DUQUE.

Lo dicho, dicho, señores,  
Sin que haya publicidad.

Éntranse todos.

Salen D. Juan y Otavio Gonzaga.

DON JUAN.

Ya, Otavio, estoy á la puerta  
De Bruselas, esperando,  
En esta venta encubierta,  
La diputación.

OTAVIO.

Llegando,  
Será su fe descubierta;  
Mucho fia Vuestra Alteza  
Desta gente.

DON JUAN.

Esta llaneza  
Es el medio más seguro  
Para la paz que procuro;  
Vida me da esta largueza.

En medio la mar mayor  
Navega mejor la nave  
Con viento blando y menor;  
Y el médico que más sabe,  
Cura con menos rigor.

Al desdén que más porfía,  
Le vence la cortesía;  
Que la humildad y clemencia  
Es la mayor resistencia  
Que tiene la tiranía.

Yo sé el intento que sigo  
Y dónde mi ingenio alcanza;  
Otra vez os digo, amigo,  
Que es el hacer confianza  
El freno del enemigo.  
Yo sé cómo me he de haber....

Suena un tamboril de danza.

¿Qué tambor es éste?

OTAVIO.

El són  
De máscara debe ser.

DON JUAN.

¿Llegará alguna invención  
Para causarnos placer?

Salen cuatro príncipes con máscaras, y danzan  
una mascarilla.

OTAVIO.

¡Donoso baile!

(1) Los versos anteriores desde *no es error*, están escritos de mano de Martínez de Mora en el manuscrito de Parma (fol. 235). Sustituyen á una escena enteramente borrada é ilegible.

DON JUAN.

¡Escogida  
Danza, y los trajes donosos!  
Sabed de adónde es traída.

OTAVIO.

¿Quién sois?

PRÍNCIPE 1.º

Vasallos celosos  
Del cuidado de tu vida:  
De Barlamón soy el Conde;  
De Rensel, Conde es aquél;  
De Frigenber, el que esconde  
Este traje; el Conde  
De Fieldmegen corresponde  
Al..... (1)

Y á vista de la ciudad  
Quedaron otros disfraces;  
Doce príncipes capaces  
Defienden Su Majestad.  
Por el vulgo hemos venido  
Á buscaros y á ofrecernos  
Con este tosco vestido,  
Y así importará volvernos,  
Ya Vuestra Alteza advertido,  
Si no importa aquí quedar  
Y morir aquí y quitar  
Las máscaras y los trajes.

DON JUAN.

¡Oh honor de vuestros linajes,  
Los brazos os quiero dar!

¡Entraos en mi corazón!  
Tal sé que están los sucesos,  
Que quisiera, y con razón,  
Ser un labrador de ésos,  
Y danzar á vuestro són;

Y á fe, flamencos leales,  
Que son servicios reales  
Hechos de tales señores,  
Y que tales labradores  
Han de hacer cosechas tales;

Pero ¡por vida del Rey  
Mi hermano, y por gusto mío,  
Que os volváis!

PRÍNCIPE 1.º

Tu gusto es ley.

DON JUAN.

No entiendan que desconfío  
De ellos, esa común grey.  
¡Por vida mía!

PRÍNCIPE 2.º

Señor,

Á peligro entras.

DON JUAN.

Mejor

Se hará así.

PRÍNCIPE 3.º

Yo no querría.

DON JUAN.

Señores, ¡por vida mía!

PRÍNCIPE 4.º

Tememos.

DON JUAN.

Perdó el temor,

Y fiad, mis labradores,  
Más leales y mejores  
Que tuvo señor jamás;  
Que si el daño llega á más  
Y se aclaran los traidores,  
Y su traición llega á dar  
Mies que se pueda trillar,  
Fiad que de vuestra mano  
Fiaré la hoz de mi hermano,  
Con que la podréis segar.

PRÍNCIPE 1.º

Bajo de esa confianza  
Se dejará la invención.

DON JUAN.

Importa.....

PRÍNCIPE 1.º

¡Grande fianza!

Compañeros, volvé el són,  
Y deshagamos la danza.

Vanse las danzas.

DON JUAN.

Otavio, ¿hay lealtad en Flandes?

¿Hay titulados y Grandes  
Leales al Rey mi hermano?

OTAVIO.

Adonde hay malos, es llano  
Que habrá mil buenos que mandes.

DON JUAN.

De esto, Otavio, ¿qué dirás?

OTAVIO.

Mucho bien; pero harás  
Mal si no temes mudanza.

DON JUAN.

¡Cuatro príncipes en danzal  
¿Qué nación pudo dar más?

Sale un paje.

PAJE.

Una señora preñada,  
Que de un pleito está agraviada,  
Á Vuestra Alteza querría  
Hablar, y le importaría  
Que fuese antes de la entrada.

DON JUAN.

Puerta franca se ha de dar.

PAJE.

Otavio Gonzaga quiere  
Que esté sólo al informar  
Lo que Vuestra Alteza oyere.

DON JUAN.

¿No es mujer? Ha de alcanzar  
Todo aquello que quisiere:  
Los dos quedamos, y vos  
Salid, pues así ha de ser.

OTAVIO.

¿Qué te querrá esta mujer?

(1) Cortado por el encuadernador.

DON JUAN.

No temo: confío en Dios.

Sale Ircana.

IRCANA.

Aunque estiman las historias  
De Castilla á la Condesa  
Que al conde Fernán González  
Sacó con grillos y á cuestras  
De la prisión de su hermano,  
No pienso que llegó á ésta  
La hazaña de su amor,  
Como lo que pasa entiendas.  
Porque doña Sancha estaba  
Casada; el que libró, era  
Su marido; el Rey, su hermano;  
El pleito, por su hacienda;  
El alcaide fué en su ayuda,  
Que el respetarle era fuerza,  
Y el peligro en la huida,  
Fueron escasas dos leguas,  
Hasta que encontró al abad  
Que andaba á caza, y fué puesta  
Ella en el lugar del Conde,  
Y el Conde libre en su tierra.  
Pero yo vengo á librar  
Á quien no sólo no espera  
Mi fe que será su dueño,  
Aunque más méritos tenga.  
Pero aquí no me está bien  
Confesar, que ya me cuestan  
Lágrimas algunas sombras  
De unas celosas sospechas.  
No hago de esto caso; pasen  
Niñerías por consejas;  
Quiéroos bien, en conclusión:  
Del modo que digo, intenta  
El Duque mi hermano cosas  
Que á vuestro mal se enderezan.  
Quiere Bruselas mataros,  
Digo, no toda Bruselas,  
Muchos rebeldes que hay dentro,  
Que un Mequetrefe es cabeza.  
Saber esto con verdad,  
Muchos avisos me cuesta,  
Espías, pasos andados,  
Y quizás no poca hacienda.  
Por si de alguna pistola  
La llama villana y ciega  
Enviare desmandada  
(Mandada es cosa más cierta)  
Alguna bala cruel  
Que á las entrañas se atreva  
Del imitador valiente  
Del valor del quinto César,  
Os traigo espaldar y peto,  
Hecho de mosquete á prueba:

Saca las armas.

Que es el preñado fingido,  
Por cumplir con ésos y éstas.

Ninguno sabe quién soy;  
Sólo lo sabe una dueña,  
Por cuya criada vine  
En carroza hasta Bruselas.  
Y en ella fingimos ser  
Dos damas pobres y huérfanas;  
Yo su hija, ella mi madre;  
Yo preñada, viuda ella  
De un capitán, á quien hizo  
Ciertos agravios de hacienda  
Un auditor; y queríamos  
Quejarnos á Vuestra Alteza.  
Ya el preñado se acabó:  
Del parto salió esta prenda;  
De la voluntad, el ansia;  
Desta flaqueza, esas fuerzas.  
Otavio Gonzaga fué  
Testigo de la primera  
Conversación; quiero que hoy  
De esta voluntad lo sea.  
Vuelva la posta á Namur:  
¡Plega á Dios que, aunque yo pierda  
De mi honor, no pierda España  
La vida de Vuestra Alteza!  
No he de esperar más palabra,  
Que importa la diligencia.  
Adiós. ¡Criados, la silla!  
Demos á casa la vuelta.

Vase.

DON JUAN.

Callemos, si así conviene.  
¡Notable prueba de honrada!  
¡Gran valor Ircana tiene!

OTAVIO.

Más grande amor.

DON JUAN.

De obligada  
Y de agradecida, viene.

OTAVIO.

Cuando Vuestra Alteza honró  
Su casa, no le mostró  
Tanto amor.

DON JUAN.

Eso es así;

Pues obligada de mí,  
No quiero decir tal yo,  
Sino que viene obligada  
Del padre que le dió vida.  
¡Ah, hazaña tan extremada,  
Por mostrarse agradecida  
Al haber nacido honrada!

De una suerte y de otra, ha sido  
Gran prueba de que ha querido  
Que no muera. Y quien procura  
Que viva, prueba es segura  
De que no me ha aborrecido.

Si yo vivo, ya imagino  
Cómo la podré servir,  
Y por tan alto camino:

Que no pierda por venir,  
Aunque se entienda que vino.  
Vos os vestid ese acero.

OTAVIO.

¿Vestirle yo? No, señor,  
Que yo moriré el primero;  
No soy tan cobarde, no.

DON JUAN.

Y aun por eso, vivo os quiero.

OTAVIO.

Mejor es que Vuestra Alteza  
Le vista, que yo me fundo  
En la verdad con llaneza:  
¿Qué importa al cuerpo del mundo  
Y de España, esta cabeza?

DON JUAN.

Y ¿dejaránme, en efeto,  
Si han de matarme sin ley,  
De dar por ese respeto?  
No respetan á su Rey,  
Y ¿respetarán á un peto?  
¿Pensáis que va más segura  
Por el peto mi cabeza?

OTAVIO.

Al fin es de plancha dura.

DON JUAN.

Reíos de su dureza  
Si no estiman mi blandura.  
Rogadle vos que á la mano  
Que fuere á apretar la llave  
No la detenga; que es llano  
Detener el rostro grave  
Del que es de su Rey hermano.

Que si la aprieta y porfia,  
Y la desvergüenza guía  
Ese atrevimiento fiero,  
También pasará el acero  
Quien pasa esa cortesía.

Vestilde.

OTAVIO.

Pues ¿para qué,  
Si Vuestra Alteza no quiere  
Vestirle?

DON JUAN.

Yo os lo diré:  
Para que si yo muriere,  
Quede viva en vos la fe.

OTAVIO.

Si el pueblo desvergonzado  
Llegare á tanto rigor  
Y anduviere tan sobrado,  
Quien matare á su señor,  
También matará el privado.

DON JUAN.

Impórtame que en presencia  
De mi hermano confeséis,  
Si diere á esta gente audiencia,  
Cuán á mi costa me veis  
Calificar su clemencia.

OTAVIO.

Y con ese peto fuerte

Escaparéis de esa suerte.  
¿Fuerza es vestirle?

DON JUAN.

Y crecida;  
Que el testigo de la vida,  
Hace inmortal una muerte.  
Id y vestilde, que el són  
Es éste ya de la entrada:  
Mi guarda y diputación.

OTAVIO.

Por ser la hazaña honrada,  
Le visto á tu petición.

Sale el Duque.

DUQUE.

Ya el palio llega, y también  
Llega el de Cleu.

DON JUAN.

Está bien,

Duque.

DUQUE.

¡Señor!.....

DON JUAN.

Entre extraños

Estoy; fío en vuestros años  
Y valor: guardadme bien.

DUQUE.

Tengo á Vuestra Alteza amor.  
Salióme al rostro el color. (Aparte.)

DON JUAN.

Duque, la jineta es arma  
Del que á mil reyes desarma.  
De mi hermano y mi señor.....

Él va aquí, no yo.

DUQUE.

Es así.

DON JUAN.

Duque, mi amigo sois.

DUQUE.

Soy

Criado tuyo.

DON JUAN.

Advertí

Que sois mi capitán hoy.  
Honradme.

DUQUE.

Fiad de mí.

¡Oh, lo que á un noble avergüenza (Ap.)  
Cualquier sombra de un delito!  
Ya el pueblo á llegar comienza.  
¡Viva Austria y don Juan invito!

DON JUAN.

Hoy no quiero que me venza  
El de Cleu en cortesía.  
Él es: vencerle querría.

Sale Mons de Cleu.

MONS DE CLEU.

Déme los pies Vuestra Alteza.



DON JUAN.

¿Conmigo tanta extrañeza?  
Los brazos, ¡por vida mía!

MONS DE CLEU.

¡Qué gallardo y galán es! (Aparte.)  
Si es tan soldado.....

DON JUAN.

Es gallardo (Aparte.)  
El General irlandés.

Sale Mequetrefe con una pistola y unas sonajas.

MEQUETREFE.

A besar tus pies aguardo:  
Primero que me los des,  
Vivas, invicto don Juan,  
Otro Castrioto albanés.  
Gobernador, capitán  
De Flandes y de Milán,  
Dame á besar esos pies.

Hinca la rodilla.

DON JUAN.

Nunca está rico un soldado:  
De lo que tengo, recibe.

Dale una cadena.

MEQUETREFE.

Al fin, rey. ¡Bueno he quedado  
Para un hombre que apercibe  
La muerte que no ha pensado!

DON JUAN.

Pon esa boca mejor;  
Va aquí el General, y toca  
Á mí el volver por su honor;  
Basta que por una boca  
Nos descubrieses tu humor.

Lleva esa pistola bien,  
Y no nos digas por tantas  
Lo poco que eres también.

MEQUETREFE.

Con esa entereza espantas.  
¡Quemen quien tal mate, amén!

DUQUE.

Entra en el palio, que espera  
Flandes.

Suena ruido dentro.

Sacan á D. Alonso preso, con dos soldados  
y Mons de Prate.

DON JUAN.

¿Qué confusión era  
Esa?

DUQUE.

Aquí llega el tropel.

DON JUAN.

¡Santo cielo! ¿No es aquél.....

DUQUE.

¿Quién?

DON JUAN.

Don Alonso de Vera?  
Duque, ¿cómo traen así  
Á don Alonso? deci.

Ahora salen.

DUQUE.

Señor, así es importante:  
Fué contra la paz de Gante,  
Y han de castigarle así.

MONS DE PRATE.

Señor, ya en Gante fundamos  
Paces, y capitulamos  
Que aquí español no quedase  
Con armas, ó lo pagase  
Como á aquéste castigamos.

Este con armas venía,  
Y por prenderle mató  
Doce de mi compañía;  
Este mi hija robó,  
Y éste mil muertes debía.  
Hoy perderá la fiera  
Y perderá su cabeza.

DON JUAN.

Don Alonso, ¿cómo es eso?

DON ALONSO.

Ya del primero proceso  
Sabe harto Vuestra Alteza.  
La segunda culpa ha sido  
Saber que venía vendido  
Vuestra Alteza entre esta gente;  
Y como mi pecho siente  
Ver su Príncipe ofendido,  
Contra el edicto tomé  
Armas, y á morir al lado  
De mi Rey me aventuré;  
Sucedió lo que han contado;  
Pagarlo he si lo pequé.

DON JUAN.

¿No se podrá suspender  
La ejecución de su muerte  
Por hacerme á mí placer?

TODOS.

¡Muera el español!

DON JUAN.

De suerte,  
¿Que aun esto no he de poder?

TODOS.

¡Muera el español!

DON JUAN.

¡Extraña

Resolución es aquésta,  
Y en mi fiesta! ¡Ah, leal España! (Aparte.)

Sale Arcila afligida.

ARCILA.

¡Cuántas lágrimas me cuesta,  
Y pasos, esta hazaña,  
Esposo del alma mía!

¡Cruel padre, que así tienes  
El alma que me regía!

MONS DE PRATE.

¡Oh, loca! Á buen tiempo vienes;  
Que tú le harás compañía.  
Pagarme ha tu liviandad.

DON ALONSO.

Arcila, ¿quién te ha traído  
Á ver mi calamidad?

ARCILA.

Yo, que á tus pies he seguido  
Siempre desde la ciudad;

Y como te vi prender,  
Corrí; pero soy mujer,  
Llegué ya tarde, y no tanto,  
Que siendo de hija el llanto,  
No pueda á un padre mover.

De rodillas.

¡Padre de mi corazón,  
Dame mi marido vivo!  
Erré, y la satisfacción  
Del agravio que recibo,  
Está en esta posesión;  
Dame, con darme el honor.

MONS DE PRATE.

Ha sido á la paz traidor;  
Muerto te le podré dar;  
Que ya no quiero vengar  
Mi pasado deshonor.

Soy tu padre lastimado;  
Vesle ahí; casaes los dos,  
Y en trance tan desdichado,  
A ti, castiguet Dios,  
Y á éste, el pueblo indignado.  
No puedo enfrenar el llanto.

DON JUAN.

Señores, ¿no podré tanto  
Yo, que por esta mujer  
Esto venga á merecer?  
De vuestro estilo me espanto.  
En el palio no entraré,  
Ni fiesta recibiré,  
Con crueldades á los ojos.

DUQUE.

Evitá á Su Alteza enojos.  
Ya sin Arcila quedé. (Aparte.)

DON JUAN.

Otorgad esto por mí.

MONS DE CLEU.

¡Ah, flamencos! Decid sí:  
¿Queréis otra nueva guerra?

TODOS.

Porque éntre hoy en nuestra tierra  
Linod.

DON JUAN.

Yo lo haré así.

Ahora, en el palio entrar quiero.

MONS DE CLEU.

Que éntre Vuestra Alteza espero.

DON JUAN.

Mons de Cleu, por prenda cara  
Os doy del palio una vara,  
Yo os hago mi compañero.

Y si en el palio no entráis,  
No es por merecerle en ley  
De quien sois, sino que vais  
Con quien representa al Rey  
Que por señor confesáis.

MEQUETREFE.

¡Por qué modo tan galán (Aparte.)  
Lo echó del palio!

MONS DE CLEU.

Ya van (Aparte.)  
Mis rabias á más mil veces:  
Yo me vengaré, don Juan.

DON JUAN.

En los príncipes jüeces,  
Muy bien las varas están.

DON ALONSO.

Vamos, esposa, do mandes.

MONS DE PRATE.

Tras de trabajos tan grandes,  
Hijos, á la iglesia y lecho;  
Que ya yo voy satisfecho.  
¡Viva Austria, Borgoña y Flandes! (1)

Éntranse todos con el palio, tocando chirimías.

## JORNADA TERCERA.

Salen el Duque y Carlos Fúcar.

DUQUE.

En acabando de mandar que pongan  
Estos vasallos los tablados todos,  
Porque Su Alteza hoy honre estos países,  
Ha mandado juntar sesenta postas,  
Y entra con ellas á correr sortija.  
Hablaremos despacio en acabándola;  
Que ya todas las calles y las plazas  
Vienen llenas de gentes, y los príncipes  
Que han de correr y entrar aventureros,  
Entran ya, que de aquí se oyen trompetas.

CARLOS.

En efecto, que es cierto ya se suena  
Que los Estados tienen ofrecido  
De Irlanda el reino, investidura y título,  
Á Su Alteza, tomando estos Estados

(1) Acabado este acto, se lee en el manuscrito de Parma (fol. 245 vto.): «Esta comedia es de Alonso de Heredia, autor de comedias, y se sacó en Zaragoza el mes de Abril de mil y seiscientos y veinte cinco años, y por la verdad lo firmó de su nombre. — Alonso de Heredia.»

En protección y como amparo de ellos.

¿Qué respondió? ¿Aceptólo?

DUQUE.

Está corrido

Y ofendido; sintiólo con extremo.

CARLOS.

Acaben de pagarme los Estados,

Y la diputación á mis tudescos;

Írme yo á Alemania; ya, ¿qué aguardo?

Ya aquí no hay guerra, ya no hay españoles

Ni puede haber naciones extranjeras.

Yo al rey Filipo, mi señor, servía,

Por ser todos los Fúcares, mi sangre,

Hechura suya y sus aficionados;

Pero ya que faltó el servirle, quiero

Dejar á Flandes.

DUQUE.

Señor Carlos Fúcar,

Yo pienso que las cosas van de modo

Que os habrá menester Flandes y Gante.

CARLOS.

¡Yo contra España! ¡Yo enemigo de Austria!

DUQUE.

Mirad que está mi hermana de por medio;

Seréis cuñado mío.

CARLOS.

No podía

Llegarme á los oídos nueva alguna

Que más me enterneciera y ablandara;

Bastante es de tu hermana la belleza

Para mudar el ánimo de un Héctor;

Mas porque vea el mundo quién es Fúcar,

¡Ojalá vuestra hermana fuera Porcia

En la firmeza, Elena en la hermosura,

Diana en el recato, y Policena

En calidad, en el tesoro Dido,

Minerva en el saber, Juno en el nombre,

Y en fin, para acabar, la misma Venus

En el donaire, para que tuviera

Más que dejar, dejando estos deseos

Por no ofender al Rey que he defendido

Siguiendo con sus gajes su partido!

Vase.

DUQUE.

Vete, soberbio alemán;

Que no faltará quien siga

Aún contra el señor don Juan

La conjuración y liga

En que estos reinos están.

El Mequetrefe, corrido

De que en la entrada no osó

Matalle, está apercebido,

Y hoy le matara si yo....

Dentro ruido.

Quedo, que siento ruido;

Y como es mantenedor,

Debe de entrar el primero.

¡Ah de la guarda!

Sale un alabardero.

GUARDA.

¡Señor!

DUQUE.

Haced plaza, alabardero,

Porque se vea mejor

Entran D. Juan y Otavio Gonzaga, en posta  
si es posible.

DON JUAN.

Duque, ya ha llegado al puerto

El engaño de los dos.

Descúbrese el Duque.

Podéis estaros cubierto:

¿Para qué es el descubriros (1),

Cuando yo os he descubiertos?

Ya sé que de la opinión

De los Estados estáis,

Y que vos, en conclusión,

No es mi honor el que guardáis

Sino el de vuestra opinión.

En mi vida he deseado

Hacer de enemigo amigo,

Sino á vos; ved si he fiado

De vos, vos mismo testigo,

La vida, el honor y estado;

Pero llega el rompimiento

Destas gentes á tal punto,

Y es tanto su atrevimiento,

Que en huir de todo punto

Pienso que está el vencimiento.

En la comida procuran

Atosigarme, en las fiestas

Contra mi hermano conjuran;

Mis clemencias son molestas

A los que más aseguran.

Del bien hecho sacan mal,

Lo que prometen dilatan;

Del villano al principal,

Todos me entierran y matan,

Y yo me estoy inmortal.

Mas todo esto, aunque era harta

Causa, fuera medio vano;

Que nada de vos me aparta

Si el Rey, mi señor y hermano,

No me enviara esta carta.

Y aunque esto me escribe á mí,

Quedará justificado

En mudarme yo de aquí,

..... (2)

Ensénale D. Juan una carta.

(1) Falta la rima.

(2) Siguen dos versos ininteligibles, que dicen al parecer:

Que alcanzar ofistolado (sic)  
Cortas es tu cura hoy.

Esta la sortija ha sido  
Que tantas trazas me cuesta  
Para no ser ofendido,  
Y éste es el fin de la fiesta  
Que Bruselas ha tenido.

El que formare querella  
De mí, no tendrá razón,  
Si considera con ella  
Que huyo de la ocasión  
Por no ponerlos en ella.

Estas postas prevení  
Para sortija; harto buena  
La corre hoy España en mí,  
Pues que sin peligro y pena  
Llegaré á Namur así,

Adonde ya está tomada  
Del castillo posesión,  
Bien secreta y recatada,  
Sólo para ejecución  
Del fin de aquesta jornada.

Entretanto, Duque, haced  
Como quien soy, y creed  
Que os estimo lo que callo;  
Ved de qué rey sois vasallo  
Y quién es Dios y su fe.

Y reprimid la insolencia  
Que á esos herejes declara,  
Pues ya tienen experiencia  
De aquella risueña cara  
Que les mostró mi clemencia,

La cual es tanta, y codicia  
Tanto enfrenar su malicia,  
Que fué menester volver  
Las espaldas para hacer  
Descubrirse mi justicia.

Y pues que mi amor publica  
Tanta paz, ¿por qué á su agravio  
La guerra á esta tierra aplica?  
Adiós, Duque: pica, Otavio.

OTAVIO.

¿Dónde?

DON JUAN.

Á Namur: pica, pica.

Vanse corriendo.

DUQUE.

Corrido quedo, y con razón corrido.  
¡Cómo con cortés término ha afeado  
Los bajos pensamientos que he tenido,  
Y de quien soy, así he degenerado!  
Pero ¿qué digo, loco, sin sentido,  
Si ya por enemigo declarado  
Su pecho está del de Linod? ¿Qué espero?  
¡Muera en campaña, que matalle quiero!  
Pero ¿agora aquí música? ¿Qué es esto?  
Mons de Cleu es, que entraba de aventura  
A la sortija y acordado puesto.  
¡Á bonísimo tiempo entrar procura!  
Espérate, y haréte manifiesto  
El triste fin y nueva desventura

Que amenaza á mi Estado y á mi espada.

¡Arrogante invención y brava entrada!

Vienen aquí tres Césares vestidos  
Á lo romano, y tiran á porfía  
De un mundo, á cuyo honor son promovidos,  
Y en cada cual la letra dice: «Mía  
Es la esperanza.» Tres son persuadidos  
Á que es suya la humana monarquía,  
El honor, el esfuerzo y el linaje,  
Y todos pueden dalle vasallaje.

Salen Mons de Cleu de máscara, y tres Césares  
con un mundo, entre los tres asido.

Vuestra Excelencia sea bien llegado,  
Bien adornado y bien apercebido,  
Que á bonísimo tiempo aquí ha entrado;  
En ocasión bonísima ha salido  
Del mundo, pues el mundo le ha engañado;  
El de Austria, de las fiestas se ha huido  
Usando de las postas y las fiestas  
Con cautela: mis penas son molestas.

Salen tres Césares tirando de un mundo,  
y Mons de Cleu con él en la mano.

MONS DE CLEU.

Huyó el señor don Juan.

DUQUE.

Huyó, sin duda,  
Á Alejamburque y á Namur, ¡ah, cielo!  
Pero ¿qué importa que el favor le acuda  
Del Rey de España, ni del ancho suelo?

MONS DE CLEU.

No hay verdad cierta, ni hay lealtad en duda;  
Prenderélo en campaña, y matarélo.  
Por éste y otros callo mi alegría, (Aparte.)  
Que mi ambición no sufre compañía.

Como, escondido el sol, queda la luna  
Dando luz á la tierra, aunque prestada,  
Quedo sin mi contrario, y mi fortuna  
En lo más alto es ya levantada.  
Desde los años de mi tierna cuna  
Me está la majestad pronosticada  
De estos Estados, títulos y nombre,  
Y hoy se confirma con el irse este hombre.

Él será causa de traiciones, muertes,  
Robos, insultos y terribles daños.  
Yo he de ser otro hijo de Laertes  
Contra la pobre España, en pocos años.  
¡Tomad todos las armas, hacednos fuertes,  
Echemos de la tierra los traxanos!  
¡Al arma, Duque!

DUQUE.

¡Guerra!

MONS DE CLEU.

El regocijo  
Se torne en el dolor que él mismo dijo.

Vanse.

Sale D. Alonso de Vera, y Arcila en hábito de hombre.

DON ALONSO.

Haces un galán soldado.

ARCILA.

Y hago un esclavo herrado.

DON ALONSO.

Culpa á tu padre cruel,  
Y no á la voluntad fiel  
De quien el alma te ha dado.

Ya, amiga, los españoles,  
Que de la guerra son soles,  
Vienen á largas jornadas,  
Sirviéndoles las celadas,  
Contra el sol, de quitasoles;

Ya la indomable nación  
Camina á jornadas grandes,  
Seis mil en un escuadrón,  
Para que vuelva á ver Flandes  
Quién los españoles son.

Agora, amiga, tendremos  
Libertad y honra.

ARCILA.

Y ¿vendrán.....

DON ALONSO.

Esta semana.

ARCILA.

¿Sabremos

Qué gente?

DON ALONSO.

Ya lo dirán

Estas cartas que tenemos.

ARCILA.

Digo, si viene nobleza  
De España, si traen riqueza.

DON ALONSO.

El ánimo traen de allá;  
Dinero, darlo han acá,  
Ésta lo dirá.

ARCILA.

¡Ah, sí! Empieza.

DON ALONSO.

Este capítulo basta.

Lee una carta para sí.

ARCILA.

Con eso pondrán de nuevo  
Freno á los rebeldes.

DON ALONSO.

¿Cómo?

El español hierro y plomo  
Pide más cólera y cebo.

Freno al infierno pondrán  
Los que vienen al abismo,  
Y sacarán asimismo

En paz al señor don Juan;  
Que sin ellos, habrá sido  
Como en ajeno poder.

ARCILA.

Ahora bien: yo, ¿qué he de hacer

Contigo en este vestido?

¿No fuera mejor que fuera

Yo á la casa de mi padre

Y de mi difunta madre,

En la herencia sucediera,

Y tú, con galas y pajes,

Pues que mi padre te estima,

Fueras de mi honor la prima,

Y de otros muchos linajes,

Y hecho rey en mi tierra,

Siendo cortés y sagaz,

Gozáramos de la paz,

Viendo de lejos la guerra?

¿Dónde vamos? . . . . . (1).

DON ALONSO.

. . . . . ¡A morir

Cuando importare al honor

Y á don Juan, que es mi señor!

Soy noble; voyle á servir.

ARCILA.

¿No ves que ya te ha excusado  
El ser casado conmigo?

DON ALONSO.

Eso, si fuera yo amigo,

Ya por casado ó cansado.....

¿Eso se ha de oír de ti,

Siendo mujer de español?

El valor, de quien soy sol,

¿Por ser tuyo le perdí?

Antes, por ser tuyo espera

Mi honor mayor valor luego;

Que es muy natural del fuego

Dar mayor luz en su esfera.

Y llevando tu consuelo,

Y el lado para morir,

Como eres mi cielo, es ir

El sol en el cuarto cielo.

Perdona que me hice sol,

Siendo tu cielo mi instancia.

ARCILA.

Es natural la arrogancia

En el ánimo español.

Ahora no quiero más toca,

Soy á tu lado soldado;

Que de lo que te he tratado

Se me ha pegado el ser loca.

Muramos en el servicio

Del señor don Juan y España;

Sea pública esta hazaña

De quien hoy damos indicio.

¡Vamos!

DON ALONSO.

Mas hay que ir..... ¡Detente!

El señor don Juan está

Pobre.

ARCILA.

Pues ¿quién le hará

Rico?

(1) Doce renglones rotos ó ilegibles, según nota del copista italiano.

DON ALONSO.

El ingenio y la gente.

Tristes seiscientos ducados

Estos días no ha tenido;

Que á tenerlos, es sabido

Que no estuvieran cercados

En el castillo, do están,

El y sus criados.

ARCILA.

Cierto.

DON ALONSO.

El caso me ha descubierto

Quien habló al señor don Juan.

ARCILA.

Pues ¿qué pretendes?

DON ALONSO.

Querría

Llevárselos.

ARCILA.

¿De qué modo?

DON ALONSO.

También te lo diré todo;

Oyeme, ¡por vida mía!

Quiérole hacer creer

Á algún mercader de nombre,

Que eres mi esclavo y muy hombre,

Y que no eres mi mujer;

Y pediré prestados

Dineros sobre..... Mas, ¡cielo!

El empeñarte recelo.

ARCILA.

De conocer ahora acabo

Que es el ánimo español

Sol de lealtad en su ensayo,

Porque es pestilencia, es rayo,

Si ve oscurecer su sol.

Sosiega, pierde el temor,

Que mis arcas joyas tienen.

Pero..... Gente siento.

DON ALONSO.

Vienen

Un villano y labrador.

Veamos quién son, aparte.

Sale Ircana en hábito de hombre, y Fabia, su criada,  
con dos cestos cubiertos de hierbas.

IRCANA.

Tarde llegué: algo me corro,

Pero bien se hizo el socorro.

FABIA.

Fué tuya la industria y arte.

Gente hay aquí.

IRCANA.

¡Ay, Dios! ¿No son

Arcila y Vera? Es así.

El viejo enojo perdí,

Y á Arcila cobré afición.

Y don Alonso es honrado,

Y él me pondrá con seguro

En la parte que procuro,

Sin temer tanto soldado.

DON ALONSO.

Quiérollos reconocer.

ARCILA.

Rapaces parecen.

DON ALONSO.

¿Dónde

Vais, villanos? No responde.

IRCANA.

¿Cómo te he de responder?

Que aunque es de villano el traje,

No hago del nombre cuenta,

Si el nombre no se me asienta

En la sangre ni el linaje.

ARCILA.

Basta, que tiene el villano

Brío; déjame llegar,

Que yo le haré hablar.

IRCANA.

Á espacio. ¿A dó vais, hermano?

¿Á quién iréis á hablar vos,

Aunque os hagáis más del bravo?

Á espacio, hermoso esclavo,

Que patas (1) somos los dos.

ARCILA.

¿Qué dice el rústico?

IRCANA.

Digo,

Que vuestra cara me obliga;

Que sois mejor para amiga,

Que seréis para enemigo.

ARCILA.

Pues ¿quién sois, que conocéis

Tanto tan sin embarazos?

IRCANA.

Pues que os ofrezco mis brazos,

Arcila, ¿qué más queréis?

Vaya, fuera la mancilla

De nuestra queja liviana:

Dad esos brazos á Ircana,

Querida y amada Arcilla.

ARCILA.

De conoceros no acabo.

IRCANA.

Reconocedme mejor.

ARCILA.

¿Qué es esto, mi labrador?

IRCANA.

¿Qué es esto, hermoso esclavo?

ARCILA.

Don Alonso, Ircana es.

DON ALONSO.

¡Señora, extraño disfraz!

IRCANA.

Es una invención sagaz

Y un buen donoso entremés;

Que el amor, que es inventor

De pruebas de hidalguía,

Do hay nobleza y cortesía,

(1) Siz.

Le dió esta traza al honor.  
 Yo supe que en el castillo  
 De Namur Su Alteza estaba,  
 Y necesidad pasaba;  
 Y apenas alcancé á oílo,  
 Cuando, tomando este traje  
 Y á Fabia, esta mi criada,  
 De villano disfrazada,  
 Y disfrazado el lenguaje,  
 Pusimos en estos cestos  
 Mis joyas, y hasta diez mil  
 Escudos; y en forma vil,  
 De heno y hierba compuestos,  
 Les llegamos á vender  
 Mantecas frescas: y allí,  
 Luego á conocer me dí,  
 Y dí á Su Alteza á entender  
 Quién era, y lo recibió.  
 Y está tan agradecido,  
 Que en mi vida me ha ofrecido  
 Lo que agora me ofreció:

De que honraria mi casta  
 Cuando esta guerra concluya;  
 Que esta palabra, en ser suya,  
 Para ser más que obra, basta.

Volvimos, sin entendedorlo  
 Mas de los tres en el muro.  
 Mas ya está rico y seguro  
 Su Alteza después de aquello,

Que el de Barlamón le lleva  
 Doce mil escudos; y es  
 Serville el propio interés  
 Que el honrado Conde aprueba.

Mas ya nada ha menester,  
 Porque el socorro ha llegado  
 De España, y tanto soldado,  
 Que hay en Flandes bien que ver;

Tanto príncipe, tanta arma  
 Contra el flamenco interese,  
 Con Alejandro Farnese,  
 Nuevo Príncipe de Parma,

Su valeroso sobrino.  
 Y don Gabriel Niño muestra  
 Ya del socorro la muestra,  
 Y le sale al camino (1).

Desde aquí verle podemos.

DON ALONSO.

Mucho, Ircana, os debe España;  
 Muy de reina es vuestra hazaña.  
 Si en paz los países vemos,

Pienso que Austria os dará estado,  
 Si vive el señor don Juan,  
 Tal, que aquí os envidiarán  
 Esos que os han murmurado.

ARCILA.

¿De qué Porcia se contó  
 Fe en pruebas tan conocidas?  
 Vos, á muchos diste vidas,  
 Y ella una vida quitó.

Por tragar ella una brasa,  
 Ved lo que de ella se cuenta,  
 Y vos tragáis el afrenta  
 De dejar á vuestra casa.

¡Buena Porcia sois, Ircana!

IRCANA.

¡Arcila, el honor empeño!

ARCILA.

Si os saliere malo el dueño,  
 Salga mi esperanza vana.

IRCANA.

Fabia, vete á descansar.

FABIA.

¿Llevo los cestos? Colige  
 Lo que hay en casa; me aflige  
 Sólo, señora, en pensar  
 Que quedas....

Tocan cajas.

Mas ¿qué són fiero

Es éste?

IRCANA.

Los españoles,  
 Del mundo y de España soles.

ARCILA.

Pues veámoslos primero  
 Volver á Flandes, y ser  
 Del señor don Juan....

DON ALONSO.

¿Queridos,

Regalados?

ARCILA.

Recibidos;

Que eso iba á darte á entender.

DON ALONSO.

Veamos de buena gana,  
 Que por verlo asistiré,  
 Y luego te llevaré  
 Cas de mi señora Ircana,  
 Donde quedarás guardada  
 Del peligro de enemigos;  
 Que yo he de ir con los amigos  
 Á esta primera jornada.

IRCANA.

Muy bien mi casa aventajas.

ARCILA.

Tú nos haces mil favores.

FABIA.

Dejen allá sus amores,  
 Y oigan las trompas y cajas.

Salen todos los soldados, y D. Juan de Austria, San-  
 cho de Avila, Mondragón y D. Alonso.

DON JUAN.

Leones, dadme los brazos,  
 Prendas de mi honor amadas;  
 Que cuanto vuestras espadas,  
 Estimo vuestros abrazos.

MONDRAGÓN.

Aquí tiene Vuestra Alteza

(1) No es verso.

La flor de España.

SANCHO.

¡Ah, señor!

España le tiene amor.

¿Qué le dije? La nobleza

Desta gente le ha vendido.

Y ¡voto á Dios, que importara

Que yo viera cara á cara

Esos que se han atrevido,

Herejes sin españoles

Que los domet! ¡Déjenme!

DON JUAN.

Sancho de Ávila, ya sé

Que sois de la lealtad soles.

Don Lope de Figueroa,

Este Príncipe de Parma,

Es gran pecho y gentil arma.

PRÍNCIPE.

Desde Milán á Lisboa

Es un hombre celebrado.

Y don Gabriel Niño.....

DON JUAN.

Cierto,

Primo y señor, que despierto

De un grave sueño y pesado:

Yo conozco que dormí.

¡Oh, mis españoles caros,

Dejad, volveré á abrazaros,

Honraré á todos ansí!

¡Ah, valerosa nación,

Quién para cada bandera

De las que traéis, tuviera,

Amigos, un corazón

Donde dar alojamiento,

Del menor cabo de escuadra

Al caporal de la escuadra! (1)

Ved que tanto es mi contento.

Y por el Rey, mi señor

Y hermano, os juro que agora,

La voluntad que os adora,

Hoy os cobra tanto amor;

Que no quedará jamás

Sin españoles al lado,

Esté desnudo, esté armado:

Ya no más, por no ver más.

DON ALONSO.

¡Casi el rostro grave baña!

¡Cómo á sus soldados vel

¡Ah, columna de la fe,

Muro del honor de España,

Vivas mil años sin cuento,

Goces victorias sin cuenta!

DON JUAN.

Hoy me sacará de afrenta

Vuestro nuevo alojamiento.

SANCHO.

Seis mil españoles son

Bastantes para vencer

El mundo.

DON JUAN.

Si han de ser

Como vos, tenéis razón,

Sancho de Ávila.

MONDRAGÓN.

Señor,

General es el deseo.

DON JUAN.

Cristóbal Mondragón, creo

Mucho de vuestro valor,

Y porque estoy informado

Que hacia Xenluis caminan

Los contrarios, que adivinan

El socorro que ha llegado,

Digo, su campo entendió

Vuestra venida hoy, y marcha,

Yo quiero dejar la marcha

Y á Lieja y Namur, y yo

En persona, reformando

El campo, ofrecerles quiero

La batalla yo el primero;

Y sepa de don Fernando

De Toledo si su tropa

De caballos está á punto;

Apréstese todo junto,

Que hoy va España viento en popa;

Don Alonso Leyva esté

Con su infantería en puesto,

Para la ocasión dispuesto,

Que yo les avisaré;

Camine don Bernardino

Y don Pedro de Toledo,

Con quien ya á mi lado quedo:

Saldré emboscado al camino;

Otavio Gonzaga, vos

No os dejéis llevar del pecho

En quien mil pruebas ha hecho

El valor que hay en los dos;

Que si no hay quien dé la falda

De la loriga, ó se acuerde

Si el mundo se gana ó pierde,

No sabéis volver la espalda,

Honor de Italia y valor

De Gonzaga: perdonad,

Sobrino, que esta igualdad

Da á los soldados su honor,

Si estando presente quien

Es de Italia y Parma Marte,

Le trate á Otavio de este arte,

Porque sé lo que es muy bien.

PRÍNCIPE.

Ha dado Su Alteza á Otavio

Gonzaga lo que merece.

OTAVIO.

Su Alteza me favorece.

DON JUAN.

Pienso que á ninguno agravio.

DON ALONSO.

¿Qué Alejandro ó Julio César

Tuvo tal mano y espada?

(1) Consonante repetido.



ARCILA.

¡Oh, prenda de España amada,  
Rama de aquel quinto César!

Por cierto gran confianza,  
A todos el alma toca.

IRCANA.

¡Ay, hermana, que estoy loca  
De lo que Su Alteza alcanza!

A manos de su amor muero  
Por no merecer gozalle.

FABIA.

Pues yo, sólo de escuchalle,  
Más que á mi vida le quiero.

DON JUAN.

Marche el campo donde digo,  
Pues el eco nos responde  
Que venceremos.

SANCHO.

¿Adónde?

DON JUAN.

En busca del enemigo.

Vanse D. Juan y sus soldados.

DON ALONSO.

Aquí no hay más que esperar.  
Arcila, la fe española  
Esta ocasión acrisola;  
En ella me he de hallar;  
Abrazame y considera  
Que te adoro.

ARCILA.

Aunque te adoro  
Como mi alma, no lloro,  
Acompañarte quisiera;  
Mas como me has enseñado  
A ser hombre en el sentir,  
Aunque estoy para morir,  
Te dejo partir honrado.  
Porque vayas do el valor  
De España lleva su intento,  
Que dar á tu honor aumento,  
Ese es verdadero amor.

Vé en buen hora, parte, llega  
Donde va tu General;  
Esposo amante, leal,  
La espada á tu brazo entrega;

La rebelde gente humilla,  
Para que con su victoria  
Viva rica en tu memoria  
Tu firme y querida Arcilla;

Que te juro por la fe  
Que cuando te amé te dí,  
Por el alma que rendí,  
El amor que te entregué,

Y por las tiernas razones  
Que hasta mi oído han llegado,  
Do tu lengua ha confesado  
Ser uno dos corazones,

De no levantar los ojos  
Que tu gloria solían ser,  
Hasta alzarlos para ver

Los conquistados despojos.

IRCANA.

Vámonos, que yo estoy cierta  
De don Alonso: partamos.

FABIA.

Si de aquí no la llevamos,  
¡Buena tela hay descubierta!

Salen las mujeres y queda D. Alonso.

DON ALONSO.

Don Alonso de Vera es mi apellido,  
Y agora verá el mundo si en las veras,  
Que marcharé debajo las banderas  
Que España á Flandes nuevas ha traído;  
Verá si fui soldado, y que nacido  
Casi entre las escuadras y hileras,  
Que siempre fué mi espada en las primeras,  
A matar ó morir apercebido;

Y hoy verá el mundo, pues lo manda Arcila,  
Gloria de honor y de mi fe la gloria,  
Si con razón por verme el rostro baña,  
Si á los herejes don Alonso humilla,  
Y si se ve en las armas su memoria  
En la defensa de su madre España.

Éntrase.

Sale D. Juan con un Cristo en la mano,  
y tocan arma.

DON JUAN.

¡Arma, gallarda nación!  
¡Mueran hoy por vuestra mano  
Los de contraria opinión,  
Si es Rey, mi señor y hermano,  
Muro de la religión!

Dios mío, no os pido aquí  
Victoria porque de mí  
Se diga, para mi gloria  
Y honor, que tuve victoria  
Y á estos herejes vencí;

Pidoosla porque sois Dios,  
Y porque digan que vos  
Sois Dios y que dais honor  
A quien os sirve, Señor!  
¡Ea, vencamos los dos!

¡Cristo, Dios-Hombre, mostrad  
Vuestra clemencia y bondad!

¡Ea, españoles, seguid  
El alcance, andad, oid,  
Peleeamos, pelead!

Pero en esta encrucijada  
Destos caminos veo luz....

Aparécese una cruz en el aire con una saeta  
atravesada, con sangre.

Una cruz hay asentada  
Sobre una piedra. ¿Si es cruz?  
Cruz es, aunque maltratada.

Espántome, que han dejado  
Cruces: algunos herejes;  
En el campo se han hallado.

Señor, los tuyos no dejes;  
Mira este tu pueblo amado,  
No la flamenca nación,  
Porque los más dellos son  
Católicos; otras gentes  
De naciones diferentes,  
Que van en este escudrón,  
Son herejes, y podrían  
Maltrataros, cruz hermosa.  
¿Cómo de vos se desvían,  
Cama santa y milagrosa?  
Mis brazos llevar querrian  
Vuestro peso soberano,  
Légase á ella.

Y ponerlos en mi tienda;  
Mas ¡ay! ¿Qué tirana mano,  
Tan sin respeto ni rendia,  
Qué vil brazo luterano  
Esta jara, esta baqueta  
De alguna infame escopeta,  
Por vuestro tronco pasó?  
¿Qué bárbaro se atrevió,  
Ciego con su infame seta,  
Cama de mi Dios, á vos?  
¡Se atreven contra mi Dios!  
Esta desvergüenza sea  
Castigada, que es muy fea;  
Volvamos por vos los dos,  
Cruz, arma de Dios sagrada.  
Señor, ya ésta es gran malicia;  
Sacad, Dios mío, la espada  
De vuestra inmensa justicia:  
La mano descomulgada,  
Quede en el campo tendida.  
¡En la cruz de Dios herida!  
Hoy te venceré, enemigo;  
Que si Dios está conmigo,  
¿Quién hay que el vencer me impida?  
Cruz, yo os prometo morir  
Buscando el brazo cruel  
Que os pudo tocar ni herir,  
Y entretanto, prenda fiel,  
Dentro quiéroos cubrir;

Cúbrela.

Pues ya vive en mi memoria  
Vuestra injuria, ya me enciendo,  
Viendo pena en vuestra gloria;  
La causa de Dios defiende,  
¡Victoria, hijos, victoria!

Entrese.

Sale Arcila sola, de dama.

ARCILA.

No hay dolor con tal rigor,  
Que no alivie del tormento  
Algún instante ó momento,  
Sino es el dolor de amor,  
Porque en ausencia el temor,

Los celos en competencia,  
Con el césden la inclemencia,  
Y con la afición el fuego;  
Ni hay en quien ama sosiego,  
Ni en quien espera, paciencia.  
Yo espero de la victoria  
Y el rompimiento, la nueva:  
Tras la esperanza, me lleva  
Este temor la memoria.  
Yo hago acá muy notoria  
La victoria aún no sabida,  
Y á la persona herida  
De don Alonso, mi amado.  
¡Oh, esperar desesperado,  
Verdugo de nuestra vida!

Sale Ircana muy contenta, de dama.

IRCANA.

¡Albricias, Arcila!

ARCILA.

Pues

¿Tú me las pides á mí,  
Señora?

IRCANA.

De este interés,  
Buena parte te va á ti;  
Tuya la ganancia es:  
El señor don Juan venció,  
Tu don Alonso ganó  
Nombre y lauro valeroso.

ARCILA.

Hasta velle no reposo.

IRCANA.

Quien el caso me contó,  
Sabe bien lo sucedido:  
El hereje va vencido,  
La mayor victoria fué  
Que el Rey de España y la fe  
En esta tierra han tenido.

Cuatro estandartes cogieron  
De hombres de armas, las banderas  
De infantería perdieron,  
Y de esas naciones fieras,  
Siete mil y más murieron:  
Jamás se vió vencedor  
En los Países venciendo  
Con menos pérdida.

ARCILA.

¡Honor

Aumenta España!

IRCANA.

Pretendo

Ver á don Juan mi señor,  
Y pedille las albricias.

ARCILA.

Y ¿qué tales las previene?

IRCANA.

¡Ea, no digas malicias!

IRCANA.

Mas mi don Alonso viene;  
Dalas si darlas codicias.

Sale D. Alonso muy triste.

Amigo del alma mía,  
Esposo y señor, ¿qué es esto?  
Con tal victoria en tal día,  
¿Vos venís con mustio gesto  
A ver con melancolía.....

Pues ¿cómo tan desabrido?  
¿No me abrazáis?

IRCANÁ.

¿No vencistes?

DON ALONSO.

Ya te abrazo; ya vencimos,  
Y victoriosos venimos.

ARCILA.

Pues si vencistes, ¿qué ha habido?

DON ALONSO.

¿Qué ha de haber? Quiere mostrar  
La fortuna que es ninguna  
Su constancia; quiere dar  
A entender hoy la fortuna,  
Que es firme en causar pesar.

Hoy, tras de habernos honrado  
Con la victoria que ha dado,  
Pinta con este disgusto  
Lo que hay que fiar en gusto  
Ni hay que fiar en estado.

Hoy está firme y ya agrada,  
Con la muerte conjurada;  
En enseñarnos porfía,  
Que es la mayor alegría,  
Toda soñada y prestada.

IRCANÁ.

Pues ¿quién se quiere morir?

DON ALONSO.

No sé si lo ose decir,  
No sé si lo ose contar;  
El honor quiere saltar,  
La verdad quiere huir;

Del mundo huye el consuelo,  
La guerra deja el valor,  
La corte deja el favor,  
La majestad deja el suelo;

Todas estas cosas dan  
Indicio de que se van  
Para que más mal suceda,  
Pues hay más mal, y es que queda  
Enfermo el señor don Juan

En una pobre casilla  
Del fuerte, en medio su armádo  
Ejército, que es mancilla  
De la muerte: el mal le ha dado.....

IRCANÁ.

¡Jesús! ¡Que me muero, Arcilla,  
Tenme!

Cae desmayada.

DON ALONSO.

Por eso callaba.

ARCILA.

Y fuera mejor, por cierto.

¡Desgracia y desdicha brava!  
Si él muere, el mundo se ha muerto,  
El bien y el honor se acaba.

DON ALONSO.

Animála.

ARCILA.

¿Qué haremos?

IRCANÁ.

¡Ay, fruto cortado en flor!

Vuelve en sí.

¡Ay, infelices extremos!  
¡Ay, don Juan! ¡Ay, mi señor!  
¡Ambos juntos moriremos!

DON ALONSO.

Ya es por demás: allí están  
Médicos de cielo y suelo;  
Hoy lo imposible harán.

IRCANÁ.

¡Ay, mi gloria! ¡Ay, mi consuelo!  
¡Cielo del cielo! ¡Ay, don Juan!

Vamos donde el accidente  
Tiene en la cama al terror  
Del Oriente y del Poniente.

DON ALONSO.

Si has de templar el dolor  
Y has de hablalle cueradamente,  
Serviréte de escudero.

IRCANÁ.

Vamos, que mostrar hoy quiero  
Que soy cristiana y soy suya.

ARCILA.

Con esa presencia tuya,  
Al mayor valor espero.

Salen Sancho de Ávila y Carlos Fúcar.

CARLOS.

Al fin, el padre Orontes ha insistido  
Que se le dé la Extremaunción al punto;  
Su Alteza con instancia la ha pedido,  
Dice que se imagina ya difunto.

SANCHO.

¡Cuerpo de Dios! ¿A qué habemos nacido?  
Hé aquí un hombre que del mundo junto  
Llevó victoria, y tiembla dél la fama,  
Y helo aquí expirando en una cama.

¿Para qué es la riqueza ni el tesoro?

¿Para qué es la corona ni el estado?

Vencer el Turco, encadenar el Moro  
Y dejar el hereje aquí abrasado;  
Y cuando hecho un hombre en cosa toda,  
De amigos y enemigos garrochado,  
Muestra que es hombre valeroso y fuerte,  
Llega y le lleva á su pesar la muerte.

Pues digan, ¿muere viejo, ó de treinta años,  
En la edad mejor que siente ausente,  
Ó muere peleando con extraños,  
Sino de un lento mal, de un accidente?  
¡Ah, médico cruel, viles engaños

De botica, pesar de quien consiente  
Médicos ni botica! ¡Que tal vida  
Se confie de ciencia no sabida!  
¡Cuerpo de Dios! Y ¿Dios hoy no pudiera....  
Iba á decir.... Estoy de apasionado  
Tal, que contra el infierno me opusiera:  
¡Por dale vida, el mar pasara á nado!

CARLOS.

Señor Sancho de Avila, quisiera  
No haberle conocido en tal estado.  
¡Flandes, entierros hoy por triunfo nuevo,  
El Fénix de Austria, de la guerra el Febo!

Sale Otavio Gonzaga muy triste.

OTAVIO.

Su Alteza, que está expirando,  
Tras de recibir la Unción,  
Ha mandado echar un bando,  
Que quiere ver su escuadrón,  
A Dios por ellos rogando.  
Esa cortina tirad.

Se descubre á D. Juan en una cama,  
y todos los capitanes.

OTAVIO.

¡Ea, señores, mirad  
El Sol de Austria obscurecido!

DON JUAN.

Hermanos, prestadme oído;  
Amigos, oí, escuchad.

Prométoos que he deseado  
Morir por la santa fe,  
Y por ella he peleado,  
Y siempre mi intento fué  
Dar á la Iglesia su estado.

El padre Orontes, á quien  
Dije mis culpas, honró  
Esta razón harto bien.  
El perdón os pedí yo;  
Perdóneme Dios.

TODOS.

Amén.

DON JUAN.

Yo ser clérigo entendí,  
Pero no lo merecí.  
El Rey, mi señor y hermano,  
Como Príncipe cristiano,  
Fió este cargo de mí.

Podéis á Su Majestad  
Decille que con lealtad  
Le he deseado servir.  
Contento muero en morir  
Con humilde voluntad;  
No me desvanece fama  
Del mundo que yo no gozo,  
Yo le apaciguo esta llama,  
Y parto alegre, aunque mozo,  
Á dar cuenta á quien me llama;  
No tengo de qué hacer

Testamento; mi señor  
El Rey, ha de disponer  
De mis criados mejor  
Que yo sabré proponer;  
A él lo dejo encargado  
Que no me olvide criado,  
Que ya sé que ése es su oficio  
Y me han hecho beneficio,  
Y de veras los he amado.

Esto es cuanto á la hacienda:  
Cuanto á la vida, de Dios  
Es; Dios admita la enmienda.  
Señor, recibida vos,  
Mi muerte no se suspenda  
Si es que me halláis dispuesto.  
Ya, cuanto á la vida es esto,  
Mas cuanto al alma, Señor,  
Yo he sido gran pecador  
Y á vos os es manifesto.

Perdonad á este don Juan  
Que confiesa vuestra ley;  
Á vos mis suspiros van;  
Allá en mí señor el Rey,  
Dejo muy buen capellán:

Él hará en las religiones  
Por este alma pecadora  
Las cristianas rogaciones.  
Amigos, oid agora  
Desta lengua dos razones:

Carlos Fúcar, yo he tenido  
Vuestro casamiento en peso,  
Y de Ircana muy servido  
Cortésmente me confieso;  
Esto como amigo os pido:  
Con esa noble doncella  
Os casad; que tengo de ella  
Tanta fe en lo que ha importado,  
Que á vivir y ser casado,  
No casárades con ella.

No sé qué abono mayor....

CARLOS.

Es hacella gran favor;  
Tenlo de ella y no de mí.

DON JUAN.

Ella por vos me dió el sí.

CARLOS.

Será hoy mi mujer, señor.

DON JUAN.

Sancho, quiéroos encargar  
Que siempre vuestra nobleza  
Muestre ánimo singular.

SANCHE.

No me hable Vuestra Alteza,  
Que estoy para reventar.  
¡Cuerpo de Dios con la muerte!

DON JUAN.

Sobrino, Príncipe amado,  
Este punto es trance fuerte;  
El bastón que el Rey me ha dado,  
Os lo encargo de esta suerte.  
Tened vigilancia extraña,

Príncipe de Parma, y vos  
Visitad nuestra campaña,  
Ved que va el honor de Dios  
Y que va el honor de España.

PRÍNCIPE.

Indigno sucesor queda,  
Aunque yo haré lo que pueda  
Con todas estas naciones;  
Que hartas obligaciones  
Quien nos heredare, hereda.

DON JUAN.

Dios dará á todos favor.  
Diréis al Rey mi señor,  
Otavio Gonzaga, en fe  
De que aumentar desee  
La fe y aumentar su honor;  
Que si acaso han merecido  
Mis servicios algún día,  
En las batallas que ha habido  
Esta mortal monarquía,  
Lo que le suplico y pido,  
Que este cuerpo sea llevado  
Á España, á do está enterrado  
Mi padre el Emperador:  
Goce aunque muerto el favor  
De vivir muerto á su lado.

Á un Cristo que tiene en la mano:

Y vos, Cordero divino,  
Cristo, Dios-Hombre, haced  
Paso franco en el camino;  
Rey sois; hacedme merced,  
Que el dolor me quita el tino.  
¡Terrible es esta agonía!  
¡Jesús, piadosa María!  
Rogad por mí á Dios, hermanos.  
¡Mi Jesús, en vuestras manos  
Encamiendo el alma mía!

Madre.

OTAVIO.

¡Ya la hoz de la muerte segar pudo  
La bella espiga de oro de estas mieses!

MONS DE PRATE.

¡Ya el arado del rústico membrudo  
Arrancó el lirio verde en tantos meses!

CARLOS.

Muerto queda el honor; el tiempo, mudo.

SANCHO.

No sé filosofías. Holandeses  
É irlandeses, agora tendrán gusto,  
Pues en Flandes murió el segundo Augusto.

PRÍNCIPE.

Retirad la cortina, y dese traza  
Que se haga un famoso coliseo  
Y un grande anfiteatro como plaza.  
Celébrese el entierro cual deseo.

Tocan chirimías y sale España

Mas ¿qué musica es ésta?

ESPAÑA.

En vano traza,  
Príncipe, tu dolor tanto trofeo  
Al hijo de este Carlos quinto vivo,  
De quien España, tanta gloria escribo,  
Porque aunque muere, queda don Juan vivo.  
Aquí tiene..... (1)  
Aquí á brazos abiertos hoy le espera  
El valor de Alemania y de Castilla,  
Que hizo temblar la mar y tierra entera.  
No le enterréis con sôn que haga mancilla,  
Ni arrastéis estandarte ni bandera,  
Pues que tanta corona goza y gloria,  
Dando fin al suceso de esta historia (2).

FINIS

(1) Cortado por el encuadernador.

(2) Al fin de esta comedia se halla la firma del corrector Martínez de Mora, y luego las siguientes aprobaciones:

*Examine esta comedia, cantares y extremes de ella, el licenciado Thomás Gracián Dantisco, y dé sus censuras. En Madrid, á 7 de Octubre de 1607 años.*

*Esta comedia del Señor Don Juan de Austria, no tiene cosa que offenda, y para más satisfaccion se dexó representar y no resultó inconvenientes. En Madrid, á 17 de Octubre de 1607.*

*El Secretario, THOMÁS GRACIÁN DANTISCO.*

*No te esta Comedia censa por onde se me passa representador. De Sto. Domingos de Lisboa, á 5 de Octubre de 1607.*

FR. MANUEL COELHO.

*Puede se representar.*

(Sigue una firma que no hemos podido descifrar.)



# EL ASALTO DE MASTRIQUE

POR EL PRÍNCIPE DE PARMA





LA FAMOSA TRAGICOMEDIA  
DE  
EL ASALTO DE MASTRIQUE  
POR EL PRÍNCIPE DE PARMA

---

ACTO PRIMERO

---

FIGURAS DEL PRIMER ACTO

ALONSO GARCÍA.	DON PEDRO DE TOLEDO.	AYNORA, <i>flamenca</i> .
TAPIA.	DON LOPE DE FIGUEROA.	BISANZÓN, <i>tudesco</i> .
SOTO. } <i>Soldados.</i>	EL CONDE DE BARLA-	EL CAPITÁN CASTRO.
AÑASCO. }	MÓN.	UN CASTELLANO FLA-
CAMPUZANO.	EL CONDE MASFELE.	MENCO.
EL DUQUE DE PARMA.	OTAVIO GONZAGA.	UN SOLDADO FLAMENCO.
DON FERNANDO DE TOLEDO.	MARCELA, <i>dama</i> .	

Alonso García.

ALONSO.

Guerra, algún bellaco infame  
Debió de ser inventor  
De vuestra furia y rigor,  
Aunque vuestra frente enrame  
Laurel de inmortal honor.

Sufrir la escarcha del hielo  
De Enero, al flamenco suelo,  
Ó el calor de julio en Libia,  
No quita el valor, ni entibia  
Los rayos del quinto cielo;

No el ver volar por el viento,  
Entre los rotos pedazos  
De las armas, pies ó brazos,  
Caer cuerpos ciento á ciento,  
Como pájaros en lazos;  
Esto, ni espanta ni altera.  
Mientras un hombre no muera,  
Denle á comer y beber:  
¿No hay más de andar sin comer  
Tras una rota bandera?  
¡Por vida del rey de espadas,  
Que de España iba á decir,  
Que no la pienso seguir

Sin comer, tantas jornadas!  
 Por comer, nos han de oír.  
 ¡Pesía al caminar, amén!  
 Somos acá los vencidos.

Añasco, soldado.

AÑASCO.

¿Voces, Alonso? ¿con quién?

ALONSO.

Con esos hombres vestidos  
 De hierro, y con vos también.

Del primero que inventó  
 La guerra, Añasco, reniego.

AÑASCO.

¿Eso decís?

ALONSO.

¿Por qué no?  
 Y que la abrase mal fuego,  
 Pues que tanto mal causó.

AÑASCO.

Bien decís, que fué Luzbel  
 El inventor de la guerra.

ALONSO.

Heredó la guerra dél  
 Las desventuras que encierra.

AÑASCO.

Duro ejercicio.

ALONSO.

Cruel.

¿De qué le sirve al de Parma,  
 Que por don Felipe se arma,  
 Después de mil pareceres,  
 La encamisada de Amberes,  
 Y entrar en tocando al arma,  
 Degollar del fiero hereje  
 Tanta gente, y hombres tales?  
 ¿De qué sirve que le deje  
 Quemados los arrabales,  
 Y que del muro se aleje,  
 Si allá qué comer no había,  
 Ni acá tampoco?

AÑASCO.

Callad;

Que ni á vuestra valentía  
 Conviene esa liviandad,  
 Ni á la patria vuestra y mía.

¿Un español de Toledo  
 Se queja de no comer?

ALONSO.

Luego yo, ¿sin comer puedo  
 Vivir?

AÑASCO.

Que no puede ser,  
 De todo punto os concedo;  
 Mas que no se ha de decir.

ALONSO.

Pues que no puedo vivir,  
 ¿No me tengo de quejar?  
 Si no lo puedo excusar,  
 ¿No lo tengo de pedir?

¿No come el Rey? Y ¿no come  
 Cuanto vive?

AÑASCO.

Así es verdad.

ALONSO.

Pues ¿cómo queréis que dome  
 Tan natural calidad,  
 Si no es que remedio tome?  
 Todo come, hermano Añasco;  
 Que todo perece luego,  
 En faltando el pan y el frasco;  
 La leña se come el fuego,  
 La mar se come un peñasco.

El aire come el olor  
 De las flores, y la tierra  
 Come el agua, y del humor  
 Que en sus entrañas encierra,  
 Da el trigo, el fruto y la flor.

Come el tiempo mil ciudades,  
 Come el olvido mil famas,  
 Come el sol mil humedades,  
 Come el pez al pez, las damas  
 Dineros y voluntades.

Come el orín el acero,  
 El juego come el dinero,  
 La poesía á más de dos,  
 Hasta la sarna ¡por Dios!  
 Come un estudiante entero.

AÑASCO.

Digo que tenéis razón;  
 Pero el Duque nos da ejemplo.

ALONSO.

¿No come el Duque?

AÑASCO.

No son  
 Las cosas que en él contemplo,  
 De tan vil estimación.  
 ¿Qué vil soldado se trata  
 Más mal, quién con mayor brío  
 Un azadón arrebata,  
 Quién marcha al calor y al frío,  
 Quién á Alejandro retrata?

Cuyo nombre le fué puesto  
 No sin causa, pues ha sido  
 Otro Alejandro.

ALONSO.

Si en esto  
 Al de Parma he deservido,  
 Él me ha castigado presto.  
 Y aun lo cobra adelantado,  
 Pues sin comer he llegado;  
 Y si me atrevo á pedillo,  
 Me muestran aquel castillo,  
 De mil flamencos armado.

¡Pesía al castillo! ¿Soy yo  
 Culebrina, que he de entrar  
 Por el muro?

AÑASCO.

¿Por qué no?  
 Pues os han visto llegar  
 Donde el fuego no llegó.

¿No sois, Alonso García,  
El que en cualquier batería  
Suele arrojarle primero?

ALONSO.

Más querría un buey y un cuero  
De Esquivias, ¡por vida mía!

Entre Campuzano.

AÑASCO.

Acá viene Campuzano.  
Pues ¿qué dice el Duque, hermano?

CAMPUZANO.

A consejo llaina ahora.

ALONSO.

¿Á consejo? Luego ignora  
La hambre deste cristiano.

Junte á comer, ¡pesia tall!  
Y déjese de consejos.

CAMPUZANO.

No lo busca el Duque mal  
Si con soldados tan viejos  
Trata el bien universal.

AÑASCO.

Decidme á los que ha llamado.

CAMPUZANO.

Don Fernando de Toledo  
Es el primero que ha entrado.

ALONSO.

Basta ser Toledo.

CAMPUZANO.

Puedo

Decir que es un gran soldado.

Don Lope de Figueroa,  
Él á sí mismo se lo a,  
Y don Pedro de Toledo.

ALONSO.

Otro Toledo.

CAMPUZANO.

Bien puedo

Lo lle de popa á proa.

Es Marqués de Villafranca,  
Y hombre que, si la que ciñe,  
Una vez del lado arranca,  
De punta al pomo la tiñe,  
Que nunca la vuelve blanca.

ALONSO.

De las guerras, yo os concedo,  
Como en Toledo nacido,  
Que no falta, decir puedo,  
Ni señor deste apellido,  
Ni soldado de Toledo.

Ved qué dos Toledos éstos.

CAMPUZANO.

Y vos, García, sois tres.  
Llamó Alejandro con éstos,  
A Francisco de Valdés,  
Todos de España, y tras éstos,

Cristóbal de Mondragón  
Entró como coronel.

AÑASCO.

Todos españoles son.

Mas ¿á quién llamó con él?

CAMPUZANO.

Al Conde de Barlamón,  
General, como sabéis,  
Del artillería.

AÑASCO.

Creo

Que aquesta vez comeréis.

ALONSO.

Que coman todos desco,  
Aunque con hambre me veis.

CAMPUZANO.

El conde Masflet, Maestre  
De campo general....

AÑASCO.

Es

Hombre que, como le adiestre,  
Pondrá más mundo á sus pies  
Que un nuevo Colón le muestre.

CAMPUZANO.

También Otavio Gonzaga,  
Que de la Caballería  
Es General.

ALONSO.

Cuando haga

Consejo el Duque este día,  
Mas que no tratan de paga....  
Quedo, que en la tienda están.

Tapia y Soto, soldados.

TAPIA.

Que, en fin, á consejo van.  
SOTO.

¡Ojalá Farnesio intente,  
Tapia, despedir la gente!

TAPIA.

Quedo; aquí nos lo dirán.  
¿Sábese acaso, soldados,  
Esto que Alejandro intenta  
Por acá?

ALONSO.

¿Somos privados

Para que nos dé esa cuenta?

SOTO.

Vivimos tan maltratados,  
Que si no hay remedio presto,  
Daremos la vuelta á España.

CAMPUZANO.

Lo que se sospecha desto,  
Es que intenta alguna hazaña  
Donde se aventure el resto.

ALONSO.

Mándenlos ir á buscar  
De comer al mismo infierno.

Marcha, en traje de soldado.

MARCELA.

¿No acabamos de marchar?

ALONSO.

Aquí se están de gobierno;

No sé en lo que ha de parar.

MARCELA.

¿A ti no se te dará  
Mucho de que acá ó allá  
Nos andemos deste modo,  
Porque para ti está todo  
Donde Serafina está.

Hoy, ¿la has hablado?

ALONSO.

¿Ha nacido

Persecución de los cielos?

¿Hay trabajo, ni le ha habido,

Como que le pidan celos

A un hombre que no ha comido?

Qué, sin comer, ¿puede ser

Amor loco y bachiller?

¿Quién sin comer no está mudo?

Mas desde que fué desnudo,

Se ha enseñado á no comer.

¡Oh celos, qué condición

Os dió la envidia, tan fiera!

Pero como pobres son,

Que entran adonde quiera

Y atajan cualquier razón.

¡Vive Cristo! ¿A no mirar

Que están aquestos soldados

Delante.....

MARCELA.

¿Qué lindo hablar!

¡Ah, celos averiguados!

¿Qué nombre les puedo dar?

ALONSO.

Mareela, ya me conoces:

¡Por vida del Duque, pues,

Que si te arrimo dos coces.....

MARCELA.

Averiguas con los pies

Lo que el amor con las voces.

Bien son todas tus acciones

De bestia.

ALONSO.

Quedo, Marcela,

Dejémonos de razones;

Que es azúcar y canela

De celos, dos bofetones.

Vete á alojar, que me incitas.

MARCELA.

Si es verdad que esta flamenca

Te agrada, y la solicitas,

Y en tu gusto soy mostrenca,

¿Por qué á otro gusto me quitas?

Déjame, que alguno habrá

Que por su prenda me estime.

ALONSO.

¡Ea, mi bien, bueno está!

¡Que una lágrima lastime,

Puesto que se finja ya!

¿Para qué, naturaleza,

En los ojos inventaste

Lágrimas, que á tal flaqueza

Á un roble, á un bronce obligaste,

Y más con tanta belleza?

Cuando quiere una mujer

Dar veneno á nuestros ojos,

Sus ojos hace llover.

AÑASCO.

¿No cesan esos enojos?

ALONSO.

Las paces habéis de hacer.

AÑASCO.

¿Por qué habéis los dos reñido?

ALONSO.

Celos flamencos han sido.

AÑASCO.

Pues no es éste buen lugar.

ALONSO.

Ni aun es bien hecho celar

A un hombre que no ha comido.

SOTO.

Que ya están todos allí.

TAPIA.

Y se tiene por muy cierto

Ir á Mastrique.

SOTO.

¿Es así?

CAMPUZANO.

Quedo; la tienda han abierto:

Escuchemos desde aquí.

Córrase una tienda ó cortina, y véanse, sentados, el Duque de Parma, armado, con bastón, y á sus lados D. Lope de Figueroa, D. Fernando y D. Pedro de Toledo, Otavio Gonzaga, el Conde de Barkamón y el conde Masflet; los soldados se arrimen al teatro.

PARMA.

Señores, ya habéis visto y advertido

En la poca asistencia, aunque con causa,

Que el Rey, nuestro señor, hace á este ejército;

También sabéis que los soldados todos

¡Han padecido innumerables penas

Y trabajos, que son intolerables,

Y de ser referidos imposibles;

Mayormente, los fuertes españoles,

Que en país tan remoto de su patria,

No tienen otro amparo que el del cielo,

Tengo temor que amotinarse quieren,

Porque la sed y hambre los aflige

Y ha mucho tiempo que la paga esperan,

Si no es que los empleo en algún sitio

De tierra, que pudiese la esperanza

Del saco entretenerlos algún tiempo;

Para lo cual, ninguno me parece

Más conveniente sitio que Mastrique;

Es confín de Alemania, y juntamente

Del país de Lieje, donde están seguras

Las municiones, armas y otras cosas

Para cualquiera sitio necesarias:

Este es mi intento; el vuestro saber quiero.

DON FERNANDO.

Invictísimo Duque de Plasencia

Y generoso Príncipe de Parma,

Alejandro Farnesio, cuyos hechos

Obscurecen las glorias de Alejandro,  
No hay hombre aquí, que por servir cual debe  
La Majestad de nuestro rey Felipe,  
Y á vos, que en su lugar estáis ahora,  
No aventure mil vidas que tuviese.

PARMA.

¡Oh heroico don Fernando de Toledo,  
Honor deste apellido, cuán al justo  
Conviene las palabras con el nombre!

DON PEDRO.

Si busca Vuestra Alteza en los Toledos  
El alma del deseo de servirle,  
A las manos le pida, no á la lengua.

PARMA.

Don Pedro, de sus manos sois testigo.  
¿Iremos á Mástrique?

OTAVIO.

Dondequiera

Que Vuestra Alteza mande, iremos todos,  
Porque no hay voluntad sino es la suya.

PARMA.

¡Oh, buen Otavio! ¿Qué decís, don Lope  
De Figueroa?

DON LOPE.

¡Juro á Jesucristo,

Que me admira y espanta Vuestra Alteza!  
Vaya al infierno, y demos á los diablos  
Una batalla, y ¡voto á Dios de hacellos  
Huir más tierra que perdieron cielo!

PARMA.

Conde Masflet.....

MASFLET.

Comience Vuestra Alteza

El sitio de Mástrique, aunque es difícil;  
Que todos moriremos en la empresa.

PARMA.

Conde de Barlamón.....

BARLAMÓN.

Las grandes cosas

Sólo se hicieron para grandes pechos;  
Si se amotinan ya los españoles,  
¿Cómo pueden mejor entretenerse?

PARMA.

Pues alto: vamos, con favor del cielo,  
Á sitiar á Mástrique; vos, don Lope,  
Con la Caballería, ó la más parte,  
En la mano derecha iréis marchando,  
Y don Fernando de Toledo lleve  
La izquierda con su tercio y el que lleva  
Francisco de Valdés, y los valones  
Podrán acompañarle; que por medio  
Yo iré con lo restante del ejército,  
Por acudir á las dificultades.

DON PEDRO.

Pienso que el enemigo nos encuentre,  
Que marcha en orden, y es mayor en número.

DON LOPE.

Si él nos encuentra, no se irá alabando  
¡Por vida de don Lope! del encuentro;  
Que aún no se habrá secado aquella sangre  
De los que degollamos en Amberes.

Y ¡voto á Dios, que si en mi mano fuera,  
Que no quedara vivo luterano!

PARMA.

Vamos: y sepan todos nuestro intento,  
Porque marchemos con igual contento.

Ciérrese la tienda, y los soldados digan.

SOTO.

Parece que ya se van  
De la tienda.

ALONSO.

El seso pierdo.

TAPIA.

¿Qué habrán hecho en este acuerdo?

AÑASCO.

De la paga tratarán.

ALONSO.

¡Si á mí me hubiera creído  
La nación....

CAMPUZANO.

Y aun más de dos

Son del parecer que vos

Habéis, Alonso, tenido.

¡Pecía tal con quien nos trae!

No cae en lo que padece

Gente que no lo merece.

ALONSO.

Quien no tropieza, no cae.

Pues ¡por vida de García

Y del soldado que veis,

Que algún día os acordéis

De lo que os dije algún día!

Señor Duque, de quien yo

Jamás un ducado tengo,

¿Sirvo al Rey, ó por quién vengo

Donde el diablo me engañó?

¡Bien haya el santo oficial,

Hormas, hierro, aguja é hilo,

Que se ríen del estilo

Del estrépito marcial!

¡Vive Cristo, que es un puto

El que se viene á la guerra

Á sembrar sangre en la tierra,

Que da en quejas todo el fruto!

Toma el hato, mochilero.

Guía á España.

MARCELA.

Eso me agrada.

¡Servir y no medrar nada,

Comer mal, vestir acero!

Vámonos, Alonso, á ver

Sábanas por estandartes.

¿Qué ejército como un martes

Mercado en Zocodover!....

¡Vive Cristo, que reviento

De cólera!

AÑASCO.

No es razón

Que hasta saber su intención

Hagáis algún movimiento.

MARCELA.

¡Oh, qué gracioso soldado  
De almíbar y agua rosadal  
Sin dinero, todo es es nada;  
¿Qué hará bien un mal pagado?  
¡Oh letras, bien haga el cielo  
Al que os inventó, que, en fin,  
No hay estudiante tan ruin,  
Que no le reluzca el pelo!  
¿Cuál médico, mate ó cure,  
No tiene bien qué comer,  
O cuál hombre puede haber  
Que escriba, prenda ó procure,  
Abogue, juzgue, ó quien sea,  
Que, en fin, no descansen ó viva?

ALONSO.

¡Oh guerra, soberbia, altiva,  
Sangrienta, homicida y fea!  
¡Que viva un cura mil años  
Entre el frasco y el pernil,  
Y que aquí un soldado vil  
Muera por reinos extraños!  
Acabóse: á España luego.

CANPUZANO.

¡Vive el cielo, que acertáis!  
Pues en Flandes os heláis  
Y andáis cargados de fuego,  
Tráigase el este mosquete,  
Señor don Fernando el tío.

AÑASCO.

Por hambre, cansancio y frío,  
Diga, ¿qué cielo promete?  
Ea, que no hay que aguardar.

SOTO.

Con trompetas y atabales,  
De Amberes los arrabales  
Hizo quemar y abrasar;  
Que sin duda imaginó  
Los luteranos asados  
Que el fuego entonces quemó.  
Pues no son los españoles  
Caribdis, ¡borracho!

TAPIA.

Hablad

Mejor de su autoridad.

SOTO.

Dáseme dos caracoles.

ALONSO.

¿Cómo hablar? Es un bellaco  
Á pagar de mi dinero.

CANPUZANO.

Es un vinagre.

AÑASCO.

Es un cuero,  
Y mayor ladrón que Caco.

ALONSO.

Quedo: tocan á marchar.

MARCELA.

Trompetas y cajas son.

CANPUZANO.

¿Qué habrá sido la ocasión?

ALONSO.

Nunca tocan á pagar.

TAPIA.

Oid: todo hombre se arma;  
Cosa que un sitio aperciba.

Dentro:

¡El duque Alejandro viva!  
¡Viva el gran Duque de Parmal

Cajas y trompetas; éntre el capitán Castro.

TAPIA.

¿Qué es aquesto?

SOTO.

¿No lo ves?

ALONSO.

El capitán Castro viene.

CANPUZANO.

Sin duda noticia tiene,  
Pues de su cámara es.

CASTRO.

¡Ea, fuertes españoles,  
Honra de nuestra milicia,  
Los que volvéis por la suya  
De Felipe, que os envía;  
Los que de su patrimonio,  
Que estos tiranos le quitan,  
Cobráis las tierras con sangre  
Y á costa de tantas vidas;  
Los que tiene donde el sol  
Peina cabellos de Tíbar,  
Y donde un cristal los baña  
Cuando amanece en las Indias!  
Hoy, Alejandro Farnesio  
Quiere que os volváis en Midas,  
Dándoos un sitio que os dore  
Las manos y la codicia.  
Á sitiar vais á Mastrique:  
Sólo vuestro bien le obliga,  
Para que de vuestra mano  
Cobréis deudas tan antiguas.  
No le mueve mayor fama,  
Ni mayor gloria le incita,  
Que pagaros lo que os debe;  
Y así, os ruega y os suplica  
Vais como quien sois, y hagáis  
Lo que de vuestra osadía  
Tiene esperanza que haréis.

AÑASCO.

No más, Castro, no prosigas.  
No tenemos qué te dar  
De aquesta nueva en albricias,  
Sino es el rogar al cielo  
Que por largos años vivas:  
Que premie el Rey tus servicios,  
Para que tan bien le sirvas

En sus consejos de España,  
 Cuando en su corte residas.  
 Alejandro es gran señor;  
 Italia, España, lo digan:  
 Todas le ofrecen laurel,  
 Y ellas se ciñen de oliva.  
 ¿Qué es Alejandro, soldados  
 Héctor?

SOTO.  
 Pirro.

TAFIA.  
 Micinisa.  
 MARCELA.

Cipión.

ALONSO.  
 César.

CASTRO.  
 Pues alto:

Marchad, y ¡Alejandro viva!

Todos: ¡Alejandro viva! Y éntrense con cajas, y to-  
 quen trompetas, y salgan Bisanzón, tudesco, y Ay-  
 nora, flamenca.

AYNORA.

¡Qué pesados celos tienes!

BISANZÓN.

¿Parécete muy pesados?

¡Cuán libre de mis cuidados,  
 Aynora gallarda, vienes!

AYNORA.

¿Con qué puedo asegurarte?

BISANZÓN.

Con no te apartar de mí.

AYNORA.

Y ¿estarás seguro?

BISANZÓN.

Sí.

AYNORA.

¿No estarás en otra parte?

BISANZÓN.

No.

AYNORA.

Luego ¿no hay confianza  
 En ausencia de mujer?

BISANZÓN.

No, que no hay són de querer  
 A que no sepan mudanza.

AYNORA.

¿No me dices que me tienes  
 En el alma?

BISANZÓN.

Así lo digo.

AYNORA.

Luego siempre estoy contigo,  
 Cuando vas ó cuando vienes.

¿Qué importa verte ó no verte,  
 Si es más llano que la palma,  
 Que teniéndome en el alma  
 No puedo dentro ofenderte?

BISANZÓN.

Estás, por comparación,  
 Del gran amor retratada,  
 Que eres pintura colgada.

AYNORA.

¿Dónde?

BISANZÓN.

En la imaginación.

Mas como lo que ha de estar  
 Y en espíritu caber,  
 Otro espíritu ha de ser,  
 Y un alma en otra ha de entrar,  
 Quédasete el cuerpo allá,  
 Y otro cuerpo topar puedes  
 Donde sin alma te quedas  
 Mientras la suya te da.

Mas no gastemos quimeras  
 Ni me des, Aynora, enojos;  
 Que bien se te ve en los ojos  
 Que tú me quieres de veras.

Trasticot, que no ha de haber  
 En todo el campo español  
 Que no te parezca un sol;  
 Todos los has de querer.

AYNORA.

¿Tú me has visto con alguno  
 Desde que salí de Amberes?

BISANZÓN.

Tienes razón, no te alteres,  
 Que no has hablado á ninguno.

Porque pienso que son tantos,  
 Que alguno no puede ser;  
 Que es devoción de mujer  
 La fiesta de Todos Santos.

AYNORA.

Parte á buscarme qué coma,  
 Y déjate ya de hablar,  
 Porque no puedo marchar.

BISANZÓN.

Aliento, mi vida, toma

Hasta el castillo que ves,  
 Que allí el campo ha de hacer alto.

AYNORA.

Cuerpo de sustento falto,  
 No mueve á compás los pies;  
 Parte ó déjame, yo iré.

BISANZÓN.

¿No podemos ir los dos?

AYNORA.

No tengo aliento, ¡por Dios!  
 Ni puedo tenerme en pie.

BISANZÓN.

¿Cómo le tienes sin mí  
 Y me dices que te irás?

AYNORA.

El enfado que me das  
 Me ha obligado á hablar así.  
 ¡Bueno es que te den cuidado  
 Los celos de una mujer,  
 Y no el darla de comer!  
 Tú eres lindo enamorado.

Así hay muchos, que con celos  
El alma á comer darán,  
Pero no darán un pan  
Al dueño de sus desvelos.

Parte, y busca qué comer;  
Si recelas, paga el plato;  
Que no hay paño más barato  
Que el gusto de la mujer.

Sin un jardín puede un hombre  
Pasarse, y hace un jardín  
De gran costa, y dale, en fin,  
De entretenimiento el nombre.

Sin caza puede pasar,  
Y gasta en perros y en aves  
Su hacienda, aunque en hombres graves  
Bien se puede perdonar.

Sin jugar pudiera ser  
Pasara con más sosiego;  
Que muchas veces el juego  
Hace bajezas hacer.

Sin galas puede también;  
Que con un vestido honesto,  
Curioso, limpio y bien puesto,  
Parece un hombre más bien.

Mas que sin mujer se acueste,  
Ello es caso trabajoso;  
Luego aquello que es forzoso,  
Es barato aunque más cueste.

BISANZÓN.

Agora tu hambre creo,  
Si es verdad que sutiliza  
El ingenio.

AYNORA.

Mucho atiza,  
Y que le adelgaza creo.  
Y por los mismos efetos,  
De necesidad forzosos,  
Hay mil pobre ingeniosos  
Y pocos ricos discretos.

BISANZÓN.

Voy, porque no apures más  
Con la hambre el pobre seso.

AYNORA.

Vé, que ser tuya profeso,  
Y donde estoy me hallarás.

Váyase Bisanzón.

Dura cosa es servir tirano dueño;  
Grave, tener un pleito el juez airado;  
Terrible, pobremente estar casado;  
Triste, por ambición perder el sueño;  
Fuerte, fiar la vida á un corto leño;  
Necia, mandar al que ha de ser mandado;  
Extraña, el libre en un papel forzado;  
Cruel, sufrir el grande al que es pequeño;  
Fiera el premio perder quien le merece;  
Mortal, tener mujer propia á disgusto,  
Y vil cosa, es pedir de ningún modo;  
Pero asistir á lo que se aborrece,

Forzando el alma y esforzando el gusto,  
Es muerte sin morir, que es más que todo.

Entre Marcela.

MARCELA.

Celos de aquesta mujer  
Y de mi amado enemigo,  
Me traen por más castigo,  
Si mayor le puede haber,  
Donde la hable y la vea,  
Por ver si es tan linda cosa;  
Que á veces suele una hermosa,  
Hablando, parecer fea.

AYNORA.

En viendo algún español,  
Se me va el alma tras él,  
Que me parece que dél  
Salen los rayos del sol.

Y éste ¡por mi vidal es tal,  
De tal gracia, talle y brío,  
Que diera por velle mío  
Una corona imperial.

¡Qué bien se pone el sombrero!  
¡Qué gallardo asienta el pie!  
Pues si le hablo, yo sé  
Que dirá que es caballero.

No hay cosa que le esté mal:  
¡Qué bien puesta espada y daga!  
Pues ¡qué le diré que haga?  
Que no vuele á un ave igual.

Saben amar con regalos,  
Y ya tan diestros están,  
Que de cuando en cuando dan  
Con los regalos los palos.

¡Oh bizarria española!  
Quiero hablarle.

MARCELA.

Yo, si viene.....

Flaqueza en los ojos tiene;  
No es buena para andar sola.  
Llegue, pase los umbrales;  
No tiemble, pase con brío;  
Hagamos un desafío,  
Pues son las armas iguales.

AYNORA.

Decid, español hidalgo,  
¿Harán alto ahora aquí?

MARCELA.

Si queréis hacerle en mí,  
Parad, y mandadme en algo.

AYNORA.

¿Cuánto este castillo está  
De Mastroque?

MARCELA.

Media legua;  
Y no erais vos mala yegua  
Para llegar presto allá.

AYNORA.

Estoy agora cerril;  
Tengo condiciones bravas.



MARCELA.

Si amor os echa sus trabas,  
Sufiréis desde una á mil.

AYNORA.

¿Con quién venís?

MARCELA.

Yo, conmigo.

AYNORA.

¿No sois soldado?

MARCELA.

Sí soy,

Sino que quebrando voy  
De la amistad de un amigo.

AYNORA.

Qué, ¿no tenéis compañía?

MARCELA.

La vuestra tener quisiera,  
En cuya amistad pudiera  
Alojar la infantería.

AYNORA.

Con quién venís me decid,  
Porque de la suya sea.

MARCELA.

Con el capitán Perea,  
Un hidalgo de Madrid,

Á quien, por su gran valor,  
Estima el Duque de Parma.

AYNORA.

Tocando va al alma al arma  
Este soldado de amor.

Si fuéradés capitán,  
Soldado fuera con vos.

MARCELA.

Quebráramonos los dos,  
Según los golpes que dan,  
Que anda la guerra muy hueca.

Pero ¿qué plaza queréis?

Porque conmigo tendréis

Coselete ó pica seca.

AYNORA.

Cualquiera plaza con vos

Es bien que me satisfaga

Si me adelantáis la paga.

MARCELA.

Traspiés va dando, ¡por Dios!

Amor es vino que mueve

Zanadillas y traspiés,

Y todo para, después,

En dormir lo que se bebe.

Ahora bien, los dos seamos

Soldados deste Peica

Que os digo; Mastrique vea

Que asalto á sus muros damos.

Vos seréis mi camarada,

Y tomaremos yo y vos

Dos boletas, que las dos

Valdrán tanto como na-la.

Dadme esos brazos en prendas

Destá amistad.

AYNORA.

Soy dichosa.

Entre Bisanzón.

BISANZÓN.

¿Cómo es esto? ¡Oh, linda cosa!

Como el caballo sin riendas,

Como sin viento la mar,

Como sin agua la tierra,

Como sin armas la guerra,

No se pueden gobernar,

Así, la mujer sin gusto.....

¡Ah, cruel!

AYNORA.

Este tudesco

Es mi galán.

MARCELA.

¡Yo estoy fresco!

BISANZÓN.

Pagarme tiene el disgusto.

AYNORA.

¡Mátale, español!

MARCELA.

¡No hay más

Sino mátale, español!

BISANZÓN.

Aun hoy no se ha puesto el sol,

Y antes de irse el sol te vas.

AYNORA.

Saca, mis ojos, la espada;

Dale por la cara un tajo.

MARCELA.

Y ¿no puede, uñas abajo,

Darme él alguna estocada?

BISANZÓN.

¿Cómo mataré al villano?

Sacar la espada es bajaça;

Que no es bien que en su flaqueza

Quede afrentada la mano.

Español, ¿qué haces aquí?

MARCELA.

Estoy con esta mujer.

BISANZÓN.

Su dueño debes de ser.

MARCELA.

Claro está.

BISANZÓN.

¿Su dueño?

MARCELA.

Sí.

BISANZÓN.

Aynora, ¿es tu dueño ese hombre?

AYNORA.

Pues lo dice, ¿no está claro?

BISANZÓN.

Y ¿vienes ya con su amparo?

AYNORA.

Á sombra estoy de su nombre.

BISANZÓN.

Español, matarte quiero.

MARCELA.

Yo no estoy para morir.

AYNORA.

¡Qué braveza!

MARCELA.

¡Qué fingir!

BISANZÓN.

Que saques la espada espero.

MARCELA.

Y yo, que la gente llegue.

BISANZÓN.

Porque te he de hacer, de un salto,

Subir volando tan alto,

Que el sol te abraze ó te ciegue.

MARCELA.

No sé cómo le replique.

BISANZÓN.

¿Qué dices?

MARCELA.

Que bien me está,

Porque vea desde allá

La gente que hay en Mástrique;

Y al Duque le contaré

Si la tomará ó si no.

BISANZÓN.

Allá puedo echarte yo,

Español, de un puntapié.

MARCELA.

Sin duda es de muchos puntos;

Mas, tudesco, si ha de ser,

Échame con la mujer,

Para que nos vamos juntos.

Y será cuento extremado,

Debido á tus pies ligeros,

Pues seremos los primeros

Que hayan en Mástrique entrado.

BISANZÓN.

El Duque es éste; agradece

Que llega en tropa al castillo.

MARCELA.

Mejor puedes tú decillo;

Y agradece que se ofrece,

Que si no, mas que te ensalzas,

Ya, por el aire esparcido,

Algún ave hiciera nido

En las ramas de tus calzas;

Que tardaras en subir

Tanto tiempo, que pudiera

Criar una primavera,

Y en el otoño salir.

Soldados en orden, cajas, banderas; el capitán Perea,  
D. Pedro de Toledo, D. Lope de Figueroa, el capi-  
tán Castro y el Duque de Parma.

PARMA.

Esto podéis decir al Castellano.

CASTRO.

Yo voy con tu licencia. ¡Ah del castillo!

Un flamenco castellano en lo alto, con dos soldados  
con sus arcabuces cargados.

CASTELLANO.

El Príncipe ha llegado con su ejército.

CASTRO.

¡Ah del castillo!

CASTELLANO.

Prevenid las bocas

De los mosquetes, para que sus balas

Sean palabras que por mí respondan.

CASTRO.

Ya Vuestra Alteza ha visto la respuesta,

Y milagro volver con vida ha sido.

PARMA.

¡Oh villano! ¿Esto ha hecho? ¿Hay en el mundo

Tan gran atrevimiento? ¡Hola! Al momento

Poned á este castillo tres cañones,

Y batilde con furia hasta rendirle.

Soldado flamenco.

FLAMENCO.

Monsieur, cañones plantan, batir quieren.

CASTELLANO.

¡Hola, español, el que viniste! Escucha.

CASTRO.

Vuelto me han á llamar, ¿no veis las señas?

PARMA.

Mira qué quieren.

CASTRO.

¿Qué es lo que me dices?

CASTELLANO.

¿Con qué concierto nos querrá Su Alteza?

CASTRO.

Á mí me ha dicho que las vidas solas,

Y pues le ha de rendir y degollaros,

Que aceptéis el partido os aconsejo.

CASTELLANO.

¿Qué haré?

FLAMENCO.

Aceptalle y estimar la vida.

CASTELLANO.

Yo bajo con mi gente, y para señas,

Unas varillas blancas llevaremos.

CASTRO.

Ya se han rendido y el partido aceptan.

PARMA.

¿Quién son los capitanes que hoy estaban

De guarda á mi persona?

PEREA.

Hoy es de guarda

De Vuestra Alteza don Martín de Argote.

PARMA.

¿Y quién con él?

PEREA.

El capitán Isaba.

PARMA.

Vayan los de Perea, y entren juntos

A guardar mi palabra, defendiendo

Que no muera flamenco, ni consientan

Que se les quite más que las haciendas,

Pues que sin resistencia se han rendido.

Vos, Castro, haréis en el castillo luego

Mi alojamiento, porque mientras dura

El sitio que á Mástrique poner quiero,

Aquí pienso tener mi casa y corte.

MARCELA.

Hoy me quiero vengar deste tudesco.  
Óigame una palabra Vuestra Alteza.

PARMA.

Decid, soldado, y presto.

MARCELA.

Lo que llegar á tu valor me mueve.  
Diré en breve.

Aquel tudesco, señor,  
De su huésped ha robado  
Aquella flamenca, y dado  
Muestras de tenerla amor.

Mas ella, que á otra nación  
Debe de estar inclinada,  
A cuanto le dice, airada  
Responde: «Nitifiston».

Hoy, que traía cargado,  
No el arcabuz, el cerebro,  
Quiso decirle un requiebro,  
Del ejército apartado.

Y porque no consintió,  
Dice que la ha de matar:  
Llegué, y púdela librar  
Cuando tu Alteza llegó.

Mas si se queda con ella,  
Pondrálo en ejecución.

PARMA.

Bárbara es esta nación.

DON LOPE.

Sí; mas la flamenca es bella.

Hablen el Duque y D. Lope.

PARMA.

¿Agrádaos, don Lope?

DON LOPE

¿Á quién

Cualquiera mujer no agrada,  
No siendo monja, ó pintada,  
Con quien nunca estuve bien,  
La una porque es de Dios,  
La otra porque no es?

Aparte Marcela y el tudesco.

MARCELA.

Ya hablé con el Duque.

BISANZÓN.

Pues

¿Qué le has dicho de los dos?

MARCELA.

Quién eras me preguntaba:  
Dije que un noble soldado;  
Que esta mujer has sacado  
De Amberes, adonde estaba,  
Y que te quieres casar.

Si te lo pregunta, di  
Con mucha humildad que sí,  
Porque te hará castigar.

BISANZÓN.

Yo lo haré.

PARMA.

Mucho me enoja

Que éstos traten las mujeres  
Tan mal.

DON LOPE.

Viendo que en Amberes  
Poco ó nada se despoja  
Quemando los arrabales,  
Cargan con las prendas vivas.

PARMA.

Son las flamencas esquivas,  
Aunque amando, liberales.

Tudesco.....

BISANZÓN.

Señor.....

PARMA.

¿Tu nombre?

BISANZÓN.

Bisanzón.

DON LOPE.

Allá quisiera

Que algo el Rey me remitiera.  
Digo á la ciudad, no al nombre.

PARMA.

¿Es verdad que hacer querías  
Lo que dice aquel soldado?

BISANZÓN.

Días ha que lo he tratado,  
Cansado de sus porfías;

Pero siempre se defiende.

PARMA.

¿Hay bárbaro semejante?  
Pues ¿eso dices delante  
De mí?

BISANZÓN.

Luego ¿esto te ofende?

PARMA.

Dalde dos tratos de cuerda.

BISANZÓN.

Señor, pues ¿esto es pecado?

PARMA.

¿Si es hereje?

DON LOPE.

Eso he pensado.

BISANZÓN.

Español.....

MARCELA.

De mí se acuerda.

DON LOPE.

Llevalde de aquí.

PARMA.

El matar,

Que no es pecado porfia.

MARCELA.

Él, el casarse decía,  
Mas no le dieron lugar.

¿Lindamente lo ha pagadol

PARMA.

Don Lope, excusado estoy,  
Porque hasta alojarnos hoy,  
Estoy con algún cuidado;

No haya desorden aquí;  
Mi palabra dí á esa gente.

Váyase el Duque.

DON LOPE.

Tu Alteza, seguramente  
Puede confiar de mí.

MARCELA.

¿Qué te parece si he dado  
Traza con que libre estés?

AYNORA.

Echarme quiero á tus pies;  
De un tirano me has librado,

DON LOPE.

¡Ha, seo soldado....

AYNORA.

¿Quién llama?

MARCELA.

El que todo el mundo loa:  
Don Lope de Figueroa,  
Más claro que el sol en fama.  
¿Qué manda Vuesenoría.

DON LOPE.

Esa flamenca (oye aparte),  
¿Puédese pagar con parte,  
Pagando la cortesía?

MARCELA.

Por no ofender tu decoro,  
Hoy, que tu bandera sigo,  
Seré Alejandro contigo,  
Y te daré la que adoro.

Con parte la paro al dado,  
No pagando, pues la dan,  
Porque con el capitán  
No ha de tirarse el soldado.

Ya es tuya: un poquillo es lerdá;  
Dale cuatro sofrenadas;  
Que á las primeras jornadas  
Podrá ser que el trote pierda.

DON LOPE.

¿De dónde sois?

MARCELA.

De un lugar

Donde no nació cristiano.

DON LOPE.

Seamos amigos.

MARCELA.

Es llano

Que os tengo de visitar;

Que si con la flamenquilla  
Os curo la enfermedad

Que hace aquí la soledad  
De las damas de Castilla,

Ya vuestro médico soy,  
Y es la visita forzosa.

Alonso, con algunas ropas viejas.

ALONSO.

¡Que no hallase alguna cosa!

¡La guerra á los diablos doy!

¡Que todos en la riqueza  
Del castillo hayan metido

Las manos, y yo haya sido

La escoba de la pobreza!

¿Qué será aqueste arambel?

¿No hay aquí un diablo que tope?

Mas ¿qué hace aquí don Lope,

Y mi Marcela con él?

DON LOPE.

Dadme la mano y los brazos,  
Y esta cadena tomad.

ALONSO.

No va mala la amistad

Si de oro se hacen los lazos.

¿Aynora también aquí?

MARCELA.

Oye, Aynora.

AYNORA.

¿Qué me quieres?

MARCELA.

¿Ves éste?

AYNORA.

Vile en Amberes.

MARCELA.

Es mi camarada.

AYNORA.

¿Ansi?

MARCELA.

Sí, Aynora; vete con él,  
Sabrás el alojamiento.

AYNORA.

Voy con notable contento.

MARCELA.

No le espera menos él.

AYNORA.

Diz que tengo de ir con vos

DON LOPE.

Así queda concertado;

Ven.

AYNORA.

Vamos.

DON LOPE.

Yo he saqueado

La mejor prenda, ¡por Dios!

Vanse Aynora y D. Lope.

ALONSO.

¿Qué hacía vuestra merced  
Aquí con el General?

MARCELA.

Trato ya en cierto caudal,  
Y hame hecho esta merced

ALONSO.

Y ¿qué es la mercadería  
En que vuestra merced trata?

MARCELA.

No es paño, holanda ni plata.

ALONSO.

Pues ¿qué?

MARCELA.  
Cierta niñería.

ALONSO.  
Bien dice, que bien podrán  
Resultar niños del trato.

MARCELA.  
Sepa que anda muy novato.

ALONSO.  
Las novedades lo harán.

MARCELA.  
¿Él me da celos á mí  
En lengua flamenca? diga;  
Sepa que vendí su amiga  
En español.

ALONSO.  
¿Cómo así?

MARCELA.  
Hécela dado á don Lope  
Por esta joya invencible,  
Y tengo por imposible  
Que vuesa merced la tope.

ALONSO.  
Y la cadena, ¿no puedo  
Topar si hago y digo.....

MARCELA.  
Sí,  
Que la tomé para ti,  
Que eres mi amor y mi miedo.  
Póntela, cesen enojos;  
Que, fuera de que te adoro,  
Es la condición del oro  
Hacer alegres los ojos.

ALONSO.  
No era menester, ¡por Dios  
Mas siendo de tales manos,

Cesen los enojos vanos,  
Y hagamos paces los dos.

MARCELA.  
Hazme tú flamenca á mí,  
Que yo te responderé;  
Quizá te despicaré.

ALONSO.  
No lo estoy, ¡por Dios! Mas di:  
¿Quiéresme dar un abrazo,  
Mis ojos?

MARCELA.  
Tu vell'lerthine.

ALONSO.  
Tantos dices, que conviene  
Alargarte luego el brazo.  
¿Quiéresme cuanto te quiere  
Esta alma?

MARCELA.  
Dat vuilghi guil.

ALONSO.  
Yo lo soy, y te soy fiel;  
¿Seráslo tú?

MARCELA.  
Jit, minhere.

ALONSO.  
¿Olvidarás mi afición?

MARCELA.  
Liverte sterven, mi bien.

ALONSO.  
Y ¿querrás alguno bien,  
Marcela?

MARCELA.  
Nitifiston.

FIN DEL PRIMER ACTO.



# ACTO SEGUNDO

## FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO

EL GOBERNADOR DE MASTRIQUE.	AYNORA, <i>dama, de hom- bre.</i>	EL CAPITÁN PEREA. ALONSO GARCÍA.
ENRIQUE, <i>flamenco ca- pitán.</i>	EL DUQUE DE PARMA. DON LOPE DE FIGUEROA.	HURTADO. } CAMPUZANO. } <i>Soldados.</i>
UN SOLDADO FLAMENCO.	DON FERNANDO DE TO- LEDO,	AÑASCO. }
EL CAPITÁN CASTRO.	DON PEDRO DE TOLLO.	GABRIO CERVELLÓN DE LA GRAN CRUZ.
UN TROMPETA.	ALFÉREZ MARTÍN DE RI- BEA.	UN TAMBOR FRANCÉS.

El Gobernador de Matrique flamenco,  
y algunos (1).

GOBERNADOR.

¿Dónde dices que quedaba  
El ejército español?

SOLDADO.

Ayer, al ponerse el sol,  
En Petrixón alojaba,  
Donde, el castillo rendido,  
Tres cañones viendo enfrente,  
Por las vidas solamente  
Se dió el Alcaide al partido.  
Entraron, y ellos salieron  
Con sus varas por señal  
De paz, donde estrago igual  
A su pensamiento hicieron.  
Allí Farnesio alojó  
Su campo y corte.

GOBERNADOR.

¿Qué intenta?

SOLDADO.

No estás seguro, á mi cuenta.  
Hoy á recoger tocó,  
Y sospecho que á Matrique  
Marcha, y que sitiarnos quiere.

GOBERNADOR.

Cuando á Matrique viniere,  
Hallará quien le replique.  
¿Gran gente trae?

SOLDADO.

Notable,

Más que en número, en valor,  
Y él, por sí, Gobernador,  
Es capitán admirable.

Como Alejandro se llama;  
De manera al otro imita,  
Que quitalle solicita  
Ya con el nombre, la fama;  
Que del Farnesio en lugar,  
Aunque es tan noble apellido,  
Magno, como el otro ha sido,  
Pienso que le han de llamar.

GOBERNADOR.

¿Vienen, Enrique, contentos  
Los españoles con él?

SOLDADO.

Eso de quejarse dél  
No engañe tus pensamientos;  
Que á Carlos quinto decía  
En Túnez un capitán:  
«Los españoles están  
Murmurando todo el día.»

Y él respondióle: «Pues id,

(1) No dice más el original, pero parece que debía  
añadir *soldados*.

Y, para vengarme en ellos,  
Marmurá delante dellos,  
Mal de mis cosas decid.

Fué el alemán, y no había  
Del Emperador hablado,  
Cuando cayó por un lado  
De una puñalada fría.

Experiencia dellos hice,  
No creas que se le irán;  
Dicen mal del capitán,  
Y matan á quien lo dice.

GOBERNADOR.

No importa; Mastrique es plaza  
Que se sabrá defender;  
Mucha sangre ha menester,  
Aunque la nuestra amenaza.

Invencible fuerza intenta;  
Mayor muro tiene en mí;  
No habrá puesto el sitio aquí,  
Cuando el Duque se arrepienta.

Grandes defensas tenemos,  
Gran sustento y munición:  
¿Piensa que en viendo un cañón,  
A Felipe nos daremos?

¿Piensa que es Mastrique acaso  
El castillejo de ayer?

SOLDADO.

Cuidado habrás menester,  
Que viene alargando el paso.

GOBERNADOR.

Hoy es día de mercado;  
Cuatro mil villanos son  
Los que en aquesta ocasión  
En la ciudad han entrado.

No los he dejado ir  
A sus casas; aunque es gente  
Rústica, es fuerte y valiente  
Adonde no puede huir.

Mirad cómo podrá entrar  
El Duque en Mastrique.

SOLDADO.

Emprende

Intentar lo que pretende  
Al Rey de España agradar,  
Cuyas son estas banderas  
Que trac, y funda en razón,  
Que en los que rebeldes son  
Cortan más las armas fieras.

GOBERNADOR.

¿Rebelde?

SOLDADO.

Sí, que esta tierra  
Era, de parte de padre,  
De Felipe, y patria y madre  
De Carlos, en paz y en guerra;  
Que el Archiduque casó  
Con hija del rey Fernando  
De España.

GOBERNADOR.

El cómo ó el cuándo  
No he de averiguarlo yo.

De Mastrique agora soy  
El Gobernador, Enrique;  
Yo he de tener á Mastrique  
Por quien en Mastrique estoy.  
Perdone España, pues tiene  
Indias; esta plaza es mía.

SOLDADO.

Llegar el Duque porfía;  
Mucho se acerca, ya viene;  
Súbete al muro.

GOBERNADOR.

Allá voy,  
Donde me abrirán el pecho  
Primero que á mi despecho  
La puerta, á fe de quien soy.  
Mas yo sé que está seguro  
Cuando él esté pertinaz.

Éntrese.

SOLDADO.

Con un trompeta, de paz,  
Viene un capitán al muro.

Toca la trompeta; éntre con él el capitán Castro.

CASTRO.

Espera, trompeta, aquí;  
Que pienso que me han oído,  
Y aun por ventura entendido  
Lo que pretendo de ti.

Fuerte plaza, mucho intenta  
Alejandro; mas ¿qué importa?  
Que cuando la empresa es corta,  
En vez de gloria es afrenta.

Que las grandes, y que en ellas  
Hay gloria sólo en buscallas,  
Siendo imposible acaballas,  
¿Qué más bien que acometellas?

¡Oh Alejandro valeroso,  
A quien tanto España debe,  
Ya décimo de los nueve,  
Y más que todos famoso!

Mas ¿qué trato tu alabanza?  
Presto estos muros dirán  
Si es dichoso el capitán  
O el siglo y Rey que lo alcanza.

En alto el Gobernador y soldados flamencos.

GOBERNADOR.

¡Ah del campo!

CASTRO.

¡Ah de los muros!

GOBERNADOR.

¿Qué queréis?

CASTRO.

De paz estoy.

GOBERNADOR.

Hablad, que licencia os doy.

CASTRO.

¿Con quién, si estamos seguros?



GOBERNADOR.

Yo soy el Gobernador  
De Mastrique.

CASTRO.

Pues oid,

Y lo que digo advertid:

Dice el Duque mi señor,

Que ha llegado, como veis,

Con el ejército aquí

Del Rey de España.

GOBERNADOR.

Es así:

Llegado á Mastrique habéis.

CASTRO.

Pues de parte de Felipe

Y de la suya, os exhorta

Y manda.....

GOBERNADOR.

El mandar acorta.

CASTRO.

Que antes que alguno anticipe

El daño que te amenaza,

Le dejes, Gobernador,

La plaza al Rey su señor,

Pues que no es tuya la plaza

Y te obliga la razón,

Y la obediencia y la ley;

Ó que, ¡por vida del Rey!

Si planta sólo un cañón

Antes que se le rindáis,

Que hombre en Mastrique no quede

Con vida.

GOBERNADOR.

Si hacerlo puede.

¡Oh españoles, cómo habláis!

Di que no se me da nada

Que plante un cañón, ni treinta;

Que ya sé que trae cincuenta

Su confianza engañada.

Yo tengo bien conocidas

Españolas amenazas,

Sus ardides y sus trazas;

Diles que guarden sus vidas;

Que ya conozco españoles.

No me espanta lo que sueña,

Aunque para cada almena,

Mil banderas enarboles.

Pensó que estaba á la puerta

El palio. ¿No hay más que hacer?

¡Por Dios, que no la ha de ver

Para el Rey de España abierta!

CASTRO.

¿Qué dices, hombre?

GOBERNADOR.

Esto digo.

CASTRO.

Vida no os ha de quedar;

Que Alejandro podrá entrar

Á sólo daros castigo.

GOBERNADOR.

Aunque fuera el Macedón.

Vete, y di que no replique:

Pensó alojarse en Mastrique

Como ayer en Petrixón.

CASTRO.

Tú verás cómo te ofende.

GOBERNADOR.

Tú verás si me defiende.

CASTRO.

Que he de degollarte entiendo.

GOBERNADOR.

Quien mal piensa, mal entiende.

Lléguese al muro, y verá

De la manera que vuelve.

CASTRO.

¿Mastrique, en fin, se resuelve

En que al Rey no se dará?

GOBERNADOR.

Vete, importuno español.

CASTRO.

Vuestra destrucción sospecho.

GOBERNADOR.

¡Oh fanfarrón!

CASTRO.

Esto es hecho.

Quítase.

Vamos.

TROMPETA.

¡Che cosa, no vuol!

CASTRO.

Dice que no.

TROMPETA.

Pues andiamo;

Ni recomendo patrón.

Vanse.

Marcela y Aynora, como soldados.

AYNORA.

Tirano de mi afición,

Marcelo amigo, te llamo,

Pues desde el primero día

Me tratas con tal rigor;

Que no pagar el amor

Es la mayor tiranía.

Á don Lope me entregaste,

Cruel engaño me hiciste,

Que es, en fin, pues que me diste,

Señal que me despreciaste.

No porque no me ha tratado

Don Lope como quien es;

Mas anda amor á los pies

De un hombre tan gran soldado.

Por eso los estudiosos

Quieren más; que recogido,

Trata mejor el sentido

En los casos amorosos.

Un soldado que alborota

La gloria de su ambición,

De la mayor afición

Hace un juego de pelota;

Saca amor, y vuelve luego,

Pero tras la primer chaza,  
Como el arnés le embaraza,  
Hace mil faltas al juego.

Pidióme que en este traje,  
Por el Duque me pusiese,  
Y mientras dama no fuese,  
Hiciese oficio de paje.

Obedecile y estoy  
Sospechosa, que he de ser  
Conocida por mujer.

MARCELA.

No harás si lección te doy;

Y no te enojés conmigo,  
Pues antes fuera razón  
Conocer la obligación.

AYNORA.

¿La obligación?

MARCELA.

Eso digo.

¡Cuánto mejor estarás  
Con don Lope, que es un hombre,  
Que á la sombra de su nombre  
Sol de los demás serás!

¡Bizarro, fuerte, gallardo,  
Temido!

AYNORA.

Detente ahí.

¿Ves eso que dices?

MARCELA.

Sí.

AYNORA.

Pues por eso me acobardo.

MARCELA.

Por esto, ¿por qué razón?

AYNORA.

Porque tanta valentía,  
Lo que es te dirá algún día,  
Burlarse con el león.

Es hombre tan temerario,  
Que á un enojo que le dé,  
Me ha de coger por un pie  
Y echarme en un campanario.

No quiero los hombres yo  
Tan valientes, tan airados.

MARCELA.

Pues ¿qué?

AYNORA.

Humildes, reposados,  
El sí por sí, el no por no.

Si á don Lope replicase  
En la menor ocasión,  
Pienso que de un bofetón  
Treinta escaleras rodase.

MARCELA.

Esos son los hombres, boba,  
Que no esotros mariales;  
Ese brío de españoles  
Es lo que las almas roba.

¿Qué victoria más honrada  
En los amorosos lazos,  
Que ver humilde en tus brazos

La cara de un hombre airada?

Y es más conforme á razón  
Querer la mujer al hombre  
Que tiene famoso nombre  
Y de valiente opinión.

Porque allá en la Astrología  
Ama Venus tiernamente  
Al hombre cuyo ascendente  
Tiene á Marte, reina mía.

Si de Ovidio sabe el arte,  
Verá su amor tan liviano,  
Que no bastaba Vulcano  
Para apartalla de Marte.

Y así, los hombres marciales  
Aman siempre las mujeres,  
Y muestras que no me quieres,  
Pues desta regla te sales;

Porque yo soy tan marcial,  
Que aun el mismo Marte soy.

AYNORA.

Bien con este brío estoy,  
Y con temerarios, mal.

MARCELA.

Calla, tonta, que no hay gusto,  
Ya que de gusto te agradas,  
Como cuatro bofetadas  
De un hombre de bien robusto.

Pues ¿qué tienes tú por bueno  
Que te lllore un maricón?

AYNORA.

¿No es mejor que un bofetón,  
De toda afición ajeno?

MARCELA.

No, porque luego verás  
Tratarse el gusto mejor;  
Que como es niño el amor,  
Azotado, quiere más.

AYNORA.

Marcelo, aquehas lecciones  
Dalas á gente perdida;  
Que amor, con amor convida,  
Blandura y obligaciones.

Yerran en esa cautela  
Los que á amor niño alborotan,  
Que adonde una vez le azotan  
No vuelve más á la escuela.

¿Qué se hizo mi tudescó?

MARCELA.

En alto le levantaron.

AYNORA.

Más que el amor le quitaron  
Como le dió el viento fresco.

Retírate, que ha llegado  
Su Alteza.

MARCELA.

Enojado viene.

Entran el Duque, D. Lope, Castro, el alférez Martín  
de Ribera y D. Fernando de Toledo.

PARMA.

¿Ese atrevimiento tiene?

CASTRO.

Esta respuesta me ha dado.

PARMA.

¡Por vida del Rey, que luego  
Se ha de batir!

DON LOPE.

¿Que el villano,

Contra el Júpiter hispano

Habló, sin temer su fuego?

Déme Vuestra Alteza á mí

Como yo otros cien soldados,

Y los muros derribados

Le traeré ¡por Dios! aquí.

PARMA.

Cien soldados como vos,

¿Dónde queréis que los tope?

Porque á haber otro don Lope,

Pienso que bastaban dos.

Llamadme á los ingenieros,

Recorreré la muralla.

DON LOPE.

Igual fuera derriballa

Á fuerza de golpes fieros.

¡Voto á Dios! Si Vuestra Alteza

No me deja allá subir,

Que al Turco vaya á servir;

Córteme el Rey la cabeza.

¡Bellacos, rebeldes, viles!

FERNANDO.

Bien será que el muro veas,

Y mandes abrir trincheas

Con que su fuerza aniquiles.

Veamos si obran tan bien

Como envían las razones.

PARMA.

Sus ásperas condiciones,

En las respuestas se ven.

Id vos, Martín de Ribera,

Y llamadme al conde Guido.

RIBERA.

El Conde era ya venido,

Por seguirte á la ligera.

Aunque Propercio Barroso,

No entiendo que habrá llegado.

PARMA.

Es ingeniero extremado,

Y astuto en cualquier negocio (1).

DON LOPE.

¡Que es astuto! ¡Voto á Dios,

Que no hay ingenio en el mundo,

Sino arrojar al profundo

Mastriques, de dos en dos!

Váyanse todos; quedan D. Lope, Marcela y Aynora.

RIBERA.

Algo á don Lope le duele.

PARMA.

La muralla quiero ver.

DON LOPE.

Ello vendrá á suceder

De la manera que suele.

¡No me dejen á mí

Con cuatro soldados míos,

Para proballes los bríos,

Llegar! ¿Quién es? ¿Quién va ahí?

AYNORA.

Un nuevo paje que tienes.

DON LOPE.

Á muy buen tiempo has llegado.

AYNORA.

Creo que estás enojado.

DON LOPE.

Y ¿á desenojarme vienes

Cuando el diablo me gobierna?

AYNORA.

Aun mi boca no se abra.

DON LOPE.

¿De que pase la palabra?

¡Que lleve el diablo esta pierna!

AYNORA.

No tienes salud, señor.

¿Oféndente mis razones?

DON LOPE.

Daréte mil bofetones.

¡Por vida de....

AYNORA.

¡Lindo amor!

¿Qué te parece, mi bien?

MARCELA.

Dí que te los dé, y verás

Con qué gusto quedarás.

AYNORA.

Vé tú, y díselo también.

DON LOPE.

¿Sabes jugar?

AYNORA.

Sí, señor.

DON LOPE.

¿Traes dados?

MARCELA.

Velos aquí.

AYNORA.

Muestra.

DON LOPE.

¿Hay dados?

AYNORA.

Señor, sí.

DON LOPE.

¡Ah, tambor!

AYNORA.

¡Hola, tambor!

DON LOPE.

No des voces, picarona;

Que si esta pierna arrebato,

Quizá te daré barato

Antes de jugar.

AYNORA.

¡Perdona!

El atambor está aquí.

(1) Falta la rima.

DON LOPE.  
¿Qué nación?

TAMBOR.  
Je suis fransués.  
DON LOPE.

¿Por la vida?

TAMBOR.  
Per ma fué.  
DON LOPE.

Llega.

TAMBOR.  
O come vus se ardi.  
DON LOPE.

Echa.

AYNORA.  
¿Á ocho?

DON LOPE.

Á ocho. ¡Mil  
Diablos y aquesta pierna!

AYNORA.

Digo.....

DON LOPE.  
Que á su pena eterna  
Casi este dolor comparo.  
Reparo otros mil.

AYNORA.

¡Azar,  
Siete y llevar!

MARCELA.  
¡Buen gobierno!

Hoy le llevan al infierno  
Si gana el siete y llevar.

AYNORA.

Y ¿qué me queda que tope?

DON LOPE.

Tambor.....

TAMBOR.  
Monsieur.....  
DON LOPE.

Echa un bando:  
Di que un diablo está llevando  
Toda una pierna á don Lope.

Toma la caja y toca.

Entre el capitán Perea.

PEREA.

Su Alteza llama á Vuestra Señoría;  
Que el ingeniero Juan Bautista Plaza,  
Guido, San Jorge y el Barroso, han visto  
Con él estas murallas de Mastroique,  
Para reconocerle y ver por dónde  
Se podría batir; y todos cuatro  
Dicen que el revellín viejo se bata.  
A don Fernando de Toledo ha puesto  
De guarda con dos tercios de valones  
Y alemanes, y á Vuestra Señoría  
Quiere poner, con el valiente suyo,  
De San Antón al fuerte baluarte;  
Porque ya el Coronel, desotra parte

Del río queda, y de los dos en medio,  
Francisco de Valdés.

DON LOPE.

Paso, Perea.

Que no soy sordo: ya lo tengo oído;  
Ya sé que el Duque fué por la muralla,  
Y que reconoció con Juan Bautista,  
Guido, Barroso, el revellín, y quiere  
Batirle; y que están puestos los tres tercios  
De españoles, valones y alemanes,  
En San Antón, el revellín y el río.  
¿Es más que esto?

PEREA.

No es más; que Su Alteza  
Abrir quiere trincheas, y no halla  
Gastadores, que está sin gastadores.

DON LOPE.

Pues ¿quiere Su Alteza que le haga  
Don Lope gastadores de su pierna?  
¿Tanta paciencia presumió que gasto?  
Pues ¡voto á Dios, que falta ya paciencia  
Para sufrir dos piernas astrológicas,  
Que saben las mudanzas de los cielos  
Y sus alteraciones y discursos!  
Id delante, tambor, y echad el bando,  
Que Perea es soldado tan valiente,  
Que no se espantará de ver los diablos.

PEREA.

¿Cómo los diablos? ¡Y el infierno todo!

DON LOPE.

¡Oh, buen Perea! Dadme acá esa mano,  
Y una verdad decidme.

PEREA.

Diré ciento.

DON LOPE.

¿No es la peor aquesta pierna mía,  
Que cuantas piernas tiene Dios criadas?

PEREA.

Es tan mala, señor, que apenas puede  
Ser en un hospital pierna de sábana.  
Es la pierna del pobre paralítico  
Que estaba en la piscina, con más bocas  
Que de carnero, con sus clavos y ajos.  
Finalmente, merece estar colgada  
En San Antón.

DON LOPE.

¡Pluguiera á Dios, Perea,  
Que sirviera yo al Rey con estos brazos,  
Que han hecho alguna cosa de hombre noble!  
Sois de Madrid; en fin, llevadme al Duque;  
Y por el discursillo de la pierna,  
Tomad este diamante.

PEREA.

Dios te guarde.

TAMBOR.

¡Tre bon, per Diu, valante capitane!

DON LOPE.

Toca la caja.

PEREA.

¡Qué donaire tiene!

Vanse.

Quedan Marcela y Aynora.

AYNORA.

¿Parécete que me has puesto,  
Marcelo, en buena ocasión?

MARCELA.

Tan gallarda condición,  
¿Te pudo cansar tan presto?

AYNORA.

¿Ésta es gallarda?

MARCELA.

El amor

No ha de estar siempre en un ser,  
Ni ha de querer la mujer  
Siempre al hombre de un tenor.

AYNORA.

Si estas asperezas doras,  
¿Irá el amor adelante?

MARCELA.

Pues ¿es reloj un amante,  
Que ha de dar siempre á sus horas?

AYNORA.

Amor, dicen que es dolor  
Que suele dar pena eterna;  
Pero el dolor desta pierna,  
Sin duda es mayor que amor.

Si algún hombre vuelvo á amar,  
Como su salud recele,  
Primero, lo que le duele  
Le tengo de preguntar.

¡Ah, Marcelo, á cuántos daños  
Tus engaños me han traído;  
Mas mis desdichas han sido,  
Que no han sido tus engaños!

No te bastó no quererme,  
Sino á quien quisiste darme;  
Matarme por no obligarme;  
Por no obligarte, perderme.

Porque me has dado á un tirano,  
Sin tener de quién vengarte,  
Que si en los brazos es Marte,  
Es en las piernas Vulcano,

Amor te demande, ingrato,  
El mal que me has hecho.

MARCELA.

Aynora,

Si tu pensamiento ignora  
La llaneza de mi trato,

Ten este Marte por dueño  
Y este Adonis para el gusto;  
Que de amarte como es justo,  
La fe de hidalgo te empeño.

Cuando vinieres de allá  
Con alguna lagrimilla,  
Yo la enjugaré, bobilla,  
Con mis regalos acá.

Siempre la que se ha de holgar,  
Sus postas ha de correr  
Del aldea del querer  
Á la ciudad del tomar.

Don Lope es gran caballero;

xu

Súfrele su astrología,  
Porque amor niño se cría  
En mantillas del dinero;  
Que pasado aquel dolor,  
No hay nobleza que le iguale.

AYNORA.

Ni á ti cuanto el mundo vale.  
Di que me tendrás amor.

MARCELA.

¿Eso dudas?

AYNORA.

Pues confirma

Tu amor con estrecho lazo,  
Porque es la pluma un abrazo  
Con que amor sus cartas firma.

MARCELA.

Ya no te puedo abrazar.

AYNORA.

¿La causa?

MARCELA.

El Duque ha llegado.

AYNORA.

¡Ah, bienes de desdichado,  
Nunca les falta un azar!

Soldados con azadones y espuelas, poniéndolos en el teatro; viene con ellos D. Pedro de Toledo, D. Lope y los demás, y el Duque de Parma.

RIBERA.

No hay solo un gastador en todo el campo.  
¿Cómo, señor, pretende Vuestra Alteza  
Abrir estas trincheas?

PARMA.

No es posible,  
Ribera, que eso falte. ¡Buena fuera  
Que de abrir las trincheas se dejaran  
En un campo de tales capitanes  
Y de soldados tan ejercitados,  
Que los tiemblan en Asia, estando en Flandes  
¿No es aquesto cavar?

DON LOPE.

No es otra cosa;  
Pero en la guerra y paz, es este oficio  
Para rústica gente.

PARMA.

No hay, don Lope,  
Cosa en la guerra que no sea decente  
Al mismo General, si hacello importa.  
Cuentan de un rey, que caminaba un día  
De invierno, por lagunas y pantanos,  
Con los carros y máquinas de Marte,  
Y que le sobrevino obscura noche;  
Los soldados entonces, que movían  
Los carros entre el lodo, comenzaron  
Á infamar á su rey con maldiciones;  
Mas él, entre la gente disfrazado,  
Ayudaba á las ruedas, y decía:  
«Decid del Rey, soldados, maldecilde,  
Mas no del que os ayuda á alzar los carros.»  
Dadme aqueste azadón á mí el primero.

58

DON PEDRO.

Déjele Vuestra Alteza; los soldados  
Le tomarán, que gustan de serville.

PARMA.

Don Pedro, yo he de ser de los primeros.

DON LOPE.

No haga Vuestra Alteza lo que dice;  
Que cavaremos todos de tal suerte,  
Que podamos pasar á los antípodas  
Por las honduras que en la tierra hagamos.

Cave el Duque; cave D. Lope; caven todos.

PARMA.

¿Esto, don Lope, es justo á un justo Príncipe?

DON LOPE.

¡Alto: cavemos, pese al diablo!

¿Parióme á mí mi madre para esto?

DON PEDRO.

Dadme á mí un azadón, dad otro al Conde.

PARMA.

No quedará, señor, con este ejemplo,  
Quien no venga á cavar en las trincheas.

RIBERA.

Más hará con aquesto, que pudiera  
Con diez mil gastadores que trufera.

Todos se entren cavando, y al muro se ponga el  
Gobernador de Mastrique y gente flamenca.

GOBERNADOR.

¿De veras Farnesio toma,  
Soldados, el sitio?

SOLDADO.

Y tanto,

Que apenas el blanco manto  
Del alba en el cielo asoma,

Cuando ya en el campo está,  
Y asistiendo á las trincheas.

GOBERNADOR.

Que ha de hacer fruto no creas,  
Por más priesa que se da.

Mastrique está defendida  
De gente y de municiones.

ENRIQUE.

¡Ah, españoles fanfarrones,  
Qué poco estiman la vida!

SOLDADO.

Notable priesa se han dado  
En las trincheas que han hecho.

ENRIQUE.

Presto dejarán, sospecho,  
El sitio, pierde el cuidado.

SOLDADO.

¿No ve Vuestra Señoría,  
Atravesando el camino,  
Con qué priesa y desatino  
Que plantan la artillería?

GOBERNADOR.

Cuán en vano se desvelan,  
Verá Alejandro muy presto.

ENRIQUE.

Tres culebrinas han puesto  
En aquella montaña.

SOLDADO.

Ésa sobrepuja el muro,  
Y de peligro será.

GOBERNADOR.

De que en emboscada está,  
Vive Alejandro seguro,  
Pero bien se ve de aquí.

SOLDADO.

Veinte cañones se plantan  
Al revellín.

GOBERNADOR.

No me espantan.

Disparan dentro.

ENRIQUE.

¿Baten?

SOLDADO.

Sospecho que sí.

ENRIQUE.

¡Á la defensa, señor,  
Que empiezan la batería!

GOBERNADOR.

Hoy nos han de dar mal día,  
Y lo han de llevar peor.

Aquí se dispare dentro, y finja la batería de las piezas,  
y salga el Duque, caballeros y soldados.

DON LOPE.

Llano está.

DON PEDRO.

No está muy alto.

PARMA.

No harán mucha resistencia.

ALONSO.

Dé Vuestra Alteza licencia  
Para que demos asalto.

CASTRO.

Ea, señor, bien seguro  
Licencia nos podéis dar.

RIBERA.

Déjanos ir á asaltar,  
Famoso Alejandro, el muro.

PARMA.

No me ha parecido á mí  
Muy llana la batería.

ALONSO.

Llana está, ¡por vida mía!  
Que bien se ve desde aquí.

PARMA.

¿Hay tal valor de soldados?

Señores, no es ocasión;  
Batirla más es razón.

ALONSO.

Con estos brazos honrados.

PARMA.

No, señores españoles,

Que no es tiempo; tiempo habrá.

ALONSO.

¿A que aguardemos querrá  
Con sombras y guardasoles?  
¡Cuerpo de Dios! ¿Qué más llana  
Puede estar la batería?

PARMA.

Despacio, ¡por vida mía!  
Aguardemos á mañana.

RIBERA.

¿Por qué, si agora es mejor,  
Y todo el campo lo pide?

PARMA.

La batería lo impide.

TODOS.

¡Asalto, asalto, señor!

DON LOPE.

Parece que estos borrachos  
Piden agua por Abril.

PARMA.

Juzgáis la empresa por vil.

ALONSO.

¡Oh, qué graciosos despachos!

PARMA.

Reconocer es razón  
La batería primero,  
Porque saltarla no quiero  
Sin mucha satisfacción.

RIBERA.

Si Vuestra Alteza me envía,  
Yo iré solo, y la veré,  
Y suplícole me dé  
Licencia.

PARMA.

¡Extraña porfía!

Yo sé, Martín de Ribera,  
Que nacistes en Toledo,  
Donde jamás entró el miedo;  
Mas tres quejosos hubiera

Si tan mozo os enviara:  
Yo fuera el uno, no hay duda;  
Vos el otro, aunque no os muda  
Miedo el color de la cara;

Y el tercero, en fin, serán  
Muchos más viejos soldados.

Parad los bríos honrados  
Que tanto valor os dan,

Para que esta empresa sea,  
Ya que por tan bueno os dejo,  
Para un soldado más viejo:  
Vaya el capitán Perea.

ALONSO.

¡Vive Cristo! Si otro fuera  
Que mi capitán, que había.....

RIBERA.

¡Quedito, Alonso García!

ALONSO.

¡Quedo, Martín de Ribera!

RIBERA.

Todos somos de Toledo.

ALONSO.

Seor alferez, aquí estoy,  
Que de barrio honrado soy.

DON PEDRO.

¡Quedo, alferez! ¡Hola! ¡Quedo!

PARMA.

Ahora cese la cuestión:

Vaya el alferez Hurtado,

Si á Perea ha envidiado.

HURTADO.

Todos muy honrados son.

Voy, pues tal merced me has hecho.

DON LOPE.

Con gran valor va llegando;

Mucho se acerca mirando.

Disparen de arriba, y caiga Hurtado en el mismo  
tiempo.

P A R M A .

¿Qué fué?

DON PEDRO.

Pasáronle el pecho.

DON LOPE.

No es nada; un récipe fué  
De agua de endibia ó borrajas,  
Porque se duerma en las pajas.

PEREA.

Heroico señor, yo iré.

PARMA.

Id vos, capitán Perea.

PEREA.

¡La Virgen de Atocha vaya  
Conmigo!

PARMA.

No le desmaya

Ningún peligro que vea.

Dos ó tres arcabuces disparen, y no le aciertan.

DON LOPE.

Con gran valor se ha metido  
A reconocer el muro.

DON PEDRO.

¡Qué gran soldado!

PARMA.

Yo os juro  
Que ningún miedo ha tenido.

ALONSO.

¡Bien haya Madrid, amén,  
Que tales soldados cría!

PEREA.

Buena está la batería,

Y podrá subirse bien.

PARMA.

Decid lo cierto, Perea;

Dejad agora el valor.

PEREA.

No está muy buena, señor;

Mas como quiera que sea,

Se podrá subir muy bien.

DON LOPE.

Súbase, señor.

PARMA.

Pues alto:

¡En nombre de Dios la asalto,  
Y de su Madre también!

Tocadas cajas, se entren dentro, donde se finge el  
asalto al muro, porque el postrero se ha de hacer  
fuera, y salga Aynora, teniendo la espada á Marcela.

AYNORA.

No vayas á pelear,  
Mi vida: así Dios te guarde.

MARCELA.

Luego ¿tú me haces cobarde,  
Habiéndome de animar?

AYNORA.

Es muy cobarde el amor  
Que teme perder el bien.

MARCELA.

¿Qué temes?

AYNORA.

Que no te den  
Algún balazo, señor.

Voces dentro:

¡Felipe! ¡Felipe! ¡España!

MARCELA.

Si los caballos feroces  
Se animan con estas voces,  
Y el hombre á cualquier hazaña,  
Déjame que participe  
Desta gloria.

AYNORA.

Está muy llena  
Del recelo de mi pena.

Voces dentro:

¡España! ¡España! ¡Felipe!

MARCELA.

Qué, ¿no me quieres dejar?  
¿No ves que se hubiera entrado  
Si allí hubiera yo llegado?

AYNORA.

Ya tocan á retirar.

MARCELA.

¿Ves qué mal ha sucedido  
Por no haber estado allí?

Dentro:

¡Retiraos, castellano! (1)

Dentro:

No quiere, aunque le han herido.

(1) Falta la rima.

AYNORA.

¿Quién es aquel hombre fuerte?

MARCELA.

Un alférez valenciano,  
Cuya valerosa mano  
Hace temblar á la muerte.

AYNORA.

Ya se retiran del muro  
Valerosos y corridos.

Entren el Duque de Parma y todos.

DON PEDRO.

Esto es volver ofendidos.

DON LOPE.

Mastrique está muy seguro.

PARMA.

¿Qué os parece, caballeros?

DON PEDRO.

Que Vuestra Alteza levante  
El sitio, aunque le espante  
Tal copia de rayos fieros.  
Habemos aquí llegado  
En tan riguroso encuentro,  
Que hay seis mil villanos dentro,  
Que vinieron al mercado;  
Y éstos, el Gobernador  
Hace de noche y de día  
Trabajar.

PARMA.

La batería

Fué poca; que á ser mayor,  
No me sucediera así.

DON FERNANDO.

Señor, Mastrique está fuerte;  
¿De qué sirve detenerte,  
Perder gente y tiempo aquí?  
Tiran mil bombas de fuego  
Y cadenas, que una sola  
Lleva veinte hombres de bola,  
Que es un temerario juego.

Tienen tantas invenciones  
Y defensas, que en mil años  
No temerán nuestros daños  
Ni entrarán nuestros pendones.

Apenas á Vuestra Alteza  
Una blanca le acompaña,  
Ni se la envían de España,  
Que ésta es la mayor flaqueza.

Si en Alemania tenía  
Crédito, ya le ha perdido;  
Ni al país de Lieje ha podido  
Pagar lo que le debía  
De sustento y municiones,  
Por su palabra tomadas.

PARMA.

Razones son bien fundadas  
Y concluyentes razones;  
Pero resuélvome aquí,  
Y no hay que me replicar,  
En que tengo de tomar



A Mastique, ó él á mí.

DON LOPE.

Hágase, excelso señor,  
Lo que manda Vuestra Alteza;  
Que esa heroica fortaleza  
Es digna de su valor;

Mas si soldados tan grandes  
Pierde, sirviéndose dellos,  
Perderá también con ellos  
Estos Estados de Flandes.

PARMA.

¿Qué puede haber que disipe  
De su tierra con la guerra,  
Pues no hay un palmo de tierra  
A devoción de Felipe?

Yo sé que Su Majestad  
No puede ser deservido.

DON LOPE.

En que pierda lo perdido,  
Dice el Duque la verdad.

PARMA.

Castro.....

CASTRO.

Señor....

PARMA.

¿No tenéis

Hecho aquel crédito mío?

CASTRO.

Sí, señor.

PARMA.

Pues yo confío

Que hoy algún dinero halléis.

Él, y la palabra mía,  
Dad al ejército luego,  
Y decídes que les ruego,  
Por merced y cortesía,

Me presten algún dinero,  
Que pagaré á toda ley,  
¡Por vida del Rey! que el Rey  
Me lo dará, y ya lo espero.

CASTRO.

Y voy.

Vase Castro.

PARMA.

Vos, Perea, llamad

Luego á Gabrio Cerbellón;

Que tales consejos son

De muy grave autoridad.

PEREA.

Él viene.

PARMA.

Este caballero

De la Gran Cruz, milanés,

Peleando Aquiles es,

Y Ulises siendo ingeniero.

Entre Gabrio con la cruz de San Juan.

GABRIO.

¿En qué sirvo á Vuestra Alteza?

PARMA.

Gabrio, ¿qué me aconsejáis?

GABRIO.

Que si á Mastique miráis,  
Su defensa y fortaleza,  
Veréis, señor, cómo entrar  
Es imposible.

PARMA.

¿Qué haré?

GABRIO.

Iros á tierra que os dé  
Para que la entréis lugar,  
Con menos gente de guerra;  
Que esta plaza está muy llena.

PARMA.

Toda opinión es ajena,  
Pues yo he de tomar la tierra;  
Ahora bien, yo quiero alzar  
Junto al foso, en cierta forma,  
Una cierta plataforma.....

GABRIO.

Bien será si os dan lugar.

PARMA.

Á manera de montaña,  
Donde, puestos los cañones,  
Bata hasta las intenciones  
Con que Mastique me dañe.

Por debajo haré una mina,  
Y será ardid belicoso  
Ir siempre cegando el foso  
Con tierra, leña y fagina.

Tome cualquiera soldado  
De guarda, ó no guarda, entre  
La leña y ramas que encuentre,  
Un manajo grande atado;  
Sírvale de su defensa

Para la arcabucería,  
Y en el foso cada día  
Le irá echando sin ofensa;  
Que así pretendo tomar  
Á Mastique, ciego el foso.

GABRIO.

Á acuerdo tan ingenioso,  
¿Quién os puede replicar?

PARMA.

Pues seguidme, caballeros.  
¡Viva el Rey de España!

TODOS.

¡Vival

PARMA.

Que su honor y el mío estriba  
En vuestros nobles aceros.

Vanse todos, y éntre Castro.

CASTRO.

Con el crédito he llegado  
Al tercio de los Valones,  
Pero á mis justas razones  
Aun oídos no han prestado.  
Pues ¿cómo me prestarán

Los dineros que les pido,  
Si aun no me prestan oído  
El Tudesco y Alemán?

Dicen que cuando le piden  
Paga el Duque, y de comer  
Los quiere robar, por ver  
Si por pagar se despiden.

No sé en qué podrá parar  
Esta empresa sin dineros,  
Y los contrarios tan fieros  
Y en tan seguro lugar.

No sé ¡por Dios! si me atreva  
A los españoles hoy;  
Temblando de hablarlos voy,  
Que la pretensión es nueva.

Entren todos los soldados que puedan: Perea, Añasco,  
Ribera. Campuzano, Alonso García, Aynora y Mar-  
cela.

¿Pero qué se puede hacer?  
Yo lo tengo de intentar  
Con un discreto callar  
A un airado responder.

PEREA.

Pienso que se irá de aquí.

RIBERA.

Antes, estarse porfia.

CAMPUZANO.

Una plataforma hacía.

ALONSO.

¡Pluguiera á Dios!

AÑASCO.

¿Cómo ansí?

ALONSO.

Porque si él hiciera plata,  
Dando á la memoria forma,  
Si es verdad que plata forma,  
Pagará á todos en plata;  
Pero ni él la sabe hacer,  
Ni hay en España alquimista.....

PEREA.

Terrible lugar conquista.

CASTRO.

Quiero llegar, si ha de ser.

El Príncipe, mi señor,  
Suplica á vuestras mercedes.....

RIBERA.

Hablar y cubrirte puedes.

CASTRO.

Conociendo su valor,  
Españoles generosos,  
Sobre su palabra y éste,

Muestre el papel.

El que tuviere le preste,  
Liberales y piadosos,

Dinero, joya ó cadena.

PEREA.

Castro, seáis bien venido;  
Que el Duque será servido  
De la suerte que lo ordena.

¡Ojalá fuera un tesoro  
Lo que en este tercio está!  
Que quien la sangre le da,  
No le ha de negar el oro.

CASTRO.

¡Ah, señores españoles!  
¿Quieren al Duque prestar  
Sobre su palabra, y dar,  
Pues son espejos y soles  
De valor y cortesía,  
Lo que tuvieran aquí,  
A Pedro de Castro?

TODOS.

Sí.

PEREA.

Sola esta cadena es mía.

RIBERA.

Yo tengo ésta.

Cadena y bolsa.

AÑASCO.

Aquésta yo,  
Y en aquésta cien doblones.

CASTRO.

¡Oh, espanto de otras naciones!

¡Gloria á la patria que os dió  
Este fuerte corazón!

ALONSO.

Tomad aquestos escudos,  
Que los tuve un tiempo mudos  
Para hablar á esta ocasión.

CAMPUZANO.

Aquí los que tengo van,  
Y estos anillos también.

MARCELA.

Yo, estas joyas.

PEREA.

Quedo: ven

Con nosotros, capitán,  
Porque el tercio te reciba,  
Y tú el oro.

CASTRO.

¡Qué honra y ley!

ALONSO.

Así servimos al Rey  
De España.

RIBERA.

¡Filipo viva!

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

# ACTO TERCERO

## FIGURAS DEL TERCER ACTO

ALONSO GARCÍA.	EL CAPITÁN PEREA.	DON FERNANDO DE To-
MARCELA.	EL GOBERNADOR DE	LEDO.
AYNORA.	MASTRIQUE.	OTAVIO GONZAGA.
EL DUQUE DE PARMA.	EL CAPITÁN CASTRO.	CAMPUZANO.
DON LOPE DE FIGUEROA.	ENRIQUE, <i>flamenco</i> .	EL CAPITÁN ROMÁN.
MARTÍN DE RIBERA.	BISANZÓN, <i>tudesco</i> .	SOLDADOS FLAMENCOS.

Vayan pasando soldados por el teatro, con haces de leña, ó sarmientos, ó ramas, de una puerta á otra, y de arriba vayan disparando y suene la caja.

ALONSO.

Repárate con la leña,  
Marcela; que llueve el cielo  
Granizo de plomo al suelo.

MARCELA.

Mejor fuera de una peña.  
¡Pésete la guerra, amén!  
¿Esto dan por colación?

ALONSO.

Confitos de Marte son.  
Ponte esta gavilla bien;  
Que veo dos mil tendidos.

MARCELA.

Ya por defensa la tomo,  
Los ruiñeñores de plomo  
Que me andan por los oídos.

ALONSO.

Échala en el foso, y vamos.

MARCELA.

¡Quién pudiera echar á Aynora!

ALONSO.

¿De eso tratamos agora  
En el peligro que estamos?

Éntrense.

Salgan el Duque y D. Lope, con haces.

DON LOPE.

Deje Vuestra Alteza el haz,

No vaya cargado así.

PARMA.

Dejad que aprendan de mí.

DON LOPE.

¡Vive Dios, que es pertinaz!  
Quiere que le dé una bala  
Que, como á muchos se ha visto,  
Le envíe con Jesucristo,  
Y á nosotros noramala.

Perea con su haz.

PEREA.

Retírese Vuestra Alteza;  
Que han muerto en esta ocasión  
Al Conde de Barlamón.

PARMA.

Nueva ¡por Dios! de tristeza.  
¡Perdió el Rey un gran soldado!

PEREA.

La artillería también  
Su General.

DON LOPE.

Murió bien,  
Pues murió en lo que ha tratado.  
Siempre el mejor nadador  
Es del agua.

RIBERA.

¿Qué hace aquí  
Vuestra Alteza?

PARMA.

Pruebo en mí,

Qué fuerza tiene el valor.

RIBERA.

Don Francisco de Cardona  
De un arcabuzazo es muerto.

DON LOPE.

Ande todo hombre despierto,  
Que el plomo á nadie perdona.

PARMA.

Fué del Duque de Gandía  
Primo, aqueste caballero.

DON LOPE.

¡Gallardo mozo!

PARMA.

El primero  
A cualquier cosa acudia.

DON LOPE.

Echádosele ha de ver,  
Porque ¿cómo no acudiera  
Si agora vivo estuviera?

PARMA.

¡Temerario defender!  
Pues ¡por vida de Alejandro,  
Que has de ser del Rey, Matrique!

DON LOPE.

Al foso leña se aplique;  
Que no faltará un Leandro  
Que pase este fiero estrecho  
Con las banderas de España.

PARMA.

¡Qué grita notable!

DON LOPE.

¡Extraña!

PARMA.

Alguna cosa sospecho.

Entre Campuzano.

CAMPUZANO.

La cosa ha sido,  
Que don Pedro de Toledo,  
Reconociendo sin miedo  
Al enemigo atrevido,  
Un ojo con una bala  
Le ha cegado.

DON LOPE.

No verá.

CAMPUZANO.

En mucho peligro está,  
Y más si adentro resbala.

DON LOPE.

¡Ventura, por vida mía!

PARMA.

¿Cómo?

DON LOPE.

Porque un ojo ciego,  
Al tirar se hallará luego  
Don Pedro la puntería.

Disparan un botafuego

PARMA.

¿Qué es aquello?

PEREA.

¡Terribles alaridos!

DON LOPE.

Voló la mina, y van subiendo al cielo,  
Contra su voluntad, algunos ángeles.  
¡Plega á Dios que lo sean en su reino!

PARMA.

¡Hay tan fuerte, que á la mina (1)  
Que yo hacía, contramina hicieron!

DON LOPE.

Señor, aquesta gente de Matrique  
Son diablos, son infiernos, no son hombres.

PARMA.

Pues Matrique ha de ser del Rey de España.

Alonso García éntre.

ALONSO.

¡Por Dios, señor que Vuestra Alteza intenta  
Vencer los invencibles!

PARMA.

Pues, García,  
¿Eso me dice un hombre de Toledo,  
Que en mi opinión es español Aquiles,  
Y que le llamo á cualquier hecho honroso?

ALONSO.

Voláronnos las minas donde estaban  
De guarda dos famosas compañías,  
Una de don Gonzalo Saavedra,  
Valiente caballero sevillano,  
Y de Gaspar Ortiz la otra, y sabes  
Que era honor de Valencia, y sangre ilustre.  
Todos hechos pedazos van al cielo  
Entre nubes de pólvora y de polvo;  
Pero un caso notable ha sucedido.

PARMA.

¿De qué suerte?

ALONSO.

Un soldado

Llamado Alonso Suárez, es vivo,  
Con haber caminado por el aire  
Entre cuerpos y brazos de los otros,  
Cosa que se ha tenido por milagro.

PARMA.

Luego ¿será lo que á Matrique entremos?  
Ahora bien, vos, Alonso de Perea,  
Y el capitán Palencia Vizcaino,  
Asistid juntamente á las trincheas,  
Las nuevas minas y la plataforma.  
Castro.....

CASTRO.

Señor....

PARMA.

Decid al que hace oficio  
De General de vuestra artillería,  
Que quite los traveses, y que plante  
Ocho cañones, porque el claro día  
De San Juan, con el campo todo, quiero  
Dar un asalto general al muro.

(1) Falta alguna palabra para que conste este verso.

DON LOPE.

¡Por Dios, que hemos de entrar, gran Alejandro,  
Aunque sea hechos balas destos tiros;  
Que si faltare munición, ofrezco  
A Vuestra Alteza aquesta pierna mía,  
Que pues me mata á mí, que soy cristiano,  
Bien puede allá matar un luterano!

Éntrense.

Salgan el Gobernador de Mastrique y soldados  
flamencos.

ENRIQUE.

Entré, señor, atrevido,  
Y hallé todas las naciones  
Con diversas opiniones;  
Pero Alejandro lo ha sido.

Aunque todos de mil modos  
Le refieren tu valor,  
Él con el suyo, señor,  
Resiste, y se opone á todos.

Cuando los dos capitanes  
Rosado y Herrera, fueron  
Á tomar puesto, y salieron  
Tan gallardos y galanes,

Y volvieron ofendidos,  
Locos, maltrata-los, ciegos,  
De tantas bombas de fuegos  
Artificiales, heridos,

Desconfiaron de ver  
Las riquezas de Mastrique,  
Aunque Alejandro se pique  
De que de España han de ser;

Y así, ya desconfiados,  
Tratan de fiestas no más.

GOBERNADOR.

Extrañas nuevas me das  
Del gusto de los soldados.

Mas ¿cómo esperan aquí  
Sin tener un real de España?  
¿Comen yerba en la campaña?

ENRIQUE.

No, monsieur.

GOBERNADOR.

Lo que es me di.

ENRIQUE.

La española gente dió  
Á Alejandro un gran tesoro,  
Que hasta las cadenas de oro  
De los hombros se quitó.

Con esto, al campo trujeron  
Del país de Lieje, sustento  
Y municiones.

GOBERNADOR.

Más siento

El ver que el oro le dieron,  
Que toda su batería,  
Porque es gran señal, Enrique,  
Que han de cobrar de Mastrique  
Lo que dieron aquel día;  
Y españoles no se irán

Sin cobrar lo que han prestado.

ENRIQUE.

Sobre crédito lo han dado  
A un español capitán.

Pero advierte que se ofrece  
Grande ocasión de una hazaña  
Contra la gente de España.

GOBERNADOR.

Iré, si á ti te parece.

ENRIQUE.

En el casar donde está  
La caballería de Otavio  
Gonzaga, pues eres sabio,  
Oye el honor que te va.

Convidados á un banquete  
Muchos Maeses de campo,  
Y sin cabezas un campo,  
Mira qué guarda promete.

Sal de Mastrique animoso;  
Que como en el tercio des  
De Francisco de Valdés,  
Harás un hecho hazañoso.

GOBERNADOR.

Quedo, que has dicho una cosa  
Notable y de gran valor  
Contra la opinión y honor  
De esa nación belicosa.

Pónganse con gran secreto  
Todos á caballo al punto;  
Que dando en el tercio junto,  
Haremos un gran efeto,

Pues sin cabezas están.

ENRIQUE.

Salir puedes sin sospecha.

GOBERNADOR.

Quien la ocasión no aprovecha,  
Ni es sabio, ni es capitán.

Vanse.

Entren Aynora y Bisanzón.

BISANZÓN.

Detente un poco, no huyas,  
Que bien te conozco, Aynora.

AYNORA.

¿Qué has visto, villano, agora  
En mí para que esto arguyas?  
¿Cómo por mujer me tienes,  
Siendo de don Lope un paje?

BISANZÓN.

Seráslo, Aynora, en el traje  
Con que disfrazada vienes.

Pues ¿cómo, á quien te sacó  
De Amberes, niegas quién cres?

AYNORA.

Ni he visto en mi vida Amberes,  
Ni á ti tampoco.

BISANZÓN.

¿Á mí no?

AYNORA.

Á ti no.

BISANZÓN.

Pues ¿cómo niegas  
Una tan llana verdad?

AYNORA.

Mira que con voluntad  
De lo que dices te ciegas.  
¡Hombre, que soy hombre, y hombre  
Muy hombre! ¡Vete con Dios!

BISANZÓN.

Averigüemos los dos  
Si son las obras ó el nombre.  
Mira, mi bien, que tu trato,  
Por no ser de mujer cuerda,  
Me cuesta tratos de cuerda,  
Que sin cuerda en cuerdas trato.  
Ten piedad de quien te adora  
Y te perdona el agravio.

AYNORA.

De que lo pienses me agravio.

Entre Marcela.

MARCELA.

¿Juntos Bisanzón y Aynora?  
¡Ah, femenino condición!  
Creeré que aquesta mujer  
Se vuelve otra vez á ver  
Las ferias de Bisanzón.  
¡Que sean mis celos tales  
Que la acomoden á efeto  
De que algún hombre en secreto,  
Pues los tiene el campo iguales,  
La tenga donde no sea  
Vista de un hombre que adoro!  
¡Que tenga el regalo, el oro  
Y todo el bien que desea,  
Y que se vuelva á un soldado  
Que la deja en libertad!  
Hoy se verá si es verdad  
Que amor es fuerte, incitado  
De la furia de los celos,  
Y más en una mujer  
Que airada suele romper  
Rayos del aire á los cielos.  
¡Hola, tudesco!

BISANZÓN.

¿Quién es?

MARCELA.

Un hombre.

BISANZÓN.

Un hombre es el sol.

MARCELA.

Entiéndese un español;  
¿En el talle no lo ves?

BISANZÓN.

En diciendo hombre, ¿se entiende  
Un español? ¿No son hombres  
Los que tienen otros nombres?

MARCELA.

No, que el ser de hombre se ofende.

BISANZÓN.

Pues, ¿qué venimos á ser,

Nacidos de otras naciones?  
¿Qué nombre, español, nos pones  
Diferente al de mujer?

MARCELA.

Llámesese segunda parte  
De hombres, porque dondequiera,  
Español es la primera.

BISANZÓN.

Mucho me alegra escucharte;  
Pero, señor parte prima  
Del libro de hombre, ¿tenéis  
Algo aquí?

MARCELA.

Luego ¿no veis  
Lo que á buscaros me anima?  
Libro ó parte, de aquí á un poco  
La hoja os haré leer.

BISANZÓN.

La margen debéis de ser,  
Que para el texto sois poco.

MARCELA.

Esa mujer, es mujer  
De mí, de yo, de mi gusto,  
Porque de tenerla gusto,  
Y ella me quiere tener.  
Suelte la hembra, y camine  
Por allí, señor flin flón.

BISANZÓN.

¿Tienes algún escuadrón,  
Villano, que te apadrine?

MARCELA.

Sí tengo; esta hoja sella  
Dos escuadrones tan grandes,  
Que hubieran rendido á Flandes  
Si hubiera dos como ella.  
Meta mano, que he de hacer  
De las calzas un jigote.

BISANZÓN.

¿Quieres, rapaz, que te azote?

MARCELA.

¡Por Dios, que fuera de ver!  
Pero no es buena ocasión.

BISANZÓN.

Gracia tienes con tu hojilla;  
Parece de la cartilla  
En que te he de dar lección.

MARCELA.

Más chica es una lanceta,  
Y más de dos algún día  
Se han muerto de una sangría  
Como con una escopeta.

BISANZÓN.

¡Qué gana de morir tiene!

AYNORA.

¡Marcelo, ten corazón!

MARCELA.

Calla, que es un fanfarón.

Entre D. Lope.

DON LOPE.

¿Qué es esto?

AYNORA.

Don Lope viene.

MARCELA.

Perdone Vues Señoría.....

DON LOPE.

¿Por qué la espada has sacado?

BISANZÓN.

Señor, con este soldado,

Por esta mujer reñía.

AYNORA.

Yo dice que soy mujer.

DON LOPE.

¿Estáis loco?

BISANZÓN.

No, señor;

Aunque, siendo loco amor,

Bien podría enloquecer.

DON LOPE.

Pues ¿en qué os ha parecido  
Mujer?

BISANZÓN.

Luego ¿no lo es?

DON LOPE.

Desde el cabello á los pies,

Viene el hombre sin sentido.

BISANZÓN.

Señor, si tú no llegaras

Y lo afirmaras así,

Yo jurara, cuanto á mí,

Que era mujer.

DON LOPE.

Mal juraras.

Vete, ignorante, á buscar

Quien te quite esos enojos.

BISANZÓN.

Engañado me habéis, ojos,

Ó alguno os quiere engañar;

Ojos, pues que sois tan vanos

Que hacéis el amor jüez,

Si la topáis otra vez,

Dejad la causa á las manos.

Váyase.

DON LOPE.

¿Qué es esto, Aynora?

AYNORA.

Señor,

Por defenderme Marcelo,

Como ves, mostraba el celo

Á que le obliga tu honor.

DON LOPE.

Aynora, no soy tan bobo,

Quando esta pierna me deja,

Que no conozca la oveja

Y dónde la espera el lobo.

Tú quieres bien á Marcelo;

No niegues, porque ¡por vida

Del Rey....

AYNORA.

Tu rigor impida,

Aunque mi culpa recelo,

La flaqueza de mi ser;

Verdad es que bien le quiero,

Que un soldado y caballero,

¿Qué ha de hacer á una mujer?

DON LOPE.

Aynora, sosiega el llanto;

Yo huelgo de la ocasión:

Todas estas cosas son

Trazas de quien sabe tanto.

Los de Mastrique han salido

Y de improviso asaltado

Un tercio, y han degollado,

Cosa que lástima ha sido,

Sesenta españoles juntos,

Por falta de la cabeza,

Hase enojado Su Alteza,

Y sin reparar en puntos,

Á Francisco de Valdés

Le ha reñido de manera,

Que con la cólera fiera,

Aunque ¡por Dios! justa es,

Un asalto general

Manda que demos al muro;

Yo, Aynora, no estoy seguro,

Que, en efecto, soy mortal.

Tratamos de confesión;

Hablarte más no podré;

Y así, parece que hallé

En las manos la ocasión.

No vivas como has vivido,

Que te has de morir, Aynora;

Toma de mi mano agora

Á Marcelo por marido,

Y vive como mujer

Que para morir nació;

Y pues te predico yo,

Bien me lo puedes creer.

AYNORA.

¡Señor, gran merced me has hecho!

Aunque en ti bien empleada,

Mejor estaré casada.

DON LOPE.

Hacen ya señal, sospecho.

Dale, Marcelo, esa mano;

Y en acabando el asalto,

Si no estoy de vida faltar

Y vuelvo á la tienda sano,

Ven por quinientos escudos

Que de tu dote serán,

Y daraos mi capellán

Las manos.

MARCELA.

¡Vuélvemos mudos,

Señor, tan grande favor!

Digo que aquesta es mi mano.

AYNORA.

Y ésta la mía, pues gano

Con Marcelo tanto honor.

Váyase.

DON LOPE.

Pues yo me voy al asalto.  
¡Hágaos bien casados Dios!

AYNORA.

¡Que nos casase á las dos!  
¿Ríeste?

MARCELA.

De gozo salto.

AYNORA.

¿De qué?

MARCELA.

Yo me entiendo acá.

AYNORA.

¿Hay tan noble caballero?

MARCELA.

¿Estás contenta?

AYNORA.

No espero

Mayor bien que el que me da.

Digo, que si le dejase

De la pierna aquel dolor,

En España no hay señor

Que á don Lope se igualase.

MARCELA.

¡Válate Dios por Amberes

Y por Matrique también!

AYNORA.

¿De qué te ríes, mi bien?

MARCELA.

¡Qué se casen dos mujeres!

AYNORA.

¿Qué dices?

MARCELA.

No digo nada.

Mas di, qué, ¿en efecto soy

Tu marido?

AYNORA.

No te doy

Mal dote.

MARCELA.

El dote me agrada.

AYNORA.

¿Y la mujer?

MARCELA.

No sé, á fe.

AYNORA.

¿Por qué?

MARCELA.

No preguntes tanto.

AYNORA.

Y de tu rigor me espanto.

MARCELA.

Quiero decirte el por qué.

AYNORA.

Quitarásme mil cuidados.

MARCELA.

Mi bien, cuando los doblones

Andan por muchas naciones,

Suelen venir cercenados.

AYNORA.

Pues ¿yo no vengo á tener

Mi peso en tu confianza?

MARCELA.

No me dió el cielo balanza

En que lo pueda saber.

AYNORA.

¿Recibesme con decir  
Pesadumbres?

MARCELA.

No; mas siento

El no tener aposento

Adonde puedas vivir.

AYNORA.

Pues ¿con quinientos ducados

Te ha de faltar?

MARCELA.

¡Pesía á mí!

Si esto se comprara así....

Disparen.

AYNORA.

¿Qué es aquello?

MARCELA.

Los soldados,

Que arremeten á Matrique.

Dentro:

¡Felipe, Felipe, España!

MARCELA.

¡Sangre y fuego el campo baña!

Dentro.

¡Aquí Carlos!

OTRO.

¡Aquí Enrique!

Finjese el asalto dentro con estas voces.

MARCELA.

¡Allá voy!

AYNORA.

¡Detente, loco,

Que no van bien los casados

En peligros tan osados!

MARCELA.

Aquí, Aynora, todo es poco.

Dentro:

¡Aquí los del tercio viejo,

Que los de don Lope están

Dentro del muro!

MARCELA.

Podrán,

Mirándose en tal espejo;

Que es Alejandro de Parma

Otro nuevo Cipión.

AYNORA.

¡Tentel

MARCELA.

¡Déjame! Aquel són,

En el honor toca al arma.



Alonso, la espada desnuda.

ALONSO.

Esto es trabajar en vano.

MARCELA.

¿Qué hay, García?

ALONSO.

Aunque trabuque

El mar y la tierra, el Duque  
No verá á Mastrique llano.

Salía de Oriente el alba,  
Bebiendo sus blancas perlas  
Las flores, en vez de bocas,  
De sus cogollos abiertas;  
Íbase á dormir la noche  
A las antárticas tierras,  
Y llevándose tras sí  
Mil ejércitos de estrellas,  
Cuando Alejandro Farnesio,  
Duque de Parma y Plasencia,  
General en el de España,  
Que por Felipe gobierna,  
Felipe, aquel gran Monarca,  
Por cuya mar se da vuelta  
Al mundo, sin que se toque  
En palmo de tierra ajena,  
Asalta el fuerte Mastrique,  
Y á sus murallas asesta  
Cuarenta cañones juntos  
Y diez culebrinas fieras.  
Brama el sonoro bronce,  
Las almas de hierro vuelan;  
Vertiendo fuego las bocas,  
Forma el humo nubes densas.  
Huyen las aves del aire,  
Los montes lejos resuenan,  
Que sin preguntarles nada,  
Dan á los tiros respuesta.  
Ni los que llevan se ven,  
Ni lo saben los que quedan,  
Que la prisa del batir  
Todo lo confunde en niebla.  
Manda Alejandro dar voces:  
Los del tercio viejo llegan:  
Ya están dentro, ya se lanzan  
Por las murallas abiertas.  
Y que en otra parte digan:  
«¡Ya los de don Lope cierran,  
Ya están dentro de Mastrique,  
Ya sus riquezas saquean!»  
Para que con esta envidia  
Los españoles hicieran  
Lo que hicieron, que es romper  
Por bombas, balas y piedras.  
Pero todo ha sido en vano;  
Que es tan grande la defensa,  
Los fuegos artificiales  
Y las máquinas que inventan,  
Que parece que los orbes  
De la celestia esfera,  
Círculos de fuego arrojan,

Y nubes de plomo engendran.  
¡Oh, animosos españoles,  
Que entre brazos y cabezas,  
Piernas y troncos, bañados  
De sangre, los muros trepan!  
Pues primero que las cajas,  
La señal de las trompetas,  
De los muros los aparten,  
Ambición de fama eterna,  
Volvió (1) la noche otra vez,  
Y coronada de estrellas,  
Hizo aposento á la luna  
Con tapices de tinieblas.  
Allí el Conde de Masflet  
Y Otavio Gonzaga muestran  
El valor de sus personas,  
De su sangre la excelencia.  
Los dos Toledos famosos,  
Fernando y Pedro, que fueran  
Gracos en la antigua Roma,  
Materia eterna á las letras.  
Don Lope de Figueroa  
Gallardamente pelea,  
Y Francisco de Valdés  
Anima, enseña, aconseja.  
Fabio Farnesio, gallardo;  
Juan de Paz, rayo en la guerra,  
Y el castellano de Gante,  
Famoso Agustín de Herrera;  
Gabrio Cerebellón, dos Castros,  
Bernardo y Pedro, que dieran  
Envidia al Héctor de Troya  
Si entonces los viera en Grecia.  
Con el Sargento mayor,  
Pedro de Vallejo, quedan  
Mil heroicos capitanes;  
Sus nombres quiero que sepas:  
Son don Diego de Gaona  
Y Juan Núñez de Palencia,  
Generoso guipuzcoano;  
Ribas, Rosado, Fonseca,  
Amador de la Abadía,  
Renguifo, Núñez, Perea,  
Y el Alférez, aunque mozo,  
Fuerte, Martín de Ribera.  
Pero ¿qué os digo, si, en fin,  
Tras tanto valor y fuerzas,  
De ochocientos españoles  
Las vidas, Mastrique cuesta,  
Sin veintidós capitanes  
Que honrar el mundo pudieran?  
Murió el Conde Guido, y Fabio,  
Y el Conde de Toruchela,  
Carlos Venzo Piamontés  
Y otros que no se me acuerdan;  
Que ha sido tal la desgracia  
Desta llorosa tragedia,  
Que á los que por cobardía

(1) En la primera edición, *volvió*; pero es errata evidente.

Hoy al asalto no llegan,  
El fuego, en veinte barriles  
De pólvora juntos, entra,  
Que los abrasa de suerte,  
Que, por ver si se remedian,  
Se arrojan ardiendo al foso,  
Y entre las aguas se queman.  
Mas el campo se retira.

MARCELA.

Antes que á alojarte vuelvas,  
Oye, Alonso, dos palabras;  
Mas ¿para qué te doy cuenta  
De lo que podré decirte  
Con más espacio en la tienda?

ALONSO.

¿Son negocios desta dama?

MARCELA.

Hoy me he casado con ella.

ALONSO.

¿Quién lo ha tratado?

MARCELA.

Don Lope.

ALONSO.

Luego ¿que eres hombre piensa?

MARCELA.

Ven conmigo, y verás luego

Lo que los celos enredan.

Aynora.....

AYNORA.

Mi bien.....

MARCELA.

Al rancho.

AYNORA.

¿Cuándo esta boda concertas?

MARCELA.

En tomándose Mastrique.

ALONSO.

¿Qué has de hacer si al punto llegas?

MARCELA.

Como reloj sin campana,

No dar y servir de muestra.

El Duque de Parma, D. Lope, D. Fernando de Toledo  
y soldados.

DON LOPE.

No sé qué habemos de hacer,  
Ni qué piensa Vuestra Alteza.

PARMA.

Tened, don Lope, firmeza

Hasta morir ó vencer.

El honor del Rey de España

Está en tomar esta tierra.

DON LOPE.

Algún diablo dentro encierra.

¡Qué brava defensa!

PARMA.

¡Extrañal

¡Qué de fuego, qué de gente,

Artificios, municiones,

Quimeras, armas, traiciones!

No hay cosa, en fin, que no intente.

Pero así puede este invierno

En daño nuestro intentar

Traer por foso la mar,

Y por fuego el del infierno

Como él, ó ser otro Griego,

Sobre los muros troyanos.....

DON LOPE.

Remitiérase á las manos,

Sin foso, muro, agua y fuego,

Que ¡voto á Dios!, que no hubiera

Un rebelde en todo Flandes!

DON FERNANDO.

Las municiones son grandes,

La obstinación persevera;

Vuestra Alteza ha dado en esto;

Mil hombres nos cuesta ya;

Lejos el remedio está,

El peligro y daño presto;

Pero crea que en servicio

Del Rey y suyo, no hay hombre

Que de la muerte se asombre.

PARMA.

Ya he visto bastante indicio.

Ribera éntre.

RIBERA.

¿Hay tal valor de soldados?

¿Hay resistencia tan fiera?

PARMA.

¿Qué es eso, alférez Ribera?

RIBERA.

Que de laurel coronados

Merecen, señor, estar

Los que en aquesta ocasión

Han ganado el torreón

Que les mandaste ganar.

PARMA.

¿El torreón se ha ganado

Entre las dos baterías?

DON FERNANDO.

Muy justamente porfías.

DON LOPE.

Valerosos han andado.

RIBERA.

Ganáronle y le mantienen

Españoles corazones.

PARMA.

Pónganse allí dos cañones;

Que puesto notable tienen

Para destruir la tierra.

DON FERNANDO.

Voy, señor.

PARMA.

Id, don Fernando.

Esto se va comenzando;

El valor hace la guerra,

La firmeza y la porfía;

Y si el foso lleno está,

Su muralla sufrirá  
Que plante mi artillería.

RIBERA.

También está lleno el foso.

PARMA.

Pues españoles leones,  
Llevemos veinte cañones,  
Que es imposible y forzoso.

DON LOPE.

¿Cómo los han de llevar?

PARMA.

A manos de los soldados.

¡Ea, españoles honrados,  
Que yo ayudaré á tirar!

RIBERA.

¿Á manos, señor? No sé  
Si saldrás con lo que intentas,  
Que tú por posible cuentas  
Lo que imposible se ve.

PARMA.

Id, don Lope.

DON LOPE.

Vuestra Alteza

Esté de España seguro,  
Que no sólo desde el muro  
Pondré la más grande pieza,

Mas si fuere necesario  
Y os importa al Rey y á vos,  
La he de poner ¡juro á Dios!  
En el mismo campanario.

PARMA.

Guerra, ¿quién te inventó? Si soy injusta,  
Mi origen fué de un ángel la malicia;  
Si soy justa, inventóme la justicia,  
Porque con la razón la guerra es justa.

Quien de tus asperezas se disgusta,  
Ni tiene honor, ni tu laurel codicia;  
Así es verdad, que mi triunfal malicia  
Dió á humildes frentes la corona angusta.

¿Qué haré, guerra, qué haré? Seguir la guerra,  
Y abrase el fuego los flamencos hielos,  
Hasta que se reduzca al Rey su tierra.

Felipe tiene aquí de sus abuelos  
El patrimonio; pues, al arma, cierra;  
Que la razón es hija de los cielos.

¡Válame Dios! ¿Qué me ha dado?

CASTRO.

¿Qué es lo que Su Alteza tiene?

PARMA.

¡Qué fiero ardor que me viene,  
Y ha poco que estaba helado!

¡Jesús! ¡Mirad, Castro, aquí!

CASTRO.

Señor, que no será nada.

PARMA.

Tomad, quitadme esta espada.

CASTRO.

Nunca estos extremos vi.

PARMA.

Tened aqese bastón,  
Que me abraso.

CASTRO.

¡Cielo santo!

¿Qué tienes que sientes tanto?

PARMA.

Abrásame el corazón.

CASTRO.

Debe de ser que tan grandes  
Son las alas del que has hecho,  
Que no te quepa en el pecho.

PARMA.

Échenme por tierra á Flandes.

¡Viva España! ¡Cierra, cierra!

RIBERA.

Voy á avisar deste mal.

CASTRO.

Id, Ribera. ¿Hay caso igual?

PARMA.

¡Rebelarse al Rey su tierra!

¡Fuera digol!

CASTRO.

Gran señor,

Vuestro valor ¿dónde está?

¿Una calentura os da

Tan insufrible dolor?

Alguna cosa le han dado.

¡Triste de mí! ¿Qué he de hacer?

FERNANDO.

Desnúdate.

PARMA.

Quiero ver

Por dónde este fuego ha entrado.

FERNANDO.

Perdido ha el seso Su Alteza.

Entren D. Lope y Otavio Gonzaga.

DON LOPE.

Su Alteza está sin sentido.

OTAVIO.

Su Alteza el seso ha perdido.

PARMA.

Disparad presto una pieza.

Haced señal, retirad

Esos Valones.

FERNANDO.

Señor,

¿Dónde está vuestro valor?

¿Qué es de vuestra autoridad?

OTAVIO.

¡Hola; una ropa traed!

CASTRO.

Señor, la ropa está aquí.

DON LOPE.

Llevalde á la cama ansí.

PARMA.

Lo que os he mandado haced,

Éntrese Matrique luego.

¡Cierra España, Santiago;

Que hoy habéis de ver su estrago

Á hierro, á sangre y á fuego!

Llévenle dentro.

FERNANDO.

No hay contento en el mundo que lo sea.  
¿Si le han dado, don Lope, algún veneno?

DON LOPE.

No sé, ¡por Dios! Vueseñoría crea  
Que está Mastrique de demonios lleno.

OTAVIO.

Mal en el Duque tanto mal se emplea.

DON LOPE.

No ha un momento ¡por Dios! que estaba bueno.

OTAVIO.

No sé por qué le desayuda el cielo,  
Siendo tan grande su cristiano celo.

DON LOPE.

Tan grande, que antes que el asalto diese  
Nos hizo confesar, y yo he dejado  
Alguna cosa, porque no dijese  
Que por mi causa la ciudad no ha entrado;  
Si topa en que don Lope se confiese,  
No tiene qué decir, porque he casado  
Una flamenca.....

FERNANDO.

Estáis como un cartujo.

DON LOPE.

Con el mismo alcahuete que la trujo.

Perea éntre.

PEREA.

Ya el daño de Su Alteza se ha sabido.

OTAVIO.

¿Qué es, Perea?

PEREA.

Como se desnuda,  
En las espaldas se le vió un nacido  
Que ser carbunco ó peste puso en duda;  
Pero en el punto que cortado ha sido,  
De tal manera el Príncipe se muda,  
Que tiene aquel sentido que primero.

OTAVIO.

Daros de albricias este anillo quiero.

FERNANDO.

Ya le traen aquí.

DON LOPE.

¡Suceso extraño!

El Príncipe con ropa.

CASTRO.

Señor, no descansara Vuestra Alteza.

PARMA.

¡Oh caballeros, sean bien hallados!

FERNANDO.

Y vos, señor, seáis muy bien venido  
Con salud á este ejército.

PARMA.

¿En qué estado

Están las cosas de Mastrique?

OTAVIO.

El mismo  
En que antes de su mal las vió Su Alteza.

PARMA.

Otavio, vos y el conde Masflet luego  
Id á dar orden que la tierra se éntre  
Mañana, pues es día de San Pedro,  
Que este Apóstol santísimo, sin duda  
Que nos dará las llaves de Mastrique;  
Y para cierta cosa que he pensado,  
Llamadme aquí un soldado de Toledo  
Que tengo por valiente, si le he visto  
Después que ciño espada, y cuyo nombre  
Es Alonso García.

PEREA.

Es mi soldado;

Yo iré por él.

OTAVIO.

Y yo á servirte parto.

Ribera éntre.

RIBERA.

Viendo, señor, que está el artillería  
Plantada en las murallas de Mastrique,  
Y que tienen perdidas las murallas,  
Han hecho dentro de la tierra un cerco  
O media luna, donde se defienden.

PARMA.

No son cortos indicios de su daño  
Ver que hayan hecho tan menguante luna,  
Antes señal que mengua su fortuna.

Entren Perea y Alonso.

PEREA.

Aquí está Alonso García.

PARMA.

Alonso, en tu corazón  
Estriba en esta ocasión  
La honra del Rey y la mía.  
Tú eres de Toledo, y hombre  
De valor.

ALONSO.

Yo sirvo al Rey

Y á Vuestra Alteza; la ley  
De Cristo ensalzo y su nombre.  
Mandadme, que me echaré  
Vivo en un fuego.

PARMA.

Pues sabes

Que en cosas arduas y graves,  
De un hombre el valor se ve,  
Sube en aquel torreón,  
Y esta noche, toda en vela,  
Servirás de centinela  
Al campo.

PEREA.

Honrosa ocasión.

PARMA.

Alerta siempre dirás,  
Y al rayar del sol dorado,  
En la media luna, armado

De esfuerzo, te arrojarás;  
Que á tu ejemplo yo sé bien  
Lo que harán los españoles  
Cuando la espada enarboles,  
Ó por envidia también.

ALONSO.

¿Es más que esto?

PARMA.

¿Y esto es poco?

Cálese el sombrero y váyase.

ALONSO.

¡Cristo con todos: adiós!

DON LOPE.

¡Bravo soldado!

PEREA.

No hay dos

Como éste.

PARMA.

Ansí le provoco.

DON LOPE.

No hay duda, harálo tan bien,  
Que del valor de su pecho  
Puedes estar satisfecho,  
Aunque mil muertes le den.

Ven, señor, á sosegar,  
Si puedes tener sosiego.

PARMA.

Pedro, que me deis os ruego  
Las llaves deste lugar,

Porque dándoos desta hazaña  
Gloria á vos después de Dios,  
Se las envíe por vos  
A Felipe, Rey de España.

Vanse.

Alonso García en alto

ALONSO.

Animoso corazón,  
Mirad lo que en esto os va,  
Que en vuestras manos está  
Hoy de España la opinión.

Muriendo, la gloria es cierta;  
No desmayéis, tened fuerte,  
Que aquí y allí todo es muerte.  
¡Soldados, alerta, alerta!

La noche se va pasando,  
Y las ardientes estrellas  
Hacen lenguas sus centellas,  
Con que me están animando.

El sol, del alba en la puerta,  
Quiere salir, y la hazaña  
Ver que ha de dar honra á España.  
¡Soldados, alerta, alerta!

Pasa, noche rigurosa,  
Los negros caballos hiere;  
Que ya el alba pisar quiere

El cielo con pies de rosa.

Ya casi está descubierta:

Ea, Virgen del Sagrario,  
Que es tu favor necesario.

¡Soldados, alerta, alerta!

Ya está declarado el día;

Ya comienzan á mirarme;

Tiempo será de arrojarme,

¡Santiago, Santa María!

En arrojándose del muro al teatro, salgan de una puerta soldados flamencos con espadas y rodela, y den en él, y él en ellos, tocándose las cajas, con esta voz: «¡Santiago, España!»; y estando peleando, salgan españoles y den sobre ellos hasta que digan: «¡Victoria!» Aquí no hay representación, sino cuchilladas y tirar dentro arcabuces, que se pueden fingir con botafuegos, y salga el Duque de Parma.

PARMA.

Ea, soldados fuertes, hoy es día  
De ganar para siempre eterna fama,  
Y mostrar vuestra heroica valentía,  
Que á la inmortalidad del alma os llama.  
Dad esta honra ilustre á mi porfía,  
Que á veros salgo de mi tienda y cama,  
Enfermo y lleno de congoja airada,  
De ver que no os ayudo con la espada.

Ea, que os mira desde el quinto cielo  
Marte, y desde el empíreo, Carlos quinto;  
Desde España, Filipo, en cuyo celo  
Católico, la empresa fácil pinto.

La fama os llevará con presto vuelo  
De todo olvide temporal distinto,  
De donde vuestros nombres, consagrados  
A la inmortalidad, vivan honrados.

Castro éntre.

CASTRO.

Ya Vuestra Alteza ha salido  
Con su honra.

PARMA.

¡Bella hazaña!

CASTRO.

Echóse Alonso García  
Del torreón, con la espada,  
En las armas enemigas,  
Y no le han muerto las armas;  
Que vive y mata más hombres  
Que hay yerba en esta campaña.  
Los soldados se arrojaron  
Tras él con destreza extraña,  
Que en espacio de media hora  
Ha despoblado su espada  
Más de catorce mil hombres,  
Donde se han visto, en venganza  
De los españoles muertos,  
Cosas honradas y extrañas.  
Un alferez, á una torre,  
De donde al campo tiraban,  
Subió, y hallando veinte hombres,

Los hizo saltar desde ella (1).

PARMA.

¿Qué rumor es éste? Aguarda.

Los españoles entren las espadas desnudas.

ALONSO.

Señor, pues te hemos servido,  
Manda que Otavio Gonzaga  
Nos deje gozar la gloria,  
Que el burgo con gente guarda.  
¿No hemos de cobrar, señor,  
Esta sangre que nos falta?  
Da premio á los españoles,  
Pues les debes esta hazaña.

PARMA.

Id, Castro, y decid que cesen  
Las crueldades comenzadas,  
Y que Otavio deje entrar  
Toda la nación de España  
Para que del saco goce,  
Pues cuando tan pobre estaba,  
Me dió el oro que tenía;  
Que aun ésta es pequeña paga.

TODOS.

¡Viva Alejandro Farnesio!  
¡Viva el gran Duque de Parma!

PARMA.

Yo quiero entrar en Mástrique;  
Todos los Maestres llama,  
Y póngase el campo en orden,  
Lucido de armas y galas.

CASTRO.

Triunfa, señor, este día,  
Glorioso á España y á Italia.

Toquen la caja, y vayan saliendo soldados con ropas  
y riquezas del saco, y flamencos.

PEREA.

Monsieur, dad cien mil escudos.

FLAMENCO.

¿No bastan diez?

PEREA.

Una blanca;

No le daré menos.

Ribera con una flamenca.

RIBERA.

Ea,

Mil doblones, ó matalla.

MARCELA.

¡Brava ventura he tenido!

ALONSO.

¡Marcela!

MARCELA.

¡Alonso!

ALONSO.

Una casa

Dejo, de riqueza llena.

MARCELA.

Y yo, seis llenas de plata.

AYNORA.

Que no eres muerto, mi bien.

DON LOPE.

¡Ah, paje! ¿Qué digo? ¡Ah, dama!

AYNORA.

Ya no soy vuestra, señor,  
Que mi marido me agrada.

MARCELA.

Señor, si vos la queréis,  
Con vos norabuena vaya;  
Que está mi marido aquí,  
Y su marido me llama.

ALONSO.

Yo lo soy, ¡por Dios! señor.

DON LOPE.

¿Es mujer?

ALONSO.

No, sino el alba.

Pues ¿había de ser hombre  
Y estar conmigo casada?

AYNORA.

¿Mujer es?

MARCELA.

Aquí hay testigos.

AYNORA.

Traidor, ¿por qué me burlabas?

MARCELA.

De celos deste enemigo.

DON LOPE.

La burla ha sido extremada;  
Vuélvete á mi casa, Aynora,  
Que no estás mal en mi casa.

AYNORA.

Serviros será mi gusto.

DON LOPE.

El Príncipe sale; aguarda.

El Duque en una silla de manos, con cajas y trom-  
petas, y por otra parte capitanes con un palio.

RIBERA.

Venid, famoso señor.

ROMÁN.

Gloria y honor de las armas,  
Venid á entrar en Mástrique,  
De laurel la frente honrada.

PARMA.

¿Qué palio es ése, soldados?

PEREA.

Aquí en una iglesia estaba.

PARMA.

¿Es del Santo Sacramento?

ROMÁN.

Sí, señor.

PARMA.

¡Locura extraña!

(1) Falta el asonante.

De vos, Agustín Román,  
Me quejo con justa causa,  
Pues siendo viejo y discreto,  
De edad y experiencia larga,  
Con lo que se cubre Dios,  
Cubris la miseria humana:  
Volvede luego á la iglesia,  
So pena de mi desgracia,

Que en esta silla entraré.

DON LOPE.

Aquí, senado, se acaba  
«El asalto de Mastrique  
Por el Príncipe de Parma.»

FIN DE «EL ASALTO DE MASTRIQUE».

---





POBREZA NO ES VILEZA



# POBREZA NO ES VILEZA

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

AL EXCMO. SR. DUQUE DE MAQUEDA MANRIQUE,

AFRICANO.

*En una relación de la última jornada á los aduarez de los moros de Beniaghú, tan vecinos de Orán cuanto les permite el miedo, llamó su autor á Vuexeleñcia príncipe alentado, dadivoso y padre de sus soldados: causáronme alegría estos atributos, partes tan esenciales en el capitán, que es imposible que sin ellas lo sea, ni consiga, por medio del amor al que gobierna, las victorias y trofeos que han tenido los que, precitados de tan justos títulos, dejaron tanto cuidado á la fama de eternizar sus nombres, como descuido al olvido de acordarse de ellos. Así fué César victorioso en Francia y en Farsalia; así Alejandro fué temido de los dos polos del universo, y así trujo Carlos V el laurel de Alemania á sus cabellos, antes que el morrión de acero los cubriese de plata. Ya no son esperanzas las de Vuexeleñcia, sino sucesos heroicos; que el freno que ahora ensaya en Alarbes sabrá poner á Turcos, trasladando las armas de las puertas del Africa á los canales de Constantinopla y á los confines de Persia. Criéme en servicio del ilustrísimo Sr. D. Jerónimo Manrique, Obispo de Ávila é Inquisidor general supremo apostólico, uno de los grandes príncipes que ha tenido esa clara sangre en el estado eclesiástico; pues con tenerle, no olvidó las armas en la batalla naval de Lepanto, siendo su Vicario general por la Santidad de Pío V, de felice memoria; y cuantas veces me toca al alma sangre Manrique, no puedo dejar de reconocer mis principios y estudios á su heroico nombre, como en tantas partes se conoce mi agradecimiento, particularmente en mi Jerusalén, donde parecen ratificacin de las de Vuexeleñcia las hazañas de Garcerán Manrique; que tantos tiempos ha que en su casa de Vuexeleñcia tomaban, en defensa de la fe y restauración de los lugares sagrados, las españolas armas los Manriques. Esta comedia es de guerra; que, aunque se llama Pobreza no es vileza, por la de un valiente soldado que se introduce en ella, son hazañas y victorias en Flandes del valeroso D. Pedro Enriquez de Toledo, Conde de Fuentes, espejo de armar caballeros tan ilustre, que me pareció poner el de Vuexeleñcia enfrente, porque en la sala de la fama hay también correspondencias de ornamentos de armas, como en la generosa curiosidad de las cortes de retratos insignes; que allí son los olores pólvora, como aquí el ámbar: en cuyos extremos toca tan fácilmente el volante de la grandeza de los señores, que de la manopla al guante no hallará más distancia que la voluntad de su Rey, la reputación de sus armas y la honra de nuestra nación. Dios guarde á Vuexeleñcia.*

Su capellán,

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.



# POBREZA NO ES VILEZA

---

## PERSONAS

MENDOZA.	TIBURCIO, <i>escudero</i> .	FRISO.
EL CONDE FABIO.	LUNA, <i>criada</i> .	UN CAPITÁN.
LAURA, <i>española</i> .	DURÁN.	UN MERCADER.
ROSELA, <i>dama flamenca</i> .	LIRANZO.	SOLDADOS.
EL CONDE DE FUENTES.	PERALTA.	CRIADOS.
PANDURO.	CABRERA.	

## ACTO PRIMERO

---

Rosela, Tiburcio, Luna.

ROSELA.

De ver, Tiburcio, estas tierras  
Recibo grande contento.

TIBURCIO.

Pienso que en buscarlas yerras.

LUNA.

Es notable atrevimiento  
En tiempo de tantas guerras.

ROSELA.

Bien segura estoy aquí,  
Pues que no son contra mí  
Ni contra el Conde mi hermano.

TIBURCIO.

Ser neutral pretende en vano.

ROSELA.

No lo es ya.

TIBURCIO.

Pienso que sí.

ROSELA.

¿Quién duda que su afición  
Sigue la parte de España?

LUNA.

Si aquestos países son  
De su Rey, no es mucha hazaña.

ROSELA.

Á no ser fuerza, es razón.  
Murió el archiduque Ernesto,  
Que estos Estados regía  
Por Felipe.

TIBURCIO.

Verá presto

Qué falta en su monarquía  
La de su persona ha puesto!

Aunque haberle sucedido  
Aquel bizarro español,  
Amado cuanto temido  
Sobre la esfera del sol,  
De verde laurel ceñido,  
Don Pedro Enríquez, famoso  
Conde de Fuentes, le ha dado  
Consuelo.

ROSELA.

Tan victorioso  
Príncipe, deste condado  
Será defensor dichoso.

Yo me alegro en esta villa,  
Puesto que á Bruselas dejo;  
Porque más me maravilla  
Que este río forme espejo  
A los sauces de su orilla,  
Que su corte y la riqueza  
De sus damas.

LUNA.

Si contigo

Traes su gala y belleza,  
No habrás menester testigo  
Para abonar su tristeza,  
Ni te puede faltar nada,  
De ti misma acompañada.

ROSELA.

Claros fuentes, aquí estoy:  
Dadme el parabién que os doy,  
Amada y no murmurada.

Y vosotras, varias flores,  
Que al engaño en sus cristales  
Dejáis retratar colores,  
Volved, á mi gusto iguales,  
Á soledades amores.

Aves parleras, pagad,  
Dejad la corte y ciudad  
En música á mis oídos,  
Que no están bien divertidos  
Donde no tratan verdad.

Acentos dulces y graves  
Forme vuestra melodía;  
Corred, arroyos siaves,  
Que ya sois mi compañía,  
Río, flores, fuentes y aves.

TIBURCIO.

Siéntate mientras la sombra  
Sirve de ameno dosel  
Á su cristal, y de alfombra  
Tanta violeta, que del,  
Azul guarnición se nombra;  
Y para no ser ingrato  
Á la merced que me hacéis,  
Haré un bosquejo al retrato  
De nuestra edad.

Siéntanse.

ROSELA.

Yá sabréis  
Con qué respeto y recato.

TIBURCIO.

Érase..... Mas ¿qué es aquesto?

LUNA.

¡Ay, señora! ¡Gran ruido!

ROSELA.

¡En qué confusión me has puesto!

Liranzo, Durán, Peralta y Cabrera, que se quedan  
en el fondo.

TIBURCIO.

Éranse los que han venido;  
Lo demás se sabrá presto.

LIRANZO.

Pues ¿dónde vais por aquí,  
Si en esta casa no hay gente?

DURÁN.

Gente, y aun cerca, se siente.

ROSELA.

¿Soldados?

LUNA.

Señora, sí.

ROSELA.

¿De qué nación?

TIBURCIO.

Españoles.

PERALTA.

Liranzo, tened el paso.

CABRERA.

¿Es algún respeto acaso? (Ap. á Peralta.)

LIRANZO.

Dáseme dos caracoles  
De respetos sin comer,  
Cuando voy á pecorear.

CABRERA.

¡Brava es la dama!

PERALTA.

Y no fea.

TIBURCIO.

Bien te puedes recoger, (Ap. á Rosela.)

En duda, á la casería.

DURÁN.

(Aparte á Cabrera.)

¿Qué habemos de hacer, Cabrera,  
Que es gente de paz?

PERALTA.

Espera.

CABRERA.

No hay con hambre cortesía.

DURÁN.

Si vos no queréis, Peralta,  
Tomad el bosque, y adiós.

LIRANZO.

Durán, váyanse los dos;  
Que yo, si veo y me falta,  
Lo quitaré del altar.

DURÁN.

Acabóse.

LIRANZO.

Esto es comer.

Adelántase.

Señora, yo vengo á ser,  
Hablando en lengua vulgar,  
Embajador del sustento  
De aquellos pobres soldados.  
Esos diamantes sobrados,  
De vuestro pecho ornamento,  
Dicen que faltan allí,  
Y que luego os los quitéis.

ROSELA.

Españoles, no penséis  
Que vine sin gente aquí:  
Mirad que os haré matar.

DURÁN.

Déjese Vuesñoría  
De obligar con su porfía  
A lo que puede obligar.

TIBURCIO.

¿Cómo soldados del Rey  
Roban sus mismos vasallos?

PERALTA.

No venimos á roballos;  
La necesidad, sin ley,  
Nos obliga, como gente  
Mal pagada, mientras llega  
Dinero de España.

CABRERA.

Entrega,  
Madama, tú blandamente  
Las joyas para empeñallas;  
Que en pagándonos el Conde,  
La misma razón responde  
Que vendremos á quitallas (1).

ROSELA.

¿Sabéis quién soy?

DURÁN.

¿Quién serás

En este bosque?

ROSELA.

¡Qué caro

Os ha de costar!

CABRERA.

¡Reparol

LIRANZO.

Yo tiro, y no juego más.

Mendoza, con capote de dos haldas, jubón y calzones  
pobres.

MENDOZA.

¿Qué es esto?

PERALTA.

¿Quién lo pregunta?

MENDOZA.

Yo soy.

DURÁN.

¡Oh, señor Mendoza!

No es nada: pase adelante.

MENDOZA.

De aquel álamo á la sombra,  
Aguardaba mi bagaje,  
Cuando de aquesta señora  
Oí las voces: no es justo,  
Ya que he visto su persona,  
Que se le haga este agravio.

LIRANZO.

Pues ¿de cuándo acá le toca,  
No siendo oficial del Rey?

MENDOZA.

De ver que es injusta cosa  
Que infamen vuestras mercedes  
Á la nación española;  
Y el ser de su compañía,  
Y testigo en sus victorias,  
Me obliga, por hijodalgo,  
Á que vuelva por su honra.

DURÁN.

Habrá comido.

MENDOZA.

¡Por Dios,

Que desde ayer á estas horas,  
Pienso que no me ha debido  
Sino suspiros mi boca!  
Si llegare mi bagaje,  
De la pobreza forzosa  
Tomarán vuestras mercedes,  
Y ¡ojalá que fueran joyas!  
Pero las de aquesta dama  
Se han de reservar agora  
En el pecho como están,  
Ó con las cuatro pistolas  
Hacer pedazos el mío.

DURÁN.

Señor Mendoza, si toma  
Vuestra merced la defensa  
Por valiente, también cortan  
Nuestras espadas sin fuego.

MENDOZA.

No hay cosa de que me corra  
Como de que nadie entienda  
Que soberbia me provoca.  
Esto pido en cortesía,  
Por ver esta dama sola,  
Con el sombrero en la mano.

LIRANZO.

Con menos término sobra.  
Vamos de aquí, que el señor  
Mendoza, basta que ponga  
Su mano en esto.

MENDOZA.

Yo espero

Que habrá tiempo en que conozcan  
Vuestras mercedes que soy  
Su amigo.

DURÁN.

Quien hoy os cobra  
Con ese nombre, más gana  
Que pierde en aquestas joyas.

MENDOZA.

Soy hombre que cumpliré  
Lo que digo.

LIRANZO.

(Aparte á sus compañeros.)

La oratoria

Deste soldado me enfada.

DURÁN.

Ofreciéronse dos cosas:  
Ó matarle, ó confiar  
De su lengua la deshonra  
Que resultarnos podía.

LIRANZO.

La confianza era loca,  
La muerte injusta.

PERALTA.

Ya es hecho.

LIRANZO.

Hay hombres hechos de alcorza,  
Que engañan como los versos,  
Como el buen término en prosa.

Vánse los cuatro soldados.

(1) Desquitarlas, abonarlas, pagarlas.

ROSELA.

Español, aunque en el traje  
 Pobre (si bien la nobleza  
 Del alma no es la corteza,  
 Ni le puede hacer ultraje),  
 Por más que te humille y baje  
 Necesidad de la guerra,  
 Se ve la que el pecho encierra;  
 Que el sol ilustre español  
 Nunca deja de ser sol,  
 Aunque le eclipse la tierra  
 El término que has tenido,  
 De manera me ha obligado,  
 Que me ha puesto en más cuidado  
 Que el agravio recibido.  
 Manos y abrazos te pido,  
 Y, á nuestra usanza, la cara.

MENDOZA.

Madama ilustre, repara  
 Que ensalzando el beneficio,  
 Harás pequeño el servicio  
 Que en noble término para.

Esta fué mi obligación:  
 Que soy hombre bien nacido,  
 Y la que ves ha corrido  
 Por cuenta de mi nación.  
 Para pedirte perdón  
 Del término que han usado,  
 Huelgo de haberte obligado.  
 Perdona su atrevimiento  
 Si sabes el descontento  
 De un soldado mal pagado.

Que te prometo, señora,  
 Que son el mismo valor;  
 Pero el más dorado honor,  
 Necesidad le desdora.  
 Yo te prometo que agora  
 Bien arrepentidos van,  
 Con temor del capitán,  
 Si son culpados en algo;  
 Que Peralta es muy hidalgo,  
 Y muy valiente Durán.

Liranzo y Cabrera son  
 La misma honra y nobleza:  
 La causa fué la pobreza  
 Y dar el oro ocasión.  
 Mientras se hizo elección,  
 Hubo estos inconvenientes;  
 Ya nos gobierna el de Fuentes,  
 Para quien traigo favores  
 De algunos grandes señores,  
 Sus amigos y parientes.

Mira qué mandas, que quiero  
 Ver si llega con mi hermana  
 Mi criado, que hay villana  
 Gente (y desde ayer la (1) espero),  
 Que con término tan fiero  
 Tratan al que solo ven,

Que puedo temer también  
 Que algo le haya sucedido.

ROSELA.

No habrá, pues que prenda ha sido  
 De quien procede tan bien.

Y pues que tienes en Flandes  
 Hermana, dale en mi nombre  
 Estas joyas.

MENDOZA.

No soy hombre,  
 Puesto que tú me lo mandes,  
 Que con favores tan grandes  
 Me pague de tan pequeños  
 Servicios.

ROSELA.

De los empeños  
 Desta merced, en mi vida  
 Podré salir, y ofendida  
 Dejáis la casa y los dueños.

MENDOZA.

Si estas joyas os tomaban,  
 Y agora os las llevo yo,  
 ¿En qué os sirvo?

ROSELA.

Quien llegó  
 Cuando ya me las quitaban  
 Y agraviada me dejaban,  
 De manera me obligó,  
 Que las joyas mereció;  
 Porque hay mucha diferencia  
 De tomar sin resistencia  
 Á dar porque quiero yo.

MENDOZA.

Perdonad, aunque el indicio  
 Del traje causa os ha dado,  
 Porque adonde se ha pagado,  
 Pierde el nombre el beneficio.  
 Si os he hecho algún servicio,  
 Quede por satisfacer,  
 Pues no se puede perder;  
 Y quiero que viva en vos,  
 Si en algún tiempo los dos  
 Nos volviéremos á ver.

Pero allí á mi hermana veo  
 Y el criado que os decía:  
 Hacía aquesta casería  
 Los ha inclinado el deseo  
 De descansar, porque creo  
 Que todo les ha faltado.

ROSELA.

Huélgome que hayan llegado;  
 Pues si la causa le digo,  
 Ha de ser mujer conmigo,  
 Que vos sois hombre y soldado.

Laura, con sombrero con una pluma, y rebozo, en un  
 pollino con jamugas; Panduro, con espada, cuera,  
 calcillas, sombrero y pluma de gallo y banda roja  
 rota.

PANDURO.

¡Arre!..... ¡Maldígate Dios!

(1) Á mi hermana.



LAURA.

No le deis de ese manera.

PANDURO.

¿Cómo le tengo de dar?

Vas tú á caballo, y ¡te quejas!

¡Oiga la bestia del putol!....

¡Vive Dios, que se derrienga!

LAURA.

Con menos fuerza, Panduro.

PANDURO.

¡Panduro, con menos fuerza!

Haz melindres, que con eso

Favorecido, solfea.

Hermano, para la carga.

LAURA.

¡Basta, que voy con dos bestias!

PANDURO.

¿Cómo quieres que le trate?

LAURA.

Como á prójimo siquiera.

PANDURO.

Hartos hay, gracias á Dios,

Que lo son y no lo piensan.

MENDOZA.

¡Laura mía!

LAURA.

¡Hermano mío!

Mendoza apea en brazos á Laura.

PANDURO.

Mas ¿que anda ahora?

MENDOZA.

¿Qué pena

Me ha causado tu tardanza!

PANDURO.

Bien pudieras no tenerla,

Sabiendo que no venía

En carroza ni en litera,

Sino en aqueste espantajo,

Compuesto de hambre y flema,

Que no es más decirle «arre»

Que hablar en griego á una dueña.

MENDOZA.

Vendrás cansada.

LAURA.

Perdida.

MENDOZA.

Pues advierte que te apeas

Sólo á besarle la mano

Á esta señora flamenca,

Cuya es esta casería.

PANDURO.

Luego ¿no es mesón ni venta?

MENDOZA.

No, Panduro.

PANDURO.

Pues ¡por Dios,

Que puedes llevar á cuestras

Á Laura, porque el frisón,

Como piensa que le piensan,

No ha de dar paso adelante!

TIBURCIO.

Á Rosela:

No la aguardes, pues ya llega.

ROSELA.

Señora española, el cielo

Guarda esa rara belleza.

LAURA.

Más justo será que alcance

Esa bendición la vuestra.

ROSELA.

Ya tenía por desdicha

Haber dejado á Bruselas;

Que me han querido robar

Estas joyas y cadenas

Unos soldados, de quien,

Con generosa nobleza,

Me ha librado vuestro hermano;

Pero ya es bien que lo tenga

Por dicha, si en este bosque

Vengo á ser huésped vuestra.

LAURA.

Yo no encarezco la mía,

Porque no es justo que quiera,

Ni aun en cortesía, igualar

Señora de tantas prendas.

PANDURO.

¡Que diese aqueste pollino,

En viendo un puño de arena,

En echarse con la carga!

Á Tiburcio:

Mosiur, ¿qué dama es aquésta?

TIBURCIO.

Hermana del conde Fabio.

PANDURO.

¿Nombre?

TIBURCIO.

Madama Rosela.

PANDURO.

Esta casa de placer,

¿Es suya?

TIBURCIO.

Y bosque y ribera.

PANDURO.

¿Habrás acaso algún bagaje

Para llegar á Bruselas?

TIBURCIO.

Hay carro largo y caballos:

No os dé la jornada pena.

PANDURO.

¡Válate el diablo por asno!

¡Que en viendo un cardo, una yerba,

Á darle dos mordiscones

Se apartase de la senda!

Pues en topando mojado,

Luego alzaba la cabeza,

Y arremangando el hocico,

Pudiera desde una legua  
Saber la edad en sus dientes  
El menos cursado albóitar.

TIBURCIO.

¿r'so os daba pesadumbre?

PANDURO.

Cuando la dama más bella  
Hace gestos con la boca  
Porque los dientes le vean  
(Que es falta en muchas personas),  
De los asnos se me acuerda,  
Porque no puede una dama  
Tener costumbre más fea.  
Pero dejando á una parte  
Estas quejas borriquenas,  
¿Habrá qué beber?

TIBURCIO.

Habrá

Una extremada cerveza.

PANDURO.

Vino español.....

TIBURCIO.

No se gasta;

Bebemos á la flamenca.

PANDURO.

Oír cantar en falsete  
Un hombre con barba negra,  
Que hable de niña una dama  
Que haya pasado de treinta,  
Peinarse un galán lindoso,  
Atada la bigotera,  
Y que con ojos azules  
Trate un hombre de pendencias,  
Que ande diciendo sus versos  
Eternamente un poeta,  
Que un escudero se precie  
De entendimiento sin letras,  
Que califique discretos  
Una doña hermosa y necia,  
Que sea gracioso un frío  
Porque perdió la vergüenza,  
Que quien viste á la española  
Traiga rosetas inglesas,  
Que se descuide jugando  
Quien tiene mujer y suegra,  
Ver con dispensero y coche  
Quien tiene en aire la renta,  
Y un rico por la fortuna  
Desvanecido en soberbia,  
Es lo mismo para mí  
Que hacerme beber cerveza.

MENDOZA.

Á Rosela:

A mí me es fuerza partirme  
Por no perder la ocasión.

ROSELA.

Prendas me dejáis, que son  
Bastantes á persuadirme  
Que me volveréis á ver.

MENDOZA.

Antes, si á Bruselas vais,  
Quiero que merced me hagáis,  
Si la puedo merecer,  
Que vaya Laura con vos.

ROSELA.

Será favor para mí.

MENDOZA.

Panduro.....

PANDURO.

Señor.....

MENDOZA.

Aquí

Podéis descansar los dos;  
Y cuando madama quiera,  
Acompañarla.

PANDURO.

Pues ¿dónde

Te hallaré después?

MENDOZA.

El Conde

Es nuestro centro y esfera.

Allí, con otros soldados  
Me hallarás, porque pretendo  
Hablarle: aquí te encomiendo  
La causa de mis cuidados,

Pues no tengo más honor  
Que á doña Ana....., á Laura, digo.

PANDURO.

¿Para qué cifras conmigo?  
Parte y descuida, señor.

LAURA.

De la merced que me hacéis  
Estoy tan agradecida,  
Cuanto prendada y rendida  
Á las gracias que tenéis.

Dicha ha sido de mi hermano  
Que os acertase á servir.

ROSELA.

No lo muestra el encubrir  
Su nombre, mi Laura, en vano,  
Aunque sea honesto intento.

LAURA.

Yo os he dicho la verdad,  
Porque sangre, y no amistad,  
Nos dió un mismo nacimiento.

ROSELA.

Basta: yo lo creo así,  
Y á prevenir dónde estéis  
Voy á la quinta.

LAURA.

No habéis

De embarazaros por mí.

ROSELA.

Soy ya tan amiga vuestra  
Como veréis.

LAURA.

Dios os guarde.

Vanse Rosela, Mendoza, Tiburcio y Luna.

¿Qué te parece?

PANDURO.

Que es tarde,  
Y que esta huéspedada nuestra  
Se querrá quedar aquí.

LAURA.

¿Qué importa?

PANDURO.

Hay sola cerveza.

El conde Fabio y Friso.

EL CONDE FABIO.

No ha sido poca fineza.

FRISO.

Novedad ha sido en ti.

FABIO.

Á la puerta de la quinta  
Hay gente.

FRISO.

Españoles son.

FABIO.

¿Dama?

FRISO.

Sí.

FABIO.

¿Qué perfección!

Hoy la primavera pinta  
De más hermosos colores  
Estos cuadros.

PANDURO.

Gente viene. (Ap. á Laura.)

FABIO.

Dama española, si hoy tiene  
Al sol que engendra las flores

Esta casa de placer,  
¿Qué tendré que desear?

Y como el sol puede entrar,  
No se la pienso ofrecer;

Mas por el nombre de mía,  
Serviros della podéis:

Daréisla luz, pues tenéis  
En vuestros ojos el día,

Que serán con vos más grandes  
Si venís á ser su sol;

Que importa un sol español  
Para las nieves de Flandes.

PANDURO.

¡Esto es bueno para mí! (Aparte.)

LAURA.

¿Sois vos desta casa dueño?

FABIO.

Deste campo, aunque pequeño,  
Para serviros, lo fui

Hasta que vos le pisastes:  
El conde Fabio es mi nombre.

¿Quién es este gentilhombre  
Que de vuestro lado honrastes?

PANDURO.

Mas ¿que quiere ya saber (Aparte )  
Si soy marido?

LAURA.

Señor,

Bien se ve vuestro valor  
Sin que le deis á entender.

Paso á la corte, que tengo  
En ella un soldado honrado,  
Este bosque, fuente y prado,  
Viendo que cansada vengo ,

Con su yerba y con su risa  
Me han detenido (que arde  
El sol) á esperar la tarde.  
Dadme licencia.

FABIO.

Á Friso:

¡Hola! Avisá

Á mi hermana de que tiene  
Una huéspedada española.

PANDURO.

No viene esta dama sola;  
Con dueño esta dama viene.

Antes que Vueseñoría  
Viniese, pudiera ser;  
Mas ya no puede.

FABIO.

Es hacer

Agravio á mi cortesía.

Yo me volveré á Bruselas;  
Quédese aquí con mi hermana.  
La gente flamenca es llana,  
No hay de qué temer cautelas.

LAURA.

Ya he visto y hablado aquí  
Á madama, de quien soy  
Huéspedada, y por vos me voy.

FABIO.

Pues no os habéis de ir por mí.  
Entrad, que sin que me vea  
Quiero volverme.

PANDURO.

No es justo.

FABIO.

Pues no recibáis disgusto  
De que vuestro huésped sea;  
Que os doy palabra de ser  
Defensor de vuestro honor.

LAURA.

Fiada en vuestro valor,  
Quiero esta noche tener  
En vuestra casa posada.

FABIO.

Entrad, señora, segura;  
Que tan honesta hermosa,  
De sí misma está guardada.

PANDURO.

Pienso que yerrás. (Aparte á Laura.)

LAURA.

Sí aquí

Me dejó mi hermano, ¿en qué?

FABIO.

¡Ah, español!

PANDURO.

¿Qué le diré? (Ap. á Laura.)

LAURA.  
Lo que quisieres le di.

Vase á la quinta.

PANDURO.  
¿Qué manda Vuesñoría?

FABIO.  
¿Quién?.....

PANDURO.  
No pases de ese quién;  
Que yo te entiendo tan bien,  
Cuanto responder querria.

Esta dama es de Toledo,  
Aquella insigne ciudad  
Que dió á España majestad,  
Y á todo el Africa miedo.

Llámase Laura, es hermana  
De un cierto galán Mendoza,  
Que por privilegio goza  
La nobleza castellana.

Viene á servir á Felipe  
Después de sucesos largos;  
Y para que de los cargos  
De la guerra participe,  
Trae cartas á don Pedro  
Enríquez. Conde de Fuentes,  
De sus deudos y parientes,  
Yo le sirvo, aunque no medro,

Porque salimos de España  
Huyendo; mas tengo amor  
Y un poquito de valor,  
Que su pobreza acompaña.

Es mi apellido Panduro,  
Y el nombre de pila Juan;  
Que da la fortuna el pan  
Á unos tierno y á otros duro.

Esta es la historia, el camino,  
Los nombres y la pobreza:  
Voy á probar la cerveza  
A falta de español vino;

Aunque con mejores ganas  
Tomara una purga yo,  
Pues pienso que la orinó  
Algún rocín con tercianas.

Vase.

FABIO.  
El despejo y bizarría  
De todo español.

FRISO.  
A ti

FABIO.  
Bien te agradan.

Quando vi  
La hermosura y gallardía

Destá española, quedé  
Deslumbrado de su sol.

¡Bravo es el brío español!  
Laurel y palma le dé

Toda nación.

FRISO.  
Ya estarás  
Enamorado.

FABIO.  
Querria  
Que esta mujer fuese mía.

FRISO.  
En casa está, bien podrás.....

FABIO.  
No sé si me ha de querer.

FRISO.  
Luego ¿piensas que el Mendoza  
Es su hermano?

FABIO.  
Si la goza,  
Presto se podrá saber.

Pero está cierto de mí  
Que no ha sido liviandad  
El rendir mi voluntad  
Luego que sus ojos vi,  
Sino influencia del cielo,  
Causada de las estrellas.

FRISO.  
Disculpan las cosas bellas.

FABIO.  
¡Bien haya el ameno suelo  
Que produce tales flores!  
Voy á ver si puedo hartar  
Los ojos.

FRISO.  
Donde hay lugar,  
Presto acuden los favores.

FABIO.  
Hermosos ojos, rayos habéis sido  
En la presteza con que habéis llegado,  
Y el alma con el fuego penetrado,  
Dejando sano el exterior vestido.

Si las almas se hubieran conocido  
Por opinión gentil, fuera un traslado  
De Hero y Leandro el amoroso estado,  
Dulce prisión donde me habéis traído.

No elijas general, Felipe, ni andes,  
Marte, abrasando con tu guerra el suelo,  
Ni soldados marchar, Enríquez, mandes:

Tu empresa justa favorece el cielo,  
Pues viene un sol de España á ser en Flandes  
Incendio vivo de su eterno cielo.

Vanse.

Mendoza y Durán.

DURÁN.  
Aquí podréis hablar, Mendoza, al Conde.

MENDOZA.  
En fin, venció, Durán, nuestra porfía.

DURÁN.  
Al de Masfelt la patria corresponde,  
Que á Luzemburgo gobernar solía:  
Mas como á los flamencos se responde  
Que en tan justa elección se obedecía

Del Príncipe Archiduque el testamento,  
Cesó de su esperanza el fundamento.

La toma de Hüi, los despojados  
Holandeses, que ricos se acogían  
Con los carros del saco tan cargados,  
Que de trigo en Agosto parecían,  
Del gran don Juan de Córdoba guiados,  
Con los famosos tercios que regían  
El de Velasco y Zúñiga, dos hombres  
Que á la fama inmortal dieron sus nombres,

Han movido al de Fuentes, que promete  
Exceder en ventura y valentía  
Los nueve de la Fama, como excete  
De Carlos el valor que vive hoy día,  
A partir á sitiar á Chatelete.

MENDOZA.

¿Con qué gente?

DURÁN.

Serán caballería  
É infantes, ocho mil.

MENDOZA.

Es suficiente  
Con tan gran capitán tan poca gente;  
Que si el bravo Anibal, que honra á Cartago,  
El griego Pirro, el fuerte Macedonio,  
Y el que deshizo con fatal estrago  
El triunvirato del romano Antonio,  
Vivieran hoy, ó en el profundo lago  
Del Lete dar pudieran testimonio  
De su valor, rindieran al de Fuentes  
Los dorados laureles de su frentes.

Faltó el gran Duque de Alba, heroica hazaña  
De la muerte cruel; mas ya camina  
Tras ella el sol, que en cercos de oro baña  
La tierra menos de su luz vecina:  
Púsose el alba que alumbraba á España;  
Y que saliese es bien con luz divina,  
Para quitarle de la noche el miedo,  
Enríquez, sol del alba de Toledo.

Confieso que le soy aficionado,  
Y que á venir á Flandes me provoca.

DURÁN.

Si el capitán es de su gente amado,  
De Batro puede conquistar la roca.

El conde de Fuentes, un capitán y soldados.

CONDE.

Quiéroles dar, si puedo, algún cuidado,  
Aunque la ofensa les parezca poca.

CAPITÁN.

Muchos quieren hablarte.

CONDE.

Todos lleguen.  
Ni aun las ventanas quiero que les nieguen.

MENDOZA.

Voyme.

DURÁN.

¿Por qué?

MENDOZA.

Si dice que no quiere,

Antes de hablarle, hacer lo que le pido,  
¿Qué quieres que después de hablarle espere?

DURÁN.

Tenéis razón: donaire habéis tenido.

CONDE.

A Mendoza:

¿Queréis algo, soldado?

MENDOZA.

Aunque refiere

La fama tu valor, y yo he venido  
Desde España á servirte, ¿cómo puedo  
Pedirte nada, si me pones miedo?

Si niegas sin hablarte y sin pedirte,  
Y me dices de no con la cabeza,  
No me quiero cansar con persuadirte.

CONDE.

Luego ¿no ves que es de la edad flaqueza?

MENDOZA.

En esto bien podré contradecirte,  
Fues eres todo heroica fortaleza.

CONDE.

Los soldados quisiera deste modo,  
Sí, por vida del Rey y el campo todo!  
Acércate á mis brazos, que aborrezco  
Soldados temerosos.

MENDOZA.

Tus abrazos

Me pegarán valor, si los merezco.  
Déjame refregar en esos brazos  
Agora, ¡vive el cielo! que me ofrezco  
A hacer á Liramente mil pedazos,  
Y yo solo garar á Chatelete.

CONDE.

Hará todo español lo que promete.  
¿Tu nombre?

MENDOZA.

(Aparte al Conde.)

Para ti traigo fingido  
El hábito y el nombre. Aquí te apaña:  
Sabrás quién soy, mejor que del vestido,  
De la firma y renglones desta carta.

CONDE.

Yo leo para mí.

MENDOZA.

Sólo te pido

Calles mi nombre; que después que parta,  
Y por algunas obras lo merezca,  
Harás lo que más justo te parezca.

Panduro.

PANDURO.

Ya con el Conde está hablando: (Aparte.)  
Aguardarle será bien.

MENDOZA.

Ya le parezco más bien, (Aparte.)  
Pues va leyendo y mirando.

Todo me está tanteando,  
Porque mi suerte cruel  
Causará piedad en él,  
Si no le agrada el vestido,  
Y por ventura ha querido  
Que le hagan otro por él.

Diga el mundo cuanto quiera,  
Que, en fin fin los trajes son  
La primera estimación,  
Y las andas la postrera.  
No hay cosa que más adquiera  
Honor, sin ser conocido;  
De donde queda advertido  
Que se conoce sin mengua,  
Como el alma por la lengua,  
El honor por el vestido.

CONDE.

Sin nombraros, pues no es justo,  
Mis brazos, señor, os doy.

MENDOZA.

Mendoza por Flandes soy,  
Y que así me llamen gusto.

CONDE.

Pesado me ha del disgusto  
Que habéis tenido, ¡por Dios!  
¡Hola! Sillas á los dos.

MENDOZA.

No es disgusto, si he llegado  
A merecer ser soldado  
De un General como vos.

CONDE.

Aquí os sentad.

MENDOZA.

Obedezco,  
Señor, á Vuestra Excelencia:  
Efectos de la prudencia,  
Que en vuestro pecho engrandezco.  
Sol parecéis, y parezco  
Campo seco y agostado.

CONDE.

Vos sois quien sois, tan honrado,  
Que igualáis al mismo sol.

CAPITÁN.

¡Que esté un pícaro español (Aparte.)  
Con el General sentado!

SOLDADO.

El conde Fabio está aquí.

CONDE.

Entre el Conde.

Va el soldado á avisar á Fabio.

MENDOZA.

¿Iréme?

CONDE.

No;

Que á los buenos quiero yo  
Honrar y tratar ansí.

Sale el conde Fabio.

FABIO.

Vuestra Excelencia me dé

La mano.

CONDE.

Una silla presto.

FABIO.

Vengo á serviros dispuesto.

CONDE.

Por una carta lo sé;

Mas quiero á Vuesñoría  
En algún cargo emplear,  
Y así, en habiendo lugar,  
Acepto la cortesía.

Por agora estése aquí.

FABIO.

Si es servir obedecer,  
Réplica fuera ofender.  
Yo lo haré, señor, ansí.

CONDE.

Cuando parta el de Pastrana,  
Será mejor ocasión.

FABIO.

No hay hombre de mi nación  
Que sirva de mejor gana,  
Ni que más opinión cobre.

CONDE.

Con vuestra licencia, quiero  
Hablar á este caballero.

FABIO.

¡Qué caballero tan pobre! (Aparte.)

Bien se puede llamar sola  
Esta nueva maravilla;  
Mucho ha sido dalle silla  
A la soberbia española.

CONDE.

En este bolsillo van (Aparte á Mendoza.)

Doscientos doblones de oro:

Muy conforme á su decoro

Se me vista, y muy galán;

Que en la primera ocasión

Le dará una compañía.

MENDOZA.

Mis ojos, desde este día,  
De esos pies esclavos son.

FABIO.

Dinero el Conde le ha dado; (Aparte.)

Misterio debe de haber:

Sin duda debe de ser

Algún valiente soldado.

Ya le he cobrado afición.

CONDE.

Ocupado estoy, señores.

Adiós.

Levántanse.

MENDOZA.

Con eternos loores  
Diga al mundo tu opinión  
El sonoro metal  
De la fama voladora,  
Y del ocaso al aurora  
Lleve tu nombre inmortal.

Vase el Conde, y con él el capitán y los soldados.

FABIO.

Á Mendoza:

Téngase, señor soldado,  
Aunque atrevimiento sea.

MENDOZA.

¿Manda Vuestra Señoría  
Algo en que servirle pueda?

FABIO.

Hame causado afición  
Verle honrar de Su Excelencia:  
Desta cadena se sirva.

MENDOZA.

Será ponerme cadena  
De esclavo en la voluntad.

FABIO.

Hablar al Conde quisiera.  
Luego salgo.

MENDOZA.

Aquí os espero;  
Que aunque con esta pobreza,  
Os tengo de acompañar.

Vase Fabio.

PANDURO.

¿Acompañar? No lo crea.

MENDOZA.

¿Qué es esto, Panduro amigo?  
¿Dónde vas desta manera?

PANDURO.

Bastaba entrar de palacio,  
Señor Mendoza, las puertas,  
Para aprender á tomar.  
Pero aquesto es gran bajeza.

MENDOZA.

De un señor, de un conde Fabio,  
Descortés necedad fuera.  
¿Adónde dejas á Laura?

PANDURO.

Á Laura tengo en Bruselas.

MENDOZA.

¿Vino con Rosela?

PANDURO.

No.

MENDOZA.

Pues ¿cómo venir la deja?

PANDURO.

Porque sin que lo supiese,  
En aquella misma bestia,  
Que ya descansada estaba,  
La saqué, cuando las perlas  
Del alba enjugaba el sol,  
Y sacaban las cabezas,  
Á beber átomos de oro,  
Las flores por verdes rejas.

MENDOZA.

Pues ¿no me dirás la causa?

PANDURO.

No quiero más de que sepas

Que no es bien que tomes nada,  
Porque no es justo que entienda  
Aquella flamenca dama,  
Aquella hermosa flamenca  
Que á la española te mira,  
Que te da nadie presecas;  
Porque esta noche le ha dicho  
Que eres de tan altas prendas,  
Que no se te acerca el sol  
Con más de cuarenta leguas.  
Contéle desdichas tuyas,  
Y vi más de cuatro perlas  
Deslizarse de sus ojos,  
Aunque las niñas, risueñas,  
Las pestañas alargaban  
Para pensar detenerlas;  
Pero como las mejillas,  
Que eran de claveles hechas,  
Solicitaban sus fuentes  
Para regarlos con ellas,  
Bajaban unas tras otras  
Á un lienzo de puntas bellas,  
Porque en ellas se ensartasen  
Para no perder las perlas.  
¡Extraña cosa es amor!  
Apenas al pulso llega  
De la enferma voluntad,  
Cuando purga la cabeza.  
Tú ¿piensas volverla á ver?

MENDOZA.

Agora, hermano, la guerra  
Me llama á diversos casos.  
Esas cajas y trompetas  
Son del Duque de Pastrana,  
Digno de más alta esfera,  
Que sobre el orbe de sol  
Ilustra el quinto planeta.  
Aquéllas son de don Juan  
De Córdoba; mira en ellas  
El moro Rey de Granada,  
Armas de tan alta empresa.  
Las de don Antonio mira,  
Que parte la banda negra  
De los Zúñigas, y él parte  
Resplandor con las estrellas.  
Las de don Luis de Velasco,  
¿Cuál ánimo no despiertan?  
¿Á qué cobarde no animan?  
¿Á qué animoso no premian?  
De don Agustín Mejía  
Es este tercio, que tercia  
Los blancos fresnos herrados,  
Que ya los contrarios tiemblan.  
Si de don Sancho de Luna  
Los soldados consideras,  
Dirás que anima Alejandro  
Las fuertes naciones griegas.  
Este es ahora mi amor  
Y la dicha que me espera:  
Fama se llama mi daina,  
Que no madama Rosela.

Salí de España, Panduro,  
Y aunque por desgracia ajena,  
Ya estoy en Flandes, ya sigo  
Las venturosas banderas  
Del católico Felipe,  
Que dignamente gobierna  
El claro don Pedro Enríquez,  
A quien el mundo laurea  
Con más glorias que á Alejandro  
Dieron Macedonia y Grecia.  
No se ha de tratar de amor  
En tanto que Marte reina:  
Mira al Romano vencido  
De su deleite, sin guerra;  
Mira cómo el Macedón  
El oro á las armas trueca.  
Yo soy quien sabes.

PANDURO.

Detente.  
Que no quiero que revuelvas  
Historias para conmigo.  
Bien sabes tú que á la guerra  
Vienen muchos caballeros  
A servir damas flamencas.  
Mas si habemos de partir,  
¿Adónde á doña Ana dejas?  
Porque llevarla contigo  
Es imposible que puedas.

MENDOZA.

Ya sabes tú que mi honor  
Compite con las estrellas,  
Y que la saqué de España  
Por las peligrosas fuerzas  
De señores poderosos.  
Es mi hermana, y tengo en ella  
Depositado mi honor,  
Hasta que los cielos quieran  
Que la entregue á su marido.  
Después, corra por su cuenta:  
Con ella te has de quedar.

PANDURO.

¿Dónde?

MENDOZA.

En casa de Rosela;  
Que todo estará seguro  
Si tú te quedas con ella.

PANDURO.

¿Soy alguna mandria yo?  
¿Soy gallina? ¿Qué coneja  
Me parió, ¡por vida tuya!  
Que entre mujeres me dejas?  
¿Para eso me sacaste  
De capigorrón de escuelas,  
Y por bonete y sotana  
Me diste plumieta y cuera?  
¡Por la tribuna de Dios,  
Que á ser brodista me vuelva,  
Y á escribir mil solecismos  
A Alcalá, contra la guerra,  
En un latín remendado  
Que ningún hombre le entienda,

Y que á cualquier boticario  
Pueda servir de recetas!

MENDOZA.

Panduro, si te saqué  
De Alcalá, quiero que sepas  
Que fué más para ser ayo  
De mi honor, que porque vengas  
A graduarte de bravo.

PANDURO.

¡Qué bien mis servicios premias!

MENDOZA.

¿Quiéres guerra?

PANDURO.

Sí, señor.

MENDOZA.

Pues ¿dónde hallarás más guerra  
Que guardando una mujer?

PANDURO.

Cuerdamente me aconsejas;  
Porque más fácil podré  
Guardar de gatos manteca,  
De estorninos aceitunas,  
Y de gorriones brevas;  
Que hay mujeres tan de miel,  
Que es menester para ellas  
Un aventador de moscas  
Que alcance toda la tienda.

## ACTO SEGUNDO.

Rosela y Luna.

ROSELA.

¡Extremada infantería!

LUNA.

Si entre todos no viniera  
Quien tan bien te pareciera,  
Pocos extremos tenía.

ROSELA.

La española gallardía,  
¿No se puede encarecer  
Sin interés de querer?

LUNA.

Sí puede por su valor;  
Mas suele, por ciego, amor  
Imaginar y no ver.

ROSELA.

Verdad es que yo miré  
Aquel español que adoro,  
Pero no con el decoro (1)

(1) Pero no le miré con el decoro que pense propio de su valor: esto es, no vi en él el lucimiento correspondiente á su mérito; reparé en su persona, pero eché menos en su traje la gala de hombre principal. Mirar por ver. (Nota de Hartzenbusch.)



Que de su valor pensé;  
Aunque yo le imaginé  
Más galán con su pobreza,  
Que los que con más riqueza  
Salieron á la jornada.

LUNA.

Es con la fortuna airada,  
Piadosa naturaleza.

El tiene gentil persona,  
Pero no se trata bien.

ROSELA.

Para que cargos le den,  
No poco el talle le abona.

LUNA.

Mal te empleaste; perdona.

ROSELA.

No te espantes: soy mujer.  
Pero si no le he de ver  
Más en mi vida, ¿qué importa?

LUNA.

Amor sin ver se reporta.

ROSELA.

Ni fué amor, ni lo ha de ser;  
Demás, que en esta jornada  
Este español matarán,  
Y con él mi amor.

LUNA.

No harán,  
Si bien el temor me agrada.

ROSELA.

Amara si fuera amada;  
Pero quien nunca lo ha sido,  
Supuesto que haya tenido  
Algún desco en presencia,  
Fácil será con la ausencia  
Ponelle en eterno olvido.

Tiburcio.

TIBURCIO.

Si te dijese quién viene  
A verte, ¿no me darías  
Crédito?

ROSELA.

Por estos días,  
Nadie conmigo le tiene.

TIBURCIO.

¿Acuérdaste de un soldado  
Que en el bosque te libró  
De unos españoles?

ROSELA.

No,  
Porque nunca me he olvidado.

TIBURCIO.

Pues ¿qué dirías si fuese  
El mismo que quiere hablarte?

ROSELA.

Querría en albricias darte  
Lo que él de gusto me diese.  
Pero ¿haste engañado acaso?

Que ese soldado partió  
Con el Conde, y le vi yo  
Medir con la caja el paso.  
Airoso y galán salió  
De Bruselas.

TIBURCIO.

Si estuviera  
Fuera de mí, ser pudiera:  
Salió, señora, y volvió.  
En tan fácil desengaño  
No des lugar al temor.

ROSELA.

Desconfiado es amor;  
Sólo da crédito al daño.

Mendoza, Laura y Panduro.

MENDOZA.

Puesto que te parezca atrevimiento,  
Madama, el verte un español soldado,  
Y no menos humilde pensamiento  
Querer pagarse del favor pasado;  
Seguro de tu noble entendimiento,  
Y de tu sangre ilustre confiado,  
Á suplicarte vengo que este día  
Halle en tu casa defensor la mía.

Laura, que está presente, á quien de España  
Truje por mis desdichas á esta tierra,  
Que con piadoso amor las acompaña,  
Y no con menos causa se destierra,  
No es mujer para andar en la campaña  
Ni seguir los peligros de la guerra;  
Y así, viene á valerse de tu amparo,  
En fe de tu valor, como el sol claro.

Si puede ser sin pesadumbre alguna,  
Mientras que vuelvo yo (si volver tengo,  
Llevando tan dudosa la fortuna),  
Á suplicarte que la guardes vengo.  
Ella también con ruegos me importuna,  
Viendo que por su causa me detengo,  
Agradecida á la merced pasada,  
Y de tu amor y partes obligada.

LAURA.

Habiendo de partir forzosamente  
Mi hermano á la jornada, le he rogado  
Me deje en vuestra casa, en quien presente  
Tendrá su honor de vuestro honor guardado.  
Amor y confianza justamente  
Nos obligaron del favor pasado  
Á tenerla de vos; que á tal nobleza  
Sólo pudo igualar vuestra belleza.

ROSELA.

Laura, con mis abrazos, con mi pecho,  
Sólo pudiera el alma responderte  
Á la merced y gusto que me has hecho,  
Cuando apenas pensé volver á verte.  
Mi amor, de que le pagas satisfecho,  
No tiene sino el alma que ofrecerte:  
Ya la casa era tuya, y tú su dueño,  
Que, dado con amor, no hay dón pequeño.

Vos, señor español, estad seguro  
Que la dejáis en fe de mi nobleza.

MENDOZA.

No quiero yo mayor defensa y muro,  
Si fuera la de Elena su belleza.  
Aquí con ella quedará Panduro;  
No para guarda, no, que era bajeza,  
Sino para servirla á la española,  
Porque no se halle entre flamencos sola.

Pasad por esto vos, si sois servida,  
Por el gusto de Laura.

ROSELA.

Sólo gusto

De lo que fuere el vuestro.

MENDOZA.

El alma y vida,

Y muchas vidas, fuera daros justo.  
La trompeta me llama á la partida:  
Pártome de esos ojos con disgusto,  
Pero con esperanza de la vuelta.

ROSELA.

(Aparte á Mendoza.)

Oid aparte una mujer resuelta:

Señor español,  
Vos vais á la guerra,  
La trompeta os llama,  
La victoria os lleva.  
Las armas son honra,  
Gloria las empresas;  
Ya sois conocido,  
Ya el partir es fuerza.  
Mas deciros quiero  
Que mis ojos quedan  
En guerras mayores  
Y en mayores penas.  
No pensando veros,  
Siento vuestra ausencia;  
Que como os he visto,  
Veros más quisiera.  
Llevad estas cintas,  
Uso desta tierra;  
Que favorecidos,  
Los hombres pelean.  
En carrozas suelen  
Ir sus damas bellas  
Á ver la campaña,  
Sitios y trincheras.  
Acordaos de mí.

MENDOZA.

Tened las estrellas,  
Y entre los claveles  
Esconded las perlas.  
Aunque en españoles  
Agüeros no puedan  
Lo que en estas partes,  
Que más los profesan,  
Si os enternecéis,  
Temeré que sean  
De mi mal suceso

Las primeras nuevas;  
Pues el sol se eclipsa  
De vuestra belleza,  
Y quisieron juntas  
Llorar dos estrellas.  
Fuíles á la mano,  
Aunque bien cayeran  
Sobre tales flores  
Tan hermosas perlas.  
Sus claros cristales,  
Como cuando hiela,  
Quedaron asidos  
A las niñas bellas.  
Yo les doy palabra  
Que estas cintas sean  
De mis armas cajas,  
De mi honor trompetas.  
Si desta jornada  
Quiere Dios que vuelva,  
Seré yo muy vuestro.

ROSELA.

No quiero más prendas  
Que la bella Laura.

MENDOZA.

A serviros queda,  
Porque voy seguro  
De vuestra nobleza.

ROSELA.

La palabra os doy  
De ser su defensa.

MENDOZA.

Panduro.....

PANDURO.

Señor.....

MENDOZA.

Advierte.....

PANDURO.

No tienes que me advertir;  
Cuanto me puedes decir,  
Lo sé de la misma suerte.

Parte seguro, señor,  
Ya que me dejas aquí.

MENDOZA.

Confiado voy de ti  
Como de mi propio honor.

Adiós, Laura.

LAURA.

Adiós, hermano.

MENDOZA.

Madama, adiós.

ROSELA.

Él os guarde.

MENDOZA.

Pensaba hacerme cobarde (Aparte.)

Amor con su tierna mano;  
Mas fuera de su nación,  
Si en casos de honor se emplea,  
No hay español que no sea  
Un africano león.

Vase.

El conde Fabio y Friso.

FRISO.

(Aparte al Conde.)

Digo, señor, que aquí entró.

FABIO.

Pues ¿en casa de mi hermana?

FRISO.

La suya, es cosa muy llana  
Que en su defensa dejó.

FABIO.

¡Rosela!

ROSELA.

¿Conde y señor!

FABIO.

Laura hermosa, estos favores  
Ya no pueden ser mayores.

PANDURO.

¿Qué es esto? (Aparte á Laura.)

LAURA.

(Aparte á Panduro)

No hayas temor.

Señor, mi hermano ha elegido  
De su honor esta defensa.

FABIO.

Siendo imposible la ofensa,  
Vos la habéis favorecido.

LAURA.

¿No va Vuestra Señoría  
Á la guerra?

FABIO.

Ya ofrecí

Mi persona cuando aquí  
El General se partía;

Mas no quiso que sirviese  
Su cargo á quien soy igual;  
Que puedo ser General  
Si el Conde á España se fuese.

ROSELA.

Conde, para otra ocasión  
La conversación se quede;  
Que Laura ahora no puede  
Haceros conversacion.

Vamos, que después vendréis.

FABIO.

¡Qué cruel conmigo estás!

ROSELA.

Guárdola de vos no más,  
Porque sé que la queréis.

LAURA.

Y yo me sabré guardar,  
Que tengo pecho español.

FABIO.

En vano encierras el sol.

Vanse Rosela y Laura.

PANDURO.

Quiero á Mendoza avisar (Aparte.)

De que éste se queda aquí,  
Que no sabe que es hermano  
De Rosela..... Pero en vano  
Pretendo inquietarle así,  
Pues aunque sacarla quiera,  
¿Cómo la podrá dejar  
En más seguro lugar?

FABIO.

Español.....

PANDURO.

Señor.....

FABIO.

Espera.

Mucho he de desear ser  
Tu amigo.

PANDURO.

Mucho me espanto

Que lo deseéis.

FABIO.

Es tanto,

Cuanto puedo encarecer.

PANDURO.

Yo no tengo qué prestar  
Ni puedo haceros favor;  
Mi entendimiento, señor,  
Es entre noble y vulgar.

No soy bravo, ni persona  
De provecho; y así, os pido  
Licencia.....

FABIO.

Dame tu oído.

PANDURO.

No lo puedo dar, perdona;  
Que está asido á la cabeza.

FABIO.

¡Ay, español!

PANDURO.

Aun sería (Aparte.)

El diablo, si en fantasía  
Se hubiese puesto otra pieza.

FABIO.

Soy yo muy aficionado  
Á la española nación.

PANDURO.

Secretos del cielo son.

FABIO.

Laura me ha puesto en cuidado.

PANDURO.

Mayor me lo ha dado á mí.

FABIO.

Este Mendoza, ¿es su hermano?

PANDURO.

No es la palma de la mano  
Más llana.

FABIO.

Créolo así;

Mas ya que me la has mostrado,  
Las rayas te quiero ver.

PANDURO.

Acá suélese saber

Desto con mayor cuidado.

FABIO.

Muestra.

PANDURO.

¿Hay raya por ahí  
De que volveré á mi tierra?

FABIO.

En acabando la guerra:  
Lo dice esta línea aquí.

Y ésta muestra que en tu mano  
Está una bella mujer,  
De que puedes disponer  
Sin ser melindroso y vano.

Ésta dice que la adoro,  
Y ésta que la hables por mí,  
Con este bolsillo aquí  
Y cien doblones en oro.

PANDURO.

Desvalde, por mi amor,  
Y sabed que yo también  
Estudié esta ciencia, y bien,  
En los libros de mi honor.

Mostrad la mano.

FABIO.

¿Eso sabes?

PANDURO.

Esta raya da á entender  
Que es hija aquesta mujer  
De padres nobles y graves.

Ésta, que en esta ocasión  
Llega tarde este bolsillo,  
Aunque el metal amarillo  
Es notable tentación.

Aquí dice que su hermano  
Vendrá por ella muy presto,  
Si sabe que me habéis puesto  
Esa blandura en la mano,

Porque todo lo corrompe;  
Que aqueste metal bendito  
Es como yerba del pito,  
Que las cerraduras rompe.

Cuántas rayas hay aquí  
Dicen que os cansáis en vano,  
Pues yo no cerré la mano  
Cuando los doblones vi.

Vase.

FABIO.

Fuése.

FRISO.

¿Qué le estás mirando?

FABIO.

No tomó el oro.

FRISO.

Es verdad,  
Aunque mostró voluntad,  
Y estuvo abriendo y cerrando.  
Como en el pulso el doctor,  
Las intercadencias vi.

FABIO.

¿Qué será, Friso, de mí,

Que estoy muriendo de amor?

FRISO.

¿Qué torre, y en medio el mar,  
Como á Leandro te impide?  
Entra, conquista, habla, pide,  
Promete.....

FABIO.

Tiemblo de entrar.

FRISO.

Si parte el Conde á campaña,  
Don Pedro Enríquez, de aquí,  
Por opinión para sí  
Y por laurel para España,  
A conquistar cuando menos  
Á Chatelete y Durlán,  
Y él y sus soldados van  
De mil esperanzas llenos,

Tú, que sola una mujer  
Emprendiste conquistar,  
¿No te atreves á llegar?

FABIO.

El Conde lo puede hacer,  
Que lleva ocho mil soldados.

FRISO.

Lleva tú ocho mil doblones,  
Porque á tiro de ocasiones  
Derriban muchos honrados.

FABIO.

Bien dices; que como al fuego  
No hay materia que resista,  
Á lo que el oro conquista  
Todo se le rinde luego.

Oro me sobra y amor,  
Y Laura está en mi poder:  
Si dejare de vencer,  
Será cobarde temor.

Vanse.

Tocan cajas. El Conde de Fuentes, Durán, Peralta,  
Liranzo y soldados.

DURÁN.

Alojarte, señor, es imposible,  
Que con flechas de fuego desde el muro  
Abrasaron las casas, con el trigo  
Que en ellas recogieron los villanos.

CONDE.

Trocar por los de pólvora sus granos.  
Pero gaste las flechas Liramonte  
En abrasar las casas del castillo,  
Que el día que le demos batería,  
Pudieran abrasar mejor la pólvora.  
Asistirá don Agustín Mejía  
Con su tercio gallardo á las trincheras,  
Para batir el caballero luego  
Que mira al Norte.

PERALTA.

El aire enciende el fuego.

LIRANZO.

De humo, como en nube polvorosa,  
Se cubren los soldados.

CONDE.

Esa nube  
No cubre el sol, que del Oriente sube,  
Del valor español, donde le llama  
A su verde laurel la inmortal fama.  
La labor es moderna, aunque muy fuerte,  
Con cinco caballeros continuados  
Al lienzo de los muros; y aunque tiene  
Secos los fosos, por estar tan alto,  
Las bóvedas que dentro están más bajas,  
Impiden mucho que minarle pueda,  
Y harto difícil de batirle queda.

DURÁN.

Opuesto á la famosa citadela  
Que el padre de Felipe, Carlos quinto,  
Hizo en Cambray, labró Francisco el fuerte  
De Chatelete; y más cuidado fuera  
El que pusiera entonces, si supiera  
Que había de batirle el más valiente  
Capitán que salió jamás de España.

CONDE.

Soldados, no hay lisonjas en campaña.  
Al Duque de Alba demos lo que es justo,  
César de Flandes y español Augusto,  
Eterno honor del nombre de Toledo,  
Que oponer al valor de Aquiles puedo.  
Esto es en Flandes; que en Italia vieron  
Aquestos siglos otro Macedonio,  
Como quedó por claro testimonio  
El nombre que de Grande ocupa el mundo,  
Primero que Alejandro, aunque segundo.

DURÁN.

Digno es de tu loor, famoso Enríquez,  
Aquel gran capitán, gloria de España,  
De la Casa de Córdoba y de Sesá:  
Bien lo dice de Nápoles la empresa.  
Pero también entonces florecían  
Pedro Navarro y otros capitanes,  
A quien el Rey hacía mil mercedes;  
Y bastaba García de Paredes,  
Hombre cuyas hazañas prodigiosas  
No las puede igualar lengua ni pluma,  
Ni habrá vida ni edad que las consuma.

Mendoza.

MENDOZA.

El Duque de Pastrana, invicto Conde,  
General de la gran Caballería  
Deste famoso ejército, que donde  
Llegó el de César exceder porfía,  
Como á la luz de su valor responde,  
Águila al sol en la mitad del día,  
Ya partió de Bruselas, y promete  
Rendir con su valor á Chatelete.

Llegaron tarde algunas compañías;  
Mas, cuando vió ocasión, marchó con ellas;  
Que con tener los de Cambray espías,  
No osaron por el Duque acometellas.  
Si fueran musas como son las mías  
Marciales famas, fama en las estrellas

Tuviera el gran Rodrigo, el Silva Aquiles,  
Cipión cristiano en años juveniles.

¡Oh, si viera, señor, Vuestra Excelencia,  
Con unas armas que de fuegos llaman,  
Y Amberes de Milán en competencia  
Hace pensar que en torno los derraman,  
Del generoso Duque la presencia,  
Que por valiente y gentilhombré aclaman,  
Dijera, al ver su rostro, que había sido  
Adonis en diamante convertido!

De raso carmesí llevaba encima  
Una casaca, que bordada de oro  
Con mil laureles, de su triunfo enima,  
Daban á su belleza real decoro:  
Y porque montes de soberbia oprima,  
Con freno que nielaba esmalte moro,  
Un caballo español era su Atlante,  
Hércules de caballos arrogante.

Tascaba el freno, en rosicler bañado  
De espuma y sangre, y con los pies quería  
Romper el paramento, que bordado,  
El aire de las manos le cubría:  
Cual suele descuidada con cuidado  
Mostrar dama gentil, por bizarría,  
Los ricos bajos, el caballo hermoso  
Mostrar quisiera el pie galán y airoso.

Máscara el rostro y acerada punta  
Cubre el copete que la frente enzarza:  
Si es unicornio el vulgo le pregunta,  
Cisne en color, en ligereza garza;  
La crespita clin, que en lazos verdes junta,  
Plata permite que á la tierra esparza,  
Sellando tan ligero sus arenas,  
Que el círculo del pie mostraba apenas.

Así pasó Pastrana, así la gente  
Siguiendo á Marte, y esta noche llega,  
Porque mejor Vuestra Excelencia intente  
Vencer el fuerte que rendirse niega.  
Presto al laurel de su temida frente  
Verá que Liramonte se le entrega,  
Preámbulo divino de las glorias  
Que esperan á sus inclitas victorias.

CONDE.

Óigame vuesa merced  
Aquí aparte dos palabras.

MENDOZA.

¿Qué manda Vuestra Excelencia?

CONDE.

¿Cómo desta suerte anda,  
Después que le dí en Bruselas  
El porte de aquellas cartas?  
¿Es bueno que un caballero  
Más pobres vestidos traiga  
Que de munición del Rey?  
Dirá que el cuerpo de guarda  
Tuvo la culpa: «Llegué  
A mirar cómo jugaban;  
Tentóme el dado, esto paro;  
Perdí, piquéme.....» No basta  
Por disculpa; que primero  
Es hacer lo que le mandan.

Bando son todas las cosas,  
Aunque no se toquen cajas,  
Que mandan los generales.

MENDOZA.

No jugué, señor, ni osara,  
Por vida de la ocasión;  
Quiero decir, de una dama  
A quien vestí del dinero.

CONDE.

¿Dama tiene?

MENDOZA.

Desde España  
Hacia Flandes me he traído  
De mi destierro la causa.

CONDE.

¿Amiga suya?

MENDOZA.

Peor.

CONDE.

¿Mujer propia?

MENDOZA.

Peor.

CONDE.

¿Hermana?

MENDOZA.

Por ella fué ¡pesa! tal!  
Aquella danza de espadas  
Que la carta refería.

CONDE.

Y ¿tiénela en la campaña?

MENDOZA.

No, señor, sino en Bruselas  
Con una cierta madama,  
Mujer principal.

CONDE.

Mal hizo.

MENDOZA.

No hice mal, que está guardada  
De ser quien es.

CONDE.

Dice bien;

Pero mujeres que andan  
Desde unas tierras á otras,  
Suélnese cansar y paran.

MENDOZA.

¿Ha estudiado astrología  
Vuestra Excelencia?

CONDE.

¿No basta

Saber las cosas del mundo  
Quien muchos años le trata?  
Tome este dinero, y luego  
Bizarramente se haga  
De vestir, que éste es mi gusto;  
Que en lo que toca á su hermana,  
Si Dios nos vuelve con bien  
Á Bruselas y á la patria,  
Yo miraré por su honor.

MENDOZA.

Gaste la sonora fama  
Mil trompetas en tu nombre,

Y á tus victorias España  
Haga fiestas desde adonde  
Comienza su mar, y acaba  
La tierra, hasta las columnas  
Que baña en ondas de plata.

Vanse el Conde y los soldados.

Ahora bien: pues los disfraces  
Ya no aprovechan ni dañan,  
Vistamos sedas y telas.  
La soldadesca bizarra  
No tiene menos honor  
Por la riqueza y las galas,  
Que la más lucida corte.  
¡Oh, qué de tiendas gallardas!  
¿Quién dirá que hay estas sedas  
En una marcial campaña?  
Quien no sabe qué es la guerra;  
Que en este punto se halla  
Una portátil ciudad.  
¡Ah, señor maestro!

Un mercader.

MERCADER.

¿Manda,  
Soldado, en qué le sirvamos?

MENDOZA.

Aquella tela de Italia  
Me ha parecido muy bien.  
¿Con qué jubón se acompaña  
Aquel calzón y ropilla?

MERCADER.

Con un tabí, cuyo nácar  
Siembran clavellinas de oro,  
Que cercan ramos de plata,  
Mas viendo á vuesa merced,  
Puesto que el talle me agrada,  
Me parece que es muy caro.  
Hay uno de raja parda  
Que puede ponerle el Rey.

MENDOZA.

No baje de tela á raja,  
Así Dios le dé salud;  
Entre, y saque de esas arcas  
Cuanto bueno tiene en ellas.

MERCADER.

¡Habrá ganado.

MENDOZA.

¿Qué extraña

Condición de mercader!  
¿Busca dineros de España,  
Ó calidad en quien compra?

MERCADER.

Bien se os parece en la cara;  
Que cubre mucha hidalguía  
El capote de dos haldas.  
Voy á sacar seis vestidos  
Con guarniciones, que bastan  
A volver más oro al sol  
Que él saca por la mañana.

Vase.

MENDOZA.

¡Vive Dios, que desta vez,  
Si me encajo el de oro y nácar,  
No me ha de reñir el Conde!  
Y quizá la roja espada  
Asentaré en la ropilla,  
Que no sale de la vaina  
Por no tener dónde asiente.

Durán

DURÁN.

¿Hay más notable desgracia?  
¿Hay semejante desdicha?

MENDOZA.

¿Qué hay, señor Durán?

DURÁN.

No acaba

La fortuna de acabarme.

MENDOZA.

Estése quedo; no haga  
Extremos de hombre de poco.

DURÁN.

Si á dar garrote le sacan  
A mi hermano por la muerte  
De aquel huésped, ¿será hazaña  
No hacer sentimiento, y más  
Cuando la parte contraria  
Por cien doblones perdona?

MENDOZA.

¿No los tiene?

DURÁN.

Ni una blanca.

MENDOZA.

En esta bolsa los hay,  
Si no es que el peso me engaña;  
Sin cuenta los recibí.  
Sin ella los tome, y vaya  
Corriendo á darle la vida.

DURÁN.

La mía, la suya, y cuantas  
Hay en todo mi linaje  
Son de vuestros pies esclavas.

MENDOZA.

No se detenga; camine.

DURÁN.

¡Plega al cielo....

MENDOZA.

Plegue y vaya;  
Que en las muertes de la guerra  
No hay iglesias ni paradas.  
Un árbol y medio credo  
Tienen por mucha distancia.

Vase Durán.

El mercader.

MERCADER.

Yo he sacado seis vestidos  
Que valieran en España  
Seis mil escudos.

MENDOZA.

¡Por Dios!

MERCADER.

Lucen, brillan, bullen, saltan....  
Entre á verlos.

MENDOZA.

Oiga.

MERCADER.

Diga.

MENDOZA.

¿Dará sobre mi palabra  
Vuesa merced esa ropa  
Para la primera paga?

MERCADER.

¡Por Dios que lo imaginé (Aparte.)  
En viendo las alpargatas!  
Hoy solamente no fio;  
Vuelva por aquí mañana.  
Basta, que es hombre de humor  
El capote de dos haldas.

MENDOZA.

Porque con verdad lo diga,  
Aguarde.

MERCADER.

No aguardo nada  
De quien sin dinero compra.

Vase.

MENDOZA.

¡Pesía, fuera de las armas,  
Al dinerol (Han de ahorcar  
Al otro porque yo salga  
Á dar qué mirar un día?  
Vamos al cuerpo de guarda;  
Que *pobreza no es vileza*  
Mientras no hace cosas malas.

Vase.

Laura y Panduro.

LAURA.

Ya le trato con desdén,  
Por ser hombre desigual.

PANDURO.

Lo que me parece mal,  
No acierto á decirlo bien.

Laura, Laura, en las ausencias  
Se conocen las verdades:  
¿Para qué me persuades  
Con vanas impertinencias?

No es mejor el conde Fabio  
Que tú: bien sabes quién eres.  
De parte de las mujeres  
Ha estado siempre el agravio.

Un hombre puede querer  
A una rubia, blanca ó negra,  
Al Turco, al diablo, á una suegra,  
Cuanto más á una mujer.

Críóle Dios veneciano,  
Libre República, exento

Á cualquiera pensamiento,  
Ó bien fundado ó liviano.  
Pero una mujer no puede  
Sin atreverse á su honor.

LAURA.

Disculpa tiene el amor  
Cuando del honor excede.

Es amor una pasión  
Reina de cuantas pasiones  
Han dado imaginaciones  
A nuestra imaginación.

Es amor atrevimiento  
Del sentido más hermoso,  
De la voluntad reposo,  
Y error del entendimiento.

Es amor enfermedad  
Que con los remedios dura,  
Y un género de locura  
En que da la voluntad.

Es amor un accidente  
Que no puede definirse,  
Pues cuando acierta á decirse  
Es cuando menos se siente.

PANDURO.

Laura, ó doña Ana, ó quienquiera  
Que eres ó has de ser en Flandes,  
Amor, en ingenios grandes  
Más yerra y más persevera.

Dime que tienes amor  
Sin buscar definiciones,  
Y disculparé traiciones  
Al más obligado honor.

Desde que este caballero,  
Que por rayas conocía,  
En la mano me ponía  
Esto que llaman dinero,

Dije entre mí: «Si anda aquí  
Este metal sonoro,  
No será dificultoso  
Lo que pretende de ti.»

Que puesto que una mujer  
No tenga necesidad,  
Y tenga la voluntad  
Sobre ellas mayor poder,

No sé qué hechizo se tiene  
Este amarillo señor.

LAURA.

Yo no tengo á Fabio amor,  
Y sé lo que me conviene.

PANDURO.

Mira que andan él y Friso  
Con grande solicitud.

Tu honor, Laura, tu virtud,  
No dirán que no te aviso.

Mendoza está peleando:  
Pelea tú aquí también.

LAURA.

Si yo le quisiera bien,  
Pudieras estar dudando

De mi flaqueza ó mi amor;  
Pero vive confiado

Que si al alma no ha llegado,  
No ha de llegar al honor.

Tengo españolado el gusto:  
No creas que otra nación  
Merezca su posesión.

PANDURO.

Harás, Laura, lo que es justo.

Recógete, que ya es tarde;  
Aunque el buen recogimiento  
Consiste en el pensamiento.

LAURA.

Panduro, adiós.

PANDURO.

El te guarde.

Vase Laura.

PANDURO.

Ya las cabras ó cabrillas  
Van saltando por el cielo,  
Y al sol en el indio suelo  
Saca el alba de mantillas.

Todo calla, todo está  
Puesto en silencio, y el sueño  
De todo sentido es dueño.  
Doña Ana se acuesta ya.

La casa está recogida;  
Mas de celos del honor  
De Mendoza, mi señor,  
Soy centinela perdida.

¡Vive Dios, que he de saber  
Si entra en casa el Conde ó no!  
Que anoche ocasión me dió,  
Y Laura al fin es mujer.

No hay confiado discreto,  
Ni hombre ausente que lo esté.  
Solo he quedado: ¿qué haré?

Quiero decir un soneto:

Dieron por competencia los planetas

En conquistar á Venus amorosa:

Júpiter, gran señor, con poderosa  
Mano engendraba rayos y cometas;

Mercurio, en oradores y poetas  
Versos crueles, temeraria prosa;  
Valiente Marte, la cuchilla airosa  
Brillaba al són de cajas y trompetas.

Pero el discreto Sol, de su tesoro  
Labró unas joyas, con que Venus bella  
Puso á Vulcano sobre el signo Toro.

En fin, el claro Sol se vió con ella,  
Y como estaba imaginando el oro,  
Nació el amor en su dorada estrella.

El conde Fabio, con una pistola; Friso y seis criados,  
con rodela; Panduro, que se oculta.

FABIO.

Á su gente:

La puerta habéis de guardar.

PANDURO.

¡Válame el cielo! ¿Qué es esto? (Aparte.)



¡Gente en casa!

FRISO.

Llama presto.

FABIO.

No es necesario llamar.

Luna concertó conmigo

Que el aposento abría.

FRISO.

Pues si esta noche te guía,

César, señor, va contigo.

FABIO.

Entro.

Vase por donde se entró Laura.

PANDURO.

¡Vive Dios, que entró (Aparte.)

Con una pistola! ¡Ah, cielos!

No fueron vanos mis celos.

Dos, tres, seis hombres dejó.

¿Qué haré? ¿Daré voces?

FRISO.

Siento

Ruido, y no veo adónde.

PANDURO.

Laura quiere bien al Conde..... (Aparte.)

Fabio ha entrado en su aposento.....

Soy hidalgo, soy leal,

Soy sangre de los Panduros.....

¡Pobre Mendoza, en los muros

De Chatelete!

Laura y el conde Fabio, dentro; criados.

FABIO.

Dentro.

Mi mal

Os debe mover, señora.

LAURA.

Dentro.

¿Hay tal maldad, tal traición?

PANDURO.

El Conde y doña Ana son. (Aparte.)

FABIO.

Dentro.

Mi vida, el Conde os adora.

PANDURO.

¡Mi vida! ¡Pesía al bellaco (Aparte.)

Que nos trujo á aquesta tierra!

FABIO.

Dentro.

Vuestro hermano está en la guerra

PANDURO.

Aquí la hojarasca saco.

Pero si me han de matar,  
La traición se ha de encubrir;

Pues ¿de qué sirve morir,

Sino á mi dueño avisar?

Demás, que Laura ó doña Ana

Puede ser que se resista;

Que no es firma á letra vista,

Que se ha de pagar mañana.

Escucho más. ¿Oigo? No.

¡Pesía tal! Ya están callando;

Callando, amando y forzando.....

Hoy me matan.

FRISO.

¿Quién va?

PANDURO.

Yo.

FRISO.

¿Qué yo?

PANDURO.

Panduro, señores.

FRISO.

¿Agora está levantado?

PANDURO.

Ando un poco resfriado.

FRISO.

¿Cuánto va que son amores

De madama Luna?

PANDURO.

¿Quién?

En mi vida fuí mosiur.

Para partirme á Anamur

He de madrugar también.

Denme licencia.

FRISO.

Seguro

La tiene. Á la estufa vamos,

Que no hay vino, y nos helamos.

Vanse los criados.

PANDURO.

¿Quién dirá que soy Panduro?

Panduro mi padre hidalgo,

Mi abuelo Panduro. ¡Ay, triste!

Mal el poder se resiste.

Uno soy; por uno valgo.

Aquí hay pistolas y espadas.....

Lo mejor es escuchar;

Pero ya deben de hablar

Con razones encontradas.

El conde Fabio.

FABIO.

¿Quién va?

PANDURO.

Panduro, señor.

FABIO.

¿Sabéis quién soy?

PANDURO.

¡Gracia tienes!

¡De mí te encubres, y vienes  
De atreverte á tanto honor!

En mi tierra, un licenciado,  
Hermosa mujer tenía,  
Que á cierto galán quería,  
Bien necio y bien confiado.

Púsole una noche al tal  
Detrás de ciertas cortinas  
De una cama, por vecinas,  
Alcahuetas de su mal,

Y díjole: «Sí por mí  
O por vos se hace rüido,  
Y, despierto mi marido  
Dijere: ¿Quién está ahí?

Con los guantes haced sön,  
Porque piense que es el galgo.»  
Á media noche, el hidalgo  
Habló recio en ocasión,

Y diciendo el licenciado:  
«¿Quién es el que hace rumor?»  
Le dijo: «El galgo, señor,  
Que está aquí detrás echado.»

Tú, Conde, vienes de allá,  
¡Y preguntásme quién eres!

FABIO.

Hombres, Panduro, y mujeres  
Son el mundo.

PANDURO.

Claro está.

FABIO.

Calla la boca, y mañana  
Sal con aquesta cadena.

PANDURO.

Para Luna será buena,  
Que te dió puerta y ventana.

FABIO.

Haréte matar.

PANDURO.

No harás,

Que tengo pies.

FABIO.

Oye, espera.

¡Criados, matalde, mueral!

Dispárale el pistolete.

Erréle.

PANDURO.

¡San Gil, San Blas!

Vanse.

El Conde de Fuentes, Durán, Peralta, Liranzo  
y soldados.

CONDE.

Aquí quiero yo ver la bizzaría  
De vuestros corazones, españoles;  
Aquí vuestra gallarda valentía,  
Del mundo envidia, de las armas soles.

DURÁN.

Si con el norte que las naves guía

Caminan por el campo los faroles  
Del mar, aunque sus olas montes hacen  
Donde por flores las estrellas nacen,  
¿Qué mucho que contigo á la victoria  
Camine desta empresa el valor nuestro?

CONDE.

Hoy habréis de ganar eterna gloria.  
La voz es mía, y el esfuerzo es vuestro.

Sale Mendoza.

MENDOZA.

Aquí no hay más honor que la memoria.  
El ánimo es el fuerte, el sabio, el diestro.

CONDE.

¡Oh buen Mendoza! ¿Qué hay?

MENDOZA.

La batería

Ha hecho poca escarpa, aunque porfia.

CONDE.

Valientemente la ha reconocido.

MENDOZA.

Sirvo á Vuestra Excelencia con deseo  
De acertar á servirle.

CONDE.

Aunque he tenido

Gusto de verle en tan honroso empleo,  
Me pesa de que traiga ese vestido.

¿No le dí cien doblones?

MENDOZA.

Bien lo veo;

Pero en aqueste asalto, yerro fuera  
Si más que el corazón vestido hubiera.

CONDE.

Luego ¿no se vistió?

MENDOZA.

Famosamente;

Pero ¿hanme de romper á cuchilladas  
Vestido que me dió vuestra excelencia?

CONDE.

Caminen, pues, en la vanguardia luego  
El capitán don Pedro de Guevara,  
El capitán Nodera, que ha probado  
En el Peñón también su heroico esfuerzo,  
Don Francisco Mejía y don Francisco  
Del Corral, como alférez valeroso  
Del Maese de campo generoso  
Don Agustín Mejía; y vaya entre ellos  
El capitán don Diego, que promete  
Su bandera poner en Chatelete;  
Y el Villalobos en la misma fama.

PERALTA.

Tu frente adornará la verde rama,  
Primera gloria del valor romano.

CONDE.

El caballero Reina, italiano,  
Acuda con valor.

LIRANZO.

Subir porfia,

Señor, la valerosa infantería.

CONDE.

Jueguen las bombas y guirnalda luego.  
¡Santiago, al arma, al arma, á sangre y fuego!

Vanse todos menos Mendoza.

Panduro y Mendoza. Soldados dentro.

MENDOZA.

Hoy ha de ser aquel día  
Que gane tan alta fama,  
Que pueda decir quién soy,  
Y que por la blanca espada  
Me pueda poner la roja (1).

Al entrarse con la espada desnuda, sátele al encuentro  
Panduro.

PANDURO.

¡Qué ventura tan extraña!

MENDOZA.

¿Quién es?

PANDURO.

Panduro, señor.

MENDOZA.

Pues ¿cómo dejas á Laura,  
Perro?

PANDURO.

Detén el acero.

MENDOZA.

Daréte una cuchillada.

PANDURO.

¡Mi lealtad pagas muy bien!

MENDOZA.

¿Qué hay de Laura ó de doña Ana?

PANDURO.

Estoy turbado, señor,  
Puesto que entre gente tanta  
Fué notable dicha el verte.

SOLDADOS.

Dentro.

¡Cierra, España, cierra España!

MENDOZA.

Panduro, ¿no escuchas esto?

Voyme si no hablas.

PANDURO.

Pára

Mientras me sosiego.

MENDOZA.

Di.

PANDURO.

Aguarda, pues.

MENDOZA.

¿Qué es aguarda?

PANDURO.

Madama Rosela.....

MENDOZA.

¡Oh perro!

¿Tiempo es éste de madamas?

PANDURO.

Oye.

MENDOZA.

¿Qué tengo de oír?

PANDURO.

Es del conde Fabio hermana.

El Conde á Laura.....

MENDOZA.

¿Qué dices?

PANDURO.

Que, como yo sospechaba  
Que el Conde á Laura quería,  
Velé de la noche al alba,  
Y vi que el Conde y seis hombres  
Á su aposento llegaban.  
Ellos se quedaron fuera.....  
Digo, adentro....., digo.....

MENDOZA.

Acaba.

PANDURO.

Fuera ó dentro, el Conde entró  
Con una pistola armada  
En el aposento mismo  
De Laura.

MENDOZA.

Pues ¿abrió Laura?

PANDURO.

Abrió Luna, una doncella  
De la marca ó Dinamarca,  
Déstas de..... dígalo ella;  
Luna en fin, luna eclipsada,  
Luna menguante.

SOLDADOS.

Dentro.

¡Santiago!

MENDOZA.

¡Presto, infame, que me llaman!

PANDURO.

Pues ¿llámaste tú Santiago?

MENDOZA.

¿No miras que el fuerte asaltan,  
Y que esto es grande bajeza?

PANDURO.

Entró el Conde por la cuadra,  
Y abrazóme luego.

MENDOZA.

¡Á til

PANDURO.

Que no digo sino á Laura;  
Y ella respondió: «¿Qué es esto?  
¡Traición!»

MENDOZA.

Tú, que lo escuchabas,  
¿Por qué no entraste?

PANDURO.

Esperé

Á ver en lo que paraba.  
En fin, besándome el Conde.....

(1) La cruz de Santiago

MENDOZA.

¿Qué dices?

PANDURO.

Que no besaba

Sino á Laura.

MENDOZA.

¿Estás en tí?

SOLDADOS.

Dentro.

¡España, Felipe, España!

MENDOZA.

Luego ¿ya no tengo honor?

¡Oh perro, oh villano, oh mandria!

¿No le mataras?

PANDURO.

No quise,

Por ver en lo que paraba.

Al fin el Conde salió.

MENDOZA.

¿Luego?

PANDURO.

No, por la mañana.

MENDOZA.

¡Vete, infame, que me has muerto!

Alza la espada contra Panduro.

SOLDADOS.

Dentro.

¡Santiago!

PANDURO.

¿Por qué me matas?

Huye.

MENDOZA.

¡Triste! ¿Qué tengo de hacer?

Ni á irme ni estar me atrevo.

¿Cumpliré con lo que debo?

Si es mi sangre esta mujer,

¿Podré dejarla perder?

Pero ¿qué dirán de mí

Si agora falto de aquí?

Las cajas me están llamando,

Y mi honor me está incitando,

Si es verdad que le perdí;

Mas porque no se anticipe

La afrenta, vamos, honor,

Á castigar al traidor,

Y de mi mal participe.

Mas la lealtad de Felipe

Me inclina con fuerzas grandes:

Honor, no hay para qué andes

Estorbándome á quedar.

Pero ¿qué puedo ganar

Si pierdo el honor en Flandes?

El Conde de Fuentes, dentro.

CONDE.

¡Ea, valientes soldados!

MENDOZA.

El Conde es aquél: ¿qué haré?

CONDE.

Dentro.

Hoy lo que tengo veré

En vuestros pechos honrados.

MENDOZA.

Todos suben animados

De su divino valor.

Acometer es mejor:

Felipe ha de ser servido;

Que si el honor he perdido,

Él me volverá mi honor.

Mas si entretanto que quiero

Asistir valiente al muro,

Á Laura goza seguro

Aquel traidor caballero,

¿Qué venganza dél espero?

CONDE.

Dentro.

¡Ea, valiente Mejía,

Hoy ha de ser nuestro día!

¡Ea, Duque de Pastrana!

MENDOZA.

Piérdase mi honor, mi hermana,

Mi vida y la sangre mía.

Voy al asalto, pues creo

Que muriendo con valor,

Vengo á cobrar más honor

Que en la venganza deseo.

Allí por mujer le veo

Perdido: ¿qué más disculpa?

Miente el honor si me culpa,

Pues lo que un hombre defiende,

Si no lo sabe, le ofende,

Y si lo sabe, le culpa.

Claro está que si yo falto

En aquesta batería,

Dirán que es de cobardía

Desde el humilde al más alto.

Morir en aqueste asalto,

El honor que pierdo adquiere,

Si en mi patria se supiere

Á un tiempo el bien como el mal.

¡Cierra, España, pesia tal,

Que no puede más quien muere!

## ACTO TERCERO.

El conde Fabio y Friso.

FABIO.

Pues esto has de hacer por mí.

FRISO.

Bienaventurados son  
Los que están en posesión,  
Que una ley lo dice así.

FABIO.

También dice en otra parte  
Que si aquello que se entrega  
Naturalmente se niega,  
No se conceda por arte.

FRISO.

No es eso en cosas gozadas.

FABIO.

Propiedad y posesión  
Dos cosas diversas son,  
Quiero decir, separadas.

FRISO.

Quien posee el bien de amor  
Con buena ó con mala fe,  
Yo sé que es dichoso, y sé  
Que es la propiedad mayor.

FABIO.

Pierde el bien la calidad  
Si gustos forzados son:  
Ni se llama posesión  
Un alma sin voluntad.  
Y por tenerla, te pido  
Finjas que es muerto su hermano.

FRISO.

Dicen que todo el verano  
Valientemente ha servido  
En Chatelete y en Han,  
Clari y Cambray, y en la gloria  
Que dió á España la victoria  
Del socorro de Durlán;

Y será fácil decir  
Que en alguna batería  
Murió.

FABIO.

La esperanza mía  
Podrá, fingiendo, vivir;  
Que si Laura se imagina  
En Flandes sin defensor,  
Lo que es fuerza, será amor.

FRISO.

Mucho la defensa inclina,  
Y conociendo que ya  
Fuera de ti no la tiene,  
Te querrá bien.

FABIO.

Laura viene;

Mas no á quererme.

FRISO.

Sí hará;

Pero presente no estés,  
Porque no le des sospecha.

FABIO.

Mucho el engaño aprovecha,  
Aunque se entienda después.

Vase.

Sale Laura.

LAURA.

(Para sí.)

Amor que no es amor, forzado el gusto,  
Tener de desamor nombre merece,  
Donde la posesión forzada ofrece  
Deshonor, confusión, pena y disgusto.

Donde hay amor, cualquier engaño es justo,  
Si con igual correspondencia crece;  
Pero si no provoca y enloquece,  
Será traición y atrevimiento injusto.

No siempre han de obligar las cosas bellas;  
De inclinaciones puede é igualdades  
Nacer amor, si el trato está con ellas.

Amor es igualdad de voluntades,  
Que en el cielo conciertan las estrellas  
Antes que la ocasión, las amistades.

FRISO.

No quisiera, por verte tan contenta,  
Interrumpir tu gusto.

LAURA.

¿En qué has hallado  
Que tenga gusto yo?

FRISO.

Porque aposenta  
El semblante al placer como el cuidado.  
Mas ya que el avisarte corre á cuenta  
Del mío, escucha.

LAURA.

¡Qué temor me has dado!

FRISO.

Rendido Chatelete, y en su monte  
La soberbia del bravo Liramonte,

El Conde, su guión y entretenidos,  
Tercios, coronelías y escuadrones,  
A convoyar salieron los rendidos,  
Cortesés en el trato y las razones.  
Dejando, finalmente, guarnecidos  
Los muros de defensa y municiones,  
Caminaron á Clari.

LAURA.

Di adelante.

FRISO.

Rindióse Clari, menos arrogante.

Durlán, bella ciudad en Picardía,  
Por el famoso Conde fué sitiada,  
En cuyo revellín se vió aquel día  
España de laureles coronada,  
Y en uno y otro asalto y batería

De felices victorias ilustrada,  
Donde ganó Mendoza nombre eterno  
Para todo lugar, plaza y gobierno.

Ganóse en fin Durlán, de donde parte  
Para Cambray, del Cambresí cabeza,  
El fuerte Enríquez, valeroso Marte,  
Símbolo militar de fortaleza.  
Allí el ingenio, la experiencia, el arte,  
Mostraron su valor, fuerza y destreza,  
Y por extremo bravos y galanes,  
Flamencos y españoles capitanes.

De don Luis del Castillo valeroso  
Hable la fama, á Salamanca honrando;  
De don Carlos Coloma, el sonoro  
Bronce, por toda Europa dilatando;  
El gran Sotomayor viva glorioso,  
Henares sus hazañas publicando;  
Y en don Sancho de Luna la fortuna  
No permita jamás menguante alguna.

Nombre inmortal don Juan de Silva adquiera;  
Don Pedro de Guevara, justamente,  
Con don Alonso de Mendoza espera  
Mural corona, digna de su frente:  
Sobre el planeta de la quinta esfera  
La virtud militar triunfos aumente  
Por tanta copia de una y de otra hazaña  
De don Luis de Velasco, honor de España.

De Villalobos á don Diego cante  
El premio de la espada y de la pluma,  
Y de Esteban de Ibarra, á quien levante  
Donde imperio jamás la edad presuma:  
En láminas escriba de diamante,  
Que envidia de los tiempos no consuma,  
La famosa memoria de aquel día,  
Con su valor don Agustín Mejía.

Hecho, pues, un reducto, en que plantaron  
Cuatro piezas á cierta plataforma,  
En cuyas explanadas asentaron  
Otras por los traveses de otra forma,  
Reconocer á tu español mandaron  
(Así la fama su desdicha informa)  
Por dónde la ciudad batiese el Conde:  
Bravo Mendoza, con partir responde.

Pero la pieza que apuntada estaba  
De aquella plataforma en los cestones,  
Cuando animosamente se acercaba.....

LAURA.

No digas más: ¡en confusión me pones!

FRISO.

Volóle la cabeza.

LAURA.

Aquí se acaba

Mi vida.

FRISO.

Escucha solas dos razones.

LAURA.

¿Qué tengo de escuchar en mal tan fuerte,  
Trágico mensajero de mi muerte?

FRISO.

El Conde lo sabía: en él te queda  
Mejor hermano.

El conde Fabio.

FABIO.

Así es verdad, mi Laura:  
Conmigo no hay temor que ofender pueda,  
Pues lo que pierdes, mi valor restaura.  
Fabio su sangre, su defensa hereda,  
Pues mientras me animare vital aura,  
Tendrás en mí más obligado hermano.

LAURA.

Ya mi remedio y tu consuelo es vano.

Primero se verán bordando el suelo  
Las estrellas espléndidas mayores,  
Y por las listas del celeste velo  
Sin capitán ejércitos de flores;  
Dejará de moverse el claro cielo  
Que lleva tras su curso los menores,  
Y quedarán en paz los elementos,  
Que se rindan á ti mis pensamientos.

Violentemente nadie amó querido,  
Ni se obligó la voluntad forzada:  
Humildemente te suplico y pido  
Te deba yo gozar mi patria amada.

FABIO.

No fué tu hermano, Laura, tu marido.  
¿Qué fe le guardas, necia y engañada?  
Mira que pierdes mucho si me pierdes.

LAURA.

De lo que pierdo, Fabio, no me acuerdes.  
Todo lo sé.

FABIO.

Pues ¿qué es lo que pretendes?

LAURA.

Que me dejes volver á España.

FABIO.

Mira

Que si llorando así mi amor enciendes,  
Tu desesperación me mueve á ira.  
Detente, espera.

LAURA.

Tu valor ofendes.

CONDE.

Tu resistencia y mi desdicha admira.  
Friso, ¿qué haré?

Vase Laura.

FRISO.

Señor, tener paciencia;

Que son el fin de amor, muerte y ausencia.

Vanse.

El Conde de Fuentes, Mendoza, Panduro  
y soldados.

CONDE.

Alabar la virtud de los soldados  
Fué siempre de excelentes capitanes:  
Así en Farsalia César á los suyos,  
Así en la India el próspero Alejandro.

MENDOZA.

Cuando no fuera ejemplo tan antiguo,  
Le hallara tu valor, Conde magnánimo.

CONDE.

Esto les debo á todos de justicia;  
Y fuera de ser leyes de milicia,  
Á vos con más razón, señor Mendoza.

MENDOZA.

¡Dichoso el que tal premio y lauro goza!

CONDE.

He reparado en vuestro descontento;  
Y si lo estáis de haber tan bien servido,  
Y que satisfacción no habéis tenido,  
Yo os nombro capitán, y os haré presto  
Mayor merced; pero advertid con esto  
Que os habéis de tratar con vuestro nombre,  
Y que se ha de saber que sois.....

MENDOZA.

Teneos,

Que ya vendrá ocasión de daros gusto.

CONDE.

¿Aun no templáis la causa del disgusto?  
¿Qué tenéis? ¿Qué os aflige? Oid aparte.  
¿Es falta de dinero, ó por ventura  
Deseo de volver á España? ¡Agora  
Suspiros y mirar, Mendoza, al cielo!  
Amigo vuestro soy: hablad conmigo.

MENDOZA.

Que no es nada, señor.

CONDE.

¿Soy vuestro amigo?

MENDOZA.

Es mi señor Vuestra Excelencia.

CONDE.

Habladme,

Y participe yo de vuestra pena.

MENDOZA.

¿Acordáos que un día me dijistes  
Que hacía mal en confiar mi hermana,  
Y que las experiencias que teníades  
De las cosas del mundo os lo enseñaban?  
Pues ya, señor, me han dicho que procura  
Mi deshonor un príncipe extranjero;  
Y así, pediros por entrambos quiero  
Licencia para dar remedio á entrambos.

CONDE.

¿Escribéis ella que la sirve alguno?

MENDOZA.

Este criado mío, cuando estaba  
Vuestra Excelencia sobre Chatelete,  
Me vino á dar aviso.

CONDE.

Y desde entonces

¿Habéis siempre asistido á la campaña?

MENDOZA.

Antepuse á mi honor vuestro servicio  
Y el del Rey, mi señor, que guarde el cielo.  
¡Sabe Dios cuántas veces de los muros  
El amor de mi honor me retiraba,  
Y cuántas el serviros me volvía!

CONDE.

Tenéis honrada sangre y sangre mía.  
¡Ah, gentilhomme, oidme! (Á Panduro.)

PANDURO.

¿Soy, por dicha,

El gentilhomme yo de vuestra boca,  
Ó á quién de los que están aquí le toca?

CONDE.

¿Cómo os llamáis?

PANDURO.

Panduro me apellido,

Aunque de carne, y tierna, soy nacido.

CONDE.

¿Hidalgo sois?

PANDURO.

Desciendo de las piedras

De que quería el diablo que le hiciere  
Pan el Señor; por eso soy Pan-duro.

CONDE.

Humor gastáis.

PANDURO.

Si humor gastar pudiera,

Con más salud sospecho que viviera.  
Mas diciéndoos verdad, mi bisabuelo  
Era alcaide de cierta fortaleza.  
Resistióla á un ejército de moros,  
Y dándole las gracias su Rey, dijo  
Que un mes la sustentó con un pan duro,  
Y el Rey le honró de aqueste nombre, y tiene  
Por armas este pan en campo de oro.  
Aunque otros dicen que tiraba al moro  
Piedras desde una almena de aquel muro,  
Diciendo: «Tomad pan, aunque pan duro»;  
Y que descalabrados, le dejaron,  
Y del pan de Panduro se acordaron.

CONDE.

¿Cómo pasastes á esta tierra?

PANDURO.

Andando,

Sospecho que pasé.

CONDE.

¿Con quién? os digo.

PANDURO.

Con el señor don Juan; digo, pasamos  
Mendoza y yo, con ciertas compañías  
Del capitán Cimbrón, natural de Ávila.

CONDE.

¿Qué érades antes vos?

PANDURO.

Era estudiante.

CONDE.

¿Qué facultad?

PANDURO.

Compraba la comida.

CONDE.

¿Nunca fuistes pasante?

PANDURO.

Antes pasaba

Mucha necesidad.

CONDE.

Pues de ese modo

Sabréis poco latín.

PANDURO.

Griego sé un poco.

Pregúnteme, señor, Vuestra Excelencia,  
Y verá como en griego le respondo.

CONDE.

¿Si no sé griego yo!

PANDURO.

Desta manera

Mil dicen que lo saben, porque al griego,  
Como nadie lo sabe, callan luego.

CONDE.

¿Qué vistes en Bruselas?

PANDURO.

Yo no he dicho

Que vi cosa ninguna; solamente  
Sentí una noche aquel rumor gozoso,  
Estrépito de amantes amoroso.  
Y aunque en todas las cosas hay engaño,  
¿Qué malo fué avisar para que el daño  
No cunda, tunda y hunda el honor nuestro?

CONDE.

Y ¿aquí habéis peleado?

PANDURO.

¡Pesía al diablo!

Eso sé yo mejor que no latines  
Destos que escriben bárbaros pasquines.  
¡Por el agua de Dios! Mire, seor Conde,  
Ya sabe que *pobreza no es vileza*,  
Aunque es ramo de horca y picardía,  
Si bien Adán más pobre se vestía,  
En llegando á sacar la de Toledo,  
Puesto que recibiendo algunas veces,  
Panduro daba un pan como unas nueces.

CONDE.

Hombre me parecéis de buena traza

PANDURO.

En la traza, señor, me gano ó pierdo,  
Que en lo demás procedo honrado y cuerdo.

CONDE.

Poneos esta cadena, y en España

Decid que yo os la dí.

PANDURO.

Guarde tus años

Más que sus fueros Aragón, el cielo,  
Más que un cobarde guarda su cabeza,  
Más que su ejecutoria un escudero,  
Y más que un hombre indiano su dinero.

CONDE.

Mendoza, si á invernar vuelvo á Bruselas,  
Juntos podremos ir, que el tiempo impide  
Proseguir las empresas comenzadas.

MENDOZA.

Déme los pies, señor, Vuestra Excelencia,  
Y para adelantarme la licencia,  
Que tan justa parece.

CONDE.

Sea en buen hora;

Que todos casi á un tiempo llegaremos.

MENDOZA.

Previenen tantas fiestas justamente

Para Vuestra Excelencia en el camino;  
Que á ir delante, señor, me determino.

CONDE.

El cielo os guarde.

MENDOZA.

Y vuestra vida aumente.

Vanse el Conde y los soldados.

MENDOZA.

Licencia tengo ya: vamos, Panduro,  
Y cobremos mi honor.

PANDURO.

Ciña la frente

Deste gran capitán laurel eterno.

MENDOZA.

Vé presto y junta nuestra pobre ropa.

PANDURO.

Juntada luego está, pues toda es nada.

MENDOZA.

Así se hará más breve la jornada.

Quien dice que *pobreza no es vileza*,  
Nunca pensó dejar de ser honrado;  
Que á un hombre en bajos paños disfrazado  
Se atreve fácilmente la riqueza.

De mi parte no estuvo la bajeza,  
Sino de mi desdicha, que ha llegado  
Á perderme el respeto en el estado  
Que menos me defiende mi nobleza.

Mas culpar mi nobleza son engaños  
Mientras mis pensamientos son mayores  
Que mis desdichas por ajenos daños.

Las almas no las visten exteriores;  
Que muchos pechos hay en pobres paños  
Que pudieran ser almas de señores.

Vanse.

Laura, Luna y Tiburcio.

LAURA.

Difícilmente podría  
Consolarme de mi mal.

LUNA.

Para mí, señora, es tal,  
Que no admite compañía;  
Y si alguna puede haber,  
Es pensar en la pobreza  
De Mendoza.

LAURA.

La nobleza,

Que nunca ha dado á entender,  
Haré que os diga el de Fuentes,  
Ya que murió peleando  
Mi hermano.

TIBURCIO.

Están murmurando

Tu sentimiento estas fuentes;  
Que el conde Fabio te adora,  
Y ya le has cobrado amor;  
Que el trato ablanda el rigor  
De los desdenes, señora.



LAURA.

Después que faltó mi hermano,  
Puse mi esperanza en él;  
Que no tengo fuera dél,  
Tiburcio, remedio humano.  
Si el Conde á España me envía,  
¿Qué puedo hacer en España,  
Ya para mí más extraña,  
Supuesto que patria mía?  
Así que es fuerza vivir  
Sujeta á su voluntad:  
Y sobre aquesta verdad  
No tengo más que decir.

Este bosque, en que ha querido  
Que pasemos estos días,  
Fué de las desdichas mías  
Principio mal prevenido;  
Que bien mi hermano pudiera  
Temer de ausencia y de mí,  
Cuando permitió que aquí  
Aquella noche estuviera.

LUNA.

Laura, ya tienes amor  
Al Conde; ya no hay que hacer  
Extremos: si eres mujer  
De tanto lustre y valor,  
Aquí le muestra en pasar  
La fortuna como viene.

TIBURCIO.

Partes este bosque tiene  
Para poderte alegrar;  
Y si quieres el jardín,  
Echen el agua á esas fuentes,  
Cuyos espejos lucientes  
Retratan hiedra y jazmín.

Advierte con qué donaire,  
Como ya de amor seguras,  
Deste estanque las figuras  
Tiran diamantes al aire.

Y aunque salen tan helados,  
Poco en serlo perseveran;  
Que si no se deshicieran,  
Valieran muchos ducados.

Mira esta Venus que aquí  
Está azotando al Amor.

LUNA.

Laura, el Conde, mi señor.

El conde Fabio, Friso y criados.

FABIO.

No puedo vivir sin ti.

LAURA.

¡Fabio mío!

FABIO.

¡Agora sí,  
Que me llamas Fabio mío!

LAURA.

Pues ¿no fuera desvarío  
Dejar de amarte?

FABIO.

Sí fuera;

Que desdén que persevera,  
Marchita al amor el brío.

LAURA.

Ya de que vos me queráis  
Estoy, señor, tan gustosa,  
Que temo que de amorosa,  
Como hombre me aborreczáis.  
Aborrecidos amáis,  
Amados aborrecéis.  
Gusto notable tenéis,  
Pues una hermosa rendida  
Dejáis, y por desabrida,  
La más fiera apeteceís.

Por esta causa, engañaros,  
A la mujer se concede;  
Poco el estimaros puede,  
Mucho puede el despreciaros.  
Gustáis de los gustos caros,  
Y así me doy parabienes,  
Sabiendo que vuestros bienes  
Consisten en largos plazos,  
Pues para comer los brazos,  
Hacéis salsa los desdenes.

No querer luego no es cosa  
Que puede ofrecer quien ama;  
Que pierde mucho una dama  
Cuando comienza amorosa,  
Y debe de estar celosa  
Si es mentira ó si es verdad:  
Nunca la facilidad  
Solicita estimación,  
Porque toda privación  
Enciende la voluntad.

FABIO.

Laura de mi alma y mi vida,  
Solo dueño de las dos,  
Poca me conceda Dios,  
Si no sois de mí querida,  
Y en posesión preferida  
A mi esperanza y deseo.  
Mas ya que contenta os veo  
Y que cesan los enojos,  
Gozad, Laura de mis ojos,  
Cuanto yo tengo y poseo.

Friso....

FRISO.

Señor....

FABIO.

¿Han traído

Los regalos que mandé?

FRISO.

Midas pienso que no fué  
Como tú serás servido.

FABIO.

Los músicos....

FRISO.

Ya han venido.

CONDE.

Los cazadores....

FRISO.

También.

CONDE.

Pues, mi bien, conmigo ven.

LAURA.

Aunque estuviera sin ti,  
Fuera contigo, que en mí  
Ya no hay, mi Fabio, otro bien.

Vanse.

Mendoza y Panduro.

MENDOZA.

Mucho quisiera excusar  
El caminar por aquí.

PANDURO.

Pues yo te juro que á mí  
No me da poco pesar.

MENDOZA.

¡Qué descuidado venía  
Por este bosque una tarde,  
Haciendo, Panduro, alarde  
De tanta desdicha mía,

Cuando á Liranzo y Durán,  
Con otros dos camaradas,  
Vi con pistolas y espadas,  
Y quise hacerme galán

De una madama, ó demonio,  
Á quien desnudar querían,  
De la hambre que tenían  
No pequeño testimonio!

¡Pluguiera al cielo que allí  
Una bala me tiraran,  
Ó las espadas sacaran  
Sin amistad contra mí

PANDURO.

Aquí comenzó tu mal;

Aquí tu desdicha fué;

Aquí con Laura llegué

En aquel caballo asnal;

Aquí (que nunca le viera)

Aquel escudero vi;

Aquí fué donde bebí

Cerveza la vez primera:

Mal agüero, ó el peor,

Pues desde entonces acá,

Traigo los bigotes ya

Á lo flandenco, señor.

¿Cuándo beberé con nombre

Más claro que el mismo sol

Aquel vinazo español,

Que hace barbinegro un hombre?

¿Cuándo aquel licor divino?

Que, en fin, cerveza es mujer,

Y el vino es hombre.

MENDOZA.

Hasta ver

El fin de aqueste camino,

Fundado en justa venganza,

No he de mudar el vestido.

PANDURO.

Tu disfraz, por dicha (1), ha sido

Causa de tanta mudanza,

Y yo lo mismo he jurado,

Porque no tengo con qué;

Pues si no, claro se ve

Que me le hubiera mudado.

MENDOZA.

En la margen desta fuente

La siesta quiero pasar.

PANDURO.

Busquemos qué manducar,

Será corriente y moliente.

MENDOZA.

Parte á aquella casería:

¡Mal fuego en ella se enciendal

PANDURO.

No hay argén,

MENDOZA.

Pues da una prenda.

PANDURO.

Basta la palabra mía.

Vase.

MENDOZA.

Sueño, si tal vez habéis

Algún enfermo engañado,

Y que está bueno ha soñado,

Engañadme, pues podéis;

Si al preso burlar sabéis,

Y sueña su libertad,

Tenerme será piedad

Por algunas horas muerto,

Aunque después de despierto

Me mate más la verdad.

Truje, ignorante, mi engaño

Á Flandes; que no sabía

Que quien la causa traía

No estaba libre del daño.

Bien me muestra el desengaño

De la desdicha de España.

¡Cuánto á sí mismo se engaña,

Si alegre piensa volver,

El hombre que con mujer

Camina por tierra extraña!

Échase y duérmese.

Laura y el conde Fabio.

FABIO.

Á Laura:

Quiero enseñarte á tirar,

Y será pintura nueva

Ver que haya trocado amor

Por el arcabuz las flechas;

Aunque ya la antigüedad,

Para exagerar su fuerza,

Le pintó rompiendo rayos.

LAURA.

Tengo temor.

(1) Acaso, tal vez.

FABIO.

Pues no temas.

Vino de Chipre Cupido  
Cierta día á Venus bella  
Quejándose que le había  
Picado el dedo una abeja,  
Y respondiéndole la diosa:  
«La queja excusar pudieras,  
Pues que tan pequeño picas  
Almas que abrasas y hielas.»  
Más fuego tienen tus ojos  
Que su elemental esfera.  
Toma, tira; ponte así,  
Y en estando bien, aprieta.

LAURA.

Allí hay un bulto.

FABIO.

Pues tira.

LAURA.

Miedo me ha dado.

FABIO.

¿Qué piensas?

LAURA.

No es temor del arcabuz;  
Causa parece secreta.

FABIO.

¿Secreta? Espera, no tires;  
Que no sin causa recelas.  
Aquí hay un hombre durmiendo.

LAURA.

Dicha tuvo.

FABIO.

Y no pequeña.

LAURA.

Sí, porque quien menos sabe,  
Para hacer mal, más acierta.  
Despiértale.

FABIO.

Dame á mí

El arcabuz.

LAURA.

Toma.

FABIO.

Fuera

Notable cosa matarle  
¡Oh Laura! la vez primera  
Que te enseñás á matar.

LAURA.

Pienso que me sucediera  
Lo que á médicos modernos,  
Que la primer cura yerran.

FABIO.

Antes acertaras, Laura.  
Hombre, despierta, no duermas.

LAURA.

Soldado me ha parecido.

FABIO.

Hombre parece de guerra.

LAURA.

¡Si es español! ¡Ay!

FABIO.

¿Qué hay?

LAURA.

¿No es éste mi hermano? Espera.

FABIO.

El mismo.

LAURA.

Pues ¿no era muerto?

FABIO.

Así se dijo en Bruselas.

Levántase Mendoza.

MENDOZA.

¿Qué es esto que viendo estoy?

¿Sueñan mis ojos, ó sueñan

Mis pensamientos?

LAURA.

¡Hermanol

MENDOZA.

¡Hermano en esta bajeza!

¿Qué aguardas, hidalgo brazo?

Aquí tu deshonra muera.

FABIO.

Tente, español, ó haré yo  
Que tu soberbia detenga,  
Sin que muevas otro paso,  
El alma desta escopeta.

MENDOZA.

No me detiene el morir,  
Que solamente pudiera  
El no ser con honra mía;  
Mas, pues de noble te precias,  
Arroja ese fuego vil,  
Arma de cobardes fuerzas,  
Y saca la blanca espada.

FABIO.

Soy tan noble, que lo hiciera

Si tú fueras igual mío.

MENDOZA.

Pues si por eso lo dejas,  
Yo soy don Juan de Mendoza,  
De la Casa que celebra  
España entre las montañas,  
De cuyo origen se precia  
La Casa del Infantado.  
La cruz de aquesta venera,  
Por la pobreza en que estoy,  
Traigo, como ves, cubierta.  
Servía un hombre á doña Ana  
(No Laura, como tú piensas);  
Aviséle que dejase,  
Aunque igual, tan loca empresa;  
No quiso, y en desafío,  
Y cuerpo á cuerpo, en la Vega  
De Toledo le maté;  
Y porque no me ofendiera  
Ningún atrevido ausente  
(Pues hubo alguno en presencia),  
Saqué á mi hermana una noche,  
Y á Flandes vine con ella

Tan pobre, que nos mudamos  
 Los nombres por la pobreza,  
 Respetto de no poder  
 Valernos de nuestra hacienda,  
 Que nos quitó la justicia;  
 Costumbre de aquella tierra.  
 Y por la cruz desta espada,  
 Que vendimos en Valencia  
 Los vestidos, por no dar  
 De nuestras personas cuenta.  
 Bien sabes tú, conde Fabio,  
 Que *pobreza no es vileza*  
 Cuando á los hombres honrados  
 Ponen desdichas en ella.  
 En las victorias del Conde  
 Me he portado de manera,  
 Que me dió una compañía;  
 Y si estas cosas son ciertas,  
 Acuérdate que me viste  
 Sentado un día en Bruselas  
 A su lado en este traje,  
 Que *pobreza no es vileza*,  
 Sino rigor de fortuna,  
 Fortuna, mujer y ciega,  
 Tan inconstante de pies,  
 Que son sus chapines ruedas.  
 Aquí hay dos cosas: ó tú,  
 Pues ya sabes mi nobleza,  
 Saca la espada conmigo,  
 Ó vete, y matar me deja  
 Esta villana mujer.

FABIO.

No acepto ninguna dellas,  
 Don Juan, porque sé quién eres,  
 Que de otra suerte, lo hiciera.  
 Mira tú si puedo yo  
 Satisfacerte, y no seas  
 Tan español en la honra.

MENDOZA.

Como te cases con ella,  
 No tengo qué replicar.

FABIO.

Yo lo haré desta manera,  
 Que primero han de saber  
 En la corte tu nobleza.

MENDOZA.

¿Cómo?

FABIO.

Yo quiero casarte,  
 Seis mil ducados de renta  
 Te haré dar: con una dama  
 De lo mejor desta tierra  
 Casado, y puesto en estado,  
 Cuando en Bruselas te vean  
 Con tu cruz y con tu nombre,  
 Y tu calidad se entienda,  
 Daré la mano á doña Ana  
 Y haré que el padrino sea  
 El mismo Conde de Fuentes.

MENDOZA.

Acepto el partido.

FABIO.

Queda

Desta suerte.

MENDOZA.

Vé adelante.

LAURA.

¿Podré hablarte?

MENDOZA.

No, ni creas

Que has de merecer mis brazos  
 Hasta que marido tengas.

Vanse.

Rosela y Luna.

LUNA.

Vienen ya las compañías,  
 Y presumo que se esconde.

ROSELA.

En fin, ¿quiere estarse el Conde  
 En el bosque tantos días?

LUNA.

Con Laura, la soledad  
 Tiene por corte, y la corte  
 Por soledad, aunque importe  
 Menos á su calidad;

Que bien fuera que se hallara  
 Á la entrada del de Fuentes.

ROSELA.

Amor es todo accidentes;  
 Sólo en sus gustos repara.

Como ha perdido el temor  
 Después de muerto Mendoza,  
 Á sueño suelto se goza,  
 Libre del ajeno honor.

¿Qué piensa mi hermano hacer  
 Con esta bella española?

LUNA.

¿Qué ha de hacer, si es bella y sola  
 Y no ha de ser su mujer?

ROSELA.

Aun salir á recibir  
 Al Conde, ¿no fuera justo?

LUNA.

Es como Ginebra el gusto:  
 Sin leyes quiere vivir.

ROSELA.

El Conde.

LUNA.

No puede ser.

ROSELA.

¿Cómo no, si ya le veo?

LUNA.

¡El Conde sin Laura!

ROSELA.

Creo

Que no hay paz donde hay mujer.

El conde Fabio y Friso.

FABIO.

Por mucho que la causa te desvele  
 De mi venida, no sabrás la causa.

ROSELA.

Será después lo que entre amantes suele.  
Cualquier enojo estos efectos causa;  
Mas lo poco que duran te consuele.  
La gracia de la música es la pausa;  
Que después de celosos intervalos  
Crecen las amistades, los regalos.

FABIO.

Lejos, Rosela, estás del pensamiento  
Con que he venido desde el bosque á hablarte:  
Sólo vengo á tratarte un casamiento.

ROSELA.

¿Eso ha podido agora desvelarte?  
¿En eso se ocupó tu entendimiento?

FABIO.

Pues ¿adónde mejor que en remediarte?

ROSELA.

Algo te ha sucedido: triste vienes.

FABIO.

No sé si amor, Rosela, á España tienes.

ROSELA.

De una dama francesa se decía  
Que al señor don Juan de Austria tan extraña  
Afición, tan inmenso amor tenía,  
De verle tan galán por la campaña,  
Que en lugar de la blanca, se ponía  
La banda roja, de que se honra España,  
Debajo del jubón; y yo sospecho  
Que la traigo en el alma y en el pecho.

FABIO.

Por la nueva te doy este diamante;  
Y seguro que estimas españoles,  
Tu marido lo es, aunque arrogante  
Nación, en armas y en nobleza soles:  
Hombre en aqueste ejército importante,  
Que cuando más le apures y acrisoles,  
No le hallarás defecto, y cuyo pecho  
Honra una cruz.

ROSELA.

Parece que le has hecho.

FABIO.

Soy muy interesado en que te agrade.

ROSELA.

Salid, pasión del español ya muerto, (Aparte.)  
Con un vivo español, si persuáde  
Amor con otro amor nuevo concierto.

FABIO.

Como ser español no desagrade,  
Estoy de su valor seguro y cierto.

ROSELA.

¿Viene con el de Fuentes?

FABIO.

Ya ha venido.

Di que éntre.

FRISO.

Otro parece bien vestido.

Mendoza, muy galán, con hábito de Santiago.  
y Panduro, asimismo, bien aderezado.

PANDURO.

¡Por Dios, que vienes galán! (Ap. á su ama.)

MENDOZA.

Y necio vendré también,  
Pues que me caso.

PANDURO.

¿Con quién?

MENDOZA.

Mis desdichas lo sabrán;  
Que yo no sé más aquí  
De lo que ellas han causado.

FABIO.

El español ha llegado:  
Halle buena gracia en ti.

ROSELLA.

¡Buen tallo!

FABIO.

Yo voy á hablalle.

LUNA.

Señora, ¿qué pensamiento (Ap. á su ama.)  
Trae el Conde?

ROSELA.

Un casamiento.

LUNA.

¡Bravo español!

ROSELA.

¡Lindo tallo!

FABIO.

Don Juan, yo he tratado ya  
Con esta dama el concierto.

MENDOZA.

¿Qué dice?

FABIO.

Que será cierto.

MENDOZA.

Pues ¿cómo en tu casa está?

FABIO.

Porque yo la truje aquí.  
Llega á hablalla, porque vea  
En qué persona se emplea,  
Y tú qué mujer te dí.

MENDOZA.

(Aparte á Panduro.)

Panduro, yo voy á hablar  
La que ha de ser mi mujer.

PANDURO.

Mayor cosa vas á hacer (Ap. á Mendoza.)

Que quien se embarca en el mar.

Descubre la cruz, que son  
Como diablos.

MENDOZA.

(Aparte á Panduro.)

¿Quién pensara

Que doña Ana me obligara,  
Panduro, á tal confusión?

Llega á Rosela.

Señora, el Conde ha querido

Que os hable en que habéis de ser  
Mi señora y mi mujer,  
Yo vuestro esclavo y marido.  
Si os ha dicho lo que he sido  
Y lo que soy..... ¿Qué es aquesto? (Ap.)  
En más confusión me ha puesto.

ROSELA.

¿Qué es lo que mirando estoy? (Aparte.)  
¿Eres Mendoza?

MENDOZA.

Yo soy.

PANDURO.

Dale cruz; dásela presto. (Ap. á Mendoza.)

ROSELA.

¿No eres muerto?

MENDOZA.

Quien no tiene

Honor, débelo de ser.

PANDURO.

No le habrá muerto mujer, (Aparte.)  
Pues con mejor pelo viene.

ROSELA.

La fama siempre entretiene  
Los ausentes con mentiras.

MENDOZA.

Mucho de verme te admiras:  
Don Juan soy, Mendoza soy;  
No soy muerto; vivo estoy,  
Aunque con la cruz me miras.

Conde, ya no puede ser  
Que te cases con doña Ana,  
Que aunque es tan noble tu hermana,  
No la quiero por mujer;  
Que quien no supo tener  
Guardada la que le dí,  
Ya no es buena para mí,  
Ni yo lo soy para ella,  
Pues pensaré siempre della  
Que no ha de guardarse á sí.

Si ella la hubiera guardado,  
Grande mi ventura fuera  
Que su mano mereciera,  
Habiendo mi honor cobrado;  
Mas como el ser hombre honrado,  
Rosela, al encuentro sale,  
Ningún remedio me vale,  
Pues casarse con recelo  
Es tener llovido el suelo,  
Adonde el honor resbale.

Mi hermana está en mi poder (1);  
Yo sabré darla castigo,  
Pues que casarse contigo  
Dices que no puede ser  
Sino es dándome mujer  
Que pueda darme valor:  
En mi culpa, y en ti error;  
Que marido acreditado

Por mujer, ó es desdichado,  
Ó sabe poco de honor.

Noblezas, Conde, y espadas  
Acreditan bien en Flandes  
Hechos y servicios grandes  
En seis famosas jornadas.  
Las mujeres más honradas  
Lo han de ser por su marido:  
El que por mujer lo ha sido,  
Sujeto vive á mujer;  
Que basta una vez nacer  
De mujer el bien nacido.

FABIO.

Espera.

MENDOZA.

No hay que esperar  
Cosa buena de los dos.

ROSELA.

Óyeme á mí.

MENDOZA.

¡Bien, por Dios!

ROSELA.

Pues déjame disculpar.

MENDOZA.

¿Qué disculpa puedes dar,  
Si, fiado en tu valor,  
Me quita el Conde el honor,  
Y de mi infamia se goza?  
Pero un español Mendoza  
Sabrá cobrarle mejor.

FABIO.

Yo te haré matar.

MENDOZA.

Pues ven,  
Y sabremos si doña Ana  
Es tu dama ó es mi hermana.

FABIO.

Hablaré al Conde también.

MENDOZA.

El Conde es mi deudo, y quien  
Sentirá este agravio más.

FABIO.

¡Criados!

MENDOZA.

Pues ¡voces das?  
En tu tierra la dejé.  
Ven y cóbrala.

FABIO.

Sí haré.

MENDOZA.

Mas muerta, no la querrás.

Vase.

FABIO.

Una palabra, Panduro.

PANDURO.

Advierta Vuseñoría  
Que en guardar la lealtad mía  
Soy como las piedras duro.

FABIO.

Honrar á don Juan procuro

(1) Quiere decir *hajo mi potestad*, aunque realmente Laura está en casa del conde Fabio. (Nota de Hartzenbusch.)

PANDURO.

Pues mucho os ha de costar,  
Si es que os habéis de casar  
Porque deje de vengarse;  
Pues quien pasa por casarse,  
Por todo puede pasar.

Vase.

FABIO.

Sígueme, Friso.

FRISO.

No sé

Si aciertas.

FABIO.

¡Mátame, amor!

FRISO.

En este español, señor,  
Bizarro valor se ve.

Vanse los dos.

ROSELA.

Luna, ¡Mendoza se fué!

LUNA.

¿Qué harás?

ROSELA.

Presto lo sabrás,  
Que no ha de volver atrás  
La nobleza de los buenos;  
Que ni á mi honor debo menos,  
Ni á mi amor puedo dar más.

Vanse.

Durán y Liranzo. Óyese salva de arcabucería.

DURÁN.

¡Bravas fiestas!

LIRANZO.

Cortas son.

Bien merece Su Excelencia  
Que, imitando al de Trajano,  
Hiciera un arco Bruselas.

DURÁN.

No le mereció mayor  
Escipión, Mario ni César,  
Que el conde don Pedro Enríquez.

LIRANZO.

¡Gran soldado!

DURÁN.

Fama eterna

Promete el cielo á su nombre.  
¿Qué villa, qué corta aldea  
Por donde habemos pasado,  
No le recibió con fiestas?

LIRANZO.

¿Acuérdaosco deste bosque?

DURÁN.

Deste bosque se me acuerda,  
Donde el valiente Mendoza  
Sirvió á la dama flamenca

A costa de nuestras joyas.

LIRANZO.

¡Bravamente le celebra  
El Conde!

DURÁN.

Con gran razón;  
Que en todas estas empresas  
Ha mostrado igual valor.

Laura y Tiburcio.

LAURA.

En fin, ¿en la corte queda?

TIBURCIO.

Ya debe de estar casado.

LAURA.

Yo sé que el Conde y Rosela  
No pierden nada en su sangre.

TIBURCIO.

¿Quién es Mendoza?

LAURA.

No sepas

Más de que es Mendoza.

TIBURCIO.

Basta.

LAURA.

¿Qué bizarra soldadesca  
Se va descubriendo ya!

TIBURCIO.

Sin duda que el Conde llega.

LAURA.

¡Ah, caballeros!

DURÁN.

¿Quién llama?

LAURA.

¿Llega el Conde?

DURÁN.

Ya se acerca.

¿Habrá, señora española,  
Alguna cosa que pueda  
Refrescarnos del camino?

LAURA.

Entren por aquella puerta,  
Digan que yo les envío.  
Vos, Tiburcio, esas almenas  
Cubrid de mil luminarias.

TIBURCIO.

¡Eres española!

LAURA.

Piensa

Que las victorias del Duque  
Como á su sangre me alegran.

Vanse los dos soldados y Tiburcio.

Mendoza y Panduro.

PANDURO.

(Aparte á Mendoza.)

Aquí está. ¡Por Dios, señor,

Que no manches la grandeza  
De tus hechos en matar  
Una mujer!

MENDOZA.

Suelta. Deja.

PANDURO.

Huye, doña Ana.

LAURA.

¿Qué es esto?

MENDOZA.

¡Vive Dios, si no me sueltas,  
Que he de comenzar por ti!

PANDURO.

¡Oh señor, qué mal comienzas!  
Advierte que las mujeres  
No se hicieron de cabezas  
De hombres, sino de costillas;  
Y en viéndose á espaldas vueltas,  
Sillas de costillas son,  
Que á pocos lances se quiebran.  
Si del corazón del hombre  
Fueran las mujeres hechas,  
¡Oh, qué tuvieran, don Juan,  
De virtud y fortaleza!  
Son flacas, son temerosas;  
Que si tuvieran más fuerza,  
Nos dieran dos mil azotes.

MENDOZA.

¿Tú me predicas y enseñas?

PANDURO.

¿Qué conclusiones me has visto,  
De mil desatinos llenas?  
¡Que tal presumas de mí!

LAURA.

Tente, hermano; escucha, espera.

MENDOZA.

¡Esto ha de ser, vive Dios!  
Laura ó doña Ana, encomienda  
Tu vida á Dios.

LAURA.

¡Tú me matas!

PANDURO.

No mata, ni Dios lo quiera.

MENDOZA.

Sí mato. Aparta, desvía.

PANDURO.

No mata tal: váyase ella.

LAURA.

¡Ay, que me matan!

Rosela, en hábito de hombre.

ROSELA.

Las voces

Entre estos árboles suenan.

PANDURO.

Gente del Conde, señor.

MENDOZA.

¿Quién eres?

ROSELA.

Quien verte espera

Muerto á sus manos.

Desenvaina.

MENDOZA.

¡Oh perro!

Acomete á Rosela.

PANDURO.

Á Laura:

Huye entretanto.

LAURA.

No creas

Que puedo estimar la vida.

Hiere Mendoza á Rosela.

ROSELA.

¡Muerta soy!

MENDOZA.

¿Qué dijo?

PANDURO.

Muerta.

MENDOZA.

¡Es mujer!

PANDURO.

Veré la herida.....

MENDOZA.

Desvía. ¿Quién es?

ROSELA.

Rosela.

MENDOZA.

Pues ¡tú desta suerte!

ROSELA.

Sí.

MENDOZA.

¡Maldita la espada sea  
Y el brazo también!

ROSELA.

No es nada.

MENDOZA.

Con este lienzo te aprieta.

El conde Fabio, Friso y criados.

FABIO.

Pasalde aquel pecho infame.

MENDOZA.

Conde, con menos soberbia.

FABIO.

¿Dónde está Laura?

MENDOZA.

Aquí está.

FRISO.

Mira que el de Fuentes llega.

El Conde de Fuentes, Durán y soldados.

CONDE.

¿Es algún soldado mío  
Con la gente de la aldea?



DURÁN.  
No, señor.  
CONDE.  
¿Quién contra el bando  
Sacó la espada?  
MENDOZA.  
Sí (1) fueras,  
Invictísimo señor,  
Menos mi deudo, y las deudas  
De mis servicios menores,  
Justo perdón mereciera  
Por una cosa tan justa.  
Mi hermana doña Ana es ésta,  
Y ésta del Conde, aunque en traje  
De hombre. madama Rosela.  
Dejésla en confianza  
Para servirte en la guerra;  
Vencióla el Conde, á quien yo  
Dije después mi nobleza.  
Díome á Rosela, y dudando  
De su valor, despreciéla.  
Siguióme para matarme;  
Heríla sin conocerla.  
Esta es la suma, señor.  
ROSELA.  
Si juzga Vuestra Excelencia,  
Oiga primero.  
CONDE.  
Sí haré.  
ROSELA.  
Vino con tanta pobreza  
Mendoza á dejarme á Laura,  
Que no defendí su ofensa  
Porque no le conocí.  
Á Mendoza:

Y si tú me conocieras,

(1) Aunque.

¿Hiriérasme?  
MENDOZA.  
No, que ha sido  
Desdicha de mi nobleza.  
CONDE.  
Don Juan.....  
MENDOZA.  
Señor.....  
CONDE.  
Escuchad:  
Estas amistades sean  
Debajo de mi palabra,  
Y más con las almas hechas  
Que con los brazos.  
MENDOZA.  
Yo soy  
Su amigo.  
CONDE.  
Doña Ana sea  
Mujer del Conde, y don Juan  
Le dé la mano á Rosela.  
PANDURO.  
¿No darán algo á Panduro?  
CONDE.  
De Mendoza la bandera  
Y ocho escudos de ventaja.  
PANDURO.  
Aquella Luna flamenca  
Me dió cerveza: mandad  
Que la cerveza le vuelva.  
MENDOZA.  
Aquí se acaba, senado,  
*La Pobreza no es vileza,*  
Más riqueza, si os agrada,  
Para el autor (1) y el poeta.

(1) El empresario, como ahora diríamos, de la compañía que representó la comedia. (*Nota de Hartzenbusch.*)



# LA TRAGEDIA DEL REY DON SEBASTIÁN

Y BAUTISMO DEL PRÍNCIPE DE MARRUECOS



# LA TRAGEDIA DEL REY DON SEBASTIÁN

Y BAUTISMO DEL PRÍNCIPE DE MARRUECOS

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

CONDE DE VIMIOSO.	REDUÁN.	TRES LADRONES.	EL CORREGIDOR.
PRIOR D. ANTONIO.	ROSALES.	OTRA MUJER.	JÁCOME DE CÁRDENAS.
EDUARDO DE MENESES.	CARPIO.	FRANCELIO.	EL MÉDICO.
CRISTÓBAL DE TABORA.	EL ALFÉREZ MAYOR.	PLACIDIO.	DON DIEGO.
DIEGO DE SOSA.	MULEY JEQUE, <i>muchacho</i> .	UN SUPLICACIONERO.	UNA CAJA.
LUIS DE SILVA.	ALBACAÍN, <i>mozo</i> .	ALONSO, <i>villano</i> .	UN ALGUACIL.
MULEY HAMET.	MARTÍN CORREA.	DOS BRAVOS.	ZULEMILLO, <i>mozisgo</i> .
MULEY MAHAMET.	EL CAPITÁN ALDANA.	UN MAESTRO DE ESGRIMA.	BEJARDO.
MULEY MALUCO.	ALMANZOR.	UN FRAILE VICTORIANO.	LA LEY EVANGÉLICA.
FÁTIMA.	ZAYDE.	LA PROCESSION CON LA	LA SETA AFRICANA.
CELINDA.	GENTE DE UN CARRO.	IMAGEN DE LA VIRGEN	JUAN RUIZ DE VELASCO.
SOLIMÁN.	TRES DAMAS.	DE LA CABEZA.	UN AYUDA DE CÁMARA.
PEDRO DE ALCASOBA.	LEONARDO.	ANA.	GASENO.
EL REY FILIPO.	CELIA.	DAU.	UN CRIADO.
EL REY SEBASTIÁN.	HERNANDO.		

## ACTO PRIMERO.

Salgan dos maceros con armas de Portugal, el Conde de Vimioso, el prior D. Antonio, Eduardo de Mene-  
ses, Cristóbal de Tabora, Diego de Sosa, Luis de  
Silva, Muley Mahamet, Jarife, y el rey D. Sebastián:  
siéntense como ya saben.

SEBASTIÁN.

Al Rey se da asiento igual.

MULEY.

Beso los pies de Tu Alteza.

ANTONIO.

Representa su grandeza.

EDUARDO.

Tiene, en fin, sangre real.

DIEGO.

¿Qué habrá que el tallo no venza?

LUIS.

Es gran recomendación.

SEBASTIÁN.

Prosigue tu relación.

MULEY.

Así prosigo.

SEBASTIÁN.

Comienza.

MULEY.

Invicto rey Sebastián,

Del gran Carlos quinto nieto,  
 Como fuiste de su sangre,  
 De sus glorias heredero:  
 Digo, que Muley Mahamet,  
 Jarife, en Africa muerto,  
 El que juntó en un Estado  
 Fez, Tarudante y Marruecos,  
 Trató con su hermano Hamet  
 Que sucediese en el reino  
 Cualquier hijo de los dos,  
 Antes que cualquiera nieto.  
 Pero aunque quedaran muchos,  
 Murieron los más á hierro,  
 Ó en la cárcel, ó ahogados,  
 Hecho seguro y sangriento,  
 Por Audalla, un hijo ilustre  
 De Mahamet, porque á efeto  
 De conservarse, vertió  
 Tanta sangre de sus deudos:  
 Reinó diez y siete años  
 Más pacífico y quieto  
 Que eternamente se vió  
 Rey del africano Imperio.  
 Éste, señor, fué mi padre;  
 Yo, su hijo primogénito,  
 En la sangre, y no en la paz,  
 Pues á tal desdicha allego.  
 Dejó mi padre heredando,  
 Entre los hermanos muertos,  
 Tres con la vida, y la causa  
 Fué el ser niños tan pequeños;  
 Pero engañóse mi padre,  
 Que en el punto que crecieron,  
 No fiaron del hermano,  
 Que fué tan remiso en esto;  
 Y considerando, en fin,  
 Que con el pasado miedo  
 Él que los perdonó niños  
 Los degollara mancebos,  
 Los dos se huyeron al Turco,  
 Y el otro, la tierra adentro,  
 Con los árabes vivió  
 En montes de arena secos.  
 Audalla, mi padre, entonces  
 Juróme por su heredero;  
 Murió, reiné mal seguro  
 Por el pasado concierto,  
 Y así, despachando un moro  
 Atrevido, fuerte y diestro,  
 Á Tremecén, donde estaba  
 De mis tíos el primero,  
 De un flechazo, en la mezquita,  
 Sosegó mi pensamiento.  
 Alteró á Muley Maluco,  
 Que estaba en Argel, el hecho  
 De suerte, que procuró  
 Dejar de vivir muriendo;  
 Y cansado de pedir  
 Al rey Filipe remedio,  
 Por el Virrey de Valencia,  
 Con cartas y propios ruegos,

Que era entonces don Rodrigo  
 Alfonso, de aquellos buenos  
 Pimentales de Castilla,  
 Tan antiguos caballeros,  
 Se partió á Constantinopla,  
 Donde negociando menos,  
 Sirvió con paciencia al Turco,  
 Querellosos de sus deudos;  
 Mas mostrando en Navarino  
 Y en la Goleta gran pecho,  
 Que aunque enemigo es mi sangre,  
 Negar la verdad no puedo,  
 Tres mil turcos que le dió,  
 Metió el Maluco en mi reino,  
 Con los cuales me rompió  
 Tres poderosos ejércitos  
 De sesenta mil caballos,  
 Y diez mil infantes; creo  
 Que fué el último, señor:  
 ¡Mira qué extraño suceso!  
 Retiréme en el Peñón  
 De Vélez, y allí, por medio  
 De un renegado, pedí  
 Con piadoso humilde celo  
 Favor á tu heroico tío,  
 Que tratado en su Consejo,  
 Donde las guerras de Flandes  
 En tal cuidado le han puesto,  
 Y el sustentar los presidios  
 De soldados y dineros,  
 No me ha podido acudir  
 Con su magnánimo pecho,  
 Y es gran permisión de Alá,  
 Porque venga como vengo,  
 Á darte esta empresa á ti  
 Para tu bien y provecho,  
 Que podrás ser fácilmente  
 Emperador de Marruecos,  
 Dejándome por tu Alcaide  
 Y Virrey en su gobierno.  
 ¡Ea, Sebastián famoso,  
 En cuyo rostro contemplo  
 La imagen del quinto Carlos,  
 Planeta del quinto cielo,  
 Dando á Muleasén en Túnez  
 El mal conquistado reino  
 De Amida y de Barbarroja,  
 Traidores y lisonjeros!  
 Mira qué gloria y qué fama  
 Tantas naciones le dieron  
 Por esta hazaña, mayor  
 Que el Sajón y el Francés preso.  
 Que si pasas un soldado  
 Las aguas del Mucaceno,  
 ¿Quién duda que mis vasallos  
 Reconozcan su Rey luego?  
 Toda el Africa, sin duda,  
 Ayudará nuestro intento,  
 En quien pondrás esas plantas,  
 Otro Carlos de honor lleno,  
 Otro nuevo Scipión,

Que por más famosos hechos  
Te llamarán africano  
Rubio scítas, indios negros.  
Harás desde Ceuta á Fez  
Un puente, por cuyo medio  
Se enriquezca en trato España,  
Sin miedo del mar soberbio.  
Y yo, á tus pies arrojado,  
Adornaré tus trofeos  
Entre mil reyes cautivos  
Y entre mil vencidos reinos.

SEBASTIÁN.

¿Qué os parece?

ANTONIO.

Señor, si como suenan

Pareciesen las cosas intentadas,  
Éstas son las más dignas de los reyes.  
Ya otras veces he dicho á Vuestra Alteza,  
Desde que fuimos á la vista de África,  
Que me holgara de verle con las fuerzas  
Que muestra su valor, y el mundo es poco.

EDUARDO.

Señor Prior, si al gran valor que muestra  
Su Alteza (Dios le guarde) se igualaran,  
Cesarán hoy las glorias de Alejandro;  
La sucesión también impide mucho.

ANTONIO.

Bien he visto, Eduardo de Meneses,  
Cuánto la sucesión en esto impide:  
Hablo del corazón.

LUIS.

Ése es magnánimo;

Y verdaderamente, las empresas,  
En la dificultad tienen la gloria.

CRISTÓBAL.

Las veces que de aquesto me ha tratado  
Su Alteza, no he resuelto cosa alguna;  
Bien que, midiendo el pensamiento suyo,  
No hallo lugar sino es pasando el cielo,  
Que por la tierra pasa el mayor límite,  
Y la imaginación topa en sí misma.  
Asegura Muley que sus vasallos  
Le quieren bien, y que mirando el rostro  
Del que es propio señor, las mismas armas  
Que toman en defensa del Maluco,  
Volverán á su pecho.

MULEY.

Así lo pienso;

Demás, que no son pocas vuestras fuerzas,  
Siendo tanto el valor de vuestro Príncipe,  
La ayuda que se espera del Católico,  
Y la diversidad de varias gentes  
Que acudirán á tan gloriosa empresa.

SEBASTIÁN.

Extrañamente siento que me muestre  
Alguno de vosotros poco brío  
En cosa que yo tengo tan impresa  
Dentro del corazón; pero decidme  
Las objeciones que tenéis más ásperas  
Contra mi voluntad.

ANTONIO.

Ninguno intenta  
Darte disgusto, ni es tan poco el ánimo,  
Siendo del Portugués, que no parezca  
Hijo del tuyo, y que pedirte puede  
El gobierno del sol, como el sol mismo.  
Dificúltase aquí no estar casado;  
Que habiendo de ir el Rey en su persona  
Á empresa fuera de su reino, es justo  
Que deje quien le herede, si faltase:  
Las fuerzas deste reino no son muchas.

LUIS.

Si la empresa se funda en que es legítima,  
Gran servicio de Dios, y se compone  
Con ayuda de deudos y de amigos,  
No es á ventura de perderse el Príncipe.

SEBASTIÁN.

Ya de todas las cosas que propone  
Vuestro deseo de acertar, por cartas  
Me ha propuesto mi tío largamente;  
Y aunque me disuade por las mismas,  
Me nacen en la sangre dobles fuerzas.  
Todo lo que decís tengo mirado:  
Tarde venciera mi famoso tío  
La batalla inaudita de Lepanto,  
Si aguardara el consejo, aunque discreto  
Y de prudente capitán nacido,  
Del cuerdo Andrea, y no el furioso y presto  
Del gran Marqués de Santa Cruz.

Sale un page.

PAGE.

Licencia

Pide el Embajador.

SEBASTIÁN.

¿Llegó don Pedro?

PAGE.

En este punto.

Sale Pedro de Alcasoba.

PEDRO.

Déme Vuestra Alteza

Los pies.

SEBASTIÁN.

¡Oh amigo! ¿Qué tenemos?

Levántase.

PEDRO.

Creo

Que enderezan los cielos tus empresas.

SEBASTIÁN.

¿En qué lo has visto?

PEDRO.

En los favores y honras  
Que me ha hecho Filipo.

SEBASTIÁN.

¿En qué resuelve  
Mi tío las tres cosas que le pido?

PEDRO.

En cuanto al casamiento, te concede  
Una de sus dos hijas, para el tiempo  
Que sea de edad, mas no señala el nombre;  
Cuanto á la empresa, siendo de Alarache,  
Te promete soldados y galeras;  
Cuanto á verle, resuelve que la vista  
En Guadalupe sea: destas cartas  
Te informarás mejor.

SEBASTIÁN.

Tratad al punto  
Mi camino, don Luis; y tú, Jarife,  
Ten esperanza.

MULEY.

En Dios y en ti la tengo  
Que te he de ver señor de toda el Africa.

ANTONIO.

¿Partir quiere tu Alteza?

SEBASTIÁN.

Así conviene:  
Prior, póngase á punto mi partida.  
ANTONIO.  
Guarden los cielos, gran señor, tu vida.

Vanse.

Salen Lela Fátima y Celinda, moras.

LELA.

Tú has de hacer, Celinda mía,  
Que con mis ojos lo vea:  
¿Quién ama, teme y desea,  
Y esperando desconfía?

Dime si Hamet, como hermano  
Del Rey, lo será de Fez,  
Ó si reinará otra vez  
Mahamet, ó lo intenta en vano;

Que como el alma me cuesta  
Hamet, de quien soy amada,  
Tengo, Celinda, colgada  
La vida de tu respuesta.

CELINDA.

Lela Fátima, secretos  
Que tiene en su pecho Alá,  
No los comunica, y da  
Hasta los mismos efectos.

Verdad es que si la ciencia  
Las influencias del cielo  
No enseña, y está el suelo  
Tan sujeto á su influencia,

Esta nuestra Geomancia,  
Por quien tu intención procuras,  
Corresponde en las figuras  
Á la oculta Astrología;

Mas siempre queda en su ser  
La voluntad de Alá santo,  
Porque, aunque se entienda tanto,  
Puede hacer y deshacer.

LELA.

No, Celinda, no me entiendes,  
Y es que te guardas de mí.

CELINDA.

¡Yo, mi señora, de til  
Mi amor y lealtad ofendes.  
Esta ciencia, entre cristianos  
Es prohibida y sospechosa,  
Es falsa y supersticiosa,  
Y llena de enredos vanos;  
Acá, de quien la han tomado,  
A nadie ofende ni priva.

LELA.

No es porque en peligro viva  
De tu persona el cuidado;  
Mas por no hacerme favor,  
Faltándote voluntad.

CELINDA.

En dudar de mi amistad  
Has agraviado mi amor;  
Ya sé el blanco donde tiras.

LELA.

Deseo ver el espejo.  
CELINDA.  
Ya habrás tomado consejo  
Del espejo en que te miras.

LELA.

No quiero verme la cara;  
La del alma quiero ver.

CELINDA.

Ahora bien, pues ha de ser,  
En lo que quieres repara;  
No quiera Alá que esto sea  
Para aumentarte dolor.

LELA.

Yo sé que me manda amor  
Que el fin de mi empresa vea,  
Sea próspero ó sea triste.

CELINDA.

¿Qué quieres ver?

LELA.

Si ha de ser  
Hamet rey.

CELINDA.

Voyle á traer;  
Tú, lo que vieres resiste.

Váyase Celinda.

LELA.

Solicitud del bien de lo que se ama  
Llaman á amor los que de amor entienden,  
Porque cuanto imaginan y pretenden  
Es su aumento de vida, gloria y fama.

El gusto propio, amarse á sí se llama;  
Los que esto intentan, al amor ofenden;  
Los que el ajeno bien miran y emprenden,  
Éstos, amor de honesto amor inflama.

Si procuro mi gusto, á mí me quiero,  
Y si el ajeno tengo por más justo,  
Señal es que mi amor es verdadero.

Amar el propio bien es gusto injusto;  
Que sólo quiere con amor sincero  
Quien se aborrece por amar su gusto.



Sale Celinda con un espejo.

CELINDA.

Este es, Fátima, el espejo.

LELA.

¿Qué es este papel escrito  
Que está detrás?

CELINDA.

Si le quito,  
En blanco tu intento dejo.

LELA.

¿Éste llaman consagrado?

CELINDA.

Mírate en él.

LELA.

¡Ay de mí!

CELINDA.

¿De qué te turbas así?

LELA.

He visto un campo formado.

CELINDA.

Pues míralo todo bien.

LELA.

Aquí están muchos christianos  
Con las armas en las manos,  
Y muchos moros también.

CELINDA.

¿Son portugueses?

LELA.

Los más.

¿Su Rey á caballo aquí  
Va peleando?

CELINDA.

Es así.

LELA.

¡Ay, Hamet!

CELINDA.

Contenta estás.

LELA.

¡Qué bizarro que entra y sale!

¡Alá victoria te dé!

No hay desde el bonete al pie  
Africano que le iguale.

Allí parece que cercan  
Moros al de Portugal.

CELINDA.

La victoria está neutral.

LELA.

¡Con harta sangre la mercan!

CELINDA.

Gran multitud es la nuestra,  
Muy pocos son los cristianos.

LELA.

¡Qué gallardo, entre africanos,  
Levanta Hamet la alta diestra!

Parece que Mahamet  
Se ahoga pasando un río.

CELINDA.

Allí su famoso tío

Habla con tu amado llamet.

Los más, en fin, van rindiendo

Á los menos.

LELA.

Poca gloria

Puede dar esa victoria.

CELINDA.

¡Que viva!

LELA.

Falta el estruendo,

Lo que es trompetas y cajas,  
Gritas, armas, polvo y voces.

CELINDA.

¡Ay, qué de muertes atroces!

LELA.

Vencer con tantas ventajas  
No es muy honrado blasón.

CELINDA.

Hamet llega á la litera  
Del Maluco.

LELA.

Allí se espera

Un alterado escuadrón;

Parece que le levantan  
Por rey.

CELINDA.

Salvas son de rey.

LELA.

Sin duda es muerto Muley.

CELINDA.

Allí lloran.

LELA.

Allí cantan.

Rey, sin duda, es mi Hamet.

CELINDA.

Paso,

Que esto está por suceder.

LELA.

Luego ¿no acabo de ver  
Rey á Hamet?

CELINDA.

¡Notable caso!

Vuelve en ti, que lo has soñado.

LELA.

Voyle á dar el parabién.

CELINDA.

Señora, el paso detén;  
Que no es vivo, que es pintado.

LELA.

Déjame que se lo diga.

CELINDA.

Quien se fía de quien ama,  
Esto merece.

LELA.

No infama

Tu ciencia mi lengua, amiga;

Que antes pienso encarecel'la.

CELINDA.

Todos prometéis callar  
Mientras dura el consultar  
Vuestra buena ó mala estrella;  
Y en sabiendo vuestro gusto,  
Á voces lo publicáis,

Con que á quien os sirve dais,  
En vez de premio, disgusto.

LELA.

No te espantes, que el placer  
Me hizo atrevida hablar;  
Yo te prometo callar,  
Siendo posible en mujer.

CELINDA.

Contigo tengo de ir,  
Por refrenarte.

LELA.

No tengas  
Miedo, amiga, aunque no vengas;  
Como sé amar, sé sufrir.  
¡Rey Hamet!

CELINDA.

Eso es razón.

LELA.

¿A juntarse amor provoca  
Rey y Hamet: Rey en la boca,  
Y Hamet en el corazón.

Vanse.

Salen por una parte el rey Sebastián bien aderezado  
y acompañado; por la otra el rey Filipo de la misma  
suerte, y abrazándose, digan:

FILIPO.

Vuestra Majestad sea bien venido.

SEBASTIÁN.

Y Vuestra Majestad me dé las manos.

FILIPO.

Los brazos, como á sangre mía tan propia.  
Holgado me he de ver, en gran manera,  
A Vuestra Majestad que era deseo  
Que le he tenido muchos años.

SEBASTIÁN.

Beso

Esas reales manos.

FILIPO.

Como huésped,

Procuro hacer mi obligación.

SEBASTIÁN.

No ha sido

Siéntense.

Ni larga ni cansada la jornada,  
Porque cuando lo fuera, el fin podía  
Cualquiera pena convertir en gusto.  
De Vuestra Majestad han bien mostrado  
Los vasallos el celo de servirle:  
He sido acariciado sumamente;  
Han hecho fiestas; han abierto cárceles,  
Y al fin, se ha visto la merced en ellos  
Que Vuestra Majestad hace á su sangre.

FILIPO.

Sobrino, honrada y útil es la empresa  
Que se comienza en la conquista de África,  
Y al estado de España conveniente;

Pero el ir en persona contradice  
Las causas que he propuesto muchas veces:  
Quisiera disuadir este propósito  
Con mis años, mi amor y mi experiencia,  
A Vuestra Majestad.

SEBASTIÁN.

Señor, quien tiene  
Tan grande amparo, no es razón que dude  
Si fueran las conquistas de Alejandro.

FILIPO.

Yo hago resistencia en toda Italia  
Al Turco, en que consumo cuanto puedo;  
Ni las guerras de Flandes cuestan poco.

SEBASTIÁN.

Señor, yo estoy resuelto, y le suplico  
A Vuestra Majestad no se desirva  
De que mi intención pase adelante.

FILIPO.

No quiero replicar.

SEBASTIÁN.

Pienso que es justa,  
Y téngola en el alma de tal suerte,  
Que de las horas hago largos días;  
Los días, meses, y los meses, años.

FILIPO.

Siendo de general acuerdo y voto,  
Mayormente del Duque de Alba, hacerle  
De quince mil infantes el ejército,  
Tudescos, españoles é italianos,  
Como nos convinimos.

SEBASTIÁN.

Yo sospecho  
Que se ha tratado que los diez mil hombres  
Pagase yo, quedando los que restan  
A Vuestra Majestad, acomodando  
Las cincuenta galeras prometidas.

FILIPO.

Entiéndese entretanto que no haga  
Jornada el Turco á Italia, y la presente  
Sea para la empresa de Alarache.

SEBASTIÁN.

Así de Vuestra Majestad lo he visto  
Tratado y permitido.

FILIPO.

Aun queda tiempo  
En que tratarlo con mayor espacio,  
En esta casa, y Virgen devotísima.

SEBASTIÁN.

Iré á ofrecelle mis deseos humildes.

FILIPO.

Ella dará favor al santo celo  
Con que esa sangre imitará su abuelo.

Levántense y vayan con autoridad, y salgan Hamet  
y Lela Fátima.

HAMET.

¿Tanto te va en coger flores,  
Que mis razones no escuchas?

LELA.

He menester, Hamet, muchas,

Y de diversas colores.

HAMET.

¿No me dirás á qué fin?

LELA.

¿En que las corte reparas?

HAMET.

Bueno ¡por mi fel dejaras,  
Lela Fátima, el jardín

Si de donde quitas una

No nacieran luego mil,

Floreciendo su marfil

Más que primavera alguna.

Aquí te ofrece Narciso

Su locura vuelta en flor,

El blanco jazmín su olor,

Y su plata el paraíso;

No se esconda la azucena,

Por no ser negra en tu mano;

Aquí está el clavel indiano,

Y las lágrimas de Elena.

¿Las maravillas no has puesto?

Mas son las tuyas mayores.

Quiero cogerte las flores

Para que acabes más presto.

LELA.

Ya, mi bien, está acabada.

HAMET.

¿Es guirnalda?

LELA.

¿No la ves?

HAMET.

¿Para quién, Fátima, es,

Con tal cuidado enlazada?

LELA.

Diez listones de mi frente

Gasté en ella, ¡por tu vida!

HAMET.

Está en extremo tejida.

No pusiera el rojo Oriente

De su dorado arrebol,

Nubes azules y blancas,

Al abrir las puertas francas,

Más bella guirnalda al sol.

LELA.

Pruébatela á ver.

HAMET.

No sé

Si me vendrá bien á mí.

LELA.

¿No lo sabes? Pues yo sí,

Que eres el sol de mi fe.

Póngasela Hamet.

HAMET.

¿Estáme bien?

LELA.

Por mil años

Goces de Fez el imperio.

HAMET.

No lo dices sin misterio.

LELA.

Los padres de los engaños

Suelen llamar los deseos:

Deseo yo verte rey.

HAMET.

El cielo guarde á Muley

Con mil glorias y trofeos

De la defensa forzosa

Contra el Rey de Portugal.

LELA.

Estarále á Muley mal

Esa empresa victoriosa;

Pero á ti, amores, muy bien.

HAMET.

¿De quién lo sabes?

LELA.

De mí;

Por cuya razón te dí

Esa corona también.

HAMET.

Por lo que tienes de cielo

Bien puedes pronosticar;

Eso te obliga á pensar,

Mi bien, tu amoroso celo.

Pero advertido mejor,

No es posible que esto intente,

Menos que seguramente

Un rey de tanto valor;

Y como tiene el amparo

Del gran Filipo á la espalda,

Que será aquesta guirnalda

De Muley Mahamet es claro.

Él dicen que viene ya

Lleno de amenazas fuertes,

Prometiendo nuestras muertes,

Y que en Mazagán está.

Mira tú cómo tendré,

Vivos dos reyes, corona

De África.

LELA.

De una persona

Que lo ha sabido, lo sé.

Dame esa mano real,

Y promete que he de ser

Para entonces tu mujer.

HAMET.

No lo estorbe Portugal;

Que una y mil manos te doy.

Salen Muley Maluco y Reduán, su Proveedor general  
y renegado portugués.

MALUCO.

¡Mirad qué gentil soldado

De mil flores coronado,

Cuando de hierro lo estoy!

¿Tú eres mi sangre cobarde?

HAMET.

Vuestra Alteza me perdone.

REDUÁN.

¿Venus es bien que corone

A Marte?

LELA.

Así Alá te guarde,

Que no te enojos, Muley.

MALUCO.

Fátima, cuando el cristiano

Rompe el mar, de espumas cano,

Mozo belicoso y rey,

Y favorecido tanto

De otro rey tan glorioso,

Nueva imagen del famoso

Que á Selín venció en Lepanto,

No es razón que esté mi hermano

De tu hermosura cautivo,

Menos que el pie en el estribo

Y con la espada en la mano.

REDUÁN.

Su Alteza viene enojado.

HAMET.

¿Qué ha tenido, Reduán?

REDUÁN.

Respóndele Sebastián

A su ofrecimiento, airado:

Dábale porque dejase

Esta injustísima guerra,

Diez millas y más de tierra

Que en Africa cultivase,

Cerca de sus fortalezas.

HAMET.

Y ¿no las quiere tomar?

MALUCO.

No le podrán contentar

Menos que nuestras cabezas.

A Alarache y Tetuán

Y cabo de Aguer me pide.

HAMET.

A que trates más te impide

De las paces, Sebastián.

MALUCO.

Si á Marruecos me tuviere

Cercada, aún no era partido.

HAMET.

Tú, señor, ¿qué has respondido?

MALUCO.

Respondí que aunque me diera

A Mahamet en contracambio,

Que es el mayor enemigo

Que tengo, busco y castigo,

Éra por mi engaño el cambio;

Que con la capa y la espada

Aquestos reinos gané,

Y que los defenderé

Con sangre y con alma airada.

HAMET.

Fué digno de tu valor.

MALUCO.

Tú, Proveedor general,

Haz que mi tienda real,

Que se labró en Azamor

Dé al sol envidia mañana,

Y salgan los pabellones

Que en iguales ocasiones

Usa mi gente africana.

A Susa quiero partir,

A Tamis y á Temisnán.

REDUÁN.

Ya dicen que Sebastián

Ha comenzado á salir.

MALUCO.

¿Viene con él Mahamet?

REDUÁN.

No, señor, que Muley Jeque,

Su hijo, quiere que trueque

La esperanza con Hamet.

MALUCO.

¿Qué edad tiene?

REDUÁN.

Doce años.

MALUCO.

Y ¿piensa que ha de reinar?

REDUÁN.

Eso debe de pensar,

Porque siempre piensa engaños.

Con unos caballos moros

Le ha enviado á Mazagán,

Donde procurando van

Soldados, armas, tesoros;

Que entiende que con oír

Del Príncipe de Marruecos,

Que él llama, sólo los ecos,

Los moros le han de acudir;

Y aunque por haber reinado

El padre, no hay que fiar

De su lealtad, puede estar

Vuestra Alteza descuidado,

Porque tan pocos serán,

Que no importará perdellos.

MALUCO.

Mostrando van los cabellos

Con la ocasión que les dan.

¿Príncipe se nombra?

REDUÁN.

Sí.

LELA.

Guárdete el cielo, señor;

Que yo espero en tu favor

Que el Rey te lo llame á ti:

Reinarás á pesar suyo.

MALUCO.

Ven conmigo, Reduán.

Váyanse el Maluco y Reduán.

LELA.

Habló como capitán,

Mas no como hermano tuyo.

HAMET.

Es de aquella condición.

LELA.

Agrádame en los cristianos

El tratar á sus hermanos.

HAMET.

Es más compuesta nación.

LELA.

Filipo honraba á don Juan  
Como á su misma persona.

HAMET.

¡Maldita sea la corona  
Y flores que en ella están!  
¡Oh palabras! Con oíllas

Pasé, lleno de congojas,  
Todas estas flores rojas  
De la frente á las mejillas.

No quisiera que me hubiera  
Visto, Fátima, contigo  
En tiempo que su enemigo  
Osa levantar bandera.

Por cuanto Marruecos vale,  
Déjame ir: aplacaréle.

LELA.

Déjale que se desvele  
A la jornada que sale;

Que no ha de volver con vida,  
Ni tú sin corona á Fez;  
Y quiera Alá que esta vez  
Estas albricias te pida.

HAMET.

Entonces, destas guirnalda  
Quiero la flor solamente,  
Porque las pondré en tu frente  
De perlas y de esmeraldas.

Váyanse, y salgan Carpio, Rosales, soldados.

CARPIO.

Heme holgado en el alma, buen Rosales,  
Que vais esta jornada.

ROSALES.

Es santa empresa.

CARPIO.

Donde van mil hidalgos principales.

ROSALES.

La nación castellana y portuguesa  
Sobre el valor á vista harán hazañas,  
Que quede fania eternamente impresa.

CARPIO.

Las que en la condición fueron extrañas,  
No dudo yo que agora propias sean.

ROSALES.

En fin, Carpio, ¿nos sigues y acompañas?

CARPIO.

¿Dónde mejor valor y armas se emplean  
Que sirviendo á este mozo valeroso,  
Que aquestos ojos victorioso vean?

ROSALES.

Muchos dudan que vuelva victorioso.

CARPIO.

Y ¿qué razón le dan?

ROSALES.

La poca gente

Y el blanco donde van, dificultoso;  
Puesto que tenga corazón valiente  
Cualquier soldado, importa el ejercicio,  
Falta que el mismo General no siente.

Quiere experiencia el militar oficio;  
Aquí todo va gente regalada,  
Aunque de su valor se muestre indicio;  
Mas no está en el manejo de la espada,  
Amigo Carpio, el militar gobierno,  
Sino en la disciplina ejercitada.

CARPIO.

Cipión venció, siendo muchacho tierno,  
Grandes victorias, á pesar de Roma,  
Que murmuraba de su lauro eterno.

Cuando el gran Sebastián las armas toma,  
Nace de Carlos quinto doctrinado,  
Que en fe de que es su sangre, vence y doma.

El de Austria, en la labranza ejercitado,  
Apenas conocido, alzó la espada  
Contra el Moro en Granada rebelado;

Pues si hasta el pomo la miró esmaltada  
De sangre turca y de flamenca furia,  
Dígalos aquella frente coronada.

ROSALES.

De don Lúis de Ataíde ha sido injuria  
Quitarle el cargo y á la India envialle.

CARPIO.

Siendo el Rey general, á nadie injuria.

ROSALES.

Bien fué á Diego de Sosa justo dalle  
De General del mar el digno oficio,  
Que sabrá como diestro ejercitalle.

CARPIO.

No ha dado de su amor pequeño indicio  
Si á Cristóbal de Tábor le ha dado,  
Más por el afición que el ejercicio,  
De los aventureros que han llegado  
De tan diversas partes, cargo honroso.

ROSALES.

Es con extremo de Su Alteza amado:  
Con Martín de Borgoña, generoso,  
Tres mil tudescos van.

CARPIO.

¡Soberbia gentel

ROSALES.

Con el marqués Tomás, inglés famoso,  
Van, aunque el Rey Católico lo siente,  
Los soldados que el Papa enviaba á Irlanda.

CARPIO.

Los dos contra Isabel, secretamente,  
Enviaban esa gente.

ROSALES.

Rumor anda,  
Mas disimula el Rey, por no ser parte.

CARPIO.

¿Cuándo embarcar el General nos manda?

ROSALES.

Sale de bendecir el estandarte  
De la iglesia mayor.

CARPIO.

Gallardo viene.

ROSALES.

Así pintan á Carlos.

CARPIO.

Así á Marte.

ROSALES.

Gentil mancebo.

CARPIO.

Gentileza tiene.

Salgan, con chirimías y acompañamiento, el Alférez mayor, el rey Sebastián, Cristóbal de Tabora y el prior D. Antonio.

SEBASTIÁN.

Tomad, Alférez mayor,  
Ese estandarte real,  
Y quiera el alto Señor  
Que dió esa santa señal  
A Alfonso mi antecesor,  
Que se ensalcen esas quinas  
Entre lunas africanas,  
Pues son de su luz indinas.

ALFÉREZ.

Contra tus armas cristianas,  
¿Qué podrán las sarracinas?

Con lo que en ellas se ve,  
Oh portugués Josué  
Y nuevo Pirro español!  
Podrás detener el sol  
En la verdad de su fe.

ANTONIO.

Ya se vió un Payo Correa  
Que le detuvo otra vez.  
Y era portugués.

SEBASTIÁN.

Que sea  
Sobre los muros de Fez  
Es lo que el alma desea.  
Persuádeme mi tío  
Que os envíe y que me quede;  
Pero yo á decirle envío  
Que el fuego antes helar puede  
Y abrasar el hielo frío.  
A no conocer la gloria  
De Filipo, cuya alteza  
Vive en inmortal memoria,  
Creyera que á su grandeza  
Daba envidia mi vitoria.

Al Duque de Alba quisiera  
Hablar, y háseme excusado.

ANTONIO.

Es, señor, que reverbera  
El Sol de tu arnés dorado  
En Alba de su bandera.

Teme este fuerte español,  
Viendo al primer arrebol  
Que te hace el África salva,  
Que ha de obscurecerse el Alba  
Cuando amanezca tu Sol.

Filipo, que al Occidente  
Declina, teme también  
Que los rayos de tu Oriente  
Tanta luz á España den,  
Como el laurel de su frente.  
Ya no hay que volver atrás.

SEBASTIÁN.

Gran gusto, Prior, me das.

ANTONIO.

Si esta cruz blanca que ves  
No traigo roja después,  
Digo que no me hables más.

SEBASTIÁN.

Ahora bien, guíad al mar.

CRISTÓBAL.

Luego ¿no vuelves, señor,  
A Palacio?

SEBASTIÁN.

No hay que hablar.

ALFÉREZ.

¡Ah, señor!

SEBASTIÁN.

Cese el rumor.

Hoy me tengo de embarcar.

Descúbrase una popa de barco con tendalete.

Acosta el barco.

CRISTÓBAL.

Esto es hecho.

SEBASTIÁN.

¡Adiós, ciudad, madre mía;  
Vuélvame Dios á tu pecho!

ANTONIO.

¿Podrás salir este día  
De la barra?

SEBASTIÁN.

No, sospecho;

Pero en éste ó los que sean  
No he de salir de la mar.

ANTONIO.

¡Ciudad, mis ojos te vean!

ALFÉREZ.

¡Adiós, famoso lugar  
Que ya dos mares rodean!  
¡El cielo nos vuelva á vos!

CRISTÓBAL.

Partámonos hoy los dos  
A ganar eterna loa.

ALFÉREZ.

¡Adiós, patria!

ANTONIO.

¡Adiós, Lisboa!

CRISTÓBAL.

¡Ciudad generosa, adiós!

Disparen cuatro ó seis arcabuces á modo de salva,  
y hagan su embarcación, y salgan Muley Jeque, moro  
muchacho de doce años, y Albacarin, alcaide de  
Arcila.

JEQUE.

Habéis hecho, Alcaide noble,  
A Muley Mahamet, mi padre,  
Gran servicio.

ALBACARÍN.

Como os cuadre,

Yo sé que he ganado el doble.

Tan de vuestro padre he sido,  
Que diera al rey Sebastián  
Cuántas en Africa están,  
Como la que le he rendido.

A Arcila, desamparada  
Del Portugués, tenía yo  
Por el Maluco; él me dió,  
Jeque, su tenencia honrada;  
Pero llegando á saber  
Que el que es mi Rey natural  
Cobra el reino, soy leal  
Al Rey que lo debo ser.

¿Qué hay, señor, de la jornada

JEQUE.

Ya, famoso Albacarín,  
Prometiéndome alegre fin,  
Dió buen principio la armada;

Ya viene surcando el mar;  
Que ya del Algarbe á Lagos  
Viene prometiendo estragos  
A quien la osare esperar.

Está mi padre contento  
De que con gente cristiana  
Hará temblar la africana  
En uno y otro elemento,

Para alcanzar la corona.  
Aunque de diversas leyes,  
Le favorecen dos Reyes,  
Y el uno viene en persona:

Filipo le da favor,  
Sebastián toma la espada;  
El Africa está inclinada  
Al rey Mahamet, mi señor.

Yo he juntado mucha gente  
Que vive á su devoción;  
La justicia y la razón,  
En esta causa presente

Llevamos de nuestra parte;  
Yo pienso que desta vez,  
Sobre los muros de Fez  
Veré el cristiano estandarte.

ALBACARÍN.

Dícenme que contra ti  
A Muley Dau envió.

JEQUE.

Supo, Albacarín, que yo  
Juntaba esta gente aquí,  
Y envió su hijo Muley  
Maluco, aunque de mi edad,  
A impedir la voluntad  
Que muestran al propio Rey.

Y, ojalá quisiera Alá  
Que entre los dos se pusiera  
A quién el reino se diera  
Que Dau se promete ya;  
Que ahorrando de sangre y vidas,  
Yo le quitara la suya.

ALBACARÍN.

¡Plega Alá que os restituya  
Prendas tan bien merecidas,

Y que estas desdichas, Jeque,  
Injustamente notorias,  
Con mil alegres victorias  
En paz y descanso trueque!

¡Plega al cielo que esa frente,  
Ceñida de laurel y oro,  
Tiemble el africano Moro  
Hasta la margen de Oriente;  
Y que sin ver los reparos  
Que agora Fez le promete,  
Tarudante y Tafilete,  
Marruecos y Montes Claros,  
Bese el Maluco tus pies,  
Levantado de las manos  
Del Rey de los castellanos  
Y Sebastián portugués!

JEQUE.

Salva es ésta. ¿Si ha llegado  
A Tánger la armada nuestra?

ALBACARÍN.

La fortaleza lo muestra.

JEQUE.

Y el mar, alegre y turbado.

ALBACARÍN.

¡Oh qué bellísima armadal!

JEQUE.

¡Bizarra gente española!

ALBACARÍN.

¡Qué bien el aire tremola  
Tanta bandera cruzadal!

JEQUE.

Saliendo á la tierra van.

ALBACARÍN.

¡Qué de capitanes bravos!

JEQUE.

¡Qué de sargentos y cabos!

ALBACARÍN.

Ya sale el rey Sebastián.

Desembarquen el rey Sebastián, Muley Mahamet,  
Martin Correa, el prior D. Antonio.

JEQUE.

Déme los pies Vuestra Alteza.

MAHAMET.

Mi hijo Jeque, señor.

SEBASTIÁN.

Representa tu valor,  
Gallardía y gentileza.

De mis brazos á los suyos  
Haré un lazo de amistad.

JEQUE.

Levantarás mi humildad  
A la gloria de los tuyos.

SEBASTIÁN.

Yo le pondré la corona  
De Fez.

JEQUE.

El cielo á tus pies  
El mundo ponga, pues es  
Tan digno de tu persona.

SEBASTIÁN.

Vaya con Martín Correa  
De Silva hacia nuestra armada.

JEQUE.

¡Quiera el cielo que esta espada  
De algún servicio te sea!

MAHAMET.

¡Qué valor muestra!

SEBASTIÁN.

El de rey.

MAHAMET.

En él tengo mi esperanza,  
Si una vez el cetro alcanza  
De aquel tirano Muley.

SEBASTIÁN.

Pues para que á tus vasallos  
Con el Mahamet, más movieses,  
De moros y portugueses  
Puede llevar cien caballos,  
Recogiendo en Mazagán  
Los que rebelarse quieran.

MAHAMET.

Tantos presumo que esperan,  
Cuantos en Africa están.

Esto has de hacer, Jeque mío.

JEQUE.

Hoy conoceréis que soy  
Hechura vuestra.

SEBASTIÁN.

Yo estoy

Satisfecho de su brío.

Váyase.

ALBACARÍN.

Da los pies á Albacarín.

MAHAMET.

Alcaide de Arcila es.

ALBACARÍN.

Que en poner aquí tus pies,  
Tendrá nuestro intento fin.

SEBASTIÁN.

Yo estoy muy agradecido  
Que me hayas á Arcila dado,  
Y tendré siempre cuidado  
Del premio que has merecido.

¿Qué arcabuceros están  
En Tánger?

ALBACARÍN.

Habrá ochocientos,

Que te servirán contentos

SEBASTIÁN.

Sí, porque diestros serán,

Vayan conmigo, y pondréis,  
Prior, más bisona gente  
En su lugar.

ANTONIO.

Aunque siente

Que aquí en Tánger la dejéis,

Quedarán tres compañías  
De la más moderna.

SEBASTIÁN.

El suelo

Me recibe bien; el cielo

Me ofrece templados días,

Y me está llamando el mar.

¡Alto: á embarcar!

MAHAMET.

Todos creo

Que han de ayudar tu deseo.

ANTONIO.

¡Soldados, alto: á embarcar!

Váyanse, y salgan Maluco y Hamet, banderas,  
cajas y soldados.

HAMET.

Con gran prisa has marchado desde Susa  
De Temisnam á Camis en tres días  
Estando tan enfermo.

MALUCO.

No me excusa,

Hamet, el mal.

HAMET.

El crece, y tú porfías.

¿Qué capitán las armas no rehusa  
En tal peligro?

MALUCO.

No podrán las mías,

Cuando tan gran poder me hace ofensa,  
Excusar mi valor de la defensa;

¡Que agora quiso Alá, tiempo y fortuna,  
Que al gran Maluco la salud faltase!

¿Cómo pudiera yo temer ninguna  
Si no es que al fin la vida me quitase?

Si no la pierdo, la africana luna

Haré que á Mazagán y á Tánger pase

Y que sobre las quinas portuguesas

Ponga el verde laurel de sus empresas.

¿Qué sabes del ejército cristiano?

HAMET.

Que apenas es de quince mil.

MALUCO.

¿Qué dices?

HAMET.

No trae un hombre más el Lusitano,

Sino es que del valor los autorices.

Trae el bastón en la siniestra mano

Con tal grandeza en años tan felices,

Que quien en Túnez vió triunfando á Carlos,

Quiere en presencia y armas igualarlos.

Hace de General el digno oficio,

Y Maestre de campo es Eduardo

De Meneses, gallardo á mi juicio.

MALUCO.

En siendo portugués, será gallardo.

Los tres, con experiencia y ejercicio,

Y de quien más satisfacción aguardo,

Son, ¡por Alá! tres fuertes capitanes

De españoles, toscanos y alemanes.

¿Sabes del español acaso el nombre?

HAMET.

Alfonso de Aguilar. Pero una cosa



Quiero contarte, porque más te asombre  
Esta nación valiente y belicosa,  
Por ventura no oída de algún hombre  
En toda aquella máquina famosa  
De los romanos Césares ó godos,  
Con ser tan fuertes y soberbios todos.

MALUCO.

¿De qué manera?

HAMET.

Trae la corona

Y el cetro Sebastián en una caja,  
Para poner, vencida tu persona,  
En su frente real.

MALUCO.

¡La lengua ataja!

HAMET.

Si te he ofendido, gran señor, perdona.

MALUCO.

Al río Mármol esa gente baja,  
Marcha á Alcasarquibir.

HAMET.

Marcha, que es tarde.

MALUCO.

Muy malo voy.

HAMET.

Alá tu vida guarde.

Salgan caja y bandera, Sebastián, el prior D. Antonio,  
Eduardo y el capitán Aldana.

SEBASTIÁN.

Alégrame en extremo tu venida,  
¡Oh capitán Aldana valeroso!

ALDANA.

¡Prospera el cielo tu importante vida!  
Responde el Duque de Alba generoso  
A tu carta con ésta y un presente.

SEBASTIÁN.

Del Duque estuve, hasta que os ví, quejoso.  
La carta leed.

ALDANA.

Él dice lo que siente.

EDUARDO.

«Estaba con disgusto creyendo que Vuestra  
Majestad intentaba empresa por tierra en  
África; mas ya que por esta carta me asegura  
que sólo va á Alarache, alabo la resolución,  
y prometiéndome ver otra vez vivo á su felicí-  
simo abuelo Carlos quinto, le envío la celada  
y casaca con que entró victorioso en Túnez,  
para que Vuestra Majestad, imitando sus glo-  
riosas hazañas, le parezca en Fez.—*El Duque  
de Alba.*»

ANTONIO.

Parece que ese nombre pone aliento.

SEBASTIÁN.

¿Que no me quiso ver el Duque?

ALDANA.

Estaba

Enfermo, y vió á Filipo descontento.

SEBASTIÁN.

¿Por qué?

ALDANA.

Porque esta empresa se intentaba.

SEBASTIÁN.

Ya está en ejecución mi pensamiento;  
Éste en los hombres, capitán, se alaba;  
Ya estoy á vista del contrario fiero:  
Espero en Dios, y en este brazo espero.

¿Qué hay del Maluco?

ANTONIO.

Que marchando viene

Dentro de una litera medio muerto,  
Y que sesenta mil caballos tiene  
Que cubren por diez leguas el desierto;  
Y dicen que á su hermano Hamet previene,  
Como está de salud y vida incierto,  
Que si no muestra heroica fortaleza,  
El mismo ha de cortarle la cabeza.

Gobierna tres mil moros andaluces,  
Doalí, Algortí y el fuerte Raguseo,  
Osarino, caballos, arcabuces.

SEBASTIÁN.

¿Número?

ANTONIO.

Desigual.

SEBASTIÁN.

Así lo creo.

ANTONIO.

De aquellos que adoraron nuestra cruces  
Y los perdió su bárbaro deseo,  
Es capitán, señor, Hamete Faba.

SEBASTIÁN.

Brava es la gente.

ANTONIO.

Y la arrogancia es brava.

Sale Muley Mahamet.

MAHAMET.

Bien puedes prevenirme á la defensa.  
Solimán cordobés, caballero  
Del Maluco, tan fiero, que ya piensa  
Que tu cristiano ejército deshizo,  
Sale á reconocernos, y en tu ofensa.  
Con una banda de caballos hizo  
Más con palabras locas y algazara  
Que con las obras.

SEBASTIÁN.

La intención declara.

¡Alto, amigos: ya es tiempo, portugueses,  
De mostrar el valor! ¡Ayuda, cielos!  
¡Ea, Duque de Aveiro, hoy los arneses  
Han de mostrar quién son nuestros abuelos!  
¡Ea, fuerte Eduardo de Meneses!  
¡Ea, Teodosio, Duque de Barcelos,  
Al arma!

ANTONIO.

Hoy es del África el estrago.

SEBASTIÁN.

¡A ellos, Santiago!

TODOS.  
¡Santiago!

Hecha aquí su batalla dentro, y fuera lo mejor que  
puedan, salga el capitán Aldana.

ALDANA.  
¡Ah, discreto y santísimo Felipe,  
Qué bien pronosticabas esta guerra!  
¡Triste de aquel que della participe!  
¡Mas muera yo! ¡Santiago, cierra, cierra!

Váyase y salga el Prior.

ANTONIO.  
Si es justo que á la muerte me anticipe,  
Y bañe aquesta vil bárbara tierra  
De mi sangre, ó más justo que cautivo  
Quede, en infamia de los hombres, vivo.....  
Mas ¿no es éste Eduardo?

Sale Eduardo, sangriento.

EDUARDO.  
¡Antoniol  
ANTONIO.

¡Hermano!

EDUARDO.  
¿Sabéis lo que hizo el Rey viendo que el Moro  
Nuestro pequeño ejército cristiano  
Cercó con tal ventaja? Al Dios que adoro  
Alzó la espada en la robusta mano,  
Y como suele agarrochado toro,  
Entró, rompiendo la cruel canalla,  
Por medio del rigor de la batalla.

Tres caballos le han muerto, y el postrero  
Le han llevado á morir.

ANTONIO.  
¡Terrible caso!  
¡Ay, mi Rey y señor! ¡Seguirle quiero!

Váyanse y salga el Rey.

SEBASTIÁN.  
Ya no puedo mover el débil paso.  
Mas ¿cómo no? ¡Detente, moro fiero!  
Fáltame fuerza, y de furor me abraso.  
¿Yo no soy Sebastián? Si es que estas flechas  
Por el nombre vinieron tan derechas,  
Entro á morir. ¡Valedme, Virgen pural  
¡Por Cristo muero y por su fel!

Salen Hamet por una parte y Solimán por la otra.

HAMET.  
No creo  
Que puede tu salud estar segura

Mejor que en este célebre trofeo.  
¡Victoria, gran señor!

SOLIMÁN.  
Tente.  
HAMET.

Procura,  
Para que gane albricias tu deseo,  
Decir al gran señor que hemos vencido.  
SOLIMÁN.

Dame esos pies.  
HAMET.  
¿Qué dices?  
SOLIMÁN.

Los pies pido.

Moros dentro.

¡Rey Hamet! ¡Rey Hamet!  
SOLIMÁN.  
¿Oyes aquello?

HAMET.  
¿Murió mi hermano?  
SOLIMÁN.  
Sí.  
HAMET.  
Ya todos llegan.

Salgan los que puedan.

MOROS.  
Deja que ciñan perlas tu cabello.  
SOLIMÁN.  
Ya la bandera como á rey te entregan.  
HAMET.  
Dejadme ved al Rey.  
SOLIMÁN.  
¿Para qué es vello?  
Conténtese de ver que no le niegan  
Los cielos la victoria en la otra vida.

HAMET.  
Verdad dijiste, Fátima querida.  
TODOS.  
¡Rey Hamet, Hamet Rey, viva!

## ACTO SEGUNDO.

Sale el alcaide Almanzor, y Albacarán, ya viejo.

ALMANZOR.  
¡Sea Albacarán venido  
Muchas veces norabuena!

ALBACARÍN.  
Con verte, Alcaide, lo ha sido;  
Que hartó en África se suena

La gloria de tu apellido.

En fin, ¿te hallas con cristianos?

ALMANZOR.

Sirvo á Muley Jeque.

ALBACARÍN.

Has hecho Como hidalgo.

ALMANZOR.

Los tiranos

Gozan su reino á despecho

De los nobles africanos.

Debiera Jeque reinar.

ALBACARÍN.

Y pienso que habrá lugar;

Que no vengo en balde aquí.

¿Está ya muy hombre?

ALMANZOR.

Sí;

Puede el mundo gobernar.

ALBACARÍN.

Desde áquella gran batalla

En que el sucesor de Abdalla

Y el Rey portugués perdieron

Las vidas, y donde hicieron

Lo que el tiempo injusto calla,

No le he visto.

ALMANZOR.

¿Ha muchos años?

ALBACARÍN.

Doce el Príncipe tenía.

ALMANZOR.

En medio de tantos daños,

El que en los propios vivía,

Entró en los reinos extraños;

Vino á España en protección

Del rey Felipe.

ALBACARÍN.

Gran mall

¿Trata de su preten-sión?

ALMANZOR.

Dió á Felipe Portugal

La debida posesión,

Y allí el Jeque se crió;

Después, como ves, volvió,

Y vive en la Andalucía.

ALBACARÍN.

Esta fué mi tietra.

ALMANZOR.

Y inía.

ALBACARÍN.

Yo soy della Alcaide.

ALMANZOR.

Y yo.

ALBACARÍN.

¿Es Andújar buen lugar?

ALMANZOR.

Bueno, alegre y delicioso.

ALBACARÍN.

Muy bien os debéis hallar.

ALMANZOR.

El Príncipe es generoso,

De todos se deja amar.

ALBACARÍN.

¿Tiene buen talle?

ALMANZOR.

Extremado,

Porque es bien proporcionado,

Y muestra en su gravedad

Una real majestad

Y es de mil gracias dotado.

Tañe con mucho primor.

Canta como gran señor,

Danza y baila á la cristiana.

ALBACARÍN.

Esa condición humana

Es el donaire mayor.

ALMANZOR.

Parece con maravilla,

Cuando á caballo se pone,

Que nació en la misma silla,

Aunque en esto me perdone

Jerez, Córdoba y Sevilla.

ALBACARÍN.

¿Qué casa tiene?

ALMANZOR.

Cien moros.

ALBACARÍN.

¿Y moras?

ALMANZOR.

Veinte.

ALBACARÍN.

¿El gastar?

ALMANZOR.

Grande, á tener mil tesoros.

ALBACARÍN.

¿En qué se huelga?

ALMANZOR.

En cazar

Y en ver cómo lidian toros.

ALBACARÍN.

¿Trae guarda?

ALMANZOR.

De alabarderos.

ALBACARÍN.

¡Ah, tiempos cuán lisonjeros

Con este mancebo os vi!

ALMANZOR.

Como eso llevan tras sí,

Corriendo siempre ligeros.

Él se ha levantado ya.

Sale el Jeque, ya hombre, y Zayde, criado

JEQUE.

Qué, ¿Albacarín es venido?

ALBACARÍN.

Á tus pies, señor, está.

JEQUE.

No te hubiera conocido

Sin nombre.

ALBACARÍN.

Esos pies me da.

JEQUE.

Viejo estás ya.

ALBACARÍN.

Y tú muy hombre.

ALMANZOR.

Efectos del tiempo son.

ALBACARÍN.

No hay, señor, por qué te asombre;

Trueca la disposición,

Pero no oscurece el nombre.

Al que es niño, mozo hace;

Al mozo, hombre; al hombre, viejo;

Al viejo, en tierra deshace;

No hay libro como el espejo,

Desde que la vida nace.

Contento recibo en verte;

Lágrimas bañan mi cara,

Con memoria de la muerte

Del Rey tu padre.

JEQUE.

Bastara

Verme para enternecerte;

Días ha que no nos vemos.

ALBACARÍN.

Desde aquella gran batalla,

Que es tan justo que lloremos.

JEQUE.

¿Cómo el África se halla?

ALBACARÍN.

Haciendo por verte extremos;

Y gloriosa de que pudo

Vencer á España.

JEQUE.

¿Vencer?

Eso del África dudo;

Antes debiera tener

Su fama un silencio mudo:

Cien mil vencer quince mil,

Parece victoria vil.

ALBACARÍN.

Si tu padre y Sebastián,

Uno fuerte capitán,

Y otro mancebo gentil,

Llegaran con gente igual,

De la una y de otra ley,

Hoy, con aplauso inmortal,

Gozara Fez de su Rey,

Y á Sebastián Portugal.

JEQUE.

Como tan niño quedé,

Nunca bien supe ó leí

Cómo la batalla fué.

ALBACARÍN.

¿Quiéresla saber de mí?

JEQUE.

¡Pues no!

ALBACARÍN.

Escúchame.

JEQUE.

Sí haré.

ALBACARÍN.

Con setenta mil caballos

Y con veinte mil infantes,

Dellos moros de Granada,

Y dellos moros alarbes,

Maluco, Rey de Marruecos,

De Fez y de Tarudante,

Espera que Sebastián

Saque su gente de Tánger.

Pasa el cristiano famoso,

Más que dichoso arrogante,

Á quien no pudo Filipo

Desta empresa desvialle,

Quince mil hombres el Lucio,

Que con humildes cristales

Paga al mar debido censo,

Creciendo con sus embates.

Osarino Raguseo

Llevaba el cargo importante

De fuertes arcabuceros,

Con jacerinas y alfanjes;

Doalí con los andaluces,

Y con los varios linajes

De renegados, Mahamet

Faba, capitán notable;

Muza lo era de su guarda,

Que Reduán Aben-Zayde

Quedó por Gobernador

En los reinos que tú sabes,

Luego que tu padre ilustre

Puso en alto su estandarte,

Porque acudiesen á él

Los que él tuvo por leales.

Y se vió que con el miedo

No hay solo un hombre que pase;

Tal era del rey Maluco

La guarda y cuidado grande.

Á Sebastián persuadió

Que la batalla excusasen;

Que quince mil á cien mil

Éran campos desiguales.

Mas el intrépido mozo,

Como peña que el mar bate,

Dijo: «Jarife, aunque muera

Pienso pasar adelante.»

Y así, su campo pequeño

Divide el Rey en tres partes:

La primera en otras tres,

Porque mejor se ordenase.

Portugueses ventureros

Llevan el medio, y la parte

Siniestra, los castellanos;

La diestra, los alemanes;

Los aventureros quiso

Que Alvaro Pérez llevase;

Aguilar, los de Castilla,

Aunque pocos, importantes;

Los tudescos, guarnecidos

De italianos infantes,

Lleva el señor de Tamberge,

Con los soldados de Tánger

Que con Hércules de Pisa  
 Guardaban del mar la margen  
 Cuando tú, con cien caballos,  
 Llegaste á verle una tarde.  
 Los del escuadrón de en medio,  
 Miguel de Noroña trae  
 Con don Vasco de Silveira,  
 Que quiere que le acompañe;  
 Tabora, del escuadrón  
 Tercero tiene la llave,  
 Que quiso que Diego López  
 De Arcila el paso guardase;  
 De escopeteros dos mangas  
 Coronaban las tres partes,  
 Con trescientos mosqueteros  
 Para que mejor le guarden;  
 Luego la caballería  
 En triángulo se abre,  
 De mil y quinientos hombres  
 Que á setenta mil combaten.  
 Diéronle la parte diestra  
 A don Jorge de Alencastre,  
 Duque de Aveiro: en la otra  
 Estaba el real estandarte.  
 Al Embajador del Rey,  
 Don Juan de Silva, hombre grave,  
 Con el Duque de Barcelos,  
 Este mismo puesto cabe.  
 Docientos caballos iban  
 Tras éstos, de los que saben  
 La tierra, y llaman fronteros,  
 Y luego tu heroico padre  
 Con pocos moros; que, en fin,  
 Pocos se atreven á darle  
 Las armas, como le dieron  
 Un tiempo las voluntades.  
 Así marcha Sebastián,  
 Siguiéndole los bagajes.  
 Hizo el Maluco una luna,  
 Y no de gente menguante,  
 Porque puso en cada cuerno  
 Diez mil caballos alarbes,  
 De suerte, que al tiempo cuando  
 Los dos quisieron juntarse,  
 La retaguarda cristiana  
 Tocaban los de adelante;  
 Y con ser, como lo ves,  
 Este número tan grande,  
 Que no es razón que la envidia  
 Mal en sus hazañas hable,  
 Tres veces rompen los moros,  
 Y las enseñas reales  
 Les ganan los portugueses  
 Con valor incomparable.  
 Huye tres veces el Moro,  
 Y yo vi que iba en su alcance  
 Eduardo de Meneses,  
 La espada teñida en sangre.  
 Y aun pienso que por ponerse  
 A detener los cobardes  
 El fuerte Muley Maluco,

Fué causa de desmayarse,  
 Porque estaba ya á la muerte,  
 Y murió en el mismo instante;  
 Pero poniendo un muchacho  
 Que junto á su cuerpo hablase,  
 Encubierto en la litera,  
 Fué la batalla adelante;  
 Que si no, Sebastián vence,  
 Y tu padre, en los adarves  
 De Fez su bandera pone,  
 Que es más que la fuerza el arte.  
 Al fin, la gran multitud,  
 Que como granizo cae,  
 Venció, y no por el valor,  
 Que no es razón que os alabe.  
 Murió el Duque, murió Aldana,  
 Capitán de insignes partes,  
 Que en las armas y las letras  
 Dicen que es justo alabarle.  
 Prendieron á don Antonio  
 Y otros hombres principales.  
 Púsose á caballo el Rey,  
 Como otro Carlos de Gante,  
 Y despreciando la vida,  
 Para no venir á darse,  
 Por los moros va más fiero  
 Que pintan armado á Marte.  
 No le espanta á Sebastián  
 Que tres caballos le maten;  
 Entra, rompe, hierre, mata,  
 Corta, derriba, deshace;  
 Pero es uno y son cien mil.  
 Muere Sebastián, y tráenle  
 Muerto al nuevo Rey, un Rey  
 Más famoso que Alejandro.  
 Corriendo con las banderas,  
 Hace que su nombre ensalcen  
 Donde pensé oír el tuyo  
 Si fuera Alá favorable.  
 Ahogóse tu padre, ¡ay triste!  
 Que quiere el hado que pase,  
 Al crecer el Mucaceno,  
 Las aguas humildes antes.  
 Esta fué la gran tragedia  
 Que no es bien que el Moro ensalce;  
 Antes, al gran Portugués  
 Es bien que la frente enrame;  
 Que aunque fuera más cordura  
 Haber tomado Alarache,  
 No se le puede negar  
 El corazón indomable.  
 Conque por sí mismo es justo  
 Que otro Scipión le llamen,  
 Que si Dios da las victorias,  
 El mismo las causas sabe.

JEQUE.

El alma me suspendiste.

ALBACARÍN.

Pues no he tocado en la guerra,  
 Aunque la guerra me oiste.  
 Todo lo que triste encierra

Excusé por verte triste;  
Fuera de que larga historia,  
Quiere larga relación.

JEQUE.

Bien tengo yo en la memoria,  
Albacarín, la ocasión  
Desa trágica victoria.

ALBACARÍN.

Fué notable la batalla,  
Porque tres Reyes murieron.  
Mil cosas la fama calla  
Que los cristianos hicieron  
Y los amigos de Audalla,  
Tudescos y castellanos,  
Todos murieron vendiendo  
Sus vidas con propias manos.

JEQUE.

De oír que venzan me ofendo  
Esos injustos tiranos.

Vete, Alcaide, á descansar,  
Y vente á comer conmigo.

ALBACARÍN.

Tu hechura quieres honrar.

JEQUE.

Fuiste de mi padre amigo.  
Hazle, Almanzor, regalar.

ALBACARÍN.

Voy con él.

ALMANZOR.

Alá te guarde.

Váyanse Almanzor y Albacarín.

ZAYDE.

¿Qué has de hacer aquesta tarde?

JEQUE.

Zayde, ¿á qué efecto se ha hecho,  
Aunque ya lo que es sospecho,  
De tanto cristiano alarde?

ZAYDE.

¿No has oído desta ermita  
De la que llaman bendita  
Los cristianos, y aun los moros,  
Tan rica de mil tesoros  
Que le ofrecen?

JEQUE.

Quita, quita.

¿Eso es?

ZAYDE.

De la Cabeza

Lllaman aquesta María,  
Que es Virgen de gran belleza;  
Y en toda el Andalucía,  
Adornada de riqueza,

Preséntanle varios dones;  
Traen tiendas y pabellones  
Á aquel campo los cristianos,  
Y en las tiendas y en las manos  
Levantán ricos pendones.

JEQUE.

Deja, Zayde, disparates.

ZAYDE.

Respondo á lo que preguntas,  
Porque otra vez que esto trates  
Sepas lo que son las juntas.

JEQUE.

Cálzame unos acicates.

ZAYDE.

Pues ¿has mandado ensillar?

JEQUE.

¿El overo negros cabos?

ZAYDE.

Agora le van á herrar  
Muy despacio los esclavos.

JEQUE.

Haz el castaño sacar.

Dentro grita de un carro, guitarras y sonajas.

¿Qué grita es ésa?

ZAYDE.

¿No ves

Que es un carro desta fiesta?

JEQUE.

¿Tan gran regocijo es?

ZAYDE.

Que todo el mundo se apresta.

JEQUE.

Bullendo me están los pies.

Relinchen dentro y canten luego:

Á la Virgen bella  
Rosas y flores,  
De Jaén y Andújar  
Los labradores.

Tornen á relinchar y diga el carretero:

CARRETERO.

¡Arre aquí, que se adelanta!  
¡Arre, mula de la hermosa!

JEQUE.

No canta mal.

CARRETERO.

— Muy bien canta.

JEQUE.

¡Bravo carro!

ZAYDE.

¡Linda cosa!

JEQUE.

Lo que se alegran me espanta.

ZAYDE.

Es una gran devoción.

JEQUE.

¿Son pretales éstos?

ZAYDE.

Son

Cascabeles de las mulas.  
Mal el placer disimulas.

JEQUE.

Es ésta mi inclinación.

Holgarme quisiera allá,  
Pero seré muy notado;  
Lo que te pido me da,  
Saldré á la plaza ó al prado.

ZAYDE.  
Verás la gente que va.

JEQUE.  
¿Quién con el Alcaide viene?

ZAYDE.  
Tres moros.

JEQUE.  
¡Buen talle tiene!  
Yo le conocí bien mozo.

ZAYDE.  
Muérese, en verte, de gozo,  
Y admirado se detiene;  
Hame dicho que, á pesar  
Del África, has de reinar  
En Marruecos.

JEQUE.  
Á placer,  
Zayde amigo, vendrá á ser,  
Si Alá me diere lugar.

Dentro:

UNO.  
Por acá vamos mejor.

OTRO.  
Por acá la gente va.  
JEQUE.  
¿Qué toca aquel atambor?

ZAYDE.  
Alguna danza será,  
Que va á la ermita, señor.

JEQUE.  
¿Danzas también?  
ZAYDE.  
Es braveza.

Salen tres damas con rebozos, capotillas  
y sombreros. L

DAMA 1.<sup>a</sup>  
Á fe, que le hemos de ver.

DAMA 2.<sup>a</sup>  
Desde aquí la fiesta empieza.  
JEQUE.

¿Qué es esto?

ZAYDE.  
Deben de ser.  
Las que van á la Cabeza.

DAMA 3.<sup>a</sup>  
Mujeres somos.

JEQUE.  
Ya os veo.  
¿Sois de Andújar?

DAMA 1.<sup>a</sup>  
No, en verdad.  
JEQUE.

¿Á qué venís?

DAMA 2.<sup>a</sup>  
Con deseo

De veros.

JEQUE.  
Entrad, entrad.

DAMA 3.<sup>a</sup>  
Buen talle tiene.

DAMA 1.<sup>a</sup>  
No es feo.  
¿No sois el Príncipe, vos,  
De Marruecos?

JEQUE.  
Soy el mismo.  
DAMA 1.<sup>a</sup>

Que este hombre ¡válame Dios!  
Se va por su pie al abismo.

JEQUE.  
Oid. Iremos los dos.

DAMA 1.<sup>a</sup>  
No me asgáis, que ser podía  
Llevarme tras vos.

JEQUE.  
Querría,  
Adonde fuere, llevar  
Un ángel.

DAMA 1.<sup>a</sup>  
¡Que sabe hablar!  
¿Hay tal cosa, hermana mía?  
JEQUE.

Hablo bien, ó razonable,  
En mi lengua, aunque es notable,  
Y en ésta caigo en mil menguas;  
Pero entrad: troquemos lenguas,  
Para que en la vuestra os hable.

DAMA 2.<sup>a</sup>  
¿Guarte, Inés, que sabe mucho!  
¿Has visto cuál respondió?

JEQUE.  
Zayde, en mil sospechas lucho.  
ZAYDE.

No las toques.  
JEQUE.  
¿Cómo no?

DAMA 1.<sup>a</sup>  
¿Tocar? ¿Qué es eso que escucho?  
JEQUE.

Pues ¿á qué entrastes acá?  
DAMA 1.<sup>a</sup>

Á veros.

JEQUE.  
¿Por qué?  
DAMA 1.<sup>a</sup>  
Esta tierra,

Llena de la fama está  
Que vuestro valor encierra.

JEQUE.  
En fin: ¿me habéis visto ya?

DAMA 1.<sup>a</sup>  
Un hombre sois.  
JEQUE.  
No recelo

Que soy más.

DAMA 1.<sup>a</sup>

Así os hallamos.

JEQUE.

Ya por saber me desvelo

Lo que pensastes.

DAMA 1.<sup>a</sup>

Pensamos

Que érades de terciopelo.

JEQUE.

Podrá ser que os lo parezca

Tratado: llegad, tocad.

DAMA 1.<sup>a</sup>

¿Tan blando sois?

JEQUE.

Que merezca

Por vuestra curiosidad

Que esta merced se me ofrezca,

Está muy puesto en razón.

DAMA 1.<sup>a</sup>

Sois de tierra en que hay leones,

Y debéis de ser león.

JEQUE.

Si imito sus condiciones,

Tendré noble condición.

DAMA 2.<sup>a</sup>

No sabemos nada della.

JEQUE.

Como es de real corona,

A los bravos atropella,

A los humildes perdona,

Y á los tiranos degüella.

DAMA 1.<sup>a</sup>

¿Por qué no habéis castigado

A aquellos que os han quitado

Vuestro reino?

JEQUE.

Porque el cielo,

De los imperios del suelo

Tiene el Consejo de Estado;

Y así, pone y quita leyes,

Muda coronas y reyes,

Que del Imperio africano

Pudiera serlo un cristiano,

Como el Jarife y Muleyes.

Murió el fuerte Sebastián

Con la más lucida gente

Que ha tenido capitán.

DAMA 3.<sup>a</sup>

En fin: ¿por vuestro pariente

Tan grandes reinos están?

JEQUE.

Él los tiene, y yo en España

Vivo confuso.

DAMA 1.<sup>a</sup>

¿Tendréis

Ésta como tierra extraña?

JEQUE.

Antes madre, como veis,

Que me cría y me acompaña.

Hijo suyo me llamad;

Que si África me dió el sér,  
España me dió la edad.

DAMA 1.<sup>a</sup>

¡Qué bien el agradecer

Confirma la majestad!

Conquistad el reino agora,

Y llevaréis tres soldados.

JEQUE.

Yo os lo agradezco, señora;

Ni fuéramos engañados

Si es el sol como el aurora.

Que como en las ocasiones

Ha vencido la hermosura

Mil Hércules y Sansones,

Vencer la vuestra asegura

Los africanos leones.

Gentil guerra haré con ellas:

Mas bueno fuera el valor

Que se iguala á las estrellas,

A matar hombres de amor

Con amazonas tan bellas.

DAMA 1.<sup>a</sup>

Antes fuérades tenido

En mucho, si África ha sido

De mujeres tan amiga

Cuanto vuestra ley lo diga,

Pues tiene ciento un marido.

JEQUE.

De mi ley no os digo nada,

Porque no hay disputa en ella;

Pero una mujer airada

Es una pintura bella

Con una lengua de espada.

Y como sola se ve,

Tiene debajo del pie

Al hombre más principal;

Y así, es bien que este animal

Entre otros muchos esté.

Que viendo tantas al lado,

Porque el marido la escoja,

Está humilde, muestra agrado,

Ni da voces, ni se enoja,

Ni hay celos, ni tiene enfado.

Acá vivís los cristianos

Sujetos á las mujeres,

Que son terribles tiranos,

Comprando vuestros placeres

Con toda el alma en las manos.

Allá, si aquélla se enfada,

Elijo la que me ruega;

Si ésta acaso está enojada,

Otra á mis brazos se allega,

Que por humildad me agrada.

¿Veis cómo es gloria en el suelo?

DAMA 1.<sup>a</sup>

Antes mayor confusión,

Mayor pena y desconsuelo;

Dejando aparte que son

Esas leyes contra el cielo.

Paz decís que habéis tenido,

Y es que queréis disrazar



Vuestro vicioso sentido,  
Porque mal puede durar  
Un reino tan dividido.

¿Qué confusión como ver  
La envidia de dos mujeres?  
Ó ¿qué amor puede tener,  
En tan prestados placeres,  
Una celosa mujer?

Amor no es más de costumbre  
Y hábito de verse dos;  
Entre tanta muchedumbre,  
Dormiré una vez con vos,  
Y mil tendréis pesadumbre,

Y al fin, donde hay poco trato  
Es muy cierto el poco amor;  
Si allá queréis tan barato  
De la mujer el favor,  
Es pagar con pecho ingrato.

Y al fin no es amor, que es vicio;  
Acá, la ley española  
Da de política indicio  
En solo amor y en fe sola,  
Que es del hombre el digno oficio.

Con esta justa lealtad,  
Con esta sola amistad,  
Merece el hombre el amor  
De la mujer; en rigor,  
De una eterna voluntad.

Allá, ni seréis queridos,  
Ni con lealtad estimados,  
Porque, los gustos perdidos,  
Se emplearán en los criados  
A falta de los maridos.

JEQUE.

¿No ves tú que hay guardas grandes?

DAMA I.<sup>a</sup>

Y esas guardas, ¿no son hombres?

JEQUE.

Cuando á tanto te desmandes,  
¿No ves que son medios hombres?

DAMA I.<sup>a</sup>

También hay verano en Flandes;  
Que no hay hielo sin calor,  
Ni con hambre mal sustento.

JEQUE.

Son feos por tal rigor,  
Que helarán un pensamiento  
Lleno de fuego de amor.

DAMA I.<sup>a</sup>

Si él está de fuego lleno,  
No hallará el hielo vacío;  
Ni por eso los condeno,  
Que más quiero un feo si es mío,  
Que un hermoso si es ajeno.

JEQUE.

¿No ves que tienen cortadas  
Narices, bocas y orejas?

DAMA I.<sup>a</sup>

¿Qué leyes tan desdichadas,  
Guardar humildes ovejas  
Con fieras ensangrentadas!

¡Bien haya la ley cristianal  
Al fin, es ley verdadera,  
Justa, santa y soberana;  
Que vuestra ley africana  
Toda es locura y quimera.

¿Yo díz que tengo de ver  
A mi marido acostado  
En brazos de otra mujer?  
Buscaré un hombre pintado,  
Si vivo no puede ser.

¡Mal fuego me queme, amén.  
Si fuera mujer de bien!  
Falte guarda, falte amigo,  
Ofenderéle conmigo  
Cuando no tenga con quién.

Vamos, que he tomado enojo,  
Con los moros, temerario.

JEQUE.

¿Tanto desdén?

DAMA I.<sup>a</sup>

No me arrojo

Menos cuando es necesario.

JEQUE.

Tené, cumplíme un antojo.

DAMA I.<sup>a</sup>

¿De qué?

JEQUE.

De que quiero ver

La cara de una mujer  
Que á mi cuenta es muy honrada;  
Que yo tengo por culpada  
La que no sabe querer,

DAMA I.<sup>a</sup>

Veísmela aquí.

JEQUE.

Hermosa, por cierto.

DAMA I.<sup>a</sup>

Nuestra gente pasa: adiós.

JEQUE.

¿Sois casada?

DAMA I.<sup>a</sup>

Anda el concierto.

JEQUE.

¿Queréis que vaya tras vos?

DAMA I.<sup>a</sup>

Nunca navegáis sin puerto,  
Nunca entréis donde se entienda  
Que puerta ó pared ataja,  
Corráis caballo sin rienda,  
Riñáis sin mucha ventaja,  
Ni deis dineros sin prenda.

Vos sois moro, yo cristiana;  
Vos príncipe, yo villana;  
No riñáis, corráis, ni entréis,  
Ni navegáis, ni prestéis  
Donde es la esperanza vana.

Vayanse las tres.

ZAYDE.

Fuése.

JEQUE.

¿Hay, Zayde, tal mujer?

ZAYDE.

¡Qué gran pico!

JEQUE.

¡Bachiller!

Espuelas pone á la fiesta.

ZAYDE.

Pues habrá dos mil como ésta.

JEQUE.

La fiesta deseo ver.

ZAYDE.

¿Cómo podrás?

JEQUE.

Disfrazado

De cristiano, y rebozado;

Que no será conocido

Entre el confuso ruido.

ZAYDE.

Bien irás.

JEQUE.

Iré extremado.

Quiero hacer burla y reir

Desta ley de los cristianos.

ZAYDE.

Mil damas suelen venir

De los pueblos comarcanos.

JEQUE.

Haz que me den de vestir;

Que á hacer burla dellos voy,

Y á ver qué imagen es ésta.

ZAYDE.

Todo Andújar parte hoy.

JEQUE.

¡Brava grita!

ZAYDE.

¡Extraña fiestal!

JEQUE.

Alegra, á fe de quien soy.

Salgan, con gran fiesta, á armar una tienda, mujeres  
y hombres con guitarras y adufes, bailando como se  
usa en Andalucía en la fiesta de la Virgen de la  
Cabeza.

Canten:

Virgen pura, estrella,

Norte de la mar,

Llevadme á la orilla,

Que me voy á anegar.

Pues hecha de soles

La cabeza es

Desta Virgen santa,

Y estrellas sus pies.

Rayos de sus ojos,

Norte de la mar,

Llevadme á la orilla,

Que me voy á anegar.

Salen Leonardo, Celia, Hernando y Luis.

LEONARDO.

Bien está puesta la tienda.

LUIS.

Asiéntese el rancho aquí.

CELIA.

Guardó Hernando la merienda.

HERNANDO.

Y ¿cómo?

LUIS.

¿Hay qué beber?

HERNANDO.

Sí.

LUIS.

Pues echa, y nunca se venda.

Siéntense á merendar y beber. Otro por otra parte  
con la misma música á plantar otra tienda enfrente,  
y diga una mujer:

Canten.

La Virgen de la Cabeza,

Respondan todos:

¡Quién como ella!

Salen Placidio, una mujer y Francelio.

MUJER.

Hizo gloria aquesta tierra.

TODOS.

¡Quién como ella!

MUJER.

Tiene la frente de perlas.

TODOS.

¡Quién como ella!

MUJER.

Y de oro fino las hebras.

TODOS.

¡Quién como ella!

MUJER.

Parió, quedando doncella.

TODOS.

¡Quién como ella!

MUJER.

Sana cuantos van á vella.

TODOS.

¡Quién como ella!

MUJER.

Da salud á los que enferman.

TODOS.

¡Quién como ella!

MUJER.

Vista al ciego, al mudo lengua.

TODOS.

¡Quién como ella!

La Virgen de la Cabeza,

¡Quién como ella!

PLACIDIO.

¿Está ya la tienda armada?

FRANCELIO.

Bien podéis entrar.

MUJER.

Enfrente

Tenemos otra.

Siéntense.

PLACIDIO.

Es de honrada

Gente.

FRANCELIO.

Y ¿de dónde es la gente?

PLACIDIO.

Es del reino de Granada.

FRANCELIO.

¿No querrán vuestras mercedes  
Que los brinde desde aquí?

Los de la otra parte:

LEONARDO.

¿Por qué, mi rey?

PLACIDIO.

Bien les puedes

Decir lo del alfaquí

LEONARDO.

Antes me hacéis mil mercedes,

Pues Abenabó y Ardón

Bebieron vino.

LUIS

Judío,

¿Ya no sabe que ésos son

Su mismo padre y su tío?

PLACIDIO.

¡Por Dios, que tiene razón!

Pero brindis con aquésta.

Alce una bota.

LUIS.

Yo le respondo con ésta.

Alce otra el otro.

CELIA.

Diga, ¿es ella de Jaén,

Señora doña sartén?

MUJER.

¡Oiga, la galga compuesta!

¿A quién le pidió prestado

El vestidillo y sombrero?

¡Por vida del muy quemado

De su abuelo el buñolero!

CELIA.

Manjar blanco de pescado,

¿Tú osas hablar?

MUJER.

¿No puedo,

Señora Maritrapillos?

LUIS.

Todo el mundo se esté quedo.

CELIA.

Sacaréle los carrillos,

Así Dios guarde a Quevedo.

LUIS.

Ya tengo dicho que estemos  
Quedados.

CELIA.

¿Qué hablan los lebrones?

PLACIDIO.

Que nos brinden.

LEONARDO.

Eso haremos.

Sale un suplicacionero.

SUPLICACIONERO.

¿Hay á las suplicaciones?

LEONARDO.

¿Traéis naipes?

SUPLICACIONERO.

Sí.

LEONARDO.

Juguemos.

Siéntense á jugar, y sale Alonso, villano,  
en un pollino.

¡Arrel..... ¡Ofrezco á Bercebú

El ama que te crió!

¡Que siempre en ¡arrel y en ¡sol!

Hemos de andar tú por tú!

¡Oh, mal torzón que te dé!

Ved cuál baja la cabeza.....

¡Arrel.... En lo llano tropieza.....

¡Mal clavo le pase el pie!

A fe, que si hacia el lugar

Do está la burra de Esteban,

Desde las viñas le llevan,

Que no sabe tropezar;

Mas como le voy llevando

A cosas de devoción,

Viene desta condición

Y entre dientes murmurando.

Pues todo lo entiendo bien;

No me tengo de apear,

Que hoy suelen bestias hurtar

Como en la feria de Jaén.

¡Oh, hela aquí! Vuesa ermita,

¡Voto al sol que es rica pieza,

Oh Virgen de la Cabeza!

Salen tres ladrones.

LADRÓN 1.<sup>o</sup>

¿Qué dices?

LADRÓN 2.<sup>o</sup>

Que se le quita.

LADRÓN 3.<sup>o</sup>

Llega tú por ese lado;

Ya descincho, soliviad.

Descínchale el asno, y los otros le van levantando  
con la albarda en peso.

ALONSO.

Virgen, buen año mos dad

En la vega y en el prado,  
No con mucha agua, que enfrasca  
El pan el mucho llover;  
Y ablandadme á mi mujer,  
Que es temeraria tarasca;  
Estemos como dos parras.....

LADRÓN 3.º  
¡Quedito, no le alborotes!

Váyale sacando el asno por debajo.

ALONSO.  
Que no me deja bigotes  
En echándome las garras.

Siéntente en la albarda en el suelo,  
llevándose el asno.

LADRÓN 3.º  
Tirad con él por ahí.

LADRÓN 2.º  
¡Hurto famoso!

LADRÓN 1.º  
¡Extremado!

ALONSO.  
Quiérome ir, que ya he rezado.

Váyanse.

¡Arre, pues; arre, arre aquí!  
Sin duda que se ha dormido.  
¡Ved qué paciencia ha de haber!  
¡Ofrézcode á Llocifer!  
¡Borracho, tienes sentido?  
¡Arre!..... Es picar á los lados  
Como dormir en Zamora.  
¡Oh, prega á Nuestra Señora  
Que te hundas siete estados!

Quedo: ¡ay, triste, y las orejas  
Del burro no están aquí!  
¡A buen tiempo le ofrecí!  
¡Hola, prieto! ¡Así me dejas?

No hay cabeza ya tampoco.....  
Á ver la cola: ¡ay de mí!  
Hundióse el burro; yo fui  
La culpa; yo estaba loco.

¡Muestra un poco de la cola,  
Siquiera por mi consuelo,  
Burro mío! ¡Abrióse el suelo!  
¿Qué haré de la albarda sola?  
¡Jubón de mi amado burro,  
Con vos consolarme quiero!  
¡Ay, mi amado compañero,  
Hoy me degüello, hoy me aburro!

¡Oh burro, en mil varios casos  
Mi compadre y compañía!  
¿Qué burra se le ponía  
Delante á cuarenta pasos?

¿Qué os faltó, burro alazán,  
Qué os faltó? Hablar solamente;  
Y aun pienso que era pariente  
De la burra de Balaam.

No me serán las jornadas  
Agora, sin vos, pequeñas.  
¡Ay dulces, ay borriqueñas  
Prendas, por mi mal halladas!

Salen los de las tiendas.

LUIS.  
¡Vive Dios, que es un fullero!  
SUPLICACIONERO.  
Tráteme bien.

LUIS.  
Pues, borracho,  
¿Él á mí?

LEONARDO.  
¡Suelta, gabacho!  
SUPLICACIONERO.

¿Qué es soltar?  
LEONARDO.  
Vuelve el dinero.  
SUPLICACIONERO.

¡Aquí del Rey!  
LUIS.  
Vaya al Rollo

De Écija.  
SUPLICACIONERO.  
Un poco esperad.  
LEONARDO.

Más quisiera la mitad  
De un buen salmón.

LUIS.  
Yo de un sollo.

Salen un maestro de esgrima y un muchacho.

MAESTRO.  
Asienta ese juego ahí,  
Y dénos Dios buena mano.

PLACIDIO.  
¿Quién es aquí?  
FRANCELIO.  
Un paisano

Maestro de armas.  
PLACIDIO.  
¿Juegas?  
FRANCELIO.  
Sí.

PLACIDIO.  
Derramarán valentía  
Los de Córdoba.

FRANCELIO.  
Son bravos.  
PLACIDIO.

Que no se me da dos clavos,  
Tan presto llega la mía.  
Beso las de vuesaerced.

MAESTRO.  
¡Oh mi Rey, oh mis señores!  
Jueguen.

FRANCELIO.  
Hoy hay labradores

Tiesos como una pared.

MAESTRO.

Bien han jugado allí arriba  
Unos de Baza, por cierto.

FRANCELIO.

¿Dejáronlo?

MAESTRO.

Maese Alberto

Tuvo la culpa, así viva;  
Que jugó allí un cortesano,  
Y no con poco primor,  
Y dió en no hacerle favor  
Hasta que metieron mano.

PLACIDIO.

¿Hiriéronle?

MAESTRO.

¡Por Dios vivo

Que se defendió muy bien!  
¡Vergüenza es que así se estén  
Las espadas!

FRANCELIO.

Ya derribo

La capa, y la negra tomo.

SUPPLICACIONERO.

Allí hay juego.

LEONARDO.

Allá me llevo.

¿Vos no jugáis?

PLACIDIO.

Poco juego.

FRANCELIO.

Mala guarnición y pomo.

MAESTRO.

Enderezad.

FRANCELIO.

Eso hago.

Esgriman Francelio y Placidio.

MAESTRO.

Pues ¡ea, en nombre de Dios!

Quedo, amigos son los dos;  
Dese término me pago.

Otra va: bien; asentad,  
¡Por mi vidal!

PLACIDIO.

Aquésta sola.

MAESTRO.

¡Vaya, cólera española!

Salen dos bravos.

BRAVO 1.º

Asentó.

BRAVO 2.º

La hoja tomad.

Haga temerarias posturas.

LUIS.

¡Braveza trae este mozo!

LEONARDO.

Es de Écija, y diestro.

MAESTRO.

Bien.

Señálense, y no se den.

LUIS.

¿Cómo ha nombre?

LEONARDO.

Juan del Pozo.

MAESTRO.

Tener digo; bien está;  
¡Ea, pues, blanda la mano!  
Asiente, ó juegue más llano.

BRAVO 1.º

Vaya ésta sola.

MAESTRO.

Ésta va.

Dense recio.

¡Fuera, téngase!

BRAVO 2.º

Es mal juego.

LEONARDO.

¡Mientel

BRAVO 1.º

¡Oh perrol

LEONARDO.

Paz, señores.

Alboroten el juego.

BRAVO 2.º

¡Aquí de Écija!

PLACIDIO.

¡Habladores,

Aquí de Jaén!

BRAVO 1.º

¡Ea, Diego!

Váyanse con este alboroto, y salga el Jeque en  
hábito de cristiano, con Zayde y un fraile victoriano.

JEQUE.

En fin, que me conoció.

VICTORIANO.

Vuestra Alteza, Dios le guarde,  
Es muy conocido.

JEQUE.

Y yo

Quise llamarle esta tarde,  
Cuando á la iglesia llegó.

VICTORIANO.

¿Qué le parece á Su Alteza  
Desta fiesta?

JEQUE.

Que es notable  
Su concurso y su grandeza.

VICTORIANO.

Es en España admirable  
La Virgen de la Cabeza.

De las cuatro señaladas  
Es esta imagen, que son  
Con mil causas veneradas,  
Creciendo la devoción  
Sus maravillas sagradas.

JEQUE.

¿Quién son?

VICTORIANO.

La de Montserrat,  
Que está junto á Barcelona,  
No hay lengua que no desate,  
Vista que no dé, ó persona  
Cautiva que no rescate.  
El Pilar de Zaragoza,  
Por gran privilegio goza  
Ser cámara angelical.  
Guadalupe es celestial.

JEQUE.

Contóme el padre Mendoza  
Mil cosas della.

VICTORIANO.

Es tan bella,  
Que no podrá decir nada,  
Por mucho que diga della.

JEQUE.

Montserrat está apartada,  
Pero muchos van á vella.

VICTORIANO.

Allí enterrarse quería  
Don Juan de Austria.

JEQUE.

¿Murió en Flandes?

VICTORIANO.

Murió en Bruges.

JEQUE.

No podría.

VICTORIANO.

Tuvo mil deseos grandes  
De ser mártir.

JEQUE.

Berbería

Le temió y le amó.

VICTORIANO.

En efeto,  
Yo doy el cuarto lugar  
Á esta imagen.

JEQUE.

Yo os prometo  
Que no acabo de admirar  
Lo que he visto.

VICTORIANO.

Sois discreto,  
Y así procedéis, señor.

JEQUE.

Mas imágenes he oído  
Que hay con devoción menor.

VICTORIANO.

Los milagros, causa han sido  
De ser menor ó mayor:  
Hay en la Peña de Francia,  
De Salamanca distancia

De una jornada, una hermosa  
Imagen, que como rosa  
Da en aquel monte fragancia.

El Sagrario de Toledo  
Tiene una imagen divina  
Que encarece no puedo,  
Porque es la misma cortina  
De Dios.

JEQUE.

¡Admirado quedo!

VICTORIANO.

La Virgen de San Clemente  
Gozan en Valladolid,  
Y una imagen excelente  
De Atocha adora Madrid,  
Que un ángel sus glorias cuente.

Éstos hicieron la bella  
De los Reyes de Sevilla,  
Que no hay sol, que no hay estrella,  
Que la humana maravilla  
Pueda comparar con ella.

No te puedo referir  
Las muchas que hay.

JEQUE.

Dime, padre,

Pues todos soléis decir  
Que de vuestro Dios es madre,

¿En qué puede diferir  
Aquesta imagen de aquélla?

VICTORIANO.

En que quiere Dios por ella  
Hacer milagros mayores,  
Que no porque son menores.

JEQUE.

Y esto, ¿cómo cabe en ella?

VICTORIANO.

Porque muchas dellas son  
Del tiempo que destruisteis  
Nuestra cristiana nación  
En España, cuando hicistes  
Á Muza español Nerón.

Enterraban los cristianos  
Estos bultos soberanos  
Por los montes; que temían  
Que en sus reliquias pondrían  
Aquellas bárbaras manos;

Que eso mismo hacen agora  
Los ingleses que han dejado  
Nuestra fe, que España adora:  
Por mil veces se han vengado  
Desta celestial Señora.

Como ya después tenían  
Los cristianos, con mil guerras,  
Las tierras que antes perdían,  
En montes de varias tierras  
Las imágenes se vían.

JEQUE.

Pues ¿quién las sacaba?

VICTORIANO.

El cielo  
Las mostraba á los pastores,

Dueños de aquel verde suelo.

JEQUE.

Los reyes, ¿no eran mejores  
Si era cristiano su celo?

VICTORIANO.

No, que acá, á los pequeñitos  
Revela Dios sus secretos  
Y misterios infinitos,  
Para diversos efectos  
En nuestros libros escritos.

Luego que Cristo nació,  
Un ángel lo descubrió  
Á los pastores también;  
De la torre de Belén  
Después los Reyes llamó.

JEQUE.

De suerte, que más valdría  
En aquesta vuestra ley,  
Ser pastor que rey.

VICTORIANO.

No haría:

Que siendo buen rey, tendría  
Más grados de gloria el rey;

Pero tú no entenderás  
Lo que es esto.

JEQUE.

Dime agora,

¿Á quién los milagros das,  
Á la imagen que se adora  
Ó á la Virgen, pues es más?

VICTORIANO.

La imagen, ¿qué puede hacer,  
Siendo sola semejanza?

JEQUE.

Pues ¿cómo se ha de entender?

VICTORIANO.

Que por devoción se alcanza  
De Dios, que tiene el poder.

JEQUE.

Luego ¿no lo hace María?

VICTORIANO.

No, que Dios obra por ella;  
Que como sólo Dios cría,  
Sólo Dios obra.

JEQUE.

En fin, ¿della

Se alcanza?

VICTORIANO.

Por ella envía

Dios mil socorros al hombre;  
Que aunque de Dios hombre es madre,  
Le da al hombre el mismo nombre.

JEQUE.

No es corto argumento, padre,  
Para que el hombre se asombre,  
Ver en un monte que tiene  
Cuatro leguas en su falda,  
Que de la gente que viene  
Se corone esta guirnalda  
Que nuestra vista detiene.

VICTORIANO.

De toda la Andalucía  
Viene gran gente este día,  
Primer domingo de Abril.

JEQUE.

¡Bello ejército!

VICTORIANO.

¡Gentil!

JEQUE.

¡Grandeza, por vida mía!

¿Será ya la procesión?

VICTORIANO.

Presto, mi señor, será.

JEQUE.

Estas tiendas, ¿de quién son?

VICTORIANO.

De los pueblos á quien da

La Virgen más devoción.

JEQUE.

¿Qué son estos estandartes?

VICTORIANO.

Repátese en varias partes

La procesión.

JEQUE.

¿De qué modo

Este hermoso cuerpo todo

En estas partes repartes?

VICTORIANO.

Andújar, donde tú estás,

Tiene aquí gran preeminencia.

JEQUE.

¿Por qué?

VICTORIANO.

Porque tiene más

Parte de aquesta excelencia

De obra que mirando vas.

Pensó tener su ciudad

La imagen, y fabricaba

Casa de gran majestad,

Mas luego se les tornaba

Á su antigua soledad.

Y aquí se ha labrado así;

Éstos sacan de su altar

La imagen, y desde aquí

La recibe otro lugar.

Y éste la lleva hasta allí.

¿Ves estas cruces?

JEQUE.

Muy bien.

VICTORIANO.

Estas las distancias son

De la suerte que se ven

La lleva la procesión,

Y se divide también.

Hace mil veces en ella

Milagros la Virgen bella,

Más que el monte tiene ramas.

JEQUE.

Con justa causa la llamas

Sol, luna, rosa y estrella.

A burlarme aquí venía,

Y hele cobrado afición.

VICTORIANO.

Dios parece que te gufa.

CARPIO.

Ya baja la procesión.

JEQUE.

¡Muy hermosa sois, María!

Tocándose campanas y chirimias, venga por un palenque, si le hubiere, ó si no por una puerta del vestuario y éntre por la otra, la procesión, con velas y labradoras, y detrás las andas en que vaya la Virgen: llevarán algunos estandartes, y una danza de gitanos ó zapateadores.

VICTORIANO.

¿Qué te parece?

JEQUE.

Muy bien.

VICTORIANO.

¡Bella imagen!

JEQUE.

¿Es María?

VICTORIANO.

¿No es gran razón que la den

Mil riquezas este día?

JEQUE.

Y dos mil almas también.

VICTORIANO.

¿Qué dices?

JEQUE.

No sé qué digo.

VICTORIANO.

¿Qué tienes?

JEQUE.

No estoy muy bueno;

Vente, mi padre, conmigo.

VICTORIANO.

Monte de milagros lleno,

Vuestras sendas santas siga.

¿Qué tenéis, Príncipe noble?

JEQUE.

No sé, padre.

ZAYDE.

¿Qué es aquesto?

VICTORIANO.

¡Señor, haced que se doble,

Si está á ser palma dispuesto,

El corazón de este roble!

ZAYDE.

Pues ¿no me dirás lo que es?

JEQUE.

Zayde, veráslo después:

¡Terrible accidente empieza!

VICTORIANO.

¡Oh Virgen de la Cabeza,

Poned un Rey á esos pies!

## ACTO TERCERO.

Salen Almanzor y Axa, esclava mora.

ALMANZOR.

Harás que me vuelva loco.

AXA.

Esto dice, esto porfia.

ALMANZOR.

¿Cómo que invoca á María?

AXA.

Yo sé que te he dicho poco.

ALMANZOR.

Sin duda es el frenesí

De la calentura ardiente.

AXA.

Que nace de otro accidente

Tengo, Almanzor, para mí.

ALMANZOR.

Axa, no me digas tal.

AXA.

Él trata hacerse cristiano.

ALMANZOR.

¡Por todo Alá soberano,

Que arrojo fuego infernal!

¿Cristiano el Jeque?

AXA.

No sé;

Él tiene este pensamiento;

Que el darle este mal violento

Por algún misterio fué.

ALMANZOR.

Todas, Axa, son quimeras

Nacidas del mucho ardor.

AXA.

Míralo bien, Almanzor,

Que pienso que va de veras.

ALMANZOR.

¡Sangre de Mahoma! ¿Había

De tomar cristiana ley

El nieto del mayor Rey

Que ha tenido Berbería?

¿Sabes, Axa, quién fué Audalla,

Padre del Rey mi señor,

Sus hazañas, su valor

En la paz y en la batalla?

No tienen lenguas mil famas,

No tienen las aves plumas,

Aunque hiciesen breves sumas,

Ni hay en mil laureles ramas

Para adornar sus trofeos,

Pues del padre que perdió,

De África el nombre pasó

Hasta los montes Rifeos.

¡Válame Alá! ¿Qué sería

Que naciese desta fiesta



De Andújar cosa como ésta!

AXA.

Todo su tema es María;  
Que como los que están locos  
Dan en algo, así da el Jeque  
En María.

ALMANZOR.

¡Alá le trueque!

Sale Zayde, ya de moro.

ZAYDE.

Ya son los remedios pocos,  
Pues son tantos los consejos.

ALMANZOR.

Zayde.....

ZAYDE.

Todo va perdido;  
Haz cuenta que se han rotpido  
De África los dos espejos.

ALMANZOR.

Pues ¿qué dice?

ZAYDE.

Que es cristiano.

ALMANZOR.

¡Válame Alá!

AXA.

No lo entiendo.

ALMANZOR.

¿Quién está con él?

ZAYDE.

Oyendo

Está al fraile victoriano,  
Que le ha enviado á llamar.

ALMANZOR.

¿Por qué entrar le habéis dejado?

ZAYDE.

Porque está muy congojado,  
Y así puede descansar.

ALMANZOR.

¡Muriérase, que es mejor!

AXA.

¡Ay, Alcaide, el Jeque vival

ALMANZOR.

Antes que esa ley reciba,  
Le llore muerto Almanzor.

AXA.

Si él está determinado,  
No es medio intentar su fin.

ZAYDE.

Aquí viene Albacarín

Sale Albacarín

ALBACARÍN.

¡A muy buen tiempo he llegado!

Nunca de África viniera,  
Nunca de Tánger pasara,  
Nunca Alá verme dejara  
La portuguesa ribera;  
Nunca en el Andalucía

Hubiera yo puesto el pie.

ALMANZOR.

¿Qué dice, Alcaide?

ALBACARÍN.

No sé;

Mas basta decir María.

ALMANZOR.

¿Ello es hecho?

ALBACARÍN.

Para mí

Tengo que ha de ser cristiano.

AXA.

Dau viene.

ALMANZOR.

Dau hermano.....

Sale Dau, moro.

DAU.

¿Para qué estamos aquí?

ALMANZOR.

¿Cómo?

DAU.

Ya es cristiano el Jeque.

ALMANZOR.

¿Eso dices?

DAU.

Esto veo.

ALMANZOR.

No lo creas, que no creo  
Que en tan fiero crimen peque.

DAU.

Acá está el Corregidor;  
Jácome también está,  
El de Cárdenas, que ya  
Ni hay Zayde ni hay Almanzor.

ALMANZOR.

El Corregidor, ¿a qué?

DAU.

A Filipo escribir quiere.

ALMANZOR.

Sin duda que le refiere  
Que quiere el Jeque su fe.

ALBACARÍN.

Anda que como está enfermo,  
Sólo vendrá á visitalle.

DAU.

¿Cómo es eso? En escuchalle  
Debe de ser que me duermo.

Muy presto le llevarán  
De Cárdenas á la casa.

ZAYDE.

Pues si él desta á aquella pasa,  
Cristiano le volverán.

Ahora bien, dése un decreto  
De lo que se debe hacer.

ALMANZOR.

No esté presente mujer,  
Que nunca guardó secreto.

Axa, vete norabuena.

AXA.

¡Oh, cómo os cansáis en vano!

Si el Jeque ha de ser cristiano,  
El cielo todo lo ordena:  
Pues mirad cómo podréis  
Resistir á todo el cielo.

Váyase Axa.

ALBACARÍN.

Córtale la lengua.

DAU.

Un hielo.

Me cubre.

ZAYDE.

Pues bien: ¿qué hacéis?

ALMANZOR.

Vivir el Jeque cristiano  
Es terrible afrenta nuestra;  
Que lo será, ya se muestra,  
Y que es impedirlo en vano.  
Si cuando pudo reinar,  
Y, vuelto al Africa, ser  
Tan gran señor, que en poder  
Mandara la tierra y mar,  
Se queda humilde en España,  
Pobre, cristiano y sujeto,  
Ya no es la lealtad de efeto;  
Nueva ley su sangre extraña,  
Salimos del juramento;  
Moros somos, y él cristiano;  
Luego el argumento es llano;  
Y también es argumento;  
Que no tiene al reino acción;  
Pues para que muera moro  
Y que no pierda el decoro  
De su sangre y su nación,  
Matarle agora es hacer  
Un gran servicio á Alá.  
¿Qué decís?

ALBACARÍN.

Que eso será

Remedio.

ZAYDE.

Y ¿cómo ha de ser?

ALMANZOR.

Darémosle una bebida,  
Diciendo que es cordial,  
Y sin duda, de su mal  
Es medicina escogida:  
En ésta echaré veneno.

Salen el Corregidor y Jácome de Cárdenas.

DAU.

¡Quedo, que el Corregidor  
Sale!

CORREGIDOR.

El milagro es mayor,  
De esas circunstancias lleno.

JÁCOME.

Yo, señor, no pongo duda  
De que esto milagro sea.

CORREGIDOR.

Pues ¿quién habrá que no crea  
Una verdad tan desnuda?  
Ir un hombre por burlar,  
Y venir con tantas veras,  
No son cosas tan ligeras;  
Dios sólo las puede obrar.  
Su santo dedo anda aquí  
Y su espíritu divino.

JÁCOME.

¡Por qué notable camino  
Le quiere Dios para sí!  
Holgara Su Majestad  
Destas nuevas grandemente.

CORREGIDOR.

Como columna excelente  
De religión y piedad,  
Cosas extrañas se ven  
En tiempo del gran Filipo.

JÁCOME.

Que de su edad participo,  
Lo tengo yo por mi bien.

CORREGIDOR.

¡Qué de santos ya pasados  
Canonizan, y en su edad  
Viven por la cristiandad  
Con tal fama venerados!

¡Qué de reliquias se hallan  
En Granada y otras tierras,  
Santos despojos de guerras  
En que mártires batallan!

San Julián y San Segundo  
Tienen gran veneración;  
Raimundo y Jacinto son,  
Con Diego, soles del mundo.

Edificanse mil templos;  
Y este Príncipe africano  
No es, en volverse cristiano,  
De los menores ejemplos.

JÁCOME.

Dios le amaba, pues le trujo  
De perder reinos del suelo,  
Para darle los del cielo,  
Y aquí, á Andújar, le retrujo,  
Para que la Virgen bella  
Fuese el medio por quien fuese  
Tan suyo, que no pudiese  
Perderse con tal estrella.

Los moros están aquí;  
Mala cara nos han hecho.

CORREGIDOR.

Trasladan en ella el pecho.  
Vamos.

Váyanse el Corregidor y Jácome de Cárdenas.

ALMANZOR.

¿Fuéronse ya?

DAU.

Sí.

ALMANZOR.

Pues no dudéis, que conviene

Dar prisa á la ejecución.

ALBACARÍN.

Matarle es justa razón.

ZAYDE.

Muera moro.

DAU.

El Jeque viene.

ALMANZOR.

Yo lo voy á prevenir.

ALBACARÍN.

Aquí esperamos; camina.

Salen el Jeque y el victoriano.

VICTORIANO.

Dios á sí mismo te inclina.

JEQUE.

A Dios deseo seguir.

VICTORIANO.

Siéntese aquí Vuestra Alteza,

Ya que un poco se levanta.

JEQUE.

La calentura no es tanta.

Pero es grande la flaqueza.

Padre, siéntese conmigo.

Siéntense en dos sillas.

En fin, dicen que pecó

Adán, y que Dios le dió

La muerte en justo castigo,

Y que la satisfacción

Sólo el Hijo hacer podía,

Que fué el que encarnó en María

Para nuestra redención.

VICTORIANO.

A quien eso entiende así,

Luz del cielo alumbró el alma.

JEQUE.

Espero gozar la palma

Del fruto santo que vi.

VICTORIANO.

Digo, en fin, que derramó

El Príncipe de la luz,

Cristo, su sangre en la cruz,

En que las culpas lavó;

Abrió el cielo para el hombre,

Y los que allí le creyeron,

A diversas partes fueron

A predicar su fe y nombre;

Murieron, en fin, por ella

Sus Apóstoles benditos

Y mártires infinitos,

Con que se confirma y sella.

JEQUE.

¿Qué es la hostia?

VICTORIANO.

El Cuerpo mismo

De Cristo, que se quedó

Allí para el hombre, y dió

Fin á su amoroso abismo;

Porque no puede llegar

El amor á mayor nombre,

Que darse á sí mismo un hombre,

Que hombre y Dios se pudo dar.

Está Cristo vivo allí,

Y así en aquel blanco pan,

Cuerpo y sangre y alma están.

JEQUE.

Pues cómo baja me dí.

VICTORIANO.

Yo, que sacerdote soy,

Con las palabras sagradas

Del mismo Cristo ordenadas,

Cuando en el altar estoy,

Le bajo del cielo al suelo.

JEQUE.

Quiérome echar á tus pies.

VICTORIANO.

Alzate, señor.

DAU.

¿No ves

Lo que pasa?

JEQUE.

Adoro al cielo;

Que si Cristo viene á ti,

Cielo de mi Cristo eres.

VICTORIANO.

En fin, ¿le adoras y quieres?

JEQUE.

Sí, padre, mil veces sí.

ALBACARÍN.

¿Quién hay que tenga paciencia

Para tolerar, Daú,

Tanto mal?

JEQUE.

En fin, ¿que tú

Tienes esa preeminencia?

VICTORIANO.

Y la de absolver también

Los pecados confesados,

Fuera de los reservados

Al Papa, que es bien lo estén.

El Papa es el sucesor

De Pedro, y Pedro de Cristo.

JEQUE.

Padre, mil cosas he visto

En sueños.

VICTORIANO.

Mira, señor,

Que es el Ángel de la Guarda,

Que cuelga en tu fantasía

La hermosa tapicería

Del cielo que darte aguarda.

Dos mil historias sagradas

Te mostrará en sus pinturas,

Con las divinas figuras

De sol y estrellas bordadas;

Verás á las tres personas,

Y un Dios en tu entendimiento,

Que es el más alto aposento

De todas las altas zonas;

Verás los ángeles puros  
Que están acá en otras salas,  
Con cuyas colores y alas  
Son los diamantes oscuros.

En el retrete del Padre  
Verás la Virgen María,  
Que fué tu divina guía,  
Que es nuestra piadosa Madre.

En las salas de acá fuera,  
De mártires mil historias,  
Con las palmas de sus glorias  
En aquella eterna esfera.

Mil Vírgenes, Confesores,  
Pontífices y Profetas,  
Mil almas santas, perfetas,  
Ceñidas de lauro y flores.

De aquestas tapicerías  
Tendrás agora tu idea  
Llena. ¡Plega á Dios que vea  
Tu alma, al fin de tus días,

La verdad destos retratos,  
Que es Casa de Austria del cielo!

JEQUE.

Mucho en oír me consuelo  
Tus palabras.

VICTORIANO.

Los ingratos

Ángeles que hoy te decía,  
Perdieron todo este bien  
Por no conocer á quien  
Los crió aquel mismo día.

Nosotros ocuparemos  
Sus sillas, y tú tendrás  
La de otro reino, y verás  
Lo que hay en tales extremos

DAU.

Estoy por llegar allí  
Y atravesarle aquel pecho.

Salte Almanzor con una capilla, salva y paño.

ALMANZOR.

Ya vengo.

ALBACARÍN.

Tú harás un hecho  
Famoso.

JEQUE.

¿Quién está aquí?

ZAYDE.

Es el alcaide Almanzor,  
Que te trae una bebida  
Que te puede dar la vida.

ALMANZOR.

Yo soy, Príncipe y señor.

JEQUE.

¡Oh amigo!

ALMANZOR.

Si yo pudiera  
Hacer de mi sangre y vida  
Quinta esencia, que, bebida,  
Príncipe, salud te diera,

No dudes de que en el fuego  
La pusiera á destilar.

JEQUE.

¿Qué es esto?

ALMANZOR.

Piedra bezar,  
Que hemos pedido á don Diego,  
Jacinto, coral y oro,  
Que así tomado, potable,  
Hará eterno y perdurable  
Tu nombre africano y moro.

No tendrás necesidad  
De que el médico cristiano  
En el pulso de tu mano  
Conozca tu enfermedad;  
Que está hecho con primor  
Y con deseo de verte  
Libre del mal de la muerte.

JEQUE.

¡Oh buen alcaide Almanzor!  
¿Quién pudiera, como tú,  
Hacer aquesto por mí?  
¿Tomarélo, padre?

VICTORIANO.

Sí;

Mas di primero ¡Jesú!

Salga el médico y ponga la mano en el brazo  
de Jeque.

JEQUE.

¡Jesú!

MÉDICO.

Tenga Vuestra Alteza.  
¿Qué es aquesto que le han dado?

ALMANZOR.

Este médico ha enviado  
La imagen de la Cabeza:  
Perdidos somos, Dañ.

JEQUE.

¡Oh señor doctor, bebía  
Esta bebida, y decía  
Para beberla, ¡Jesú!

MÉDICO.

¿Quién se la da, y de qué es hecha?

JEQUE.

De jacinto, oro y bezar.

MÉDICO.

Pues ésa no ha de tomar.

JEQUE.

¿Por qué?

MÉDICO.

Por cierta sospecha;  
Que, pues que Jesú decía,  
Y yo llegué y lo estorbé,  
Jesús quiere que le dé  
La vida que aquí perdía.  
Todos los moros se han ido;  
No quiera mayor señal;  
Y yo veo en el cristal  
Que está el veneno escondido.

Déme Su Alteza licencia,  
Que con algún animal,  
Deste veneno mortal  
Haré muy presto experiencia.

Váyase el médico con la copa.

VICTORIANO.  
Algún ángel le ha traído.

JEQUE.  
Sin duda me daban muerte  
Por no verme desta suerte  
Sin la ley en que he nacido.  
¡Oh padre, pues Dios me guarda,  
Para sí me quiere!

VICTORIANO.  
El cielo  
Favorece el santo celo  
Con que ser cristiano aguarda.

Véngase á echar Vuestra Alteza;  
Que de aquesta alteración  
Ha mostrado el corazón  
En el pulso la flaqueza.

JEQUE.  
Algo será menester:  
Perros, ¿así me matáis?

VICTORIANO.  
Virgen, pues Vos le libráis,  
Vos le debéis de querer.

Vanse.

Salen el Corregidor, Jácome de Cárdenas, D. Diego,  
D. Luis y D. Juan.

DIEGO.  
Vuesa merced procede con prudencia  
Y hace á Su Majestad un gran servicio  
Y á toda la república cristiana.

JUAN.  
Por lo que de afición me debe el Príncipe  
Me holgaré que esto tenga buen suceso.

LUIS.  
Si no se saca de entre aquesta gente,  
No se podrá salir con este intento.

CORREGIDOR.  
Ya dice el señor Jácome de Cárdenas  
Que le aposentaré en su casa.

JÁCOME.  
Digo  
Que ya le tengo aparejado un cuarto,  
No como para rey, y rey cristiano.  
Pero como ha podido un caballero  
Con pura voluntad de honrado amigo.

CORREGIDOR.  
Por él entremos; mas sin gente y armas,  
No me parece que saldrá seguro,  
Pues, en efecto, aquí viven cien moros  
Que están desesperados del suceso,  
Y temo que querrán perder las vidas,  
Aunque yo he prevenido cierto bando.

LUIS.  
¿Es ésta caja?  
CORREGIDOR.  
Sí.

DIEGO.  
Pues alto: entremos.

Váyanse y salga una caja, y un alguacil y gente.

ALGUACIL.  
Aquí toca.

CAJA.  
Aquí digo.  
ALGUACIL.  
Pues comienza.

CAJA.

«Manda el señor Corregidor que ninguno de los moros de servicio, alcaides ni caballeros que están en casa del señor Muley Jeque, Jarife, Príncipe de Fez y Marruecos, sea osado á toniar armas ni resistirle, pena de la vida.»

ALGUACIL.

Toca y vamos.

CAJA.  
Andújar se alborota.  
ALGUACIL.

Es el caso muy nuevo, pues cristiano  
Quiere volverse un Príncipe africano.

Váyanse, y salgan Albacarin, Almanzor, Zayde, Dau, Axa y Fátima, moros, y ellos vengán con alabardas y escopetas, y otros que puedan.

ALBACARÍN.  
Paréceme que mires lo que intentas.  
ALMANZOR.  
Pues ¿qué dijo el pregón?

ALBACARÍN.  
Temo que dijo  
Que todo Andújar se pusiese en armas.

ALMANZOR.  
Luego ¿soldados vienen?

ALBACARÍN.  
Eso creo.

FÁTIMA.  
Mira, ¡por Dios! Alcaide, lo que intentas,  
Mira que si cristiano el Jeque ha dicho  
Que quiere ser, no ha sido este propósito  
Accidente del mal, sino pensado  
Con determinación de muchos días.

ALBACARÍN.  
Pues ¿no es mejor morir?

AXA.  
Cuando es sin fruto,  
¿De qué sirve, Almanzor, perder la vida?

Haz ya ¡por Dios! lo que te ruga Fátima.  
ALMANZOR.  
Axa, ¿como podré? Toda la casa  
Se pone en arma, hasta los propios mozos  
Que limpian los caballos y que asisten

En la cocina.

Sale Zulemilla, moro gracioso, armado,  
con tres ó cuatro moros picarillos.

ZULEMILLA.  
¡Afora dego, afora!  
ANA.

Tente, Zulema.

ZULEMILLA.  
¿Qué es tenemus? Dego  
Que no se ha de volver grestiano el Jeque.  
¡Joro á Dios.....

FÁTIMA.  
¿Tú no miras, Zulemilla,  
Que vienen á sacarle mil soldados?

ZULEMILLA.  
¿Qué es mil soldados para mí? Ni aun treinta  
Tememus, si venilde como estamus.

ZAYDE.  
No haga alboroto.

ZULEMILLA.  
Vos hacelde,  
Que yo estar bon soldado, é no queremus  
Que el cristianilo me llevar me amo.  
¡Arre allá vos tampoco!

DAU.  
No presumo  
Que hacer este alboroto es acertado,  
Hasta saber mejor en lo que para.  
Pongámonos delante, que ya sale;  
Que si no le enternece nuestra vista,  
Después intentaremos otra cosa.

Salen el Corregidor, el fraile, el Jeque  
y los caballeros y el médico.

CORREGIDOR.  
Allí, señor, os serviremos todos.

JÁCOME.  
Yo que os fui tan amigo en otro tiempo,  
Mejor lo seré agora.

JEQUE.  
Yo agradezco  
Esa merced, y á todos, caballeros,  
Beso las manos por aquesta honra.

DIEGO.  
La honra es nuestra: aquí está vuestra gente.

JEQUE.  
No los quiero mirar, que ya la mía  
Sois vosotros, señores.

VICTORIANO.  
¿Qué bien habla!  
Vamos presto de aquí.

JEQUE.  
Desde que dije,  
Señores, que dejar quería mi casa,  
He sentido salud.

VICTORIANO.  
¡Milagro extraño!  
Yo espero en Dios que os la he de dar entera.

JEQUE.

Él quiera que en su fe cristiana muera.

Váyanse acompañándole, y advierto que siempre va  
de moro el Jeque.

ZULEMILLA.  
Agora no pegalde.

ALMANZOR.  
Qué, ¿es posible  
Que tuvo, amigos, corazón el Jeque  
Para dejarnos desta suerte á todos?  
No tengo corazón, sale á los ojos  
En lágrimas deshecho.

ALBACARÍN.  
Yo te sigo,  
Y al Africa me parto.

FÁTIMA.  
Aunque de piedra  
Fuera el Jeque, siguiera nos volviera  
El rostro tantos años respetado.

ANA.  
Vamos, Fátima, que éste al fin es hombre.

ZAYDE.  
¿Dónde hallaré para mi mal consuelo?  
Vamos, Datú.

DAU.  
Yo voy á acompañarte  
En el dolor y en la desdicha.

Váyanse todos.

ZULEMILLA.  
Todos  
Se haber andado. ¡Ah, pécaros beliacos!  
¡Gobardes, joro á Dios..... Daga, Zolemia,  
Esa botilia aquí, que no lo mera  
Mahoma.

MULEY.  
Toma.

ZULEMILLA.  
Estalde de Cazalia;

Empínela y déle.

Algo tenelde bueno los grestianos.  
¡Ah, bon hijo de uva, llavar diablo  
El poto que hacelde pasa! Andamus  
A librar á me amo. ¡Mahoma, victor!

Váyanse, y salgan el Corregidor y D. Diego.

CORREGIDOR.  
¿Vino el Obispo en efeto?  
DIEGO.

Ya el Obispo de Jaén  
Vino, avisado también,  
Como varón tan discreto,  
Del Rey para esta ocasión.

CORREGIDOR.  
Importará su presencia,

Su entendimiento y prudencia,  
Sus letras y discreción.

DIEGO.

Para negocio tan grave  
Es bien que el dueño lo sea,  
Y porque el Príncipe vea  
Que ya el Rey su intento sabe.

CORREGIDOR.

Y ¿está ya Su Señoría  
Con él?

DIEGO.

Ya en cosas de Dios  
Están hablando los dos,  
Y él muestra grande alegría.  
Caso ha sido milagroso,  
Que en saliendo de entre moros,  
Sin advertir á los lloros  
Del triste escuadrón quejoso,  
Luego el mal se le quitó,  
Y cesó la calentura.

CORREGIDOR.

Tal mano su bien procura,  
Tal médico le curó,  
Aunque desde un monte yermo  
Donde es ciprés, cedro y palma.

DIEGO.

Dando Dios salud al alma,  
Nunca deja el cuerpo enfermo,  
¿Que manda Su Majestad  
Que destos moros se haga?

CORREGIDOR.

Quiere que se satisfaga  
Conforme á su calidad:  
Al que cristiano se vuelva,  
Manda honrar y entretener  
En Navarra, hasta saber  
A lo que más se resuelva;  
Al que no, manda enviar  
Al África bien pagado,  
Servido y acariciado.

DIEGO.

¿Quiérese alguno quedar?

CORREGIDOR.

No faltan muchos, que amor  
Del Príncipe los ha hecho  
Creer que éste es su provecho,  
Y su seta loco error.

Porque viendo que su dueño  
Deja sus vanas quimeras,  
Conocen que éstas son veras,  
Y lo que ellos tratan, sueño;  
Aunque lo más cierto es,  
Que es Dios de todo el autor,  
Y del Príncipe el amor  
Lo que los mueve después.

Salé D. Luis.

LUIS.

Al Obispo en este punto  
Llegó de Su Majestad

Un pliego.

CORREGIDOR.

La brevedad,  
El piadoso celo junto,  
Hacen esta grande hazaña.  
LUIS.

Y ésta viene para vos.

CORREGIDOR.

Si por una parte Dios,  
Y por otra el Rey de España,  
El uno el mayor del cielo,  
Y otro en la tierra el mayor,  
Muestran al Jeque este amor,  
Daránle el cielo y el suelo.

DIEGO.

Grandes debieron de ser  
Deste gallardo africano  
Los méritos.

CORREGIDOR.

Fuera en vano  
Quererle yo engrandecer;  
Pero, en fin, la mayor loa  
Es recibir nuestra ley.

LUIS.

Leed la carta del Rey.

CORREGIDOR.

Lea.

«A don Gonzalo de Ulloa.»  
Leer quiero para mí  
Por si hay algo de secreto.

DIEGO.

¿Él está firme en efeto?

LUIS.

Sí, porque anda el cielo allí.  
Demás, que tan gran señor  
No emprendiera tan gran cosa,  
Sin la constancia forzosa  
Á su sangre y real valor.

DIEGO.

¿Por Dios, que es alto argumento  
Del valor de nuestra fe,  
Que tan gran Príncipe dé,  
Con tan firme pensamiento,  
Por ella las esperanzas  
De un reino, y en la ocasión  
Que tuvo en su posesión  
Más seguras confianzas!

LUIS.

No hay duda de que rey fuera;  
Pero mejor reina ya.

DIEGO.

Sí, porque seguro está  
Del reino de Dios que espera.

CORREGIDOR.

Basta, que Su Majestad  
Me escribe, señor don Diego,  
Que lleve al Príncipe luego.

DIEGO.

Sentirá nuestra ciudad

Verse sin él, que le amaba  
En extremo, y ver quisiera  
Su bautismo.

CORREGIDOR.

Que aquí fuera,  
Mucho esa ciudad honraba;  
Pero bautismo tan grave  
Y de persona real,  
Ha de ser en parte igual.

DIEGO.

¿Sábese ya?

CORREGIDOR.

Ya se sabe.

Mándame Su Majestad  
Que hasta El Escorial le lleve,  
Que real pompa se debe  
A una persona real.

Será, sin duda, el padrino.

Salen el Jeque, el Obispo de Jaén y Zayde.

El Obispo viene ya.  
Ya el señor Príncipe está  
Para ponerse en camino;  
A Valdemorillo escribe  
Su Majestad parta al punto.

CORREGIDOR.

Allí entiendo que está junto  
Lo que ordena y apercibe  
Para que le vea Su Alteza.

OBISPO.

Todo se previene allí.

JEQUE.

Su Majestad muestra en mí  
Su católica grandeza.

OBISPO.

Yo, señor, querría volver  
A Jaén, que ha días que faltó;  
Ya de un Príncipe tan alto  
No hay que dudar ni temer,

Confirma ese entendimiento

Muy bien esta confianza,  
Pues ya de nuestra fe alcanza  
A entender el fundamento.

En los principios le dejó  
A Vuestra Alteza instruido.

JEQUE.

A Vueseñoría he tenido  
Por padre, por luz y espejo.

OBISPO.

Dadme licencia.

JEQUE.

Y á mí.

Esas manos.

OBISPO.

Dios os dé  
Su bendición, pues su fe  
Os dió.

CORREGIDOR.

¿Partiremos?

JEQUE.

Sí.

Váyase el Obispo.

CORREGIDOR.

Huélgome que Vuestra Alteza  
Muestre esa gran voluntad.

JEQUE.

Nuestro camino ordenad  
Con la posible presteza,  
Señor don Gonzalo, y vamos  
A ver á Su Majestad.

CORREGIDOR.

Hoy saldréis de la ciudad;  
Hoy, señor, principio damos  
Al primer paso que dáis  
Para entrar en nuestra fe.

DIEGO.

Aunque bien de todos fué,  
Triste la ciudad dejáis;

Que sois de todos amado  
Como es razón.

JEQUE.

Yo lo creo:

Conociendo ese deseo,  
Por el buen trato pasado  
Debo á Andújar grande amor;  
Es ciudad de gran nobleza.

LUIS.

Aquí espere Vuestra Alteza  
Al señor Corregidor  
Y á todos sus servidores  
Que le hemos de acompañar.

JEQUE.

¡Gran merced!

CORREGIDOR.

Voy á ordenar

Que partáis.

Váyanse, y queden el Jeque y Zayde.

JEQUE.

Zayde, no llores.

ZAYDE.

Lloro, señor, tu partida,  
No lloro tu buen intento,  
Pues tengo en mi pensamiento  
La misma ley recibida.

Tus alcaides, tus criados,  
Tus esclavos, están todos  
Refriendo de mil modos  
Los beneficios pasados.

Dicen que ¿dónde hallarán  
Un príncipe como tú?  
Lloran Almanzor, Daú,  
Alí, Selín, Reduán,  
Axa, Fátima.....

JEQUE.

No digas

Más esos nombres aquí.



ZAYDE.

Digo que lloran por tí.

JEQUE.

Yo digo que no prosigas:  
Llega una silla.

ZAYDE.

Estarás  
Cansado destas visitas.

Llégueme una silla.

JEQUE.

Vete, Zayde.

ZAYDE.

¡Ya me quitas  
De tus ojos!

JEQUE.

¿No te vas?

Siéntese.

ZAYDE.

Ya, señor, me voy.

Váyase Zayde.

JEQUE.

¡Gran sueño

Me aprieta! ¿Qué puede ser  
No me poder defender?

Ya de mi sentido es dueño;

Puede ser que los desvelos  
Destas noches causen tal.

Diga durmiendo:

Dios, Rey, Fe, Iglesia, Escorial,  
Bautismo, premio, honra, cielos.Ciego estaba, pues no vi,  
Viviendo entre los cristianos,  
Que eran los errores vanos  
Que injustamente seguí.¡Oh ley santa y verdadera,  
Yo os abrazo, yo os adoro!Salen dos mujeres, la una la Ley evangélica,  
y la otra la Seta africana, vestidas á este propósito.

LEY.

¡Tú, villana, á mí decoro,  
Siendo tan bárbara y fiera?

SETA.

Tente, evangélica Ley.

LEY.

¡Sal desta casa, villana!

SETA

Yo soy la Seta africana

En que ha nacido este Rey,

Y puedo vivir aquí.

LEY.

¿Cómo, si ya vive Dios?  
Pues estar juntas las dos  
Es imposible.

SETA.

Es así;

Pero advierte que le quitas  
Gran bien, y que no es razón.

LEY.

¿Qué gran bien?

SETA.

La posesión

De riquezas infinitas

Y de un reino que en el mundo  
No pienso que tiene igual.

LEY.

Yo le doy el celestial,

Y el gran Filipo segundo

Le dará con qué vivir

Y le honrará el noble pecho

De señal que á tu despecho

Ha de adorar y seguir;

Que despnes que yo le alisto

En la Ley que el cielo abarca,

Es bien que traiga la marca

De caballero de Cristo.

Y para que se anticipe

Á hacerte mayor estrago,

La cruz será de Santiago,

Y el nombre, de San Felipe.

No te canses, esto es hecho,

Ya sabes tú quién yo soy.

SETA.

¡Tú no ves que yo le doy,

Si tú esa cruz en el pecho,

Una corona en su frente

Que cuatro reinos abraza,

Que si quieres ver su traza,

No es más claro el sol de Oriente?

LEY.

Muéstrala á ver.

SETA.

Vesla allí.

Véanse á un lado, abriendo una cortina, cuatro mo-  
ros bien vestidos, teniendo una corona tan grande  
que haya lugar para que entre todos la tengan.

LEY.

¿Son los cuatro reinos éstos?

SETA.

Desos que ves tan compuestos

Gozará el laurel por mí.

Aquél es Fez, Tarudante

Aquél, Marruecos aquél,

Los Montes Claros, por él

Es el que miras delante.

No le quites la esperanza;

Que está cerca de ser rey.

LEY.

Por mi evangélica ley  
Mayores reinos alcanza.

Vuelve, injusta, y mira allí  
Aquella gloria, aquel cielo.

Éste ha de ser un lienzo pintado de azul y dorado,  
con algunos rayos de oro, y no figura alguna, y con  
música: vea en otra parte Cristo de bulto, su Madre  
al lado, el Padre Eterno en más alto lugar, y una  
paloma entre los dos, y algunos ángeles.

SETA.

Cubre, Ley divina, el velo;  
Cúbrele. ¡Ay, triste, ay de mí!

LEY.

¡Sal de aquí, infame!

SETA.

No puedo  
Sufrir tanto resplandor.

Húyase la Seta.

LEY.

Ea, Príncipe, valor,  
Que aunque me voy, con vos quedo.

Váyase la Ley evangélica, y despierte desasosegado.

JEQUE.

¡Válgame Dios, pues me guía!  
¡Qué extraña imaginación,  
Qué diferente visión  
Ágora entre sueños vía!  
¡Qué poco es lo que he perdido  
Por lo mucho que he ganado!

Sale el Corregidor.

CORREGIDOR.

Si habéis, señor, descansado,  
Ya está todo apercebido.

JEQUE.

¿Podémonos ya partir?

CORREGIDOR.

Pienso que iréis con regalo.

JEQUE.

Vamos, señor don Gonzalo,  
Que tengo bien que os decir.

CORREGIDOR.

¿Hay alguna novedad?

JEQUE.

Yo os lo diré.

CORREGIDOR.

¿Cómo así?

JEQUE.

Un sueño que, para mí,  
Pienso que ha de ser verdad.

Váyanse, y entre Juan Ruiz de Velasco y un ayuda  
de cámara.

JUAN.

Gustará de que se adorne,  
Su Majestad en extremo.

AYUDA DE CÁMARA.

Tan bien está, que no temo,  
Señor, que á mandarlo torne.

Cuélganse ricos dosesles,  
Y gran plata se ha sacado.

JUAN.

Fío que lo habrás trazado  
Con el cuidado que sueles.

AYUDA DE CÁMARA.

El vestido se acabó  
Para el Príncipe de Fez.

JUAN.

Su Majestad esta vez  
El santo celo mostró

De nuestra fe soberana  
Con más piadosa afición.

AYUDA DE CÁMARA.

Es notable la ocasión.

JUAN.

¡Oh gran columna cristiana!  
¡Oh gran Rey, que no se ha visto  
Desde Salomón tal Rey!

AYUDA DE CÁMARA.

Procura ensalzar la ley  
Evangélica de Cristo:

Ya él tuviera reducidos  
A los Estados de Flandes  
Si á sus libertades grandes  
Diera seguros oídos;

Pero antepuesta la fe  
Á cuanto es bien temporal,  
Con sangre y cuidado igual  
Pone en sus cuellos el pie.

Sale un criado.

CRIADO.

Su Majestad ha tenido  
Nuevas que el Príncipe viene.

JUAN.

Tanto cuidado se tiene,  
Que está todo prevenido.

CRIADO.

Los coches están aquí,  
Y los criados á punto.

JUAN.

Pues como todo esté junto,  
Por lo que me toca á mí  
Yo sé que no ha de haber falta.

CRIADO.

¿Sírvese como el Rey mismo  
En el dichoso bautismo  
De una persona tan alta?

JUAN.

¿Hasle visto alguna vez?

CRIADO.

Sí, señor.

JUAN.

¿Qué señas tiene?

CRIADO.

La majestad que conviene

Para un Principe de Fez:

Modesto rostro, y moreno;  
De cabello rizo, y alto;  
Alegre de ojos, y falto  
De barba; fornido y lleno;  
Fuerte, ligero y galán;  
Á pie y á caballo, airoso;  
Llano, humilde y generoso.

JUAN.

Así las nuevas me dan.

¿Dónde le viste?

CRÍADO.

En Lisboa.

AYUDA DE CÁMARA.

Ya se suena que ha llegado.

JUAN.

¿De quién viene acompañado?

CRÍADO.

De don Gonzalo de Ulloa,  
Corregidor de Jaén,  
Que de verde cruz se adorna.

AYUDA DE CÁMARA.

Otra vez á sonar torna  
El alboroto.

Sale el principe Jeque, el Corregidor y gente.

JUAN.

Con bien

Sea venido Vuestra Alteza.

JEQUE.

Vuesa merced bien hallado.

JUAN.

Su Majestad ha ordenado,  
Con su ordinaria grandeza,  
Que un vestido á la cristiana  
Se vista el Principe luego.

JEQUE.

Pues á ver su rostro llevo,  
No fué mi esperanza vana.

JUAN.

Á propósito se ha hecho.

CORREGIDOR.

Éntrese luego á vestir.

JUAN.

Sí, que luego ha de partir.

CORREGIDOR.

¿Dónde?

JUAN.

Al Escorial derecho.

CORREGIDOR.

Pues Vuestra Alteza se vista.

JUAN.

También hallará criados  
Cristianos, que están buscados  
Conforme nos dió la lista.

CORREGIDOR.

Pues vamos, porque se parta  
En vistiéndose. Hasta aquí  
Me toca, señor, á mí  
La instrucción de aquella carta;

Agora ya sabéis vos  
Lo que el Principe ha de hacer.

JUAN.

Cuidado podéis perder;  
Mas vamos juntos los dos.

Vanse.

Salen Belardo y Gaseno.

GASENO.

Esta grandeza no viste  
Hasta agora.

BELARDO.

Esta real

Máquina del Escorial  
No había visto.

GASENO.

¿Vos, nacistes,

Belardo, en Madrid?

BELARDO.

Nací

En Madrid, y confiado  
En estar tan cerca, he estado  
Sin verla hasta agora, y fui  
Dos mil leguas una vez  
Sólo á ver á Inglaterra.

GASENO.

Lo que está en la propia tierra,  
Y de que un hombre es jüez,  
No suele dar el deseo  
Que lo que está en tierra extraña.

BELARDO.

Ello, fué cobarde hazaña  
Y perezoso trofeo.

GASENO.

Parece esa maravilla,  
En la que es tan soberana,  
La del viejo de Triana  
Que no había visto á Sevilla.

BELARDO.

Pues pienso que no viniera  
Si del bautismo los ecos  
Del Principe de Marruecos,  
Donde tal vista se espera,  
No me movieran los pies.

GASENO.

¿Suénase en Madrid?

BELARDO.

De modo,

Que viniera el pueblo todo  
Con el gusto que me ves,  
Si entendiera hallar lugar.

Para mí la nueva fué  
Tal, que mis libros dejé,  
Y carta de marear,  
Y vengo á ver la grandeza  
Deste acto.

GASENO.

Habrà que escribir.

BELARDO.

Podrá ser, que del oír

Al ver, aunque haya pureza  
En la verdad del estilo,  
Nunca es la misma verdad.

GASENO.

Ha hecho Su Majestad,  
De nuestra fe santo asilo,  
Notable demostración  
Del gusto que desto tiene,  
Viendo que un Rey al fin viene  
Hoy á nuestra religión.

BELARDO.

Yo he leído las historias  
Destos Jarifes, y estoy,  
Gaseno, á fe de quien soy,  
Aficionado á sus glorias.

Fueron grandes caballeros,  
Fueron notables soldados;  
Los imperios conquistados,  
Como fueron los primeros,

Tienen para mí valor  
Harto más que el heredar.  
Mucho querrá al Jeque honrar  
Hoy el Rey nuestro señor.

GASENO.

En este sagrado templo,  
Del Santo español asado,  
El católico Filipo  
Espera al Jeque africano;  
De blanco viene vestido,  
Y también lo está de blanco  
El gran Príncipe de España,  
Que Dios guarde muchos años.  
La señora Infanta ha sido  
Madrina, que sobre raso  
Pajizo y blanco, descubre  
Nuevos tesoros indianos,  
Y en la majestad divina  
De su rostro, otro sol claro,  
Porque siendo Eugenia Clara,  
Muestra más claros sus rayos.  
Está el Príncipe, aunque niño,  
Contento, y yo, en él mirando  
El Salomón de David,  
Del santo Carlos retrato,  
Aquél donde ya se ve  
Otro divino Fernando,  
Por bien de España nacido,  
Y el mayor de reyes tantos.  
Su padre invicto es padrino,  
Que si no es él, yo no hallo  
Igual para la madrina  
Desde el Oriente al Ocaso.  
Su vestido, humilde, y negro,  
Como viudo, y realzando  
Esta singular modestia,  
La barba y cabello cano.  
Lo que es, Belardo, el adorno,  
La grandeza y aparato  
De fuentes y de doseles,  
Mejor es imaginarlo;  
Que, pues no tengo tus musas

Para que pueda en un canto  
Celebrallo como es justo,  
Quiero en silencio pasarlo.  
Esta máquina imagina  
Llena de señores tantos,  
Y que es un Rey el padrino,  
Y un Príncipe el bautizado.  
Es García de Loaisa  
El que de ornamentos sacros  
Está vestido, y le quiere  
Dar el agua y óleo santo;  
El Conde de Fuensalida  
Está, aunque viejo, bizarro;  
Está el Marqués de Velada  
Con el de Denia, gallardo;  
El de Orgaz y el de Chinchón,  
Con los dos Toledos claros,  
Uno Antonio, de cruz blanca,  
Y otro de verde, y Fernando,  
Con don Cristóbal de Mora,  
Y con Juan Ruiz de Velasco,  
Los dos don Pedros, que son,  
Uno Guzmán, y otro Castro;  
Don García de Figueroa,  
Dos Córdovas, Diego y Álvaro;  
El de Médicis, famoso,  
Del Gran Duque noble hermano;  
Don Francisco de Ribera,  
Que es honra de las del Tajo;  
Don Enrique de Guzmán,  
Gallardo de vista y trato,  
Con don Martín de Alagón.....  
Pero perdona, Belardo,  
Que viene el Príncipe.

Salgan por una parte el de Marruecos, con gente,  
vestido de blanco; por otra, el rey Filipo, la Infanta  
y el Príncipe, y acompañamiento y música.

FILIPO.

Sea

Vuestra Alteza bien llegado.

JEQUE.

Vuestra Majestad me dé  
Los pies.

FILIPO.

Aquí están los brazos,  
Que á quien tan bien los merece,  
Es muy justa cosa darlos.  
¿Viene bueno?

JEQUE.

Gran señor,

Nunca más bueno y honrado  
Que siendo vasallo vuestro,  
Que es decir que soy cristiano.  
Vos, gran Príncipe y señor,  
Dad los pies á este vasallo,  
Y vos, señora, también,  
Si es que merezco besarlos;  
Que ningún hombre se ha visto  
Al punto que yo he llegado,  
Que al cielo, al sol y á la luna

Diré que besé las manos.

FILIPPO.

Mucho tenemos que hacer;  
Ya habrá tiempo en que despacio  
Os hablemos.

GASENO.

Ya podréis  
Imaginar, gran senado,  
Que no se puede mostrar  
La grandeza deste acto  
Con la dignidad decente,

Ni lo que pasó contaros;  
Mas ya todos los sabéis,  
Aunque promete Belardo  
Referíroslo otro día.

BELARDO.

Sí hago; al bautismo dando  
Fin, del Príncipe de Fez,  
Por el gran hijo de Carlos.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA

DEL BAUTISMO DEL PRÍNCIPE DE MARRUECOS.



EL ALCALDE DE ZALAMEA





# EL ALCALDE DE ZALAMEA

---

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

---

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

EL ALCALDE PEDRO CRESPO.	LEONOR, <i>dama</i> .	UN TENDERO.
JUAN SERRANO.	GINESILLO, <i>muchacho</i> .	UN LABRADOR VIEJO.
EL ESCRIBANO.	SOLDADO 1. <sup>o</sup>	DON LOPE DE FIGUE- ROA.
EL CAPITÁN D. DIEGO.	SOLDADO 2. <sup>o</sup>	EL REY FELIPE II.
EL CAPITÁN D. JUAN.	UN ALFÉREZ.	BARTOLO, <i>gañán</i> .
INÉS, <i>dama</i> .	GALINDO, <i>lacayo</i> .	UN LABRADOR.

## JORNADA PRIMERA.

---

Salen el Alcalde y Ginesillo

ALCALDE.  
Que te pudiste engañar,  
Ginesillo.

GINESILLO.  
Yo las vi.

ALCALDE.  
¿Á entrambas?

GINESILLO.  
No hay que dudar.  
Digo que hablar las oí.

ALCALDE.  
¿Que también las oíste hablar?

GINESILLO.  
Sí, por esta cruz.

ALCALDE.  
¿Á Inés?  
GINESILLO.  
¿Es milagro?

ALCALDE.  
Mujer es,  
Sin madre está; no me espanto:  
No cuesta de guardar tanto  
Una viña; al fin, Ginés,  
¿Tú las viste?

GINESILLO.  
Lo que digo  
Podrás verlo tú mañana,

Que á mostrártela me obligo  
Asomada á la ventana  
Del aposento del trigo.

Muchas veces han hablado;  
Que viniendo del ganado  
Tarde, la otra noche, vi  
En la puerta y conocí  
En las plumas al soldado.

ALCALDE.

¿Venía solo?

GINESILLO.

Otro venía

Con él.

ALCALDE.

Por Leonor sería;

Que cuando está Inés hablando,  
No estará Leonor hilando.

Áspides en casa cría,  
En vez de hijos, el padre,  
Aunque más recato tiene,  
Pues no hay virtud que le cuadre,  
Pues cuando él á casa viene,  
Halla la casa sin madre.

Sácame al sol una silla,  
Hablando bueno en verdad.  
¡Ay de aquella edad sencilla!  
Agora todo es maldad  
En la más pequeña villa.

GINESILLO.

Señor, ¿quiereste sentar?

ALCALDE.

Pues si en pie hubiera de estar.  
Tonto, no te la pidiera;  
¡Toda ésta la prisa era  
De escribir más que labrar!

Monjas han de ser las dos,  
Según dicen. ¡Plegue á Dios  
Que den tan honrado vuelo!  
Señor, mi cristiano celo,  
Si es bueno, lo sabéis vos.

Dejan, si han de ser casadas,  
De estar en el pueblo honradas  
Con dos maridos iguales (1),  
Y buscan soldados tales,  
Que las dejen deshonradas.

Salen el escribano y el alguacil.

ESCRIBANO.

Seáis, compadre, bien hallado.

ALCALDE.

¿Qué de buena gente viene  
Á honrarme! ¿Hanse publicado  
Ya los alcaldes?

SERRANO.

Sí, y tiene  
El lugar voto acertado.

ESCRIBANO.

¿En qué se entiende?

ALCALDE.

Ponía

Una esquila á este collar,  
Que compré un buey, que á fe mía,  
Que hasta ahí pudo llegar;  
En otro tiempo valía  
Cincuenta ducados; era  
De Gil Benítez vendido.

ESCRIBANO.

¿Era el gacho?

ALCALDE.

Sí.

ESCRIBANO.

Pudiera

Ser del Rey.

ALCALDE.

¡Por Dios, pudiera!

Y aun una vacada entera  
Gobernalla.

SERRANO.

Dios os dé,

Por lo que lucir se ve  
En vos, el bien que desea  
Toda junta Zalamea.

ALCALDE.

Con eso pagáis mi fe;  
Que, por la fe de cristiano,  
Os juro que este lugar  
Le vierais emparejar  
Con el mejor.

ESCRIBANO.

Ya está llano

Su bien en vos.

ALCALDE.

¿Cómo así?

ESCRIBANO.

Que á lo que he venido aquí,  
Por voto de los señores  
Amigos y regidores,  
Es, Pedro Crespo.....

ALCALDE.

Decí.

ESCRIBANO.

Que os ha hecho el Regimiento  
Alcalde de Zalamea.

ALCALDE.

¡Por Dios, que ha errado el intento!  
Que Alcalde es bien que lo sea  
Un hombre de entendimiento.

Es bien que sepa y repare  
El que hubiere de juzgar,  
Porque si agravios causare,  
Debe en conciencia pagar  
Todo lo que mal juzgare.

¿Qué ley justa habrá que ordene  
Que por mi ignorancia pene  
El pobre? ¡Gentil ganancia!  
¿Qué debe él á mi ignorancia  
Para que yo le condene?

(1) En la edición de Krenkel este verso precede la anterior.

¡Aun no me sé averiguar  
En mi casa, y queréis vos  
Que rija todo el lugar.

ESCRIBANO.

Este es servicio de Dios,  
Y no habéis de replicar.

ALCALDE.

Compadre, yo no quería  
Tener, cuando á serlo venga,  
Enemigos algún día,  
Que no hay juez que no los tenga.

Dirán, con igual porfía,  
Que la vara se procura

Por comer á la postura,  
Y que así suele ponella  
De modo que pierda en ella,  
Quien su caudal aventura;

Que en la carne, vino y pan,  
Metiendo la mano están  
Regidores y escribano,  
Porque él está de su mano,  
Con quien á la parte van.

SERRANO.

Pues si es el vulgo, dejalde,  
Que de la verdad desdice;  
Por vos lo ha de hacer, rogalde.

ALCALDE.

Si es el vulgo quien lo dice,  
Dígalo con otro Alcalde.

SERRANO.

De vos hay satisfacción,  
Que sois quien el pueblo espera.

ALCALDE.

No querría, en conclusión,  
Compadre, que á alguien le diera  
Pesadumbre mi elección.

ESCRIBANO.

Al malhechor haréis daño,  
Porque sois (y no me engaño)  
Propio para Alcalde vos.

ALCALDE.

Pues en el nombre de Dios  
Entro á ser Alcalde hogaño.

SERRANO.

¡Qué buen día nos llegó!

ALCALDE.

Dame la capa, muchacho.

ESCRIBANO.

Pues ¿queréis ir fuera?

ALCALDE.

No;

Mas si viene algún despacho,  
¡He de estar en cuerpo yo!

ESCRIBANO.

Tomad la vara.

ALCALDE.

Esperad,

Y que es la vara, notad,  
El Rey, que mil años viva;  
Luego no es bien que reciba  
En cuerpo á Su Majestad:

Agora dadme la vara.

ESCRIBANO.

Y con ella el parabién.

ALCALDE.

¡Yo Alcalde! ¡Quién tal pensara!  
¡Por Dios, que me asienta bien!

ESCRIBANO.

Compadre, yo ya me holgara  
Veros dar una sentencia.

ALCALDE.

Eso tenéis de escribano.

ESCRIBANO.

Yo me holgara en mi conciencia  
Veros ya meter la mano.

ALCALDE.

Pues, aunque no es día de audiencia,  
Oid, compadre.

ESCRIBANO.

¿Qué mandáis?

ALCALDE.

Por ahí dicen que estáis  
Enquillotrado, y tenéis  
La dama en casa, y no hacéis  
Como cristiano, si andáis

En vida tan suelta y vana.  
Compadre, un consejo os doy  
Con que la sentencia gana:  
Ó echalda de casa hoy,  
Ó yo os destierro mañana.

ESCRIBANO.

Conmigo andáis liberal:  
¿No sois mi amigo?

ALCALDE.

Y leal

Amigo; pero no amigo  
De dilatar el castigo  
Si mi amigo vive mal.  
Señores, agradecido  
Quedo en extremo, y honrado.

ESCRIBANO.

También el lugar lo ha sido,  
Pues para honrarse, ha acertado  
En haberos elegido.

SERRANO.

Ya sabéis que en el lugar  
Sacamos á pasear  
Los alcaldes en el día  
De su elección.

ALCALDE.

Yo querría

Que se pudiera excusar.

ESCRIBANO.

No, que habéis de irnos honrando.

ALCALDE.

Haré cuanto me mandéis.

Sale un hombre á pedir justicia.

LABRADOR.

¿Hablaréle?

GINESILLO.

En despachando.

ALCALDE.

Compadre, no os olvidéis.....

ESCRIBANO.

¡Vive Dios, que voy temblando!

ALCALDE.

Comamos, que he de salir  
Esta tarde muy temprano.

LABRADOR.

¡Oh, qué mal hice en venir  
Ahora!

ALCALDE.

¿Qué queréis, hermano?

LABRADOR.

Señor, quisiera pedir  
Justicia; porque, señor,  
Hago mucha costa aquí.

ALCALDE.

Amigo, hablad sin temor;  
Qué habéis menester decí,  
Que tendréis todo favor  
Como justicia tengáis,  
Que, aunque en fiesta la pidáis,  
La alcanzaréis.

LABRADOR.

Eso espero:

Señor, yo le dí á un tendero  
A guardar.....

ALCALDE.

Ea, no temáis.

LABRADOR.

Díle á guardar (como digo),  
Mientras yo me despachaba  
(Sí, señor, Dios me es testigo),  
Un jarro, y dentro llevaba  
Un pañuelo, que conmigo,  
Porque no se me cayera,  
Aun no me atreví á llevar.

ALCALDE.

Y ¿de qué era el jarro?

LABRADOR.

Era

De plata; díle á guardar,  
Porque seguro estuviera,  
A un tendero.

ALCALDE.

¿Y el pañuelo?

LABRADOR.

Cincuenta y cuatro ducados  
Tenía: vendí un majuelo  
Y me los dieron contados  
En el mismo pañuelo  
Con el jarro y el dinero.  
Venía al lugar por trigo,  
Y también compré á un ropero  
Para el cura, que es mi amigo,  
Un capote y un baquero;  
Que al fin, como en Zalamea  
Hay feria, hay comodidad  
De cuanto el hombre desea;  
Mas salióme, á la verdad,  
La feria esta vez muy fea.

ALCALDE.

Pues ¿por qué?

LABRADOR.

Porque el tendero  
Niega el jarro y el dinero.  
ALCALDE.  
Buen labrador, quizá juega  
Con vos.

LABRADOR.

No, señor, que niega  
Más ha de un mes.

ALCALDE.

Pues yo espero  
Que os le vuelva.

LABRADOR.

Al otro alcalde  
Que dejó la vara, fui;  
Mas ¡pardiez! canséme en balde,  
Porque dicen por ahí  
Que es su amigo.

ALCALDE.

Andad, llamalde,  
Llamadme al tendero aquí;  
Prométoos de no comer  
Hasta averiguarlo.

Salen las hijas Leonor é Inés.

INÉS.

¿Ansí

Nos dejas, señor..... (1)  
Cuando te buscan á ti?

LEONOR.

Luego, porque Alcalde seas,  
¿Te olvidas, padre y señor,  
De nosotras?

ALCALDE.

¿No deseas,  
Como hija, Leonor,  
Mi (2) bien?

LEONOR.

En tu vejez veas  
Honra y honor en tu casa.

ALCALDE.

¿Cómo podré, si la abrasa  
Vuestra loca liviandad?  
¡Ay, loca y cansada edad!  
¡Por qué de imposibles pasa! (3).

Salen D. Juan y D. Diego, capitán, y Galindo.

DON JUAN.

Á saber esta elección,  
Primero hubiéramos sido.....

GINESILLO.

¡Ah, señor, aquéstos son!

(1) Verso incompleto.

(2) En el manuscrito de la Biblioteca Nacional, *tu*.

(3) En la edición suelta y en el manuscrito, *pasas*.

DON JUAN.

Los que hubiéramos cumplido  
Nuestra grande obligación.

DON DIEGO.

Parece que amor ha hallado  
Entrada en nuestros amores.

INÉS.

Todo el calor me ha robado  
El verlos.

ALCALDE.

Yo soy, señores,  
El que debo ser culpado  
En no enviar á ofreceros  
Mi persona.

GALINDO.

¡Lindo encuentro!  
Ya estaba muerto por veros.

ALCALDE.

Niñas, entraos allá dentro.

GALINDO.

Toma.

LEONOR.

Muestra.

Vanse las dos.

DON JUAN.

Agradeceros  
Es razón el trato hidalgo,  
Y si podemos en algo  
Serviros don Diego y yo,  
Lo haremos.

ALCALDE.

Tiempo llegó  
En que lo que pueda y valgo  
Os ofrezca: los soldados  
Que han de estar en Zalamea  
Estarán bien alojados,  
Con gusto, porque se vea  
Que están en el pueblo honrados  
De su parte vuesarcedes.

DON DIEGO.

Mándenos, que mil mercedes  
Recibimos en tu casa.

ALCALDE.

¡Que tal oigo, que tal pasa!  
¡Ah paciencia, y lo que puedes!

Quisiérase suplicar  
Que estén los soldados quietos.

DON JUAN.

En eso no hay qué encargar;  
Que más que esclavos, sujetos  
Han de estar en el lugar.

ALCALDE.

Dígolo porque han venido  
A quejarse á mí.

DON DIEGO.

¿De quién?

ALCALDE.

Hoy las quejas he sabido,  
Y si en el caso estoy bien,  
Quejas de los dos han sido.

DON DIEGO.

¿De nosotros?

ALCALDE.

¡Sí, en verdad,  
Y son justas las querellas,  
Pues vienen con libertad  
Á infamar á dos doncellas  
De esta honrada vecindad.

DON DIEGO.

Don Juan, si sabe quién son ...

DON JUAN.

¿Hay más nueva confusión?

DON DIEGO.

Alguno que se congracia  
Será.

ALCALDE.

No tiene esa gracia.

DON JUAN.

Tenemos buena opinión:

No damos en el lugar  
Más pesadumbre que á vos.

ALCALDE.

No den á quejas lugar,  
Porque ¡yo les juro á Dios,  
Que nos hemos de enojar!

GALINDO.

¡Oh, qué marrajo es el viejo!  
¡Vive Dios, que disimula,  
Y que corre mi pellejo  
Riesgo!

DON DIEGO.

Quejas acumula  
Siempre el vulgo sin consejo;  
Que como es aborrecido  
Un soldado, siempre ha sido  
Ó con envidia mirado,  
Ó sin razón murmurado.

ALCALDE.

Esta es la queja que ha habido.

DON DIEGO.

Lo que sabemos deciros,  
Es que han venido á mentiros.

ALCALDE.

Pues como eso sea verdad  
Les prometo mi amistad.

DON JUAN.

Siempre habemos de servirlos.

Vanse.

GALINDO.

No quisiera que este Alcalde  
Me enviara á pasear  
En un asno.

Salen el alguacil y el labrador.

ALGUACIL.

Entrad y habladle,  
Que bien se ha de negociar.

LABRADOR.

Él negociará, dejalde.

Sale Ginesillo.

GINESILLO.

Señor.....

ALCALDE.

¿Qué quieres?

GINESILLO.

Agora

Leyó un papel mi señora  
Leonor, y entre los colchones  
Le guardó.

ALCALDE.

¿No es de oraciones

El papel? ¡Bien se mejora

Mi casa! Pues, Ginesillo,

¿No me le traerás volando?

GINESILLO.

Más has tardado en decillo:

Yo las iré descuidando

Para cogello.

Vase.

Sale el tendero con Horas y un rosario al cuello.

TENDERO.

Hombrecillo,

¿Qué me quieres?

LABRADOR.

Aquí está

El tendero.

ALCALDE.

Ven acá:

Este buen hombre se queja

De vos; no sé si es la queja

Con razón.

LABRADOR.

El negará,

Como suele.

ALCALDE.

Hase quejado

De que habiéndole guardado

Vos un jarro.....

TENDERO.

¡Yo!..... ¿De qué?

ALCALDE.

De plata.

TENDERO.

¡Yo!..... ¿Para qué?

ALCALDE.

Dice que lo habéis negado:

¿Cuántos escudos tenía

El pañuelo?

TENDERO.

¿Hay testimonio

Igual?

LABRADOR.

Cincuenta y cuatro había (1).

TENDERO.

¡Libreme Dios del demonio!

ALCALDE.

Este buen hombre venía

Con el jarro y el dinero

Por trigo: honrado tendero,

No se vuelva sin el trigo.

TENDERO.

¿Habla vuesarced conmigo?

LABRADOR.

¡Cómo se finge santero!

TENDERO.

Porque le puedo jurar,

Por la fe de buen cristiano,

Que no le he visto llegar

A mi puerta: decí, hermano,

Pues ¿yo os había de negar

Vuestra hacienda? ¡Sea loado

El Señor por siempre, amén!

ALCALDE.

Yo os tengo por hombre honrado

LABRADOR.

Yo soy cristiano también,

Y la verdad le he contado,

Señor Alcalde.

ALCALDE.

Y yo os creo,

¡Juro á Dios!

TENDERO.

¡Que yo me veo

Por vos ante la justicia!

No castigáis su malicia,

Señor, que yo le deseo

Todo bien.

LABRADOR.

¡Buen desear!

ALCALDE.

Mirad si habéis de volvello.

TENDERO.

Pues nos venís á salvar,

Libradme, Señor, de aquello

Que yo no me sé librar.

ALCALDE.

No sé si os librará Dios

Esta vez.

TENDERO.

Ya te entendí:

Satanás, á mí y á vos

Nos tienta, para que aquí

Nos queramos mal los dos.

LABRADOR.

¿Cómo os he de querer bien

Si me negáis mi dinero?

ALCALDE.

Muy largo va esto: ahora bien,

Llegaos acá, buen tendero,

Que ahora sabremos quién

Miente: corre en un vuelo

(Veamos este santulario)

A su mujer.....

TENDERO.

¡Santo cielo!

(1) Parece que debía decir *ciento y cuatro*.

ALCALDE.

Por señas de este rosario  
Os dé el jarro y el pañuelo.

TENDERO.

Ya, buen Dios, por mi honra sales:  
*Amplius lava me.*

ALCALDE.

¿Qué es eso?

TENDERO.

Los salmos penitenciales,  
Por mi devoción los rezo (1)  
Cada día.

ALCALDE.

Son señales

Todas de ser buen cristiano.

Sale Ginesillo con un papel.

GINESILLO.

Señor, aquí está el papel.

ALCALDE.

Sí, mas es trabajo en vano:

¡Si no sé qué dice en él!

GINESILLO.

Abajo está Juan Serrano,  
El alguacil, que sabrá  
Leer.

ALCALDE.

Su ventura alabe:

¿Qué entendimiento tendrá  
Hombre que leer no sabe?

TENDERO.

Yo lo leeré.

ALCALDE.

No, que está

Allá con su devoción:

Rece su salmo en buen hora,  
Porque yo, si hallo ocasión,  
Le he de cantar otra cosa (2).

TENDERO.

*Voluntate tua, Sion.*

Sale Juan Serrano.

ALCALDE.

Juan Serrano, ¿sabéis leer?

SERRANO.

Sí sé, señor, aunque mal.

ALCALDE.

Pues ¿quién no lo ha de saber,  
Sino es un hombre animal?  
Hanme venido á traer

Este papel que le hallaron  
A una mujer, y el remedio  
Con cuidado me encargaron.

SERRANO.

Si con leerlo remedio....

Dice así:

ALCALDE.

¿De quién sacaron

Mis hijas esta labor?

No fué de su madre, á fe:

¡Mi honra os dejo, Señor!

Ea, Juan Serrano, lee.

SERRANO.

Parece papel de amor.

Lee.

«Ya ha llegado el día, querida prenda de  
mi alma, que, cumpliendo con la obligación de  
tu palabra, tengan fin dichoso mis ardientes  
suspiros y enamoradas quejas: mi camarada y  
yo estamos prevenidos con caballos para sa-  
caros del lugar. Guárdeos Dios.»

ALCALDE.

¡No sacarán, juro á Dios,  
Que he de matarlos primero!  
Andá, idos abajo vos,  
Llevadle el papel.

GINESILLO.

Espero

Que no lo echen menos.

Vase.

ALCALDE.

Dos

Son ellos, y traerán  
Otros dos, que no valdrán  
Solos á caso tan grave,  
Pues ya Pedro Crespo sabe  
Embestir á un capitán.

Sale el escribano con el jarro de plata.

ESCRIBANO.

Aquí está el jarro, señor,  
Y dentro viene el dinero.

LABRADOR.

¿Miento, señor pecador?

ALCALDE.

Ya vereis, santo tendero,  
Como sois un pecador.

LABRADOR.

¿Quién quebrara seis garrotes  
En el santo! ¿Santo vos?

ALCALDE.

Buen hombre, no te alborotes:  
En amaneciendo Dios,  
Le den doscientos azotes.  
¿Qué aguardas con él? ¿Qué esperas?

SERRANO.

Soltad esas rezaderas.

ALCALDE.

Bien se las podéis dejar;  
Llévelas, que ha de acabar  
De rezallas en galeras.

Salen Leonor é Inés.

LEONOR.

¿Hay ventura semejante?

(1) Rima falsa.

(2) Tampoco rima.

¡Yo mujer de un capitán!

INÉS.

Si eres en tu amor constante,  
Verás, querido don Juan,  
En mi firmeza un diamante.

LEONOR.

Venga la noche sombría,  
Helada, lóbrega y fría,  
Y verás, dulce don Diego,  
Si con la luz de mi fuego  
No envidia á la luz del día.

INÉS.

Acaba, sol, de pasar  
Tu perezosa carrera;  
Mira que te espera el mar,  
Y sólo á tu ausencia espera  
Quien espera sólo amar.

LEONOR.

¡Quién pudiera, dueño mío  
(Tanto amor engendro y crío),  
Picar al sol los caballos,  
Que yo bastara á ausentallos  
Hasta el Occidente frío!

Tocan atabales.

INÉS.

Mas qué, ¿por mi padre viene  
El Regimiento?

LEONOR.

Sí hará:

Grande fiesta le previene.

Sale Ginesillo.

GINESILLO.

No me moverán de acá (1)  
Cien bueyes; que le conviene  
Á mi amo que yo tenga  
Cuenta con las mozas hoy.

INÉS.

¡Que este testigo nos venga  
Á estorbar! Ginés.....

GINESILLO.

Yo soy,

¿Quieren que las entretenga?

Pues contaréles ¡pardiez!

Cómo el Regimiento vino.....

LEONOR.

Á la noche lo dirás.

GINESILLO.

Vinieron de veinticinco,  
Venían los atabales,  
Mas ya pudieron oírlos.....

INÉS.

Calla, que ya es fiesta vieja.

GINESILLO.

Todos de azul y amarillo;  
Más de una pieza de frisa  
Gastó en ellos el Cabildo,

Porque llevaban las mulas  
Cubierto hasta los tobillos.  
Bartolo el de Berrocal  
Y el hijo de Alonso Pinto  
Eran los atabalers.

LEONOR.

Déjanos, que estás prolijo.

INÉS.

Hermana, no has reparado.....  
A la puerta está Galindo.

Galindo al paño.

LEONOR.

¿Qué podrá querer?..... ¡Ay, cielo!

GALINDO.

¡Oh, si se fuese este niño!.....

LEONOR.

Vete á la fiesta, Ginés.

GINESILLO.

Ya toda la fiesta he visto,  
Y aun al soldado también.  
Aunque más finjan conmigo,  
Quiero avisar á mi amo  
Como ya está en el garlito  
El mancebo. Yo me voy,  
Pero adviertan que han de oírlo  
Cuanto hubiere en el paseo.

Sale Galindo.

GALINDO.

¡Que ha de haber tanto registro!.....

INÉS.

Pesárame que te viese.

GALINDO.

Sí, porque es habladorcillo.

INÉS.

Galindo, ¿qué es lo que quieres?

GALINDO.

Mis amos podrán decirlo,  
Que no se les cuece el pan  
Por veros: juzgan un siglo  
Lo que hay de aquí á la noche.

INÉS.

También juzgamos lo mismo.

GALINDO.

Pues ¡por Dios, que están ahí fuera!

LEONOR.

¿Qué dices?

GALINDO.

Lo que les digo:

Entrarán.

LEONOR.

¡Válgame Dios!

Pues ¿no verán el peligro  
Que tienen?

GALINDO.

Si vieran (1),

(1) El texto antiguo dice *aquí*, pero la rima exige *ad*.

(1) Verso incompleto.



Vieran los dos el delito  
Que intentan, porque es más feo  
Cuarenta veces que un jímio.  
INÉS.

¿Ya acobardas?

GALINDO.

No acobardo,

Pero tengo dos deditos  
Desto que llamamos miedo.  
Si Galindo fuera el lindo,  
El amante y el amado,  
Fuera para él el peligro  
Como sorberse dos huevos.  
Mas si es él el pasadizo,  
¿No ha de temblar si le coge  
De un Alcalde el torbellino,  
Y más el señor su padre,  
Que cada vez que le miro  
Soy de condición de azogue?

INÉS.

¿Qué debes tú á lo que hizo  
Tu señor?

GALINDO.

Tienes razón,

Porque yo soy un bendito;  
Mas si á mi señor le tunden,  
¿Mondaré yo en tanto nísperos?  
Ahora bien, entren y hablen,  
Y hablen bien, porque imagino  
Que el peligro á que se ponen  
Es un poco pesadillo.

Salen D. Diego y D. Juan.

DON JUAN.

Con el amor y el deseo  
Vengo luchando, ángel mío;  
El deseo para veros,  
Y el amor para serviros.

DON DIEGO.

También pudierais oír  
Que mi amor es infinito;  
Que son relojes del alma,  
Bella Leonor, los suspiros.

LEONOR.

¿Qué lisonjeros que estáis!

DON JUAN.

Mejor nos diréis perdidos.

GALINDO.

Pues ¿hay más deregonallos?

DON JUAN.

Dulce Inés, los rayos limpios  
Del sol, cuando en nubes de oro  
Bordan los soberbios riscos,  
Y de los humildes valles  
Doran claveles y lirios,  
Nunca alegraron mis ojos  
(No es lisonja ni artificio),  
Bella Inés, como me alegran  
Tus bellos rayos divinos.

DON DIEGO.

Nunca el Oriente galán,

En cuyo balcón los indios  
Miran asomarse el sol,  
Alegre en que le hayan visto,  
Muestra mayor hermosura,  
Mi Leonor.

LEONOR.

Pues yo os suplico,

Por los indios y el balcón,  
Por el sol asomadizo,  
Que me digáis sin lisonjas,  
Vuestra venida á qué ha sido;  
Que si es á ver mi firmeza,  
No es más firme el amor mismo.

DON DIEGO.

Á eso venimos, mi bien;  
Que aunque os habemos escrito,  
Tememos que os haga el miedo  
Faltar al concierto.

GALINDO.

¡Lindo!

Primero faltará un monte:  
Si fuera á traer cilicio  
Ó confesarse á menudo,  
No salieran de sus quicios,  
Mas para decir: «Don Juan,  
Llévame por esos trigos»,  
Yo juro á Dios que no tenga  
Más ánimo Valdovinos.

DON JUAN.

¿Qué dices, desvergonzado?

GALINDO.

Estoy hablando conmigo.

DON DIEGO.

Y ¿de qué se habla? Sepamos.

GALINDO.

De la huida de Egipto:  
Si ello va á decir verdad,  
Mala espina me da el niño.

DON DIEGO.

¿Es el que salió denantes?

GALINDO.

Huélgome que lo hayan visto,  
Y aun él nos debió de ver.

DON JUAN.

No haría, que es un bobillo.

GALINDO.

No sé; mas donde yo estaba  
Miró con ojos prolijos.  
«Rey don Sancho, rey don Sancho,  
No digas que no te aviso»,  
Que de Zalamea á Zamora  
Salió ¡juro á Jesucristo!  
Un niño veintidoseno.

Tocan atabales.

LEONOR.

¡Jesús, qué extraño ruido!  
¿Quién será el que sube ahora?

GALINDO.

¡Vive Dios, que sube el niño,

Pero el Alcalde delante!

INÉS.

¡Dios sea mil veces conmigo!

DON DIEGO.

¿Habrá en qué nos escondamos?

GALINDO.

Y ¿habrá para mí un servicio?

Que si el Alcalde trae pujo,

No me ofenderá en un siglo.

LEONOR.

Señores, esas paredes

Salen á un corral vacío,

Porque no hay nadie en la casa:

Libráos de tan gran peligro

Presto, señores.

DON JUAN.

Inés,

¿Y el concierto?

INÉS.

Sólo espero (1)

Hacer vuestra voluntad.

LEONOR.

Disfrazaos.

DON DIEGO.

Sí.

INÉS.

Que ya vino

Mi padre.

Vanse los capitanes y sale el Alcalde.

ALCALDE.

¿Qué hacéis aquí?

GALINDO.

¡Ay, hombre mal advertido!

ALCALDE.

¿Quién sois? ¿De dónde venís?

GALINDO.

Yo vengo de los Galindos

De África.

ALCALDE.

Apellido noble;

Mas que me digáis os pido

Qué queréis en esta casa.

GALINDO.

Señor, mi venida ha sido

Á ver si vuesa merced.....

ALCALDE.

Acabad, no seáis prolijo.

GALINDO.

Ha menester un corchete.

ALCALDE.

Corchete no, hijo mío;

Un verdugo he menester.

GALINDO.

Yo iré por él.

ALCALDE.

Yo me sirvo

De mis criados, y vos

Pienso que, según me han dicho,  
Servís á dos capitanes.....

GALINDO.

Al uno, al descolorido.

ALCALDE.

Sea el que fuere, decídes

Que les ruego y les suplico.....

GALINDO.

Harélo de mil amores.

ALCALDE.

Que no inquieten los vecinos

Del lugar, porque otra vez

Á quejarse han venido

Que infaman á dos docellas,

Hijas de un amigo mío.

LEONOR.

Inés, ¿si pretenden otras?

INÉS.

Con celos el caso miro.

ALCALDE.

Mas si ellas se aconsejaren

Con la vergüenza ó conmigo,

Vieran cómo las engañan

Con palabras de maridos

Los que, en viéndolas sin honra,

Han de publicallo á gritos.

INÉS.

¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto?

¡Del cielo son los avisos!

ALCALDE.

Vuesa merced se lo diga,

Por mi fe, señor Galindo;

Y para que no se excusen,

Vosotras seréis testigos

Como aviso á estos señores.

GALINDO.

Yo seré el navío de aviso:

Queden con Dios.

ALCALDE.

Dios os guarde.

GALINDO.

No espere más el navío,

Porque es el último viaje

Y va al través.

Vase.

ALCALDE.

Tan molido

He venido del paseo,

Muchachas, que os certifico

Que no puedo estar en pie;

Hacedme luego al proviso

La cama.

INÉS.

Vamos, Leonor.

LEONOR.

Señor, saliste tan lindo,

Que quizá te han hecho mal.....

ALCALDE.

Yo sé quién el mal me hizo.

(1) No es asonante.

LEONOR.  
¿Es alguna vieja?

ALCALDE.  
No.

LEONOR.  
¿Tienes romero bendito,  
Inés, para que sahumemos  
A señor?

ALCALDE.  
La cama pido  
Que me hagáis, y no sahumeros.

Vase.

INÉS.  
Leonor, ¿a las cuántas dijo  
Don Diego?

LEONOR.  
A las once.  
INÉS.

Vamos;  
Que ya de modo me aflijo  
De celos, que aunque perdiera  
Mil vidas, he de seguillos.

LEONOR.  
Celos me han quitado el miedo.  
INÉS.

¡Ay, soldados fementidos!

Vanse.

Salen D. Diego, D. Juan y el sargento.

DON JUAN.

El Alcalde villano  
Se cansa en balde y nos avisa en vano.

DON DIEGO.

Salgan de casa ellas,  
Que aunque alcaldes hubiese más que estre-  
llas....

DON JUAN.

Que es negocio de cuento:  
Arrímeseme luego allí el sargento,  
Cubierto desa esquina.

SARGENTO.

Pues si me enojo yo, ha de haber bolina.

DON JUAN.

¿Quién tiene los caballos?

SARGENTO.

Un mozo con Galindo fué á guardallos.

DON DIEGO.

Venturosos seremos

Si con la presa en Portugal nos vemos.

Salen Ginés, el Alcalde y Bartolo.

ALCALDE.

¡Por Dios, que son diligentes,  
Yo no he madrugado tanto!  
Cierra la puerta, Ginés,  
Ábrala ellas en entrando,  
Porque si la hallan abierta  
Temo que sospechen algo.

GINÉS.

¿Echaré la tranca?

ALCALDE.

Sí;

Y vete á echar en cerrando.

Bartolo, ya los has visto.

DON DIEGO.

Dos hombres, si no me engaño,  
Salieron fuera.

DON JUAN.

El Alcalde

Saldrá á rondar.

ALCALDE.

¿Tendrás ánimo

Para ayudarme, Bartolo?

Cuatro son: dime, ¿con cuántos

Te atreverás á reñir?

BARTOLO.

¡Par Dios, yo con todos cuatro!

ALCALDE.

Eres honrado ganán.

BARTOLO.

Sin que tomaras trabajo  
Te diera yo cuenta dellos.

ALCALDE.

Mira que hemos de matallos,  
Bartolo.

BARTOLO.

Si la mohosa

No me la arrancan del brazo,

¡Par Dios, que han de conocer

Quién es el ganán!

Salen Leonor é Inés con mantos.

INÉS.

Ingrato

Es el amor de los hombres.

LEONOR.

En vivos celos me abraso.

INÉS.

A fe, que me han de pagar  
Los míos.

ALCALDE.

Bartolo, paso,

Que han salido; lo que vieres

Que hago, has de hacer.

DON DIEGO.

Y a el carro

Sale de la noche ciega.

DON JUAN

Si dos soles le han turbado,

¿Qué maravilla?

LEONOR.

¿Es don Diego?

ALCALDE.

¿Qué lindo don Diego!

INÉS

¡Ah, falso!

Don Juan, ¿tú eres el que penas?

LEONOR.

Amores, ¿iremos?

BARTOLO.

Vamos.

DON DIEGO.

¡Cielos! Ó tengo en los ojos  
 Un monte, ó son los villanos  
 Los que las llevan: ¿qué es esto,  
 Cobardes celos, qué aguardo?

DON JUAN.

¡Vive Dios, que se las llevan!  
 ¿Oyen qué digo? ¡Ah, hidalgos!

ALCALDE.

¿Qué mandan vuestras mercedes?

DON JUAN.

¿Adónde llevan, sepamos,  
 Esas señoras?

ALCALDE.

Aguarden

Si quieren saberlo.

DON JUAN.

Aguardo.

LEONOR.

¡No riñas, por vida mía!

INÉS.

Mirad que nos confiamos  
 Que aquí no habéis de reñir.

ALCALDE.

Digo, señores soldados,  
 Que estas mujeres son más,  
 No de tan grandes bellacos  
 Como ellos.

DON JUAN.

Don Diego, ¡mueran!

SARGENTO.

¡Ya hay en qué meter las manos!  
 Señores, treinta son pocos.

BARTOLO.

Yo pienso que en dos hay harto.

DON DIEGO.

¿Quién nos acomete? ¡Cielos!

ALCALDE.

¿Quién os acomete? ¡El diablo!

DON JUAN.

¡Los pies nos valgan, don Diego!

DON DIEGO.

¡La vida nos va! ¡Huyamos!

ALCALDE.

Mal hicisteis en caer.

¡Por Dios, que sois desgraciado!

¿Quién sois?

SARGENTO.

Yo soy el sargento.

ALCALDE.

¿El sargento? No tan malo.

Métete en casa, Bartolo.

BARTOLO.

Yo le pondré á buen recado.

ALCALDE.

De la agua vertida, dicen,  
 No toda cogida. Vamos.

SARGENTO.

Mirad que soy el sargento.

ALCALDE.

Pues yo haré, en alboreando,  
 Que convirtáis la alabarda  
 En una albarda.

BARTOLO.

¡Burlaos!

## JORNADA SEGUNDA.

Salen Juan Serrano y el escribano.

SERRANO.

No ha tenido el lugar mejor Alcalde:  
 ¡Que esto tenía escondido Pedro Crespo!

ESCRIBANO.

Cuatro causas (1)  
 De hijos de vecino he sentenciado  
 Esta mañana.

SERRANO.

¿En qué?, ¡por vuestra vida!

ESCRIBANO.

Piadosamente ha sido: desterrados  
 Van por dos años, con que al Rey le sirvan  
 En aquella jornada á que se apresta  
 Para ir á Portugal: muchos, sin ellos,  
 Van asentando plaza cada día  
 De miedo del Alcalde.....

SERRANO.

Así conviene

Que en poco deje limpia á Zalamea  
 De holgazanes; pero ya ha salido,  
 Que es hora de juzgado, y sólo temo  
 Que quiera perseguir á los soldados  
 Con tanto extremo: ¡plegue á Dios que sea  
 El agua limpia! Y más, este sargento  
 No sé en qué ha de parar; los capitanes  
 Sospecho que andan medio amotinados.

ESCRIBANO.

Dios lo ha de remediar aun bien; que es otro  
 El Escribano de la causa.

Sale el Alcalde.

ALCALDE.

¿Hay pleitos?

ESCRIBANO.

Ninguno hay criminal.

ALCALDE.

No es bien pequeño

Que esté en paz el lugar.

ESCRIBANO.

Una demanda

(1) Verso incompleto.

Hay aquí de dineros.

ALCALDE.

Pues leelda.

SERRANO.

Señor, ¿qué se ha de hacer con el sargento?  
Que está el Maese de campo en Zalamea,  
Don Lope de.....

ALCALDE.

Será de Figueroa.

SERRANO.

Sí, señor; es un hombre del diablo.

ALCALDE.

Pues ¿qué se me da á mí? Sea de quien fuere,  
Haced lo que os he dicho, Juan Serrano,  
Ó ¡voto á tal, que os haga y acontezca.....

ESCRIBANO.

Vendrá de modo á alborotarse el pueblo,  
Yo soy cristiano y soy también Alcalde.  
El Maese de campo es un demonio  
Y es medio renegado; si se enoja.....

ALCALDE.

Pues más que sea renegado entero,  
Yo soy cristiano y soy también Alcalde.  
¡Ah, Juan Serrano, haced lo que os he dicho!  
Y vos, compadre, en lo que yo mandare  
No os metáis más, sino escribid callando.

SERRANO.

Ya voy, señor. De miedo voy temblando.

Salen D. Diego, D. Lope, D. Juan y Galindo.

DON DIEGO.

Vele aquí vuesaerced, que si no fuera  
Por no perdersos.....

DON LOPE.

¿Sois vos el Alcalde?

ALCALDE.

Yo soy.

DON LOPE.

Pues si sois vos, ¿qué es del sargento  
Del capitán don Diego?

ALCALDE.

Alí está preso.

DON LOPE.

¿Cómo le tenéis preso?

ALCALDE.

¡Bien pregunta!

En el cepo con dos pares de grillos.

GALINDO.

Burlaos, Galindo, con el padre Alcalde.

¡Por vida de quien soy, que tiene talle,  
Si me coge este viejo testarudo,  
De ponerme amarrado á un duro banco,  
Como al forzado de Dragut!

DON LOPE.

No puedo

Responderos de cólera: ¡burláisos  
Con algún villanchón de nuestro pueblo?  
Pues, ¡por vida del Rey, que si me enoja.....

ALCALDE.

Enojaráse con el Rey: ¿qué importa?

DON LOPE.

¿Conocéis vos al Rey? ¿Quién es? Veamos.

ALCALDE.

Yo soy el Rey.

DON LOPE.

¿Quién, vos? ¿Tenéis juicio?

ALCALDE.

¡Sí, juro á Dios; yo soy!

DON JUAN.

¿Hay desvergüenza

Mayor que la que tiene este villano?

GALINDO.

Si al Rey se le ha enobrado (1) en la cabeza,  
No doy por la salud de un sargento  
Dos berenjenas.

DON DIEGO.

¡Fuego (2) en la paciencia

Con que vuesa merced viene á hablarle,  
Y aun en la nustral

DON LOPE.

¿Qué queréis, don Diego,  
Que me llegue y le dé seis mojicones?  
¿Qué fácil que lo halláis! ¿Pensáis que es vara  
De varear bellotas la que tiene,  
Ó la vara del Rey?

DON DIEGO.

Pues ¿de qué modo

Puede él prender soldados?

DON LOPE.

Pues sabrémoslo,

Que bien sé que no puede. Alcalde honrado,  
Salga el sargento de la cárcel luego.

ALCALDE.

Rato ha que mandé que lo sacasen.

DON DIEGO.

De otra manera fuera, si no fuera  
Por no descomponernos.

ALCALDE.

Yo lo creo:

Hácenlo al fin por no descomponerse,  
Pues si entendiese aquí el señor don Lope  
Lo que estos caballeros descomponen,  
No me culpara en la prisión que hice.  
El día después que sucedió el delito,  
Quise azotalle: al fin me he detenido  
Otros tres, por si daba algún descargo.

DON LOPE.

Pues sepamos, Alcalde del infierno,  
Quién se ha hecho su juez. (¡Pese á la pierna,  
No viniera un demonio y la llevara!)

ALCALDE.

Pues ¿qué tiene en la pierna?

DON LOPE.

¡Cien demonios!

¿Qué me preguntas, hombre del demonio?  
Suelta el sargento, ó ¡voto á Cristo, Alcalde,  
Que queme este lugar! (¡Ah, pierna infame!)

(1) En la copia de la Biblioteca Nacional, *metido*.  
(2) En los textos antiguos y en el de Krenkel, *velo*;  
pero parece seguro que Lope escribió *fuego*.

ALCALDE.  
¿Tiene gota? ¡Por Dios! ¿duélele mucho?

DON LOPE.  
¿Es posible que no viene un demonio  
A llevarse esta pierna?

DON JUAN.  
¡Bravo miedo  
Le ha cobrado el villano!

ALCALDE.  
¿Tiene gana  
De estar sin pierna, y no llama más de uno?  
Llame treinta demonios ó cuarenta,  
Que se la arranquen presto.

GALINDO.  
¡Bravo miedo  
Le ha cobrado el villano! Echa por copas.

Dentro.  
«Esta es la justicia.....

GALINDO.  
¡Zapatazo!

Dentro:  
\*..... que manda hacer el Rey nuestro señor, y  
su alcalde Pedro Crespo en su nombre.....

DON DIEGO.  
Míralo, pues, Galindo; acaba presto.

Dentro:  
«A este hombre, por infamador de donce-  
llas, mándarle dar doscientos azotes: quien  
tal hace que tal pague.»

GALINDO.  
¡Señor, al sargento azotan!

DON DIEGO.  
¿A quién, Galindo?

GALINDO.  
Al sargento.

ALCALDE.  
¿Sí? ¡Par Dios! Pues ¿es milagro?

DON DIEGO.  
Milagro es que quede al pueblo  
Piedra sobre piedra, amigo.  
Soldados: éste es el tiempo  
De nuestra venganza. ¡Mueran  
Estos villanos!

DON LOPE.  
¿Qué has hecho,  
Villano insolente?

ALCALDE.  
¿Yo?.....

Ahí lo dice el pregonero.

DON JUAN.  
¡Presto, acudid á quitallol  
¡Vive Dios.....

GALINDO.  
Muda de intento,  
Señor, que es grande el peligro,

Porque le llevan en medio  
Más de trescientos villanos  
Mayores que filisteos.  
Apenas se ve el pollino,  
Con ser mayor que un camello;  
Con chuzos van la mitad,  
Los demás pasan barriendo  
La calle de peladillas,  
Que á ochenta pasos y á ciento,  
Desembrizando un brazo,  
Matan á un hombre.

DON JUAN.

Don Diego,  
Vamos con las compañías  
Á quitarlo.

ALCALDE.

Esténse quedos;  
Miren que no ha de ir vacío  
El asno.

GALINDO.

¡Sopla ese huevo!

DON LOPE.

¿Qué has de hacer?

ALCALDE.

Poner en él  
Al que quitare al sargento.

GALINDO.

Yo muy bien me hallo á pie.  
¡Gloria á Dios!

DON DIEGO.

¡Que sufras esto,  
Señor!

ALCALDE.

Porque no entendáis  
Que yo sin razón me quejo,  
Sabed, señor, que aquel hombre,  
Siendo avisado primero  
Por mí, me infamó mi casa;  
Y la noche de año nuevo,  
Él y otros tres, que podían  
Los dos, si son caballeros,  
Cumplirme á mí la palabra.....  
Mas ¡no seré Pedro Crespo  
Si ellos no me la pagaren!  
Pero volviendo á mi cuento,  
Sacaron dos hijas mías.....

DON LOPE.

¡Malo! Mal hizo el sargento.  
Decid, señor.

ALCALDE.

Yo venía  
De ronda entonces, y hallélos  
Que mis hijas me llevaban:  
Conózcolas, arremeto;  
Metén mano todos cuatro;  
Defiéndenseme, peleo;  
Huyen los tres, cae el uno,  
Ciégale el temor y préndolo;  
Tómole la confesión,  
Y niega; doyle tormento,  
Confiesa ayer el delito,

Y hoy le azoto.

DON LOPE.

Está bien hecho.

¡Juro á Dios echar un bando,  
Que no parezca en el pueblo  
Hoy, so pena de la vida,  
Ningún soldado!

DON DIEGO.

¡Reniego

De la paciencia y de mí!

DON JUAN.

Pues si no me mata el cielo,  
Me he de vengar en sus hijas.

DON LOPE.

Mejor fuera, caballero,  
Que el capitan castigara  
Delitos que son tan feos,  
Y más en los oficiales;

Y no alborotar el pueblo,  
Dando lugar á que digan  
Que es el capitán como ellos.

¿Qué dirá Su Majestad,  
Que viene con el ejército,  
Si esto llega á su noticia?

¡Buen nombre gana mi tercio  
Con esas bisonerías!

¡Nunca salgo de modernos!

¡Por vida del Rey, que estaba  
Por hacer un escarmiento

De vuestras mercedes hoy!

Pues ¡sepa yo que hay encuentro  
Con el Alcalde, de hoy más!

GALINDO.

Ya está echado el bando.

DON DIEGO.

¡Ay, cielos!

Saldrá del lugar don Lope,  
¡Verá el mundo si me vengo  
De este agravio!

DON LOPE.

¿Tenéis pluma?

ESCRIBANO.

Sí, señor.

DON LOPE.

Mostradla os ruego;

Dadme un poco de papel.

ALCALDE.

Y del sargento, ¿qué haremos?

¿Á quién lo podré entregar?

DON LOPE.

Eso es lo que estoy haciendo.

DON JUAN.

Á nuestro pedir de boca

Viene la ocasión, don Diego:

Hoy pagarán los villanos

Con su infamia nuestros celos.

DON DIEGO.

¿Otro concierto tenían?

DON JUAN.

Sí; pues por ellas vinieron

Otros dos, y las sacaron.

DON DIEGO.

¡El alma se abraza en fuego  
De venganza!

DON LOPE.

Este papel

Irá donde dice dentro;

Y vos haréis lo que él dice.

ALCALDE.

Ahora, señor, confieso

Que hay entre soldados honra,

Venganza y comedimiento.

DON LOPE.

¿Agora lo habéis sabido?

ALCALDE.

¡Qué queréis, si en este pueblo  
No han entrado en cuarenta años  
Soldados que hiciesen menos!

DON LOPE.

El que es de veras soldado,

También es de veras bueno.

¿Están las postas á punto?

GALINDO.

Ya esperan.

DON LOPE.

Alcalde, llevo

Cierta duda: ¿conocisteis

Los otros tres compañeros?

ALCALDE.

No, señor.

DON LOPE.

Ea, Dios os guarde;

La quietud os encomiendo.

ALCALDE.

¿Mejoró ya de la pierna?

DON LOPE.

En mi vida estará bueno.

¡Ofrézcola á Belcebú!

DON JUAN.

Manos á labor, don Diego.

Vanse.

ESCRIBANO.

Señor, ¿no fuera mejor,  
Para castigos y ejemplo,  
Que le dijerais quién son?

ALCALDE

Yo me entiendo: vengan pleitos.

Decid, ¿qué demanda es esa?

ESCRIBANO.

Demanda de unos dineros.

ALCALDE.

¿No decís que hay dos demandas?

ESCRIBANO.

Memoria y entendimiento

Tiene que asombra.

ALCALDE.

Veamos

Lo que contiene, primero,

Este papel.

ESCRIBANO.

Dice así:

Sale Serrano.

SERRANO.

Como mandaste se ha hecho,  
Y lo hemos vuelto á la cárcel.

ALCALDE.

¿Veis como no ha habido riesgo?

SERRANO.

Ningún soldado hemos visto.

ALCALDE.

¡Serrano, es gigante el miedo!

ESCRIBANO.

«Al capitán Villalobos, en la Real de España, salud.

«Señor Capitán: Yo presumo que S. M. tiene gusto de enviarme con la armada á la Tercera para la quietud de aquellas islas, y así dudo que nos podamos ver hasta la vuelta, que lo siento en extremo: ahí envío á vuestra merced un forzado que fué sargento de los de mi tercio. Condenéle (aunque es novedad en la milicia) á diez años de galeras por incorregible y facineroso, causas bastantes para darle garrote á nuestra usanza; pero los ruegos pudieron estorbarlo. Vuestra merced le ponga donde trabaje, que antes que me embarque le enviaré la sentencia. Guarde Dios á vuestra merced.—Zalamea y Febrero.

ALCALDE.

Mostrad, compadre; eso no;  
Yo castigo, mas no vengo,  
En quien no es el principal,  
Agravios con tanto extremo:  
Culpa tiene el mozo, es llano;  
Pero al amigo ni al deudo  
No han de obligalle á hacer mal  
La amistad ni el parentesco.  
Pero supuesto que tiene  
Castigo bastante el reo,  
Y que su mal no ha de darle  
A mi enfermedad remedio,  
Yo quiero que vaya libre,  
Pues los que coger deseo,  
Esta vez se han escapado;  
Pues sólo bestias sabemos  
Que se vengan sin razón,  
Como el toro, que el empleo  
De su enojo hace en la capa  
Si se le escapa su dueño.  
Señor compadre, yo estoy  
Falto agora de dineros.

ESCRIBANO.

¿Qué manda vuesa merced?

ALCALDE.

Que me preste el Regimiento  
Treinta ducados.

ESCRIBANO.

Y más,

Aunque haya menester ciento;  
Vayan por ellos.

ALCALDE.

Seriano,

Id vos, y dádselos luego  
A ese pobre que afrentamos,  
Y vaya con Dios.

ESCRIBANO.

El cielo

Le enseña: pudiera ser  
De muchos jueces ejemplo.

Sale Ginés.

GINESILLO.

Señor, no sé cómo empiece....

ALCALDE.

Empieza por donde digas  
Á lo que vienes.

GINESILLO.

Agora

Se llevaron....

ALCALDE.

¿A mis hijas?

GINESILLO.

Sí, señor.

ALCALDE.

Los capitanes

Serán....

ESCRIBANO.

¿Hay mayor desdicha?

ALCALDE.

¿Veis como no está en mi mano  
Guardallas, si Dios no cría  
Vergüenza y recogimiento  
En ellas? ¡Ay, honra mía!  
¡Mirad si la culpa tengo!  
Dime, Ginés, ¿y ellas mismas  
Gustaron de irse?

GINESILLO.

Señor,

No dieron gritos.

ALCALDE.

Sería,

Sin duda, con gusto suyo:  
Vayan con Dios: ¡suerte es mía!  
Señor, ¿castigáis pecados  
Viejos con nuevas desdichas,  
Ó el castigo que me dais  
Es por falta de doctrina  
De su padre? No será  
Por eso, ni hay quien lo diga,  
Que, ¡vive Dios! que he tenido  
Más cuenta con estas niñas  
Que con las dos de mis ojos.

ESCRIBANO.

Yo espero que Dios se sirva  
Que las halléis, si os dais prisa,  
Llevando un par de cadriillas....

ALCALDE.

Si estaban nuevas en casa  
Y me las vuelven traídas,  
¿Para qué las quiero? ¡El alma



Con el dolor agoniza!.....  
 ¿Dónde iré á cobrar mi honor?  
 ¡Cielos, que me atemoriza  
 Ya de Leonor y de Inés  
 La libertad que publican!  
 Si por fuerza las sacaran,  
 Estando ellas recogidas,  
 En el poder más lascivo  
 Vivieran castas y limpias,  
 Que la torre del honor  
 Sobre voluntad estriba.  
 Ginés, ¿era mucha gente?

GINESILLO.

Algunos vi en las esquinas,  
 Y otros fuera del lugar:  
 Bartolo, el gañán, les iba  
 Detrás siguiendo los pasos.

ALCALDE.

Compadre, adiós; Ginés, guía  
 Hacia dónde las llevaron;  
 No deis á nadie noticia  
 Del caso, porque la infamia  
 Crece cuando se publica.

ESCRIBANO.

Dios os dé, señor, paciencia,  
 Si hay paciencia en tal desdicha.

ALCALDE.

Sin honra estoy: quiero ver,  
 Siguiendo loco á mis hijas,  
 Si de la que van dejando  
 Hallo yo algunas reliquias.

Vanse.

Sale Leonor.

LEONOR.

Nunca al sol se desata  
 El arroyuelo que, vertiendo plata,  
 La desperdicia ufano  
 Entre las hojas del galán verano,  
 Ni más alegre suena  
 Con blanda luz la dulce filomena,  
 Que á mis gratos oídos  
 La blanda voz suave  
 Del que llamarse sabe  
 Amoroso ladrón de mis sentidos.

Sale Inés.

INÉS.

Nunca en laurel asiste  
 Más bello el pajarillo que se viste,  
 Según parece hermoso,  
 Con la capa de Abril varío y vistoso  
 Cuando á su dueño espera,  
 Que el cristal de la fuente lisonjera  
 Bebiendo turba un rato,  
 Libre y seguro del olvido ingrato,  
 Que me parece, hermana,  
 El dueño mío de que gozo ufana.

LEONOR.

Inés, ¿estás contenta?

INÉS.

En vano prueba, si probarlo intenta  
 Por oficio ó costumbre,  
 Fortuna á derribarme de la cumbre  
 Donde el amor más puro  
 Laurel de amante me ciñó seguro.

LEONOR.

Yo también soy dichosa,  
 Que soy querida como tú, hermosa;  
 Nunca á envidiarte llego.

INÉS.

Don Juan respira amor.

LEONOR.

Amor don Diego.

Dentro D. Diego.

¡Muera el loco villano!

LEONOR.

¡Válgame el cielo, Inés!

DON JUAN.

Matice el llano

El mozueto atrevido

Con sangre suya, pues nos ha seguido.

LEONOR.

Hermana, ¿no es Bartolo?  
 Defendiéndose está, herido y solo,  
 De arcabuces y espadas:  
 Basta, don Diego, si de mí te agradas.

INÉS.

¡Dejalde ya, soldados!

Mirad que fuisteis sin razón mandados.

DON DIEGO.

No ha de vivir cien horas.

BARTOLO.

¡Ladrones del honor de mis señoras,  
 Quitad los arcabuces,  
 Veréis si pongo al campo tantas cruces  
 Como venis soldados!

DON JUAN.

Verásllo ahora.

Vanse los soldados.

LEONOR.

No es de enamorados,

Siendo la primer cosa,  
 Pareceros, señor, dificultosa:  
 No le quiten la vida.

DON DIEGO.

¿Pensará la villana que es querida?

LEONOR.

¡Don Diego de mis ojos!

DON DIEGO.

¡Suelta, villana!

LEONOR.

¡Ya te causo enojos!.....

¡Ay, cielos! ¿Qué es aquesto?

¿Villana de tu boca soy tan presto?

DON DIEGO.

Siempre has sido villana,

Infame y loca, como lo es tu hermana.

INÉS.

Dulce, querido esposo,  
¿Eres también conmigo riguroso?

DON JUAN.

¡Villana! ¡Vive el cielo,  
Que deje con tu muerte ejemplo al suelo!  
¿Tu marido me llamas  
Cuando mi nombre con tu nombre infamas?

LEONOR.

¡Inés!

INÉS.

¡Leonor!

SARGENTO.

Ya queda

De suerte que seguimos más no pueda.

DON DIEGO.

Mientras llega la tropa  
Con las banderas, el bagaje y ropa,  
Que ya la dejé á punto....

LEONOR.

¡Hermana, el corazón tengo difunto!

DON DIEGO.

En esa ponzuelita  
Podrán, con el alférez Valenzuela,  
Quedarse diez soldados,  
Por si hubiere villanos desmandados  
Que seguimos pretendan.

SARGENTO.

Primero que en el pueblo el caso entiendan,  
Diez leguas estaremos.

SOLDADO 1.º

Paréceme que el puente defendemos.

SOLDADO 2.º

Pues ¿es el de Mantible?

INÉS.

¡Ah, don Juan de mis ojos! ¿Es posible  
Que has hablado de veras?

DON JUAN.

¡Necia villana, provocar no quieras  
Mi pecho vengativo!

INÉS.

Pues ¿qué te he hecho yo?

DON JUAN.

En el alma escribo,

De tu padre villano,  
La ofensa hecha por su misma mano.

DON DIEGO.

Afrentóme el sargento,  
Y yo en su mismo honor tomar intento  
La venganza, de suerte  
Que sienta menos la penosa muerte.  
Una cosa he sentido:  
Que nobleza las dos no hayáis tenido,  
Para que, al deshonoraros,  
Pudierais de más pérdida quejaros.

LEONOR.

¿Hicieran más dos fieras?

DON JUAN.

En el campo os quedad como rameras;  
Deste modo perdimos

Los celos viles que tener pudimos  
De aquellos dos villanos  
A quienes disteis al salir las manos,  
La noche desdichada  
Que fué dichosa su villana espada;  
Id y casaos con ellos,  
Que, aunque gozadas vais, tiene cabellos  
La ocasión que os convida.

INÉS.

¿Dónde irá una mujer sola y perdida?  
No teméis á los cielos,  
Y dais por ocasión injustos celos:  
Si mi padre os agravia,  
¿Por qué habéis de vengaros con tal rabia,  
Que de la honra nuestra (1)  
Que la hace blanco la venganza vuestra?  
No esposas regaladas  
Nos llamaremos ya, sino criadas:  
¿No nos dejéis, señores,  
Si mujer mereció jamás favores!

LEONOR.

Si ya ha llegado el día  
En que te alegre la desdicha mía....

INÉS.

¡En vano el llanto enjugol

LEONOR.

¡No me dejes en manos del verdugo!  
Mira que lo es mi padre,  
Que no hay amor que sin honor le cuadre,  
Porque tiene heredada  
Villana sangre, pero sangre honrada.

DON DIEGO.

Porque os mate os dejamos.

DON JUAN.

De todos desta suerte nos vengamos.

Vase.

LEONOR.

¡Don Diego, espera, escucha!

INÉS.

¡Don Juan, escucha, espera,  
Que me llevas el alma!

LEONOR.

¡Mira que un alma llevas  
Tan rendida á tu gusto,  
Que estima tus afrentas  
Por regalos de amores!

SOLDADO 1.º

¿Dónde bueno, doncellas?

LEONOR.

Dejadnos ir, amigos,  
A rogarles siquiera  
Que maten con las manos,  
Pues matan con las lenguas.

SOLDADO 1.º

No se cansen, amigas,  
Traten de dar la vuelta,  
Ó les darán con algo.

(1) Acaso escribiría Lope:

¿Qué es de la honra nuestra,

LEONOR.

Qué, ¿el ruego no aprovecha?  
Don Diego, esposo mío,  
Qué, ¿me dejas de veras?

SOLDADO 2.º

Que no es sino burlando;  
Aguarden á que vuelvan.

INÉS.

¡Ay, desdichada Inés,  
Qué bodas que te esperan,  
Despreciada y sin honra!  
¿Posible es que me dejas?

LEONOR.

¡Plega á Dios, hombre infame,  
Que con la misma afrenta  
Que aquí nos has dejado,  
En tu ciudad perezcas!

¡Cruel, si vas huyendo! (1).  
Dime, ¿para qué llevas

La carga de mi alma,  
Que más que un monte pesa?

Cubierta va de agravios,  
De desdichas cubierta;  
Déjala, pues que huyes,  
Ya que dejarla intentas;  
Mira que con el peso,  
Ingrato, ha de ser fuerza  
Que de cansado pares,  
Aunque parar no quieras

SOLDADO 1.º

Ya me voy enfadando.

¡Villanas, no quisiera  
Que volvieran desnudas!

LEONOR.

En vano, Inés, te quejas  
Del hombre más ingrato  
Que los cielos sustentan.

INÉS.

¡Plega á Dios que se acabe,  
Sin comenzar la guerra,  
Tu vida infame y vil,  
Porque sin premio mueras!

Sale Galindo.

GALINDO.

Paréceme que escucho  
Á dos niños de escuela,  
Que en la doctrina tienen  
Demandas y respuestas.

INÉS.

¿Qué te parece, amigo?

GALINDO.

Que los dos no parecían  
Era de parecer,  
En Dios y en mi conciencia.

LEONOR.

Ruégales de tu parte,  
Quizá tendrán clemencia,

Que nos dejen pasar.

GALINDO.

Galindo se lo ruega.  
Pasen, señor alférez,  
Porque no formen quejas  
Del señor don Galindo.

SOLDADO 1.º

Pasen ya, norabuena;  
Mas es cansarse en balde.

SOLDADO 2.º

Antes yo no quisiera  
Que les pesase de oír.....

INÉS.

Con las lágrimas tiernas  
De una mujer humilde  
Se han ablandado peñas

LEONOR.

¡Ay, Dios, si nos llevases  
Cumplida la promesa!

Dentro.

ALCALDE.

¿Dónde podrán los cielos,  
Para mayor afrenta,  
Esconderme á mis hijas?

GALINDO.

Aquí está Zalamea:  
Señores, ¿qué hacemos?  
Que el alma me penetra  
El eco deste Alcalde.

SOLDADO 1.º

Pues aunque el mundo venga,  
¿Qué ha de importar, Galindo?

GALINDO.

Hijo, hay otra azotea  
Como la del sargento.  
Todos los hombres sepan,  
El fuego, el aire, el agua  
(Pero el agua no entra)  
Del Garamanto adusto  
Al pie del Rollo de Écija,  
Como tengo á ese Alcalde  
Tan grande reverencia,  
Que no mandará cosa  
En que no le obedezca;  
Y hago juramento,  
Créanme ó no me crean,  
De que con este Alcalde  
No quiero más reyertas;  
Y porque de mi espada  
Nadie forme querellas  
De que ha sido instrumento  
De alguna resistencia,  
Como instrumento sordo  
Que le faltan las cuerdas,  
Ha de quedar colgada.....

SOLDADO 1.º

Necio, ¿dónde la cuelgas?

GALINDO.

En este sauce verde,  
Donde mi alma llora el bien que pierde.

(1) La colocación de este verso está trastrocada en el manuscrito y en las ediciones.

SOLDADO 1.º

Tengan apercebidos  
Arcabuces y cuerdas;  
Que siento entre los árboles  
Tropel de gente.

Sale el Alcalde.

ALCALDE.

Apenas

Me dejan dar un paso  
El dolor y vergüenza.  
¿Qué es lo que ven mis ojos?  
¿Mis hijas son aquíllas?....  
¡Cielos, que van perdidas,  
Aunque el camino sepan!  
¿Qué tengo de hacer solo?  
Mas ¿para qué reserva  
La vida un desdichado?  
¿Veis aquellas dos prendas,  
Soldados? Pues son mías:  
Dejadme, iré por ellas.

SOLDADO 1.º

Busque por otra parte  
Por donde pasar pueda.

ALCALDE.

¡Por vuestros pechos viles  
Abriré franca puerta  
Si el paso me negáis!....

SOLDADO 1.º

Poco aprovechan fuerzas  
Contra arcabuces tantos  
Que al pecho se enderezan.

DON DIEGO.

Échale el lazo presto.

DON JUAN.

Él es, don Diego. ¡Muera!....  
La dichosa fortuna  
Nuestros agravios venga.

DON DIEGO.

Quitadas ya las armas,  
Daremos la sentencia.

ALCALDE.

Si los ruegos os mueven,  
Mirad que un hombre os ruega  
Que la muerte le deis.

DON DIEGO.

Eso es lo que te niegan  
Tus enemigos hoy,  
Porque viviendo sientas  
La afrenta que me hicistes,  
Viendo tu misma afrenta.  
Atalde á un roble desos  
Porque á sus hijas vea  
Como á ramerías viles  
Que todos las desprecian.

ALCALDE.

¡Señor, si mis pecados  
Han de alcanzar clemencia,  
Poco es este castigo:  
Otros mayores vengar!

SOLDADO 2.º

Ya queda bien atado.  
DON DIEGO.  
Venga ahora Zalamea  
Y reciba su Alcalde.

Vanse los capitanes.

SOLDADO 1.º

Merecida es la pena.

ALCALDE.

Castigos....., mal he dicho;  
Que en la mano suprema  
Castigos son regalos,  
Porque jamás se acuerda  
De castigar al hombre,  
Que por su bien no sea.

Salen Leonor é Inés.

LEONOR.

¿Por aquí volvió don Diego?....

INÉS.

¿Por aquí don Juan volvió?....

LEONOR.

¿Posible es que me dejé!....

INÉS.

¿Que así me dejase luego!....

LEONOR.

¡Válgame Dios! Ciega estoy,  
Pues á mi padre no miro.

INÉS.

¡Cielos, con razón me admiro!  
Probando desdichas voy  
Por ver cuál me ha de matar.

LEONOR.

Padre, ¿quién os puso así?

INÉS.

Quien me ha hecho libre á mí,  
Bien os pudo á vos atar.

Puesto os han infames lazos  
Porque nuestra infamia vean  
Vuestros ojos, sin que sean  
Furioso estorbo los brazos.

Temiendo que no nos deis  
La muerte, os habrán atado  
Porque no dejéis quebrado  
El vil espejo en que os veis.

Vengativo fué el consejo  
Del que guardarnos intenta,  
Y es porque dure la afrenta  
Lo que durare el espejo.

LEONOR.

¡Ay, padre! Tarde he de ver  
Venganza destos villanos,  
Porque está el hombre sin manos,  
Y con lengua la mujer.

Á Elvira y á Sol halló  
Rodrigo atadas á un roble,  
Y porque mi llanto doble,  
La suerte en vos se trocó.

Pero, pues temen la lid,  
Son, con astucias civiles,  
Ó más que los condes viles,  
Ó vos más fuerte que el Cid.

INÉS.

Que sois juez me hacéis dudar,  
Pues tan sin valor os veis,  
Que al preso que más queréis  
Aun no le podéis soltar.

Mas yo os soltaré, señor;  
Pero no es seguro intento,  
Padre, porque el mandamiento  
No lo ha firmado el temor.

Si aquí con acuerdo sabio  
El uno y otro os ató,  
¿Cómo he de soltaros yo,  
Si de mí nació el agravio?

Perdonad, que estáis de suerte  
Ofendido, y con razón,  
Que si rompo la prisión  
Me han de condenar á muerte.

Quedaos sin que me veáis  
Hasta que padrinos tenga,  
Porque cuando á veros venga  
Más piadoso me veáis.

Vase.

LEONOR.

Sin desatalle se va  
Mi hermana; discreta es,  
Si ha podido serlo Inés  
Después que sin honra está.

Mas, pues ella teme, es bien  
Que tema también Leonor;  
Que no es bien que sin honor  
Sus hijas delante estén.

Vase.

ALCALDE.

Basta, que Leonor é Inés  
Sin desatarme se van;  
Si es el peligro en que están  
Como mi deshonra es,  
Tarde saldré donde estoy.

Sale Bartolo ensangrentado.

BARTOLO.

Si á mis señoras dejaran,  
Menos dolor me causarán  
Las heridas: ¿dónde voy  
Tan desangrado y herido?  
Ojos, ¿qué es lo que miráis,  
Si no es, ojos, que os turbáis  
Como ya os falta el sentido?

ALCALDE.

¿No es Bartolo? ¡Él es! ¡Ay, cielo!  
No sé si ha de haber lugar  
En el alma para entrar  
Tan nuevo dolor.

BARTOLO.

Verélo,

Aunque con ojos turbados,  
Por ver si tan muerto voy,  
Que lo que mirando estoy  
Me engaña.

ALCALDE.

Los engañados,  
Mis pensamientos han sido.  
Bartolo.....

BARTOLO.

Señor.....

ALCALDE.

Si puedes,  
Suelta destas viles redes  
Un pájaro inadvertido.

BARTOLO.

Si más no pudiera, hiciera,  
Para desatar los lazos,  
Los hilos de sangre brazos  
Con que soltarte pudiera.

ALCALDE.

Aunque lo has hecho por mí,  
Tu causa has solicitado,  
Que si los has desatado,  
Los desatas para ti,  
Pues servirán de ayudarte  
En dos cosas conocidas:  
De vengarte las heridas  
Y de llevar á curarte.

## JORNADA TERCERA.

Salen Juan Serrano y el escribano.

ESCRIBANO.

Aunque tenga corazón  
Para poderlo llevar,  
En fin le habrá de acabar  
La fuerte imaginación  
De su desgracia, sin duda.

SERRANO.

Mucho su paciencia prueba,  
Pues en desgracia tan nueva,  
Ni voz ni semblante muda;  
Pero vive avergonzado  
De modo, que no ha salido  
Después que le ha sucedido.

ESCRIBANO.

Por eso tiene el juzgado  
En casa: y sus hijas, ¿sabe  
Dónde están?

SERRANO.

No hay quien lo sepa.  
ESCRIBANO.  
Pues ¿cómo queréis que quepa

Alivio en él?

SERRANO.

El más grave

Dolor, es el no saber  
Si acaso se las llevaron  
Los que el honor le quitaron.

ESCRIBANO.

Un consuelo puede haber,  
Si hay en desdichas consuelo,  
Y es que el Rey ha de pasar  
Presto por este lugar.

SERRANO.

Tráigale con bien el cielo,  
Pues aliviará su pena  
Castigando tiranías.

ESCRIBANO.

¿Dónde están las compañías?

SERRANO.

En jurisdicción ajena;  
Más de diez leguas de aquí.

ESCRIBANO.

Y los capitanes, ¿dónde?

SERRANO.

El uno y otro se esconde.  
Anoche, cuando volví  
De mi heredad, como digo,  
Me informé de seis soldados,  
Que andan ahora alojados  
Dos leguas de aquí.

ESCRIBANO.

No sigo

El parecér de ofendellos.

SERRANO.

Aun no sabemos quién son.

ESCRIBANO.

Y es ¿nuestra jurisdicción?

SERRANO.

¡Pluguiese á Dios fuesen ellos,  
Que el nuestro distrito es  
El cortijo donde están!

Salen Bartolo y el Alcalde.

BARTOLO.

Suelto como un alcotán (1)

Me siento, señor, después

Del ensalmo.

ALCALDE.

¿Ya estás bueno?

BARTOLO.

Apenas queda señal:

¡No hay cosa que me haga mal!

Anoche anduve al sereno,

Buscando la pollineja,

Más de hora y media.

ALCALDE.

Á Dios gracias

Que corren ya las desgracias

Por mí solo: aquí se queja

Martín Alonso, albañí,

Que una demanda tenéis

Suya, y que no la leéis.

ESCRIBANO.

Dice la demanda así:

ALCALDE.

Es muy justo,

Y estaba por ponerlos en la cárcel.....

ESCRIBANO.

¿Á mí, señor?.....

ALCALDE.

Á vos, que ha quince días

Que no queréis leer esa demanda:

¿Qué sabéis vos si el pobre que la pide

No tiene qué comer?

ESCRIBANO.

Pues ¿no pudiera

Pedillos sin demanda ni en juzgado?

Por parecerme libertad, no quise

Que vuesaerced supiese la demanda

Por escrito. Jamás en Zalamea

De vuesaerced ha habido quién se queje

De que no paga bien y puntualmente;

Pues ¿por qué tiene ya bachillerías

Martín Alonso, y quiere por justicia

Cobrar de vuesaerced?

ALCALDE.

Muy bien ha hecho;

Yo os lo diré porqué: por que podía

La paga dilatar como vecino,

Y es justo que la pague como Alcalde.

¡Pena de mal jüez! ¡Ah, Juan Serrano!

Sacadme prendas luego de mi casa,

Las que Martín Alonso señalare.

ESCRIBANO.

Yo salgo por fiador de mil ducados,

Señor Alcalde.

ALCALDE.

Y ¿es esa fianza

Para pagalle al otro su dinero?

ESCRIBANO.

Para si vuesaerced no los pagare,

Que los cobre de mí.

ALCALDE.

Y si estoy cien años

Sin que le pague, ¿comerá ese pobre

Con la fianza vuestra, ó con dineros?

Haced lo que os he dicho: bien pudiera

Pedro Crespo pagalle algún pedazo,

Y no comprar el buey á Gil Benítez;

(1) *Alcorán*, dicen disparatadamente la edición suelta y el manuscrito. El *alcotán* es una especie de halcón.

Que no es de hombres honrados y cristianos  
Comer con gusto ni dormir sin pena,  
Cuando el pobre á quien debe, por ventura  
No tiene un pan que dalle á sus hijuelos.  
No entendí tal de Pedro Crespo: ¿ahora,  
Á la vejez, no paga lo que debe?  
¡Muy bien se salvará! Sacadme prendas,  
Y dentro de tres horas se rematen  
Á voz de pregonero.

SERRANO.

No querría

Que diga nadie que se sacó prendas.

ALCALDE.

¿No vais con milicencia?..... Pues ¿qué importa?

No serán las primeras, Juan Serrano,  
Que no ha mil años que sacaron otras,  
Y no por dendas, sin licencia mía,  
Y sospecho que están ya rematadas.

ESCRIBANO.

Dios lo ha de remediar, que al fin son tuyas.

Sale un labrador.

LABRADOR.

Señor Alcalde, háganos (1) justicia,  
Pues todos van contentos de su casa.

ALCALDE.

Mucho más estaréis vos en pedilla,  
Que en darla yo, si darse puede luego.

LABRADOR.

Señor, en el cortijo de las Peñas,  
Que es de mi amo el cura Antón Hidalgo.....

ALCALDE.

Pienso que viene á ser este cortijo  
Nuestra jurisdicción.

ESCRIBANO.

Y otras dos leguas

De aquella banda, tiene Zalamea  
Sus términos.

ALCALDE.

Decí.

LABRADOR.

Pues en mal hora

Llegaron á hacer noche unos soldados,  
Que no son más cristianos que Mahoma,  
Que han puesto ya el cortijo de manera,  
Que es una compasión: ha doce días  
Que están en él un macho y dos borricos  
(Con perdón de las barbas que me escuchan);  
Se llevaron también los compañeros,  
Solamente con decir que lo mandaba  
Su capataz.....

ALCALDE.

Su capitán sería.

LABRADOR.

Pues estos seis que están en el cortijo,  
Bien pueden ellos ser lo que quisieren,  
Mas son unos grandísimos bellacos:  
No me han dejado pollo ni gallina,

Y hanme muerto también los ternerrillos,  
Que no tengo yo hartos en la soldada  
Para pagar el daño que me han hecho.  
Dicen que pagarán cuando se vayan:  
Yo tomara se fueran sin pagarme,  
Como se fueran luego: son rufianes,  
Señor Alcalde.

ALCALDE.

¿En qué manera, amigo?

LABRADOR.

En que cuantas mujeres van camino,  
Las fuerzan y las tienen encerradas,  
Tan sin temor de Dios, que es grande lástima  
Ver lo que pasa en el cortijo.

ALCALDE.

Hermano,

No os dé cuidado, que esta noche iremos,  
Y nos harán merced de irse en buen hora:  
¿No podremos entrar sin que nos sientan,  
Porque no se alboroten?

LABRADOR.

Fácilmente:

Yo le pondré en el patio en dos palabras.

ALCALDE.

Compadre, prevenid ocho vecinos  
De los más atrevidos y arriscados.  
¿Cuántos son los soldados?

LABRADOR.

Seis son ellos.

ALCALDE.

Pues doce hemos de ser los que allá vamos.

BARTOLO.

Ya estamos doce si los ocho vienen:  
Bartolo y vos son diez, y Juan Serrano,  
Con el otro alguacil, haremos doce.

ALCALDE.

¿Ya estás para meterte en pesadumbres?

BARTOLO.

Diera por verme ya con los soldados  
Un brazo.

ESCRIBANO.

Y ¿cuándo quieres ir?

ALCALDE.

Luego quisiera.

ESCRIBANO.

Pues voy á prevenir los ocho mozos,  
Que será cada uno como un pino.  
Pero, señor, ¿con tanta gente armada  
Agora quieres ir? ¿tú no solías  
Solo embestir diez hombres?

ALCALDE.

Sí, compadre,

Y me parecían pocos; pero agora  
No voy á pelear, sino á prendellos.

LABRADOR.

¡Pardiez, que aquesta vez damos en ellos!

Sale Juan Serrano.

SERRANO.

Señor, dice el albañí  
Que deposites las prendas

(1) *Hagamos*, en la edición antigua y en la de Krenkel, pero es errata evidente.

En tu misma casa.....

ALCALDE.

¿En mí?

SERRANO.

Que no quiere que las vendas.

ALCALDE.

Pues yo le pagaré aquí

El dinero y la amistad;

En mi nombre lo buscad.

SERRANO.

Hallarás cuanto pidieres:

Aquí hay también dos mujeres

Que tienen necesidad

De hablarte.

ALCALDE.

Entren norabuena.

SERRANO.

Voy el dinero á buscar.

ALCALDE.

Mirad que estaré con pena

Hasta acabar de pagar.

Vase Juan Serrano, y salen Inés y Leonor con mantos y papeles.

Siempre está mi casa llena

De tristeza; aun los que vienen

Para hablarme, se previenen

De luto: tienen razón,

Si el luto es la compasión

Que de mis desdichas tienen.

¿Quién sois? ¿Qué habéis menester?

Como justicia traigáis,

En mí la podéis tener

Segura, porque llegáis

Adonde os ha de valer.

LEONOR.

Bien sé que en vuestra presencia

Hace la injusticia ausencia,

Que por eso á vos venimos;

Pero advertid que os pedimos

Juntas justicia y clemencia.

ALCALDE.

¡Válgame Dios! No pudiera

Causarme la hora postrera

Congoja y pena mayor:

Causado me han más dolor

Que si agora las perdiera.

El brazo enojado humillo

Por más que tenga razón

El vengativo caudillo;

Que nunca ofende el león

Si ve humilde al corderillo.

¡Ay, lágrimas! ¿Qué queréis?

¿Adónde salís? ¿No veis

Que agora soy juez severo?

¿Por qué me afrentáis? Ya espero,

Señoras, que me informéis.

LEONOR.

Dos capitanes que entraron

Á hacer gente en Zalamea,

Nos vieron, señor, un día.....

¡Pluguiera á Dios no nos vieran!

Aficionáronse entrambos

De nosotras..... Inés, cuenta

Lo demás, porque se ahoga

La voz de contar mi afrenta.

INÉS.

Dieron en rondar la calle.....

ALCALDE.

Ya lo sé.

INÉS.

Los días de fiesta,

Nos iban siguiendo juntos

Hasta volver de la iglesia.....

ALCALDE.

Ya lo sé.

INÉS.

Enviaron papeles

Llenos de locas promesas.....

ALCALDE.

Ya lo sé.

INÉS.

Di lo demás,

Leonor, que tengo vergüenza.

LEONOR.

Perseveraron humildes

Con lágrimas y con quejas.

ALCALDE.

Ya lo sé.

LEONOR.

Mas no pudieron

Tener esperanza cierta

De su amor, porque teníamos

Cerradas ventana y puertas.

ALCALDE.

Eso es lo que yo no sé.

LEONOR.

Pero como las estrellas

Inclinan las voluntades.....

ALCALDE.

¿Diréis que os hicieron fuerza

Estándoos en vuestra casa?

INÉS.

No hacemos de fuerza quejas,

Señor, sino del engaño.

ALCALDE.

Pues en verdad que pudierais

No dejaros engañar;

Que no es tan baja la venta

De honor, para no mirarse

Primero antes que se venda,

Pues no hay precio que la compre

Sin bendición de la Iglesia.

Para vender una viña,

Un pegujal, una huerta,

Me suelen llamar á mí

Para darle más firmeza

Al contrato; ¡y dos mujeres

De poca edad y experiencia,

Para la venta mayor

Que se conoce en la tierra,



Teniendo el Alcalde en casa,  
Aun no le llaman siquiera  
Para que asista al contrato,  
Por ver si engañadas quedan!  
Decid, señoras, decid,  
Veré si es justa la queja  
Que traéis.

LEONOR.

Decirlo pueden,  
Señor Alcalde, estas cédulas.....

ALCALDE.

Y en ellas, ¿qué prometieron?

LEONOR.

Prometen los dos por ellas  
De casarse con nosotras.

ALCALDE.

¡Cumplirán os la promesa,  
Juro á Dios!..... Jurad aquí  
Que hasta tener estas cédulas  
No disteis el sí.

INÉS.

Juramos

A esta cruz, que representa  
La de Jesucristo vivo,  
Y aquella limpia doncella,  
Virgen parida en Belén,  
Cuya celestial presencia  
Llamaron para escribir  
Estas engañosas cédulas,  
Que hasta tenellas, guardamos  
Inés y Leonor limpieza.

ALCALDE.

Pues iré á los pies del Rey  
Cuando él al lugar no venga,  
Y pediré en vuestro nombre  
Justicia: no os cause pena,  
Señoras, que en vuestra causa,  
Como si mi causa fuera,  
La tomo á cargo, que fuisteis  
Hijas de madre tan buena,  
Que por ella merecéis  
Que os honre. Alzad de la tierra.

INÉS.

Hemos de besar primero  
Vuestros pies, por la clemencia  
Que con nosotras usáis.

ALCALDE.

Sean las manos, que las besan  
Las que me quieren por padre;  
Pero ahora es bien que sepa  
Dónde queréis que á las dos  
Depositadas os tenga  
Hasta que alcancéis justicia.

LEONOR.

Pues es á voluntad vuestra,  
En la casa del Alcalde  
Estaremos bien.

ALCALDE.

Pues sea  
Como lo pedís. Bartolo,  
Esas dos señoras tengan,

Como si fueran mis hijas,  
Regalo en casa.

Sale Bartolo.

BARTOLO.

Quisiera  
Ser ahora el Rey, ¡par Dios!  
Para que el regalo vieran.

Vanse.

Salen el alférez y un soldado.

ALFÉREZ.

No quede puerta ninguna  
Que no se cierre, que es bien,  
Porque puede la fortuna,  
En dando el menor vaivén,  
Dejar la gente á la luna:

Quede el cortijo cerrado,  
Porque el hombre recatado  
Es señor de los que vienen.

SOLDADO 1.º

Y más villanos, que tienen  
Siempre por razón de estado  
Querernos mal.

ALFÉREZ.

No se engaña  
El villano que lo piensa.

SOLDADO 1.º

Ya sueño y silencio baña  
El mundo.

ALFÉREZ.

Ninguna ofensa  
Temiera estando en campaña;  
Pero encerrado, ¿quién duda  
Que desta canalla ruda,  
Puesto que demos agravios  
Con sólo mover los labios,  
Copia innumerable acuda?

Mas con seis horas de fuego  
Y seis espadas, seis hombres,  
Será muy bárbaro y ciego  
Quien llegare.

Sale Galindo.

GALINDO.

No te asombres  
Si tan descompuesto lleigo.

ALFÉREZ.

Galindo, ¿á qué sales?

GALINDO.

Salgo.....

ALFÉREZ.

Dime á lo que vienes

GALINDO.

Vengo.....

ALFÉREZ.

¿Hay algo, Galindo?

GALINDO.

Hay algo.

ALFÉREZ.  
¿Tienes ya temor?  
GALINDO.  
Sí tengo.  
ALFÉREZ.  
¿Valerte has de mí?  
GALINDO.  
Sí valgo.  
ALFÉREZ.  
Di lo que has visto.  
GALINDO.  
No vi.  
ALFÉREZ.  
¿Has sentido algo?  
GALINDO.  
Sentí.  
ALFÉREZ.  
Y ¿sabes lo que fué?  
GALINDO.  
Sé.  
ALFÉREZ.  
¿Soñaste acaso?  
GALINDO.  
Soñé.  
ALFÉREZ.  
Di lo que soñaste.  
GALINDO.  
Oí:  
Como el hombre se desvela,  
Porque siempre estoy velando,  
Llegó el sueño con cautela,  
Y dormiente apenas, cuando  
Vi entre sueños á mi abuela,  
Que era una mujer barbada,  
Gorda, morena, estevada,  
Algo golosa y picuda,  
Muy tocada y afeitada  
Y de mucho tiempo viuda.  
Turbó mi sueño prolijo  
Con un estruendo no usado,  
Y en altas voces me dijo,  
Si no es que se me ha olvidado:  
«¡Galindo, sal del cortijo!»  
ALFÉREZ.  
El miedo es quien lo causó.  
GALINDO.  
Perplejo estoy de manera,  
Que no sé si lo que habló  
Fué para decirme que era  
La sal del cortijo yo.  
ALFÉREZ.  
Claro está que eres la sal,  
Pues que no ha tenido igual  
Tu gracia.  
GALINDO.  
Con Faraón  
Creciera vuestro caudal,  
Sólo á interpretalle sueños.  
Á acostaros podéis ir,  
Porque aunque vengan sus dueños.....

ALFÉREZ.  
¿Estáis loco?  
GALINDO.  
No he de abrir;  
Dormideras y beleños  
Será ahora menester  
Para que repose un rato.  
¿Tenemos en qué entender?  
¿Quién está ahí? Será el gato.  
Qué, ¿hay gatos? No hay que temer.  
¡Qué hermosa sale y lozana  
La luna! Cierta ruidillo  
Me ha causado una terciana.  
No es nada. Es el ternero  
Que hemos de matar mañana.  
Divertirme un rato quiero  
Destas imaginaciones.  
Mal hago si más espero.  
No es nada: son los lechones,  
Que está aquí cerca el chiquero.  
Salen el labrador, Bartolo y Juan Serrano.  
LABRADOR.  
Está muy bajo el corral,  
Y así, fué el salto pequeño.  
BARTOLO.  
Si no he reparado mal,  
Allí está un hombre.  
GALINDO.  
¿Es sueño?  
No. ¡La Corte celestial  
Sea conmigo! Mil peones  
Y cuatrocientos caballos  
He contado ya.  
LABRADOR.  
Si pones  
Diligencia, has de agarrallos.  
GALINDO.  
Del lago de los leones  
Libraste, Señor, á Elías;  
Pues así, también podías  
Librarme esta noche á mí,  
Ó á que me den aquí  
De ventaja veinte días;  
Que aunque á pie camino mal,  
Yo me escaparé, Señor.  
¡Ganado me han el portal,  
Vive Dios!  
ALCALDE.  
Si hoy el valor  
No me falta, presa igual  
Al horror que me despierta  
Tengo esta noche.  
LABRADOR.  
Arrimado  
Se quedó el hombre á la puerta;  
Allí no tiene sagrado,  
Porque es pared de una huerta  
Y tiene la tapia dentro.  
ALCALDE.  
Pues seguro está el encuentro.

Llegad.

GALINDO.

Fuera de costumbre  
Ven, que me han visto sin lumbre.  
Pues luego se abrirá el centro  
Para tragarme una vez,  
Que se lo suplico yo;  
Muy madura está la nuez.

SERRANO.

Ya en nuestro poder entró.

GALINDO.

Lo mismo es entrar en Fez.

ALCALDE.

Guardarán de dos en dos  
La puerta, que así conviene.

¡Ea, soldado, ¿quién sois vos?

GALINDO.

¡Habla muy áspera tiene!

Señor Juan de espera en Dios,

Porque espero en Dios que sea

Vuesa merced tan honrado,

Que no vuelva á Zalamea

Con despojos de un soldado

Que un cuarto de alcaravea

No se tendrá en el vestido.

ALCALDE.

¡No se os escape á los dos!

Y ¿á qué es lo que habéis venido?

GALINDO.

El Alcalde es, ¡vive Dios!

Señor, de limosna pido

Que me escuche.

ALCALDE.

No hay lugar:

Voces al viento derrama.

GALINDO.

¿Piensa que le han de contar

Con los nueve de la Fama

Porque me saque á azotar?

ALCALDE.

No es otro mi pensamiento

En dando fin á mi intento.

SERRANO.

El uno ya está en la red.

GALINDO.

Advierta vuesa merced

Que en mi vida fui sargento.

ALCALDE.

Pues ¿quién sois?

GALINDO.

Galindo soy;

Pero no soy el Galindo

Que piensa, porque ya estoy

Tan humilde, que me rindo

Antes de echarme el rentoy.

ALCALDE.

¿Son soldados los que están

Con vos en este cortijo?

GALINDO.

Sí, señor: mi capitán,

Que no quiero ser prolijo;

Don Diego son y don Juan,  
El alférez y otros dos.

ALCALDE.

Serrano, ¡válgame Dios,  
Y qué ventura tan grande!

GALINDO.

Si ya no hay en qué me mande,  
Me voy.

ALCALDE.

He de hablar con vos.

GALINDO.

¿Á mí, señor?.....

ALCALDE.

Sosegaos.

GALINDO.

Hállome tan de camino,

Señor Alcalde.....

ALCALDE.

Esperaos.

GALINDO.

¡Oh, lo que temo un pollino

Y un pregonero!

ALCALDE.

Aguardaos:

Decidme, ¿dónde podré

Hallarlos?

GALINDO.

¡De mil amores!

En adelantando el pie,

Verá de mis dos señores

La sala.

ALCALDE.

Pues yo os daré.....

GALINDO.

No quiero nada, señor;

Que me huela ese favor

Como á suela de zapato.

ALCALDE.

Serrano, esperadme un rato

Con Galindo, que el honor

No permite que dilate,

Como padre, la venganza:

Nadie de ayudarme trate,

Que honor la ocasión alcanza

Para que solo los mate.

Tomaránla aquestas manos

De dos cortesanos fieros,

Porque entiendan cortesanos

Que, á agravios de caballeros,

Hay justicia de villanos.

Bartolo, vente conmigo

Para que puerta ó postigo

Rompas, si abrir no quisieren.

GALINDO.

Antes, abiertas las tienen (1),

Que están durmiendo.

SERRANO.

¿Qué digo?

(1) Falta la rima.

Mancebo....

GALINDO.

¿Á quién dice, á mí?

SERRANO.

¿Estáis alojado aquí?

GALINDO.

Y aun alejado quisiera.

SERRANO.

En vuestra mano estuviera

Si os fuerais.

GALINDO.

Ya no me fuí;

Pero quiero ver si puedo,

Porque me fatiga el miedo,

Si otra puerta se me ofrece.

¡Jesús, lo que le parece

Á un regidor de Toledo!

SERRANO.

No es mucho; á cada momento

Hace esos milagros Dios.

GALINDO.

¡Olióme ya el pensamiento!

SERRANO.

También sospecho que vos

Os parecéis á un sargento.....

ALCALDE.

Las espadas les quitamos.

Salen D. Diego y D. Juan.

DON DIEGO.

¿Quién entra con tanto estruendo?

GALINDO.

¡Bien aviados estamos!

ALCALDE.

Agora veréis, muriendo,

Quién somos los que llamamos.

DON DIEGO.

¿Quién eres, feroz villano,

Que á caballeros te atreves?

ALCALDE.

Que no lo eres es muy llano,

Fues no pagas lo que debes.

DON JUAN.

Nuestra defensa es en vano,

Que éste es el Alcalde: ¡cielos,

De sus manos me librad!

DON DIEGO.

Estos eran los recelos

Del corazón.

ALCALDE.

Procurad,

Locos, infames mozueros,

Morir bien en esta hazaña,

Pues ya, de cobarde, huye

La gente que os acompaña.

GALINDO.

Paréceme que concluye,

Si el corazón no me engaña,

Con todos.

DON DIEGO.

Si has de matarnos

Sin poder aprovecharnos  
De nuestras armas, más quiero  
Juzgarte por caballero,  
Y como tal, perdonarnos.

ALCALDE.

¿Sabéis lo que me debéis?

DON JUAN.

Sí sabemos; ¿qué queréis?

ALCALDE.

Quiero que en saliendo el día.....

GALINDO.

Oigamos la letanía.

ALCALDE.

Con mis hijas os caséis.

GALINDO.

No es mucho, que yo lo hiciera

DON DIEGO.

¡Es nuestra sangre muy clara!

ALCALDE.

Pues si es clara, bueno fuera

Que primero se mirara,

Porque no se oscureciera.

Hacer fuerza bien sabéis,

Que fué siempre de villanos;

Luego no es bien que os pintéis

Caballeros cortesanos,

Si agravio á mi honra hacéis;

Y pues villanos quedáis

Con las obras que mostráis,

En nada os ofendo aquí,

Si bajándoos hasta mí,

Con mis hijas os casáis.

DON DIEGO.

Cualquiera humilde partido,

Rendidos á vuestros pies,

Damos por bien recibido;

Pero ¿qué ha de ser después?

ALCALDE.

Lo que Dios fuere servido.

DON DIEGO.

Así hemos de asegurarnos.

DON JUAN.

Apercibid los caballos.

DON DIEGO.

¡Sí; pero el trance es terrible!

GALINDO.

El hombre es tan conveniente,

Que no hará más de ahorcallos.

Vanse.

Salen D. Lope y el Rey.

DON LOPE.

Es por medio del lugar

El camino, y se rodea

No habiéndole de pasar.

REY.

¿Qué lugar es?

DON LOPE.

Zalamea.

REY.

¿Hanse venido á alojar  
Compañías en él?

DON LOPE.

Señor,

Dos de mi tercio han estado;  
Pero por cierto rumor,  
Han salido ya.

REY.

Excusado

Hubiera estado mejor,  
Que por eso tenéis vos  
El cargo de su quietud.

DON LOPE.

Que le tengo sabe Dios;  
Pero ha sido la inquietud  
De dos capitanes

REY.

¿Dos?

DON LOPE.

Ya que no la hayan causado,  
Pienso que ha sido acertado  
Dejar el lugar, señor,  
Sin gente: es hombre de humor  
Su Alcalde; es hombre extremado.

Tendrá Vuestra Majestad  
Gusto en verle, que el villano  
Tiene cierta autoridad  
De más de juez cortesano.

REY.

Ea, en el lugar entrad.

Vanse.

Salen Ginesillo y Galindo.

GINESILLO.

¡De muy buena escapasteis,  
Buen hombre!

GALINDO.

Á grande merced

Lo tengo, Ginés hermano;  
Mas ¿cuándo la boda es?  
Que hasta ver la conjunción,  
Aun pienso que ha de llover  
En mis espaldas granizo  
Del tamaño de una nuez,  
Y es por las pencas que tiene.

GINESILLO.

Pues si vestidas las ves  
De novias, ¿cómo preguntas  
Cuándo la boda ha de ser?  
Ahora ha de quedar hecha.

GALINDO.

¡Por vida tuya, Ginés!  
Mira que en aquesto estriba  
Ser Galindo hombre de bien.

GINESILLO.

Su compadre el escribano  
Falta no más.

GALINDO.

Venga, pues,

Y escriba en bronce esta historia,  
Pues vale caro el papel.  
Pero ¡duelos me dé Dios  
Porque concibo placer!  
¿Cuándo han de parir mis amos  
Una traición tan cruel,  
Por no mezclar con su sangre  
Sangre que villana es,  
Que á la morcilla del mundo  
Dicen que no le está bien?  
Quieren los dos esta noche....  
Nunca llegue á anochecer,  
Sino que el sol, cariharto,  
Un siglo se vaya á pie;  
Los caballos se le cansen,  
Meta mulas de alquiler,  
Como una que á mí me cupo,  
Que allá le dirán quién es;  
Al pasar, pise una estrella,  
Y vaya contra él un juez  
Que le embargue todo el carro  
Mientras el pleito se ve.  
Pero ya salen los novios  
Y sale el suegro también;  
Que así tenga yo el despacho  
Como Pedro Crespo es.

Salen D. Juan, D. Diego, Inés, Leonor, Alcalde  
y escribano.

DON DIEGO.

Pues si amor me veis fingir,  
¿No lo fingiréis también?

DON JUAN.

Por ver lo que nos importa,  
Á fingir aprenderé.

ALCALDE.

Pues que tan dichoso he sido,  
Que este día alcanzo á ver,  
Hacedme en todo dichoso.

DON DIEGO.

Nuestra la ventura es,  
Pues hemos ya conocido,  
Señoras, lo que valéis.  
Mi Leonor, la mano os doy,  
Y en ella el alma también,  
Porque tengáis en la palma  
El alma, pues la queréis.

DON JUAN.

Á ser mi ventura sueños,  
Dulce y regalada Inés,  
No me dieran ya los cielos  
De mi dicha el parabién.  
¡Llegue la noche, don Diego!

LEONOR.

Tal nuestra venganza es,  
Que aun el sí tan deseado  
Nos le procura esconder.  
Vuestra esposa indigna soy:  
En serlo yo vuestra veis  
Lo que me regala el cielo.

ESCRIBANO.

Señores, el cielo os dé  
Hijos que el lugar nos honren.

DON DIEGO.

Muy poca honra le veréis  
Si han de ser nuestros villanos.

GALINDO.

¿De qué modo le diré  
Al viejo el dañado intento?  
Prosa los cielos me den,  
Tan auténtica y medida,  
Que por ella eche de ver  
Que está Galindo sin culpa.  
Señor, si vuesa merced  
Quiere escuchar dos palabras...

ALCALDE.

Y cuatro os escucharé.

GALINDO.

Estos señores....

ALCALDE.

Sí, hijo.

GALINDO.

No quieren amanecer  
Sus yernos, porque á sus hijas  
Degollabunturi: sí, á fe.

ALCALDE.

¡Loco, atrevido, insolente!  
Al día lo agradeceré,  
Que si no....

GALINDO.

Pues ¡juro á Cristo  
De no ser más bachiller!  
No vuelvo á casa en seis días.

Sale Ginesillo.

GINESILLO.

Señor, ¡si supieses quien  
Viene ya por nuestra calle!....

ALCALDE.

¿Quién viene, Ginés?

GINESILLO.

El Rey.

ALCALDE.

¿Estás loco?

GINESILLO.

Así lo dicen:

Gran gente viene con él.

ALCALDE.

Pues ¿no me hubiera avisado?...  
¡Pobre de mí! ¿Qué he de hacer,  
Que no hay regalo que dalle?

DON DIEGO.

¿Hay fortuna más cruel?  
¿Sabrá nuestro casamiento?

DON JUAN.

Y mi venganza después (1).

ALCALDE.

Salgamos á recibille.

DON DIEGO.

Porque no venga á saber  
Que hemos vuelto á Zalamea,  
Lo excusamos.

ALCALDE.

Está bien;

Yo saldré á la puerta, hijos,  
Y los pies le besaré,  
Que es razón. ¿Tiene Bartolo  
A punto lo que mandé?  
¿Está prevenido todo?

GINESILLO.

Á que solamente dé  
Licencia, espera.

ALCALDE.

Pues ¡ea!

Que ya licencia tenéis.

DON DIEGO.

Pues á recibir quedáis  
Á Su Majestad.

ALCALDE.

Ya sé

Que queréis ya recogeros  
A vuestro cuarto; bien es.

DON DIEGO.

Licencia sólo esperamos.

ALCALDE.

Vuestra voluntad tenéis,  
Que es la perfecta licencia.

LEONOR.

¿Hay más dichosa mujer?

INÉS.

¿Hay mujer más venturosa?

DON JUAN.

¿Hay demonio más cruel?

ESCRIBANO.

Si desa manera fué,  
No tienen culpa las dos.

ALCALDE.

Con pena estuve hasta ayer,  
Que supe que aquellos días,  
Que fueron doce después,  
Que las sacaron de casa,  
Se fueron á recoger  
En casa de Elvira Sánchez,  
Su tía.

ESCRIBANO.

Yo les envié

La comida por serviros.

ALCALDE.

¿No me avisarais!....

ESCRIBANO.

¡Pardiez!  
Que estabais tan despechado,  
Que no me atreví, y juré  
De no descubrirlo á nadie  
Hasta volveros á ver  
Con menos pasión y enojo;  
Que, aun fingiendo, pregunté  
Por ellas á Juan Serrano;  
Pero ¡aquí no me diréis!....

(1) En el manuscrito de la Biblioteca Nacional, *también*.

ALCALDE.

Lleguemos hasta la esquina,  
Que pienso que viene el Rey.

ESCRIBANO.

¿Qué secretos son los vuestros?  
¿Qué prevenciones hacéis,  
Que tan solícito os veo  
Y suspenso, desde ayer  
Que vinisteis del cortijo?

ALCALDE.

Un nuevo suceso es  
El que me trae con cuidado.

ESCRIBANO.

Pues ya, ¿qué falta que hace?  
¿Qué más pretensiones faltan  
Para que cuidado os dé?  
¿No quedan ya desposados?  
Por vuestra puerta ha de ser  
La fiesta.

ALCALDE.

Pues si no avisa

Para que colgada esté  
La calle, tome en buen hora  
Lo que hallare el señor Rey.

Salen soldados, D. Lope y el Rey.

DON LOPE.

Este viejo es el Alcalde.

REY.

Llamadle.

DON LOPE

Ya os viene á ver.

ALCALDE.

No es menester que pregunte,  
Por su grandeza cuál es;  
Que la cara representa  
Aún más, si más puede ser.

REY.

Alzaos.

ALCALDE.

Besaré primero,  
Si lo merezco, los pies  
Que tienen debajo el mundo.

DON LOPE.

Quisiera, Alcalde, saber  
Su Majestad, dónde están  
Los que por yernos queréis,  
Que ya ha sabido el suceso;  
Sabe la prisión también  
Del cortijo: ¿están en casa?  
Mirad que los quiere ver  
Su Majestad para honrarlos.

ALCALDE.

¿Enfadaráse ¡pardiez!  
Conmigo cuando los vea?

REY.

¿Enfadarme yo? ¿Por qué?

ALCALDE.

Porque, siendo el juez mayor,  
No os hice á vos el juez;  
Mas yo, como Dios me ayuda,

Hice lo que supe hacer.  
Descubrid ese balcón;  
Aquí mis yernos veréis.

REY.

¡Válgame Dios! ¿Qué habéis hecho?

ALCALDE.

¡Pardiez, hice lo que ve!

REY.

¿No era más justo casallos?

ALCALDE.

Sí, señor; ya los casé  
Como la Iglesia lo manda;  
Pero ahorquedlos después.

REY.

Pues ¿para haber de ahorcallos,  
Por qué los casasteis?

ALCALDE.

Fué

Porque ellas quedaran (1) viudas  
Y no rameras.

REY.

Muy bien.

ALCALDE.

Si queréis que en dos palabras,  
Señor, os cuente el por qué....

REY.

Ya sé su delito, Alcalde.

ALCALDE.

Pues, señor, si lo sabéis,  
¿Por qué me miráis con ceño  
Cuando me arrimo á la ley?  
Forzar doncellas, ¿no es causa  
Digna de muerte?

REY.

Sí es;

Pero si son caballeros,  
Era justo ver también  
Que habíais de degollarlos,  
Ya que os hicisteis su juez.

ALCALDE.

Señor, como por acá  
Viven los hidalgos bien,  
No ha aprendido á degollar  
El verdugo.

REY.

Valor es,

Más que simpleza, el que tiene.  
Y ahora, ¿qué habéis de hacer  
De vuestras hijas?

ALCALDE.

Serán

Monjas.

REY.

¿Monjas han de ser?

ALCALDE.

Ó se las llevará el diablo.

REY.

Pues á tan honrado juez,

(1) *Quedaban*, dicen los dos textos antiguos, pero el sentido parece que exige la corrección.

Justo es que á sus hijas dote:  
Para su dote les den  
Lo que pidiere el convento;  
Y á vos, por lo bien que hacéis  
Vuestro oficio, os hago Alcalde  
Perpetuo.

ALCALDE.

Á Matusalén  
Venzas en años, señor.

DON LOPE.

Pues con esto, señor, ven,  
Dando fin á la comedia  
Pues premios (1) tan justo juez.

FIN.

---

(1) Así en el impreso de Londres y en el de Krenkel. En la copia manuscrita de la Biblioteca Nacional, *que premia*.



# ARAUCO DOMADO

POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR D. GARCÍA HURTADO DE MENDOZA



# ARAUCO DOMADO

— A —

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR D. GARCÍA HURTADO DE MENDOZA

---

TRAGICOMEDIA FAMOSA

— B —

LOPE DE VEGA CARPIO

— C —

A D. Hurtado de Mendoza, su hijo,

MANUEL DE CASSELL

---

*Siendo esta certadera historia condescendiente y hazarosa de aquel insigno Capitán, general de V. S., freno español y jugo castillo de la más indómita nación que ha producido la tierra, en la parte cuyo descubrimiento dió tanta gloria a España, justamente vuelve al centro de su principio, como á su propia esfera y natural elemento, desde que dió sujet a tantas plumas, cuantas en las alas de la fama e honor a la bene estallida, resplandeciente al sol de su esclarecido nombre. Se haría dilatada en tanto ser tan preciosa y tan finura y tan hábiles ingenios, como es esta representación suelta, y en este magno teatro, hacen el obsequio, en los ojos que la pluma en los ojos, grandes las primeras figuras y los demás en la obra, porque sin se lucirlas á perspectiva era imposible plantarlas. V. S. la recibirá con placer, que distingue a su dueño, y mi culpa lo es estamparla, por falta del tiempo que le he dado, el ya no se me daña a grave culpa no ha comunicado al mundo con tanta utilidad, por como suscitadas en el arte, parecen impuestas. Dios guarde á V. S. como desea.*

Manuel de Caspellín  
L. DE F. EN EL V. A. CARRILLO.



# ARAUCO DOMADO

## FIGURAS DE LA TRAGICOMEDIA

TIPALCO.	FRESIA.	DON FELIPE DE MENDOZA.
PILLARCO.	GUALEVA.	DON ALONSO DE ERCILLA.
TALGUANO.	MILLAURO.	EL CAPITÁN BIEDMA.
CAUPOLICÁN.	PILLALONCO.	EL CAPITÁN ALARCÓN.
TUCAPEL.	ENGOL.	REBOLLEDO. /
RENGO.	LAUTARO, <i>en sombra.</i>	AVENDAÑO. / <i>Soldados.</i>
OROMPELLO.	GALVARINO. /	EL DEMONIO, <i>en un ídolo.</i>
TALGUEN.	PUQUELCO. / <i>Indios.</i>	MÉSTICOS INDIOS.
QUIDORA.	DON GARCÍA DE MENDOZA.	

## ACTO PRIMERO.

Salen Rebollo, soldado, y Tipalco, indio yanacona.

TIPALCO.

¿Que este soldado, amigo, es don García?

REBOLLEDO.

Éste es aquel Hurtado de Mendoza  
Que á gobernar su padre á Chile envía.

TIPALCO.

La libertad que el rebelado goza  
En el gobierno de la gente anciana,  
Aumentarse con la gente moza.

Si toda la chilena y araucana,  
Con ser Aguirre y Villagrán dos viejos  
De igual respeto y de experiencia cana,

Previenen armas y hacen sus consejos.  
Y sacudiendo el yugo de Filipe,

Su Rey, que deste polo está tan lejos,  
No quieren que de Chile participe,

Como ya del Pirú y de Nueva España,  
¿Quién duda que á las armas se anticipe,

Viendo que aqueste ejército acompaña  
Un mancebo tan tierno?

REBOLLEDO.

Este mancebo,  
El César ha de ser de aquesta hazaña;  
Este Mendoza, este Alejandro nuevo,  
Este Hurtado, que hurtó la excelsa llama,  
No solamente á Júpiter y á Febo,  
Sino á todos los nueve de la Fama,  
Viene á domar á Chile y á la gente  
Bárbara que en Arauco se derrama.

Si Aguirre y Villagrán tan excelente  
Nombre de capitanes merecieron,  
Muerto Valdivia, General valiente,

Las discordias de entrambos, pues quisieron  
Ser cada cual gobierno desta tierra,  
De aquesta rebelión la causa fueron;

Digo, de que creciese á tanta guerra,  
Que ya Caupolicán se llame y nombre  
Su General de cuanto Arauco encierra;

Y no hay por qué, Tipalco, el ver te asombre,  
Siendo, como eres, indio yanacona,  
Que esto se cifre en el valor de un hombre;

Pues fuera del que has visto en su persona,  
Por sólo lo que ha hecho en la Serena,  
De capitán merece la corona.

TIPALCO.

Mucho me agrada el ver que en todo ordena

Nuestra justicia y paz, pues nos alivia  
 Á los indios de paz de tanta pena.  
 Allá, á los que mataron á Valdivia  
 Y con Caupolicán y Tucapelo  
 Están más fieros que áspides en Libia,  
 Podrá mostrar la sangre de su abuelo,  
 Que pues su padre á tanto sol le envía,  
 Ya habrá probado este águila al del cielo.  
 Mas dime, ¿qué es la fiesta deste día?

REBOLLEDO.

Por la inquietud del indio rebelado,  
 Vuestra mayor Iglesia no tenía  
 El santo Sacramento, en que encerrado  
 Está el cuerpo santísimo de Cristo,  
 Y que le tenga ha hecho y ordenado  
 Con muchas diligencias, que habéis visto.  
 Se ha de poner en la Custodia agora,  
 Que el llanto apenas de placer resisto.  
 Este divino Pan, que el cielo adora,  
 Acompaña el cristiano don García,  
 En tanto que la Iglesia le atesora.  
 La guarda, armas y galas deste día,  
 ¿Es esta procesión?

Salen Pillarco y Talguano, indios.

TALGUANO.

Anda, Pillarco,  
 Que revientan las calles de alegría.

PILLARCO.

Dejé por verla, aunque se pierda, el barco.

TALGUANO.

¿Tipalco no es aquél?

PILLARCO.

¿Qué hay de fiesta?  
 ¡Oh caro amigo!

TIPALCO.

Por verla diera el arco.

TALGUANO.

Pues bien podrás.

PILLARCO.

¿Quién viene aquí contigo?

TIPALCO.

Un soldado mi huésped.

PILLARCO.

¿Cuál es el General?  
 Di, soldado,

REBOLLEDO.

Si yo os lo digo  
 Correránse los cielos, que han formado  
 Su talle y rostro tan gallardo en todo,  
 Y la fama que vuela al Norte helado;  
 Mas si queréis mirarle de otro modo,  
 Pues ya la procesión se acaba y pasa,  
 Hecho mirad el generoso godo  
 Umbral por donde Dios entra en su casa.

Toquen chirimías, y córrase una cortina, detrás de la cual se vea un arco de hierba y flores, y en una alhombra debajo del, tendido D. García en el suelo, y á los lados del arco los soldados que quepan, muy galanes, uno con el bastón, otro con la espada, y otro con el sombrero.

PILLARCO.

¿Qué es aquello?

TALGUEN.

¿Hay cosa igual?

TIPALCO.

¿Cómo vuestro General  
 Está tendido en el suelo?

REBOLLEDO.

Al pasar el Rey del cielo  
 Le quiso servir de umbral;  
 Que para daros ejemplo,  
 Indios, por él ha pasado,  
 En que su humildad contemplo,  
 El sacerdote sagrado  
 Con la Custodia á su templo.  
 Retiraos, que se levanta.

PILLARCO.

Á la iglesia voy.

TIPALCO.

Entremos.

Póngase en pie, y lleguen todos á darle sus insignias.

FILIFE.

Ella ha sido hazaña santa.

ALONSO.

Divino ejemplo tenemos;  
 Yo no he visto humildad tanta.

GARCÍA.

Caballeros, siendo yo  
 Polvo y nada, el que del suelo  
 Me levantó y me formó,  
 Hoy me ha convertido en cielo,  
 Pues, como veis, me pisó.

Oficio de ángeles es  
 Este que agora he tenido,  
 Pues fui trono de los pies  
 Del mismo Dios.

FILIFE.

Justo ha sido  
 Que á todos ejemplo des:

Al español, porque entienda  
 Cómo se debe estimar  
 Aquesta angélica prenda,  
 Y al indio, porque al altar  
 Llegar con respeto emprenda

ALONSO.

Capitán que ha comenzado  
 Del culto de Dios, no puede  
 Ser, gran señor, desdichado.

FILIFE.

Hoy el cielo te concede  
 El título más honrado,  
 Que es defensor de la fe.

GARCÍA.

Dos cosas en Chile espero  
 Que su gran piedad me dé,  
 Porque con menos no quiero  
 Que el alma contenta esté:

La primera es ensanchar  
 La fe de Dios; la segunda,

Reducir y sujetar  
De Carlos á la coyunda  
Esta tierra y este mar,  
Para que Filipe tenga  
En este antártico polo  
Vasallos que á mandar venga.

FILIFE.

De cuanto alumbrare Apolo,  
Rico imperio se prevenga,  
Que de más le harán, señor,  
Las muestras de tu valor;  
Que pues con rayos tan grandes  
En Rentín, en Sena, en Flandes  
Diste tanto resplandor  
Al aurora de tus años,  
En llegando al Mediodía  
Harás efectos extraños.

GARCÍA.

Dar á lo menos querría  
De mi intento desengaños;  
Y para principio dél,  
Traedme aquí á Villagrán,  
Y venga Aguirre con él,  
Pues presos los dos están,  
Y está aprestado el bajel;  
Que al Pirú se han de partir.  
Y desde allí, luego á España.

ALONSO.

¡Oh, cuánto lo han de sentir!

FILIFE.

Pensaron verse en campaña.

GARCÍA.

Pues cesen de competir;  
Que esta vez juntos irán  
Dentro de un mismo navío.

ALONSO.

Sentíralo Villagrán.

GARCÍA.

Viéndose juntos, confío  
Que paz y amistad harán;  
Que á dos hombres cuyo brío  
No cupo en tal señorío,  
Por ambición del poder,  
Los tengo de hacer caber  
En la tabla de un navío.

FILIFE.

¿Harás luego tu jornada?

GARCÍA.

Á la ciudad des poblada  
De la Concepción iré,  
Adonde esperar podré  
La demás gente embarcada;  
Que espero en Dios, y el valor  
Que en la sangre de Mendoza  
Me dió el Marqués mi señor,  
Que la libertad que goza  
Chile, rebelde y traidor,  
Se reduzca á Carlos quinto  
Y á Filipe su heredero,  
En término tan sucinto,  
Aunque le pese al mar fiero,

Por quien se juzga distinto,  
Que todo el polo se espante  
De que esta rebelde gente  
Venga á humildad semejante.

FILIFE.

El cielo tu vida aumente.

ALONSO.

La fama tu nombre cante.

Vanse.

Salen Caupolicán, Fresia y Paquileo.

CAUPOLICÁN.

Deja el arco y las flechas,  
Hermosa Fresia mía,  
Mientras el sol con cintas de oro borda  
Terres de nubes hechas,  
Y declinando el día,  
Con los umbrales de la noche aborda.  
Á la mar, siempre sorda,  
Camina el agua mansa  
De aquesta hermosa fuente,  
Hasta que su corriente  
En sus saladas márgenes descansa:  
Aquí bañarte puedes  
Tú, que á sus vidros en blancura excedes.  
Desnuda el cuerpo hermoso,  
Dando á la luna envidia,  
Y quejaráse el agua por tenerle;  
Baña el pie caluroso,  
Si el tiempo te fastidia,  
Vendrán las flores á enjugarte y verte;  
Los árboles á hacerte  
Sombra con verdes hojas;  
Las aves armonía,  
Y de la fuente fría  
La agradecida arena, si el pie mojas,  
A hacer con mil enredos  
Sortijas de diamantes á tus dedos.

De todo lo que miras

Eres, Fresia, señora:  
Ya no es de Carlos ni Filipe Chile:  
Ya vencimos las iras  
Del español, que llora,  
Por más que contra Arauco el hierro afil.  
El ver que aun hoy destile  
Sangre esta roja arena,  
En que Valdivia yace.  
Del polo en que el sol nace,  
Adonde sus caballos desenfrena,  
No hay poder que me asombre;  
Yo soy el dios de Arauco, no soy hombre.

Pídeme, Fresia hermosa,  
No conchas, no crisoles  
De perlas para alfombras, sino dime:  
Caupolicán, enlosa  
De cascos de españoles  
Todo este mar, que por tragarlos gime;  
La fuerte maza esgríme;  
Hazme reina del mundo,  
Pásame, dando asombros,  
Sobre tus fuertes hombros,

Desotra parte deste mar profundo;  
Y adonde Carlos reina,  
Di que de Chile soy y Arauco, reina.

FRESIA.

Querido esposo mío,  
A quien estas montañas  
Humillan las cabezas presurosas,  
Por quien de aqueste río,  
Que en verdes espadañas  
Se acuesta, coronándose de rosas,  
Las ninfas amorosas  
Envidian mi ventura:  
¿Qué fuente, qué suaves  
Sombras, qué voces de aves,  
Qué mar, qué imperio, qué oro ó plata pura,  
Como ver que me quieras,  
Tú que eres el señor de hombres y fieras?

No quiero mayor gloria  
Que haber rendido un pecho  
A quien se rinde España, coronada  
De la mayor victoria,  
Pues cupo en ella el hecho  
Por quien la India yace conquistada;  
Ya la española espada,  
El arcabuz temido,  
Que truena como el cielo,  
Y rayos tira al suelo;  
Y el caballo arrogante, en que subido  
El hombre, parecía  
Monstruosa fiera que seis pies tenía,

No causarán espanto  
Al indio que rebelas,  
Cuya libre cerviz del cuello sacas  
Del español, que tanto  
Le oprimió con cautelas,  
Cuy aambición de plata y oro aplacas;  
Ya en tejidas hamacas  
De tronco á tronco asidas  
Destos árboles altos,  
De inquieta guerra faltos,  
Dormiremos en paz, y nuestras vidas  
Llegarán prolongadas  
A aquel dichoso fin que las pasadas.

CAUPOLICÁN.

Puquelco....

PUQUELCO.

Señor....

CAUPOLICÁN.

Advierte

Si alguien me viene á buscar;  
No des á que éntre lugar.

PUQUELCO.

Bien puedes entretenerte;  
Que yo en esta orilla quedo,  
Donde os podéis desnudar.

FRESIA.

Ven, mi bien.

CAUPOLICÁN.

Que has de abrasar  
Su agua en tu sol tengo miedo.

Vanse Caupolicán y Fresia.

Salen Tucapel, Rengo, Talguen, Orompello  
y Pillalonco, viejo.

PILLALONCO.

Llamad á Caupolicán.

RENGO.

Aquí está Puquelco.

TUCAPEL.

Amigo,

¿Qué hace el General?

PUQUELCO.

Yo os digo

Que otros cuidados le dan  
Los recelos que traéis:  
Con Fresia se está bañando.

TUCAPEL.

¡Bañando, cuando abrasando  
De inquietud á Arauco veis!

Dejalde, que donde estoy  
No es menester General.

REBOLLEDO.

Ni donde yo, porque igual  
Con cuantos nacieron soy.

Haz tu oficio, Pillalonco,  
Consulta á nuestro Pillán.

PILLALONCO.

¿Traéis la lana?

TALGUEN.

Aquí están,  
Sacerdote, lana y tronco.

PILLALONCO.

Retiraos todos allí,  
Mientras comienzo el conjuro.

OROMPELLO.

Pues presto, porque te juro  
Que el furor revienta en mí.

PILLALONCO.

Yo daré prisa, Orompello,  
No te fatigues, que ya  
Pillán la verdad dirá.

OROMPELLO.

Pues aquí aguardo á sabello.

Retírense, y el viejo ponga un ramito en el suelo  
y una vedija de lana encima.

Ya pongo el ramo, y la vedija encima,  
De la lana más cándida apartada:  
¿Qué aguardas, pues, que tu tiniebla oprima?  
Ponte en ella, Pillán, y la dorada  
Faz descubierta, dime lo que sabes  
Deste español y su vecina armada.  
¿Para qué quieres que con voces graves  
Te importune, si amigo y dueño eres,  
Pudiendo responder á las suaves?

Salga por el escotillón Pillán, demonio, con un medio  
rostro dorado y un cerco de rayos, como sol, en la  
cabeza, y el medio cuerpo con un justillo de guadameci de oro.

DEMONIO.

¿Qué me oprimes, amigo, qué me quieres?



PILLALONCO.

Cuéntame, Pillán divino,  
 Quién es aqueste famoso  
 Capitán, que del Pirú  
 Viene á Chile, y sobre el hombro  
 Del mar Antártico, dando  
 Tanto miedo á nuestro polo,  
 Que los fieros araucanos,  
 De Valdivia victoriosos,  
 Los nunca vencidos pechos  
 Bañan en cobarde asombro.

DEMONIO.

Noble sacerdote mío,  
 Generoso Pillalongo,  
 Este capitán que viene,  
 Puesto que le ves tan mozo,  
 En vuestros rebeldes cuellos  
 Pondrá el yugo poderoso  
 De Carlos quinto y Felipe,  
 No más de en dos años solos.  
 Es el Virrey del Pirú  
 Su padre, aquel generoso  
 Marqués de Cañete, que él  
 Le envía, contra vosotros.  
 Muy bien sabe á quién envía;  
 Que su brazo poderoso  
 Vencerá nueve batallas.  
 Al fin, rindiéndolos á todos,  
 En vuestro desierto suelo  
 (Ved si es hombre prodigioso)  
 Fundará siete ciudades.

PILLALONCO.

¿Qué me dices? ¿Cuándo? ¿Cómo?

DEMONIO.

El cuándo, agora será;  
 El cómo, del presuroso  
 Tiempo lo sabréis; mas creo  
 Que después de estos enojos  
 Le habéis de querer de suerte,  
 Por tantos hechos heroicos,  
 Que le llaméis San García  
 Y le hagáis estatuas de oro.  
 Yo solo seré el que pierda,  
 Y no pienso perder poco,  
 Pues si entra la cruz de Cristo,  
 Luego mis banderas rompo.

PILLALONCO.

¿Vaste? Espera. ¿Así me dejas?  
 ¡I! lola: llegad, llegad todos!

Disparen un arcabuz, y ciérrese, ó echen por allí  
 una llama.

TUCAPEL.

¿Qué es aquesto?

PILLALONCO.

Grandes males

Nos pronostica este monstruo:  
 Un hombre dice que viene  
 Del Pirú, que tendrá en poco  
 Vuestros pechos, araucanos,

Y de quien seréis despojos.  
 Que os ha de vencer, me dijo,  
 Y que estos montes y sotos  
 Han de ser siete ciudades  
 De españoles victoriosos.

TUCAPEL.

¡Detén la cobarde lengua,  
 O, vive el sol, que si tomo  
 Una flecha del carcax,  
 Y por el aire la arrojo,  
 Que clavándola con ella,  
 Pase tu cuello medroso,  
 Y vaya á dar al navío  
 Adonde viene ese loco,  
 Para que, en viéndola, digan  
 Que es del brazo riguroso  
 Del soberbio Tucapel.

RENGO.

Si errares, y yo la pongo,  
 Tiraréla al sol, y el sol,  
 Con su diestra mano de oro,  
 La tomará y volverá  
 Á la tierra tan furioso,  
 Que como rayo la clave  
 En ese español, y roto  
 Su pecho, en su sangre escriba:  
 Rengo soy, rayo me nombro.»

TALGUEN.

¿Para qué? Sino que yo  
 Tire aquésta tras vosotros,  
 Y en el cabo de la flecha  
 Que hiere su pecho un poco,  
 Dé tal golpe con la mía,  
 Que pasen de un cabo á otro  
 Juntas, y en sangre teñidas  
 Las plumas, dando en un tronco,  
 Escriban: «Soy de Talgueno.»

OROMPELLO.

De veros hablar me corro  
 No dejéis nada á Orompello.  
 Pues yo he de hacer más que todos:  
 Que si se arrima á algún muro  
 Ese General tan mozo,  
 Tengo de pasarle el pecho  
 Con golpe tan espantoso,  
 Que dando el hierro en el muro,  
 Vuelva la flecha á nosotros,  
 Porque en la sangre que traiga  
 Diga: Este tiro famoso  
 Es del brazo de Orompello.»

PILLALONCO.

Si á tanta furia os provoco  
 Con las verdades que os digo,  
 Que siempre mentir propongo,  
 Esto me ha dicho Pillán.

TUCAPEL.

No hay Pillán; yo basto y sobro  
 Contra el mundo.

PILLALONCO

Tucapel,

Yo los de España conozco.

RENGÓ.  
 Déjale, que es viejo.  
 TUCAPÉL.  
 Rengo,  
 Por sus canas me reporto.  
 RENGÓ.  
 ¿Miedo nos pones, villano?  
 TUCAPÉL.  
 ¿Cómo miedo? ¡Haréle polvo!  
 Salen Caupolicán y Fresia.  
 CAUPOLICÁN.  
 ¡Fuego, fuego, que me abraso!  
 ¡Déjame, Fresia!  
 FRESIA.  
 ¡Señor!  
 OROMPELLO.  
 ¿Qué es esto?  
 TALGUÉN.  
 ¡Extraño rumor!  
 FRESIA.  
 ¿Dónde vas? Detén el paso.  
 CAUPOLICÁN.  
 ¡Ay, Fresia, no me detengas!  
 TUCAPÉL.  
 ¿Qué tienes, Caupolicán?  
 CAUPOLICÁN.  
 ¡Hame abrasado Pillán!  
 RENGÓ.  
 No es mucho que ardiendo vengas.  
 CAUPOLICÁN.  
 Bañábase, Rengo amigo,  
 Con Fresia en aquesta fuente,  
 Cuando miro de repente  
 Todo el infierno conmigo.  
 Del agua brotaban llamas,  
 Y en medio dellas, Pillán  
 Me dijo: «¡Oh, gran capitán,  
 Que tu heroico nombre infamas!  
 El español don García,  
 Aunque la mar alteré  
 Con tempestad que formé,  
 Que al cielo temor ponía,  
 Ya llegó á la Concepción,  
 Tomó puerto en Talcaguano,  
 Pasó á Tierra Firme; en vano  
 Intento su perdición;  
 Que en Penco ha formado un fuerte,  
 Donde defenderse piensa  
 De vuestra araucana ofensa,  
 A quien promete la muerte.  
 Toma las armas, intenta  
 Que antes que su gente llegue,  
 Mueran, y el paso les niegue,  
 Que buscan con vuestra afrenta.  
 Arremete al fuerte luego,  
 No quede vivo español,  
 Antes que al valle de Engol  
 Pongan, los que vienen, fuego.  
 Mirad que es para mi daño  
 La venida desta gente.»

Dijo, y de alquitrán ardiente  
 Quedó rechinando el baño.  
 Salí sintiendo en el pecho  
 Mil víboras, de quien ya,  
 A no ver lo que aquí está,  
 Fuera abrasado y deshecho  
 ¡Oh valientes araucanos!  
 Ahora es tiempo; mirad  
 Que es gran bien la libertad,  
 Y que hoy está en vuestras manos.  
 Tocad á guerra, saquemos  
 Las armas que dieron muerte  
 A Valdivia, y este fuerte  
 De Penco por tierra echemos.  
 Tengo una capa de grana  
 Que quiero dar al primero  
 Que con maza, arco ó acero,  
 Sacare sangre cristiana;  
 Picas tenemos y espadas,  
 Que ganamos en la guerra  
 Pasada, que desta tierra  
 Fueron ya tan estimadas.  
 ¡Ea, Rengo y Tucapel!  
 ¡Ea, Talguén y Orompello,  
 La ocasión os da el caballo  
 Poned las manos en él!  
 ¡Al arma, al arma!  
 TUCAPÉL.  
 ¡Detente,  
 General Caupolicán,  
 Que los que contigo van  
 Son muchos para esa gente!  
 Déjame ir solo, no digan  
 Que fuimos dos araucanos  
 Para treinta mil cristianos.  
 RENGÓ.  
 Oye, que á todos obligan:  
 Ten paciencia, pues yo voy,  
 Que también pudiera solo  
 Hacer temblar este polo,  
 Pues todos sabéis quién soy.  
 TALGUENO.  
 ¡Mueran! ¿En qué os detendís?  
 El que primero llegare  
 Los mate, sin que repare  
 En que uno por mil valéis.  
 No imaginéis que esto es guerra,  
 Sino castigo.  
 OROMPELLO.  
 Talgueno  
 Habla de arrogancia ajeno;  
 Quede en libertad la tierra,  
 Y cada cual por su parte  
 Muestre su heroico valor.  
 CAUPOLICÁN.  
 Sígueme, Fresia.  
 FRESIA.  
 Mi amor  
 Me esfuerza, esposo, á ayudarte.  
 PILLALONCO.  
 ¡Plega al cielo que algún día,

Araucanos, me creáis,  
Cuando el valor conocáis  
Del español don García!

TUCAPEL.

¡Calla, infame Pillalanco!  
Huye, empieza á retirarte,  
O ¡vive Dios, de flecharte  
Con ese primero tronco!

Deja que Caupolicán  
Mate al español cruel.

PILLALONCO.

Presto verás, Tucapel,  
Si dijo verdad Pillán.

Vanse.

Salen D. García y D. Filipe de Mendoza

FILIFE.

El fuerte está bastante fuerte;  
Bien podrás defenderte en cuanto llegas,  
Señor, los que navegan en tu ayuda.

GARCÍA.

Mientras la gente acuda, don Filipe,  
Que temo se anticipe la contraria,  
Fué cosa necesaria á la defensa.

FILIFE.

Ya sin alguna ofensa, aficionados,  
De todos los estados indios bajan,  
Que las campañas cuajan para verte;  
No el temor de la muerte los provoca,  
Ni el ser la fuerza poca de su gente;  
Tu persona excelente, y la nobleza  
Alta y real grandeza con que has dado  
Perdón al rebelado, los incita,  
Y á venir solicita, reducidos  
Á la paz, y movidos de tus dones.

GARCÍA.

Si las fieras naciones del Estado  
De Arauco, no domado eternamente,  
Con rebelada frente se desvían;  
Si al Rey, á quien servían, la obediencia  
Niegan con tal violencia; si mataron  
Á Valdivia, y llamaron á altas voces  
A un bárbaro, feroces, rey y dueño,  
¿Qué importa que el isleño se nos rinda,  
Que con Arauco alinda, pues se espera  
Guerra dudosa y fiera? Mas el cielo  
Verá mi honesto celo, el Rey de España  
Esta imposible hazaña, y todo el mundo  
Aquel valor profundo, del que ha dado  
La sangre y nombre Hurtado á los Mendoza.

FILIFE.

Si el fin dichoso gozas que pretendes,  
Y el nombre Hurtado extiendes en el polo  
Antártico, tú solo decir puedes  
Que de Alejandro excedes las memorias,  
Que con tantas victorias su bandera  
Pasó la India fiera, y este día,  
Alejandro sería justa cosa  
Que la fama ambiciosa te llamase,  
Que aunque el Hurtado pase al mayor hombre,  
No será hurta lo, sino propio nombre.

Sale D. Alonso de Ercilla.

ALONSO.

Prevén, invicto Príncipe, las armas  
Y defiende tu vida en este fuerte,  
Y la de aquestos pocos españoles;  
Que los rebeldes indios araucanos,  
Fiados en la muerte de Valdivia  
Y en que también á Villagrán vencieron,  
Vienen, como deciendo en el verano  
Granizo en árbol de medrosos pájaros,  
Á no dejarte piedra sobre piedra;  
¿Que es ver la variedad de armas extrañas,  
De pellejos de lobos y leones,  
De conchas de pescados y de fieras,  
Las mazas, las espadas y alabardas  
Ganadas en batallas de españoles;  
Los instrumentos varios que ensordecen  
El aire, las alegres y altas voces;  
Y que es de ver delante aquel membrudo  
Gigante fiero y General que traen,  
Que desde el hombro arriba excede á todos.  
Ea, señor: ¿no escuchas ya los gritos  
Con que niegan á Carlos la obediencia?

GARCÍA.

Hermano don Filipe de Mendoza,  
Hoy es día de mostrar los pechos  
¡Ea, españoles! fuertes.

FILIFE.

Don Alonso,

¿Qué gente viene?

ALONSO.

Un infinito número.

FILIFE.

Y ¿no se sabe el que es?

ALONSO.

Veinte mil indios.

FILIFE.

Para cada español habrá trecientos.

GARCÍA.

Al fuerte, caballeros! ¡Arma, guerra!  
¡Chile, yo vuelvo á conquistar tu tierra!

Salen indios músicos delante, con unos tamborillos,  
y por ser fuerza para cantar, con sus guitarras, y  
detrás Caupolicán con todos sus soldados, y pón-  
ganse arriba en el fuerte los españoles con sus  
armas.

UNA VOZ.

Pues tantas victorias goza  
De Valdivia y Villagrán....

TODOS.

Caupolicán.

SOLO.

También vencerá al Mendoza  
Y á los que con él están.

TODOS.

Caupolicán.

SOLO.

Si salías el valor  
Deste valiente araucano,

A quien Apó soberano  
Hizo de Arauco señor,  
¿Cómo no tienes temor?  
Que si venció á Villagrán.....

TODOS.

Caupolicán.

SOLO.

También vencerá al Mendoza  
Y á los que con él están.

TODOS.

Caupolicán.

CAUPOLICÁN.

Espanoles desdichados,  
En ese corral metidos,  
Que es confesaros vencidos,  
Y que estáis juntos atados,  
¿Adónde vais engañados?

LA VOZ.

Á que les dé muerte irán.....

TODOS.

Caupolicán.

LA VOZ.

También vencerá al Mendoza  
Y á los que con él están.

TODOS.

Caupolicán.

TUCAPEL.

Ladrones, que á hurtar venís  
El oro de nuestra tierra,  
Y disfrazando la guerra  
Decís que á Carlos servís,  
¿Qué sujeción nos pedís?

LA VOZ.

Temblando de verte están.

TODOS.

Caupolicán.

LA VOZ.

También vencerá al Mendoza  
Y á los que con él están.

TODOS.

Caupolicán.

RENGO.

Infames, puesto que altivos:  
Y tú, García, si tú  
Piensas que es Chile el Pirú,  
¿Por adónde saldréis vivos?  
Hoy os llevará cautivos.....

LA VOZ.

Al cerro de Andalicán.

TODOS.

Caupolicán.

LA VOZ.

También vencerá al Mendoza  
Y á los que con él están.

TODOS.

Caupolicán.

Sale D. García en lo alto.

GARCÍA.

¿Con qué extraños instrumentos,

Música, voces y grita,  
Su General solicita  
A sus soldados contentos!  
Si de aquesta suerte fueran  
Los indios que vió Colón,  
Tarde en aquesta región  
Los españoles se vieran.

FILIFE.

Permitió Dios que la entrada  
Fuese por tanta inocencia.

CAUPOLICÁN.

Ya se han puesto en resistencia.

TUCAPEL.

¡No se hiciera espada á espada,  
Flecha á flecha y pecho á pecho!

RENGO.

Ya los tiros y arcabuces  
Entre banderas de cruces  
Coronan su cerco estrecho.

CAUPOLICÁN.

¡Al arma, que en eso estriban!  
¿Quién ha de saltar el fuerte?

TUCAPEL.

Yo, que soy rayo y soy muerte.

GARCÍA.

¡Carlos y Filipe vivan!

Disparen los arcabuces de arriba, y los de abajo  
acometan tirándolos flechazos y alcancías, y entren,  
finalmente, bajando los de arriba á la defensa, y salgan  
Rengo y D. Filipe batallando.

FILIFE.

¿Tú osaste entrar, araucano?  
¿Tú en el fuerte has puesto el pie?

RENGO.

Pues entré, yo buscaré  
Por dónde salir, cristiano.

FILIFE.

¡Bárbaro! ¿Sabes que soy  
Don Filipe de Mendoza?

RENGO.

Español, mucho te goza  
De que venciéndote estoy;  
Que soy Rengo, el que ha tenido  
Más despojos de vosotros  
En Chile.

FILIFE.

Venciste á otros,  
Para ser de mí vencido.

Vanse.

Salen D. García y Caupolicán.

CAUPOLICÁN.

¿Tú eres García?

GARCÍA.

Yo soy,  
Que he de quitarte la vida.

CAUPOLICÁN.

¿Sabes que está al sol asida,  
En cuyos rayos estoy?

¿Sabes que es mi padre, y que es  
Suyo este cetro que rijo?

GARCÍA.

¿Sabes tú que yo soy hijo  
Del gran virrey don Andrés?

CAUPOLICÁN.

¡Lástima á tus años tengo!

GARCÍA.

Tenla, bárbaro, de ti;

Que yo Mendoza nací,

Y he de hacer á lo que vengo.

Vanse.

Salen algunos soldados sobre Tucapel y Talquen:  
D. Alonso y Biedma.

TUCAPEL.

Herido, Talquen, estoy.

TALGUEN.

Yo defenderé tu vida.

ALONSO.

¡Oh espada en fieras tenida!

Ánimo, mirad quién soy.

BIEDMA.

Va van, Ercilla famoso,

Saltando el fuerte: tenéos.

ALONSO.

Llevábanme los deseos

Del ánimo generoso.

¡Que estos bárbaros saltasen

El fuerte!

BIEDMA.

No hay onzas fieras

Que sangrientas y ligeras

En ganado humilde entrasen,

Que mayor estrago hiciesen;

Mas no se irán alabando.

Dentro:

¿Qué voces dan?

FILIPE.

¡Santo cielo,

Nuestra vida vino al suelo!

ALONSO.

Si. ¿Van el fuerte ganando?

BIEDMA.

Si los veinte arcabuceros

Que ha ordenado don García

Que tiren á puntería

A los bárbaros más fieros

No son muertos, no creáis

Que pueda ganarse el fuerte.

Salen D. Filipe y soldados que traigan á D. García  
en los brazos, desmayado.

FILIPE.

Yo vengaré vuestra muerte,

Hermano, si vos lo estáis.

ALONSO.

¿Es el General?

BIEDMA.

El es.

ALONSO.

Y ¿es muerto?

FILIPE.

¡El cielo no quiera  
Que al Perú nueva tan fiera

Vaya tan presto al Marqués!

Una piedra disparada

De un bárbaro, le arrojó

De la trinchea, y cayó

Sobre la tierra, cuajada

De la sangre que ha sacado

Su brazo.

ALONSO.

¡Oh gran confusión!

BIEDMA.

Desatalde el morrión.

ALONSO.

Él está todo abollado;

No tiene señal de herida;

Del golpe ha sido el desmayo.

FILIPE.

Si ha hecho efecto de rayo,

Mi hermano estará sin vida.

GARCÍA.

¡Jesús!

FILIPE.

¿Habló?

ALONSO.

¿No lo ves?

FILIPE.

Pedid albricias, señor,

A vuestro mucho valor

Y á nuestra pena después.

GARCÍA.

¿Entraron el fuerte?

FILIPE.

No;

Que los que dentro han entrado

Ó vida ó sangre han dejado.

GARCÍA.

Pues esas dos tengo yo,

Hoy se empleen hasta echarlos

Del fuerte y de la campaña.

¡Cierra España!

TODOS.

¡Cierra España!

GARCÍA.

¡Viva Carlos!

TODOS.

¡Viva Carlos!

Vanse.

Salen las indias Gualeva, Quidora, Fresia y Millaura  
con unas cestillas de fruta y unas botellas ó barros  
de agua.

GUALLEVA.

¡Triste de mí, que no salen  
Del fuerte!

FRESIA.

Calla, Gualeva;  
Que no será cosa nueva  
Que el muro á la tierra igualen;  
Y algo se han de detener  
En pasarlos á cuchillo.

GUALEVA.

Madí traigo en mi cestillo;  
Perper traigo que beber;  
Mas no veo á mi querido  
Tucapel.

MILLAURA.

Yo traigo aquí  
El ulpo mejor que vi,  
Por si cansado ó herido  
De aquesta batalla sale,  
Fresia, mi adorador Rengo.

QUIDORA.

Por aquí un cocavi tengo  
Que no hay cosa que le iguale,  
Y también truje muday  
Porque beba mi Talgueno,  
Aunque es de mi amor ajeno,  
Si sangre en mis venas hay.

GUALEVA.

¿Cuánto me apuestas, Quidora,  
Que aquel mi amor, temerario,  
Como es en el ordinario,  
Entra por el fuerte agora,  
Y que sacarle de allí,  
Hasta que vida no quede,  
Ni Talguen, su amigo, puede,  
Ni el amor que tiene en mí?

MILLAURA.

Consuelo puedes tomar  
Connigo.

GUALEVA.

¡Ay, Millaaura mía!  
Cuando Tucapel porfia,  
No es tan invencible el mar.  
Bien sé que Rengo es un tigre,  
Mas mi esposo es un león,  
Y temo en esta ocasión  
Que por su furia peligre.

FRESIA.

Asentémonos aquí  
Mientras del asalto vienen.

Asiéntense las cuatro indias, y en lo alto D. García,  
D. Filipe y los demás.

FILIPE.

Bien vistas las muestras tienen  
Del gran valor que hay en ti.

GARCÍA.

Gracias á Dios, que nos dió  
Vitoria, para que entiendan,  
Cuando otra vez nos emprendan,  
Qué Gobernador soy yo.

ALONSÓ.

¡Si llevarán ya creído

Que por tu brazo ha de ser  
Domado Arauco!

GARCÍA.

Hasta ver  
A Caupolicán vencido,  
Les parecerá imposible.  
¡Notable bárbaro!

FILIPE.

¡Fiero!

GARCÍA.

Que vuelva esta noche espero;  
Y así, será conveniente  
Poner velas en el fuerte  
En tanto que descansamos.

FILIPE.

Bien dices; guarda pongamos.

GARCÍA.

Esos soldados advierte.

ALONSÓ.

Aquí viene Rebolledo,  
Hombre á quien puedes fiar  
El fuerte.

Sale Rebolledo.

REBOLLEDO.

Seré en velar

Un Argos.

GARCÍA.

Luego ¿bien puedo  
Dejarte este cuarto aquí?

REBOLLEDO.

Está seguro, señor,  
De mi lealtad y mi amor.

GARCÍA.

Y del valor que hay en ti:  
Vamos, y haz como soldado,  
Mira el peligro en que estoy.

Vanse todos y queda Rebolledo.

REBOLLEDO.

Ojos, advertid que soy  
Hombre de honor y cuidado;  
Alzad las cejas, mirad  
Esa campaña muy bien.

QUIDORA.

¡Cómo tarda mi Talguén!

FRESIA.

Yo muero de soledad.

MILLAURA.

Yo de temor de la vida  
De mi Rengo.

GUALEVA.

Yo de ver  
Que Tucapel ha de ser  
De mi inocente homicida.

REBOLLEDO.

Señores ojos, ya veo  
Que han estado desvelados;  
Pero los ojos honrados,

No por cumplir un deseo  
 Ponen su dueño en el potro.  
 Adviertan ¡cuerpo de Dios!  
 Que hay una vida, y son dos;  
 Duerma el uno y vele el otro.  
 Cierro el derecho: á la fe,  
 Que el otro empieza á plegarse:  
 ¿No podría concertarse  
 Que duerma y despierto esté?  
 ¿No se cuenta del león  
 Que duerme abiertos los ojos?

Salen Rengo y Orompello.

RENGO.  
 Todos fuéramos despojos  
 Suyos en esta ocasión,  
 A no se haber divertido  
 Cuando el General cayó.

OROMPELLO.  
 ¿Que Caupolicán entró,  
 Y salió del fuerte herido?

RENGO.  
 Hirióle el gran español,  
 El gallardo don García,  
 Porque herirle no podía  
 Menos que un hijo del sol.  
 Gente hay aquí.

GALEVA.

¡Ay, cielo santo!

RENGO.

¿Quién va?

MILLAURA.

Tu voz conocí,  
 Rengo mío. ¿Vives?

RENGO.

Sí.

GALEVA.

¿Quién escuchara otro tanto!

FRESIA.

¿Adónde, Rengo, has dejado  
 A Caupolicán mi esposo?

RENGO.

Fresia, el Mendoza famoso  
 Le ha vencido y retirado.

GALEVA.

¿Dónde queda Tucapel?  
 Dime, Rengo, ¿cómo queda?

RENGO.

No sé ¡por Dios! cómo pueda  
 Dar, Guleva, nuevas dél;  
 Pero sé que muy herido  
 De aquel asalto salió.

GALEVA.

¿Qué ¿le dejaste?

RENGO.

¿Pues yo,  
 ¿Qué pude hacer?

GALEVA.

Siempre has sido  
 De sus hechos envidioso:

Dejástele con cuidado  
 Del desafío aplazado,  
 De su valor temeroso.  
 ¡Ah, cobarde, pues yo vivo,  
 Y si Tucapel murió,  
 Por él saldré al campo yo!

RENGO.

¿Amor notable!

OROMPELLO.

Excesivo.

GALEVA.

¿Ríete? Dame, Orompello,  
 Esa macana.

RENGO.

¿Qué intentas?

Quítale la macana.

GUALIVA.

Hacer, infame, que sientas  
 Que este femenil cabello  
 Cubre un alma varonil.

RENGO.

Perdono á tu loco amor,  
 Mujer, que con mi valor  
 Usas término tan vil.

GALEVA.

No sabes qué estás mirando.

RENGO.

Vete, Guleva, de aquí.

GUALIVA.

Mas diré que te vencí  
 Y que te dejé temblando;  
 Que por no me detener  
 En buscar mi dueño amado,  
 No te mato, afeminado.

Vase Gualiva.

RENGO.

Eres, Guleva, mujer:

Habla, di lo que quisieres,  
 Que para hablar con dolor  
 Ha días que dió el amor  
 Gran licencia á las mujeres.

MILLAURA.

Perdónala, esposo mío,  
 Y escucha aparte.

Salen D. García en lo alto.

GARCÍA.

El cuidado  
 De un capitán desvelado,  
 A quien ni el invierno frío  
 Ni el verano ardiente obliga  
 A descanso, me ha traído  
 A ver si mi vela ha sido  
 Firme y cuidadosa amiga.  
 ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?  
 Durmióse, durmiendo está;

Vela que se ha muerto ya,  
 Volver á encenderla presto.  
 Mas quiero tener la espada,  
 Considerando que ha sido  
 Grande el trabajo sufrido  
 De nuestra larga jornada.  
 No desdice á capitán  
 Dar la vida á quien la muerte  
 Merece, si en este fuerte  
 Pocos tan buenos están.  
 Haré que con el bastón  
 Despierte, y esconderéme.

Píquele, y escóndase.

REBOLLEDO.

¡Dormí, por Dios, descuidéme!  
 Ojos, no tenéis razón;  
 Mas si el sueño me obligó  
 Á cerraros, él ha sido  
 El que abrirlos ha podido.  
 Que él mismo me despertó.  
 Soñaba que era jumento,  
 Y mi amo un labrador,  
 Que después de su labor  
 Iba á su casa contento;  
 Y que, en efeto, mi dueño,  
 Para que anduviese más,  
 Me picaba por detrás:  
 Desperté. ¡Qué extraño sueño!

RENGO.

Ven conmigo, Fresia hermosa,  
 Con Quidora y con Millaura,  
 Donde el General restaura  
 Esta pérdida llorosa;  
 Que de todos los estados  
 Bajan cuarenta mil hombres  
 Con caudillos, cuyos nombres  
 Tiene Arauco celebrados;  
 Que presto verás por tierra  
 El fuerte, aunque esté Garcíá.  
 Dicen que por gente envía  
 Para continuar la guerra.

FRESIA.

Vamos, y permita el sol  
 Que Chile se libre dél;  
 Que deste asalto cruel  
 Tembló el Mendoza español.

Vanse Rengo, Fresia, Quidora y Millaura.

REBOLLEDO.

¿Otra vez, ojos, tornáis  
 Á vencerme? ¿Aquesto es vida?  
 ¿Hay muerte más conocida  
 Que la que sufriendo estáis?  
 ¡No estuviera yo en España!  
 ¿Quién me trujo por mil mares  
 Á sufrir tantos pesares  
 En esta estéril campaña?  
 Yo como hierbas aquí

De nombres que indios les dan,  
 Que ni se los puso Adán,  
 Ni en la vida los oí.

¿Hay nombre como jamón?  
 ¿Hay hierba como lunada?  
 ¿Hay maíz como empanada  
 De una trucha ó de un salmón?

Los que las Indias hallaron,  
 Vinieron por oro y plata;  
 Halláronla tan barata,  
 Que por vidros la compraron.

No viene así don Garcíá,  
 Ni plata intenta buscar;  
 Que viene á pacificar  
 Su bárbara rebeldía.

¡Pues en verdad que éstos son  
 De los indios desarmados  
 Que hallaba en selvas y prados,  
 Como corderos, Colón;

Sino los hombres más fieros,  
 Más valientes, más extraños,  
 Que vió este polo en mil años!  
 Ojos, no puedo venceros.

Dicen que en la antigüedad  
 Daban tormento de sueño:  
 No era tormento pequeño.

Pero en tanta soledad,  
 ¿Qué es lo que puedo temer,  
 Los indios ya recogidos?  
 Más curarán sus heridos,  
 Que cuidarán de volver.

Durmámonos un poquito.

Sale D. Garcíá en lo alto.

GARCÍA.

Mi vela vuelvo á buscar,  
 Que para verle velar,  
 Sueño y descanso me quito.

¡Vive Dios, que está durmiendo!  
 Esto es insolencia clara.  
 ¡Quién de un hidalgo pensara  
 Dos veces lo que estoy viendo!  
 Daréle una cuchillada.

Sacúdele.

REBOLLEDO.

¡Matóme Caupolicán!

GARCÍA.

¡Oh infame!

REBOLLEDO.

¡Oh gran capitán!

GARCÍA.

¡Oh perro!

REBOLLEDO.

Detén la espada.

GARCÍA.

¿Guárdase mi honor así,  
 Y de un General la vida?

REBOLLEDO.

Basta, señor, esta herida,



Que en verdad que no dormí.

GARCÍA.

Pues ¿qué hacías?

REBOLLEDO.

Acechaba

Si Caupolicán venía;

Que así mejor descubriría

La campaña que miraba.

Salen D. Filipe, D. Alonso, Biedma y soldados.

FILIFE.

Llegad presto, que, sin duda,

El indio vuelve al asalto.

ALONSO.

¿Quién está aquí?

GARCÍA.

Yo, bien faltó

De descanso, y aun de ayuda.

BIEDMA.

¿Qué hacéis aquí, gran señor?

GARCÍA.

A ver la vela he venido,

Que dos veces se ha dormido.

FILIFE.

¿Dormido? ¡Oh perro!

ALONSO.

¡Oh traidor!

GARCÍA.

Dejalde, que de otra suerte

Lo ha de pagar.

BIEDMA.

¿Cómo quieres?

GARCÍA.

¡Ahorcalde!

REBOLLEDO.

Mendoza eres:

A mis servicios advierte.

Mándame tú, hasta morir,

Con mil indios pelear,

Mas no me mandes velar,

Que me tengo de dormir.

GARCÍA.

¿Dormir, perro?

REBOLLEDO.

¿Quién ignora

Que tres santos se durmieron,

Puesto que de Dios oyeron

Que le velasen un hora?

Si aquesto puede valerme,

No es milagro, gran señor,

Que se duerma un pecador

Que ha tres meses que no duerme.

GARCÍA.

¡Por vida del Rey!

FILIFE.

No jures,

Que por este buen humor

Le has de perdonar.

REBOLLEDO.

Señor,

¿Así es razón que aventuras,

Adonde tan pocos tienes,

Un soldado?

GARCÍA.

Ese es tu abono:

Ahora bien, yo te perdono.

REBOLLEDO.

De virrey y reyes vienes.

ALONSO.

Descansa, que ya encendida

El alba, sale á mirarte.

GARCÍA.

¡Chile, yo he de sujetarte,

O tú quitarme la vida!

## ACTO SEGUNDO.

Salen el capitán Alarcón y D. Filipe de Mendoza.

FILIFE.

Vióse, señor capitán,

En peligro don García,

Que él solo salir podía.

ALARCÓN.

Tanto más nombre le dan,

Cuanto con menos soldados

Ha ganado las victorias

Que obscurecerán las glorias

De muchos siglos pasados.

Dios sabe la mucha pena

Que teníamos allá.

FILIFE.

¡Buena gente junta está!

ALARCÓN.

Buena, y con extremo buena.

Pero ¿qué dijera España

Si hubiera visto esta tarde

Seiscientos hombres de alarde

Para tan notable hazaña,

Y venir un escuadrón

De cuarenta mil indios

Por lo menos, araucanos,

Que es formidable nación?

Mas suplicoos, don Filipe,

Prosigáis la relación,

Porque en aquesta ocasión

De tanto bien participe.

FILIFE.

Resuelto ya don García

De acabar con gloria tanta

La empresa, el fuerte dejó,

Que fué su defensa y guarda.

Y entrando la tierra adentro,

Belicosa y rebelada,

Al río de Biobío  
 Valerosamente marcha;  
 Pero apenas ve su margen,  
 Cuando mira en la otra banda  
 Más indios que arenas y hojas  
 En sus aguas y en sus plantas.  
 Para ver si se podía  
 Pasar sin peligro en balsas,  
 Dejó su gente el Mendoza  
 Donde haciéndolas estaba,  
 É intentó la más notable  
 Y más prodigiosa hazaña  
 Que de general se cuenta  
 (César perdone en su barca),  
 Que en otra de árboles verdes  
 Con solos tres hombres pasa,  
 Como Ramón y Bastida,  
 Á las riberas contrarias.  
 Viendo, pues, disposición,  
 Vuelve á pasar sus escuadras,  
 Que fuera cosa imposible,  
 Pues apenas lo intentarían,  
 Cuando los indios, con flechas,  
 Los dejaron en sus aguas,  
 Como el cazador, las aves  
 Que sobre sus ondas andan.  
 Mas mira qué extraño ardid:  
 Que en tanto que los miraban,  
 Hacía bajar cien hombres  
 Dos leguas por la campaña;  
 Y en balsas, su poco á poco,  
 Secretamente pasaban;  
 De suerte, que cuando el indio  
 Quiso conocer su falta,  
 Ya estaba de la otra parte  
 La más parte puesta en armas.  
 Á Andalicán marchan todos;  
 Las banderas se levantan;  
 Los valles de Arauco atruenan,  
 Las trompetas y las cajas.  
 Reinoso, á reconocer  
 La campaña se adelanta;  
 Cargan sobre él dos mil indios,  
 Diciendo tales palabras:  
 -¿Adónde venís, ladrones  
 Cobardes por vuestra infamia?  
 Con esta paz os recibe  
 La tierra mal conquistada.  
 Venid, que como á Valdivia  
 Os sacaremos las almas,  
 Donde la codicia viene  
 Del oro antártico y plata. »  
 Al retirarse Reinoso,  
 Dos soldados se desmandan  
 Á comer alguna fruta,  
 Á quien los indios asaltan.  
 Guillén, valerosamente,  
 Se defiende con la espada;  
 Orompello se aficiona,  
 Y de los demás le guarda;  
 Pero al tiempo que le envía

Al General, la arrogancia  
 De Galvarino, indio fuerte,  
 Aunque de malas entrañas,  
 Pasó á Juan Guillén las flechas,  
 De un golpe, por las espaldas.  
 Quiere matarle Orompello;  
 Defiéndenselo las canas  
 Y autoridad de otros indios;  
 Román de Vega se escapa,  
 Y al General se lo cuenta;  
 Parte á saber lo que pasa  
 El capitán Juan Remón;  
 Halla los indios, disparan,  
 Pelean, dase principio  
 Á tan sangrienta batalla,  
 Que al mar de Chile corrían  
 Arroyos de sangre humana.  
 Alabarte al General,  
 Encarecete su espada,  
 Lo que hizo, lo que dijo,

Dentro toquen al arma.

Era mi propia alabanza,  
 Porque soy hermano suyo;  
 Mas sólo decirte basta  
 Que tembló Arauco su nombre  
 Y le llamó Sol de España.

ALARCÓN.

Señal, don Filipe, han hecho.

FILIFE.

Al valle de Arauco marchan;  
 En el camino os diré  
 Cierta aventura más blanda,  
 Porque es de amor.

ALARCÓN.

Suele amor

Trocar con Marte las armas.

Salen Tucapel y Gualeva.

TUCAPEL.

Aunque de tantas heridas,  
 Gualeva, curaste el pecho,  
 Donde es justo que residas,  
 Mayor la del alma has hecho,  
 Por quien te ofrezco mil vidas;

Que el haber della curado  
 Fuera no haberte pagado,  
 Señora, con justo amor,  
 Aquel divino valor  
 Que en mi remedio has mostrado.

GUALEVA.

Tuviera tanta alegría,  
 Que en mil siglos aumentara,  
 Tucapel, la vida mía,  
 Si en tus ojos no mirara  
 Tanta tristeza este día;  
 Que el ver que no te merecen  
 Los míos que me la digas,  
 Nuevas sospechas me ofrecen,

Porque á imaginar me obligas  
Que otros, mi bien, te entristecen.

¿Quieres bien otra mujer?

Ó acaso, ¿qué puede ser?

¿Te aflige el ver que se goza

Don Felipe de Mendoza

De que te pudo vencer?

¿Envidias á don García,

Su famoso General,

El talle ó la valentía,

Que ninguno te es igual,

Por tu vida y por la mía?

Los españoles, ¿qué son?

Pues yo, con esta macana

Te saqué de un escuadrón

Aquella propia mañana

Que te llevaba en prisión.

Alégrate, que ninguno

Volverá con vida á España.

TUCAPEL.

Ni amor ni español alguno,

De aquesta tristeza extraña

Hoy fuera dueño importuno,

Siendo, Gualeva, quien eres

Y yo el que soy, cuyos nombres

Haces mal si no prefieres

El mío á infinitos hombres,

Y el tuyo á muchas mujeres.

Tuyo soy, como lo fuí,

Que por belleza y valor

No hay más, Gualeva, que en ti,

Ni para lo que es amor

Hay más que penar que en mí.

Si don Filipe me hirió,

No digas que me venció;

Que si me arrojé en su fuerte

Fué en desprecio de la muerte,

Pero de mis armas no.

Yo salí, que pues salí,

Mayor mi victoria fué,

Y aunque herido yo vencí,

Pues basta decir que entré,

Para estar con honra aquí.

Envidiar á don García,

¿De qué manera podría?

Que si es Mendoza español,

Yo soy Tucapel, que al sol

En nobleza desafia.

Mi tristeza es no saber

De la vida de Talgueno.

GUALEVA.

Más causa debe de haber.

TUCAPEL.

De otra causa estoy ajeno,

Y ¿qué mayor puede ser

Que la vida de un amigo

A quien debo lo que tengo?

GUALEVA.

Celos me has dado.

TUCAPEL.

Si digo

Por lo que suspenso vengo,  
¿De qué te enojas conmigo?

Salen Puquelco y otros indios con Rebolledo atado.

PUQUELCO.

Camina, español.

REBOLLEDO.

Espera;

Que no me habéis convidado

Sino es á la muerte fiera.

GUALEVA.

Con un español atado

Viene Puquelco.

TUCAPEL.

¿Quién viera

Desta suerte al General!

¿Qué es esto?

PUQUELCO.

A buscar su mal,

Aunque sustento buscaba,

Salió este español, que estaba

Comiendo en un platanal;

Flecharle quiso Leleco,

Yo se le quitó, por ver

Si vale para algún truco.

REBOLLEDO.

Hoy tengo de perecer.

TUCAPEL.

Algo me parece seco;

Mas mientras voy á la junta

Que hace Caupolicán,

Puquelco, al pecho le apunta.

PUQUELCO.

¿Qué parte dél asarán?

TUCAPEL.

¡Graciosa está la pregunta!

Asale entero, que quiero

Comérmele todo entero

De rabia de don Filipe;

Y Gualeva participe

Si aquí me espera.

GUALEVA.

Aquí espero.

Vase Tucapel.

REBOLLEDO.

Acabóse: hoy imitamos

Al bendito San Lorenzo.

PUQUELCO.

Arrímale á aquellos ramos.

INDIO.

Comienza á flechar.

PUQUELCO.

Comienzo.

REBOLLEDO.

¡Comienzo!

PUQUELCO.

Ya comenzamos.

REBOLLEDO.

Pues ¿qué música ó qué historia?

Señora, dolo's de mí.

GALEVA.

Cuando traigo á la memoria

Que por Filipe me vi

Cerca de perder mi gloria,

A todos juntos quisiera

Flecharos desa manera.

No le tiréis.

RECOLLEDO.

Todo el cielo

Te guarde, que tal consuelo

Me has dado en pena tan fiera.

GALEVA.

No le tiréis, porque quieren

Que le asés vivo.

RECOLLEDO.

Pensé

Que era piedad lo primero;

En lo que te dije erré.

Ya, que me tiréis espero;

Tiradme, que es menor mal

Asarme muerto que vivo;

Pero que venganza igual

A vuestra crueldad, recibo.

¿Cómo comerme sin sal?

Dejadme ir, que os prometo

De traerlos en un punto.

GALEVA.

Acá la habrá.

RECOLLEDO.

¡Bravo aprieto!

Pero si valgo difunto

Más que vivo, ¿por qué efeto

No sirvo al Rey, que es razón.

A mi patria y mi nación?

GALEVA.

Muerto los puedes servir

Más que vivo.

RECOLLEDO.

Si á morir

Me faltaba el corazón,

Ya lo tengo, por vengarme

En mataros. Ea, legad,

Legad; empezad á asarme;

Encended fuego; acabad.

¿Qué os detendís en matarme?

GALEVA.

Pues ¿muerto nos darás muerte?

¿No me dirás de qué suerte?

RECOLLEDO.

Tengo cierta enfermedad

De tan mala calidad,

Que por mis venas se vierte

A manera de veneno;

Y si algún ave en España

O animal, della está lleno,

Tanto al que le come daña.

Que muere, del seso ajeno.

Asadme porque dé muerte

A Tucapel desta suerte,

Y sirva á mi General

En quitares hombre igual,

Tan atrevido y tan fuerte.

FUQUELLO.

Mira lo que haces, señora.

GALEVA.

¿Qué nombre ha puesto la fama

A esa enfermedad traidora?

RECOLLEDO.

Escapatoria se llama.

GALEVA.

Ahora bien, dejalde agora.

RECOLLEDO.

¿Cómo dejar? ¿Eso no!

¡Vive Dios, que me han de asar!

GALEVA.

¿No es mejor vivir, si yo

La vida te quiero dar?

RECOLLEDO.

Quien desdichado nació,

¿En qué acertará á servir

A su Rey y á su nación?

¡Oh! ¿Qué mal hice en decir

Mi enfermedad

GALEVA.

La traición

Aun no la supo encubrir.

Traedle preso.

RECOLLEDO.

¡Oh, qué gloria

Me quitáis!

GALEVA.

Toda la historia

A Tucapel contaréis,

Y que está lleno diréis

De ponzoña escapatoria.

Vanse.

salen Caupolicán, Tucapel, Rengo, Talquen, y  
Crampello: siéntese Caupolicán en medio, y los  
cuatro á los dos lados.

CAUPOLICÁN.

Sentaos y oid, pues sois los principales  
Destos Estados, el acuerdo mío.

RENGO.

¿Qué puedes tú decir en que no aciertes,  
Con la experiencia y el ingenio tuyo?

TUCAPEL.

Propón, Caupolicán, lo que te agrada;  
Que todos estaremos de tu voto,

CAUPOLICÁN.

Ya veis, valientes chilenos,

Y gallardos araucanos,

Cómo al español Filipe

Nos habemos rebelado,

Porque muchos de nosotros

Éramos ya sus vasallos,

Y aun el bautismo de Cristo

No pocos indios tomaron.

Pareció famosa hazaña

Al generoso Lautaro

Y á otros sacar el sesgo  
De los españoles lazos.  
Sucedió como sabéis:  
Murió Valdivia en Arauco;  
Vencimos á Villagrán;  
Libres entonces quedamos.  
Pero sentido el Virrey  
Del Pirú á sus agravios,  
Que aquellos reinos gozaban  
En nombre del quinto Carlos,  
A su hijo don García,  
Ese que llaman Hurtado  
De Mendoza, envia á Chile;  
Él dice á parlicarnos,  
Y aunque es verdad que lo ha hecho,  
Con piedad é ingenio tanto,  
Yo no sé determinarme  
Si á su valor nos rindamos.  
Proseguir la guerra es cosa  
De gran duda, imaginando  
El valor deste mancebo  
Y sus principios extraños,  
Las batallas que ha vencido,  
Los artillos, los reparos  
Que á nuestras ofensas hace,  
Venciendo, hiriendo, matando.  
Pues el rendirnos, también,  
Aunque él lo pretende tanto,  
Grande infamia me parece,  
Ni ser de nadie vasallos;  
Que aunque es verdad que el Mendoza  
Lo ha de ser en perdonarnos,  
¿Quién ha de poder sufrir  
Que estos indomables brazos  
Sujete el yugo español  
Ni el imperio de hombre humano?  
Decid vuestro parecer,  
Porque yo, indeciso, acabo  
Con decir que os seguiré  
En el provecho y el daño.

TUCAPEL.

Mi voto, General, si tiene fuerza  
Entre pechos tan graves voto mío,  
Es que jamás de la razón se tuerza,  
Que siempre el bien en la razón confío.  
Si la vertida sangre no os esfuerza,  
De que ha llevado más que de agua el río,  
A pretender venganza destes hombres  
Que aquí nos hacen conocer sus nombres,  
Pueda el veros esclavos, araucanos,  
De extraños hombres, á tan justa hazaña  
Mover el pecho y levantar las manos  
Hasta morir con honra en la campaña.  
¿Por qué vienen á Chile los cristianos,  
Pues que no vamos los de Chile á España?  
¿Que vengan por mil mares no es bajaza,  
¿A ponernos los pies en la cabeza?  
Si el soberano Apó juntar quisiera  
Chilenos y cristianos españoles,  
No con tan largo mar nos dividiera,  
Un sol nos diera luz y no dos soles,

Acá y allá de un alba amaneciera;  
Mas cuando aquí se ven sus arreboles,  
Allá es de noche; luego quiere el cielo  
Que se sustenten en distinto suelo.  
Razón es que miréis que Dios se ofende  
Que os sujetéis á un hombre, y hombre extraño.  
Que enriquecerse del sudor pretende  
De nuestra mina de oro y fértil año.  
Á lo menos, si alguno lo pretende,  
No haga á los demás agravio y daño:  
Véngase luego, y sirva como esclavo  
Al español, entre cobardes bravo.

RINGO.

Yo no entiendo, Tucapel,  
Si en lo que dices aciertas,  
Siendo á tu patria cruel,  
Cuando del Mendoza adviertas  
Las grandezas que hay en él.

Si el General, si tú y yo,  
Si Oron pello, si Talgueno  
Y otros que Arauco crió,  
Como á fieras, con veneno,  
Que este corazón nos dió,

Nos podemos eximir  
Lo que nos pueda oprimir  
La fuerza del español,  
No todo Arauco y Engol,  
Que muchos han de morir.

La guerra, ¿qué puede hacer  
Sino robos, muertes, daños?  
Los grandes han de comer;  
En los pequeños, los daños  
Se vienen á resolver.

No es sujetarse á cristianos  
Bajeza, si ellos son tales,  
Que han llegado por sus manos,  
Desde sus septentrionales  
Montes, á nuestros indios.

La mejor luz en el cielo,  
¿No es el sol? Pues si es el sol,  
¿Qué te causa desconsuelo  
Que sea el hombre español  
El mejor hombre del suelo?

Confesad su pulcicia,  
Su lenguaje, su hidalguía,  
Su república, sus leyes.  
Pues ¿por qué no han de ser reyes  
De cuanto el sol mira y cria?  
Soy de parecer que luego  
Esta tierra pertinaz  
Vaya con humilde ruego  
Á pedir paz, que la paz  
Será su bien y sosiego.

TUCAPEL.

¿Téngote de responder,  
Ó ha de hablar Talgueno agora?

TALGUENO.

No sé yo si es menester  
Que hable yo, pues no mejora  
El mío tu parecer;  
Que cuando lo que has propuesto

No fuera justo y honesto,  
Ser tu amigo era ocasión  
De sustentar tu opinión.

RENGO.

¿Qué dices?

CAUPOLICÁN.

¡Paso! ¿Qué es esto?

¿Es campo ó consejo?

OROMPELLO.

Mira,

Tucapel, que muchas veces  
No te da lugar la ira  
A ver las causas que ofreces  
A quien á la paz aspira.

Rengo propone muy bien;  
Que no es hombre don García,  
Aunque es maneco, con quien  
Burlarse Arauco podría,  
Sino perderse también.

Si habéis visto tanta hazaña,  
¿Por qué no se han de rendir  
Por él á Carlos de España?

TUCAPEL.

Gana tenéis de vivir.

OROMPELLO.

El pensamiento te engaña.

Ya conoces á Orompello.

RENGO.

Para que tratemos dello  
Si la guerra de allá fuera  
Nuestras entrañas altera,  
Y se ha de asir de un cabello.

Antes, pues, que Tucapel  
Dé con su furia ocasión  
A atravesarme con él,  
Digo que tiene razón,  
Y que te rijas por él.

Acomete á don García,  
No entienda que es cobardía  
La paz que propongo aquí;  
Que entre amigos hablo así  
Por bien de la patria mía.

Pero cuando esté en la guerra,  
Yo solo al bravo español  
Arrojaré donde cierra  
Con llave la noche al sol,  
Porque no vuelva á esta tierra.

¿No es coronel de su campo  
Don Luis, que con el blasón  
De los Toledos estampo?

Y el capitán Juan Ramón,  
¿No es su Maestre de campo?

Don Pedro de Portugal,  
¿No es el Alférez mayor?

¿Y el sargento principal,  
Pedro de Aguayo, en valor  
Con los de Córdoba igual?

Los capitanes, ¿no son,  
De á caballo, en su escuadrón,  
Rengifo, Ulloa, Reinoso,  
Con el Quiroga famoso

De la pasada ocasión?

A don Filipe, su hermano,  
Y á don Alonso Pacheco,  
Y á Vasco Suárez Indiano,  
Que hasta el Perú trujo el eco  
Del gran nombre lusitano,  
¿No ha dado la Infantería?  
Para sargento, ¿no envía  
A Obregón, hombre de pecho?  
Y á Berrio, ¿no le ha hecho  
Capitán de Artillería?

Pues de cuantos he nombrado  
Tengo de traer aquí  
La cabeza.

TUCAPEL.

¡Estás airado!

Deja alguno para mí.

CAUPOLICÁN.

Tucapel, ya estás pesado.

Levántome, que no quiero  
Que tengáis más ocasión;  
Antes que salga el lucero  
He de estar con mi escuadrón  
Sobre el castellano fiero.

De noche quiero marchar,  
Que, cogidos de improviso,  
Los pienso desbaratar,  
Y allí tendremos aviso,  
Pues aquí no dais lugar,

Para saber si conviene  
La guerra ó la paz.

OROMPELLO.

Quien tiene

Culpa, tu enojo merezca.

TUCAPEL.

Lo que más justo parezca,  
Eso es razón que se ordene.

OROMPELLO.

¿Qué capitanes irán?

CAUPOLICÁN.

Colocolo, Paycaruán,  
Alomaca, Leocotón,  
Tomé, Lincoya, Atilguón,  
Pilloldo, Elpoma y Tequán,  
Los caciques Caniotaro  
Y Millalermo, también.

TUCAPEL.

Pues como antes del sol claro  
En los españoles den,  
¿Adónde hallarán reparo?

Camina, que el santo Apó  
Valor inmortal te dió  
Para que nadie te dañe.

RENGO.

Basta que yo le acompañe.

TUCAPEL.

¿Para qué, donde estoy yo?

CAUPOLICÁN.

¡Bueno está!

OROMPELLO.

¿No callarán?

RENGO.

Yo puedo hablar, Tucapel.  
CAUPOLICÁN.

Callad ya.

TALGUEN.

Recios están.

CAUPOLICÁN.

Que no va nadie con él  
Donde va Caupolicán.

Vanse.

Salen Rebollado y Gualeva.

GAULEVA.

Lejos vamos divertidos:

Cansancio siento, aunque es mengua  
La que lleva de tu lengua  
Tan colgados los oídos.

Extrañas cosas refieres  
De don Filipe, si sabes  
Que unas señas tan suaves  
Son anzuelo en las mujeres.

Yo adoro mi Tucapel,  
Y con ser mi fe tan rara,  
Presumo que no contara  
Tantas maravillas dél.

REBOLLEDO.

Éstas tiene, y muchas más,  
Porque dél lo menos digo:  
¿Quieres, Gualeva, conmigo  
Irle á ver?

GAULEVA.

¿Tan necio estás?

¿No ves que fuera en mi honor  
Gran delito?

REBOLLEDO.

Si tuvieras

Buen gusto, ¿cómo pudieras  
Llamar delito al amor?

GAULEVA.

Luego ¿fuera una mujer  
Á ver en España á un hombre  
De buen talle, fama y nombre?

REBOLLEDO.

Poco debes de saber  
De las costumbres de allá,  
Porque van muchas mujeres  
Á los honestos placeres  
Donde el honor firme está.

Van á las fiestas, y ocupan  
Ventanas, plazas y calles;  
Tal vez por montes y valles  
De todo se desocupan,

Y como cabras saltando,  
Meriendan aquí y allí.

GAULEVA.

Y ¿hablan con cualquiera?

REBOLLEDO.

Sí,

Con cualquiera van hablando.  
Ellas no dejan jardín:

Abejas son de sus flores,  
Tal vez por hablar de amores,  
Y tal vez á honesto fin.

Unas toman el acero

Que más de seis yerros cubre,  
Y lo que han hecho en Octubre  
Quieren curar por Hebreo.

Otras se van á pacer  
Apio y bredos mercuriales,  
Antes que el sol los cristales  
Del alba salga á romper.

No hay cosa donde no estén:  
Ellas saben cuanto pasa:  
Hasta quemarse una casa  
Tienen por fiesta, y lo ven.

Si entra un señor, allá van;  
Si ajustician algún reo,  
Con piedad ó con deseo  
De verle, en la plaza están.

Ferian, compran, andan, trotan,  
Porque todas son, en fin,  
Devotas de San Tretín;  
Hablan, piden, alborotan.

No digo, como encareces,  
Ir á ver una persona  
Famosa, pero una mona  
La irán á ver treinta veces.

GAULEVA.

¿Vuestro Mendoza, en efeto,  
Todos los indios recibe  
Que vienen de paz?

REBOLLEDO.

No vive

Aquí ninguno sujeto:

Dos mil veces los perdona  
Y los carga de regalos;  
Y aun algunos son tan malos,  
Que los honra y aficiona,  
Y ellos vuelven otro día  
Con las armas contra él.

GAULEVA.

De miedo de Tucapel,  
Nunca he visto á don García.

REBOLLEDO.

Si le vas á ver y hablar,  
Pues ningún temor lo veda,  
De cuanto en España queda  
No tienes qué desear:

Persona, virtud, valor,  
Gracia, ingenio, autoridad  
Y una real majestad  
Vestida de resplandor  
Verás en aqueste Hurtado,  
Tan suya, en honor del suelo,  
Que de algún Girón del cielo  
Dirás que fué hurtado Hurtado.

Ven, y vendrás de sus manos  
Cargada de ricos dones.

GAULEVA.

Dulces deseos me pones  
De ver y hablar los cristianos.

REBOLLEDO.

Poco á poco, te he traído  
Con engaño hasta el lugar  
Donde los puedes hablar.

GUALEVA.

Engaño fué consentido:  
Yo me he dejado traer.  
¿Son éstos?

REBOLLEDO.

Sí, aquéstos son.

GUALEVA.

¡Oh, siempre hermosa nación!

REBOLLEDO.

Desde aquí los puedes ver.

Salen D. García, D. Filipe, D. Alonso y capitanes.

GARCÍA.

Pues es mañana, ¡oh nobles caballeros!  
De aquel Apóstol soberano el día,  
Que muriendo en la cruz con tanto gusto,  
Le dijo mil requiebros, como á esposa;  
Aquel que siendo Lino para el cielo,  
Quiso pasar martirios como lino,  
Hasta morir aspado; la grandeza  
Del día, por mil causas nos obliga  
Á celebrar su fiesta; y no es pequeña  
Que el Marqués, mi señor, Andrés se llame.  
Todos es justo que os halléis en misa,  
Y que con regocijo nuestro ejército  
Le haga salva al apuntar el día  
Con las cajas, trompetas y clarines;  
Podránse disparar algunas piezas,  
Y á la tarde saldremos á caballo;  
Tenga de todo el cargo don Filipe,  
Don Alonso de Ercilla le acompañe,  
Y cada cual se esfuerce, como es justo,  
Á salir muy galán, por darme gusto.

FILIPE.

Estimo en gran favor que esto me mandes,  
Como quien devoción tan justa tiene  
Al nombre deste Apóstol soberano,  
Que fué, cual dicen, el primer cristiano.

ALONSO.

Bien puedes recogerte, que dos horas  
Antes que el alba muestre en el Oriente  
La cabeza, de sándalos ceñida,  
Ni se haya abierto flor á ver sus lágrimas,  
Habrán los instrumentos militares  
Hecho salva al Apóstol, y á los bajos  
De las piezas llevando dulces tiples,  
Las chirimías en alegre música.

GARCÍA.

Pues yo me voy con estos caballeros:  
Mirad que Andrés es hoy el Patrón mío,  
Y que es mi padre Andrés.

FILIPE.

Está seguro  
Que no le harán más fiestas en España  
Carlos, su Rey, y el príncipe Filipe,  
Celebrando el Tusón que traen al cuello

Por su patrón Andrés, con aspas de oro.

GARCÍA.

El cielo os guarde.

FILIPE.

Á prevenirlo vamos.

Al irse le ase Rebollo á D. Filipe.

REBOLLEDO.

Escucha una palabra.

FILIPE.

¿Qué me quieres?

REBOLLEDO.

¿No me conoces?

FILIPE.

¿Rebollo?

REBOLLEDO.

El mismo.

FILIPE.

¡Válate Dios! Dijeron que eras muerto.

REBOLLEDO.

Allá estuve cautivo entre esos bárbaros;  
Que me engañó la hambre y unos plátanos,  
Adonde me asaltaron tres mil indios,  
De los cuales maté, ya me conoces,  
No me quiero alabar.....

FILIPE.

Cuando te alabes

Puedes muy bien, porque haces lo que dices;  
Mas ¿cómo te has librado de sus manos,  
Que son crueles estos araucanos?

REBOLLEDO.

Sentenciado estuve á asar,  
Pero al tiempo de espetarme  
Yo supe, señor, librarme.

FILIPE.

¿Qué? ¿Te pudiste escapar!

¿En qué gente diste?

REBOLLEDO.

Creo

Que te cause admiración:  
De Tucapel.

FILIPE.

Fieros son.

REBOLLEDO.

¿Quieres cumplir un deseo

Á cierta dama araucana,  
Que aunque anochece es un sol,  
Que para verte español  
Hará la noche mañana?

FILIPE.

¡Dama de Arauco! ¿Quién es?

REBOLLEDO.

Mi ama.

FILIPE.

¿Cómo tu ama?

REBOLLEDO.

Es de Tucapel la dama.

FILIPE.

Voces tendremos después:

Pero ¿dónde está?



REBOLLEDO.

Gualeva,  
Don Filipe, mi señor,  
Te habla.

GAULEVA.

Tu gran valor  
Me da ocasión que me atreva  
A buscarte desta suerte:  
¡Gracias al sol, que te veo!  
Porque ha días que deseo,  
Español, hablarte y verte.

FILIFE.

Este soldado decía  
Que el mismo sol me buscaba,  
Y que de noche llegaba  
Para convertirla en día.

Y que se engañó, recelo;  
Porque buscándome vos,  
Podemos decir los dos  
Que me busca todo el cielo.  
¡Que sol, estrellas, esferas,  
Luna y planetas, también  
En esta noche se ven!

GAULEVA.

¡Qué palabras lisonjeras!  
Yo pensé que los solda los  
Menos blandura tenían,

FILIFE.

Cuando al campo los envían  
De acero y de honor armados,  
Muestran braveza á los hombres;  
Pero hablando con mujeres,  
¿Cómo, hermosa dama, quieres  
Ver su arrogancia y sus nombres?

Cuando hablo á Tucapel,  
Y él lo sabe ya de mí,  
Soy león, mas para ti,  
¿Para qué he de ser cruel?

Allá, deseo rendir,  
Aquí, estar siempre rendido.

GAULEVA.

Qué, ¿fué de tu mano herido?  
Qué, ¿tú le pudiste herir?

FILIFE.

Si tú me has herido á mí,  
¿Qué te espantas? ¿No es más hombre  
Que no herir un hombre á otro hombre?

GAULEVA.

Luego ¿yo te he herido?

FILIFE.

Si

GAULEVA.

No me acuerdo.

FILIFE.

Pues no ha tanto.

GAULEVA.

Y ¿es mucho?

FILIFE.

¿No lo sospechas?

Si tienen tus ojos flechas,  
¿Para qué preguntas cuánto?

Basta, que á vengar viniste  
La herida de Tucapel.

GAULEVA.

Soy noble y no soy cruel.

FILIFE.

Tal hermosura te viste.

GAULEVA.

Ahora bien, ¿cómo veré  
Al General?

FILIFE.

Bien podrás,  
Y de mí y del llevarás  
Prendas de amistad.

GAULEVA.

No sé

Por qué os tiene nuestra gente  
Por crueles.

FILIFE.

Porque son  
De indomable condición.

GAULEVA.

Vamos, capitán valiente,  
Y veré tu General.

¡Honradme, por Tucapel!

FILIFE.

Por ti, señora, y por él.

REBOLLEDO.

¿Qué te ha parecido?

GAULEVA.

Mal.

REBOLLEDO.

¿Por qué?

GAULEVA.

Porque me consuela  
De lo que no ha de ser mío  
Decir mal.

REBOLLEDO.

Mira aquel brío.

GAULEVA.

Todo español me desvela;  
Pero no quieras señal  
De rendirse una mujer,  
Como en lo que no ha de ser,  
Mirar bien y decir mal.

Vanse.

Salen, con secreto. Caupolicán, Rengo, Tucapel,  
Ormpello, Talquen, é indios, soldados, con armas.

CAUPOLICÁN.

Pisad de suerte que la misma tierra  
No sienta las pisadas, conocidas  
Del viento algunas veces en la guerra,  
Porque en la blanda hierba detenidas,  
Apenas lleguen á estamparse en ella.  
Y no por el peligro de las vidas,  
Mas por la gloria desta empresa bella,  
Pues no siendo sentidos, os prometo  
Que volveremos victoriosos della.

TUCAPEL.

Llegado habemos todos con secreto

Al español alojamiento, y tanto,  
Que hará nuestra venida grande efeto.

Cubrió la noche de su obscuro manto  
La esclarecida lámpara del día,  
Y bañóse la tierra en negro espanto.

Duerme seguro el español García,  
Cansado del cuidado de la guerra;  
Ni suena vela, ni parece espía.

En tanto, pues, que el sueño ocupa y cierra  
Sus ojos de Argos, acomete, embiste,  
Y libra de sus armas esta tierra.

RENGO.

Toda la guerra en el ardid consiste:  
Ellos duermen, ¿qué aguardas prevenciones?

TALGUEN.

Antes que el alba, que los campos viste,  
Declare al español tus escuadrones,  
Pasa á cuchillo al General dormido,  
Con los demás que siguen sus pendones.

OROMPELLO.

¡Válgame el cielo, si nos han sentido!

Dispárense tres ó cuatro arcabuces, y tóquense las  
chirimías; altérense los indios, y digan dentro luego  
los músicos:

MÚSICOS.

Cantan.

Al santo apóstol Andrés  
Hace salva con el alba  
El general don García,  
Día de su fiesta santa;  
Que los veinte corazones  
Que pone Hurtado en sus armas,  
Quisiera que fueran mil  
Para darle con el alma.  
¡Suenen los tiros, toca las cajas,  
Dale fuego, dale fuego, hagamos salva  
Al apóstol Andrés, y viva España!

Tornen á disparar, y luego las chirimías, tornando  
á alterarse los indios.

CAUPOLICÁN.

Vendidos habemos sido;  
Algunos nos acompañan  
Que nos deben de vender.

TUCAPEL.

Esta es traición.

RENGO.

Cosa es clara.

TALGUEN.

Fuera de senda venimos,  
Hasta las plumas quitadas,  
Porque no las viese el viento.

OROMPELLO.

Sin duda que están en arma.

La música.

¡Suenen los tiros, toca las cajas,

Dale fuego, dale fuego, hagamos salva  
Al apóstol Andrés, y viva España!

Tornen á tocar cajas y disparar, y luego las chiri-  
mías.

Dentro.

Notable alboroto suena.

ALONSO.

¡Hola! Pase la palabra,  
Que hay en el campo alboroto.

FILIFE.

Soldados, ¿es arma ó salva?

ALONSO.

Arma, señor don Filife;  
Cubierta está la campaña  
De indios, que con la noche  
Los buenos días nos daban.

FILIFE.

¡Ah, famoso General!

GARCÍA.

¿Quién es?

FILIFE.

Don Filife os llama.

GARCÍA.

¿Qué hay, hermano?

FILIFE.

Indios de guerra,  
Que aunque secretos llegaban,  
Los descubrió el santo Andrés,  
Porque su divina salva  
Pensaron que era la nuestra.

GARCÍA.

¡Qué presto los buenos pagan!  
¡Bien haya quien sirve á buenos!  
Toca al arma.

FILIFE.

¡Al arma!

ALONSO.

¡Al arma!

Toquen al arma, y salgan todos á ellos, trabándose  
una gran batalla, acabada la cual salgan Fresia y  
Millauro.

MILLAURA.

¿Dónde tan apriesa vas?

FRESIA.

Millauro, no tiene amor  
Sosiego y quietud jamás,  
Porque es un dulce furor,  
Que oprimido crece más.

Arco y flechas he tomado  
Con ansia de que mi esposo  
Habrà al español llegado.

MILLAURA.

Ya el asalto riguroso  
Debe de estar acabado,  
Y no tienes qué temer;  
Que, cogiéndolos dormidos,  
Vitorioso ha de volver.

FRESIA.

No me dicen los sentidos,  
Millaúra, que ha de vencer.

Los ojos, si el campo miro,  
Todas las hierbas teñidas  
De sangre ven; si respiro,  
Me están quitando mil vidas,  
Y en lugar de hablar, suspiro.

Sólo escuchan los oídos  
Tristes aves agoreras,  
Con cantos aborrecidos;  
Y tal vez oigo las fieras  
Dar por este monte aullidos.

Si algo toco, me parece  
Que luego se desvanece;  
Si lo gusto, que es veneno;  
Todo está de sombras lleno;  
Sangriento el sol me parece;  
Perlas, Millaúra, he soñado;  
Lágrimas tendremos hoy.

MILLAURA.

Los agujeros que has mirado  
Y los que mirando estoy,  
Crecen más nuestro cuidado.

Agrádame en los cristianos  
El no andar desvanecidos  
En estos agujeros vanos.

FRESIA.

Tenémolos recibidos  
Como por ley los indios.  
Iré al asalto sin duda.

MILLAURA.

Calla, que vencido habrás,  
Dándoles la noche ayuda.

FRESIA.

Temo que este capitán  
Todos sus consejos muda.  
Quidora fué con Talguén.

MILLAURA.

Ya no tardará Quidora,  
Ó Gualeva, que también  
Como á Tucapel adora,  
Le fué siguiendo.

FRESIA.

Hacen bien;  
Yo sola vengo á mostrar  
En tal tiempo cobardía.

Sale Engol, indio muchacho, hijo de Caupolicán.

ENGOL.

¿Qué nos queda que esperar?

FRESIA.

¿Es éste Engol?

ENGOL.

Ya que el día  
Ni el sol nos quiere ayudar,  
Parece que le ha mandado  
Á la noche, y á la luna,  
Nos pongan en más cuidado.

FRESIA.

¿Qué es esto, Engol?

ENGOL.

La fortuna

Varía en el más firme estado.

FRESIA.

¿Qué ha sucedido?

ENGOL.

Llegó

Mi padre Caupolicán  
Adonde ayer se alojó  
Ese español capitán,  
Que con tal dicha nació.

Y cuando pensó que había  
De degollarlos á todos,  
Y que el General dormía,  
Buscando tan varios modos  
De hurtalle la cara al día,

Hallólos todos de suerte,  
Que saliendo, y dando en él,  
Ni Rengo su sangre vierte,  
Ni es valiente Tucapel,  
Ni Caupolicán es fuerte,

Que todos huyendo van,  
Desbaratados, vencidos,  
Sin orden, sin capitán,  
Con tantos muertos y heridos,  
Que infamia á su nombre dan.

Desde que el alba la hermosa  
Risa á los montes mostró,  
Hasta la tarde, dudosa  
Nuestra victoria llegó,  
Y la batalla famosa;

Mas fué tal la valentía  
Del heroico don García,  
Que para aumentar su gloria  
Quedó por él la victoria,  
Y la desdicha por mía.

FRESIA.

Cobarde, ¿tú me refieres  
Que vuelve vivo y sin honra  
Tu padre infame? ¿Tú eres  
Mi hijo? ¿Y esa deshonra  
Nos cuentas á dos mujeres?  
¿Yo te engendré? ¿Tú eres hijo  
De Fresia?

ENGOL.

Yo te he contado  
Lo que Pillolco me dijo;  
Y aunque á la edad no he llegado  
Que esta macana que rijo  
Como mi padre la esgrima,  
Tú verás que voy por él  
Si el mundo.....

MILLAURA.

Su vida estima;  
Detenle, que eres cruel.

FRESIA.

Este deshonor me anima:  
Parte, villano, y si vive,  
Dile, que por qué es infame,

Y en su cara le apercibe  
A que mujer no me llame  
Quien tal afrenta recibe.  
Y si es muerto, que es más cierto,  
Que entres á morir te advierte;  
Muere, y no quedes cautivo,  
Porque no te quiero vivo  
Si Caupolicán es muerto.

ENGOL.

Pues la licencia me has dado  
Que otras veces te he pedido  
Y que siempre me has negado.  
Tú verás si me has parido,  
Y él verá si me ha engendrado.  
¡Vive el soberano Apó,  
Que si respeto me tienen  
Como le merezco yo,  
Que con los que huyendo vienen,  
Y que el español venció,  
He de volver atrevido  
Sobre el español Hurtado,  
Pues que de hurtármelo ha sido  
El valor que tu me has dado  
Y yo por mí le merecido!

Que bien sé que aunque me dan  
Por padre á Caupolicán,  
Soy hijo del sol, que el sol  
Sólo pudo hacer á Engol,  
Donde sus rayos están.  
Que al Mendoza, si me esperas,  
Sacaré con manos fieras,  
A la venganza dispuesto,  
Más corazones que ha puesto  
Por armas en sus banderas.  
¿Qué es para mí don Hurtado?  
Yo soy el sol de la tierra,  
Que al del cielo he sido hurtado.

FRESIA.

Aguarda, que en esta guerra  
Me has de llevar á tu lado.

MILLAURA.

Mira que es muy niño Engol.  
¿Estás loca?

FRESIA.

Ven tras mí.

ENGOL.

Guarda y aguarda, español,  
Que baja Engol sobre ti,  
Hijo de Fresia y del sol!

Vanse.

Sale Caupolicán con sangre.

CAUPOLICÁN.

¡Oh valor invencible de españoles!  
¡Oh generoso mozo don García,  
Sol que das resplandor á tantos soles!  
Mas ¿qué se ha hecho la arrogancia mía?  
¿Cómo alabando voy á mi enemigo  
En este de mi infamia último día?  
Huélgome que tendrás justo castigo,

Soberbio Tucapel, de tu arrogancia.  
Mas ¿dónde voy, ó qué camino sigo?

Mi tambo está de aquí larga distancia,  
Sangre me falta, descansar es justo,  
Si ya es mi vida á Chile de importancia.

Quírome echar al pie deste robusto  
Antiguo tronco, para ver si el sueño  
Templase de mis penas el disgusto.

No volveré jamás, palabra empeño,  
A Arauco, al sol, á hacer á Hurtado guerra,  
Sea de Chile el Rey de España dueño,  
Y yo descanse en esta humilde tierra.

Un árbol esté arrimado al vestuario, y el tronco  
se abra en dos puertas, donde se vea Lautaro.

LAUTARO.

¡Ah, fuerte Caupolicán!  
¡Ah, noble amparo de Chile!  
¡Ah, General generoso,  
Que en mi valor sucediste!

CAUPOLICÁN.

¡Válgame el sol! ¿Quién me llama?

LAUTARO.

¿No me ves? No te retires.

CAUPOLICÁN.

Pues ¿no quieres que me espante  
De ver que por alma vives  
De un árbol, y que su centro  
En forma de un hombre habites?  
¿Quién eres? ¿Eres Pillán?

LAUTARO.

Pues ¿ya me desconociste?  
¿No adviertes que soy Lautaro,  
Que, ya de los lazos libre  
Del cuerpo, tomé esta forma  
Para hablarte?

CAUPOLICÁN.

¿Puedo asirte?  
¿Puedo abrazarte?

LAUTARO.

Detente,  
Que el cielo no lo permite;  
Mas este poco lugar  
Que tengo de persuadirte,  
Escucha.

CAUPOLICÁN.

¿Qué es lo que quieres?

LAUTARO.

¿Por qué, capitán, desdices  
De quién eres? ¿Por qué juras  
Que al español que persigues  
No volverás á hacer guerra?

CAUPOLICÁN.

Porque si el mundo le embiste  
Con la dicha de Alejandro  
Y con las armas de Aquiles,  
Volverá como yo vuelvo.

LAUTARO.

Advierte que, en lo que dices,  
Degeneras de tu nombre,

Y que si agora no impides  
Los pasos de sus intentos,  
Después te será imposible.  
¡Al cerro de Tucapel  
Consientes que ya camine,  
Y que donde tuvo casa  
Valdivia, á quien muerte diste,  
Funde una ciudad, que llama  
Cañete, del nombre insigne  
Del Estado de su padre?  
CAUPOLICÁN.

¡Ciudad funda!

LAUTARO.

¿De qué sirve

La vida, Caupolicán,  
Si es sujeta, esclava y triste?  
¿No es mejor la muerte honrosa?  
Esto he venido á decirte  
Para que libres la patria,  
Pues en tu valor consiste.

Ciérrense las puertas.

CAUPOLICÁN.

Detente.

LAUTARO.

No puede ser.

CAUPOLICÁN.

Escúchame.

LAUTARO.

No es posible.

CAUPOLICÁN.

¡Ciudad Mendoza en Arauco!  
El cielo, el sol me castigue  
Si lo consintiere. ¡España  
Ciudad! ¡Deshonor terrible!  
Juré no tomar las armas,  
Mas pues los cielos me oprimen  
Con las voces de los muertos,  
¡Ánimo, pecho invencible!  
¡Al arma, araucanos fuertes!  
¡Muera España, viva Chile!

## ACTO TERCERO.

Salen D. García y los españoles.

GARCÍA.

Por tan prósperas victorias  
Doy muchas gracias al cielo.

FILIFE.

¡Qué de inmortales memorias  
Dejas para siempre al suelo  
De tu nombre y de tus glorias!

¿A qué capitán romano  
Dan el nombre que tendrás,  
Heroico César cristiano?

GARCÍA.

Paso, Filipe, no más;  
No digan que sois mi hermano.

FILIFE.

Cuando sangre no tuviera  
De Mendoza, cuando fuera  
Indio de Chile, ó mirara  
Vuestros hechos con la cara  
Que suele la envidia fiera,  
Lo mismo dijera aquí.

GARCÍA.

Traed el preso.

ALONSO.

Aquí está.

Sale Galvarino.

GARCÍA.

¿Eres Galvarino?

GALVARINO.

Sí.

GARCÍA.

Y ¿qué es lo que dices, ya  
Que estás delante de mí?  
¿Parécote agora el hombre  
Que os ha de rendir?

GALVARINO.

No creas,

Mendoza, que el verte asombre  
A Galvarino, aunque seas  
Tan grande como tu nombre.

GARCÍA.

Ya sé tus malas entrañas,  
Y que en esta rebelión  
Has hecho cosas extrañas.

GALVARINO.

¿Extrañas dices que son  
Las que son propias hazañas?

GARCÍA.

¿Fué hazaña dalle la muerte  
A traición á Juan Guillén?

GALVARINO.

Todo es guera.

GARCÍA.

Pues advierte  
Que haré yo que te la den,  
Pues es guerra, de otra suerte.

Cortalde luego las manos  
Y envíale á Caupolicán,  
Para que á sus araucanos  
Diga que este premio dan  
A un rebelde los cristianos.

Tomen ejemplo, y entiendan  
De la suerte que castigo,  
Para que otra vez no empuñen  
Tomar las armas conmigo  
Ni en su rincón se defiendan;

Que ¡vive Dios, que han de ser

De Carlos de Austria, ó que á todos  
Así los he de poner!

GALVARINO.

Tú has hallado justos modos  
De castigar y vencer;

Pero quedan tantas manos  
Por las que cortas en mí,  
En los demás araucanos,  
Que espero que por aquí  
Saldrán tus intentos vanos.

Quítase el grano á la espiga  
Para que el maíz se aumente,  
Y así, esta mano enemiga,  
Que cortas deste valiente  
Brazo, á lo mismo se obliga;

Que en la tierra destes pies,  
Donde con su sangre des,  
Tantas manos nacerán,  
Que las tuyas atarán,  
Para cortallas después.

GARCÍA.

Llevalde.

FILIPE.

¡Notable fiera

Fué siempre este Galvarino!

Llévanle.

GARCÍA.

Todos son desta manera,  
Todos por este camino.  
Filipe, hablarlos quisiera.

FILIPE.

¿Qué me mandas?

GARCÍA.

¿Qué se ha hecho

La india de Tucapel?

FILIPE.

Lo que presumes sospecho.

GARCÍA.

No porque el indio es cruel,  
No es por temor de su pecho;  
Pero porque los soldados,  
De vuestro ejemplo movidos,  
No intenten.....

FILIPE.

Justos cuidados,

Y justamente advertidos;  
Pero ya están remediados,  
Porque luego que la hablaste,  
La honraste, la regalaste,  
Con mayor honestidad  
Que el Romano, cuya edad  
Con esta hazaña igualaste,  
La envié con Rebolledo  
A Tucapel, y allá está.

GARCÍA.

Encareceros no puedo  
Lo que, de tenerla acá,  
Tuve á vuestros años miedo.  
Filipe, si Cipión,

Si Alejandro, aunque gentiles,  
Dignos de alabanza son,  
No se manche en hechos viles  
La cristiana estimación.

Su ejemplo merece un templo.

FILIPE.

La fama le dé á tu ejemplo.

Sale D. Alonso.

ALONSO.

Ya las manos le han cortado  
Al indio.

GARCÍA.

Y ¿cómo ha quedado?

ALONSO.

Una piedra en él contemplo:

Porque apenas en la mano  
Sinistra, del inhumano  
Cuchillo el golpe cayó,  
Cuando la diestra asentó  
Sobre el tronco el araucano.

GARCÍA.

¡Caso, por Dios, peregrino!

ALONSO.

Partióse al fin Galvarino

Á ver los amigos pechos,  
Dejando dos rastros hechos  
De sangre en todo el camino.

Pero advierte que ha llegado

Un yanacona de paz,  
Que por muy cierto ha contado  
Que el indio más pertinaz  
De todo Arauco, ha trazado

Una fiesta y borrachera  
De las que suelen hacer  
En Coyocupil.

GARCÍA.

Espera;

¿Cuándo dicen que ha de ser?

ALONSO.

Esta noche es la primera.

Hay instrumentos chilenos,  
Y españoles para asarse,  
Soldados, y aun de los buenos;  
Tienen para emborracharse,  
De chicha cántaros llenos.

Estorba este desatino.

GARCÍA.

Vaya don Filipe luego.

FILIPE.

Partir luego determino.

GARCÍA.

Pues id en tanto que llego,  
A este cerro convecino,

Donde ruinas están  
De la casa de Valdivia,  
Que presto ciudad verán.

FILIPE.

En la más desierta Libia  
Poblará tal capitán.

Vanse.

Salen Tucapel, Gualeva y Rebolledo.

GAULEVA.

Con todos aquestos dones  
Y mil honras que me han hecho,  
Con que traigo en alma y pecho  
Cadenas de obligaciones,  
Me envía, querido esposo,  
A tus brazos don García.

TUCAPEL.

Ya estaba, Gualeva mía,  
De tu hermosura celoso.  
¿Es posible que el Mendoza  
Desa manera te ha honrado?

GAULEVA.

Es Tucapel, el soldado  
Que más justamente goza  
El laurel de capitán  
En esta edad, y quisiera  
Que tu consejo pudiera  
Vencer á Caupolicán,

Para que al Rey español,  
Antes que la espada afile,  
Se rindiera todo Chile,  
Ancud, Arauco y Engol.

TUCAPEL.

Como se gobierna el suelo  
Por estrellas de mil nombres,  
Así, Gualeva, los hombres  
Por las de tu hermoso cielo.

Lo que queréis, eso hacemos;  
Lo que mandáis, intentamos,  
Porque luego que os amamos,  
De vuestro gusto pendemos.

Háblale á Caupolicán,  
Agradecido á García.

GAULEVA.

Pagarás la deuda mía  
Sirviendo á tal capitán.

TUCAPEL.

Dime, español, qué, ¿tan noble  
Es este Mendoza?

REBOLLEDO.

Toma

Veintitrés generaciones  
La prosapia de Mendoza.  
No hay linaje en toda España,  
Tucapel, de quien conozca  
Tan notable antigüedad:  
De padres á hijos se nombran,  
Sin interrumpir la línea,  
Tan excelentes personas,  
Y de tanta calidad,  
Que fuera nombrarlas todas  
Contar estrellas al cielo,  
Y á la mar arenas y ondas:  
Desde el señor de Vizcaya,  
Llamado Zuria, consta  
Que tiene origen su sangre.

TUCAPEL.

Yo no entiendo de esas cosas.

¿Qué es Vizcaya?

REBOLLEDO.

Aquella parte  
De España que, limpia y sola,  
Se libró del africano  
En su pérdida llorosa.

TUCAPEL.

Dime: ¿en la sangre del Rey  
De España y Castilla, toca  
Este Mendoza?

REBOLLEDO.

¡Pues no!

Juan Hurtado de Mendoza,  
Alferez mayor y ayo  
Del Rey, tuvo por esposa  
A la gran doña María  
De Castilla: esta señora  
Fué hija del conde Tello,  
Hermano del Rey.

TUCAPEL.

Sus obras

Muestran bien su calidad,  
Porque éstas la sangre adornan.  
¿Cómo se llama ese Rey?

REBOLLEDO.

Enrique.

TUCAPEL.

Pues como ponga  
Un Rey de España en su sangre,  
No le pidas mayor gloria.  
Ahora bien, soldado am go,  
Yo no tengo ricas joyas  
Que darte, que, como sabes,  
Arauco produce pocas:  
Este arco y estas flechas  
Te doy por prenda anorosa  
De nuestra firme amistad,  
Y porque tengas memoria  
De que si la guerra dura,  
Y nuestras armas se tornan  
A ver pecho á pecho, el día  
Que en sacallas te dispongas,  
En viéndome, no las muevas,  
Que ¡por los ojos que adoran  
Los mios! de no ofenderte.....

REBOLLEDO.

Mucho yerra el que os provoca  
Á no rendiros en paz;  
Que si te dijese cosas  
Que estos Mendozas han hecho  
Con la gente alarbe y mora,  
Las batallas que han vencido,  
Las ciudades, las coronas  
Que han añadido á sus Reyes  
Con tan ilustres victorias,  
Echaríades de ver  
Que es imposible que agora  
Os libréis deste mancebo,  
De cuyo sol seréis sombra.

TUCAPEL.

Ahora bien, yo quiero hablarlos.

Vete, soldado, en buen hora,  
Que aquí vienen á consejo.

REBOLLEDO.

Presto veréis que os importa.

Vase.

Salen Caupolicán, Fresia, Rengo, Ormopello  
y Engol, muchacho.

CAUPOLICÁN.

Español, ¿contigo estaba?

Tucapel, ¿andas de paz?

TUCAPEL.

De la guerra pertinaz

Que Rengo vituperaba,

Estoy de suerte cansado,

Viendo, General, las glorias

Del español, que en vitorias

Tan prósperas le han honrado;

Y de ver que en nuestro suelo

Funde fuertes y ciudades,

Que le tendrán mil edades,

Pienso, del airado suelo.

Y así, me sujeto á Rengo

En cuanto á rendirse toca.

RENGO.

¿Tras tanta arrogancia loca,

Tucapel, á escuchar vengo

De tu boca esa humildad?

TUCAPEL.

Múdase el tiempo, ¿qué quieres!

RENGO.

¿Tú eres Tucapel? ¿Tú eres

De cuya ferocidad

Tembló Valdivia?

ENGOL.

No quiero,

Rengo, que hables tú con él.

CAUPOLICÁN.

Calla, Engol.

ENGOL.

Di, Tucapel,

¿Eres tú el soberbio y fiero

Que tantas veces bebiste

Sangre de aquestos ladrones,

Que de remotas naciones

Vienen donde libre fuiste,

Solamente á hacerte esclavo?

¿Eres el que por ver queda

De su fortuna la rueda,

Juraste ponerle un clavo?

¿Eres el que los asabas,

Y que aun crudos los comías?

¿Eres el que los decías

Tantas arrogancias bravas?

¿Eres el que hiciste hacer

De las canillas famosas,

De Valdivia dos hermosas

Trompetas para tañer?

¿Eres el que las llevaba

Á las batallas delante,

Á cuyo són, tu arrogante

Pecho tanto se animaba?

¿Eres el que, puesto en oro

El casco de su cabeza,

Hiciste una hermosa pieza,

En que por grande tesoro

Bebías chicha y peper

Con los caciques de Chile?

Pues ¿quién hay que te aniquile

De aquel tu insigne poder?

¿Paz quieres, volviendo atrás

Del asunto comenzado?

¿De paz agora has tratado?

TUCAPEL.

Engol, quedo; no hables más:

No porque tu padre sea

Caupolicán, es razón

Que hables con presunción

Donde ninguno lo vea;

Que á no ser imagen suya,

Como á pequeño conejo,

Con pies, manos y pellejo,

Tragara viva la tuya.

ENGOL.

¡Por Dios, que había de hacerte

Muy mal estómago allá,

Y buscar por donde acá

Saliera, dándote muerte!

Mas ¿cuándo conejo has visto

Hijo de león, cual yo?

Pues león fué el que me dió

El pellejo que me visto.

¡Vive Apó, si no estuviera

Mi padre aquí....

CAUPOLICÁN.

Calla, Engol.

ENGOL.

¡Sujetarse al español!

FRESIA.

Calla, Engol, por mí siquiera;

Y no crea Tucapel

Que falta causa al rapaz

Para no admitir la paz

De aqueste español cruel;

Que si ya por pareceres

Queréis rendir vuestros nombres,

Dejad las armas los hombres,

Y daldas á las mujeres;

Que yo seré capitán

De muchas á quien faltaron

Sus maridos, que emplearon

Mejor que los que aquí están,

Que irán contra don García

Y contra el mundo.

GUALEVA.

No creo,

Fresia, que con mal deseo

Mi esposo la paz quería;

Mas por excusar el daño

Que del Mendoza se espera.



CAUPOLICÁN.

¡Fresia, Fresia, menos fiera  
Después de tal desengaño!  
Ya no es justa la arrogancia,  
Tratemos de paz.

FRESIA.

¡Cobarde!

¿Qué es paz?

ENGOL.

Paz dicen que tarde  
Está infinita distancia.

Sale Galvarino, con las manos en unos troncos  
de sangre.

GALVARINO.

Pues he llegado con vida,  
Nobles de Chile y Arauco,  
Donde hacéis vuestros consejos.  
Que á la patria importan tanto,  
Volved los ojos á ver  
Un amigo desdichado  
Que os ayuda con la lengua,  
Ya que le faltan las manos.  
Éstas me han cortado agora  
Para venir á avisaros  
Que así que venga á las suyas  
Pasaréis el mismo daño.  
Por embajador me envían,  
Mas si las manos, hablando,  
Ayudan tanto á la lengua,  
¿Cómo os hablaré sin manos?  
Pienso que tratáis rendidos;  
Quisiera poder mostraros  
Á los que sois los caudillos,  
Que es cobardía en el campo;  
Porque fundarlo en razón,  
Todos sabéis que es engaño  
Y querer cubrir el miedo  
Con tan vil razón de estado;  
Porque cuando confeséis  
Que este mancebo cristiano  
Os vence en tantas batallas,  
Os rinde en tantos asaltos,  
¿Cuánto mejor es morir  
Con las armas peleando,  
Que vivir sirviendo un noble  
Como bestia y como esclavo?  
Siendo forzosa la muerte  
Á todo lo que es humano,  
¿Cuál hombre, aunque nazca rey,  
Muere mejor que un soldado?  
Morir de una enfermedad,  
Sin lengua, desnudo, flaco,  
En una cama, es el fin  
De los más dichosos años;  
Pero un soldado en la guerra  
Muere animoso y gallardo,  
Vestido y lleno de plumas,  
Con su lengua y con sus manos.  
¡Desdichados de vosotros,

Araucanos engañados,  
Si vendéis la libertad  
De vuestra patria á un extraño,  
Pues que pudiendo morir  
Llenos de plumas y armados,  
Queréis morir como bestias,  
En poder destos tiranos!  
¿Será mejor que esas plumas  
De que os miráis coronados,  
Esas macanas famosas,  
Esas flechas, hondas y arcos,  
Llevar las cargas á cuestras  
Destos españoles bravos,  
Y morir en los pesebres  
De sus galpones y tambos?  
¿Será mejor que esos hijos  
Vayan de leña cargados,  
Y que sus madres les den,  
Con vuestra afrenta y agravio,  
Siendo amigas de españoles,  
Otros mestizos hermanos,  
Que los maten y sujeten  
Con afrentas y con palos?  
Mirad lo que hacéis, chilenos,  
Morid con honra, araucanos,  
Que yo, aunque manos no tengo,  
Ésta lengua con que os hablo  
Haré que sirva en la guerra,  
Sólo hablando y animando,  
Lo que hace el atambor,  
Que anima al que tiene manos.  
Baquetas serán mis voces;  
Caja la boca; los labios,  
Parches; pífaro los dientes.  
Toca, marcha. ¡Al arma! Vamos.

Vase Galvarino.

CAUPOLICÁN.

Indios, ¿qué decís?

TUCAPEL.

¿Cuál hombre,

Caupolicán, si es honrado,  
No se anima cuando tocan  
¡Al arma! ¡Al arma! en su campo?  
Pues yo, que tocar he visto  
Aquesta caja sin brazos,  
Ya los míos apercibo.

RENGO.

Y yo, Tucapel, alargo  
Los que ves para abrazarte.

OROMPELO.

¡Que el español temerario  
Estos castigos prometa!  
¡Y de las paces tratamos!  
¡Desdichados de vosotros  
Si los cuellos no domados  
Rendís una vez al yugo  
De los fieros castellanos!

ENGOL.

Toma ejemplo, padre mío,

En este sangriento caso.

¡Guerra! ¡Guerra!

TODOS.

¡Guerra! ¡Guerra!

CAUPOLICÁN.

¿Juráislo así?

TODOS.

¡Sí juramos!

CAUPOLICÁN.

Las quebradas de Purén,  
Para hacer cualquier contrato  
Son secretas y seguras;  
Allí podremos juntarnos:  
Yo tengo engastado en oro  
De Valdivia el mismo casco,  
Donde con alegre fiesta  
Quiero que todos bebamos  
Sangre de algún español,  
Y con música y aplauso,  
Juremos morir ó echar  
Los españoles de Arauco.

RENGO.

García dicen que es ido  
A Ancud, con grandes trabajos,  
Donde la ciudad de Osorno  
Quiere decir que ha fundado  
Por un abuelo que tiene,  
Conde de Osorno; entretanto  
Nos podremos prevenir.

CAUPOLICÁN.

Pues secretamente vamos.

¡Viva Arauco y Chile!

TODOS.

¡Viva!

ENGOL.

Padre, oid: yo solo basto  
A matar mil españoles.

CAUPOLICÁN.

¡Logren los cielos tus años!

Vanse.

Salen D. García y los españoles.

FILIFE.

En fin, ¿es Rey el ínclito Filife?

GARCÍA.

Estas cartas lo dicen.

FILIFE.

¡Grande hazaña!

GARCÍA.

Bien es que el quinto Carlos le anticipe  
Al imperio ilustrísimo de España,  
Y que este nuevo mundo participe,  
Con el remoto mar que á Chile baña,  
Del contento y placer que el otro tiene,  
Pues que tan gran corona le previene.

Cuando en todo el discurso de su vida  
No hubiera Carlos otra hazaña hecho,  
Era ésta sola tan esclarecida,  
Que mostrara el valor de su alto pecho;  
Si allá se muestra España agradecida,

No menos de su imperio satisfecho  
Se ha de mostrar Arauco, aunque arrogante,  
Del yugo agora la cerviz levante.

Hagames fiesta, levantemos arcos  
Al gran Filife, fuertes españoles,  
Tambos en tierra, y en el agua barcos,  
Se coronen de ramos y faroles;  
Nosotros cañas, y los indios arcos,  
Jugaremos; lucidos como soles  
Salgan nuestros caballos, dando al viento  
Envidia, al són del bélico instrumento.

Pase por nuestro campo la palabra  
Que ya reina Filife, y que apercibe  
Júpiter rayos que en España labra,  
Para que al indio bárbaro derribe;  
Todo soldado los oídos abra:

¡Filife reina ya, Filife viva!

FILIFE.

Filife vive y reina.

Dentro:

¡Viva, viva

Filife!

GARCÍA.

Y por su Rey Chile reciba.

Sale D. Alonso en tocando una caja.

ALONSO.

En medio deste placer  
De nueva tan deseada,  
Más cuidado es menester.

GARCÍA.

No pienso envainar la espada  
Hasta morir ó vencer.

ALONSO.

Caupolicán ha juntado  
En Purén todo el senado  
De sus caciques, que quiere,  
Según de aquesto se infiere,  
Salir en campo formado.

Están agora en la fiesta,  
Donde el casco de Valdivia  
Sirve de copa, en que, puesta  
Sangre humana, fresca y titia,  
Quieren beber sobre apuesta.

Allí tienen instrumentos  
Para celebrar mejor  
Estos bárbaros intentos;  
No les des lugar, señor,  
A sus locos juramentos;  
Que es gente que, si lo jura  
Con esta solemnidad,  
Por la muerte más segura  
Entrará con libertad  
Ó verá el fin que procura.

GARCÍA.

¡Caso extraño, en que conviene  
Diligencia, que gran daño  
Desta junta se previene!

El capitán Avendaño,  
Cuya compañía tiene  
Los famosos vizcaínos  
Que han honrado esta jornada,  
Vaya por varios caminos  
Para cercar la quebrada  
Entre sus robles y pinos;  
Que agora pienso que están  
Seguros.

FILIFE.

Caupolicán

Nunca vive sin defensa;  
Y en la quebrada ¿qué ofensa  
Le ha de hacer el capitán?

GARCÍA.

No me llaman San García  
Los indios porque soy santo,  
Pero porque en profecía  
Adivino y digo cuanto  
Intenta su rebeldía.

Cuando me habló Elicura  
De paz, envié tras él;  
Dijistes que era locura,  
Y fué una guerra cruel  
Y una victoria segura.

Cuando estaba en la Imperial,  
Al fuerte gente envié,  
Que llegó en ocasión tal,  
Que á los cercados libré  
De muerte y desdicha igual.

Vaya á Purén Avendaño.

ALONSO.

Tu gran valor manifestas.

GARCÍA.

Yo sé bien que no me engaño:  
Soldado en convite y fiestas,  
Muy cerca está de su daño.

Vanse.

Sa'en las indias é indios, y los músicos  
con sus instrumentos.

CAUPOLICÁN.

Sentaos, pues el verde suelo  
Nos da alfombras de colores,  
Donde compiten las flores  
Con las estrellas del cielo.

Toma, Fresia, este lugar.

TUCAPEL.

Ponte á mi lado, Gualeva,  
Serás Primavera nueva  
Del campo que has de mirar,  
Porque los ojos apenas  
Pondrás en cuanto divisas  
Sin salir mil manutisas,  
Clavellinas y azucenas.

RENGO.

Aquí, Millaura, te asienta.

OROMPELLO.

Y tú aquí, bella Quidora,  
Puesto que la ausencia agora

De Talgueno, te atormenta.

ENGOL.

Déjame, Orompello, estar  
Junto á Quidora.

OROMPELLO.

No es justo.

ENGOL.

Hazme ¡por Dios! este gusto.

OROMPELLO.

Si da Quidora lugar....

QUIDORA.

Por quitaros de cuestión,  
Que celos es largo pleito,  
Daré principio al areyto  
Si me ayuda Leocotón.

LEOCOTÓN.

Ya estoy, por servirte, en pie,  
Quidora bella.

QUIDORA.

Pues toca.

LEOCOTÓN.

Que tu hermosura provoca.  
Ayuda, Purén.

PURÉN.

Sí haré.

Todos asentados, Quidora y Leocotón bailen,  
cantando los músicos.

MÚSICOS.

Piraguamonte, piragua,  
Piragua, jevizarizagua.

En una piragua bella,  
Toda la popa dorada,  
Los remos de rojo y negro,  
La proa de azul y plata,  
Iba la madre de Amor,  
Y el dulce niño á sus plantas;  
El arco en las manos lleva,  
Flechas al aire dispara;  
El río se vuelve fuego,  
De las ondas salen llamas.  
A la tierra, hermosas indias,  
Que anda el Amor en el agua.

Piraguamonte, piragua,  
Piragua, jevizarizagua;

Bío, Bío,

Que mi tambo le tengo en el río.

Yo me era niña pequeña,  
Y enviáronme un domingo  
A mariscar por la playa  
Del río de Bío-Bío;  
Cestillo al brazo llevaba,  
De plata y oro tejido;  
Hallárame yo una concha,  
Abríla con mi cuchillo;  
Dentro estaba el niño Amor,  
Entre unas perlas metido;  
Asióme el dedo y mordiómelo;  
Como era niña, di gritos.

Bío, Bío,

Que mi tambo le tengo en el río.

Piraguamonte, piragua,  
 Piragua, jevizarizagua.  
 Entra, niña, en mi canoa  
 Y daréte una guirnalda,  
 Que lleve el sol qué decir  
 Cuando amanezca en España.  
 Iremos al tambo mío,  
 Cuyas paredes de plata  
 Cubrirán paños de plumas  
 De pavos y guacamayas.  
 No tengas miedo al Amor,  
 Porque ya dicen las damas  
 Que le quiebra el interés  
 Todos los rayos que fragua.

Piraguamonte, piragua,  
 Piragua, jevizarizagua;

Bío, Bío,

Que mi tambo le tengo en el río.  
 La blanca niña, en cabello  
 Salió una mañana al río,  
 Descalzó sus pies pequeños,  
 Comenzó á quebrar sus vidros.  
 Andaba nadando Amor,  
 Y acercándose quedito,  
 Asíóle del uno dellos,  
 Á quien llorando le dijo:  
 «Deja el pie, toma el cabello,  
 Pues que la ocasión he sido,  
 Y porque mejor la goces,  
 Vente á mi tambo conmigo.»

Bío, Bío,

Que mi tambo le tengo en el río.  
 Piraguamonte, piragua,  
 Piragua, jevizarizagua.

CAUFOLICÁN.

Bien habéis los dos bailado.  
 ¡Hola! Dadnos de beber.

RENGO.

Aquí está el casco engastado  
 De Valdivia.

CAUFOLICÁN.

Éste ha de ser  
 El día más celebrado  
 Que en Arauco se haya visto.

RENGO.

Toma, y esa sangre bebe.

CAUFOLICÁN.

Con ella la sed resisto,  
 Que aunque está caliente, es nieve.

TUCAPEL.

De ese regalo desisto;  
 Que si esa sangre cruel  
 Bebiese, estoy satisfecho  
 Que con la de Tucapel  
 No tendré paz en mi pecho  
 Mientras la tuviese en él.

Toquen una caja de guerra dentro.

AVENDAÑO.

¡Santiago, Santiago, á ellos!

CAPITÁN.

¡Santo Apó!

FILIPE.

La ocasión goza,  
 Pues te ofrece los cabellos.

AVENDAÑO.

¡España, España, Mendoza,  
 No se escape un hombre dellos!

RENGO.

Vendidos habemos sido.

CAPITÁN.

Sin armas nos han cogido;  
 Aviso al Mendoza han dado.

TUCAPEL.

El Galpón está tomado:  
 Nuestro secreto ha sabido.

CAUFOLICÁN.

¿Cómo encubrirse podía,  
 Siendo profeta del sol,  
 Mi secreto á San García?

FRESIA.

Hoy se venga el español  
 En tu vida y en la mía;  
 Mas muere como quien eres.

CAUFOLICÁN.

Dame, Engol, una alabarda.

ENGOL.

Padre, si primero mueres,  
 Sólo un momento me aguarda.

OROMPELLO.

¿Para qué dejarnos quieres?  
 Por esa puerta te escapa.

AVENDAÑO.

¡Cierra España, que se van!

CAUFOLICÁN.

La muerte la infamia taj a.

Todos sobre él y cércunle.

ALONSO.

Aquí está Caupolicán.

CAUFOLICÁN.

¡Oh noche, del mundo apa!  
 ¿No me ayudarás aquí?

AVENDAÑO.

¡Date, bábaro!

CAUFOLICÁN.

¿Tú sabes  
 Quién soy, por ventura?

AVENDAÑO.

Sí.

CAUFOLICÁN.

Pues trata á los hombres graves  
 Como te tratara á ti  
 Si se trocara la suerte.

AVENDAÑO.

Ya te digo que te des.

CAUFOLICÁN.

Primero veréis mi muerte.

ALONSO.

Ya no te valdrán los pies

Ni el sitio, aunque extraño y fuerte.

Rengo, Tucapel y aquellos  
De quien favor esperabas,  
Ya serán muertos.

CAUPOLICÁN.

Si en ellos,  
Muriendo, el valor alabas,  
Déjame morir con ellos.

FILIFE.

El matarte justo fuera,  
Pues fuiste aquel insolente  
Que le diste muerte fiera  
A Valdivia, y con tu gente  
Alzaste infame bandera

Contra tu Rey y señor,  
De quien eras ya vasallo;  
Pero pues fuiste traidor,  
Sin otras cosas que callo  
Porque ofenden nuestro honor,  
Preso irás, para que seas  
Ejemplo á Chile.

CAUPOLICÁN.

No creas  
Que tengas tanto poder.

FILIFE.

Pues eso pretendes ver.

CAUPOLICÁN.

No quiera Apó que lo veas.

AVENDAÑO.

¡Ea, soldados! ¿qué hacéis?

CAUPOLICÁN.

¿Sois muchos?

AVENDAÑO.

Acaba, loco.

Batallando con él se entren todos.

CAUPOLICÁN.

Pero muriendo veréis  
Que tengo la vida en poco.

AVENDAÑO.

Soldados, no le matéis.

Salte D. García.

GARCÍA.

Gracias os doy, gran señor,  
Que me habéis dejado ver  
Día de tanto placer  
Y á España de tanto honor.  
Cuando el gran emperador  
Carlos quinto se retira  
A Yuste, y el mundo mira  
Que á Filipe le ha dejado  
Nuevo mundo conquistado  
Su divina hazaña admira.

Si de aquel águila santa  
Quisiera el pollo que agora  
Corona España y adora,  
Alzar el vuelo que espanta,  
De donde el sol se levanta

Adonde en obscuro olvido  
Se acuesta, verá que ha sido  
Señor absoluto y solo,  
Para que en cualquiera polo  
Tenga el águila su nido.

Pacífica tengo ya  
La más indomable tierra;  
Sangre me cuesta su guerra,  
Mas bien empleada está,  
Pues Filipe, en fin, sabrá  
Que le doy nueve ciudades,  
Y entre estas ferocidades,  
Nueve batallas vencidas,  
Aunque envidias atrevidas  
Obscurezcan mis verdades.

Salen los españoles con Caupolicán atado.

AVENDAÑO.

Yo pienso, heroico señor,  
Que hoy pacíficas á Chile.

GARCÍA.

¡Oh, nunca el tiempo aniquile  
La fama de tu valor!

Dame los brazos, y al cuello  
De los míos, y de oro,  
Mientras de verde tesoro  
Ciñe el tiempo tu cabello,  
Toma, valiente Avendaño,  
Esta cadena.

AVENDAÑO.

Señor,  
Del sol de tu gran valor,  
Aunque nace en polo extraño,  
Hurté la luz que he tomado,  
Que aqueste rayo español  
Es hurtado de tu sol,  
Porque tú cres sol, Hurtado.  
Si algo hice, pues lo hurté,  
Á ti, como á dueño suyo,  
Lo vuelvo y lo restituyo.

GARCÍA.

Más propio que hurtado fué.  
¿Qué es esto, Caupolicán?

CAUPOLICÁN.

Guerra, señor, y desdicha.

GARCÍA.

No merecen tener dicha  
Los que contra el cielo van.  
¿No eras vasallo del Rey  
De España?

CAUPOLICÁN.

Libre nació,  
La libertad defendí  
De mi patria y de mi ley;  
La vuestra no la he tomado.

GARCÍA.

Si por ti no hubiera sido,  
Chile estuviera rendido.

CAUPOLICÁN.

Ya lo está, si estoy atado.

GARCÍA.

Mataste á Valdivia, echaste  
Muchas ciudades por tierra;  
Tú diste fuerza á la guerra,  
Tú la gente rebelaste,  
Tú venciste á Villagrán  
Y tú morirás por ello.

CAUPOLICÁN.

Aun bien, que tienes mi cuello  
En tus manos, capitán.  
Venga á Filipe, derriba  
A Chile, ponle á sus pies;  
Que en esta vida que ves,  
Todo su poder estriba.

GARCÍA.

Fuerza me será entregarte  
A mi Maese de campo,  
Que á vista de todo el campo  
Querrá también castigarte.

Pésame, Caupolicán,  
Que perdonarte no puedo.

CAUPOLICÁN.

Agradecido te quedo,  
Generoso capitán;  
Ni te aconsejo me des  
La vida, porque sería  
Consejvar la rebeldía  
Que en estos bárbaros ves;  
Aunque, ¡por Dios! que no he sido  
Quien más los ha rebelado;  
Que á todo acudí forzado,  
Y de sus ruegos vencido.

Sale Fresia, con un niño en los brazos, en alto.

FRESIA.

¡Ah, españoles! ¡Ah, Mendoza!

GARCÍA.

¿Qué es aquello?

FRESIA.

En una Peña,  
Con un muchacho en los brazos,  
Una india hablarte intenta.

GARCÍA.

¿Qué quiere?

FRESIA.

Que me llaméis  
A Caupolicán.

GARCÍA.

Ya espera  
Que le hables.

CAUPOLICÁN.

¿Qué me quieres  
En tantas desdichas, Fresia?

FRESIA.

¡Cobarde marido mío,  
Que el valor de Chile afrentas!  
Tú, que prenderte dejaste,  
Pudiendo morir sin ella,  
¿Cómo perdiste el sentido  
Al salir de aquella puerta?

Qué, ¿te han atado las manos  
Esos que temblaron dellas?  
¡Manos de Caupolicán  
Ató la española fuerza!  
Mirando estoy si son tuyas;  
No es posible que lo sean.  
Yo pienso que Engol, tu hijo,  
Muerto en la campaña queda  
Entre los demás caciques:  
Pues ¿hay infamia como ésta?  
¿Qué un niño tenga valor  
Para morir sin afrenta,  
Y que á un gigante le falte!

CAUPOLICÁN.

Mira lo que dices, Fresia,  
Porque esto no ha consistido  
En mi valor ni en mis fuerzas,  
Sino en las de mi fortuna,  
A quien estaban sujetas.

FRESIA.

¡Calla infame, y no me des  
Disculpa de tanta mengua;  
Que tan afrentada estoy  
De que mi marido seas,  
Que este hijo que de ti  
Entre los brazos me queda,  
Por no tener de un cobarde  
A mis ojos tan vil prenda,  
Le estrello en estos peñascos!

CAUPOLICÁN.

¡Tente!

GARCÍA.

¡Matóle!

FILIPE.

¿Qué fiera  
Hiciera aquella crueldad?

GARCÍA.

¡Terrible mujer!

AVENDAÑO.

¡Soberbia!

FRESIA.

¡Españoles, si no hubiere  
Alguno allá que se atreva  
A ser de Caupolicán  
Verdugo, llamad á Fresia;  
Que yo misma iré á quitarle  
La vida, porque con ella  
Vengue Chile sus agravios,  
Pues él su patria no venga!

Vase.

CAUPOLICÁN.

Mal he hecho en no morir,  
Pues para morir sin honra  
Quise, españoles, vivir.

GARCÍA.

No arguyes bien tu deshonra,  
Otra cosa has de decir.

CAUPOLICÁN.

¿Cuál es?

GARCÍA.

Del alma la muerte,  
Pues muriendo desta suerte,  
Pierdes de gozar á Dios.

CAUPOLICÁN.

Tratemos eso los dos,  
Y de la verdad me advierte.

GARCÍA.

¿Tiéneme por noble?

CAUPOLICÁN.

Sí.

GARCÍA.

¿Por entendido?

CAUPOLICÁN.

También.

GARCÍA.

Pues ¿cómo presumes, di,  
Que á no entender que voy bien,  
Quisiese perderme á mí?

CAUPOLICÁN.

Yo, García, te he tenido  
En opinión de tan sabio,  
Tan noble y tan entendido,  
Que fuera notable agravio  
Pensar que fueses perdido;  
Y pues acertado vas,  
Y yo errado, aunque enemigo,  
Muestra el lugar en que estás,  
Da muerte al cuerpo en castigo,  
Da vida al alma, que es más;

Así baja y alza el vuelo  
La fortuna de la guerra;  
Pues hoy me derriba al suelo,  
Piérdase el cuerpo, que es tierra:  
Gánese el alma, que es cielo.

GARCÍA.

Conozco, Caupolicán,  
Tu valor y entendimiento:  
Ven conmigo.

CAUPOLICÁN.

Capitán,

Aunque bárbaro, bien siento  
Los consejos que me dan:  
Inmortal alma tenemos.  
Ya que la vida acabamos,  
De darla al alma tratemos;  
Serás mi padrino.

GARCÍA.

Vamos;

Y este parentesco haremos.  
Echad un bando, Avendaño,  
Que cuantos indios quisieren,  
Vengan á verle sin daño.

Vanse.

Salen Gualeva y Rebollo.

GUALEVA.

¿Que, en fin, castigarle quieren?

REBOLLEDO.

Y lo demás es engaño.

GUALEVA.

Si yo hablo al General,  
¿No mostrará la real  
Sangre que tiene en el pecho?

Tocan la caja.

REBOLLEDO.

Gualeva, en cuanto se ha hecho,  
No se ha hecho ejemplo igual.

GUALEVA.

¿Qué toca aquel atambor?

REBOLLEDO.

Un bando en que, sin temor,  
Dice el Maese de campo,  
Que al indio asegura el campo  
Para verle.

GUALEVA.

¡Qué rigor!

Salen Engol y Quidora.

ENGOL.

¿Mi padre preso?

QUIDORA.

¡Detenel

ENGOL.

¿Y á la muerte sentenciado?

QUIDORA.

Dar quiere ejemplo á su gente.

ENGOL.

¡Oh cobarde afeminado!

¿Qué es del corazón valiente?

¡Que se dejase prender!

QUIDORA.

¿Qué pudo entonces hacer,  
Cercado de cien cristianos?

ENGOL.

¿Es posible que estas manos  
No le pudieron valer?

Si hoy muere tal capitán,  
¡Cúbrase de luto el sol!

REBOLLEDO.

¿Quién son los dos que allí están?

GUALEVA.

Quidora bella, y Engol,  
Hijo de Caupolicán.

Salen Millaura, Orompello y Fresia.

MILLAURA.

Con el bando llegar puedes,  
Pues que la vida asegura.

OROMPELLO.

Con la paz que nos concedes  
Para tanta desventura,  
Á la mayor guerra excedes.

FRESIA.

No me basta el corazón  
Para ver hazaña igual.

MILLAURA.

Ay, Fresia, tienes razón:

Quita el amor natural  
El discurso á la razón!

FRESIA.

Dime, español que Dios guarde,  
¿Hacen justicia esta tarde  
Del gran General de Chile?  
¿Vístele, por dicha?

REBOLLEDO.

Vile

En triste y lloroso alarde.  
A la plaza le han llevado,  
Donde en un palo verás  
Su cuerpo fuerte clavado.

ENGOL.

Señora.....

FRESIA.

Engol, ¿aquí estás?

ENGOL.

¿Adónde está un desdichado,  
Sino en sangre y en tragedias?

FRESIA.

¡Bien á tu padre remedias!

ENGOL.

Voces no son de provecho;  
Si enteras salen del pecho,  
Llévase el aire las medias.

¡Misero yo, que nací  
Para verme en tanto mal!

REBOLLEDO.

Pues habéis llegado aquí,  
Indios, con desdicha igual,  
Veisle allí.

ENGOL.

¿Mi padre?

REBOLLEDO.

Sí.

Ábranse dos puertas y véase á Caupolicán en un palo,  
diciendo así:

CAUPOLICÁN.

Señor, si yo era bárbaro, no tengo  
Tanta culpa en no haberos conocido;  
Ya que me han dicho lo que os he debido,  
Sin pies á vuestros pies clavado vengo.

Yo confieso que tarde me prevengo;  
Pero dicen que, estando arrepentido,  
Debo creer que en este día he nacido;

Perdonadme, Señor, si me detengo.  
Pasé adorando al sol mis años tristes,  
Contento de mirar sus rayos de oro;

Pero ya sé que vos al sol hicistes.

Mi edad pasada arrepentido lloro:  
¡Oh Sol, autor del sol, pues luz me distes,  
Con esa misma vuestro rayo adoro!

Tornen á cerrar.

FRESIA.

¿Hay ojos que aquesto vean  
Sin que se aneguen llorando?

ENGOL.

Padre, yo te vengaré  
Si cubre el bozo mis labios:  
Yo te juro por el cielo  
Y el sol que me está mirando,  
De no me llamar tu hijo,  
De no dormir en tu tambor,  
De no vestirme las armas  
Que á españoles has quitado,  
De no mirar á mujer  
Y de no salir del campo  
Hasta que vengue tu muerte,  
Pasando este mar á nado;  
Que de matar á García,  
Pequeña venganza aguardo.  
A España tengo de ir,  
Donde están Filipe y Carlos;  
Allí verás que en su trono  
Pongo mis dorados rayos;  
Que si soy el Sol, bien puedo  
Llegar al polo contrario.

Vase.

FRESIA.

¡Qué bien parecen mi hijo!

MILLAURA.

¿Qué gente es ésta, cristiano?

REBOLLEDO.

Hoy celebra don García  
El nuevo reino heredado  
De Filipe.

MILLAURA.

¡Tantas glorias!

Huye, Quidora.

QUIDORA.

Hoy quedamos

Esclavas del español.

FRESIA.

Si crece Engol, déj aguardo  
La venganza de mi esposo,  
Muerto en la flor de sus años.

Salga toda la compañía, muy galana, de soldados, con  
música, con nueve banderas, y detrás D. García;  
vuélvase á descubrir aquel arco, y sobre una basa  
se vea, armado con un bastón, el rey Filipe II, muy  
mozo, como que fuese estatua.

GARCÍA.

Invictísimo Filipe,  
Nuevamente coronado  
Por rey de España y del mundo  
Que á vuestros abuelos santos  
Halló Colón, y después,  
Tantos españoles brazos,  
A costa de sangre suya  
Os dieron y conquistaron:  
Veis aquí nueve banderas,  
Nueve batallas de Arauco  
Que en vuestro nombre he vencido,  
Pacificando su Estado.  
Nueve ciudades también



Os doy, ofrezco y consagro,  
Y todo aquesto, señor,  
En término de dos años.  
Aceptad la voluntad,  
Que como estas nueve os traigo,  
Os trujera nueve mundos  
Si los hubiera criados.  
Vosotros, soldados míos,  
Llegad á besar su mano,  
Porque los repartimientos  
Que de los indios os hago,  
Confirme en ausencia suya  
Este famoso retrato.

FILIFE.

Señor, mirad que os servimos,

Tiñendo estos verdes campos  
De sangre de cien mil indios  
Por daros un reino extraño:  
Quien calla, señor, otorga.

GARCÍA.

Pues con esto al templo vamos,  
Y decid en altas voces  
Que ya se retira Carlos.  
¡Viva el invicto Filipe,  
Rey español, Rey indiano!

TODOS.

¡Viva el rey Filipe!

FILIFE.

Aquí

Da fin *Arauco domado*.



# ÍNDICE

DE LAS

## COMEDIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

---

	PÁGINAS.
OBSERVACIONES PRELIMINARES. . . . .	IX
La Serrana de la Vera. . . . .	I
La pérdida honrosa y caballeros de San Juan (inédita). . . . .	45
El cerco de Viena por Carlos V. . . . .	85
Carlos V en Francia. . . . .	117
La mayor desgracia de Carlos V y hechicerías de Argel. . . . .	151
El valiente Céspedes. . . . .	187
El Aldegüela. . . . .	231
El valor de Malta (inédita). . . . .	277
La Santa Liga. . . . .	315
Los españoles en Flandes. . . . .	353
Don Juan de Austria en Flandes (inédita). . . . .	397
El asalto de Maastricht por el Príncipe de Parma. . . . .	435
Pobreza no es vileza. . . . .	477
La tragedia del rey D. Sebastián y bautismo del Príncipe de Marruecos. . . . .	519
El Alcalde de Zalamea. . . . .	563
Arauco domado por el Excmo. Sr. D. García Hurtado de Mendoza. . . . .	597

---













APR 27 1987

PLEASE DO NOT REMOVE  
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

---

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

---

